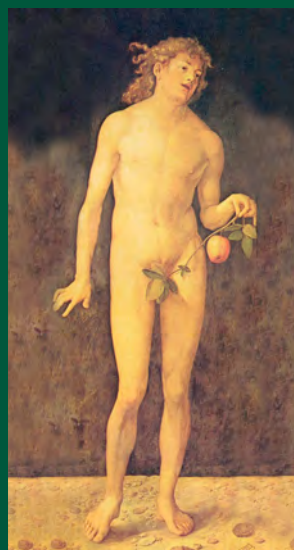


LIBRO DE LA GENERACIÓN Y REGENERACIÓN
DEL HOMBRE O ACERCA DE LA HISTORIA
DEL GÉNERO HUMANO

PRIMERA PARTE DE LA OBRA MAGNA, ESTO ES, ALMA

BENITO ARIAS MONTANO

FERNANDO NAVARRO ANTOLÍN (ed.)



Bibliotheca Montaniana



**LIBRO DE LA GENERACIÓN
Y REGENERACIÓN DEL HOMBRE,
O HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO**

PRIMERA PARTE DE LA OBRA MAGNA,
ESTO ES, *ALMA*

BENITO ARIAS MONTANO

**LIBRO DE LA GENERACIÓN
Y REGENERACIÓN DEL HOMBRE,
O HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO**

PRIMERA PARTE DE LA OBRA MAGNA,
ESTO ES, *ALMA*

BENITO ARIAS MONTANO

FERNANDO NAVARRO ANTOLÍN
EDICIÓN

LUIS GÓMEZ CANSECO
ESTUDIO PRELIMINAR

FERNANDO NAVARRO ANTOLÍN, BALDOMERO MACÍAS ROSENDO,
MIGUEL ÁNGEL VINAGRE LOBO Y DOMINGO FERNÁNDEZ SANZ
TRADUCCIÓN



Universidad
de Huelva



JUNTA DE ANDALUCÍA

Bibliotheca Montaniana

1999

©

Servicio de Publicaciones
Consejo Social
Universidad de Huelva
Junta de Andalucía

©

Fernando Navarro Antolín (ed.)

Motivo de cubierta

Adaptación de un dibujo original de Mario León Ruiz
Adan de Duero

Tipografía

Textos realizados en tipo Garamond de cuerpo 10/12, notas en Garamond
de cuerpo 8/auto y cabeceras en versalitas de cuerpo 8.

I.S.B.N.

978-84-16061-93-8

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.

ÍNDICE

PRÓLOGO	
<i>Antonio Ramírez de Verger</i>	9
ESTUDIO PRELIMINAR	
<i>Luis Gómez Canseco</i>	11
1. El Dios filólogo	13
2. El lenguaje sagrado: símbolo y alegoría	23
3. Dios en la historia del hombre	31
4. Las generaciones de los justos	47
5. La espiritualidad en el <i>Liber generationis et regenerationis Adam</i>	53
6. Teología, Poesía y Catequesis: el <i>Liber generationis et regenerationis Adam</i> , los <i>Humanae Salutis Monumenta</i> y el <i>Dictatum christianum</i>	63
7. Las fuentes del <i>Liber generationis et regenerationis Adam</i> y su función	69
LA PRESENTE TRADUCCIÓN	
<i>Fernando Navarro Antolín</i>	79
HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO	81
Prefacio	83
Elegía votiva	98
Dedicatoria	99
Declaración pública	100
Libro I	101
Libro II	163
Libro III	215
Libro IV	301
Libro V	379
Libro VI	409
Libro VII	501
Libro VIII	623
Primer testimonio apostólico	643
Segundo testimonio apostólico	677
Índice de capítulos	695
Aprobación del censor	699
Suma del privilegio	701

La mejor manera de recordar a un hombre que empeñó su vida en la palabra y en la escritura es volver los ojos hacia las páginas que nos dejó, y leerlas. Pero a veces la lengua, la dificultad de los conocimientos o la inaccesibilidad de los textos crean un muro entre los lectores contemporáneos y los escritores antiguos. Durante muchísimo tiempo ese muro se hizo insalvable para la obra y la figura de Benito Arias Montano, cuyo IV centenario de su muerte se celebró recientemente, el pasado año de 1998.

La Universidad de Huelva no ha querido estar al margen de los actos conmemorativos del Centenario de la muerte de un personaje tan insigne para nuestra tierra y tan fundamental en la historia de la cultura española y europea. Y esa incorporación se ha materializado del mejor modo que, según considerábamos, podía hacerlo una Universidad; esto es, creando un marco de trabajo y de investigación que permitiera recuperar la obra de Arias Montano y acercarla al estudioso y al lector actuales. Todo ese esfuerzo se ha cifrado finalmente en la *Bibliotheca Montaniana*, que hoy se abre con la edición facsímil y la traducción del *Liber generationis et regenerationis Adam, sive de historia generis humani*. La elección de este texto y de su complementario, *Naturae Historia*, entre la ingente producción montaniana no ha sido casual. Ambas obras conformaban lo que Arias Montano calificó como su *Opus Magnum*, una suerte de compilación de sus saberes, doctrina y pensamiento.

Casi desde el mismo momento de su creación y todavía con el Dr. D. Francisco Ruiz Berraquero como Presidente de la Comisión Gestora, la Universidad de Huelva asumió un compromiso, que hoy se ve cumplido. A ello ha contribuido el esfuerzo de un numeroso grupo de personas, que han pretendido dotar a la comunidad científica y cultural de un importante instrumento para futuros estudios sobre Benito Arias Montano y para la recuperación de

su densísima y reveladora obra. Pero éste es sólo el comienzo de un camino que aspira a ser largo, fértil y con la misma vocación de apertura que tuvo el humanista extremeño.

Como universitarios e incluso como miembros de una Universidad reciente y creciente, todos debemos sentir una íntima y justificada satisfacción por el trabajo realizado y por la puerta que hoy se nos abre hacia el conocimiento de un hombre que vivió en el siglo XVI, pero cuyo mensaje de exigencia intelectual, de tolerancia y de libertad está hoy más vivo que nunca.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE HUELVA

ESTUDIO PRELIMINAR

Luis Gómez Canseco

1. EL DIOS FILÓLOGO

A lo largo de la historia, los hombres atribuyeron a sus dioses las formas y los poderes de animales, de padres, de arquitectos, de fenómenos celestes o de sabios de barba blanca y larga. Benito Arias Montano, para figurar a un Dios simultáneamente hebreo y cristiano en el *Anima* de su *Opus Magnum*, el *Liber generationis et regenerationis Adam, sive De historia generis humani*, imaginó un Dios filólogo, ocupado en crear lenguajes y dejar claves para su interpretación; un Dios atento a la comunicación y con la obsesión de ser correctamente entendido. Este Dios acudió a la palabra y su escritura para que sus mensajes permanecieran inalterados a través de los tiempos y a salvo de la incuria de los copistas o la negligencia de los lectores poco avezados. Pero para ello hacían falta un interlocutor y un lenguaje: y Dios hizo al hombre y, con él, creó una lengua que permitiera la comunicación entre ambos. Con este instrumento, no sólo cabría la interlocución entre el Creador y la criatura, señalada entre las demás precisamente por esta condición intelectual y espiritual, sino que el hombre dispondría de un medio seguro y certero para comprender los mensajes divinos.

Al tratar de la naturaleza divina, Arias Montano señaló el nombre de Dios —la palabra que lo designa— como uno de sus atributos fundamentales y como vía de su manifestación a los hombres:

Aquella singularidad divina, aunque su naturaleza supera con una diferencia infinita la agudeza de la mente humana, y más aún su capacidad verbal, quiso, no obstante, manifestarse espontáneamente a aquellos hombres, basta donde fuera conveniente hacerlo, no sólo para darse a conocer, sino para insinuar-se, o por mejor decir, comunicarse (lo cual se estima como un beneficio importantísimo), y se acomodó al lenguaje humano y se dejó significar, más que defi-

*nir, con nombres precisos, cosa que los profetas suelen recordar, entre otras muchas cosas, para alabanza de la generosidad y misericordia divina.*¹

Cuenta Platón en su *Fedro*, que el rey egipcio Thamus, ante el invento de las letras y la escritura que el ingenioso dios Teuth le presentó como “fármaco de la memoria y la sabiduría”, mostró gravemente su desconfianza, porque, según él, “es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de los caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos”². Por contra, el Dios de Israel no sólo adoptó el lenguaje como modo de comunicación, sino que inventó la escritura para que el hombre alcanzara el verdadero conocimiento y salvaguardara la exactitud de las disposiciones divinas. Ahondando en esta imagen, Arias Montano no tuvo inconveniente en presentar a Dios mismo como escriba de su Ley:

*Para que nadie excusara a su olvidadiza memoria de los mandamientos pronunciados y oídos por todos, en los que se encerraba la esencia de lo que se debía procurar y de lo que se debía evitar, ni trastornara el sentido y el orden de alguna parte por atrevimiento o ignorancia, o lo invirtiera de algún modo, estos mismos principios de las leyes que habían sido dados a conocer públicamente, fueron grabados en dos pares de tablas de piedra; el primer par fue hecho y grabado primero por la mano divina; el otro, preparado por Moisés, pero grabado por el dedo de Dios.*³

La escritura, que luego se convertirá en Escritura y en Testamento, se presentaba en Arias Montano como un signo externo, como un instrumento del pacto entre Dios y el hombre. La preocupación de Dios por la conservación de su pacto le lleva a verterlo en un lenguaje comprensible para las capacidades humanas y a cifrarlo en la escritura. Y este hecho se deviene en capital para la humanidad, cuya misión será ahora descifrar, comprender y aplicar la palabra de Dios, “no sólo pronunciada, sino grabada en tablas y escrita en papiro”⁴.

Arias Montano otorgó a la palabra de Dios el poder de crear, de materializar lo verbal, es decir, de que la palabra misma se convirtiera en el objeto dicho. Así, al comentar los versículos 20-23 del capítulo primero del *Génesis* y

1. *Liber generationis et regenerationis Adam, sive de historia generis humani*, Amberes, Ex Officina Plantiniana, 1593, pág. 13. “Ipsa illa divina singularitas, quamquam natura sua humanae mentis aciem, nedum sermonis vim, infinito superet intervallo; tamen sese hominibus ipsis, quoad id fieri expediret, non modo cognoscendam, sed insinuandam; immo (quod amplissimum beneficium censetur) communicandam ultro praeberere voluit, et sermoni accommodavit hominum, et certis nominibus significandam potius quam definiendam permisit, id quod ad divinae beneficentiae et misericordiae laudem, inter alia plurima, commemorare solent Vates”. El número de página hace referencia a la edición latina. En adelante, sólo se reproducen los textos latinos del *Liber generationis et regenerationis Adam* que, por su interés terminológico, se considere conveniente que acompañen a la traducción.

2. *Fedro* 275a. Trad. de Emilio Lledó, Madrid, Gredos, 1986.

3. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 219.

4. *Ibid.*, pág. 200.

acudiendo a un recurso típico en su estilo, los incisos entre paréntesis, anota al margen de la intervención divina: "Hoc est, procreationis ac propagationis facultatem ac felicitatem verbi virtute tribuit"⁵. Y lo cierto es que hasta el autor del tratado *Sobre lo sublime* se sintió fascinado por la fuerza de ese texto bíblico y apuntó en su obra:

*Efecto similar consiguió el Legislador de los judíos, hombre por supuesto no corriente: había concebido, en toda su dignidad, el poder de Dios y supo expresarlo escribiendo en el umbral mismo de sus Leyes: "Dijo Dios". ¿Qué dijo?: "Sea la luz, y la luz fue; sea la tierra, y la tierra fue."*⁶

Pero lo que en el Pseudo Longino —como injerencia heleno-judía o no— era un simple acierto literario o estético, para Montano se trataba de una manifestación misteriosa del poder de la palabra de Dios. No otro es el sentido de los versos iniciales del evangelio de san Juan: "In principio erat Verbum, et Verbum erat Deum, et Deus erat Verbum". De ese modo, la obligación que Montano señaló para el hombre de conocerse a sí mismo y conocer el mundo para así conocer a Dios se convertía en un desentrañamiento del Logos, del *Verbum* de san Juan, de los sentidos sagrados del verbo divino. La palabra de Dios aparece como un sendero en el que puede seguirse la revelación, y la misión del hombre es conocerla y cumplirla:

*Y dado que todo este argumento y desarrollo, que en latín solemos llamar LEX y en griego NOMOS, no sólo transmitía las reglas y los preceptos para llevar una vida con rectitud, sino que explicaba toda la historia del género humano y de su condición desde el comienzo del mundo, recibió el nombre de THORAH, es decir, doctrina, que le puso Dios en su lengua, o sea, en aquella originaria en la que fueron revelados sobre todo los misterios sagrados*⁷.

No sólo la ley dictada por Dios, la designación y el conocimiento de Dios mismo está condicionado por el lenguaje sagrado. Al inicio del *Liber generationis et regenerationis Adam*, en el capítulo cuarto del primer libro, Montano se detiene a tratar "De los nombres de Dios", y no lo hace de un modo erudito o devoto, como lo hiciera maese Martín Navarro, autor de un *Tratado del santísimo nombre de Jesús*⁸, o como diez años antes, en 1583, había hecho fray Luis de León en *De los nombres de Cristo*. Arias Montano, con voluntad filológica, va enumerando los nueve nombres que Dios recibe en la Escritura: IHVH, EHIN, TSEBAOTH, ELOHA, ELOHIM, ADONAI, SADAI, EL, IAH. De los dos primeros informa que "ad unius verbi originem referuntur"⁹ y apunta que son los únicos con que Dios se designa a sí mismo: "ut duo tantum a Numine primum

5. *Ibid.*, pág. 28. "Esto es, con el poder de la palabra les otorgó la facultad y la felicidad de procrearse y propagarse".

6. Anónimo: Περὶ ὑψους. *Sobre lo sublime*; ed. y trad. de José Alsina Clota; Barcelona, Bosch, 1977, pág. 99.

7. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 206.

8. Cfr. Bataillon, Marcel: *Erasmus y España*, Madrid, F.C.E. 1979, pág. 85.

9. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 14. "Se retrotraen a la etimología de un solo vocablo".

pronuntiata indicet consonantibus, elementis quaternis constantia"¹⁰. Los otros nombres se dividen entre los que han sido utilizados por los profetas y los admitidos en la lengua común. No deja de ser significativa esta insistencia de Montano en los nombres de Dios, en sus clasificaciones y en sus claves numéricas, pues todavía entre los libros que, a su muerte, donó a la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, se encontraba un "libro en 4º que habla sobre los nombres de dios. Al modo de los cabalistas"¹¹. Sea por esta fuente o no, Arias Montano insistió en subrayar la necesidad de tratar de esta cuestión de los nombres divinos acudiendo a la lengua original por ser la única adecuada para referirse a Dios, como fuente de la verdadera sabiduría. Así, dice de los cananeos que conservaban la más antigua y la más rica de todas las lenguas, el hebreo, gracias a la cual eran considerados los más sabios en las disciplinas humanas y en el conocimiento de la naturaleza¹².

El carácter sagrado de la lengua hebrea afectaba tanto a la fonética, como a la gramática, a la densidad significativa de las palabras y hasta de cada letra por separado, que las demás lenguas se esforzaban inútilmente en reflejar. Un curioso ejemplo de este reflejo lo encontramos cuando se explica la creación del mundo desde una materia sólida, denominada en hebreo *ARETS*:

*...cambió el nombre a «arets», el cual, conservando fuerza masculina, reclama que se le atribuya eficacia y poderío, resistencia e inmovilidad y firmeza, y se arroga, sobre todo, fecundidad. Parece que los latinos, con «terra», no sólo se esforzaron por traducir este nombre, sino también por remedarlo, cambiando un poco las letras de posición y pronunciación.*¹³

Esa misma profundidad de contenidos, que surge por una relación motivada no sólo entre significante y significado, sino también entre el nombre y la cosa, alcanza a los nombres de Dios o de la tierra, pero también a los de personajes bíblicos, como Caín, Abel, Abram o Abraham¹⁴. No fue Montano el

10. *Ibid.*, pág. 14. "Los dos únicos pronunciados por la Divinidad son los que constan de cuatro letras consonantes". La adecuada traducción latina que Montano señala para ambos términos es "Erit" y "Ero", esto es, "Será" y "Seré", aunque indica que "no se corresponden con éstas con pleno significado". Para una aproximación terminológica al problema de la denominación de Dios en Arias Montano, *vid.* Charlo Brea, Luis: "El poema *De divinatorum nominum usu et interpretatione* de Benito Arias Montano", *Euphrosyne*, 23 (1995), págs. 319-331.

11. Rodríguez Moñino, A.: "La biblioteca de Benito Arias Montano. Noticias y documentos para su reconstitución (1548-1598)", *Revista de Estudios Extremeños*, 22 (1928), pág. 592. Se encuentra entre una colección de libros hebreos y caldeos que Arias Montano debió ir recopilando a lo largo de su vida y de la que no se deshizo hasta después de su muerte.

12. Cfr. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 195.

13. Cfr. *ibid.*, pág. 26. En el capítulo lxiii, "De rerum compositarum prima ratione et sermonis observatione", del tratado *Ioseph, sive De Arcano Sermone* (Amberes, Ex Officina Plantiniana, 1571, fol. 59), que formaba parte del *Apparatus* de la Biblia Regia, se repite la misma fórmula de conexión etimológica entre el hebreo y el latín: "... pro quo verbo Latini Interpretes terram vertunt nomine etiam iisdem constantem. Idem enim est 'aretz' expuncto z ex duplici litera y quod 'tera' inverso modo pronuntiatum".

14. Caín, según la simbología montaniana, significa "varón singular", mientras que el nombre de Abel quiere decir "aflicción" o "muerte". Por su parte, Abram, antes de adoptar el nombre de Abraham, quería decir "padre sublime". Cfr. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 153 y 154.

primero entre los humanistas europeos en defender esta postura que consideraba el conocimiento del hebreo como elemento clave para cualquier otra ciencia y, en especial, para las cosas divinas. Giovanni Pico della Mirandola, cuyos *Opera omnia* conservó Montano a lo largo de toda su vida¹⁵, realizó afirmaciones similares en sus *Conclusiones philosophicae, cabalisticæ et theologicae sive these DCCCC* de 1486. Entre las conclusiones paradójicas, en la quincuagésima quinta afirma: "Qui ordinem hebraicæ linguæ profunde et radicaliter tenuerit, atque illum proportionaliter in scientiis servare noverit, cuiuscumque scibilis perfecte inveniendi normam et regulam habebit". En una idea similar insiste Pico en sus conclusiones filosóficas: "Si qua lingua prima et non casualis, illum esse hebraicam multis patet coniecturis"¹⁶.

La preeminencia del hebreo y de su capacidad significativa respecto a las otras lenguas se debe, según Arias Montano, a su origen sagrado. Como afirma sin duda ni titubeo, el hebreo es la lengua de Dios. Las demás lenguas son un fruto convencional y artificioso de las comunidades humanas, mientras que la hebrea es creación de la voluntad divina tanto en sus signos orales, como en los escritos:

*Y para este estudio se debe tomar en consideración a esta lengua original, de la cual, como confirmaremos en su debido lugar, hicieron uso los primeros hombres y con la cual hasta la propia divinidad habló a los hombres; todas las demás, en cambio, aunque cultísimas, surgidas por consenso e invención de los hombres, más que por alguna ley y plan singular de Dios, vinieron a suplantarla. Así pues, aquella lengua, que hace ya tiempo alcanzó entre los sabios y piadosos que se la llamara especialmente lengua sagrada...*¹⁷

Como ya hemos visto afirmar a Pico, Montano dio al hebreo el carácter de lengua primera y original ideada por Dios para su interlocución con el género humano. Sobre este argumento construyó todo un sistema de interpretación bíblica basado en una absoluta concentración en la lengua hebrea, puesto que en esta lengua se formula directa y materialmente el mensaje divino. El modelo de exégesis montaniana parte de este supuesto teológico, se remonta a la gramática de Johannes Reuchlin, *De rudimentis Hebraicis* de 1506, y a los estudios trilingües de Alcalá, y enlaza con la obra de Santes Pagnino o de Sebastian Münster. El objetivo último era investigar y conocer la palabra de Dios desde su literalidad, para luego, eso sí, ponerla en práctica.

15. En una lista de sus libros hecha por el propio Montano en 1548 aparecen "Las obras de Pico Mirandula", que Rodríguez Moñino identifica con la edición de Luis Marzal, *Joannes Pici Mirandulae opera omnia* (Roma, 1506). Todavía en otra "Memoria de los libros que tengo" de 1553 aparece un "Pucis (sic) Mirandul."; y de nuevo en un listado de libros enviado por Montano desde Flandes en 1569 vuelven a aparecer unos "Pici Mirandulani opera". Cfr. Rodríguez Moñino, A.: *art. cit.*, págs. 567, 582 y 585.

16. *Conclusiones sive these DCCCC*; introduction et notes de B. Kieskowski; Ginebra, Librairie Droz, 1973. "Quien estuviere en posesión profunda y completa del sistema de la lengua hebrea, y supiese guardarlo adecuadamente en las ciencias, tendrá una norma y una regla para llegar al perfecto conocimiento de cualquier cosa cognoscible". "Si hay alguna lengua primera y necesaria, por numerosos indicios es evidente que se trata de la hebrea".

17. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 13.

Frente a la defensa de la licitud del uso del hebreo en los estudios bíblicos se levantaron voces como la de León de Castro o Guillermo Lindano, motivadas por convicciones tradicionalistas o por meros intereses personales. Lindano, por ejemplo, en una carta dirigida a Juan Harlemio en 1575 veía peligrar la “*veritas apostolica et ecclesiastica*” ante aquella “*novitia ista Hebraica*” y acusaba a hebreos y griegos de alterar voluntariamente sus códices con el sólo fin de denostar a la Santa Madre Iglesia, Católica, eso sí¹⁸. Y aún así se equivocaba, pues otros “*novi*”, como Erasmo o el propio Lutero, también habían tenido reparos antijudaizantes contra los que preferían las fuentes rabínicas a la tradición patristica:

*When Christians turned to a concentrated study of the Hebrew –apunta Gerald Hobbs–, they perforce drew upon the only significant source for the explication of that material –the rich of Jewish exegesis and philology. This consequence, as logical and inevitable as it seems to us, was far from pleasing even to some Hebraists. What comes as a traditional descriptive term for literal exegesis –the Jewish sense– in a Melanchton can be an outpouring of hostility against the perilous encroachment of the jews in Luter or Richard of LeMans: “You destroy all credibility in your translation, when you prefer to abandon the apostle rather than your rabbis... This is judaizing”.*¹⁹

Incluso defensores de posturas más abiertas respecto al hebreo, como el padre Mariana, se quejaban de que Montano hubiese “hecho tanto caso de libros de hebreos y tan poco de lo que los santos y otros auctores nuestros”²⁰. Sólo los más allegados al biblista defendieron posturas similares a las suyas, como fray Luis de Estrada, Pedro de Fuentidueña o Gilberto Genebrardo, que, en carta dirigida a Montano en 1574, censuraba a “*qui ut te a tam laudabili instituto reuocent, minuere audent Hebraicam et Graecam ueritatem*” y “*non eam tantum a Vulgatae Latinae editione volunt corrigi, quod est riuum fonti vel fluuiio ridicule antepone, uerum etiam a Iudaeis et Graecis propter factiones et studia partium corruptam esse clamitant*”²¹.

No se trataba de un simple conflicto entre gramática y teología, ni lo vivieron así los protagonistas de la historia. Esa relación entre humanismo, religión y filología iba más allá, al menos para Arias Montano, que hizo del humanista no un erudito en lenguas o en historia, sino –literalmente– el custodio de la palabra divina. Y esto no respondía, como había pretendido Erasmo de

18. Cfr. Macías Rosendo, Baldomero: *La Biblia Políglota de Amberes en la correspondencia de Benito Arias Montano (Ms. Estoc. A 902)*, Huelva, Universidad de Huelva, 1998, doc. 85.

19. R. Gerald Hobbs: “Hebraica Veritas and Traditio Apostolica. Saint Paul and the Interpretation of the Psalms in the Sixteenth Century”, en Steinmetz, David C. (ed.): *The Bible in the Sixteenth Century*, Durham and London, Duke University Press, 1990, págs. 98-99.

20. En informe al Inquisidor General del 16 de agosto de 1577. Macías Rosendo, B.: *Op. cit.*, doc. 97.

21. Macías Rosendo, B.: *Op. cit.*, doc. 80. El padre Estrada se quejaba de los que “por defender un poco de latín que saben y a título de que el Concilio aprobó la Vulgata edición, se escandalizan de ver alegar Sagrada Scriptura en griego ni en hebrayco, y lo tienen por lutheranía”. Por su parte, Fuentidueña avisaba en 1574 a Montano del peligro de León de Castro que a Pagnino, a Batablo “y a todos los que quieren averiguar la verdad hebraica llama judaizantes” (*ibid.* docs. 17 y 53).

Rotterdam, a la intención de aunar la elegancia de las letras paganas con la sinceridad de la piedad cristiana²², sino a la voluntad de recibir el texto escrito por la mano de Dios mismo, transmitirlo sin alteración y conservar la doctrina más allá de los errores de copia y de la ignorancia de las lenguas:

*Y para que nadie, en lo que respecta a los mandamientos pronunciados y oídos por todos, en los que se encerraba la esencia de lo que se debía pretender o evitar, alegara olvido de la memoria ni trastornara el sentido y el orden de alguna parte por atrevimiento o ignorancia, o los modificara de algún modo, estos mismos capítulos de leyes que habían sido dados a conocer públicamente, grabados en dos pares de tablas de piedra, el primero hecho y grabado antes por la mano divina; el otro, preparado por Moisés, pero grabado por el dedo de Dios, fueron entregados para monumento y ejemplo eterno de la verdadera y sólida doctrina, y fueron conservados primero en el arca mística, dentro de la tienda sagrada, y después en un templo espléndidamente levantado en Jerusalén, para que las nociones y principios básicos de la verdadera piedad, tomados de aquel lugar, permanecieran íntegros y puros, por muchos que fueran los códices en que se copiaran.*²³

Es ésa la misión que Montano reservó al humanista cristiano, la de copiar, transmitir y explicar el mensaje divino. Y como modelo de esa acción, religiosa e intelectual a un tiempo, señaló a Moisés: "El instaurador de la doctrina fue Dios, y Moisés el verdadero profeta y escriba que la llevó al código, siendo él mismo quien la publicó y expuso"²⁴. El humanista se convertía así en una suerte de intermediario entre Dios y el resto de la humanidad, puesto que sólo él estaba capacitado para acceder al conocimiento verdadero y directo de la palabra de Dios y a la profundidad de sus significados. De esta manera, el filólogo hebraísta, el conocedor de los mecanismos de la lengua divina alcanzaba, como el profeta, un nivel de percepción del mensaje divino que iba más allá de lo meramente lingüístico, de lo literal, y captaba su esencia misma. Su misión sería luego verterlo en una lengua accesible para el resto de los hombres. No deja de ser significativo que Montano, cuando describe a los discípulos, a los elegidos de Cristo, los presenta como humanistas cristianos, como conocedores del lenguaje sagrado, incluso en sus aspectos más ocultos: "Puesto que ya éstos, instruidos en los significados de las sagradas Escrituras, comprendían perfectamente qué significaban también los nombres y las palabras"²⁵. No sólo respondían estas afirmaciones al principio humanístico según el cual la *grammatica*, el dominio de las lenguas, los *studia humanitatis*, son el fundamento de cualquier otro conocimiento. Nada (o apenas nada) tiene esto que

22. "Cum elegantia litterarum pietatis christianae sinceritatem copulare". *Opus epistolarum*, Oxford, Clarendon Press, 1906-1947, vol. V, núm. 1522, pág. 591.

23. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 219-220.

24. *Ibid.*, pág. 273. "Instauratore doctrinae Deo, Moysse vero Vate ac Scriba in codice referente, eodemque singula promulgante et exponente". Más adelante, en el mismo Libro V, insiste en la calificación de Moisés como trasmisor, traductor y comentarista: "Ex quo factum est ut populus tantam perhorrescens maiestatem, ad conditionem de interpretis munere et officio a Moysse suscipiendo, ultro etiam descenderit" (*ibid.*, pág. 281).

25. *Ibid.*, pág. 530. "Quippe qui iam sacrorum Scriptorum edocti sensa, quid etiam nomina verbaque significarent, probe tenerent".

ver con el orgullo y la vanidad de los humanistas respecto a su ciencia frente a la tradición escolástica, y que había servido para que Alejandro de Possada, fiscal del segundo proceso contra el Brocense, lo calificara como “temerario, muy insolente, atrevido, mordaz, como lo son todos los gramáticos y erasmistas”²⁶. Aunque Montano también participara de ese nuevo modo de saber, sus creencias religiosas e intelectuales le llevaron por otros derroteros. Para él, la filología era un instrumento al servicio no ya del conocimiento de Dios, sino de la comunicación con él, de la comprensión correcta de sus mensajes y de la posibilidad de hacer llegar a los hombres de una manera clara y sencilla su profundidad misteriosa. Esta misión no era alcanzable por el común de los hombres, que precisaban de guía para acceder a la Escritura.

Con ello salva Montano una de las cuestiones más problemáticas de la época, la de la primacía del magisterio de la Iglesia sobre la interpretación individual. Sin embargo, lo hace de una manera problemática, puesto que subraya la necesidad y el concurso de dos partes en el correcto conocimiento e interpretación del mensaje divino: en primer lugar, la erudición en la lengua sagrada y, junto a esto, una suerte de inspiración reservada a muy pocos individuos. El mecanismo de exposición de la palabra divina debía servirse como instrumentos básicos de la etimología y la amplificación. Ambos recursos venían fundamentados en el origen sagrado que Montano defendió para la lengua hebrea y para la misma literalidad de las Escrituras, y dan lugar al sistema de *commentaria*, *explanationes* y *elucidationes* que utilizó para acercarse a la Biblia y a la voluntad misma de partir siempre de la gramática hebrea²⁷. El paso siguiente en el trabajo de este humanista bíblico ideal sería la correcta traducción de los textos hebreos a otras lenguas de mayor difusión, para lograr, como objetivo último, hacer llegar los preceptos de Dios a toda la humanidad.

Arias Montano se esforzó en trasladar la fuerza significativa del hebreo al latín, aunque sólo ve en aquél una “cierta sombra y reflejo del significado” original²⁸. Para ello acudió al latín clásico y humanístico y no tuvo inconveniente en censurar las invenciones lingüísticas de la escolástica a la hora de tratar de la esencia de Dios:

Con tal alocución muestra entre otras muchas cosas, en especial, su verdad. 'Ego sum', dijo. Ambas vías de indagación de la verdad divina las indicaba sabiamente en un himno el Salterio, si bien señalando la segunda como más cómoda y rápida. «Él envía a la tierra su palabra, su palabra corre a toda prisa; distribuye la nieve como lana, esparce la escarcha cual ceniza. Arroja su hielo como migas de pan, a su frío ¿quién puede resistirse? Envía su palabra y hace derretirse, sopla su viento y corren las aguas. Él revela a Jacob su palabra, sus

26. *Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas*; ed. de Antonio Tovar y Miguel de la Pinta Llorente; Madrid, CSIC, 1941, pág. 165.

27. Esta forma de exégesis, común al ámbito cristiano, respondía, desde las posiciones próximas al protestantismo, a la idea de que la Escritura no precisaba de intérprete. Cfr. Hagen, Kenneth G. “De Exegetica Methodo. Niels Hemmingsen’s *De Methodis* (1555)”, en Steinmetz, David C. (ed.): *The Bible in the Sixteenth Century*, ed. cit., pág. 183.

28. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 14.

preceptos y sus juicios a Israel: no hizo tal con ninguna nación, ni una sola sus juicios conoció. Pero, dado que el uso antiguo de la lengua latina no nos proporciona un vocablo apropiado, con el cual pueda ser nombrada y llamada la Naturaleza infinita de Dios (pues 'ens' es un vocablo inaudito para los oídos romanos, deducido a imitación del griego ὄν), ningún otro sería empleado más adecuadamente por nosotros para significar aquella majestad que el de 'verum' o 'veritas'. Es más, incluso los filósofos antiguos quisieron significar con la sola palabra de 'verum' o 'veritas' toda esta tesis (que los Dialécticos llaman objeto o sujeto) tanto de la naturaleza como de la contemplación posterior de la naturaleza.²⁹

Ese afán de explicar claramente el sentido exacto de los términos hebreos le llevó en alguna ocasión a acudir a otras lenguas de apoyo, como el griego o incluso el castellano. Así, al glosar el significado simbólico del nombre del primer hijo de Caín, ΗΗΑΝΟΚ, apunta que “en latín podríamos decir *initiatio, felicitatis principium* o *auguratio*”; pero aún pretende precisar más y busca un término correspondiente en castellano: “El vocablo nativo de la lengua española «estrena» lo traduce adecuadamente”³⁰.

El proceso completo que se abre con la emisión del mensaje divino se cerraría con la recepción del mismo mensaje, traducido y reducido a sus parte esenciales, por parte de los hombres. A ese afán de intermediación responden tanto la erudición filológica y bíblica del propio Montano, de fray Luis de León, de Pedro de Valencia o de fray José de Sigüenza, como sus afanes por reducir la doctrina a principios y por traducir los textos del antiguo y nuevo Testamento al latín o al castellano. Las limitaciones del *Índice* de 1551 sobre la difusión de la Biblia en romance se salvaron con un recurso de abolengo erasmista, que todavía fray Luis proponía como método en el prólogo a *De los nombres de Cristo*: convertir los tratados espirituales en antologías bíblicas traducidas y glosadas. El joven Montano ya había hecho, a la sombra todavía de las enseñanzas de Cipriano de la Huerga, una paráfrasis castellana del *Cantar de los Cantares*. Pero incluso un libro fundamental en el pensamiento montano como el *Dictatum Christianum* respondía a esa misión de reducir las enseñanzas divinas a preceptos simples y aplicables a la vida contemporánea de los cristianos. Y no olvidemos ni la traducción castellana que de él hizo Pedro de Valencia, ni su uso como manual de enseñanza en la escuela de humanidades fundada por Montano en Aracena.

29. *Ibid.*, págs. 3-4. Al respecto y glosando a Lorenzo Valla, apunta Francisco Rico: “Los escolásticos se alejan de la realidad y se encierran en un laberinto de falsos problemas porque se fundan en una jerga propia, esotérica, que no es fiel ni al griego de Aristóteles ni al uso común de la *latinitas*. ¿Cuántas vueltas no habría dado la metafísica medieval a la palabra y la idea del *ens*? Pero Valla sentencia que en buen latín *ens* es un participio, no un nombre, de modo que no puede usarse con valor independiente, y rompe el nudo gordiano: lo importante no es el espejismo del *ens*, sino la evidencia de las cosas, de las *res*”. *El sueño del humanismo. De Petraca a Erasmo*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 37.

30. *Ibid.*, ed. cit., pág. 84: “Hispanici sermonis germana vox apte reddit *estrena*”.

2. EL LENGUAJE SAGRADO: SÍMBOLO Y ALEGORÍA

Fray Luis de Estrada, esforzado defensor de la *Biblia Regia* frente a los ataques de León de Castro, afirmaba, en una carta dirigida al secretario real Gabriel de Zayas en 1569, que los originales hebreos “contienen mayores preñados y misterios que aquellos que se pueden explicar en una sola versión latina”³¹. No hacía otra cosa que ahondar en los mismo argumentos utilizados por el propio Arias Montano, que atribuía a la lengua hebrea un origen divino y, consecuentemente, una mayor capacidad significativa basada en su relación motivada con la realidad que designaba. Hasta tal punto, que el nombre no era sino una versión cifrada de la cosa misma:

*Pero el significado de los nombres sabiamente puestos es idéntico a la definición, aunque se pronuncie con una frase más corta, esto es, resumido en un solo vocablo. Y la razón más antigua a la hora de poner los nombres se extraía del conocimiento preciso de la virtud y eficiencia de las cosas; y con tal conocimiento se dice que el más sabio, al principio, de todos los hombres llamó, obediente, con nombres precisos a cada raza de seres vivientes.*³²

Como apuntaba Northrop Frye, en la Escritura no hay distinción entre el aspecto formal del lenguaje y su contenido –o, al menos, así se presenta–, de tal manera el mensaje divino tendría “la capacidad de abrirse camino a través de todas las barreras del lenguaje”³³. Frente a esa aparente simplicidad con la

31. Macías Rosendo, B.: *Op. cit.*, doc. 17.

32. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 13.

33. *Poderosas palabras. La Biblia y nuestra metáforas*, Barcelona, Muchnik Editores, 1996, pág. 155.

que la palabra de Dios se manifiesta y en la que el propio Montano insistió una y otra vez³⁴, surgía como lado problemático la dificultad que el hombre tiene para su correcta comprensión, debida, fundamentalmente, a su naturaleza poco espiritual. La idea la tomó Montano de san Pablo, que en la primera epístola a los corintios escribe:

*...quae et loquimur non in doctis humanae sapientiae verbis, sed in doctrina Spiritus, spiritualibus spiritualia comparantes. Animalis autem homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei: stultitia enim est illi, et non potest intelligere: quia spiritualiter examinatur.*³⁵

La incapacidad humana para comprender sencillamente el mensaje divino obligó a que éste adoptara una forma simbólica y metafórica, por medio de la cual y con la ayuda de imágenes, fuera posible la comunicación:

*Y ésta es, por tanto, la razón por la que en la instrucción de hombres de tal condición Dios ha procurado ofrecer lo que pueda ser entendido y memorizado en la medida de su mundo, cuales son las imágenes sacadas de las naturalezas externas y corpóreas, y ciertos preceptos que pueden uno a uno ser oídos, conocidos, comprendidos e incluso ser cumplidos. Y de aquí se tomó todo el repertorio de comparaciones, parábolas, ejemplos y metáforas que le ofrezca a los sentidos la posibilidad de conocer una primera imagen de las cosas a partir de la definición y el uso de su naturaleza; y a partir de ahí le sugiera al hombre interior, es decir, a la mejor parte del hombre, lo que sea oportuno de acuerdo con el momento.*³⁶

Lo problemático es que la misma representación simbólica llega a complicar la comprensión humana. La cuestión no es menor, pues, en el fondo, afectaba a los modos de interpretación y comentario de los textos bíblicos. En el prefacio al *De optimo imperio*, Arias Montano trazó un panorama de los estudios bíblicos en España y definió su propia posición:

Pues estando todo el tropel de los hombres que en España se dedican a la Teología dividido en dos bandos: por un lado, los que, satisfechos con sus ejercicios escolásticos, defienden sus posturas y opiniones; por otro lado, los que habiendo avanzado más allá de estas actitudes, se aplicaron a la lectura de las sagradas Escrituras y decidieron adornarla con los escritos, explicaciones y sentencias de distintos comentaristas. Sucede así que aquéllos rechazan cualquier otro género de alocución fuera de aquel oscuro modo de expresarse propio de la discusión escolástica y desdennan y hasta casi condenan cualquier elocución abundante con la que se encuentran; y éstos, que se llenaron la mente y el senti-

34. Arias Montano afirma en el prefacio de la obra que Dios habló al mundo abiertamente (*palam*) y, al tratar de la naturaleza de Dios, que, siempre que se dirige a los hombre, lo hace con "palabras que sabe que les son familiares y sacadas del lenguaje llano" (*voces, quas illis communes et de medio sermone productas novit*). *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 5.

35. I Corintios 2, 13-14.

36. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 116.

do con las arcanas y místicas explicaciones de los viejos comentaristas y predicadores, en cuanto reconocen cualquier cosa que se aleja de aquellos comentarios que se llaman místicos, anagógicos o tropológicos, inmediatamente la desdennan por humilde, común y accesible a todos. De entre este número exceptuamos a los que estiman como buenos los trabajos ajenos, a los que suelen leer todo y a los que juzgan que de toda buena lectura puede aprovecharse algo. Y a que menos agradáramos a aquéllos, los escolásticos, contribuyó la pureza de la lengua romana, que -ya que nos dirigíamos a lectores de latín- procurábamos imitar con todas nuestras fuerzas. Y a que no satisficéramos plenamente a los segundos, obró nuestro modo de enseñanza; porque desde el principio defendimos el método de interpretación familiar, llano y simple que parece pedir el mismo sentido de las palabras, y que esperábamos que fuera comprendido y aprobado por los lectores sencillos y muy semejantes a nosotros, y que pudiera ser recordado con provecho a fin de modelar la vida cristiana. Este género es llamado por algunos literal, esto es, el que pide en primer lugar la simple lectura de la Escritura.³⁷

Cuando Montano habla de comentario literal, no se refiere en absoluto a una literalidad sin profundidad. Eso iría en contra de sus convicciones respecto a la lengua hebrea y sus singularidades. Lo literal no contradice la capacidad significativa y simbólica del texto sagrado; muy al contrario, obliga al intérprete a ceñirse a ella y a reproducirla en la traducción y en los comentarios.

Si volvemos los ojos por un momento al proceso inquisitorial contra fray José de Sigüenza, comprenderemos mejor el sentido de las palabras de Montano, a quien, al fin y al cabo, también se estaba enjuiciando en dicho proceso. Entre las proposiciones que se imputaron al padre Sigüenza había varias referidas al modo de entender las Escrituras. En la segunda proposición, se ponía en boca de fray José que "No ha de predicarse sino lo que dice el Evangelio, que allí está todo; y no nos dio Cristo licencia para comentarle ni gloriarle". Más explícitas aún son las proposiciones quinta y decimoséptima, en las que se afirmaba, por un lado, "que no se ha de predicar sino el Evangelio

37. *De optimo imperio sive in librum Josuae Commentarium*, Amberes, Cristóbal Plantino, 1583, fol. 3r-v. "Nam cum omnis eorum virorum, qui in Hispania Theologiae nomen dederunt, exercitus in duas classes divisus sit; alteram eorum, qui scholasticis exercitationibus contenti stationes partesque suas tuerentur; alteram vero eorum qui ulterius etiam progressi ad sacrorum Biblorum lectionem sese contulere, eamque variorum expositorum scriptis, explanationibus et sentiis munendam duxere, evenit ut alteri praeter pressum illum scholiasticae disputationis sermonem elocutionis omne genus aliud respuant, et quidquid ulterioris linguae offenderint, negligant ac paene condemnent; alteri vero qui arcanis ac mysticis veterum expositorum et contionatorum explanationibus mentem sensumque imbuerunt, quidquid ab illis enarrationibus, quas mysticas, anagogicas et tropologicas vocant, quoquo modo differre cognoverint, ut humile atque omnibus pervium communeque fastidiant. Ex utrorumque numero illos excipimus, vel qui aliorum labores boni consulunt, vel qui omnia legere solent, et ex omnia sana lectionem usum aliquem capi posse arbitrantur. Atque alteris ut minus placeremus, effecit Romani sermonis puritas, quam (cum Latinis lectoribus operam daremus) pro viribus consecrari studebamus. Alteris vero ut non satis satiemus, instituti nostri ratione factum est. Quippe enarrationis genus cum primis suscepimus familiare, planum ac simplex, quod ipsa verborum significatio exigere videatur, quodque tenuibus nostrisque simillimis lectoribus capi, probari, et ad Christianam vitam informandam cum utilitate reteneri posse sperabamus; quod genus literale a nonnullis dicitur, id est, quod Scripturae lectio simplex primum postulat".

y que allí está todo, porque traer Santos es nunca acabar; porque como unos contradicen a otros, son dos trabajos, uno entenderlos y otro conciliarlos” y, por otro, que “Para entender la santa Escritura no se han de seguir a los Santos cuando se encuentran, sino acudir al hebreo, no haciendo en esto al caso que se desvíe de la declaración de los Santos ni de la teología escolástica”³⁸.

Todas estas afirmaciones, sumadas a las del propio Montano, forman parte de unos mismos planteamientos antiescolásticos y antialegóricos respecto a la Biblia. Cuando fray José y su maestro defendían el sentido literal, el “Evangelio desnudo”, lo hacían con la intención de devolver al texto bíblico su simpleza original, de descargarlo de siglos de comentarios e interpretaciones. No era otra la intención general del Humanismo, del Renacimiento o la Reforma. Se trataba de buscar la simplicidad en el pasado, de descargar el peso de siglos de cultura eclesiástica, de romper la disociación medieval entre la reflexión teológica y el texto bíblico. Contra los métodos de comentario místico o alegórico, heredados de la patrística y la escolástica, Arias Montano, fray Luis de León, Cipriano de la Huerga y todo el humanismo cristiano reclamaron un esfuerzo de razón filológica y una mayor atención a la palabra misma de Dios. La opción por la interpretación literal no era sino una defensa del propio texto frente a la acumulación de elementos ajenos y extraños a él. Al fin y al cabo, alegorizar no era sino dar la espalda al texto, simplificar la dificultad de comprensión, renunciar a la posibilidad de comprender el verdadero mensaje divino. León de Castro, enemigo de toda novedad, no perdió ocasión para censurar esas posturas en sus acusaciones contra fray Luis, Martín Martínez de Cantalapedra y Gaspar de Grajal:

*Y que tanvien a oydo dezir a algunos estudiantes que no se acuerda que los dichos maestros dizen que quando alengan la ynterpretacion de santos tiene el dicho mro Martinez especialmente por comun refran, en la lengua, el sabio alegorin, aludiendo a lo que dize en su libro a paresçer de todos, que quando los santos no entienden, se acogen a inventar alegorias.*³⁹

No era un simple chiste o un desplante lo que censuraba Castro en el catedrático salmantino, sino toda una manera de aproximarse al texto bíblico. Frente a la relación no motivada y arbitraria de la alegoría como método de interpretación, la literalidad ataba el sentido a la palabra, y no olvidemos que para Montano, como para Pico, fray Luis de Estrada o fray José de Sigüenza, la palabra original, la hebrea, estaba preñada de una significación motivada. De ahí que esa literalidad incluyera también un sentido simbólico, *arcanus*

38. Andrés, Gregorio de (ed.): *Proceso inquisitorial del padre Sigüenza*, Madrid, F.U.E., 1975, págs. 127, 128 y 130.

39. *Proceso de fray Luis de León*; edición paleográfica, anotada y crítica de Ángel Alcalá; Salamanca, Junta de Castilla y León, 1991, pág. 8. Los mismos reparos antialegóricos aparecen a veces en la obra de Cipriano de la Huerga, maestro de Biblia de buena parte de los hebraístas españoles; por ejemplo cuando apunta, al hilo del *Cantica Canticorum*, “No nos vamos a romper la cabeza pensando en los diferentes significados alegóricos de esa túnica que se ha quitado la Esposa”. *Comentario al Cantar de los Cantares*; ed. de Avelino Domínguez García; en *Obras completas*, vol. VI, León, Universidad de León, 1991, págs. 102-103.

según el latín montaniano, que correspondía al valor espiritual que guardaba el uso poético del lenguaje bíblico a través de tropos y figuras. Frente a la alegoría, el símbolo compartía un espacio común con el objeto representado y mantenía con él alguna conexión o algún modo de analogía. Y es por medio de ese vínculo como comunicaba su sentido oculto, como se hacía real. El lector encontraba en el símbolo mismo los indicios, las direcciones adecuadas para alcanzar el sentido oculto. Sólo se trataba de descifrar correctamente las claves simbólicas.

A la hora de definir cuáles son esas claves simbólicas que se superponen a la simple literalidad, Arias Montano parte de la primera epístola a los corintios de san Pablo:

Pero el intérprete y ministro de Dios, todas las cosas que son vistas y conocidas por los que ocupan este lugar de la condición humana, afirma que acontecen no clara, abiertamente y tal como la cosa es, sino a través de un espejo, confusamente. De lo cual se sigue que éstas cosas no son significadas con sus debidas palabras, con las cuales pueden ser nombradas por quienes tratan con el Espíritu de Dios, sino con palabras en sentido metafórico a partir de una imagen o semejanza de la realidad, como si se hiciera por medio de una sombra.⁴⁰

Una y otra vez a lo largo del *Liber generationis et regenerationis Adam* Montano subrayó la aparición de lo simbólico en el texto bíblico, unas veces para explicarlo y otras sólo para insinuarlo; como cuando trata del pacto de Dios con Noé tras el diluvio:

Y con esta imagen quiso dar a entender que sucedería lo siguiente: que, una vez a salvo el hombre en la tierra gracias a la ayuda del arca, todas las demás cosas serían dispuestas de forma que pudieran vivir también en la tierra en compañía del hombre. Interpretación ésta que, tal como exigía la majestuosidad de un arcano grandioso para su tiempo, nosotros la hemos recogido de forma más arcana que patente, para desvelarla en otra ocasión, cuando Dios mismo lo permita.⁴¹

Junto a la glosa literal, se subraya la presencia de otro sentido simbólico, que surge del mismo uso de las palabras. Así, por ejemplo, al tratar de Jacob y Esaú, se anota: "En estas predicciones algo puede tomarse en sentido llano y literal, pero en su conjunto hay que tomarlo y fijarlo con un sentido oculto"⁴². O cuando Josué cruza el Jordán, se anuncian "significados secretos muy importantes para la comunicación de la salvación humana"⁴³. En el mismo sentido, y siempre atendiendo al original hebreo, la desnudez de Adán y Eva se presenta como símbolo de muerte para el hombre interior; Jonás, como un

40. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 9. También acudió a la misma epístola Pico della Mirandola, cuando afirmaba: "Así pues, mantener estas cosas escondidas al vulgo y hacerlas accesibles a los perfectos, entre los cuales dice Pablo que la sabiduría habla, no fue producto de una decisión humana, sino de una orden divina" (*Discurso sobre la dignidad del hombre*, Barcelona, PPU, 1988, pág. 101).

41. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 120.

42. *Ibid.*, pág. 176.

43. *Ibid.*, págs. 296-297.

segundo nacimiento; o el término hebreo ADAMAH, como muestra etimológica y simbólica de la naturaleza externa y material del hombre⁴⁴.

En ese nivel simbólico que se sigue a la lectura literal, Montano distinguía una parte correspondiente a los mensajes divinos y su interpretación por el hombre, y otra a los modos de uso del lenguaje. En la dedicatoria “al lector estudioso de las sagradas letras” con la que se abre el tratado *Liber Ioseph, sive De Arcano Sermone*⁴⁵, Arias Montano insiste en la importancia de los conocimientos gramaticales y, en especial, del hebreo para acceder al verdadero sentido de la Escritura y manifiesta su voluntad de que el libro “sea consultado no sólo por los que indagan con diligencia las explicaciones de las palabras solas, sino también por aquéllos que quieren percibir la voz verdadera de los oráculos divinos, que se encierra en estas palabras preñadísimas de sentido”⁴⁶. Montano justifica su obra comparándola con los estudios compuestos para comentar los lugares difíciles de los autores antiguos, hace referencia a los símbolos pitagóricos (“Pythagorea symbola”) y a las imágenes de los egipcios (“de Aegyptiorum imaginibus”) y cita muy elogiosamente los *Hieroglyphica* de Henrico Glareano. Con todo ello se viene a afirmar que, junto al sentido literal de la Escritura, fruto del trabajo filológico, hay también otros sentidos complementarios y superpuestos, como el literario, el simbólico o el oracular, apartándose así de la doctrina tradicional de los cuatro sentidos bíblicos, el histórico, el alegórico, el tropológico y el anagógico⁴⁷.

En defensa de esos sentidos simbólicos, Andrés Acitores, en el prefacio al lector de su *Theologia Symbolica*, establecía una línea que se remontaba tanto a la tradición bíblica, en especial, la mosaica, como a los autores paganos, para luego seguir, entre otros, con Dionisio Areopagita, Santes Pagnino, la *Sylva Allegoriarum* de Lloret, los *Commentaria Symbolica* de Antonio Ricciardo, el *Josué* y el *Jeremías* del *Apparatus* montaniano –del que elogia su “laconismo admirable”, aunque censura que no citara “a los autores”–, los *Hieroglyphica* de Becano y Glareano, el perdido *De Symbolis Mosaicis* de Cipriano de la Huerga, el *Hypotyposeon* de Martín Martínez de Cantalapiedra, el *De los nombres de Cristo* de fray Luis de León y hasta el *Apologeticus* de León de Castro. A todos ellos y siguiendo a Isaías y al mismo Dionisio Areopagita, Acitores los califica como “prudentes eloquii mystici” y “peritos deitatis”, esto es, conocedores del lenguaje místico y expertos en la divinidad. Y a la pregunta de qué

44. Cfr. *ibid.*, págs. 53-57, 494-495 y 67.

45. Este tratado, que formaba parte del *Apparatus* de la Biblia Sacra, se publicó de forma independiente en 1571. En la portada de esta edición se anuncia que el libro contiene “ultra undecim mille sacrae scripturae loca aperte explicata” –más de once mil lugares de la Sagrada Escritura claramente explicados–, lo que no dejaba de ser una afirmación problemática para el magisterio de la Iglesia. Sobre la obra y la polémica que surgió en torno a ella, *vid.* Fernández Marcos, N.: “De Arcano Sermone of Arias Montano”, en Backus, I. y Higman, F. (eds.): *Théorie et pratique de l'exégèse*, Ginebra, Droz, 1990, págs. 403-431 y Macías Rosendo, B.: *Op. cit.*, docs. 44, 45 y 95.

46. *Liber Ioseph, sive De Arcano Sermone*, Amberes, Cristtophurus Plantinus, 1571, “Benedictus Arias Montanus Sacrarum Litterarum studioso lectori s.”: “ut hoc modo non tam iis qui simplicium vocabulorum interpretationes quaeritant, quam iis qui germanam divinatorum oraculorum sententiam, quae in significantissimis iis verbis continetur, assequi cupiunt, consultum sit”.

47. Sobre la reforma de ese modo de exégesis tradicional en el entorno de la universidad de Alcalá y su relación con Arias Montano, *vid.* Huerga, Cipriano de la: *Obras completas*. I: ed. de Gaspar Morocho Gayo; León, Universidad de León, 1990, págs. 30-33.

significa místico, responde: "Mysticumque quasi occultum, reconditum et arcanum dixeris. Nam periti deitatis circa arcana Dei mysteria versantur"⁴⁸.

Todo esto responde a un nuevo modo explicar el sentido de la sagrada Escritura, ideado por el humanismo renacentista y que debía partir necesariamente de la gramática, la retórica y la poética, para poder luego interpretar "spiritualiter", según la terminología paulina, la palabra de Dios⁴⁹. Aunque aparentemente la atención al lenguaje literario entraba en confrontación directa con la idea de una verdad revelada, la lectura filológica y la oracular se termina superponiendo en el espacio común que la expresión literaria deja a los elementos no dichos, esto es, a lo que todavía precisa interpretación en el acto de lectura. Las metáforas, los enigmas, los tropos y figuras retóricas, los símbolos se convierten en el cauce literario por medio del cual se expresa la divinidad, como insistentemente recuerda Montano en su libro. El anuncio de la salvación universal se hizo, según Montano, "con figuras retóricas y metáforas de ciertos hechos"; del mismo modo que se hacía necesaria "una cierta metáfora de entre los antiguos testimonios" para "descubrir el significado de otras metáforas"; se manifestaba la grandeza de Dios "con esta figura retórica"⁵⁰; o se acudía a la paronomasia para anunciar el futuro favor divino:

Incluso el profeta haciendo uso de la etimología o de la paronomasia de Jafet esbozaba con un breve enigma el aspecto y la forma de la propia felicidad futura procedente del favor de Dios: 'iephthe elohim iapheth'; que literalmente suena así en latín: 'Decoret, amplifcet Deus creator et gubernator decorum et amplum'. Lo cual nuestro antiguo traductor lo recogió con un término cargado de sentido, 'Dilate Dios a Jafet'⁵¹

Arias Montano, siguiendo el ejemplo de Casiodoro y Beda el Venerable, compuso un pequeño manualito de retórica con ejemplo tomados de la Biblia, *Tractatus de figuris rhetoricis cum exemplis ex Sacra Scriptura petitis*⁵². Pero, más allá del simple catálogo retórico que sirviera de justificación frente a la poesía griega y latina, Montano pretendía dotar al lector de la sagrada Escritura de un instrumento para su correcta comprensión, cuyo último nivel sería la expresión de los misterios divinos, el *arcanus sermo*.

48. Andrés Acitores: *Theologia Symbolica sive hieroglyphica. Pro totius Scripturae Sacrae, iuxta primarium et genuinum sensum Commentaris, altisque sensibus facile hauriendis...*, Salamanca, Diego de Cusio, 1597, "Ad lectorem Theophilum": "Y místico es como si dijeras oculto, recóndito y arcano. Pues los conocedores de la divinidad se ocupan de los arcanos misterios de Dios" (Trad. de F. Domínguez Domínguez, en Huerga, Cipriano de la: *Op. cit.*, págs. 112-113).

49. Para Northrop Frye, este "spiritualiter", proveniente de 1 Cor 2, 14, en este y en otros lugares del Nuevo Testamento, ha de interpretarse como "metafóricamente". Cfr. Frye, N.: *El Gran Código*, Barcelona, Gedisa, 1988, pág. 81.

50. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 457 ("verborum figuris et rerum quarundam imaginibus"), 481 ("imago quaedam ex antiquis monumentis repetenda..., quae ad aliarum etiam imaginum vestigandam significationem opportunae lucis usum commoditatemque praebebit") y 105 ("qua sermonis figura, misericordiae magnitudo in Deo apertissime commendatur").

51. *Ibid.*, pág. 126.

52. *Tractatus de figuris rhetoricis cum exemplis ex Sacra Scriptura petitis*; ed. de Luis Gómez Canseco y M. A. Márquez; Madrid/Huelva, Ediciones Clásicas/Universidad de Huelva, 1995. Sobre la lectura retórica de la Biblia, *vid.* Tosaus Abadía, José P.: *La Biblia como literatura*, Estella, Verbo Divino, 1996; especialmente *vid.* págs. 169-171.

En el tercer libro del *Liber generationis et regenerationis Adam* y al tratar del culto de los falsos dioses paganos, aparece un encendido elogio de la poesía como instrumento de expresión teológica. Se señala, sin embargo, un peligro: su capacidad para fingir, para presentar con visos de realidad lo que no es verdad:

...la más hábil de todas, y sobre todo la más eficaz, para disponer, para guiar e incluso para arrastrar los ánimos de los hombres es la poesía; la cual, en la medida en que también ella es pintura, ha aprendido a imitar y a modelar las cosas de tal modo que no sólo ofrece imágenes mudas e inmóviles para contemplarlas con los ojos, como hacen la pintura y la escultura, sino que sabe representar las cosas mismas, tanto las que están bajo el cielo como las que se consideran celestes, muy similares a la realidad, con vida, dotadas de movimiento y destacándose por la capacidad de hablar y por la facultad de actuar y de ejecutar; y no sólo puede turbar y engañar la vista de quienes contemplan, lo cual también lo pueden hacer la pintura y la escultura, sino que es capaz de apoderarse de sus ojos, de sus oídos e incluso del espíritu y de la mente, y las cosas que pueden parecer más increíbles, hacerlas creíbles.⁵³

Este elogio, heredero de Aristóteles y Horacio, tenía su lado oculto: en él late la tradicional condena erasmista a la literatura de ficción o, más exactamente, al uso que la ficción hace de los recursos literarios, pues estos recursos son propios, antes que nada, de los mensajes que Dios ha enviado a los hombres.

53. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 135-136. Arias Montano desarrolla un tema ya formulado en la *Poética* de Aristóteles (fr. 1460) y en el tópico horaciano *Ut pictura poesis* (*Epistula ad Pisones*, 361-365).

3. DIOS EN LA HISTORIA DEL HOMBRE

La estructura y el orden del *Liber generationis et regenerationis Adam, sive De historia generis humani* respondía al plan que, según Arias Montano, Dios había trazado para el género humano. Ese plan alcanzaba desde la creación del hombre hasta su redención por Cristo. De hecho, el libro primero se abre no con la misma creación del hombre, sino con la naturaleza de Dios y las vías de comunicación que, como Creador, había preparado para su criatura:

En efecto, cuando la acción de una naturaleza inteligente y libre parte de tres principios, inteligencia (a la cual igualmente llamamos conocimiento o sabiduría), eficacia (la cual en latín es llamada también potestad y facultad) y voluntad (a la cual se le da también el nombre de determinación), un Dios único posee todas estas cosas de tal manera propias, ciertas y igualmente eternas, que concurren también en cada una de las personas que comparten una única naturaleza. Y cada cosa se atribuye a cada uno de forma singular y propia: la potestad y eficacia al Padre, la Sabiduría al Hijo, la determinación y voluntad al Espíritu Santo, aunque, no obstante, se dice con toda la razón que el Padre sabe, puede y quiere, que el Hijo lo mismo, y que igualmente el Espíritu Santo sabe, quiere y puede.⁵⁴

Como consecuencia de ese acto de conocimiento, voluntad y capacidad divina se inició la historia con la creación del hombre; una criatura dotada de libre albedrío, de una naturaleza problemática y, por lo tanto, capaz de revol-

54. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 12. El nombre latino que Arias Montano considera más adecuado para referirse a Dios es el de *verum* o *veritas*, como muestra de la firmeza de los pactos divinos con el hombres. Cfr. *op. cit.*, pág. 3 y 62.

verse contra su propio Creador. Y fue entonces, con el primer pecado de Adán y Eva, confiados en su inteligencia y no en los preceptos divinos, cuando comenzaron los sucesivos pactos y rupturas entre el Dios hebreo y la raza humana. A la primera condena y al posterior crimen de Caín sucedió el nacimiento de Set y, con él, el de una generación de justos temerosos de Dios. En esa situación, Arias Montano describe la situación de la raza humana dividida en tres grupos: "el de los hijos de Dios, el de los hijos de los hombres, y a continuación éstos a los que tanto los latinos como los griegos llaman gigantes, y la lengua sagrada los llama NEPHILIM"⁵⁵. Montano, que había tratado esta cuestión de los gigantes en el *Dictatum christianum*⁵⁶, no veía en el texto del *Génesis* el reflejo de un mito popular, ni identificaba a los gigantes -como hizo parte de la tradición judaica y de los primeros comentaristas cristianos- con ángeles malvados, sino que los presentó como ejemplo de la soberbia y el desdén humanos hacia la piedad y el temor de Dios, frente a la piedad de los hijos de Dios, los setitas. Aún así, y probablemente con el objeto de establecer una conexión entre la tradición hebrea y la clásica, hizo referencia a los mitos griegos sobre los Titanes, para los que "la sabiduría de los antiguos imaginó que intentaron arrojar del cielo a los dioses"⁵⁷.

Convertidos los setitas en reducto de la verdadera piedad, dieron cabida al pecado y sucumbieron a su propia lujuria y a la belleza y afeites de las mujeres cainitas. Y no podía ser de otro modo, pues Montano nos presenta a los hijos de Set como "ex horridioribus orti matribus" y "cum minus cultis, minusque bellis virginibus ex domestica necessitudine conversabantur":

Con la ocasión, ardíd y atractivos de las mujeres este mal se abrió paso en la parte de los más cándidos. Pues, como las mujeres de los Cainitas, a causa de las delicias de la vida, y a causa de su afán de belleza, le parecieran mucho más femeninas, hermosas y bellas, y hasta más elegantes, a aquellos que, nacidos de madres muy hirsutas, convivían, por imperativo familiar, con mujeres menos acicaladas y menos bellas, toda vez que empezaron, primero, a admirar a las mujeres de los otros, mucho más hermosas de aspecto, y siguieron, luego, viendo cómo eran perseguidas y acosadas con ardidés lascivos, con halagos y piropos, y con palabras zalameras, acabaron, por el hábito y costumbre diaria de la vista, por acostumbrar, también ellos, a sus espíritus a aprobar las costumbres de aquellas mujeres y a apetecer la coyunda con ellas, y de este modo el

55. *Ibid.*, pág. 121.

56. "...de Hijos de Dios, que antes eran, se han hecho no sólo semejantes a los hijos de los hombres, sino han engendrado también hijos mucho más perdidos i que con mayor disolución se dan a los vicios i deleites, i se arrojan en pos de todo género de injusticia, fiera i crueldad. Éstos son los Gigantes que avía en la tierra en aquellos días". *Dictatum christianum*; ed. de Melquiades Andrés Martín y trad. de Pedro de Valencia; Badajoz, Diputación Provincial, 1983, pág. 149.

57. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 102. "Deos de caelo deicere conatos priscorum sapientia finxit". Northrop Frye, parafraseando a Vico, hace una curiosa interpretación de estos capítulos del *Génesis*: "...la comunicación desde un mundo desconocido comenzó con un trueno, que los hombres primitivos (entonces gigantes) tomaron por la voz de Dios. Se precipitaron aterrorizados a sus cuevas, arrastrando a sus mujeres detrás suyo e instituyendo con ello la propiedad privada". *Poderosas palabras. La Biblia y nuestra metáforas*, ed. cit., pág. 157.

*bando de los íntegros sucumbió no a la virtud ni a las armas, sino a la más violenta concupiscencia, el arma de los malvados.*⁵⁸

La propagación del pecado hizo que sólo quedaran en el mundo ocho justos, Noé y otros siete miembros de su familia, “descendientes de Set” y que “representaban al género humano”⁵⁹. La cólera de Dios por la traición humana se materializó en el diluvio; y al castigo, siguió el arrepentimiento del propio Dios, que se hizo solemne promesa: “Non igitur ultra percutiam omnem viventem sicut feci”⁶⁰. Como consecuencia, Dios volvió a firmar, por medio de Noé, una segunda alianza para la regeneración de la raza humana:

*Pero, lo que, en verdad, se considera como alabanza conspicua de la fe es lo siguiente: que, al escuchar que aquella alianza, zanjada antaño por primera vez con Adán, del arcano propósito acerca de la salvación y restauración del género humano iba a ser renovada con él, lo había creído.*⁶¹

Los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jaffet, se convirtieron en el origen de las razas modernas y se les asignó no sólo un oficio propio, sino un asentamiento en la tierra. A Cam y sus descendientes se les convirtió en esclavos, aunque capaces de recibir la redención divina, y se les situó en “lo que los siglos venideros llamaron Egipto, las dos Etiopías, Canán o Palestina y Asiria”. Los semitas recibieron “los secretos de los asuntos divinos y de los que contribuyen a la felicidad de los hombres” y un asentamiento “desde Misia hasta las primeras costas del Mar de Oriente”. Por último, los hijos de Jaffet, que poblaron “estas regiones que desde Babilonia se extienden hasta el poniente a través del Septentrión, junto con las islas del Mediterráneo que quedan en medio”, fueron ornados con las humanidades, las ciencias, el conocimiento de la naturaleza y la retórica, y entre ellos surgieron los que “después fueron llamados griegos por los latinos”⁶². Aunque partiendo de la historia del pueblo hebreo según los testimonios bíblicos, Arias Montano hace esfuerzos permanentes para no dejar fuera de su proyecto a la otra gran tradición cultural e histórica, la antigüedad griega y latina:

*...aunque ninguno de los historiadores antiguos, ni griegos ni romanos, a excepción de los oráculos sagrados, ha dado una explicación cierta y sin contradicciones; aquéllos han seguido una tradición confusa y alterada o procedente de la antigua creencia popular, que luego sus propios poetas han enmascarado cantando fábulas imaginarias.*⁶³

Desde este reparto del mundo y los conocimientos, el *Liber generationis et regenerationis Adam* sigue la historia de la dispersión de los hombres, de la

58. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 99-100.

59. *Ibid.*, pág. 108. “atque adeo una haec ex Setho deducta et prognata familia humanum genus representabat”.

60. Gen. 8, 21.

61. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 109.

62. Cfr. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 126-129.

63. *Ibid.*, pág. 127.

corrupción de los siete preceptos de la ley natural que Dios había dado como doctrina tras el diluvio y del aumento progresivo del mal y del pecado. En medio de todo ello, surgió una línea familiar que daría lugar a la salvación definitiva del género humano⁶⁴, la que se inició en Abraham. Con Abraham estableció Dios el pacto de la circuncisión que, según Montano, “no es designada propiamente como PACTO, sino como SIGNO del pacto” y que se basa en una correspondencia simbólica entre el corazón y el órgano sexual masculino:

*Y ordenó Dios que se pusiera un símbolo o marca externa de ello en esta parte del cuerpo humano que representa la imagen del corazón y que es la principal servidora del deseo. Pues quiso que en lo sucesivo esta parte permaneciera desnuda y sin cubrir, y que avisara constantemente al hombre, que prefriere esto a las letras, de que debía contener y moderar su deseo.*⁶⁵

La sucesión de Isaac, su nacimiento milagroso y su posterior descendencia en Jacob y Esaú, mostrarían de manera simbólica la evolución de la humanidad en dos direcciones, correspondientes a las ya señaladas en Caín y Abel:

*...estos dos hermanos, nacidos del mismo padre y de la misma madre, no actuaban sólo en nombre propio, sino en el de todo el orbe terrestre ya desde el seno materno; uno representaba a los hombres que por medio de la fe han conocido y honrado a Dios; el otro representaba, en cambio, a quienes han atribuido esto y todo lo demás a la sabiduría y al poder humanos.*⁶⁶

Siguiendo las órdenes y los oráculos divinos, Jacob habría de conducir a su pueblo a la esclavitud de Egipto (“sombra e imagen de aquella esclavitud universal y colectiva del género humano oprimido por la tiranía del rival eterno y por la ley del pecado”⁶⁷), para luego alcanzar un segundo pacto con Dios por medio de Moisés. Resultan interesantísimos los mecanismos con los que Arias Montano integra las tradiciones griegas, egipcias y caldeas en la historia hebrea. En el libro tercero, presenta la situación del género humano hasta los tiempos de Moisés como errada y corrompida en “el conocimiento y uso de la naturaleza”, en “las costumbres públicas y privadas” y en “el culto de las cosas divinas”; y todo a causa de “la avidez de opinión” individual, frente a la rectitud de los mandatos divinos:

Y de esta fuente brotaron las numerosas sectas, familias y disciplinas de estos que primero quisieron llamarse Sabios o Sofistas, y después Filósofos; los cuales, aunque dieron la impresión de haber alcanzado su mayor actividad, ya por último, entre los griegos; sin embargo, habían surgido mucho antes, y habían

64. Arias Montano insiste en este anuncio del nacimiento de Cristo subrayando en letras capitales los oráculos divinos referidos al futuro nacimiento de Cristo. Cfr. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 156-157. A esa misma continuidad genética desde Abraham hasta Jesucristo hace referencia el capítulo primero del Evangelio de san Mateo y, de manera más escueta, san Lucas (I, 27).

65. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 152 y 151-152.

66. *Ibid.*, pág. 174.

67. *Ibid.*, pág. 196.

aparecido y habían tenido importancia en unos y otros lugares en función de la concurrencia de pueblos y hombres, y según la relevancia del poder y del imperio de los diferentes lugares. Pues incluso antes de Abraham, toda la región de los caldeos estaba contaminada con diversos tipos de errores y de supersticiones, así como con diferentes adulteraciones de las costumbres. Y tampoco Egipto actuaba mejor o con mayor humanidad, ni la tierra de Canán con más sosiego o modestia, puesto que los que debían servir de ejemplo entre los cananeos habían tratado mal a Abraham, y habían obligado a Isaac a desear para su hijo una esposa del suelo patrio, y a Rebeca le habían causado gran pesar las hijas de Jet. Y respecto a los egipcios, quienes en aquel tiempo parecían aventajar a los demás en conocimientos, cuál era su juicio sobre las cosas lo evidenciaba el ganado mayor y el menor, así como otros prodigios que eran tenidos y honrados como dioses.⁶⁸

Para sacar al hombre de su error promulgó Dios la ley y se la entregó a Moisés. Y Benito Arias Montano dedicó el libro cuarto de su tratado a la exposición de la ley mosaica y su significado, enumerando y glosando sus seiscientos trece mandamientos, y el quinto, a la demostración de su validez y la explicación de su carácter vivo, arcano y sagrado. Por su parte, el libro sexto, además de señalar nuevas caídas y pecados humanos a través de la historia de Josué, Samuel, Saúl, David y Salomón, abría la puerta a los libros proféticos, entre los que incluía el Salterio. Para Montano esta parte profética de la Biblia actuaba como eje de conexión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, por lo que aparecía como el anuncio explícito de un tercer y definitivo pacto entre Dios y los hombres. Uno por uno se revisan trece profetas, desde Isaías a Malaquías, y los salmos para glosar los oráculos que anuncian una nueva alianza. En realidad, todo el *Liber generationis et regenerationis Adam, sive De historia generis humani* se presenta, en cierta manera, como una demostración de la conexión simbólica entre el Antiguo y el Nuevo Testamento:

Quienes pretendemos reivindicar que las antiguas historias de los israelitas habían dado a entender una metáfora y una imagen de la renovación del género humano pensamos que en absoluto necesitamos evocar testimonios.⁶⁹

La historia de Israel, desde la misma creación del mundo, se convertía así en un anuncio simbólico, interpretado ya por los profetas, de lo que habría de venir y que “hasta este momento sólo había sido indicado con figuras retóricas y metáforas de ciertos hechos”⁷⁰. Desde la perspectiva del Nuevo Testamento, Cristo sería el héroe anunciado en el Antiguo Testamento, que venía a narrar y a materializar la redención del hombre, una redención consciente y glosada en los textos antiguos y hecha realidad con la vida terrena del propio Cristo. Desde el arca de Noé, que “representaría a escala el cuerpo del hombre muerto”⁷¹, hasta la circuncisión colectiva llevada a cabo por Josué y “que

68. *Ibid.*, págs. 193-194.

69. *Ibid.*, pág. 532.

70. *Ibid.*, pág. 457. “...hactenus verborum figuris et rerum quarundam imaginibus tantum fuisse significatum”.

71. *Ibid.*, págs. 107. El propio Montano cita su tratado *Exemplar, sive De sacris fabricis liber. De Arcae fabrica et forma et de Templi fabrica*, incluido en el *Apparatus* de la Biblia Regia, y sus

anunciaba el secreto de la salvación de los hombres⁷² o los paralelos establecidos entre Abraham e Isaac y el Bautista y Cristo, todo se estructura como un juego de correspondencias que insiste en la redención definitiva del hombre por medio de Cristo y su prefiguración desde el comienzo de los tiempos.

La parte del tratado dedicada a la redención misma de Cristo y al Nuevo Testamento se limita a los libros séptimo y octavo, con una extensión sensiblemente menor que el resto de la obra. A lo largo de ambos libros se recorre el final de la historia bíblica: la preparación y llegada del nuevo Salvador, las reacciones de los hombres, el ministerio de Cristo y su magisterio y la misión de los discípulos tras su resurrección y partida. Como en el *Dictatum christi-anum*, Montano insistió en el papel conciliador de la doctrina cristiana y presentó a Cristo como *discordia concors*:

*Así, pues, y tan grande, tan sublime e inmenso, tan humilde y débil convino que se mostrase Aquel que, aun siendo el único autor, conciliador y responsable, iba a unir lo más grande a lo más pequeño, lo más alto a lo más bajo, lo más elevado a lo más ínfimo, e iba a transformar la distancia y separación entre lo celeste y terrenal en concordia y comunidad.*⁷³

Esa voluntad de concordia entre lo distinto, no sólo referida a las Iglesias cristianas, sino también al mundo hebreo y al hombre viejo con el hombre cristiano y nuevo, estaba presente incluso en la portada de la *Biblia Políglota*, que, con el mote "Pietatis Concordiae", utilizó como motivo de su empresa a *Isaías* 11, 7: "La vaca y la osa serán compañeras, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja".

Todo este recorrido bíblico lo planteó Montano como una historia del género humano y de la intervención de Dios en ella. El concepto de historia del que parte Arias Montano era el mismo de la patristica, según el cual la historia sólo puede explicarse desde el *logos* cristiano. Como señala Charles Cocharne: "La historia en términos del *logos* encarnado, significa historia en términos de personalidad. Como tal, convierte en hacedero el gran *desideratum* del clasicismo, esto es, una base filosófica adecuada para el humanismo"⁷⁴. La verdadera historia del hombre no es sólo una sucesión de hechos lejanos reconstruidos, sino un acto que afecta a la salvación de cada hombre particular. Por eso, Arias Montano se limita a plantear una cuestión teológica o de historia bíblica sin más, sino que se esfuerza en hacer de ella materia de reflexión para cada individuo religioso. La historia sagrada es la historia de la creación y redención de Adán, y en Adán estamos todos los hombres. De tal manera, que cada hecho y cada glosa del texto bíblico se refieren particularmente a cada hombre y cada mujer concretos:

Elucidationes in Petri Epistolam, incluidas en las *Elucidationes in omnia Apostolorum scripta* y publicadas por Plantino en 1588.

72. Cf. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 297.

73. *Ibid.*, págs. 413-414.

74. Cochrane, Charles N.: *Cristianismo y cultura clásica*, Madrid, F.C.E., 1983, págs. 466-467.

*"Todas estas cosas –escribía citando a san Pablo– les sucedieron a ellos en figura y fueron escritas para amonestarnos a nosotros, para quienes ha llegado el fin de los tiempos". Y hasta tal punto descubrimos que esto es cierto, que todos los escritos sagrados creemos que atienden a un único género de hombres, es decir, a cada hombre en particular, pues cada hombre es lo mismo que Adán, por cuya culpa se estableció el propósito divino de la salvación universal.*⁷⁵

Para convertir la historia en la historia individual de cada hombre es necesario partir de una concepción muy concreta del hombre, que en Montano surge tanto de la condición religiosa y espiritual, como del análisis filológico del Antiguo Testamento. La definición de Montano se refiere, sobre todo, a lo que llama "animalis homo", el hombre animal, no el creado por Dios en estado de perfección, sino el que ya había sucumbido al pecado:

*...podríamos decir que el hombre es un animal dotado de conocimiento, discernimiento y raciocinio, capaz de tener fe en las palabras divinas, dotado de elección y opción, consagrado a la ejercitación y el esfuerzo, y deudor, en suma, de la disolución del cuerpo y fin de la vida mortal.*⁷⁶

Los elementos que conforman esta definición son, en primer lugar, la condición animal del hombre; su capacidad intelectual; su religiosidad; la voluntad y la posibilidad de elegir libremente; consecuentemente, su libre albedrío; y, por último, su obligación de trabajar y la inexcusabilidad de la muerte. Todo ello lo materializa Arias Montano en una antropología espiritual muy compleja, que parte del tradicional concepto cristiano y orientalizador de una naturaleza doble, la de alma y cuerpo. El cuerpo provendría de la tierra moldeada por Dios y la parte espiritual del hálito divino. Esta composición corresponde a la condición simultáneamente mortal e inmortal, terrestre y divina:

*...el hombre [fue] compuesto de una parte, por así decirlo, más divina y que no pudiera ser percibida por la vista y demás sentidos, y que superase, no obstante, en dignidad al cielo mismo, y de una segunda parte que pudiera ser realmente vista y tocada, esto es, de tierra (a la cual también sobrepujaría en dignidad). En el habla común y corriente llamamos a aquella parte alma o espíritu, a ésta cuerpo.*⁷⁷

Pero a esta estructura simple, Montano añadió la división de la parte interior del hombre en *alma* y *espíritu*, creando así un sistema que reproduce en el mismo proyecto de su *Opus Magnum*: el cuerpo, por un lado, y por otro, el alma y el espíritu. Esta división tripartita provenía de san Pablo, en la *I Epístola a los Tesalonicenses*, 5, 23: "ut integer spiritus vester, et anima, et corpus sine querela in adventu Domini nostri Jesu Christi servetur". Es la única vez

75. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 214.

76. *Ibid.*, pág. 69. "Ita ut hominem dicere possimus, animale, cognitionis ac distinctionis rationationisque capacem, fidei divinis essetis habende idoneum, delectionis et optionis compositum, exercitationi atque luctationi addictum, et corporis demum solutionis atque mortalis vitae finis debitorem".

77. *Ibid.*, págs. 29-30.

que aparece esta división en san Pablo, pero Arias Montano hace de ella parte fundamental de su teología y la une a otros conceptos paulinos como el conflicto entre el hombre animal y el hombre espiritual o entre el hombre interior y el exterior, que aparecen fundamentalmente en las epístolas *Ad Romanos* y *Ad Corintbios*⁷⁸.

No se trataba, pues, de una simple separación entre alma y cuerpo, sino de un nuevo ámbito completamente espiritual en el que, tal como se planteaba en san Pablo, el hombre no luchaba contra su cuerpo, sino contra sí mismo, sus falsas opiniones y su alejamiento de Dios. El alma, que en los textos filosóficos clásicos, correspondería a *appetitus* o a *anima*, en el texto hebreo, según Montano, es denominada “*RVAAH*, esto es, *spiritus*”; y el espíritu, llamado también *ratio* o *animus*, se llamaba “*NEPHES*, esto es, *anima*”⁷⁹. El alma es calificada como inferior y femenina, mientras que el espíritu se presenta como superior y masculino, aunque tanto hombre como mujer participaran de esta doble naturaleza espiritual:

*Así pues, sabemos que el hombre, compuesto de dos porciones, fue puesto por Dios como príncipe sobre el globo terráqueo, a un tiempo macho y hembra, en cuanto al espíritu ciertamente macho, pero en cuanto al alma, esto es, aquella parte donde radica la fuente de los sentidos y del apetito, hembra; y que con otros nombres se habla del interior y el exterior del hombre; el interior hecho a imagen de Dios, el exterior para el alma viviente, formado y compuesto, en virtud de la naturaleza exterior y la forma natural, con las partes apropiadas, y que de este modo debe ser propagado, a partir de las dos partes de esta naturaleza, por los primeros padres de todos, para quienes, exceptuando la distinción externa de hombre y mujer, no había ninguna otra diferencia.*⁸⁰

Todo esto se condensa en el *Liber generationis et regenerationis Adam* en un elogio del hombre como creación y reflejo de la divinidad, que responde a los tópicos de buena parte de la literatura espiritual y filosófica del Renacimiento y el humanismo: desde la consideración del hombre como un universo a escala (“ejemplo y modelo del gran mundo entero, algo en verdad pe-

78. La fórmula la desarrolló Orígenes en su *Comentario a la Carta a los Romanos* (1, 5, 10) y la recogió Erasmo, que dedica el capítulo séptimo de su *Enquiridón* a glosarla. Cfr. *Enquiridón manual del caballero cristiano*; introducción traducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián; Madrid, B.A.C., 1995, págs. 114-118. El censor del ejemplar de las *Elucidationes in omnia sanctorum apostolorum scripta, eiusdem in S. Iohannis apostoli et evangelistae Apocalypsin significationes* (Amberes, C. Plantino, 1588), conservado en la Biblioteca Universitaria de Sevilla con la signatura 102-51, hace referencia a esta división tripartita al comienzo del comentario al *Apocalipsis*: “...omnia huius libri mysteria Arias Montanus referat ad triplicem hominis naturam seu conditionem divinam, humanam integram et humanam lapsam” (pág. 429).

79. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 31-32. La identificación entre el término bíblico *spiritus* y el filosófico *ratio* también aparece en Erasmo: “Lo que los filósofos llaman razón, San Pablo lo llama a veces ‘espíritu’, a veces ‘hombre interior’ y ‘ley del espíritu’ otras”. *Enquiridón manual del caballero cristiano*, ed. cit., págs. 103-104.

80. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 44-45. En esa naturaleza compartida entre hombre y mujer insiste Montano acudiendo a la etimología hebrea: “El hombre exclamó: «Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se llamará varona, porque del varón ha sido tomada». Con el vocablo de la lengua original *is* se nombra al que la lengua romana llama *Vir*; por eso, el propio *Vir* decidió que aquella ayuda tan semejante a él debía llamarse *ISSAH*”, *Ibid.*, pág. 35.

queño por tamaño y peso, pero grande e importante por poder, dignidad y hermosura⁸¹) hasta su superioridad sobre el resto de la creación y su capacidad para conocerla y transformarla. Pero es especialmente interesante el elogio que se hace del hombre como una criatura superior a los ángeles -pues "no leemos que ninguno de los ángeles fuera imaginado, compuesto y finalmente creado, como el hombre, a imagen de Dios"- y similar a Dios mismo: "El hombre fue erigido como una especie de Dios para este mundo por Dios"⁸². La idea, que va unida a la capacidad de libre elección humana, provenía de Pico della Mirandola, se había repetido en Pietro Pomponazzi, y sus ecos pueden seguirse todavía en el *Diálogo de la dignidad del hombre* de Fernán Pérez de Oliva y hasta en el mismo Erasmo de Rotterdam, que afirmaba:

*En cuanto al alma, sin embargo, somos tan capaces de lo divino que podemos sobrepasar la misma naturaleza de los ángeles y hacernos una misma cosa con Dios. De manera que si no estuvieras unido al cuerpo, serías algo divino; si no estuvieras dotado de alma, serías una bestia.*⁸³

Este sistema antropológico general formulado por Arias Montano sobre los textos de san Pablo y del *Génesis* se trasladó completamente a sus discípulos, que lo vertieron al castellano en distintas obras. Francisco de Aldana lo formuló en clave poética en su famosa "Carta sobre la contemplación de Dios y los requisitos della"; fray José de Sigüenza la recogió en una enciclopedia cristológica, deudora hasta la traducción del *Liber generationis et regenerationis Adam* y de la *Naturae Historia*, como la *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*⁸⁴; y Pedro de Valencia volvió a exponer la fórmula en diversos escritos, como *De la tristeza según Dios i según el mundo* o, sobre todo, el *Discurso sobre materias del Consejo de Estado*, donde resumió el pensamiento de su maestro sobre el hombre:

Hizo pues Dios a los hombres varón y hembra; no solamente en lo exterior y visible fueron dos. Adán varón y Eva muger, sino que en lo interior cada uno de ellos de por sí tenían dos partes, una el hombre interior que es varonil, y le pertenece el dominio y el gobierno, y se llama espíritu y porción superior, y otra la parte exterior, inferior y femenina, en que están los sentidos y apetitos corpora-

81. *Ibid.*, pág. 30.

82. *Ibid.*, págs. 30 y 39.

83. *Enquiridón manual del caballero cristiano*, ed. cit., pág. 91. Para seguir el rastro de estas afirmaciones sobre el libre albedrío y su origen en la naturaleza mixta del hombre, *vid.* Sánchez Lora, José Luis: *San Juan de la Cruz en la revolución copernicana*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1992, págs. 31-39.

84. La obra de fray José, que no se editó hasta nuestro siglo, sigue en su estructura el modelo montaniano, pues se divide en tres partes correspondientes al ser y la naturaleza de Dios, la creación y, por último, la acción divina en la historia del hombre. Fray José no sólo acudió al hebreo como forma de conocimiento, sino que siguió la antropología del maestro en la lucha entre el hombre interior masculino y el exterior femenino y, como demostrara el padre Villalba, copió y tradujo numerosos fragmentos de la *Naturae Historia* y los *Commentaria in Isaiae prophetarum sermones* de Montano (Cfr. Villalba, Luis: "El P. José de Sigüenza. Estudio crítico de su vida literaria y de sus escritos", en Sigüenza, fray José de: *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, El Escorial, Imprenta Helénica, 1912).

*les, que deve ser obediente y conformarse con la parte superior, y se llama en la Escritura ánima.*⁸⁵

Si la acción divina sobre la historia del hombre se inició con la creación del mismo y se desarrolló por los diversos pactos y alianzas que le ofrecía, la intervención humana en su propia historia, individual y colectiva, se desarrolló, como apunta Arias Montano, en dos niveles complementarios, el del intelecto y el de la voluntad:

*Toda esta ley, que nos disponemos a dar a conocer, se refería a la práctica y ejercicio de las dos virtudes del alma, esto es, a la capacidad de entendimiento de la porción superior o interior del hombre (a la cual llamamos intelecto) y a la facultad de estimar, querer y amar (que llaman voluntad), la cual debe ser practicada y contenida dentro del deber; pues ni las virtudes y capacidades aquellas que alcanzaban una alabanza extraordinaria y excepcional en la condición humana habían existido en vano, ni podían estar ociosas, estando incólume la naturaleza y hermosura del mundo, si es que para cada especie de seres vivos la realidad de la vida se demuestra con la acción y la práctica. Así pues, dos pruebas de la acción y la práctica fueron propuestas, y dos materias, por así decirlo, fueron presentadas. Una es llamada la promesa o palabra divina, la otra el precepto; aquello para confirmar al intelecto en el ejercicio del conocimiento de la verdad, y esto para refrenar y contener la voluntad dentro de unos límites precisos. Con la acción y ejecución de la una se obtiene una fe constante; la servidumbre de la otra recibe propiamente el nombre de obediencia o respeto.*⁸⁶

De esta manera respondía Montano a dos de los problemas que más preocuparon al pensamiento renacentista: el conocimiento y el comportamiento. Pero a lo largo de su tratado ahondó más profundamente en ambas cuestiones, que se convirtieron en claves para la explicación y justificación de la historia y la futura salvación del hombre.

La naturaleza humana se presenta con una doble posibilidad de conocimiento espiritual y físico, pues “en las acciones de los hombres nada hay anterior y más antiguo que el conocimiento”⁸⁷. El hombre, según Montano, tiene una “facultad doble, la una capaz de dedicarse al cuerpo y los usos corporales, y la otra capaz de consagrarse y aplicarse al espíritu mismo, a Dios, y a conocer, hacer, cumplir y obtener las cosas divinas”⁸⁸. Esta capacidad es la que le lleva a estar desde niño “arrebataados —dice Montano— y casi arrastrados, presos por el afán de conocer”⁸⁹. Desde el inicio del *Liber generationis et regenerationis Adam*, con el engaño de la serpiente a Adán y Eva, se plantea en un conflicto entre la verdad divina y la opinión individual, y se atribuye a esta última el origen de los errores humanos respecto a Dios. Sin embargo, no está negando con ello Montano la posibilidad del conocimiento individual, racional o empírico. Muy al contrario, ve en la investigación particular de cada hombre

85. Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 11160, fol. 32v.

86. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 46-47.

87. *Ibid.*, “Praefatio”.

88. *Ibid.*, pág. 31.

89. *Ibid.*, “Praefatio”. “...obrepentis cognoscendi cupiditate captos rapi”.

un camino que debe seguirse en la aproximación a la verdad; y no sólo alaba repetidamente la experiencia individual como mecanismo de conocimiento, pues la considera válida “hasta en los hombres de inferior talento”, sino que llega a aceptar y proponer el modo de análisis de la verdad planteado por la filosofía académica:

*Recuerde, pues, el lector que nosotros, procediendo en este lugar al modo y manera académico, indagamos y buscamos la verdad, la cual, una vez descubierta y -lo que es igual- probada, podría conmover a todo espíritu dotado de sensibilidad humana y deseoso de su propia felicidad, y atraerlo hacia sí.*⁹⁰

Siguiendo el modelo platónico, Montano planteó los errores que se deducían del conocimiento individual y la “apariencia de las cosas externas”⁹¹, y señaló tres fuentes de conocimiento seguro: *Authoritas*, *Ratio* y *Sententia*, la autoridad, la razón y la sentencia. La autoridad es definida como “los testimonios de las epifanías divinas y de los libros sagrados”; de la razón se nos dice que es “la reflexión del espíritu y de la mente” y que, partiendo “de una correcta contemplación de la naturaleza, sirve para discernir lo verdadero y lo falso, lo honesto y lo deshonesto”; por último, se limita la sentencia a “todo lo que parezca probable o improbable a cualquier clase o condición de hombres” y se condiciona su validez a “la gravedad de la persona, su pericia y práctica en la materia”⁹².

Como Juan Luis Vives, Arias Montano reservó a Dios el principio de autoridad y lo atribuyó no sólo a la palabra escrita, sino –y ésta es una novedad importante– a las epifanías divinas, que podían producirse por medio de la inspiración, del oráculo o de la profecía:

Hay, sin embargo –escribe Montano al respecto–, a veces, ocasiones, en las que un hombre, aunque serio y adornado con el testimonio de vaticinar, esto es, con algún presagio, y jamás puesto en evidencia por ninguna falsedad, aconseje o recomiende algo que parezca disentir de la norma o fórmula de la doctrina prescrita y admitida por el uso, y en lo demás, no obstante, merezca la aprobación como íntegro y consecuente. En tales circunstancias, desde luego, el papel de aquel hombre o pueblo al que se dirá que ha sido enviado, será, luego de examinar el discurso de su enseñanza y la verdad de su señal, el de prestarle

90. *Ibid.*, “Praefatio”. En los *In XXXI Davidis Psalmos priores commentaria* (Amberes, C. Plantino, 1605, pág. 3) Montano vuelve a hacer una defensa del método empírico como fuente de conocimiento: “Saepe admonimus in sacra lectione plurimum adiuvaré observatione rerum”. No sólo eso, sino que afirma que, por medio de la observación de la naturaleza, puede llegarse al conocimiento de Dios: “...alejados del camino verdadero, anchuroso y eterno, esto es, del conocimiento de Dios (el cual con la observación y contemplación de la naturaleza hubiera podido alcanzarse)” (*Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., “Praefatio”). Pedro de Valencia sigue esta línea de contacto con la filosofía escéptica en su tratado *Académica, sive de iudicio erga verum* (Badajoz, Diputación Provincial, 1987), analizada por Juan Luis Suárez de León en la tesis doctoral *El pensamiento de Pedro de Valencia. Escepticismo y modernidad en el humanismo español* (Salamanca, 1995).

91. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 57. “...externarum rerum speciem”.

92. *Ibid.*, “Praefatio”.

*crédito y obediencia en tal circunstancia, pues se rige conforme al uso de la época y actividad, por muy novedosa que sea.*⁹³

Sobre esa premisa de la comunicación divina, establecía Montano una diferencia entre *Sapientia* y *Scientia*, considerando la primera como propia de Dios y la segunda como fruto de la correcta indagación humana, que también debe estar iluminada por los principios divinos⁹⁴. No sólo eso, la verdadera sabiduría sólo sería alcanzable por vía de la iluminación, pues ni siquiera el conocimiento de Salomón, don particular de la divinidad, podía ser comparable al de los hombres “que actúan por el espíritu de Dios”, pues “la sabiduría secreta de Dios dista mucho de toda comparación con la sabiduría y ciencia humanas”⁹⁵.

Pero esta preeminencia de la sabiduría divina no respondía a una negación del conocimiento humano, ni a la *docta ignorantia* de algunos movimientos espiritualistas⁹⁶, sino a todo un sistema de conocimiento que, tras la ruptura renacentista entre lo religioso y lo científico, trataba de volver a establecer vías de comunicación entre ambos ámbitos. De hecho, Montano defendió que el conocimiento científico e inductivo podía conducirnos hacia Dios, aunque tuviera como espacio propio la naturaleza, fuera de la cual resultaba inútil. Sin embargo, en el acto de su creación y junto con el soplo divino, el hombre había recibido no sólo la capacidad de conocer, sino también las materias que habían de ser el objeto de su conocimiento:

*Tan pronto como éste ('balitus') fue introducido en el cuerpo, ya creado, conoció la capacidad y facultad de vivir, sentir, moverse, y de conocerse a sí mismo, las demás cosas y a Dios.*⁹⁷

Montano no sólo nos da esos tres objetivos de conocimiento -conocerse a sí mismo, conocer la naturaleza y conocer a Dios-, sino también establece una jerarquía o una vía que empieza por el hombre y termina en Dios. Si la máxima socrática del “conocimiento de uno mismo” es la “fuente primera y próxima y además natural para el que conoce, y manantial innato de todas las demás cosas que están dentro y fuera del hombre” y la naturaleza es el marco de la existencia⁹⁸, el objetivo final y más importante de la investigación huma-

93. *Ibid.*, págs. 20-21.

94. La misma separación entre *scientia* y *sapientia* hace san Agustín: “Ad sapientiam pertinet aeternum rerum cognitio intellectualis, ad scientiam vero temporalium rerum cognitio rationalis”. *De Trin.* XII, 15, 25.

95. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 327. El ejemplar R/27865 de la Biblioteca Nacional de Madrid señala este párrafo con un “Cautè lege iuxta dicta super prophetas”. La misma idea referida a la inspiración divina como vía de conocimiento se repite en el libro III al tratar de “De gentium propagatione atque diversorum morum causa”: “...ningún hombre ha nacido erudito y sabio, ni se hizo docto de repente, a menos que alguna vez haya sido favorecido sorprendentemente por un raro y admirable favor y privilegio de la divinidad”. *Ibid.*, pág. 125.

96. Cfr. Andrés, Melquiades: *La teología española en el siglo XVI*, vol. I, Madrid, B.A.C., 1976, págs. 399-400.

97. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 31.

98. *Ibid.*, “Praefatio”.

na ha de ser Dios. Para ello se señalan dos caminos demostrativos: "El conocimiento de Dios se traba preferiblemente por dos vías, la una la de la pesquisa, la otra la del oráculo o manifestación"⁹⁹. A la primera de las vías, *vestigatio*, corresponde el camino humano del propio conocimiento, la investigación en la naturaleza y el estudio de la palabra de Dios. La *responsio* u *ostensio* es la forma propia de comunicación divina y, para Montano, "la mejor, más cierta, más rotunda y mucho más rápida"¹⁰⁰.

A esas opciones señaladas por el propio Dios, Arias Montano oponía las que nacen de la simple razón humana y, más concretamente, el método de la teología escolástica. Así, negaba la posibilidad de alcanzar la esencia de Dios acudiendo a la *definitio*, válida para el resto de las cosas creadas, pero a la que "la naturaleza divina supera con una diferencia inmensa e infinita". Del mismo modo rechazaba las clasificaciones y articulaciones atendiendo a conceptos como *genus*, *forma*, *differentia* o *accidens*, la identificación escolástica de Dios como la *substantia* y hasta la posibilidad de aplicar las estructuras aristotélicas al conocimiento de Dios, pues "la singularidad divina no conoce ninguna causa, sino que ella es íntegra, absoluta, simple, y primigenia, y existe por sí misma sin necesidad de otro"¹⁰¹.

No sólo los objetos y los modos de conocimiento, también el comportamiento moral formaba parte para Arias Montano de la naturaleza innata del hombre; y si éste se apartaba de él, era también como producto de una negación de sí mismo y de su Creador. De ese modo, el ejercicio del libre albedrío consistiría simplemente en hacer coincidir la razón humana y la voluntad divina y, de esa elección aproximadamente libre, se seguiría un estado de felicidad perfecto:

*Si se conseguía esto, tal como había sido establecido, verdaderamente el género humano llevaría una forma de vida felicísima y dichosísima, y muy adecuada y concorde para el propio hombre.*¹⁰²

Esa vida "apta et consonas" nos sitúa en el ámbito filosófico del que Montano parte para definir su mundo de teología moral, el estoicismo y su famoso precepto *Vivere secundum naturam*, que Montano interpreta como la adecuación de la vida humana a la propia naturaleza creada por Dios. El siguiente paso sería aunar la filosofía moral y los principios religiosos, y para eso acude al concepto estoico del τὸ καθήκον, que los latinos y, sobre todo Cicerón, tradujeron como *officium*, el deber, lo que conviene:

Y todo lo que el supremo Hacedor adjudicó a cada especie de cosas con la condición de hacerlo o padecerlo, establecido con pacto perpetuo, lo llamamos

99. *Ibid.*, pág. 1. "Dei autem cognitio duabus potissimum initur viis, altera vestigationis, altera vero responsi sive ostensionis". Para esta cuestión ha de consultarse todo el primer capítulo del libro I.

100. *Ibid.*, pág. 2. "...melius profecto, certius et plenius, multoque citius cognoscit".

101. Cfr. *ibid.*, págs. 5-10.

102. *Ibid.*, pág. 44.

*- derecho, deber, oficio, mandato, y elección, o principio y estatuto, e incluso precepto.*¹⁰³

Según Max Pohlenz, el deber para los estocicos correspondía a las acciones que convienen al individuo en conformidad con las leyes morales, y Diógenes Laercio lo definía como un acto acomodado a las posibilidades de la naturaleza¹⁰⁴. Para Arias Montano, el *officium* es, en realidad, el simple cumplimiento del mandato divino:

El hombre debió y pudo defender y conservar la razón y verdad de su naturaleza, es decir, que, conociéndose a sí mismo y teniendo sospechas de su Hacedor, era menester que, en adelante, la parte inferior apeteciera las cosas que la superior, consultada, aconsejara, y que la superior mirara y velara por sí misma y por la porción inferior, conforme al decreto y dictamen de Dios (...)

*El hombre no debió decidir, por deliberación de su propio parecer, la forma y manera ni de conocer a Dios y las cosas divinas, ni tampoco de vislumbrar las cosas terrenales, sino de atenerse y observar lo dispuesto por Dios mismo, el Creador, y obedecer sus sacrosantas leyes y decretos.*¹⁰⁵

La razón, la ley natural y el conocimiento propio por un lado y, por otro, los decretos divinos, el mundo de la filosofía moral griega y la revelación judeocristiana definitivamente unidos. Para Montano la ley natural era la manifestación de la voluntad divina y el espacio de concordia con la razón humana. No había, pues, posibilidad de conflicto entre la razón humana y la ley natural y divina, pues ésta se encontraba inserta en aquélla como parte de su naturaleza:

*...aquella fe y ley primera, a la cual llamamos natural, que se divide en dos partes principales, el temor y culto de Dios, y la observancia del deber y el derecho entre los hombres; la doctrina entera de ambas partes tiene por meta la integridad y la bondad.*¹⁰⁶

Ley natural no sería otra cosa que la filosofía de los gentiles y el anticipo, como pretendía san Clemente de Alejandría, de la revelación del Evangelio. Siguiendo a su maestro, Pedro de Valencia tendió un lazo entre Plutarco y san Pablo por medio de la razón:

Y así dice muy bien Plutarcho que el seguir la razón es seguir a Dios, y que sólo los que siguen a la razón debemos tener por libres (...), y los que siguen los ímpetus de los apetitos irracionales viven infamemente, y no como libres y gene-

103. *Ibid.*, pág. 37.

104. Cfr. Pohlenz, Max: *La Stoa. Storia di un movimento spirituale*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, 1978, págs. 270-275 y Elourdy, Eleuterio: *El estoicismo*, Madrid, Gredos, 1972, II, pág. 109.

105. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 43-44 y 45.

106. *Ibid.*, pág. 89.

*rosos, pues sirven a la parte irracional haciendo lo que querían, a lo menos lo que no quiere el hombre interior, como dice el mismo san Pablo.*¹⁰⁷

Nada más natural, más "racional", dicen los humanistas cristianos, que el hombre se acepte a sí mismo, pues toda la naturaleza, desde los ángeles a los animales, tiene su propio *officium*¹⁰⁸. La peculiaridad montaniana resulta de la identificación de la ley natural con los preceptos que Dios dio a Noé tras el diluvio ("doctrina ésta que conocemos repetida como ley de la naturaleza"¹⁰⁹) y, aún más, de la concepción de las seiscientos trece disposiciones de la ley mosaica como amplificación y glosa de estos principios naturales y divinos¹¹⁰. De hecho, sería la ley mosaica la que facilitaría la sistematización de las acciones y deberes humanos.

La vida humana se ordenaba, según Montano, sobre dos niveles, el que supera al hombre, esto es, el espiritual y religioso, y el que le es propio. En estas acciones puramente humanas distinguía entre las que afectaban a lo privado e individual y las que lo hacían a las relaciones con otros individuos, ya fueran familiares o políticas, con "los conciudadanos de la misma república o bien ciudadanos distintos"¹¹¹. Todos estos ámbitos de actividad se materializarían en diversas obligaciones del hombre, divididas en las que repercuten directamente en cada individuo y las que recaen en otros¹¹². Si entre las primeras incluía Montano obligaciones espirituales y físicas, como "moverse, descansar, alimentarse, pasar hambre, despojarse, vestirse, pensar, velar, dormir, estar libre de preocupaciones", las segunda aparecen ordenadas en tres tipos:

*Y éstas, a su vez, suelen dividirse en tres grandes grupos, de los cuales el que otorga la mayor dignidad, es decir, la más importante, es el de las cosas que establecen y exigen el deber hacia Dios; y después les siguen las que atienden a mantener las relaciones y el trato con los demás hombres. Y en último lugar están todas las demás que hay en el cielo y bajo el cielo diferenciadas por los distintos tipos de naturaleza, cuyo uso alcanza al hombre mismo, por cuya causa fueron creadas todas.*¹¹³

107. BNM, Ms. 5585, fol. 63r.

108. Cfr. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 27, 36-39 y 42-45.

109. *Ibid.*, págs. 117-118. Sobre la alianza de Dios y Noé, vid. Gen. 9, 1-17. Los siete preceptos a los que se refiere Montano son: 1. No tendrás ni honrarás más Dios que al único creador del mundo; 2. Le suplicarás sólo a él como Señor y salvación; 3. No derramarás sangre; 4. No destaparás tus vergüenzas; 5. Te abstendrás de robar; 6. Juzgarás con rectitud; 7. No comerás carne ensangrentada. En relación con la tan traída y llevada dieta vegetariana de Montano, se apunta en la obra que "la prohibición de comer carne de animales vivos, hecha a Noé más tarde, se cuenta como el séptimo mandamiento" (*ibid.*, pág. 117).

110. Cfr. *ibid.*, págs. 199-211.

111. Cfr. *ibid.*, págs. 276-279.

112. Esta clasificación responde, en buena medida, a la separación que hacían los estoicos y, en concreto, Epicteto entre las cosas que son propias de cada individuo y las que no lo son. En el mismo ámbito montaniano, el Brocense recoge esta postura filosófica. Vid. Sánchez de las Brozas, Francisco: *Manual del estoico filósofo Epicteto que se llama comúnmente Enquiridión*, Badajoz, Diputación Provincial, 1992, págs. 109-117.

113. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 22.

Las obligaciones debidas a Dios son calificadas como *Pietas*; las dirigidas a los hombres como *Officium*; y, por último, las que afectan a las demás criaturas como *Usus*. A estas disposiciones divinas que regulan adecuadamente la existencia humana, opone Arias Montano la ambición, el amor a la opinión propia y la negativa a aceptar el consejo divino. El pecado mayor del hombre y el inicio de sus sufrimientos estuvo en no elegir libremente las disposiciones divinas y, como consecuencia, que los hombres “se hicieron acreedores al juicio de la ira eterna, voluntariamente arrostrado, visto que no estaban satisfechos con su propio oficio y deber y la ambición y ansias vehementes de una dignidad mayor los desvió del camino recto”¹¹⁴. Pero fue precisamente esta negativa a aceptar el deber la que dio lugar a la historia del mundo y a la *generatio* y *regeneratio* de las que habla el título de la obra.

114. *Ibid.*, pág. 40.

4. LAS GENERACIONES DE LOS JUSTOS

A la hora de narrar su particular historia de la humanidad, Arias Montano acudió al evangelio de san Lucas para señalar una continuidad espiritual y genética entre Adán y Cristo, pues aquel “ejemplo de integridad, virtud y dignidad de aquel primero y viejo Adán, nuevo e inusitado antes de él, fue asumido por Jesucristo e incluso adornado con la máxima grandeza de la naturaleza divina unida a la humana en una sola persona, lo recuerdan los escritores del sacrosanto Evangelio: *Según se creía, era hijo de José, hijo de Helí, hijo de Matat, ..., hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios*”¹¹⁵. Pero no sólo a Cristo limita Montano esta línea de continuidad familiar, sino a toda la humanidad generada desde el primer hombre.

Ya desde el principio, el género humano surgió dividido en dos proginies contrapuestas, que correspondían a la doble naturaleza humana, espiritual y animal:

115. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 484. La referencia evangélica es Lc. 3, 23-38. Respecto a la conciencia de Montano de la naturaleza humana de Cristo, resulta muy esclarecedor un fragmento de carácter médico sobre su muerte: “Y que no haya nadie que niegue y dude que el cuerpo de Jesús había derramado mucha sangre después de aquel sudor como de sangre en el huerto, después de los innumerables golpes y muchísimos azotes recibidos, después de la corona hecha de espinas, suspendido vivo durante seis horas completas, y con las manos y los pies abiertos y atravesados por el hierro, lo que fue tiempo suficiente para consumir la sangre incluso del hombre más robusto; pero además se hizo lo siguiente: que la sangre que restaba en el diafragma, una vez abierto el costado por la lanza de un soldado ya nada más morir, fluyera junto con agua; garantizando ambos líquidos esa fuerza y eficiencia que exigía la expiación y la salvación de los hombres: y es que la sangre de Cristo purificó la impura sangre de todo el género humano”. *Ibid.*, pág. 508.

Por lo demás, leemos que el hombre, mientras vivía en aquel estado de cosas del que hablamos, fue hecho padre de una doble progenie: la una, en verdad, insolente y soberbia, enamorada sólo de sí mismo, y envidiosa, odiosa y muy violenta con los demás; la otra, en cambio, tierna, dulce, respetuosa, ingenua, amable y muy comedida. Y en adelante estos dos ejemplos de progenie y descendencia universal de los hombres se dividieron en dos modos de vida.¹¹⁶

Caín, como primer hijo de Adán y reflejo del hombre exterior, respondía a los calificativos de "insolente", "poderoso", "envidioso" o "detractor del bienestar ajeno". Por contra, Abel "fue el primer ejemplo de probidad y piedad, nacida de idénticos padres, aunque reproducía la virtud, candor e ingenuidad del hombre interior". El trabajo elegido por Caín, el de agricultor, hizo de él un "hombre rudo y vigilante, y azuzado por la codicia, consagrado en exceso al trabajo" y que "no disponía de tiempo en que dedicarse a sí mismo, o dirigir la mente y el espíritu a la contemplación de las cosas divinas y humanas". Al mismo Caín atribuyó Arias Montano el origen de la ciencia, la fundación de las ciudades, la invención de todo tipo de instrumentos o del cálculos de pesos y medidas y de los números. Por su parte, Abel, dedicado al pastoreo, es presentado con los atributos neoplatónicos del pastor renacentista, feliz en la naturaleza, entregado al *otium attentum* y en un estado de perfecta bondad:

En efecto, demostraba el modo de vida y oficio sencillo, pacífico, dulce, medurado y complaciente del uno la tarea de apacentar ovejas, los más mansos, sin duda, de entre todos los animales, las cuales proporcionaban al pastor y a su dueño tanto el alimento sencillo de la leche, como el disfrute de vestidos, y pagaban la recompensa apropiada a su custodia con la fecundidad y abundancia otorgadas a ellas por la naturaleza, y ellas mismas se alimentaban del pasto de heno y de sencillas hierbas que brotan espontáneamente, y no imponen a su pastor labor alguna, a no ser el arreo y custodia, y mientras pacen, dejan bastante lugar y tiempo libre para reflexionar, meditar y cultivar el espíritu con buenos propósitos. Y, en verdad, con tales pastores, buenos y dotados de un espíritu sensato y de un talante humano, la vida podía subsistir fácilmente.¹¹⁷

No sólo se trataba de un elogio de la vida retirada; a los avances prácticos y técnicos y a la vida urbana, Montano oponía "otras ciencias mucho más nobles" que cultivan el espíritu y se ocupan de "la contemplación y meditación interna" y, con ello, daba prioridad al humanismo cristiano y a la filosofía moral frente a la revolución económica y mecánica del Renacimiento¹¹⁸.

116. *Ibid.*, pág. 74.

117. *Ibid.*, pág. 75. La descripción es similar a la que hace fray Luis en *De los nombres de Cristo* al tratar el nombre de "Pastor": "...la vida pastoril es vida sossegada y apartada de los ruidos de las ciudades y de los vicios y deleytes dellas. Es inocente, así por esto como por parte del tracto y grangería en que se emplea. Tiene sus deleytes, y tanto mayores quanto nascen de cosas más sencillas y más puras y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del ayre, del verdor de las yervas, y de la belleza de las rosas y de las flores". *De los nombres de Cristo*; ed. de Cristóbal Cuevas; Madrid, Cátedra, 1977, pág. 221. En los mismo términos elogia el pastoreo Cipriano de la Huerga, maestro de fray Luis y Arias Montano. Cfr. Huerga, Cipriano de la: *Comentario al Cantar de los Cantares*; ed. de Avelino Domínguez García; en *Obras completas*, vol. V, León, Universidad de León, 1991, págs. 16-19.

118. Cfr. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 84-85.

Como símbolo del pecado humano y del poder del hombre exterior sobre el interior, el asesinato de Abel dejó a la humanidad bajo el dominio de los cainitas que se extendieron por toda la tierra. Pero como Dios precisaba de una generación de justos que le permitiera redimir y regenerar al hombre, dio a Adán y Eva un nuevo descendiente, Set, con lo que "eran ya dos las familias sobre la tierra. Caín formaba una, Set la otra. Pero aquella era numerosa y poderosa; ésta, en cambio, reducida y modesta, formada durante ciento cinco años por un sólo hombre, y durante ese tiempo la primera familia se multiplicaba con un número populoso de nietos y biznietos. Este modelo en la propagación y descendencia de los hombres se ha cumplido siempre, a través de todas las generaciones, de forma que se podía reconocer una abundancia mucho mayor de malvados que de buenos". Los descendientes de Set tuvieron como oficio y deber "la doctrina de la piedad", "el culto divino" y la "fe y esperanza en la salvación general"¹¹⁹.

La fascinación que las mujeres cainitas provocaron en los setitas fue, como hemos visto más arriba, causa de una segunda caída y del castigo divino a través del diluvio, del que sólo se salvaron ocho personas de la familia de Noé:

Esta familia fue digna de la Iglesia del género humano, ésta floreció antes del diluvio, en el diluvio, y después del diluvio; y esta sola familia, que nace y desciende de Set, representaba al género humano. A partir de ella, tal como antaño todas las estirpes de mortales habíanse propagado a partir del primer Hombre, la divina providencia había decretado que también ahora toda la posteridad y la raza de los hombres se dividieran en varias familias. Y de este modo había concebido Dios salvar no a una persona tan sólo, sino a una comunidad virtuosa y consagrada a las mismas devociones.¹²⁰

De esas ocho personas, "seminario piorum", dice Montano, habría de seguirse una generación de justos, con la que Dios establecería una alianza definitiva. Pero de nuevo el poder del hombre exterior y animal y la extensión del pecado entre los descendientes de los hijos de Noé condujo primero a la división de lenguas y luego también, según entiende Montano, de opiniones y pareceres individuales.

Se hizo, pues, necesario que Dios renovara un pacto con la humanidad. Para ello eligió a un descendiente de Sem, el más privilegiado de los hijos de Noé, Abraham, que engendró a Ismael con su esclava Agar y, más tarde, a Isaac con su mujer Sara. A esa división se unió la de los hijos del propio Isaac, los gemelos Esaú y Jacob, que simbolizaban de nuevo la oposición entre el hombre espiritual y el animal:

Después que nacieron y se hicieron adultos los dos hijos mellizos, los cuales representaban los papeles de los dos tipos de hombres, uno en nada era diferente a Caín en costumbres, carácter, apariencia y deseos, y efectivamente fue til-

119. *Ibid.*, pág. 86-87.

120. *Ibid.*, pág. 108.

*dado por el Espíritu Santo como fornicario y profano; el otro, en cambio, era muy parecido a Abel, dulce e inocente, sabía tolerar, sobrellevar y contener con paciencia, amabilidad y prudencia los ánimos de su hermano.*¹²¹

Respecto a los dos hermanos apunta Montano que “no actuaban sólo en nombre propio, sino en el de todo el orbe terrestre” y que mientras “uno representaba a los hombres que por medio de la fe han conocido y honrado a Dios”, el otro simbolizaba a “quienes se apartaran en busca de otras creencias, y lo atribuyesen todo a la fuerza y capacidad, o incluso a la sabiduría propias del hombre”. Entre estos últimos se incluían los gentiles, que confiados, como su padre Esaú, en sus propias capacidades “perseguían una sabiduría buscada no en su fuente, es decir, en los oráculos divinos, sino en los elementos, los delirios y sueños humanos, cayeron en la más absoluta de las tinieblas”¹²².

Una idea similar aparecía en el *Enchiridion* erasmiano, al glosar, de modo simbólico, el mismo pasaje bíblico a la hora de tratar del conflicto entre el hombre interior y el exterior:

*Ésta es, pues, la vieja enemistad entre los hermanos gemelos Jacob y Esaú, que antes de nacer luchaban entre sí en el mismo vientre de su madre. Cierto que Esaú nació el primero, pero Jacob le arrebató la bendición: lo carnal aparece lo primero, pero lo espiritual es más importante. Uno era rubio y velloso, otro, lampiño. Uno, inquieto y cazador; otro, amante del hogar. Esaú vendió la primogenitura por hambre. Seducido por un mezquino placer, abandonó la libertad del nacimiento por la esclavitud del pecado.*¹²³

Con esa división entre una pequeña generación de justos y espirituales y una más poderosa facción de hombres dominados por la impiedad se mantuvo el mundo hasta la llegada de Jesucristo, que se encontró, por un lado, con un grupo de hombres que “mostraron para con la voluntad y bondad divinas un sentir y un alma propios de los hombres más sencillos, más abiertos y más parecidos a Abel” y, por otro, con dos tipos de malvados, violentos unos e hipócritas otros, “que toman el origen de su familia, secta y formación del segundo poblador del mundo y parricida, Caín. Pues aquel fue el primero que con sus propios ejemplos enseñó a engañar y a utilizar a las claras la violencia, a simular su inteligencia en su maldad e imitar vanamente la virtud, según conviniera a su comodidad y provecho”¹²⁴.

Entre los justos, sin embargo, Arias Montano también estableció una distinción entre una suerte de grey superior y la gente más sencilla, representados unos por Nicodemo y otros por la mujer de Samaría, según la narración de san Juan. A ambos se dirigió Jesús con diverso lenguaje:

Que la perspicacia humana no es tan grande como para poder penetrar en la arcana luz del don divino queda testimoniado de dos modos, luego de hacer

121. *Ibid.*, pág. 170.

122. *Ibid.*, págs. 174, 166 y 176.

123. *Enquiridión manual del caballero cristiano*, ed. cit., págs. 105-106.

124. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 419 y 416.

*una doble prueba a través de Jesucristo: la primera, la dirigida a una mente más inculta y sencilla, no adberida a ninguna opinión o doctrina privada: de esta manera las mentes se imbuyen con más facilidad; la segunda, por su parte, dirigida a una mente más cultivada y rica de sabiduría humana, e instruida incluso en los misterios divinos, en los que los hombres son iniciados por otros hombres, y totalmente ajena al engaño, la simulación y la envidia; puesto que dejó claro que ambas, aunque deseosas y atentas cuando finalmente Cristo comenzó a enseñar, con todo eran torpes ante aquellos misterios a causa de la debilidad interior del hombre y a pesar de que también hubiera intentado ordenar la actividad de la parte femenina.*¹²⁵

Entre los que recibieron y reciben adecuadamente el evangelio señala Montano a los apóstoles “primero doce; luego, según la conveniencia del momento y el lugar, muchos” y, por mediación de éstos, las gentes más sencillas. Frente a ellos están “los doctores de la Ley”, “los escribas”, “los levitas” y “los colegios de esos que observan las costumbres más cuidadas y severas de la vida, los fariseos” y “los magnates, los reyes, los gobernadores y los miembros de la corte real”. Si estos últimos “se ocupan poco de la doctrina de Cristo”, los sabios y fariseos -no lo olvidemos, los representantes de la religiosidad más oficial- son calificados como género “envidioso y muy insistentemente hostil, a los que no agrada la sabiduría de Jesucristo”¹²⁶.

Para Arias Montano la historia del género humano terminaría aquí, con la nueva alianza de Jesucristo y a la espera de su vuelta, con los hijos de Caín de espaldas a la bondad divina y apartados de ella “como vasos impuros”, y otra minoría de hombres buenos y atentos a Dios, descendientes directos de Set, consanguíneos del propio Cristo, receptores de la redención y presentes en su misma contemporaneidad:

*Aquel enorme y excelente don entregado, perfecto y arcano, en otro tiempo constantemente prometido por Dios a través de los profetas, y recientemente señalado y repetido una y otra vez a través de su propio Hijo, y ya procurado hacía muy poco, no se habría de entregar precisamente a todos en general y sin distinción, sino sólo a los que, arrepintiéndose de su acostumbrada y primitiva condición de origen paterno, encendidos en el ardiente deseo de transformarse y renovarse verdaderamente, hicieran votos y ruegos constantes y fieles a Dios, único garante, no arrogándose nada como propio, sino como siervos inútiles según lo prescrito por la autoridad divina, mostrándose, con todo, fieles para obedecerle, y aguardaran con suma paciencia, en el lugar en que cada uno estuviere, la generosidad admirable y excelente de la justicia celestial.*¹²⁷

Toda la espiritualidad de Benito Arias Montano va a estar marcada por esa conciencia de un grupo señalado que sigue fielmente el magisterio de Cristo y recibe sus comunicaciones por medio de la inspiración y la revelación.

125. *Ibid.*, pág. 432.

126. *Ibid.*, págs. 452-453.

127. *Ibid.*, pág. 529.

5. LA ESPIRITUALIDAD EN EL *LIBER GENERATIONIS ET REGENERATIONIS ADAM*

La ausencia de referencias a autores contemporáneos, el apego casi exclusivo al texto bíblico y los esfuerzos que Arias Montano hizo por diluir algunas de sus afirmaciones no impiden que podamos, más allá del biblismo, acercarnos a su pensamiento religioso. No en vano, la permanente apelación a san Pablo y al tema del *homo spiritualis* o los esfuerzos por reinterpretar la ley mosaica no son sino algunos de los síntomas externos de una actitud que, si bien entronca con buena parte de la espiritualidad renacentista, mantiene una posición singular. Los pequeños roces de Arias Montano con parte de la jerarquía eclesiástica y hasta con los tribunales inquisitoriales, las dificultades para la aprobación de la *Biblia Políglota*, el proceso contra su discípulo fray José de Sigüenza e incluso la temprana inclusión de sus obras en los índices expurgatorios insisten en esta suerte de espiritualidad problemática, aunque, eso sí, en un ambiente en el que los límites de la ortodoxia habían venido estrechándose a lo largo de toda la segunda mitad del XVI¹²⁸.

128. Ya en 1607 el *Indicis Librorum Expurgandorum in Studiosorum gratiam confecti* del Maestro del Sacro Palacio incluía una considerable expurgación de las obras de Montano, especialmente referida a la acción de la gracia, que fue rebatida por Pedro de Valencia en una "Declaración de los lugares de Arias Montano que se censuran en el Expurgatorio Romano", de 1611. El Índice de don Bernardo de Rojas y Sandoval, de 1612, en parte inspirado por Valencia, rebajó el tono y se limita a llamar la atención sobre cuatro lugares de los *Commentaria in Isaiæ prophetæ sermones*. Sobre la entrada de Montano en estos índices expurgatorios, *vid.* el artículo de John A. Jones, "Pedro de Valencia's defence of Arias Montano: The expurgatory indexes of 1607 (Rome) and 1612 (Madrid)" (*Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, XI, 1978, págs. 121-136).

De entre todas las *vías* que el padre Melquiades Andrés señaló en la espiritualidad española, no encontró ninguna en la que encajara completamente Montano y eligió como su ámbito religioso propio un ecumenismo con raíces en la política de Felipe II¹²⁹. Y, en efecto, el ecumenismo está presente no sólo en el *Dictatum christianum*, sino incluso en la propuesta inicial de la *Biblia Regia*. En realidad, el objetivo de Arias Montano y de buena parte de los biblistas era hacer del texto bíblico un espacio común dentro de la ortodoxia que permitiera la reunificación de las Iglesias, la incorporación de otros credos y actitudes espirituales e incluso el contacto con otras religiones. Pero esa apertura de las fronteras de la ortodoxia cristiana había sido objetivo de autores como Erasmo y, sobre todo, como Juan Luis Vives.

Vaya por delante que Arias Montano no era ya un erasmista. Leyó a Erasmo, compró y conservó sus libros, los defendió en el *Index expurgatorius librorum qui hoc saeculo prodierunt* de 1569, compartió con él una forma de cristianismo, de espiritualidad, hasta le unió al de Rotterdam la convicción profunda de la tolerancia y el irenismo. Incluso pueden seguirse en Montano algunos detalles recurrentes, como la alegoría del cuerpo místico, un número no despreciable de pasajes dependientes del *Enchiridion* erasmiano y hasta una posible referencia al *De libero arbitrio* erasmiano¹³⁰. De hecho, la descripción que el padre Melquiades Andrés hace del erasmismo coincide de lleno con una buena parte de Montano:

*El erasmismo fue una especie de socratismo, basado principalmente en la reforma intelectual de la persona alcanzada por el estudio, que insiste especialmente en el seguimiento de Cristo como maestro y modelo.*¹³¹

El sentido interior e individual de lo religioso, la atención al principio socrático del propio conocimiento como origen de la salvación, la devoción paulina, el desapego a la especulación teológica y, en especial, a la teología escolástica, la voluntad de hacer llegar el cristianismo a cada estado, las llamadas a la caridad y el amor cristianos y la concentración en la palabra de Dios son, de alguna manera, el colofón montaniano a la reforma erasmista. Pero la teología de Arias Montano ya era otra. El antisemitismo erasmiano y sus reparos al Antiguo Testamento contrastan con la voluntad de conciliarlo con el Evangelio que muestra Montano; la atención a la penitencia y la justificación de las obras exteriores, la valoración de la iluminación y la profecía o un concepto de interioridad renovado son algunos de los rasgos propios de esta nueva espiritualidad.

El mundo espiritual montaniano se construye sobre la distinción paulina entre hombre exterior y hombre interior. El hombre piadoso, el espiritual, es

129. Andrés Martín, Melquiades: "Introducción", en Arias Montano, Benito: *Dictatum christianum*, Badajoz, Diputación Provincial, 1983, págs. LIII-LVII.

130. En varias ocasiones aparece expresamente la alegoría paulina del cuerpo místico (cfr. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 306 y 586 [vv. 177 ss.]). Así mismo, al tratar del libre albedrío señala los "muchos libros y argumentos, que diversos escritores acostumbraban publicar para defender la verdad del albedrío del hombre". *Ibid.*, pág. 95.

131. *La teología española en el siglo XVI*, ed. cit., II, pág. 601.

el que escucha y acepta la voz de Dios, el que sigue voluntariamente sus preceptos. De ahí la importancia que se da en la obra y hasta en la vida de Arias Montano a los términos “maestro” y “discípulo”. Y no simplemente porque firmara sus escritos con la palabra árabe *tilmid*, discípulo, o que en sus cartas se negara a aceptar una y otra vez el título de doctor o maestro (“que aun el de discípulo no merezco”); detrás de estas curiosidades hay toda una posición doctrinal¹³². No podía ser de otro modo cuando los fiscales del proceso contra fray José de Sigüenza atribuyeron la proposición al propio Montano y la calificaron como “malsonante”, y añaden *sapit haeresim haec propositio absolute sumpta*¹³³. El doctor Martín de Isasa lo contaba así en su declaración:

*...y que un día Arias Montano, llamándole este testigo doctor, le respondió: “No me llame vuestra merced doctor ni maestro que sólo un doctor y maestro tenemos en el cielo”; y después, en otra ocasión, tratando este testigo con el dicho Montano, le declaró: “A qué propósito decía que había muchos maestros con diversidad de doctrina, porque todos seguimos uno que es a Cristo, y así le reconocemos como único maestro”.*¹³⁴

En efecto, a lo largo del *Liber generationis et regenerationis Adam* Arias Montano, siguiendo a san Mateos 23, 8-12, se refiere a Cristo como “humani generis Magistrum et Procurator unicum” y atribuye el origen de los errores y pecados humanos a la diversidad de las doctrinas y al alejamiento de las enseñanzas divinas:

*Así pues, de estos inicios surgió y se difundió toda la escuela de la sabiduría humana, y cada cual interpeló, consultó y veneró su juicio, su talento o su deseo como si fuera un preceptor, un guía, o Dios. De aquí surgieron definiciones, divisiones y comparaciones de cosas, muchas veces contradictorias unas con otras o incluso con ellas mismas; de aquí riñas, discusiones, altercados; de aquí una muchedumbre y enredo inextricable de escuelas y opiniones, haciendo ostentación y alarde otros de sus embustes, patrañas y mentiras como si de oráculos de Dios se tratara, y defenfiéndolos hasta el frenesí propio de la envidia.*¹³⁵

La verdadera doctrina viene sólo de Dios y, además de la palabra revelada en las Escrituras, puede, según Arias Montano, manifestarse al hombre, al verdadero discípulo, por medio de la profecía y la iluminación. La misión de los profetas se cifraría en cuatro puntos: el recuerdo de los beneficios divinos, la censura de la ingratitud humana, la invitación a la conversión y la correcta interpretación de los preceptos divinos por medio de la inspiración¹³⁶. Pero no

132. Carta a Gabriel de Zayas, 6 de abril de 1569, *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1842-1914, XLI, pág. 153. El mismo título *Dictatum Christianum* –“Leción Cristiana” en traducción Pedro de Valencia– responde a esta idea de la enseñanza de Cristo. Juan Gil, al mencionar esta cuestión, se refiere a ella como una “pequeña excentricidad de sabio sin la menor trascendencia” (“La Inquisición”, en *Arias Montano y su tiempo*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1998, pág. 107).

133. Andrés, Gregorio de (ed.): *Proceso inquisitorial del padre Sigüenza*, ed. cit., pág. 127.

134. *Ibid.*, pág. 174.

135. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 73-74.

136. Cfr. *ibid.*, págs. 341-352.

sólo a través de los profetas, Dios mismo puede hacerse presente al hombre, pues “Él no tiene ninguna naturaleza, forma o figura definida; sino que en razón y práctica de los acontecimientos o designios muestra unas veces ésta, otras aquélla a los profetas o a quienes convino inspirar, bien con imagen misteriosa dentro de la mente o incluso visible a los ojos corpóreos”¹³⁷.

Siguiendo a san Juan en el capítulo primero de su Evangelio, Arias Montano afirma que “todo hombre que viene a este mundo es iluminado” y que los oráculos pueden recibirse por iluminación interior o por epifanía, la manifestación visible de Dios¹³⁸. El ejemplo más evidente de estas manifestaciones divinas es Moisés, que “tan pronto como fue visitado por la divinidad, era instruido e inspirado”, quedando como absolutamente ciertas tres cosas, “que Dios existe, que Él puede tratar y hablar con mortales, y que como ministros de su voluntad escoge, honra y confirma a los idóneos”¹³⁹. Pero las manifestaciones divinas no sólo eran propias de los tiempos antiguos, sino que podían continuarse hasta los nuestros:

*Los hombres fueron advertidos en otro tiempo por los oráculos de la divina clemencia de que los que le tuvieran mucho miedo podían evitarlo, y fueron advertidos durante todos los siglos, y hoy siguen siendo advertidos.*¹⁴⁰

De alguna manera, Arias Montano creía en la manifestación oracular y en la iluminación divina, y así se demuestra por dos testimonios. En primer lugar, en su intervención en el concilio de Trento en 1563 para tratar del matrimonio, donde, como él mismo recordaba posteriormente, se sintió “como inspirado por un soplo divino”¹⁴¹. En segundo lugar, en el proceso contra fray José de Sigüenza, donde varios testigos atribuyeron a Montano un conocimiento recibido por revelación y que se desarrolló en torno a los mismo años –1592– en que finalizó el *Liber generationis et regenerationis Adam*. Durante el proceso, Martín de Isasa, catedrático de artes y teología del colegio del monasterio de san Lorenzo de El Escorial, fray Pedro de Rosales o fray Francisco de Vallecas vinieron a coincidir en su declaración de que “que parece que daba a entender a este testigo que lo que sabía el doctor Arias Montano era por revelación”. Más detalles se deducen de la declaración de fray Cristóbal de Zafra, en la que cuenta una conversación con el propio Arias Montano y le atribuye directamente la afirmación sobre su conocimiento revelado:

137. *Ibid.*, pág. 8.

138. Cfr. *ibid.*, pág. 70. “Nam alterutro vel utroque etiam pacto omnem hominem in hunc mundum venientem illuminari sacra nobis tradiderunt”. Arias Montano reordena y altera mínima, pero significativamente el texto de la Vulgata: “Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hoc mundum”.

139. Cfr. *ibid.*, “Praefatio”. Entre las proposiciones en el proceso del padre Sigüenza aparece una referida a los profetas y enviados de Dios: “Que no han de predicar sino los enviados de Dios”. Y el fiscal Gutiérrez Mantilla califica del siguiente modo: “Ésta absolutamente es verdadera; pero adviértase si dice inmediatamente por interna inspiración, porque en este caso sería error”. Andrés, Gregorio de (ed.): *Proceso inquisitorial del padre Sigüenza*, ed. cit., pág. 110.

140. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 345. “Eum vero ut pertimescentes divitare possente divinae clementiae responsis quondam moniti, perpetuo seculorum ordine moniti fuere, hodieque admonetur”.

141. Cfr. Fernández Nieva, Julio: “Un extremeño en Trento”, *Revista de Estudios Extremeños*, 42 (1996), pág. 966.

*Item dijo este testigo al dicho Arias Montano que cómo permitía que se dijese que lo que él sabía lo había sabido por revelación una noche; respondió que "muchas cosas de las que él sabía no las podía saber por estudio y trabajo, sino por revelación".*¹⁴²

El propio fray José de Sigüenza declaró por escrito que "en lo de haberle revelado su santa Escritura en una noche, no he afirmado más que lo que él dice en una oda al principio de los comentarios sobre Zacarías, donde apunta algo de esta merced que nuestro Señor le ha hecho"¹⁴³. Aunque la mayoría de los testigos, siguiendo a fray José, habían afirmado que ese conocimiento era el fruto de una sola noche, fray Juan de la Victoria lo llevó a quince días de revelación, aunque, eso sí, poniendo por testigos a fray Jorge de Ronda, uno de los alumnos predilectos de Montano en sus clases escorialenses de hebreo, y al mismísimo fray Luis de León:

*...y que oyó decir a fray Jorge de Ronda que había dicho fray Luis de León a un fraile de esta Orden que todo cuanto sabía Arias Montano lo había sabido dentro de quince días.*¹⁴⁴

Por si fuera poco, un año después de su muerte, Francisco Pacheco, pintor, sobrino del canónigo homónimo y muy vinculado a los círculos montanianos de Sevilla, aderezó el retrato de Montano incluido en su *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* con un críptico y alterado mote tomado de Isaías: "Dedit ei Deus thesauros absconditos et arcana secretorum"¹⁴⁵.

El concepto de continuidad que Arias Montano defendió en la historia de la humanidad corroboraba la posibilidad de que en los tiempos modernos Dios siguiera manifestándose, como hizo en los antiguos. Una posición similar mantuvo respecto a la continuidad de la ley antigua en la nueva ley y, consecuentemente, respecto al valor de las obras externas y su vínculo con la fe.

La posición sostenida en el *Liber generationis et regenerationis Adam* frente a la cuestión teológica de la fe y las obras, avivada por el conflicto con los luteranos, respondía a la doctrina tradicional católica formulada en la epístola de Santiago, según la cual las dos son necesarias:

142. *Proceso inquisitorial del padre Sigüenza*, ed. cit., págs. 136-137. Para las otras declaraciones, *vid.* págs. 137, 170 y 261.

143. *Ibid.*, pág. 117. Se refiere al poema inicial al comentario sobre Zacarías en los *Commentaria in duodecim prophetas*, publicados en 1581 y en 1583, *vid.* págs. 821-822. En el poema inicial de la *Naturae Historia* Montano recomienda el estudio de la Escritura, porque insistiendo en ese camino "Dios mismo te dará aquello con que puedas saciarte" (*Iam dabit ipse Deus quo satur esse queas*). *vid. Naturae Historia*, Amberes, C. Plantino, 1601, "Elegia Votiva", v. 102.

144. *Proceso inquisitorial del padre Sigüenza*, ed. cit., pág. 150. El propio fray Luis, en su defensa contra las acusaciones del fiscal Diego de Haedo y al tratar de la posibilidad de mejorar la edición Vulgata de la Biblia, escribía: "Y demas desto porque Dios podria dar espíritu profetico a una persona para que traduxesse toda la Sagrada escriptura con tanta authorityad como estava en su primero original". *Ibid.*, ed. cit., pág. 75)

145. *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1985, pág. 321. La cita original de Isaías 45,3, referida a Ciro, es "Et dabo tibi thesauros absconditos et arcana secretorum".

*Y así, éste [el hombre] a cuya vida da sentido la fe en la salvación propia, que debe buscar y esperar de Dios, conviene que la mantenga, la muestre, y hasta la pruebe ocupada por determinadas acciones, ejercicios y empeños. Y así está escrito: "¿Qué le aprovecha, hermanos míos, a uno decir: 'Yo tengo fe', si no tiene obras? ¿Podrá salvarle la fe?"*¹⁴⁶

Pero aunque Montano defendiera la necesidad de las obras, mantuvo una posición ambigua respecto a la consecución de la gracia y el beneficio de Cristo. Si por un lado afirmaba que "aquel poder divino que llamamos Gracia estaba al alcance de todos los hombres que quisieran vivir con rectitud", por otro insistía en que "...de ningún modo pudo suceder que el hombre, después de aquella primera caída, se arrancara a sí mismo de la muerte, y retornara a la vida perfecta y a la justicia, por más que se sometiera a los preceptos y obras de la ley natural o escrita"¹⁴⁷.

Las obras exteriores serían el reflejo del culto interior y en ningún modo podrían ser contradictorias con éste. Arias Montano las presentó como "imágenes... transmitidas para aviso y estímulo de la parte interna, no estorban el deseo de auténtica piedad, sino que lo estimulan aún más", pues "el hombre, bastante débil a causa de la carne, no es capaz de ofrecer durante mucho tiempo con pureza, con exactitud y con perfección el culto interno, que es el que le corresponde propiamente a Dios"¹⁴⁸. El *homo animalis*, alejado todavía de la perfección espiritual, precisaba de ritos externos que reflejaran el culto en su estado más puro, pero en ningún modo podía limitarse a estos ejercicios exteriores, que sólo tenían valor y agradaban a Dios cuando respondían a la "interna spiritualisque observantia". Sólo la incapacidad hace que el hombre se quede en los ritos y las obras externas, convertidos así en "una especie de señales de las virtudes interiores y burdas representaciones para el fasto, la complacencia y la ostentación"¹⁴⁹.

Aunque la verdadera piedad fuera la interna -"La piedad se mostraba con un cultivo interior"¹⁵⁰-, el culto externo -y Montano no duda en afirmarlo en

146. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 221-222. La misma afirmación aparece en otros lugares: "Dios, que está dispuesto a procurar la salvación prometida a los hombres, recomienda, sobre todo, la fe, y exige la integridad y pureza de vida, y tras la caída, reclama, desde luego, el arrepentimiento como algo necesario". *Ibid.*, pág. 96.

147. *Ibid.*, págs. 204 y 92. El ejemplar de *Liber generationis et regenerationis Adam* que he utilizado, con la signatura R/27865 de la Biblioteca Nacional de Madrid, fue revisado por la censura en el siglo XVII y el censor señaló con un "Caute lege" un número significativo de pasajes referidos a la gracia; *vid. ibid.*, págs. 91, 92, 202-205, 207 y 208-209.

148. *Ibid.*, pág. 221.

149. *Ibid.*, págs. 274 y 406. La censura del culto y las obras externas se extiende también, como en algunos erasmistas, a la devoción hacia las estatuas e imágenes no sólo en los paganos, sino también en el culto contemporáneo. Arias Montano atribuyó la difusión de este culto a la facilidad con que la naturaleza humana es atraída "con imágenes de cosas extrañas y ajenas a los sentidos antes que impresionarla y atraerla con la búsqueda y la contemplación de lo que no se ve". *Ibid.*, pág. 135. La misma intención iconoclasta manifestaba el Brocense cuando afirmaba en su proceso que las imágenes "son un poco de palo y yeso". Cfr. *Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas*; ed. de Antonio Tovar y Miguel de la Pinta Llorente; Madrid, CSIC, 1941, pág. 31.

150. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 440. "Pietatem vero interno praecipue cultu praestari, atque animi simplicissimo, plenissimo, absolutissimoque studio". Sobre la

contra de otras actitudes espiritualistas y erasmista- era imprescindible para los no espirituales y perfectos:

Así pues, al hombre animal, para quien el conocimiento de las cosas espirituales es extremadamente difícil de comprender, se le recomienda ocuparse, tratar y cumplir sólo esto que compagina con el carácter, el hábito y la facultad de ambas partes; es decir, de su porción superior e inferior; de donde se desprende que muchas cosas, que si fueran cumplidas por el deber interno resultarían completamente gratas y probadas, mostradas a través de la imagen y el ejercicio de un rito externo y dotado de sentidos satisfacen de acuerdo con el uso de la condición presente, siempre que no se muestren o se considere que son áridas, desnudas y hambrientas, así como carentes de misterio y de significado espiritual. Pues cualquier cosa que sea de este porte y de este costal, no sólo se entiende que resulta ociosa y superflua, sino incluso inane, y además defectuosa, odiosa y molesta.¹⁵¹

El culto externo al que Arias Montano se refería era fundamentalmente la ley mosaica y sus mayores esfuerzos los dedicó a demostrar que no había contradicción entre los seiscientos trece preceptos de la ley y el evangelio de Cristo. Por el contrario, aquéllos eran el fundamento inequívoco sobre el que basar las relaciones entre Dios y el hombre:

Y dado que todo este argumento y desarrollo, que en latín solemos llamar 'Lex' y en griego 'Nomos', no sólo transmitía las reglas y los preceptos para llevar una vida con rectitud, sino que explicaba toda la historia del género humano y de su condición desde el comienzo del mundo, recibió el nombre de Thorah, es decir, doctrina, que le puso Dios en su lengua, o sea, aquella originaria en la que fueron revelados sobre todo los misterios sagrados.¹⁵²

Arias Montano se ocupó, a lo largo dos capítulos completos del libro cuarto, de enumerar y explicar uno por uno todos los preceptos de la ley mosaica y justificar su validez, y no dudó en encomiar su cumplimiento:

No sólo dice el profeta que es grande el provecho que les depara a los que cumplieron las órdenes divinas, sino que es abundante o múltiple, pues éste es el significado de la palabra RAB utilizada por él. Con ella se hace referencia a los dos tipos de recompensa: uno, el de los beneficios externos y favorables a esta

condena erasmiana del culto externo como judaizante y las polémicas al respecto en el XVI, *vid.* Andrés, Melquiades: *La teología española en el siglo XVI*, II, ed. cit., págs. 143-146.

151. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 220. Pedro de Valencia en su tratado *Para declaración de una gran parte de la Estoria Apostólica en los Actos y en la epístola 'ad Galatas' advertencias*, escrito en 1608, realiza afirmaciones similares: "Al flaco no enteramente enseñado, ni confirmado en la fee, sino que está como convaleciente de la enfermedad gravíssima de la infidelidad pasada, recogedlo, dadle la mano, sobrellevadlo, y no queráis que vaya a uno passo, no lo apresuréis, no lo impeláis, ni repugéis, disputando con él, y queriendo sacar en limpio y averiguar que siente, o con qué opinión guarda las ceremonias legales (...); mejor es que mientras tiene flaqueza en la fee se esté así creyendo en Christo que no que por quererlo depriessa confirmar, y enterar en la fee, lo derribéis del todo (...). Tenedlos, dales la mano para que passen adelante, y no caigan". Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 464, fol. 67r-v.

152. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 206.

*vida mortal, por la Ley practicada y ejercida con obligaciones y sacrificios externos del modo que Dios sabía que podía cumplirla el hombre y exigía que cumpliera; otro, el de la virtud y bondad divina, que hará que las órdenes y prohibiciones que no se podían disponer del todo ni cumplir claramente (las llamaré "espirituales", pues este término será conveniente usarlo a continuación en su lugar) y que el hombre animal no puede captar ni con sus sentidos ni con su pensamiento.*¹⁵³

Siguiendo a san Pablo y su afirmación de que "la Ley sólo es sombra de los bienes futuros", Montano insistió una y otra vez en el carácter espiritual de la ley mosaica, en la que se reflejaba, de manera simbólica, la regeneración del hombre en Cristo. He aquí sólo algunos de sus argumentos.

...en la Ley se encuentran algunas cosas cuya figura y forma parecen maravillosas por no estar su significado patente.

...el arcano significado de aquellos ritos, significado que predecía algo mayor y mucho más importante para los siglos posteriores.

Pues otro tema, el del cuidado y constitución de los ritos y sacrificios, sería también admirable y constante, con tal de que se considerara arcanamente, como el propio tema requiere.

*...lo que el designio y la esperanza de la Ley antigua anunciaron sobre el fundamento, autoridad, utilidad y experiencia, y, por último, todo el misterio de la salvación universal.*¹⁵⁴

Por lo visto hasta ahora, no andaba descaminado Maximiliano Morillón, secretario del cardenal Granvela y luego su confidente en Flandes, cuando subrayaba el excesivo apego de Arias Montano al Antiguo Testamento:

*Nunca he confiado en Arias Montano, que siempre me ha parecido un buscavidas ('verus ardelio') y que tiene un no sé qué, que sugiere más el Antiguo Testamento que el Nuevo...*¹⁵⁵

Fuera o no de origen converso —que la cuestión no viene al caso—, Arias Montano pretendió, como también lo hiciera Pico della Mirandola, seguir una línea continua entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y, más allá, entre la ley mosaica y el Evangelio. Al modo judaico, pensó en la Escritura como norma única para la existencia humana. Con el fin de mostrar al lector cristiano contemporáneo la validez de aquella ley insiste en que, si bien no se alcanza con ella la felicidad verdadera —no lo olvidemos, el objetivo último que Montano propone en su obra—, "sin embargo, ejercitada ritualmente por los fieles y los píos, contribuye sobremanera a la esperanza de la suprema felicidad"¹⁵⁶. Y la

153. *Ibid.*, pág. 275.

154. *Ibid.*, págs. 275, 282, 290 y 356.

155. Cit. por Clair, Colin: *Cristóbal Plantino*, Madrid, Rialp, 1964, pág. 131.

156. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 286. También fray Luis de León hace una defensa de las obras externas y censura "el desatino de los que dicen que las ceremo-

prueba manifiesta del valor de aquella ley es que el propio Cristo, como hijo del hombre, no dudó en cumplirla espiritual y externamente:

Fue conformado con este ánimo, determinación y carácter, para que no se jactara de sí mismo como alguien magnífico, ni se apoderara de otro nombre que no fuese el de hijo del hombre, y cumpliera la Ley, en la que había nacido como hombre, no sólo cultivándola interior, verdadera y perfectamante, sino también en los ritos y costumbres externos: "Envió -dice Pablo- Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley".¹⁵⁷

Para los demás cristianos, discípulos en todo de Cristo, no cabría otro camino que el de seguir su ejemplo y magisterio, incluso en el cumplimiento del rito externo de la ley mosaica.

nias y las obras exteriores no son necesarias con la fe, porque lo son mucho para la salud del alma del justo con la fe que está abscondida en ella y es gran disparate no hacer mucho caso de las buenas y loables obras y muestras de fuera, que son las ojas y el olor que edifica a los circundantes". *Cantar de los Cantares de Salomón*; ed. de José M. Blecua; Madrid, Gredos, 1994, pág. 152.

157. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 425. Para la cita paulina, cfr. *Gal.* 4,4.

6. TEOLOGÍA, POESÍA Y CATEQUESIS: EL *LIBER
GENERATIONIS ET REGENERATIONIS ADAM,*
LOS *HVMANAE SALVTIS MONVMENTA* Y
EL *DICTATVM CHRISTIANVM*

Toda la obra montaniana respondía a un plan global que abarcaba no sólo la edición, el comentario y la exégesis bíblica, sino también la extensión y la aplicación de las consecuencias de ese trabajo a los más diversos órdenes de la existencia humana. Entre los escritos de Benito Arias Montano y como parte del *Opus Magnum*, el *Liber generationis et regenerationis Adam, sive de historia generis humani. Operis Magni pars prima, id est, Anima*, publicado en 1593, tenía el valor y la función de una enciclopedia bíblica sobre el hombre, para ser más exactos, sobre el hombre interior¹⁵⁸. Esta obra trataba de dar una explicación global del ser humano, su origen y su creación, sus relaciones con Dios y con el mundo y el desarrollo histórico de estas relaciones hasta la llegada de Cristo, tras la que se iniciaría un período renovado que debería alcan-

158. Sobre el proceso de aprobación e impresión de la obra se conservan algunos datos cursos en el epistolario entre Luis Pérez y Arias Montano. En carta 19 de marzo de 1592, escrita desde Amberes, Luis Pérez informaba que "la obra *Anima magni operis* está en poder del Censor, a quien no se le puede hacer que la despache disculpándose que tiene muy menuda letra". Los censores, Lavinus Torrentius y Henricus Sibertus Dungaesus, debieron tener problemas con la caligrafía de Montano, porque Pérez insistió en la misma cuestión en otras cartas, en las que también se hace referencia a la *Naturae Historia*, "*Corpus magni operis* que -escribe Pérez- es el que yo deseo como carnal y corporal". González Carvajal, Tomás: *Elogio histórico del doctor Benito Arias Montano*, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, II, 1832, docs. 68, 69 y 70. Sim., pág. 186.

zar hasta el fin del mundo. Al contrario que la mayoría de los escritos bíblicos de Montano, aquí no se parte de un texto del Antiguo o el Nuevo Testamento, como en los *Commentaria* o las *Elucidationes*, para luego glosarlo o explicarlo, sino que utiliza la Biblia como argumento de una exposición teológica general. Con ella Arias Montano pretendía resolver las cuestiones de la creación referidas al *Anima*, esto es, a la parte histórica del hombre, que es calificada en la teología montaniana como inferior y femenina; en suma, a la parte que había de ser regenerada por la intervención salvadora de Cristo.

Esta intención histórica y -podríamos decir- antropológica del *Liber generationis et regenerationis Adam*, mantenía una correspondencia especial en el conjunto de la producción montaniana con los *Humanae Salvitis Monumenta* y el *Dictatum christianum*. Las tres obras respondían a un concepto teológico similar, el de la redención humana. Pero lo que en una se resuelve como enciclopedia teológica, en otra se convierte en poesía bíblica y en la última, el *Dictatum*, en catecismo y en manual devoto. Dado el carácter de testamento espiritual y de obra final con que Arias Montano afrontó su *Opus Magnum*, no es de extrañar que tanto los *Humanae Salvitis Monumenta* como el *Dictatum christianum* se publicaran varios años antes: en 1571 aquéllos y éste en 1575¹⁵⁹. Un hecho más unió el destino de estos dos libros, que se convertirían en textos de lectura y estudio en la escuela de latinidad que Pedro de Valencia fundó en Zafra. Del mismo modo, el *Dictatum* formaría parte obligatoria en la enseñanza de la cátedra de humanidades que el propio Montano dotó en su testamento para la villa de Aracena¹⁶⁰.

Los *Humanae Salvitis Monumenta* estaban destinados, como se apunta en la misma portada del libro, "piorum animis recreandis" y, como en el prólogo resumía el propio editor Plantino, se componían de "setenta y una odas, en las cuales aquél [Arias Montano] con cierta habilidad de su fértil ingenio, con elegancia en el verso y con autoridad, ha tratado enteramente el magno y admirable misterio de nuestra salvación desde la misma caída del padre original hasta los evangelistas"¹⁶¹. En efecto, el libro se compone de setenta y un poe-

159. Aunque el *Dictatum* fue publicado por Plantino en 1575, la obra o -más probablemente- una primera versión de la misma -quizás en castellano- debía estar escrita hacia finales de 1568, ya que a comienzos del año siguiente pide al secretario Zayas que le devuelva su "instrucción cristiana", en la que, dice, sólo había pretendido declarar "cuán simple y claro es el oficio común de cristiano" (*Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1842-1914, XLI, pág. 147).

160. El propio Montano se encargó de pedir a Moreto, que ya entonces regentaba la imprenta plantiniana, el envío de varios ejemplares del original latino de la obra, pues "se le ordena a los alumnos de cierta cátedra en un instituto de la Bética que estudien este libro cada año, lo cual sospecho que va a servir de ejemplo a otras escuelas". En agosto de 1597 volvió a solicitar nuevos ejemplares. Cfr. Rekers, Ben: *Benito Arias Montano*, Madrid, Taurus, 1973, pág. 167. Sobre la función docente del *Dictatum*, vid. Morocho Gayo, Gaspar: "Trayectoria humanística de Pedro de Valencia: su actividad en la escuela de Zafra", en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, III, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1989, págs. 607-612 y Suárez, Juan Luis: "Retórica, ética y pedagogía en Arias Montano", *Revista de Estudios Extremeños*, 52 (1996), págs. 1081-1094.

161. *Humanae Salvitis Monumenta*, Amberes, C. Plantino, 1571, "Christoph. Plantinus lectori s.". "...unam et septuaginta odas, quibus ille felici quadam ingenii dexteritate, carminis elegantia, et gravitate maximum, et admirabile omnino salutis nostrae mysterium iam inde ab ipso primi parentis lapsu ad Evangelistas usque persecutus est". Sobre el concepto de poesía sagrada en Arias Montano, vid. *Tractatus de figuris rethoricis cum exemplis ex Sacra Scriptura petitis*, ed. cit., págs. 9-33.

mas –odas de diverso tipo, un himno en hexámetros, una nenia y tres *carmina*– que servían de glosa y explicación poética a una colección de grabados sobre la historia sagrada.

Estos “testimonios de la salvación humana” se convierten en una versión poética de la historia del hombre a la luz de la Biblia y en la misma dirección que desarrollada en el *Liber generationis et regenerationis Adam*. El libro se abre con una dedicatoria “Christo liberatori s.” y, significativamente, con una oda sáfica sobre “el profeta Moisés”. El grabado correspondiente representa a Moisés con los cuernos y el halo luminoso y mostrando unas tablas con la ley grabada. A partir de ahí se inicia la verdadera historia del género humano, tal como se plantea en el *Anima* dentro del desarrollo del *Opus Magnum*.

La primera parte del libro, desde el poema tercero al vigésimo primero, se centra en el Pentateuco y los libros históricos y se abre con una oda “In tabulam praevaricationis parentum”. No deja de ser llamativo que se dediquen nada menos que siete poemas a la figura de Moisés como guía del pueblo de Israel y trasmisor de la Ley y que, de hecho, esta parte se cierre temáticamente en la oda XX, “In tabulam cultus antiqui”, que corresponde a un grabado en el que se representa a un sacerdote judío preparado para el sacrificio. El poema se centra en la utilidad de dicho culto externo y en su relación simbólica con la redención de Cristo. Esta serie se corresponde con la parte más extensa del *Liber generationis et regenerationis Adam*, los cinco primeros libros.

El segundo bloque de poemas corresponde al ámbito sapiencial y profético de la Biblia. Pero lo más sorprendente es que Arias Montano agrupe bajo esa misma idea a Samuel y a David, a los profetas, y a los cuatro evangelistas, cuyos poemas se insertan antes de los dedicados a Cristo. La intención era probablemente la misma que se manifiesta en el libro sexto del *Liber generationis et regenerationis Adam*, ahondar en la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y ejemplificar la función de engarce con la nueva ley que para Montano tienen el Salterio y los libros proféticos.

Los últimos poemas de la colección, del XXXIV al LXVII, desarrollan la vida de Cristo desde la anunciación de María a la ascensión y se cierran con cuatro odas dedicadas a la venida del Espíritu Santo, a san Pedro –“de Christi numine peroranti”–, a Saulo convertido por Cristo y al juicio final. Los poemas insisten en la confirmación de las promesas divinas y en la eficacia de la redención de Cristo, tal como se desarrolla en los libros sexto y séptimo del *Liber generationis et regenerationis Adam*¹⁶².

Esta visión poética de la historia del género humano se complementa con otro libro terminado por la misma época y publicado cuatro años después, el *Dictatum christianum, sive communes et aptae discipulorum Christi omnium partes*. El hecho de que el libro se destinara a la lectura en dos escuelas de humanidades y de que fuera traducido a tres lenguas vulgares –al francés por Cristóbal Plantino, al holandés por Juan Moreto y al español por Pedro de Va-

162. Guadalupe Marín Mellado también señala algunas correspondencias entre el *Liber generationis et regenerationis Adam* y la colección de poemas *Hymni et Secula*. Cfr. “El poema *Noahhi occupatione et uini inuentione usu et abusu* de Benito Arias Montano”. *Revista de Estudios Extremeños*, 52 (1996), págs. 1077-1079.

lencia— nos da una dimensión exacta de la voluntad que puso Montano en la difusión de su libro.

El *Dictatum* es un librito de escasos contenidos teológicos que se dirigía preferentemente a la piedad y al comportamiento moral de los discípulos de Cristo legos. Montano insiste en la simplicidad, en la reducción o incluso en la eliminación del dogma, para centrarse en lo necesario para guiar el comportamiento del hombre en el mundo; y no en cualquier mundo, sino en el contemporáneo. La obra respondía a toda una moda en la literatura religiosa y espiritual del siglo XVI, que se esforzó en señalar a los lectores los deberes de su estado, la aplicación del cristianismo a cada hombre concreto y a su circunstancia particular.

Sin embargo, el libro se abre con un extenso capítulo primero sobre los “Errores de los gentiles sobre el Sumo Bien y segura doctrina del Divino Maestro”, que se corresponde directamente con el “Praefatio in humani generis historiam” del *Liber generationis et regenerationis Adam*, hasta tal punto que podemos considerar este prefacio como una *amplificatio* del primer capítulo del *Dictatum*. Ambos presentan como fin principal de la reflexión religiosa y filosófica la felicidad humana: “mostrar un estado supremo, i perfectíssimo, al qual aviendo llegado el hombre, no tuviesse más que desear”, dice el *Dictatum*. Se sigue de todo esto un recorrido por distintas posiciones filosóficas —“unos vinieron a decir, que el Sumo Bien eran los deleites, i regalos del cuerpo; otros, el tener honras, i dignidades públicas; otros, el carecer de dolores; i otros el no tener pasión, ni perturbación alguna del ánimo”¹⁶³— y se obtiene como conclusión que la única felicidad posible consiste en aceptar libremente las disposiciones divinas, el *officium*.

Tanto el *Dictatum christianvm* como el *Liber generationis et regenerationis Adam* hacen del deber, del *officium*, el camino verdadero hacia Dios. Sobre esa base desarrollan una historia del hombre éste y un catecismo de aplicación diaria y para cada vida particular aquél. Pero para llegar a esa solución individual, el *Dictatum* también afronta una breve historia del hombre, en la que aparecen las alianzas y enfrentamientos entre Dios y su criatura, el pecado de Adán y Eva, el orgullo de los Gigantes o la obediencia de Abraham. Todo se resuelve definitivamente en el estado ideal que cada individuo debe seguir en el cumplimiento de sus obligaciones particulares, ya sea hombre o niño, mujer o príncipe, ministro eclesiástico o mercader.

Los principios básicos sobre los que se construye el *Dictatum christianvm* son tres, Temor de Dios, Penitencia y Caridad. Arias Montano dedicó los diecinueve primeros capítulos de su manual a desarrollar estos principios, con la insistencia del que pretende enseñar a mentes sencillas —*ad pusilli gregis instructionem*, dice en el título—. En el *Liber generationis et regenerationis Adam*, dirigido a teólogos conocedores del texto bíblico, repite sin embargo argumentos similares:

163. *Dictatum christianvm*, trad. Pedro de Valencia, Badajoz, Diputación Provincial, 1983, p. 13. Esa idea, referida en último término al menosprecio del conocimiento humano, reaparece en la “Elegía Votiva” de la *Naturae Historia*, donde Montano enumera y censura diversos modos interpretación de la naturaleza en la filosofía griega frente a una única vía de conocimiento verdadero en la Sagrada Escritura, para concluir: “hominum incertas ire cavete vias”. Vid. *Naturae Historia*, ed. cit., “Elegía Votiva”, vv. 25-52. La misma exposición, aunque en términos más reducidos, desarrolla Cipriano de la Hueva en su *Comentario al Cantar de los Cantares*. Cfr. *op. cit.*, págs. 136-137.

*Todas las reglas y doctrina de aquella vida que Dios aprueba se contienen en la suma breve, y muy acorde con el decoro y condición de la naturaleza humana, de unos pocos preceptos, a saber: amor, respeto y veneración de un Dios único, cosas que se expresan con las palabras temor, reverencia, pavor y otras semejantes.*¹⁶⁴

Lo mismo vuelve a repetir poco después:

*Pues éstos pensaban lo mismo que por lo general mostraban en su vida y en sus costumbres, lo cual se exponía de forma resumida en los preceptos y principios de la ley ofrecida y pronunciada por la divinidad y recogida en la crónica de los escritores, cuyos dos capítulos principales y más destacados eran la Piedad hacia Dios, y la Caridad hacia los congéneres.*¹⁶⁵

Y al tratar de la necesidad de conciliar la fe con las obras, señala que sólo puede conseguirse “poenitentiae perpetuo labore et cultu”, pues “al hombre dotado de mente le había sido encomendada la fe y la penitencia, y en la penitencia quedan englobados el empeño, el esfuerzo, el trabajo y la ejercitación de las virtudes humanas”. Y apunta, refiriéndose directamente a su catecismo:

*Dios quiso, en efecto, que la fuerza del arrepentimiento que procurara la fe fuese grande y admirable, y de importancia y peso como para ablandarle y congregarle. Acerca de tal clase de arrepentimiento no sólo hemos disertado bastantes veces en otros tratados, sino especialmente en aquel que titulamos *Dictatum Christianum*.*¹⁶⁶

Al final del libro, en los testimonios apostólicos, vuelve a reducir la religión cristiana a dos principios básicos de aplicación simple para el creyente, y los subraya con letras capitales:

Atqui

*hoc breve mandatum est, OPERA EFFICIENTIS IESU
CREDERE, ET ALIIVIRIVM FRATRES CONTENDERE AMANDO.*¹⁶⁷

La fe y la caridad. Pero en su afán catequizador, Arias Montano descendió en el *Dictatum* a la vida cotidiana de los “Pastores y Gobernadores”, de los “Ministros Eclesiásticos”, de “Reyes, Príncipes y Magistrados”, de los “Ricos”, de los “Mercaderes y Oficiales”, de la “Familia y señaladamente de las Mujeres” o de los “Casados”. Y la intención de Montano no era sólo explicar los *officia*, las obligaciones particulares de cada cristiano en su mundo, sino resolver cada una de las posibilidades de la existencia, del mismo modo que lo hacía la ley mosaica. Si la Thorah, a través de los seiscientos trece preceptos,

164. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 88.

165. *Ibid.*, pág. 203.

166. *Ibid.*, págs. 67-68 y 93.

167. *Ibid.*, pág. 574, vv. 1128-1130.

daba respuesta a cada acto particular del creyente judío, el *Dictatum* pretende ser una guía en la existencia del cristiano. Y no deja de ser significativo que un número importante de los preceptos que Arias Montano propuso al lector cristiano fueran una transcripción y una glosa de la ley mosaica ordenada por estados sociales. Así, recordaba a los reyes y príncipes la prohibición trescientos sesenta y tres: “No tendrá el Rei muchas mugeres, que le lleven el corazón”; o la obligación decimoséptima, por la que el rey copiará la ley divina en un libro para su uso, lo guardará consigo y lo reelerá a menudo; y a los ricos les anuncia la prohibición doscientas treinta y una, que los obliga a “no ser intratable con para el pobre”¹⁶⁸.

Ahondado en su idea de la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, Arias Montano suma al Deuteronomio y el Levítico las epístolas paulinas, y hace de todo ello un modo completo de comprender el mundo y la existencia humana.

168. Cfr. *Dictatum christianum*, ed. cit., págs. 239 y 253 y *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 272, 226 y 264.

7. LAS FUENTES DEL *LIBER GENERATIONIS ET REGENERATIONIS ADAM* Y SU FUNCIÓN

Andrés Acitores, en el prefacio al lector de su *Theologia Symbolica*, censuraba en Arias Montano que no citara a los autores¹⁶⁹. Y si el lector recorre los escritos montanianos, encontrará, en efecto, que, fuera de los textos bíblicos, no hay más de algunos versos griegos o latinos o la cita breve de algún filósofo. Nada de los santos padres, ni rastro de la escolástica y alguna rara mención de autores modernos. Todo ello respondía a la voluntad explícita de optar por la Escritura como única fuente de conocimiento; o, para ser más exactos, de mostrar al lector que toda la sabiduría estaba en el texto sagrado. Así, al inicio del *Liber generationis et regenerationis Adam* y al proponer un modo de adquirir la verdadera sabiduría, se preguntaba:

*Cómo hay que organizar la gestión y el método del aprendizaje y del conocimiento, a qué maestro, a qué autores deben ser confiados, de suerte que se logre con provecho y ganancia lo que hacemos*¹⁷⁰.

La respuesta la da el propio Montano unas líneas más abajo: "...al santuraio de Dios, esto es, a la doctrina arcana y admirable de las Sagradas Escrituras, bajo cuya guía fue permitido deambular y progresar entre estas tinieblas de la ignorancia humana y reconocer los rasgos de la verdad"¹⁷¹. Como consecuencia y sólo en la apariencia externa, los autores aducidos no serán otros que los bíblicos o, dicho de otro modo, Dios mismo o los hombres inspirados por Dios.

Las mismas ideas sobre la prioridad y hasta la exclusividad de la palabra sagrada y, como consecuencia, del sentido literal transmitió Arias Montano a

169. Acitores, Andrés: *Op. cit.*, "Ad lectorem Theophilum".

170. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., "Praefatio", parágrafo. 23.

171. *Op. cit.*, "Praefatio", "Summa ac brevis de veteris Testamenti autoritate responsio", parágrafo. 10.

sus discípulos, pues en las declaraciones de fray José de Sigüenza ante la Inquisición se repite una y otra vez que “No se ha de predicar sino el Evangelio desnudo”, porque “no nos dio Cristo licencia para comentarle ni glosarle”; que “No es necesaria la teología escolástica y se pierde mucho tiempo en ella”; o, más allá, que “Para entender la santa Escritura no se han de seguir a los Santos cuando se encuentran, sino acudir al hebreo, no haciendo en esto el caso que se debía a la declaración de los Santos ni de la Teología escolástica”. Se deduce incluso de las declaraciones testimoniales que fray José, en un arrebatado de devoción montaniana, había llegado a afirmar que “como me dejen a Arias Montano y una Biblia, no se me da nada que me quiten todos los libros de la celda”¹⁷².

Pero donde se encuentra un resumen más exacto del problema de las fuentes y su justificación en la obra montaniana es en el elogio que Francisco Pacheco dedicó al humanista en su *Libro de los verdaderos retratos*. Allí escribió:

*La filosofía de Aristóteles, que estudió, dexó después con mejor conocimiento, juzgando que no avía más acertada filosofía que la de la Escritura, cuyo autor era el Espíritu Santo. Por esto, por ventura, i por aver comentado los libros sagrados sin citar autores, no an sido bien recibidas sus obras de algunos (...). I si juzgan por defeto aver citado solamente algunos versos de poetas quando habla en las costumbres, aviéndolo hecho San Gerónimo en las vidas de Fabiola y Paula, bien pudo Arias Montano atreverse a la imitación.*¹⁷³

Lo que Pacheco consigue, probablemente con la ayuda de Pedro de Valencia, es enunciar y rebatir las principales críticas que se hicieron a las obras de Arias Montano: el rechazo de la Escolástica, el abandono de la patrística, el uso de autoridades paganas, la concentración en la Escritura y el uso del hebreo para acceder al verdadero sentido de la palabra de Dios.

Respecto a las fuentes hebreas la censura iba más allá del simple conocimiento filológico de una lengua, y pasaba a la licitud de utilizar como autoridad las obras de comentaristas judíos. Al respecto escribía fray Diego de Zúñiga en su comentario al libro de Job, de 1584:

*Lo que más me repugna de este parecer de un hombre docto es porque en nuestros tiempos ciertos hombres ignorantes y temerarios, con el menor pretexto, alborotan inmediatamente diciendo que judaizan los que al exponer la Sagrada Escritura no refieran todos los textos a sentidos anagógicos o acepten una interpretación llana y manifiesta de algún hebreo.*¹⁷⁴

Y Pedro de Valencia en colaboración con otro discípulo de Montano, Juan Ramírez, afirmaba en sus *Advertencias acerca de la impresión de la Paráfrasis Chaldaica* que “es indicio de certeza y fidelidad de la versión de la paráfrasis chaldaica que el sentido de muchos lugares sea conforme al sentimiento

172. *Proceso inquisitorial del padre Sigüenza*, ed. cit., págs. 107-113 y 116.

173. Pacheco, Francisco: *Op. cit.*, págs. 324-325.

174. Cfr. Pinta Llorente, Miguel de (ed.): *Causa criminal contra el biblista Alonso Gudiel*, Madrid, CSIC, 1942, pág. 26.

de los Judíos, pues lo fueron sus autores"¹⁷⁵. No por ello dejaron los hebraístas de ser acusados de judaizantes.

La opción por el hebreo formaba parte de esa concentración absoluta en la palabra revelada, pues, como señalaba Pacheco, "no avía más acertada filosofía que la de la Escritura, cuyo autor era el Espíritu Santo". Esa filosofía, acudiendo a la fórmula erasmiana, no era otra que la *Philosophia Christi*. Ya desde muy temprano, en los años de Trento, había manifestado Arias Montano esa predilección por el texto bíblico¹⁷⁶, que vuelve a repetir en el prefacio de su historia del género humano:

...para los ávidos de conocer la verdad existen los libros sagrados (de donde podrían sacar acopio y proveerse en abundancia), en parte escritos antaño por los profetas antiguos, dictados por el Espíritu Santo, en parte incluso por los apóstoles y evangelistas de Jesucristo bajo la inspiración y potestad de su divino Espíritu.¹⁷⁷

Lo cierto es que Arias Montano también tenía sus preferencias entre los libros sagrados, y eran el Pentateuco, los Salmos y los libros proféticos, san Pablo y san Mateo los que, sin duda, se llevaron esa palma.

El uso de las autoridades paganas ("aver citado solamente algunos versos de poetas cuando habla en las costumbres", decía Francisco Pacheco) provenía de una de las novedades teológicas del humanismo cristiano: las correspondencias entre la antigua filosofía moral y el pensamiento religioso del cristianismo. Como recuerda Francisco Rico, Petrarca "apostillaba una antología de pasajes de Cicerón con un tajante y repetido 'creerías que quien habla es un Apóstol': 'non paganum philosophum, sed apostolum loqui putes'"¹⁷⁸. Y Erasmo, en su *Enchiridion*, señalaba al caballero cristiano el ejemplo de los filósofos gentiles: "Pues muchos de ellos, aunque no conocían a un Dios a quien adorar y sin creer en un infierno que temer pensaban, no obstante, que el hombre debía huir de toda torpeza, por sí misma y en todos sus aspectos"¹⁷⁹. Esa afinidad entre el paganismo y el cristianismo desde el punto de vista moral y filosófico hacía lícito su uso como antesala del verdadero conocimiento de la doctrina cristiana¹⁸⁰.

175. BNM, Ms. 502, fol. 54r.

176. Al tratar de la comunión en la sesión del 19 de junio de 1562, afirmaba Montano: "Confieso que voy a sacar todo el contenido de mi argumentación y de mi discurso de las Sagradas Escrituras y de la verdad revelada por Dios". *Concilium Tridentinum. Diariorum Actorum, Epistularum, Tractatum nova Collectio*, Friburgo, Sociedad Goerresiana, 1901 y ss, vol. VIII, pág. 604.

177. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., "Praefatio".

178. *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, ed. cit., pág. 140. Más adelante escribe Rico: "El hombre es siempre el mismo, porque el Señor lo ha querido así y ha dado incluso a los paganos una luz que les permitiera distinguir las virtudes inmutables y hasta vislumbrar los vestigios del Dios único verdadero". *Ibid.*, pág. 142.

179. *Enquiridión manual del caballero cristiano*, ed. cit., págs. 221.

180. "The pagan classic were seen as preparation for sacred letters, both regarded as important for philosophy and morality". Cfr. Hagen, K.: "What did the term Commentarius mean to sixteenth-century theologians?", en Backus, I. y Higman, F. (eds.): *Théorie et pratique de l'exégèse*. Ginebra, Droz, 1990, págs. 13-18.

Aunque los paganos no tuvieran el privilegio de la revelación, su proximidad a la ley natural en materia de comportamiento los hizo válidos para el cristiano. El argumento se repite varias veces a lo largo de *Liber generationis et regenerationis Adam*, como ejemplo del esfuerzo que hace Arias Montano por integrar a los gentiles en su historia del hombre:

*Ésta fue la esencia de la disciplina, de la vida y de las costumbres de los gentiles. De las cuales, aunque a veces se escuchaban discursos honestos y aparentemente acordes con una naturaleza sencilla, según la impresión que daban; sin embargo, se sabe que fueron palabras más que hechos.*¹⁸¹

La creencia humanística en la utilidad de todos los conocimientos posibles para afrontar la correcta lectura de la Biblia era una herencia intelectual que Arias Montano había recibido de Cipriano de la Huerca, su maestro de Biblia en Alcalá, y que Francisco Sánchez de las Brozas había repetido como gramático al afirmar “que no es posible penetrar en los misterios de los dos Testamentos, sin conocer los poetas, oradores e historiadores de Grecia y Roma”. Pero a pesar de su formación de humanista y de la presencia en los diversos listados de su biblioteca de una considerable cantidad de autores clásicos, griegos y latinos, nada impidió que en Arias Montano se sumara, al menos doctrinalmente, la defensa de la licitud de los autores paganos con los reparos de Tertuliano a su conocimiento. “¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén?”, se preguntaba Tertuliano; y en otro lugar, lo repetía: “¿Que hay en común entre el filósofo y el cristiano, el alumno de la Hélade y el alumno del Cielo?”¹⁸².

Arias Montano no sólo aceptó la autoridad de los poetas y filósofos paganos, sino que él mismo hizo uso de ellos en sus obras. Pero, al mismo tiempo y como justificación de su defensa a ultranza de la verdad revelada, no pudo dejar de recordarnos los errores y la ceguera que envolvieron sus palabras y hasta sus aciertos:

Por este motivo, es cierto, los filósofos y muchos otros de entre los gentiles fueron acusados y condenados con razón, los cuales, aunque no sólo transmitieron los preceptos honestos del derecho privado y público, sino que también, y no pocos, lo demostraron a otros hombres, partiendo de los ejemplos mismos de la vida y costumbre, no obstante, porque no tuvieron en cuenta el veneno innato y el origen oculto de los pecados, no se percataron ni se lamentaron de ellos, y de este modo desdeñaron implorar la misericordia divina; y además, lo que obraban bien, no lo atribuyeron al beneficio de Dios, el cual aconseja y ayuda desde nuestro interior, sino a su propio talento, consejo, estudio e inventiva, y accechando de este modo un poco de gloria para sí, se esforzaron en venderlo a los demás como doctrina suya propia, y en arrojarse de cabeza a las tinieblas oscuras e impenetrables de la necia sabiduría, y, con el permiso del juicio divino, se apartaron para emprender los variados caminos de los errores, de los cuales hubo en

181. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 194. Una idea similar se repite en el “Praefatio” de la obra: “Que también esto atañe a la imitación de las virtudes y de los vicios y al sentimiento que acompaña al conocimiento y a la inteligencia, lo advirtieron los profesores de sabiduría de los gentiles”.

182. *De Praescript.* 7 y *Apol.* 46. Cit. por Cochrane, Charles N.: *Op. cit.*, pág. 223.

*el mundo grandísimas plagas de doctrinas, creencias, fábulas y sectas, y en fin, diversas y muy abominables plagas de ignominias.*¹⁸³

Y no duda en repetirlo, ahora comparando a los filósofos gentiles con los escritores sagrados:

*...del número de los cuales hombres fueron Job, Melquisedec, y demás hombres semejantes a éstos, que vencieron los pecados y persiguieron las virtudes; dentro de tal categoría incluso podrían ser incluidos algunos filósofos que, advertidos y ayudados por la inspiración divina, acomodaron su propio carácter e incluso corrigieron los ajenos con sus consejos y enseñanzas, si no fuera por que ellos mismos, enloquecidos de soberbia y corrompidos por el afán de gloria, lo que debían atribuir a la gracia, bondad y eficiencia de Dios, como recibido de ella, no lo hubieran atribuido a su propia virtud y sabiduría, razón por la cual merecieron luego verse privados del don divino.*¹⁸⁴

A pesar de que el prefacio del *Liber generationis et regenerationis Adam* está alimentado de citas de los poetas clásicos, Montano no puede reprimir una platónica condena contra ellos y nada menos que con el aval de una olímpica pindárica:

*Esta situación engendró falsas opiniones acerca de Dios, y turbulentos extraños vitales, y finalmente indujo a la impiedad, de la cual se recuerda que los poetas fueron los principales inspiradores.*¹⁸⁵

A pesar de tantos reparos, toda la prefación de la obra es una sucesión de citas clásicas. En ella Montano se presenta indagando la verdad al modo académico y acude a las fuentes conocidas en la tradición griega y latina; y aunque ve en ellas una cierta afinidad con la verdad deseada, sólo serán una puente hacia la revelación de Dios en las Escrituras. De hecho, una vez iniciado el cuerpo de la obra, sólo se citará a tres poetas –Ovidio, Persio y, sobre todo, Horacio–, y apenas se deslizarán algunas sentencias clásicas aplicadas a personajes o comentarios bíblicos. Por contra, en el prólogo sólo una vez se entremezcla a los autores profanos con los sagrados; cuando, entre Píndaro y Eurípides, se introduce un versículo del capítulo 49 de Isaías. Al iniciar la relación de la revelación cristiana, Montano deja de citar a los paganos, para atenerse exclusivamente a la Biblia.

Son tres los autores griegos que aparecen en la obra: Platón, Píndaro y un fragmento de las *Bacantes* de Eurípides¹⁸⁶. La nómina de autores latinos es más amplia: dos textos de Ovidio, tres de Juvenal, dos de Persio –al que se refiere como “Stoicus ille”–, una referencia a Pompeyo Trogo, cuatro citas de

183. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 96.

184. *Ibid.*, pág. 90.

185. *Ibid.*, “Praefatio”. La olímpica citada -en griego y con traducción latina-es la I, 28a-36.

186. De entre todos los autores griegos y latinos, Platón es el único que aparece mencionado por su nombre en el texto; los demás, calificados genéricamente como *poeta* o *scriptor*, se remiten a los ladillos marginales.

Tibulo y nada menos que diez de Horacio¹⁸⁷. Las fuentes clásicas se utilizan con una función demostrativa, ilustrativa o simplemente con el valor de autoridad moral, lo que Arias Montano había definido en su prólogo como *Sententia*. Con una función similar aparecen al menos tres sentencias clásicas sin referencia o identificación en las notas. La primera es una reflexión sobre el sufrimiento de la existencia humana –“nunc sese in mundo natum dolentem, vel quamprimum abolitum fuisse optantem”–, tomada de Cicerón. La segunda, también perteneciente a la moralidad más mostrenca del acervo clásico, recuerda que “vita, quaecumque ea sit, motu et operatione semper nunc alia, nunc vero alia tenetur”¹⁸⁸. La última, y sin duda la más curiosa, presenta a Moisés con los rasgos morales de un estoico romano y caracterizado con un famoso verso del *Heautontimoroumenos*: “cum homo ipse ex hominibus assumptus, humani nihil a se alienum duceret”¹⁸⁹.

Pero más que en el uso de sentencias y textos tomados de la tradición clásica, el humanismo cristiano puede seguirse en el *Liber generationis et regenerationis Adam* a través de la presencia continua de un trasfondo estoico, que se mezcla con la doctrina bíblica. La primera manifestación de este estoicismo cristiano hay que buscarla en la importancia que Arias Montano da al precepto socrático *Nosce te ipsum*. Respondiendo a la santificación de Sócrates que se había iniciado con Erasmo, Montano abrió su libro con un verso de Juvenal: “E caelo descendit γνῶσθι σεαυτὸν”, que se convertirá en el camino para el conocimiento de Dios y la regeneración del hombre:

*Toda la doctrina, la que Jesucristo transmitía acerca del arrepentimiento, está conformada por tres partes; de las que la primera invita al hombre a conocerse a sí mismo, la segunda enseña que hay que mantener la diferencia entre lo bueno y lo malo, la tercera exhorta a un verdadero y sincero rechazo y aversión de lo malo y a un diligente afán por el bien. Pero en el conocimiento de sí mismo se establece aquella condición que la naturaleza del hombre había recibido primero de su Creador, recta ante todo y que está en posesión de sí misma: que le agradara actuar con justicia consigo mismo y con sus aliados, vivir con salud y, por lo menos, conservar y guardar su orden y su lugar.*¹⁹⁰

187. En el “Praefatio” del *Liber generationis et regenerationis Adam* y por este orden, van apareciendo Ovidio, Juvenal, Persio, Horacio, Platón, Píndaro, Eurípides, Pompeyo Trogo, Tibulo. En el resto de la obra, las citas corresponden a Persio, pág. 24; Ovidio, pág. 29; y Horacio, págs. 2-4 y 207.

188. *Ibid.*, pág. 359. La idea la recoge Cicerón en *Tusculanae* 1, 48, 114: “Non nasci homini longe optimum esse (docuit Silenus), proximum autem, quam primus mori”. Una fórmula similar aparece también en el *Eclesiastés* 7, 2: “Melius est nomen bonum quam unguenta pretiosa, et dies mortis die natiuitatis”. La identificación de la existencia humana con el trabajo y la acción surge repetidamente en los textos clásicos, por ejemplo en Horacio (*Saturae*, 1, 9, 59), y hasta el capítulo séptimo de Job puede considerarse como una amplificación sobre este tema.

189. *Ibid.*, págs. 221 y 417. La cita exacta de Terencio (*Heautontimoroumenos* 77) es: “Homo sum: humani nil a me alienum puto”.

190. *Ibid.*, pág. 435. Sobre la valoración de Sócrates por el humanismo, *vid.* Rico, Francisco: *Op. cit.*, págs. 136-142. Las mismas ideas aparecen en el comentario de Cipriano de la Huerga al *Cantar de los Cantares*: “...aquel viejo proverbio, ‘conócete a ti mismo’, que se consideraba venido del cielo, está en total consonancia con las palabras de Salomón. Conócete a ti mismo. En la contemplación y conocimiento de la naturaleza no hay nada más necesario que el conocimiento

El precepto lo había recogido Erasmo en el capítulo 3 de su *Enchiridion*, “El principio de la sabiduría es conocerte a ti mismo”¹⁹¹, y el propio Montano, en el *Dictatum christianum*, había concedido a los estoicos una superioridad entre los filósofos antiguos, porque “atribuyeron la perfección de la vida humana principalmente a la salud, i virtud del ánimo”; aunque también señaló su error al entender que “para su felicidad no avían menester pedir nada a Dios (...): sino que el hombre por sí solo podía, i debía buscar este supremo grado de perfecta virtud”¹⁹². Y en el *Liber generationis et regenerationis Adam* repite que la verdadera virtud está en no apartarse “en exceso de la mesura y moderación” o en “No codiciar nada”¹⁹³.

Pero es en el uso del término y el concepto de *officium*, ajustado al modelo ciceroniano, donde se encuentra la clave del estocismo cristiano de Arias Montano, que informa esta fórmula filosófica con preceptos tomados de la Escritura. También San Ambrosio había escrito un tratado *De officiis*, calificado como “curiosa aleación de principios estoicos y cristianos, aunque en algunas facetas, tales como, por ejemplo, la actitud ante la renta y el interés, su espíritu ante recuerde el saber judío que la ciencia clásica, y la mayor parte de los ejemplos se deban al venero bíblico”¹⁹⁴. Pero a diferencia del concepto de deber ciceroniano, Montano hace de los *officia* una consecuencia no de la sociedad, sino de la naturaleza humana creada por Dios y de los mismos preceptos divinos. Es el cumplimiento del propio deber, unido a la acción de la gracia y el beneficio de Cristo, el que conduce al hombre hacia la salvación. La práctica del deber, de la *virtus*, es simplemente un acto de racionalidad y, como tal, propiamente humano. Para Montano, ser cristiano es ser racional, pues significa aceptar nuestra propia felicidad diseñada por Dios:

*Dios ... dispuso que tal práctica se afrontara con un doble celo, esto es, el de reprimir la funesta apetencia y concupiscencia, de donde nace y se multiplica la grandísima copia de pecadores, y el de cultivar la virtud, la cual conoce la razón del alma por sí misma, iluminada por la luz divina, o mejor, llega a discernirla con el magisterio de Dios mismo, quien la instruye desde dentro o bien la inspira desde el exterior.*¹⁹⁵

No sólo la identificación de virtud y razón, otros tópicos estoicos, como el retiro, la defensa del trabajo como un bien o la utilización del recurso de las paradojas reaparecen en la obra montaniana. El ejemplo perfecto de retiro lo

interno y profundo que cada uno de nosotros ha de tener de sí mismo”. Ed. cit., págs. 150-151. Para algunas notas sobre este principio socrático en fray Luis de León y en otros textos del propio Montano, *vid.* Dávila Pérez, Antonio: “El libro V de los *Secula* de Benito Arias Montano: Acercamiento a su fondo religioso”, *Revista de Estudios Extremeños*, 52 (1996), págs. 1053-1054.

191. “Piensa, por consiguiente, que el principio de esta sabiduría es el conocimiento de ti mismo. Una verdad que los antiguos creyeron procedía del cielo. Y tanto gustó a los grandes autores que compendiaron en ella toda la fuerza de la sabiduría. De poco peso sería para nosotros si no viéramos en ella una congruencia con nuestras escrituras”. *Enquiridión manual del caballero cristiano*, ed. cit., pág. 89.

192. *Dictatum christianum*, ed. cit., pág. 42.

193. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., págs. 203 y 556.

194. Cochrane, Charles N.: *Op. cit.*, pág. 365.

195. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 66.

pone Montano en Abraham que, como él mismo en la Peña de Alájar, "se estableció en un lugar que con frecuencia había deseado para sí; donde, haciendo oficio de predicador y maestro, instruyó en el conocimiento de la piedad y de la verdadera religión no sólo a su familia, que fue muy numerosa, sino también a los vecinos y a cuantos entendía que deseaban conocer y ser instruidos"¹⁹⁶. Como parte del retiro, el estoicismo proponía el ejercicio de la agricultura, que sería, al mismo tiempo, reflejo de una práctica interior. En esos mismos términos planteó Arias Montano la labor del hombre en el Paraíso:

*La enunciación original y auténtica de esta ley afirma que no sólo debe ser cultivado y venerado el jardín mismo, sino también y especialmente Dios mismo: LE GHABODO VI SOMRO, para que lo cultivara y lo venerara. Y el cultivo y veneración del jardín concedido era en sí tal deber de piedad, que debió de ser consagrado a Dios, quien lo ordenaba y exigía.*¹⁹⁷

Tras ese elogio de la agricultura se escondía la defensa estoica del trabajo, que para Arias Montano se convierte en censura "del ocio y la indolencia" y en signo de una "vida honesta"¹⁹⁸. El estoicismo romano, en especial Musonio y Epicteto, defendió el trabajo (πόνος) como algo connatural al hombre y, por lo tanto, bueno en sí mismo¹⁹⁹. En el mismo entorno montaniano, Cristóbal Plantino hizo de la máxima *Labore et constantia*, que acompañaba a los famosos compases de oro, el símbolo de su imprenta, y Pedro Vélez de Guevara, canónigo de la catedral de Sevilla, escribió unas *Sententiae Selectae*, ajustadas al ideario y en el género estocico de las paradojas, entre las que aparece "Labor inter praecipua bona numerandus", esto es, que el trabajo debe ser contado entre los principales bienes²⁰⁰. El propio Montano utilizó alguna de las famosas paradojas de Epicteto, como aquella según la cual sólo el sabio es fe-

196. *Ibid.*, pág. 157.

197. *Ibid.*, pág. 48. Pedro de Valencia recogió la misma idea en sus tratados: "El oficio y obligación de todos los Hombres después del pecado por ley natural, y mandato divino, es labrar la tierra, maldita ya, y que no labrada produce cardos, y espinos, y no lleva de suyo fruto de provecho. Dos tierras son éstas que debe labrar el hombre, una su carne propia, que brota pasiones y apetitos desordenados y lleva fruto venenoso y mortal de pecados. (...) Al mismo modo en la vida exterior y política y para la conservación y buen gobierno della, todos los hombres por el tenor de las palabras de aquella ley natural y divina ordenación de labrar aquesta tierra, que Dios nos dio por erencia y heredad para que la cultivemos y nos mantengamos de ella". "Sobre el acrecentamiento de la labor de la tierra", BNM, Ms. 5586, fol. 65v-66r. El elogio filosófico de la agricultura aparece en el *De officiis* (1, 45, 151) de Cicerón: "Omnium autem rerum, ex quibus aliquid acquiritur, nihil est agricultura melius, nihil uberius, nihil dulcius, nihil homine, nihil libero dignius". También Justo Lipsio, cabeza fundamental de la recuperación del estoicismo a finales del XVI, consideraba la agricultura y los jardines "acomodados para sabios y doctos". Cfr. *Libro de la Constancia*, Sevilla, Matías Clavijo, 1616, Libro II, capítulos I, II y III.

198. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 211.

199. Según Max Pohlenz, que glosa a Musonio Rufo, "Dalla natura l'uomo è destinato al lavoro, e nessun lavoro onesto vecca vergogna. Più vicino alla natura però (...) è el lavoro dei campi, che Musonio vorrebbe addirittura redere produttivo ai fini dell'educazione filosofica (...). Dalla natura dell'uomo derivano anche i suoi doveri sociali". *La Stoa*, Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1978, pág. 54.

200. *Sententiae Selectae*, s.l., s.e., MDCVII, fol. 22v.

liz²⁰¹; o, al modo de las *paradoxa stoicorum*, construyó sus propias *paradoxa christianorum*, de las que el siguiente texto sería un ejemplo perfecto:

*Dios es hombre, el Hombre es Dios, el Hombre es inmortal, Dios soporta la muerte, Dios es el Padre del hombre, el hombre es Hijo de Dios, y él mismo, hijo del hombre, no creado, nacido; él mismo eterno, nacido en el tiempo, que va a morir, que va a conservar la vida y la va a mantener; al mismo tiempo va abandonar su alma, no la va a abandonar, y así mismo, cuando quiera, la va a recuperar; y muchas otras cosas en esta línea, que más bien puedan producir admiración y estupor entre los más agudos y hábiles talentos, que determinar algún tipo de medida y límite.*²⁰²

Pero acaso, y junto con el concepto de *officium*, la manifestación que acerca más el humanismo de Arias Montano a un estoicismo cristiano es la adopción de un pensamiento clave para la filosofía del Pórtico: *Convenienter naturae vivere*. La fórmula inicial forjada por Zenón, “vivir conforme a la naturaleza”, fue ampliada por el tercer escolarca del Pórtico, Crisipo. Montano hizo un elogio de estas “virtudes políticas”, pero apuntó más allá, hacia la interpretación de está máxima a la luz de la verdad revelada:

...al menos entre los latinos, lo definen la razón, la mente y el juicio humanos, y lo proclaman con un discurso de este tipo. Y en verdad, por lo que se refiere a aquella vida que se desenvuelve en el trato y en la alianza común de los hombres, y que los filósofos llaman política o civil, sería justo juzgar que ha sido ordenada con suficiente buen criterio sí, por ejemplo, todos los deberes y ayudas que se aconseja y ordena que se hagan en favor de los hombres, los cumpliera alguien de manera que no admitiera o buscara voluntariamente ningún castigo o pecado contra ningún otro, ni contra sí mismo, aunque en otras circunstancias deseara especialmente admitirlos o buscarlos. Y hasta llegar a esta conclusión y objetivo, los hombres han disputado con sobrado empeño y sutileza acerca de la moderación, la abstinencia, la continencia, la justicia, y el azar, y la que es como la guía de todas éstas, la prudencia, y en definitiva acerca de la virtud; y en lo referente a las costumbres son muchos los que han cumplido con satisfacción, y sobre todo, y al margen de toda discusión, estos que son recomendados y elogiados en las historias sagradas, en los oráculos y en los escritos.

*Y en verdad, la razón y la medida de esta clase de vida, por su propio modo de ser, bien merece el elogio entre los hombres, así como cuida también del nombre de humanidad. Pues del mismo modo que el hombre está dotado y participa de la razón y de la mente, debe vivir y actuar de acuerdo con lo que es apropiado para su naturaleza.*²⁰³

Lo verdaderamente adecuado para la naturaleza humana no era sino aceptar su condición de criatura, de obra divina, y actuar conforme a su propia natu-

201. “Y entre las cosas que son consideradas óptimas y supremas, está la Sabiduría. Quien la posee, es dicho sabio y dichoso”. *Liber generationis et regenerationis Adam*, ed. cit., pág. 10.

202. *Ibid.*, pág. 484.

203. *Ibid.*, págs. 206-207.

raleza construida a imagen y semejanza del Creador. En el *Vivere secundum natura* vio Benito Arias Montano el camino que, desde sus orígenes, debía haber seguido el hombre y del que, sin embargo, se había apartado, dando lugar al pecado, a la intervención divina y, como consecuencia, a la misma historia del género humano.

LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Fernando Navarro Antolín

El latín, lengua en la que Benito Arias Montano, como otros muchos humanistas de su tiempo, tal como los condiscípulos y amigos de su entorno, escogió redactar sus escritos, condicionó, sin duda, y condiciona todavía –*Latinus est, non legitur*– la escasa difusión y conocimiento de su obra, lo cual no impide –*mirabile dictu*– que sea un autor profusamente citado.

Es una satisfacción para todos nosotros, latinistas que hemos osado husmear en los arcanos montanianos, contribuir a la divulgación de la obra de tan insigne humanista español vertiendo al castellano el abstruso y endiablado latín de Don Benito. Corresponde ahora a los historiadores, biblistas, escrituristas, teólogos, sociólogos, antropólogos, pedagogos, físicos, naturalistas, etc. –que de todo esto y más hay encerrado en las sabias páginas de tan magna obra enciclopédica– juzgarla e interpretarla. *Suum cuique*. Nosotros nos hemos limitado a desempeñar el cometido ancilar de la Filología –en este caso la clásica– como báculo o ciencia auxiliar de la Historia.

Nos interesa, por otra parte, dejar aquí noticia de algunos de los criterios de edición adoptados. Para la traducción del texto de las citas bíblicas hemos creído conveniente tomar como referencia de apoyo para la traducción –y para los nombres propios bíblicos– la traducción de Nácar-Colunga (BAC), sin descartar la consulta de otras versiones. El texto latino de referencia será siempre la *Biblia Vulgata* de la BAC (Colunga-Turrado) tanto a la hora de citar párrafos como en la forma y manera de citar (p.e. Gen 35,19-23). Si Montano cita un texto bíblico pero no aporta la referencia, hemos suplido esta carencia reflejándola entre corchetes (p.e. [Gen 35,19-23]). Para facilitar la rápida consulta del original latino montaniano se inserta entre corchetes en la traducción la paginación correspondiente de la *editio Plantiniana*. Las Notas de Traductor a pie de página son las mínimas imprescindibles, como, por ejemplo, dar noticia del título completo y fecha de publicación de algún libro propio o ajeno que Montano cite, o de algún personaje de la época. No se trata de una edición crítica ni hemos pretendido publicar una edición profusamente anotada

o comentada. Tal tarea queda, como hemos arriba indicado, para los investigadores de la vida y obra de Montano.

Baldomero Macías Rosendo se ha hecho cargo de la traducción de los libros III-IV del *Alma*, Miguel Ángel Vinagre Lobo de los libros V-VI, Domingo Fernández Sanz de los libros VII-VIII, mientras que Fernando Navarro Antolín se ha encargado del Prefacio, de los libros I y II y de los Testimonios Apostólicos que cierran la obra.

Somos conscientes de que toda obra colectiva está *-a natura-* irremisiblemente condenada a la variedad de tonos y estilos, sometida al riesgo de incurrir en incongruencias e inconsecuencias, expuesta al fácil blanco de la crítica, tanto más si hablamos de una traducción. Pero afrontar en soledad la traducción de tan magna obra se nos antoja una auténtica *Herculei labor*, que tal vez explique que el *Opus Magnum* desde la lejana *editio princeps* plantiniana, transcurrida la solera de cuatro siglos, permaneciera todavía intraducido. Confiamos en que los beneficios de poner al alcance del indocto en latines una traducción castellana de tan señalada obra compensen con creces las posibles deficiencias.

Deseamos expresar desde estas páginas nuestro profundo agradecimiento a D. José Mora Galiana, auténtico montaniano, por sus continuos desvelos para con el grupo de traductores; y a D. Luis Gómez Canseco por aceptar prologar el *Alma* con su enjundioso estudio preliminar.

Asimismo, queremos transmitir nuestras felicitaciones a la Universidad de Huelva por el acierto de instituir la colección *Bibliotheca Montaniana*, y agradecer al Consejo Social de dicha Universidad onubense, a la Excm. Diputación Provincial de Huelva y a la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, su decidido y decisivo respaldo económico e institucional.

F. Navarro Antolín desea también agradecer a todos los cotraductores su entera e inmediata disposición *-testimonium amicitiae-* a formar parte de este proyecto.

VOTA FIDES SEQUITUR

**LIBRO
DE LA GENERACIÓN
Y REGENERACIÓN DEL HOMBRE,**

O

HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO.

PRIMERA PARTE DE LA OBRA MAGNA,
ESTO ES, *ALMA*.

POr BENITO ARIAS MONTANO HISPALENSE.

En Amberes,
en la imprenta de Plantino,
por su viuda y Juan Moreto.
Año 1593

BENITO ARIAS MONTANO.
PREFACIO A LA HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO

Que a cada una de las especies de animales que habitan la tierra y que revolotean por el cielo la naturaleza le ha asignado y otorgado un cometido suyo propio y específico que llevar a cabo, no sólo lo piensan todos cuantos acerca del mundo y de las partes del mundo han debatido sabiamente, sino que también lo enseñan las propias experiencias observadas y contempladas desde siempre incluso por hombres de inferior talento. Pues, por la práctica inmutable y constante, sabemos que las aves fueron creadas para volar, los caballos para la carrera, las fieras para la crueldad. Y vemos que la forma de cada uno de estos animales consta de dos partes y miembros apropiados y útiles para aquello que entendemos que puede realizar. Por eso, todo el que está dotado de entendimiento humano manifiesta que el hombre, reconocido como príncipe de todos los animales, incluso por causa del miedo, temor y sumisión de los mismos, no puede vivir ocioso, sino que conviene que cumpla con el deber y obligación que le es propio y connatural y mejor que todos; puesto que no sólo los animales, sino cualquier cosa que participe de alguna forma de vida, adorna a esta fábrica —en ninguna parte del orbe entero inactiva, en ninguna parte inútil— con algún provecho y fruto propio, tal como todos los árboles y plantas, y todo lo que se aproxima a esta suerte de cosas. Y es manifiesto que ningún oficio es más propio de la naturaleza del hombre, o más innato y apropiado para las partes peculiares del mismo, que cierta actividad del espíritu, y una sagacidad constante, o el afán por el estudio de todas las cosas, de ser posible, o al menos, de las más. Por lo cual, sin duda, a este animal, si no en su totalidad, sí en su mayor parte, le fue concedido el privilegio de un origen divino y celestial, según opinión general, no de hombres que se engañan a sí mismo, sino de hombres que indagan la verdad. Pues a este animal no sólo le tocó en suerte el alma, esto es, la parte interior adornada con los dones más excelentes que puedan existir, sino que incluso la parte exterior, esto es, el cuerpo mismo, aunque formado —y así lo parece a primera vista— de idéntica materia, la disposición y complexión de sus miembros es, sin embargo, superior.

*Y mientras los demás animales miran, inclinados, la tierra,
dio al hombre un rostro en las alturas y le ordenó mirar
al cielo y alzar, erguido, su rostro hasta las estrellas.*

Ov. Met. 184-86.

Iuv. XV 142-149.

*Esto es lo que nos distingue
de la grey de los mudos, y por eso sólo nosotros poseemos
la augusta razón y, capaces de pensamientos divinos
y aptos para ejercer y concebir las artes,
hemos cobrado un juicio, enviado del alcázar celestial,
del que carecen los que miran, boca abajo, a tierra.*

13 *Al principio del mundo el Hacedor universal les dio
a ellos sólo la vida, a nosotros además el alma.*

14 Y de esto resulta aquello, que veamos que no sólo hombres maduros y
ya vigorosos por la edad, sino jóvenes, adolescentes, y niños, por no decir
auténticos críos que aún gatean, son arrebatados y casi arrastrados, presos de
un afán por conocer, y que descubramos diariamente que acuden volando con
gran concurso y forman corros lo más estrecho posible ante cualquier ocasión
u oportunidad de contemplar un caso novedoso, o asombroso, o extraño, o
15 incluso cercano y frecuente. Pero, sin duda, cuando a partir de la propia abundancia y
muchedumbre casi infinita de todas las cosas se nos presenta no sólo una
mezcolanza y materia totalmente heterogénea y variopinta de cosas por
conocer, sino también la forma, razón y medida, está claro que importa mu-
chísimo saber previamente y escoger qué conviene desear primero y prefe-
rentemente, por qué camino empezar, de qué tropas, de qué bandos, de qué
16 estrategias y de qué generales servirse. Pues puede suceder —cosa que ya su-
cedió con grandísimo menoscabo para nuestra especie— que, mientras algu-
no persigue con curiosidad aprender y conocer cosas ajenas y extrañas, se
aleje muchísimo y se aparte lejísimos de aquellas cosas que debió antes que
17 nada haber conocido y explorado, y que de este modo, en su afán por con-
templar con rostro sereno e inmutable las cosas celestiales que están bien le-
jos, al no ver para nada las cosas que se extienden ante sus pies, se precipite
de cabeza en una zanja o en un pozo. Así pues, embaucado por la esperanza
de un saber anhelado y buscado con afán excesivo, y renunciando al prove-
cho, esforzándose en su propia perdición eterna, amén de desperdiciar sobre
todo entusiasmo, esfuerzo y tiempo, pensarías que se apresta a enloquecer
más que a saber. Por lo cual, al hombre que se consagró a su deber y cometi-
do, esto es, a la tarea de aprender y saber, la propia disposición y naturaleza
de las cosas le indica que es conveniente que su primera preocupación sea
18 considerar y escoger qué le ha sido asignado para conocer preferiblemente
antes que nada; pues la condición de quienes buscan las fuentes y manantia-
les de todas las ciencias puede ser feliz, pero la de quienes rastrean los ria-
chuelos es penosa y desdichada.

19 Que ninguna fuente de disciplina o ciencia hay mejor o más provechosa
o más factible o incluso más digna del ingenio y del alma humana, ansiosa de
saberes, que el conocimiento y contemplación de uno mismo, quienesquiera
que apreciaron las cosas como es debido y las sopesaron en todos sus deta-
lles, fueron, en fin, de esta opinión, juzgando totalmente inoportuno e inapropi-
ado perseguir con sumo empeño cosas ajenas, distantes de uno mismo, y tal
vez vedadas a la capacidad e ingenio de la mente humana, y, en cambio, des-
cuidar y despreocuparse totalmente de uno mismo como de un desconocido,
20 y de este modo, cosas que no les había sido concedido regirlas y gobernarlas,

quererlas, con todo, conocer –las cuales, aunque llegaran a ser conocidas, no por ello podrían ser modificadas, enmendadas o trastocadas por el ingenio, autoridad o capricho de quien las conoce–, y en cambio, lo que les estaba encomendado manejar, administrar y gobernar a antojo, ignorar forzosamente de qué modo podría hacerse. Los más sabios de entre los hombres creyeron que tal clase de sabiduría era perversa y trastornada, una locura evidente y un frenesí manifiesto, y estimaron que aquel otro parecer no sólo era humano, sino claramente divino y enviado del cielo.

21

*Del cielo bajó el "Conócete a ti mismo"
que hay que grabar en la memoria y meditar en el corazón,
no importa qué quieras ser.*

Iuv. XI 27-29.

En efecto, el estudio y contemplación de las cosas tiene como fin el conocimiento de uno mismo, como fuente primera y próxima y además natural para el que conoce, y manantial innato de todas las demás cosas que están dentro y fuera del hombre. Y tal como todo movimiento y actividad animal empieza a partir del propio animal, que se mueve por impulso de la naturaleza, así también la actividad y ejercicio bien regulado del alma y del ingenio han de aplicarse al conocimiento de la propia naturaleza y virtud, y tal ha de ser el objetivo de la mente, a la cual la naturaleza le ha otorgado la soberanía de todo el espíritu.

22

23

*Aprended, desdichados, y conoced el por qué de las cosas:
¿qué somos, para qué clase de vida nacemos, qué posición se nos
ha asignado, por dónde y en qué dirección es más suave dar la vuelta a la meta,
cuál es el límite de la riqueza, qué deseos son lícitos, qué utilidad tiene
una moneda recién acuñada, cuánta prodigalidad es justa para con la patria
y los parientes queridos, qué clase de persona ha dispuesto la divinidad que seas
y en qué lugar en el mundo de los hombres has sido situado?*

Pers. III 66-72.

Y, en verdad, aquel estoico, severo censor de la vida de los hombres, explicó con estos pocos versos la suma de toda la sabiduría humana, y la expuso y desarrolló dividiéndola por especies. Nosotros, imitando el proceder de éste, con la ayuda de Dios, disertaremos acerca de aquellas cuestiones que asumimos que debíamos tratar. Así pues, puesto que el consenso, entusiasmo y vehemencia general de todos establece que en las acciones de los hombres nada hay anterior y más antiguo que el conocimiento; y puesto que la autoridad de los sabios juzgó y estimó que nada hay más digno de conocerse y saberse que la doctrina y método de la naturaleza y condición de cada uno de los hombres, resta, pues, investigar y examinar lo siguiente: cómo hay que organizar la gestión y el método del aprendizaje y del conocimiento, a qué maestro, a qué autores deben ser confiados, de suerte que se logre con provecho y ganancia lo que hacemos. Pues que los hombres no nacen sabios ni eruditos, antes bien mudos, es del todo evidente; y que durante largos años crecen y se desarrollan en medio de una gran ignorancia de cosas, y que, a menos que hallen un profesor y maestro idóneo, o que crezcan con una capa-

Doctrina y método de las cosas a tratar en esta obra.

24

25

cidad y destreza de carácter e ingenio singular y superior al resto, o que destaquen por algún don o regalo divino (y los ejemplos de esta clase fueron siempre rarísimos), lo normal es que sus vidas difieran poco de la de las bestias, o que, envueltos por las neblinas y tinieblas de las opiniones comunes, anden extraviados toda su vida, o que tan sólo conozcan aquellas cosas que les fueron imbuidas por la enseñanza paterna o la costumbre familiar, es cosa comprobada por continuas experiencias. Que también esto atañe a la imitación de las virtudes y de los vicios y al sentimiento que acompaña al conocimiento y a la inteligencia, lo advirtieron los profesores de sabiduría de los gentiles:

Iuv. XIV 31-37.

Más veloz y aceleradamente nos corrompen

*los ejemplos viciosos de nuestros familiares, pues se cuelean
en el alma gracias a la autoridad de los modelos. Quizá
los desdeñen uno o dos jóvenes cuyas entrañas
modeló el Titán con maña benéfica y mejor barro,
pero a los demás los guían las huellas indeseables de sus padres
y los arrastra la rodada de la antigua culpa que tanto tiempo les fue mostrada.*

- 26 En efecto, como el campo en barbecho, aunque por la naturaleza del terrón y del suelo sea magnífico y fértil, si quedara, no obstante, abandonado sin industria, labor, ni cultivo, engendraría por sí solo abundancia de zarzas y espinas y demás especies de arbustos y yerbajos; así, todos los tiernos espíritus que no son cultivados correctamente, o bien se envilecen, por su propia esterilidad, marchitándose, o bien, por la excesiva fertilidad de su naturaleza, se corrompen con exuberancia.

Hor. Od. IV 4,
29-36.

*Los fuertes surgen de los fuertes y buenos;
en los novillos, en los potros, está la fortaleza
de sus padres, y las feroces águilas
no engendran cobardes palomas.
Pero la educación desarrolla la natural disposición
y una adecuada formación robustece el espíritu;
siempre que las costumbres decaen,
los vicios corrompen a los de mejor índole.*

- 27 Así resulta que el breve curso y espacio de vida que la naturaleza fijó al hombre, a no ser que éste tenga el entusiasmo y el trabajo de un alumno y la prudencia y el celo del mejor maestro, forzosamente ha de llenarlo con largos y laboriosos extravíos y rematarlo con un final desventurado. Pues sería propio de una condición bienaventurada o de una raciocinio selecto hallar un maestro tal del conocimiento, la sabiduría y las ciencias más excelsas en la vida que pudiera, enseñando, mostrar el camino certero y, si bien no largo,
- 28 perfectamente conocido para él, y guiando transmitirlo. Pero, como en los tiempos antiguos vivieron muchísimos hombres, los cuales, profesando el estudio de la sabiduría y del humanismo, propagaron diversas escuelas y se vendieron falsamente como preceptores del saber y de la vida en diversas academias, sucedió finalmente que los discípulos se arrepentían siempre del pro-

greso hecho en el aprendizaje y en la vida; pues está claro que a ninguno de éstos, aquellos que le habían sido confiados para su educación, le habían sido llevados sólo para esto, para que enderezara sus espíritus y sus vidas. Y, sobre todo, ninguno de éstos ha calculado y examinado la realidad misma a partir de sus propios principios y nombres; sino que éste la ha tomado tal como venía transmitida desde los tiempos pretéritos y por tradición popular; y aquél la inventó por primera vez a partir del esfuerzo de su propio ingenio; el otro, en cambio, la presentó como suya, luego de apropiársela a partir de los razonamientos de otros, y para que la visión de las palabras, de su orden y de su tenor, no delatara el hurto, se esforzó por cambiar las palabras y variar la gramática, y se sumió en enigmas y estrechos de leyendas. Los que vinieron después degeneraron a partir del modelo y ejemplo de éstos, y disputando entre sí con recíprocas discusiones disintieron de tal suerte, que despacharon a sus discípulos propios y obligados a considerar infalibles sus doctrinas, aunque insensatos, como sensatos, pero a los ajenos, con tan gran diversidad de opiniones y pareceres, con tan excesiva prolijidad de materia a aprender, con tan variada e inextricable voráGINE de frases y palabras, o por la oscurísima brevedad de las mismas, los tornan sumamente inseguros, perplejos y confusos. Y exponer aquí toda estas cosas, con sus partes y ejemplos, sería materia más prolija que amable; y, en verdad, educar y enseñar se considera ya en nuestro tiempo propio de un esfuerzo inútil; como que el tema no sólo ha sido ya sometido a las mejores opiniones, sino demostrado a partir de las suspicacias de los discípulos, incluso de los propios, y aclarado a partir de sus confesiones, de entre cuyo número son las siguientes palabras:

*Y no me preguntéis bajo qué guía, bajo qué techo me cobijo;
yo no fui obligado a jurar bajo la fórmula de ningún maestro:
doquiera que la tempestad me arrastra, me dejo llevar, huésped de paso.
Ora soy un hombre de acción y me sumerjo en las aguas de la política,
inflexible guardián y escolta de la verdadera virtud;
ora recaigo a escondidas en la doctrina de Aristipo
y me esfuerzo en dominar yo las cosas y no las cosas a mí.*

Hor. Ep. I 1,
13-19.

*Yo, poco devoto y poco asiduo de los dioses
mientras seguía sin rumbo los preceptos
de un insensato saber, me veo ahora obligado
a volver velas y recorrer de nuevo el trayecto
atrás dejado.*

Hor. Od. I 34,
1-5.

Así pues, en tal densidad de tinieblas, combate vehemente y obstinado de vientos, nube tormentosa y perenne de frases y palabras, en tan gran y turbulenta tempestad de doctrinas y escuelas, era lógico que la mente sana de cualquier hombre sencillo y deseoso de saber sufra el naufragio de las virtudes naturales y afronte su propio peligro, sin que se vea socorrida y rescatada por el auxilio de algún piloto expertísimo, el cual, sentado en la popa de la sabiduría y asiendo el timón de la verdad, pudiera llevarle desde alta mar hasta el puerto tranquilo y seguro del conocimiento certero y probado. Y que tal y tan gran piloto sólo Dios podría serlo y que conviene desear y buscar a Él,

33

lo entendieron y enseñaron los hombres más sabios. Así leemos una larga, extensa y aguda disertación acerca de la naturaleza, virtud y excelencia del Hombre en la siguiente frase, bien acuñada por Platón:

Plat. *Tim.* 72 d.

Τὰ μὲν οὖν περὶ ψυχῆς, ὅσον θνητὸν ἔχει καὶ ὅσον θεῖον,
καὶ ὅπη καὶ μεθ' ὧν καὶ δι' ἃ χωρὶς ὀκισθη, τὸ μὲν ἀληθές
ὡς εἴρηται, θεοῦ συμφήσαντος τὸτ' ἂν οὕτως μόνως
διισχυρίζοιμεθα; τὸ γε μὴν εἰκὸς ἡμῖν εἰρήσθαι, καὶ νῦν.
καὶ ἔτι μᾶλλον ἀνασκοποῦσι διακινδυνευτέον τὸ φάναι καὶ
πεφάσθαι.¹

Pero tan pronto como de resultas de tales experiencias y esfuerzos finalmente los mejores hombres convinieron en tal mentalidad y en tal criterio, a saber, que de alguna manera había que suplicar y aplacar a Dios, poderosísimo maestro y preceptor de la naturaleza y de la vida humana, examinar y comprender de qué modo se podía efectuar y lograr esto, ése fue el quehacer, ésa la tarea. Puesto que en este apartado, tal como en otros que ya indicamos, los mortales podrían resultar engañados por la demencia, o la ambición, o la audacia, o la astucia, o la sagacidad de otros hombres y verse impelidos al crimen, si creyeran y aceptaran como provenientes de la mente y oráculo de Dios las cosas que por malicia o incluso interesada y deliberadamente habían sido inventadas y pergeñadas por aquellos cuyas obras eran publicadas. Y que con tales supercherías el mundo entero fue apartado de aquellas cosas que a partir de la naturaleza de la realidad eran diáfanas y verdaderas para el conocimiento del Dios verdadero, y admitió y veneró como dioses a aquellas cosas en las que no había ninguna razón o naturaleza de divinidad, la práctica rutinaria y las costumbres casi perpetuas de los tiempos antiguos lo demostraron. Mientras uno se afana en ensalzar y transmitir leyes por él redactadas bajo la autoridad de algún dios, diosa o ninfa, y lo defiende, en fin, ante los suyos, otro descubre día a día los poderes y los nombres de los nuevos dioses, y abusando de la credulidad de los ignorantes hombres, imbuje sus ánimos de una superstición que remeda religión. Esta situación engendró falsas opiniones acerca de Dios, y turbulentos extravíos vitales, y finalmente indujo a la impiedad, de la cual se recuerda que los poetas fueron los principales inspiradores.

Pind. *O. I.*
28a-35.

ἢ θαύματα πολλά, καὶ πόυ τι καὶ βροτῶν /
φάτις² ὅπερ τὸν ἀλαθῆ λόγον / δεδαίδαλμῆ-
νοι ψεῦδεσι ποικίλοις ἐξαπατῶντι μῦθοι.
Χάρης δ', ἄπερ ἅπαντα τεύχει τὰ μείλιχα
θνατοῖς, / ἐπιφέρουσα τιμῶν καὶ ἄπιστον

Los profetas vaticinan muchas cosas asombrosas; mas la mente crédula de los mortales gusta, con más ansia, de habladurías adornadas con un ramillete de mentiras, que de la verdad. Así obra el seductor encanto de los profetas, que procura para los

1. En lo que concierne al alma, cuánto tiene de mortal y cuánto de divino, de qué manera fue creada y en qué órganos habita y por qué causas lo hacen en partes separadas, sólo afirmaríamos que así como está expuesto es verdadero, si un dios lo aprobara. Sin embargo, tanto ahora como después de una consideración más detallada hemos de arriesgarnos a sostener que hemos expuesto al menos lo probable. Tengámoslo, por tanto, por afirmado.

2. En el texto griego montaniano se lee φρένα, que el propio Montano traduce al latín como "mens".

ἐμήσατο πιστόν / ἔμμεναι τὸ πολλὰκις· /
 ἀμέραι δ' ἐπίλοιποι / μάρτυρες σοφώτατοι· /
 ἔστι δ' ἀνδρὶ φάμεν εἰκοῦς ἀμφὶ δαι-
 μόνων καλὰ· μείων γὰρ αἴτια.³

*mortales las cosas más dulces, y embelle-
 ciéndolas con un hermoso atavío les añade e infunde crédito. Y aunque algún día los tiempos venideros transmitan la verdad, más sabiamente ballada, empero, es menor culpa, sin duda, recordar a los dioses con palabras hermosas.*

Y quién fue el principal responsable e instigador que congregó esta horda de dioses desconocidos y trajo confusión a la realidad y a la religión, con qué sagacidad y con qué astucia logró esto, será oportunamente desvelado en esta misma obra que acometemos. Pues ahora, en el prefacio, tocamos las cosas mismas, no perseguimos las causas, inicios y movimientos de las cosas, contentándonos sólo con indicar lo siguiente: que los hombres, engañados en su búsqueda y averiguación de la Verdad y el Bien por las opiniones y pareceres equívocos de los hombres y por las supersticiones acerca de dioses, propias de viejas, se apartaron del plan, errantes de acá para allá, y, alejados del camino verdadero, anchuroso y eterno, esto es, del conocimiento de Dios (el cual con la observación y contemplación de la naturaleza hubiera podido alcanzarse), rodeados en fin de espesas tinieblas, vivieron en la más absoluta ignorancia de las cosas y de las causas, hasta que la benevolencia del Dios verdadero y misericordioso, con modos y razones ciertas y admirables, los trajo de vuelta a la luz de la verdad. Pues Él mismo, que vigila y gobierna, Él solo, con suma sabiduría el orbe de todas las tierras y pueblos, compadeciéndose del género humano, que se hallaba entre grandes peligros en medio de un mar inmenso y profundo de errores y opiniones, se ofreció voluntariamente al pueblo de Israel, escogido para este asunto, como preceptor para llegar al conocimiento de Él mismo y como maestro de la vida humana entera, y quiso que la labor de este pueblo y la luz de su verdad y consejo se extendiera y propagara a las demás naciones y pueblos, aunque fueran extranjeros, salvajes y bárbaros. Así está escrito: *Poco es que seas mi siervo, en orden a levantar las tribus de Jacob, y de hacer volver los preservados de Israel. Te voy a poner por luz de las gentes para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra.* Pero sería provechoso mostrar y confirmar ahora con qué argumento tan serio, tan sólido y tan certero se podría lograr que los hombres no dudaran de que esta doctrina que dijimos insigne, muy poderosa y muy verdadera, provino de Dios. Pues tan sólida creencia en los dioses y en el culto a los dioses que eran considerados celestiales, confirmada en los escritos y poesías de los más sabios, aceptada en las religiones públicas y privadas, ampara-

38

Is 49, 6.

39

3. *¡En verdad que es mucho lo asombroso! E incluso puede acontecer que los rumores de los mortales, habladrías adornadas con abigarradas ficciones, transgrediendo el relato verdadero, nos engañen por completo. El Encanto, que apresta para los mortales todo lo que les es grato, como además les apresta honra, también consigue que se crea lo increíble las más de las veces; y los días restantes son sus testigos más cualificados. Decoroso es que el hombre sólo tenga palabras hermosas acerca de los dioses, pues así será menor su culpa.*

da por las leyes e instituciones civiles, transmitida por la autoridad —que debió de ser sagrada— de los antepasados, consolidada por el uso y la costumbre, fortalecida por la tradición y el ejemplo, y arraigada con los siglos, sólo un gran peso e influencia, sólo la fuerza poderosísima de la verdad de alguna manera comprobada, la pudo sacudir y arrancar de los corazones de los mortales, dado que todas las naciones, convencidas incluso por la utilidad misma, niegan que sin religión la cosa pública y la cosa privada puedan subsistir y perdurar, y consideran un sacrilegio que la religión públicamente consagrada sea enmendada, cambiada o perturbada por el arbitrio de alguien aún muy sabio, y lo prohíben con decretos y edictos, y lo temen y lo abominan como la causa de los mayores trastornos.

Eur. *Bacc.* 199-203.

Κα. οὐ καταφρονῶ ἄ γὰρ τῶν θεῶν θνητὸς γεγώς.
 Τε. οὐδεν σοφίζόμεσθα τοῖσι δαίμοσιν.
 πατριούς παραδοχάς, ἄς θ' ὀμήλικας χρόνον
 κεκτήμεθ', οὐδεῖς αὐτὰ καταβαλεῖ λόγος,
 οὐδ' εἰ δι' ἄκρων τὸ σοφὸν ἤρηται φρενῶν⁴.

A partir de todos estos tanto pareceres como razonamientos se hace patente que la doctrina y fe aceptada por los padres y maestros acerca de la piedad, el temor y el culto del numen divino, y acerca de la determinación y voluntad del mismo, sin la eficaz y poderosísima fuerza de la razón y sin una perspicacia, por así decirlo, extraordinaria no puede ser atacada, destruida o trastocada. Por lo cual, aunque nosotros actuamos y discutimos ahora con entendimiento humano, deberíamos de reclamar aquella razón con la que, tras ponerla a prueba, el pueblo de Israel comprendió sin vacilación que aquella doctrina que tuvo por sagrada y santa y que cultivó era desde el principio mismo divina. Ahora bien, todas las historias que existen acerca de aquel pueblo proclaman abiertamente que no era un pueblo precisamente dócil, ni rudo, ni bárbaro, ni muy crédulo, sino necesitado de grandes y poderosísimos argumentos para creer; sobre todo, cuando sabemos que dicho pueblo se propagó gracias a antepasados dotados de una gran piedad y sabiduría, como Abraham, Isaac y Jacob, alabanzas de los cuales se entonan incluso entre escritores extranjeros; y que luego, en aquel tiempo en que sucedió que se aplicó y vióse atraído al estudio de esta escuela, fue instruido por hombres no inexpertos, a saber, Aarón y los demás que eran considerados cabezas y próceres de las tribus. En adelante no careció de religión, al menos de aquella que le había inculcado la disciplina familiar recibida de los progenitores, sin duda entremezclada con parte de aquella que había sido contraída a partir de las costumbres egipcias casi por cierto contagio. Y es razonable estimar que no habrían abandonado o mudado, o expurgado y corregido estas cosas, a no ser con un impulso muy poderoso y eficazísimo. Por último, es de observar que

4. CADMO. —No menosprecio a los dioses yo, que soy por nacimiento mortal. TIRESIAS. —Tampoco nos hacemos sabios ante las divinidades, criticando las tradiciones de nuestros padres, que hemos heredado desde tiempo inmemorial. Ningún argumento las derribará por los suelos, por más que lo sabio resulte invención de los ingenios más elevados.

este mismo pueblo, con un nutrido tropel de notables, es bastante insolente, soberbio y ambicioso, nada ajeno a las disputas y facciones, levantisco con los superiores, altivo con los iguales y parejos; a tal pueblo ni la gravedad, elocuencia y probidad de un preceptor, ni la reiterada, excepcional y poderosísima fuerza de los prodigios y milagros, ni la equidad, verosimilitud e incluso dulzura de la doctrina misma lo atraerían para que tuviera fe o lo confirmarían para que la retuviera y conservara.

Estando así las cosas, place presentar y hacer comparecer como testigos a aquellos antiguos israelitas, sacándolos de sus propias obras, y preguntarles qué fuerza tan poderosa, qué autoridad y dignidad egregia más que ninguna les impulsó a recibir a aquel su primer legislador y primer escritor, en tiempos de ellos mismos, de la historia divina y humana como profeta e intérprete de los designios y palabras de Dios, y a escucharlo y venerarlo como preceptor y maestro de la vida. ¿Acaso no adornaron y amplificaron las cosas que, expuestas con frecuencia por él a ellos mismos, son recordadas como prodigios, portentos y milagros? ¿O algún signo manifestado excepcionalmente al hombre por la naturaleza o la divinidad para granjearse el favor y la autoridad ante el pueblo? ¿O una eximia elocuencia innata y una fuerza mucho mayor que los ejemplos de los sabios antiguos, la cual probaría la excepcional providencia, eficiencia y voluntad de Dios, superior a la incertidumbre del ingenio humano y al poder entero de la educación y la cultura? Con todo, parte de los escritores afirma que todas estas suertes de cosas pueden imitarse con la técnica y la industria humana, esto es, con los encantamientos e ilusiones de los magos, y la propia narración acerca de las hazañas de su Moisés lo recuerda, y los historiadores de los gentiles remiten la razón de la superioridad mosaica únicamente a tal destreza. Pues Pompeyo Trogo⁵ transmitió a la posteridad que los egipcios que rivalizaban con Moisés acerca de la magia fueron vencidos y sumergidos en el mar Rojo. Pero, si dispusiéramos ahora de tiempo, o este asunto lo requiriera como necesario, también los milagros diseminados en las obras de diversos escritores los extraeríamos de diversos lugares del mundo y de los nombres de hombres y dioses, milagros de los cuales, no obstante, algunos hombres no temen reírse, ni tampoco negarlos totalmente a las fuerzas de la naturaleza, y atribuirlos a un poder excepcional.

45

Justino.

*¿Te ríes de los ensueños, los terrores de la magia, los prodigios,
las brujas, los fantasmas nocturnos y los sortilegios tesalios?*

Hor. Ep. II 2,
208-209.

*Pues aprendí que los dioses viven sin preocupaciones,
y que, si la naturaleza obra algún portento, no lo mandan
los severos dioses desde su excelsa morada del cielo.*

Hor. Sat. I 5,
101b-103.

Y, en verdad, nadie que haya leído los escritos antiguos, negará que, gracias a artificios similares y a la maquinación y sagacidad de los ingenios, hom-

5. Pompeyo Trogo, galo contemporáneo de Augusto, redactó una historia universal en cuarenta y cuatro libros, titulada *Historiae Philippicae*, de la que sólo conservamos el epítome de Marco Juniano Justino (s. III d. C.).

bres principales acecharon, buscaron y se granjearon el favor popular. Así pues, aguardamos el prodigio de la autoridad divina dada a su profeta, observado como cierto y definido por éstos mismos que sabemos que fueron los primeros ministros para comunicar la doctrina a los restantes pueblos. Pues las cosas que pueden decirse acerca del espíritu e impulso profético y acerca de la experiencia y oficio de los profetas, las diferiremos para el lugar apropiado e idóneo. Y ahora nos contentaremos con la autoridad de los designios y oráculos divinos demandados y revelados por Moisés.

SUPREMA Y BREVE RESPUESTA ACERCA DE LA AUTORIDAD DEL ANTIGUO TESTAMENTO

1

Todas las páginas de las Sagradas Escrituras las hemos recibido divididas en dos partes: a la una la hemos oído llamar o ensalzar como Antiguo Testamento o pacto o alianza; a la otra, en cambio, como Nuevo Testamento. El comienzo del primero es la Ley presentada y transmitida por Dios al pueblo, por mediación de Moisés; el del segundo, en cambio, el Evangelio promulgado por Jesús Nazareno y redactado con la escritura de cuatro testigos de gran peso. Reservada la autoridad de éste para su debido tiempo, debemos indagar y buscar la razón de aquél más profundamente a partir de las respuestas de sus propias páginas. Recuerde, pues, el lector que nosotros, procediendo en este lugar al modo y manera académico, indagamos y buscamos la verdad, la cual, una vez descubierta y –lo que es igual– probada, podría conmovier a todo espíritu dotado de sensibilidad humana y deseoso de su propia felicidad, y atraerlo hacia sí.

2

Pero desde el principio debe quedar sentado lo siguiente: que a Moisés, como promulgador y redactor de leyes, se le otorgó antaño una reputación pública y considerable como adivino, profeta e intérprete de los oráculos divinos, pero no por el espectáculo frecuente de sus milagros y prodigios. Puesto que los ejemplos de todos los milagros no prueban la acción divina, de forma que provoquen una fe absoluta en el ánimo del hombre que los contempla, e inspiren temor por la presencia de la divinidad; dado que se cree que estas mismas cosas o similares o parejas, o mayores o menores, o incluso contrarias y superiores a éstas pueden producirse con las artes de los hechiceros y con hierbas y ensalmos mágicos.

3

Tib. I 2, 43-46.

*Yo la he visto bajar las estrellas del cielo;
con su conjuro detuvo el curso de un rápido río.*

Tib. I 2, 49-50.

*Ella con su ensalmo abre la tierra y hace salir a los muertos
de sus sepulcros y a los huesos bajar de la bumeante pira.*

Tib. I 2, 47-48.

*Cuando quiere, disipa los nubarrones de un encapotado cielo;
cuando quiere, convoca las nieves en la estación estival.*

Tib. I 2, 51-52.

*Ora azuza con su mágico chillido las jaurías infernales,
ora les ordena retroceder, asperjadas de leche.
La única, se dice, que posee las maléficas hierbas de Medea,
la única capaz de amansar los canes salvajes de Hécate.*

4

Además, los milagros obrados por Moisés, aunque grandísimos, aunque

singularísimos y más admirables que todo ejemplo antes visto, aunque, en fin, prueben el poder, el dedo y el espíritu de Dios con su sola contemplación y comparación con los demás, no obstante, se considera que éstos más le acrearon al propio pueblo un beneficio grande y sobre todo –por mor del lugar y tiempo– necesario, que le granjearon autoridad al profeta por confirmar su ley y doctrina. Pues la necesidad impuesta a su pueblo por el enemigo, que les perseguía y acosaba, de luchar y perecer entre las aguas, él enseñó cómo superarla, abriendo el mar y desecando un vado. También el hambre, que ya les acuciaba peligrosamente a causa de la carestía de dinero y comida, la ahuyentó, obteniendo del cielo una especie nueva de alimento y manjar. Incluso la sed, cuando apretaba durante la árida y larguísima travesía, la calmó haciendo brotar de una peña una fuente y un río perpetuo. Al pueblo, cuando ya andaba inquieto y en peligro de rebelión, lo apaciguó, tragándose de repente un hiato de tierra a la facción de Coré. E idéntica causa y razón similar sería facilísimo considerar, examinar y observar en los restantes prodigios o portentos, maravillas y señales. Y aunque parezca que tales cosas pudieron engrandecer y hacer admirable a aquel hombre, sin embargo, no podrían, hasta tal punto, persuadir al pueblo y confirmarlo como preceptor y maestro de religión, de piedad y de la vida toda, y en fin, como profeta.

5

Pero en verdad el peso, dignidad y merecimiento de la reputación y estima atribuida y otorgada a aquel hombre se asientan, sobre todo, en una sola y certísima razón, esto es, en la alocución de la divinidad en persona, la cual, hecha una vez en presencia de todo el pueblo y nación, fue luego repetida y confirmada en conversaciones reiteradas e íntimas, interpellando al hombre por su nombre casi diariamente, y aconsejándole acerca de transmitir preceptos y enseñanzas, de componer, producir y crear una doctrina tanto de las cosas civiles como sagradas, de redactar, en fin, toda la historia, cosa que incluso él mismo algunas veces no sólo elogió como buena para todo su pueblo en asambleas públicas, sino que la afirmó sin que nadie protestara.

Deut 5, 1-6.

Escucha, Israel, los ritos y autos que yo pronuncio hoy a vuestros oídos. Aprendedlos y cumplidlos en la práctica. Dios nuestro Señor ha concluido con nosotros una alianza en el Horeb. No con nuestros padres zanjó el pacto, sino con nosotros, los que al presente somos y vivimos. Cara a cara nos habló en la montaña, de en medio del fuego. Yo fui el intermediario y mediador entre el Señor y vosotros en aquel entonces, para comunicaros sus palabras; pues tuvisteis miedo del fuego y no subisteis a la montaña; y dijo: "Yo soy el Señor tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre, etc."

Y así, con esta única interpellación y admisión segura y libre al diálogo y familiaridad, Dios en persona manifestó que había sido dada una señal indubitante de su voluntad acerca de dignificar y engrandecer a Moisés. Así está escrito: *Pronto vendré ante ti en la neblina de una nube, para que el pueblo me oiga hablar contigo y te dé crédito por siempre.* Por este aviso de Dios comprendemos que el crédito que el pueblo daba con anterioridad a Moisés como legado no era tan firme y consistente como para que en adelante no pudiera atacarlo y menoscabarlo alguna tergiversación o interpretación malévola. Mas el crédito que aquella alocución directa habría de infundir, no sólo no podría

Ex 19, 9.

- Ex 19, 9. hacerlo tambalear ninguna alienación de los espíritus, sino tampoco el paso de los muchos años y estaciones (lo cual suele arruinar y aniquilar hasta los hechos más grandes de los mortales). *Para que te dé crédito* –dijo– *por siempre*. Hasta tal punto Dios quiso que todo aquel pueblo fuera no sólo juez del ministerio y embajada confiada a Moisés, sino también confidente y testigo fidelísimo y cómplice. Para el pueblo, como para el profeta mismo, las siguientes tres cosas resultaron ciertas, conocidas y manifiestas: que Dios existe, que Él puede tratar y hablar con mortales, y que como ministros de su voluntad escoge, honra y confirma a los idóneos; y que confirmó a éste como el elegido para la gestión del don presente. Deben, pues, considerarse como superfluos los restantes milagros y testimonios, cuando el suceso mismo haya sido reconocido y examinado a fondo por aquellos a quienes les esté encomendado examinar y juzgar. Hasta entonces, pues, luego de tantos prodigios y espectáculos de maravillas, pudo interpretarse como admirable la fuerza, el poder, el talento y la destreza de Moisés, quien desde niño se había instruido y ejercitado a conciencia en toda la sabiduría de los egipcios; y parte no exigua de las disciplinas de aquella nación se incluye entre las adivinaciones matemáticas, encantamientos e ilusiones. Pero él mismo, para hacerse respetar y admirar, por lo general obraba en público como profeta e intérprete e intermediario de la mente divina con signos tales que en otra parte a cualquier oyente le fuera fácil entender. Y sobre este mismo asunto y toda la razón él mismo, tan pronto como fue visitado por la divinidad, era instruido e inspirado; puesto que tras recibir la potestad y capacidad para producir milagros y portentos en Egipto, oyó además lo siguiente (lo cual atañía al anuncio de la hora de la libertad): Y *escucharán tu voz*. Pero, al percatarse él mismo de que no es tan firme un crédito tal que se apoya sólo en milagros y prodigios, *No van a creerme* –dice– *ni escucharán mi voz, sino que dirán: "No se te ha aparecido el Señor"*. Mas Dios aclaró esta sabia objeción de tal manera que todas las cosas que en Egipto se hicieran y ejecutaran resultaran eficaces e idóneas para el rescate del pueblo y la aniquilación de los enemigos. Mas lo que respecta a hacer manifiesta la autoridad perpetua del profeta habría que demostrarlo con otra razón más evidente y exenta de duda, esto es, con una interpelación directa y con oráculos manifiestos enviados desde el cielo. *Yo* –dijo– *estaré contigo; y esta será la señal de que yo te envío: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, daréis culto a Dios en este monte*. Adorad a Dios –dijo– de la forma y manera con que Dios se os dará a conocer y os ordenará adorarle. Y este tratado acerca de los milagros y portentos y acerca de la práctica de las restantes profecías, lo reservamos, íntegro, para su debido lugar, si es que Dios dilata mi vida; ahora conténtaos con saber esto solo, que Dios, pública y abiertamente, manifestó su verdad al pueblo presente y concurrido, y pronunció un discurso que le atribuye la providencia de los asuntos humanos a Él, y escogió, a su arbitrio, como intermediarios e intérpretes de su designio –a unos por unas cosas, a otros por otras– a los más ilustres, según el compromiso y medida del cargo, pero no dispares en el crédito y peso de sus palabras (pues la explicación de todos ellos acerca de la salvación de los hombres es una misma por voluntad divina), mas el papel principal de educador entre los antiguos fue concedido a Moisés. Así está escrito: *Escuchad mis palabras: si hay entre vosotros*
- 6
- 7
- Ex 3, 18.
- Ex 4, 1.
- Ex 3, 12.
- Num 12, 6-8.

un profeta del Señor, en visión me reveló a él, y hablo con él en sueños. No así con mi siervo Moisés: él es de toda confianza en mi casa; boca a boca hablo con él. Abiertamente, y no a través de enigmas y alegorías, contempla al Señor. Y así sabemos por tradición que aquél, como ministro principal y de muy ilustres palabras, debe ser antepuesto a todos los demás, incluso por razón y puesto de antigüedad, aunque muy inferior a Jesús Nazareno, *quien fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo.* Y por el propio Moisés, como en su lugar indicaremos, fue profetizado, prometido y antepuesto a él mismo. Por tanto, las cosas que hasta aquí han sido tratadas y discutidas por nosotros, todas tienden a que nos congratulemos por la suerte venturosa de nuestro siglo; puesto que para los ávidos de conocer la verdad existen los libros sagrados (de donde podrían sacar acopio y proveerse en abundancia), en parte escritos antaño por los profetas antiguos, dictados por el Espíritu Santo, en parte incluso por los apóstoles y evangelistas de Jesucristo bajo la inspiración y potestad de su divino Espíritu. Y, en verdad, la doctrina auténtica y verdadera de estos libros se apoya en fundamentos tales y tan profundamente enraizados desde el principio, de los cuales fueron espectadores y testigos aquellos primeros israelitas que huyeron de Egipto (lo cual contempla el pacto más antiguo). Pues Dios en persona se les apareció a ellos, o mejor algún ángel de entre los espíritus ministros de Dios, en el modo y apariencia con que entonces le estaba permitido aparecerse, de tal manera, no obstante, que a nadie le fuera posible negar o dudar. Luego, los nietos, convencidos — como convenía— por la autoridad santa de aquellos, simulando incluso durante algún tiempo la fe, la conservaron intacta. Así está escrito: *Israel sirvió al Señor todos los días de Josué y todos los días de los ancianos que siguieron viviendo después de Josué y que sabían todas las hazañas que el Señor había hecho en favor de Israel.* Pero, en verdad, muertos ya éstos, la generación inmediata, como hubiera degenerado, con acontecimientos manifiestos en ambos sentidos no sólo comprendió, sino que experimentó claramente la verdad de aquella doctrina ligada a la providencia de Dios, bien con la duración perpetua de los beneficios prometidos para aquellos que obedecieran y acataran, bien con los castigos que habrán de sufrir, con siniestra y penosa perdición, quienes descuiden y desprecien la doctrina. Así está escrito: *La palabra promulgada por ángeles obtuvo firmeza y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución.* Y de este modo, todos los siglos posteriores supieron que lo que una vez quedó asentado, hablando Dios por boca de emisarios, obtuvo consistencia y firmeza con ejemplos de premios y castigos perpetuos.

Y la verdad y firmeza del pacto más reciente zanjado por Dios con los hombres por mediación de Jesucristo la puso de manifiesto, en primer lugar, aquella claridad, y la confirmaron las notabilísimas alocuciones con portentos de milagros, tanto más patentes y más directas, tanto más notables por su dignidad, cuanto se ha de considerar que el propio Hijo de Dios fue enviado a la tierra por voluntad propia y declarado maestro mayor de la doctrina. Así está escrito: *Después de hablar Dios varias veces y de diversos modos antiguamente a nuestros mayores por medio de los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por medio del Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo. El Hijo que, siendo resplandor de su gloria e*

Lc. 24, 19.

8

Jos 24, 31.

9

Hebr 2, 2.

10

Hebr 1, 1-4.

- imagen perfecta de su ser, sostiene todas las cosas con su palabra poderosa y que, una vez realizada la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de Dios en las alturas y ha venido a ser tanto superior a los ángeles, cuanto mayor es el título que ha heredado.* Por tanto, testigos muy graves y santos han transmitido a la posteridad y por escrito que este Hijo habló al mundo abiertamente. *Quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra. Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos acerca de la palabra de la vida, –pues la vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio, y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó–, lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo.* Vemos que el propio Hijo de Dios hizo pública declaración de su presencia cierta y de su diálogo entablado por Él con los mortales, y que ésta fue confiada al testimonio de las escrituras por testigos, y la leemos hoy. *Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado (y no hubiera hecho los signos que ningún otro hizo), no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado.* Pues bien, estos mismos ministros testifican que quienes asumieron este nuevo pacto fueron colmados de favores divinos, pero, en cambio, quienes lo traicionaron fueron castigados con merecidos escarmientos. *Gracias sean dadas a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo y valiéndose de nosotros esparce en todo lugar la fragancia de su conocimiento. Porque nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo tanto entre los que se salvan, como entre los que se pierden: para éstos, olor de muerte que lleva a la muerte: para aquéllos, olor de vida que lleva a la vida.* Gracias a todo esto se manifiesta la grandísima dignidad y autoridad de los libros del Antiguo Testamento, y se vislumbra el esplendor incluso mucho más brillante de los santos Evangelios y de los restantes volúmenes del Nuevo Pacto. En éste no sólo se contempla la verdad de los milagros y de la alocución divina, sino que se establecen los ejemplos de los grandísimos favores de Dios reservados a los hombres piadosos, que creen y obedecen, y de los gravísimos tormentos anunciados, en cambio, para los menospreciadores e impíos. Así está escrito: *¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos la salvación? Una salvación que, inaugurada por la predicación del Señor, nos ha sido garantizada por los que la oyeron, a la vez que Dios apoyaba su testimonio con señales, prodigios y toda clase de milagros, y con dones del Espíritu Santo distribuidos según su voluntad.* Esta voluntad, en fin, este mismo testigo la manifestaba afirmando en otro lugar lo siguiente: *No me avergüenzo del evangelio, que es la fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, tanto si es judío como si no lo es. Porque la fuerza salvadora de Dios se manifiesta en el que cree a través de una fe siempre creciente, como dice la Escritura: quien alcance la salvación por la fe, ese vivirá. En efecto, la ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra la impiedad y la injusticia de aquellos hombres que obstaculizan injustamente la verdad.* Y, puesto que en nosotros es innato desde la propia infancia cierto particular afán por conocer cuál es la naturaleza del hombre, de dónde viene, adónde va, qué muerte le aguarda o le puede aguardar, al final de su vida; y, no obstante, en muchísimos libros y volúmenes de muchos
- Lc 1, 2.
1 Jn 1-3.
- Jn 15, 22.
11
- 2 Cor 2, 14-16.
- Hebr 2, 3-4.
- Rom 1, 16-18.

escritores no es fácil alcanzar un conocimiento certero y seguro de este asunto de tamaña importancia, hasta que los admitidos al favor divino aportaron luz —cuanta es capaz de concebir y aportar la debilidad de nuestro intelecto— al santuario de Dios, esto es, a la doctrina arcana y admirable de las Sagradas Escrituras, bajo cuya guía fue permitido deambular y progresar entre estas tinieblas de la ignorancia humana y reconocer los rasgos de la verdad; el afán por el interés general y público me persuadió a que, donde fuera posible ser útil a las mentes de los hombres sencillos, a los cuales posea idéntico desvelo que a mí, las cosas que hayan sido comprendidas y examinadas por mí tras larga y continuada lectura, me agradara compartirlas sin pensamiento o esperanza alguna de gloria, agradecimiento o beneficio terrenal; a que si el esfuerzo y celo puesto por mí se considerase digno de alabanza, todo esto se encauzara a la gloria sempiterna del Dios único (del cual todos participamos). Si algo fuera considerado inapropiado o inadecuado para los oídos, bien refinados de los hombres de mirada exquisita, bien agudos de los hombres narigones, eso no ha de ser cambiado, con el vicio del que promete nada magnífico, por nosotros, que somos los primeros, entre los latinos y los griegos de los que tenemos memoria, que hemos emprendido tal trama, a decir verdad no con hilos sutilísimos, pero sí con aquellos torcidos que bastaban para urdirla, la cual permitimos a otros que asuman en adelante idéntico o similar argumento que la vuelvan a urdir, o bien, si son mejores en técnica y estilo, que la dejen obsoleta, cosa que nosotros mismos es lo que más deseamos. Y de hecho, esto es lo que más anhelamos, que aquello que conduce a conocer y alcanzar la dicha del género humano, se trate y se discorra de la forma más apropiada y cómoda posible. Pero, en el trabajo de tejer esto, la siguiente ley será fija: que las cosas que queramos demostrar no serán sopesadas con la vulgar báscula, sino con la balanza del orfebre, en la cual sólo hay establecidos tres pesos, y éstos están registrados con los letreros de Autoridad, Razón y Sentencia. Y llamamos Autoridad a los testimonios de las epifanías divinas y de los libros sagrados, aducidos según el órgano del sentido al que se dirigen; hacia ésta es menester tener no sólo fe, sino también respeto y veneración. Y llamamos Razón a la reflexión del espíritu y de la mente, la cual, tras indagar con equidad y decoro las cosas y las causas, los movimientos y fines de las cosas, a partir de una correcta contemplación de la naturaleza, sirve para discernir lo verdadero y lo falso, lo honesto y lo deshonesto. Su poder, si se ha instruido correctamente, es, según las Sagradas Escrituras, manifiestamente poderosísimo a la hora de enseñar. Y además de esto, todo lo que parezca probable o improbable a cualquier clase o condición de hombres, lo llamamos Sentencia, la cual, dependiendo unas veces de la gravedad de la persona, otras de su pericia y práctica en la materia en cuestión, tiene más o menos importancia. Y, entabladas discusiones acerca de ésta, como es debido, los hombres sabios y los preceptores de las artes humanas la consideran en último lugar. Así pues, todo lo que exponamos en nuestra obra, queremos que sea sopesado con estas tres balanzas (cosa que interesa para conseguir crédito), y que de ningún modo se me crea a mí, ni se atribuya nada a una opinión o consideración nacida de mí.

12
Autoridad.

13
Razón.

14
Sentencia.

VOTO A DIOS, EFICASÍSIMO HACEDOR

- Quien osó confiar su nave a ignotas aguas,
resuelto a emprender, el primero, nuevas rutas,
presto y deseoso por visitar, en remotos lugares del mundo,
reinos apartados y nunca hollados,
- 5 éste, si no conoce las estrellas, sus números y ventajas,
y no cumple su oficio con ojos atentos,
sin saber bajo qué cielo y en qué mar, navega sin rumbo,
y teme los bajíos, los escollos y los funestos estragos.
Muchas veces es zarandeado por las furibundas olas,
- 10 otras muchas es impelido por vientos contrarios,
y, temeroso y amedrentado, suspira por la tierra amiga
de su patria, que atrás dejó, y lamenta haberla abandonado.
Ya se arrepiente de haber armado algunos remos y dado velas
a los vientos, henchidas, y se avergüenza de su propósito.
- 15 Ni se hace promesas de puerto, ni cuida de que el ancla
esté hondamente asida y fija en aguas seguras.
Así debo yo recelar el temor de un peligro múltiple,
mientras me dispongo a componer una obra jamás contada por otra boca.
Pero si tú, Dios, arrojas antes tu luz, benévolo,
- 20 sobre quien te ruega suplicante, nada temo.
Pues tú, precediendo con tu lámpara luminosa, enseñas
a tus pueblos a recorrer la senda segura en la noche.
Y tú, en pleno estío, sueles desplegar una nube
y haces que los días transcurran tranquilos.
- 25 Sé bondadoso y con ese mismo numen favorece la empresa
de un creyente, y asiente, propicio, para alabanza tuya.

A LA SANTÍSIMA IGLESIA ROMANA Y A SU PONTÍFICE MÁXIMO
Y A TODOS LOS PRELADOS Y MINISTROS

BENITO ARIAS MONTANO.

A ti, madre santísima, dedico el alma de mi magna obra, tantas veces por mí prometida, esto es, el argumento supremo de mis escritos; pues a ti consagré todos mis propósitos, mis ocios y mis negocios, y hasta mi propia persona, y cuanto en adelante, durante el tiempo que me reste de vida, me acontezca hacer en este género de cosas, prometo que te será consagrado, con tan sólo esta única voluntad y deseo: que todo lo que haga con seriedad en cualquier porción y parte de mi vida, todo esto redunde en alabanza de Jesucristo, tu esposo, y en provecho de tus hijos.

En Sevilla, a 14 de Junio, de 1593.

SUPREMA Y PERPETUA DECLARACIÓN PÚBLICA DE BENITO ARIAS MONTANO
ACERCA DE SUS ESCRITOS

Ves los miembros dispersos del hombre, los cuales, unidos en un solo cuerpo, debes tú referirlos a su cabeza⁶.

Todas las cosas que hemos escrito son una sola; recuerda que te dijimos esto, tú que deseas tener nuestros escritos.

- 5 Ya los elogios, ya los censuras, en vano te atormentarás, si no llegaras a saber que Cristo es uno solo.

6. Simil del cuerpo, tomado de San Pablo (1 Cor 12, 12-30).

BENITO ARIAS MONTANO
La Generación y Regeneración del Hombre
LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I.
DE LA VERDAD DE DIOS

El fundamento principal de toda sabiduría que pueda corresponderle a los hombres se basa en la verdad de Dios. Y si alguien desdeñara esto, todo lo que intentara aprender y conocer, aunque lo intentara con gran ingenio y muchísima aplicación, forzosamente malgastaría su tiempo y su esfuerzo. Así está escrito: *Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores*. Pues, *El que se acerca a Dios debe ante todo creer que existe*. En efecto, lo que no es no puede ofrecer noticia verdadera de sí. Pero que Dios existe, incluso los antiguos francamente lo sabían: los que creían, lo comprendieron con el seguro disfrute de beneficios; en cambio, los que no creían, lo experimentaron. Así está escrito: *¡Gracias sean dadas a Dios, que por nuestro medio difunde el olor de su conocimiento!* El conocimiento de Dios se traba preferiblemente por dos vías, la una la de la pesquisa, la otra la del oráculo o manifestación. Llamamos pesquisa a la actividad del espíritu, atento a descubrir, a partir de la observación y examen de las cosas que se contemplan en el cielo y en el mundo, alguna otra naturaleza suprema. Y, en verdad, Dios mismo quiso que esta lección de conocerle a Él estuviera siempre abierta y clara para los todos hombres que no hacen mal uso del intelecto y del espíritu. Así está escrito: *¡Oh Señor, Señor nuestro, qué glorioso tu nombre por toda la tierra! Por boca de los niños, los que aún maman, alcanzaste gloria a causa de tus enemigos, para destruir al enemigo y vengador*. Y de nuevo en otro lugar: *Amigos, ¿por qué hacéis esto? Nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros, que os predicamos que abandonéis estas cosas vanas y os volváis al Dios vivo que hizo el cielo, la tierra, el mar y cuanto en ellos hay, y que en las generaciones pasadas permitió que todas las naciones siguieran sus propios caminos; si bien no dejó de dar testimonio de sí mismo, derramando bienes desde el cielo, enviándoos lluvias y estaciones fructíferas, llenando nuestros corazones de sustento y alegría*. Este es el tipo de ejercicio para indagar la ver-

Fundamento de la sabiduría.

Ps 127, 1.
Hebr 11, 6.

2 Cor 2, 14.

Pesquisa de Dios.
Manifestación de Dios.

Ps 8, 2-3.

Act 14, 14-16.

dad de Dios al que deben aplicarse los espíritus de los hombres verdaderamente estudiosos; así lo aconsejaba aquel que elogiaba a su amigo: [2]

Hor. *Ep.* I 12,
12-19.

Nos asombramos de que el ganado se coma los campos y cultivos de Demócrito, en tanto su espíritu, libre del cuerpo, viaja veloz, mientras tú, en medio de tan gran sarna contagiosa de lucro, no alimentas pensamientos mezquinos y aún te interesas por cosas elevadas: ¿qué mantiene al mar a raya? ¿qué regula el curso del año? ¿el peregrinar de las estrellas es libre o prefijado? ¿qué oscurece el disco de la luna? ¿qué lo hace resplandecer? ¿cuál es el significado y alcance de esta armonía discordante del universo?

¿Qué querría y podría probar a los hombres esta concordia discordante y armoniosa, siempre semejante a sí misma, de cosas y tiempos, o discordia concordante? Sin duda, la naturaleza y poder de Aquél bajo cuya voluntad se encuentran y se gobiernan todas las cosas, y cuyo mandato obedecen las estrellas en su curso. Pero, como de resultas del ambicioso empeño del ingenio humano fueran instauradas diversas disciplinas para hallar la Verdad, sucedió que se apartaron muchísimo del propio propósito primero y principal de conocer la Verdad; lo cual también lo significaba aquel mismo escritor en el verso subsiguiente a los antedichos:

Hor. *Ep.* I 12, 20.

¿Quién es el que delira, Empédocles o el perspicaz Estertinio?

Rom 1, 18-23.

Así está escrito: *La cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda la impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad de Dios en la injusticia; pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables; porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en vanos razonamientos y su insensato corazón se entenebreció: jactándose de sabios se volvieron estúpidos, y trocaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles.* Tal es aquella vía que llamamos contemplación o pesquisa. La otra vía, a la que dimos el nombre de manifestación, debe ser instruida a partir de un oráculo del propio Dios. Pues si alguien, a partir de las huellas impresas en el suelo de un hombre, un león o un animal cualquiera, atento a perseguir y encontrar al animal mismo, percibe su voz clara y sonora, conoce de una forma realmente mejor, más cierta, más rotunda y mucho más rápida, no sólo que tal animal existe de veras, sino que no se encuentra lejos de él. Más aún, aquello lo buscaba mediante la sospecha y la conjetura, esto lo tiene de forma manifiesta y realmente próxima a la señal hallada. Así, en efecto, el amante divino pedía que se le concediera tal facultad para descubrir a la prometida amada por él: *Muéstrame tu semblante, déjame oír tu voz; porque tu voz es dulce y gracioso tu semblante.* También la prometida se alegraba de que, con idéntica señal, el prometido se le aproximaba y estaba cada vez más cerca: *Yo dormía, pero mi corazón velaba. ¡La voz de mi amado que me llama! ¡Ábre-*

Cant 2, 14.

Cant 5, 2.

me, hermana mía, amada mía, paloma mía!". Me es fácil demostrar, a partir de muchos pasajes de las Sagradas Escrituras, que la voz de Dios fue oída, no sólo por un hombre aislado, sino incluso por un nutrido gentío en un teatro concurrido. Mas bastaría y sobraría casi con señalar con el dedo la fuente misma. [3] *Y he aquí que empezaron a oírse truenos, a relampaguear rayos y densísimas nubes cubrían el monte, y resonaba un poderoso toque de trompeta; y todo el pueblo que estaba en el campamento se echó a temblar. Entonces Moisés hizo salir al pueblo del campamento para ir al encuentro de Dios, y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque Dios nuestro Señor había descendido sobre él en forma de fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia. El sonar de la trompeta se hacía cada vez más fuerte; Moisés hablaba y Dios le respondía con el trueno. Dios bajó al monte Sinaí, a la cumbre del monte, y llamó a Moisés a la cima de la montaña y Moisés subió. Dijo Dios a Moisés: "Baja y conjura al pueblo que no traspase las lindes para ver al Señor, porque morirían muchos de ellos; aun los sacerdotes que se acercan al Señor deben santificarse para que el Señor no los biera". Respondió Moisés al Señor: "El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos lo has prohibido, diciendo: Señala un límite alrededor del monte y decláralo sagrado". El Señor le dijo: "Anda, baja, y luego subes tú y Aarón contigo; pero los sacerdotes y el pueblo no traspasarán las lindes para subir hacia el Señor, no sea que los mate". Bajó, pues, Moisés adonde estaba el pueblo y les contó todo. Y un poco más abajo: Todo el pueblo percibía los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte humeante, y temblando de miedo se mantenía a distancia. Dijeron a Moisés: "Habla tú con nosotros, que podremos entenderte, pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos". Respondió Moisés al pueblo: "No temáis, pues Dios ha venido para ponerlos a prueba, para que su temor esté ante vuestros ojos, y no pequéis". Y el pueblo se mantuvo a distancia, mientras Moisés se acercaba a la densa nube donde estaba Dios. Dijo luego el Señor a Moisés: "Así dirás a los hijos de Israel: vosotros mismos habéis visto que os he hablado desde el cielo".* Con tal alocución muestra entre otras muchas cosas, en especial, su verdad. *Ego sum*, dijo. Ambas vías de indagación de la verdad divina las indicaba sabiamente en un himno el Salterio, si bien señalando la segunda como más cómoda y rápida. *Él envía a la tierra su palabra, su palabra corre a toda prisa; distribuye la nieve como lana, esparce la escarcha cual ceniza. Arroja su hielo como migas de pan, a su frío ¿quién puede resistirse? Envía su palabra y hace derretirse, sopla su viento y corren las aguas. Él revela a Jacob su palabra, sus preceptos y sus juicios a Israel: no hizo tal con ninguna nación, ni una sola sus juicios conoció.* Pero, dado que el uso antiguo de la lengua latina no nos proporciona un vocablo apropiado, con el cual pueda ser nombrada y llamada la Naturaleza infinita de Dios (pues *ens* es un vocablo inaudito para los oídos romanos, deducido a imitación del ὄν griego), ningún otro sería empleado más adecuadamente por nosotros para significar aquella majestad que el de *verum* o *veritas*. Es más, incluso los filósofos antiguos quisieron significar con la sola palabra de *verum* o *veritas* toda esta tesis (que los Dialécticos llaman objeto o sujeto) tanto de la naturaleza como de la contemplación posterior de la naturaleza. [4] Así, el poeta elogia a Pitágoras, quien afirmaba que antes había sido Euforbo,

Ex 19, 16-25.

Ex 20, 18-22.

Ps 147, 15-20

*verum, verita*Hor. Od. I 28
14-15.

como autoridad no desdeñable, esto es, como doctor, acerca de la Naturaleza y de la Verdad. Y él mismo se confesaba entregado a los estudios de filosofía natural, suprema e incluso moral con las siguientes dos palabras: *Qué es la verdad y el bien, eso estudio, pregunto y ocupa toda mi existencia*. Y, puesto que todo lo que hay dentro y fuera del mundo puede ser llamado Verdad, conviene que lo primero y más importante de todas las cosas sea la Verdad, porque es verdadera por y en sí misma, y no conoce nada de su verdad ni tiene autor alguno. A esto, sea lo que sea, el lenguaje humano lo llama naturaleza, causa primera o primer motor. Hablando por boca de los profetas, Él quiso que se le llamara Verdadero y Verdad. *El Señor es el Dios verdadero*. En la lengua nativa de aquel profeta se dice *EMETH* lo que para los latinos es *Verum* y *Veritas*. Sólo se le llama Verdad a aquel, con el que ninguna otra cosa verdadera podría ser imaginada o comparada en razón, virtud y constancia de la verdad. Así está escrito: *Para que sepas que el Señor es el verdadero Dios y que no hay otro fuera de Él*. Y con la expresión de la lengua sagrada *AIM GHOD MILEBADO*, "No más allá de Él solo", se indica lo siguiente, a saber: que este Dios, o este Verdadero, tiene por sí mismo Verdad única y singularmente, y que más allá de Él no se encuentra nada, que sea o pueda ser por sí mismo singularmente; de tal manera que Verdad única, singular y notabilísima es aquél, a quien, para significarlo, se le otorga el nombre latino de *Deus*. Con el mismo tropo o expresión se nos enseña también que nada en absoluto, excepto Dios, puede existir o ser pensado. Pues si aquella frase se expresara, de alguna manera, con palabras latinas, sonaría así: *nihil a singularitate illius* o *nihil absque illius* o *praeter illum nihil*. Y así comprendemos que Él existe con independencia de las demás cosas, pero todas las demás cosas de ningún modo existen con independencia de Él o incluso si Él es apartado con la imaginación; de tal suerte que, si alguien eliminara de entre las cosas aquella Verdad primera y última, no quedaría nada que pudiera ser verdadero entre las demás cosas. Pero si se imaginara que la verdad y naturaleza de las demás cosas no existen, resultaría, no obstante, que esta Verdad existe y subsiste plenamente en sí misma; puesto que el oráculo verdadero lo establece, *Nihil a singularitate illius*. Estas palabras se explican, pues, entre sí. Lo que puede ser llamado nada, dista de la singularidad de Él. La singularidad de Él está muy alejada y apartada de la nada. Por lo cual, lo que es o puede ser, y lo que no es llamado nada, lejos de la singularidad de Él tiene que ser lo que es, porque sólo la nada se aparta de Él, pero Él acepta que sea lejos de la nada. Él no comparte su singularidad con ninguna otra naturaleza, y la protege. Ciertamente es admirable la expresividad y concisión de aquella lengua que con tan solo dos palabras afirma que Dios existe y es el autor, administrador y protector de todas las cosas; y todo lo que sea ajeno a Él y a la voluntad singular de Él, proclama que es nada.

or. Ep. 1 1, 11.

Ier 10, 10.

Deut 4, 35.

Singular.

Singularidad
de Dios.

CAPÍTULO II. DE LA NATURALEZA DE DIOS

[5] Para quien medita la verdad de Dios, indagar asimismo su naturaleza sería la tarea inmediata, si es posible, no obstante, llamar naturaleza a algo, a lo cual no se le puede asignar origen ni principio, ni se le puede atribuir término o final, algo, en fin, que es singular y tiene su singularidad en sí mismo. Pero, habiéndole correspondido a los mortales un conocimiento sumamente escaso acerca de las cosas divinas, sucede asimismo que la carestía de palabras, con las que poder decir y nombrar tales cosas, sea asombrosa, y muy frecuentemente precisemos de intérpretes o de préstamos del uso común, y de este modo, las cosas que de algún modo conocemos, las exponamos y expliquemos también de cualquier modo, con el consentimiento, no obstante, y permiso de Dios mismo, quien, cada vez que se dispone a tratar con los hombres acerca de su poder y sus obras, se sirve de aquellas palabras que sabe que les son familiares y sacadas del lenguaje llano. Así pues, con propiedad emplearemos la palabra naturaleza para significar no sólo aquellas cosas que se descubren en el mundo, sino también aquellas que están más allá del mundo y son extraordinarias. A los mortales, pues, no les está negado en modo alguno conocer, con el celo y el esfuerzo de la indagación y contemplación humana, qué es Dios y cuál es su naturaleza. Para conocer la naturaleza de las cosas no tienen un camino o método de enseñanza más seguro y fácil que la definición; pero la naturaleza divina supera a ésta con una diferencia inmensa e infinita. Pues no puede ser contenido dentro de términos o límites extremos aquello que tiene en sí su propia verdad y singularidad no sometida a ninguna otra cosa e incomprehensible para cualquier ciencia. Por lo cual, está escrito: *Tal como los cielos se elevan de la tierra, así mis caminos se elevaron de vuestros caminos, y mis pensamientos de vuestros pensamientos*. Pero no puede ser ni apropiada ni adecuada ninguna definición de aquél, del cual no existe ningún género superior o más amplio, ningunas especies que subdividan un género y constituyan tipos. Mas impide totalmente que tales especies existan aquella singularidad divina que no tolera compañía ni comparación. Tampoco puede hacerse una descripción, cuyo método consta de género y accidentes, dado que la singularidad eterna no se somete a ningún género ni accidentes, ni en propiedad se puede hablar de substancia, ya que ésta no se somete a accidentes; a no ser que admitamos esta palabra con aquella etimología, con la que se dice que algo es y existe con su propia naturaleza y no necesita de ningún otro para existir. Pues de esta manera emplearemos el término de sustancia para significar la singularidad divina de tal modo que en adelante no la compararemos a ninguna otra sustancia. Y que esta naturaleza es única, lo muestra abiertamente la propia razón de la singularidad. Es más, no se llama singular a aquello, de cual se pueda encontrar, dentro el mismo género, un igual o un semejante o un segundo, sobre todo cuando la singularidad se llama así en virtud de una razón singular y no compartida con nadie. Aquí, pues, llamamos único a aquello que es de tal suerte uno solo, que ni con el pensamiento ni con la imaginación puede ser dividido ni expresado en

Naturaleza d
Dios.

2.

Carestía de p
labras.

3.

4.

Naturaleza.

5.

¿Qué es Dio?

Definición.

6.

Singularidad

7.

Is 55, 9.

Descripción.

Substancia.

8.

Substancia
vina.9. Naturalez
única.

10. números. Pues se dice que el animal es un género único, el cual, no obstante, puede ser dividido en muchas especies. [6] Así, el animal se dirá racional o
11. carente de razón. Uno también es llamado por los matemáticos, bien lo que es el principio del número, aunque él mismo no sea un número, bien lo que, juntado con otros de su mismo género o nombre, compone por su parte un número. Pero esta naturaleza que llamamos divina, es de tal manera una, de tal manera única, que ni es divisible en muchas naturalezas, ni principia el número de naturalezas divinas, ni permite que nada se una con Él para formar un número, ni se contiene en límites algunos para ser uno, y desunido de otros, tampoco admite medida alguna, y en modo alguno puede ser dividido en muchas porciones, ni de pensamiento ni de palabra. En fin, de tal suerte es única que lo mismo que se atribuye singularmente su singularidad, así se
- Deut 6, 4. atribuye de una manera única la razón y nombre de uno. Así está escrito: *Escucha Israel, nuestro Dios es el único Dios*. Uno como Dios mismo; Dios como único mismo, y no comparable a ninguna otra cosa única fuera de Él; puesto que las demás cosas a las que se les da la denominación de únicas pueden desaparecer, si se las divide, o unidas a otras, formar un número. Por tanto, cualquier cosa que de cualquier manera se atribuya a esta Naturaleza divina, debe ser atribuido de forma única y singular, de suerte que, ni arrancado de ella, ni dividido en partes, pueda ser o considerarse otra cosa que ella misma.
- Incorpóreo. Pues todo lo que es uno es singular, simple, y divino. Y ni es cuerpo, ni fuerza o forma de cuerpo alguno. No tiene nada que le ponga en relación o semejanza con un cuerpo. Pues, excepto que ningún cuerpo es de tal manera uno que no conste de materia y forma (¿qué hay más en contradicción que esto con la singularidad divina?), conlleva además algunas otras peculiaridades, definidas por los matemáticos y filósofos, que de ningún modo son coherentes con aquella singularidad única, a saber: estar sometido a dimensiones, estar definido con figuras o contornos de figuras, ocupar un espacio preciso o equivalente a uno mismo, no poder estar a un tiempo en dos o más lugares, resistirse a mezclarse o dejarse invadir por otro cuerpo, manteniendo intactas las dimensiones. Pues, suprimidos estos y otros accidentes, un cuerpo no puede existir ni ser conocido. Mas la naturaleza divina, puesto que es totalmente sustancia, y enteramente única y singular, y primigenia y autosuficiente, y aventaja, en fin, a todas las demás cosas que no sean ella, de todas las maneras, en forma singularísima y absolutísima, no se somete a ninguno de tales accidentes del cuerpo. Además, el cuerpo, aunque sea continuo, está expuesto a divisiones y particiones; es así que el cuerpo es divisible en dos o más porciones, las cuales también se dicen y son cuerpos. Pero si fuera cuerpo aquello que llamamos Dios, también podría ser dividido en dos o más cuerpos, los cuales, separados e independientes, podrían ser llamados Dioses; pero esto es totalmente rechazado por la incomparable singularidad, y es ajeno a aquel uno
13. únicamente singularísimo. Luego, sería menester establecer el vigor determinado y limitado de este cuerpo, del cual es principio y fin; pero aquella singularidad que existe en sí de forma enteramente única no permite que se le atribuya a Dios una facultad finita. Así está escrito: *Nuestro Dios está en los cielos, y todo cuanto quiso, lo hizo*. Para quien hizo todo lo que quiso, nada se subtrae a la forma, a los límites o a otras medidas del cuerpo; pero las
14. Ps 113B, 3.

cosas que se prueban con razonamientos y argumentos, [7] han sido reveladas por los propios oráculos de Dios mismo, mucho más poderosos que todo el raciocinio humano. *Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo y aquí abajo en la tierra, y no hay otro.* Está claro que Aquel, que en dos o más lugares, esto es, arriba en el cielo y abajo en la tierra, es entero, completo y singular, y no admite a otro junto a Él, no es un cuerpo; y que Aquél, cuya naturaleza llena, ocupa e invade totalmente cielos y tierra, y no obstante, no acrecienta, mengua o cambia de medida, dista enteramente de las condiciones y consideraciones de un cuerpo. Además, leemos escrito: *No visteis figura alguna el día en que el Señor os habló en el Horeb de en medio del fuego.* Y en el profeta: *“¿A quién me asemejasteis e igualasteis?”*, dice el Santo. Con tales palabras aquella santidad reivindica para sí, mercedamente, la inmunidad de toda forma, cantidad, dimensiones y medidas. Y si estuviera de algún modo sujeta a éstas, no estaría libre de semejanza, igualdad y comparación. Y al menos se diría que tiene una inmensidad de cuerpo, si no igual, con todo semejante al género en cuanto a los accidentes de otros cuerpos. Y el que con frecuencia las Divinas Escrituras atribuyan a Dios miembros y partes del cuerpo animal, hay que interpretarlo propiamente como una manifestación ante los hombres de la eficiencia divina, y no como una descripción de su forma y figura. Pues los instrumentos de la eficacia animal son los miembros, quitados los cuales, podemos sin duda comprender su eficacia, pero no podemos esperar su eficiencia. En efecto, sabemos que los animales tienen la facultad de ver, oír y caminar, porque vemos los ojos, oídos y pies, concedidos por las naturalezas y apropiados para ello. Y comprobamos que tales partes son ejercitadas en tales usos, y afirmamos que quien carece de tales partes, también carece del uso. La naturaleza divina, transfiriendo esta semejanza de los animales a sí misma, y empleando palabras sacadas de la lengua humana, manifiesta a los hombres la eficacia y la eficiencia divina, y atribuyéndose a sí misma también sentimiento, provoca y estimula el sentimiento humano, y de este modo prueba que la preocupación por los asuntos humanos le es propia, en tanto que afirma que lo ve, oye y presiente todo no con indolencia, negligencia o ignorancia, antes bien, con tanto más de eficacia, cuanto excede el poder divino a toda fuerza animal. Así está escrito: *¿Hasta cuándo los impíos, Señor, hasta cuándo triunfantes los impíos? Cacarean, dicen insolencias, se pavonean todos los agentes del mal. A tu pueblo, oh Señor, aplastan, a tu heredad humillan. Matan al forastero y a la viuda, asesinan a los huérfanos. Y dicen: “No lo ve el Señor, el Dios de Jacob no se da cuenta”. ¡Comprenden, estúpidos del pueblo!, insensatos, ¿cuándo vais a ser cuerdos? El que plantó la oreja, ¿no va a oír? El que formó los ojos, ¿no va a ver? El que corrige las naciones, ¿no ha de castigar? El que el saber al hombre enseña, el Señor, conoce los pensamientos del hombre, que no son más que un soplo.* Así pues, los oráculos sagrados que pretenden atribuir a Dios poder y eficiencia, le asignan, al hablar, cabeza, ojos, oídos, nariz, boca, pecho, brazos, manos, y pies. E incluso a veces los mismos oráculos guarnecen tales miembros y extremidades con armas e instrumentos, [8] con los cuales cumplen su oficio y deber mejor y más rápido. Y todas aquellas cosas y muchas semejantes a aquellas responden a esta razón: *Y vieron al Dios de Israel: bajo sus pies había como*

Deut 4, 39.

Deut 4, 15.
Is 40, 25.

Atribución de miembros a Dios.

Ps 93, 3-11.

Ex 24, 10.

un pavimento de piedra de zafiro, y como un cielo cuando está sereno. Y no arrojó su mano sobre los restantes, quienes se habían apartado lejos de los hijos de Israel. Aquel poderío y fuerza lo llamaron supremo hasta los magos de Egipto, quienes confesaron: *¡El dedo de Dios está aquí!* Leemos que le fueron dadas a Moisés *las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra, escritas por el dedo de Dios.* Pues los hombres, que buscan los principios del conocimiento de las cosas en los sentidos, comprenden las acciones y oficios de los miembros más rápido y velozmente a raíz de los nombres mismos que por el vigor innato a los miembros; es más, los miembros están al alcance de los sentidos; el vigor, en cambio, se comprende luego de verlos actuar. *Sí, yo alzo al cielo mi mano, y digo: tan cierto como que he de vivir eternamente, cuando afile el rayo de mi espada, y mi mano empuñe el Juicio, tomaré venganza de mis adversarios, y ajustaré las cuentas a quienes me aborrecen. Embriagaré de sangre mis saetas y mi espada se saciará de carne.* Y no sólo fue menester escuchar a Dios en un lenguaje que con tales tropos y metáforas pretendía manifestar su persona y poder, sino que también es sabido que se dejó ver y anunciar por los profetas y patriarcas antiguos bajo la apariencia y forma de cosas asemejadas que encajan dentro del sentido e intelecto humano. Y así leemos en Isaías que fue visto en una visión con ropaje teñido de rojo. Para Moisés, en el mar de Eritrea, se dejó oír haciendo las veces de defensor de los israelitas; pero al mismo, en el monte Sinaí, se dejó oír como gobernador de los israelitas; y a otros se les ha hecho visible desempeñando otros papeles. Todo esto demuestra claramente que Él no tiene ninguna naturaleza, forma o figura definida; sino que en razón y práctica de los acontecimientos o designios muestra unas veces ésta, otras aquélla a los profetas o a quienes convino inspirar, bien con imagen misteriosa dentro de la mente o incluso visible a los ojos corpóreos. Pero, cómo es Él en verdad, llegar a conocerlo es algo que dista de la penetración de la mente humana una distancia infinita. Así está escrito: *¿Pretendes comprender las huellas de Dios? ¿E indagar hasta descubrir la perfección del Todopoderoso? Más alta es que los cielos: ¿qué harás tú? Más honda que el infierno: ¿hasta dónde puedes tú saber? Más larga que la tierra es su amplitud, y más ancha que el mar.* Pues Moisés, el más sabio de todos los filósofos y dotado de un ingenio agudísimo, mientras reclamaba con celo y afán que se le concediera un conocimiento claro de la naturaleza divina, oyó que esto no le podía acontecer a ningún hombre de la raza de Adán vivo sobre la tierra. Pero, suplicando con ahinco, obtuvo lo siguiente: que como es posible distinguir a un hombre de los demás hombres no sólo por el rostro sino también por la parte posterior del ropaje y vestido, así él solo, de entre todos los mortales, podría distinguir a Dios, al pasar de espaldas, de aquellas cosas que distan de la naturaleza de Dios, esto es, de los efectos y consecuencias. *Mira –dijo– hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que Yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver.* Así pues, puesto que aquella naturaleza divina y singular existe por sí misma fuera de todo género de cuerpo, no tiene nada en absoluto que atañe a la forma o razón de los cuerpos, [9] ni unión ni desunión, ni división ni –lo opuesto a esto– integridad de las partes,

Ex 8, 15.

Ex 31, 18.

Deut 32,

40-42.

Is 63, 1-2.

Ex 15, 1-21.

Job 11, 7-9.

Ex 33, 21-23.

ni lugar, ni medida, ni peso, ni ascenso o descenso, ningún movimiento, tampoco el reposo que pone fin al movimiento, ni la diestra ni la siniestra, ni arriba o abajo, ni cara ni espalda, posterior a la cara, ni forma alguna de atuendo, ni clase alguna de afectos, cosas que están en los cuerpos, tal cual aquellas que suelen ser propias de las almas, como la vida y la muerte, la ignorancia y la ciencia, la estulticia y la sapiencia, el sueño y la vigilia, el llanto y la risa, el dolor y la alegría, la tristeza y la felicidad, el silencio y la facundia. Todas estas cosas, digo, y cualesquiera que se cuenten entre los tipos de éstas, la naturaleza y la verdad no las atribuyó a Dios tal como a los cuerpos o animales a quienes corresponden. Pero inventan respuestas sagradas (como dijimos) a partir de las costumbres, lengua y conversación de los hombres (a los cuales se ocupan de instruir de este modo). Por lo cual, suelen enseñar a éstos no siempre con la voz caída del cielo, sino por mediación y servicio de otros hombres. Así está escrito: *De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo*. Pues, todos los que se han visto elevados al conocimiento de la razón más sublime de las cosas divinas, ciertamente dicen que ni les está permitido divulgarla a los hombres, ni, si les fuera posible, tendrían riqueza suficiente de palabras y frases, con las que poder desvelar y explicar aquellos arcanos, y aseguran que éstos no entran en la práctica y facultad del entendimiento o intelecto humano. *Sé que tal hombre—si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe— fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar*. Y de nuevo: *Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman. Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios*. Y un poco más abajo dice: *El hombre animal no capta las cosas del Espíritu de Dios*. Pero el intérprete y ministro de Dios, todas las cosas que son vistas y conocidas por los que ocupan este lugar de la condición humana, afirma que acontecen no clara, abiertamente y tal como la cosa es, sino *a través de un espejo, confusamente*. De lo cual se sigue que éstas cosas no son significadas con sus debidas palabras, con las cuales pueden ser nombradas por quienes tratan con el Espíritu de Dios, sino con palabras en sentido metafórico a partir de una imagen o semejanza de la realidad, como si por medio de una sombra. Aquellas son propias de esta forma. *Aquel que habita en los cielos, se mofará de ellos; y el Señor se burlará de ellos. Luego en su cólera les hablará, en su furor los aterrará; y, Me han encelado con lo que no es Dios, me han irritado con sus vanos ídolos; y, Lo mismo que antes el Señor se complacía en haceros favores y en multiplicaros, así se gozará en perderos y destruirlos*. Todas estas cosas tomadas del lenguaje del hombre animal, si, cuando son oídas, fueran escuchadas y juzgadas, en aquella singularísima y sosegadísima constancia de Dios, pondrían de manifiesto a partir de la iracundia la tranquilidad, a partir de la tranquilidad la felicidad, y una mudanza distinta de éstas y múltiple. La Verdad se reivindica como exenta de ésta. [10] *Yo soy el Señor, y no cambio*. Pues todas las cosas que pueden estar abiertas a mudan-

Hebr 1, 1-2.

2 Cor 12, 3-4.

1 Cor 2, 9-11.

1 Cor 2, 14.

1 Cor 13, 12.

Ps 2, 4-5.

Deut 32, 21.

Deut 28, 63.

Mt 3, 6.

za, tienen en sí la causa interna o externa de la mudanza. Pero la singularidad divina no conoce ninguna causa, sino que ella es íntegra, absoluta, simple, y primigenia, y existe por sí misma sin necesidad de otro.

CAPÍTULO III.

QUE DIOS ES POR NATURALEZA UNO, PERO POR PERSONAS TRINO

Y en aquella santísima y perfectísima singularidad de la naturaleza, las palabras divinas nos inducen a creer en el número de tres personas. Luego de que hayamos creído en éste, buscando argumentos y ejemplos cerca, sería provechoso demostrarlo, hasta donde el talento humano fuera capaz de admitirlo. A la Naturaleza divina le atribuyen una sabiduría inmensa e inmarcesible no sólo las sagradas escrituras y oráculos, sino que la propia reflexión y meditación de la mente humana lo conceden. En efecto, nada de bueno y perfecto puede imaginarse en la realidad que aquella santísima singularidad no reclame para sí como propio y característico. Y entre las cosas que son consideradas óptimas y supremas, está la Sabiduría. Quien la posee, es dicho sabio y dichoso. Así está escrito: *Dichoso el hombre que me escucha velando ante mi puerta cada día, guardando las jambas de mi entrada. Porque el que me halla, ha ballado la vida.* Y no sería un hombre inteligente, quien, luego de reconocer las cosas que hay buenas y loables en las almas de los hombres, no admita las mismas supremas e infinitas en la naturaleza de Dios, a no ser que algo quiera ser singular en las cosas ínfimas, de lo cual carece aquella inmensa singularidad. Por lo cual, es necesario que Dios sepa y comprenda todas las cosas que son dignas de ser comprendidas y conocidas con el intelecto, en el cual género de cosas la propia naturaleza divina es dueña de un renombre extraordinario y comparable con ninguna otra naturaleza o cosa. Pero todo lo que aquella Naturaleza divina es, todo lo que reclama para sí, es enteramente infinito, singularísimamente absoluto e infinitamente perfecto (a nosotros, que no conocemos cosas más grandes ni más sublimes, nos está permitido emplear tales palabras); todo esto, digo, se conoce, en realidad, perfectísimamente a partir de la propia Naturaleza. Así está escrito: *Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios.* Y que el conocimiento es algo distinto del que conoce, la naturaleza lo enseña y hasta la experiencia humana lo pone de manifiesto. Más aún, una cosa es la consideración del agente y otra la consideración de la acción misma. Y al conocimiento que la mente divina tiene de sí misma, decimos que es la segunda persona entre las divinas, a la cual los sagrados oráculos dieron el nombre de Verbo e Hijo. Y, en verdad, Verbo, tal como será mencionado en este estudio, no sólo pretendemos que sea llamada la expresión oral, sino también el objeto colocado ante el pensamiento y la reflexión del que comprende, así como el conocimiento preciso del objeto mismo. Pues todas estas cosas significan tanto el vocablo griego *λόγος* como la palabra de la lengua original y sagrada *DABAR*. Luego, aquel conocimiento, que refleja y reproduce con total exactitud tanto al concededor como al cono-

Sabiduría.

Prov 8, 34-35.

1 Cor 2, 11.

121

cido, [11] es llamado Hijo, el cual aquella singularidad demuestra que es enteramente de la misma naturaleza y de la misma substancia que el Padre conoedor, dado que nada puede existir en Dios que no sea Dios mismo singular y único. Por otra parte, porque este Verbo, derivado de la sabiduría de Dios, otorgó al Padre la acción eterna y perpetua de saber y comprender, y además se la atribuye libremente, es llamado Sabiduría de una manera general, o Sabiduría de Dios, porque ésta sabe lo mismo que el Padre, puesto que es idéntica que Aquél y Dios es único. Es la misma Sabiduría con la que el Padre se conoce a sí mismo y al Hijo, y con la que el Hijo conoce al Padre del que nace y a sí mismo como nacido, y en consecuencia, ambas personas conocen todas las demás cosas que pueden existir o ser conocidas; si es verdad que todo lo que son o todo lo que pueden ser las demás cosas, devuelven lo recibido a aquella singularidad, virtud y eficiencia divina, como quedará manifiesto en su debido lugar. Y lo mismo queda confirmado por aquel oráculo ya citado y evocado muchas más veces de memoria: *No hay otro fuera de Él*. Por lo cual, también es menester que quede bien sentado que el Verbo es único, o el Hijo es único. Las sagradas escrituras celebran este esplendor del Padre y la forma de su substancia. Pero aquella misma singularidad demuestra que el esplendor y forma de la substancia divina es y es llamada substancia: no es otra substancia, digo, sino la misma, única y solidaria con el Padre. Ejemplo oportuno y conveniente de este asunto lo proporcionará la naturaleza y virtud del Sol, la cual se expondrá en su debido lugar. Y esto mismo el propio Verbo del Padre, al manifestarse visible al mundo hecho carne, lo declaraba acerca de sí y de su padre, diciendo: *Yo y el Padre somos una sola cosa*. Pasaremos rápidamente sobre estas palabras, citadas ahora tan sólo, llamando por ahora la atención sobre lo siguiente: que la singularidad de la Naturaleza y la Substancia es significada con el vocablo *unum*. Así pues, declaramos que el Intelecto, la Inteligencia, la Sabiduría, el Verbo de Dios y el Hijo de Dios e idéntico al Padre son un Dios único. Pero que estimemos que puedan existir muchos dioses, ningún razonamiento o discusión puede lograrlo. Inmediatamente se sigue que el Padre ama a aquel Hijo suyo, como nacido de Él, y como ejemplo enteramente pleno e íntegro de su bondad y singularidad, siempre presente e idéntico a Él: puesto que es sabido que lo sumamente bueno es también sumamente amable. Y al contrario, el Hijo ama con benevolencia y caridad totalmente pareja y eterna al Padre, bien supremo, por el cual sabe que es y ha sido engendrado. Así sucede que ambos alienten mutuo amor, con el que se aman recíprocamente; y que este amor es además simple, y Dios es idéntico al Padre y al Hijo, idéntica única substancia, la singularidad divina lo manifiesta, aunque se diferencie en razón de progresar y emanar, y permita que se le pueda llamar la tercera persona. Para reducir nuestro discurso a lo esencial, no es posible que Dios se comprenda y conozca a sí mismo: la inteligencia y conocimiento nacida de Dios es llamada llama Hijo, e igual es llamada la Sabiduría de Dios, la cual conoce y reconoce a sí y a su Padre. Y del conocimiento recíproco de uno y otro surge el Amor inmenso, infinito y eterno del uno y del otro, el cual, en la medida en que es alentado por ambos, es llamado Espíritu Santo, de idéntica y singular santidad que el Padre y el Hijo, de idéntica virtud; [12] como que está dotado de idéntica substancia,

Deut 4, 35.

Io 10, 30.

Amor.

sin división alguna en sí de naturaleza, pero admitiendo la división tan sólo de personas y nombres dados a las personas, de tal manera, no obstante, que comprendamos que todo lo que es hecho y realizado por estas tres personas fuera de ellas mismas, es hecho y realizado por un Dios único y singularísimo. Pues conviene que la virtud y eficiencia de una naturaleza y substancia idéntica sea también idéntica. En efecto, cuando la acción de una naturaleza inteligente y libre parte de tres principios, inteligencia (a la cual igualmente llamamos conocimiento o sabiduría), eficacia (la cual en latín es llamada también potestad y facultad) y voluntad (a la cual se le da también el nombre de determinación), un Dios único posee todas estas cosas de tal manera propias, ciertas y igualmente eternas, que concurren también en cada una de las personas que comparten una única naturaleza. Y cada cosa se atribuye a cada uno de forma singular y propia: la potestad y eficacia al Padre, la Sabiduría al Hijo, la determinación y voluntad al Espíritu Santo, aunque, no obstante, se dice con toda la razón que el Padre sabe, puede y quiere, que el Hijo lo mismo, y que igualmente el Espíritu Santo sabe, quiere y puede. Por lo cual, el Hijo es la diestra del Padre, y el Espíritu Santo el dedo de Dios, y las tres mismas personas unas veces se confunden con otras palabras, otras veces son invocados con otros nombres, en lo que respecta a la eficiencia, razón y gobierno de las restantes cosas fuera de ellos. Y en tiempos de la doctrina más antigua, el conocimiento de Dios y de las personas divinas, aunque hubiera sido difundido por el recuerdo de cosas y acciones y comunicado por profetas, con todo, se sabía que debía obtenerse más por medio de ciertas conjeturas que de palabras transparentes; y no fue hecho público con nombres abiertos hasta la época del Testamento más reciente. Leemos, en efecto, en el libro antiguo, que Dios, cuando se disponía a crear al hombre, pronunció las siguientes palabras: *Hagamos el hombre a imagen y semejanza nuestra*. Y allí mismo: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*; donde la palabra *creavit* está escrita en singular, pero el vocablo *ELOHIM* en número plural. Leemos: *Por la palabra del Señor fueron afianzados los cielos, y por el soplo de su boca toda su poderío*. Y, *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra*. Y, *Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy*. Y, *Envías tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra*. Y escuchamos a los profetas cantando y suplicando así: *No me rechaces lejos de tu rostro, no retires de mí tu santo espíritu*. Y allí mismo, *Vuélveme la alegría de tu salvación, y en espíritu de nobleza afiánzame*. Leemos y oímos además innumerables otros argumentos para investigar este arcano; pero nada más claro y diáfano escuchamos que esto: *Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Y, *Pues tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. ¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ése es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre. Quien confiesa al Hijo posee también al Padre*. Y, *En esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio*. Y mil pasajes más desparramados por los libros más recientes.

Doctrina antigua
y reciente.

Gen 1, 26.

Gen 1, 1.

Ps 32, 6.

Ps 109, 1.

Ps 2, 7.

Ps 103, 30.

Ps 50, 13.

Ps 50, 14.

Mt 28, 19.

1 Jn 5, 7.

1 Jn 2, 22-23.

1 Jn 3, 24.

CAPÍTULO IV. DE LOS NOMBRES DE DIOS

[13] La capacidad del lenguaje humano no pudo nombrar la singular majestad de la naturaleza divina con vocablo alguno, con el cual pudiera abarcarse y significarse tanto la verdad como la virtud inmensa de la cosa misma. Pues, de lo que no tiene fin ni medida, no cabe definición. Pero el significado de los nombres sabiamente puestos es idéntico a la definición, aunque se pronuncie con una frase más corta, esto es, resumido en un solo vocablo. Y la razón más antigua a la hora de poner los nombres se extraía del conocimiento preciso de la virtud y eficiencia de las cosas; y con tal conocimiento se dice que el más sabio, al principio, de todos los hombres llamó, obediente, con nombres precisos a cada raza de seres vivientes. Así está escrito: *Todo ser viviente tiene el nombre que el hombre le dio*. Con esta alegoría entendemos que éste conoció con exactitud la naturaleza de todos los animales y la describió con nombres precisos. Pero que ni para aquel primer hombre ni para ningún otro posterior a aquél fue con exactitud conocida esta inmensa singularidad, acerca de la cual empezamos a hablar, y que, en consecuencia, no pudo nombrarla con un vocablo preciso, exacto y enteramente apropiado, podemos confirmarlo por la propia vastedad del objeto, y también por la confesión de aquellos sabios, quienes, al preguntárseles por ventura qué era Dios, afirmaron que ellos más bien podían responder y explicar qué no era Dios. Más aún, interrogados los ángeles por los hombres, lo que se escuchó de labios de aquéllos, aunque admirable, no excedía los oídos humanos. Así está escrito: *Jacob le preguntó: "Dime, por favor, tu nombre" – "¿Para qué preguntas por mi nombre?"*. Y en efecto, aquella singularidad divina, aunque su naturaleza supera con una diferencia infinita la agudeza de la mente humana, y más aún su capacidad verbal, quiso, no obstante, manifestarse espontáneamente a aquellos hombres, hasta donde fuera conveniente hacerlo, no sólo para darse a conocer, sino para insinuarse, o por mejor decir, comunicarse (lo cual se estima como un beneficio importantísimo), y se acomodó al lenguaje humano y se dejó significar, más que definir, con nombres precisos, cosa que los profetas suelen recordar, entre otras muchas cosas, para alabanza de la generosidad y misericordia divina. Así está escrito: *¿Quién como el Señor, nuestro Dios, que habita en las alturas y contempla allá abajo cielos y tierras?* Y en cuanto a los nombres de Dios, unos fueron señalados con vocablo preciso por la propia Divinidad o por algún ángel que hacía las veces de la Divinidad; otros, fueron pronunciados en el momento oportuno por los profetas, esto es, por hombres inspirados por Dios e instruidos por el dictado de la Divinidad; algunos incluso, admitidos de la lengua común, y consagrados, adquirieron dignidad e importancia, con la aprobación del cielo. Y para este estudio se debe tomar en consideración a esta lengua original, de la cual, como confirmaremos en su debido lugar⁷, hicieron uso los primeros hombres y con la cual hasta la propia

Gen 2, 19.

Gen 32, 30.

Ps 112, 5-6.
Nombres
sagrados.Lengua original.
En el libro *De
communi om-
nium linguarum
arte*.

7. Puede tratarse del tratado titulado más extensamente *Adam, sive de humani sensus interprete lingua, communibusque linguarum omnium rudimentis* (MS. B. N. M. 149, fols. 1-15. Autógrafo).

יְיָ יְיָ יְיָ יְיָ

En el libro
Joseph.

Ps 61, 12-13.

Ps 83, 12.

Ps 88, 15.

יְיָ יְיָ

1 Sam 1, 3.

Ps 23, 10.

divinidad habló a los hombres; todas las demás, en cambio, aunque cultísimas, surgidas por consenso e invención de los hombres, [14] más que por alguna ley y plan singular de Dios, vinieron a suplantarla. Así pues, aquella lengua, que hace ya tiempo alcanzó entre los sabios y piadosos que se la llamara especialmente lengua sagrada, explica esta triple división de los nombres divinos que hacemos, de suerte que en primer lugar revela que los dos únicos pronunciados por la Divinidad son los que constan de cuatro letras consonantes, *IHVH* y *EHIN*, los cuales, añadiéndoles vocales por razón y ley del arte, se considera que deben ser pronunciados así: *IEHVE* y *EHIEH*. Y estos nombres son calificados como sacrosantos, arcanos y revelables, con los cuales la Naturaleza divina, aunque no es abarcada, es, no obstante, convenientemente designada para explicar la razón oportuna de la sabiduría que puede tocarle al hombre; y las dos voces latinas *ERIT* y *ERO* no se corresponden con éstas con pleno significado, sino con cierta sombra y reflejo del significado. Pero no es mi intención contar aquí qué han dicho otros acerca de estas palabras, ni tampoco dar a conocer mis propias observaciones. Aunque esto entrañaría un mayor esfuerzo y no entraría dentro de este plan de trabajo, bastaría, no obstante, con recordar las cosas que explicábamos en el *Apparatus* sagrado⁸; esto es, que, al escuchar uno de estos nombres, debe de venir a las mientes de quien lo escucha no sólo la naturaleza divina, sino también la eternidad aquella que no precisa de ayuda externa alguna, y la misericordia y bondad al prometer la salvación y felicidad de los hombres, y asimismo la constancia en aprestarlas y procurarlas; y con el examen de tales razones y el empleo de tales nombres los profetas sagrados celebran muchos testimonios conforme a tal medida de generosidad divina. *Dios ha hablado una vez; escuché estas dos cosas: que de Dios es la fuerza, tuya, Señor, la misericordia; y que das a cada uno según sus obras. Dios ama la misericordia y la verdad; el Señor dará gracia y gloria. Misericordia y Verdad ante tu rostro marchan.* Y fue entre nuestros antepasados y mayores la majestad y autoridad de estos dos nombres tan grande que incluso el uso ordinario se estimaba sagrado, augusto y devotísimo, y no familiar, excepto para los Pontífices en los cultos. Por lo cual, sucedió que la frecuentísima pronunciación de otros nombres en lugar de éstos se hizo costumbre, no sólo para los nativos de aquella lengua primigenia, sino también para aquellos traductores que asumieron la tarea de verterla a otras lenguas. Tras estos dos nombres, que se retrotraen a la etimología de un solo vocablo, la segunda categoría de nombres sería la de aquellos que son pronunciados y ensalzados por los profetas sagrados, muchos desde luego, pero entre éstos el incomparable *TSEBAOTH*, el cual, oído por primera vez en casa de Ana, la madre de Samuel, luego fue acogido y repetido en los salmos sagrados, sobre todo en aquellos argumentos que atañen al poder divino y al castigo de las afrentas. Así está escrito: *El Señor Dios TSEBAOTH, Él es el rey*

8. *Joseph, sive De Arcano Sermones*, tratado sobre las dificultades de la traducción del hebreo, encuadrado dentro del volumen octavo, y último, de los que componen la Biblia Políglota de Amberes o Biblia Regia (1569-1573), titulado *Apparatus*, obra de Montano que conforma una miscelánea de tratados sobre filología bíblica, y sobre la geografía, etnografía e historia de Tierra Santa y de las tribus de Israel.

de la gloria. Y, *Tus jefes, revoltosos y aliados con bandidos. Cada cual ama el soborno y va tras los regalos. Al huérfano no hacen justicia, y el pleito de la viuda no llega hasta ellos. Por eso el Señor Dios de los ejércitos, el Fuerte de Israel, dice: "¡Ay! Voy a desquitarme de mis contrarios, voy a vengarme de mis enemigos"*.

Is 1, 24.

A continuación, cuatro nombres son ensalzados con muchísima frecuencia, *ELOHA, ELOHIM, ADONAI, SADAI*, junto con otros formados por partición de éstos, *EL* y *IAH*, [15] sacados de la lengua común y atribuidos por excelencia a la naturaleza divina; porque tal potestad, virtud y eficacia, o de cualquier otra manera facultad, que pudiera significarse con tales nombres, no podría atribuirse a nadie parejo a aquella singularidad suprema, ni podría hallarse en ninguna otra naturaleza mejor que en la eficiencia y voluntad de aquélla. Así está escrito: *Se humillará la altanería humana, y se abajará la altanería humana; será exaltado el Señor solo en aquel día, y los ídolos completamente abatidos*. Y de nuevo: *Pero no recordaremos otro Nombre sino el tuyo*. E igualmente el poeta de los salmos recomendaba celebrar la extraordinaria singularidad de los nombres divinos de esta manera: ¹¹⁰*¡jóvenes y doncellas, ancianos y niños, alaben el nombre del Señor; porque sólo su nombre es sublime, su majestad por encima de cielo y tierra!* Pero, cuando intentamos explicar de alguna manera los significados de estos nombres con palabras latinas, traducimos de tal manera que interpretamos *ELOHA* como *princeps, providens, rector, gubernator, iudex* y *prospector*, e incluso *consilii auctor*; y el mismo nombre, pronunciado en plural, *ELOHIM*, indica un número, abundancia y copiosidad extrema y numerosísima de éstos, de tal manera que, o bien se entiende que son muchos príncipes, o bien, si hay uno solo, aquel a quien se le asigna el nombre en plural se arroga la autoridad e importancia de muchos príncipes; aunque también los hombres piadosos creen que este nombre, cuando se habla de la naturaleza divina, corresponde igualmente al misterio de la Trinidad. La parte inicial de este nombre, *EL*, la cual se pronuncia con sonido más largo por la excelencia del significado, significa fortaleza y poderío, y por consiguiente, los intérpretes latinos la traducen por la palabra *FORTIS*. En cuanto a *ADONAI*, que señalamos en tercer lugar, atribuye soberanía y dominio a quien se le asigna, bien tales se posean por derecho natural y legítimo, bien se arroguen por oficio, consenso y concesión. El singular de esta palabra suena *ADON*, el plural *ADONIM*; unida, pues, al posesivo singular, se transforma en *ADONAI*. Los traductores latinos a veces la vierten como *DOMINVS MEVS*, pero con muchísima frecuencia absolutamente como *DOMINVS*. Y este mismo nombre *ADONAI* reemplaza como sustituto muchas veces, tanto al leer como al hablar, a aquel nombre sacrosanto y raras veces, por respeto, pronunciado, *IEHVEH*. Y esto se observa no sólo entre los expertos en lengua sagrada, sino también entre los traductores griegos y latinos; pues aquéllos pronuncian casi siempre *Κύριος*, éstos *Dominus*.

Is 2, 17-18.

Is 26, 13.

Ps 148, 12-14.

אֱלֹהִים

אֱלֹהִים

אֱלֹהִים

אֱלֹהִים

Luego, aquel nombre *SADAI* significa felicidad, opulencia y abundancia que no necesita de ninguna ayuda o cosa externa, y, por decirlo en fin en latín, con vocablo augustísimo, *omnipotentia*, de suerte que en modo alguno podría pensarse en nada más abundante en toda clase de bienes. Él mismo incluso, haciendo feliz, y siendo eficiente y acrecentando el mundo con su

אֱלֹהִים

- beneficio, asegura eficacia y felicidad para todas las demás cosas. Así está escrito: *Yo soy ÉL-Šadday, anda en mi presencia y sé perfecto, y te multiplicaré sobremanera*. El último, en fin, de aquellos nombres que citamos, *IAH*, es la parte inicial de aquel vocablo arcano y sacrosanto, *IEHVEH*, modificada tan sólo la vocal, y remite a la misma majestad de significado, y es invocado muchas veces por los profetas, [16] en la estructura y ritmos de sus profecías, como *halleluiah*. De entre estos que acabamos de explicar, está claro, es evidente, que, salvo aquellos tres nombres derivados del mismo vocablo, *EHIEH*, *IEHVEH* y *IAH*, con los que enseñabamos que de alguna manera se denotaba aquella majestad y singularidad de la naturaleza, todos los demás atestiguan fuerza, eficiencia y autoridad. Por lo cual, los críticos escrupulosos y severos de las palabras y de las lenguas juzgan que éstos deben ser llamados pronombres mejor que nombres, o apelativos y –para muchos– comunes más que propios; de tal manera, no obstante, que son otorgados a la naturaleza divina por preponderancia, excelencia y santidad, pero a todas las demás cosas, de las cuales es posible decir lo mismo, no se le atribuyen, si no por derecho secundario y derivado, tal como los nombres *sapiens* y *psaltes*, el primero de los cuales se le otorga entre los antiguos a Salomón, el segundo a David, pronunciados ambos en singular. Y así, en lo que respecta a *ELOHAH* y a *ELOHIM*, cuyo significado hemos explicado en razón de la providencia y por la preocupación por el mundo y por los asuntos humanos, de tal manera aquella naturaleza divina se afirma a sí misma de forma particular y única, que no otorga a ninguna otra la segunda o la tercera parte, sino que de tal poderío hace partícipe a los ángeles y a los hombres tanto cuanto, compartiendo en razón del talento de cada uno y en razón de la teoría y la práctica del don confiado, ella por sí misma determina. Así está escrito: *¡Basta ya! Sabed que yo soy ELOHIM; y, Que de toda la tierra rey es ELOHIM, ¡salmodiad con destreza! Reina* –dice Él asimismo– *que yo, sólo yo soy, y que no hay otro ELOHIM junto a mí. Yo doy la muerte y doy la vida, hiero yo, y sano yo mismo (y no hay quien pueda librarse de mi mano)*. Y en Isaías, el rey Ezequías rogaba abiertamente de este modo: *Señor de los ejércitos, Dios de Israel, que estás sobre los Querubines, tú solo eres Dios en todos los reinos de la tierra, tú el que has hecho los cielos y la tierra. Tiende, Señor, tu oído y escucha; abre, Señor, tus ojos y mira. Oye las palabras con que Senaquerib ha enviado a insultar al Dios vivo. Es verdad, Señor, que los reyes de Asur han exterminado a todas las naciones y su territorio, y han entregado sus dioses al fuego, porque ellos no son ELOHIM sino hechuras de mano de hombre, de madera y de piedra, y por eso han sido aniquilados. Ahora, pues, Señor, Dios nuestro, sálvanos de su mano, y sabrán todos los reinos de la tierra que sólo tú eres ELOHIM (LEBADECHA para tu singularidad)*. Y en él mismo: *¿Es que no lo sabes? ¿Es que no lo has oído? Que ELOHIM es el Señor sempiterno del mundo, creador de los confines de la tierra, que no se cansa ni fatiga, y cuya inteligencia es inescrutable*. E incluso el profeta Jeremías vaticina así: ¹²²*El Señor es el ELOHIM, el Dios vivo, y el Rey eterno. Cuando se irrita, tiembla la tierra, y no aguantan las naciones su indignación. Así les diréis: “Unos dioses que no hicieron el cielo ni la tierra, perecerán de la tierra y de debajo del cielo”. Él es quien hizo la tierra con su poder, el que*
- Gen 17, 1-2.
- Ps 45, 11.
- Ps 46, 8-9.
- Deut 32, 39.
- Is 37, 16-20.
- Is 40, 28.

estableció el orbe con su saber, y con su inteligencia expandió los cielos. Cuando da voces, hay estruendo de aguas en los cielos, y hace subir las nubes desde el extremo de la tierra. Él hace los relámpagos para la lluvia y saca el viento de sus depósitos. [17] Que el nombre de Éste, por cuya divinidad todos los profetas cuentan que no sólo el mundo fue creado, sino que incluso es regido y gobernado, ELOHIM, a veces es atribuido a seres divinos, otras incluso a ciertas clases de hombres, concedido no por derecho ingénito y natural, sino por reparto de dones, lo demuestra claramente el siguiente testimonio: *Había dicho yo: "¡Vosotros, ELOHIM sois, todos vosotros, hijos del Altísimo! Mas ahora, como el hombre moriréis, como uno de los príncipes caeréis". ELEI ELOHIM* – esto es, “El más fuerte de los dioses”–, *el Señor, habló y convocó a la tierra. Y, Tu hermano Aarón el levita, sé que él habla bien; he aquí que justamente ahora sale a tu encuentro, y al verte se alegrará su corazón. Tú le hablarás y pondrás estas palabras en su boca; yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo, él será tu boca y tú serás su LE ELOHIM, en aquellas cosas que atañen a Dios. Tú desempeñarás en él* –vino a decir– el oficio y autoridad de ELOHIM. Y de nuevo dijo el Señor a Moisés: *Mira que te he constituido como ELOHIM para el Faraón.* En todos estos pasajes y muchos otros de las Sagradas Escrituras los traductores latinos traducen el nombre ELOHIM unas veces como *deus* o *dei*, otras como *iudex* o *iudices*, según el sentido o claridad de la frase. Y muchos testimonios atestiguan que este nombre ELOHA, o ELOHIM, era famoso, célebre y respetado con anterioridad al profeta Moisés y al primer escritor de las Sagradas Escrituras. Y dijo Noé: *¡Bendito sea el Señor, el ELOHIM de Sem! ¡Haga Dios dilatado a Jafet, y habite en las tiendas de Sem!* También leemos que Abraham fue apostrofado muchas veces por ELOHIM, y que se le apareció incluso al rey Abimélek para advertirle, y algún tiempo después *Abimélek, junto con Píkol, capitán de su tropa, dijo a Abraham: "ELOHIM está contigo en todo lo que haces. Júrame, pues, por ELOHIM que no me perjudicarás a mí, ni a mis hijos, ni a mis nietos"*. Y los Hijos de Het dijeron que Abraham era considerado entre ellos como un príncipe de ELOHIM. Más aún, incluso en los inicios primeros de aquella lengua consta que aquel que había creado el mundo y lo regía era llamado con este nombre. *¿Cómo es que ELOHIM os ha dicho* –dijo la serpiente– *"No comáis de ninguno de los árboles del jardín"*? Incluso leemos que la mujer empleó esta palabra en el mismo diálogo: *Del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho ELOHIM: "No comáis de él, ni lo toquéis"*. Y el por qué de estos nombres solemos tratarlo cumplidamente en otros lugares al caso, pero más cumplidamente en el *Apparatus* sagrado⁹.

Ps 81, 6-7.

Ps 49, 1.

Ex 4, 14-16.

Ex 7, 1.

Gen 9, 26-27.

Gen 16; 17; 18.

Gen 20.

Gen 21, 22-23.

Gen 23, 5-6.

Gen 3, 1.

Gen 3, 3.

9. Cf. nota 8 (p. 116).

CAPÍTULO V. DE LOS PROFETAS

[18] Que este Dios, del cual hemos indicado los nombres que se encuentran con más frecuencia, quiso insinuar y revelar, en la medida de lo posible, su persona y su designio al género de los hombres, lo sabemos por la sagrada lectura; cosa que fue resuelta en otro tiempo con el ministerio de los ángeles, a través de ciertos hombres escogidos para el caso. Pues esto era acorde y concorde con el propósito de la sabiduría divina, que para hombres que precisan del uso de los sentidos para comprender cosas que son consideradas ignotas y remotas para los sentidos, hubiera maestros y preceptores estimulados y dispuestos por el mismísimo maestro supremo, a los cuales la lengua griega llama *μαντείς* ο *προφήτας*, y el latín *vates*. Y bastó a los tiempos antiguos saber que Dios mismo podía hablar y habló y fue escuchado abiertamente por todo el mundo, como antes tratábamos, y que esto se hacía con frecuencia por medio de espíritus celestiales, a los que llamamos ángeles. Más bastó también a los siglos más antiguos ya pretéritos saber que Dios mismo habló a los hombres por medio de su propio Hijo, para que creyeramos plenamente en que Él podía y quería hablar. Pero los restantes designios de las cosas divinas y humanas, sabemos que fueron confiados a fieles mensajeros nombrados e instruidos por Él, de entre el género humano; los cuales debían tener aquel crédito que debieron tener los mediadores e intérpretes obligados por firme juramento. La forma de nombramiento y la norma y criterio de actuación de estos profetas no fue una e idéntica; tampoco se dispuso para el pueblo que habría de escucharles idéntica forma de acogida; aunque todos cuidaron de que no se dijeran, acerca de las mismas cosas, cosas contradictorias y opuestas. En efecto, sólo a Moisés, a quien se confiaba el encargo y mandato público de conciliar a las tribus, de construir el estado y de redactar las leyes, le fue antaño concedida cierta facultad sencilla y familiar de preguntar y dialogar; a los demás, en cambio, y hasta llegar a Juan¹⁰, el hijo de Zacarías (del cual se hablará en su debido lugar), se les brindó unos medios harto diferentes y menos apropiados para el sentido de los oídos, para captar el significado del designio divino. Así está escrito: *Si hay entre vosotros un profeta, en visión me revelo a él, y hablo con él en sueños. No así con mi siervo Moisés: él es de toda confianza en mi casa; boca a boca hablo con él, abiertamente y no con enigmas y contempla la imagen del Señor.* Y cómo éstos, dispuestos de espíritu o de cuerpo, son hechos partícipes y cómplices del designio divino, se mostrará en el cuerpo de esta obra. Tampoco el don y oficio de vaticinar, por más que se atribuya a los profetas, se supedita al capricho y antojo del propio hombre, de suerte que, cada vez que él quiera, se ponga a proferir oráculos, tal como algún cantante o artesano, capaz de hacer uso del arte, que en su día aprendiera, a su antojo. Pero pareció que hacía tal cosa sólo a su debido tiempo y durante tanto tiempo, con tal que se juzgara que sucedía conforme y concorde con el designio divino. Así, unos vaticinan con muchas

Num 12, 6-8.

10. Juan Bautista.

palabras, otros con pocas, [19] unos por poco tiempo, otros durante mucho. Así está escrito: *Porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres, movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios.* Porque convendría comprender que aquellos que oímos llamar santos, fueron reconocidos y escogidos por Dios en virtud de los tiempos y por llevar una vida íntegra y reputada, e incluso fueron conocidos y confirmados con el mismo calificativo por aquellos a quienes eran enviados. Tales ministros, destinados ante todo por Él con mandatos, aparte de la reputación y buen juicio de sus vidas, leemos que estaban investidos y confirmados con la autoridad certera de las señales. Pues era conveniente para la teoría y la práctica, y los intereses tanto de la cosa pública como privada, que quienes fueran comisionados por el príncipe supremo para grandes causas, ni fueran enviados sin las credenciales y ornamentos oportunos y relevantes propios de las embajadas, ni fueran acogidos de otro modo distinto por aquellos con quienes habrían de tratar, máxime cuando quienes llegan son oradores con un tema nuevo y contrario a las costumbres o a los hábitos de vida y comportamientos ya recibidos. Por lo cual, Moisés, como habiéndosele ordenado asumir tal papel ante su pueblo y la corte egipcia, se esforzara en rehusarlo por prudencia y modestia innata a su persona, objetaba: *"No van a creerme, ni escucharán mi voz; pues dirán: 'No se te ha aparecido el Señor'".* Díjole el Señor: *"¿Qué tienes en tu mano?"*; *"Un cayado",* respondió él. El Señor le dijo: *"Échalo a tierra".* Lo echó a tierra, y se convirtió en serpiente; y Moisés huyó de ella. Dijo el Señor a Moisés: *"Extiende tu mano y agárrala por la cola".* Extendió la mano, la agarró, y volvió a ser cayado en su mano. *"Para que crean -dijo- que se te ha aparecido el Señor, el Dios de sus padres, el Dios de Abraham, el dios de Isaac y el dios de Jacob".* Y añadió el Señor: *"Mete tu mano en el pecho".* Metió él la mano en su pecho y cuando la volvió a sacar estaba cubierta de lepra, blanca como la nieve. Y le dijo: *"Vuelve a meter la mano en tu pecho".* La volvió a meter y, cuando la sacó de nuevo, estaba ya como el resto de su carne. *"Así pues, si no te creen ni escuchan la voz por la primera señal, creerán por la segunda. Y si no creen tampoco por estas dos señales y no escuchan tu voz, tomarás agua del río y la derramarás en el suelo; y el agua que saques del río se convertirá en sangre".* Con esta razón y con esta regla, comprendimos, la autoridad primordial de todos los profetas que fueron enviados por Dios quedó sólidamente asentada entre aquellos a quienes eran enviados, desde Moisés a Jesús de Nazaret, *que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo.* Y, en efecto, ni el modo de granjear y acumular autoridad y crédito para los profetas fue simple, ni el criterio fue único; sino que se les atribuyó mediante ciertas variedades de milagros, predicciones y sucesos, manifestadas y acogidas, empero, bien por ley, bien por hábito. No obstante, a todos éstos fue menester asignarles un poderío superior al humano. Así está escrito: *Testificando Dios con señales y prodigios, con toda suerte de milagros y dones del Espíritu Santo repartidos según su voluntad.* Y, ratificado ya de este modo y confirmado, quiso Dios que el mensajero de su voluntad, designio y mandato fuera acogido con fe crédula y sólida, con deber piadoso, y con la oportuna obediencia, [20] y los consagró, promulgando y formulando una ley: *Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pon-*

2 Petr 1, 21.

Ex 4, 1-9.

Lc 24, 19.

Hebr 2, 4.

Deut 18, 18-19.

*dré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande. Si alguno no escucha mis palabras, las que este profeta pronuncie en mi nombre, yo mismo le pediré cuentas de ello. Pero, tal como fue preciso dar pruebas de una fe y veneración resuelta, sólida y obsequiosa hacia el profeta y nuncio de los designios y palabras divinas, así decretó igualmente Dios que, a la inversa, a cualquiera que con osado, audaz o temerario atrevimiento sucediera que mostrara y fingiera una apariencia, por muy honesta que fuera, de embajada divina, no sólo se le expulsara con humillante repudio, sino que se le condenara y castigara con el suplicio más riguroso. Y Dios no sólo previno con esta ley, sino que dispuso un doble examen para hacer la prueba de cómo poder distinguir al verdadero profeta del falso: Pero si un profeta tiene la presunción de decir en mi nombre una palabra que yo no he mandado decir, y si habla en nombre de otros dioses, ese profeta morirá. Acaso vas a decir en tu corazón: "¿Cómo sabremos que esta palabra no la ha dicho el Señor?". Si ese profeta habla en nombre del Señor, y lo que dice queda sin efecto y no se cumple, entonces es que el Señor no ha dicho tal palabra; el profeta lo ha dicho por presunción; no has de temerle. Y de este modo el legislador indicó que la verdad y autoridad de tales profetas debían ser pesadas y comprobadas con doble balanza, esto es, con la realidad y resultado consecuente y subsiguiente de las predicciones y presagios, y con el argumento y testimonio de los mandatos. Pues el suceso de las señales no indujo a dar crédito a ninguno de los profetas, a no ser que lo confirmara y recomendara escucharlo la enseñanza honrada y sensata de una doctrina, enseñanza que no está en contradicción con el decreto natural de una ley ya promulgada y confirmada. Por lo cual, oímos que fueron prescritos dos apartados de excepción; el uno fue: *Una palabra que yo no he mandado decir*, y el otro: *O si habla en nombre de otros dioses*. En efecto, todo lo que discrepara, incluso en una porción minúscula, de la norma de la ley ya establecida, hubo que achacarlo al culto de los demás dioses y a la insania de la superstición, antes que al arte y disciplina de la vida verdadera y piadosa. Así está escrito: *Si surge en medio de ti algún profeta o vidente en sueños, si te propone una señal o un prodigio, y llega a realizarse la señal o el prodigio anunciado, si te dice entonces: "Vamos en pos de otros dioses (que tú no conoces) a servirles"; no escucharás las palabras de ese profeta o de ese vidente en sueños. Es que el Señor vuestro Dios os pone a prueba para saber si verdaderamente amáis al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma. Al Señor vuestro Dios seguiréis y a él temeréis, guardaréis sus mandamientos y escucharéis su voz, a él serviréis y os abrazaréis a él. Ese profeta o vidente en sueños deberá morir por haber predicado la rebelión contra el Señor tu Dios. Así pues, la Palabra sagrada IPSVM AVDITE ordenó acoger atenta y piadosamente al profeta verdadero, y honrarlo con respeto y deferencia, en su calidad de enviado. Hay, sin embargo, a veces, ocasiones, en las que un hombre, aunque serio y adornado con el testimonio de vaticinar, esto es, con algún presagio, y jamás puesto en evidencia por ninguna falsedad, aconseje [21] o recomiende algo que parezca disentir de la norma o fórmula de la doctrina prescrita y admitida por el uso, y en lo demás, no obstante, merezca la aprobación como íntegro y consecuente. En tales circunstancias, desde luego, el papel de aquel hombre o pueblo al que se dirá que ha**

Deut 18, 20-22.

[Deut 18, 20]
[Deut 18, 20]

Deut 13, 1-5.

Apostilla según
las circunstancias.

sido enviado, será, luego de examinar el discurso de su enseñanza y la verdad de su señal, el de prestarle crédito y obediencia en tal circunstancia, pues se rige conforme al uso de la época y actividad, por muy novedosa que sea. Puesto que, el testimonio de dos testigos presentados con arreglo a la ley y elogiados con anterioridad por su crédito, aunque pueda suceder que alguno en particular no sea verdadero, no obstante, la Ley ordenó admitirlo a juicio. *En la palabra de dos o tres testigos se apoyará la sentencia.* Ahora bien, Dios enseñó a otorgar categoría de vaticinio y profecía sólo a dos testigos, esto es, al anuncio y declaración del nombre de Dios, y al testimonio y espectáculo de un prodigio manifiesto. *A quien no escuchare las palabras que él dirá en mi nombre y Cuando un profeta te hable en mi nombre, si lo que dijo no se cumple, es cosa que no ha dicho el Señor.* Así, en efecto, cuando Elías, contrariamente a la fórmula prescrita de los sacrificios, ordenó erigir altares en un lugar impropio y mojarlos, colocando las víctimas de una manera novedosa, el pueblo de Israel no sólo le obedeció sin miedo, sino con alabanza y provecho, cosa que el suceso mismo confirmó, asintiendo Dios a las palabras, súplicas y deseos del profeta, por más que hasta entonces se considerara sacrilegio erigir un altar o realizar sacrificios fuera del lugar singular y único del templo. Pero se tuvo que dar crédito y obedecer a aquel profeta, hombre muy serio y santo, y adornado ya antes por la verdad de los prodigios, y que predicaba la causa de Dios en aquel asunto en cuestión; puesto que las cosas que aguardaban el dictamen del pueblo eran públicas y notorias, pero las que daban vueltas en la mente y el ánimo del hombre, si eran verdaderas o falsas, se consideraba que debía confiarse y dejarse únicamente para el juicio de Dios, que todo lo sabe. Así está escrito: *Las cosas ocultas sólo son para Dios nuestro Señor, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos;* y en otro lugar: *El hombre ve la figura, pero el Señor mira al corazón.* Y, en efecto, tales suertes de cosas que parecerán ocultas para el juicio de los hombres, comprendimos que el resultado, esperado inmediatamente y no mucho después, bien uno o ninguno, bien seguido de algún ejemplo, pondría claramente de manifiesto si habían sido confirmadas y ratificadas por Dios. Así, en efecto, el resultado confirmó de forma inmediata y evidente al pueblo, que aplaudía y le aclamaba, que las órdenes de Elías provenían de la mente y designio de Dios. Así está escrito: *Cuando llegó la hora de ofrecerse el holocausto, llegóse el profeta Elías –quien profesó nombre y oficio de profeta– y dijo: “Señor, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel: que se sepa hoy que tú eres Dios de Israel y que yo soy tu siervo, que todo esto hago por mandato tuyo. Respóndeme, Señor; respóndeme, para que todo este pueblo conozca que tú, ¡oh Señor!, eres Dios y que tú conviertes a ti su corazón”. Bajó entonces fuego del Señor, que consumió el holocausto y la leña, las piedras y el polvo, y aún lamió las aguas que había en la zanja. Viendo esto el pueblo, cayeron todos sobre sus rostros y dijeron: “¡El Señor es Dios, el Señor es Dios!”.* Por lo cual, Jesús de Nazaret, echándole en cara a aquéllos, a quienes estaba destinado como embajador de su buena nueva, la autoridad primera de su embajada y vaticinio, confirmada con testimonios certísimos de profesión y prodigios, [22] repudiada no obstante por envidia, e imputándolo al pecado, decía: *Si no hubiera venido y les hubiera hablado (en nombre de Dios) no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pe-*

Deut 19, 15.

[Deut 18, 19].

[Deut 18, 22].

Deut 29, 29.

1 Sam 16, 7.

3 Reg 18, 36-39.

Io 15, 22.

- Io 15, 24. *cado. Si no hubiera hecho entre ellos obras que ninguno otro hizo, no tendrían pecado. Y Jeremías, por mandato divino, señaló que este criterio para examinar la verdad y fe de los profetas y emisarios debía ser observado, sólo con esta concisión, por los hombres como cierto y sólido, diciendo así: Ana-*
- Ier 28, 1-9. *nías, hijo de Azur, profeta de Gabaón, me dijo en la casa del Señor, delante de los sacerdotes y de todo el pueblo: "Así dice el Señor, Dios de los ejércitos, Dios de Israel: 'He roto el yugo del rey de Babilonia. Al cabo de dos años haré volver a este lugar todos los utensilios de la casa del Señor que de este lugar se llevó Nabucodonosor, rey de Babilonia, transportándolos a Babilonia, y a Jeconías, hijo de Joaquím, rey de Judá, y a todos los cautivos de Judá llevados a Babilonia los haré retornar a este lugar—oráculo del Señor—, porque quebraré el yugo del rey de Babilonia'". Y dijo Jeremías, profeta, al profeta Ananías, delante de los sacerdotes y de todo el pueblo que estaban en la casa del Señor: "Así sea, hágalo el Señor; que mantenga el Señor tu palabra que has vaticinado, haciendo volver a este lugar de Babilonia los utensilios de la casa del Señor y a todos los cautivos. Pero oye lo que delante de todo el pueblo voy a decirte. Los profetas que desde antiguo antes de mí y antes de ti fueron, profetizaron a numerosos países y a grandes reinos la guerra, la desventura y la peste. El profeta que profetiza la paz, por el cumplimiento de su profecía habrá de ser tenido por profeta, enviado en verdad por el Señor". Gamaliel trataba de persuadir a sus colegas para que observaran como legítimo este criterio de actuación y sabiduría en el examen de la doctrina cristiana: Varones israelitas, mirad bien lo que vais a hacer con estos hombres. Días pasados se levantó Teudas, diciendo que él era alguien, y se le allegaron como unos cuatrocientos hombres. Fue muerto, y todos cuantos le seguían se disolvieron, quedando reducidos a nada. Después se levantó Judas el Galileo, en los días del empadronamiento, y arrastró al pueblo en pos de sí; mas pereciendo él también, cuantos le seguían se dispersaron. Ahora os digo: dejad a estos hombres, dejadlos; porque si esto es consejo u obra de hombres, se disolverá; pero, si viene de Dios, no podréis disolverlo, y quizá algún día os balléis con que habéis hecho la guerra a Dios.*
- Act 5, 35-59.

CAPÍTULO VI. DE LOS ÁNGELES

1. [23] Eterno, simple, inmóvil, inmutable, opulentísimo y absolutamente riquísimo en bienes propios, esto es, en sí mismo y por propia naturaleza, aunque siempre poderosísimo, siempre íntegro, siempre uno, siempre dueño de sí, hermosísimo, y no necesitado de nada, ni de gloria o alabanza externa, no obstante, sabemos que Dios quiso dar a conocer su poder, sabiduría y amor, y producir un beneficio con gran provecho; era su propósito crear y formar una nueva naturaleza, que con la verdad de su grandeza, hermosura y utilidad imitara y extendiera el ejemplo de su modelo y creador, hasta donde el cálculo de la realidad pudiera permitirlo, y se mostrara como admiradora y casi acompañante y acólito de la excelencia divina, y por tal razón le recono-

ciera por su creador, y luego de reconocerle, le venerara sin reservas, y luego de venerarle, le recordara como el padre, fautor, protector y acrecentador de su felicidad. Y para crear, fomentar y enriquecer tal naturaleza a partir de Él, decidió en primer lugar nombrar ministros, luego instruirlos, y por último asignarlos. Y quiso que las cosas estuvieran tan bien dispuestas, que quienes fueran a ser ministros antecederan y precedieran en el orden y sucesión a aquellos para cuyo beneficio eran asignados, y que descollaran los primeros no sólo por el orden, sino también por la simplicidad y dignidad de su naturaleza. Así pues, como hubiera decidido sacar a la luz de entre aquellas cosas que no existían aquellas que no sólo existían, sino que obtenían naturaleza y nombre, en especial el Espíritu, no parejo o comparable a Él, mas por la simplicidad, sabiduría y eficacia de su naturaleza, por la destreza de talento y la velocidad de acción, en la medida de lo posible, constante, a éste, por los conceptos que hemos mencionado, quiso que se le llamara las más veces Espíritu, a veces Fuego, y por el oficio y deber, casi siempre Ángel; no porque aquella naturaleza sea cuerpo alguno o resida en algún cuerpo, sino porque tanto la eficacia como la velocidad de esta especie no parecía que pudieran denotarse apropiadamente con ninguno de los nombres de las cosas que entran dentro de la lengua y uso de los hombres. Así está escrito: *Tienes por ángeles espíritus y por ministros llamas abrasadoras*. Y aunque se suprimiera la excelencia de la naturaleza de éstos, no obstante, no fue creado un orden idéntico y simple, sino diverso y múltiple, distinguido con diversos títulos y nombres según la autoridad del oficio o cargo asignado. En efecto, a unos se les otorga el término de arcángel, a otros de querubín, a otros de serafín, y a otros se les asignan los títulos de principados y potestades, pero el apelativo común a todos ellos es el de ángel. Y la causa de crear a todos éstos había sido la de ejercer y reiterar el ministerio entre el Creador mismo de toda la naturaleza y la naturaleza dignísima de todos los que no carecen de cuerpo, esto es, entre Dios y el hombre, del cual ministerio el Hacedor había querido que no se excluyera a ninguno de entre el género de los espíritus, aunque fuera grandísima y poderosísima la fuerza de su talento, además de otras dotes. [24] Así está escrito: *¿No son todos ellos espíritus administradores, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud?* Y desde luego, tan pronto como fueron creados, los ángeles supieron que este servicio o deber les había sido impuesto y encomendado, e instruidos en el propósito del designio divino sobre este asunto, comprendieron que ellos eran los intérpretes, emisarios y ministros de aquellos beneficios que debían de ser depositados en el género humano, y, para que los hombres deliberaran y trataran de esto de forma más cabal y certera, conocieron el talento, la naturaleza entera y las causas por boca y labios de Dios, quien debía ser imaginado como el último de todas las cosas. Pues era conforme a la sabiduría y providencia del Hacedor que aquella misma naturaleza que era creada para un servicio y estaba dotada de un intelecto notable, fuera instruida acerca de a quiénes y hasta cuándo debía prestar su servicio, y aportara su propia fuerza y facultad y su talento, determinación y obediencia para los deberes en los que habría de trabajar; cosa que, argumentando, podemos fácilmente deducir de aquel salmo del poeta sagrado: *Bendecid al Señor todos vosotros, sus ángeles, que sois poderosos y cum-*

2.

3.

Espíritu.

Ps 103, 4.

4.

Ángel. 5.

6.

Hebr 1, 14.

7.

8.

Ps 102, 20.

plis sus órdenes, prontos a la voz de su palabra. Y a este propósito y causa de crear a los ángeles, algunos de los intérpretes del designio y palabra sagrada, inspirados por el Espíritu divino, lo llaman elección, otros principio, o principado, o domicilio, otros orto, otros de otras maneras, pero todos quieren designar la misma cosa, aunque lo hagan con vocablos distintos. Pero acerca del deber y oficio diverso y múltiple de los ángeles disertaremos en otra ocasión en el *Aparato* sagrado¹¹; y en el contexto de esta historia, y en el *Cuerpo* mismo de la *Obra Magna*, añadiremos las cosas que consideremos oportunas.

CAPÍTULO VII. DEL PROPÓSITO DE DIOS

La doctrina verdadera, consistente y cierta acerca de la naturaleza e índole del hombre y acerca de la integridad o pecado del mismo, decíamos en el inicio o proemio de este relato que narramos, que no podía ser comprendida por las almas humanas, a no ser con la Divinidad por maestra. Y así, se puede considerar que emprenderemos correctamente tal relato, si retrotraemos la disertación al origen primordial de dicha naturaleza; pues, conocidos previamente los principios y las causas, se reconocerán fácilmente todas las demás cosas, cómo debieron ser urdidas o inventadas. Y esto mismo es lo que aquel prudente autor recomendaba investigar desde el principio:

*Aprended, desdichados, y conoced el por qué de las cosas:
¿qué somos, para qué clase de vida nacemos, qué posición
se nos ha asignado?*

Pers. III 66-68.

Por lo cual, el Espíritu divino, por mediación de los ángeles, quiso que el autor de la historia sagrada comenzara a escribir y enseñar no sólo desde los orígenes de este hombre, sino desde los orígenes del mundo entero, el cual había sido creado por causa del hombre. [25] Pues que aquel antiguo asunto y la doctrina entera fueron explicados por el ministerio de un ángel, dos testigos particularmente muy serios lo confirman, Esteban y Pablo. El testimonio del primero es como sigue: *Ése es el Moisés que dijo a los hijos de Israel: "Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo; le oirás". Ése es el que estuvo en medio de la asamblea en el desierto con el ángel, que en el monte Sinaí le hablaba a él, y con nuestros padres; ése es el que recibió la palabra de vida para entregárnosla a nosotros.* Y el del segundo es como sigue: *Pues sí la palabra proferida por los ángeles fue firme.* Y este mismo Moisés, quien había aprendido en aquella disciplina de los egipcios, en la cual había sido instruido, que el mundo no tiene origen o es muy antiguo, ordenado por Dios que no sólo fuera conocedor de la Naturaleza y la Verdad, sino que llegara a

Act 7, 37-38.

Hebr 2, 2.

11. Cf. nota 8 (p. 116).

enseñarlas, describió con toda claridad los comienzos, sucesos y vicisitudes de toda la creación, por la cual el mundo existe, y sus leyes precisas y estables, antes de hablar nada acerca de la naturaleza del hombre. Y todas las cosas, a excepción de Dios, que existen y pueden ser vistas con el sentido humano, y también las que no pueden ser vistas, pero existen y pueden ser comprendidas con la razón y con la inteligencia, proclama que fueron creadas un día por voluntad y mandato del Dios único, y esto lo relata y cuenta de esta manera: *In principio creavit Elobim caelum et terram*. Dice que fue el principio y creador de cielo y tierra, esto es, del mundo entero, y de todas las cosas que moran o existen en el interior del cielo o en el cielo mismo; y que no sólo fue el principio del tiempo, sino el origen de la naturaleza y, por así decirlo, el semillero del universo, *de quien todo nace, por quien todo existe, y en quien todo es*. Y comprendemos que este principio es aquel Verbo de Dios, a quien antes llamabamos Hijo, el cual, puesto que es el esplendor del Padre, es manifiesto que lo sustenta todo con el verbo de su virtud. Pues, *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él*.

Gen 1, 1.

cf. Hebr 2, 10.

Io 1, 1-3.

Así pues, *Por la fe* —de las Sagradas Escrituras— *conocemos que los mundos han sido dispuestos por la palabra de Dios, de suerte que de lo invisible ha tenido origen lo visible*. Pero Moisés, después de encerrar la suma de toda la verdad acerca de la creación del mundo en aquel único verso, *In principio creavit Deus caelum et terram*, la explicó luego distinguiendo días y especies: que al principio existía una masa de cielo y tierra hecha surgir de tal suerte que absolutamente nada de estas cosas que ahora aparecen o se contienen en la tierra ofrecía una imagen precisa de sí, y nada podía nacer por sí mismo ni ser engendrado, hasta que por voluntad y mandato del Verbo, separada de las aguas con las que estaba mezclada, y del cielo y el firmamento, ocupaba un lugar propio, que habría de poseer por siempre, y recibía, por fin, la capacidad y facultad de engendrar y sustentar, y de conservar las cosas que sustentara. Y a la primera explicación de aquella mezcolanza y mole ciega, y a la primera constitución del tiempo, con el que todas las cosas, excepción hecha sólo de Dios, podían ser engendradas, existir, y ser hechas y ser terminadas o perdurar, de forma certera y franca la llama separación de la luz y de las tinieblas aquel profeta, el cual, en razón de aquellos siglos, al tratar de cosas que se perciben por los sentidos y el intelecto, por debajo de la corteza de sus palabras y discurso da a entender colateralmente otra cosa, que finalmente sería explicada no por él, sino por aquel otro profeta que habría de venir mucho después, [26] del cual él mismo se presentaba como ministro, tal como asimismo esperamos indicarlo a su debido tiempo, con la inspiración del Verbo mismo. Y que la luz primera se hizo, por orden del Verbo, para ser vista y aprobada por Dios, el profeta lo dejó claró con este elogio: *Y vio Dios ser buena la luz, y la separó de las tinieblas; y a la luz llamó día, y a las tinieblas noche, y hubo tarde y mañana, día primero*.

Hebr 11, 3.

[Gen 1, 1].

Gen 1, 4-5.

Así pues, la primera tarea que se cumplió por mandato y Verbo de Dios fue la luz, verdadera imagen de la luz divina y eterna, y tan buena que creó el día, tal cual lo había decidido Dios como oportuno para adornar, calentar y conocer el mundo, y tal cual lo exigía la naturaleza de las cosas a fin de po-

Luz.

- Distinción de los cuerpos. no fue la distinción y desunión de los cuerpos, esto es, la separación de las aguas a las que había correspondido una naturaleza más pesada de aquellas otras a las que había correspondido una naturaleza más ligera, recibiendo orden las unas de buscar y ocupar las alturas, las otras las bajuras, y de este modo contener en el centro el espacio mismo de toda la creación, y extendiéndose entre ambas zonas una capa intermedia, lugar tenue y especialmente idóneo para la expansión y la contracción, cuyo nombre propio era *RAKIAGH*; y luego la índole consolidada y precisa del lugar y circunstancia añadió el nombre de *SAMMAIM*, puesto por el Creador; de éstos, al uno la lengua romana lo llama *expansio* o *firmamentum*, y al otro *caelum*: *Llamó Dios al firmamento cielo, y hubo tarde y mañana, segundo día*. Durante todo ese día aquellas naturalezas aprendieron bien a establecer de inmediato y conservar por siempre las reglas y normas de su oficio y cometido. Separados así los cuerpos, esto es, retiradas las cosas más ligeras y menos densas de la naturaleza y confusión de las más pesadas, sobrevino la separación y constitución de las cosas más pesadas, y la utilidad y fecundidad de las mismas, resueltas también a sus horas y momentos debidos. Pues dentro la clase de los cuerpos más pesados fueron creadas primeramente dos especies: una más densa y más dura, la cual, debido a su peso, había empezado a ocupar el lugar más bajo, esto es, el centro de todo el espacio; la otra, en cambio, fluida y más blanda, la cual podía fácilmente ser hendida, dividida y retirarse y de nuevo unirse y reintegrarse, y que desde el comienzo de la creación cubría y tapaba por completo a la más pesada y densa. Y éstas, por mandato de Dios Hacedor, fueron de tal manera separadas, adaptadas y colocadas, que de ambos cuerpos se formó uno solo, el cual, semejando un globo, permanecía unas veces sólido, otras líquido, y líquido, imitaba y adoptaba la forma de cualquier receptáculo, y con el cuerpo sólido, con poderío insigne para producir, engendrar y alimentar muchas cosas, y con variados jugos, entremezclados para tal facultad con especímenes de diversos lugares, de *IABASSA*, que significa árido y salado, cambió el nombre a *ARETS*, el cual, conservando fuerza masculina, reclama que se le atribuya eficacia y poderío, resistencia e inmovilidad y firmeza, y se arroga, sobre todo, fecundidad. Parece que los latinos, con *terra*, no sólo se esforzaron por traducir este nombre, sino también por remedarlo, cambiando un poco las letras de posición y pronunciación. Con respecto a esto Moisés escribió con toda insistencia lo siguiente: *Dijo Dios: "Júntense en un lugar las aguas de debajo de los cielos, y aparezca lo seco". [27] Así se hizo; y se juntaron las aguas de debajo de los cielos en sus lugares y apareció lo seco; y a lo seco llamó Dios tierra, y a la reunión de las aguas, mares. Y vio Dios ser bueno. Dijo luego: "Haga brotar la tierra hierba verde, y con semillas según su especie, y árboles frutales, cada uno con su simiente según su especie". Y vio Dios ser bueno; y hubo tarde y mañana, día tercero*. De este modo, leemos, fue separada de las aguas el día tercero y recibió el don de la fecundidad y fue adornada con la variopinta y variada especie de las plantas, semillas y frutos: nada más hermoso que este teatro puede verse bajo el cielo, ni nada más placentero y grato para los sentidos. Así está escrito: *¡He aquí que el olor de mi hijo es como el olor del campo cargado de mieses, al cual bendijo el Señor! Y*
- RAKIAGH.
- SAMMAIM.
- Firmamento. Cielo. Gen 1, 8.
- Árida. ARETS.
- Tierra.
- Gen 1, 9-13.
- Gen 27, 27.

retiradas de este modo en un solo día las aguas a ciertos lugares si bien, es cierto, variadamente sinuosos, no obstante ininterrumpidos, y encerradas en una especie de cárcel, la tierra obtuvo un lugar suyo propio, muy firme y para siempre, y alcanzó de la virtud y eficiencia del Verbo divino la facultad de engendrar diversas cosas. Todo este plan divino lo resumió y cantó, admirado, en unos pocos versos el poeta sagrado: *Has establecido la tierra sobre sus bases, para que nunca jamás vacilara. La cubriste del océano abismal como de un vestido, y las aguas se detuvieron sobre los montes. A tu amenaza buyeron, al fragor de tu trueno buyeron asustados, y se alzaron los montes y se abajaron los valles hasta el lugar que les habías señalado. Pusísteles un límite, que no traspasarán, no volverán a cubrir la tierra.* A ningún otro, bien naturaleza o ingenio, corresponde la posibilidad, capacidad y facultad, grata a la tierra, de tantas cosas que procrear y poder procrear y sustentar, ni siquiera en una mínima parte de lo que corresponde sólo a la virtud y eficacia del Verbo. *Porque dijo, y se hicieron; lo ordenó, y fueron creados; los fijó por siempre, y por los siglos; dispuso un precepto, y no pasará.* Pues esta naturaleza de todas las cosas que hay por debajo del cielo y que hay, nacen y se hacen en el cielo, es verdadera y única. La fuerza, digo, el Espíritu y la eficacia, jamás fracasada, del Verbo de Dios, cuya voz, a la cual damos crédito, al ser conocida y pronunciada, suena *IEHI*, y al hablar se atribuye la forma, perpetuidad y constancia del futuro, y con la amplitud de su propia virtud lo abarca todo, trae y saca a la luz todo, todo lo cuida y protege. Así, aquella asombrosa abundancia y variedad de toda suerte de hierbas y plantas, para existir y subsistir, en absoluto son deudoras del calor, luz y beneficios de los astros, que aún no existían.

Ps 103, 5-9.

Ps 148, 5-6.

' 11 '

La tarea del cuarto día fue esta misma que acabamos de mencionar: surgieron los astros y las estrellas, desde luego no por sí solos, sino con la participación de la misma naturaleza común a todas las cosas, esto es, por mandato de aquel Verbo *IEHI*, y asumieron sus correspondientes labor y cometidos, recibiendo éstos la orden de adornar el mundo de noche, áquellos de día, e iluminarlo y actuar sobre él con sus luminarias, y mantener cada uno cursos precisos, dividir y diversificar las horas, y señalar los cambios de las estaciones: el Sol con la misión particular de alumbrar y regir el día, y la Luna con la de dar luz a las noches y procurar humedades y emanaciones diversas. Tales fueron los cometidos de los astros y de las estrellas, tanto las mayores, como las menores, cada una proporcionalmente; [28] aparte de éstos, no leemos que se les otorgara o impusiera nada más en la realidad del mundo.

Dijo Dios: "Haya en el firmamento de los cielos lumbreras para separar el día de la noche, y servir de señales a estaciones, días y años; y luzcan en el firmamento de los cielos, para alumbrar la tierra". Y así fue. Hizo Dios los dos grandes luminarias, el mayor para presidir al día, y el menor para presidir a la noche, y las estrellas; y los puso en el firmamento de los cielos para alumbrar la tierra y presidir al día y a la noche, y separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios ser bueno, y hubo tarde y mañana, día cuarto.

Gen 1, 14-19.

Al quinto día, Dios quiso que las dos regiones de cuerpos líquidos, esto es, *aer* y *aqua*, estuvieran adornadas y pobladas por diferentes especies y múltiples formas de seres vivos y sensibles, una parte de los cuales podría mover-

se y mudar el lugar de residencia, y la otra estaría casi fijada a su hábitat, para el cual era engendrado, o ni siquiera emigraría de lugar. Además, obtuvieron la capacidad de movimiento, y añadió miembros y partes idóneas para hendir el aire o el agua, o formó cuerpos ágiles, lúbricos y apropiados para nadar. El origen remoto de todos estos seres estuvo en las aguas, tras condensarse los elementos más pesados, de naturaleza semejante a la tierra, pingües y lácteos, y adquirir la forma de huesos, carne, plumas, o escamas y alas. Luego le fue asignada a cada especie una región, con frecuencia exclusiva, de suerte que unas habitaban las tierras y los vientos, y respiraban el aire, y podían recorrer volando el firmamento y buscar las alturas; otras, en cambio, habitaban siempre en las aguas, que surcaban nadando; pero algunas estaban dotadas con la facultad intermedia de habitar y recorrer ambas regiones, y se las llamaba con dos calificativos, esto es, volátil y reptil, o sólo con uno de los dos. Pues que las aves puedan caminar, dotadas de patas, también por tierra, lo obtuvieron, cuentan, por interés de propagación y descanso de sus vidas. *El ave nace para volar*, dice Job. Así pues, en el quinto día las aguas, con el respaldo del Verbo de Dios, proporcionaron y mostraron, tanto para el firmamento emparentado con ellas como para ellas mismas, populosas y variopintas colonias de habitantes y animales.

Job 5, 7.

Gen 1, 20-23.

Y dijo también: "Hiervan de animales las aguas y vuelen sobre la tierra aves bajo el firmamento de los cielos". Y así fue. Y creó Dios los grandes monstruos del agua y todos los animales que bullen en ella, según su especie, y todas las aves aladas, según su especie. Y vio Dios ser bueno, y los bendijo –esto es, con el poder de la palabra les otorgó la facultad y la felicidad de procrearse y propagarse– diciendo: "Procread y multiplicaos y henchid las aguas del mar, y multiplíquense sobre la tierra las aves. Y hubo tarde y mañana, día quinto.

Mas el Creador, sapientísimo, quiso que el disfrute del asiento y lugar más sólido, esto es, la cómoda morada de la tierra, fuera otorgada a sus propios habitantes, cuyos cuerpo ordenó que estuvieran hechos a partir, sobre todo, de la propia tierra, esto es, a partir de aquella naturaleza pesadísima, a la cual, por estar dotada, como decíamos, de variados jugos y humores, se le había dado el nombre de *ARETS*. [29] Y de este modo, todos los animales, tanto si son cuadrúpedos o se apoyan y caminan sobre más de cuatro patas, como si reptan con muy pocas o carecen de patas, con la sola palabra de Dios que lo quiere y ordena, proporcionando la tierra la materia, nada más recibir la orden, surgieron de repente, esto es, en un espacio de tiempo más breve que medio día, y reconociendo a la madre común y alegrándose de ella, la adornaron. Acerca de esta diversa y variopinta especie de animales que brota de la tierra al mandato sólo de Dios, que así lo ordena, leemos lo siguiente:

Gen 1, 24-25.

Dijo luego Dios: "Brote la tierra seres animados según su especie, ganados, reptiles y bestias de la tierra según su especie". Y así fue. Hizo Dios todas las bestias de la tierra según su especie, los ganados y todos los reptiles según su especie. Y vio Dios ser bueno. En verdad, entre todas estas especies de seres vivos, no hubo ninguno al que no le correspondiera una naturaleza singular, aprobada por Dios y destinada a una utilidad concreta, ni hubo ninguno que no adornara a esta multitud del orden inferior con su propio nombre y pro-

porcionase la utilidad de un sin fin de servicios y labores: hasta tal punto las catervas de reptiles ofrecían una imagen, por así decirlo, de reino y estado en perfecta armonía. Pero, en verdad:

*Aún faltaba un animal más noble, dotado de espíritu sublime
y que fuese capaz de ejercer dominio sobre los restantes.*

Ov. Met. I 76-77.

Y por cuya causa especialmente había sacado Dios a la luz de entre las tinieblas al mundo y todo este ornato del mundo. Por eso quiso que éste fuera creado con singular designio y esfuerzo la misma jornada, esto es, el mismo día en que habían sido creados los demás animales, para que los demás le reconocieran y aceptaran como príncipe y él mismo se reconociera como mucho más poderoso que aquéllos, y se comportara como el señor supremo de todos los demás, y gobernara y castigara a los demás, actuando según su criterio.

Hagamos —dijo— al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella.

Gen 1, 26.

CAPÍTULO VIII.

DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Dios quiso, en un principio, que el hombre fuera hecho de dos partes, estando la una compuesta de una masa bastante pesada y densa, careciendo, en cambio, la otra por completo de densidad y masa, y enteramente formada de aquella clase de cosas, a la que por la excelencia de su naturaleza se le dio el nombre de *spiritus*. Y así debió ser hecho por Dios, de suerte que, lo mismo que el mundo está compuesto de naturalezas de especies inferiores y superiores, esto es, de cielo y de tierra, también el hombre resultara compuesto de una parte, por así decirlo, más divina y que no pudiera ser percibida por la vista y demás sentidos, y que superase, no obstante, en dignidad al cielo mismo, y de una segunda parte que pudiera ser realmente vista y tocada, esto es, de tierra (a la cual también sobrepasaría en dignidad). En el habla común y corriente llamamos a aquella parte alma o espíritu, a ésta cuerpo. [30] En efecto, todo lo que hubiera de cualquier modo en los restantes seres vivos, había decidido que fuera engendrado y hecho a partir de la tierra, tanto si esto era en ellos más denso, como el cuerpo, como si era más ligero y sutil, como el alma. Por lo cual, era imposible que hubiera en los demás seres vivos algo de entendimiento o conocimiento que se extendiera más allá de las cosas que pueden percibirse con los sentidos; en el hombre, en cambio, habría no sólo sentido, como en los demás dotados de alma, sino la capacidad, que sería muy superior, de comprender y saber, y ésta gobernaría tanto a los cuerpos como a las cosas terrestres no sólo por la especie y definición de su naturaleza, tal como el cielo a la tierra, sino con imperio, poderío y acción, tal como

Partes del Hombre. Cuerpo.

Espíritu.

Cielo. Tierra.

Alma.

las cosas divinas y espirituales a las mundanas, y lo regiría todo sometido a ella, y finalmente disfrutaría de tal fortuna, que, aunque el hombre podría ser llamado térreo y animal, por la parte que había obtenido de la tierra, no obstante, por la parte que le había correspondido por comunicación, eficiencia y don particular de Dios, sería considerado divino y contendría, él sólo, el nombre y dignidad así de la tierra como del cielo, y sería finalmente ejemplo y modelo del gran mundo entero, algo en verdad pequeño por tamaño y peso, pero grande e importante por poder, dignidad y hermosura, por su naturaleza superior semejante a Dios, por la inferior algo menor a los ángeles, pero coronado de gloria y honor por Dios, para que no sólo estuviera al frente de los demás seres vivos que se contienen bajo el cielo, sino que mostrara la imagen y semejanza de Dios su creador y convenciera hasta a los propios ángeles y, más aún, a las restantes naturalezas inferiores a él mismo. Desde luego, ninguna de todas las cosas que han sido creadas, hechas y engendradas, existiría sin el poder y la luz divina, puesto que todas las cosas aparecieron y surgieron con la palabra de Dios y manifiestan, cada una en sí misma, la obra de Dios, así para la vida como para la muerte; y de éstas, unas son eternas, perpetuas e inmortales, como los ángeles y todos los espíritus celestiales; otras mortales, como todos los seres vivos que nacieron de la tierra; algunos en parte no pueden morir, en parte no son eternos por su naturaleza, como el hombre; éste, no obstante, es el único que nació con el privilegio de la imagen y semejanza de Dios. En efecto, no leemos que ninguno de los ángeles fuera imaginado, compuesto y finalmente creado, como el hombre, a imagen de Dios.

Gen 1, 27. *Y creó Dios al hombre a imagen y semejanza suya, a imagen de Dios lo creó.*

Toda la naturaleza, tanto la que existe por sí misma y se atribuye eternidad, esto es, la divina, Dios mismo, como la que fue creada por la voluntad y el Verbo de Dios Hacedor, es luz o comparte y participa de la luz. Y Dios quiso que la luz, una vez separada de las tinieblas, fuera recibida y conocida, y una vez conocida, alabada. Así está escrito: *Y vio Dios ser buena la luz. Y fue propio del designio y beneficio divino realizar una creación que pudiera servirse y disfrutar del conocimiento de ambas luces; y para que pudiera ejercer y obtener esto con más facilidad y eficacia, fue menester que estuviera dotado del don de ambas luces, la divina, por una especie de concesión y comunidad generosamente regalada, y la natural, por armonía y obligación de la propia condición. El hombre obtuvo una condición propia, con la cual fue creado de la tierra, llamada animal; la otra, que se puede llamar participación de la luz divina, [31] no la recibió de la tierra, sino por la inspiración y fructificación, pues es posible hablar así, asombrosa y excepcional de Dios. Hasta tal punto surgió así, que tenía en sí mismo tanto la capacidad de conocer las cosas divinas como las humanas, capacidades ambas que no deberían de atribuirse a él, sino consignarse como recibidas, a su manera, de Dios. Así está escrito: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?* Pues los ángeles, aunque participen de la luz eterna y espiritual, y por ello puedan conocer a Dios y las cosas espirituales, y con idéntico nombre reconozcan, manifiesten y proclamen a Dios como creador de ellos mismos y de su luz, no obstante, dado que no participan de la*

Gen 1, 4.

1 Cor 4, 7.

luz corpórea, a la cual llamamos en este capítulo natural, aunque se diga que la conocen como creada fuera de ellos, sin embargo, no la reconocen como parte, porción, posesión, o condición suya propia. Así está escrito: *Palpadme y ved que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo*. Quien no lo tiene, en modo alguno lo puede conocer. Así pues, Dios, a partir de una única partícula de la heterogénea tierra, a la cual por su calor y vigorosa grasa se le dio el nombre de *GHAPHAR*, modeló un cuerpo apto para acoger al alma y obtener la vida, bien compuesto con una admirable estructura y utilidad de miembros y partes, con un par de piernas y brazos, pies y manos para usar, e igualmente con ojos, oídos, y narices colocadas en una única cabeza, con diestras y siniestras, más firmes éstas, más ágiles y prestas aquéllas, con sólo una boca y una única lengua, ideal para formular y articular palabras y frases; pero con partes interiores no muy distintas de la clase y posición de los restantes seres vivos, en especial, los cuadrúpedos, excepción hecha del corazón, de suerte que, dado que su forma y manera de crecer y alimentarse no habría de ser muy diferente, tampoco sería dispar la oportunidad de sus lugares, fábricas, cometidos y actividades. Y a esta creación forjada por Él, dióle el Hacedor espíritu y alma, no creado de la tierra o de elementos algunos de cuerpos térreos, tampoco del agua o del aire, ni del fuego, sino inspirado con nueva y singular eficiencia a imagen y semejanza del propio Creador, esto es, de Dios, del cual sería o se diría una especie de soplo del Espíritu divino o un hálito de vida divina. Tan pronto como éste fue introducido en el cuerpo, ya creado, conoció la capacidad y facultad de vivir, sentir, moverse, y de conocerse a sí mismo, las demás cosas y a Dios; facultad, digo, doble, la una capaz de dedicarse al cuerpo y los usos corporales, y la otra capaz de consagrarse y aplicarse al espíritu mismo, a Dios, y a conocer, hacer, cumplir y obtener las cosas divinas; y ambas, como las demás cosas, las recibió de Dios el espíritu mismo, el alma misma, y al recibirlas, debió y fue capaz de ejercitarlas con idéntico derecho, como es debido. Pero esta doble porción de alma, para distinguirlas y delimitarlas, fue menester llamarlas con dos nombres distintos, lo cual sabemos que fue hecho y transmitido de diferentes formas por diferentes hombres expertos tanto en lenguas como en cosas, llamándolas unos *appetitio* y *ratio*, otros *anima* y *animus*, y otros de otras maneras; y que el hábito de la lengua original llama a la porción superior y mejor *RVAHH*, esto es, *spiritus*, a la inferior *NEPHES*, esto es, *anima*, y que, desde luego, el hombre tiene a un tiempo ambas porciones, siendo, no obstante, la fuerza y dignidad distinta y dispar, porque es sabido que la una es y se dice macho, la otra hembra.

Lc 24, 39.

GHAPHAR.
Limo. Cuerpo.

Espíritu.

Modeló Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado.

Gen 2, 7.

Instruidos, llamamos *anima* a la parte primera o inferior, y a la segunda ser vivo o vida, juntando los vocablos *NEPHES HHAIAH*. Y creó Dios al hombre a imagen y semejanza suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra; y los bendijo Dios, diciéndoles: "Procread y multiplicaos, y benchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra".

Gen 1, 27-28.

Del mismo modo, forma y manera, con que el primer hombre había sido creado, ordenó Dios a todos los hombres procrear y multiplicarse, esto es, que cada uno fuera macho y hembra, que cada uno colmara la tierra, y sometiera y dominara a los peces, las aves y a todos los seres vivos. A esta naturaleza así formada de alma y cuerpo, dado que Dios la había modelado y hecho con tierra fértil, jugosa y provechosa, la cual en la lengua sagrada se llama *ADAMA*, Él mismo le suplicó con el nombre de *ADAM*, modificando, pues, el nombre del femenino al masculino, el cual, aunque designa una naturaleza semejante, denota, no obstante, una fuerza y disfrute de la tierra más potente, del mismo modo que entre las cosas lo que es masculino aventaja y sobrepuja a lo femenino. Y en efecto, que tal fuerza e índole del macho existe y es conocida, la sabiduría lo demanda; o cómo y cuán grande surgió el hombre de este único nombre, creado por esfuerzo divino, claramente se comprende, sin duda térrero, pero macho y hembra al mismo tiempo, al mismo tiempo poderoso para sí, al mismo tiempo cediendo y retirándose ante su propio poder, y al mismo tiempo por ambas partes ni inútil ni ocioso, sino que, por la que era macho, especialmente activo, y dominante, en la porción mejor de sí mismo semejante a Dios y partícipe de la luz divina, y por la parte inferior dueño de la fuerza y naturaleza de la tierra, la cual era idónea para dar cabida a tan gran imagen y semejanza. Y toda esta creación la sabiduría divina la había hecho y realizado de tal manera, de tal manera aventajaba asimismo a todas las demás cosas y seres vivos, creada como había sido de manera apropiada y armoniosa, que causaba la opinión de lo bueno y perfecto, y reclamaba el ornato y disfrute del mundo, y el reconocimiento y alabanza de todos para su creador, y agotaba todo el modelo de creación en adelante, y culminaba el tiempo de crear todas las cosas. Así está escrito: *Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho*. Todas las demás cosas, cada una según su especie, eran buenas; pero, tras la creación del hombre, al cual todas las demás cosas estaban destinadas, Dios, a quien en último término debían estar destinados el hombre junto con las restantes cosas, las aprobó con el juicio y elogio de muy bueno: *Y eran muy bueno, y hubo tarde y mañana, día sexto*. Y la última tarea a la hora de crear, adornar y acabar este mundo visible fue el hombre, por cuya causa dicen que fueron creadas y realizadas todas las cosas que pueden verse y percibirse. [33] Pues es sabido que la naturaleza y especie de todos los seres vivos fueron creadas y entregadas, una a una, al hombre para su obediencia; pero el fruto y propiedades de todas las plantas lo concedió para su disfrute tanto a los demás animales, en razón e interés de cada uno de ellos, como, en especial, a este hombre, gobernador de los seres vivos.

Gen 1, 29-30.

Dijo también Dios: "Abí os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la faz de la tierra, y cuantos árboles producen fruto de simiente, para que todos os sirvan de alimento. También a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todos los seres vivos que sobre la tierra están y se mueven les doy para comida cuanto de verde hierba la tierra produce".

Cómo y cuán grande, en comparación con los restantes seres vivos ensalzados, éste, al que llamamos hombre, surgió como naturaleza, fácilmente llega

a saberlo cualquiera que preste atención, puesto que su cuerpo habrá sido modelado con designio y celo excepcional con limo escogido de la tierra e idóneo, y su alma a imagen y semejanza de su poderoso creador y soberano. Por el contrario, cuánto conocimiento y sabiduría de cuantas cosas hay bajo el cielo ha llegado a adquirir, su propio dominio, principado y experiencia lo pone de manifiesto. En efecto, Dios quiso que ninguna especie animal quedara exceptuada de la obediencia a aquél; por eso quiso asimismo que ninguna rehusara totalmente conocer a aquel que había de gobernarla. Además, quien quiso poner a su disposición todas las naturalezas y tipos de hierbas, árboles y plantas, tanto para comida suya propia y de los restantes seres vivos como para acopio de alimentos, quiso igualmente concederles conocer su poder y eficacia, y la ciencia, utilidades, momentos de sazón y toda la historia de los jugos, de suerte que, lo mismo que el alimento y pasto, como es sabido, lo conocieron los demás seres vivos, cada uno el suyo, sin que nadie, salvo el Verbo de Dios, se lo enseñara, así también, y hasta mucho mejor, el hombre conoció lo que la tierra produce para comer para él y los demás, y lo que provee para disfrute y comida propia y de los demás, proporcionando y suministrando en abundancia el Verbo lo que se le ofrece a la vista. Pues esto se corresponde con el nombre y ejemplo de muy bueno. *Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho.*

Gen 1, 31.

CAPÍTULO IX.

DE LA COMUNIÓN Y SOCIEDAD DE HOMBRE Y MUJER

Dios, dispuesto a fomentar y promover la propagación de la raza, oficio y facultad, concedida al hombre, el mismo día en que aquél fue creado, le dio la opción de elegir consorte, luego de haber traído ante sus ojos todas las formas de seres vivos que pueden habitar las tierras por debajo del cielo, para que, conociéndolos, les pusiera nombre uno a uno, y se dieran éstos a conocer a aquel que se serviría de ellos durante su vida. Pues bien, como para el hombre mismo, en tanto que era hombre, la parte de naturaleza no era compacta, sino que constaba de dos porciones, a saber, el reflejo de la semejanza divina o porción masculina, y la porción inferior propia de la naturaleza terrenal o sustrato femenino, [34] la cual regía y gobernaba la primera, como si fuera un príncipe, así para todo aquel mismo hombre completo sería conocida y tomada la consideración oportuna de cómo debía ser propagada la prole. Pero de entre todas las especies de seres vivos que había procreado la tierra no se pudo hallar una apropiada e idónea para el hombre con vista a la procreación de su propia raza, puesto que la naturaleza entera de cada uno de ellos, incluso la de los mejores, era enteramente terrenal, y no tenía nada en común con los espíritus celestiales, ni con la imagen y semejanza de Dios, la cual era elogiada en el hombre como su porción mejor y más digna; y tampoco constaba de dos nombres y realidades, macho y hembra. En efecto, en todas ellas sólo había una energía y realidad femenina, esto es, tan sólo una

Gen 2, 19-20.

naturaleza terrenal y sujeta a los sentidos, cada una, desde luego, diferenciada por maneras diferentes de vivir y de ser útil, pero de ningún modo idónea para el hombre, ni por su oficio ni por sus cualidades ni por sus características, para la comunión y sociedad con él o para engendrar y procrear una descendencia semejante a él; cosa que el propio hombre, tras declararlo abiertamente, comparándose a sí mismo con los demás, entendió claramente cómo y cuán grato sería para su creador, y comprendió con criterio acertadísimo cómo debía él protegerse y conservarse. *Y se dijo el Señor Dios: "No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda proporcionada a él". Y el Señor Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los seres vivos el que el hombre les diera. Y dio el hombre nombre a todos los seres vivos, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo; pero no encontraba el hombre ayuda semejante a él.* En efecto, todos los demás seres vivos, aunque habitaran en la tierra y, en parte, poblaran una región más elevada que la tierra, sin embargo, distaban por completo de la imagen y semejanza de Dios, la cual sólo el hombre portaba especialmente; lo mismo que aquellos que tomaran origen y raza sólo de las aguas o de la tierra. Pero era totalmente conveniente que el hombre tuviera una ayuda, semejante a él, con cuyo apoyo pudiera procrear una descendencia igualmente semejante; pero esto no pudo realizarse con el parecer, hallazgo y celo del propio hombre, el cual ya había sido creado, sino que también estaba reservado a Dios Hacedor, cuya imagen también reflejaría la ayuda. Así pues, a partir de la carne y huesos del hombre, que ya había sido creado por Él, formó Dios a su compañera de vida y consorte de raza, de naturaleza más delicada y tierna, puesto que no la hizo de aquella tierra bastante dura, con la cual modelara al hombre, sino con la arcilla misma, pero ya ablandada y solidificada en carne y huesos; pues las ramas que, injertadas, retoñan en tronco ajeno, obtienen el cuerpo de un árbol mejor y más tierno. Por lo cual, aquella compañera, cuyo cuerpo había sido sacado y formado a partir de la carne y huesos del hombre, convino que fuera más débil de fuerzas, más sensible de espíritu, y de carácter más delicado y complaciente, de modo que, aunque fuera por naturaleza muy semejante a su cónyuge, cediera, no obstante, ante el origen, fuente y principio de su naturaleza, y le obedeciera y secundara. *Hizo, pues, el Señor Dios caer sobre el hombre un profundo sopor; y dormido, tomó una de sus costillas, cerrando en su lugar con carne, y de la costilla, que del hombre tomara, formó el Señor Dios a la mujer, y se la presentó al hombre. [35] El hombre exclamó: "Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se llamará varona, porque del varón ha sido tomada".*

Gen 2, 21-23.

¶ N

Con el vocablo de la lengua original IS se nombra al que la lengua romana llama *Vir*; por eso, el propio *Vir* decidió que aquella ayuda tan semejante a él debía llamarse *ISSAH*. Y entonces a la naturaleza del hombre le fue concedida y procurada la posibilidad, oportunidad y capacidad para propagar su descendencia, brindándosele para ello una ayuda, ayuda, exceptuando la diferencia de sexo, muy semejante a él en todo, esto es, tanto en los miembros del cuerpo, como en la doble porción del alma, compuesta de macho y hembra: el alma, para conocer y reflejar a Dios Creador; el cuerpo y los sentidos,

para conservar la naturaleza tanto humana, esto es, terrenal, como animal. Que ambas energías y naturalezas, tanto la masculina como la femenina, las recibió del Hacedor, lo pone de manifiesto la lectura divina. *Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra.* Lo que leemos antes de la creación de la mujer, hay también que referirlo a aquella creación anterior que fue modelada de la arcilla, aunque, al final, haya que transferirlo también a la creación posterior de la compañera, en cuya creación no se emplean las palabras “modelar” o “formar”, sino “hacer” y “edificar”. Y en verdad, a uno de los dos compañeros, al que había sido creado en primer lugar y solo, se le adjudica el verbo *LATSAR*; a la otra, en cambio, que había sido tomada de éste con posterioridad, el de *BANAH*, el cual vertemos al latín como *aedificare* y *procreare*. Y de este modo, toda esta creación, a la cual damos el nombre de *Adam* o de *homo*, diferenciada en dos sexos, *IS* e *ISAH*, o hombre y mujer, que esta constituida de una energía y naturaleza macho y hembra, esto es, de *animus* y *anima*, es la primera imagen de Dios formada en la tierra; de suerte que ésta, lo mismo que Dios gobierna y dirige al cielo, a los espíritus del cielo y al propio hombre, el cual también tiene un origen celestial, igualmente gobernaría la tierra, a todos los seres vivos de la tierra, y a los que habitan en el agua, y a los que vuelan sobre la tierra. Así está escrito: *Los cielos son cielos para el Señor; la tierra, en cambio, se la dio a los hijos de los hombres. Dios, Señor nuestro, ¡cuán magnífico es tu nombre en toda la tierra! ¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que de él te cuides? Y lo has hecho poco menor que los ángeles, le has coronado de gloria y honor. Le diste el señorío sobre las obras de tus manos, todo lo has puesto debajo de sus pies, todas las ovejas y bueyes, además de las bestias del campo; las aves del cielo, los peces del mar, todo cuanto corre por los senderos del mar.* De este modo, por magnanimidad divina, había obtenido el hombre en la tierra la semejanza de Dios, no sólo por mente y espíritu, sino también por capacidad y función de mando. Pero tal como en los restantes seres vivos e incluso en el propio hombre el ayuntamiento de macho y hembra tiende al fruto y a la propagación, así en el hombre mismo aquella coyunda íntima y arcana de macho y hembra, esto es, la conjunción de *animus* y *anima*, estaba prevista para engendrar el fruto de la vida divina; y por acá mira a aquella bendición y fecundidad concedida, por acullá aquella facultad y advertencia proclamada: *Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad, etc.*

Gen 1, 27.

Hacer.

יָצַר

בָּנָה

Ps 113, 16.

Ps 8, 2.

Ps 8, 5-9.

[Gen 1, 28].

CAPÍTULO X. DE LA LEY NATURAL

[36] Creadas y perfiladas por Él cada una de las especies, la virtud y eficiencia del Verbo dio leyes precisas sobre la naturaleza y eficacia; pues no quiso que hubiera en el cielo o bajo el cielo nada libre de actuar o padecer, nada ocioso, nada que, en razón y manera de su facultad y condición, no imi-

tara el ejemplo del Creador mismo, siempre vivo y siempre activo; y que de este modo todas las especies proveyeran el ornato, provecho y gloria del mundo. Pero que esto mismo fuera instituido, hay que consignarlo como grato a la justicia, tal como fue atribuido a la bondad, virtud y eficacia infinita, que todas estas especies fueran creadas y existieran. De tal manera, pues, fueron cumplidos y observados los cometidos asignados, por designio y mandato de Dios, al cielo y a las luminarias y estrellas del cielo, que dividen el día y la noche, y existen según las constelaciones, las estaciones, los días y los años, y lucen en el firmamento del cielo e iluminan la tierra. Y quedó establecida la ley perpetua de opacidad de la tierra y de producción, diversificación y sustento de plantas de toda especie; y en tanto permanece libre e independiente, y ninguna fuerza foránea la obstaculiza, garantiza esto con constantes maravillas. Y las plantas, que conservan por siempre la abundancia de fruto y semilla concedida, los suministran. *Haga brotar la tierra hierba verde, y con semillas según su especie, y árboles frutales, cada uno con su simiente según su especie.* Todas las formas de seres vivos, las que viven en las aguas o las que habitan y recorren las tierras, diferenciadas según especies, se observa que son incluso idóneas para sus propios hábitos, tanto si aquéllas se vuelcan por sí solas en el desempeño de su cometido, como si son amaestradas y adiestradas por la maña y el celo de los hombres. Y de hecho, sabemos que los nombres fueron puestos por el primer hombre a cada una de las especies según la propia utilidad y propiedad de cada naturaleza. Y mientras éste meditaba su propia ayuda, sabiendo claramente en qué, para qué y cómo podía realmente servirle y obedecerle, echó en falta aquello de lo que especialmente tenía necesidad, algo semejante a él mismo. Todo ser vivo al que el hombre nombró, tiene su nombre, puesto según la naturaleza de su oficio, del mismo modo que a la mujer se le puso finalmente el nombre de *ISSAH*. Y aquello que, al ser llamadas cada una de las especies de cosas desde las tinieblas a la luz, esto es, al ser creadas para formar parte del mundo, leemos añadido, *Et factum est ita*, en la teoría y práctica de la lengua sagrada se puede llamar verdad o ley perpetua, constante e inmutable; y lo mismo es claro para los eruditos a partir del habla y observación de aquella lengua en que toda esta doctrina e historia fue dada a conocer por vez primera; de cuya especie son los siguientes testimonios y ejemplos: ²³³*El ave nació para volar. ¿Das tú al caballo la bravura? ¿Revistes su cuello de tremolante crin? ¿Se remonta por orden tuya el águila y hace su nido en las alturas? [37] ¿El ala del avestruz es acaso semejante al plumaje de la cigüeña y el balcón, cuando abandona sus huevos en la tierra y los deja calentarse en el suelo? Se olvida de que puede aplastarlos algún pie o cascarlos una fiera salvaje; es cruel con sus hijos, como si no fueran suyos; por un afán inútil no se inquieta. Es que Dios la privó de sabiduría, y no la dotó de inteligencia. El milano en el cielo conoce su estación; la tórtola, la golondrina y la cigüeña conocen la época de sus migraciones. Las hormigas, pueblo nada fuerte, que en verano hace sus provisiones. El lagarto, que se agarra con la mano y habita en los palacios de los reyes.*

Gen 1, 11.

ictum est ita.

Iob 5, 7.

Iob 39, 19.

Iob 39, 27.

ob 39, 13-17.

Ier 8, 7.

Prov 30, 25.

Prov 30, 28.

En fin, los cuerpos mismos, tanto los que son sensibles al movimiento y al sonido, a saber, el aire, el viento, el agua y el fuego, como lo que son mu-

dos, fijos y más sólidos, no tiene un papel indolente y ocioso en el conjunto del mundo; antes bien, no sólo contribuyen al ornato del orbe, cada uno según su especie y forma, sino que están dotados de la facultad de debilitar, o de restablecer y sustentar los logros de los demás. *El fuego, el granizo, la nieve, la bruma, el viento tempestuoso, que ejecutan su palabra. Tú haces manar las fuentes en los valles; por entre los montes corren las aguas; abrevan a todas las bestias del campo, en ellas apagan su sed los onagros; sobre ellas habitan las aves de los cielos, de entre sus rocas dejan oír sus cantos. ¡Todas las cosas las hiciste con sabiduría! ¡De tus riquezas está llena la tierra!* Por lo cual, el poeta exhorta a la naturalezas y formas de las diversas cosas, cuantas se ven y contienen en cielo y tierra, a proclamar la sabiduría de su creador, no tanto con la voz y el sonido, cuanto con el ejercicio y práctica de su cometido: *Los montes y todos los collados, los árboles frutales y los cedros todos; las fieras y todos los ganados, los reptiles y las aladas aves.* Y todo lo que el supremo Hacedor adjudicó a cada especie de cosas con la condición de hacerlo o padecerlo, establecido con pacto perpetuo, lo llamamos derecho, deber, oficio, mandato, y elección, o principio y estatuto, e incluso precepto. Tal como, acerca de las aguas, está escrito: *Pusisteles un límite, que no traspasarán, no volverán a cubrir la tierra. Los fijó por siempre, y por los siglos; dispuso un precepto, y no pasará.* Pues, en cuanto a estas palabras –ley, precepto, estatuto, elección, y mandato, y estancia, y domicilio, y similares– hay que considerar que nos está permitido hacer uso de ellas para remedar la lengua sagrada, incluso al tratar de aquellas cosas que se considera que carecen de significación y sentido.

Ps 148, 8.

Ps 103, 10-12.

Ps 103, 24.

Ps 148, 9-10.

Ps 103, 9.

Ps 148, 6.

CAPÍTULO XI.

DE LA ELECCIÓN Y LEY DE LOS ÁNGELES

Oímos y contamos que aquella notable muchedumbre de espíritus creada por Dios estaba dotada de gran inteligencia, conocimiento y sabiduría –si bien jerarquizada en diferentes órdenes de inteligencia y sabiduría–, como incluso de acción y ministerio. Y en verdad, que toda esta muchedumbre se consagrara a sus deberes y obligaciones –unos a unos, otros a otros– y fuera una servidora prestísima y prontísima de su voluntad y magnanimidad para con el género humano, [38] tal había sido la voluntad del Hacedor, el cual, con parecer muy sabio y muy bondadoso, había dispuesto y fijado, en el reparto de las obligaciones, qué convenía a cada cosa en razón de su naturaleza. Y a tal reparto según el cometido, ejercicio y práctica de cada una de las cosas, lo llamamos justicia, acerca de la cual está escrito: *Justo es el Señor y ama la justicia, y los rectos contemplarán su rostro.* Puesto que Él había hecho todas las cosas con número, peso y medida, asignó a todas, como ya recordamos, un cometido propio, de suerte que la naturaleza entera de las cosas superiores e inferiores, consagrándose al desempeño de tal cometido, obedeciera la voluntad y designio del Hacedor. Y como la naturaleza de los espíritus superiores

Ps 10, 8.

estaba dotada de la facultad del conocimiento, comprendió –sugiriendo, instruyendo y enseñando el propio Hacedor– qué tenía que hacer y conseguir, dónde y cómo debía cumplir el propósito divino. Pero la celeridad y eficacia de todos los espíritus en saber y ejecutar la voluntad de Dios fue prestísima, y para mejor expresarla y la comprendamos, se describe con el símil e invocación del espíritu y el fuego: *Tienes por ángeles espíritus y por ministros llamas abrasadoras*. Pero está demostrado que todo el ministerio en conjunto tiene como fin el interés y provecho de los hombres. *¿No son todos ellos espíritus administradores, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud?* Y a los consagrados a este ministerio se les había concedido disfrutar de una dicha propia, esto es, de la visión perpetua de Dios, y de una gracia inenarrable, y de una abundancia absoluta e inmensa de gozos, y de un reino, en fin, riquísimo y felicísimo. *Guardaos de despreciar a uno de estos pequeños; porque, en verdad, os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi padre que está en los cielos*. Y uno de aquel gremio, hablándole a Zacarías, dijo: *Yo soy Gabriel, el que está delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y comunicarte esta buena nueva*. Y esta dignidad y grandeza del ministerio, la autoridad adjunta del nombre frecuentísimo de Dios o del Señor la pone claramente de manifiesto. Y en verdad, la condición de emisarios y la dignidad de aquel que les envía anuncian su grandeza y ministerio.

Es así que servir a Dios iguala la gloria y dicha de reinar. *Los que la sirven, rinden culto al Santo; a los que la aman, los ama Dios. El que la escucha, juzgará a las naciones; el que la contempla* (la sabiduría de Dios), *vivirá siempre confiado*. Es menester, no obstante, que todos los gremios de ángeles no sólo examinen atentamente la naturaleza del hombre, por cuya causa debían servir a Dios, sino que también observen su dignidad, grandeza, facultad y demás ornamentos, donados por Dios su Hacedor, y de este modo sabrían claramente a quién, por qué y en qué casos deberían ellos ejercer su ministerio. Y a estos ministros de Dios les había sido comunicado y explicado el designio de crear al hombre, a cuya causa y necesidades no sólo obedecería la hermosura, ornato y tropel entero de este mundo, sino que también, por providencia y gracia singular, sería sembrado un jardín admirable por la lozanía y beneficio de sus plantas, surtido por una fecundidad extraordinaria, y adornado por un encanto inmarcitable y perpetuo, [39] y en el que el hombre, viviendo allí, contaría con la gracia y ocasión de hablar con Dios; hasta el punto que podría parecer y decirse claramente que el hombre fue erigido como una especie de Dios para este mundo por Dios, el Hacedor y dueño de los cielos. Así está escrito: *Los cielos son cielos para el Señor; la tierra, en cambio, se la dio a los hijos de los hombres*. Así pues, esta voluntad divina de realzar y engrandecer al hombre, entendemos que Dios la hizo manifiesta enviando como emisarios suyos a todos los espíritus, esto es, a todas sus tropes de ángeles, desde el comienzo mismo de aquéllos.

CAPÍTULO XII.

DE LA MALDAD, DEFECCIÓN Y ABDICACIÓN DE ALGUNOS ÁNGELES

Entre los tropes de ángeles sabemos que hubo uno, de nombre HILEL, príncipe de los espíritus, honrado más que muchos otros por el Creador con dotes egregias, el cual, por causa de la excelencia y privilegio de sus dones y poderes, los profetas divinos, con imagen propia de la lengua arcana, proclaman que nació de mañana. Y éste, sabedor de su poderío y grandeza, y satisfecho en demasía de la hermosura que le correspondiera por don del Hacedor, maquinó urdir asechanzas y engaños contra la generosidad del designio divino de enaltecer al hombre, sobre cuya naturaleza y realidad había sido instruido, envidiando, sin duda, que la máxima dignidad y grandeza en la tierra estuviera dispuesta para aquella raza de los hombres, y mal llevando que él estuviera destinado para un ministerio de inferior naturaleza, puesto que se consideraba, antes bien, capaz e idóneo para ejercer el imperio sobre tierras y hombres, como que él era —a su juicio— el más sabio para forjarse, tomar y adoptar una resolución según las circunstancias, y superior por sabiduría, sagacidad e inteligencia, no sólo al talento humano, sino también a muchos de las centurias de espíritus sublimes, en verdad nacido de mañana y admirable por la excelencia de su luz y hermosura.

Y éste, cuando advirtió, tanto por la sabiduría depositada en él, como por la explicación de la ley divina revelada a él y a los demás, que la naturaleza del hombre estaría constituida de dos porciones, luego de tramar astutamente consigo mismo en qué parte podría trastornar el propósito de Dios, o al menos obstaculizarlo, lo hizo partícipe a los demás espíritus. Y de este modo, comenzó no sólo a ambicionar la tiranía sobre el hombre y el mundo, sino incluso a procurarse un renombre y gloria pareja al propio Dios.

Luego que hayamos reconstruido con nuestro relato este engaño propio de la malicia, lo probaremos explicando el vaticinio y oráculo de Dios. Y será posible, en este capítulo, indagar e investigar y preguntarse con asombro, de qué modo, en qué circunstancias y con qué poderes el Hilel este, cuya historia ahora narramos, fue capaz de enfrentarse a Dios y de considerarse igual y semejante a Él, puesto que no es razonable ni para la naturaleza ni para la persona, que lo que tiene origen, término y medida, tenga comparación y parangón con lo infinito, eterno e inmenso. [40] Pues todas las cosas que acerca de Dios vienen a la reflexión y consideración de los hombres, suelen, en fin, referirse principalmente a tres apartados, o categorías, las cuales, aunque sean iguales entre sí —siempre que admitamos las nociones y vocablos igual y desigual para lo inmenso—, se designan, no obstante, con la siguiente sucesión de palabras: Potestad, Virtud y Eficacia, Sabiduría y Bondad, tal como señalábamos en los primeros capítulos de este libro. Pero incluso para cualquier juez ignorante y tosco sería claro y evidente que el Hilel aquel jamás pudo competir en poderío, fuerza y potencia con Dios, esto es, con su Hacedor; pues, de ningún modo o manera puede esto mantenerse con relación al Creador y a este, quien habría sido creado de la nada; por lo cual, jamás pudo venirle a la mente a este ángel nada parecido. Pero acerca de la bondad tanto de natura-

Atributos de Dios.

Emulación de
la sabiduría.

leza como de mente y voluntad, ninguna emulación pudo ocurrírsele a un espíritu, el cual, precisamente porque se mostraba como émulo de las glorias de su Hacedor, habría que considerar que rechazaba y repudiaba lejos de sí todo derecho, honra y nombre de bondad, si no es que grababa a fuego sobre su cuerpo, para ignominia sempiterna, el estigma de la ingratitud y la perfidia, quien, no contento con su categoría y cargo, con importantísimos títulos suyos y propios, aspiraba a alcanzar el cometido de príncipe como suyo y propio, con tan grandes títulos de magnífico y benéfico. Resta, pues, que el Hilel aquel, apeteciendo la tiranía y soberanía del mundo, quiso mostrarse y erigirse como émulo de la Sabiduría divina, y con designio taimado y fraudulento pronosticó su triunfo. Pues si él sabía perfectamente trastocar y trastornar aquella naturaleza y forma que Dios había decretado para enaltecer al hombre, le parecería no sólo a él mismo, sino también a otros muchos, más sabio que Dios, o al menos igual de sabio, y, teniendo por derecho propio, como luego mostraremos, el imperio sobre el hombre, e incluso sobre el mundo, el cual fuera creado por causa del hombre, detentaría el poder y mando. Por lo cual, tal como conviven entre sí, compartió su proyecto y maquinación con otros espíritus; y disponiéndose a persuadirlos a la defección, expuso cómo él tenía el propósito de convertirse y convertir a todos aquellos espíritus que se adhirieran a él, en dueños del hombre; pues ni Dios cambiaría las cosas que había dispuesto acerca de la naturaleza, esencia y capacidad del hombre, según su especie; ni modificaría las que había decretado para adornarle y enaltecerle. Y si con su talento y con la falacia por él tramada apartaba, como esperaba apartarlo, al hombre de Dios, seduciéndolo al engaño, lo lógico sería que, despojado del imperio del mundo entero, sería reducido a su tiranía. De entre el número y tropes de ángeles, una parte no pequeña, tras contemplar las imágenes distintas y asombrosas de las dos sabidurías, una, la de Dios, dispuesto a crear al hombre para que desempeñe tan gran cometido, la otra, la de Lucifer o Hilel, dispuesto a apartar y retirar al hombre de la fe y obediencia de Cristo, se plegaron a esta última, que les pareció algo mayor, otorgándole la primacía, y declararon abiertamente que ellos preferían gobernar al hombre antes que servirlo; y de este modo, apartándose de Dios, se hicieron acreedores al juicio de la ira eterna, voluntariamente arrostrado, visto que no estaban satisfechos con su propio oficio y deber y la ambición y ansias vehementes de una dignidad mayor los desvió del camino recto, [41] cosa que quedó clara por edicto del Espíritu divino, pronunciado por el apóstol: *Y a los ángeles que no mantuvieron su principado, sino que abandonaron su propia morada, los reservó con ligaduras eternas bajo tinieblas para el juicio del gran día.*

Iudae 6.

Is 14, 12-15.

Y es así que el mismo propósito emprendido e iniciado ambiciosamente por Lucifer, e igual y similar elogio exquisito de la sabiduría, con palabras del mismo Hilel puestas en su propia boca y empleadas para escarmiento del rey de Babilonia, expresó el profeta Isaías: *¡Cómo has caído de los cielos, Lucifer, hijo de la aurora! ¡Has sido abatido a tierra, dominador de las naciones! Tú que te decías en tu corazón: "Subiré a los cielos; por encima de las estrellas alzaré mi trono, y me sentaré en el Monte de la Reunión, en el flanco del Aquilón. Subiré a las alturas de las nubes, me asemejaré al Altísimo". Pues bien, al Šeol has sido precipitado, a las profundidades del abismo.* Y en verdad, este

escarmiento, aunque el profeta lo relató contra el tirano de Babilonia, lo expuso al aludir a la historia verdadera y antigua de Hilel (cuya ambiciosa soberbia remedaba aquel rey); y el mandato mismo de Dios, ordenándolo así, claramente lo demuestra: *Entonarás esta parábola contra el rey de Babilonia, y dirás: "Cómo se acabó el opresor, etc.?"*. Esto, viene a decir, que, en verdad, aconteció por vez primera en otro tiempo a Lucifer, quiero que tú lo tomes y lo arrojes, a título de ejemplo y parábola, contra el rey de Babilonia, el cual, con idéntico propósito que aquel Lucifer, osó ambicionar, con soberbia e insolencia, la tiranía sobre el orbe entero de la tierra y una dignidad semejante a la gloria divina. Así pues, sabedor ya de este propósito de ambicionar la dignidad divina, y, sobre todo, tras persuadir de la reputación de su sabiduría a una parte no pequeña de espíritus, la verdad y constancia de la justicia divina decidió expulsar y desterrar del cielo al cabecilla y a su tropa, arrojarlos a la cárcel y a las cadenas, y mortificarlos con el castigo del fuego eterno, y para ejecutar el castigo del exilio, puso al frente de los espíritus celestiales a un príncipe, elegido de entre los tropes de ángeles, agregándole los restantes que habían querido permanecer en su puesto. Y éste, llevando a mal que alguien concibiera el propósito de emular la gloria divina, con juicio, inteligencia y elocuencia, cuales son las armas de los espíritus, resolvió con habilidad y rapidez la situación. Pues, tal como aquel pérfido y traidor Lucifer se había jactado de que él llegaría a ser semejante al Altísimo, así, por el contrario, este fiel y esforzado ministro sostenía que en modo alguno podía nadie compararse con Dios, y afirmaba que la majestad y autoridad del poder de Dios sería defendida por él y por sus compañeros; tal hizo, con elogio y alabanza, *MICHAEL*, que, expresado con palabras latinas, suena *Quis ut fortis Deus*. Para memoria eterna de su alabanza aquel espíritu caudillo tomó el nombre que le otorgó Dios, y con tal nombre sostuvo perpetuas riñas y disputas con el enemigo Lucifer. Así está escrito: *Entonces se entabló una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón, y peleó el dragón y sus ángeles, y no pudieron triunfar y no hubo ya lugar en el cielo para ellos. Fue arrojado el gran dragón, la antigua serpiente, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero, y sus ángeles fueron con él precipitados.* [42] *"Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo"*, dice Jesús. Y el apóstol Judas cuenta que el arcángel Miguel altercó con el Diablo disputándose el cuerpo de Moisés. Que aquel ángel que degenera de su oficio y origen es con frecuencia llamado con nombres diversos, infaustos e infames como ejemplos de la mente perversa y de las malas artes, tanto Juan en los *Misterios*, como la lectura muy frecuente lo enseña. Y que éste mismo ha sido reservado con ligaduras eternas bajo tinieblas para el día del Juicio y está destinado al fuego perpetuo, el Maestro celestial lo confirma. *Entonces dirá también a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles.* Y por ahora puede bastar con haber mostrado estas cosas acerca del propósito perverso y traidor de Lucifer y acerca del acuerdo, condena y caída de aquellos espíritus que tomaron partido por Lucifer, las cuales, a quienes lean muy atentamente las Sagradas Escrituras, aportarán luz para el estudio de la verdadera ciencia; y ya más adelante explicaremos cómo habría ejecutado aquel espíritu traidor lo que había decretado.

Parábola.

Is 14, 4.

Apoc 12, 7-9.

Lc 10, 18.
cf. Judae 9.

Mt 25, 41.

CAPÍTULO XIII. DE LA ELECCIÓN Y LEY DEL HOMBRE

Entretanto, la gloria y autoridad de la justicia, las cuales se atribuyen a Dios como testimonios de su poder y majestad infinita, se arrojan la misma admiración y elogio que el resto. *¡Justo eres tú, Señor, y rectos tus juicios! Con justicia impusiste tus testimonios, con suma verdad.* Y obra de este poder divino y eterno fue, como decíamos, promulgar y enviar para su cumplimiento leyes redactadas para cada una de las cosas creadas, y de este modo presentarse como protector y defensor de la dignidad y condición otorgada a cada cosa, y por el contrario, mostrarse como vengador de las violaciones de la ley divina, dado que lo más justo sería expulsar a cada uno de tal puesto de dignidad, deber y bienestar, si vela por él con las artes que le son propias, prescritas e idóneas, pero descontento e insatisfecho. Es así que las naturalezas y formas de cada una de las cosas que existen dentro y fuera en todo este mundo observaron y cumplieron fielmente, sin olvidarse jamás de sus propios saberes y poderes, las funciones encomendadas a sus tiempos, medidas y dones. *Los fijó por siempre, y por los siglos; dispuso un precepto, y no pasará. El fuego, el granizo, la nieve, la bruma, el viento tempestuoso, que ejecutan su palabra, los montes y todos los collados, los árboles frutales y los cedros todos; las fieras y todos los ganados, los reptiles y las aladas aves. Por decreto tuyo subsiste la luz, pues toda cosa es sierva tuya.* Pero de todos estos que, por causa de la sobresaliente dignidad de la naturaleza de los mismos, importaba especialmente que asumieran y cumplieran con celo y lealtad el cometido a ellos asignado, esto es, los ángeles y los hombres, un nutrido número de aquéllos y la raza entera de éstos en las dos primeras personas y simientes de toda la naturaleza, [43] leemos que desertaron y traicionaron el deber y fidelidad. Pues bien, acerca de la facción y repentina defección de algunos ángeles, un poco más arriba indicamos las cosas que en ese momento parecía que debían contarse. Pero, cómo y cuán grande fue la perversidad de la especie humana y la temeridad y audacia de su alma ingrata lo expon-dremos a continuación; y por mejor hacerlo, examinaremos con algo más de minuciosidad la índole de la naturaleza humana, remontándonos primero al principio.

Decíamos que, por obra divina, la naturaleza humana está compuesta de dos partes, una celestial, a imagen y semejanza de Dios, y otra terráquea, por la cual el hombre es llamado terrenal y *ADAM*; y que a ambas partes le fue asignada su propia apetencia, distinta la una de la otra, y particular de cada naturaleza, una superior y otra inferior, aquélla para que el hombre apeteciera y deseara aquellas cosas que fueran convenientes y decorosas para la parte superior, esto es, celestial; ésta otra, llamada en latín *appetitus*, para que el hombre buscara para sí y asumiera aquellas cosas que parecen oportunas para dar amparo y alivio honradamente a la vida animal. Indicábamos que a la primera se la llama macho y a la segunda hembra; a aquélla guía, princesa y reina del camino y de la vida, a ésta compañera y criada; sí, criada, pues la justicia divina había decretado que ninguna de las dos partes fuera totalmente

Ps 118, 137-138.

Ps 148, 6.

Ps 148, 8-10.

Ps 118, 91.

soberana de sí misma e independiente, sino obedientes y sumisas con la ley suprema del Creador. Y el Hacedor les había asignado a ambas partes una capacidad propia y apropiada de conocimiento, sin duda para que cada una pudiera llegar a conocer lo que les sería de provecho e interés. Pero el disfrute de este doble conocimiento no debía ser escogido según la reglas y normas propias de ambos, o por así decirlo, según opinión y capricho, sino quedar regulado y definido conforme al dictamen de la justicia divina, con tal disposición, no obstante, que el conocimiento inferior no asumiera ni usurpara nada para sí con independencia de la voluntad y consentimiento del superior; ni el superior deseara nada para sí o lo permitiera al inferior contra el dictamen y ley del Creador y Supremo Príncipe. Y este doble conocimiento podría compararse, en una especie de símil o metáfora, con las luces gemelas de los ojos, de los cuales hay acuerdo en que uno es el derecho y el otro el izquierdo, pero ninguno de los dos pueden ni deben contemplar nada sin la luz del sol y del día, con cuyo auxilio distinguen claramente qué es hermoso y honesto, qué feo y deshonesto. Pues las cosas que se ven con luz distinta a la del día, confundidas por las tinieblas la naturaleza verdadera de su color, engañan muchas veces los sentidos del espectador; pero en medio de las tinieblas y cuando se ha retirado totalmente la luz, nada puede verse ni distinguirse. Y acá atañe aquello que el Maestro decía advirtiéndonos: *La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo es puro, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si fuese malo, también tu cuerpo estará en tinieblas. Mira, pues, que la luz que hay en ti no sean tinieblas. Sí, pues, tu cuerpo es enteramente luminoso, sin parte alguna tenebrosa, será tan enteramente luminoso, como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor.* Así pues, ponemos ante todo el siguiente cimientito de esta disertación y obra; a saber, que el hombre debió y pudo defender y conservar la razón y verdad de su naturaleza, es decir, [44] que, conociéndose a sí mismo y teniendo sospechas de su Hacedor, era menester que, en adelante, la parte inferior apeteciera las cosas que la superior, consultada, aconsejara, y que la superior mirara y velara por sí misma y por la porción inferior, conforme al decreto y dictamen de Dios. Pues era conveniente que el izquierdo se sometiera al derecho, la hembra al macho, y que ambos cedan y obedezcan a su cabeza, y que de ningún modo se hagan esclavos de nadie, por voluntad o consejo propio o ajeno. Si se conseguía esto, tal como había sido establecido, verdaderamente el género humano llevaría una forma de vida felicísima y dichosísima, y muy adecuada y concorde para el propio hombre, a quien, además de la excelencia y grandeza de su propia naturaleza, le había correspondido el imperio de todo el globo terráqueo, y un diálogo permanente y siempre propicio con Dios, el Hacedor y Supremo Príncipe, así como el ministerio de los ángeles y espíritus celestiales. En efecto, sabemos que el Hacedor, en el comienzo mismo del mundo, puso un excepcional y admirable desvelo no sólo al modelar y crear al hombre, sino ensalzándolo, mimándolo, y apostrofándole, aconsejándole e instruyéndole por boca propia y en persona; y este desvelo, si la perversidad humana no lo apartara, es seguro que perduraría por siempre y sin cambio. *Que yo, el Señor, no cambio, y vosotros, hijos de Jacob, no habéis fenecido. Desde los días de vuestros padres os venís apartando de mis preceptos y no los guardáis.* Por tanto, era propio de la naturaleza y

Lc 11, 34-36.

Mal 3, 6-7.

capacidad humana ver y saber qué cosas debían ser vistas con el ojo derecho y cuáles con el izquierdo, qué cosas debían ser conocidas con la porción superior y cuáles con la inferior. Pero no importaba hacer una tercera cosa, a saber, decidir, a juicio propio, el uso de unas y otras cosas, las que pueden ser conocidas con el alma y las que pueden serlo con los sentidos, pero hacerlo efectivo conforme al consejo y precepto de Dios; ya que él no podía ver, indicar y enseñar, tan claramente como Dios, qué le sería útil, qué inútil; ni podía ser tan querido para sí como lo era para Dios sapientísimo y óptimo, quien había decidido amar y mimar una imagen suya, creada por Él, cosa que la propia Sabiduría proclama y pregona abiertamente: *Yo estaba con Él cuando Él creó el universo, y era yo todos los días su delicia, solazándome ante Él en todo tiempo, solazándome por el orbe de la tierra; y mis delicias eran los hijos de los hombres. Ahora pues, escuchadme, hijos míos; dichosos los que guardan mis caminos. Escuchad la instrucción y sed sabios, y no la despreciéis. Dichoso el hombre que me escucha, y vela ante mi puerta cada día, guardando las jambas de mi puerta. Porque el que me halla, halla la vida, y alcanza el favor del Señor. Pero el que me ofende, hace daño a su alma; todos los que me odian, aman la muerte.*

Prov 8, 30-36.

Así pues, sabemos que el hombre, compuesto de dos porciones, fue puesto por Dios como príncipe sobre el globo terráqueo, a un tiempo macho y hembra, en cuanto al espíritu ciertamente macho, pero en cuanto al alma, esto es, aquella parte donde radica la fuente de los sentidos y del apetito, hembra; y que con otros nombres se habla del interior y el exterior del hombre; el interior hecho a imagen de Dios, el exterior para el alma viviente, formado y compuesto, en virtud de la naturaleza exterior y la forma natural, con las partes apropiadas, y que de este modo debe ser propagado, a partir de las dos partes de esta naturaleza, por los primeros padres de todos, para quienes, [45] exceptuando la distinción externa de hombre y mujer, no había ninguna otra diferencia. Así está escrito: *Esto si que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se llamará varona, porque del varón ha sido tomada.* Todo el tiempo que agradara a éste permanecer en su vocación y elección, la sabiduría, magnanimidad y providencia del Hacedor había asumido salvaguardarlo y mimarlo, acabado y entero con todas sus partes, no necesitado de nada en sí mismo para vivir bien y llevar una vida placentera, y la propia experiencia de la vida lo demostraba; acerca de la cual leemos lo siguiente: *Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro.* Con esta metáfora queda excluida la carencia y excepción de todo pecado. Con tal carácter y aspecto, con el que ambos habían sido hechos y formados por el Creador, ingenuos y rectos, vivían sin consciencia de pecado, y no echaban de menos en ellos nada que pudiera contribuir a la bondad de la naturaleza creada por Dios. Pues, pudiendo contemplar con el ojo celestial las cosas divinas, sublimes y celestiales, y con el natural y terrenal conocer las cosas terrenales e inferiores, debieron dar las gracias a Dios, autor de tamaña dicha y poder, y, cosa que contribuiría al provecho y deleite, ser obedientes y sumisos, de suerte que todas las cosas obedecieran, cada una a su categoría, y dieran las gracias por la posibilidad y oportunidad de su propia condición, puesto que, no conociendo nada de mal, ni de defecto o de pecado en ellos, no sentían mie-

Gen 2, 23.

Gen 2, 25.

do o terror de nada, ni tenían nada de lo que pudieran avergonzarse. Es así que el hombre no debió decidir, por deliberación de su propio parecer, la forma y manera ni de conocer a Dios y las cosas divinas, ni tampoco de vislumbrar las cosas terrenales, sino atenerse y observar lo dispuesto por Dios mismo, el Creador, y obedecer sus sacrosantas leyes y decretos, así como reverenciar lo diseñado por designio de la infinita Sabiduría, y no apetecer para sí nada más, ni dar crédito o confiar en nadie más que aconseje cosas distintas.

CAPÍTULO XIV.

DE LOS PRECEPTOS DADOS AL HOMBRE EN UN PRINCIPIO

No sólo quiso Dios hacer al hombre eminente y distinguido con el principado e imperio de la tierra y del mar, sino que incluso se preocupó de mirarlo con deleites diversos y a un tiempo placenteros y honestos, sembrando un jardín para tal efecto, muy ameno y exuberante de cuantas cosas pueden describirse y pensarse. *Plantó luego Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Y el Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos para comer; y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Salía de Edén un río que regaba el jardín, y de allí se partía en cuatro brazos. Uno se llamaba Pisón, y es el que rodea todo el país de Javilá, donde se encuentra oro, y el oro de aquel país es muy fino; y allí se encuentra también bedelio y ónice. El segundo río se llama Guijón, [46] y es el que rodea todo el país de Kuš. El tercer río se llama Tigris, y es el que corre al oriente de Asur. Y el cuarto río es el Éufrates. Tomó, pues, el Señor al hombre y le puso en el jardín de Edén, para que lo cultivase y guardase.*

Gen 2, 8-15.

Y de este modo, el primer hombre debió, y debiendo pudo, por un lado, salvaguardar intacta e incólume la prez de su naturaleza, y por otra, conservar la generosidad divina para con él, colmada en todos aquellos aspectos que mencionamos e incluso muchas más, y asimismo mantenerla y acrecentarla para sí y para toda su descendencia. *Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar.* A estos mismos, a los que había concedido la capacidad de procrear y multiplicarse, les había dado generosamente la posibilidad de dominio e imperio sobre todas las demás cosas; y por esta razón, con propicia exhortación, hizo partícipe del disfrute de los frutos de la tierra no sólo al primer hombre, sino a todos. *Abí os doy cuantas hierbas de semilla según su especie.* Dijo os, no te: *Y a todos los seres vivos;* como a todos los seres vivos, así también a todos vosotros.

[Gen 1, 28].

[Gen 1, 29].

[Gen 1, 30].

Pero, la constancia y consistencia de esta dicha tan grande se sustentaba en una ley concreta y promulgada por el propio Creador; y en tanto su santidad se conservara intacta, el hombre experimentaría una tutela y desvelo particular por parte de la providencia divina para con quienes la respetaran, e incluso el privilegio de la familiaridad divina, felicísimo por las continuas conversaciones y, por si fuera posible decirlo así, por el trato con Dios. *Y mis*

Prov 8, 31.

- Ps 8, 5. *delicias eran los hijos de los hombres*, dice la Sabiduría. *¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, o el hijo del hombre para que de él te cuides?* Pues lo que Dios eterno e inmutable quiso que fuera hecho, perduraría por siempre inalterable, con tal que aquel que aceptó el beneficio, cumpliendo con su deber, lo conservase, de suerte que todas las demás cosas, con las cuales está constituido el mundo, cada una velando por su cometido, retengan asimismo la virtud del Verbo divino, esto es, su naturaleza y propiedad. Y en verdad, toda aquella ley que fue dada al género humano, era equitativa, justa, razonable, en ningún aspecto dura, en especial para la naturaleza del hombre, a saber, libre, recta y adornada de aquellas virtudes que convenían para la observancia de la ley, amén de que por siempre habría de ser favorecida y mimada por la gracia y benevolencia del Creador. *Ella (la Sabiduría) protegió al padre del mundo, al primer hombre formado por Dios, cuando fue creado solo; ella le levantó de su caída y le dio el poder de dominar el universo. Lo que hallé fue sólo esto (dice el Eclesiastés): que Dios hizo recto al hombre.*
- Sap 10, 1-2.
- Ecl 7, 30.

Toda esta ley, que nos disponemos a dar a conocer, se refería a la práctica y ejercicio de las dos virtudes del alma, esto es, a la capacidad de entendimiento de la porción superior o interior del hombre (a la cual llamamos intelecto) y a la facultad de estimar, querer y amar (que llaman voluntad), la cual debe ser practicada y contenida dentro del deber; [47] pues ni las virtudes y capacidades aquellas que alcanzaban una alabanza extraordinaria y excepcional en la condición humana habían existido en vano, ni podían estar ociosas, estando incólume la naturaleza y hermosura del mundo, si es que para cada especie de seres vivos la realidad de la vida se demuestra con la acción y la práctica. Así pues, dos pruebas de la acción y la práctica fueron propuestas, y dos materias, por así decirlo, fueron presentadas. Una es llamada la promesa o palabra divina, la otra el precepto; aquello para confirmar al intelecto en el ejercicio del conocimiento de la verdad, y esto para refrenar y contener la voluntad dentro de unos límites precisos. Con la acción y ejecución de la una se obtiene una *fides* constante; la servidumbre de la otra recibe propiamente el nombre de obediencia o respeto. En efecto, todas las promesas o amenazas que Dios pudo haber hecho, la razón de la vida divina enseña o es capaz de sospechar o creer el intelecto, que por sí mismas se verán confirmadas, ratificadas y hechas realidad. *Ahora bien, sin fe es imposible complacer a Dios, pues el que se acerca a Dios ha de creer que existe y que recompensa a quienes le buscan.* Por lo cual, si al hombre le fuera fácil percibir el beneficio y provecho del desvelo familiar y singular de Dios, como ciertamente le había sido facilísimo, le convenía creer en las palabras y promesas divinas; pero no sólo era lógico y conveniente creer en ellas, sino obedecer también a los preceptos adjuntos. La naturaleza de la recompensa exige, pues, y tiene por fin, de modo y manera preciso, una verificación en la realidad de la práctica, obediencia y deber. Es así que, si bien se recuerda que al primer hombre le fueron dados y confirmados seis preceptos con vista a la enseñanza y práctica de ambos aspectos, no obstante, los reducimos todos a dos principios fundamentales, a saber, *fides* y obediencia, los cuales hace poco ya señalamos. Pero el argumento de la fe, aunque sea el primero en el orden de cosas, es mencionado, sin embargo, con posterioridad en el curso de la narración. Dios quiso, en

Hebr 11, 6.

verdad, que la materia de la obediencia fuera colocada en un árbol, el cual, de entre tantos miles de plantas, cuantas, sembradas tanto en todas las demás partes de la tierra como especialmente en aquel jardín, había declarado que las concedía para alimento y beneficios del hombre, y las había procurado en abundancia, quiso reservarse para Él éste sólo, exceptuado y vedado para cualquier uso, y consagrado al Emperador supremo, y decretó que debía de ser considerado sacrosanto. *Tomó, pues, el Señor al hombre y le puso en el jardín de Edén, para que lo cultivase y guardase. Y Dios impuso al hombre este mandamiento: "De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás".* A esta prohibición, en la cual se contenía la disciplina de la voluntad, añadióse la amenaza, para que se anticipara y refrenara al intelecto en la fe puesta en la realidad y verdad de las promesas y pactos divinos, y no le permitiera conocer nada más que Dios es veraz, cierto e inmutable en todas sus promesas, y que esto cuadra especialmente a la naturaleza divina. *Porque el día que comieres de él, morirás sin remedio.* Así pues, las dos cosas siguientes le fueron decretas al hombre con vista a la observancia del deber, a saber, creer siempre que los oráculos y promesas de Dios son veraces, y cumplir sus mandamientos con respeto, piedad y obediencia verdadera y constante. *Le puso en el jardín de Edén, para que lo cultivase y guardase.* [48] La enunciación original y auténtica de esta ley afirma que no sólo debe ser cultivado y venerado el jardín mismo, sino también y especialmente Dios mismo: *LE GHABODO VL SOMRO, para que lo cultivara y lo venerara.* Y el cultivo y veneración del jardín concedido era en sí tal deber de piedad, que debió de ser consagrado a Dios, quien lo ordenaba y exigía. Pero la razón suprema de proteger al fruto y árbol prohibido fue la siguiente: para que el hombre, satisfecho con una sola advertencia y mandato de Dios, quien procura lo mejor para él, conociera verdaderamente las naturalezas y diferencias entre las cosas superiores e inferiores, y comprendiera, considerara (o hasta deseara) que nada de aquellas cosas le beneficiaría o perjudicaría, sino que dejara el derecho y potestad de elección únicamente a Dios, el cual –y convendría que así lo advirtiera– quería al hombre más que el hombre a sí mismo, y en cuyo honor debía él tributar alabanzas a su sabiduría y magnanimidad infinitas; pero, en cambio, no podía suceder que quien era el más sabio, el mejor, el más magnánimo y el más amante de sí, no decidiera y ordenara qué le convenía más y sería más beneficioso para sus intereses, cosa que fue salmodiada por el poeta divino: *Era para ti como un asno. Pero yo estaré siempre a tu lado, pues tú me has tomado de la diestra. Me guías con tu consejo y al final me acojerás en la gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos? Fuera de ti, no hallo gusto ya en la tierra. Desfallece mi carne y mi corazón; Dios es parte de mi corazón y parte mía para siempre. Porque los que se apartan de ti perecerán; arruinas a cuantos te son infieles. Pero mi bien es estar apegado a Dios, poner en el Señor Dios mi esperanza.* Así pues, ésta fue la razón suprema de la justicia divina que abarca a todos los géneros de cosas; la parte de ésta que consideraba que le atañía a Él, convino que fuera respetada y sacrosanta para el hombre, tal como está escrito: *Del Señor son la balanza y los platillos, todas las pesas del saco son obra suya.* Acá también atañe aquel pasaje que citamos hace poco, pero no concluimos: *Dios hizo recto al hombre, pero él se enredó en muchas averiguaciones.*

[Gen 2, 15-17].

[Gen 2, 17].

[Gen 2, 15].

Ps 72, 23-28.

Prov 16, 11.

Ecl 7, 29.

CAPÍTULO XV.

DE LA DEFECCIÓN Y CAÍDA DEL HOMBRE

Sap 2, 23-24.

Dios creó al hombre incorruptible, le hizo a imagen de su propia naturaleza; mas por envidia del Diablo entró la muerte en el mundo. Hace poco denunciábamos la soberbia osadía de Lucifer, y su ambicioso propósito de corromper al hombre, y de este modo trastocar el designio divino, y por último apoderarse del imperio y tiranía del mundo; en seguida expondremos con qué ardid y con qué embustes finalmente llevó a cabo su fechoría. Conocía él muy bien que la naturaleza del hombre, recién creado, constaba de dos porciones, una superior, la otra inferior. Conocía, digo, que había un hombre interior y un hombre exterior, con los cuales había sido formado el Hombre como ser vivo; [49] y que a ambos hombres les había sido introducida una capacidad de conocer distinta y apropiada, así como su propia fuerza del deseo, pero no se les había permitido la potestad de elegir, sino que la realidad y la vida enteras eran de tal suerte administradas, que la porción inferior obedecía a la superior, y la superior estaba únicamente sometida a las promesas, mandamientos y advertencias de Dios. Por el contrario, por propia sabiduría había comprendido que la severidad e integridad de la justicia divina era extrema y totalmente inquebrantable, y la había experimentado con peligro y calamidad propia, puesto que ya estaba desterrado y exiliado del cielo y de los tropeles, familiaridad y confraternidad de los espíritus bienaventurados, y había sido ya reservado para soportar cadenas eternas entre tinieblas. Por último, aquella vida dichosa y sempiterna que obtuviera nada más ser dado a luz, la había trocado en muerte eterna y en tinieblas para él, y reconocía que se había convertido en la vanguardia y heraldo de la muerte, e incluso en supremo *soberano de las tinieblas* e instigador y promotor de los *Espíritus del Mal*. No menos resuelto a desempeñar, apresurar e impulsar su papel, si bien no con luz, no obstante con obscuridad, tormentas y tinieblas, pues era de tal índole y carácter, que, lo que un día había decidido, querría no haberlo jamás decidido, y desearía no haber hecho lo que había hecho, aquel proyecto que desde el principio había concebido por envidia acerca de corromper al hombre y sobrepujar a la sabiduría divina, resolvió llevarlo totalmente a cabo y con entusiasmo, toda vez que había ya encontrado el ardid, con el cual, mediante insidias y engaño, acarrearía la ruina y perdición al hombre, y con acólitos y sicarios de su sedición, se apropiaría para él solo del imperio de este mundo, expoliado y expulsado su legítimo dueño. Así pues, abordando al hombre con un embuste, lo tienta por la parte que sabía que era menos sensata y más débil, a saber, instigando a la porción femenina al egoísmo y exhortándola a velar y mirar por sí misma y a consagrarse al provecho e interés propio. Y aunque la autoridad del mandato divino impedía asumir esto abiertamente y sin pudor, no obstante, con falacias les hace ver como cosa creíble, que podía hacerse conforme al designio y voluntad de Dios, o que, nada más hacerse, sería ratificado. Finalmente con destreza suma logró que el hombre aprendiera a distinguir y desear para sí mismo las cosas que le parecieran convenientes y oportunas, y a imaginarse que las mismas no serían ajenas al propósito

cf. Eph 6, 12.

divino, esto es, que las cosas que se probaran como útiles y placenteras para él, aunque no fueran conforme al dictamen divino, serían, no obstante, aprobadas finalmente por Dios. Pues Dios no había puesto en vano dentro de él y de su porción la facultad de conocer y desear, sino para que ella misma la empleara, cada vez que se diera el caso; y que esto sería grato al Creador, porque no era opuesto a la propia naturaleza y utilidad de las cosas; y que no siempre convenía aguardar al mandato o advertencia expresa y abierta de Dios, sino desear y adquirir con confianza lo primero que estimemos adecuado y placentero, sin temer que aquello no fuera, a juicio de Dios, honesto y recto; y si pareciera especialmente prohibido, se debería, no obstante, revocar el decreto o dictamen divino, mediante una interpretación ingeniosa del mismo, en consideración de lo honesto y recto. Y de tal argumento, con vista a comprender y explicar las cosas que se cuentan acerca del diálogo y conversación entre la serpiente y la mujer, convendría hacer un resumen y volverlo a traer a la mente de los lectores. [50] Pues bien, todo se reduce a que el propio hombre, contra el dictamen de Dios, su Hacedor, decidiendo por sí mismo con soberbia y arrogancia, mire y busque y trate de obtener su propio interés, dignidad y grandeza, y parezca que lo hace no sin Dios; y que, por el contrario, todo lo que se diga que Dios lo ha vedado, decretado o prohibido, es interpretado, por talento propio o incluso por el ajeno de dicho maestro Lucifer, de suerte que confirme y justifique lo que más convenga. Así pues, la astucia del diablo, la astucia de aquel enemigo embustero, taimado y ambicioso, era tal cual la describió el narrador de la verdad antigua con este estilo y estas metáforas: *La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que el Señor Dios había hecho. “¿Cómo es que Dios os ha dicho que no comáis de ninguno de los árboles del jardín?”*. Desde el principio supo hablar con palabras confusas, y se esforzó por encender y excitar el deseo partiendo de la propia prohibición, insinuando que debía de considerarse indigno que ellos, por cuya causa habían sido creados todos los árboles, las hierbas y las plantas, estuvieran privados de toda clase de árboles en general. Pues unos alimentos pueden ser apropiados para comer para unos animales, y otros para otros, pero ¿por qué no todos para vosotros? Sin duda, esta tentación y mentira pudo excitar el deseo, pero no pudo empujar e impeler a practicar cuanto antes la comida del fruto prohibido; con todo, logró que, llevado el asunto a debate, se descendiera a la opinión y discusión, la cual era la primera oportunidad para convencer, es decir, una puerta abierta para el coloquio y la controversia, la cual era conveniente que estuviera bien cerrada, atrancada y vigilada por la sola autoridad del mandamiento divino. Pues habría bastado con que Dios advirtiera a aquel a quien debía referirse la razón del precepto, antes de que se trastocara con el ingenio, juicio o conversación ajena. *Respondió la mujer a la serpiente: “Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios que no comamos de él, ni lo toquemos, so pena de muerte”*. Los oráculos que habían sido pronunciados y creídos con fe y obediencia, fueron puestos a discusión y debate; y ésta fue la primera infamia, la de la mujer, la cual traicionó su deber y desempeñó el ajeno, cuando más le hubiera convenido traspasar el asunto y toda la conversación al parecer del varón, y al varón observar el mandamien-

Gen 3, 1.

[Gen 3, 2-3].

to divino, sacrosanto y ratificado, y dejar toda reflexión acerca de él mismo únicamente al arbitrio de la providencia y bondad de Dios, sin tener en cuenta el beneficio o perjuicio propio. Pues cuando se empieza a tener en cuenta, forzosamente se pervierte el orden de cosas y designios, y se graba en la mente

[Gen 3, 3]. en primer lugar lo que debió ocupar el último o ser omitido. *So pena de muerte.* La sabiduría femenina dejaba patente que la guiaba e impulsaba más el miedo que la voluntad, y que, refrenada por el temor del castigo, observaba aquel mandamiento, aun siendo totalmente ignorante y desconocedora de la muerte

[Gen 3, 4-5]. y del castigo, pero consagrada y mirando sólo por la vida que tenía. *Replicó la serpiente a la mujer: "De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal".* [51] Aquel taimado y falaz consejero se esforzó por inculcar que el mandamiento divino debía ser mitigado con una interpretación dulce y amable, y que podía y debía ser tomado en el buen sentido. Y tal hizo e inculcó que debía hacerse, quedando revocado, en efecto, el dictamen de Dios ante el voto de la reflexión femenina. Pues, al referirse Dios a aquel árbol de la ciencia del bien y del mal, no había que pensar que manifestaba que lo creó por azar y para disfrute de nadie: que, en verdad, a nadie cuadraba mejor su uso que al hombre, ni siquiera a Dios, pues en absoluto precisa Él de cosas algunas externas, siendo, antes bien, dueño de un conocimiento y sabiduría suprema e infinita; tampoco a los demás seres vivos, quienes ni tenían una naturaleza idónea para la ciencia, ni les había correspondido la posesión y disfrute de aquel jardín tan placentero. Que, por tanto, aquella planta estaba a disposición del hombre, dotado de juicio, entendimiento, y afán de aprender y saber, y puesto como dueño de este mundo; el cual, dado que sabía con exactitud qué era adecuado, conveniente y apropiado para cada uno de los restantes seres vivos, y podía estar al frente y dominarlos a todos, si fuera privado del conocimiento y previsión de su propio beneficio y perjuicio, se vería forzado a servirse de una dignidad, grandeza y poderío realmente inferior a su capacidad. Y de este modo, habría de considerarse debilitado aquel a quien Dios había querido que fuera de todo punto acabado y engrandecido, pero le había impuesto aquella prohibición tal vez con el propósito de que cuanto supiera para sí, cuanto deseara y apeteciera para sí aquella doble naturaleza existente en el hombre, lo supiera Él perfectamente; naturaleza que habría que estimar hartamente indolente, si, pudiendo ella misma engrandecerse y perfeccionarse, se despreocupara y se estuviera quieta. Pues, en lo que respecta a la propia realidad, por sabiduría e inteligencia debía situarse, por sí misma, en el número de las cosas buenas y más grandes, sobre todo para el hombre dotado de una porción de alma divina, en lo que respecta a la parte masculina; y en lo que respecta a la femenina, bastaba con ser compañera del macho, y hueso de sus huesos, y carne de su carne, y la más poderosa de cuantas cosas estuvieran dotadas de sentidos: pero que el conocimiento del bien y del mal tiene que ver con la prudencia, la providencia, la deliberación y la decisión, cosas todas que se consideraban virtudes o asociadas a las virtudes.

[Gen 3, 5]. *Se os abrirán los ojos,* que ahora están cerrados o tapados, en tanto que no percibís con un conocimiento y sabiduría propia, nacida en vuestro interior, qué os conviene o es útil a vuestros intereses, sino que os veís forzados a

buscar la verdad en otra persona; y aunque tengáis tan sólo un único sentido del bien, lo ignoráis, no obstante, puesto que, nada instruidos en qué es el mal y cuánto dista del bien, no tenéis totalmente claro en cuánto debéis estimar el bien que os ha concedido Dios. Es preferible que ambas partes vuestras, quiero decir, macho y hembra, conociendo qué puede ser o llegar a ser el bien y el mal, se ayuden intercambiando deliberaciones y consultas, y se apoyen compartiendo sus fuerzas y poderes; y que recogiendo el uso y provecho de las cosas, según el interés de ambas, guardándoos de las cosas importunas y adversas, viváis una vida enteramente placentera, no sólo hechos dueño de las demás cosas, sino que bastándoos con vosotros mismos, prudentes y sabios, y con plena decisión, lleguéis a ser muy semejantes a los *ELOHIM*, esto es, a los dioses del cielo y gobernadores de la tierra. Pues, tal como Elohim sabe y conoce para sí mismo y para el mundo entero, así vosotros podríais conocer, saber, comprender y presentir tanto el bien como el mal para las demás cosas y para vosotros mismos. [52] Y además, sabiendo mejor que Dios mismo es el autor de tamaños dones y vuestro protector, a quien supistéis honrar con agradecimiento y veneración perpetua, os descargaréis también de la preocupación por vuestros asuntos, incluso de los menores, o le invocaréis con mayor sabiduría y prudencia, rogándole y suplicándoos cosas más importantes y más convenientes. De este modo, la mujer, inflamada con vehemencia para el engrandecimiento de sí misma y para el deseo de la propiedad particular, pensando ya sólo en las apariencias externas de las cosas y en el disfrute del goce presente, finalmente es empujada al pecado. *Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno para comer, hermoso a la vista y de aspecto apetecible.* Bueno para comer, de cuya comida se obtiene un deleite y disfrute de la ciencia del bien y del mal no tomado de fuera, sino como si hubiera nacido de dentro. Además, a esta opinión y elección de grandeza se añadió el placer y deleite de los restantes sentidos, a todos los cuales la mujer consideró que había que abandonarse y servirse del parecer personal. Pero, puesto que en aquella situación no podía hacer nada por sí sola, sin contar con el varón, es decir, la porción inferior no podía hacer nada sin el consentimiento de la superior, debido a la suprema y mutua necesidad y concordia de entonces, toda vez que el hombre había sido creado como ser vivo y el otro hueso había surgido de aquellos huesos y la otra carne de aquella carne, la mujer, pues, con los encantos del trato mutuo, persuadió al varón a que deseara y consintiera lo mismo que ella; esto es, a volcarse en construir una grandeza propia y un saber particular y nacido dentro de ellos mismos, y a ejecutar y hacer para sí con diligencia lo que la mujer ya había hecho para sí y había deseado que se hiciera para ambos. *Y comió y dio también a su marido, que igualmente comió.* Y de este modo, aquel primer delito humano fue reconocido y admitido por ambas partes, seducida primero la menor por el embuste, conmovida luego la mayor por la menor y arrastrada al pecado, y apartándose ambas del Verbo de Dios, persuadidas por la falaz serpiente, y mudadas y cambiadas de repente de la ignorancia del bien y del mal a la sabiduría, entendimiento y experiencia. *Entonces se le entreabrieron a ambos los ojos.* No sólo el ojo de uno de ellos, sino los ojos de entrambos, cuentan, se abrieron. Y de tal modo se abrieron, con aquella capacidad privada y anhelada de ver y cono-

[Gen 3, 6].

[Gen 3, 6].

[Gen 3, 7].

cer, que el mal que antes ignoraban, con la experiencia y percepción de la muerte llegó a ser aceptado, conocido y experimentado, y hasta se convirtió en algo próximo y familiar. Pues, ni el mal de la muerte puede conocerse por experiencia, si no es una vez arrebatada y quitada la vida, ni la naturaleza humana conoce con total exactitud cuán grande e importantísimo es el bien de la vida, sin comparar y probar la muerte; naturaleza que aunque antes estuviera desnuda, esto es, aunque antes no tuviera nada que pudiera atribuirse y arrogarse, había sido, no obstante, de tal modo gobernada por la singular comunicación y providencia de la justicia divina, que conocía y gobernaba con juicio recto todas las cosas humanas y terrenales, y, gracias a la generosidad del Creador, comprendía y disfrutaba también las divinas. No conocía absolutamente nada en él mismo por lo cual avergonzarse, sino que disfrutaba de una vida y de una luz libres de tinieblas y de muerte, de aquella muerte, quiero decir, eterna y espiritual que logra apartar de la búsqueda del Verbo de Dios, y de aquellas tinieblas externas, de las cuales leemos que fue separado el día por la potestad y el mandato divino. [53] De este modo, pues, el hombre dióse cuenta que, por ambicionar aventajar y superar la luz divina, había perdido finalmente tanto la divina como la suya propia, esto es, aquella luz totalmente humana, de la cual había estado provisto, hasta el punto que en adelante no podría ya percibir ninguna de las dos, tal como antes las había percibido. Puesto que antes, desnudo, no conocía su desnudez ni se avergonzaba de ella, la vista gozaba de ambas luces, dispuesta y acostumbrada a ver sólo cosas buenas y hermosas, y atenta a mirar y contemplar los ornamentos de las virtudes y facultades divinas, dentro de los límites de su suerte y condición. Así pues, toda aquella obra de Dios que llamamos hombre, que por ambas partes es macho y hembra, por apetecer y alcanzar la posibilidad de un juicio y experiencia particular y propia, por buscar a su manera la perspicacia de sus propios ojos desde la altura de su propia dignidad y condición, conoció que había sido arrojada de la luz a las tinieblas, de la libertad de Dios a la esclavitud de la carne, de la justicia al abismo de la injusticia, y en fin, de la vida a la muerte. Y por causa de tal menoscabo y ruina del género humano la máquina de guerra del diablo quedó aprestada contra la gloria de Dios, y la soberanía de este reino, así tratornado, pasó del hombre, que lo había poseído hasta entonces justa y legítimamente, a Lucifer, quien en lo sucesivo sería llamado príncipe del mismo. Así está escrito: *Por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.* Hasta tal punto aquel antiguo y calamitoso infortunio de la estirpe humana manó desde sus mismísimos orígenes hacia cuantos estaban contenidos en aquel primer hombre, fuente, por así decirlo, del género humano, de suerte que todo pecado que aquél experimentó y conoció, todos sus descendientes, según naturaleza, lo concebirían y conocerían. *Se asoma Dios desde los cielos hacia los hijos de los hombres, por ver si hay algún sensato, alguien que busque a Dios. Todos están descarriados, en masa pervertidos. No hay quien haga el bien, ni uno siquiera.*

Rom 5, 12.

Ps 52, 3-4.

CAPÍTULO XVI.

DE LA CONVERSIÓN DE LA CONDICIÓN HUMANA

La interdicción del fruto prohibido, esto es, de ambicionar un conocimiento desmedido del bien y del mal, leemos que fue precavida con la promulgación de la pena de muerte que sobrevendría inmediatamente a su consecución. *El día que comieres de él, morirás sin remedio.* E interpretamos que esta muerte del hombre interior, hecho desde el principio a imagen y semejanza de Dios, es la que verdadera y propiamente llamamos muerte y que se define como alejamiento y apartamiento del Verbo de Vida; visto que ningún ser vivo en la tierra o en el agua puede vivir sin el poder y eficiencia de la providencia de Dios, quien gobierna y mantiene el universo en buen orden. Así está escrito: *Escondes tu rostro y se anonadan; les quitas el espíritu, y expiran y vuelven al polvo.* Así también la naturaleza y esencia del hombre interior, sin el Verbo de Dios, cuya imagen reflejaba, no pudo retener y conservar íntegra su vida y energía, [54] sino que, rechazado y repudiado el Verbo, él mismo se ocasionó la muerte. Así está escrito: *Todas las cosas fueron hechas por Él* —esto es, el Verbo— *y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.* Lo que había sido hecho por el Verbo a imagen y semejanza de Dios y debió ser conservado mediante la veneración del Verbo, repudiado y rechazado el Verbo y aceptado y venerado otro verbo, el de la serpiente, se convirtió en la Nada. Y el propio hombre sabía que esto sucedería así. Pues éste anteriormente, aunque estaba desnudo, no obstante, no se avergonzaba, gracias a los ornamentos de las virtudes divinas y a la singular eficiencia y providencia, siempre presente y espontánea, del Verbo de Vida. Así está escrito: *Y mis delicias están con los hijos de los hombres.* El mismo hombre, nada más violar la ley de la interdicción, se dio cuenta de que estaba desnudo, de forma que se juzgaba a sí mismo feo, malo y deshonesto, perdida ya aquella dignidad y excelencia de la parte viril y habiendo caído su naturaleza en una debilidad afeminada. Tal es el significado de aquella imagen descrita por el poeta: *Y se dieron cuenta de que estaban desnudos.* Por violar y traicionar la obediencia debida al Verbo y precepto de Dios, primera prueba de su cambio de estado, tuvieron conocimiento de su desnudez (la cual convenía que ignoraran), y cumplidos ya sus deseos, esto es, conocidos el bien y el mal, dándose cuenta de que aquella desnudez era fea, impura y mala, como desearan corregirla, enmendarla, o al menos, ocultarla y disimularla, no hallando en sí mismos con qué hacerlo, no pareció, no obstante, que suplicaran o esperaran nada de Dios, sino por sí mismos, esto es, con su propia destreza, la cual parecía que se habían procurado ellos mismos a partir del conocimiento ambicionado y adquirido. Así pues, lo que habían corrompido en sí mismos y ya no podían hallar en ellos, se esforzaban, no obstante, en encontrarlo y adquirirlo de otra parte, de fuera; pero, el propio hallazgo les engaña, y embaucados, en tanto que no se aprecian a ellos mismos, se engañan a sí mismos, empleando para ocultarse, taparse y agrardarse tales tipos de cosas que en absoluto cuadraban con la práctica de su naturaleza y necesidad. *Y cosiendo unas bojas de biguera* —dice el autor sagrado— *se hicieron unos ceñidores.* Sin duda, tales eran las partes del hombre, al

[Gen 2, 17].

Ps 103, 29.

Io 1, 3.

Prov 8, 31.

[Gen 3, 7].

[Gen 3, 7].

apartarse y separarse de Dios, tal su sabiduría y destreza, cual es habitual cuando uno mismo cobra conciencia de su desnudez, de la pérdida de las virtudes y de la propia miseria, y con trabajo y esfuerzo busca y se procura remedio y alivio. Y tal fuente de opiniones, hallazgos, acciones y preocupaciones se dispersó y desparramó en infinitas direcciones. Tal es la perenne angustia de mirar por sí mismos y de escoger y disponer el modo de vida, que, si bien al establecer fuera de sí mismo, según el talento y juicio propio, una realidad y unos límites con los que mirar por sí, aunque le parezca que sabe y conoce muchas y variadas cosas, no sólo no conduce jamás a la verdadera sabiduría, sino tampoco a la verdadera ciencia. Pues ¿qué tienen qué ver las hojas de higuera con la indigencia del hombre desnudo? ¿A qué viene esa ingeniosa y laboriosa juntura y ligazón de hojas, que ni se adherirá apropiadamente al cuerpo humano, ni perdurará más que un corto intervalo de tiempo, y que de ningún modo recibiría la aprobación, de ser examinada a la luz de la verdad, ni limpiará la infamia ni aliviará el peso a la conciencia de aquel que se tapa o cubre con ella? Pues tan pronto como aquel hombre, así instruido por su propio afán, oyó la voz de Dios, la cual antes, cuando sus oídos y sentidos estaban intactos, solía percibir como dulce, suave y saludable, [55] empezó, antes bien, a experimentar miedo, aversión y pavor, y a preocuparse con gran zozobra de cómo podría huir y ocultarse. *Oyeron luego la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín al relente, tras el mediodía, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista del Señor por entre los árboles del jardín.* Al comparar la vanidad de la sabiduría humana con la verdad del criterio y juicio divino, nada pudo ser descrito más apropiadamente que el miedo, la huida y los escondrijos; y en cuanto a éstos, tampoco buscaron y utilizaron escondrijos propiamente dichos, porque realmente no existían, sino que, en medio de los troncos y árboles del borde exterior del jardín, el mismo que ha emprendido la huida ignora qué ayuda pueden prestarle a un fugitivo dichos árboles. Desde luego comprendió una cosa: que en ninguna parte podía esconderse, en ninguna parte podía escapar a los ojos y conocimiento del juez Dios. *El Señor llamó al hombre y le dijo: "¿Dónde estás?"* Al conocimiento del infortunio e indigencia propia siguió el hecho de que aquel que antes aguardaba y escuchaba alocuciones divinas, aquel que, en verdad, pudo disertar y hablar acerca de la naturaleza de las cosas en presencia y con la aprobación de Dios, y poner nombres precisos a los animales, a él sometidos, y que solía dejar al propio Hacedor el cuidado y providencia de la ayuda que a él le faltaba, de ahora en adelante confiesa que él fue apartado a tal lugar, que teme la voz de Dios, cada vez que le apostrofa, y se estremece y tiembla ante su majestad, cada vez que se le aparece, y prefiere ocultarse entre los árboles del jardín a aguardar la santidad de una alocución pura y el examen de sus hechos de vida, y con este único comportamiento manifiesta cuán grave es el peso y la angustia de su conciencia: *Oí tu voz en el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo, y me escondí.* Con tal respuesta queda manifiesta la magnanimidad y serenidad de Dios, y la culpa del alejamiento y apartamiento se le atribuye sólo al hombre, quien, para experimentar a un Dios propicio, favorable y benévolo, se compadece de su pecado. Pues jamás Dios se niega al hombre, sino que quien se hizo culpable de un delito, él mismo se substraerá a Dios y a

[Gen 3, 8].

[Gen 3, 9].

[Gen 3, 10].

la gracia divina. Así está escrito: *Todo esto lo trastornaron vuestras maldades, y vuestros pecados os privaron del bien.* Ier 5, 25.

Ahora bien, para reflejar con una sola acción la naturaleza perpetua y constante de la misericordia y clemencia de Dios, y la perversidad, en cambio, de aquella sabiduría humana adquirida por medio del pecado, se representan en un corto diálogo, por un lado las palabras de Aquél advirtiendo y llamando a éste a la confesión sincera del delito, y por el otro la excusa depravada, inapropiada, importuna y malvada de éste y su torpe huida del pecado. *El Señor le replicó: "¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí comer?"* El hombre es acusado de haberse, él mismo, acarreado y atraído la muerte con su pecado y delito, esto es, violando la prohibición; pues aquel conocimiento y turbación por la desnudez lo interpretamos como la muerte; y experimentada ésta, el hombre confiesa. Y a partir de aquel único primer hombre así como de su mujer, esto es, a partir de aquella primera familia de un solo macho, una sola hembra y dos hijos, los primeros que hubieron, deberemos de tomar en lo sucesivo, nosotros y todo aquel que quiera saberlo, los ejemplos acerca de la naturaleza y costumbres de todo el género humano. Pues cuáles fueron los inicios de la vida y la felicidad para el hombre, cuál su dignidad sobre el universo antes de que aceptara el consejo de la serpiente, nosotros lo explicábamos; [56] pero de cómo y cuán grande mutación y trastorno hubo para sí y para toda la posteridad, aquella sola familia quedó instituida como escarmiento manifiesto. *Y dijo Adán: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí"*. Esta respuesta delata las vivas imágenes tanto de una excusa como de un pretexto, y hasta de una explicación y unas sutilezas perversas, esto es, el producto y fruto de la ciencia aquella del bien y del mal. En primer lugar, en efecto, el hombre pretende alegar que el pecado no salió inicialmente de él, sino que recayó sobre él de resultas del trato con su consorte y compañera, y de esta guisa desviar la culpa y, o bien hacerla recaer, toda, sobre otro, o bien atenuarla por el procedimiento de decir que no la asumió él solo. Y se argumenta del siguiente modo: "Tú me diste a la mujer como compañía y ayuda, pero fue conveniente agradar a la compañera siendo condescendiente, esto es, apeteciendo gustar y comer de aquel fruto. Juzgué, pues, que era acorde con la necesidad de una mutua armonía y convivencia que lo que ella considerase bueno para sí y para mí, afirmara yo también que sería igualmente beneficioso para ambos, y de este modo conservaría la compañía y convivencia con aquella que tú me habías dado por compañera. Pero si esto es delito, es delito causado por la debilidad de aquella, cuya debilidad, no obstante, tú me habías dado a mí como ayuda y para que la cuidara en razón y nombre de sociedad". De este modo, lo que antes el hombre, íntegro y sano, había estimado en mucho y dado gracias por ello a Dios, el Hacedor, ahora ya, enfermo y acrecido por la ciencia del bien y del mal, o bien echa mano de ello, aprobándolo como materia de excusa, o bien lo echa en cara al propio Hacedor, censurándolo y desaprobándolo. "Tú me diste a ésta por compañera, a la cual debería colmar de atenciones. Yo la he colmado de miramientos; si su apetencia y su acción fueron perversas, tú mismo, no obstante, me la diste, y con la índole con que tú mismo la creaste. Y, en verdad, no fue ajeno a mí

[Gen 3, 11].

[Gen 3, 12].

cuidar de aquella que tú me habías dado para que la cuidara con mimos y la tratara con cortesía". De este modo había aprendido aquel maestro experto del bien y del mal a arguir el pro y el contra, y a defender su persona y su causa, o a rebajar su culpa o a hacerla recaer sobre otro o a arrojarla, en parte, contra el propio Hacedor. Pero todo lo que aquél inventó o ideó para excusarse o defenderse, lo desveló, no obstante, con sólo manifestar lo siguiente, a saber, que él el protagonismo que era conveniente que él tuviera y conservara y de este modo sirviera de cabeza a la mujer, lo había cedido a la hembra, y había sometido su propia dignidad e ingenuidad al juicio y apetito femenino, y había contraído tal depravación que todo el mal que haga, aunque no pueda defenderlo con la verdad y la virtud, lo disimula, no obstante, con la excusa, si bien vergonzosa y en modo alguno aceptable, de la propia debilidad. Y de este modo, es sabido que aquel hombre interior que fuera creado conforme a Dios, acabó en lo sucesivo hasta tal punto mucho menos poderoso, no ignorante, desde luego, de la ley y mandato divino, pero sujeto a la obediencia de su parte exterior, esto es, femenina; cosa de la que el propio hombre a veces, condescendiendo consigo mismo y repasando la imagen trastornada e invertida de su propia vida y acciones, suele reconocer y lamentarse. *Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado. Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. Y, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la ley, puesto que es buena. En realidad, ya no soy yo quien obra, [57] sino el pecado que habita en mí. Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí. Descubro, pues, esta ley: en queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta.* Tal es la imagen viva y clara de aquel hombre que, acusado de violar la ley, no alegó su ignorancia, sino que pretextó la obediencia prestada a la mujer. *Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión.* Y a aquella respuesta y excusa, inapropiada e inadmisibile, del hombre llamado a proceso y juicio, siguió otra excusa, la de la mujer al ser preguntada, igualmente infame y vergonzosa, a saber, pretextando la falacia, engaño y embuste de que fue víctima por parte de un mal consejero, razón por la cual sucedió que fuera seducida para aquel delito. *Dijo, pues, el Señor Dios a la mujer: "¿Por qué lo has hecho?" Y contestó la mujer: "La serpiente me sedujo, y comí".* Es posible observar que la confesión del crimen fue ciertamente arrancada a ambas partes, pero ni el uno ni la otra dieron una excusa honesta y sincera. Pues ni fue decente que el hombre se dejara persuadir por la mujer, ni fue conveniente que la mujer condescendiera a consultar y deliberar con la serpiente, sino que sobrelleva la primacía del marido, y que el marido, junto con su esposa, se mostraran obedientes y sumisos a la voluntad y dictado del Dios que les ordena. Pues para el propio hombre, en primer lugar, como cabeza, y para la mujer, luego, como miembro de sus miembros, y hueso de sus huesos, y carne de su carne, fue promulgada una ley con la siguiente fórmula: *Y Dios impuso al hombre este manda-*

Rom 7, 14-21.

1 Tim 2, 13-14.

[Gen 3, 13].

[Gen 3, 16-17].

miento: "De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio". Y de este modo, trastornada y perturbada la condición de la naturaleza primera, la humanidad entera se deslizó a tal lugar que el hombre, en lo sucesivo, se sometió a la mujer, esto es, la porción superior a la inferior, y la inferior, siguiendo la apariencia de las cosas externas, según la medida y capacidad de su propia condición, se sirvió de opiniones casi siempre falaces, y el padre y artífice de éstas, aquella serpiente astutísima, sempiterna embustera, luego de seducirla al pecado, la instiga para que aconseje e induzca al hombre a cometer, junto con ella, el crimen. Tal es, pues, la imagen de aquella muerte repentina y súbita, tal la descripción suprema y arcana, tal el retrato en penumbras de la vida humana tras aquella calamidad, retrato que bien pintado con todos sus colores, esto es, con los innumerables crímenes y delitos nacidos de aquella fuente de pecados, difícilmente algún autor podría describirlo algún día, a no ser Dios mismo, quien es celebrado como el escrutador único de pensamientos y afectos.

CAPÍTULO XVII.

DE LA ANTIGUA QUERRELLA Y LITIGIO DE LUCIFER

[58] Indicábamos que Lucifer, por envidia de la grandeza humana, quiso presentarse como émulo de la sabiduría de Dios, y con este propósito abandonó su propio deber y obligación; y sabemos que el proyecto que había concebido en su mente de engañar e inducir a la naturaleza del hombre al delito, mediante embustes logró finalmente llevarlo a cabo. Y la razón por la cual no pocos de entre los tropeles de aquellos espíritus secundaron el partido de Lucifer o Hilel, empieza ya mostrarse clara e inteligible. Pues ya no es que, tal como aquél, se indignaron de que ellos fueran destinados a servir al hombre, y ambicionaron compartir el dominio sobre las tierras, sobre este mundo e incluso sobre el hombre, también acompañaron con su admiración y aplauso el descubrimiento de que el propósito y empresa de su príncipe deseado había tenido éxito, esto es, que, a juicio de ellos, la sabiduría de Dios había sido superada por la astucia de éste, y que Dios, en verdad, se había mostrado sapientísimo y poderosísimo al crear, engrandecer e instruir al hombre en tantos aspectos, pero había trazado un plan y un método para mantener al mismo como príncipe de este mundo, los cuales podían ser arruinados, trastornados y desechos por la sabiduría de Lucifer, y finalmente acabaron desechos, esto es, establecida y promulgada una ley para el hombre, la cual, examinadas y reconocidas las partes de su naturaleza, la sabiduría de Lucifer astutamente averiguaba cómo enseñar, aconsejar y finalmente persuadir a violarla. Así pues, considerando a Dios más poderoso y eficiente que sagaz, y a Lucifer ingeniosísimo y sagacísimo, decidieron abandonar a aquél y adoptar a éste como su príncipe; lo cual cumplieron, ratificándolo con la siguiente argumentación, a saber: que, puesto que Dios es y se tiene por un juez justísimo, él

mismo estableció la ley, la cual si el hombre la guardase sacrosanta, conservaría por siempre el disfrute y provecho de su dicha y grandeza, pero si la violara y abandonara, de ningún modo querría Dios que fuera derogada o modificada; con lo cual conseguiría que el hombre se alejara de Él, esto es, de la vida, y con la búsqueda de aquél el reino se trasladaría al victorioso Lucifer. Toda aquella caterva de espíritus traidores, a los cuales llamamos demonios, juzgaron que todo este asunto de ningún modo podía subsistir con la integridad, santidad y firmeza de la justicia divina. En verdad, la providencia divina, pese a conocer desde siempre la perversidad tanto de Lucifer como de sus ángeles, la consintió, no obstante, y cuando quiso, creó primero aquella naturaleza espiritual, y luego la humana, ambas íntegras, ambas acabadas y completas en cuanto a sus números y dotes, y tal cual convenía que gozarán de libertad y de elección, bien para cumplir con el deber a realizar, bien para abandonarlo. Así está escrito: *Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien*. Pero entre ambas naturalezas, aparte de otras cosas, [59] había la siguiente diferencia: que aquélla, a causa de su extraordinaria integridad, jamás repudiaría la parte que un día fuera escogida y a ella ofrecida; pero ésta bien podría mudar su pensamiento y voluntad del bien al mal, y al contrario, del mal al bien, dado que, como es sabido, no era simple, sino que había sido hecha con dos porciones, y a cada una de las dos partes tenía asociada su propia y particular capacidad de apetencia y deseo, a la superior aquella que llamabamos voluntad, y a la inferior aquella que llamabamos apetito; de las cuales, para ésta existía siempre cierta opción de elección, para aquélla otra sólo una vez.

[Gen 1, 31].

Pero, en verdad, Dios con resolución eterna, admirable y prudentísima decidió quebrantar, desbaratar, y arruinar y echar a perder totalmente el propósito de Lucifer, quien se separaba de él, y se apartaba de la legítima observancia, y por soberbia y envidia degeneraba de la dignidad de su naturaleza, y se entregaba a una ambiciosa emulación y afán de gloria, al tiempo que manifestaría a los ángeles y hombres la grandeza infinita e insuperable de su sabiduría, y al hombre, el cual había sido su voluntad engrandecerlo con el imperio del mundo y el beneficio de su favor y amor, lo consolidaría otorgándole, regalándole y enriqueciéndole no sólo con el reino de las tierras, sino también con el de los cielos e infiernos; cosa que, para acrecentar el castigo del mismísimo Lucifer y acongojar su mente con tormentos y angustias, no la meditó oculta y secretamente, sino que la anunció avisando y amenazando de antemano. *Entonces el Señor Dios dijo a la serpiente: "Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. ENEMISTAD pondré entre ti y la mujer y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza, mientras acechas tú su calcañar"*. Aparte de aquel destierro y del castigo de una cárcel oscurísima, con los que Lucifer, reservado para el juicio del gran día, había sido castigado por el atrevimiento de tamaña fechoría, y por el crimen abominable de corromper al hombre, y por ambicionar y detentar la tiranía sobre este mundo, fue condenado con la condición más ínfima y abyecta, y con el estigma e ignominia más infame de entre todos los seres vivos que nacen en la tierra, esto es, incluso de entre todos los espíritus ínfimos, de con-

[Gen 3, 14-15].

dición terrenal, pesadísima y ajena a la comunidad de los celestiales, de tal suerte que nada más inícuo, nefando, perverso y funesto podría existir para Dios, ni más odioso para los ángeles y los hombres. Pues las cosas que parece que fueron dichas en parábola y por una serpiente terrenal, deben ser atribuidas a aquel carácter voluble y retorcido de Lucifer, como nos enseña la Verdad. Pero se dice maldito, o como suena la palabra de Dios, ARVR, aquello, cuya concepción, parto o fruto, cuyos comienzos y finales y resultados no suceden felizmente. Y para añadir un peso más aplastante al colmo de su desdicha, se le asigna a aquella serpiente el sufrimiento perpetuo de toda clase de acciones, meditaciones y reflexiones, de tal suerte que las cosas que fueron hechas con enorme entusiasmo, agudeza de ingenio y poderosísimo empeño, al final se descubran, no obstante, como nulas y sin hacer, y esto deba de ser expiado no con uno o dos ejemplos, sino más bien con reiterados y continuos casos de hallazgos y con vanos resultados. [60] De tal tenor es la siguiente parte de la predicción: *Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.* Por muy taimado, por muy astuto, por muy versado y avisado que puedas creerte, por más que te esfuerces en renovar con hallazgos recientes y agudos tu propia condición y la de tu hacienda, no sabrás, pese a todo, nada que no sea terrenal, pesado, y duro, y árido, y fangoso. Y de este modo, *Polvo comerás todos los días de tu vida.* Y pronto, el reino del que, tras conversar con la mujer y entablar una infausta familiaridad con ella, te apoderaste, cambiadas las tornas, lo perderás finalmente, quedando fijada por voluntad y mandato mío una enemistad eterna entre tú y la mujer, de suerte que cualquier advertencia o consejo que tú le des, aquélla considere que debe detestarlo, rechazarlo y repudiarlo; y esta ley la decretaré inviolable para la parte inferior del hombre. Y anuncio que será para ti un enemigo peligrosísimo el linaje de la mujer, el cual, no obstante, tú te habías imaginado que estaría por siempre y enteramente sujeto y sometido a ti, y pensabas que de este modo tu reino perduraría a través de generaciones ininterrumpidas y sucesiones eternas de hombres. Pero sucederá que no sólo experimentarás cómo el linaje de la mujer te expulsa de la tiranía y eres privado de la corona del reino, sino que verás tu cabeza herida, quebrada y aplastada, esto es, verás con asombro cómo, tras alcanzar todo el poder por medio del engaño y del embuste, eres finalmente derrocado por obra y gracia del hombre. Pues éste luchará contigo de tal modo que atacará siempre tu cabeza, y finalmente la aplastará pisoteándola; y tú no podrás dañarle y perjudicarle más arriba de las extremidades inferiores y más próximas a tierra, y esto no en un encuentro abierto, sino por medio de asechanzas y enganchos, los cuales en adelante serán por siempre tus estratagemas. *Él te pisará la cabeza.* Algún día surgirá el linaje de la mujer, esto es, el Hombre, por cuya sabiduría y acciones tus obras serán completamente desechas. Con esta profecía y oráculo venerable fue hecha la promesa, formulada en lenguaje arcano, no sólo de la instauración futura de la humanidad, sino también de un engrandecimiento admirable de la misma.

Aunque Lucifer y la grey de Lucifer llevaran siempre mal esta predicción y profecía, y la creyeran y la temieran, como el apóstol dice, jamás se estremecieron, no obstante, hasta el punto de que se apartaran de su propósito o llegaran a desesperar de apoderarse de la tiranía; como que de la mente y

[Gen 3, 14].

[Gen 3, 14].

[Gen 3, 15].

sabiduría de éstos se había desvanecido la causa y razón de realizar y llevar a cabo tal asunto, de suerte que jamás se arrepentían de aquella astuta resolución ni tampoco de la fechoría. Pues cómo poder desatar justamente lo que había sido justamente atado, era algo oculto y velado a ellos, puesto que la justicia de Dios se consideraba cierta, constante e inmutable, y la muerte profetizada por oráculo suyo al hombre íntegro y vivo a causa de la violación de la ley acaecería finalmente; mas el imperio de la muerte que reside en él, mientras la justicia de Dios se mantuviera incólume, se estimaba que no podría ser quebrantado; y en consecuencia, aquella sabiduría suya no sólo se la juzgaba victoriosa y superior a Lucifer, sino que sería invicta por siempre. Mas qué anunciaba el oráculo y misterio divino, todos los espíritus, tanto los que habían permanecido fieles a la hora de elegir, como los que habían tomado partido por Lucifer, lo sabían; pero cómo habría de suceder, tanto unos como otros lo ignoraban igualmente, [61] a no ser porque unos comprendían que la verdad de Dios es cierta y fija, y la reverenciaban, y los otros, aunque igualmente creyentes y temerosos, consideraban que no podían tener un fin cierto, si no se ejercía la fuerza. Así pues, invocaban siempre el crédito del juicio divino, y afirmaban que meditaban consigo mismo acerca de la sabiduría, pero no de la virtud y poderío. Mas, que este arcano no sería comunicado a ninguna generación ni a testigos algunos de hombres o ángeles hasta el momento debido de su revelación, el propio hecho lo demostrará, como será explicado, y el apóstol, admitido finalmente al conocimiento y disfrute, lo atestiguó. *Al misterio escondido desde los siglos [antiguos] y generaciones [de ángeles y hombres], y manifestado ahora a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria, al cual nosotros anunciamos.* Por consiguiente, la otra parte de los ángeles, la cual había decretado que tuviera un estatuto propio y antiguo, aunque no comprendiera la sabiduría de Dios, asumió, no obstante, que siempre acabaría vencedora y que debían siempre venerarla y honrarla con toda clase de miramientos. Mas la otra, siendo Dios un juez justo y constante, juzgaba que el litigio debía resolverse a favor de la sabiduría de Lucifer. Y de este modo, unos observaron su deber y obligación con sencillez, fidelidad y amistad para con la vida de los hombres; los otros secundaron a la facción contraria de su príncipe con total consenso. Así está escrito: *Todo reino dividido contra sí mismo queda desolado, y cae casa sobre casa. Si, pues, también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo va a subsistir su reino?*

Col 1, 26-28.

Lc 11, 17-18.

Como ya señalamos, Lucifer, en su ambición por el dominio y principado de este mundo, tenía un doble propósito: el uno, superar la sabiduría divina; y el otro, corromper al hombre, y expulsarlo de la vida a la vez que del reino del globo terráqueo. También la causa divina se estableció sobre dos motivos; esto es, elevar y engrandecer al hombre, y asimismo defender la sabiduría eterna, todopoderosa e infinita. Y el Verbo de Dios, que es la segunda de las personas divinas, con la aquiescencia del Padre y del Espíritu Santo, asumió llevar a cabo ambas tareas. Cómo se realizaría esto, aunque de momento se mantendría secreto para unos y otros, no obstante, le fue indicado a los ángeles y a los más santos de entre los hombres por qué razón debería de hacerse; a saber, por causa de la obediencia y la servidumbre, las cuales no sólo igualarían aquella primera soberbia y perversidad humana, sino que incluso las su-

perarían con un intervalo infinito. Pues el Verbo, puesto que era Dios y a un tiempo la Sabiduría de Dios, y amantísimo y clementísimo para con el hombre, sabía perfectamente el modo y manera con que no sólo satisfacer la justicia divina y abandonarse a la bondad del que carece de límite en su misericordia, sino también velar por el hombre sobremanera y en demasía (a fin de que subsistiera el propósito de Dios). Y a esto se refiere aquella enseñanza de Pablo: *Convenía, en verdad, que Aquél por quien es todo y para quien es todo, etc.* Y hasta aquí hemos reseñado brevemente lo que sabemos acerca de aquellas cosas que se referían al castigo anunciado a Lucifer, y al modo y manera, secretos, de llevarlo a cabo; y a partir de ahora trataremos acerca de las cosas que atañen a la restauración del hombre caído y corrompido.

Hebr 2, 10.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I.

DE LA RESTAURACIÓN DEL HOMBRE

[62] Con aquel mismo anuncio, del que ya hemos hecho mención, Dios, con buena voluntad, previno a Lucifer de su propósito y designio sólido y firme, y luego con muchas palabras y reiteradas promesas lo confirmó; incluso con muchísimas parábolas y visiones que profetizaban lo mismo lo describió y, por así decirlo, lo puso ante sus ojos: sin duda sucedería que, renovando la naturaleza del hombre y engrandeciéndola más allá de la condición humana, la causa de la Sabiduría divina descollaría, superior y vencedora. Y todas estas cosas, aunque Lucifer las escuchó y las esperaba, sin embargo, cómo llegarían más adelante, con la autoridad y poder de la sabiduría, a entrañar un final cierto, en modo alguno pudo saberlo, adivinarlo, o llegar a conjeturarlo; por lo cual, eterna y perpetuamente apelaba al juicio y justicia de Dios, por cuya sentencia y autoridad consideraba que él permanecería en aquel reino que alcanzara para sí con su sabiduría; y de este modo, espiando por todos los medios todo lo que pareciera que se hacía para la salvación de los hombres, finalmente no descubría nada que lograra esto mismo, es decir, apartar al hombre de aquella muerte eterna en la que él lo había precipitado; cosa que quedará manifiesta con toda clase de ejemplos y pruebas de todas las épocas. Es así que la misericordia divina administró desde el principio toda su tarea de tal forma que, aunque durante los siglos antiguos pudiera en cierto modo parecer que la realizaba y proyectaba de forma secreta y oculta, una vez madurada, tanto la cuidó y mimó que al final la culminó, presta y acabada; no obstante, quiso asumir y concluir su tarea de tal suerte que, aunque toda la autoridad y poder para producir, traer y procurar la salvación residiera sólo en él, le fueran, sin embargo, dadas al hombre, para que recibiera y conservara dicha salvación, aquellas cosas que era bueno darle y que consideraba y decidía que eran idóneas y apropiadas para ello.

Dos son, en suma, las cosas que Dios asumió hacer para la salvación del hombre, a saber, la Promesa y la Verdad. Practicó, en efecto, la promesa para anunciar oráculos y pactos, y la verdad para realizar, consumir y cumplir los mismos. Dos cosas asimismo pidió Él que debía prestar el hombre, a saber, fe y obediencia; fe, con la que acoger y creer firmemente las palabras y prome-

sas divinas, y obediencia, con la que obedecer y hacer aquellas cosas que Dios mismo ordena y advierte que han de ser obedecidas y hechas. Pues bien, aunque al hombre, expulsado de aquel lugar y peldaño de su antigua dignidad, le hubiera sido ocasionada y hecha una merma y pérdida de gran número de aquellos poderes y dignidades que por naturaleza y por favor y don de Dios le habían correspondido, sin embargo, habían quedado las siguientes tres virtudes congénitas, Inteligencia, Voluntad y Esfuerzo, [63] las cuales incluso en aquella condición de vida muerta (por así decirlo), aunque no poco maltrechas y quebrantadas, subsistían, con todo, ni destruidas ni abatidas por completo, sino aún de tal modo dispuestas que podían actuar y ejercitarse, si bien con el auxilio y ayuda de Dios, su Hacedor misericordioso, quien no niega ni rehusa a ningún hombre echado por él al mundo las cosas que se consideran convenientes, útiles y oportunas para la práctica y ejercicio de su propio oficio. *Pues es luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.* Ilumina a todo el que se deja iluminar y guiar por la luz divina Aquél, a quien además sirve de prueba bien construida el hecho de que Él hace salir su sol tanto sobre los buenos como sobre los malos, y hace llover lo mismo sobre los justos que sobre los injustos. Así pues, aquella parte que solemos emplear y llamar inteligencia o intelecto, Dios quiso que fuera firme y probada en la fe de sus promesas, y las dos restantes, voluntad y esfuerzo, ejercitarlas en la obediencia diligente y solícita de los preceptos y advertencias por Él transmitidas; y que estuvieran entre sí en tal armonía que estas dos últimas sirvieran de prueba y testimonio de aquella primero, esto es, que a la fe precedente y previa en los mandamientos siguiera de inmediato el celo en la voluntad y la obediencia en el esfuerzo (en efecto, cualesquier hombres santos que se hayan comportado de este modo se dicen hallados y *probados en el testimonio de la fe*), y aunque las palabras y promesas que hay que creer excedan la capacidad del ingenio humano, no obstante, los mandamientos que hay que cumplir guardan la medida del celo y el esfuerzo del hombre, y si alguna vez pareciera que exceden tal medida, serían, no obstante, vencidos y cumplidos por entero felizmente gracias al poder y socorro de la fe viva y presente. Interesaría muchísimo que tal doctrina expuesta y contada en este capítulo acerca tanto del designio divino como del deber humano, a fin de hilvanar con hilo preciso todas las partes de esta historia y tratado, fuera considerada un aparte y aprendida y recordada de memoria.

Jn 1, 9.

Hebr 1, 39.

Así pues, corrompida y echada a perder aquella primera selección del género humano por causa de la muerte traída al mundo por la envidia del diablo, en qué condición quedó el hombre, el hecho mismo lo proclama, a saber, en la más degradingada y desdichada posible; puesto que su porción inferior se adueñó de la prerrogativa sobre la vida y las acciones, y consiguió el protagonismo, y tuvo la idea de no admitir nada que considerase demasiado molesto y desagradable para ella; y por el contrario, la parte superior, a la cual llamamos hombre interior o espíritu, acabó tan debilitada y endeble que, aunque conocía y aprobaba las cosas mejores, casi siempre sucumbía ante el desenfreno y osadía de la porción peor, y aunque en cierto modo parecía respirar con inteligencia, sin embargo, en las acciones mismas había sido de tal modo debilitado en su primacía que en verdad podía llamársele muerto o hijo

de la muerte, y el hombre entero e íntegro que consta de dos partes, esto es, macho y hembra, podía pregonarse como volcado e inclinado al mal, según juicio y palabras divinas. *Viendo Dios que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo, le pesó a Dios de haber hecho al hombre en la tierra.* E idéntico testimonio dio a conocer un día que interpeló a Noé: *Pues el sentido y el pensamiento del corazón humano están inclinados al mal desde la niñez.* Tal es la imagen de la naturaleza de los hombres, [64] una vez arrancada de aquella su primigenia condición, imagen trazada, según dicen, sólo en su bosquejo, pero que luego, detallándola más pormenorizadamente con sus partes y miembros y representándola con los variopintos colores atraídos de la piel maculosa de la serpiente, cultivaron los antiguos poetas y el rey de los poetas, y el Padre Cristo y los apóstoles de Cristo. *Somos como impuros todos nosotros, como paño inmundo todas nuestras obras justas. Caímos como la boja todos nosotros, y nuestras culpas como el viento nos llevaron.* Y, *Se asoma Dios desde los cielos hacia los hijos de Adán, por ver si hay un sensato, alguien que busque a Dios. Todos ellos están descarriados, en masa pervertidos. No hay nadie que haga el bien, ni uno siquiera.* Y Pablo, abarcando y proclamando tal miseria del género humano en pocas palabras, la puso ante nuestros ojos para que la conociéramos: *Y a vosotros que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en lo cuales vivisteis en otro tiempo según el proceder de este mundo, según el Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa ahora en los rebeldes... entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo en medio de las concupiscencias de nuestra carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás, a la cólera.* A cosas tales y semejantes a éstas, y a todas las que resultaron de éstas, el apóstol las llama obras del diablo, por las cuales el hombre resultó detenido y condenado, enemigo de Dios, y muy hostil y totalmente en desacuerdo y disconforme consigo mismo, y enteramente preñado de las muchas semillas de las discordias, la envidia, las disputas y, por decirlo en un sola palabra, las preocupaciones, *pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagonicos,* prometiéndolo y adueñándose luego la carne de la gloria y provecho de la sabiduría. Y como enseña Pablo: *La sabiduría de la carne es contraria a Dios, pues ni está sometida a la ley de Dios, ni puede estarlo.* Y, en verdad, como hubieran sido creados dos hombres, macho y hembra, a fin de que fueran dos en una sola carne, de tal modo, no obstante, que el macho, que había sido creado el primero en naturaleza y dignidad, fuera superior, y la hembra inferior, sucedió, al contrario, por causa de cometer el crimen y delito de violar la obediencia, que o bien la mujer porfíe en mostrarse como cabeza y guía en aquella armonía de unión y sociedad, o bien se afane y empeñe en cansar y fatigar al hombre, que quiere y hace otra cosa, con riñas, peleas y disputas domésticas, y luego lo incordie de tal manera que lo arrastre, vencido, a la maldad, o bien ella misma, no sin haber opuesto antes resistencia, finalmente secunde a aquel, que la llama y exhorta y de nuevo al bien y se esfuerza en ello con harto empeño; como que su naturaleza más pesada, más densa y más proclive al infortunio y la ruína arrastraría junto con ella al precipicio al hombre arrimado a ella y vuelto demasiado complaciente desde

Gen 6, 5-6.

Gen 8, 21.

Is 64, 6.

Ps 52, 3-4.

Eph 2, 1-2.

Gal 5, 17.

Rom 8, 7.

aquel primer peligro, interpretando la ley divina conforme a su propio juicio (el cual es llamado sabiduría de la carne), y prometiéndose a sí misma todo lo mejor, y complaciéndose y mirando por sí misma con la inventiva y celo de su propio ingenio.

Y, en verdad, aquella misericordia y bondad infinita, a la que llamamos y adoramos como Dios, queriendo explicar y confirmar su propósito, emprendió aquella manera de actuar que sabía que era la más conveniente para la capacidad intelectual de un hombre ya caído y para su naturaleza debilitada y trastornada. [65] En efecto, puesto que había decidido rehacer de nuevo y renovar al hombre ya muerto y enajenado de la vida, y hasta perfeccionarlo y elevarlo a lo más alto, entretanto que lo acababa, asumió que debía ser preparado e instruido para la ocasión de tan gran beneficio; y esto lo hizo y lo mantuvo siempre, desde los comienzos mismos de la manifestación de su voluntad hasta el momento de realizarse y consumarse la salvación. Junto a aquella manera de actuar frente al hombre, se procuró sobre todo lo siguiente: que quien a causa de la complacencia mostrada para con la mujer había visto la potencia y poderío de aquella virilidad primigenia hasta tal punto débil y manca que no podía ya ver y conocer por sí solo las cosas más elevadas, sino que consultaba a los sentidos de la porción exterior, fuera guiado con los mismos conceptos que pudiera comprender y retener más cómoda y fácilmente; esto es, no sólo con hechos, sino también con palabras y frases se le enseñaría y advertiría de aquellas cosas que interesan para adiestrar y preparar a ambas partes suyas, esto es, a aquella en la cual reside la capacidad de conocimiento, llamada más arriba, digo, intelecto, y a aquella otra en la cual se observa la capacidad y facultad de los deberes, a la cual dividíamos en voluntad y esfuerzo. De esta fuente, pues, manó toda aquella abundancia de palabras, imágenes y hechos que en los siglos y tiempos de todo el mundo primitivo primero, luego del antiguo Testamento, en diversos lugares, ocasiones y oportunidades fue oída, vista y contemplada. *Todo esto les acontecía en figuras*, mientras aún subsistía *el hombre espiritual*. Y éste, como no percibiera aquellas cosas que son propias del espíritu y de Dios y aún no se hubiera despojado de la imprudencia pueril, debía conducirse y mantenerse en aquel cometido que pudiera desempeñar en razón del uso y costumbre de su edad y debilidad. Este procedimiento, pues, de instruir al hombre según las circunstancias, lo emprendió Dios nada más hacer su promesa de salvación universal. De hecho, al hablarle a la serpiente, prefirió servirse de palabras que esbozaran una imagen de las cosas apropiada al espíritu y juicio del hombre que las escuchaba, en lugar de otras que transmitieran las cosas tal cuales o las describieran de forma más grandiosa: el caminar sobre el vientre, el comer polvo, la enemistad, el linaje del hombre y el linaje de la mujer, el pisar la cabeza y el acechar el calcañar. Al escuchar estas palabras, el hombre comprendió que sucedería que las obras que hubieran sido atadas y construidas por el diablo, serían desatadas un día por obra y gracia de un hombre que nacería de él y sería nombrado por Dios; y que ningún daño o perjuicio podría ocasionarle el diablo, a no ser los pesares y zozobras inherentes a la vida, y esto en las partes y miembros ínfimos. Y con aquella promesa quiso Dios atraer al hombre desde una situación calamitosa y desesperada en razón de su naturaleza e in-

1 Cor 10, 11.

1 Cor 2, 15.

clinaciones a la fe, esperanza y expectativa de un beneficio sin precedentes, supremo y que le reportaría la salvación, mientras, amenazando a la Serpiente, pronunciaba aquellas palabras que dijimos, siendo ambos testigos y oyentes.

Ahora bien, Dios no sólo ordenó que el hombre pusiera fe y esperanza, compañera de la fe, a fin de aguardar el don de su salvación, sino que mandó que empleara y ejercitara con constancia, entusiasmo y seriedad aquella otra parte, como ya dijimos, del espíritu o intelecto, en la cual reside la capacidad y facultad de obrar, en los deberes de la obediencia y servidumbre; [66] y dispuso que tal práctica se afrontara con un doble celo, esto es, el de reprimir la funesta apetencia y concupiscencia, de donde nace y se multiplica la grandísima copia de pecadores, y el de cultivar la virtud, la cual conoce la razón del alma por sí misma, iluminada por la luz divina, o mejor, llega a discernirla con el magisterio de Dios mismo, quien la instruye desde dentro o bien la inspira desde el exterior. De esta forma y manera, pues, tuvo Dios unas pocas palabras, pero cargadas de significación, con ambos consortes de la sociedad humana, con las cuales dio a conocer a cada uno el estado al que había ido a parar, y les mostró qué convenía hacer y cómo para poner término a sus males y alcanzar la ocasión del bien verdadero, la cual él mismo, quien la había prometido, finalmente habría de prodigar con generosidad; por último, al término mismo de su oráculo, indicó con arcanas palabras la manera en qué habría de efectuarse aquella tan gran mudanza y cambio de cosas, desde la más absoluta miseria y calamidad a la felicidad extrema. Y fue aquel oráculo de Dios, amonestando, aconsejando, ordenando, e instruyendo y exhortando a esperar la salvación, tal como sigue: *A la mujer le dijo: "Multiplicaré tus fatigas y tus embarazos: parirás tus hijos con dolor; estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará"*. Pues, aunque antes la mujer, esto es, la porción exterior del hombre, cedía ante el hombre, como ante una parte superior, no soportaba, sin embargo, violencia alguna derivada de la dominación, sino que se sometía en tanto que una extraordinaria concordia y amor templaba y conciliaba a ambos, y uno y otra desempeñaban su cometido y sus deberes, y se ayudaban con amabilidad recíproca: ni ella podía concebir o decir nada de manera inconveniente, desagradable o ruda, ni su mente estaba ocupada por más pensamientos que los que exigía la teoría y práctica de una vida íntegra, cosa que, pronunciada abierta y claramente acerca de aquella mujer, consorte externa del Hombre, debió haberse entendido de forma no menos veraz y significativa acerca de aquél, a quien llamamos hombre exterior y señalamos con la debilidad femenina. Pues a ambos convienen y cuadran las siguientes palabras: *Voy a hacerle una ayuda adecuada, y Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada varona, porque del varón ha sido tomada*. Así pues, también a esta porción, a la femenina, para que, lo mismo que al varón, le fuera otorgado por Dios el beneficio de la salvación, le fue impuesto el siguiente celo y precepto de penitencia y ejercitación, el de no oponerse y rehusar a la porción superior, esto es, al hombre, sino obedecer, inculcar y practicar la costumbre. Y el hecho de que la que concibió estas cosas, para no sin dolor, entendemos que hay que atribuirlo a la sabiduría y providencia divina: *Multiplicaré tus fatigas y tus embarazos: parirás tus hijos con dolor*; a fin de que el placer, que perjudica con dolor, al reavivar el re-

[Gen 3, 16].

[Gen 2, 18].

[Gen 2, 23].

[Gen 3, 16].

- [Gen 3, 17-19]. cuerdo de las advertencias de Dios, sea apetecido con menor avidez por la mujer, de la cual hablamos. *Al hombre le dijo: "Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa. Con fatigas sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan"*. Que se trata de una tarea funesta, o mejor, de un maleficio, a aquel que ya se da cuenta y entonces empieza por primera vez a experimentar cuán gran perjuicio causó a su Hacedor, [67] Dios, censor y juez, se lo dice y predice claramente, mientras se sirve de frases y palabras, que significan a un tiempo las cosas mismas e imágenes de las cosas, para tal imagen. *ADAMA* es llamada la tierra, porque es cultivada y devuelve el favor y el fruto a quien la cultiva. Pero cuando ésta responde con generosidad y corresponde incluso con creces al trabajo que se le ha dedicado, se la califica y elogia, haciendo uso del lenguaje sagrado, como *benedicta*; la lengua romana la llama *opimus et fertilis ager*, e incluso algunas veces la llama *benigna terra*. Pero cuando es estéril e improductiva, entre los escritores sagrados es tachada con vocablos propios de la execración y la maldición, tal como está escrito: *Porque la tierra que recibe frecuentes lluvias y produce buena vegetación para los que la cultivan, participa de la bendición de Dios. Por el contrario, la que produce espinas y abrojos es desechada, y cerca está de la maldición, y terminará por ser quemada*. Por lo demás, el cuerpo del hombre, o si preferimos llamarlo así, la porción exterior del hombre, los oráculos divinos cuentan que fue tomado y modelado de la tierra, partiendo de cuyo nombre se le creó además al hombre el suyo, *ADAM*, y asimismo a su porción exterior le fue asignado el nombre primitivo, *ADAMAH*, esto es, *Terra*, de suerte que las cosas que se dicen con franqueza acerca de aquella tierra primigenia, a partir de cual fue creado el hombre, las mismas se le asignaban, con sentido arcano, a la naturaleza externa o terrenal del hombre. Pues, tal como la tierra misma, la cual se divisa con la vista y se trabaja con el arte de la agricultura, cuentan que en otro tiempo lo producía todo por sí misma en abundancia y no requería esfuerzo alguno del hombre (*Pues el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo, pero un manantial brotaba de la tierra, y regaba toda la superficie del suelo*), así la porción terrenal e inferior del hombre vivía antes con rectitud y cumplía con su deber, obedecía al espíritu y al hombre interior, el cual había sido creado a semejanza de Dios, en la verdad y la justicia, en las cuales la propia mente humana, engrandecida por el don divino, se ejercitaba. Mas, luego de esto, precisó no menos esfuerzo, celo y trabajo para experimentar el goce de la vida, que aquella otra para recoger los frutos tanto de las mieses como de los árboles y plantas. Dios expresó tal ruina y penuria de la naturaleza en degeneración con las siguientes palabras: *Maldito sea el suelo* (no por la índole primitiva de su naturaleza, sino) *por tu causa*; y esta enorme copia de pecados que nacen con el hombre, así como la perversidad y corrupción de los mismos, aconsejó y recomendó que convenía sajarla y sanarla con el constante esfuerzo y cultivo de la penitencia: *Con fatigas sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo*. Nada, en efecto, más sólido que esto podía el hombre procurarse, por más que soportara
- Hebr 6, 7-8.
- Gen 2, 5-6.
- [Gen 3, 17].
- [Gen 3, 17-18].

muchos y reiterados esfuerzos, para el disfrute de aquella vida arcana, a no ser las hierbas, ni procurarse ningún alimento dotado de vida o sangre, ni siquiera con el máximo celo e industria, esto es, no podía cambiar su vida animal por otra mejor y espiritual. Así está escrito: *Cuando hayáis hecho todo esto, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer*. Pero este razonamiento, guardado en este pasaje entre arcanos y opacidades, lo explicaremos a su debido tiempo en otra parte, contentándonos por ahora con aquel testimonio de que al hombre no le fue encomendado el cometido de restituirse a sí mismo de aquella miseria, puesto que en modo alguno podría realizar tal cosa, dada la debilidad de la carne, [68] sino que, confiado este papel a la sabiduría, poder y magnanimidad del Verbo, al hombre dotado de mente le había sido encomendada la fe y la penitencia, y en la penitencia quedaban englobados el empeño, el esfuerzo, el trabajo y la ejercitación de las virtudes humanas. *Con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan*. Tales ejemplos de virtud, digo, que habían sido ordenados al hombre y podían prestarse, habrían de buscarse con dificultad y trabajo, *pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne*. Pero tal pugna o combate podía, ya sostenerse, ya tolerarse y soportarse, por dos poderosas razones, es decir, con el socorro y ayuda inmediata de quien lo ordena, quien para aquello mismo que ordenaba y predecía que sucedería, se prometía a sí mismo y a su Verbo como propicio y promotor (*TE ALIMENTARÁS DE TU PAN*), e incluso con la esperanza de que pondría fin y término a tan grandes esfuerzos y sudores el propio autor y prometiente de los mismos. En efecto, no dice que aquella ejercitación vaya a ser eterna o que habrá de soportarse muchísimo tiempo, sino que concluirá con un término preciso -sin duda con el fin de la vida corporal y animal- hasta ahora no fijado, pero que habrá de ser fijado de ahora en adelante para todo el género humano. Pues la muerte que había decretado Dios y afrontado el hombre, era aquella misma que siguió a la primera violación de la ley de obediencia: *El día que comieres de él, morirás sin remedio*. El diablo, en verdad, trajo esta muerte al mundo ante la ocasión de usurpar el reino, y la erigió como alcázar de su tiranía; y como la vida distaba muchísimo de la muerte, pensaba que jamás podría ser expulsado o derrocado; y de este modo, había resuelto defender y decidido promover su muerte con pleno afán, celo y serenidad, originándose día a día nuevas clases de pecados a partir de aquella primera fuente de crímenes y cuerpo del pecado, con los cuales se consolidaría y ensancharía el imperio del pecado, y no sólo haría perecer al género humano aquella primera culpa, sino que cada uno de los hombres, obligado por los innumerables errores y crímenes por él cometidos, pagaría al emperador mismo el penosísimo tributo de la muerte, y por la naturaleza de sus crímenes cumpliría el castigo eterno que exigiría la justicia divina. Y acerca de la primera muerte bastaría con lo hasta aquí señalado.

Empero la sabiduría y misericordia de Dios, unidas en sincera y mutua armonía, y con un poder infinito, sobre cómo quebrantar el designio del enemigo público y hasta aniquilar y derribar su imperio, y al mismo tiempo satisfacer la justicia divina y velar por el género humano adornándolo y enaltecándolo, diseñaron un plan que habría de causar admiración a todas las men-

Lc 17, 10.

[Gen 3, 19].

Gal 5, 17.

[Gen 3, 19].

[Gen 2, 17].

tes superiores, y estupor a las inferiores, provocando la muerte y destrucción del cuerpo a todos los hombres, lo cual acarrearía el fin de las fatigas de la vida mortal y terrena y suprimiría de raíz el poder de aquella muerte traída por el diablo al mundo; y hasta tanto que esto debiera llevarse a cabo, renovando promesas y mostrando imágenes, aunque repetido continuamente, no obstante, evitaría que fuera creada toda sabiduría, por muy poderosa que fuera, para procurar mayores tormentos de preocupaciones a la mente de Lucifer, de suerte que la denuncia de Dios resulte siempre certera y victoriosa, amenazándoles hasta ahora con las siguientes palabras: *Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.*

[Gen 3, 14].

[69] Así pues, la muerte del cuerpo, la cual antes de la caída del hombre pudo siempre evitarse, gracias al árbol de la vida plantado en medio del jardín, y que no había sido anunciada expresamente en aquella primera predicción, *morirás sin remedio*, luego quedó establecida y fijada para provecho y conveniencia de la salvación universal, desde luego no con el nombre de muerte, lo cual, considerado separadamente y en su propia esencia, cuadra menos apropiadamente a este propósito, sino dada a conocer con términos de disolución y cambio: *Hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás.* Luego de examinar y considerar todas estas dichas y hechos, fácilmente puede hallarse una definición, descripción y concepto del hombre, no tanto de aquel que antes fuera total e íntegro, y adornado en muchos aspectos, y acrecentado con dones, como de aquel que, tras la ruina, se salvó y subsistió, apoyándose aún en el beneficio de Dios, de tal suerte que podríamos decir que el hombre es un animal dotado de conocimiento, discernimiento y raciocinio, capaz de tener fe en las palabras divinas, dotado de elección y opción, consagrado a la ejercitación y el esfuerzo, y deudor, en suma, de la disolución del cuerpo y fin de la vida mortal. Cada cual podría explicar esta definición a partir de las cosas que ya han sido dichas, o bien remitirla, para su explicación, a la parte de esta obra que llamamos *Cuerpo*.

[Gen 2, 17].

[Gen 3, 19].

Definición del
hombre animal.

Hasta aquí, pues, hemos examinado la majestad, autoridad y poder de Dios; la naturaleza, distinción y elección de los espíritus; la creación, dignidad y ornamentos del hombre, así como su culpa y la ruina del género humano; y la misericordia, no obstante, de Dios al decretar y prometer la salvación; y, por último, hemos descrito la forma de este hombre, tal cual ahora la tenemos. Y a este mismo orden, tanto del mundo, como de las cosas humanas, transformadas, al inicio mismo, a este estado que señalabamos, podemos llamarlo, conforme al Evangelio, *constitutio mundi*, dicho en giego *τὴν τοῦ κόσμου καταβολήν*. Desde este momento hasta el término del cumplimiento de la salvación, cuán grande fue siempre la magnanimidad de Dios, cuán constante su afecto para con el género humano, cuán grande, en cambio, la volubilidad, perversidad e inconstancia y temeridad de los hombres, cuán grande la contumacia del diablo en la prosecución y acrecentamiento de sus negocios, cuán grandísima, luego, la paciencia de Dios, cuán admirable su providencia y, en fin, su eficacia y constancia en el cumplimiento de su propósito, cuáles y cómo fueron los finales de los buenos y de los malos, lo contaremos enteramente en la presente obra, a la cual dimos el nombre de *Alma*.

CAPÍTULO II.

DE LA ÍNDOLE, CAPACIDAD, TRABAJO, CELO E INCONSTANCIA DEL
HOMBRE, DESDE LA CREACIÓN DEL MUNDO

[70] El hombre, al que desde un principio habíamos considerado íntegro, colmado del bien, enteramente libre e ignorante del mal, y en definitiva, creado a imagen de Dios Hacedor y soberano, pero sabio con conocimientos adquiridos, una vez diferenciadas las facultades y maneras de saber, conocedor de las cosas sublimes con la porción superior, y de las humildes con la inferior, pero atraído y mimado en ambas por Dios, y enteramente en armonía consigo mismo; éste, por el contrario, tras la violación de la ley del precepto divino, dijimos que se vio perturbado en el estado general de cosas y facultades, ya menos poderoso interiormente, pero más soberbio exteriormente, disminuido en muchos dones y aspectos, pero más acrecido por dos razones, a saber, por el conocimiento y la experiencia y práctica del bien y del mal, así como por una aptitud más instruida para tener fe en Dios. Y de hecho, hasta entonces, que Dios era veraz e incapaz de mentir, el hombre podía y debía saberlo, aconsejado por la Naturaleza; y lo mismo debía estimar la mujer. Pero ésta, como oyera decir a la serpiente, por aquel entonces más venerable y más inteligente, que ellos en modo alguno morirían por comer del fruto prohibido, sino que serían muy semejantes a los dioses, consideró que Dios no siempre se mantenía en sus promesas, predicciones o avisos, sino que a veces hablaba de tal forma que interpretar su mandato, promesa o aviso no sería en absoluto contraproducente; por esta razón, se dejó arrastrar fácilmente al error, sin consultar al varón o aguardar a otro oráculo superior. Empero, luego de probado ya, o mejor devorado, el fruto, llegó a tener conocimiento, por ambas partes, del bien y del mal, y se supo desnudo; entonces, al fin, más sabio por la práctica y la experiencia, no sólo conoció con exactitud la firmeza y la verdad en las predicciones de Dios, sino que las comprobó también en sí mismo y en toda su condición, mudado hasta tal punto que reflejaba otra imagen, sin duda la de aquella serpiente, por la cual engañado, había bebido el veneno letal, perturbada ya en él y muerta la vida, y degollada en él mismo aquella imagen sencillísima del Verbo, quiero decir, *el Cordero de Dios, muerto desde el origen del mundo*, y volcada la porción inferior, esto es, el hombre exterior, al pecado, demasiado complaciente consigo mismo y entregado a las formas y apariencias externas de las cosas y tratando de atraer a la misma culpa suya al hombre interior, inclinado más de lo justo a la adulación. Pero el hombre retuvo tanta capacidad y talento que, con el magisterio y consejo de Dios, podía distinguir las espinas y abrojos de las hierbas y el pan, esto es, había aprendido a distinguir qué cosas debía evitar y huir de ellas, cuáles, por el contrario, debía desear, versado en tales cosas gracias a la enseñanza interna de Dios, quien instruye el espíritu, o gracias a sus palabras externas. Pues los oráculos sagrados nos transmitieron que de una u otra manera, o incluso de ambas, *todo hombre que viene a este mundo es iluminado. En efecto, cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen naturalmente las prescripciones de la ley*, [71] *sin tener ley, para sí mismos son ley; como quienes muestran tener*

Apoc 13, 8.

Io 1, 9.
Rom 2, 14-15.

la realidad de esa ley escrita en su corazón, atestiguándolo su conciencia con sus juicios contrapuestos que les acusan y también les defienden. Y a esta capacidad concedida para distinguir las cosas se unió, como ya vimos, el precepto y admonición del empeño, el esfuerzo, el trabajo y el sudor, con los cuales la eficacia y perseverancia y piedad del hombre que desea y espera su propia salvación, estimadas por Dios salvador, son finalmente recompensadas con el premio prometido de la vida.

2 Cor 5, 4. Pero como el hombre, por causa del conocimiento del bien y del mal, considerara la vida del cuerpo, parte en la cual era animal, un bien supremo suyo, pudo acaecer lo siguiente: que, si debiera obrar según su arbitrio, desearía evitar y escapar a la disolución y destrucción del cuerpo, y se aplicaría por entero a esto, cosa que, aun sabiendo que perjudicaría por siempre a la porción mejor, esto es, al espíritu, no obstante, lo consideraría sin duda dulce, suave y grato para el hombre exterior, y no atendería tanto al designio de Dios misericordioso con arreglo a la muerte que habría de acabar con la vida, como a su propio deseo de retener y conservar esta vida. *¡Sí! Los que estamos en esta tienda gemimos <oprimidos>. No es que queramos ser desvestidos sino más bien sobrevestidos para que lo mortal sea absorbido por la vida.* Ahora bien, fue el propósito de Dios establecer esta muerte y disolución del hombre exterior por dos razones: en primer lugar, para que hubiera un lugar para la justicia y recibiera su castigo aquel que resultara convicto de menosprecio de la ley prescrita, y en definitiva le fuera causada la muerte a aquella parte que se había arrogado la muerte; y en segundo lugar, para que a raíz de la muerte de aquél quedara instituida la resurrección y vida del hombre interior, esto es, para que, muerto el hombre más débil, surgiera al fin redivivo aquel que había sido creado a semejanza de Dios, y de este modo se congratulara de que su copartícipe, también ya muerto, fuera finalmente invitado a disfrutar de una segunda vida mejor que la anterior. Así pues, Dios quiso evitarle al hombre aquella opción malvada y adoptar una mucho mejor para aquél, fijada por Él mismo. La razón última de ésta era la siguiente: para que, en tanto subsistiera el provecho y disfrute de este soplo vital, no apeteciera ninguna de aquellas cosas que ni son necesarias, por su naturaleza, para la vida, ni se pueden adquirir sin esfuerzo o perjuicio, y más parecen hermosas por fama que por verdad; sino que tan sólo fueran adquiridas para uso y ornato externo aquellas cosas que proporcionan una abundancia de sí útil y provechosa, y que no pueden acontecer fácilmente por perjuicio de alguien, sino por generosa recompensa de Dios. Pues las cosas que, a juicio del hombre, parecen hermosas y útiles, muchas veces descubrióse que eran engaños e imposturas, como aquellos cíngulos que habían sido tejidos con hojas de higuera para quienes antes estaban desnudos; pero aquellas que, conforme a la naturaleza de las cosas, hayan sido mostradas e indicadas por Dios, basta con estimarlas como idóneas, y apropiadas y convenientes para toda ocasión de usarlas.

[Gen 3, 21-24].

El Señor Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió. Y dijo: "¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre (una vida animal). Y le arrojó el Señor Dios (magnánimo juez y soberano) del jardín de Edén,

[72] *para que labrase la tierra de donde había sido tomado. Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén un querubín, y una espada llameante y vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida.* Lee-
 mos que el hombre (en lo que atañe a la carne), por designio propio de la magnanimidad, la misericordia y al mismo tiempo de la reflexión, fue privado de la facultad y posibilidad de una vida perpetua y eterna, de tal suerte que quien había perdido la vida de la porción interior, la cual no podía restaurar con su propio poder y esfuerzo, desterrado de aquel jardín felicísimo, era castigado con el fin del hombre exterior, esto es, con la disolución de la carne, y no podía por sí mismo encontrar un remedio para renovar y reha-
 cer ambas vidas, sino esperar obtenerlas de la magnanimidad y promesa de Dios, alentado por el crédito de quien hace la promesa, y consagrado al ejercicio y práctica de la obediencia, en tanto viva esta vida mortal. Tal es, pues, el sentido arcano de aquel mandato de que labrara la tierra de donde fue tomado; aquella misma tierra, por la cual era terrenal y animal, y de la cual fue cogido y arrojado al delito. Y de hecho, ambas cosas se denotan con el vocablo *LVCHAHH*. Y no sólo se dice que el hombre fue privado de la posibilidad y disfrute de la vida misma, sino también del camino mismo por el cual se abría el acceso al árbol de la vida, de tal suerte que de ninguna manera, ni por su propio talento, ni por hallazgo particular de nadie o común de muchos, podía el hombre prolongar su vida, o preservarla, o renovarla por sí solo, una vez perdida, pero tampoco obtenerla de los ángeles o cualquier otro espíritu, puesto que, aunque quisiera reunirse o juntarse con los ángeles para tal asunto, se lo impediría siempre, interponiéndose, una espada flamígera y vibrante, hasta que el camino mismo se mostrase visible y abordable, y la vida fuera regalada por la magnanimidad divina a quienes la ansían y desean. Así pues, de entre estas cosas que hemos contados, *TRES* son las más dignas de atención y admiración. En primer lugar, el poder y fuerza infinita de Dios, al crear el mundo entero y en especial al hombre, y al poner al mismo al frente de los seres vivos y de la tierra toda; luego, la justicia divina al instituir las leyes y castigar las mismas el delito y el crimen con la pena subsiguiente; y la misericordia y magnanimidad suma al asumir y disponer la salvación del hombre ya perdido, misericordia que ratificó y amparó además la justicia, decretando que era muy justo que tal como se le había causado la muerte al hombre por apartarse de la obediencia del Verbo, de igual modo le fuera nuevamente restituida la vida por el Verbo, que asume y está dispuesto a arrostrar la muerte del hombre; y tal como a la desobediencia extrema del uno le corresponde el tormento máximo y supremo, así a la obediencia extrema del otro le corresponde el premio máximo y supremo. Y con estos tres capítulos de nuestra observación se abre la primera puerta al misterio de la arcana salvación, desconocido para los más doctos de entre los hombres, revelado a los más modestos y menospreciadores de sí mismos.

לקח

CAPÍTULO III.

DE LA EXPERIENCIA VARIA DEL HOMBRE

[Gen, 3, 21].

[73] *¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal!*, dice Dios. Y puesto que parece que el bien ha de ser deseado por su propia naturaleza, y el mal, en cambio, evitado, resulta que el hombre activo llegaría a apetecer el bien y a rehuir el mal. Y no habría que concederle tanto a este pecado, si la mente, imbuida de los desvaríos de la sinrazón, no ejerciera ella misma la opción y elección, y ejercitándola, se obstinara y afanara con temeraria contumacia por preservarla y salvaguardarla, e incluso por consagrarla con el nombre de sabiduría. Pues, dado que la naturaleza del hombre recibió de aquel primer pecado tanta imperfección que aquella que debió ser la porción inferior en el ejercicio y disfrute de toda la vida, esto es, el hombre exterior, no sólo pide que se le ceda y conceda la primacía, sino que la reclama e incluso se afana por ella con gran contumacia, resulta muchas veces que lo que considera bueno para ella misma, querría que le pareciera también bueno a la porción interior, y trata de persuadirla, y aplica un celo no pequeño a buscar argumentos y pretextos, gracias a los cuales aquello que ella misma desea y ansía sea juzgado digno de deseo, según lugares y momentos, y según otras razones más ingeniosas que verdaderas, y no sólo esto, sino que incluso, y esto es lo más nocivo y peligroso, sea considerado digno con el pretexto de la voluntad y aprobación divina, y después, con mayor empeño y esfuerzo que la verdad misma, inicie la empresa, y tenga

[Gen 3, 4-5].

eficacia y sea puesto en práctica las más veces el siguiente ejemplo: *De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.* Así pues, en la elección de aquellas cosas que, o bien deban ser deseadas como buenas, o bien deban ser estimadas como tendentes y conducentes al bien, qué y cuánto Dios ordena o prohíbe, no sólo le persuaden a obtenerlo, sino incluso a pretender más, esto es, qué y cuánto Dios mismo sepa. Pero tal idea y conocimiento de Dios tratan de estimarla y definirla, con sus propias nociones y pesos, los de una sabiduría artificial y falsa; y de este modo, las cosas vanas son concebidas como sólidas, las difíciles como fáciles, las muy blandas como muy duras, las curvas como rectas, las oscuras como claras y transparentes, con tal que le agraden más en cuanto a aquella parte

[Gen 3, 6].

que está dotada de sentidos y facultad animal. *Así pues, la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y hermoso a la vista, y de aspecto deleitoso.* Y con tales argumentos juzgó ella que le sería provechoso y además digno y presto para comer. No en vano, dice, le ha dado Dios al fruto este buen olor, indicio de un sabor delicioso, no en vano tal forma y medida, ni tampoco en vano tal color y hermosura, sino que con ellos preparó al hombre para disfrutarlo; puesto que Dios, en cuanto a la naturaleza de las cosas, nada ha hecho en vano,

[Gen 3, 6].

nada al azar, nada sin utilidad. *Tomó, pues, de su fruto y comió y dio también a su marido, que igualmente comió.* Así pues, de estos inicios surgió y se difundió toda la escuela de la sabiduría humana, y cada cual interpeló, consultó y veneró su juicio, su talento o su deseo como si fuera un preceptor, un guía,

o Dios. [74] De aquí surgieron definiciones, divisiones y comparaciones de cosas, muchas veces contradictorias unas con otras o incluso con ellas mismas; de aquí riñas, discusiones, altercados; de aquí una muchedumbre y enredo inextricable de escuelas y opiniones, haciendo ostentación y alarde otros de sus embustes, patrañas y mentiras como si de oráculos de Dios, y defenfiéndolos hasta el frenesí propio de la envidia, y cada uno empleando y reiterando, si bien no siempre con palabras, sí con acción y meditación perpetua, el siguiente argumento: *Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses*. En efecto, como disertábamos en su debido lugar, escritores hubo de diversa escuela que se esforzaban por inculcarles esto a sus discípulos, acerca de lo cual leemos escrito: *Empero los hijos de Adán son vanos, los hijos de hombre una mentira en la balanza, de suerte que ellos mismos defraudarían acerca de la vanidad en eso mismo*. Pero, tal como ya se nos ha enseñado, todas estas cosas fueron por completo arrojadas y expulsadas, junto con el hombre, del paraíso, como vanas e inútiles, o por mejor decir, como perniciosas, y le fue impuesta al hombre la tarea de cultivar la tierra, de la cual -se le había permitido y dejado saber- había sido él tomado, y de aplicarse y dedicarse a este cultivo hasta sudar, y procurarse su pan, con la cual comida, una vez que viviera esta vida mortal, sería llevado a compartir, gracias a la magnanimidad de Dios, la salvación prometida. Por lo demás, leemos que el hombre, mientras vivía en aquel estado de cosas del que hablamos, fue hecho padre de una doble progenie: la una, en verdad, insolente y soberbia, enamorada sólo de sí mismo, y envidiosa, odiosa y muy violenta con los demás; la otra, en cambio, tierna, dulce, respetuosa, ingenua, amable y muy comedida. Y en adelante estos dos ejemplos de progenie y descendencia universal de los hombres se dividieron en dos modos de vida, asunto que narra la historia sagrada del modo siguiente: *Conoció el hombre a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: "He adquirido un varón con el favor de Dios"*. La madre femenina afirma que este hijo, el más insolente e intratable, era propiedad suya, y lo adorna con el elogio divino, porque a los ojos de la porción inferior tales cualidades parecen viriles en demasía, y prestas y muy idóneas para la acción. *Pues los hijos de este siglo son más sagaces entre sus coetáneos que los hijos de la luz*. Y éstos, cuanto más insolentes se muestran, más poderosos y más dichosos se les considera, usurpadores, en realidad, y envidiosos y detractores del bienestar ajeno; y los mismos son llamados *praestantes* (pues no se me ocurre ahora mismo otro vocablo latino, con el cual remedar el nombre de *Cainus*, a no ser el de *compos* o *praestans*). Esta primera descendencia de Adán y Eva, esto es, del hombre terrenal y la mujer vital, fue más robusta, más insolente y, como un poco más adelante señalaremos, menos humana. La segunda, en cambio, fue el primer ejemplo de probidad y piedad, nacida de idénticos padres, aunque reproducía la virtud, candor e ingenuidad del hombre interior. *Volvió a parir, y tuvo a Abel, su hermano*. Del mismo hombre macho y hembra proceden, pues, la insolencia, la desvergüenza, e inversamente, el pudor y la modestia; luego, a partir de estos mismos padres son engendrados hombres buenos y malos, cuyas mentes, no obstante, son diversas, ocupadas en afanes diversos y diferentes, y llevan unas vidas totalmente dispares, [75] y movidos por metas dispares, tienen

[Gen 3, 5].

Ps 61, 10.

[Gen 4, 1].

Lc 16, 8.

[Gen 4, 2].

- [Gen 4, 2]. por último finales distintos, los buenos buenos, y los malos fatales. *Fue Abel pastor de ovejas y Caín labrador*. En efecto, demostraba el modo de vida y oficio sencillo, pacífico, dulce, mesurado y complaciente del uno la tarea de apacentar ovejas, los más mansos, sin duda, de entre todos los animales, las cuales proporcionaban al pastor y a su dueño tanto el alimento sencillo de la leche, como el disfrute de vestidos, y pagaban la recompensa apropiada a su custodia con la fecundidad y abundancia otorgadas a ellas por la naturaleza, y ellas mismas se alimentaban del pasto de heno y de sencillas hierbas que brotan espontáneamente, y no imponen a su pastor labor alguna, a no ser el arreo y custodia, y mientras pacen, dejan bastante lugar y tiempo libre para reflexionar, meditar y cultivar el espíritu con buenos propósitos. Y, en verdad, con tales pastores, buenos y dotados de un espíritu sensato y de un talante humano, la vida podía subsistir fácilmente. *Y Caín labrador*. Hombre rudo y vigilante, y azuzado por la codicia, consagrado en exceso al trabajo, cuyo afán por cultivar la tierra ninguna estación en todo el año podría interrumpir, acostumbrado a abrir y hender la tierra, y volcado en la invención de instrumentos, con los cuales poder ejercer y facilitar la agricultura, conforme a las posibilidades de su siglo. Luego, como ningún reposo lo apartaba del trabajo, no disponía de tiempo, en que dedicarse a sí mismo, o dirigir la mente y el espíritu a la contemplación de las cosas divinas y humanas, sino que, totalmente inmerso en procurarse el sustento del cuerpo y en acumular riqueza, no conservaba la piedad para con Dios y para con sus padres, ni el afecto hacia su propio hermano, y juzgaba que sólo debía tener consideración consigo mismo, y tratándose de multiplicar su descendencia y procurar para sí y su familia las comodidades de este mundo y de la vida mortal, obraba lo mejor posible, y en cambio, la religión y la piedad verdadera las consideraba en último lugar, y cultivaba las mismas sólo con el rito externo, no de espíritu. *Y sucedió al cabo de muchos días que Caín hiciera ofrenda al Señor de los frutos de la tierra*.
- [Gen 4, 3].

Aunque sean los más malvados, a veces, sin embargo, juzgan que hay que entregarse a la religión, con propósitos, no obstante, distintos; pues, según las distintas necesidades y objetivos de sus vidas y afanes, adoptaron decisiones distintas acerca de Dios y del culto de Dios. Éste considera que hay que rezar a Dios: que le dé vida, que le dé riquezas; aquél, en cambio, pide las vidas de sus enemigos. Uno formula votos por la gloria; otro por otras cosas, y considera que debe emplear una parte de su hacienda, ni excelente, ni modesta, en tales menesteres; y de este modo pone mucho interés en atraerse y propiciar a Dios. Hay incluso quien cree que podrá adquirir la impunidad de sus crímenes comprando con tal estipendio los oídos divinos, sin echar los fundamentos de un arrepentimiento verdadero y sólido, oportuno para tamaño asunto. Dicen que Caín no ofrendó a Dios el presente de las mejores espigas de su cosecha, ni de aquellas cosas que había adquirido con su personal y legítimo esfuerzo; pues no era de tal opinión que juzgara que las cosas mejores y más hermosas recibidas de Dios hubiera que devolvérselas y consagrárselas, sino de entre los frutos de la tierra; con tal metáfora se indican, bien las cosas que la tierra había ofrecido por sí misma, sin que el hombre la hubiese cultivado, o bien, si prefieres interpretar la metáfora con arreglo a las

cosas que requieren el trabajo del labrador, éstas no indicarían, no obstante, nada egregio, sino que serían tan sólo una parte de la infinidad de frutos de la tierra. [76] Por el contrario, Abel, que había manifestado un particular celo por la piedad, consagraba y hasta sacrificaba espontáneamente a Dios creador, protector y salvador, lo mejor y más excelente que tenía. *También Abel hizo una ofrenda de los primogénitos de su rebaño, y de la grasa de los mismos.* De tal modo que no sólo escogió las cabezas y vísceras del rebaño, sino también las más pingües de aquéllas para ofrendarlas a Dios. Y en este deber, todo lo que saliera mejor y magnífico del hombre exterior, al cual también llamamos carne, esto es, las ansias vitales y los pensamientos íntimos, confesaba que deseaba consagrarlos sólo a Dios y merecer su aprobación. Y que este sentimiento y piedad agradaba especialmente a tal Dios y era la actitud mejor y más idónea para hacerle sacrificios, lo puso de manifiesto el desenlace distinto de aquel caso. Pues, *Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus plegarias. La faz del Señor contra los malhechores, para borrar de la tierra su memoria.* Así pues, *El señor miró propicio a Abel y su ofrenda.* Leemos que Dios dirigió su mirada primero al alma y espíritu de Abel, y por este motivo, a su ofrenda. *Mas no miró propicio a Caín y su ofrenda.* Aprendemos, por tanto, con estos dos ejemplos, ciertamente breves pero importantísimos, que Dios juzga la bondad o maldad de las cosas humanas a partir de la bondad o maldad de los propios hombres, puesto que no miró propicio a Caín, *cuyas obras -como dice Juan- eran malas, mientras que las de su hermano eran justas. Los sacrificios de los impíos son abominables para el Señor; las ofrendas de los justos propiciatorias. El Señor, pues, abomina el camino del impío, pero ama al que va tras la justicia.* Es menester, pues, que queden claras las razones de la voluntad y providencia de Dios para con uno y otro hermano, puesto que el mayor persiguió la dicha del menor con envidia letal e implacable; y este pecado gravísimo de la envidia nació de aquel amor egoísta, por el cual cada uno se esfuerza por asemejarse a Dios, y por saber lo bueno y lo malo sólo para uno mismo, y se afana por alcanzar una cosa y apartarse de la otra; y cuando la mente del hombre fue imbuida y corrompida por tal pecado, no sólo viola y conculca las leyes humanas de la sociedad y parentesco, sino que, olvidándose incluso de las divinas, desprecia también la palabra de Dios consejero. Y contrajo la envidia, enfermedad del espíritu, por causa de la prosperidad del otro, la cual, no obstante, en nada perjudica al envidioso. *Se irritó Caín en gran manera y se abatió su rostro.* En verdad, ni la bondad de Abel, joven sencillo y su único hermano, ni el favor alcanzado por éste ante Dios, pudo jamás perjudicar a Caín, y no obstante, sobrevino tan gran cólera, que le parece que, si no quitaba a su hermano de en medio, su vida sería por siempre muy amarga, y tal funesta reflexión abate su espíritu y su rostro, y revela una zozobra de espíritu fácilmente demostrable. Y en este primer ejemplo de los dos hermanos se muestran los comienzos y los desenlaces de la envidia, las intrigas y las afrentas emprendidas por hombres contra hombres. En efecto, todo lo que se le había ocurrido a Caín por sí solo, todo lo que le había sido aconsejado o desaconsejado por Dios consejero, lo mismo se le aparece ante sus ojos no sólo a cada hombre piadoso y que se acuerda de sí mismo, sino también al imitador de Caín. Al contrario, todo lo que Abel

[Gen 4, 4].

Ps 33, 16-17.

[Gen 4, 4].

[Gen 4, 5].

1 Jn 3, 12.

Prov 15, 8-9.

[Gen 4, 5].

había hecho, lo mismo experimentan en sí mismos los más sencillos y más justos. En efecto, tan pronto como el uno empezó a enfermar de egoísmo, [77] nada cree ver o percibir más molesto que el bienestar del otro, y nada juzga más fácil que entorpecerlo o estorbarlo totalmente por cualquier medio, por la fuerza o con el engaño, o de ambas maneras, para que no prospere. Y que éste es el origen de las discordias, los delitos, las afrentas, y los perjuicios, y de la peste del alma humana (con más estragos y virulencia que ésta ninguna se ensañó contra el género humano), ya lo puso de manifiesto el Espíritu divino; a saber, el excesivo egoísmo, del cual surgen la codicia, el deseo y la ambición, no por asociación o disociación de los astros, no por algún pecado o perturbación de la naturaleza exterior, no por defecto o exceso de aquellas mismas cosas que se apetecen o se rehuyen, puesto que aquellas cosas no se consideran, por su propia naturaleza, ni buenas ni malas, sino por el pecado concebido y alimentado en el entendimiento y espíritu de los propios hombres. Así está escrito: *¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros? ¿Codiciáis y no poseéis? Matáis. ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra. No tenéis porque no pedía. Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones. ¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios. ¿Pensáis que la Escritura dice en vano: ‘Se deja llevar de la envidia el espíritu que mora en vosotros’?* Así pues, tan grande había sido la locura de Caín, depravado por la envidia, que juzgó que de ninguna manera podía velar por sus intereses y colmar su espíritu mejor que con la muerte de su hermano; e introvertido y cabizbajo, meditaba en silencio cómo podría llevarlo a cabo, a escondidas de Dios y sin sus padres de testigos, pues intercederían. Empero, Dios, haciendo ver que no se le ocultan el propósito y la causa del propósito, hablándole desde dentro, le exhorta en persona y desea disuadirlo y que cuide y mire mejor y con mayor sensatez por sus intereses. *Y le dijo el Señor: “¿Por qué andas irritado, y por qué se ha abatido tu rostro? ¿No es cierto que si obras bien, a la puerta está el pecado acechando como fiera que te codicia, y a quien tienes que domeñar?”*. Tales son las palabras que oyó Caín, con las que Dios trataba de aconsejarle, de traerle de nuevo a la sensatez y de exhortarle al bien. Nadie es tan necio y de espíritu malvado, que, nada más concebir un pecado, y con sólo cometerlo y experimentarlo interiormente, pueda realmente corromperse (puesto que en los ejemplos de aquellos dos hermanos, Caín y Abel, puede contemplarse la viva imagen de todos los hombre), nadie, digo, podrá alegar que, cuando él concebió algún crimen, el Verbo divino que ilumina a todo hombre no le habló, desde dentro de los repliegues de su propia alma, disuadiéndole de su malvado propósito, acusándose o incluso defendiéndose entre sí las meditaciones. Y cada uno sabemos que estas palabras, ciertamente no debidas, pero habidas por gracia divina, serán un testigo muy veraz y cómplice importantísimo *en el día en que Dios juzgará las acciones secretas de los hombres*. En verdad, ningún hombre hubo más cruel, más osado o más ajeno a la humanidad que Caín el fratricida, quien fue el primer inventor que introdujo en el mundo un nuevo tipo de muerte, me refiero al homicidio, y,

Iac 4, 1-5.

[Gen 4, 6-7].

Rom 2, 16.

lo que es mucho más cruel, el parricidio, el primero que violó el amor fraternal, [78] quien afligió a sus propios padres con el dolor y luto perpetuo por la añoranza de su mejor hijo, quien quebrantó la sociedad humana, mancilló su propia familia, dejó un baldón eterno de crueldad y sevicia a su linaje, y en fin, pervirtió todas las leyes divinas y humanas; y, no obstante, le conminó a olvidarse de la conveniencia, atrevimiento y tentativa del crimen meditado la exhortación de Dios, cuya misericordia y magnánima providencia respalda y ensalza su propia Sabiduría de este tenor: *Pues amas todos cuanto existe y nada de lo que hiciste aborreces; pues, si algo odiases, no lo hubieras creado o formado. ¿Y cómo podría subsistir nada si tú no hubieses querido? ¿O cómo podría conservarse si tú no lo hubieses nombrado? Mas tú a todos perdonas, porque son tuyos, Señor que amas la vida.* Pero oyó él que a cada hombre perjudica su propia culpa, y que no podía transferirse de uno a otro, sino que dependía de la capacidad y determinación de cada uno rehuirla y evitarla, y que esto se atribuía a la virtud; pero que admitirla y sostenerla era ajeno a la recta razón y al sano juicio, y que por ello estaba próximo al bien, y sometido a castigo.

Sap 11, 25-27.

¿Por qué andas irritado, —dice Dios—, cuando la piedad y virtud de tu hermano nada podría dañarte, nada perjudicarte, nada quitarte? Pues es tu propio pecado quien encendió, él solo, esta ira, y quien abatió y deprimió tu rostro, pecado, no obstante, que podrías contener y dominar con trabajo y empeño, y no sólo dominar, sino, una vez que lo hayas superado con virtud, piedad y buenos oficios, salir victorioso con recompensa y galardón. Y ha de considerarse y juzgarse como patente y cierto que Dios, quien con tal alocución exhortaba con benevolencia y amor, no sustraería su auxilio, socorro y ayuda al hombre que quisiera e intentara escoger y obrar el bien. En efecto, Dios no dijo nada, que, caso de hallar un espíritu adecuado, dispuesto, idóneo, obediente y fiel, no cuadrara con un final y desenlace felicísimo. Cercano está el Señor de cuantos le invocan, de todos los que le invocan de veras. Satisface los deseos de los que le temen, escucha sus súplicas y los salva. Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié; sin duda, entre aquellos que no querían que la verdad de Dios se ocupase de la justicia. Pues a ningún hombre perjudica nada, a no ser el pecado admitido y fomentado por él. Todo esto lo trastornaron vuestras culpas y vuestros pecados os privaron del bien. Porque hay en mi pueblo malvados que acechan como cazadores en emboscada y tienden sus redes y trampas para cazar hombres. Así pues, Caín, postergando la advertencia divina al sentimiento depravado de su alma y a su odio implacable, mató a su hermano Abel, varón íntegro y honesto, acometiéndole con violencia repentina, cuando aquél nada temía y en absoluto recelaba asechanzas urdidas contra él por su hermano único y mayor, y al que respetaba por estos títulos. *Y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín contra su hermano Abel, y lo mató.* [79] Fue la segunda muestra del fruto y parto producido por el hombre exterior. Pues la primera había sido arrojar a la muerte a su varón, esto es, al hombre interior;

[Gen 4, 6].

Ps 144, 18-19.

Is 55, 10-11.

Ier 5, 25-26.

[Gen 4, 8].

y la segunda, acarrear la muerte también a los demás, y que el parentesco, por muy próximo que fuera, no fuese tomado en consideración por aquella parte humana, la cual en modo alguno había dudado en atraer al delito, a la calamidad y a la muerte a la parte compañera y ligada a ella en la carne. Pues, tanto Caín como su padre Adán fueron hombres, y ambos desempeñaron el papel de hombre, ambos se sometieron libre y espontáneamente, por mandato, advertencia y ley de Dios, a la obediencia de una voluntad inferior. Por tanto, la primera sociedad humana, trastornada por la envidia y el asesinato, o por mejor decir, por el parricidio, sirvió de ejemplo, de que los hombres sencillos y buenos viven siempre con riesgo suyo en el trato con malvados, y que la rectitud e integridad de vida, si no la defienden las leyes, está expuesta a la envidia, asechanzas, engaños y delitos de los criminales, y que los malvados sólo pueden ser impedidos por el miedo, y refrenados algo por la vergüenza, de hacer el mal a otros hombres; pero que luego aprovechan la ocasión, aun prohibiéndolo Dios, mientras no lo sepa mortal alguno, de perpetrar la fechoría que un día concebiera y cometiera en su espíritu, y busca compinches para llevarla a cabo, no tanto por amor y afecto, que desde luego no existen entre los malvados, como por causa del mutuo auxilio, de suerte que lo que los más malvados no son capaces de realizar solos, lo logran coaligando las fuerzas y recursos de sus semejantes. El pensamiento y las palabras empleadas por tales hombres es como sigue: *Tendamos asechanzas al justo, pues nos fastidia y se opone a nuestro modo de obrar, y nos hecha en cara las infracciones de la Ley y nos reprocha las faltas de nuestra educación. Asegura tener la ciencia de Dios y se llama a sí mismo hijo del Señor. Se ha convertido en censor de nuestra conducta, hasta el verle nos es insoportable, porque lleva una vida distinta de todas y sigue caminos extraños.* De este modo, la índole, las inclinaciones de Caín y Abel, esto es, de los hombre buenos y malos, son modelos de vida y costumbres. Ninguna seguridad hay en el mundo para los hombres piadosos e íntegros, a no ser en la medida en que la tutela segurísima de la divina providencia los defienda y protega, o bien, si permitió que fueran atacados y maltratados, cuida de ellos y los vengá. Pero, puesto que ama al género humano y se compadece de su infortunio y muerte, no sólo cuida de los piadosos, como dijimos, sino que a los más impíos y malvados, no queriéndolos matar, los invita a tornar por sí mismos a la sensatez, al arrepentimiento y a enderezar sus vidas, que habrán de recibir generosamente, cuando juzgue que están hastiados de la maldad y aplicados nuevamente y de veras a la piedad y la virtud. Y la primera acción de este celo divino en la regeneración de los malvados suele ser impeler a la mente y al espíritu a reconocer, detestar, y confesar el crimen cometido, *Yo -dice- reprendo y corrijo a cuantos amo. Sigue, pues, los buenos ejemplos y arrepíentete. Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.* Que tal fue la manera de obrar para con los hombres emprendida por Dios desde el principio, el primer ejemplo mismo con Adán lo puso de manifiesto, *¿Dónde estás Adán?*; [80] y lo mismo, repetido al abrumar a Caín, lo confirmó. *Y el Señor dijo a Caín: "¿Dónde está tu hermano Abel?"*. Ambos, ciertamente, oyeron la voz de Dios, Adán y Caín; pero el primero, en modo alguno corruptor del crimen cometido, se esforzó por disculpar a la mujer. En

Sap 2, 12-15.

Apoc 3, 19-20.

[Gen 3, 9].

[Gen 4, 9].

esto fue más digno de perdón, porque no rehusó la confesión, la cual, como era menester, fue pronunciada con el pesar propio de quien admite su debilidad y maldad. El segundo, en cambio, intentó ocultar el delito, e incluso esquivar con soberbia la acusación, y disimular la mala conciencia que le delataba con una respuesta calculada y artera. *No lo sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?* Caín había escuchado la primera admonición de Dios exhortándole a apartarse del pecado, la cual le habría sido preferible asumir. Cada cual, en su intimidad, es sabedor y testigo de que idéntica exhortación le fue repetida a él, en su espíritu y pensamiento, antes de cometer un crimen; pero, después de cometido el delito, es preciso que todos los pecadores reconozcan con nosotros que, incluso cerradas las puertas, esto es, alteradas y temerosas las entrañas, siguen escuchando, dentro de los repliegues de sus almas, la voz clara y diáfana de quien les exhorta a apartarse del pecado. Y he aquí el colmo de la insensatez, de la perversidad y de la funesta osadía, si alguien desprecia la admonición de Dios exhortándole a apartarse del pecado y persuadiéndole a detestar la enfermedad y amar la salud, y se afana más por disimular, o negar, o silenciar y ocultar con desvergüenza el pecado, que por conjurarlo mediante súplicas. Pues, esto último conmueve el sentimiento paternal de Dios óptimo a la clemencia y misericordia, pero lo primero provoca la justa ira del mismo, juez eterno y severo, hacia el tormento del castigo. *¿O desprecias, tal vez, sus riquezas de bondad, de paciencia y de longanimidad, sin reconocer que esa bondad de Dios te impulsa a la conversión? Por la dureza y la impenitencia de tu corazón vas atesorando contra ti cólera para el día de la cólera y la revelación del justo juicio de Dios, el cual dará a cada cual según sus obras: a los que, por la perseverancia en el bien -como Abel-, busquen la gloria, el honor y la inmortalidad, vida eterna; mas a los rebeldes, indóciles a la verdad y dóciles a la injusticia -como Caín-, cólera e indignación. Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obre el mal.* La primera imagen en el mundo de tal desvergüenza e insolencia la representó Caín con su respuesta, cuya contumacia describió Dios con la sentencia de un tremendo juicio: *Le replicó el Señor: "¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo"*. Manifestándose con tal respuesta incluso como procurador y juez, público y privado, de las acciones humanas, pone de manifiesto que no hay crimen tan oculto y tan disimulado en la tierra, que pueda pasar desapercibido a Él como juez, o a testigos como la naturaleza misma de las cosas o incluso la más ruda de todas las tierras; y que no hay un género de cosas tan insensible en la tierra, que, cometida una afrenta contra un íntegro, no se disguste y lamente; y que tampoco hay materia tan muda y privada de voz, que no le hable a Dios, inquisidor, abogado y juez. Asimismo enseña que especialmente hay que examinar y grabar en el alma y el espíritu lo siguiente: que la sangre de los hombres muertos y asesinados por causa de la justicia y la integridad, aunque haya sido escondida, ocultada y sepultada en las entrañas de la tierra, [81] no obstante, vive, clama y es escuchada por Dios, y no se puede impedir, de ninguna forma y manera, ni siquiera con violencia, que suceda así. Luego, que el juicio divino es totalmente íntegro, severo y legítimo, aunque suceda que las cosas mismas sean veladas y ocultadas al mundo por el disimulo, ficción, y engaño de los hombres, o por su afán, celo, indulgen-

[Gen 4, 9].

Rom 2, 4-9.

[Gen 4, 10].

cia, opinión o cualquier otra razón, o que se lleven a cabo de tal modo entre tinieblas, que alguien crea que jamás saldrán a la luz, no obstante, jamás caerán en el olvido para el Hacedor mismo, ni dejarán de ser juzgadas por Dios, quien siempre juzga con justicia, y, antes de que hayan sido casi hechas, serán recordadas y reprochadas. *Esto haces, ¿y he de callarme?* -dice Dios- *¿Creíste sin razón que yo era como tú? Te arguyo y te acuso cara a cara. ¿Qué has hecho?* Las palabras de Dios son las propias de quien trata de convencer, hacer ver y provocar una confesión, pero no la clase de confesión que nacería del arrepentimiento y de las ansias de alcanzar el perdón, puesto que la contumacia del hombre le había hurtado tal clase de confesión, sino aquella que proclamaría y aprobaría como justa la sentencia del juicio. Es así que el ejemplo de la severidad divina dado contra aquel homicida vino a confirmar que la iniquidad y la fechoría, no importa el momento, lugar y modo en que se cometan, a menos que hayan sido debidamente expiadas, jamás escaparán impunes y sin castigo, quedando fijada una pena más rigurosa que la muerte y además perpetua.

Ps 49, 21.
[Gen 4, 10].

[Gen 4, 11-12].

Ahora, pues, maldito seas sobre la tierra que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano. Cuando la labres, no te dará su fruto. Fugitivo y errante serás en la tierra.

Todos los proyectos y ansias de fechorías, aunque sean afrontados y acometidos con gran vehemencia y con mucha habilidad y talento, y promovidos con mucho esfuerzo y gasto, acabarán, no obstante, en un final desgraciado y calamitoso, y fracasarán con un desenlace contrario al deseado, según señala la primera parte de esta sentencia; puesto que a los pensamientos y acciones violentas y furiosas se oponen con total hostilidad, primero, la justicia divina, y luego, la naturaleza entera de las cosas mismas, la cual venera a aquélla. Y de aquí resulta que para los malvados, tiranos y para todos los injustos, ni sus riquezas, ni su sabiduría adquirida con el mucho estudio, en nada contribuyen a la felicidad a ellos prometida y por ellos imaginada; y cuanto mayor parezca a veces el bienestar y prosperidad de sus vidas, tanto más penosa la calamidad y desgracia que los atrapa, pues las naturalezas de todas las cosas son furiosas y hostiles para aquel que destruya y viole las leyes de la sociedad humana, por cuya causa existía el orbe entero. A esto se refieren las siguientes palabras: *Cuando la labres, no te dará su fruto*. Pero a este infortunio de infelicidad externa se añadió otro mucho más grave, molesto e importuno, cierto perpetuo malestar y enfermedad de conciencia, que ataca y oprime a los hombres malvados e injustos, los cuales sufren, como si estuvieran enfermos, con frecuentes y abundantes trastornos de mente y espíritu, y con ningún recurso o remedio pueden darse o procurarse a sí mismos reposo o alivio. Y naciendo de aquí variados cambios de intenciones, lugares y acciones, un propósito siempre vacilante e inconstante les arrastra en diferentes direcciones, creyendo que les servirá de ayuda, ora una cosa, ora otra; tras experimentarlo en vano todo, los destrozan preocupaciones angustiosas, las cuales ciertamente pueden ser variadas de cuando en cuando, pero jamás olvidadas. [82] *Fugitivo y errante serás*. La primera palabra denota inconstancia de alma, de espíritu y de volun-

[Gen 4, 12].

[Gen 4, 12].

tad, y volubilidad de juicio; y la segunda mudanza de lugares, ocupaciones, oficios, amistades y costumbres, y de compañías y quehaceres, además del miedo perpetuo y temor y pavor de todas las cosas, de que está siempre lleno el espíritu, luego que, cometido un desafuero contra los demás, se tornó inícuo y hostil para consigo mismo, cosa que se descubre en la confesión manifiesta de aquel homicida. En efecto, él, con la crueldad y atrocidad de su fechoría, como si estuviera agitado por injustas furias, alejándose del arrepentimiento y de la súplica del perdón y la misericordia, cosas que eran el único puerto en tamaña tempestad y era un puerto real y verdaderamente franco para quienes viran en redondo y ponen rumbo hacia él, abandonándose y entregándose a la tormenta de la desesperación, dio el ejemplo horrendo y detestable propio de los hombres más malvados, violentos y depravados, quienes, tan pronto como han caído al abismo de la maldad, se dejan arrastrar por el ciego impulso de la temeridad más irreflexiva y demente, en vez de detenerse y retornar nada más escuchar el consejo de quien les exhorta al bien.

Entonces dijo Caín al Señor: "Mi culpa es demasiado grande para soportarla. He aquí que me arrojas hoy de la faz de la tierra y he de esconderme de tu presencia, y seré vagabundo y errante en la tierra. Cualquiera, pues, que me encuentre, me matará".

[Gen 4, 13-14].

Aquellos que con sus crímenes y delitos se hayan apartado de la gracia y tutela particular de Dios, según estas palabras claramente afirman, son motivo de aborrecimiento y odio para la naturaleza de todas las cosas y para todas las especies de seres vivos, y en todas partes habitan con gran peligro de sus vidas y salvación, y en ningún lugar o tierra viven a salvo. Pero, a veces por la clemencia de Dios, a veces por la justicia de Dios, a veces por ambas causas, sucede que tales hombres, aunque en parte alguna están seguros, sobreviven, con todo, durante algún tiempo, amparados por cierta providencia, de tal suerte que, unas veces, hastiados de sí mismos y de su calamidad y miseria, se vuelven al arrepentimiento y al consejo de la mente más sensata, así como al amparo de la misericordia divina; otras veces, en cambio, el espectáculo de sus vidas desgraciadísimas y calamitosas proporciona un ejemplo y testimonio al mundo y al resto de los hombres de la justicia y venganza de Dios, y de su indignación para con los hombres malvados, perversos y criminales. *No retrasa el Señor su promesa, como algunos suponen, sino que obra con paciencia para con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos tornen al arrepentimiento. Sabemos, en efecto, que el juicio de Dios es, conforme a verdad, contra todos los que obran así. ¿Y crees que tú, hombre que juzgas a los que obran así y tú obras igual, que escaparás al juicio de Dios? ¿O es que desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, sin saber que esa bondad de Dios te atrae al arrepentimiento? Por la dureza e impenitencia de tu corazón vas atesorándote ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios.* De este juicio divino hizo pregón perpetuo durante toda su vida la inestabilidad furiosa y perpetua que arrastraba Caín, desterrado de la gracia y la faz de Dios, por lugares diversos, vagabundo y errante, creyendo que en ninguna parte de la tierra podía estar a salvo, en

2 Petr 3, 9.

Rom 2, 2-5.

- ningún lugar seguro, [83] puesto que su cuerpo y su mente estaban angustiados, y acuciaban y atormentaban su mente el remordimiento por haber ofendido a la divinidad y la imagen terrible y siempre amenazadora de su virtuoso hermano asesinado, y además, el toparse con cualquier otro hombre o ser vivo de las restantes especies le desalentaba por la creencia o temor de que le acarrearía la muerte. *Cualquiera, pues, que me encuentre, me matará.* De este modo, hasta tal punto sucede que quien una vez acechó la cabeza de otro, no sólo teme y recela insidias urdidas contra su vida, sino que las experimenta siempre en su mente y pensamiento, y hasta tal punto él mismo es un tormento para sí mismo, que desearía ser ya de una vez castigado. Mas leemos que fue previsto por el designio de Dios y precavido con su respuesta, que ni Caín pudiera ejercer violencia contra sí mismo, ni pudiera ser asesinado por ningún otro, a fin de que con aquel destierro y miedo perpetuo se convirtiera en testimonio y prueba del juicio divino para todos los mortales. *Respondióle el Señor: "Al contrario, quienquiera que matare a Caín, lo pagará siete veces".* Así pues, lo que aquel homicida procuraba obtener a modo de consuelo, esto es, poner fin con la muerte a aquel vagabundeo e inestabilidad impuestos a él como castigo, la justicia divina impidió que sucediera, a fin de suscitar en todos los mortales odio y aborrecimiento contra el crimen cruel mediante el espectáculo público y continuo del castigo oprobioso de aquel criminal desterrado. En verdad, Dios quiso dar ejemplo con aquél solo en particular, y no le abandonó a merced de otros homicidas, según se nos enseña en otro lugar:
- [Gen 4, 14]. *Y el Señor puso una señal a Caín para que nadie que le encontrase le matara.* Aquel inquieto vagabundeo, la angustia de espíritu y el perpetuo temblor de miembros, que se denotan con los vocablos *NAG* y *NAD*, fue la señal, por la cual todo el que le saliera al encuentro le reconocería por la fama, o bien, él mismo, preguntado, confesaría y desvelaría la causa. Y de aquel miedo de Caín, miedo que la experiencia del homicida llevó a todo el globo terráqueo, nació la necesidad de sociedad y convivencia, y de buscar el mutuo auxilio y apoyo. El hecho es que, si los inocentes no temieran que la violencia de los culpables les fuera hostil, y los culpables, a la inversa, no entendieran que debían recelar de la violencia fruto de la venganza, sería mucho más agradable vivir en el campo, cada cual en su sitio con su mujer e hijos, y complacería mudar de sitio de vez en cuando, según las bondades del terreno y del clima. Empero, como fuera sabido que no sólo las muchas especies de animales salvajes son hostiles para con los hombres, sino que también los hombres pueden atacar a otros hombres y hacerles daño con crueldad extrema, pareció bien, con decisión deliberada y tomada, formar una comunidad y, uniendo fuerzas, protegerse y ayudarse mutuamente, siendo el promotor de este acontecimiento especialmente Caín, a quien empujaba a tal proyecto sobre todo aquel miedo y pavor suyo, fruto del remordimiento, juzgando que sólo de este modo podría mirar por el poder, dignidad y brillo suyo propio y de su descendencia, inventando primero y edificando una ciudad, con cuya alianza y ayuda se erigiría en príncipe, y estaría amparado y a salvo de la violencia ajena, y atacaría de vez en cuando a aquellos que supiera que fueran menos favorables, o contrarios, a él, a sus intenciones y propósitos. Así pues, es lógico que aquel espíritu sanguinario persistiera por siempre en aquel hombre parr-
- [Gen 4, 15].

cida, no corregido con el arrepentimiento, ni emendado con castigos o miedos, bien por causa de defenderse con respecto a aquel miedo peligrosísimo, bien por causa de aplastar a otros por medio de la fuerza. [84] *Conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoc. Y edificó una ciudad, y la llamó Henoc, como el nombre de su hijo.*

[Gen 4, 17].

Merece, sobre todo, consideración, que los actos, acciones y hechos de Caín hay que atribuirlos, todos, a la naturaleza y pensamiento humano, y que el primer ejemplo de la ciencia humana radica en éste solo, de modo que, cuantas cosas parezcan en lo sucesivo apuntar a la avaricia y la ambición en los deseos y acciones de los hombres, se retrotraen a la imagen de este hombre, quien, al considerarse arrojado de la faz de Dios, decidió que debía de vivir a su antojo y manera, e inaugurar ya una nueva doctrina de la felicidad humana. Así pues, empezó a instituir un nuevo lenguaje con respecto a las cosas públicas y privadas, y juzgó que debía de confiarse totalmente a su astucia y sagacidad, con cuyo concurso sabía bien qué debía de hacer, qué desear y qué evitar. De aquí que a su primer retoño, que había visto masculino y viril, y por consiguiente, confiaba que sería el comienzo de un gran poderío, gloria y grandeza para sí y su descendencia, cuidó de que se le pusiera el nombre venturoso y egregio de *HHANOK*, que en latín podríamos decir *initiatio, felicitatis principium o auguratio*¹². El vocablo nativo de la lengua española "estrena"¹³ lo traduce adecuadamente. Y con los nietos engendrados de este hijo empezó a construir la primera ciudad e igualmente la consagró con el mismo nombre de la felicidad, de tal modo que ya entonces auguraba que aquella prole sería el inicio de propagar su linaje y su sangre, y aquella ciudad el inicio fundar y poseer un gran imperio y otras muchas ciudades, y de este modo, consolidaría para sí con abundantísimos testimonios la fama preclara de padre de la primera familia de todos los hombres y padre de todas las ciudades. De aquí nacieron diversas ciencias. Pues, aparte de que la agricultura, a la cual él mismo se había consagrado muchísimo, precisase de diversos aperos y herramientas para arar, injertar y plantar, también la práctica de edificar una ciudad y sus templos, así como la oportunidad y ocasión de proteger la vida y de luchar, defender y atacar, obligaba a meditar variadas y múltiples maneras para acarrear y repeler los peligros. Por tanto, todas las formas de ciencias hay que referirlas a este particular, todas las que precisan de materia para realizar su labor y además se practican con la ayuda de las manos, como son todas las que trabajan al servicio de la arquitectura, entre las cuales reclama para sí el primer lugar, en razón de su naturaleza y utilidad, aquella que trata del hierro, bronce y todos los metales, puesto que ésta proporciona abundancia de instrumentos, convenientes y apropiados, a todas las demás; pero luego es útil observar y precisar el cálculo de medidas, pesos, y números, y así, de todos estos extraños artesanos se dirá que es el primer maestro e instructor aquel que sea el más ducho en fundir, forjar y grabar el bronce, y en ablandar, manipular y pulir el hierro. Y el fin principal de todas estas ciencias es velar por la vida de los hombres, cosa que atañe al bienestar del

12. "Inicio, principio o comienzo de la felicidad".

13. D.R.A.E. 1992: "estrena 2. desus. Principio o primer acto con el que se comienza a usar o hacer una cosa. *La ESTRENA del vestido, la de una carroza*".

cuerpo. Hay además otras, mucho más nobles que éstas, que se emplean no tanto en socorrer al cuerpo, [85] como en instruir, cultivar, formar y adornar el espíritu, y por ello son calificadas como más nobles y humanas, porque son dignas de la parte más excelente del hombre; y son de tal naturaleza que exigen la atención y la actividad del espíritu más que el esfuerzo de miembros y cuerpo, tanto las que instruyen aquella porción del alma que llamamos intelecto y mente, como las que pretenden gobernar aquella otra, en la cual se observa la armonía de carácter y costumbre, tanto privada como pública. Llamamos a la primera disciplina natural, a la segunda disciplina moral. Así pues, las ciencias de ambas clases, supuesto que si fuera necesario descubrirlas, aprenderlas y perfeccionarlas poco a poco y en razón de su uso, sería necesario un lapso de tiempo largísimo, y los riesgos de muchos errores y experimentos, y la contribución de muchísimos hombres de talento, Dios, que procuraba poblar el globo terráqueo, instruyó total y absolutamente a los dos primeros maestros, los más sobresalientes y notables de todos, con cuya labor y enseñanza la vida y sociedad de los hombres llegaría a ser más hermosa, y podría servirse de ventajas apropiadas para el ocio y el negocio. Y a partir de aquellas mismas fechas, esto es, desde tiempos de Caín, una parte de los hombres prefirieron juntar sus casas, cercarlas de murallas y vivir dentro de ellas, a lo cual llamamos ciudades; otros, en cambio, aceptaron, sí, la convivencia y sociedad, pero quisieron disfrutar de una morada más independiente y de un estilo de vida más rústico, a saber, con pastos para ovejas y reses, y con la comodidad y libertad de casas o tiendas móviles. También a éstos pudieron serles útiles, según sus caracteres y deseos, aquellos artesanos de dos clases, esto es, los que andan ocupados en el trabajo externo, y los que andan ocupados en la contemplación y meditación interna. El primer nieto que tuvo Caín fue Irad, el cual engendró un hijo llamado Mejuyael; éste engendró a Metuśael, y Metuśael engendró a Lámek. *Lámek tomó dos mujeres, la primera de nombre Adá, y la segunda Sil•lá. Adá parió a Yabal, que fue el padre de los que habitan en tiendas y pastorean. El nombre de su hermano era Yubal, padre de cuantos tocan la cítara y la flauta.* Cuentan que éste no sólo inventó la música, sino que la practicó y enseñó con suma maestría; pues tal significa también en la lengua sagrada el vocablo *AB*, el cual los latinos traducen por *pater*. Empero, que la música es una de las artes liberales, la cual, aunque hermana y pariente de las restantes, las sigue la última y las culmina, ni es mi objetivo ahora, ni nadie que sepa de ciencias humanas lo discute. Y éste, como con la mente y con la sagacidad de su espíritu, por inspiración de Dios, su maestro, hubiera alcanzado a comprender la naturaleza exacta de los números, pesos y medidas, y la hubiera transmitido a su hermano, nacido de madre distinta, y de mano especialmente idónea y muy ágil para manipular cualquier materia, contribuyó mucho a perfeccionar las ciencias a las que había consagrado su talento y espíritu, aportando los cálculos y distancias de las proporciones y combinaciones, de donde surgió el criterio del compás y las reglas. *Sil•lá, por su parte, engendró a Túbal-Caín, padre de todos los forjadores de cobre y hierro.*

LOTES significa artesano diligente, activo y ducho, al cual en este pasaje se le adjudican los vocablos latinos *malleator*¹⁴ y *faber*.

[Gen 4, 19-21].

[Gen 4, 22].

וּיָבָל

14. "El que trabaja a martillo (*malleus*)".

[86] Como de Adán, y sólo de él, dependiera todo el género humano, que consta de dos porciones, es decir, la masculina y la femenina, y la porción que era femenina, después de aquella experiencia del bien y del mal, pareciera más fuerte y vigorosa, y se hubiera vuelto realmente más insolente, y Caín representara tal porción, hombre de natural y afición inclinado y atento al apego de sí mismo, a su bienestar, dignidad y grandeza en la tierra; y como éste mismo hubiera asesinado a su hermano Abel, en el cual brillaba el candor, rectitud y honradez de la otra porción, esto es, la mejor, de la naturaleza humana, o sea, del hombre interior, sucedió que el mundo, desierto y vacío, sin el labrador piadoso y honrado, estaba sólo a disposición de los hijos de este siglo, poderosos en vida y que obraban a su antojo, y con tal estirpe y concurrencia de hombres, el príncipe de este mundo, esto es, el Diablo, estimaba que podría ampliar y propagar su reino sin ningún impedimento. Pues no había sido, estando al margen este espíritu y sin obrar o instigar nada, que aquel justo Abel había sido quitado de en medio y asesinado. Como que aquella promesa acerca del hijo de mujer, cuyo poder y fuerza -había oído- le superarían y arruinarían, la llevaba y llevó siempre tan a mal, que tomó la decisión perpetua, de que no habría en adelante hombre bueno y piadoso, al que no dañara él mismo lo más gravemente posible, y contra el que no urdiera asechanzas. Por tanto, muerto Abel, los rescoldos de la piedad y el arrepentimiento subsistían, y estaban como ocultos entre cenizas, sólo en los primeros padres, esto es, Adán y Eva, hasta que la divina providencia arrimara algún tronco y quedarán de nuevo al descubierto para la descendencia, y se propagase el fuego. Y Dios cuidó de hacer más llevadero a los padres esta añoranza de su mejor prole, al engendrarse una tercera prole, la cual daría esperanzas ciertas de conservar y propagar la piedad.

Conoció de nuevo Adán a su mujer, y ella parió a un hijo, al que puso por nombre Set -que habrá que interpretar como "el puesto" y "el repuesto"- diciendo: "El Señor me ha puesto otro descendiente en lugar de Abel, a quien mató Caín". Pone de manifiesto que la parte mejor de la estirpe fue aplastada y asesinada por la violencia y poderío de la peor, esto es, por Caín, el hermano que ambicionaba las cosas y riquezas terrenales, cuya descendencia había crecido, multiplicando su número, y con talento y saberes se afanaba por procurarse las mismas cosas, y por proteger sus vidas y engrandecerse. Empero se congratulaba de que gracias a la providencia y potestad divina le había acontecido que, aunque era evidente que no tenía tantos hijos y tan instruidos como la estirpe y familia de Caín, no obstante, el único que tenía, dado y otorgado por Dios, ya adoptado, paliaría y aliviaría el dolor recibido por la añoranza del hijo asesinado, y continuaría, defendería y salvaguardaría la doctrina de la piedad verdadera y del culto divino, que emprendiera Abel, y consolidaría la fe y la esperanza en aquella sagrada simiente prometida.

[Gen 4, 25].

Y ya eran dos las familias sobre la tierra. Caín formaba una, Set la otra. Pero aquella era numerosa y poderosa; ésta, en cambio, reducida y modesta, formada durante ciento y cinco años por un sólo hombre, y durante ese tiempo la primera familia se multiplicaba con un número populoso de nietos y biznietos. Este modelo en la propagación y descendencia de los hombres se ha cumplido siempre, a través de todas las generaciones, de forma que se podía reco-

nocer una abundancia mucho mayor de malvados que de buenos. [87] Pues, *Ecc1 1, 15. Los perversos difícilmente se corrigen, y el número de los necios es infinito.*

Empero, tal como vemos en la naturaleza de las plantas y árboles, que aquellas que brotan casi espontáneamente, y colman campos y selvas, y crecen y se multiplican rápidamente, ni son estimadas como de fruto fecundo, ni duran bastante tiempo, sino que, o menguan y disminuyen, o la violencia súbita de las tempestades y tormentas de repente las quebrantan, arruinan, arrancan y desbaratan; pero, en cambio, duran, y son encomiadas por sus excelentes frutos, y sobreviven a todas las inclemencias de las estaciones aquellas que vemos que por naturaleza y con los cuidados oportunos se desarrollan y maduran más lentamente, conforme a su edad; así también el destino de una y otra porción puso de manifiesto la naturaleza perpetua y constante de los piadosos y buenos, y el poder efímero y la felicidad precoz y vana de los malvados, historia esta que narraremos dentro de poco. *He visto al impío muy arrogante empinarse como un cedro del Líbano; pasó de nuevo y ya no estaba, le busqué y no se le encontró. Guarda la integridad, observa la justicia, pues hay descendencia para el hombre de paz. Pero los injustos a una serán exterminados, y la posteridad de los malvados será extirpada. La salvación de los justos viene del Señor; él es su refugio en tiempo de angustia.*

Acrescentada y dilatada la humanidad de tal suerte, que sucedió no sólo que se disgregara en familias, sino también en poblados, urbes y ciudades, aquella disciplina doméstica del padre Caín prevalecía hasta tal punto, que cada uno consideraba ya su fuerza y poder, su voluntad y capricho como provechosa y venturosa para él, y la admiraban, consideraban y veneraban como a Dios, y atento a su riqueza personal, miraba por el interés general sólo en aquellas cosas que juzgaba que eran convenientes para salvaguardar su interés privado; y no entendía nada divino, sino que lo medía y juzgaba todo conforme a la definición de hombre, del hombre, quiero decir, creado y modelado según el ejemplo de Caín, quien, considerándose arrojado de la faz de Dios, para nada pensaba en aquella situación de miseria humana, en la corrección de aquella situación, en la salvación del género humano que habría de traer Dios, de modo que, aquel nombre arcano de Dios, que tenía que ver con las doctrinas de la misericordia y la salvación general, se consideraba muy alejado de la lengua y el recuerdo común de los hombres. Pero, por aquel entonces, la casa de Set, hombre piadosísimo, fue dotada, gracias al favor divino, con una descendencia masculina, por cuyo oficio y deber la doctrina de la piedad sería administrada en la tierra, y el culto divino instaurado, y suscitado el conocimiento, fe y esperanza en la salvación general en aquellos hombres que se dejaron persuadir. *Pero también a Set le nació un hijo, al que puso por nombre Enóš. Este fue el primero en invocar el nombre del Señor.* Con el nombre de Enóš se denota al hombre en tanto que, conociéndose a sí mismo, comprende su miseria y debilidad, y conserva su modestia y su moderación y gravedad de espíritu, y se muestra alejado de aquella desenfrenada soberbia, arrogancia e insolencia de Caín. *Éste fue el primero en invocar el nombre del Señor.* Pues, anteriormente, desde los primeros años de la propagación de la familia de Caín, gracias a la habilidad de los grandes y poderosos y también la de sus adulares, y gracias a la credulidad de los ignorantes, el pueblo entero habíase

[Gen 4, 26].

[Gen 4, 26].

imbuido de la falsa opinión, doctrina y temor de los dioses vanos; y si bien aún no otorgaban honores divinos a los hombres, vivos o muertos, sí a los astros del cielo, y a las naturalezas y nombres de las astros, [88] puesto que creían que con sus disposiciones, movimientos y carreras todas las cosas terrenales y humanas nacen y mueren, o bien son totalmente impulsadas, o bien son ciertamente beneficiadas y perjudicadas; y porque, además, las mudanzas y cambios de estaciones, y las ventajas o desventajas nacidas de ellas, se atribuían a la coyuntura favorable o desfavorable, armoniosa o no de los astros y luminarias del firmamento. Y como la mayor parte de los hombres estuvieran dominados sólo por las ansias de cosas terrenales, asumían que debían, en especial, propiciarse aquellas cosas que, a su juicio, gobernaban y dirigían las cosas terrenales, ideando cultos y consagrándoselos. Esta circunstancia, pues, engendró falsas creencias, errores perniciosos y supersticiones propias de viejas. Enõs se esforzó por poner remedio a estos males, asumiendo, practicando y transmitiendo con seriedad, entusiasmo y piedad la enseñanza y doctrina del nombre, poderío y fuerza del Dios verdadero, y de su providencia general y particular para con los hombres, y sobre todo, del designio, propósito y promesa divina acerca de la salvación humana, retomando y tomando el inicio desde los comienzos mismos de las cosas y hasta desde la creación del mundo. Esto, en efecto, nos dan a entender las siguientes palabras: *Éste fue el primero en invocar el nombre del Señor*, como pregonero y maestro de aquella doctrina, la cual se resume con la frase misteriosa del nombre *IEHVEH*. Lo esencial de su doctrina es lo siguiente, a saber: afirma que Dios es el hacedor único de todas las cosas, y enseña que Él es rey y soberano eterno; que el origen del género humano precedió en doscientos quince años su nacimiento, siendo los primeros padres Adán y Eva, quienes aún entonces se contaban entre los vivos, a quienes correspondía la confesión verdadera y cierta del pecado cometido y de la maldad concebida y transmitida a la posteridad, y que de aquí nació el origen de todos los males para los hombres, y la fuente de enfermedades y muerte, sobre todo de aquella muerte que había apartado y arrojado a los espíritus de los hombres de la verdadera vida; vida ésta, no obstante, que Dios mismo, llamado de nombre *IEHVEH* y al que se debía de invocar con tal nombre, prometió que Él la devolvería a los hombres y la adornaría con un cúmulo de bienes, los mejores posibles, anunciando y proclamando en presencia de los padres Adán y Eva castigos contra el autor del mal consejo, esto es, el diablo, e infundiendo la esperanza a éstos mismos de que la descendencia que naciera de la mujer pondría término a todas sus fatigas, y reclamando fe en esta promesa, e imponiendo y ordenando la condición de una vida de arrepentimiento y piedad. Y que todas las reglas y doctrina de aquella vida que Dios aprueba se contienen en la suma breve, y muy acorde con el decoro y condición de la naturaleza humana, de unos pocos preceptos, a saber: amor, respeto y veneración de un Dios único, cosas que se expresan con las palabras temor, reverencia, pavor y otras semejantes; y que era consecuente con esto la prohibición de creer o venerar a otra divinidad distinta de Dios, así como la invocación y esperanza en aquél solo; y con estas dos cosas se cumple en lo que se refiere a Dios. Pero en lo que respecta al modo de vida, tanto privada como en sociedad, cuatro son las cosas que, si

[Gen 4, 26].

se cumplieran, el deber humano seguiría, por sí solo, debidamente su curso y salvaguardaría la convivencia. Y estableció el siguiente orden de los mismos: evitar el homicidio y el derramamiento de sangre; prevenir cualquier incesto, satisfechos con el matrimonio legítimo; abstenerse del hurto, y que cada cual disfrute de las cosas adquiridas con su esfuerzo; [89] establecer tribunales para salvaguardar la sociedad y expulsar la injusticia. Añadiremos la explicación de estos preceptos en el cuerpo o materia de esta obra. En fin, toda la doctrina de Enóš consiste en recordarles a los hombres su deber y en animarles a tener fe y confianza en la salvación prometida, junto con el testimonio supremo de la misericordia y verdad divina, las cuales se habrán de cumplir a su debido tiempo para aquellos hombres que crean y huyan del pecado, y lleven una vida piadosa y justa; y nadie, en absoluto, quedará exceptuado y excluido de la salvación, a no ser aquel, a quien el peso de su propia culpa oprima y excluya. Y que las cosas prescritas no eran duras ni impropias, sino cosas que la propia virtud y naturaleza humana reconocía como suyas y dignas de sí, las cuales, por ello, se exigían para alcanzar la salvación; aunque en ellas no radicaba la verdadera razón de la salvación, sino sólo en el favor de Dios, el cual rebasa con mucho cualquier creencia y esperanza humana, y será otorgado generosa y magnánimamente por Dios. Que, así pues, conviene creer en las palabras divinas, y que quien crea, que desee hacer las cosas que eran ordenadas y que eran muy convenientes, y las haga rápidamente, poniendo afán y entusiasmo. Tal es la breve doctrina de aquella fe y ley primera, a la cual llamamos natural, que se divide en dos partes principales, el temor y culto de Dios, y la observancia del deber y el derecho entre los hombres; la doctrina entera de ambas partes tiene por meta la integridad y la bondad.

CAPÍTULO IV. DEL ALBEDRÍO DEL HOMBRE

Para alcanzar aquel beneficio supremo y máximo de la salvación que Dios quiso prometer y a buen seguro traerá, beneficio acerca del cual Enóš, según contabamos, habló muchas veces, dijimos que se exigía y requería no sólo la fe de los hombres que desean y se esfuerzan por conservarla, sino también obediencia, observancia e integridad de vida, y que en tal exigencia no hay nada que la propia naturaleza humana pudiera rehusar como ajeno a ella o no íntegro para ella. Y al lector le pareciera que hacemos algo que merece la pena, si mostramos, cuán verdaderamente se confirma esto a partir de los oráculos sagrados. Ya hemos aprendido que el hombre interior fue hecho a imagen y semejanza de Dios, dotado, revestido y adornado con diversas virtudes, a saber, memoria, inteligencia, prudencia, fortaleza, templanza y justicia, además de otras muchas, con las que fue engalanada aquella imagen de Dios. Y aunque el hombre, oprimido por la mole y el peso del pecado cometido, experimenta todas estas virtudes mucho menos a su alcance que antes, con todo, las conserva, y sabe que permanecen localizadas en regiones suyas del espíri-

tu; y asimismo puede ejercerlas, y con el hábito y práctica de su ejercicio hacerlas más brillantes y disponibles, pues vemos que todas las cosas que son hermosas y elegantes por sí mismas, con el uso se tornan más hermosas, y brillan más y más cada día. No obstante, es verdad que no se pueden dar los ejemplos requeridos de tales virtudes sin el auxilio y apoyo de Dios, por causa de aquel peso del pecado, que dijimos, que acecha alrededor, [90] y del veneno, que se inoculó al cuerpo humano por comer aquel fruto prohibido y por el aliento de la serpiente. Así está escrito: *El espíritu está pronto, pero la carne es débil*. Empero, de que la posibilidad de la misericordia y socorro divino está siempre al alcance de la debilidad y flaqueza de este cuerpo y alma, y no le es hurtada a nadie que con constancia quiera admitirla, serviría de testimonio certísimo aquella imagen e historia de Caín, que hace poco contamos, a quien, aunque malvadísimo y depravadísimo, no obstante, cuando maquinaba en su ánimo un crimen salvaje, la voz amable, grata, paternal y salvadora de Dios le interpeló, le previno y claramente le hizo ver, que, a no ser dejándose seducir voluntariamente y a sabiendas, no podía ser oprimido, y de que él, que le advertía y exhortaba, se le ofrecía como fautor propicio y ayuda para la lucha, repulsa y victoria. *¿No es verdad que si obraras bien, andarías erguido, mas si obraras mal, estaría al punto el pecado a tus puertas? Pero su apetencia irá hacia ti, y tú le dominarás*. Esta sentencia divina, no sólo pronunciada con franqueza, sino confirmada con la explicación y la amplificación, nos enseña que el apetito de pecado está sometido al hombre, tal como en la casa y familia constituida como es debido la esposa está sometida al marido, y que el hombre, incluso después de aquella primera calamidad, podía estar bajo el dominio de la apetencia de pecado; pues Dios empleó en este pasaje las mismas palabras que pronunciara en los anuncios que hizo a Eva: *Estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará*. Esto que contamos que manifestó el oráculo de Dios, lo confirmaron los ejemplos y experiencias de muchos hombres, incluso entre los gentiles y paganos, que llevaron una vida íntegra y devota, los cuales se mostraron complacientes y dispuestos para con aquella gracia divina que alumbraba y aconsejaba en el interior de sus espíritus, y sostuvieron con feliz resultado una guerra con la naturaleza y abundancia, salvaje y monstruosa, de los pecados, y los vencieron, y se congratularon del consejo, del auxilio, y finalmente, de la victoria que les proporcionó Dios; del número de los cuales hombres fueron Job, Melquisedec, y demás hombres semejantes a éstos que vencieron los pecados y persiguieron las virtudes; dentro de tal categoría incluso podrían ser incluidos algunos filósofos que, advertidos y ayudados por la inspiración divina, acomodaron su propio carácter e incluso corrigieron los ajenos con sus consejos y enseñanzas, si no fuera por que ellos mismos, enloquecidos de soberbia y corrompidos por el afán de gloria, lo que debían atribuir a la gracia, bondad y eficiencia de Dios, como recibido de ella, no lo hubieran atribuido a su propia virtud y sabiduría, razón por la cual merecieron luego verse privados del don divino. *Porque habiendo conocido a Dios* (que se manifestaba en la realidad exterior y se insinuaba y actuaba en el interior de sus espíritus) *no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en vanos razonamientos y su insensato corazón se entenebreció: jactándose de sabios se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una*

Mt 26, 41.

Gen 4, 7.

Gen 3, 16.

Rom 1, 21-25.

representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles. Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sí sus cuerpos; a ellos que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador, que es bendito por los siglos. [91] Y tal como no demostraron tener conocimiento de Dios, los entregó Dios a pasiones infames.

Rom 1, 26.

Así pues, estos ejemplos y testimonios ponen de manifiesto al hombre, de forma abierta y clara, que el espíritu que no hace mal uso de las virtudes y admite y reconoce la eficiencia y el auxilio de la gracia divina puede evitar aquellos pecados y delitos que, surgidos de la podredumbre de la pasión, tientan al corazón y al espíritu; y cuando hablo de evitarlos, no me refiero a que no tienten, sino a que no sean emprendidos y consumados. En verdad, aquellos vicios suelen tentar con el ímpetu ciego y repentino propio de la concupiscencia, ímpetu que, si se reprime con fuerza, acabará por ser vencido y dominado, gracias a la presencia de la gracia de Dios, *quien ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, y aplicando y ejercitando la virtud del espíritu hasta la extenuación, de tal suerte que nadie podría con razón poner la excusa de que le fue negada la gracia o de que echó en falta las virtudes del espíritu, una vez que sucumbió a las tentaciones de la concupiscencia, sino achacárselo a su propio pecado y culpa, puesto que, o bien se entregó voluntariamente, o bien no se preocupó de poner el esfuerzo debido o el entusiasmo oportuno en la contienda. Pues, *No recibirá la corona, si no ha competido según el reglamento. Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque, una vez probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman. Nadie, cuando se vea tentado, diga: "Es que Dios me tienta". Porque Dios ni puede ser tentado por el mal ni tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia que le arrastra y seduce. Luego la concupiscencia, cuando ha concebido, pare el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte. No os engaños, carísimos hermanos. Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, en quien no se da mudanza ni sombra de cambios.* Por lo cual, cualquier pecado que los hombres hayan cometido o cualquier fechoría que hayan emprendido, es menester que sea motivo de oprobio e incriminación, porque les agradó más mostrarse complaciente y condescendiente con su porción más débil y peor, que dominarla y gobernarla; justo del mismo modo en que el primer pecado había sido cometido por Adán, quien, en la sentencia de Dios, que le recriminaba y juzgaba, oyó lo siguiente: *Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa. Con fatigas sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan, hasta que vuelvas a la tierra.* Ya hemos explicado que este sudor es propio de un esfuerzo tan grande, cuanto sería equivalente emplear en desgarrar y arrancar los apetitos corruptos y las concupiscencias carnales, que, multiplicándose por la tierra maldita, esto es, en el hombre exterior, combaten en seguida contra el espíritu, es decir, contra el hombre interior. Y aunque el hombre, en cuanto a la virtud de la parte interior, pueda dejarse dominar por la porción exterior, como el esposo por la mujer, y abstenerse de cometer pecado y delito, no por ello se con-

Io 1, 9.

Así pues, estos ejemplos y testimonios ponen de manifiesto al hombre, de forma abierta y clara, que el espíritu que no hace mal uso de las virtudes y admite y reconoce la eficiencia y el auxilio de la gracia divina puede evitar aquellos pecados y delitos que, surgidos de la podredumbre de la pasión, tientan al corazón y al espíritu; y cuando hablo de evitarlos, no me refiero a que no tienten, sino a que no sean emprendidos y consumados. En verdad, aquellos vicios suelen tentar con el ímpetu ciego y repentino propio de la concupiscencia, ímpetu que, si se reprime con fuerza, acabará por ser vencido y dominado, gracias a la presencia de la gracia de Dios, *quien ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, y aplicando y ejercitando la virtud del espíritu hasta la extenuación, de tal suerte que nadie podría con razón poner la excusa de que le fue negada la gracia o de que echó en falta las virtudes del espíritu, una vez que sucumbió a las tentaciones de la concupiscencia, sino achacárselo a su propio pecado y culpa, puesto que, o bien se entregó voluntariamente, o bien no se preocupó de poner el esfuerzo debido o el entusiasmo oportuno en la contienda. Pues, *No recibirá la corona, si no ha competido según el reglamento. Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque, una vez probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman. Nadie, cuando se vea tentado, diga: "Es que Dios me tienta". Porque Dios ni puede ser tentado por el mal ni tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia que le arrastra y seduce. Luego la concupiscencia, cuando ha concebido, pare el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte. No os engaños, carísimos hermanos. Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, en quien no se da mudanza ni sombra de cambios.* Por lo cual, cualquier pecado que los hombres hayan cometido o cualquier fechoría que hayan emprendido, es menester que sea motivo de oprobio e incriminación, porque les agradó más mostrarse complaciente y condescendiente con su porción más débil y peor, que dominarla y gobernarla; justo del mismo modo en que el primer pecado había sido cometido por Adán, quien, en la sentencia de Dios, que le recriminaba y juzgaba, oyó lo siguiente: *Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa. Con fatigas sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan, hasta que vuelvas a la tierra.* Ya hemos explicado que este sudor es propio de un esfuerzo tan grande, cuanto sería equivalente emplear en desgarrar y arrancar los apetitos corruptos y las concupiscencias carnales, que, multiplicándose por la tierra maldita, esto es, en el hombre exterior, combaten en seguida contra el espíritu, es decir, contra el hombre interior. Y aunque el hombre, en cuanto a la virtud de la parte interior, pueda dejarse dominar por la porción exterior, como el esposo por la mujer, y abstenerse de cometer pecado y delito, no por ello se con-

2 Tim 2, 5.

Iac 1, 12-17.

Así pues, estos ejemplos y testimonios ponen de manifiesto al hombre, de forma abierta y clara, que el espíritu que no hace mal uso de las virtudes y admite y reconoce la eficiencia y el auxilio de la gracia divina puede evitar aquellos pecados y delitos que, surgidos de la podredumbre de la pasión, tientan al corazón y al espíritu; y cuando hablo de evitarlos, no me refiero a que no tienten, sino a que no sean emprendidos y consumados. En verdad, aquellos vicios suelen tentar con el ímpetu ciego y repentino propio de la concupiscencia, ímpetu que, si se reprime con fuerza, acabará por ser vencido y dominado, gracias a la presencia de la gracia de Dios, *quien ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, y aplicando y ejercitando la virtud del espíritu hasta la extenuación, de tal suerte que nadie podría con razón poner la excusa de que le fue negada la gracia o de que echó en falta las virtudes del espíritu, una vez que sucumbió a las tentaciones de la concupiscencia, sino achacárselo a su propio pecado y culpa, puesto que, o bien se entregó voluntariamente, o bien no se preocupó de poner el esfuerzo debido o el entusiasmo oportuno en la contienda. Pues, *No recibirá la corona, si no ha competido según el reglamento. Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque, una vez probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman. Nadie, cuando se vea tentado, diga: "Es que Dios me tienta". Porque Dios ni puede ser tentado por el mal ni tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia que le arrastra y seduce. Luego la concupiscencia, cuando ha concebido, pare el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte. No os engaños, carísimos hermanos. Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, en quien no se da mudanza ni sombra de cambios.* Por lo cual, cualquier pecado que los hombres hayan cometido o cualquier fechoría que hayan emprendido, es menester que sea motivo de oprobio e incriminación, porque les agradó más mostrarse complaciente y condescendiente con su porción más débil y peor, que dominarla y gobernarla; justo del mismo modo en que el primer pecado había sido cometido por Adán, quien, en la sentencia de Dios, que le recriminaba y juzgaba, oyó lo siguiente: *Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa. Con fatigas sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan, hasta que vuelvas a la tierra.* Ya hemos explicado que este sudor es propio de un esfuerzo tan grande, cuanto sería equivalente emplear en desgarrar y arrancar los apetitos corruptos y las concupiscencias carnales, que, multiplicándose por la tierra maldita, esto es, en el hombre exterior, combaten en seguida contra el espíritu, es decir, contra el hombre interior. Y aunque el hombre, en cuanto a la virtud de la parte interior, pueda dejarse dominar por la porción exterior, como el esposo por la mujer, y abstenerse de cometer pecado y delito, no por ello se con-

Gen 3, 17-19.

Así pues, estos ejemplos y testimonios ponen de manifiesto al hombre, de forma abierta y clara, que el espíritu que no hace mal uso de las virtudes y admite y reconoce la eficiencia y el auxilio de la gracia divina puede evitar aquellos pecados y delitos que, surgidos de la podredumbre de la pasión, tientan al corazón y al espíritu; y cuando hablo de evitarlos, no me refiero a que no tienten, sino a que no sean emprendidos y consumados. En verdad, aquellos vicios suelen tentar con el ímpetu ciego y repentino propio de la concupiscencia, ímpetu que, si se reprime con fuerza, acabará por ser vencido y dominado, gracias a la presencia de la gracia de Dios, *quien ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, y aplicando y ejercitando la virtud del espíritu hasta la extenuación, de tal suerte que nadie podría con razón poner la excusa de que le fue negada la gracia o de que echó en falta las virtudes del espíritu, una vez que sucumbió a las tentaciones de la concupiscencia, sino achacárselo a su propio pecado y culpa, puesto que, o bien se entregó voluntariamente, o bien no se preocupó de poner el esfuerzo debido o el entusiasmo oportuno en la contienda. Pues, *No recibirá la corona, si no ha competido según el reglamento. Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque, una vez probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman. Nadie, cuando se vea tentado, diga: "Es que Dios me tienta". Porque Dios ni puede ser tentado por el mal ni tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia que le arrastra y seduce. Luego la concupiscencia, cuando ha concebido, pare el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte. No os engaños, carísimos hermanos. Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, en quien no se da mudanza ni sombra de cambios.* Por lo cual, cualquier pecado que los hombres hayan cometido o cualquier fechoría que hayan emprendido, es menester que sea motivo de oprobio e incriminación, porque les agradó más mostrarse complaciente y condescendiente con su porción más débil y peor, que dominarla y gobernarla; justo del mismo modo en que el primer pecado había sido cometido por Adán, quien, en la sentencia de Dios, que le recriminaba y juzgaba, oyó lo siguiente: *Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa. Con fatigas sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan, hasta que vuelvas a la tierra.* Ya hemos explicado que este sudor es propio de un esfuerzo tan grande, cuanto sería equivalente emplear en desgarrar y arrancar los apetitos corruptos y las concupiscencias carnales, que, multiplicándose por la tierra maldita, esto es, en el hombre exterior, combaten en seguida contra el espíritu, es decir, contra el hombre interior. Y aunque el hombre, en cuanto a la virtud de la parte interior, pueda dejarse dominar por la porción exterior, como el esposo por la mujer, y abstenerse de cometer pecado y delito, no por ello se con-

cluye, sin embargo, que es totalmente puro e íntegro; pues, no obstante, sigue estando condenado por el decreto y sentencia de muerte y maldición dictados por Dios, por causa de la culpa inherente y de la ponzoña del pecado oculta y esparcida en su interior, que él no puede arrojar y expulsar por completo de sí mismo. Pues bien pudo admitir a la muerte, pero, una vez admitida, no pudo rechazarla y expulsarla, a no ser con Dios por libertador. *Voy a destruirte, Israel; ¿quién vendrá en tu socorro?* De hecho, los hombres y profetas piadosos, como tuvieron tal asunto por cierto y hurtado, [92] lo divulgaban, proclamándolo del siguiente modo: *Somos como impuros todos nosotros, como paño inmundo todas nuestras obras justas. Caímos como la hojas todos nosotros, y nuestras culpas como el viento nos llevarón. ¿Cómo puede ser justo un hombre ante Dios? ¿Cómo ser puro el nacido de mujer? Si ni la luna misma brilla, ni son puras las estrellas a sus ojos, ¿cuánto menos el hombre, una gusanera; el hijo de hombre, un gusano!* Por lo cual, en realidad, de ningún modo pudo suceder que el hombre, después de aquella primera caída, se arrancara a sí mismo de la muerte, y retornara a la vida perfecta y a la justicia, por más que se sometiera a los preceptos y obras de la ley natural o escrita. *No entres en juicio con tu siervo, pues no es justo ante ti ningún viviente.* Empero, para evitar que el hombre, abrumado y desconcertado por el conocimiento del cumplimiento de este dictamen, se desanimara y desesperara de su salvación, la divina bondad y providencia tomó dos medidas: la una, a fin de que el hombre tuviera fe y esperanza en la salvación y en la vida, la cual no le sería restituida por obra y gracia suya, sino de un hijo nacido de mujer; la otra, a fin de que gobernara el deseo y práctica del arrepentimiento lo único que podía verificarlo, a saber, la lucha que debía ser emprendida y entablada contra los hijos de la concupiscencia, con el auxilio y don de la gracia presente. Ambas medidas, como ha poco narrabamos, quedaron conjuntamente expresadas en aquel discurso, con el cual le fue anunciada la sentencia a la serpiente y le fue ordenado a Adán la lucha y el cultivo laborioso de su tierra: *Enemistad pondré entre ti y la mujer y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza. Con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan, hasta que vuelvas a la tierra.* En ninguna parte, al leer los libros sagrados, encontramos un solo ejemplo, por el cual se pueda entender que Dios reproche y sujete a castigos a la descendencia de Adán (a la cual muchísimas veces condena por haber faltado a su deber), por recibir de los primeros padres, junto con la carne, el pecado original; por el contrario, por doquier se leen centenares de reprimendas, repreciones, amenazas y advertencias de castigos, y se describen innumerables penas por crímenes, bien particulares de cada individuo, bien colectivos de pueblos y naciones, así como por delitos perpetrados, deberes descuidados, pecados voluntariamente cometidos, y por el desenfreno propio de una vida de corruptela. Y de todo esto resulta claro y evidente que al hombre le queda la posibilidad de evitar y huir de aquel primer quebranto importantísimo, y de domeñar el vicio y el pecado, y de volver a cumplir su deber y practicar la virtud, y que asimismo le asisten la gracia y auxilio de Dios, estimulándole, animándole y apoyándole. Y hay que observar que ambas cosas quedaron de manifiesto en la persona de Caín, y que atañen a todo hombre: *¿No es verdad que si obraras bien, andarías erguido?* Por tanto, el obrar bien está en manos del hombre, por muy soberbio y muy semejante a Caín que

Os 13, 9.

Is 64, 5.

Iob 25, 4-6.

Ps 142, 2.

Gen 3, 15.

Gen 3, 19.

Gen 4, 7.

- cf. Gen 4, 7. sea. *Más si obras mal, el pecado está echado a tus puertas*, no acecha o amenaza tu cabeza, ni se apresura a franquear tu puerta, ni estorba abierta y eficazmente la entrada y salida; pues no posee tamaña fuerza ni osadía, sino que, echado a manera de los perros, vigila, y acecha los tobillos del que pretenda entrar o salir, para hacerle daño y hostigarlo, temiendo y sabiendo entretanto, que no sólo se le puede evitar, sino refrenar, expulsar y someter. [93] *Pero su apetencia irá hacia ti, y tú le dominarás*, con tal que lo quieras y lo intentes. Y la alegoría se sacó de aquellas fieras, que no tanto por sus fuerzas e ímpetu, como por sus insidias y vigilancia pueden y se utilizan para dañar; razón por la cual en la admonición divina se empleó el vocablo *ROBETS*. Y no sólo tuvo el hombre capacidad y libertad para prevenir y rechazar el delito y el daño del pecado que le acecha, sino que también le queda la capacidad y posibilidad, e incluso la enseñanza y exhortación divina, para abominar y conjurar el mal del pecado cometido y contraído, y para sanarlo procurando remedios. El global de la expiación se define por los dos aspectos siguientes, fe y arrepentimiento. Cuando hablo de fe, me estoy refiriendo a aquella fe, con la que se acogen y reclaman las promesas de la misericordia divina; y cuando hablo de arrepentimiento, me estoy refiriendo a aquél, con el que se ablanda a la justicia, y se aplaca la cólera celestial, y se concilia la clemencia. Dios quiso, en efecto, que la fuerza del arrepentimiento que procurara la fe fuese grande y admirable, y de importancia y peso como para ablandarle y congratirle. Acerca de tal clase de arrepentimiento no sólo hemos disertado bastantes veces en otros tratados, sino especialmente en aquel que titulamos *Dictatum Christianum*¹⁵. Y que tal arrepentimiento es exigido y reclamado por Dios por causa de su empeño por salvar al hombre, y es fomentado y alentado por el amparo de la promesa y el auxilio prestado, lo enseñan casi todas las divinas escrituras, las cuales en casi todas las páginas nada exigen de los hombres culpables de pecado con más ahinco e insistencia que la fe y el arrepentimiento; cosas que, si no le fuera dado al hombre procurarlas, en verdad, no le serían reclamadas con tanta insistencia y celo. Y aparte de que esto lo pone de manifiesto el ejemplo instituido con el primer padre de los hombres, quien, mientras Dios le llamaba, parecía que se le invitaba claramente al arrepentimiento y la confesión (*¿Adán, dónde estás? y ¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol del que te prohibí comer?*), el mismo ejemplo, renovado y recuperado con Caín, aunque éste sea malvado y criminal, lo confirma: *¿Dónde está tu hermano Abel? ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. ¿A qué otra cosa debemos estimar que ambos discursos y alocuciones divinas impelían, incitaban y alentaban, sino a percatarse y reconocer el pecado cometido, y dolerse de la enfermedad, y a enmendarse del mal del corazón y la cabeza enferma, sino a lamentarse, y a desear y ansiar una medicina, y a implorar y solicitar la ayuda*
- Gen 3, 9. *¿Adán, dónde estás?*
- Gen 3, 11. *¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol del que te prohibí comer?*
- Gen 4, 9. *¿Dónde está tu hermano Abel? ¿Qué has hecho?*
- Gen 4, 10. *La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.*

15. *Dictatum Christianum, sive communes et aptae discipulorum Christi omnium partes, ex magistri praeceptis et institutis ad pusilli gregis instructionem a condiscipulo Benedicto Aria Montano observatis et in brevem summam collatis*, Amberes, 1575, editio Plantiniana. Se trata de un devocionario pietista y ecuménico que se difundió en las escuelas del entorno montaniano. Su discípulo Pedro de Valencia hizo una traducción al castellano, *Lección cristiana*, aunque sólo se publicó bien entrado el siglo XVIII (Madrid, 1739). Su amigo y editor Plantino publicó en 1579 una traducción al francés, *Leçon chrestienne*, hecha por él mismo.

médica? Tal ejemplo de llamamiento y estímulo divino, no existe entre los mortales nadie tan criminal, tan salvaje e insensible, tan de espaldas a los sentimientos humanos, que, luego de cometer un crimen deliberadamente e incluso con violencia, no reconozca que se produjo y repitió en su persona, condenándole su conciencia, y acusándose sus pensamientos entre sí unos a otros, y aconsejando su espíritu el arrepentimiento, y exhortándole Dios a ello. Y que lo mismo acontece, por obra y gracia de Dios, a todos los hombres en quienes brilla aquella chispa de luz divina, a la cual llamamos razón, lo sabemos por este mismo ejemplo de Caín. *De otro modo, ¿cómo podría Dios juzgar al mundo?*, juez justísimo, y totalmente ajeno a lanzar su cólera, y que nada reprocha o echa en cara a los pecadores, a no ser la deliberada maldad o malicia de la propia voluntad para arrostrar un crimen, y la aviesa obstinación de fomentarlo, proseguirlo, apresurarlo, incrementarlo y agrandarlo, una vez emprendido; [94] cosa que oímos repetido por doquier en muchos pasajes de la doctrina sagrada. *Me afané en enviaros una y otra vez a mis siervos los profetas para deciros: Convertíos cada cual de vuestro mal camino, mejorad vuestras obras y no andéis en pos de otros dioses para darles culto, y habitaréis la tierra que os di a vosotros y a vuestros padres; mas no me habéis prestado oído ni me habéis obedecido. Limpia de malicia tu corazón, Jerusalén, para que puedas ser salvada. ¿Acaso no puedo yo hacer con vosotros, casa de Israel, lo mismo que este alfarero? -oráculo del Señor-. Mirad que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, casa de Israel. De pronto decido yo arrancar, destruir y hacer perecer a una nación o a un reino; pero si aquel pueblo se convierte de sus maldades por las que yo hablé contra él, también yo me arrepiento del mal que pensaba hacerle. Ahora, pues, di a la gente de Judá y a los habitantes de Jerusalén: Así dice el Señor: "Mirad que estoy trazando males y formando planes contra vosotros. Conviértase, pues, cada cual de su mal camino, y mejoradlo y mejorad vuestras obras".* Lo mismo declara, igualmente en el profeta Ezequiel, Dios en alta voz, prestando incluso juramento; cuyo discurso, repleto de testimonios de una equidad admirable y de una misericordia inmensa, hemos considerado útil reproducir palabra a palabra, para aniquilar el error e instruir los espíritus de todos aquellos que o bien desdeñan el arrepentimiento, o bien rebajan el arbitrio humano. *La palabra del Señor me fue dirigida en estos términos: ¿Por qué andáis repitiendo este proverbio en la tierra de Israel: "Los padres comieron el agraz, y los dientes de los hijos sufren la dentera"? Por mi vida, oráculo del Señor, tu Dios, que no repetiréis más este proverbio en Israel. Mirad: Mías son las almas todas, lo mismo la del padre que la del hijo, mías son, y el alma que peque, ésa morirá. El que es justo, observa el derecho y la justicia, no come por los montes ni alza sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, no deshonra a la mujer de su prójimo, ni se acerca a la mujer durante su impureza, no oprime a nadie, devuelve al deudor su prenda, no roba con violencia, da su pan al hambriento y viste al desnudo, no presta con usura ni cobra intereses, aparta su mano de la injusticia, dicta un juicio honrado entre hombre y hombre, se conduce según mis preceptos y observa mis normas, obrando conforme a la verdad, ése es justo, vivirá, dice el Señor Dios. Pero si éste engendra un hijo violento y sanguinario, culpable de alguna de estas faltas que él mismo no había cometido, un hijo que come por*

cf. 1 Jn 3, 20.

Rom 3, 6.

Ie 35, 15.

Ie 4, 14.

Ie 18, 6-8.

Ie 18, 11-12.

Ez 18, 1-32.

los montes, deshonra a la mujer de su prójimo, oprime al pobre y al indigente, roba, no devuelve la prenda, alza sus ojos a los ídolos, comete abominación, presta con usura y cobra intereses, ¿vivirá? No vivirá. Cometió todas estas abominaciones; morirá sin remedio, y su sangre recaerá sobre él. Pero si éste engendra un hijo que viendo todos los pecados que ha cometido su padre, recela de ellos y no los imita, y no come por los montes ni alza sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, [95] no deshonra a la mujer de su prójimo, no oprime a nadie, no retiene la prenda, no roba, da su pan al hambriento, viste al desnudo, aparta su mano de la injusticia, no presta con usura, ni cobra intereses, observa mis normas y se conduce según mis preceptos, éste no morirá a causa de la iniquidad de su padre, vivirá sin duda. Porque su padre calumnió, despojó a su hermano, y no obró el bien en medio de su pueblo, por eso morirá a causa de su iniquidad. Y vosotros decís: "¿Por qué no carga el hijo con la iniquidad del padre?". Porque el hijo ha practicado el derecho y la justicia, ha observado todos mis preceptos y los ha puesto en práctica: por eso vivirá. El alma que peque, ésa morirá; el hijo no cargará con la iniquidad de su padre, ni el padre con la iniquidad de su hijo: al justo se le imputará su justicia y al malvado su maldad. Pero si el malvado se arrepiente de todos los pecados que ha cometido, observa todos mis preceptos y practica el derecho y la justicia, vivirá sin duda, no morirá. Ninguno de los pecados que cometió le serán recordados; en la justicia que obró, vivirá. ¿Quiero yo acaso la muerte del malvado -oráculo del Señor, tu Dios- y no más bien que se convierta de su mal camino y viva? Pero si el justo se aparta de su justicia y comete el mal, imitando todas las abominaciones que comete el malvado, ¿vivirá acaso? No, no quedará ya memoria de ninguna de las obras justas que hizo, sino que, por la traición que perpetró y por el pecado que cometió, por ellos morirá. Y vosotros decís: "No es justo el proceder del Señor". Escuchad, pues, casa de Israel: ¿Que no es justo mi proceder? ¿No es más bien vuestro proceder el que no es justo? Si el justo se aparta de su justicia, comete el mal y muere, muere por causa del mal que ha cometido. Y si el malvado se aparta del mal que ha cometido para practicar el derecho y la justicia, él mismo hará vivir su propia alma. Ha abierto los ojos y se ha apartado de todos los pecados que había cometido; por eso vivirá sin duda, y no morirá. Y sin embargo la casa de Israel dice: "No es justo el proceder del Señor". ¿Que mi proceder no es justo, casa de Israel? ¿No es más bien vuestro proceder el que no es justo? Yo os juzgaré, pues, a cada uno según su proceder, casa de Israel, oráculo del Señor, tu Dios. Convertíos y apartaos de todos vuestros pecados; y así el pecado no será la causa de vuestra ruina. Descargaos de todos los crímenes que habéis cometido contra mí, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué queréis morir, casa de Israel? Que no quiero yo la muerte del que muere, oráculo del Señor, tu Dios. Convertíos y vivid.

Esto solo, pregonado por Dios por medio de su profeta, haría el oficio de muchos libros y argumentos, que diversos escritores acostumbran publicar para defender la verdad del albedrío del hombre. Pues bien, leemos que la causa y razón no fue comprendida, demostrada o defendida antaño por ninguno de los santos, antes de promulgada la ley, ni por ninguno, mientras duró la ley, ni, en fin, por ninguno de los apóstoles. *¿O desprecias, tal vez, sus riquezas de bondad, de paciencia y de longanimidad, sin reconocer que esa bondad de*

Dios te impulsa a la conversión? Por la dureza y la impenitencia de tu corazón vas atesorando contra ti cólera [96] para el día de la cólera y la revelación del justo juicio de Dios, el cual dará a cada cual según sus obras. Y Pedro, refutando a aquellos que restaban crédito a las promesas divinas, dice: *No retrasa el Señor el cumplimiento de su promesa, sino que actúa con paciencia, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen al arrepentimiento.* Por lo cual, el propio Hijo de Dios, en la medida en que actuaba como preceptor de vida y emisario de la Buena Nueva, solía proclamar: *Arrepentíos y creed en la Buena Nueva.* Y su precursor y anunciador, Juan el Bautista, porque los hombres fingían y simulaban, les exhortaba al deseo serio de un arrepentimiento verdadero y sincero: *Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, dignos frutos de arrepentimiento.* Y lo mismo proclamaba y advertía con frecuencia en otra parte: *Arrepentíos y creed en la Buena Nueva.* Y el apóstol Pedro, como unos que declaraban abiertamente que ansiaban el don de la gracia divina, le consultaran qué debían hacer, les instruyó con estas pocas palabras: *Arrepentíos y bautizaos todos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados.* Así pues, la cuenta total de la doctrina sagrada, calculada —como es debido— con todas sus deudas, con atención, cuidado y esmero, arroja la suma siguiente: que Dios, que está dispuesto a procurar la salvación prometida a los hombres, recomienda, sobre todo, la fe, y exige la integridad y pureza de vida, y tras la caída, reclama, desde luego, el arrepentimiento como algo necesario; y que todas estas cosas pueden realizarse gracias a las virtudes concedidas a la naturaleza de los hombres, e incluso son de obligado cumplimiento por causa de las mismas, en tanto que oficios propios de la naturaleza humana en sí, la carencia de los cuales pondría de manifiesto una traición de los deberes de la naturaleza. Y que la gracia divina, por la cual la virtud humana es ayudada y fortificada, no desasistirá a todo el que quiera obrar el bien; y que nada hay que de veras pueda ser llamado bueno, que no deba reconocerse como resultado del don y regalo del socorro y auxilio divino. Por este motivo, es cierto, los filósofos y muchos otros de entre los gentiles fueron acusados y condenados con razón, los cuales, aunque no sólo transmitieron los preceptos honestos del derecho privado y público, sino que también, y no pocos, lo demostraron a otros hombres, partiendo de los ejemplos mismos de la vida y costumbre, no obstante, porque no tuvieron en cuenta el veneno innato y el origen oculto de los pecados, no se percataron ni se lamentaron de ellos, y de este modo desdeñaron implorar la misericordia divina; y además, lo que obraban bien, no lo atribuyeron al beneficio de Dios, el cual aconseja y ayuda desde nuestro interior, sino a su propio talento, consejo, estudio e inventiva, y acechando de este modo un poco de gloria para sí, se esforzaron en venderlo a los demás como doctrina suya propia, y en arrojar-se de cabeza a las tinieblas oscuras e impenetrables de la necia sabiduría, y, con el permiso del juicio divino, se apartaron para emprender los variados caminos de los errores, de los cuales hubo en el mundo grandísimas plagas de doctrinas, creencias, fábulas y sectas, y en fin, diversas y muy abominables plagas de ignominias.

2 Petr 3, 9.

Mc 1, 15.

Lc 3, 7-8.

Mt 3, 2.

Act 2, 38.

CAPÍTULO V.

DE LA PROPAGACIÓN DEL GÉNERO HUMANO,
Y DE LA CORRUPCIÓN DE LAS COSTUMBRES Y DE LA DOCTRINA

[97] A partir de los dos primeros hijos de Adán se dividieron, en primer lugar, las dos familias antiguas y particularmente ilustres, a las cuales se remontaban el padrón y las inquietudes de todos los demás pueblos que luego se originaron. Uno fue el de los Cainitas, el otro el de los Setitas. Hay que hablar primero de aquel que la razón de la historia exige. La descendencia de Caín, instruida para el afán de fundar ciudades y de una vida de esplendor, y para las delicias del poder y la gloria, y de todo el bienestar y vida terrenal, continuaba buscando, hallando y procurando tan sólo aquellas cosas que consideraba hermosas, brillantes y resplandecientes, según la opinión de un espíritu corrompido; y de este modo ponía su empeño en ocupar vastas tierras, erigir edificios lo mejor, más grande y más lujoso posible, y en engrandecerlos día a día con nuevos monumentos, y en rematarlos añadiéndoles comodidades y refinamientos; y atenta al placer, a la salud corporal y al cuidado del hombre exterior, no miraba por nada ni se esforzaba por nada, que no pudiera contribuir a la salud y elegancia del cuerpo y al deleite de la vida, y aplicaba toda el potencial y la capacidad de las técnicas descubiertas tan sólo a este disfrute del deleite, el bienestar, el sosiego y el ocio. Y toda la materia y abundancia, no sólo de frutos, los cuales suministra, variados y exquisitos, la naturaleza fresca y fecunda, sino también de los restantes seres vivos e incluso de hombres que ceden unos a otros por la fuerza, la técnica o el esfuerzo, la consumía en la búsqueda por doquier de la ocasión de tal concupiscencia y lujo, sin acordarse, entretanto, para nada de las cosas divinas, ni meditando en absoluto sobre la muerte, a no ser en la medida en que ésta podía incitar y añadir estímulos para vivir de prisa y no dejar escapar, ni un solo instante, el goce de la vida; sino que, porque la vida era entonces más duradera, parecía que la meditación acerca de la muerte y el término de la vida era la menos importante de todas, y si alguna había, sólo afectaba a los más ancianos, cuyo discurso muchas veces es poseído por aquel, que dicta, sin duda, la sabiduría corrupta del hombre exterior: *¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!* A tal raza o facción de gente la doctrina sagrada los llama *Hijos de los hombres* o *de Adán*. La familia de los Setitas, en cambio, fue desde el principio ciertamente menos numerosa que aquella otra primera (aunque, no obstante, no escasa) y vivía de un modo y manera muy distinto, esto es, austero, puesto que, adoptando las enseñanzas de la doctrina y la vida paterna, consideraba que se debía tener una consideración primordial por las cosas divinas, esto es, por la piedad, y en cambio ninguna consideración por las cosas humanas, esto es, por esta vida terrenal y mortal, o la más mínima, a saber, la que cuadra a la condición de exiliados y desterrados de su patria, y consagrados a las ansias de arrepentimiento. Por lo cual, para pasar honesta, pura e íntegramente aquel tiempo de exilio que se le concedía, [98] para verse menos afectado por causa del tiempo de vida terrenal, mísero, calamitoso y lleno de aflicciones, no meditaba nada acerca de construir ciudades, o acerca de esplendor algu-

Is 22, 13.

no, ni prestaba atención a desear o pretender el ocio; sino que esforzándose sobre todo en apacentar y alimentar el ganado, y en cultivar las mieses, se procuraba con esfuerzo y dedicación lo suficiente para disfrutar de una vida frugal y modesta, viviendo en cabañas y tiendas, con las que conseguía atenuar y reducir las inclemencias y rigores del tiempo, más que evitarlas por completo, meditando siempre acerca de la migración y mudanza de vida, jamás acerca de la dura vida de la humanidad en la tierra, y trayendo con frecuencia a la memoria otra patria, en la que creían y confiaban que ellos, con el favor de Dios, pasarían sus días. Esta parte y república de la raza humana, que lleva una vida muy separada de la otra, en cuanto a sus leyes e inquietudes, recibe el nombre de *Hijos de Dios*; y ambas partes, que tienen en común el mismo vocablo *BEN* (el cual significa construcción y edificación), aunque unidas por él, son separadas por los nombres de la inquietud, del propósito y hasta de la acción: *BENEI ADAM* y *BENEI ELOHIM*, los que edifican y construyen la vida y costumbres de Adán, y los que edifican el conocimiento, doctrina y culto de Dios, juez y soberano justo y prudente. Y divididos estos dos grupos, habitaron el globo terráqueo, y bien con egoísmo, bien con desapego de sí mismos y llevando una vida de exilio, desarrollaron sociedades humanas durante casi mil cuatrocientos tres años completos; pues tantos son los años que se contabilizan desde Set hasta el nacimiento de Noé. Y Henoc, en la quinta generación de Set, séptima si se cuenta desde Adán, no sólo fue ilustrísimo en vida por su ejemplo preclaro de piedad, sino que, arrebatado de la vista y sociedad de los mortales con un final santísimo, dio testimonio de la resurrección de este cuerpo terrenal y de una segunda vida libre de muerte. Y de este modo ratificó con la prueba irrefutable de su propia suerte y condición la doctrina del fin y desenlace felicísimo de los buenos. Y en verdad, éste, instruido en la fe de la salvación eterna, emprendió tal modo de vida y costumbres, que durante el tiempo de trescientos sesenta años dio un espectáculo de sí mismo estimable y grato a Dios y a todos los celestiales. Por lo cual, ganándose el retiro de sus esfuerzos y ejercicios, fue arrebatado vivo y consciente, y emigró a un lugar mejor y retirado para el reposo eterno. *Henoc anduvo con Dios; vivió, después de engendrar a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. El total de los días de Henoc fue de trescientos sesenta y cinco años. Henoc anduvo con Dios, y desapareció porque Dios se lo llevó.* Y con este único ejemplo se manifestó, incluso para siglos antiguos, como espectador y testigo de la vida humana, y como fautor y promotor del bien, y por último como juez y rescatador. Así está escrito: *Henoc agradó al Señor, y fue trasladado al paraíso, ejemplo de piedad para las generaciones venideras. Y, Por la fe, Henoc fue trasladado sin ver la muerte, y no fue ballado, porque Dios le trasladó. En efecto, antes de ser trasladado, la Escritura da el testimonio de haber agradado a Dios. Ahora bien, sin fe es imposible agradarle, pues es preciso que quien se acerque a Dios crea que existe y que recompensa a los que le buscan.* Y de Henoc nació Matusalén, quien, tomando en consideración la enseñanza paterna, [99] no sólo adoctrinó a sus familiares, amigos y demás cultivadores de la piedad y virtud verdadera, sino que confió a Lámek, el primogénito de entre sus hijos, la propagación de su descendencia. E imitando a Lámek, su padre y preceptor, Noé, en medio de los espíritus ya de-

Gen 5, 22-24.

Eccli 44, 16.

Hebr 11, 5-6.

pravadísimos de los hombres y en medio de la corrupción total de las costumbres públicas y privadas, llevó, en la medida en que es posible a un mortal, una vida íntegra, intachable y santa durante el largo espacio de quinientos años, y en todo ese tiempo no engendró hijo alguno, previendo Dios que una prole hartamente numerosa de este varón justo y santo muy difícilmente podría ser mantenida en el deber, y sería pasto del abrasador y devastador fuego e incendio de crímenes en que ardía el mundo entero. Pero conviene recordar y traer incluso más a menudo a la memoria, que aquellos dos antiguos gérmenes de la caída humana, a partir de los cuales creció todo el mal importado al género humano, esto es, el veneno inoculado a la naturaleza de los mortales, el cual, bebido con largeza, se adhirió primeramente a la mujer y se propagó luego a todos los hijos; y en segundo lugar, aquella antigua Serpiente, la cual se afanó no sólo por conservar el reino que detentaba sobre los hombres, sino por consolidarlo y ensancharlo con todas sus fuerzas y ardidés. Y aunque antiguamente ambas partes, esto es, los hijos de Dios y los hijos de los hombres, se distinguían en cuanto al espíritu, inquietudes y costumbres, no obstante, ni unos ni otros se habían despojado de aquella naturaleza, por la cual eran llamados Adán, esto es, hombres. Eran todos, en verdad, descendientes de un solo hombre, aunque los unos eran el reflejo de Caín, los otros de Abel o Set, uno y otro hijos de Adán, como ya recordamos, uno y otro hombres, pero éste reproduce el carácter del hombre interior, aquél el del hombre exterior; ni uno ni otro libre del antiguo veneno, pero el uno se percata más en serio de la virulencia del mal interno y desea ser curado, el otro se preocupa de ello más a la ligera y se abandona en exceso a la porción exterior. Pero, aunque las costumbres y las mudanzas de lugar estorbaban el trato de los honrados con los malvados, sucedió que los que eran más cándidos y de vida más rústica y dura, seducidos primero por el boato, lujo y esplendor externo de los otros, tanto público como privado, y persuadidos luego por sus pláticas, consideraban a aquella parte mejor, más alegre y más amable y dichosa para la naturaleza humana, y empezaron a imitarla, y tras experimentar que era más agradable, conforme a las circunstancias, y juzgándola menos fatigosa -visto que el temperamento humano es proclive del trabajo al placer- la asumieron en adelante seriamente, y comunicados y unidos los designios de ambas partes, aquellos que habían sido antes honrados, y también más escasos, fueron arrastrados al delito por la nutridísima muchedumbre de los malvados, y contrajeron un pecado no menos ignominioso de lo que había sido el de los otros. Con la ocasión, ardid y atractivos de las mujeres este mal se abrió paso en la parte de los más cándidos. Pues, como las mujeres de los Cainitas, a causa de las delicias de la vida, y a causa de su afán de belleza, le parecieran mucho más femeninas, hermosas y bellas, y hasta más elegantes, a aquellos que, nacidos de madres muy hirsutas, convivían, por imperativo familiar, con mujeres menos acicaladas y menos bellas, toda vez que empezaron, primero, a admirar a las mujeres de los otros, mucho más hermosas de aspecto, y siguieron, luego, viendo cómo eran perseguidas y acosadas con ardidés lascivos, con halagos y piropos, y con palabras zalameras, acabaron, por el hábito y costumbre diaria de la vista, por acostumbrar, también ellos, a sus espíritus [100] a aprobar las costumbres de aquellas mujeres y a apetecer la coyunda con ellas,

y de este modo el bando de los íntegros sucumbió no a la virtud ni a las armas, sino a la más violenta concupiscencia, el arma de los malvados, sobre todo, dado que ni a éstos les faltaba un discurso, con el que defender y anteponer su facción, ni tampoco aquéllos estaban desprovistos de razones y argumentos, con los que estimaran que podría justificarse tan gran mudanza de su estado y condición: bien que, en cualquier sentido, incluso para cultivar y acrecentar la piedad, la concurrencia urbana y una sociedad humana más universal es mucho mejor que aquel corto número de los que viven errantes, y que la enseñanza rústica de cada una de las familias diseminadas según lugar, comarca y fisonomía; o bien, incluso, que para el bienestar, sosiego y felicidad de esta vida mortal, cuanto más concurrida y nutrida fuera la república de los hombres, tanto más dichosa se creería; cosa que incluso certificaría la belleza, encanto, salud, y hasta el aspecto mismo de las mujeres, de todo punto elegante. Y si aquella convivencia, sociedad y comunidad ofrecía al sexo inferior y más débil tamaña oportunidad para vivir placenteramente, lo lógico sería pensar y esperar que sucedería mucho mejor con los hombres que emigran del campo y el bosque a la ciudad y llevan una vida urbana, dispuestos a servirse del mismo plan de leyes y a ampararse en el consenso, designio e inquietud común, y en el mutuo apoyo. Así pues, tal como el primer hombre, hecho a imagen de Dios, persuadido por la mujer, concibió el crimen y el delito, así los hombres de aquel mundo original, que habían sido otrora imbuidos de buenas enseñanzas, se corrompieron y depravaron a sí mismos y al mundo con ocasión de las mujeres. Esta perversidad y la causa de la misma persistió, sin duda, a lo largo de todos siglos y épocas posteriores, y subsiste hoy día; pues si pública o privadamente los anhelos de los hombres son corrompidos, sucede esto por causa de una mujer, a veces por causa de alguna mujer externa, pero siempre por causa de aquella mujer interna, acerca de la cual se nos dicen algunas palabras arcanas en el Génesis: *Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno para comer, hermoso a la vista y de aspecto apetecible; y tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que comió.* Una sola mujer, pues, pudo lograr someter al hombre, no obstante sabio y fuerte, al dictado de su pensamiento, juicio y opinión; por lo cual, no es extraño si muchas leyes de los hombres, hijas de su parecer, costumbre y sociedad corrompida, persuadieron a quienes hasta entonces habían sido honrados e ignorantes de los pecados. Pues, en primer lugar, aceptaron anteponer su propia conveniencia al trato y familiaridad de las otras mujeres, rústicas aunque más honestas; y luego abandonaron todas las demás cosas, a las cuales aquellas mismas mujeres estaban consagradas: alabar, emprender y promover resoluciones, juicios y decisiones, y también saberes y esfuerzos. *Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la tierra y les nacieron hijas, vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron por mujeres las que prefirieron de entre todas ellas.* Y, en verdad, esta decisión, que agradó a éstos que antes se llamaban hijos de Dios y que poco a poco se habían visto atraídos y finalmente corrompidos, en modo alguno desagradó a aquellos que se decían y eran hijos de los hombres: por una parte, porque los espíritus de los corrompidos, aunque excitan y fomentan siempre el pecado, no obstante, respetan y temen las costumbres de los piadosos, a quienes, por

Gen 3, 6.

[Gen 6, 1-2].

otra parte, odian y aborrecen, [101] y llevan a mal que la desvergüenza de sus vidas sea comparada con el ejemplo de la virtud ajena, puesta al lado; y por otra parte, se alegran sobremanera de la muchedumbre de compañeros e imitadores en tal circunstancia, de suerte que quienes no pueden demostrar la belleza de sus vidas con un argumento certero y honesto, la defienen y amparan con el número de votos, y con el entusiasmo, multitud y apretada falange de seguidores. Y no se logra tanto este particular con violencia y fuerza, como con halagos, fingimientos, mucho de hospitalidad, invitaciones y, por último, desenfreno. En efecto, viendo claramente esto cierto mago Balaam, maestro de la desvergüenza y promotor de la impiedad, persuadió astutamente a aquellos que le habían llamado y consultado, a que se dedicaran con ahinco a pervertir la doctrina y santidad del pueblo de Dios. Y esto, sin duda alguna, sucedería, de no mediar el oportuno castigo de Dios y la intervención de sus mejores ministros. Así está escrito: *Israel se estableció en Šittim. Y el pueblo se puso a fornicar con las hijas de Moab. Éstas invitaron al pueblo a los sacrificios de sus dioses, y el pueblo comió y se postró ante sus dioses. Israel se adhirió así al Baal de Peor, y el Señor, airado, dijo a Moisés: "Toma a todos los jefes del pueblo y cuélgalos del patíbulo, cara al sol, para que se aparte de Israel la cólera encendida del Señor"*. Pero es menester que los hijos del hombre permitieran una gran licencia a los hijos de Dios; y lo que de otro modo debía haber sido considerado vergonzoso e ignominioso, por interés de estado y ocasión de familiaridad, no sólo fue admitido, sino incluso celebrado y deseado con ahinco, y hasta procurado; puesto que a aquéllos, sin excepción alguna, cualquiera que fuera su capricho, les fue concedida la libre potestad de elegir entre sus propias hijas, conforme al antojo y deseo de cada uno, en cuanto al número, linaje, posición y clase de las mujeres a desposar. *De entre todas las que habían elegido*. Pues se esperaba que de este modo, y con consenso general, todos los hombres de la otra parte se someterían a la misma ley de vida e inquietudes, y finalmente se adherirían a la misma muchedumbre. Y tomando tal decisión los hijos de los hombres y las hijas de éstos, e instruyendo las esposas a las hijas para todas las artimañas de la concupiscencia, y llevando a cabo las propias alumnas las enseñanzas de sus maestras como expertas y con diligencia, los que se llamaban hijos de Dios, esto es, la parte más cándida y rústica de los hombres, que habían estado antes consagrados a las devociones de la piedad, atraídos y seducidos por los atractivos del vicio, no sólo sucumbieron ellos mismos, enervados y vencidos por el pecado, sino que, procreando una progenie y descendencia mucho peor que ellos, cubrieron totalmente el globo terráqueo, contaminado ya con las fechorías de la otra parte, con la inmundicia de toda suerte de homicidios y crímenes. Puesto que éstos, sometidos en exceso a la voluntad desvergonzada de sus esposas, tan pronto como se convertían en padres, les confiaban la educación de los hijos; y siendo evidente que ellas no habían aprendido de sus esposos la doctrina familiar, criaron hijos sin respeto hacia sus padres, y emuladores de la concupiscencia e insolencia materna, por una parte fuertes, esto es, partícipes de la fortaleza paterna, pero por la otra desenfrenados con un libertinaje desmesurado, e imbuidos de las creencias y ejemplos propios de la ambición y pasión femenina. Más adelante, conforme éstos fueron creciendo y madurando, empezó a ser

Num 25, 1-4.

[Gen 6. 2].

borrada de la tierra la ley divina y humana; luego, admitida y pululando por el mundo toda suerte de injusticias, ignominias y crímenes, [102] a la manera de las fieras y de las bestias, no hubo fechoría que fuera ensayada y perpetrada, la cual no refrenara al instante la violencia y poderío de otro. Y para que unos tras otros no temieran que esto obstaculizaría tanto los matrimonios como vínculos entre familiares o parientes, se tomaron medidas, de tal manera que quien se procurara una mayor opulencia gracias a tales amistades, fuera considerado opulentísimo y dichosísimo, y pudiera apoderarse, arrebatarse y detentar, sin castigo alguno, la parte ventajosa para sí de las cosas sociales, familiares, públicas y privadas. *Los Gigantes existían en la tierra por aquel entonces (y también después), cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres: éstos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos.* Porque nada obraban con poderío, temeridad y osadía, conforme a la razón y la justicia, sino que lo estimaban y determinaban todo conforme a sus deseos y capacidades, y consideraban dichosísimo que todo les estuviera permitido, y juzgaban noble y regio abusar de los bienes, trabajos, esfuerzos, e incluso de los cuerpos y almas de otros que no eran tan poderosos, a éstos, desde su tiempo o desde antiguo, la fama los celebró como poderosos, y las leyendas los recordaron con el apelativo de Gigantes. Y porque habían desdeñado todo escrúpulo religioso, piedad, veneración y temor de Dios, y todas las casas y corporaciones de hombres piadosos y honestos, o bien las habían arrastrado a su causa, o bien las habían destruido y aniquilado por completo -excepto la casa y el espíritu de un solo hombre-, la sabiduría de los antiguos imaginó que intentaron arrojar del cielo a los dioses. Y sería preciso observar que ambos males, esto es, el libertinaje desmedido y desenfrenado de éstos y la temeridad de los padres, de quienes éstos fueron engendrados, brotaron de aquella fuente de la primera maldad de los hombres. *"Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal". Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno para comer, hermoso a la vista y de aspecto apetecible; y tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que comió;* de tal suerte que se observa que dos son los gérmenes de todos los errores, pecados y fechorías, los cuales hay que precaver, a saber: la ambición de la más alta dignidad, y la elección y opción propia de cada uno. *Vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron por mujeres las que prefirieron de entre todas ellas.* De este modo, quedó al descubierto que el origen de todas las maldades fue la osadía de la propia elección.

Así pues, toda aquella época, en la cual Noé nació, creció, se hizo hombre y alcanzó la edad de quinientos años, se vivía ya en medio de las costumbres más corrompidas de los hombres y mucho peores que antes; en ella se consumían todas las aficiones y técnicas, públicas y privadas, de placeres y refinamientos, y no se tenía en cuenta ni se tomaba consideración alguna del derecho y la justicia, sino que era opinión y doctrina común de todos que el poder y el dinero eran la medida de todas las cosas, y el más elogiado era aquel que tuviera mucho poder. Por lo cual, el total de los deseos consistía en unir familias y juntar parentelas con vista a inquietudes similares, al mutuo auxilio y a la celebridad del nombre y el linaje. *Comían, bebían, tomaban mujer o marido,* dice la Palabra de Dios. Y aunque tan gran disipación de

[Gen 6, 4].

Gen 3, 5-6.

[Gen 6, 2].

Mt 24, 38.

placeres, tan gran jactancia de riquezas y poderío, no puede prolongarse y perdurar mucho tiempo sin gran y repetido gasto, y tal vida sin ocio no se considera placentera, sucedió que los que eran los más poderosos [103] ambicionaron las fatigas y bienes, tanto domésticos como públicos, de aquellos que en riquezas y fuerzas eran menos poderosos, y luego de ambicionarlas, las asaltan, y con violencia, guerra, asesinatos, delitos e insidias se apoderan de ellas; y los que obedecían a éstos, o bien se sometían a ellos, o incluso, a su pesar, se doblegaban, también ellos oprimían y expoliaban a los inferiores y más pobres, o los vejaban y arruinaban; y los más humildes e indigentes consideraban que no podía hallarse o encontrarse un modo mejor de mirar por sí mismos y de suministrar material a la rapacidad de los poderosos que mediante robos, delitos, latrocinios y mentiras. Y de este modo, bien abierta y públicamente, bien a escondidas y con asechanzas, no había hombre que no pusiera límites a su bienestar vital, procurado por medio de la iniquidad y el delito, nadie que se atreviera a condenar la violencia, sino que al instante proclamaba que el poder dañar y perjudicar lo más posible era el máximo bien entre los hombres y algo muy digno de alabanza y monumento ilustre. Así vemos, en efecto, comprobado por la experiencia, que el lujo, una vez creado, engendra en la ciudades y familias ociosas la codicia, y de la codicia nace la osadía, la osadía quiere que todo le esté permitido, no tolera que cualquier delito que cometa le sea reprochado y no sea considerado magnífico. *Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo del Diablo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es la codicia, y algunos, por dejarse llevar de ella, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores.* En fin, hasta tal punto de maldad y perversidad fue llevado el género humano por el empeño y esfuerzo del enemigo común y por su propia malicia, que era sorprendente que no sólo no conservaba absolutamente nada de aquel hombre creado a imagen y semejanza de Dios, sino tampoco nada del Adán sujeto y obligado por Dios al arrepentimiento. Y no sólo en los hechos y hábitos, sino también en las palabras, inquietudes, decisiones, creencias y pareceres, se observaba algo que podía certificarlo como ejemplar de naturaleza humana, a saber, el uso de la razón. *Viendo Dios que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo, le pesó a Dios de haber hecho al hombre en la tierra.* La primera parte de estos versos describe los espíritus de todos los hombres, envilecidos en una vida sumamente corrompida y depravada, y desenfrenados hasta la perdición, y que en absoluto tienen un juicio humano; y muestra además que los propios hombres no se percataron de esto, sino que fue observado por el juicio de Dios. *Viendo Dios, a quien la historia de los hermanos Caín y Abel había transmitido como juez y vengador de cada uno de los hombres, y esta edad puso de manifiesto como único testigo, juez y abogado del orbe entero, hasta tal punto, no obstante, severo al juzgar, que la integridad de la justicia no le apartaba de su característica benevolencia y magnanimidad, ni de su voluntad y propósito para con la salvación de la naturaleza humana; puesto que su designio acerca de enaltecer al hombre, si bien no alcanza a todos los hombres, por culpa de ellos mismos, no obstante, ni la*

I Tim 6, 9-10.

[Gen 6, 5-6].

[Gen 6, 5].

acción de Lucifer, ni ninguna otra fuerza o delito, podría impedir que se cumpla. Por consiguiente, Dios se mostró, por un lado, al mundo como juez, y decretó que la maldad universal fuera castigada con un castigo universal; y por el otro, actúa siempre como Padre misericorsioso y benévolo, y se afligió de que perecieran parte de aquéllos, [104] a los que no debió crear para la muerte, sino para la vida, para la salvación, y para compartir la dicha eterna. E incluso para que se supiera públicamente que había deseado y procurado esto contra los pecadores y criminales, la Misericordia alcanzó de la Justicia de Dios una demora de ciento veinte años. Mediando tal espacio e intervalo de tiempo desde el anuncio y pronunciamiento de la sentencia, quedaría, por un lado, fijado de antemano el juicio a los hombres, y por otro, ordenado y dispuesto el arrepentimiento, el cual, acompañado de la fe, suele pedir y recibir la indulgencia del perdón. Pero leemos en la lengua romana que Dios se arrepintió de haber hecho al hombre, y así lo entendemos en este pasaje con el mismo sentido, que el vocablo mismo produce con significado auténtico y puro, a saber: que Dios -Él y su Espíritu- proyectó apartar de entre los hombres a aquellos que era notorio que se habían vuelto indignos de tan gran huesped, salvador y protector, y hasta inquilino; pues, una sede tan impura y contaminada era absolutamente inapropiada para tan gran majestad, pureza y santidad, dado que no estorba a la carne nada común con el espíritu; pero el hombre, sobre todo el espiritual, hecho y modelado a imagen y semejanza de Dios, había degenerado tanto a la imagen de la carne, que era evidente que ni obrando ni actuando reproducía nada, a no ser la carne, y quiso y se esforzó por repeler de sí la semejanza con Dios; pero en la carne y en la inmundicia e impureza de la carne se conservaba el Espíritu de Dios, y no se acomodaba a la naturaleza divina ni se ajustaba a la condición de la carne terrenal. Así pues, consideró Dios que era un habitáculo sumamente pequeño y muy ínfimo para Él el domicilio del hombre, el cual había sido hecho en la tierra, pero aprobó y deseó para sí el que había sido creado no en la tierra, sino en el espíritu, en la parte celestial del hombre. Y si el propio hombre, en la medida de sus fuerzas y con el don de la gracia, procuraba compararse con él, y rehacerse con diligencia y celo, y purificarse con el trabajo, la virtud y las ansias de arrepentimiento, de buena gana y en razón del propósito asumido y de la promesa hecha, le admitiría y aceptaría, y lo consagraría a Él. Pero para que esto fuera hecho con diligencia por los hombres, a quienes interesaba hacerlo, se les predijo y reveló con una larga demora y expectación de tantos años, antes de pronunciar la sentencia en el juicio, y les sería recordado con asiduas advertencias. Y finalmente, a no ser que con la fe y la penitencia de los arrepentidos y con el celo de la piedad la maldad universal fuera universalmente purificada y expiada, habría que ceder el paso a la Justicia. Y en verdad, era antigua en Dios la determinación de ejercer y mostrar misericordia, y para quien no dejara lugar a la misma por causa de su obstinación en el pecado, persistía la severidad futura del juicio, la cual habría de castigar las maldades con un castigo, si bien lento y tardío, no obstante, sumamente enérgico. *Se dolió íntimamente en su corazón, y dijo: "Voy a exterminar de sobre la faz de la tierra al hombre que he creado, desde el hombre hasta las bestias, desde los reptiles hasta las aves del cielo, pues me pesa haberlos hecho".* Adver-

[Gen 6, 6-7].

Gen 2, 20.
Prov 8, 30.
Prov 8, 31.

Ps 144, 9.
[Gen 6, 7].

timos que Dios tiene tanta aversión a descargar su cólera, que leemos que, incluso forzado por las razones de la justicia a decretar un castigo inferior y más leve que el crimen y maldades, se dolió grandemente en su corazón, de tal modo que el lenguaje humano puede atribuirle dolor, y asimismo inquietudes y sentimientos a una divinidad, por naturaleza, inmóvil, y totalmente quieta e inmutable; [105] es decir, su intención es atribuirle la misericordia en grado sumo y como algo propio. Pues, como cualquier artesano sumamente bueno y experto, si por causa de un maligno defecto recibido de alguien considerase que la obra creada y lograda por él con maestría y saber ha de ser destruida y deshecha, aunque supiera que esto ha de hacerse conforme a la ley del arte y de la sabiduría, sobrellevaría de mala manera tanto la pérdida del esfuerzo empleado, como la destrucción y consiguiente aniquilación o extinción de la obra ya creada, y lo haría muy a su pesar. Aquella obra que la misericordia, sabiduría y virtud de Dios se había alegrado de crear -así está escrito: *No se ballaba para el hombre un semejante, y Era yo todos los días su delicia, y mis delicias estaban con los hijos de los hombres*- cuentan que, en realidad, luego se dolió de tener que destruirla, con razón, por culpa de la obra misma. Con esta figura retórica es ensalzada la grandeza de misericordia en Dios, quien, incluso actuando como juez, se compadece de aquellos, a quienes condenaría al castigo. *Es benévolo el Señor para con todos, y su misericordia sobre todas sus obras. "Voy a exterminar de sobre la faz de la tierra al hombre que he creado"*. Un tipo de tormento, acorde con la razón del juicio, y leve en proporción a las malas acciones, fue decretado por Dios, quien podría obligar a cada uno de los hombres con gravísimos tormentos, y aunque las numerosas fechorías lo demandaran, no obstante, decretó sepultar a todo el género humano con un diluvio, y así purificar y limpiar el orbe contaminado de las tierras, de forma que de este modo fueran borradas de la faz de la tierra las máculas recibidas por causa de las costumbres corrompidas y la conducta escandalosa de los hombres, e incluso fuera disipado y eliminado el fétido aliento. Pero la metáfora de esta frase fue tomada del alfarero, el cual la vasija que él creó para usos honestos, debido a la alteración de su forma y al defecto contraído, resolvió destruirla derramando copiosamente agua y reducirla de nuevo a barro. Y ya al instigador del pecado y autor de la muerte de los hombres, Lucifer, le podía parecer que no le restaba nada de industria, astucia, esfuerzo y celo, nada de entre todas sus artimañas, que debiera añadirse y aplicarse para perpetuidad de su reino y para decretar la victoria de la sabiduría; como que había tenido tanto éxito en su actuación, que no sólo había sido ya introducida la muerte eterna en los espíritus de los hombres, sino que pronto a todo el género humano, y hasta a las tierras mismas y a los seres vivos que pueblan las tierras, los cuales habían sido creados a causa del hombre, les iba a ser también anunciado y notificado interiormente el juicio y sentencia universal de Dios. Y de este modo, gracias a la integridad de la justicia divina, pudo concebir esperanzas de que su sabiduría o astucia resultaría superior a la sabiduría de Dios, como siempre había creído, y pensó que tal vez sucedería así, si entre tan gran número de argumentos que obraban a su favor y por su causa no hubiera sobrevivido una familia, la única en todo el mundo, a la cual la ley, la verdad y la justicia divina había exceptuado; y como esta familia culti-

vara la piedad, y conservara, en la medida en que esto podía realizarse, más pura e íntegra la naturaleza y reputación del hombre, y salvaguardase pura la índole de su forma, cual la había recibido por naturaleza y por aprendizaje, se hizo acreedora a ser excluida de aquella sentencia universal del juicio, y a ser rescatada de la calamidad general, y a ser incluso salvada con alabanza, elogio y premio a su virtud. La historia completa de esta familia, que habría de ser el nuevo comienzo de la instauración del hombre y, por así decirlo, simiente de la raza humana, el Espíritu divino le ordenó a su profeta [106] comenzarla a narrar desde el testimonio de virtud y piedad. *Pero Noé halló gracia a los ojos del Señor* –por el ejemplo de piedad y virtud verdadera observado en tiempos tan deshonestos e impíos–. *Ésta es la historia de Noé: Noé fue el varón más justo y cabal de su tiempo. Noé andaba con Dios. Sólo él, de entre los antiguos hijos de Dios, era libre y puro de aquella mancha universal de desvergüenza y crímenes, por su perseverancia en un espíritu y vida mejor, y por ello sólo él, junto con aquellos a los que él consideraba caros y a quienes había mantenido en la doctrina de la piedad, tendría la incolumidad con respecto al suplicio universal decretado para el orbe de las tierras. Noé engendró tres hijos: Sem, Cam y Jafet. La tierra estaba corrompida en la presencia de Dios, y estaba llena de iniquidad.* Entendemos con el nombre de tierra a los hombres, hechos un día de tierra y a partir de aquella partícula de sopro divino, la cual dijimos que se llamaba hombre interior, totalmente hundidos en la hez de la tierra y degenerados, cuyos espíritus, atraídos por placeres deshonestos y corrompidos por creencias depravadas, se habían disipado en un libertinaje absoluto para cometer crímenes y fechorías, y habían apartado su vida, sus palabras y costumbres de la verdadera esencia de la humanidad. Y esto no era denunciado o condenado por el sentir o juicio de nadie, salvo de Noé, sólo él, quien, lo que no había podido reprender o corregir en los demás, por causa del consenso universal en aquella depravación, él mismo procuraba censurarlo y precaverlo, absteniéndose y guardándose él y advirtiendo a su familia, no sin menosprecio y burla de los demás, quienes insultaban a aquel varón, el único que disentía del criterio general, como necio e ignorante, o incluso a veces le amenazaban por afirmar o hacer cosas distintas del parecer de ellos mismos. Y, en verdad, la impunidad general de aquellas afrentas no era posible que perdurase todos aquellos años sin el consenso y aplauso general. Así pues, como el juicio humano no sólo no condenara aquel modo de vivir en la tierra, sino que más bien lo considerara magnífico, noble y apetecible, esto es, abandonarse al ingenio, mirar por su pellejo, tener riquezas y placeres en abundancia, incrementar y fortalecer las riquezas a los parientes, y como todas estas cosas hubieran cobrado ya una reputación elogiabile, sólo restaba el juicio íntegro y severo de Dios, por cuya sentencia fueran condenados; y el poeta lo expuso, señalando el hecho: *En presencia de Dios.* Pues en presencia de los hombres se creía que la vida humana jamás sería más brillante y elegante. Definimos iniquidad en este pasaje como injusticia universal, la cual ya no hay leyes que la castiguen, antes bien, el sentir y la costumbre universal la respaldan y promueven, e incluso a veces la ensalzan poniéndole nombres honestos. Pues esto significa aquella palabra, *HHAMAZZ*, cuya fuerza es tal, que, como es completa y enteramente evidente, provoca con total

[Gen 6, 8-9].

[Gen 6, 10-11].

[Gen 6, 11].

◊◊◊

cf. Amos 1.

[Gen 6, 12-13].

certeza la ira divina, y la incita a preparar la venganza cuanto antes; acerca de toda esta teoría disertábamos más extensamente en nuestros *Comentarios a los profetas*¹⁶.

Dios miró a la tierra, y he aquí que estaba viciada, porque toda carne tenía una conducta viciosa sobre la tierra -de tal suerte que no vivía sobre la tierra hombre alguno, el cual con su creencia, juicio, voluntad, inquietudes, acciones y con el uso de las cosas que nacen o se hallan en la tierra, demostrase algún sentimiento de humanidad-. [107] Dijo, pues, Dios a Noé: "He decidido acabar con toda carne, porque la tierra está llena de iniquidad por culpa de ellos. Por eso, he aquí que voy a exterminarlos de la tierra". Dios llamaba y llama carne a los hombres que se abandonan a su porción inferior, esto es, femenina, y descuidan su parte espiritual, y afirma que se han vuelto no sólo corruptos en sí, sino también peores que bestias. Puesto que todas las bestias se abstienen, por lo general, de matarse entre sí los de la misma especie, y ni se dejan arrastrar a tan gran crueldad como los hombres entre sí, ni riñen, a no ser por causas pequeñas, aun cuando hayan sido creadas ajenas a las reglas y sentimientos de la honestidad; en fin, todas las especies de bestias guardan y observan su género de vida, cada una el suyo; y sólo la naturaleza de los hombres, dice Dios, empozoñó y corrompió la tierra con sus costumbres, tanto generales como particulares, y con su modo y manera de vivir, y se tornó aborrecida y odiosa a sus ojos. Así pues, aquel arrepentimiento, esperado durante más de cien años y, no obstante, ni deseado ni emprendido, pese a las voces de la naturaleza acusadora o de Dios advirtiendo interiormente, y pese a la alabanza de Noé y el ejemplo de su vida, trazó Dios un plan de cómo apremiar al mismo no sólo con palabras, sino con hechos puestos ante los ojos, señalando y anunciando el castigo que amenaza a los menospreciadores, y ordenó a Noé el trabajo que había de hacer, con el cual, por un lado, se cumplirían estos objetivos, y por otro, se velaría por la incolumidad de aquél, el único que había conservado la fe y la piedad, y además se fijaría una imagen y se establecería un recuerdo de la salvación universal de las almas, que el Verbo de Dios habría de traer al mundo al final de los tiempos, así como de aquella segunda muerte que habría de ocasionar a la carne humana, en la cual era seguro que jamás habitaría el Espíritu divino.

Liber Noab.

Así pues, Dios quiso que fuera el refugio y baluarte de aquella salvación un arca, la cual, diseñada con medidas y detalles precisos, representaría a escala el cuerpo del hombre muerto. Acerca de la razón, fabricación y utilidad de este arca, tratábamos ya en nuestro *Apparatus* sagrado¹⁷; acerca de su significado arcano redactamos nuestras *Elucidationes in Petri Epistolam*¹⁸. Así pues, todo el tiempo este, en que el arca era fabricada, trajo el testimonio de que el castigo de los crímenes ya amenazaba al mundo, y del aumento del plazo de

16. *Commentaria in duodecim Prophetas*, Amberes, 1571, editio Plantiniana.

17. Sobre el *Apparatus*, léase lo dicho en la nota 8 (p. 116). Se alude aquí con la indicación *Liber Noab* a la parte relativa al Arca de Noé contenida en el brevísimo tratado (18 págs.) titulado *Exemplar, sive De sacris fabricis liber: De Arcae fabrica et forma et de Templi fabrica*, que forma parte de dicho *Apparatus*.

18. En *Elucidationes in omnia Apostolorum scripta, eiusdem S. Iohannis apostoli et evangelistae Apocalypsin significationis*, Amberes, 1588, editio Plantiniana.

tiempo para el arrepentimiento, y puso de manifiesto la fe del hombre ocupado con rigor y diligencia en aquella obra, y que confía en su salvación y desea la de los demás. Y de este modo, observamos que ninguna edad careció de un profeta de la voluntad, doctrina y enseñanza divina, desde aquel tiempo, en que, mientras degeneraban las costumbres de los hombres, se sucedieron ininterumpidamente los profetas y heraldos: Enóš, Quenán, Mahalalel, Yéred, Henoc, Matusalén, Lámek, y Noé, a quien el apóstol Pedro llama *heraldo de la justicia*. *Noé fue ballado enteramente justo, y en el tiempo de la iracundia se hizo reconciliación.*

2 Petr 2, 5.

Eccl 44, 17.

Finalmente se construyó el arca, la cual había sido creada para acoger y salvar a los fieles y piadosos durante la expiación general del mundo y castigo de los crímenes, y cumplido ya el largo tiempo de espera y paciencia de Dios, esto es, ciento veinte años desde el primer anuncio, Dios mismo, firme en las leyes y principios de su justicia, y siempre obstinado en la misericordia prometida para con el género humano, con uno e idéntico designio veló por repoblar el globo terráqueo y propagar la especie con el semillero de píos que quedaban, aunque pocos, a saber, ocho personas tan sólo, [108] introduciendo y encerrando dentro de la cárcel de madera a Noé junto con su esposa, hijos y nueras, y reuniendo de entre los demás seres vivos que la naturaleza quiso que nacieran y vivieran en la tierra un número tal, que fuera suficiente para garantizar la descendencia, y para llevar a cabo un sacrificio de acción de gracias tras la libertad. *Por mi parte, voy a traer el diluvio, las aguas sobre la tierra, para exterminar toda carne que tiene hálito de vida bajo el cielo: todo cuanto existe en la tierra perecerá. Pero contigo estableceré mi alianza.* Con este oráculo puso de manifiesto que era un juez justo, aunque más bien paciente y sereno, para todos los malvados, y que, al administrar justicia, le concierne el cuidado por salvaguardar a los honrados e inocentes, y que persevera en el antiguo propósito y designio asumido de misericordia para con la raza de los hombres; y prometió que esto habría de ser confirmado y cumplido por Noé y la descendencia de Noé, al tiempo que añadió también una orden o mandamiento para ejercitar la obediencia del hombre: *Pero contigo estableceré mi alianza: Entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo.* En efecto, mediante este pacto debía quedar probada la fe y obediencia de aquel hombre, y felizmente culminado el plan de la misericordia y verdad divina. *Has dado una señal a los temerosos para que buyan del alcance del arco, para que sean liberados tus dilectos.* Pero aquella salvación, que era además la imagen de la misteriosa redención futura, quiso Dios que, por favor divino, fuera común a toda la raza de los hombres, esto es, a aquellos que habían existido antes de que el tormento de la expiación fuera anunciado al mundo, y a aquellos que existían en el momento mismo de la expiación, y también a aquellos que serían luego testigos, y asimismo a los descendientes de éstos. Pero hombres que con razón pudieran ser dichos y llamados hombres, siendo Dios quien designa y da los nombres, sólo había aquellos ocho, que habían perseverado en la doctrina de los santos y en la comunidad de los hijos de Dios, esto es, ocho almas educadas e instruidas por Noé. Esta familia fue digna de la Iglesia del género humano, ésta floreció antes del diluvio, en el diluvio, y después del diluvio; y esta sola familia, que

[Gen 6, 17-18].

[Gen 6, 18].

Ps 59, 6-7.

nace y desciende de Set, representaba al género humano. A partir de ella, tal como antaño todas las estirpes de mortales habíanse propagado a partir del primer Hombre, la divina providencia había decretado que también ahora toda la posteridad y la raza de los hombres se dividieran en varias familias. Y de este modo había concebido Dios salvar no a una persona tan sólo, sino a una comunidad virtuosa y consagrada a las mismas devociones; y no a cada persona por separado, sino a todas juntas, probándolas a la vez en la misma prueba de fe y obediencia, y encerrándolas en la misma arca. *Entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo*". *Ved cuán bueno, cuán placentero convivir juntos los hermanos; esto es, contigo. Pues allí envía el Señor la bendición, la vida eterna*. Pero a los demás mortales que habitaban el orbe entero los marcó Dios, a todos, con el mismo nombre de tierra o carne, puesto que todos sus sentimientos y afectos habían degenerado únicamente al vicio de la carne, esto es, del hombre exterior y de la porción femenina, la más contaminada. *Dios miró a la tierra, y he aquí que estaba viciada, porque toda carne tenía una conducta viciosa, y dijo: "Por mi parte, voy a traer el diluvio, las aguas sobre la tierra, [109] para exterminar toda carne"*. Pablo observa muy bien qué naturaleza, que clase de vida, y qué clase de aficiones son denunciadas con el nombre de carne: *Las obras de la carne -dice- son conocidas: fornicación, impureza, lascivia, lujuria, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias, homicidios, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, longanimidad, mansuedumbre, fe, moderación, templanza, castidad*. Estas últimas hasta tal punto luchan con las primeras, que no podrían unirse, o mezclarse y conservarse; cosa que antes contabamos que Dios proclamó: *No permanecerá mi espíritu en el hombre, porque es carne*. Pero la fe de Noé, varón justo e íntegro, es probada y examinada de muchas maneras: tanto porque dio crédito a la sentencia cierta y decretada de sepulturar el orbe bajo las aguas, y deseó la salvación a él prometida, y obediente, ejecutó las órdenes, subiendo al arca el mismo día en que se le ordenó embarcar, con su casa y su familia, pese a que ni el color del cielo, ni la temperatura del aire o el momento del día amenazaban o portaban indicio alguno de lluvia inminente; como también porque, aunque preveía que aquello, dada la debilidad del sentimiento humano, sería una cárcel estrecha, angosta, e incluso siniestra para él y los suyos, y se le venía a la mente la imagen de la muerte y meditaba sobre ella, no obstante, concebía llevar a cabo esto mismo, y consideraba que era más llevadero y preferible, a ser destruidos y aniquilados para siempre en las aguas del diluvio, especialmente porque la propia fe le había enseñado a esperar que aquel sufrimiento sería breve, comparado con el tiempo, duración y dicha de la vida y libertad venidera, o bien por el solo argumento, de que se le ordenaba hacer tan gran acopio de comida, alimentos y forraje para él y, al mismo tiempo, para todas las especies y multitud de animales pactados, cuanto fuera capaz el espacio que sobraba, vacío de animales, en aquel arca diseñada con medidas y espacios precisos, y cuanto la propia naturaleza variada de los alimentos pudiera perdurar en buen estado en medio de las aguas y sin

[Gen 6, 18].

Ps 132, 1.

Ps 132, 3.

[Gen 6, 12].

[Gen 6, 17].

Gal 5, 19-23.

[Gen 6, 3].

estar al aire libre, lo cual parecía ser el tiempo de un año o, a lo sumo, un año y medio. Pero, lo que, en verdad, se considera como alabanza conspicua de la fe es lo siguiente: que, al escuchar que aquella alianza, zanjada antaño por primera vez con Adán, del arcano propósito acerca de la salvación y restauración del género humano iba a ser renovada con él, lo había creído. Por lo cual, aprestadas y procuradas todas aquellas cosas, cualesquiera que le habían sido ordenadas cumplir, sin el menor atisbo de vacilación, dejó y abandonó todo a las palabras de Dios, quien le llamaba y daba órdenes. *"Entra en el arca tú y toda tu casa, porque tú eres el único justo que he visto en esta generación"*. Y Noé ejecutó todo lo que le había mandado el Señor. Y de este modo demostró una fe constante y duradera, y una piedad experimentada largo tiempo, y un serio propósito de virtud, no porque durante uno o dos días, meses y años había dado pruebas de lo que él era, y había emprendido un camino de vida distinto de los demás mortales, sino porque durante seiscientos años completos había perseverado siempre, sin corromperse, en la religión, en la honradez, y en la integridad de costumbres, frente al parecer y el ejemplo general de los otros, y porque el juicio de Dios, [110] que veía despreciado por todo el mundo, lo había temido y observado él mismo, y había predicado a los suyos -esposas, hijos y nueras- para que lo observaran, y, entretanto, soportaba las burlas de todos los otros, a quienes él mismo se esforzaba en instruir en la doctrina de la piedad, en absoluto nada temerosos y que abusaban de la paciencia de Dios, la cual era conveniente para la esperanza del arrepentimiento, puesto que consideraban aquella forma de vida, que llevaban abiertamente, como grata a los celestiales, o no odiosa, o -según parecían demostrar tras intervalos de épocas y siglos- completamente indiferente. Todas estas cosas se significan con la siguiente anotación de edad: *Era de seiscientos años cuando las aguas del diluvio inundaron la tierra*. En todos estos años se había consagrado al cultivo de la verdadera virtud, y había discurrido y meditado acerca de la piedad, de la vida íntegra y honrada, y de la providencia y justicia de Dios, no sólo con la doctrina y las palabras, sino también con costumbres justas, íntegras, religiosas, temerosas, que soportan pacientemente las injusticias, y siempre constantes, tanto en casa como fuera. A este hombre, pues, aquella fe firme y viva le restituyó una esperanza cierta de salvación, pero a todos los demás el menosprecio y confianza acrecentaron su audacia e insolencia, y éstas, finalmente, aceleraron el escarmiento del juicio de Dios. *Noé entró en el arca, y con él sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos, para salvarse de las aguas del diluvio*. Aquél creía que éstas serían ciertas, y que él sólo se salvaría en aquel leño, en ningún otro sitio estaría jamás a resguardo o permanecería sano y salvo, cosa que incluso proclamó y afirmó a aquellos que le preguntaban la razón, tanto antes de que el arca fuera fabricada, como incluso en el momento de embarcar. Y, en verdad, esto se indica en la exposición misma de la causa: *Para salvarse de las aguas del diluvio*. Y no sólo hasta entonces se observó la misericordia y paciencia divina, y la fe y perseverancia de Noé, y la obstinación general e importuna de los otros hombres, sino que incluso desde ese día, durante siete días seguidos, hasta el momento mismo de descargar la inundación, días en los que él ya habitó el arca junto con su familia, y triste y afligido se compadecía del final de los otros,

[Gen 7, 1].

[Gen 7, 5].

[Gen 7, 6].

[Gen 7, 7].

[Gen 7, 7].

éstos hostigaban y desaprobaban con carcajadas, burlas, gritos y silbidos la sabiduría, prudencia y fe del anciano, reprochándole una y otra vez su simpleza. *Pasados siete días, las aguas del diluvio -temidas y evitadas por aquél, tomadas a risa y despreciadas por éstos- inundaron la tierra. Siete días éstos, desde aquel en que por primera vez Noé empezó a embarcar, junto con los suyos, comida y forraje, hasta aquel en que, encerradas en el arca las especies de todos los animales, él mismo, dispuesto por fin a no hacer en lo sucesivo nada fuera, emigró con toda su familia. En aquel mismo día entró Noé en el arca, como también los hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, y la mujer de Noé, y las tres mujeres de sus hijos; y con ellos los animales de cada especie. Y tras Noé cerró el Señor la puerta.* Pues, aunque algún otro se esforzara por mirar por su salvación de alguna otra manera, o dentro de su casa, por muy sólida que ésta fuera, o dentro de un barco aparejado o procurado por el azar, o por cualquier otro remedio o auxilio imaginado o inventado, en vano, no obstante, sería buscada o intentada cualquier otra forma de huida, sometida como está toda la naturaleza de las cosas superiores e inferiores a la voluntad y poder de Dios. En efecto, en una sola arca, inventada y anunciada por Dios, [111] y cerrada y trabada por fuera por el propio Dios, fue menester que se salvaran todos aquellos, a quienes empujaba un pensamiento y preocupación verdadera por su salvación. Pues, como el juicio del diluvio era administrado sólo por la autoridad de Dios, así también la excepción de los que habían de ser salvados debió ser fijada por la justicia, providencia, misericordia y poder de Dios. Y de este modo, toda la razón arcana de la vida y la muerte, la cual se aludía con aquella metáfora, habría que remitirla a Dios, como responsable único. En efecto, toda aquella causa, razón y juicio del mundo original con todos sus apartados y ejemplos fue expresada como misterio y señal de la salvación universal de los hombres que habría de llevarse a cabo un día por el Verbo y poder de Dios, como puso de manifiesto San Pedro.

2 Petr 2, 5.

Salvada y a resguardo la familia de Noé, a quien Dios había celebrado como el único justo que halló en todo el globo terráqueo, tras descargar del cielo las nubes cuarenta días ininterrumpidos e irrumpir aluviones desde el mar y el abismo, la tierra entera quedó hasta tal punto inundada y sumergida, que el agua incluso cubrió los montes más altos de toda la tierra, que quedaron sumergidos a bastante profundidad, y tal hecho sirvió de prueba irrefutable, de que no hay ningún poder en todo el globo terráqueo, ninguna fuerza, ninguna arrogancia, por muy soberbia que sea, que al punto no aplaste, aniquile y destruya la fuerza de la ira y la justicia divina; y de que ninguna maña, ardid, astucia o talento es suficiente para escapar al juicio divino, y no hay ninguna oportunidad u ocasión de vida, salvación y libertad, a no ser la que proporciona y procura Dios mismo. Fue, pues, muy semejante a la verdad, que, al crecer y subir la inundación, cada cual buscó un remedio distinto, bien para esconderse, bien para nadar, bien para flotar; muchos remedios de este tipo, en mar y en tierra, en lagos, ríos y pantanos fueron descubiertos antaño, y ahora la necesidad obliga y enseña a descubrirlos. Pero con aquella tempestad, salvo únicamente el arca, aparejada conforme al designio, plan, precepto y ciencia de Dios, nada más subsistió, que fuera capaz de resistir la violencia de las lluvias, o de dominar el ímpetu de la inundación, o de sobrevivir y

flotar en las olas y mareas; ni dentro de las aguas mismas, en cualquier lugar que estuvieran encerradas, fue posible hallar aire para las oportunas respiraciones de los seres vivos, al invadir e inundar con violencia el ímpetu de las aguas cualquier resquicio, o mejor, los cuerpos mismos de las tablas y muebles; como que habíanse escapado tanto de los depósitos del cielo, como de los ocultos y angostos canales de la tierra, ya reventados. *Diluvio durante cuarenta días sobre la tierra, crecieron las aguas y levantaron el arca, que se alzó de encima de la tierra. Subió el nivel de las aguas e inundaron todo sobre la superficie de la tierra, y el arca flotaba sobre las aguas. Subió el nivel de las aguas mucho, muchísimo sobre la tierra, y quedaron cubiertos los montes más altos que hay debajo del cielo. Quince codos subieron las aguas por encima de los montes, cubriéndolos.* Todos los montes -se dice- quedaron sumergidos y cubiertos, incluso los más altos de todos, los cuales se elevaban quince o una quincena de codos, y de este modo toda la tierra quedó oculta y anegada por las aguas de aquel diluvio, las cuales, primero, crecieron hora tras hora hasta el día cuadragésimo, pero luego se estancaron durante bastante tiempo, y todo ser vivo quedó oculto, sin hálito de vida, y en todo el orbe sólo quedó la superficie de las aguas, [112] la cual representaba la figura de la muerte y la extinción, y tal perduró durante ciento cincuenta días, esto es, treinta lustros, sin decrecer o menguar, plazo que trajo el tiempo suficiente para descomponer y hacer desaparecer todos los cuerpos de los seres vivos, de suerte que, sumados otros tantos días para el decrecimiento de las aguas, no aparecía ya atisbo o vestigio alguno de la época y vida anterior, y entretanto se describía el *MISTERIO* de otro diluvio, del cual éste era reflejo, que habría que referir a la condena y extinción universal del mundo, y a la subsiguiente salvación y restauración del globo terráqueo, de cuya metáfora hacíamos mención hace poco. Vemos que todas estas cosas fueron hechas repitiendo el tres por cinco, lo cual indica que, salvo otras arcanas razones, el nombre de Dios, *ELOHIM*, hay que atribuirlo a tres personas, de cuya indivisa providencia y poder depende, como es sabido, la vida, la muerte, y todo lo que se hace en el mundo entero. Ninguna estatura humana o bestial, por muy alta que fuera, incluso aunque por algún modo, ingenio o hallazgo, hubiera logrado escapar a los más altos montes, podría alcanzar o rebasar la medida de quince codos. Ni tenían los seres vivos por naturaleza el cuerpo tan duro, tan sólidamente compacto o tan seco, que el humor del agua y el calor del hálito primitivo en el espacio de ciento cincuenta días no lo ablandara y deshiciera, y una vez disuelto, lo esparciera en las aguas. *Pereció toda carne que se movía sobre la tierra: las aves, los animales, las bestias, y todos los reptiles que reptan sobre la tierra. La humanidad toda, y todo cuanto tenía hálito de vida en la tierra, murió. Y exterminó todo ser que había sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta las reses, tanto los reptiles como las aves del cielo: todos fueron exterminados de la tierra, quedando sólo Noé y los que estaban EN EL ARCA.* El material, fabrica y navegabilidad del arca, dado que había sido construida conforme al designio y voluntad de Dios, quedó individual y singularmente confirmado que eran poderosas y eficaces, aunque la sabiduría humana, mientras veía aparejar y construir el arca, la hubiera menospreciado, y hubiera opinado que era innecesaria e inútil, o bien juzgara que, de temer que habría una verdadera catás-

[Gen 7, 17-20]

[Gen 7, 21-23].

Sap 10, 4.

trofe de inundación, ella misma se procuraría un socorro más eficaz, poderoso y seguro. Y todo este asunto el autor de *El libro de la Sabiduría* lo manifestaba en breves palabras: ¹⁷⁷*Cuando por esto el agua destruía la tierra, de nuevo la salvó la Sabiduría, guiando al justo en deleznable leño.* Y de este modo, aquel mundo que en la lengua sagrada se dice original, esto es, todos los hombres que, o bien habían conservado la estirpe de Caín en su sangre, o bien la reproducían en sus enseñanzas, inquietudes y costumbres, y los cuales habían invadido el orbe entero con su populosa prole, como copartícipes en el consenso de injusticias y crímenes, y obstinados hasta el extremo en la depravación general, a todos conjuntamente los exterminó Dios con el juicio y castigo del diluvio. No obstante, Él mismo, acordándose de su propósito, y firme en su designio de misericordia, salvando a aquellos pocos fieles que habían sobrevivido a la catástrofe universal de los impíos, quiso restaurar de nuevo la multitud de la raza humana, y proseguir el plan de su promesa.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO I.

DE LA RENOVACIÓN DE LOS HOMBRES Y DEL CUIDADO POR LA SALVACIÓN UNIVERSAL

[113] Un desenlace diferente y opuesto se vio hasta este momento para la impiedad, las maldades y los ultrajes por un lado, y para la piedad, la inocencia y la simplicidad por otro; aquéllos cubiertos y arrasados por las aguas, ésta, en cambio, cerrada y sin mostrar todavía nada, sino poniendo delante la imagen de la muerte dentro del arca, aunque no se había hundido lo más mínimo, sino que flotaba y se mantenía sobre las aguas; lo cual daba esperanza sobre la vida que se ocultaba allí dentro, ya que el arca aparecía intacta en su totalidad y sobresalía mostrándose invicta y sin daño, tanto de la humedad y del peso de las aguas que entraban como de la fuerza y el azote de las que caían y se precipitaban encima; y ponía a prueba todo su trabajo, demostrando que se debía a una idea y a una labor en nada humanas, sino completamente divinas; e indicaba lo que quería darle a entender a la posteridad, que se llegaría al final por obra y mediación de Dios únicamente. Y de hecho, desde el inicio del diluvio hasta que le dio a Noé la oportunidad de tierra firme y de un descanso, y tuvo éste ocasión de desembarcar, transcurrieron catorce meses, al cabo de los cuales las aguas que se secaron no dejaron en la tierra ningún vestigio visible de la impiedad pasada; y sólo sobrevivieron los animales que Dios había embarcado en el arca junto con Noé para salvarlos, con una demostración admirable de su providencia, como fue el que tantos tipos desiguales de animales diferentes, y hostiles unos con otros en una situación distinta, pudieran aguantar durante tanto tiempo con tan gran concordia y quietud, y sin que se echara en falta ni uno solo de los menos numerosos o de los de naturaleza más débil y quebradiza por contaminación de la atmósfera o por contagio ni por ninguna otra razón. Y la mayor responsabilidad de su conservación se debe atribuir y asignar a la voluntad de Dios, así como la oportunidad del lugar mismo, dispuesto, acondicionado y preparado con ingenio e inteligencia por mandato e indicación de Dios; a saber, con troncos de setim embadurnados y recubiertos con gran cantidad de betún llamado *CHOPHER*, unidos de un modo seguro y con maestría; todo lo cual era debido a la intervención de Dios, quien se tomó el cuidado incluso de cerrarles

[Gen 8, 14-19].

las puertas a las almas que estaban dentro del arca, y de precintadas; y una vez que se habían salvado, abierta ya la puerta del arca, de llamarlas y hacerlas salir; hasta el punto de que por voluntad, decisión y mandato suyo tuvieron que soportar aquella imagen y sombra de la muerte, meterse en una cárcel, e incluso volver de nuevo a un aire y uso más libre de la vida. Y todo este plan percibido con el espíritu y con la mente, y repetido con el pensamiento, ha sido conveniente retenerlo, puesto que está cuajado de argumentos y de testimonios arcanos. Así pues, *el día veintisiete del segundo mes estaba ya seca la tierra. Habló Dios a Noé y le dijo: "Sal del arca tú y tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo. [114] Saca también contigo a todo viviente y a toda carne: aves, bestias y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra; llenad la tierra, procread y multiplicaos sobre ella". Salió, pues, Noé con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos, y salieron también todas las fieras, ganados, aves y reptiles que se arrastran sobre la tierra, según sus especies.*

Gen 6, 13-12.

Con una prueba irrefutable debía ser probada la naturaleza de cada especie, puesto que las que habían aparecido en un principio creadas por la palabra de Dios, y después por la autoridad de esta misma palabra habían sido reunidas en el arca para conservarlas, finalmente fueron llamadas de nuevo y dejadas en libertad para adornar y proveer el orbe terrestre con su número y con el de la descendencia que les nacería. Pues el que todas las demás especies, a excepción de éstas, hubieran sido antes cubiertas y destruidas por las aguas, se había debido al crimen y al pecado de los hombres, a quienes, hallados culpables de sus injurias y del abuso de todo, la sentencia divina decidió perderlos junto con el objeto del delito: *El fin de toda carne ha llegado a mi presencia, pues está llena la tierra de violencia a causa de los hombres, y voy a exterminarlos de la tierra. Pues toda carne había corrompido su camino sobre la tierra.* Así pues, todos los animales que regresaron del arca a la tierra, de las mismas especies y en idéntico número, testimoniaron como pudieron, es decir, con su propia presencia, a Dios como el responsable, el protector y el creador de sus vidas, así como con su disposición a propagar en un futuro sus respectivas especies, y a respetar al hombre con miedo y temor, además del respeto que ellos le pudieran mostrar, pues gracias a su intervención y trabajo habían sido encerrados, alimentados, cuidados y sacados adelante. Y debido al cuidado prestado y bien desempeñado hacia los animales, Dios le concedió al hombre incluso que se beneficiara y se aprovechara de los más puros para su propia alimentación, aunque con ciertas condiciones, para evitar tanto la crueldad y el desenfreno como la insolencia y la barbarie. Y la primera preocupación de Noé, una vez en tierra, fue el dar gracias a Dios, su salvador y redentor, en su nombre y en el de los suyos, con víctimas inmoladas y sacrificadas; con estas víctimas, digo, que entre las especies de los animales más puros habían sobrepasado el número de seis; es decir, todos los que hacían siete de estas especies que habiéndolas declarado puras había ordenado Dios que fueran guardadas en septenas.

[Gen 8, 20].

Alzó Noé un altar al Señor, y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció sobre el altar un holocausto. Entre los sacrificios recibe el nombre de holocausto la víctima que, sacrificada de acuerdo con cierto rito, se quema completamente, sin reservar ninguna parte ni para los sacerdotes ni para éstos a los que se les

sacrifica. Y su significado es que quienes lo ofrecen se deben completamente a Dios, ya sea condenados por sus pecados, o ya sea entregándose por los beneficios y el regalo de la vida y la salvación. Y esto es lo que hizo Noé, obrando con pureza y santidad en favor suyo, de sus hijos y sus descendientes, del mundo restablecido, y además en favor de todos los animales salvados para beneficio de los hombres. Y con este espíritu y cumplimiento del deber tuvo a Dios propicio hasta el punto de que sacrificó con buenos presagios no sólo para él y para los suyos, sino para la conservación de todo el género humano hasta el final del mundo, y para el gobierno en favor de los hombres de las leyes del propio universo, de la conveniencia de los tiempos, y de la comodidad de las horas y de las estaciones. *Y aspiró el Señor el suave olor, y se dijo en su corazón:* [115] *“No volveré ya más a maldecir a la tierra por el hombre, pues los deseos del corazón humano, desde la adolescencia, tienden al mal; no volveré ya a exterminar todo viviente, como acabo de hacer. Mientras dure la tierra habrá sembrera y cosecha, frío y calor, verano e invierno, día y noche.”* Con esta respuesta daba a entender Dios que había iniciado otro plan para enmendar la naturaleza de los hombres, que debía mantener otra medida surgida de la misericordia; ya que para este tipo de castigos y penas no habría nunca un fin cuando se pudiera proceder de acuerdo con los méritos de los hombres, quienes, como se desviaron desde los comienzos mismos de su naturaleza hacia el mal, mientras sean hombres y tengan a Adán como padre, se mostrarán merecedores de continuos diluvios y de castigos de esta índole a causa de los pecados y de las maldades concebidas o recibidas, y de las desarrolladas poco a poco, y de las acrecentadas día a día. Y daba a entender también que había previsto otra forma de diluvio, que en su momento manifestaría, el cual, mientras expía el delito, no provoque la muerte, sino que les dé la vida a los hombres; y que no cubra y destruya la tierra, sino que la enriquezca más bien. El feliz desenlace de este desbordamiento era confiado al profeta sagrado para que lo revelara en otro momento: *Las aguas inundarán, y vuestro pacto con la muerte será roto, y vuestra convención con el infierno no subsistirá.* Y de este modo asumió Dios el compromiso de que no castigaría en lo sucesivo la vida humana con un azote público y universal como éste, sino que la corregiría, la asentaría y la engrandecería por otra vía; de manera que al igual que esta tierra que vemos con los ojos, y que recibe y protege la vida de los animales, junto con los demás seres que en ella nacen, cuida de sus pactos con la climatología y de sus leyes fijadas desde el comienzo, y así produce crías y frutos, y madura los propios, y facilita semilla al sembrador, y pan al hambriento, así también la naturaleza misma de los hombres, la cual, en la medida que contiene tierra en su composición, habiéndose mostrado desde el primer momento ingrata y estéril, por un cierto y misterioso don de Dios recibe el anuncio de que va a ser transformada en una gran fertilidad y prosperidad, y además orientada hacia su primer aspecto, que era bastante mejor. Promesa ésta, que habiéndola contemplado el profeta en determinado momento, habiéndole dado vueltas en su mente, y concibiéndola con fe y esperanza, la celebraba felicitándose por él y por todo el mundo. *El Señor mismo otorgará el bien, y nuestra tierra dará sus frutos.* Lo cierto es que esta promesa suya y este beneficio que Él debía cumplir, aunque

[Gen 8, 21-22].

Is 28, 17-18.

Ps 84, 13.

Hebr 6, 7-8.

hayan sido públicos y comunes, de acuerdo con la voluntad y la bondad del que los otorgaba, igual que los ciclos de las estaciones, las disposiciones de los cielos y del aire, establecidos y concedidos para servicio de la tierra; sin embargo, serán seguros para quienes se los hayan ganado con su persona y con su servicio, para quienes se hayan dispuesto a recibirlos, y para quienes no hayan antepuesto la esterilidad propia a los dones, a los consejos y a los cuidados de la gracia divina. Pues la tierra que no expulsa su salobridad y su amargor, o cualquier otro defecto inherente, y no se presta a lavarse con las aguas de lluvia, esa permanece incapaz de producir cosechas y frutos; y dado que cuanto más se riega, más estéril permanece, se hace más merecedora de la maldición y del desprecio. *Porque la tierra, que a menudo absorbe la lluvia caída sobre ella y produce plantas útiles para el que la cultiva, recibirá las bendiciones de Dios; pero la que produce espinas y abrojos es reprobada y está próxima a ser maldita, y su fin será el fuego.*

CAPÍTULO II.

DE LAS INSTITUCIONES DIVINAS TRAS EL DILUVIO Y DE LA RENOVACIÓN DE LA MAYOR DE LAS PROMESAS

1 Cor 13, 11.

1 Cor 3, 1-2.

[116] El carácter de la naturaleza humana, el cual enseñábamos antes que se había mostrado idóneo para conocer y llevar a cabo las mayores y más excelentes empresas, después que contrajo la insolencia de su parte femenina, señalábamos que había llegado a tal punto de cobardía y de indolencia que para alcanzar y disfrutar de lo más grande y espiritual exige que se le conduzca por lo menor, lo externo y lo apartado del sentido; y que se le deba educar desde un primer momento a base de imágenes antes que con la verdad de las cosas mismas, mientras tanto supera aquella puerilidad o, más bien, inseguridad femenina. Con el cual se ha cuidado y se ha dispuesto, gracias a la clemencia y providencia de Dios, que se actúe de este modo, y así está escrito: *Cuando era un niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño.* Y a esto mismo se refiere aquello otro del mismo doctor: *Yo, por mi parte, hermanos, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a puramente humanos, como a niños en Cristo. Os di a beber leche; no os di comida sólida, porque todavía no estabais capacitados, como tampoco ahora, ya que aún sois puramente humanos.* Y ésta es, por tanto, la razón por la que en la instrucción de hombres de tal condición Dios ha procurado ofrecer lo que pueda ser entendido y memorizado en la medida de su mundo, cuales son las imágenes sacadas de las naturalezas externas y corpóreas, y ciertos preceptos que pueden uno a uno ser oídos, conocidos, comprendidos e incluso ser cumplidos. Y de aquí se tomó todo el repertorio de comparaciones, parábolas, ejemplos y metáforas que le ofrezca a los sentidos la posibilidad de conocer una primera imagen de las cosas a partir de la definición y el uso de su naturaleza; y a partir de ahí le sugiera al hombre interior, es decir, a la mejor parte del hombre, lo que sea oportuno de acuerdo con el momento. Lo

cual, repetirlo una y otra vez y memorizarlo ha resultado de gran utilidad durante toda la duración de esta vida animal o, dicho de otro modo, durante toda esta infancia del hombre, hasta que llegue por don divino la perfección, la cual dice el apóstol que hará desaparecer lo parcial.

cf. 1 Cor 13, 10.

Así pues Dios, para promover su propósito de salvación del hombre, insiste en revelarle y prometerle bondadosamente también a la familia de Noé, la cual era el punto de partida para renovar el orbe terrestre, lo que había revelado con promesas a Adán; aunque ahora lo hace con la imposición de una norma que junto con la fe en lo prometido recomendara y ordenara prestar obediencia e interés. Y esta norma fue efectivamente diferenciada y desarrollada con unos preceptos determinados. Pues para ayudar a la memoria de este hombre que estamos describiendo, y para alumbrar su razonamiento, se dice que la naturaleza cuenta con la importante ayuda de los números; y por ello se cree que sólo el hombre los usa. Y efectivamente, ni los espíritus celestiales, que sobrepasan el orden humano, necesitan la habilidad de contar o de hacer cálculos, ni tampoco los animales, que viven por debajo del sentido humano, participan de los números o de la comparación. En cambio, toda la enseñanza transmitida en el sermón de Dios a los hijos de Noé, [117] así como a todos los pueblos, se resumía en siete preceptos o siete puntos. El primero de los cuales era no concebir en el espíritu ni en el pensamiento, ni rendirle culto a ninguna divinidad más que a Dios creador del cielo y de la tierra; dado que éste era el único que le había causado la destrucción al orbe original por sus pecados, y les había proporcionado la salvación a los que habían sobrevivido, y el que ahora con su presencia y su protección les hablaba, les hacía promesa de verdadera felicidad, y les imponía leyes. El segundo, suplicarle sólo a Él, y darle las gracias por los bienes y por todos los beneficios recibidos. Y estos dos preceptos atendían a la reverencia y al culto de los hombres hacia Dios. El tercero era la custodia y observancia de la inocencia, y la abstinencia de cometer ultraje contra algún hombre; es decir, del homicidio, de la lesión o de la agresión. El cuarto, prohibición de todo incesto, que en el lenguaje de los antiguos se denomina revelación de las vergüenzas. El quinto, huir tanto del robo como de la usurpación de lo ajeno por la fuerza o el engaño. El sexto, la institución de juicios y de jueces para conocer y castigar los delitos de ultraje y de sangre, así como para la consolidación, tutela y seguridad de la vida civil. Y estos seis preceptos se ocupaban de mantener la piedad hacia Dios, y la unión y la relación entre los hombres dentro de la obediencia, de la honestidad y del decoro; y ante todo fueron acordes con la naturaleza misma de los hombres; es decir, con esta razón de la que el ingenio humano había resultado dueño, y recogían esto que anteriormente se le había comunicado y se le había advertido a Adán, cuya violación y profanación había sido castigada y expiada con las aguas del diluvio. Y por último, la prohibición de comer carne de animales vivos, hecha a Noé más tarde, se cuenta como el séptimo mandamiento; el cual debía enseñar la moderación particular de cada uno y prohibir toda clase de crueldad, de fiereza y de violencia, incluso contra los animales privados de palabra, como algo ajeno al comportamiento humano. Y de este modo fue recogida en estos siete capítulos toda la instrucción y doctrina revelada entonces al conjunto de todos los pueblos y naciones por obra y oráculo de la divinidad; doctrina ésta que conocemos re-

I.

II.

III.

IV.

V.

VI.

VII.

petida como ley de la naturaleza, ya que consta de las mismas partes que la propia inteligencia nacida en los espíritus, y la razón surgida de la inteligencia parece no sólo aprobarla, sino también dictarla; salvo aquello de la abstinencia de comer parte arrancada de un animal vivo, lo cual, aunque tiene su justificación, para ser acorde con la naturaleza no podía mostrarse diferenciado por propia iniciativa; especialmente creyendo los hombres que todo lo demás les estaba permitido, y que de un modo u otro concernía a su uso, con tal que no se le hiciera daño a ningún otro hombre. Y esta opinión había calado, como se muestra, antes del diluvio en aquellos que fueron condenados y exterminados con sus propios animales debido al abuso que hacían de las cosas y de los animales, hasta el punto que toda carne había corrompido su camino. Y así pues, el resumen de los capítulos de aquella ley quedó del siguiente modo:

- I. NO TENDRÁS NI HONRARÁS MÁS DIOS QUE AL ÚNICO CREADOR DEL MUNDO.
- II. LE SUPLICARÁS SÓLO A ÉL COMO SEÑOR Y SALVACIÓN.
- III. NO DERRAMARÁS SANGRE. [118]
- IV. NO DESTAPARÁS TUS VERGÜENZAS.
- V. TE ABSTENDRÁS DE ROBAR.
- VI. JUZGARÁS CON RECITTUD.
- VII. NO COMERÁS CARNE ENSANGRENTADA.

Toda manifestación de vida piadosa, honesta y social, que de acuerdo con la naturaleza fue grabada en los espíritus y las mentes de los hombres antes de corromperse por una opinión errónea, así como toda la instrucción doméstica y familiar está dispuesta magistralmente en estos siete puntos. Pues lo que atiende específicamente a la piedad, al amor, al respeto y al culto a Dios, se enseña de modo resumido y muy significativo en los dos primeros. En uno, el conocimiento y la fe en un único Dios; en el otro, la doctrina de su providencia, y de conciliarse y granjearse su favor, la cual contiene una explicación oportuna de los sacrificios y de los ritos, así como también el conocimiento de la debilidad humana, con la petición y la esperanza de la ayuda divina. En los tres siguientes se prohíben y se impiden todas las fechorías y maldades que suelen surgir de los tres pecados de la mente humana, la ira, el deseo y la avaricia. En el sexto se enseña lo más importante del ejercicio del derecho entre los hombres, de la conservación de la justicia o equidad, y de la fundación del estado. Y en el séptimo, por último, se recomiendan y se enseñan las costumbres de un espíritu humano y apacible, y además misericorde con las especies inferiores a él; y se apacigua el deseo y anhelo de placer desmesurado, advirtiendo de los abusos, y se alienta la preocupación por conocer la naturaleza de todas las cosas, por tratarlas y por hacer uso de ellas de acuerdo con las características peculiares de cada una; y todo ello con una información nada escasa de los misterios ocultos en las cosas mismas que deben ser así conocidas. Razón por la que a este último, dado que también se refiere a la definición y religiosidad de los ritos y ceremonias, le fue unida y desarrollada una explicación que enseñara que el alma, incluso la de los seres irracionales, la cual está muy por encima de su cuerpo, no debía ser entregada al uso de los hombres, ya que tiene una cierta afinidad con el espíritu, y que debe ser entregada sólo a Dios, su creador, en caso que el animal sea sacrifi-

cado o le toque morir de cualquier otro modo. Y si en el espíritu de los seres irracionales, el cual está en la sangre y perece derramado con ésta, era motivo de escrúpulo religioso permitirle algo a cualquiera, con más razón es digna de la máxima observancia, respeto, custodia y tutela esta alma en la que vive el hombre; ya que su creador, en virtud de una extraordinaria prerrogativa, la ha querido sagrada; es decir, inmortal, y creada a imagen y semejanza de la naturaleza espiritual y divina; hasta el extremo que no haya otra entre todas las cosas creadas que pueda acoger a Dios para vivir en ella, salvo ésta sólo. Y todo eso que hemos recogido aquí, y que llevado más lejos exigiría un gran espacio y tiempo disponibles para desarrollarlo, el Espíritu Santo lo dictó resumido y encerrado en estos versos que añadimos a continuación.

Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, diciéndoles: "Procread y multiplicaos y llenad la tierra; que os teman y de vosotros se espanten todas las fieras de la tierra, y todos los ganados, y todas las aves del cielo; todo cuanto sobre la tierra se arrastra y todos los peces del mar, los pongo en vuestro poder. Cuanto vive y se mueve os servirá de comida; [119] y asimismo os entrego toda verdura. Solamente os abstendréis de comer carne con su alma, es decir, su sangre. Y ciertamente os demandaré vuestra sangre, que es vuestra vida: de mano de cualquier viviente la reclamaré, como la demandaré de mano del hombre, extraño o deudo, pidiendo cuentas de la vida humana. El que derramare la sangre humana, por mano de hombre será derramada la suya; porque el hombre ha sido hecho a imagen de Dios. Vosotros, pues, procread y multiplicaos y henchid la tierra y dominadla". Y al final de este oráculo, Dios declaró sobradamente su voluntad de renovar y de cuidar el orbe terrestre; y a toda región, a todo lugar, y a toda nación le prometió que le ofrecería voluntariamente su protección, puesto que su determinación ha sido siempre proporcionarle bondadosamente a los hombres esto que había creado para ellos. Y así, los capítulos principales y más importantes de todo lo honesto y de todo lo justo, combinado con la piedad, declarados no por los pensamientos de los hombres, sino por el oráculo de Dios, revelados e impuestos a todas las naciones de la tierra, fueron resumidos en estos pocos versículos, a los cuales no quiso Dios, su responsable, que resultara inmune ningún hombre. Lo cual Moisés recogió de un modo demasiado escueto al escribir que fue revelado a Noé y a sus hijos. Y todo lo demás que concierne a las relaciones de familia, al favor de los beneficios, a la modestia, al pudor, y a los deberes del trato civil y urbano, todo ello se deriva de aquí, manando espontáneamente de estas especies de fuentes, como el respeto y el honor debidos a los padres y a los mayores se derivan del impulso de la propia naturaleza, de la disciplina familiar, y también de la autoridad de los jueces, sobre la cual están fundamentados los rangos de los ministros y de las administraciones. Y se derivan asimismo del precepto en que se prohíbe toda clase de incesto, en el que se incluyó la cautela de no tocar libidinosamente ni siquiera las vestimentas de los allegados y allegadas; la cual, despreciada y quebrantada a modo de risas y de bromas, se hizo merecedora de un castigo gravísimo, como más adelante enseñaremos. Así pues, fue condición y ley de aquella bendición (pues hemos considerado apropiado servirnos de este término, cuando haya necesidad, como de algo sagrado y arcano), la cual declaraba la voluntad de Dios reconciliada con los hombres, y la posibilidad generosamente concedida de llenar y poseer el orbe

[Gen 9, 1-7].

II. I.

V.

VII.

III.

VI.

[Gen 9, 8-11].

Gen 9, 9.

[Gen 9, 11].

terrestre, que debería siempre ser observada y cumplida en las costumbres, hasta que llegara aquella gran Bendición de salvación universal de los espíritus que sería prestada por Dios mismo, la cual se grabaría en el corazón humano con una ley mayor y más pura, y ésta, ya entonces, no sólo sería observada, sino sobradamente cumplida, y reemplazaría a aquella primera infancia de los hombres por una sólida virtud y madurez. Y esta bendición, puesto que Dios había decidido que no fuera menos generalizada que aquella primera de regenerar el género humano y el orbe terrestre, se la prometió a Noé y a todos sus hijos, los que habían sobrevivido, y a toda la descendencia de éstos, con aquella antigua promesa en cuya fe había vivido y había muerto Adán, y con repetición expresa y manifiesta de los términos del tratado: *Dijo también Dios a Noé y a sus hijos: "Ved, yo voy a establecer mi alianza con vosotros y con vuestra descendencia después de vosotros; y con todo ser viviente que está con vosotros, aves, ganados y fieras de la tierra, todos los salidos con vosotros del arca. [120] HAGO con vosotros pacto de no volver a exterminar a todo viviente por las aguas de un diluvio y de que no habrá ya más un diluvio que destruya la tierra."* Y el sentido oculto de esta respuesta y promesa hecha y repetida a los hombres de forma notoria y expresa lo revela la propia palabra divina, *VOYA ESTABLECER mi alianza con vosotros y con vuestra descendencia después de vosotros*. Y de nuevo: *Hago con vosotros pacto*; al cual se une también, cambiada la fórmula del discurso, el cuidado tomado por los otros seres vivos, además del hombre, y que ocupan la tierra en su compañía; y ello no sin el significado arcano de las facultades, de las virtudes, y de todos los afectos que existen en este exiguo mundo de la naturaleza humana, todos los cuales garantizó Dios que nunca más destruiría completamente con las aguas de un diluvio. Y con esta imagen quiso dar a entender que sucedería lo siguiente: que, una vez a salvo el hombre en la tierra gracias a la ayuda del arca, todas las demás cosas serían dispuestas de forma que pudiera vivir también en la tierra en compañía del hombre. Interpretación ésta, que tal como exigía la majestuosidad de un arcano grandioso para su tiempo, nosotros la hemos recogido de forma más arcana que patente, para desvelarla en otra ocasión, cuando Dios mismo lo permita. Y así, aquella alianza y promesa fueron abiertas a todos los hombres, a todos los que no se lo haya impedido la propia culpa; esto es, a quienes vivieron con anterioridad al diluvio, es decir, las ocho personas, y a los contemporáneos del diluvio, e incluso a quienes sobrevivieron al diluvio, así como a toda su descendencia. Lo cual ha resultado conveniente tenerlo presente entre lo más importante, y recordarlo a menudo en la memoria.

CAPÍTULO III.

DE LA PROPAGACIÓN DE LOS PUEBLOS Y DEL MOTIVO

DE LA DIVERSIDAD DE COSTUMBRES

El orbe terrestre que, además de los gigantes impíos y crueles, estaba poblado por diferentes familias de hombres, caracterizadas por disciplinas, hábitos y ejemplos de costumbres diferentes, los hijos de Dios por un lado, y los

hijos de los hombres por otro, fue reducido a una única casa y descendencia, la de Noé; de la cual surgieron tres familias, que habían sido escogidas y reservadas como plantel del mundo, y que a pesar de haber nacido y haber sido educadas por los mismos padres, en lo que a los varones se refiere, imbuidas de la misma enseñanza de la piedad, acrecentadas con los mismos ejemplos domésticos, captadas con una única e idéntica promesa divina; sin embargo se diversificaron en diferentes temperamentos, diferentes deseos y costumbres opuestas, ya sea que esto procedente del hábito y el trato de las mujeres haya pasado a los hijos mediante el contagio o el ejemplo, o ya sea que proceda más bien de aquel múltiple y variado veneno extraído del primer pecado y del cultivo de la propia persona, olvidado para unos, pero muy cuidado para otros; pues hasta este momento, desde aquel cambio de la situación del hombre que siguió a la comisión del primer pecado, sólo se habían visto en el teatro de esta vida mortal dos ejemplos, en dos escenas; el de los Caínes, es decir, [121] de quienes eran malos manifiestos, amantes y defensores sólo de sí mismos y de sus bienes, usurpadores violentos de lo ajeno; y por otro lado el de los Abeles, quienes abrazando la disciplina del profeta Set observaban la honradez y la simplicidad junto con el conocimiento de la piedad. Pero una vez que ambos se mezclaron y se unieron en amistad las facciones, había surgido una familia desmesurada de los que prefirieron que se les considerara dioses, se les adorara y se les temiera, y que no soportaban que se tuviera consideración alguna de otro poder y autoridad, ni divina ni humana, más que del suyo propio. Los gigantes, como vimos, los antiguos los llamaron hombres, con un nombre y una fama extraordinaria y celeberrima; quienes se tomaron el cuidado y el empeño no sólo de que ningún otro nombre los aventajara, sino de que ni siquiera se les comparara. Y efectivamente tenemos testimonios de que éstos llegaron a ser con diferencia más desvergonzados que los otros hijos de los hombres, incluso más que los malvados, y mucho más incómodos y más perniciosos; y fue tal su comportamiento, que ellos aceleraron el castigo divino, cuya actitud y maldad dieron lugar a que no quedase ningún vestigio de aquella antigua probidad, con la única excepción de la casa de Noé. Pues con anterioridad habían habitado las tierras los que eran buenos sin más y los manifiestamente malvados; y ambas facciones desempeñaban sus papeles abiertamente. De donde se desprende que antes del diluvio la raza humana estaba dividida como en tres grupos; a saber, el de los hijos de Dios, el de los hijos de los hombres, y a continuación estos a los que tanto los latinos como los griegos llaman gigantes, y la lengua sagrada los llama *NEPHILIM*. Pues en efecto, hasta que a éstos les llegó la edad, el número y la fuerza, los otros dos grupos todavía estaban en su apogeo, los cuales, pasado un tiempo, finalmente se adhirieron al grupo de aquéllos, bien empujados por la fuerza bien inducidos por el ejemplo. Sin embargo, todo esto fue destruido ciertamente por las aguas del diluvio, aunque no fue aniquilado y suprimido de raíz de la haz de la tierra. Pues entre estos hombres que habían escapado como supervivientes aún no habían sido estirpados y eliminados por completo los vicios de aquel antiguo mal inculcado, los cuales, una vez que echaron los cimientos y sus raíces profundamente, se propagaron sin interrupción. Y esto ciertamente merece la pena conocer cómo ocurrió.

Entretanto, mientras crecía aquella prole de hombres que iba a emprender el cultivo y la repoblación de las tierras, la vida civil de los tres hermanos hijos de Noé se desarrollaba íntimamente ya en casas o ya en chozas y tiendas con la costumbre y la unión paternas. Cuyos nombres, como ya dimos a conocer, fueron SEM, CAM y JAFET. El primero y mayor por nacimiento, según se deduce de la lectura, fue SEM, el segundo, en cambio, fue JAFET, y el último CAM, el cual se suele poner el segundo porque así le conviene a la disposición y al ritmo del verso, y también porque, como era el más pequeño, era más querido para sus padres, era tratado con mayor indulgencia y obraba con mayor libertad; lo cual le sirvió al padre de oprobio, a él mismo de ruina, y a sus descendientes e imitadores de perjuicio y deshonor. Tanta es la importancia de haber educado a los hijos con indulgencia y sin rigor o, por el contrario, con severidad, virtud y firmeza.

Y le gustó en verdad a Noé la práctica de la agricultura, puesto que es apropiada para un temperamento y un espíritu cándidos y piadosos, y es la más útil de todas las artes que contribuyen a ayudar y a propagar esta vida humana, e incluso es la más agradable por su propia contemplación. Y se dice que él mismo fue el más entendido de todos en su ejercicio, y que por este motivo fue llamado y celebrado en su propia lengua como *AIX ADAMAH*; es decir, HOMBRE DE LA TIERRA. [122] Y efectivamente recogió de las vides, plantadas y labradas con más esmero que antes, un fruto que se debe anteponer a todos los demás que pueden ofrecer los distintos tipos de árboles; a saber, las varias y múltiples formas de uvas de las que sacó el vino, del cual no se halla en las historias sagradas ninguna mención antes de este inventor. Y este mismo maestro, habiendo probado su extraordinario poder en una ocasión que lo bebió en exceso, debido a la falta de costumbre y a la tentación de la nueva bebida, yacía borracho en el interior de su tienda con poco decoro, con la vestimenta demasiado abierta y reliada, casi desnudo, tirado en el suelo sin guardar la compostura ni del cuerpo ni de sus miembros. Y en esto que entrando Cam por casualidad el primero en casa, no sólo no se ruborizó y se lamentó de lo que acababa de ver, sino que queriéndolo convertir en motivo de risa y de burla, llamó a los dos hermanos y se lo mostró. Sin embargo, como a éstos los había educado una mente mejor, más respetuosa y piadosa, los acrecentó con la honestísima decisión de contemplar y soportar la repentina debilidad del padre, y no sólo disimular su ignominia y deshonor, sino apartarla y evitarla; incluso le echaron sus propios mantos para tapanlo y cubrirlo, de tal modo y con tal moderación, con tal precaución, que no pudiera quedar para la posteridad ningún testimonio ni recuerdo de un espectáculo de esta clase, que ellos mismos jamás habían visto, con el que permaneciera menos intachable e íntegro el respeto hacia su padre. Repetir la historia del libro sagrado será posible a cualquiera que la lea; pero importa conocer el desenlace variado y que se debe recoger con un final diferente para los buenos y para los malos. Puesto que para cada uno de los tres hijos, debido a la diferencia de juicio y de acción, leemos una respuesta pronunciada, y éstas diferentes entre sí y reveladas con distintas fórmulas y palabras, cuyos ciertos cumplimientos no sólo han sido dados a conocer a las generaciones futuras, sino que les han sido mostrados y declarados con ejemplos manifiestos.

Cuando Noé despertó de su embriaguez y se enteró de lo que había hecho con él su hijo menor, dijo: "Maldito sea Canán; esclavo de esclavos será para sus hermanos." Pero por qué razón este anuncio y terrible aviso nombra especialmente a Canán de entre todos los hijos de Cam parece revelarlo la historia; puesto que él sin duda fue el primero que o bien indicó a su padre la indisposición y hábito de su propio abuelo, o bien habiendo entrado con él se rió también. Así pues, podemos leer: *Vio Cam, padre de Canán, la desnudez de su padre, y fue a contárselo a sus dos hermanos que estaban fuera.* Y por tanto Noé persiguió muy especialmente con un aviso y un presagio de tal índole a este nieto, que en cierto modo le recordaba el nombre del padre e imitó con mayor evidencia sus costumbres, y al hacerlo sobre el hijo, perseguía también al propio padre; y hasta tal punto los previó siempre, a él y a su descendencia, impíos, insolentes y huraños por el deseo de cometer ultraje, que les prometió una esclavitud constante y perpetua; e igualmente quiso que fueran botín de los descendientes de los otros hermanos, así como sus esclavos y vasallos. Y se ha observado que ocurrió de este modo hasta las últimas mezclas de pueblos, de suerte que la mayor parte de los esclavos era solicitada de las regiones de Canán (que más tarde fueron designadas con la denominación común de Siria); y la propia palabra "sirio" significa esclavo sin más. En cambio, a los otros dos hijos, que por su piedad y respeto los había juzgado dignos de mejor suerte y gloria, les hizo un vaticinio atribuyéndoselo todo fausto y próspero; [123] aunque con anuncios y deseos diferentes para cada uno de ellos. Pues a Sem, el mayor por edad, llamado de un modo singular con aquel nombre arcano, le anunció que el conocimiento de la voluntad divina y la sagrada disciplina concerniente a la salvación del género humano le serían, por así decirlo, propios, familiares y constantes; y le atribuyó el poder y la autoridad de dominio sobre los hijos de Canán, presagiando que Dios sería eternamente alabado, predicado, declarado y llamado Señor en todos los bienes y acciones de este pueblo, así cualquier cosa que entre ellos sea grande y hermosa, y además sea contemplada y celebrada como superior a los demás pueblos, eso habrá que atribuírselo a Dios, el único Señor, como recibido de él. *Bendito sea YAHVEH, el Dios de Sem, y sea Canán esclavo suyo.* Y así, todo lo que de disciplina, de doctrina, o con otro nombre, haya acaecido grande, fausto y próspero a la descendencia de Sem, todo eso es posible creer que ha salido sólo de YAHVEH, Dios protector que cuida, y que revela y confía sus misterios; la fórmula de cuya promesa, como respuesta divina, que es sin duda, se deberá anotar, y su significado oculto se deberá observar.

[Gen 9, 24-25].

[Gen 9, 22].

[Gen 9, 26].

En cambio a Jafet, cuyo honesto y hermoso nombre parecía ser merecedor y exigir la gracia por su propio significado, su padre lo quiso feliz y acrecentado con un discurso más extenso y con una doble obligación. Una de las cuales le anunció que apoyaría en el nombre *ELOHIM*, y en su autoridad y eficiencia benigna. Pero la otra habría que esperarla más tarde a partir del otro nombre que había sido consagrado entre los semitas. Pero a fin de retener mejor las arcanas palabras de esta respuesta y explicarlas de un modo más diáfano, confrontadas más tarde con los hechos mismos y expuestas con mayor claridad, debemos recoger brevemente el resumen de su argumento. En la predicción completa se pueden diferenciar dos partes, de las cuales la primera

consiste en que Jafet, cuyo nombre al pronunciarlo da a entender su hermosura, su porte, su aspecto y su encanto, llegue a ser muy acrecentado y distinguido, con todos los matices de atractivo y hermosura que la autoridad y magnificencia de *ELOHIM*, creador y gobernador del universo, suele concederle a los hombres. Y en verdad, no pueden desear los hombres nada más hermoso, más apropiado, ni más útil y oportuno para todas las facetas de la vida que la sabiduría; es decir, el conocimiento de lo divino y de lo humano, como lo declarábamos en la introducción de esta obra, y lo podemos confirmar por el consenso de todos los pueblos; además de que esto mismo se recomienda en casi todas las páginas de las Sagradas Escrituras como el mayor bien y el que especialmente se debe procurar en la tierra. Y efectivamente la sabiduría tiene tal poder y tal facultad del bien más hermoso y más útil y oportuno para cada ocasión, que no sólo puede adornarle y decorarle el espíritu a éste a quien instruye, sino que por su mediación también se podría confiar, insinuar y hacerse común a otros; aunque esto realmente lo consigue más tarde mediante la fuerza y la persuasión del discurso y de la conversación. Pues los conocimientos que se reciben de los sabios de modo conveniente y hermoso, esos mismos se transmiten declarados, expuestos y confiados con la fidelidad del discurso apropiado, elegante y adornado. Y en efecto no bastaría el saber para la exacta definición del sabio, si no se añadiese también el hablar con sabiduría; de manera que las buenas experiencias y conocimientos que le deleitan en mayor medida, al comunicarlos bien y con hermosura, agraden e instruyan a los que los escuchan. Y así está escrito: *Para aprender sabiduría y disciplina, [124] para entender máximas sensatas, para recibir instrucción provechosa, justicia, equidad y rectitud, para procurar a los ingenuos prudencia, a los jóvenes ciencia y discreción, escuche el sabio y aumentará su saber; el inteligente ganará en habilidad para comprender proverbios y alegorías, las palabras de los sabios y sus enigmas.* Y sin embargo, su padre Noé le vaticinó a Jafet que no sólo sería regalado, sino también acrecentado y engrandecido con el doble regalo de una sabiduría y una elocuencia de esta clase. Y fue favorecido con el privilegio de que todo lo que se pudiera conocer, decir, discutir y transmitir acerca del cielo y de la tierra, sobre la obra de *ELOHIM*, su cuidado y gobierno del mundo bajo esta advocación de *ELOHIM*, Jafet fuera el único de todos los pueblos que tuviera un conocimiento más exacto, y el único que la pudiera dar a conocer y transmitirla con mayor lujo de detalles y elegancia. Y de este modo aventajara a todos los otros pueblos en conocimiento de este mundo, así como en capacidad de hablar, ingenio y práctica. Pero a decir verdad, aunque Jafet haya resultado favorecido por el beneficio singular de Dios con la posibilidad y el hecho de una sabiduría de esta índole, no podía con su propio ingenio y estudio descubrir los tesoros de aquel conocimiento con el que se daba a conocer a los hombres la decisión y el propósito de la divinidad acerca de la salvación colectiva del universo; pues era superior a éste y de naturaleza demasiado recóndita como para que pudiera ser desenterrado y sacado a la luz por la inteligencia y el trabajo humanos o mediante un razonamiento muy meditado; puesto que buscaba a Dios mismo, bajo la advocación de *YAHVEH*, como maestro y revelador, y no lo comprendía ni lo retenía con la razón o la inteligencia, sino que depositado en el corazón de otra virtud

[Prov 1, 2-6].

llamada fe era custodiado y guardado por comunicación y aviso de Dios. Y que esto sucedía de este modo lo declaró uno de los más distinguidos sabios de los gentiles, mientras cantaba de este modo, abordando en breves composiciones la esencia de este oscuro razonamiento: *¿Quién me concederá que mis palabras sean escritas? ¿Quién me permitirá que sean grabadas en un libro con un cincel de hierro y en una hoja de plomo, o mejor aún que sean esculpidas en la roca? Pues sé que vive mi redentor y que se alzaré el último día sobre el polvo, y de nuevo me ceñiré con mi piel y en mi carne veré a Dios. Yo mismo lo veré y mis ojos lo contemplarán, y no otro. ESTA ESPERANZA HA SIDO PUESTA EN MI CORAZÓN.* Y Pablo, maestro de gentiles, afirma que este mismo misterio sacrosanto de la salvación universal, si Dios u otro cualquiera enviado por obra divina no lo hubiera revelado a todos los pueblos y se lo hubiera mostrado acercándoles la luz de la doctrina divina, permanecería oculto y rodeado de tinieblas. *Todo el que invoque el nombre del Señor [YAHVEH] será salvo. Ahora bien, ¿cómo podrán invocar a aquel en quien no tuvieron fe? ¿Y cómo podrán tener fe en aquel de quien no oyeron hablar? ¿Y cómo van a oír sin que nadie lo proclame? ¿Y cómo podrán proclamarlo sin haber sido enviados? Y así está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas!* Y con éste y otros muchos pasajes de los libros sagrados, con las respuestas divinas, con las sentencias y las decisiones previas de los santos doctores quede probado que son muy diferentes esta sabiduría que se obtiene del conocimiento y la contemplación de la naturaleza y de las partes del mundo, de aquella otra que Dios mismo, ofreciéndose como preceptor y maestro, transmite y comunica mediante los oráculos y los testimonios propios. Aunque, en efecto, ni siquiera aquella otra, [125] en la medida en que es digna del nombre de sabiduría y ciencia, alcanza a ningún mortal sin el regalo y el favor de Dios, y así está escrito: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué presumes como si no lo hubieras recibido?*; sin embargo, es muy diferente el planteamiento de una y otra doctrina y facultad, así como es muy diferente la forma de percibir las. Aquella primera se consigue con la mediación de Dios que, como responsable de la naturaleza humana, es quien aumenta el ingenio y la inteligencia, y ello no sin el trabajo y el esfuerzo del espíritu conecedor, con empeño y diligencia; y así está escrito: *Y me dediqué a estudiar la sabiduría y la ciencia, la locura y la necedad, y me di cuenta de que también en éstas hay esfuerzo y aflicción del espíritu, porque a más sabiduría, mayores pesares, y quien aumenta el saber, aumenta el dolor.* Y así pues, tanto esta parte como la facultad de conocer y hablar requieren de la atención y del trabajo del espíritu; y ningún hombre ha nacido erudito y sabio, ni se hizo docto de repente, a menos que alguna vez haya sido favorecido sorprendentemente por un raro y admirable favor y privilegio de la divinidad, del cual el único ejemplo que hasta ahora tenemos es Salomón. En cambio, aquel otro camino de sabiduría, el que conduce al verdadero, sincero y cierto conocimiento de la salvación y felicidad humanas, sólo se logra con la mediación de Dios, y se revela por indicación suya; y no exige de sus discípulos y seguidores nada más que una cándida, simple y dócil lealtad, así como el respeto en el cumplimiento de lo que se les ordena, junto con la mayor modestia, el conocimiento de sí mismos y el agradecimiento

Iob 19, 23-27.

Rom 10, 13-15.

1 Cor 4, 7.

Eccli 1, 17-18.

- del don recibido de la generosidad y bondad divinas. Acerca de lo cual leemos lo siguiente: *En aquel momento Jesús se estremeció de gozo en el Espíritu Santo y exclamó: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y entendidos, y se las has revelado a gente sencilla. Sí, Padre, así lo has querido tú. Todo me lo ha confiado mi Padre. Y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiere revelárselo". Y vuelto hacia sus discípulos, les dijo a solas: "Dichosos los ojos que ven lo que estáis viendo. Porque yo os digo: Muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros estáis viendo y no lo vieron, y oír lo que vosotros estáis oyendo y no lo oyeron".* La facultad de este conocimiento y disciplina pudo existir para los hombres, como regalo del único Dios, por esta razón por la que se atribuye aquel singular y arcano nombre de YAHVEH al único creador, cuidador, gobernador y, en definitiva, al único salvador. Y Noé les había vaticinado a Sem y a su descendencia que les sería revelado por primera vez el misterio de este nombre. *Bendito sea YAHVEH, el Dios de Sem;* y que por mediación de sus descendientes sería compartido más tarde con los nietos de Jafet y con los otros pueblos. Aunque en efecto la salvación divina había sido prometida a Noé y a sus tres hijos; es decir, a todos los habitantes futuros de la tierra; sin embargo, Dios decidió depositar y establecer primero junto a Sem el sentido oculto, la doctrina, enseñanza y conocimiento de aquélla. Y había ordenado que esto le fuera vaticinado y confirmado por Noé, patriarca y profeta suyo, como recompensa del deber cumplido piadosa y honestamente debido a la dignidad y al respeto paternos, y surgido sobre todo de la decisión de aquél, tal y como lo mostró el orden y la disposición del relato: *Y sin embargo, Sem y Jafet le pusieron un manto sobre sus hombros.* Vemos que fue descubierto por Sem [126] y que la primera idea surgió de él. Y en verdad no hay que hacer ninguna consideración de los nombres de uno y otro hijo, de los cuales Sem significa la posición, el emplazamiento, la constitución y la firmeza, así como su peculiar seguridad; Jafet, en cambio, significa la prestancia, la dilatación o la amplitud. Aquel feliz y fausto presagio, *Bendito YAHVEH, Dios de Sem,* significaba que Jafet conservaría siempre el conocimiento del verdadero nombre de Dios depositado ya y consolidado en su hermano. Incluso el profeta haciendo uso de la etimología o de la paronomasia de Jafet esbozaba con un breve enigma el aspecto y la forma de la propia felicidad futura procedente del favor de Dios: *IEPHTHE ELOHIM IAPHETH;* que literalmente suena así en latín: *Decorat, amplificet Deus creator et gubernator decorum et amplum.* Lo cual nuestro antiguo traductor lo recogió con un término cargado de sentido, *Dilate Dios a Jafet;* es decir, en este mismo sentido y condición que encierra el nombre Jafet, dilate y amplifique, no sólo en descendencia y familia, sino también en hermosura, prestancia y dignidad, la que especialmente convenga a los hombres; de modo que todo lo que éste hace para conocer la naturaleza de las cosas y para esplendor del discurso, en la medida que esto atiende a la consideración de *ELOHIM,* que nadie lo consiga en mayor grado ni con mayor éxito. Pero por lo que se refiere al nombre arcano de *YAHVEH,* que no lo reclame ni se jacte como propio o concedido a él por primera vez, como hace en otro lugar; sino que admitido en calidad de huésped y discípulo en casa de Sem, sea instruido y apren-
- Lc 10, 21-24.
- [Gen 9, 26].
- [Gen 9, 23].
- [Gen 9, 27].

da. Con este sentido interpretamos aquella parte del vaticinio que dice: *Y habite en las tiendas de Sem.* [Gen 9, 27].

Y en verdad no se deja por sentado o se concluye a partir de aquí que Cam, o Canán, estaría completamente privado de aquella salvación universal; a quien en efecto, habiendo salido recientemente del arca, se le había hecho la promesa en común con los demás. *También le dijo Dios a Noé y a sus hijos lo siguiente: "Yo estableceré mi alianza con vosotros y con vuestra descendencia después de vosotros."* Pero dado que el padre había degenerado desde la ingenuidad propia de un hijo libre hacia las costumbres de un carácter servil, se hizo merecedor de que el conocimiento y comprensión de aquella gran misericordia que algún día ofrecería Dios a todos los pueblos no le fuera enseñado ni lo recibiera como un hermano más, sino como un esclavo; y de que además lo recibiera de los descendientes de Jafet, ya que Dios había decidido que le fuera transmitido a éste plenamente; es decir, que todas las materias de la filosofía y la elocuencia habían sido pasadas a poesía y las aprendería a fondo por el camino más corto. Y por esta razón el verso de ambas respuestas o vaticinios termina dispuesto con la misma fórmula de palabras y de frase, con los mismos ritmos y pies. *Y sea Canán esclavo de éste.* Y esto en la lengua originaria, en la que por primera vez fue vertido el oráculo, suena de este modo: *VAIHI CHENAGHAM GHEBEDLAMO*; y para nosotros literalmente, más o menos, así: *Y será Canán esclavo de ambos.* Pues *LAMO* significa lo mismo en plural que en singular: para aquéllos y para aquél. Y suele hacer uso de esta fórmula tanto cuando se refiere a muchos como cuando se atribuye a cada uno en particular. Y ciertamente a los que instituirán el ocuparse con cuidado y empeño de los anales, de las historias de las cosas y de las personas, y de los estudios de la naturaleza, les importará no poco tener en la mente y en la mano el breve resumen e interpretación de esta predicción de Noé, la cual arrojará más esplendor y luz sobre toda la lectura. [127] Así pues, los secretos de los asuntos divinos y de los que contribuyen propiamente a la felicidad de los hombres debieron ser confiados a los descendientes de Sem y conservados por ellos. En cambio, todas las enseñanzas con las que se adorna esta vida mortal, junto con la facultad del discurso y de la elocuencia, debían ser concedidas ampliamente al linaje y descendencia de Jafet; y él debía participar de todo aquello, acrecentado y mejorado incluso, pero no a partir de la virtud y el esfuerzo del ingenio humano, sino a partir de la alianza y del trato con Sem; y finalmente le sería transmitido por ambos a Canán, acogido en la familia en calidad de esclavo, para quien incluso las donaciones de Jafet le debían ser concedidas en estas mismas condiciones de servidumbre.

Ojalá haya sido digno de atención y admiración entretanto el mostrar alguna vez que lo que se ha inventado y producido por primera vez con utilidad, le puede aportar perjuicios a causa de las costumbres y de la negligencia de los hombres, y que a veces puede resultar infamante a sus propios inventores, sobre todo cuando lo usan sin medida ni cálculo. Nada pudo parecer más apropiado que la invención del vino para beneficio de la vida y de la salud, nada más eficaz para quitar o aliviar la aflicción; y sin embargo, a Noé le acarreó una desgracia peor que toda la tristeza, y le dio un motivo justo para detestar a uno de sus hijos; y entre los hermanos, los tres supervivientes

de todo el género humano que habían sido educados en la misma casa, fue la causa del odio, de la división, de los desacuerdos y de las discordias que afectaron después a toda la descendencia.

CAPÍTULO IV.

DE LA PRIMERA DIVISIÓN DE PUEBLOS Y FAMILIAS Y DE LA DIVERSIDAD DE PARECERES

Ha llegado hasta nuestra época la noticia de que los primeros pobladores ya hicieron una división de todas las tierras y pueblos, que no fue hecha a la ligera ni de modo fortuito o sin haberlo meditado antes, en sólo tres partes; aunque ninguno de los historiadores antiguos, ni griegos ni romanos, a excepción de los oráculos sagrados, ha dado una explicación cierta y sin contradicciones; aquéllos han seguido una tradición confusa y alterada o procedente de la antigua creencia popular, que luego sus propios poetas han enmascarado cantando fábulas imaginarias. Y de hecho sólo Moisés, a quien Dios había designado y dispuesto como profeta del pasado, del presente y del futuro, se ocupó del tema en sí tomándolo desde el comienzo; ya que reduciendo todas las regiones de la tierra a tres grandes partes, se las asignó a las familias y descendientes de los tres hijos de Noé, a los que ya nos hemos referido, como sus primeros ocupantes. Y los integrantes y los nombres de estas familias los recogió en un exacto y cuidado censo.

[Gen 10, 1-4].

Ésta es la descendencia de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet, a los que nacieron hijos después del diluvio. Hijos de Jafet: Gomer, Magog, [128] Madai, Javán, Tubal, Mosoc y Tiras. Hijos de Gomer: Asquenaz, Rifat y Togorma. Hijos de Javán: Elisa, Tarsis, Quitim y Rodanim. Estos nombres, puesto que han variado y se han transformado con el paso de los siglos y el diferente uso y pronunciación de las lenguas, y por último, debido a las diversas migraciones de los pueblos, se han oscurecido o han caído en desuso completamente anticuados, si alguien tuviera interés en conocer en qué lugares de la tierra pueden ser restablecidos, encontrará fácilmente esa información releyendo los volúmenes del *Apparatus* sagrado¹⁹, y también la podrá encontrar en el esperado comentario de esta obra, que llevará por título *Silva* u *Opus Magnum*. Por ahora bastará con recordar que todos los lugares y extensiones de estas regiones que desde Babilonia se extienden hasta el Poniente a través del Septentrión, junto con las islas del Mediterráneo que quedan en medio, les fueron entregados a los hijos de Jafet para su uso, entre los cuales estuvieron quienes después fueron llamados griegos por los latinos, los cuales incluso hicieron descender su parentesco de Jafet, aunque con imágenes fabulosas. Y también los latinos y los itálicos son parientes de éstos, cuyas lenguas todas, en la medida en que se entienden, demuestran una gran afinidad; pero de esto nos

Lib. Phaleg.

19. Cf. nota 8 (p. 116).

ocuparemos quizá en otro lugar más oportuno. La casa de Jafet, a la que se refieren los más antiguos de los filósofos, los escitas y los tracios primero, y luego los griegos, aunque éstos son posteriores, fue muy famosa por los elogios de las humanidades, de la ciencia y del conocimiento de la naturaleza, así como por su capacidad de discurso; y ella misma se ofreció y se presentó como maestra de todos los demás pueblos; y esto es algo que además de pregonarlo en exceso los testimonios escritos dejados por ellos mismos, también los textos sagrados lo confirman. *Puesto que los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría*, dice Pablo, quien llama a esos griegos, escribas sabios y filósofos de las cosas de este mundo. Y en lo que se refiere a esa facultad y elegancia de discurso tan querida por ellos continúa en estos términos: *Y yo, hermanos, cuando llegué a vosotros, no llegué para anunciaros el misterio de Dios con excelencia de palabra o de sabiduría; pues me propuse no saber entre vosotros otra cosa que a Jesucristo, y a éste crucificado. Y me presenté ante vosotros débil y con mucho temor y temblor. Mi palabra y mi predicación no consistían en hábiles discursos de sabiduría, sino en demostración de espíritu y de poder; de suerte que vuestra fe se base no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios.*

1 Cor 1, 22.

cf. 1 Cor 1, 20.

1 Cor 2, 1-5.

Los lugares ocupados por los hijos de Javán, señala Moisés que fueron costeros o situados en pleno mar. *Hijos de Javán: Elisa, Tarsis, Quitim y Rodanim. De éstos se poblaron las islas de las gentes en sus tierras, según sus lenguas, familias y naciones.*

[Gen 10, 4-5].

Los descendientes de Cam por su parte, al ser muy numerosos ocuparon en regiones contiguas todo el territorio que se extiende desde el río Éufrates hasta la orilla del Mediterráneo en dirección al Poniente, y también todo el que se extiende hacia el Mediodía y está bañado por el Mar del Sur, lo que los siglos venideros llamaron Egipto, las dos Etiopías, Canán o Palestina y Asiria. Y todos los lugares restantes, desde Misia hasta las primeras costas del Mar de Oriente, fueron entregados a los hijos de Sem. Y de este modo todo el orbe terrestre fue en un principio habitado y cultivado por tres pueblos procedentes de la misma casa y familia, [129] obligados por la misma promesa de Dios e instruidos conjuntamente por la doctrina de siete preceptos; y ningún mortal pudo nunca realmente inventar o encontrar el origen de su linaje fuera de estas familias. *Éstas fueron las familias de Noé según sus pueblos y naciones. A partir de ellos se dispersaron las naciones sobre la tierra después del diluvio.* Sin embargo, cuál fue el motivo por el que se produjo tan gran separación entre los hombres, tan gran divorcio de opiniones, de anhelos e intereses, vamos a exponerlo enseguida. El desbordante y multitudinario número de hombres procedentes de aquellas tres primeras familias además de dar cumplimiento al oráculo divino de ocupar y habitar las tierras, abandonando por este motivo sus lugares de origen, tomarían a su cargo la renovación de una decisión que ya había sido ejecutada; a saber, aquello de *llenad la tierra*. Procedente de la región de Oriente, la que se extiende más allá del Éufrates, llegó a la extensa llanura que aquel río bañaba una multitud cuyo antiguo nombre leemos que fue Senaghar. Y cuando se disponían a tratar allí mismo sobre la separación de rumbos, se les ocurre un ambicioso plan surgido del deseo de gloria y fama, pecado éste que había echado unas raíces demasiado pro-

[Gen 10, 32].

[Gen 9, 11].

[Gen 3, 5]. fundas a partir de aquel engañoso oráculo que decía: *Seréis como los dioses, conocedores del bien y del mal*. Y la idea básica de su plan fue construir con voluntad unánime y con esfuerzo conjunto e ininterrumpido una torre de enorme e incomparable altura, de modo que no pudiera admirarse otra igual en ningún lugar de la tierra, y que cualquier obra que se construyera en lo sucesivo en cualquier parte, por más tamaño que tuviera, sin embargo, le concediera a ésta la primacía y le atribuyese el derecho y la gloria de antigüedad y autoridad. E incluso acariciaban la idea de construir una ciudad próxima a la torre que contuviera y mostrara la sede propia de cada una de las familias, y de este modo se conservaran los nombres, la dignidad y la autoridad de todas ellas, de forma que aunque sus miembros estuvieran repartidos por la tierra; sin embargo, ésta conservara el poder, hiciera y deshiciera, de modo que en lo sucesivo los descendientes de ninguna de las familias pudieran tomar ninguna iniciativa sin haberla sometido a la consulta, deliberación y aprobación del jefe de su grupo, el cual permanecería en aquella ciudad. Y si ocurriera algún contratiempo, se solicitaría la ayuda y protección de este jefe, quien debería garantizar no sólo la seguridad de la familia y del linaje, sino sobre todo su autoridad, su esplendor y su grandeza, que era en definitiva a lo que lo reducían todo quienes mostraron su entusiasmo con aquella condición que se les había anunciado: *Seréis como dioses*. Pues, además habría que temer que en caso de que no quedase ningún testimonio de tan gran antigüedad y dignidad, se extinguirían y desaparecerían los nombres de quienes habían sido los primeros responsables y padres de la población de la tierra. Y parecía que la posteridad no entendería con suficiente claridad que el orbe terrestre había sido restablecido, renovado y acrecentado por obra de Dios, al único al que se le debería toda alabanza y gratitud, si no se recogían y se celebraban también los nombres de éstos por medio de quienes había sido propagada la descendencia del mundo, y si no constaba en aquella ciudad su autoridad y su gloria, con poder y prerrogativas de derecho para cada casa de proponer, actuar, defender y de castigar en relación a las familias procedentes de ellas. Y en efecto parecía que nadie se atrevería a intentar nada contra éstos cuya defensa junto con su poder y dignidad constase en aquella patria común a todo el orbe, en aquella amplísima metrópoli. [130] Así pues, deliberado el plan por la comunidad de todos aquéllos, decidido con la ayuda de sus opiniones, fue expuesto en un discurso único y unánime. *Toda la tierra tenía un sólo lenguaje y unas mismas palabras. Pero los hombres, cuando se desplazaron desde oriente, encontraron una llanura en la tierra de Sinar y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: "¡Ea! Vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego". Y el ladrillo les sirvió de piedra y el betún de argamasa. Dijeron después: "Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue hasta el cielo, y hagámosnos un nombre famoso para no ser dispersados por la haz de la tierra."* Aquel afán desmedido de gloria y el deseo de un nombre célebre estaban forjando un nuevo grupo de gigantes, con el consenso de todos y con el plan y el argumento meditados y preparados prudentemente de acuerdo con la opinión de su mente, lo que favorecía la viabilidad y oportunidad del proyecto. Y teniendo en cuenta que la naturaleza y el emplazamiento del lugar prometían de modo muy especial una ciudad noble, poderosa, y de aspecto

[Gen 11, 1-4].

distinguido, se creía que el deseo de contemplar la torre atraería a todos los pueblos desde todos los puntos de la tierra. Y en verdad, la pericia en el arte de la construcción, la agudeza y sagacidad del ingenio humano, atento siempre a este tipo de creaciones, encontró mediante la comunicación de ideas el modo de que la naturaleza del lugar proporcionara los materiales de construcción. Y no hubo nadie en tan gran multitud y abundancia de hombres que estuviera en desacuerdo con el parecer y voluntad de los demás, hecho que probaba que el corazón de los hombres se deja llevar fácilmente por la gloria. Y que para alcanzarla eran una ayuda mutua unos para otros, cuanto más tiempo esperase cada uno que por esta vía conseguiría su parte de esplendor, y que la ganaría entre los suyos y la conservaría entre los demás. Y de este modo cada uno, preocupándose sobre todo, y especialmente, de sus propios asuntos, velaba por el interés común y ayudaba a los otros, de quienes creía que también él recibiría ayuda. Así pues, ni la voz ni el pensamiento de nadie se había apartado de la decisión común y pública de todos. Pues quien sobresalía por su fuerza o por su ingenio, concedía entonces sin reparos una parte de su gloria a los inferiores, porque había previsto que invitando y uniendo el trabajo de éstos daría respuesta mejor y en mayor medida a sus propias aspiraciones. Y a su vez, quienes eran menos experimentados y de condición inferior, de buen grado se ofrecían como socios de los más distinguidos, en la creencia y esperanza de alcanzar autoridad y gloria eternas, análogas y similares a la de los demás. Por lo que en contra de la advertencia del oráculo y de la orden de Dios (según la cual se les ordenaba que todos por igual, con un único parecer y con el mismo celo, se repartieran el orbe lo antes posible y lo habitaran conforme a las leyes del derecho promulgado por Dios), todos se entregaron a prepararse el descanso, junto con el esplendor también de su nombre, y a propagar su grandeza y autoridad por las demás regiones. *Habitaron allí*, donde habían decidido establecerse y quedarse; y luego, una vez que la ciudad y sus pertenencias, tanto privadas como públicas, estuviesen dispuestas y consolidadas de acuerdo con sus deseos, sólo entonces empezaban a enviar a todas las partes de la tierra, como si se tratara de nuevas colonias, la muchedumbre de hijos que hubieran procreado entretanto. Y más tarde, cuando la ocasión lo exigiera, renovarían las viejas, a las que exigirían ciertas contribuciones a fin de conservar la grandeza y dignidad de la metrópoli.

[Gen 11, 2].

[131] Esta conspiración de los hombres, o conjura más bien, contra su voluntad, decidió Dios arruinarla con el argumento contrario; a saber, con disensiones, diferencias, disputas y discordias provocadas por ellos mismos. Y en efecto, causándole unas dificultades a aquella expedición y premura, que por su naturaleza no eran malas ni condenables; sin embargo, al pensamiento y a las costumbres de los hombres les causarían divisiones, contrariedades y dificultades bastante apropiadas al fin para el que habían sido provocadas, para perturbar, confundir y finalmente deshacer. Y de este modo, la Providencia y misericordia divinas impidieron que por propia iniciativa se convirtieran cada día más y más en culpables de los delitos y crímenes de impiedad. Pues bien es cierto que el hombre no dispone de ningún camino seguro hacia la felicidad salvo el que se haya dispuesto preparado por consejo, decisión y mandato divinos; a su vez también lo es que no hay ninguno más dispuesto y rápido

hacia la desgracia y la calamidad que la elección y voluntad emanadas de la propia decisión. Ésta, en efecto, puesto que se pone en marcha libremente y sin coacción, se dirige al pecado por un camino sin obstáculos; y luego habiendo avanzado hacia el crimen, termina por fin en la perdición. Adán fue el primero que se hizo culpable del primer reproche al querer ciertamente elegir y seguir algo diferente de lo que había conocido por mandato de Dios, y al admitir para sí, como si considerara la voluntad divina emanada de una decisión, opinión y deseo inferiores, un argumento inventado con mayor facilidad y de mejor grado que el simple consejo de Dios, a quien le debía su propia existencia y de quien había recibido todo lo que tenía. Este mismo pensamiento fue el que también tuvieron estos descendientes de Adán, quienes no parecían rechazar abiertamente la decisión y mandato de Dios, sino que concebían la idea que, a su juicio, les reportaría mayores ventajas y gloria, valores que se creía que debían ser cuidados ante todo, de que aquello podría abordarse y finalmente concluirse en la medida del tiempo, del lugar y de los recursos presentes, todos los cuales consideraban que no les habían sido ofrecidos por capricho. Y por este motivo sus palabras no son pronunciadas en estos términos: "Para que no seamos dispersados" o "Para que no nos separen completamente", (pues hasta este punto es cauta y astuta la sabiduría humana, que disimula presentarse abiertamente a Dios), sino que sus palabras fueron aquellas que recogidas ya antes estamos analizando: *Celebremos nuestro nombre antes de que nos dividamos por la haz de la tierra*. Habían decidido que había que dedicarse a aquello en primer lugar con celo y ahínco, y que luego, más tarde, cuando ya estuviese dispuesto lo demás, se repartirían. Y de hecho eran emprendidos en primer lugar aquellos cometidos surgidos de la decisión y de la voluntad propias, a los que precisamente se someterían los que habían sido dictados y ordenados por Dios. Quien tenga oídos para escuchar, que escuche; y una vez contemplada en sí mismo esta representación del ingenio humano, que distinga y discierna actuando qué hubiera sacado de sí y qué de Dios. Y que comprenda que el deseo del bien propio, fuente de la elección individual, es en verdad el taller de los errores, infamias, crímenes y de toda maldad e impiedad. *Bajó el Señor* [misericorde y responsable de la salvación universal] *para ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hijos de Adán* [imitadores propios de su padre también en este proyecto y osadía] *y dijo: "He aquí que todos ellos forman un solo pueblo y hablan un solo lenguaje; han empezado a hacer esto y no desistirán de su empresa* [inclinada al mal desde su adolescencia] *hasta que la concluyan con su trabajo* [132] [la imitación de su padre Adán] *¡Ea! Bajemos y confundamos allí su habla de modo que unos no comprendan el lenguaje de los otros". Y así los dispersó el Señor por la haz de la tierra, y cesaron de edificar la ciudad*. No porque hubieran cambiado de parecer, el cual como lo habían tomado por propia voluntad y deliberadamente de acuerdo con la consideración del interés particular de cada uno, con esperanza y convencimiento, permanecía fijo e inamovible en sus corazones el construir la ciudad y la torre, y el hacerse un nombre y darlo a conocer; sino porque discrepaban tanto debido a la diferencia y variedad de lenguaje, del cual se sirven especialmente los hombres para asociarse y participar en común, que se estorbaban mutuamente más de lo que se servían y

[Gen 11, 4].

[Gen 11, 5-8].

ayudaban en su empresa. Pero, como no es objeto de este trabajo explicar cuál fue aquella confusión de hablas y de qué clase, en otro lugar nos referiremos a ello con más oportunidad, sobre todo en el volumen en el que estudiamos la doctrina común a todas las lenguas. Sin embargo, hay algo en este punto que se debe observar atenta y escrupulosamente: Que cualquier proyecto que emprendan los hombres contra la voluntad de Dios, aunque se desarrolle con la máxima concordia, el mayor poder y celoso afán, deja ver lo poco que puede realmente, y lo mucho que, en efecto, basta para manifestar y probar su audacia, temeridad y culpa; sin embargo, no puede prosperar y tener éxito de acuerdo con sus deseos, u ofrecer alguna dificultad a los designios de la divinidad, de modo que el éxito de ésta sea menos oportuno o seguro. *Y por esto la llamó Babel, porque allí confundió el Señor el habla de toda la tierra, y de allí los dispersó por la superficie de toda la tierra.* Leemos ciertamente que el habla fue confundido; sin embargo, su decisión y propósito no leemos que fuera por ello cambiado. Pues no hubo nadie que se apartara del deseo y voluntad de construir la torre por otro motivo, sino porque al estorbarse mutuamente debido a la confusión del lenguaje, se dejó de promover el proyecto de la torre. Y esta misma confusión del lenguaje, que afectaba con muchos inconvenientes y dificultades a la idea de habitar juntos, provocó la desunión, división y separación; pero de tal modo que los descendientes de Sem se quedaron en parte en esta región y en todo aquél territorio a lo largo del Éufrates, y desde allí con la descendencia nacida después y las familias diseminadas ocuparon las tierras que se extienden hacia oriente, siendo los primeros de quienes Moisés recoge sus asentamientos. De los otros dos hermanos, uno ocupó la zona izquierda del planeta, a partir de los límites de Sem, junto con las islas rodeadas de mar; el otro ocupó la costa marítima de aquel continente junto con la parte derecha del planeta hacia oriente y occidente. Pero a decir verdad, a aquella separación de cuerpos y del trato mutuo, no sólo le siguió un uso diferente del suelo y del cielo, sino también lo que siempre fue causa de infinitos males en los ánimos de los hombres inclinados al mal: los odios, las enemistades y las rivalidades continuas entre hermanos así divididos, lo cual perduraría incluso hasta los siglos venideros. Pues como cada uno individualmente había tenido desde un principio este mismo propósito de construir una torre émula del cielo, y de prepararse una casa y un nombre; y esto, debido al habla impracticable de los otros y desconocida para sí mismo, parecía que se estorbaba que pudiera llevarse a cabo, soporándolo con pesar y ánimo poco sereno se indignaba, [133] e interpretándolo con malquerencia le echaba al otro la culpa de su desgracia cuando había considerado a alguno el perturbador de su bienestar; y de aquí creemos que surgió la semilla para las continuas rivalidades de guerras, injurias, saqueo, combates, e incluso ultrajes y afrentas que se lanzaban mutuamente. Y anterior incluso a todo eso vino a sumarse aquella rivalidad renovada una y otra vez con nuevas ofensas incluso entre los propios descendientes, debida a la muestra de impiedad que se le censuró a Cam para con su padre, y la distinta suerte que se le profetizó a él y a sus hermanos. Quienes, mientras los mantuvo la vida y los movió el amargo recuerdo de aquel tiempo, resulta más que verosímil para quien juzga las costumbres humanas que se inflamaron a menudo

[Gen 11, 9].

con rivalidades y ultrajes mutuos. Y de hecho, nosotros recordamos haber observado en las viejas historias leídas en alguna ocasión odios y guerras continuas de ciertas naciones contra otras, y, por el contrario, la ayuda siempre solicitada y concedida de unas respecto a otras; y si se busca su origen, hay que remontar a quella primera discordia de los hijos de Noé, esa invitación a las afinidades y familiaridades de solo tres partes tras la división de la tierra, y más tarde a las agrupaciones de beneficiarios y de perjudicados. Lo cual hubiera merecido la pena tenerlo en cuenta para comprender muchos pasajes de todos los profetas, y especialmente de Jeremías y Ezequiel. Ahora bien, quiso Dios que aquel lugar, en el que la decisión de los hombres, tomada en contra de su voluntad, él mismo había anulado, con el nombre que le había impuesto, sirviera como ejemplo de oprobio eterno para todas las generaciones futuras, y de testimonio imperecedero del atrevimiento de los hombres y del juicio divino, para que nadie en lo sucesivo se dispusiera a caer en una locura de esta índole. *Y por esto la llamó Babel, porque allí confundió el habla de toda la tierra.* Sin embargo, aquel desmesurado deseo y frenético anhelo tanto del interés particular como de un nombre, para ninguno de quienes les había sobrevenido aquella separación, e incluso para ninguno de sus descendientes, aunque trasladados por muchas regiones y lugares y transcurridos muchos siglos, se puede probar no ya que les hubiera sido contenido, sino ni siquiera que les hubiera sido aminorado ni debilitado de modo considerable; puesto que cada uno, en la medida de sus cualidades, mantuvo encendido el deseo de levantar su ciudad y su torre, y de hacerse una reputación y una fama acordes con su empeño, aunque esto con diversas artes y argumentos, y se debían encontrar y reunir los materiales que pareciesen más apropiados según la oportunidad del lugar y de la ocasión. Y cada uno también se formó y consolidó la idea de apreciar y aprobar a estos que se ha sabido que apoyan su propósito y que son partidarios suyos, así como a los que comparten su misma idea y su lengua; y por el contrario, desaprobaban y tener por enemigos a quienes parecen disentir de ellos no sólo en intereses, sino en el habla y el sentido de las palabras, o en cualquier insignificancia. Y efectivamente, si esta comedia o tragedia no fue representada y contemplada a menudo hasta donde podemos recordar; sin embargo, en los tiempos de nuestros padres sí lo fue con mucha frecuencia, y dondequiera que tuvo sus teatros se nos mostraba para contemplar no sólo sus ruinas, sino también edificios intactos a los que peregrinábamos en medio de las encrucijadas de calles, en las ciudades, en los pueblos e incluso en las aldeas, los cuales si todavía ahora son frecuentados, no es cometido nuestro discutirlo; [134] pero que aquel propósito que dijimos lo conservaron todas las naciones, lo declaran los propios oráculos divinos al señalar que quienes habían sido separados sólo por la confusión de habla habían establecido su propia lengua, habían invocado con sus propios nombres las tierras tomadas en propiedad y habían procurado mantenerse célebres mediante ciertas distinciones de familias. Acerca del linaje de Jafet: *A partir de éstos se poblaron las islas de las gentes en países, cada uno según su lengua, familias y naciones.* Acerca de Cam: *Éstos fueron los hijos de Cam según sus familias y lenguas, tierras y naciones.* Y respecto a Sem: *Éstos fueron los hijos de Sem según sus familias y lenguas, tierras y naciones.*

[Gen 11, 9].

[Gen 10, 5].

[Gen 10, 20].

[Gen 10, 31].

CAPÍTULO V.

DE LAS DISTINTAS AFICIONES Y COSTUMBRES DE LOS PUEBLOS

Aunque aquellos siete preceptos entregados a la casa de Noé y a toda su descendencia, no sólo porque casi todos eran convenientes por naturaleza para el recto juicio y comprensión de los hombres, sino también porque habían sido realmente entregados por Dios, convino que fuesen conformes a los deseos de todos los pueblos y que incluso estuviesen por encima de sus costumbres; sin embargo, debido a aquel defecto inherente al espíritu de desear en efecto no siempre lo que Dios ha ordenado, o de tomarlo, interpretarlo y realizarlo no del mismo modo que Él lo ha dispuesto, y debido también al ardiente deseo de fama, de hacerse un nombre propio y de decidir individualmente, ocurrió de hecho que la gravedad y autoridad de aquella disciplina doméstica, que antes había sido común, olvidada poco a poco, estaba siendo abandonada por aquellas naciones que habían sido divididas y separadas en principio por varios territorios, y, cada día que pasaba más despreciada y más relegada debido a su antigüedad, estaba cayendo en el olvido; hasta que los más poderosos o los más destacados por su ingenio, en razón de su comodidad e interés propio, en razón del deseo de granjearse una reputación y de conseguir la gloria, desviándose de la senda antigua y común, trataron de procurarse otras vías diferentes de vida, de actuación y de enseñanza; y en virtud del favor, de la persuasión o de las fuerzas, el poder y las riquezas atraieron a una parte de los demás hacia sus opiniones y pensamientos, y a otra parte la arrastraron. Empresa a la que fueron invitados el esfuerzo y la habilidad para establecer y afianzar la autoridad, especialmente la propia, no sólo entre los presentes y los hombres de aquel tiempo, sino también entre los ausentes y venideros. Y el primer error fue cometido contra el origen de todas las cosas; es decir, contra el conocimiento y culto del Dios verdadero; pues mientras languidecía poco a poco la celebridad y el esplendor del nombre de *YAHVEH* (cuya significación encierra el principio de la salvación humana) se mostró en cada una de las lenguas como un nombre sin más, el cual según el uso de la lengua y el juicio de quienes lo ponían daba a entender este orden natural, el cual se consideraba que con su autoridad y dignidad podía ser útil o perjudicial para todos los mortales, o para alguna familia, nación, raza o pueblo en particular, y al cual se le mostraba públicamente por este motivo miedo y temor de espíritu, [135] e incluso una manifestación acorde a este sentimiento que pudiera llamarse culto. Y de hecho tenemos noticias de que hubo dos sectas con cuya autoridad y habilidad fue instituida y confirmada esta perversa enseñanza de los asuntos divinos. Una, la de los hombres principales y poderosos, quienes con el propósito de velar por su poder, sus bienes y sus nombres pregonaron que ellos o sus padres y antepasados o sus hijos y nietos, esposas y otras personas queridas y amadas eran o habían sido dioses, y cuidaron de ser tenidos y ser honrados como dioses, y de ser consagrados mediante la aclamación y confirmación de los pueblos que los adulaban o los temían. Y este tipo de deificaciones se consagraban en virtud del linaje mismo, o mediante un juramento solemne, o la execración de la ley, o por medio

de un castigo, maldecida y condenada en efecto la cabeza de quien se hubiese atrevido a actuar, enseñar o hablar en contra. Y la otra secta de éstos fue la de quienes no con la fuerza ni con las riquezas o con el miedo del poder, sino que tratando de ganarse al pueblo bajo la reputación de sabiduría y conocimiento, se afanaban por mostrarse sorprendentes; y por este motivo mucho más perniciosos, porque ocultando el esplendor natural de las cosas con ficciones y engaño pueril gracias a su apariencia elegante y al encanto de las palabras, dirigieron súplicas a nombres falsos de la divinidad, y transformando toda la naturaleza de las cosas con las embrolladas enseñanzas de los misterios descubiertos con su ingenio, lo confiaron sólo a sus discípulos y seguidores; y en cambio a los otros mortales más ignorantes, fáciles de engañar y bien dispuestos, les mostraron lo que debían adorar y honrar de acuerdo con lo que ellos mismos les habían enseñado, representaciones con pinturas y colores auténticos que agradasen en una primera impresión a los ojos de quienes las contemplasen, pero que deslumbrasen inmediatamente con el elogio y la veneración de su majestad y divinidad a quienes quisieran mirarlas más de cerca. Y de hecho ambos grupos de autores pusieron la base de su ardid y descubrimiento en la confianza de la naturaleza humana, la cual habían comprendido que se podía entretener mejor y era más fácil de captar con imágenes de cosas extrañas y ajenas a los sentidos antes que impresionarla y atraerla con la búsqueda y la contemplación de lo que no se ve. Esta depravación del conocimiento ya vimos antes que fue erróneamente avivada por aquella primera derrota del género humano. Así pues, unos de estos descubridores, bien por los beneficios prestados a la gente de su tiempo o bien por la violencia hecha a los débiles, se esforzaron en ser admirados y respetados por los demás hombres e incluso por los siglos venideros, y finalmente en ser tratados con honores divinos. Y los otros, por su parte, gracias a la ciencia y al conocimiento usurpado de los asuntos divinos y humanos, no se afanaron tanto en ser considerados ellos mismos como dioses cuanto en ser tenidos y elogiados como los creadores, los padres y los defensores de los dioses. Y habiendo conseguido ambos grupos no pocos seguidores de sus patrañas, lograron que sus dioses, llevados a la escena en un teatro popular, no sólo fueran recibidos con aplausos, sino que incluso fuesen aprobados, aclamados y adorados. Y de hecho, el propósito y la idea de éstos se vieron favorecidos por el importante y oportuno servicio, así como por el cómodo y eficaz apoyo de cierto tipo de aduladores que, movidos por la avaricia y el deseo, o bien atraídos por la búsqueda del favorcillo de los poderosos o del vulgo, se entregaron afanosamente a estas artes que se dedican a inventar y a simular representaciones de las cosas de la naturaleza, cuales son la pintura y la escultura; pero la más hábil de todas, y sobre todo la más eficaz, para disponer, para guiar e incluso para arrastrar los ánimos de los hombres es la poesía; [136] la cual, en la medida en que también ella es pintura, ha aprendido a imitar y a modelar las cosas de tal modo que no sólo ofrece imágenes mudas e inmóviles para contemplarlas con los ojos, como hacen la pintura y la escultura, sino que sabe representar las cosas mismas, tanto las que están bajo el cielo como las que se consideran celestes, muy similares a la realidad, con vida, dotadas de movimiento y destacándose por la capacidad de hablar y por la facultad de

actuar y de ejecutar; y no sólo puede turbar y engañar la vista de quienes contemplan, lo cual también lo pueden hacer la pintura y la escultura, sino que es capaz de apoderarse de sus ojos, de sus oídos e incluso del espíritu y de la mente, y las cosas que pueden parecer más increíbles, hacerlas creíbles. Así pues, tanto los hombres principales como los profesores de aquella monstruosa sabiduría les sacaron importante partido a la adulación de estos artifices al objeto de defender su causa ante el común de los hombres; aun cuando unos y otros, en la misma medida que sus partidarios y auxiliares, eran conscientes de la mentira y del fraude que ellos pregonaban como verdad. Y entre lo mucho y variado que podemos leer en numerosos capítulos de los libros sagrados acerca de esas dos sectas de tales maestros, es especialmente claro aquello que dice: *Vanos son por naturaleza todos los hombres, en quienes hay desconocimiento de Dios, y que a partir de los bienes visibles son incapaces de ver al que es, ni por consideración de las obras conocieron al artífice. Sino que al fuego, al viento, al aire ligero, o al círculo de los astros, o al agua impetuosa, o a las lumbreras del cielo tomaron por dioses rectores del universo. Pues si seducidos por sus hermosura los tuvieron por dioses, debieron conocer cuánto mejor es el Señor de ellos, pues es el autor de la belleza quien hizo todas estas cosas. Y si se admiraron del poder y de la fuerza, debieron deducir de aquí cuánto más poderoso es su plasmador; pues en la grandeza y la hermosura de las criaturas proporcionalmente se puede contemplar a su Hacedor original. Pero sobre éstos no cae tan gran reproche, pues por ventura yerran buscando realmente a Dios y queriendo hallarle; y ocupados en la investigación de sus obras, a la vista de ellas se persuaden de la hermosura de lo que ven, aunque no son excusables. Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él? Desdichados los que han puesto sus esperanzas en muertos, cuantos llaman dioses a las obras de sus manos, oro y plata, obras de artífice, e imágenes de animales, o piedra inútil, obra de mano antigua. Corta experto leñador un tronco manejable, lo descortezta diestramente y haciendo uso de su destreza y arte fabrica un mueble útil para las necesidades de la vida; y los despojos de la obra los consume en preparar su comida y satisfacer su necesidad; pero el último resto, que para nada sirve, un leño torcido y lleno de nudos, lo toma y lo labra en sus ratos de ocio, y con su arte le da una figura, semejanza de hombre, o dándole la semejanza de un vil animal y pintándole de minio, le da un color rojo y cubre de pintura todas las manchas que hay en él, y, preparándole una morada digna, le coloca en el muro, asegurándole con hierros, cuidando bien que no caiga, pues sabe que no puede valerse por sí mismo, siendo una imagen que necesita de ayuda. Y luego, al dirigirle oraciones por su hacienda, por sus mujeres y sus hijos, [137] no se avergüenza de hablar con quien carece de alma, de invocar al impotente pidiéndole la salud, y ruega al muerto por la vida, y suplica la ayuda de quien es lo más inútil. Y pide un feliz viaje al que no puede usar de sus pies, y ganancias y empresas y el éxito de sus obras y energía al más incapaz de hacer nada con sus manos. Y en este mismo lugar un poco más abajo: *Pues el principio de la fornicación es la invención de los ídolos, y su invención es la corrupción de la vida. No existieron desde el principio ni existirán para siempre. Fue la vanagloria de los hombres la que los in-**

Sap 13, 1-19.

Sap. 14, 12-21.

rodujo en el mundo, y por esto está decidido su próximo fin. Un padre, presa de acerbo dolor, hace la imagen del hijo que acaba de serle arrebatado, y al hombre entonces muerto le honra ahora como a dios, estableciendo entre sus siervos misterios e iniciaciones. Luego, con el tiempo, se consolida esta costumbre impía y es guardada como ley, y por los decretos de los príncipes son veneradas las estatuas. Y a quienes los hombres no pueden de presente honrar por estar lejos, de lejos se imaginan su semblante y hacen la imagen visible de un rey venerado, para adular al ausente con igual diligencia que si estuviera presente. Y, progresando la superstición, también a los ignorantes los indujo el deseo de honrar al artista. En efecto, éste, queriendo congraciarse con el soberano, extremó el arte para superar la semejanza, y la muchedumbre, seducida por la perfección de la obra, al que hasta entonces honraba como a hombre, le miró como cosa sagrada. Y esto se convirtió en lazo para los hombres, porque los hombres, queriendo servir a la fortuna o a la tiranía, atribuyeron a la piedra y a los leños el nombre incomunicable. Ahora bien, para poder tocar todo el material con el que ellos inventaban sus símbolos y poder mostrar en qué medida contribuyó el arte esforzándose con engaños y charlatanerías de esta clase, debemos escuchar de nuevo a este mismo sabio: *Pues el alfarero, que amasa fatigosamente el barro, fabrica todo género de vasos para nuestro uso, del mismo barro modela vasos útiles para los servicios limpios y otros para usos contrarios; pero sobre cuál ha de ser el destino de cada uno es juez el alfarero. Y con un trabajo inútil modela de la misma masa un dios vano, que, salido poco antes de la tierra, vuelve poco después a aquella de donde fue tomado al exigírsele la deuda de una vida prestada. Pero no le dan cuidado sus fatigas ni de que su vida es corta. Rivaliza con los orífices y los plateros e imita a los broncistas, y tiene por gloria el hacer figuras engañosas. Su corazón es ceniza, y su esperanza más vil que la tierra; su vida es de menos estima que el barro. Porque desconoce a quien le hizo, al que le infundió su semejanza con un alma activa y al que le dio su espíritu vital. Mas para los hombres nuestra existencia es un pasatiempo, y la vida, una feria en que hacer ganancias; pues dicen que es preciso ganar aun por malos medios, y éste sabe que peca más que todos, pues de la misma tierra fabrica vasos frágiles y estatuas de ídolos. Son en sumo grado insensatos y desdichados, más que el alma de un niño, los enemigos de tu pueblo que dominan sobre él. Porque tuvieron por dioses a todos los ídolos de las naciones, que no pueden ver con sus ojos, ni pueden respirar el aire por sus narices, [138] ni oír con sus oídos, ni tocar con los dedos de sus manos, ni andar con sus inmóviles pies, pues es el hombre quien los hace y los modela; sólo de prestado recibieron aliento de vida, pues no hay hombre capaz de modelar un dios semejante a sí. Siendo mortal, fabrica con sus manos impías un muerto; él es mejor que los objetos que venera, pues él goza de vida, y aquéllos, no. Adoran a los animales más odiosos, que, comparados con los otros, son los más repugnantes; nada hay en ellos que los haga estimables como los otros animales en que hay bellas cualidades, y hasta fueron excluidos de la aprobación y de la bendición de Dios. San Pablo atribuye esta misma aberración tanto al poder absoluto de los príncipes como a la responsabilidad de quienes profesando la sabiduría, al común de los hombres, apartado con ciertas charlatanerías y engaños de aquellas cosas que son manifiestas, le esparcieron sombras*

Sap 15, 7-19.

a la hora de conocer y buscar, como había sido lícito, la verdad divina. *Pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres, de los que en su injusticia aprisionan la verdad con la injusticia. En efecto, lo cognoscible de Dios se lo manifestó* [insinuando lo divino por medio de lo humano]; *porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad son conocidos mediante las obras. De manera que son inexcusables, por cuanto, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos* [creencias], *viniendo a oscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron necios, y trocaron la gloria de Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles.* Y que los versos y las invenciones de los poetas han contribuido en gran medida a crear este tipo de confusión y a generar falsas opiniones y supersticiones, además de lo que se ha descubierto por su insolente fanfarronería, lo confirma la exposición de los apóstoles que también dan testimonio de la verdadera naturaleza y virtud de Dios: *Porque no fue siguiendo artificiosas fábulas como os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino como quienes han sido testigos oculares de su majestad. Pues al recibir* [no de los poetas, como los otros que entre los pueblos reciben el nombre de dioses, sino] *de Dios Padre honor y gloria, de la majestuosa gloria le sobrevino una voz (que hablaba) en estos términos: "Éste es mi Hijo, el Amado, en quien tengo mis complacencias". Y esta voz bajada del cielo la oímos los que con Él estábamos en el monte santo.* Así pues, sucedió que junto con los pueblos dispersados también se transformó el aspecto de las lenguas; y entretanto surgieron y brotaron incontables y diferentes aberraciones de las creencias relativas a todo lo humano y lo divino, para unos, por no asignarle ningún principio al mundo, y para otros, por asignarle uno totalmente diferente; y a partir de aquí fueron honrados infinidad de portentos transmitidos como dioses según el exceso de los ingenios y según el deseo, el interés y, a veces, incluso la rivalidad de príncipes y sabios. Y aunque en un principio eran sólo dos los nombres con los que los hombres debían designar aquella sacrosanta majestad: uno, *ELOHIM*, el cual había sido célebre para referirse a la creación, a la providencia y al gobierno; y el otro, *YAHVEH*, [139] cuyo significado oculto había sido revelado para creer, desear y esperar la salvación y la felicidad del hombre; de éste no se había dejado efectivamente ninguna noticia salvo en la familia de Sem y en su descendencia; del primero, en cambio, sí permanecía la voz en la lengua y entre la gente de Canán; aunque no fue reservado intacto e íntegro para el único y verdadero Dios, sino que una vez que la verdad se contaminó con mentiras, con muchas cosas completamente infundadas o ajenas a la divinidad, ya era repetido como un hecho común. Y en efecto, los demás habitantes de la tierra, esforzándose en semejante despropósito, atribuían la santidad de algún nombre, puesto para dar a entender su naturaleza divina, a cosas variadas a las que les habían inventado que tenían poder y voluntad divina; y por último, creciendo de día en día el furor de este atrevimiento en las mentes y entre las costumbres de los hombres, se turbaba el conocimiento del Dios verdadero que lo gobierna todo. Y de hecho, Pablo y Bernabé, esforzándose por arrancar las profundas raíces de esta superstición, nacidas y acre-

Rom 1, 18-23.

2 Petr 1, 16-18.

Act 14, 10-16.

centadas en el espíritu de diferentes pueblos desde tiempo atrás, la atacaban desde el comienzo mismo de la semilla plantada impresionados por el ejemplo de la situación en su época. Y así está escrito: *La muchedumbre, al verlo que había hecho Pablo, levantó la voz diciendo en licaónico: Dioses en forma humana han descendido a nosotros, y llamaban a Bernabé Zeus, y a Pablo Hermes, porque éste era el que llevaba la palabra. El sacerdote del templo de Zeus, que estaba ante la puerta de la ciudad, trajo toros enguirnaldados y, acompañado de la muchedumbre, quería ofrecerles un sacrificio. Cuando esto oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus vestiduras y, arrojándose entre la muchedumbre, gritaban, diciendo: "Hombres, ¿qué es lo que hacéis? Nosotros somos hombres iguales a vosotros y os predicamos para convertirlos de estas vanidades al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ello; que en las pasadas generaciones permitió que todas las naciones siguieran su camino, aunque no las dejó sin testimonio de sí, haciendo el bien y dispensando desde el cielo las lluvias y las estaciones fructíferas, llenando de alimentos y de alegrías vuestros corazones".*

CAPÍTULO VI.

DE LA DESCENDENCIA DE SEM

Así pues, aquella múltiple calamidad de superstición surgida a raíz de la primera separación de los hombres se extendió por toda la tierra por espacio de doscientos cincuenta y cinco años, deseando cada nación, cada ciudad, cada familia, y a veces incluso cada individuo sus propios errores y desvaríos, e invocando a los dioses bajo diferentes advocaciones y atributos. En esta situación también la rivalidad desempeñó un papel importante, al esforzarse todos en que sus respectivos pueblos y estados no fueran menos célebres o distinguidos que los otros por el número o por la importancia de sus dioses. Algo que sería infinitamente trabajoso y, sin duda, ingrato mostrarlo y exponerlo uno por uno. Y efectivamente avanzó hasta tal punto aquella epidemia, que también afectó no poco a la familia y a los pueblos de estos a quienes se les había confiado el misterio y la palabra de la salvación. [140] Y no sólo atacó al vulgo y a la plebe aquella enfermedad, sino que también afectó a éstos a quienes, en sucesión ininterrumpida de los primogénitos, les habían sido transmitidas las enseñanzas de su padre Sem; pues desde Arfaxad, el primer hijo de Sem, hasta Abram se cuentan ocho generaciones, adscritas al primogénito heredero exclusivo de cada linaje y de cada familia, Heber, Paleq, Reu, Sarug, Najor, Teraj y Abram. Y en tiempos de Paleq leímos que se produjo la división, pues mientras todos los demás buscaban unas y otras regiones de la tierra y del cielo, como ya vimos, y ocupaban lugares diferentes, solo él eligió esta región en la que se había producido la confusión de lenguas; es decir, los campos limítrofes con el río Éufrates, que luego se llamaron *CHASDIM* o de los caldeos, cuya ciudad más conocida se llamó Ur, según las noticias que tenemos. Éstos, sin embargo, no

se sirvieron de la lengua originaria, sino de una muy parecida a la originaria que llaman caldea, babilónica o aramea, en la que no queda ninguna muestra del nombre *YAHVEH* ni de la palabra de la que deriva; pues los traductores caldeos cada vez que quieren recoger aquel sacrosanto nombre a partir de la lengua originaria, más que recogerlo, lo sugieren con triple iota y una vocal larga de este modo: *iiiA*. Por lo que se cree que aquel nombre arcano ha permanecido entre los descendientes de Sem no mediante el uso de la lengua materna, sino que gracias a la transmisión de las enseñanzas secretas se ha conservado desde la lengua originaria que antes era común a todos. Pero a decir verdad, mientras permanecía entre las demás naciones la superstición de un culto infundado y de dioses falsos, esta nación, como decíamos, también contrajo este vicio bien por ignorancia, bien por temeridad o más bien por rivalidad. Lo cual en una ocasión Josué, guía del pueblo, lo declaró por mandato de Dios ante una asamblea muy numerosa y concurrida. *Reunió Josué a todas las tribus de Israel en Siquem, y convocó a los ancianos, a los jefes, a los jueces y a los escribas, y se presentaron ante el Señor. Josué dijo entonces a todo el pueblo: "Así habla el Señor, Dios de Israel: 'Vuestros antepasados, Teraj, padre de Abraham y de Najor, habitaron desde antiguo al otro lado del río y dieron culto a dioses extraños'".* Pero ya hemos expuesto cómo todos los demás se desviaron por distintos caminos errados. Y de hecho fue la familia de Sem, como dijimos, la que había obtenido en suerte la parte principal y especialmente favorable del presagio y de la bendición de su padre. *Ésta es la descendencia de Sem: era Sem de cien años cuando engendró a Arfaxad, dos años después del diluvio. Vivió Sem después de engendrar a Arfaxad quinientos años, y engendró hijos e hijas. Vivió Arfaxad treinta y cinco años, y engendró a Sale; vivió después de engendrar a Sale trescientos años, y engendró hijos e hijas. Vivió Sale treinta años, y engendró a Heber; vivió después de engendrar a Heber cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas. Vivió Heber treinta y cuatro años, y engendró a Paleq, vivió después de engendrar a Paleq cuatrocientos treinta años, y engendró hijos e hijas. Vivió Paleq treinta años, y engendró a Reu; vivió después de engendrar a Reu doscientos nueve años, y engendró hijos e hijas. Vivió Reu treinta y dos años, y engendró a Sarug; [141] vivió después de engendrar a Sarug doscientos siete años, y engendró hijos e hijas. Vivió Sarug treinta años, y engendró a Najor; vivió después de engendrar a Najor doscientos años, y engendró hijos e hijas. Vivió Najor veintinueve años, y engendró a Teraj; vivió después de engendrar a Teraj ciento diecinueve años, y engendró hijos e hijas. Vivió Teraj setenta años, y engendró a Abram, a Najor y a Aram. Aram engendró a Lot, y murió Aram antes que su padre Teraj en su país natal, en Ur de los caldeos. Tomaron Abram y Najor mujer cada uno; el nombre de la de Abram, Sarai, y el de la de Najor, Melca, hija de Aram, el padre de Melca y de Jesca. Era Sarai estéril y no tenía hijos. Tomó, pues, Teraj a Abram, su hijo; a Lot, el hijo de Aram, hijo de su hijo, y a Sarai, su nuera, la mujer de su hijo Abram, y los sacó de Ur de los caldeos para dirigirse a la tierra de Canán, y llegados a Jarán, se quedaron allí. Siendo Teraj de doscientos cinco años, murió en Jarán.*

[Jos 24, 1-2].

[Gen 11, 10-32].

CAPÍTULO VII. DE LA LLAMADA DE ABRAM

Cuando ya todo el orbe terrestre estaba repleto y concurrido de hombres y de despropósitos, hasta tal punto que el conocimiento del Dios verdadero y regidor del mundo, turbado o reducido a unos pocos, cada día que pasaba o bien se confundía más y más mezclado con nuevas supersticiones o bien desaparecía en el olvido; aquella ciencia relativa a la salvación universal, incluso entre los descendientes de Sem, a quienes había sido especialmente confiada, estaba cayendo casi en el olvido debido al uso del vulgo y a las creencias y doctrinas de los impíos y farsantes. Sin embargo, Dios, que no se olvida nunca, y es persistente en su propósito, comenzó no sólo a enseñar su arcano designio, recordándolo y repitiéndolo, anunciándolo y prediciéndolo, sino a prepararlo ya, a adornarlo y a disponerlo, elegido por primera vez un hombre, y escogido personalmente de entre aquella descendencia del hijo piadoso en otro tiempo a quien su padre Noé le había sacado especialmente esta suerte como recompensa de su respeto y de su piedad, *BENDITO YAHVEH DIOS DE SEM*. Queriendo Dios que esta suerte fuese confirmada ciertamente como divina por el resultado mismo, decidió en este tiempo oscuro de la mayor ignorancia y superstición levantarla como estandarte luminoso de su nombre en medio de la tierra y establecerla entre los hombres como prueba de su antigua promesa. Y quiso en verdad mostrarle a Abram este arcano de un modo más claro de lo que lo había hecho antes, y confiarle el cometido de celebrar aquel nombre de salvación, y de revelarlo y comunicarlo oportunamente no sólo a sus descendientes, sino también a las demás naciones y habitantes de la tierra una vez recuperadas estas mismas leyes que había establecido desde el comienzo del mundo como inviolables y que deben ser observadas por todos los que desean y se afanan por la salvación propia, [142] a saber, las de la lealtad y la obediencia; y que éstas no sólo fueran confiadas de palabra y discurso, sino que fueran garantizadas por este ministro de su mandato, el único a quien apartaba de todo el mundo; y por último, cuando estuvieron completamente garantizadas las elogió. Y fue aquel Abram el mayor de los hijos de Teraj, quien, aunque nacido y educado entre hombres que creían en dioses falsos; sin embargo, por las muestras de su sano juicio y del candor de su espíritu, Dios lo había preferido como idóneo para esta empresa que preparaba; y que en consideración a la antigua bendición debía ser elegido el primero lo probaba la serie continuada de sus hechos y opiniones. Éste, examinado en verdad desde el comienzo mismo de sus acciones, dio una singular y seria muestra de su virtud y piedad, y suscitó un gran deseo de fe que debía ser probada en todos los peligros; y lo suscitó no sólo en Dios, para quien son manifiestos los pensamientos y las acciones de cada hombre, tanto los internos como los externos, sino también en sus socios y compañeros, a los cuales tuvo también como discípulos de la piedad y de la doctrina verdadera, y a quienes llevó para peregrinar junto con él. Pues ningún suelo es considerado por todos los mortales más querido o más grato que la patria, con tal que lo pueda tener, cultivar y habitar con libertad y convenientemente; donde pueda

[Gen 9, 26].

tener sus objetos sagrados, su origen, los restos y muchas muestras de sus antepasados, además de sus allegados, amigos y conciudadanos, cuyos caracteres le son conocidos, y tiene examinados y comprobados sus desvelos, favores y ayudas. Y por el contrario, nada se considera más incómodo o inoportuno que el exilio, nada más inseguro o más terrible que la peregrinación, sobre todo la que se piense que será eterna, donde se echa de menos casi todo lo que tienen los que habitan libre y plácidamente su patria; lo cual fue recogido también en aquella ley divina: *No oprimirás al extranjero; pues vosotros sabéis lo que es ser extranjero, ya que vosotros mismos fuisteis extranjeros en tierra de Egipto.* Y la primera dificultad en la fe y obediencia de Abram, la primera prueba de aquel soldado elegido para la piedad fue de esta clase: *Dijo YAHVEH a Abram: "Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre".* ¿Pues qué hay más triste que ser abandonado y quedarse solo, a menos que se haya constatado previamente la oportunidad y posibilidad seguras y comprobadas de un lugar mejor y de mayores ventajas? Sin embargo, este novato en prueba no tuvo en principio ninguna oportunidad así, sino que le fue ordenada aquella muestra de obediencia sin más, *E irás a la tierra que yo te mostraré.* [Gen 12, 1]. Ejemplo que san Pablo, recomendándolo como el más importante y el más difícil, lo describía no sin admiración como norma a imitar: *Por la fe, Abraham odedeció cuando se le llamó para ir a un lugar que iba a recibir en herencia; y salió sin saber adónde iba.* Y esto que fue añadido como si de un premio se tratara, le proporcionó no poco motivo para tentar su fe: *Yo haré de ti una nación grande; te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y tú mismo serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan. En tí serán bendecidos todos los linajes de la tierra.* Siendo ya un anciano con más de setenta y cuatro años, sin ninguna descendencia, y además unido en matrimonio a una mujer de una edad no sólo más avanzada de lo conveniente, sino completamente estéril, escuchó que él sería una nación grande, algo que no podía convencer a ninguno de los príncipes terrenales ni de estos sabios que examinan la naturaleza, el poder, [143] la oportunidad y la eficacia de las cosas así como las regiones celestes; de manera que debía abandonar la comodidad y la ventaja segura de su propia patria, de su familia y de su ciudad. Sin embargo, aquel varón grande por su sentido y juicio, dotado con una gran prudencia, con el conocimiento y la práctica de las cosas, sin detenerse lo más mínimo en la consideración de esto que hemos señalado, se persuadió de que debía acoger y ocuparse en su ánimo de aquello solo; era por supuesto YAHVEH quien lo llamaba, el guía y responsable de aquella antigua promesa, *Bendito YAHVEH, el Dios de Sem,* quien ahora de nuevo quería no sólo renovar esa misma promesa, sino favorecerla, proveerla y cumplirla en su persona, y quien no podía ser impedido ni estorbado por ninguna fuerza, por ningún obstáculo, de prometer lo que quisiera, o de cumplir lo que hubiese prometido, con tal que éstos a quienes hubieran sido hechas las promesas no descuidaran sus propios intereses, bien mostrando menos fe o bien negando o entibiando su obediencia. *Salió Abram conforme le había ordenado el Señor,* no para explorar previamente solo y de modo individual el lugar a donde se le había ordenado emigrar, y hallándolo grato y oportuno para él, una vez que hubiese llamado o ido a buscar su familia, su pueblo y su patri-

Ex 23, 9.

[Gen 12, 1].

[Gen 12, 1].

Hebr 11, 8.

[Gen 12, 2-3].

[Gen 9, 26].

[Gen 12, 4].

- [Gen 12, 4]. monio, finalmente encaminarse hacia él y habitarlo; sino que, muy al contrario, tan pronto como fue llamado, despidiéndose para siempre de su patria, de su linaje, de su casa y de todas sus ventajas *Salió conforme le había ordenado el Señor, y fue con él Lot*, a quien se empeñó en llevar consigo como socio y partícipe de los bienes prometidos, dándolos por seguros; y en verdad no se había aferrado lo más mínimo a ninguna palabra del que lo llamaba.
- [Gen 12, 4]. *Tenía Abram setenta y cinco años cuando salió de Jarán*. Y sin embargo, una vez dispuesto a emigrar, no cambió nada del estado ni del orden en que entonces se encontraba su casa, ni abandonando a su anciana y estéril esposa se llevó otra que deseara y cuya conocida o esperada fecundidad le ofreciera una oportunidad idónea para aquella promesa: *Haré de ti una nación grande*; sino que comprendiendo que debía servirse de esta misma condición con la que oía que él era llamado, decidió que el resultado de la promesa se debía confiar a su autor junto con todo el preparativo y disposición; y que, en cambio, era cometido suyo conservar con mucha diligencia, constancia y severidad la fe en las promesas y el respeto a lo que se le ordenase. *Y tomó Abram a Sarai, su mujer, a Lot, hijo de su hermano, y todos los bienes que habían acumulado y la servidumbre adquirida en Jarán; se encaminaron hacia la tierra de Canán*, la cual se habían enterado por la celebridad de su fama que estaba habitada por muchas familias y pueblos, y que éstos eran ricos y poderosos; y tan pronto como comenzaron a recorrerla descubrieron que era cierto. *Y cuando llegaron a ella, atravesó Abram la tierra hasta la localidad de Siquem, hasta un valle famoso. Los cananeos estaban entonces en el país*. Y en verdad era una nación no sólo valiente, sino también muy rica, como la que celebrarían los doce reyes y sus pueblos, con tan gran concordia y ayuda y colaboración mutua que todos conservaban y mantenían aún el antiguo nombre de su pueblo desde la división de las naciones. Sin embargo, él, habiendo entrado en aquella tierra, en medio de la prosperidad de aquel pueblo, como un peregrino y un extranjero, sin poseer ni siquiera una pequeña parte, emigrando ahora a éste ahora a aquel otro campo, cambiando las tiendas con demasiada frecuencia, él, que recientemente había recibido noticias de que se convertiría en una gran nación, de nuevo escuchó aquella misma declaración.
- [Gen 12, 5]. [144] *Y se apareció el Señor a Abram, y le dijo: "A tu descendencia daré yo esta tierra"*. Acaba de escuchar que el cumplimiento de la promesa no lo tenía que esperar él ni los que había llevado consigo fuera de la patria, a quienes les podría resultar más grato el uso, el fruto y la posesión, sino su descendencia y posteridad; y ello a pesar de que carecía de descendencia y ni él ni su esposa podían esperarla del ejemplo y la fuerza de la naturaleza. Y ciertamente podría considerarse demasiado larga la espera de aquella felicidad o estado como para que por su causa alguien se hubiera separado de las ventajas de su patria y de su casa, así como de su propia ciudad. Lo cual, aquel arengador divino recomendaba que se debía observar con atención y juzgarlo con cuidado: *El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham, cuando estaba en Mesopotamia, antes de que fijara su residencia en Jarán, y le dijo: "Sal de tu tierra y de tu parentela y ve a la tierra que yo te mostraré". Entonces salió de la tierra de los caldeos y fijó su residencia en Jarán. De allí, después de morir su padre, Dios lo trasladó a esta tierra en la cual vosotros habitáis aho-*
- [Gen 12, 5-6].
- [Gen 12, 7].
- Act 7, 2-5.

ra. Y no le dio parte en ella, ni para asentar un pie, sino que le prometió dársela en posesión a él y a su descendencia después de él, siendo así que no tenía hijos. Y sin embargo, contento y alegre con aquel destino que había comprendido que Dios le preparaba, considerando que no debía buscar ni pedir ninguna otra cosa o de otra manera, sino sólo aquello, y del modo que emanara de la decisión y voluntad de Dios, no sólo no respondió ni recibió ni buscó algo, sino que decidió que aquella respuesta dada voluntariamente debía recibirla con manifestaciones de alegría y de agradecimiento. Y edificó allí un altar al Señor, que se le apareció. De modo que de momento él se consideraba bastante afortunado, a quien YAHVEH, el responsable y promotor de la felicidad humana, que estaba proveyendo aquella empresa de la salvación universal con carácter inminente, había dado garantías de cumplir por primera vez aquella promesa divina en su propia descendencia, y de que aquel lugar, en el que entonces peregrinaba como extranjero, se convertiría en escenario público de los servicios que había de prestarle, y de que también él, aunque muchos años después, participaría del favor y de la recompensa de aquella máxima felicidad. Y el apóstol, habiendo admirado el espíritu y el consuelo de este varón y de cuantos lo imitaron, citándolos a modo de ejemplo los recomendó: *Todos éstos murieron dentro de la fe, sin haber recibido las cosas prometidas, sino viéndolas y saludándolas desde lejos, y confesando que eran extranjeros y advenedizos sobre la tierra. Realmente, los que usan este lenguaje dan a entender con ello que van en busca de patria. Y si hubieran pensado en aquella patria de donde habían emigrado, ocasión habrían tenido de volver allá; pero, de hecho, aspiran a una patria superior, o sea, a la del cielo. Y así se explica que Dios no tenga ante ellos reparo de ser invocado como Dios suyo, porque para ellos preparó una ciudad.* Por consiguiente, convencido de que era deber suyo honrar a aquel Dios y predicar que debía ser honrado, el cual iba a cumplir y a concederle un beneficio tan grande al orbe terrestre, durante todo el tiempo que duró su peregrinación, en cualquier lugar que se hospedaba, le prestó a este asunto y tarea un constante y apasionado celo, y se consagró a ello. De allí pasó al monte que está al oriente de Betel, y desplegó su tienda, teniendo a Betel a occidente y a Haí al oriente. Edificó allí un altar al Señor e invocó su nombre. [145] Después avanzó Abram de campamento en campamento en dirección al sur. Y en verdad era tan constante, se había tomado la promesa divina tan en serio, que con los altares piadosos levantados dejaba testimonio de su fe así como del nombre del Dios que había hecho la promesa para el recuerdo también de sus descendientes; y entretanto él mismo celebraba el nombre y la divinidad de YAHVEH, olvidado ya por aquellas regiones, y lo promulgaba para que lo conocieran y lo honraran. Pues esto es lo que significan aquellas palabras: *E invocó su nombre.* Y presentándosele ocasiones con todo tipo de tempestades, tanto del cielo y de la tierra como también de las cosas humanas, durante las que bien se le mandaba cambiar de lugar, o bien lo decidía por propia iniciativa, conservó siempre desde antiguo dos cosas; a saber, la constancia en el cumplimiento de su deber así como en la práctica y en la recomendación de la piedad, y la singular providencia de Dios hacia su persona, declarada con frecuente y múltiple peligro, para admiración de reyes, príncipes, pueblos y particulares, tanto envidiosos como

[Gen 12, 7].

Hebr 11, 13-16.

[Gen 12, 8-9].

[Gen 12, 8].

Ps 104, 11-15.

partidarios, para quienes llegó a ser en parte motivo de miedo y de reverencia, en parte de afecto, cariño y de atención con riquezas y honores entre los egipcios y en toda la región de los cananeos, la cual recorría. Esto lo cantó hermosamente el poeta, y para que sirviese de enseñanza lo confió al recuerdo de los versos diciendo: *"A ti daré el país de Canán como la parte de tu herencia". Siendo pocos en número y extranjeros, en marcha entre naciones, de un reino a otro pueblo, no permitió a hombre hacerles daño y reprobó a reyes por su causa: "No toquéis a mis unguidos, no hagáis mal a mis profetas"*.

[Gen 14, 19-20].

Sin embargo, Abram, aunque honrado de múltiples maneras, famoso y célebre, nunca se apartó lo más mínimo ni de sus deberes humanos ni de su vida modesta, de su afabilidad, de su sencillez y de su simplicidad de costumbres; ni tampoco trató nunca de causarle un ultraje a nadie, o de castigar los que a menudo le habían hecho a él; sino que cediendo al deseo de los demás, sin oponerles resistencia alguna a la ambición y al poder, cerrando los ojos a la insolencia de los de su casa, familiares y allegados, con tal que ello no supusiera ofensa a la divinidad, no sólo permaneció siempre íntegro, valiente y sin cambio, sino que para todos con los que alguna vez tuvo trato, tanto vecinos como forasteros, resultó o admirable o terrible, con la mediación por supuesto de Dios, que siguió con cuidado continuo la vida, la dignidad, la fama, la familia y todos los pormenores de su profeta, su arengador y su ministro. ¿Y para qué más? Con esta única ayuda un hombre solo, con una pequeña tropa de trescientos dieciocho sirvientes y los recursos de unos pocos aliados a cuatro poderosos reyes, pletóricos por la victoria, por los despojos y el botín de cinco reinos, en el intervalo de una sola noche y del día siguiente los venció, los dispersó y los puso en fuga, los despojó de todo el botín, incluido el de los propios generales, y con el mismo trabajo vengó el ultraje inferido a su sobrino; lo cual provocó la admiración no sólo de los príncipes que acababa de vencer y que él mismo restituyó, sino que incluso el rey de la ciudad metropolitana de Jerusalén, máxima autoridad de toda la región de Canán, y sacerdote del Dios supremo, investido con atribuciones sagradas, lo elogió por aquella acción imperecedera de su hazaña y de la victoria lograda con la ayuda divina. [146] *Bendito sea Abram para el Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra. Y bendito sea el Dios Altísimo, que puso a tus enemigos en tu mano.* Pero antes de esta expedición que hemos recordado, cuando por primera vez se había separado de su sobrino Lot, quien estaba un tanto preocupado por la escasez de pastos, recibió la misma promesa divina de antes, pero explicada de modo más claro y evidente, y confirmada de nuevo; y declaró que él la acogió con el mismo testimonio de fe, a saber, con altares consagrados y dedicados a su Señor y con acciones de gracia. *Dijo YAHVEH a Abram después que Lot se hubo separado de él: "Alza tus ojos, y desde el lugar donde estás mira al norte y al mediodía, al oriente y al occidente. Toda esa tierra que ves te la daré yo a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; si hay quien pueda contar el polvo de la tierra, ese será quien pueda contar tu descendencia. Levántate y camina por la tierra, a lo largo y a lo ancho, pues a ti te la he de dar". Levantó, pues, Abram sus tiendas y se fue a habitar al encinar de Mambré, cerca de Hebrón, y alzó*

[Gen 13, 14-18].

allí un altar a YAHVEH. Pero cuánta autoridad ante unos y cuánto favor ante otros le reportaron a Abram, poco después llamado Abraham, aquellas eximias virtudes de humanidad, inocencia, afabilidad, modestia, paciencia y, sobre todo, de fe constante, al margen de la alianza con Aner, Escol y Mambré, y de la amistad y el trato con otros, lo puso de manifiesto la declaración del rey Abimelec y de Picol, el jefe de sus ejércitos; y todavía lo prueba el testimonio perpetuo dejado a la posteridad del pacto procurado, negociado, emprendido y sancionado por ellos. *Sucedió por entonces que Abimelec con Picol, jefe de su ejército, dijo a Abraham: "Dios está contigo en todo cuanto haces. Júrame, pues, ahora por Dios que no has de engañarme ni a mí ni a mis descendientes y que como te favorecí yo a ti, así harás tú conmigo y con la tierra por donde andas". Y dijo Abraham: "Te lo juro". Pero reconvino Abraham a Abimelec por causa de un pozo de aguas de que se habían apoderado los siervos de Abimelec, y contestó Abimelec: "No sé quién haya hecho eso; tú tampoco me habías dicho nada de ello, y nada he sabido hasta ahora". Tomó, pues, Abraham ovejas y bueyes, y se los dio a Abimelec, e hicieron entre ambos alianza. Apartó Abraham siete corderas del rebaño, y le preguntó Abimelec: "¿Para qué son esas siete corderas que has apartado?" Abraham le contestó: "Para que las recibas de mi mano y me sirvan de prueba de que yo he abierto este pozo". Por eso se llamó a quel lugar Berseba, pues allí juraron ambos, e hicieron alianza en Berseba. Y se levantaron Abimelec y Picol, jefe de su ejército, y se volvieron al país de los filisteos. Abraham plantó en Berseba un tamarisco e invocó allí el nombre del Señor, el Dios eterno, y moró mucho tiempo Abraham por tierra de los filisteos.* En este lugar sagrado y en el altar allí mismo levantado, entendemos que fue declarado y celebrado el nombre de YAHVEH, y asignado por la predicación y celebración de Abraham a esta divinidad [147] eterna a la que en aquella lengua se le atribuía la verdadera y divina majestad bajo la advocación de ELOHIM.

[Gen 21, 22-34].

Sin embargo, mientras aquel varón va errante en continuo peregrinar, sin detenerse demasiado en ningún lugar, no carece del consuelo de la palabra divina ni de nuevas y arcanas reiteraciones de aquella gran promesa, más sólidas cada día; y fue llamado y se acudió a él como árbitro y concededor de los singulares designios de Dios. Pues tras aquella gloriosa victoria conseguida sobre los cuatro reyes, tras la puesta en libertad de su sobrino, fue inducido por el vaticinio divino a tener fe y esperanza en su prole y en su descendencia, lo cual no creía, sin embargo, que pudiera ya conseguirlo por el poder de la naturaleza; y con razón, puesto que tenía una edad muy avanzada, y siempre se había servido fielmente de la unión con una esposa excelente y muy querida para él, aunque estéril, y sin pensar en nada más. *Después de estos sucesos habló el Señor a Abram en visión, diciéndole: "No temas, Abram; yo soy tu escudo; tu recompensa será muy grande". Contestóle Abram: "Señor, mi Dios, ¿qué vas a darme? Yo me iré sin hijos, y será heredero de mi casa ese damasceno Eliezer. No me has dado descendencia, y será mi criado quien me herede". Pero en seguida le respondió el Señor: "No te heredará ése; al contrario, uno salido de tus entrañas, ése te heredará". Y sacándole fuera le dijo: "Mira al cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas; así de numerosa será tu descendencia".* Con esta respuesta, aquel sapientísimo varón entendió claramente que su descenden-

[Gen 15, 1-5].

cia, que le sería garantizada por voluntad y regalo de la divinidad, había que referirla no sólo por el número, sino también por la similitud y por la naturaleza de sus cualidades a estas cosas que se le ordenaba observar. Pues, como antes había oído que sería igual al polvo de la tierra, había pensado que sería también terrena y que tendría el valor de los restantes mortales. Pero ahora en cambio, como se le ordena dirigirse con los sentidos y con la mente de la tierra al cielo, y conocer el número y los nombres de las estrellas, interpreta con prudentísimo razonamiento que va a tener una descendencia celeste, brillante, eficaz y superior a la suerte mortal y terrena, y que, por lo tanto, ésta será a un mismo tiempo terrena y celeste; es decir, mortal e inmortal, humana y divina, y habrá de ser contemplada con ojos humanos hasta donde lo permita la ley divina, la cual se podría comprender con los sentidos debido a su participación de la naturaleza humana, y debido en cambio a la prestancia de su naturaleza divina correspondería conocerla por su luz y por su virtud, como a las estrellas, más que por la comprensión del objeto mismo. *Creyó Abram a Dios, y le fue reputado por justicia.* Entendemos que se refiere a esta justicia que traería aquella semilla prometida al mundo; y en el libro en que se recoge eso mismo leemos que esa reputación de fe probada se le atribuyó y se le supuso a Abram. Y la propia descendencia prometida a Abram para las generaciones futuras hacía referencia de vez en cuando al misterio de esta promesa: *Vuestro padre Abraham se llenó de gozo con la idea de ver mi día; y lo vio, y se llenó de júbilo.* Y, *Antes que Abraham existiera, yo soy,* Abram, sin embargo, deseoso de conocer cómo se prepararía aquella promesa, cómo se desarrollaría, y finalmente de qué modo se cumpliría, fue informado a través del sueño profético con la visión de imágenes arcanas y admirables; [148] y a la vez fue instruido respecto a la sucesión de tiempos y siglos que habría que contar y observar hasta que esto se cumpliera. *Y le dijo: "Yo soy YAHVEH, que te saqué de Ur de los caldeos para darte esta tierra en posesión". Preguntóle Abram: "YAHVEH, mi Dios, ¿en qué conoceré que he de poseerla?" Y le dijo el Señor: "Elígeme una vaca de tres años, una cabra de tres años también, y un carnero igualmente de tres años, y una tórtola y un palomino". Tomó Abram todo esto, y partió los animales por la mitad, pero no las aves, y puso de cada uno una parte frente a la otra. Bajaban las aves sobre las carnes muertas, y Abram las espantaba. Cuando estaba ya el sol para ponerse, cayó un sopor sobre Abram, y fue presa de gran terror, y le envolvió densa tiniebla. Y dijo a Abram: "Has de saber que tu descendencia será extranjera en una tierra no suya, y estará en servidumbre, y la oprimirán por cuatrocientos años; pero yo juzgaré al pueblo que los esclavizará, y saldrán de allí después con mucha hacienda".* Y de hecho, con la representación de este oráculo no sólo aprendió Abram primero las obligaciones y después los placeres terrenos y humanos de la descendencia carnal que le nacería, sino que también conoció el misterio de un linaje más amplio y numeroso que le había de ser asignado como a un padre, en virtud de su profesión de fe; es decir, soportando las fatigas comunes de todos los pueblos de la tierra bajo la tiranía de la Serpiente ancestral, y luego, por regalo de la divinidad, llevarles la salvación universal; misterio éste cuyas razones y acciones ocultas deberían ser preparadas entre el pueblo que sería fundado y procreado por él. Pero esto se cumpliría después de su parti-

[Gen 15, 6].

Io 8, 56.

Io 8, 58.

[Gen 15, 7-14].

da de entre los vivos; de modo que él mismo no sería ya espectador vivo en la tierra de este gran beneficio universal, pero incluso muerto lo aguardaría con esperanza en compañía de estos que lo engendraron, quienes habían pasado su vida en la fe y la esperanza de esta promesa, aun sin haber conocido de antemano con tanta claridad y plenitud la imagen de aquel arcano designio y su realización. Pues le había correspondido como un don preciado que el conocimiento, enmarañado para los demás, de este asunto prometido ya desde el origen del mundo, fuese más diáfano para él aún en vida y siendo dueño de sus facultades; así pues, cuando se dispusiera a morir, le llegaría un último día más feliz gracias a la fe y a la esperanza firme confirmada por la declaración y la representación de esto. *Pues la fe es el soporte de las realidades que se esperan, y prueba de las que no se ven.* Esta explicación de su aviso es la que contenía aquella parte del oráculo en que dice: *Y tú te reunirás con tus padres en paz, y serás sepultado ballándote en feliz ancianidad.* Y de este modo conoció Abram, gracias a este oráculo revelado con arcanas palabras, lo que él y sus descendientes debían esperar tanto de los asuntos humanos como de los divinos; y también escuchó el motivo por el que la preparación de ambas salvaciones sería aplazada hasta una fecha señalada: *A la cuarta generación regresarán acá, porque hasta entonces no se habrá colmado la iniquidad de los amorreos.* Y hasta este punto recibió la descripción de aquel gran misterio, bosquejada con trazos firmes y perfilada con sus sombras y relieves, hasta donde puede la palabra, como si se tratara de un prólogo o del argumento de una obra; pero inmediatamente pudo contemplar la imagen o la representación, más bien, de lo que se iba a llevar a cabo, como si Dios le hubiera dado entrada en un teatro. [149] *Puesto ya el sol, hubo una densa oscuridad, y he aquí que un borno humeante y una antorcha de fuego pasaron por entre las mitades de las víctimas.* Habiendo contemplado Abram en este espectáculo la imagen y representación del restablecimiento de la amistad entre Dios y los hombres, lo aprobó con un gran aplauso de agradecimiento debido no sólo a él y a los suyos, sino sobre todo a Dios, y conservó para siempre la íntegra y sólida esperanza contraída; y cumpliendo con su papel, la tuvo por grata y bien recibida en su declaración de fe; y de este modo cumplida no sólo la promesa, sino también la alianza, fue confirmado aquel asunto admirado por ambas partes, por el personaje de quien lo concedía y por el de quien lo recibía. *En aquel día hizo el Señor pacto con Abram, diciéndole: "A tu descendencia he dado esta tierra desde el río de Egipto hasta el gran río, el Éufrates, al quineo, al quineceo, al cadmoneo, al jeveo, al fereceo, a los refaím, al amorreo, al cananeo, al guergueseo y al jebuseo".* Con esta respuesta y conversación no sólo resultó Abraham más sabio, sino mejor provisto por la magnitud de este regalo y beneficio singular, pues ya estaba seguro de que tendría asegurada la descendencia y de que la salvación universal se cumpliría entre su pueblo, llegado el momento, por mediación de la divinidad. Sin embargo, de qué modo engendraría a su descendencia, esto, confiado completamente a la providencia divina, buscada la ocasión a través de su esposa legítima, y presentándose finalmente, lo interpretaba de modo diferente a como Dios lo había dispuesto. Pues él esperaba tener un hijo engendrado no fuera de los ejemplos comunes de la naturaleza, sino tal y como también su esposa

Hebr 11, 1.

[Gen 15, 15].

[Gen 15, 16].

[Gen 15, 17].

[Gen 15, 18-21].

estéril, conocedora ya de la decisión divina declarada a su marido, ella misma entendía que podía esperarse el resultado, y aguardándolo lo procuraba; creyendo en efecto que debía corregir esta facultad de concebir, que sabía que la naturaleza le había negado, poniendo en su lugar a una esclava y entregándosela a Abram. Era tan grande su deseo de contribuir a engrandecer las promesas divinas. Y por este motivo quiso que Agar, una esclava egipcia que le era especialmente grata, llamada a su lugar se pusiera a disposición del marido, y decidió adoptar a Ismael, el hijo engendrado de esta esclava. Pero a decir verdad, pudo aprender de este único ejemplo que no es lícito que nada procedente del ingenio o de la invención del hombre se mezcle con las grandes promesas y decisiones de Dios; puesto que a ella, que incluso antes del nacimiento del niño había sido despreciada intempestivamente por la esclava, le habría de pesar su acción y su deseo; hasta tal extremo que la ira, que no soporta los ultrajes, la obligó a mostrarse severa y cruel consigo misma, con su marido, y por último con la joven embarazada. Pero la esclava cuando consideró que no debía soportar más el rigor del ama, decidió evitarlo huyendo, hasta que, detenida por la voz de un ángel enviado por Dios, se restituyó a sí misma y a su ama, y con la obediencia se mostró más fácil en el trato. Pero a pesar de que ambos cónyuges comenzaran a favorecer a la descendencia que le había nacido, invocada por su madre con el nombre de Ismael, y creyeran que aquel hijo sería el comienzo de la familia que les había sido prometida, comprendieron que sería otra la situación de acuerdo con el oráculo divino. Y aprendieron, entre los primeros, que ninguna parte de aquel insigne designio que preparaba Dios se debía asignar al poder humano como recibido ni atribuírselo de ningún otro modo; hasta tal extremo que ni siquiera la representación misma de este designio pudiera nadie mostrar o decir que había surgido del uso o manera de la naturaleza. [150] Sino que del mismo modo que todo aquel arcano asunto, en donde concluía todo esto, había que esperarlo en su totalidad de la misericordia, de la voluntad, de la promesa y de la eficacia de Dios; su propia visión sería recibida como un regalo singular de Dios, gracias al cual era representado previamente como un anticipo, y con un ejemplo nunca antes visto en la naturaleza de las cosas. Para recibir el cual, la naturaleza humana no podría descubrir nada salvo la fe y la obediencia por ella prestadas.

[Gen 17, 1-8]. *Siendo Abram de noventa y nueve años, se le apareció el Señor y le dijo: "Yo soy el Señor Todopoderoso; anda en mi presencia y sé perfecto. Yo haré contigo mi alianza y te multiplicaré muy grandemente". Cayó Abram rostro a tierra, y siguió diciéndole Dios: "He aquí mi pacto contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos, y ya no te llamarás Abram, sino Abraham, porque yo te haré padre de una muchedumbre de pueblos. Te acrecentaré muy mucho, y te daré pueblos, y saldrán de ti reyes; yo establezco contigo, y con tu descendencia después de ti por sus generaciones, mi pacto eterno de ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti, y de darte a ti, y a tu descendencia después de ti, el país donde moras, la tierra de Canán, en eterna posesión, y seré tu Dios".* Pues bien, una vez analizadas y comparadas cuidadosamente las partes y las palabras de este oráculo, la bondad divina especialmente, así como su voluntad constante para con el género humano y el bien común y universal de la salvación, e incluso una cierta preocupación de su parte por aquel Bien, co-

mienzan ya a mostrarse de modo más diáfano y explícito como una revelación y una descripción bastante más claras. Pues algo grande, y muy superior a la suerte y a la fortuna humanas, se da a entender en aquella declaración: *Para ser yo tu Dios y el de tu descendencia después de ti*. Y así mismo en: *Y seré para ellos su Dios*. Y los términos de este pacto con tanta frecuencia repetido, o de la alianza prometida sin cesar por voluntad propia, hacen hincapié en esto mismo, que para alcanzar esta alianza de la generosidad divina es oído un simple y sincero cuidado de la piedad cumplido por Abraham y por sus hijos, y a ellos exigido, el cual con tanta frecuencia hemos oído que debe mostrarse en la fe y en la obediencia, y que aquí hemos recogido brevemente con las palabras *Camina delante de mí y sé perfecto*.

[Gen 17, 7].

[Gen 17, 8].

[Gen 17, 1].

El símbolo y el testimonio oculto del mayor y del mejor regalo, y del más perfecto don dispuesto para la descendencia de Abraham; es decir, para los hombres que imiten la fe y la piedad de Abraham, fue recibido en aquella promesa: *Y te daré a ti y a tu descendencia después de ti, la tierra de tus peregrinaciones, todo el país de Canán, en propiedad perpetua. Y SERÉ PARA ELLOS SU DIOS*. Y cualquiera a quien Dios haya favorecido con el conocimiento del lenguaje arcano, comprenderá sin dificultad qué quieren significar las palabras TIERRA DE CANÁN.

[Gen 17, 8].

CAPÍTULO VIII.

DEL PACTO DE LA CIRCUNCISIÓN

[151] Desde la creación misma del universo se había asegurado con palabras y con promesas el bien de la salvación universal, primero a Adán y luego a otros hombres piadosos hasta llegar a Abraham; y ello repetido y renovado a Abraham de varios modos hasta la fecha, en ningún momento, sin embargo, le había sido revelado con signo alguno, testimonio o contraseña. De igual modo quiso Dios que esto le fuera revelado a Abraham al mismo tiempo que el oráculo y confiado con un rito arcano, y comenzó a ser celebrado con ocasión de aquella promesa: *SERÉ PARA ELLOS SU DIOS*. Pues con esta promesa se daba a entender enigmáticamente que Dios se procuraría un pueblo santo y tan grato que, haciéndose digno de la continua gracia, favor y participación de sus dones, lo acrecentaría y regalaría en muchos aspectos, por lo que se le mostraría siempre como un Dios especialmente previsor y favorecedor; de manera que, destacando entre los restantes hijos de Adán de igual modo que las luces del cielo en medio de la oscuridad, de modo especial y con justicia deberían ser denominados y llamados por delante de los demás hombres pueblo de Dios e hijos de Dios. Y los indicios internos para reconocerlo serían evidentes y sin atisbo de duda, gracias a la virtud e integridad inspiradas por la generosidad de Dios. Pero entretanto, hasta que llegase la fecha fijada por la voluntad divina, Dios quiso que la promesa fuese revelada con una imagen que se percibiese por los ojos y por los sentidos, y que fuese mostrada y contemplada por todo el orbe terrestre. Naturalmente, una vez elegido el pueblo

[Gen 17, 8].

y obligado éste por ciertas leyes y condiciones, instruido en las doctrinas de la virtud verdadera, Dios personalmente lo dejaría embellecido de modo singular, acrecentado en determinados aspectos, destacando sobre los demás pueblos en otros muchos, admirable en una palabra, tanto por ser el único ejemplo de estado perfectamente constituido, como por las pruebas manifiestas de la atención divina, las demostraciones constantes y permanentes, y comprobables en todos los sentidos, de una singular providencia y benignidad hacia él; y hasta tal punto que si alguna nación pudiera considerarse grata, familiar y especial para Dios, ésta sola, y sin lugar a dudas, lo sería; puesto que en lo que se refiere al conocimiento de la vida, sería la más instruida de todas; en lo que atañe a la costumbre, modo de vida y deberes, sería la más virtuosa y la mejor; en lo tocante al culto a Dios, la más escrupulosa; y por último en lo que concierne al ejercicio de la bondad y del favor divinos, así como a su conservación y tutela, sería considerada la más afortunada de todas. Y con todas estas muestras e indicios sería entretanto revelado y se sabría que había que confiar en ello y esperar lo que Dios había decidido y había manifestado a los hombres piadosos y a los profetas acerca de reunir por medio de la virtud divina aquel verdadero y gratisimo pueblo, prepararlo, dedicarlo y consagrarlo a su propio y eterno reino. Y ordenó Dios que se pusiera un símbolo o marca externa de ello en esta parte del cuerpo humano que representa la imagen del corazón y que es la principal servidora del deseo. Pues quiso que en lo sucesivo esta parte permaneciera desnuda y sin cubrir, [152] y que avisara constantemente al hombre, que prefiere esto a las letras, de que debía contener y moderar su deseo; y de acuerdo con esta ley, todo el que olvidara o rehusara testimoniar su profesión con una marca de este tipo, no sería tenido ni para Dios ni para los hombres como miembro de la comunidad de aquel pueblo elegido. Ahora bien, todo el rito y doctrina de esta marca externa, de la que nos estamos ocupando, fue instituida por el ángel mediador de Dios del siguiente modo: *Y le dijo nuevamente Dios a Abraham: "Tú, de tu parte, guarda mi pacto, tú y tu descendencia después de ti, por sus generaciones. Éste es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y entre la descendencia después de ti: circuncidad todo varón, circuncidad la carne de vuestro prepucio, Y ÉSA SERÁ LA SEÑAL DE MI PACTO entre mí y vosotros. A los ocho días de nacido, todo varón será circuncidado en vuestra descendencia, ya sea el nacido en casa o comprado por plata a algún extranjero, que no es de tu estirpe. Todos, tanto los criados en casa como los comprados, se circuncidarán, y llevaréis en vuestra carne la señal de mi pacto por siempre; Y EL INCIRCUNCISO QUE NO CIRCUNCIDARE LA CARNE DE SU PREPUCIO SERÁ BORRADO DE SU PUEBLO; ROMPIÓ MI PACTO"*. En este mandamiento se ofrecen multitud de detalles dignos de comentario y examen; y aparte de la fecha fijada para los recién nacidos, del sexo al que la ley concernía, del lugar y el modo de ejecutarlo, todo lo cual no carece de sentido ni de justificación, aquellos otros detalles se acercan más ahora a nuestro propósito, y de hecho aquella circuncisión practicada en la carne no es designada propiamente como pacto, sino como signo del pacto. Pues el cumplimiento y la autoridad del pacto convino asignársela a Dios e imputársela como recibida; de la que se consideraba indiferente o menospreciador todo aquel que con manifestación de la señal mos-

[Gen 17, 9-14].

traba que para él no fue deseada. Pero además, a nadie, de ningún país, se excluía de esta prerrogativa del pueblo de Dios, ni de su dignidad ni participación, con tal que lo deseara y lo solicitara, y mucho menos el que aceptada la ley y recibida la señal del pacto lo hubiera declarado. Pues con ello se buscaba que el derecho y la gloria de un pueblo de esta naturaleza no se conservara reducida exclusivamente a la casa y a la descendencia de Abram, la cual habría de garantizarlos con la propagación natural, sino que abierta la puerta a todos los que lo solicitaran, se había de comunicar a todo el orbe terrestre. Y con la imagen de esta abundancia y generosidad divina se daba a entender que aquel reino que Dios proyectaba instituir en las almas de los hombres y disponer para sí, no se le debía negar a ningún mortal, por muy apartado que se encuentre físicamente, con tal que lo procure con vivo deseo de este modo y manera y aceptando estas mismas leyes. Y a pesar de que la circuncisión se designe en otra parte como pacto, lo cual se debe más al compendio y al adorno del discurso que a la idea del mismo; sin embargo, Dios declaró que era el signo del pacto. En realidad llamamos pacto propiamente dicho al consenso mutuo en materia de paz, de amistad, de colaboración, de poder, de gobierno, de dominación o de alguna otra comunidad de vida. Y en este lugar y momento se puede anotar el octavo precepto impuesto a Abram, el séptimo de aquellos recibidos por Noé; el cual en la medida que no parecía atender con suficiente claridad a los elementos comunes de la naturaleza y de la razón humana, presagiaba más el sentido religioso y arcano de las cosas ocultas. [153] Y de este modo el designio divino de la salvación universal impulsaba con paso seguro al espíritu contemplador desde la sabiduría natural a la meditación de cosas mayores y más sublimes, y le ordenaba atender en qué habrían de parar estos misterios; puesto que ya parecía que habría que esperar como garantía y cumplimiento de la salvación universal algo superior a lo que el poder y el uso de la naturaleza podrían ofrecer. Pero para poder cumplir esto con numerosas y admirables muestras, Dios, el único responsable de tan gran empresa, embelleció y puso en marcha de un modo singular y nuevo, y absolutamente divino, aquel importantísimo proyecto en la parte en que también la naturaleza humana habría de contribuir. Existía la predicción de que la cabeza de la serpiente ancestral sería machacada por la semilla de una mujer; con este oráculo se les había dado a los hombres garantías de que el valor y la hazaña de dicha victoria le correspondería, llegado el momento, a un hombre. Pero qué hombre o de qué clase sería éste, todavía no se había hecho público ni dado a conocer. Lo cual, mientras tanto y hasta que se acercase el momento de su cumplimiento, se consideró por decisión de la divinidad que convenía mantenerlo en secreto. Sin embargo, quienes tenían conocimiento de aquella promesa importantísima, apuntaban a un ser humano hijo de un hombre y de una mujer, nacido de un modo común y vulgar, que sería instruido y aleccionado por Dios para llevar a cabo aquella hazaña. Y éste es el motivo de que la primera madre de los hombres, a quien se creía que se le confiaría esta tarea, le pusiera a su primogénito un nombre de ganancia, beneficio y compra, *CAIN*, diciendo: *He alcanzado un varón por mediación de Dios*; o como lo revela el sentido idéntico de estas palabras: *He alcanzado de*

[Gen 4, 1].

YAHVEH un varón singular²⁰. Y en cambio, al segundo hijo, en la idea de que no era idóneo ni nacido para tal fin, lo llamara ABEL, término que significa aflicción, muerte, o una frustración similar. Pero como todo aquel asunto no se desarrolló conforme al dictado de su corazón, sino que quien le había parecido a sus padres el más capacitado y el mejor, resultando ser el peor, dio muerte a su hermano, quien realmente se había mostrado bueno, santo y justo, y se apartó a sí mismo por voluntad propia y con obstinación de la gracia y de la misericordia de Dios; una vez que cambió de opinión, al tercer hijo, el cual deseaba y presagiaba que sería virtuoso, con la creencia de su gran valor e incluso con la esperanza del beneficio divino lo llamó SET, diciendo: *Hamedado Dios otro descendiente por Abel, a quien mató Caín*. Y de este modo, en lo sucesivo, esta esperanza y deseo recibidos de los antepasados eran alentados con esmero y cuidado por parte de los hombres piadosos, como si de una herencia se tratase, hasta el tiempo de Noé, a quien su madre tan pronto como nació le puso ese nombre diciendo: *Éste nos consolará de nuestros quebrantos y del trabajo de nuestras manos por la tierra que maldijo el Señor*. Y es más, Noé, atendiendo a ello, quiso que aquella esperanza recibida de sus padres fuera transmitida a Sem, *BENDITO YAHVEH DIOS DE SEM*. Pues todos los que tenían conocimiento de aquel designio y propósito ocultos de Dios, aguardaban realmente su cumplimiento como algo seguro; sin embargo, como ignoraban el momento, cada cual lo deseaba y lo procuraba lo más próximo posible, y en la medida de sus posibilidades, declarando su fe y esperanza, inquietaban y apremiaban cuanto era lícito. Y así está escrito: *Y vuelto Jesús a sus discípulos, les dijo: "Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis, [154] porque yo os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron"*. Y Pedro dice: *Logrando la meta de vuestra fe, la salvación de las almas. Acerca de la cual inquirieron e investigaron los profetas que vaticinaron la gracia a vosotros destinada, escudriñando qué y cuál tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que en ellos moraba y de antemano testificaba los padecimientos de Cristo y las glorias que habían de seguirlos. A ellos fue revelado que no a sí mismos, sino a vosotros, servían con esto, que os ha sido anunciado ahora por los que os evangelizaron movidos del Espíritu Santo, enviado del cielo y que los mismos ángeles desean contemplar*. Con todo, aunque pasemos por alto los restantes nombres de primogénitos después de Sem (los cuales no son ajenos al sentido de este misterio), el nombre mismo de ABRAM, puesto por sus padres a este varón del que nos ocupamos, parece haber atendido claramente al favor de la divinidad, hasta el punto de que significa padre sublime. Y de este modo, como hemos dicho, todos los hombres de la antigüedad a quienes había llegado la noticia arcana del designio de Dios, ya fuera por inspiración divina o ya fuera por el conocimiento recibido directamente de sus antepasados, en la creencia de que había de cumplirse en la persona de un hombre, se afanaba cada cual por su parte en cultivarla, fomentarla y celebrarla como deseada y esperada. Lo cual, Abraham, actuando incluso con celo, preguntaba en el oráculo ya an-

20. Cf. Gen 4,1. Se trata de una traducción que Montano ofrece a partir del texto hebreo, frente al texto de la Vulgata que aparece justo antes:

tes citado de qué modo podía saber que le concernía a él: *"Señor, mi Dios, ¿qué vas a darme? Yo me iré sin hijos, y será heredero de mi casa ese damasceno Eliezer. No me has dado descendencia, y será mi criado quien me herede". Pero en seguida le respondió el Señor: "No te heredaré ése; al contrario, uno salido de tus entrañas, ése te heredará".* Y de hecho, seguida a esta promesa fue la inquietud y el cuidado de Sara en acoger al hijo de la esclava y en adoptarlo; el cual una vez que hubiera nacido, hubiera sido criado y marcado con la circuncisión, es decir, con la señal del pacto divino, quizás le hubiera parecido a Abraham que era este mismo a cuya descendencia se refería a aquello de *Y en tu posteridad serán benditas todas las naciones de la tierra.* Pero como aquel beneficio era de origen exclusivamente divino, y había de emanar sólo del poder de Dios, en el cual no se encomendaría ningún derecho ni autoridad a la carne ni a la sangre, del mismo modo también el nacimiento de éste por medio de quien había de cumplirse estaba dispuesto que se produciría llegado el momento por obra del Altísimo. Y tampoco el ejemplo de éste por cuya obra había de propagarse aquella estirpe, es decir, la del hijo y la semilla prometida a Abraham, sería ordinaria y completamente natural, similar a los demás nacimientos de hombres, sino que estaba dispuesto que nacería fuera del poder y del uso de la naturaleza por obra singular de Dios; para que pudiera verse en ello qué cosas y de qué magnitud puede lograr y conseguir la fe en las palabras y promesas divinas, y en qué medida aventaja ésta a toda obra y facultad humanas que puedan ofrecerse con las fuerzas de la naturaleza. Y por este motivo, todo lo que había elegido para preparar este propósito suyo, declaró el oráculo que debía ser impulsado y cumplido como algo completamente nuevo e inaudito hasta entonces en lo concerniente a la naturaleza de las cosas, y no sólo en las cosas mismas, sino también en los nombres, en los rótulos y en las definiciones. *Dijo también Dios a Abraham: "Sarai, tu mujer, no se llamará ya Sarai, sino Sara, pues la bendeciré, y te daré de ella un hijo, A QUIEN BENDECIRÉ, y engendrará pueblos, y saldrán de él reyes de pueblos". Cayó Abraham sobre su rostro, [155] y se reía, diciéndose en su corazón: "¿Con que a un centenario le va a nacer un hijo, y Sara, ya nonagenaria, va a parir?" Y dijo Abraham a Dios: "¡Ojalá que viva en tu presencia Ismael!" Pero le respondió Dios: "De cierto que Sara, tu mujer, te parirá un hijo, a quien llamarás Isaac, con quien estableceré yo MI PACTO SEMPITERNO, Y CON SU DESCENDENCIA DESPUÉS DE ÉL. También te he escuchado en cuanto a Ismael. Yo le bendeciré y le acrecentaré, y multiplicaré muy grandemente. Doce jefes engendrará, y le haré un gran pueblo; PERO MI PACTO LO ESTABLECERÉ CON ISAAC, el que te parirá Sara el año que viene por este tiempo". Y como acabó de hablarle, desapareció Dios.*

El nombre de Sarai, puesto por sus padres, significaba una singular autoridad, el cual a unos oídos latinos le sonaría a señora o a dueña mía. Y Dios, al traducirlo de aquellas estrecheces de la soledad a la definición de una primacía general y común, declaraba que esta mujer sería acrecentada con la descendencia y prerrogativa de muchos creyentes; de modo que la que antes apenas era madre de una sola familia, en lo sucesivo no se vería limitada ni restringida por ningún término, no estaría coartada por ningún número estipulado de éstos por quienes había de ser llamada madre y soberana. Pues no lo

Gen 15, 2-4.

[Gen 22, 18].

Gen 17, 15-22.

- sería tanto por quienes pudiese esperar que nacerían de ella mediante la propagación natural, como por estos que el oráculo divino anunciaba que serían contados entre la familia del pueblo de Dios gracias a la imitación de su fe en la manera en que ella iba a concebir y a parir; es decir, en la promesa de Dios, por cuya singular y propia virtud y cumplimiento iba a ser recibido aquel hijo que se le prometía cuando ya no se confiaba en las fuerzas de la naturaleza: *Te daré un hijo de ella*. Le promete que le dará a él, un hombre centenario, un hijo de su mujer anciana y además estéril por muchos motivos; el cual si, en el mejor de los casos, la naturaleza pudiera concedérselo a unos padres de tal edad (como realmente no podía), le negaría, sin embargo, una larga vida y el sobrevivir a sus progenitores, puesto que vemos por la experiencia que quienes nacen de unos padres longevos, o no son de larga vida o, si sobreviven, siempre son débiles y enfermizos. Pero para que la posibilidad, la vida y toda la razón de esta descendencia fuera atribuida a su singular virtud y voluntad, Dios promete y declara que gracias a su mediación no sólo será de larga vida, sino también dichoso, fecundo y muy próspero en procrear su propia descendencia: *A quien bendeciré, y engendrará pueblos, y saldrán de él reyes de pueblos*. Y aunque Abraham recibió esta promesa con gran fe, no pudo evitar que a causa de la alegría la siguiera con una gran risa, puesto que contra toda esperanza él seguía confiando en la promesa de que sería padre de muchos pueblos, y no por obra de la naturaleza, sino ante Dios, en quien había confiado. Y de hecho Abraham recibió órdenes de declarar e instituir públicamente ya el recuerdo eterno ya el excelente presagio de aquella fe y alegría mediante el nombre mismo del hijo que iba a nacerle. *Y lo llamarás Isaac*. El término mismo revela la idea de una risa perpetua. Y Dios presagiaba que la antigua tristeza del pecado común se tornaría en una alegría eterna por obra suya. Esto es realmente constancia de fe, esto es certeza, y además virtud, el hecho de que un hijo no nacido aún, [156] sino sólo prometido, haya provocado, sin embargo, la alegría y la risa de ambos padres. Pues también la propia madre siguió con alegría y risas la conversación oída entre su marido y los ángeles que lo visitaron acerca de su concepción y de su parto. *Y mientras comían le dijeron: "¿Dónde está Sara, tu mujer?" "En la tienda está", contestó él. Y dijo uno de ellos: "A otro año por este tiempo volveré sin falta, y ya tendrá un hijo Sara, tu mujer". Oído esto, Sara rió tras la puerta de la tienda.*
- [Gen 17, 16].
- [Gen 17, 19].
- [Gen 18, 9-10].
- [Gen 18, 11-12].
- [Gen 18, 13-15].
- A cuya risa se cuenta que le dio ocasión y motivo la promesa divina. *Eran ya Abraham y Sara ancianos, muy entrados en años; había cesado ya Sara la menstruación. Rióse, pues, Sara, dentro, diciendo: "¿Cuando estoy ya consumida, voy a remocear, siendo ya también viejo mi señor?"* Y no fue realmente ésta la risa de una mujer que dudara, sino la de una que lo deseaba vivamente a causa de la posibilidad y de la magnitud de una alegría con la que ya no se contaba; y fue la risa de una mujer que se felicitaba por ella misma y por su marido. Y de hecho a ella, a la par que a su marido, se le enseñó, una vez repetida la promesa y recogida en términos concretos, que esta alegría recibida se le debía atribuir al poder divino en su totalidad. *Y dijo el Señor a Abraham: "¿Por qué se ha reído Sara, diciéndose: "¿De veras voy a parir, siendo tan vieja?" ¿Hay algo imposible para Dios? A otro año por este tiempo volveré, y Sara tendrá ya un hijo". Temerosa Sara, negó haberse reído, diciendo: "No me he*

reído"; pero Él le dijo: "Sí, te has reído". La risa de ambos padres, arrancada por la promesa y provocada por la fe, presagiaba el nacimiento feliz y dichoso del futuro hijo, y completamente acorde con el nombre impuesto. Lo cual se confirmó con un feliz resultado, y fue celebrado con manifestaciones públicas de alegría tanto por parte del padre como de la madre, con gran admiración y alegría de todos los vecinos. *Visitó, pues, el Señor a Sara, como le dijera, e hizo con ella lo que le prometió; y concibió Sara, y dio a Abraham un hijo en su ancianidad al tiempo que le había dicho Dios. Dio Abraham el nombre de Isaac a su hijo, el que le nació de Sara. Circuncidó Abraham a Isaac, su hijo, a los ocho días, como se lo había mandado Dios. Era Abraham de cien años de edad cuando le nació Isaac, su hijo. Y dijo Sara: "Me ha hecho reír Dios, y cuantos lo sepan reirán conmigo". Y añadió: "¿Quién habría de decir a Abraham: 'Amamantaré hijos Sara'? Pues yo le he dado un hijo en su ancianidad". Creció el hijo, y le destetaron y dio Abraham un gran banquete el día del destete de Isaac.*

[Gen 21, 1-8].

Así pues, la casa de Abraham, estéril no mucho antes, era ya próspera y numerosa debido a su doble descendencia, de tal modo que ya no había ninguna inquietud o preocupación acerca del heredero. Pero a decir verdad, como la principal, la mayor y la mejor herencia consistía en estos bienes procedentes del designio y de la promesa de la divinidad, no iban a elogiar a otro más que a Dios como responsable. Sólo este hijo que había sido recibido, de acuerdo con la promesa, gracias a la fe, fue declarado de palabra y pensamiento heredero universal de aquel don divino, en cuya descendencia se habría de cumplir aquello tantas veces repetido: *EN TU SEMILLA SERÁN BENDECIDOS TODOS LOS PUEBLOS DE LA TIERRA*. Pero Ismael, que no había nacido con una promesa y un don singulares, [157] sino del mismo modo que los demás, y dado que era mayor e hijo único hasta entonces, sumado a la indulgencia de una madre esclava, consintiéndolo a veces, como sucede, el padre anciano, se había criado quizá demasiado insolente (como suelen ser los hijos de Adán por iniciativa propia si no se les pone límite). Y de hecho, como era superior en fuerzas, en los juegos de niños resultaba demasiado molesto y cruel para el hermano pequeño, quien era menor en edad, más virtuoso por naturaleza, y de condición más noble; incitándolo aquél, el mayor, a jugar, y pegándole fácilmente, como sucede, y haciéndolo llorar y lamentarse. Y así está escrito: *El nacido según la carne perseguía al nacido según el Espíritu. Y vio Sara al hijo de Agar, la egipcia, el que había ella partido a Abraham, burlándose; y dijo a Abraham: "Echa a esa esclava y a su hijo, pues el hijo de una esclava no ha de heredar con mi hijo, con Isaac". Muy duro se le hacía esto a Abraham por causa de su hijo; pero le dijo Dios: "No te dé pena por el niño y la esclava; haz lo que te dice Sara, que es POR ISAAC POR QUIEN SERÁ LLAMADA TU DESCENDENCIA"; esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios, sino los hijos de la promesa son tenidos por descendencia.* Así pues, Abraham, una vez que ordenó marcharse al hijo que le había nacido de la carne, él mismo, en compañía de su esposa y del hijo en el que había recibido la promesa, es decir, Isaac, tras pactar con los filisteos, se estableció en un lugar que con frecuencia había deseado para sí; donde, haciendo oficio de predicador y maestro, instruyó en el conocimiento de la piedad y de la

[Gen 12, 3].

Gal 4, 29.

[Gen 21, 9-12].

Rom 9, 8.

[Gen 21, 33-34].

verdadera religión no sólo a su familia, que fue muy numerosa, sino también a los vecinos y a cuantos entendía que deseaban conocer y ser instruidos. *Abraham plantó en Berseba un tamarisco e invocó allí el nombre de YAHVEH, el Dios eterno, y moró mucho tiempo Abraham por tierra de los filisteos.*

CAPÍTULO IX.

DE LA TENTACIÓN DE ABRAHAM

Gen 18, 17-19.

Declarar, prometer, traer al recuerdo y anunciar una y otra vez con reiteradas promesas que había preparado los mayores y más preciosos dones para los hombres fue cometido de la bondad y de la magnificencia de Dios, así como de una preocupación sin duda divina y al mismo tiempo propia de un padre; y fue también tarea del juicio, de la decisión y de la providencia de Dios velar y cuidar de que los hombres en el afán de tan gran felicidad no descuidaran sus propios intereses, sino que cumplieran con lo que se les exigía para la consumación y la estabilidad de aquella alianza y promesa; a saber, la fe y la obediencia, exigidas como ley y condiciones desde el comienzo mismo del mundo. Pues esta condición había sido impuesta de antemano no sólo a todos los antepasados a quienes les había sido revelada aquella promesa, sino también a Abraham, con quien se estaba tratando de un modo más claro y familiar, por así decirlo, sobre este mismo tema; pues, no mucho antes del nacimiento de Isaac, se cuenta que Dios deliberó en los siguientes términos su intención de declararle a Abraham su decisión de ejercer la justicia contra Sodoma y Gomorra: *¿He de encubrir yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo él de ser, como será, un pueblo grande y fuerte, [158] Y HABIENDO DE BENDECIRLE TODOS LOS PUEBLOS DE LA TIERRA? Pues bien sé que mandará a sus hijos, y a su casa después de él, que guarden los caminos de YAHVEH, y hagan justicia y juicio, para que cumpla YAHVEH a Abraham cuanto le ha dicho.* Así pues, a este mismo varón que primero había elegido, el único a quien había apartado del rebaño de todos los demás hombres para que fuera padre de los creyentes y de su peculiar pueblo, examinado en todas las dificultades, quiso Dios colocarlo y ponerlo a la vista en mitad del orbe terrestre, un varón de donde pudiesen tomar ejemplo de fe y de obediencia verdadera y realmente piadosa quienes, animados a alcanzar de Dios esa misma salvación, corrieran el riesgo de cualquier prueba, el cual sería, con mucho, menor y más llevadero que el de este insigne varón. Y así está escrito: *Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que dispondrá con la tentación el éxito; para que vuestra fe, probada, más preciosa que el oro, que se prueba con fuego, aparezca, etc.* Pues nadie puede ser un hombre consciente del afecto y del amor paterno o, ni siquiera, dueño del sentimiento humano sin que, con sólo pensar en el espectáculo de una fe y una constancia tan grandes por parte de este varón, y de tan gran obediencia, no sólo no se maraville, sino que además no lo contemple estupefacto; sobre todo, el ejemplo de quien fue el primero en toda la historia del mundo en someterse a una

1 Cor 10, 13.

1 Petr 1, 7.

prueba tan dura. Pues todos los ejemplos que vinieron después (salvo el de Jesucristo, del cual nos ocuparemos en su momento) fueron menos severos, y fueron considerados más fáciles de poder prepararlos, una vez que fue mostrado el camino a partir de los pasos de Abraham, y de poder llevarlos a buen término, como se demostró con resultados concretos. Ahora bien, para conocer cómo se desarrolló todo este asunto, merece la pena escuchar al profeta mismo de Dios, quien lo cuenta con todo detalle.

*Después de todo esto quiso probar Dios a Abraham, y llamándole, dijo: "Abraham". Y éste contestó: "Heme aquí". Y le dijo Dios: "Anda, toma a tu hijo, a tu unigénito, a quien tanto amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécemelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te indicaré". Se levantó, pues, Abraham de mañana, aparejó su asno, y tomando consigo dos mozos y a Isaac, su hijo, partió la leña para el holocausto, y se puso en camino para el lugar que le había dicho Dios. Al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio de lejos el lugar. Y dijo a sus dos mozos: "Quedaos aquí con el asno; yo y el niño iremos hasta allí, y después de haber adorado, volveremos a vosotros". Y tomando Abraham la leña para el holocausto, se la cargó a Isaac, su hijo; tomó él en su mano el fuego y el cuchillo, y siguieron ambos juntos. Dijo Isaac a Abraham, su padre: "Padre mío". "¿Qué quieres, hijo mío?", le contestó. Y él dijo: "Aquí llevamos el fuego y la leña, pero la res para el holocausto, ¿dónde está?" Y Abraham le contestó: "Dios se proveerá de res para el holocausto, hijo mío"; y siguieron juntos los dos. Llegados al lugar que le dijo Dios, alzó allí Abraham el altar y dispuso sobre él la leña, ató a su hijo y le puso sobre el altar, encima de la leña. Tomó el cuchillo y tendió luego su brazo para degollar a su hijo. [159] Hasta este extremo se mantuvo la obediencia de Abraham, la cual se había caracterizado por confiar en las promesas divinas, y al mismo tiempo obedecer al pie de la letra con tanto celo como empeño a lo que se le había ordenado, sin excepción y sin la más mínima vacilación, así como por ponerle todo el interés a lo que se le había mandado, a pesar de que unas órdenes diesen la impresión de estar en desacuerdo con otras, y no sólo de estar faltas de coherencia, sino de ser especialmente alejadas y contrarias. Lo cual lo apuntó con mucho acierto el apóstol al comentar este mismo ejemplo: *Por la fe ofreció Abraham a Isaac cuando fue puesto a prueba, y ofreció a su unigénito, el que había recibido las promesas, y de quien se había dicho: "Por Isaac será nombrada tu descendencia", pensando que hasta de entre los muertos podría Dios resucitarle, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir.**

Gen 22, 1-10.

Hebr II, 17-19.

Por otro lado, y para continuar con el trabajo emprendido, señalábamos que en el asunto de la felicidad humana hay que cumplir dos cometidos: el de Dios, que promete la benignidad, y el del hombre llamado a la felicidad, y que se dirige apresuradamente a ella. Y en ellos interesa no poner nada de ingenio o de habilidad personal, sino que con la inteligencia entregada al cumplimiento de la fe, como si de una esclava se tratase, todas las demás virtudes y facultades del espíritu, la memoria, la voluntad, el deseo, el trabajo, la habilidad, y todo lo que pueda considerarse una facultad propia, consagrarlas y dedicarlas a cumplir esto que se le haya ordenado. Y en cambio, a la decisión y tarea divinas le corresponde encontrar el final y el resultado de todas las

[Gen 22, 11-18].

cosas, fijar las medidas y los límites, los de unas más breves, los de otras más amplios, pero cumplirlo y acabarlo todo con felices desenlaces, y adornarlo con el elogio y la alabanza de su gracia y benignidad. Lo cual lo hace patente incluso en esta imagen de Abraham tentado. Una vez que mostró a todo el mundo y fue probado para él lo que podía haber hecho Abraham en el cumplimiento estricto de su fe y obediencia, salvado primero el hijo de una muerte inminente, continuó con la renovación de la mayor de las promesas y con la insinuación ya singular de que se convertiría en el más iniciado en el misterio de la felicidad humana. Pues cuando Abraham, dispuesto a sacrificarlo, iba ya a clavarle el cuchillo a su hijo, un joven extremadamente dócil y obediente atado con cintas a la manera de una víctima; *He aquí que le gritó desde los cielos el ángel del Señor, diciéndole: "Abraham, Abraham". Y éste [sin turbarse lo más mínimo, sino totalmente seguro e invariable en el cumplimiento de la mayor prueba de fe] contestó: "Heme aquí". "No extiendas tu brazo sobre el niño –le dijo– y no le bagas nada, porque ahora he visto que en verdad temes al Señor, pues por mí no has perdonado a tu hijo, a tu unigénito". Alzó Abraham los ojos, y vio tras sí un carnero enredado por los cuernos en la espesura, y tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en vez de su hijo. Llamó Abraham al lugar aquel 'El Señor verá'; por lo que todavía hoy se dice: "En el monte de 'El Señor verá'". Llamó el ángel del Señor a Abraham por segunda vez desde los cielos, y le dijo: "Por mí mismo juro, palabra del Señor, que por haber tú hecho cosa tal, de no perdonar a tu hijo, a tu unigénito, te bendeciré largamente, y multiplicaré grandemente tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de las orillas del mar, y se adueñará tu descendencia de las puertas de sus enemigos, y en tu posteridad SERÁN BENDITAS todas las naciones de la tierra, por haberme tú obedecido";* puesto que consideraste que no debías atender a otra razón más que a lo que yo te había mandado, [160] y esto lo cumpliste con total fidelidad y decisión sin vacilación alguna. Antes de este momento Abraham ya tenía noticias de que todos los pueblos de la tierra serían bendecidos en su persona, aunque él era consciente de ser un hombre, y no alcanzaba a comprender que estuviera en poder del hombre borrar aquella maldición antigua; sin embargo, él confiaba todo el contenido y forma al designio de Dios, limitándose a conservar y cultivar la fe de la promesa. Pero ahora ya recibe cierta semilla dispuesta por Dios para él, ésta que desde el principio había sido prometida al género humano; es decir, a la descendencia de Eva, en la cual todos los pueblos de la tierra, o sea, todas las naciones descendientes de Adán, serían llamadas y admitidas a compartir la felicidad.

Isaac, educado en esa disciplina de piedad, estuvo formándose hasta la edad de treinta y siete años, momento en el que al morir su madre Sara le dejó un gran vacío a su piadoso hijo; cuyo cuerpo procuró Abraham sepultarlo celosamente en un campo adquirido. Pues aunque los señores y los príncipes le ofrecían generosamente terrenos regalados para establecer la sepultura; sin embargo, los rechazó amablemente, porque a quien le había sido prometida la posesión de aquella tierra, la cual si no le había correspondido todavía ni a su esposa ni a él en vida (porque aún no se había completado la iniquidad de los amorreos); sin embargo, una vez muertos, se pensaba que debían garantizársela con el derecho de una herencia perpetua, y deseaba dejársela a

sus descendientes con este mismo reconocimiento, como garantía irrefutable de la tierra prometida, de la cual no podrían ser expulsados bajo ningún concepto en virtud de la celebración ante testigos de una compra real, dado que tendrían la propiedad firme de todo lo que puede ser adquirido en las tierras; tal y como la antigüedad de las tumbas y de los monumentos quiso que fuera, no sólo segura y propia, sino también reclamada por la autoridad de la religión. Y tanto es así que si el asentamiento que se le ofrecía gratuitamente a Abraham le hubiese complacido, una vez que lo hubiera aceptado y se hubiese establecido con la presencia del cuerpo enterrado, habría permanecido perpetuamente con este único reconocimiento; y ello con mayor motivo si hubiese constancia pública de que la operación se había tratado y culminado sin la oposición de nadie, con fijación y pago de su justo y legítimo precio, con el consentimiento mutuo del vendedor y del comprador, y en presencia de numerosos testigos. Pues mediante este pacto, el derecho y la justicia exigían, en lo concerniente a este particular, que el comprador y sus herederos fueran considerados no como huéspedes o allegados, sino como ciudadanos de pleno derecho. *Vivió Sara ciento veintisiete años. Murió en la ciudad de Arbe, que es Hebrón en la tierra de Canán. Vino Abraham a llorar a Sara y hacer duelo por ella, y cuando se levantó de junto a su muerta, habló así a los hijos de Jet: "Soy entre vosotros extranjero y huésped. Dadme en propiedad una sepultura donde pueda sepultar a mi difunta, apartándola de mi vista". Los hijos de Jet contestaron a Abraham: "Óyenos, señor, por favor: Tú eres entre nosotros un príncipe de Dios; sepulta a la difunta en el mejor de nuestros sepulcros; ninguno de nosotros te negará su sepulcro para que en él sepultes a tu difunta". Alzóse Abraham, e inclinándose profundamente ante el pueblo de aquella tierra, los hijos de Jet, les dijo: "Si de veras queréis que pueda yo apartar a mi difunta de mi vista, sepultándola, escuchadme y rogad por mí a Efrón, el hijo de Seor, que por su justo precio me ceda para sepultura en propiedad, en presencia vuestra, la doble caverna, que tiene al término de su campo". [161] Efrón estaba sentado entre los hijos de Jet, y respondió Efrón, el jeteo, a Abraham, en presencia de los hijos de Jet y de cuantos entraban por las puertas de la ciudad: "No, señor mío, óyeme: Yo te doy el campo y la caverna que se halla a su extremo; te la doy ante los hijos de mi pueblo; sepulta a tu difunta". Abraham volvió a prosternarse ante la gente de aquella tierra, y habló así a Efrón, en presencia de todos: "Óyeme, te ruego; yo te daré el precio del campo. Recíbelo tú y sepultaré en él a mi difunta". Y respondió Efrón a Abraham diciéndole: "Señor mío, óyeme: ¿Qué es para mí ni para ti una tierra de cuatrocientos siclos de plata? Sepulta a tu difunta". Oyó Abraham a Efrón y pesóle ante los hijos de Jet la plata que éste había dicho, cuatrocientos siclos de plata corriente en el mercado. Vino, pues, a ser propiedad de Abraham, ante los hijos de Jet y de cuantos entraban por la puerta de la ciudad, el campo de Efrón, frente a Mambré, con la doble caverna que hay en él, y todos los árboles del campo y sus contornos. Después de esto sepultó Abraham a Sara, su mujer, en la caverna doble de este campo, frente a Mambré, que es Hebrón, en tierra de Canán. El campo, con la caverna que hay en él, vino a ser sepultura de propiedad de Abraham, adquirida de los hijos de Jet. Con este ejemplo se puede observar que Abraham además de aquella propiedad buscada y conseguida con empeño, con*

Gen 23, 1-20.

cuidado y conforme a la ley, de donde había decidido no regresar más a Caldea, meditó dos asuntos más y se los confió a su descendencia para que se ocupara de ellos y los conservara. Uno de ellos fue declarar su fe y esperanza firmes acerca de la tierra prometida en aquella región, que sería conseguida y poseída por su descendencia y su pueblo al comprar un terreno para su esposa y para él, y levantar una tumba que quedara como monumento paterno digno de mención y de visita para las familias que nacerían de él, y que a quienes lo visitaran y tuvieran noticias suyas les refrescara el recuerdo de su vida y de su peregrinación cumplida a instancias de los consejos y avisos de la divina providencia. El otro, que la imagen de aquella posesión terrena, de la que ellos mismos se servirían de momento, y de la que él, una vez muerto, haría un uso eterno, enseñara y advirtiera que había que esperar y restaurar la verdad y la firmeza de aquella otra promesa del cielo, de la cual este terreno había sido como una sombra. Y él personalmente la había considerado cierta, hasta el punto de que así lo declaró expresándose en estos términos; a saber, que su mujer, aunque había sido huésped hasta el final de su vida, sin embargo, después de la muerte la veía como ciudadano, acrecentada con la propiedad de la sepultura y del cipo, así como de la tierra; y que él había decidido servirse del mismo derecho. Por lo cual también de aquella otra promesa, aunque no sería madurada ni cumplida estando él aún vivo y con capacidad de sentir, sin embargo después de estas peregrinaciones de la vida mortal, su responsable y autor le debía dejar al fin participar con generosidad de ella por su fe y obediencia juzgadas, cumplidas y aprobadas con toda integridad, como ya se indicó. Y una vez que su esposa [162] fue preparada con toda honestidad y generosidad para lo que él consideraba en su corazón y en todos sus deseos lo principal y lo más importante, consideró que lo primero que tenía que hacer era procurarle a su hijo, a quien le correspondía la responsabilidad de llevar adelante la promesa divina, una esposa que no fuese corriente, ni como la aconsejase la costumbre de los hombres, sino la que eligiese y aprobase el designio, el juicio y la autoridad de Dios. Podía realmente este varón tan rico y tan célebre, el cual ya contaba con el favor de todos los habitantes de aquellas regiones, lograr, si lo hubiese pedido, sin ninguna dificultad, e incluso con gran ventaja y beneplácito, el parentesco de cualquiera de las familias más ricas o más poderosas de aquellas tierras. Pues ningún jefe negaría su hija a un joven de estas cualidades, admirable desde su nacimiento mismo, que sería el único heredero de un gran número de ganado y de una casa abundante, y compañero de su padre. Pero hubo muchas razones por las que Abraham nunca pensó de este modo, y entre las principales efectivamente que toda la vida de su hijo y todo el plan de actuación lo debía hacer recaer en el designio e intención de Dios, y confiarlo a su decisión, voluntad y providencia, puesto que incluso antes de tomar a la madre de su hijo, no había querido Dios que fuera de otra familia más que de la suya, y muy allegada y consanguínea, es más, casi hermana; y aunque la naturaleza y edad de ella eran un impedimento, un obstáculo, y se oponían, o más bien hacían perder las esperanzas; sin embargo, el cumplimiento y el poder de la promesa no las había cambiado ni corregido, sino que las había dejado sin alteración; y partiendo de una esterilidad múltiple, las había hecho de una fecundidad sor-

prendente e inaudita. *"Mi pacto", dijo, "lo estableceré con Isaac, el que te parirá Sara el año que viene por este tiempo"*. Y a raíz del cumplimiento feliz de este designio y promesa, comprendió Abraham que todo aquello que Dios había dispuesto para la familia de Sem y su descendencia, que era además su propia parentela, acerca de la salvación universal de los hombres, se llegaría a preparar y a cumplir. Pues por ello Dios ofreciéndole conocerlo y confiándole su cuidado, le había prometido a este varón tan versado en el conocimiento de la fe un hijo de su sangre, y no de otra mujer nueva que debiera buscar y ponerla en el lugar de su esposa estéril, sino de su propia y legítima mujer, Sara; y efectivamente lo cumplió. Y así, con la oportunidad y el ejemplo de este beneficio argumentó Abraham sabiamente en primer lugar que Dios no quería que nada relacionado con este asunto se pidiese o se procurase de entre el pueblo de los cananeos, a pesar de ser vecinos; sino que señalaba como elegida únicamente a su propia familia. En segundo lugar argumentó que no surgiría ninguna dificultad tan grande entre sus parientes y allegados por una petición de esta clase, que la providencia de Dios, a quien únicamente correspondía el cuidado de su designio y de su promesa, no pudiera atenuar y corregir, y finalmente solucionar con esta misma autoridad y eficiencia con la que de repente había convertido la infertilidad congénita de una mujer de noventa años en una nueva y admirable fecundidad. Y además, como en su fe tenía ya recibida de la generosidad divina, para él y para sus descendientes, la tierra de los cananeos según aquella promesa: *Y te daré a ti y a tu descendencia el país donde moras, la tierra de Canán, en eterna posesión*; comprendió que en ninguna otra prueba ni título más que en la veracidad, la autoridad y el cumplimiento de la promesa divina debía apoyarse el derecho de su descendencia sobre aquella propiedad, [163] y así lo quiso. Y no permitió que pudiera darse o alegarse la más mínima excepción de afinidad o parentesco contraído con los cananeos, por la cual no pudiera atribuírsele en su totalidad a la promesa y al regalo de la divinidad toda posibilidad y ventaja, así como el derecho de la herencia recibidos. Y de hecho también aquel beneficio confirmó este pensamiento, pues no en vano poco después de aquella célebre tentación recibió noticias acerca de la numerosa prole que le había nacido en Mesopotamia a su hermano Nahor, con una lista incluso cuidadosamente recogida de los nombres.

Y realmente el desenlace no defraudó el deseo y las expectativas de Abraham; y es más, confirmó no tanto el dictado de su corazón como la singular providencia y voluntad de Dios, y se la confirmó no sólo a él, que se había ocupado de ello, sino también a aquellos en quienes hizo recaer la tarea de encontrar una esposa, con sólo declarar aquel nombre divino, *YAHVEH*, cuya noticia y conciencia religiosa no había desaparecido aún de entre los semitas. Y el relato de este admirable designio y favor divinos es como sigue: *Era Abraham ya viejo, muy entrado en años, y el Señor le había bendecido en todo. Dijo, pues, Abraham al más antiguo de los siervos de su casa, el que administraba cuanto tenía: "Pon, te ruego, tu mano bajo mi muslo. Yo te hago jurar por el Señor, Dios de los cielos y de la tierra, que no tomarás mujer para mi hijo de entre las hijas de los cananeos, en medio de los cuales habito, sino que irás a mi tierra, a mi parentela, a buscar mujer para mi hijo Isaac"*. Y le dijo

Gen 17, 21.

Gen 17, 8.

Gen 24, 1-67.

el siervo: "Y si la mujer no quiere venir conmigo a esta tierra, ¿habré de llevar allá a tu hijo, a la tierra de donde saliste?" Díjole Abraham: "Guárdate muy bien de llevar allá a mi hijo. El Señor, Dios de los cielos, que me sacó de la casa de mi padre y de la tierra de mi nacimiento, que me ha hablado y me juró, diciendo: 'A tu descendencia daré yo esta tierra', enviará a su ángel ante ti y traerás de allí mujer para mi hijo. Si la mujer no quisiere venir contigo, quedarás libre de este juramento, pero de ninguna manera volverás allá a mi hijo". Puso, pues, el siervo la mano bajo el muslo de Abraham, su señor, y le juró. Tomó el siervo diez de los camellos de su señor, y se puso en camino, llevando consigo de cuanto bueno tenía su señor, y se dirigió a Mesopotamia, a la ciudad de Najor. Hizo que los camellos doblaran sus rodillas fuera de la ciudad, junto a un pozo de aguas, ya de tarde, a la hora de salir las que van a tomar agua, y dijo: "Señor, Dios de mi amo Abraham, salme al encuentro hoy, y muéstrate benigno con mi señor Abraham. Voy a ponerme junto al pozo de agua mientras las mujeres de la ciudad vienen a buscar agua; la joven a quien yo dijere: 'Inclina tu cántaro, te ruego, para que yo beba'; y ella me respondiere: 'Bebe tú y daré también de beber a tus camellos', sea la que destinas a tu siervo Isaac, y conozca yo así que te muestras propicio a mi señor". Y sucedió que antes de que él acabara de hablar, salía con el cántaro al hombro Rebeca, hija de Batuel, hijo de Melca, la mujer de Najor, hermano de Abraham. La joven era muy hermosa, y virgen, que no había conocido varón. [164] Bajó al pozo, llenó su cántaro y volvió a subir. Corrió a su encuentro el siervo y le dijo: "Dame, por favor, a beber un poco de agua de tu cántaro". "Bebe, señor mío", le contestó ella; y bajando el cántaro apresuradamente con sus manos, le dio a beber. Cuando hubo él bebido, le dijo: "También para tus camellos voy a sacar agua, hasta que hayan bebido lo que quieran". Y se apresuró a vaciar el cántaro en el abrevadero, y corrió de nuevo al pozo a sacar más, hasta que hubo sacado para todos los camellos. Y el hombre la contemplaba en silencio, por saber si el Señor otorgaba éxito a su viaje o no. Cuando hubieron acabado de beber los camellos, tomó el siervo unos pendientes de oro de dos siclos de peso y dos brazaletes de diez siclos, también de oro, y dándoselos, le preguntó: "¿De quién eres hija tú? Dime, por favor, si no habría lugar en casa de tu padre para pasar allí la noche". Ella le contestó: "Soy hija de Batuel, el hijo que Melca dio a Najor". Y añadió: "Hay en nuestra casa paja y heno en abundancia y lugar para pernoctar". Postróse entonces el hombre y adoró al Señor, diciendo: "Bendito sea el Señor, Dios de mi señor Abraham, que no ha dejado de hacer gracia y mostrarse fiel a mi señor y a mí me ha conducido derecho a la casa de los hermanos de mi señor". Corrió la joven a contar en casa de su madre lo que había pasado. Tenía Rebeca un hermano de nombre Labán, que se apresuró a ir al pozo en busca del hombre. Había visto los pendientes y los brazaletes en la mano de su hermana y le había oído decir: "Así me ha hablado el hombre". Vino, pues, a él, que seguía con sus camellos junto a la fuente, y le dijo: "Ven, bendito del Señor; ¿por qué te estás ahí fuera? Ya he preparado yo la casa y lugar para los camellos". Fue, pues, el hombre a casa. Labán desaparejó los camellos, dio a éstos paja y heno, y agua al hombre y a los que le acompañaban para lavarse los pies, y después le sirvió de comer; pero el hombre dijo: "No comeré mientras no diga lo que tengo que decir". Respondióle: "Di". Éste

dijo: "Yo soy siervo de Abraham. El Señor ha bendecido largamente a mi señor, y le ha engrandecido, dándole ovejas y bueyes, plata y oro, siervos y siervas, camellos y asnos. Parióle Sara, la mujer de mi señor, un hijo en su ancianidad, y a él le ha dado todos sus bienes. Mi señor me ha hecho jurar, diciendo: 'No tomarás para mi hijo mujer de entre las hijas de los cananeos, de la tierra en que habito; sino que irás a la casa de mi padre, a mi parentela, y de allí traerás mujer para mi hijo'. Yo dije a mi señor: 'Quizá no quiera venir conmigo la mujer'; y él me contestó: 'El Señor, ante quien yo camino, mandará conmigo su ángel y hará que tu camino tenga buen éxito, y tomarás mujer para mi hijo de mi parentela y de la casa de mi padre. Entonces quedarás libre de mi maldición si fueses a mi parentela y no te la dieren'. Llegué hoy a la fuente, y dije: 'Señor, Dios de mi señor Abraham, te ruego, si de verdad quieres llevar a buen fin mi viaje, [165] bagas que mientras yo me quedo junto a la fuente, la joven que salga a buscar agua y a quien diga yo: Dame de beber, te ruego, un poco de agua de tu cántaro, y me diga ella: Bebe, y sacaré también para tus camellos, sea la mujer que el Señor ha destinado para el hijo de mi señor'. No había yo acabado de decir esto en mi corazón, cuando salía Rebeca con su cántaro al hombro, bajó a la fuente y sacó agua. Yo le dije: 'Dame de beber, te lo ruego'. Bajó ella en seguida el cántaro de sobre su hombro y dijo: 'Bebe, y daré también de beber a tus camellos'; y bebí yo, y ella dio también de beber a mis camellos. Yo le pregunté: '¿De quién eres hija?' Ella me respondió: 'Soy hija de Batuel, el hijo de Najor, que le dio Melca'. Entonces puse yo los pendientes en sus orejas y los brazaletes en sus manos, y me incliné postrándome ante el Señor, y bendije al Señor, Dios de mi señor Abraham, que me había traído por camino derecho para tomar a la hija de su hermano por mujer de su hijo. Ahora, si queréis hacer gracia y fidelidad a mi señor, decídmelo; si no, decídmelo también, y me dirigiré a la derecha o a la izquierda". Labán y Batuel contestaron diciendo: "Del Señor viene esto; nosotros no podemos decirte ni bien ni mal. Abí tienes a Rebeca; tómala y vete, y sea la mujer del hijo de tu señor, como lo ha dicho el Señor". Cuando el siervo de Abraham hubo oído estas palabras, se postró en tierra ante el Señor; y sacando objetos de plata y oro y vestidos, se los dio a Rebeca, e hizo también presentes a su hermano y a su madre. Pusiéronse luego a comer y a beber, él y los que con él venían, y pasaron la noche. A la mañana, cuando se levantaron, dijo el siervo: "Dejad que me vaya a mi señor". El hermano y la madre de Rebeca dijeron: "Que esté la joven con nosotros todavía algunos días, unos diez, y después partirá". Él les contestó: "No retraséis mi vuelta, ya que el Señor ha hecho feliz el éxito de mi viaje; dejadme partir, para que vuelva a mi señor". Dijéronle, pues: "Llamemos a la joven y preguntémosle lo que ella quiere". Llamaron a Rebeca y le preguntaron: "¿Quieres partir luego con este hombre?" Y ella respondió: "Partiré". Dejaron, pues, ir a Rebeca y a su nodriza con el siervo de Abraham y sus hombres, y bendecían a Rebeca diciendo: "Hermana nuestra eres; que crezcas en millares de millares y se adueñe tu descendencia de las puertas de sus enemigos". Montaron, pues, Rebeca, sus doncellas y su nodriza en los camellos, y se fueron tras el hombre, y éste se partió con Rebeca. Volvía un día Isaac del pozo llamado del Viviente que me ve, pues habitaba en la tierra del sur, y había salido para pasearse por el campo al atardecer, y, alzando los ojos, vio venir ca-

mellos. También Rebeca alzó sus ojos, y viendo a Isaac, se apeó del camello, y preguntó al siervo: "¿Quién es aquel hombre que viene por el campo a nuestro encuentro?" El siervo le respondió: "Es mi señor". Ella agarró el velo y se cubrió. El siervo contó a Isaac cuanto había ocurrido, [166] e Isaac condujo a Rebeca a la tienda de Sara, su madre; la tomó por mujer y la amó, consolándose de la muerte de su madre. Y ya después que la hacienda y la casa de Isaac, heredero de la felicidad divina prometida a su padre, estuvo asentada con rectitud, piedad y religiosidad, a Abraham su último día lo retiró de la peregrinación de esta vida mortal en posesión de una dilatada edad, y engrandecido por Dios de muchas formas, en esta región que había creído que sería entregada a sus descendientes, y cuidó de que la sepultura compartida con su esposa Sara, que compró, gestionó y construyó con su propio dinero, permaneciera levantada hasta el momento de la concesión de la tierra prometida. Vivió Abraham ciento setenta y cinco años. Expiró y murió Abraham en senectud buena, anciano y lleno de días, y fue a reunirse con su pueblo. Isaac e Ismael, sus hijos, le sepultaron en la caverna doble, en el campo de Efrón, hijo de Seor, el jeteo, frente a Mambré. Es el campo que compró Abraham a los hijos de Jet. Allí fue sepultado con Sara, su mujer. Después de la muerte de Abraham, Dios bendijo a Isaac, y habitó Isaac junto al pozo llamado de 'El Viviente que me ve'; nombre que tanto para Isaac como para Ismael fue sagrado y fausto, así como una prueba perpetua del cuidado que la divina providencia había tenido de ellos.

[Gen 25, 7-11].

CAPÍTULO X.

DE LA CONTINUACIÓN DEL DESIGNIO DIVINO EN ISAAC

El lugar de Abraham, auténtico cultivador y maestro de la piedad en aquellos tiempos, heraldo y doctor del nombre y del designio de la divinidad, ejemplo de la fe que todo lo puede, y quien ya había cumplido lo mismo con su vida que con su tarea, fue ocupado por su hijo Isaac, heredero y émulo de la virtud y de la piedad de su padre. Y su ejemplo en acrecentar la familia, admirable tanto por la naturaleza y forma como por su significado, quiso Dios que permaneciera, decidiendo para él la herencia de recibir la bendición, no porque destacara como el primero y el mayor por capricho y sucesión de la naturaleza, o como el más fuerte gracias a su fortaleza, y como el más poderoso por sus riquezas; sino más bien porque, aunque por lo demás fuera tenido como el menor en la totalidad de las alabanzas de esta clase que se consideran grandes entre los hombres, sin embargo por la naturaleza de su fe y de su integridad fue el mayor desde el momento mismo de su nacimiento. Y decidió Dios separar, mostrar y presentar dividida en dos facciones a los habitantes de toda la tierra en la doble descendencia de este varón. Una facción, la de quienes conservasen y cultivasen el conocimiento recibido de sus padres acerca de la verdadera piedad, y acerca del propósito divino y el deber de los hombres. Y la otra, la de quienes se apartaran en busca de otras creen-

cias, y lo atribuyesen todo a la fuerza y capacidad, o incluso a la sabiduría propias del hombre. Facciones que, desde un principio disidentes, opuestas y enfrentadas por un odio casi a muerte, al fin, gracias a un importantísimo cambio y mutación de las circunstancias, serían restablecidas a la comunión de la paz y de la salvación, según les fue anunciado en los oráculos divinos. [167] Y de hecho, el Espíritu Santo dispuso que esta historia de Isaac, puesto que era insigne por sus ejemplos verdaderos y concernientes a la idea de la salvación universal, debía ser relatada bajo un título singular y destacado. *Ésta es la descendencia de Isaac, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac. Era Isaac de cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Batuel el arameo de Mesopotamia, hermana de Labán. Rogó Isaac al Señor por su mujer, que era estéril, y fue oído por el Señor, y concibió Rebeca, su mujer. Chocábanse en su seno los niños y dijo: "Para esto, ¿a qué concebir?" Y fue a consultar al Señor, que le dijo: "Dos pueblos llevas en tu seno. Dos pueblos que al salir de tus entrañas se separarán. Una nación prevalecerá sobre la otra nación. Y el mayor servirá al menor". Llegó el tiempo del parto, y salieron de su seno dos mellizos. Salió primero uno rojo, todo él peludo, como un manto, y se le llamó Esaú. Después salió su hermano, agarrando con la mano el talón de Esaú, y se le llamó Jacob. Era Isaac de sesenta años cuando nacieron. Crecieron los niños, y fue Esaú diestro cazador y hombre agreste, mientras que era Jacob hombre apacible y amante de la tienda. Isaac, porque le gustaba la caza, prefería a Esaú, y Rebeca prefería a Jacob.* Son muchos los hechos dignos de mención y de ser tenidos en cuenta para nuestro propósito que se ofrecen en este relato, y entre los primeros la veracidad inalterable de las promesas de Dios, así como su maduración sapientísima, pues entretanto, y hasta que la impiedad de los amorreos, la cual entonces se encontraba en ebullición, o bien cambiara con el arrepentimiento o bien se consumiera al fuego hasta el momento del castigo, decidió formar, sacar adelante y propagar con una sucesión garantizada al pueblo elegido por él para la preparación arcana de la salvación, y engrandecerlo con milagros, portentos y muestras singulares para que fuera fácil comprender que ya había sido elegido y consagrado a Él. Pues de Abraham, el único que había sido llamado, nacieron otros muchos pueblos, pero especialmente Isaac, para que conservara el nombre hereditario de la sangre o de la semilla de Abraham en virtud de cierto privilegio, y para que supiera por el oráculo que, acrecentado con dos hijos de un solo parto, sería padre de dos pueblos, el mayor de los cuales serviría precisamente al más pequeño. En este oráculo comenzó a tener conocimiento de estos que conservarían la doctrina recibida de la divinidad desde el principio de los tiempos, quienes, sin embargo, debían ser considerados muchos menos e inferiores por su poder que los otros, los cuales, repartidos en varias naciones, facciones y grupos poseían casi la totalidad del orbe, y lo llenaban no sólo con lenguas, sino también con doctrinas y opiniones discrepantes, y se afanaban en un primer momento en la amplificación del poder, la gloria y el interés terrenal, y ponían la quintaesencia de la felicidad y del bien en el uso, el esplendor y el adorno de esta vida mortal; pero más tarde, al fin informados y convencidos de la verdad divina, pasarían de aquella forma de vivir y de sentir a la opinión, a la doctrina, a la comunidad, a la familiaridad e incluso a la obediencia del pueblo que en otro tiempo había sido menos numeroso.

[Gen 25, 19-28]

Además conviene admirar el carácter opuesto de aquellos mellizos, [168] de los cuales uno era más fuerte y robusto por naturaleza, e incluso mayor y primero también en el desarrollo del feto; el otro en cambio, estaba formado por elementos más débiles, y por ello dotado de un carácter más sosegado y con miembros menos robustos, y ello a pesar de que ambos fueron engendrados al mismo tiempo. Por lo que no se debe creer que ni uno ni otro debiera algo a las estrellas o a la disposición o estado de los astros, ya que ambos fueron alumbrados con un único esfuerzo, reclamando para sí el mismo momento, y no se asomó uno a la luz de la vida sin el otro; sin embargo, hasta tal punto eran diferentes por el carácter, la disposición natural, sentimiento, afán y costumbres, que no parece que se pueda encontrar un mellizo más diferente de otro, ni un hermano de otro, ni un hombre de otro. Y de hecho, no puede sorprender menos a quienes hayan oído que el menor, desigual tanto en fuerzas y fortaleza como por el vigor y la complexión de sus miembros, desde el vientre mismo de su madre, se esforzó, sin embargo, por arrebatarle al mayor la primacía en la casa y la familia paternas; de modo que incluso dentro de las entrañas de la madre lo hostigó con la lucha, y ya desde el útero no le permitió que naciese si no era en su compañía, y efectivamente lo agarró tenazmente por el pie, de manera que no permitió separarse hasta que nacieron ambos al mismo tiempo, con una importante y sorprendente explicación de este prodigio; a saber, que sin duda éste aventajaría al hermano en los progresos de la vida verdadera en razón de la cual nacían los dos. Por lo que también en continua lucha recibió de sus padres, aconsejados por el Espíritu Santo, el nombre de la victoria. *Y por ello lo llamó IAGHACOB.*

[Gen 25, 25].

CAPÍTULO XI. DEL CARÁCTER DE JACOB

Nacidos en un mismo parto y de los mismos padres, aquellos mellizos estuvieron dotados desde la más tierna infancia de unas cualidades innatas casi opuestas, y quienes los conocían comenzaron a forjarse diferentes esperanzas acerca de ellos. Pues Esaú, quien era tenido por el primogénito, dado que empezó a asomar el primero, pareció que sería el indicado para administrar los asuntos de fuera, así como para el arte de la guerra y la gloria que llaman humana; y ello porque siendo todavía niño había volcado todo su interés en el deseo de carreras, lanzamiento, vida errante y cacerías, y se había acostumbrado a no regresar a casa junto a sus padres si no era tarde y cargado con su presa; y en cambio del estudio y de las disciplinas civiles o religiosas parecía mucho más distante. El menor, por el contrario, mostraba un espíritu sosegado, un carácter apacible, apto para las tareas domésticas, inclinado a las artes honestas y útiles para la vida y la familia; y se entretenía sólo en las tareas que se había percatado que eran gratas a sus padres, y sobre todo a su madre, y útiles para su casa; pasaba revista a los rebaños de los pastores cuando tenía ocasión, así como a los rediles de las ovejas, a las chozas, y cuidaba de

buen grado, como si estuviera encargado, del ganado. Y esto es lo que quiere expresar aquella parte del relato que dice: *Vivía en tiendas de campaña*. Puesto que tanto sus padres, como huéspedes que eran, como los pastores de sus padres habitaban según la costumbre este tipo de techumbre y de morada. Y de este modo él, instruido por sus padres en el contenido y en las leyes de la piedad y de las promesas divinas, reconsiderándolo con todos sus sentidos y con asidua meditación, dándole vueltas una y otra vez también a lo que había oído por boca de su madre acerca de aquella singular profecía: [169] *EL MAYOR SERVIRÁ AL MENOR*, y meditándolo consigo mismo en silencio, acariciaba el fruto con plena confianza y gran esperanza; y argumentaba que no en vano había luchado con su hermano dentro del vientre, y que agarrándose detrás había salido a la luz junto con el que estaba naciendo y al mismo tiempo. Este pensamiento lo confirmaba su desmedido deseo, con el que llevaba su espíritu encendido hacia el conocimiento de los asuntos divinos, sin ocuparse de buen grado de ningún otro asunto más que de esto sólo, y acostumbrado a ponerlo todo en relación con este pensamiento; y sobre todo le inquietaba de qué modo podría reivindicar también algún día en público, con derecho firme y manifiesto, lo que había concebido basándose sólo en la fe, en la esperanza y en el deseo. Y como todo él estaba concentrado en esto, y, gracias tanto a su empeño como a la insolencia, temeridad e impío abandono de su hermano, resultó que todo el derecho, dignidad y autoridad que la naturaleza le había atribuido al otro en las cosas sagradas y mistericas, así como en las promesas divinas, todo ello pasara al poder y uso de quien lo quería, lo deseaba y se lo procuraba sabiamente mediante un contrato de compra, con la ceremonia, el derecho y la validez del juramento; y ello además con la aprobación de Dios, que condenó el impío desprecio del vendedor. Pues aunque en aquellos tiempos ninguno de los muchos hijos que hubiera podido tener un padre parecía que fuese particularmente y por derecho el heredero universal del patrimonio familiar en virtud de ninguna ley, sino que este derecho se confería en su totalidad a la decisión del padre; a pesar de ello, entre la descendencia y la familia de Sem, y sobre todo la de Abraham, el obtener el privilegio de la primogenitura se consideraba la mayor y la más dichosa de las fortunas, ya que a ésta le seguirían las arcanas promesas de los dones celestes y de la salvación humana, el mayor y el más preciado tesoro de todos los bienes, que sería revelado, participado y comunicado a todos los pueblos de la tierra por aquella casa y por aquella familia; el cual se cuenta que Esaú no sólo lo vendió por el miserable precio de un trozo de pan y de un plato de lentejas, sino que además lo despreció y lo rechazó con el mayor de los sacrilegios.

[Gen 25, 27].

[Gen 25, 23].

Era Isaac de sesenta años cuando le nacieron sus hijos. Crecieron los niños, y fue Esaú diestro cazador y hombre agreste, mientras que era Jacob hombre apacible y amante de la tienda. Isaac, porque le gustaba la caza, prefería a Esaú, y Rebeca prefería a Jacob. Hizo un día Jacob un guiso, y llegando Esaú del campo, muy fatigado, dijo a Jacob: "Por favor, dame de comer de ese guiso rojo, que estoy desfallecido". Por esto se le dio a Esaú el nombre de Edom. Contestóle Jacob: "Véndeme ahora mismo tu primogenitura". Respondió Esaú: "Estoy que me muero; ¿qué me importa la primogenitura?" "Júramelo ahora mis-

Gen 25, 26-34

moⁿ, le dijo Jacob; y juró Esaú, vendiendo a Jacob su primogenitura. Diole entonces Jacob pan y el guiso de lentejas; y una vez que comió y bebió, se levantó Esaú y se fue, sin dársele nada de la primogenitura.

CAPÍTULO XII.

DE LA PROMESA Y LOS TÉRMINOS DE LA PROMESA REPETIDOS Y RENOVADOS CON ISAAC, Y DE LA CONSTANTE TUTELA Y CUIDADO DE LA PROVIDENCIA DIVINA HACIA LOS PIADOSOS

[170] Después que nacieron y se hicieron adultos los dos hijos mellizos, los cuales representaban los papeles de los dos tipos de hombres, uno en nada era diferente a Caín en costumbres, carácter, apariencia y deseos, y efectivamente fue tildado por el Espíritu Santo como fornicario y profano; el otro, en cambio, era muy parecido a Abel, dulce e inocente, sabía tolerar, sobrellevar y contener con paciencia, amabilidad y prudencia los ánimos de su hermano; y entretanto sucedió que su padre Isaac, debido a la dificultad para conseguir aprovisionamiento de trigo y a la extrema escasez de grano, por la que se había empezado, por lo general, a pasar penurias entre los cananeos, decidiendo emigrar a Egipto fue advertido por Dios de que se quedase tranquilo y actuase sin preocupación, y se le ordenó que no se preocupase tanto de conseguir sustento para su familia como de cuidar y promover el conocimiento y la institución de la piedad, y que se quedase en la región en la que se encontraba asentado; en la cual, aunque era todavía un invitado y carecía de un domicilio estable, sin embargo, como el amo y el habitante de propio derecho que algún día llegaría a ser, podía y debía recorrerla e indagar y conocer la naturaleza, la índole y todas las partes de la tierra prometida.

No fue Isaac desconocedor ni se le olvidó la respuesta dada a su padre Abraham mientras dormía en medio de las víctimas sacrificadas y partidas por la mitad, como lo demuestra la situación y su consideración, y lo declara también el argumento de este oráculo, que enseguida traeremos a colación, del cual lo más importante es aquello de *Cumpliendo el juramento que hice a Abraham, tu padre*. Y con este conocimiento pensaba Isaac que él debía tomar la misma decisión que había tomado su padre, Abraham, en una situación similar de hambre colectiva; y especialmente habiéndosele vaticinado a su padre que su descendencia sería peregrina en una tierra que no era la suya, y que de allí regresaría finalmente a la región de Canán con grandes riquezas. Y en relación con ello, a este varón piadoso, que ya tenía noticias de ello, y que estaba dotado de una fe inalterable, le asaltó la idea de que tal vez fuese el momento de hacer uso de la oportunidad presente para emprender aquella emigración, y de comenzar aquellos cuatrocientos años fijados en la profecía (los cuales, sin embargo, había establecido la divina providencia que no había que contarlos a partir de su tiempo, sino a partir del momento en que fue pronunciada dicha profecía); debido a ello y para no parecer que faltaba a la

[Gen 26, 3].

f. Gen 15, 13-14.

voluntad de Dios y a su propia salvación, si por casualidad esto había sido ya decidido de este modo, como él lo creía, hacía en serio todo lo que podía en relación con la emigración. Pero lo que ocurriese después, se lo dejaba a la providencia divina, la cual le prohibió, como dijimos, emprender aquella marcha, y le ordenó permanecer junto a los filisteos, y cuanto tiempo permaneció allí, no sólo vivió seguro y sin daño alguno gracias a la tutela de Dios, sino que con su patrocinio y ayuda resultó querido, grato y honrado, así como acrecentado en su hacienda familiar; [171] y predicó el sacrosanto nombre de la divinidad protectora, honrado en libertad y con éxito, y celebrado con frecuencia, en este mismo lugar en que ya antes también su padre lo había predicado públicamente. *Hubo en aquella tierra un hambre, distinta de la primera que hubo en tiempo de Abraham; y fue Isaac a Guerar, a Abimelec, rey de los filisteos, pues se le apareció el Señor y le dijo: "No bajes a Egipto; sigue habitando en esta tierra, que yo estaré contigo y te bendeciré, pues a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, cumpliendo el juramento que hice a Abraham, tu padre, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y le daré todas estas tierras, Y SE GLORiarán en tu descendencia todos los pueblos de la tierra, por haberme obedecido Abraham y haber guardado mi mandato, mis preceptos, mis ordenaciones y mis leyes". Habitó, pues, Isaac en Guerar. Preguntábanle los hombres del lugar por su mujer, y él decía: "Es mi hermana". Pues temía decir que era su mujer, no fuera que le mataran los hombres del lugar por Rebeca, que era muy hermosa. Como se prolongase su estancia en Guerar, mirando un día Abimelec, rey de los filisteos, por la ventana, vio que estaba Isaac acariciando a Rebeca, su mujer. Llamó Abimelec a Isaac y le dijo: "De cierto que es tu mujer. ¿Por qué, pues, dices: 'Es mi hermana'?" Y le contestó Isaac: "Es que me dije: No vaya yo a morir por causa suya". Respondióle Abimelec: "¿Cómo nos has hecho eso? Hubiera podido alguno tomar a tu mujer, y hubieras arrojado sobre nosotros un delito". Dio, pues, Abimelec una orden a todo el pueblo, diciendo: "El que toque a este hombre o a su mujer, morirá". Sembró Isaac en aquella tierra, y recogió aquel año ciento por uno, pues le bendijo el Señor. Engrandeciósse y fue creciendo, creciendo cada vez más, hasta hacerse muy poderoso. Tenía mucha hacienda de ovejas y bueyes y mucha servidumbre, y los filisteos llegaron a envidiarle. Todos los pozos abiertos por los siervos de su padre Abraham los cegaron los filisteos, llenándolos de tierra. Dijo Abimelec a Isaac: "Vete de aquí porque has llegado a ser mucho más poderoso que nosotros". Fuese Isaac y acampó en el valle de Guerar, y habitó allí. Volvió a abrir los pozos abiertos en tiempo de Abraham, su padre, y cegados por los filisteos después de la muerte de Abraham, dándoles los mismos nombres que les había dado su padre. Cavaron los siervos de Isaac en el valle, y alumbraron una fuente de aguas vivas; pero los pastores de Guerar riñeron con los de Isaac, diciendo: "Estas aguas son nuestras". Y llamó al pozo Calumnia, porque había habido riña por él. Excavaron sus siervos otro pozo, por el cual hubo también un altercado, y lo llamó Enemistad. Yéndose más lejos, excavó otro pozo, por el cual no hubo ya querellas, y le llamó Amplitud, diciendo: "Ahora ya nos ha dado el Señor holgura y prosperaremos en esta tierra". [172] Subió después a Berseba, y se le apareció el Señor aquella noche y le dijo: "Yo soy el Dios de Abraham, tu padre; nada temas, que yo estoy contigo: Yo te*

Gen 26, 1-35.

bendeciré y multiplicaré tu descendencia por Abraham, mi siervo". Alzó allí un altar, e invocó el nombre del Señor; plantó allí su campamento, y abrieron también allí sus siervos un pozo. Vinieron a él, desde Guerar, Abimelec, Ajuzat, amigo suyo, y Picol, jefe de su ejército; e Isaac les dijo: "¿Para qué habéis venido a mí vosotros, que me odiáis y me habéis arrojado de entre vosotros?" Ellos dijeron: "Porque hemos visto claramente que está el Señor contigo, y nos hemos dicho: 'Haya entre nosotros un juramento entre ti y nosotros'. Queremos hacer alianza contigo, de no hacernos tú mal, como no te hemos tocado nosotros a ti, haciéndote sólo bien y dejándote partir en paz. Tú eres ahora el bendito del Señor". Isaac les preparó un banquete, y comieron y bebieron. A la mañana siguiente se levantaron, y se juraron unos a otros, y los despidió Isaac, yéndose ellos en paz. Aquel mismo día vinieron los siervos de Isaac a informarle acerca del pozo que estaban haciendo, y le dijeron: "Hemos hallado agua", e Isaac llamó al pozo Abundancia; por eso se llamó la ciudad Berseba hasta el día de hoy. Era Esaú de cuarenta años, y tomó por mujeres a Judit, hija de Beerí, jeteo, y a Besemat, hija de Elón, jeteo que fueron para Isaac y Rebeca una amarga pesadumbre.

CAPÍTULO XIII.

DEL PRIMER DERECHO DE HERENCIA, CONFIRMADO POR OBRA DE JACOB

Esaú, al venderla, no sólo despreció y se burló de aquella primacía en el seno de la familia paterna relativa a la dignidad y prerrogativa divinas y arcanas, aunque rehusó, a pesar de haberlo desdeñado, el nombre EDOM que le había sido puesto en virtud de aquel contrato; sino que llegaría a poner de manifiesto que nada le preocupaba entonces menos que este asunto. Tomó por iniciativa propia la esposa deseada, no la que sus padres querían elegir y apartar para disposición de aquella descendencia escogida, sino la que él mismo había preferido conforme a su deseo, y luego tomó otra del mismo modo; ambas del pueblo de los cananeos, cuyas costumbres debió conocer que no eran bien vistas por Dios, y saber, al menos, que eran sospechosas y muy poco gratas para sus padres. Y por este motivo se excluyó completamente a sí mismo de aquella idea de conservar puro su linaje. *Era Esaú de cuarenta años, y tomó por mujeres a Judit, hija de Beerí, jeteo, y a Besemat, hija de Elón, del mismo lugar.* Y por todo ello se hizo merecedor, de acuerdo con la sentencia del juicio divino pronunciada por mediación de su propio padre, de ser despojado de la dignidad y autoridad que tan poco le habían importado y que voluntariamente había traicionado. Y el otro hijo, el menor, quien lo había deseado de todo corazón, y lo había procurado con el mayor empeño, fue juzgado digno de resultar vencedor. Pues éste, [173] habiéndose servido del esfuerzo y del consejo de su madre, engañando al padre en su ropaje y apariencia externa mientras lo tocaba, consiguió para sí, arrebatándolo con artimañas, aquel buen presagio que se creía que se debía dispensar al mayor y al más

[Gen 26, 34].

fuerte en orden natural. Ese presagio sagrado en el uso de los libros santos recibe el nombre de BENDICIÓN, y representa la atribución de una gran prosperidad, según la naturaleza y la idea de su argumento y contenido, del cual nos ocupamos. Efectivamente la historia de esta acción es muy digna de lectura y de una admirable atención; pero requeriría un volumen completo dedicado a su explicación debido al sentido arcano de todas sus partes, el cual no lo necesitarán quienes ya estén iniciados en los misterios divinos y hayan sido admitidos a la contemplación espiritual; los demás, en cambio, nunca podrán ser suficientemente instruidos. Nosotros por nuestra parte, yendo de la mano de Dios, si llegamos a sacar nuestras explicaciones a los libros del Viejo Testamento como las hemos sacado a los del Nuevo²¹ por mediación de Cristo, no haremos brillar ninguna luz que sirva para ocuparse de los pasajes más difíciles de este campo. *Quando envejeció Isaac se debilitaron sus ojos y no veía. Llamó, pues, a Esaú, su hijo mayor, y le dijo: "Hijo mío". Éste contestó: "Heme aquí". "Mira -le dijo-, yo ya soy viejo y no sé cuál será el día de mi muerte. Toma, pues, tus armas, tu aljaba y tu arco, y sal al campo a cazar, y me haces un guiso como sabes que a mí me gusta, y me lo traes para que lo coma, y después te bendiga antes de morir". Oyó Rebeca lo que Isaac decía a Esaú, su hijo. Esaú salió al campo a cazar algo para traerlo; y Rebeca dijo a Jacob, su hijo: "Mira, he oído a tu padre hablar a Esaú, tu hermano, y decirle: Tráeme caza y prepáramela, para que la coma y te bendiga delante del Señor antes de mi muerte. Ahora, pues, hijo mío, obedéceme y haz lo que yo te mando. Anda, vete al rebaño, y tráeme dos cabritos buenos para que yo haga con ellos a tu padre un guiso como a él le gusta, y se lo lleves a tu padre, y lo coma y te bendiga antes de su muerte". Contestó Jacob a Rebeca, su madre: "Mira que Esaú, mi hermano, es hombre velludo y yo soy lampiño, y si me toca mi padre, apareceré ante él como un mentiroso y traeré sobre mí una maldición en vez de la bendición". Díjole su madre: "Sobre mí tu maldición, hijo mío; pero tú obedéceme. Anda y tráemelos". Fue, pues, allá él, los tomó y se los trajo a su madre, que hizo el guiso como a su padre le gustaba. Tomó Rebeca vestidos de Esaú, su hijo mayor, los mejores que tenía en casa, y se los vistió a Jacob, su hijo menor; y con las pieles de los cabritos le cubrió las manos y lo desnudo del cuello; puso el guiso y pan, que había hecho, en manos de Jacob, su hijo, y éste se lo llevó a su padre, y le dijo: "Padre mío". "Heme aquí, hijo mío", contestó Isaac. "¿Quién eres, hijo mío?" Y le contestó Jacob: "Yo soy Esaú, tu hijo primogénito. He hecho como me dijiste. Levántate, pues, te ruego; siéntate, y come de mi caza, para que me bendigas". Y dijo Isaac a su hijo: "¿Cómo tan pronto hallaste, hijo mío?" Y le respondió: "Porque hizo el Señor, tu Dios, que se me pusiera delante". Dijo Isaac a Jacob: Anda, acércate para que yo te palpe, hijo mío, a ver si eres o no mi hijo Esaú". [174] Acercóse Jacob a Isaac, su padre, que le palpó y dijo: "La voz es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú"; y no le conoció, porque estaban sus manos velludas como las de Esaú, su hermano, y se dispuso a bendecirle. Todavía le preguntó: "¿De verdad eres tú mi hijo Esaú?"*

Gen 27, 1-29.

21. Cf. *Elucidationes in quatuor Euangelia, quibus accedunt elucidationes in Acta Apostolorum, Antuerpiae, MDLXXV* y *Elucidationes in omnia Sanctorum Apostolorum scripta, eiusdem S. Ioannis apostoli et evangelistae Apocalypsin significationes, Antuerpiae, MDLXXXVIII.*

Y él contestó: "Yo soy". Díjole, pues: "Acércame la caza para que yo coma de ella, hijo mío, y te bendiga". Acercósele Jacob y comió, y le trajo también vino, y bebió. Díjole después Isaac: "Acércate y bésame, hijo mío". Acercóse él y le besó; y en cuanto olió la fragancia de sus vestidos, le bendijo, diciendo: "¡Oh, es el olor de mi hijo como el olor de un campo al que ha bendecido el Señor! Déte Dios el rocío del cielo y la grosura de la tierra. Y abundancia de trigo y mosto. Sírvante los pueblos y prostérnense ante ti naciones; sé señor de tus hermanos y póstrense ante ti los hijos de tu madre. Maldito quien te maldiga y bendito quien te bendiga". El admirable y adorable misterio del mayor beneficio divino, que un día sería revelado a los hombres por obra y gracia de la Palabra, lo ofreció esta verdadera y sabiamente dispuesta imagen de Jacob, oculto bajo las pieles y vestido con la ropa de su hermano, muy perfumada y grata a su padre, la cual representaba con una misteriosa similitud al género humano, el cual no había resultado grato ni había sido aprobado antes de que lo tomara el Hijo ocultándose bajo una apariencia humana. *Éste es el olor de mi hijo parecido al de un campo lleno al que ha bendecido el Señor.* Pero ahora no es todavía el momento de extenderse más sobre este punto; y baste con haber señalado que la promesa divina, expresada ya con un sentido más claro y completo, fue renovada en esta respuesta del anciano a su hijo Jacob, representando el padre a la primera de las tres personas divinas, y cumpliendo también los dictados de la tercera. Y esta fortuna de Jacob, el menor por edad, pero el mayor por virtud y piedad, fue entonces revelada por consejo de la divinidad; fortuna ésta que además de la razón arcana de la salvación universal, le vaticinaba en pocas palabras a Jacob y a su descendencia los acontecimientos prósperos y honestos que les ocurrirían en la tierra. En cambio, otra fue la suerte que le cupo a su hermano, desigual a la primera, puesto que toda ella es relativa a la dicha terrena, pero en absoluto desdichada, aunque muy por encima de lo que correspondía a sus méritos; sin embargo, en lo concerniente a la parte divina y celestial, en un principio se hallaba remota y sin punto de comparación; en cambio, para su descendencia, una vez transcurrido un dilatado período de tiempo, cambiaría y volvería a empezar. Con todo, ha sido conveniente recordar que estos dos hermanos, nacidos del mismo padre y de la misma madre, no actuaban sólo en nombre propio, sino en el de todo el orbe terrestre ya desde el seno materno; uno representaba a los hombres que por medio de la fe han conocido y honrado a Dios; el otro representaba, en cambio, a quienes han atribuido esto y todo lo demás a la sabiduría y al poder humanos. Y los apóstoles se refirieron con frecuencia a ellos con los nombres de dos señales, a saber, la Circuncisión y el Prepucio. Así pues, toda la imagen de lo que sería la familia de Esaú o Edom en los asuntos humanos y divinos a lo largo de las diferentes épocas, la describió Moisés del siguiente modo: *En cuanto acabó Isaac de bendecir a Jacob, no bien había salido éste de la presencia de Isaac, su padre, Esaú, su hermano, que venía del campo y había hecho su guiso y se lo traía a su padre, dijo a éste: "Levántese mi padre y coma de la caza de su hijo, para que me bendiga". [175] Díjole Isaac, su padre: "¿Pues quién eres tú?" Contestóle: "Yo soy tu hijo primogénito, Esaú". Pasóse Isaac grandemente y repuso: "¿Y quién es entonces el que me ha traído la caza y he comido de todo ello antes que tú vieras, y le he bendecido, y bendi-*

[Gen 27, 27].

[Gen 27, 30-40].

to está?" Al oír Esaú las palabras de su padre, rompió a gritar y a llorar amargamente, y le dijo: "Bendíceme también a mí, padre mío". Isaac le contestó: "Tu hermano ha venido con engaño y se ha llevado la bendición". Díjole Esaú: "¿No es su nombre Jacob? Dos veces me ha suplantado: me quitó la primogenitura y ahora me ha quitado mi bendición". Y añadió: "¿No tienes ya bendición para mí?" Respondió Isaac y dijo a Esaú: "Mira, le he hecho señor tuyo, y todos sus hermanos se los he dado por siervos; le he atribuido el trigo y el mosto. A ti, pues, ¿qué voy a hacerte, hijo mío?" Y dijo Esaú a su padre: "¿No tienes más que una bendición, padre mío? Bendíceme también a mí, padre mío"; y lloró en voz alta. Respondió Isaac, diciéndole: "Mira, fuera de la grosura de la tierra será tu morada y fuera del rocío que baja de los cielos. Vivirás de tu espada y servirás a tu hermano; mas cuando te revuelvas, romperás su yugo de sobre tu cuello". Toda esta historia de Esaú significaba que el arcano beneficio de la salvación divina no se concedería a los hombres en razón o por derecho de la naturaleza o de la voluntad particular, sino que recibido por éstos a los que debiera concederse sería atribuido a la generosidad, a la bondad y a la intención de Dios, su responsable. Por consiguiente, como dice san Pablo, *no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia*. Esa misericordia, sin embargo, Dios mismo declaró que no se debe distribuir sin criterio. *Pues a Moisés le dice: "Tendré misericordia y tendré compasión de quien tenga compasión"*. Con esta respuesta enseñaba por tanto que Él tenía clara y decidida la elección de éstos con quienes se habría de obrar con benignidad; naturalmente con éstos que, instruidos en la fe, le hayan temido y lo hayan honrado realmente y con seriedad. Y así está escrito: *Pero su misericordia es eterna para los que le temen, y su justicia para los hijos de los hijos, para los que guardan su alianza y recuerdan sus mandamientos para ponerlos por obra*. Con esta ley y este compromiso ya había asumido Dios que cumpliría su promesa a la descendencia de Abraham: *Pues bien sé que mandará a sus hijos, y a su casa después de él, que guarden los caminos del Señor, y hagan justicia y juicio, para que cumpla el Señor a Abraham cuanto le ha dicho*. Pero dado que Edom no mantuvo esta ley en su pensamiento ni la conservó en el ejercicio de la piedad, como hubiera convenido, perdió la herencia y la bendición que representaban el beneficio divino; y por más que instó, apremió y reclamó con insistencia, sólo consiguió rechazo con un ejemplo que provocaría el temor de los tiempos venideros: *No sea que aparezca un fornicario o profano como Esaú, que vendió su primogenitura por una comida. Bien sabéis cómo, queriendo después heredar la bendición, fue desechado y no halló lugar de penitencia, aunque con lágrimas lo buscó*. Y supo por aquel presagio pronunciado por su padre que todo el estado y medida de los asuntos públicos sería para su descendencia, [176] y en ese mismo presagio se le refirió el sentido oculto de este asunto concerniente a la piedad, a la religión y a la felicidad humana. Pues para los pueblos de los gentiles, y sobre todo para quienes mantuvieron o siguieron el ejemplo de Edom, su mayor bien residió en la fuerza y en las armas, y en todo lo relacionado con la religión se confiaron cada cual a su carácter, y honraron esto que se creía que ayudaba a su propósito, según se desprende de su historia y de sus monumentos. Y por ello, en la razón y uso del auténtico bien, es decir, en el conocimiento, ventajas y frutos de la

Rom 9, 16.

Rom 9, 15.
Cf. Ex 33, 19.

Ps 102, 17-18.

Gen 18, 19.

Hebr 12, 16-17.

auténtica piedad fueron superados por los descendientes de Jacob, quienes llevaban la primacía en esta herencia. Pero el que fueran superados de este modo, además del ejemplo paterno, también ellos mismos se lo ganaron con su soberbia y arrogancia; mientras perseguían una sabiduría buscada no en su fuente, es decir, en los oráculos divinos, sino en los elementos, los delirios y sueños humanos, cayeron en la más absoluta de las tinieblas; de donde no hubieran podido ser sacados de ningún modo ni con ningún truco, si finalmente, gracias a la auténtica y única benignidad de Dios, no hubieran sido llamados a la luz, acercándoseles la luz del Evangelio. Éste era el yugo que Esaú, vencido, iba a llevar durante largo tiempo, y el cual se le predice que se lo quitará finalmente gracias a la ayuda y misericordia de Dios. Pues en otro sentido no se encuentra que Esaú, aquel padre que dio el primero su nombre a los Idumeos, haya servido nunca, tras ser vencido y superado, a su hermano mellizo, Jacob. De donde se deduce que en estas predicciones algo puede tomarse en sentido llano y literal, pero en su conjunto hay que tomarlo y fijarlo con un sentido arcano. Pues hay constancia de que en lo que se refiere a esto que puede entenderse y lo que atiende al uso de esta vida mortal, Edom fue demasiado cruel para su hermano Jacob, y durante mucho tiempo temido, y entretanto apaciguado gracias a la huida y a un largo exilio. *Concibió Esaú contra su hermano Jacob un odio profundo, por lo de la bendición que le había dado su padre, y se dijo en su corazón: "Cerca están los días del duelo por mi padre; después mataré a Jacob, mi hermano"*. Se pueden destacar la temeridad, la impiedad, la inconstancia y la ligereza de este hombre malvado y de carácter muy similar al de Caín, quien, a pesar de que él mismo, mostrándose voluntariamente indigno de la virtud y de la piedad paternas, había despreciado lo que realmente era el mayor de los bienes, y lo había vendido con gran alarde de impiedad, sin embargo no hizo el intento de corregir su mal con el arrepentimiento, ni de procurarlo con ruegos y súplicas piadosas, ni haciendo sacrificios puros, y tampoco hizo por buscar el remedio en la misericordia de Dios; sino que deseó especialmente la muerte de su padre lo antes posible, para quebrantar de este modo la felicidad de su hermano, a quien odiaba; creyendo con pensamiento avieso y errado que el hermano esperaba una felicidad basada en la herencia y la casa de su padre. Pues él o no conocía ya nada mayor o no le importaba nada más elevado que estos asuntos humanos y perecederos; lo cual, si lo hubiese considerado, como debía, hubiese comprendido sin duda que no podía dañar ni perjudicar en nada con la violencia y la fuerza ni con astucia y tretas a su hermano, a quien protegía especialmente la singular providencia de Dios para que promoviese los bienes interiores del espíritu. Pero hasta qué extremo lo había vuelto ciego y perturbado la envidiosa maldad, lo prueba la resolución firme de su corazón que ya había deliberado y a la vez había decidido injustamente; resolución en la que se observan trastocados y abandonados todos los derechos y obligaciones de respeto y piedad hacia su padre, y de caridad hacia el hermano. Y aquéllas no fueron de hecho palabras vanas, de un arrebató sin control de repentina y acalorada cólera; [177] sino ideadas y confirmadas con un plan determinado y bien meditado, con declaración expresa de un odio imperecedero y que no habría de abandonar nunca, ni siquiera después de la muerte del padre, a quien

[Gen 27, 41].

no sólo la contemplación del hijo generoso e ingenuo, sino incluso pensar en él, le debía afligir con tan gran dolor que le obligaba a olvidar cualquier otro ultraje mientras no dejara de maquinarse la muerte para el hermano inocente y sin culpa. Sin embargo, éste alimentaba un odio duradero, el cual cuidaba de que no se diese por satisfecho si no era con la ejecución del parricidio. *Se dijo en su corazón: "Cerca están los días del duelo por mi padre"*. De manera que pudiese atacar a su hermano en mitad del duelo cuando se hallase ocupado, más desprevenido y esperando menos algo semejante. Y fue una impiedad y algo escandaloso invocar su nombre de caridad para una crueldad de esta índole. Dios, acusándolo por mediación del profeta Amós, condenaba la imitación hecha por los descendientes de este hombre de un ejemplo criminal de tal clase. *Así habla el Señor: "Por tres pecados de Edom y por cuatro no revocaré yo mi fallo. Por haber perseguido a la espada a su hermano, abogando la piedad, durando siempre su cólera, y obstinándose hasta el fin en su rabia"*. Y es posible conocer, incluso con ejemplos cotidianos, el pensamiento, la opinión, la reflexión y el discurso constante de los hombres malvados contra los píos, honrados e inocentes, por más que en otros aspectos éstos sucumban ante las necesidades humanas, pues son muy similares a los de Esaú; los cuales, sin embargo, resultan inútiles e ineficaces gracias a la tutela de la protección divina hacia los piadosos. *El malvado espía al justo y busca cómo darle muerte. El Señor no le abandonará a su mano y no permitirá que sea condenado en juicio. Confía en el Señor y guarda sus caminos, y Él te ensalzará para que poseas la tierra*. Pues Dios permite que la maldad de los impíos se halle en ebullición tan sólo hasta que el mundo la perciba como evidente y apruebe la severidad de su juicio, que vendrá a continuación, y de este modo nadie saque un juicio severo o parcial sobre la providencia divina. Pero cuando ya la maldad de éstos les consta a todos, entonces de pronto la contiene y la destruye para que, según la sentencia, no le reporte a Él ninguna ventaja ni perjuicio a los inocentes. *Los que confían en el Señor son como el monte de Sión, que es inmovible y está asentado para siempre. Está Jerusalén rodeada de montes, y así circunda el Señor a su pueblo desde ahora y por siempre. De cierto no permanecerá el cetro de los impíos sobre el lote de los justos, para que no tiendan los justos sus manos a la iniquidad. Colma, ¡oh Señor!, de bienes a los buenos, a los rectos de corazón. Mas a los que van por sendas tortuosas, remuévalos el Señor juntamente con los impíos. ¡PAZ SOBRE ISRAEL!*

[Gen 27, 41].

Am 1, 11.

Ps 36, 32-34.

Ps 124, 1-5.

CAPÍTULO XIV.

DE LA FELIZ HUIDA, EXILIO Y DIFICULTADES DE JACOB

[178] Esaú, mientras prepara con pensamiento malvado y mala intención disponer y tender una trampa a su piadoso e íntegro hermano, es engañado por la tutela divina, de forma que incluso contra su voluntad se ve obligado a contemplar unos resultados completamente contrarios a sus deseos y a comprobar que su prudencia y astucia resultan vanas e inútiles por el resultado.

Prov 1, 17.

Pues en vano se tiende la red a los ojos de las aladas aves. Gracias a la singular providencia de Dios, el propósito de Esaú fue revelado a su madre, y aunque no fue depuesto ni interrumpido con una prudente decisión, al menos, sí resultó completamente vano y estéril. La costumbre de la casa paterna suele ser hasta tal punto agradable que, a menos que se haya presentado una oportunidad grande y muy honesta de mejorar, no se cree que ésta se deba cambiar por ningún otro lugar. Pero si debido a la pobreza o a otra circunstancia y necesidad hay que cambiarse de lugar, esto suele considerarse entre las calamidades y desgracias de la vida. Entonces si alguien, debido al temor y a las insidias de éstos para quienes debió ser querido, se ve obligado a privarse no sólo de ver a sus padres, sino también del uso y de todas las ventajas del patrimonio familiar, y a marcharse al exilio, buscar lugares desconocidos y que no inspiran confianza, poner a prueba los caracteres y corazones de hombres extraños, y soportar sus costumbres, ello se considera una desgracia y calamidad absolutas. Sin embargo, Jacob, que soportó todo esto, e incluso en peores condiciones, lo convirtió en un gran bien y dignidad para él, y además en una grandeza incomparable. Sólo la fe piadosa y constante puede remediar las desgracias y acarrear bienes. Pues, aparte de que en mitad de un exilio agravado con grandes dificultades se echa de menos todo lo que sirve para uso y esplendor de la vida mortal, le cupieron en suerte unas coyunturas prósperas, honestas y singulares por delante de todo ejemplo común, pese a la oposición y a la envidia de sus parientes que se afanaban en hundirlo; y ya en la agitación y en la tristeza propias de la huida, la promesa del gran propósito de Dios y la imagen mostrada y vista acrecentaron su fe y su esperanza, y le ofrecieron un admirable consuelo para soportar todas las adversidades y rehacerle la moral. *Supo Rebeca lo que había dicho Esaú, su hijo mayor; y mandó llamar a Jacob, su hijo menor, y le dijo: "Mira, tu hermano Esaú quiere vengarse de ti matándote. Anda, pues, obedéceme, hijo mío, y huye a Jarán, a Labán, mi hermano, y estáte algún tiempo con él, hasta que la cólera de tu hermano se aparte de ti, se aplaque su ira y se haya olvidado de lo que le has hecho; yo mandaré allí a buscarte. ¿Habría de verme privada de vosotros dos en un solo día?". Rebeca dijo a Isaac: "Me pesa la vida a causa de las hijas de Jet; si Jacob toma mujer de entre las hijas de esta tierra, ¿para qué quiero vivir?".* Confirmada de este modo su decisión y convencido ya el hijo, la madre se encargó con idéntica prudencia de que se hiciera con la voluntad y el consentimiento del padre, esforzándose en insinuarle al anciano ante todo aquello que entendía que aprobaría sin reparos, a saber, que había que velar y tener cuidado de que aquella disciplina doméstica, familiar y santa de la piedad y de las costumbres, [179] grata a Dios, su protector y baluarte, no se contaminara con el matrimonio impuro de las mujeres cananeas, y de ese modo aquella felicidad prometida por la divinidad a Abraham, y también a ellos, les fuese retirada por error y culpa de sus hijos o de sus nietos. En cambio, acerca del odio, la envidia y la malevolencia de Esaú hacia su hermano, la prudente esposa no le reveló nada a su marido, por creer que esta razón la consideraría de menos peso, y que quizá le respondería que se debía corregir y solucionar haciéndole valer a Esaú la autoridad, la potestad y la responsabilidad paternas, o que bien lo atribuiría al singular cariño e indulgencia de la

[Gen 27, 42-46].

madre hacia Jacob, o incluso a cierta envidia materna debida al notable favor que él le dispensaba, el cual leímos ya con anterioridad que Esaú se lo había ganado con las cacerías de pájaros y de animales salvajes: *Crecieron los niños, y fue Esaú diestro cazador y hombre agreste, mientras que era Jacob hombre apacible y amante de la tienda. Isaac, porque le gustaba la caza, prefería a Esaú, y Rebeca prefería a Jacob.*

Gen 25, 27-28.

Así pues, por orden y mandato de sus padres, quienes tras deliberar habían llegado a esta resolución, se decidió Jacob a emprender el largo y, para él, desconocido camino hacia Mesopotamia, el cual no le asustaba en absoluto gracias a su fe y a su piedad; con ánimo valiente se apresuró a partir, a pesar de que sólo contaba con sus pies y con los mejores deseos de su padre. *Llamó, pues, Isaac a Jacob y le bendijo, y le mandó: "No tomes mujer de entre las hijas de Canán. Anda, y vete a la Mesopotamia de Siria, a casa de Batuel, el padre de tu madre, y toma allí mujer de entre las hijas de Labán, hermano de tu madre; el Dios omnipotente te bendecirá, te hará crecer y multiplicará, y te hará muchedumbre de pueblos, y te dará la bendición de Abramam a ti y a tu descendencia contigo, para que poseas la tierra en que como extranjero habitas, que prometió a tu abuelo". Despidió, pues, Isaac a Jacob, que se fue a la Mesopotamia de Siria, a Labán, hijo de Batuel, arameo, hermano de Rebeca, su madre.*

[Gen 28, 1-5].

A esta piedad de Jacob y a esta obediencia a sus padres, junto con la fortaleza de espíritu y la recta disciplina que llevaba aparejadas, le siguieron numerosas, admirables y muy dichosas pruebas y muestras de la singular providencia divina; y entre las primeras fue vista durante un descanso una visión de las cosas del cielo y del reino divino en la tierra, la cual revelaba a través de su contemplación, gracias a la infinita concordia de las imágenes, el misterio de la felicidad humana; y la adlocución y la promesa que también siguieron a esta visión tuvieron para este hombre piadoso, tan pronto como se despertó, el crédito de tratarse de un sueño sacrosanto y mostrado por la divinidad. *Salió, pues, Jacob de Berseba para dirigirse a Jarán. Llegó a un lugar donde se dispuso a pasar la noche, pues el sol se ponía ya, y tomando una de las piedras que en el lugar había, la puso de cabecera y se acostó. Tuvo un sueño en el que veía una escala que, apoyándose sobre la tierra, tocaba con la cabeza en los cielos, y que por ella subían y bajaban los ángeles de Dios. Junto a ella estaba el Señor, que le dijo: "Yo soy el Señor, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra sobre la cual estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será ésta como el polvo de la tierra, y te ensancharás a occidente y a oriente, a norte y mediodía, [180] y SERÁN BENDECIDAS EN TI Y EN TU DESCENDENCIA todas las naciones de la tierra. Yo estoy contigo, y te bendeciré adondequiera que vayas, y volveré a traerte a esta tierra, y no te abandonaré hasta cumplir lo que te digo".* La escalera mostrada a Jacob se veía construida no de madera, sino con muchas piedras, hermosas y de diversas clases, alzándose desde la tierra hasta el cielo sobre una base muy firme, por cuyo uso se comunicaba el cielo con la tierra, de manera que los ángeles bajando y subiendo supervisaban las cosas de los hombres que vivían en la tierra, las cuales unas veces había que llevarlas del cielo a la tierra y otras de la tierra al cielo. Y así había una única casa cuyo primer piso, y el más bajo, estaba uni-

[Gen 28, 10-15].

do con el piso más alto, es decir, con el cielo mismo a través de la comodidad y el uso de aquella escalera; y el señor y padre de la casa era *YAHVEH*, era el que pisaba la parte más elevada de la escalera, y el que comunicaba la virtud y la constancia manteniéndose encima, hasta el punto de que era visto incluso por Jacob que estaba echado en el suelo, y era oído cuando hablaba. Pues de este modo suelen los príncipes y los reyes mirar, ordenar y ayudar desde lo más alto de palacio a quienes se mueven y están todavía en la parte más baja. Pero aquella imagen de disponer la residencia divina en la tierra y en el cielo, la cual habría tenido que ser colocada, preparada y ensamblada como aquella escalera con la colaboración de varios hombres santos, le correspondió a un hombre muy piadoso, ahora bien el plan y la posibilidad de los trabajos comprendió que eran tarea de los espíritus celestes, de los intermediarios y ayudantes, y congratulándose predicó esto que precisamente él había conocido.

[Gen 28, 16-19].

Despertó Jacob de su sueño, y se dijo: "Ciertamente está el Señor en este lugar, y yo no lo sabía"; y atemorizado, añadió: "¡Qué terrible es este lugar! No es sino la casa de Dios y la puerta de los cielos". Levantóse Jacob bien de mañana, y tomando la piedra que había tenido de cabecera, la alzó, como memoria, y vertió óleo sobre ella. Llamó a este lugar Betel, aunque la ciudad se llamó primero Luz. Así pues, aleccionado por la visión y acrecentado por las promesas, como ya había conocido de un modo más claro las ventajas de los mayores dones dispuestas para él y para los suyos, así como para los imitadores de su abuelo Abraham, esto lo había colocado con fe firme en el sagrario de su corazón; y consideró que él no debía procurar u ocuparse en ninguna otra cosa en lo sucesivo más que en entregarse a Dios como esclavo y perpetuo servidor, a cambio de ninguna otra ventaja externa o pago más que lo necesario para el sustento y el aseo diarios, y ello con simpleza y como les basta a los esclavos; y todo lo demás no pedirlo y ni siquiera desearlo, sino permitir consigo sólo la providencia y la tutela de Dios, con declaración también de entregarle, debido a su servidumbre, la décima parte de lo que el Señor le diese para su sustento. Y esta desición la adoptó no sólo de pensamiento, sino que de hecho declaró desde aquel mismo instante que la cumpliría, y la confirmó con el voto que tomó y pronunció. E hizo Jacob voto diciendo: "Si el Señor está conmigo, y me protege en mi viaje, y me da pan que comer y vestidos que vestir, y retorno en paz a la casa de mi padre, el Señor será mi Dios; esta piedra que he alzado como memoria será para mí casa de Dios, [181] y de todo cuanto a mí me dieres te daré el diezmo". Así pues, el desenlace mismo mostró que este varón sometió a la aprobación de Dios su mente sana, su espíritu piadoso y el compromiso de servidumbre ofrecido voluntariamente, puesto que, pese a haber sido atormentado de continuo durante veinte años, tentado, atacado y espoliado con frecuencia de varias maneras, incluso por la envidia de sus allegados; sin embargo, en aquel exilio el cuidado y la tutela divinas lo acrecentaron con dos esposas muy honestas y con una descendencia numerosa, y lo enriquecieron con abundante ganado, y así mismo lo sacaron de allí seguro e ileso, y lo hicieron venerable y respetable incluso para los émulos que lo perseguían y para el suegro y los parientes que le eran hostiles, y finalmente lo llevaron incólume hasta los límites mismos de la tierra prometida.

[Gen 28, 20-22].

Volvió a emprender Jacob la marcha, y llegó a la tierra de oriente. Vio en el

Gen 29, 1-35.

campo un pozo, junto al cual descansaban tres rebaños, pues era el pozo en que se abrevaban los ganados. Reuníanse allí, se quitaba una gran piedra que lo tapaba y se daba de beber al ganado, volviendo a poner en su lugar la piedra que cubría la boca del pozo. Jacob preguntó a los pastores: "¿De dónde sois, hermanos?" "De Jarán somos", le respondieron ellos. "¿Conocéis a Labán, hijo de Najor?" "Le conocemos", contestaron. "¿Y está bien?", siguió preguntando Jacob. "Sí, bien está; mira ahí viene Raquel, su hija, con su rebaño". El les dijo: "Todavía es muy de día; no es tiempo de recoger el ganado. ¿Por qué no abreváis los rebaños y los volvéis a que pasten?" Ellos le respondieron: "No podemos hacerlo hasta que se reúnan todos los rebaños y se quite la piedra de la boca del pozo; entonces damos de beber al ganado". Todavía estaba Jacob hablando con ellos, cuando llegó Raquel con el rebaño de su padre, pues ella era la pastora. Y cuando vio Jacob a Raquel, hija de Labán, hermano de su madre, se acercó, removi6 la piedra de sobre la boca del pozo, y abrev6 el rebaño de Labán, hermano de su madre. Bes6 Jacob a Raquel, y alz6 la voz llorando. Dio a saber a Raquel que era hermano de su padre e hijo de Rebeca, y ella corri6 a contárselo a su padre. En cuanto oy6 Labán lo que de Jacob, hijo de su hermana, le decía, corri6 a su encuentro, le abraz6, le bes6 y le llev6 a su casa. Cont6 Jacob a Labán lo que ocurría, y éste le dijo: "Sí, eres hueso mío y carne mía". Y mor6 Jacob con Labán un mes entero. Pasado éste, le dijo Labán: "¿Acaso porque eres hermano mío vas a servirme de balde? Dime cuál va a ser tu salario". Tenía Labán dos hijas; una, la mayor, de nombre Lía; otra, la menor, de nombre Raquel. Lía era tierna de ojos, pero Raquel era muy esbelta y hermosa. Amaba Jacob a Raquel, y dijo a Labán: "Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor". Y contest6 Labán: "Mejor es que te la dé a ti que dársela a un extraño. Quédate conmigo". Y sirvi6 Jacob por Raquel siete años, que le parecieron sólo unos días, por el amor que le tenía. Jacob dijo a Labán: "Dame mi mujer, pues se ha cumplido el tiempo, y entraré a ella". Reuni6 Labán a todos los hombres del lugar, y di6 un convite; y por la noche, tomando a Lía, su hija, se la llev6 a Jacob, que entr6 a ella. Dio Labán a Lía, su hija, su sierva Zelfa, para que fuera sierva de ella. [182] Llegada la mañana, vio Jacob que era Lía, y dijo a Labán: "¿Por qué me has hecho esto? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué me has engañado?". Labán le respondi6: "No es en nuestro lugar costumbre dar la menor antes que la mayor. Acaba esta semana y te daré también después la otra por el servicio que me prestes de otros siete años". Hízolo así Jacob, y cumplida la semana, di6le Labán a Raquel, su hija, por mujer, y con ella a Bala, su sierva, para sierva de ella. Entr6 también a Raquel Jacob, y la am6 más que a Lía, y sirvi6 por ella otros siete años. Viendo el Señor que Lía era desamada, abri6 su matriz, mientras que Raquel era estéril. Concibi6 Lía, y pari6 un hijo, al que llam6 Rubén, diciendo: "El Señor ha mirado mi aflicción, y ahora mi marido me amar6". Concibi6 de nuevo y pari6 un hijo, diciendo: "El Señor ha visto que yo era desamada y me ha dado éste más"; y le llam6 Simeón. Concibi6 otra vez, y pari6 un hijo, y dijo: "Ahora mi marido se apegará a mí, pues le he parido tres hijos"; y por eso le llam6 Leví. Concibi6 nuevamente, y pari6 un hijo, diciendo: "Ahora sí que he de alabar al Señor"; y por eso le llam6 Judá. Y ces6 de tener hijos. Raquel, viendo que no daba hijos a Jacob, estaba celosa de su hermana, y dijo a Jacob: "Dame hijos o me muero".

Airóse Jacob contra Raquel, y le dijo: "¿Por ventura soy yo Dios, que te ha hecho estéril?". Ella le dijo: "Abí tienes a mi sierva Bala; entra a ella, que para sobre mis rodillas, y tenga yo prole por ella". Dióle, pues, su sierva por mujer, y Jacob entró a ella. Concibió Bala, y parió a Jacob un hijo, y dijo Raquel: "El Señor me ha hecho justicia, me ha oído y me ha dado un hijo"; por eso le llamó Dan. Concibió otra vez Bala, sierva de Raquel, y parió un segundo hijo a Jacob, diciendo Raquel: "Me ha comparado el Señor con mi hermana, y la he vencido"; por eso le llamó Neftalí. Viendo Lía que había dejado de tener hijos, tomó a Zelfa, su esclava, y se la dio por mujer a Jacob. Zelfa, esclava de Lía, parió a Jacob un hijo, y Lía dijo: "¡Qué buena fortuna!"; y le llamó Gad. Parió Zelfa, esclava de Lía, un segundo hijo a Jacob; y dijo Lía: "Por dicha mía, pues los hijos me han hecho feliz", y le llamó Aser. Salió Rubén al tiempo de la siega del trigo, y halló en el campo unas mandrágoras, y se las trajo a Lía, su madre, y dijo Raquel a Lía: "Dame, por favor, de las mandrágoras de tu hijo". Lía le contestó: "¿Te parece poco todavía haberme quitado al marido, que quieres también quitarme las mandrágoras de mi hijo?" Y le dijo Raquel: "Mira, que duerma esta noche contigo a cambio de las mandrágoras de tu hijo". Vino Jacob del campo por la tarde, y saliéndole Lía al encuentro, le dijo: "Entra a mí, pues te he comprado por unas mandrágoras de mi hijo". Y durmió con ella Jacob aquella noche, y oyó Dios a Lía, que concibió y parió a Jacob el quinto hijo. Y dijo Lía: "Dios me ha pagado mi merced por haber dado mi sierva a mi marido"; [183] y le llamó Isacar. Concibió de nuevo Lía, y parió a Jacob un sexto hijo, y dijo: "Dios me ha hecho un buen don; ahora mi marido morará conmigo, pues le he dado seis hijos"; y le llamó Zabulón. Después parió una hija, a la que llamó Dina. Acordóse Dios de Raquel, la oyó y la hizo fecunda. Concibió, pues, y parió un hijo, y dijo: "Dios ha quitado mi afrenta"; y le llamó José, pues dijo: "Que me añada el Señor otro hijo". Cuando Raquel parió a José, dijo Jacob a Labán: "Déjame irme a mi lugar, a mi tierra. Dame mis mujeres, por las que te he servido, y me iré, pues bien sabes tú qué buen servicio te he hecho". Respondióle Labán: "Mira, por favor, si he ballado gracia a tus ojos; yo sé por agüero que por causa tuya me ha bendecido Dios. Fíjame tu salario, y yo te lo daré". Contestóle Jacob: "Tú bien sabes cómo te he servido y lo que conmigo ha venido a ser tu ganado. Bien poco era lo que antes tenías, pero se ha aumentado grandemente, y Dios te ha bendecido a mi paso. Ahora, pues, habré de hacer también yo por mi casa". Labán le dijo: "Dime qué es lo que he de darte". "No has de darme nada –le contestó Jacob–, sino hacer lo que voy a decirte, y volveré a apacentar tu ganado y a guardarlo. Yo pasaré hoy por entre todos tus rebaños, y separaré toda res manchada o rayada entre los corderos y toda res manchada entre las cabras. Eso será mi salario. Mi probidad responderá así por mí a la mañana, cuando venga a reconocer mi salario; todo cuanto no sea manchado entre las cabras y rayado entre los corderos, será en mí un robo". Y respondió Labán: "Bien, sea como dices". Pero aquel mismo día separó Labán todos los machos cabríos manchados, todas las cabras manchadas y cuantas tenían algo de blanco, y entre los corderos todos los rayados y manchados, y se los entregó a sus hijos, haciéndoselos llevar a tres días de camino de donde estaba Jacob. Jacob siguió apacentando el resto de ganado de Labán. Tomó Jacob varas verdes de estoraque, de almendro y de plátano, y ha-

ciendo en ellas unos cortes, las descortezaba, dejando lo blanco de las varas al descubierto. Puso después las varas, así descortezadas, en los canales de los abrevaderos a donde venía el ganado a beber; y las que se apareaban a la vista de las varas, parían crías rayadas y manchadas. Jacob separó el ganado y puso su grey aparte, sin dejar que se mezclara con la de Labán. Era cuando las reses vigorosas entraban en calor cuando ponía Jacob las varas a su vista en los abrevaderos para que se apareacen ante las varas; [184] pero ante las débiles no las ponía, y así las crías débiles eran las de Labán y las fuertes las de Jacob. Vino a ser Jacob rico en extremo, dueño de numerosos rebaños, de siervos y siervas, de camellos y asnos. Oyó Jacob a los hijos de Labán decir: "Ha tomado Jacob todo lo de nuestro padre, y con lo nuestro ha hecho toda esa riqueza". Y vio que la cara de Labán no era ya para él lo que había sido antes, y el Señor le dijo: "Vuélvete a la tierra de tu padre y a tu parentela, que yo estaré contigo". Mandó llamar, pues, Jacob a Raquel y a Lía, para que fueran al campo a donde estaba con su ganado, y les dijo: "Veo que el semblante de vuestro padre no es para mí ya el que antes era, aunque el Dios de mi padre ha estado conmigo. Bien sabéis vosotras que yo he servido a vuestro padre con todas mis fuerzas, y que vuestro padre se ha burlado de mí, mudando diez veces mi salario; pero Dios no le ha permitido perjudicarme. Cuando él decía: 'Tu salario serán las reses manchadas', todas las ovejas parían corderos manchados; y si decía: 'Las reses rayadas serán tu salario', todas las ovejas parían corderos rayados. Es, pues, Dios el que ha tomado lo de vuestro padre y me lo ha dado a mí. Cuando las ovejas entran en calor vi yo en sueño que los carneros que cubrían a las ovejas eran rayados y manchados, y el ángel de Dios me dijo en el sueño: 'Jacob'; yo le respondí: 'Heme aquí'. Y él dijo: 'Alza tus ojos y mira: todos los carneros que cubren a las ovejas son rayados y manchados, porque yo he visto todo lo que te ha hecho Labán. Yo soy el Dios que se te apareció en Betel, donde ungiste tú un monumento y me hiciste el voto. Levántate, pues; sal de esta tierra y torna a la tierra de tu parentela' ". Raquel y Lía respondieron: "¿Tenemos acaso nosotras parte o herencia en la casa de nuestro padre? ¿No nos ha tratado como extrañas, vendiéndonos y comiéndose nuestro precio? Y, además, cuanto Dios le ha quitado a él, nuestro es y de nuestros hijos. Haz, pues, ya lo que Dios te ha mandado". Levantóse Jacob, e hizo montar a sus mujeres y a sus hijos sobre los camellos; y llevando consigo todos sus ganados y todo cuanto en Mesopotamia había adquirido, se encaminó hacia Isaac, su padre, a tierra de Canán. Labán había ido al esquila de sus ovejas y Raquel robó los ídolos de su padre. Jacob engañó a Labán, y no le dio cuenta de su huida. Huyó con todo cuanto tenía, y ya en camino atravesó el río y se dirigió al monte de Galad. Al tercer día dijéronle a Labán que Jacob había huido; y tomando consigo a sus parientes, le persiguió durante siete días, hasta darle alcance en el monte de Galad. Vio en sueño al Señor que le dijo: "Guárdate de decir a Jacob nada, ni en bien ni en mal". Cuando alcanzó Labán a Jacob había éste fijado sus tiendas en el monte, y Labán fijó también la suya y las de sus parientes en el mismo monte de Galad. [185] Dijo, pues, Labán a Jacob: "¿Qué es lo que has hecho? ¡Escaparte de mí, llevándote mis hijas como si fuesen cautivas de guerra! ¿Por qué has huido secretamente, engañándome, en vez de advertirme, y te hubiera despedido yo jubilosamente con cantos, tímpanos y cítaras? ¡Sin de-

Gen 31, 1-55.

jar me siquiera abrazar a mis hijos y a mis hijas! Has obrado insensatamente. Mi mano es lo suficientemente fuerte para hacerte mal, pero el Dios de tu padre me ha hablado la pasada noche, diciéndome: 'Guárdate de decir a Jacob cosa alguna, ni en bien ni en mal'. Y si es que te vas porque anhelas irte a la casa de tu padre, ¿por qué me has robado mis dioses?' Jacob respondió a Labán, diciendo: "Es que temía, pensando que quizá me quitarías tus hijas. Cuanto a lo de los dioses, aquél a quien se los encuentres, que muera. En presencia de nuestros hermanos busca cuanto sea tuyo, y tómallo". Jacob no sabía que era Raquel la que los había robado. Labán penetró en la tienda de Jacob, en la de Lía y en la de las dos siervas, y no halló nada. Después de salir de la tienda de Lía entró en la de Raquel; pero Raquel había tomado los ídolos y los había escondido bajo el palanquín del camello, sentándose encima. Labán rebuscó por toda la tienda, pero no halló nada. Raquel le dijo: "No se irrite mi señor porque no pueda levantarme ante él, pues me halló con lo que comúnmente tienen las mujeres". Así fue como, después de buscar y rebuscar Labán en toda la tienda, no pudo hallar los ídolos. Jacob montó en cólera y reprochó a Labán, diciéndole: "¿Qué crimen es el mío? ¿Cuál es mi pecado para que así me persigas? Después de buscar y rebuscar en todas mis cosas, ¿qué has ballado tuyo? Preséntalo aquí ante mis hermanos y los tuyos, y que juzguen ellos entre los dos. He pasado en tu casa veinte años; tus ovejas y tus cabras no abortaron, y yo no me he comido los corderos de tus rebaños. Lo destrozado no te lo llevaba, la pérdida iba a cuenta mía. Me reclamabas lo que me robaban de día y lo que me robaban de noche. He vivido devorado por el calor del día y por el frío de la noche, y huía de mis ojos el sueño. He llevado en tu casa veinte años; catorce te he servido por tus dos hijas, seis por tus ganados, y me has mudado diez veces el salario. Si no hubiera sido por el Dios de mi padre, el Dios de Abraham, y por el terror de Isaac, ahora me hubieras dejado ir de vacío. Dios ha visto mi aflicción y el trabajo de mis manos, y ha juzgado la pasada noche". Respondió Labán y dijo a Jacob: "Las hijas, hijas mías son; los hijos son hijos míos; el ganado es mío también, y cuanto ves, mío es; a estas mis hijas y a los hijos que ellas han parido, ¿qué les haría yo hoy? Ven, y ahora hagamos alianza yo y tú, y que esto sea testigo entre ti y mí". Tomó, pues, Jacob una piedra, y la alzó en monumento, y dijo a sus hermanos que recogieran piedras y las reunieran en un montón, y comieron sobre él. Le llamó Labán Túmulo del testigo, mientras que le llamó Jacob Montón del testimonio, cada cual en su lengua. Y dijo Labán: "Este túmulo es hoy testigo entre ti y mí". Por eso se le llamó Galad, es decir, Túmulo del testigo. "Que vele el Señor entre los dos cuando nos hayamos separado uno de otro. Si tú maltratas a mis hijas o tomas otras mujeres además de ellas, [186] no habrá hombre que pueda argüirte; pero mira que Dios es testigo entre ti y mí". Y añadió Labán: "He aquí el monumento y he aquí el testigo que he alzado entre ti y mí. Este montón es testigo de que yo no lo pasaré yendo contra ti, ni tú lo pasaras para hacerme daño. El Dios de Abraham y el Dios de Najor juzgue entre nosotros". Juró, pues, Jacob por el terror de Isaac, su padre; ofreció un sacrificio en el monte e invitó a sus hermanos a comer. Comieron y pasaron la noche en el monte. Al día siguiente se levantó Labán de mañana, besó a sus hijos y a sus hijas y los bendijo. Después se marchó para volverse a su lugar.

Y de este modo Dios veló de que todo lo de su siervo Jacob estuviera libre de la envidia, de la emulación y de la maledicencia de los extraños, así como protegido de todo ultraje y de las acechanzas domésticas que estaban llenas incluso de mayor peligro, es decir, de aquella antigua rivalidad de su hermano Esaú, la cual este piadoso e inocente varón tenía por terrible y sospechosa no sólo por el carácter del hermano y las costumbres totalmente contrarias a las suyas, sino además por su fuerza y poder, que habían crecido hasta el punto de que los mensajeros que él mismo había enviado por delante para presentarle saludos y respetos, le habían informado de que se apresuraba a su encuentro con cuatrocientos hombres valientes; pero aquella dificultad que el juicio humano consideraba realmente insuperable y que no podía declinarse más que con el temor y la consideración de un desastre, la fuerza de la fe, que nunca ha sido vencida, no sólo la atenuó, sino que la venció incluso con la garantía de la gloria, con un recuerdo eterno de honra y renombre, y con un ejemplo que perviviría por todos los siglos. Pues en una lucha nueva y nunca antes vista, disputada encarnizadamente durante toda la noche, aprendió, mediante la experiencia y el peligro sufrido, de qué modo podían los hombres piadosos vencer y aniquilar lo que no sólo parecía muy difícil y duro, sino incluso imposible. Y efectivamente habiendo luchado con el Espíritu celestial de Dios, quien representaba el poder y quien ostentaba la fuerza, y tras haber sostenido firmemente una larga lucha y agitación, pidiéndole y exigiéndole el adversario con la voz y el discurso propios del que se rinde, no le permitía, sin embargo, que se fuera ni lo soltaba sin que le concediera el recuerdo de la palma y de la victoria. Además de estos recuerdos se ganó una merecida fama de valor por someterse y superar no sólo las pruebas terrenas e ínfimas de los hombres, sino también las superiores de Dios. Y debido a ello, él depuso todo el miedo que le tenía a la envidia y a la violencia del hermano, y con agradecimiento perpetuo de la ayuda divina, le puso al lugar de aquella lucha admirable un nombre que consagrara la memoria de su hazaña para la eternidad de los siglos. Así pues, apoyado y seguro con la protección de la tutela divina y de su singular providencia saludó con gran seguridad al hermano que iba a su encuentro, acogió con amabilidad y cortesía, y lo acrecentó con los regalos que intercambiaron, y con ellos le mostró en qué medida importan a Dios quienes se han entregado por completo a él; y por último despidió con prudencia y benignidad al hermano que se disponía incluso a mostrarle sumisión. Llevado finalmente a la tierra prometida, tras comprar una parcela de terreno para establecer su casa, desempeñó el oficio de predicador y profeta, y celebró y honró el nombre de *YAHVEH*, en cuyo sentido oculto se encierra el testimonio de la salvación universal.

[187] *Jacob prosiguió su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios. Al verlos, dijo Jacob: "Éste es el campamento de Dios"; y por eso llamó aquel lugar Majanaím. Envió Jacob ante sí mensajeros a Esaú, su hermano, a tierra de Seir, en los campos de Edom, mandándoles: "Así habéis de decir a mi señor Esaú: He aquí lo que dice Jacob, tu siervo: He estado con Labán y he morado con él hasta ahora; tengo bueyes y asnos, ovejas, siervos y siervas, y quiero hacerle saber a mi señor, para hallar gracia a sus ojos". Los mensajeros volvie-*

Gen 32, 1-32.

ron, diciendo a Jacob: "Hemos ido a ver a tu hermano Esaú, y viene él a tu encuentro con cuatrocientos hombres". Jacob se atemorizó grandemente y se angustió; dividió en dos partes a los que le acompañaban, a los rebaños, los ganados y los camellos, diciéndose: "Si encuentra Esaú una parte y la destroza, quizá pueda salvarse la otra"; y dijo: "Dios de mi padre Abraham, Dios de mi padre Isaac, Señor, que me dijiste: 'Vuelve a tu tierra, al lugar de tu nacimiento, que yo te favoreceré'. Muy poco soy para todas las gracias que a tu siervo has hecho y toda la fidelidad que con él has tenido, pues pasé este río Jordán llevando sólo mi cayado, y vuelvo ahora con dos escuadras. Líbrame, te ruego, de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, pues le temo, no sea que venga a matarnos a todos, la madre con los hijos. Tú me has dicho: Yo te favoreceré grandemente y haré tu descendencia como las arenas del mar, que por lo numerosas no pueden contarse". Pasó allí Jacob aquella noche, y de cuanto tenía tomó para hacer presentes a Esaú, su hermano: doscientas cabras y veinte machos; doscientas ovejas y veinte carneros; treinta camellas criando, con sus crías; cuarenta vacas y diez toros; veinte asnas y diez asnos; y poniendo en manos de sus siervos cada uno de los batos separadamente, les dijo: "Id delante de mí, dejando un espacio entre bato y bato". Al primero le dio esta orden: "Si te encuentra Esaú, mi hermano, y te pregunta: ¿De quién eres, adónde vas y de quién es eso que llevas?, le responderás: De tu siervo Jacob; es un presente que envía a mi señor, a Esaú, y él viene también detrás de nosotros". La misma orden dio al segundo y al tercero y a todos cuantos llevaban el ganado, diciéndoles: "Así habéis de hablar a Esaú cuando le encontréis. Le diréis: Mira, tu siervo Jacob viene detrás de nosotros". Pues se decía: "Le aplacaré con los presentes que van delante y luego le veré; quizá me acoja bien". Los presentes pasaron delante de él, y él se quedó allí aquella noche en el campamento; y levantándose todavía de noche y tomando a sus dos mujeres, a sus dos siervas y a sus once hijos, les hizo pasar el vado de Jaboaq. Pasó también después cuanto tenía. Quedóse Jacob solo, y hasta rayar la aurora estuvo luchando con él un hombre, el cual, viendo que no le podía, le dio un golpe en la articulación del muslo, y se relajó el tendón del muslo de Jacob luchando con él. El hombre dijo a Jacob: "Déjame ya que me vaya, [188] que sale la aurora". Pero Jacob respondió: "No te dejaré ir si no me bendices". Él le preguntó: "¿Cuál es tu nombre?" "Jacob", contestó éste. Y él le dijo: "No te llamarás ya en adelante Jacob, sino Israel, pues si has sido fuerte contra Dios, cuánto más prevalecerás contra los hombres". Rogóle Jacob: "Dame, por favor, a conocer tu nombre"; pero él le contestó: "¿Para qué preguntas por mi nombre?"; y le bendijo allí. Jacob llamó a aquel lugar Panuel, pues dijo: "He visto al Señor cara a cara y ha quedado a salvo mi vida". Salía el sol cuando pasó de Panuel e iba cojeando del muslo. Por eso los hijos de Israel no comen, todavía hoy, el tendón femoral de la articulación del muslo, por haber sido herido en él Jacob. Alzó Jacob los ojos, y vio venir hacia él a Esaú con cuatrocientos hombres. Había repartido sus hijos entre Lía, Raquel y las dos siervas, poniendo en cabeza a estas dos con sus hijos; después a Lía con los suyos, y en último lugar a Raquel con José. Él se puso delante de todos y se postró en tierra siete veces antes de llegar su hermano. Esaú corrió a su encuentro, le abrazó, cayó sobre su cuello y le besó. Ambos lloraban. Luego, alzando los ojos, vio Esaú a las mujeres y a los niños, y pre-

guntó: "¿Quiénes son estos que traes contigo?" Jacob le contestó: "Son los hijos que Dios ha dado a tu siervo". Aproximáronse las siervas con sus hijos y se postraron. Aproximóse también Lía con los suyos, y se postraron. Luego se acercaron José y Raquel, y se postraron. Esaú le preguntó: "¿Qué pretendes con todos esos hatos que he ido encontrando?" "Hallar gracia a los ojos de mi señor". Contestóle Esaú: "Tengo mucho, hermano mío; sea lo tuyo para ti". "No, te ruego—respondió Jacob—, si es que he hallado gracia a tus ojos, acepta de mi mano el presente, ya que he visto tu faz como si viera la de Dios, y me has acogido favorablemente. Acepta, pues, el presente que te hago, pues Dios me ha favorecido y tengo de todo". Tanto le instó, que aceptó Esaú. Éste le dijo: "Pongámonos en marcha; yo iré delante de ti". Jacob le respondió: "Bien ve mi señor que hay niños tiernos, y que llevo ovejas y vacas que están criando, y si durante un día se les hiciera marchar apresuradamente, todo el ganado moriría. Pase, pues, mi señor delante de su siervo, y yo seguiré lentamente al paso de los rebaños que llevo delante y al paso de los niños, hasta llegar a Seir, a mi señor". Dijo Esaú: "Dejaré, pues, contigo una parte de la gente que llevo". Pero Jacob respondió: "¿Y para qué eso, si he hallado gracia a los ojos de mi señor?" Volvióse, pues, a Seir Esaú aquel mismo día. Jacob partió para Sucot, y se hizo allí una casa y apriscos para sus ganados; por eso se llamó Sucot aquel lugar; es decir, tabernáculos. Llegó Jacob en paz a la ciudad de Siquem, en tierra de Canán, [189] de vuelta de la Mesopotamia de Siria, y acampó frente a la ciudad. Compró a los hijos de Jamor, padre de Siquem, el trozo de tierra donde había asentado sus tiendas por cien corderos, y alzó allí un altar sobre el que invocó al fortísimo Dios de Israel.

La paz y la seguridad de este magnífico y piadoso varón la había perturbado de hecho una importante fechoría de sus hijos, quienes vengaron el estupro de la hermana raptada con la matanza de todos los siquemitas, de su rey y de sus príncipes, y con el saqueo y devastación de su ciudad; pero la tutela de la divina providencia solucionó la agitación de este momento de miedo; un terrible pánico se apoderó de todos los pueblos vecinos, y la reputación de este hombre creció con una célebre fama del nombre cambiado por decisión de la divinidad, la cual se extendió en breve, y comenzó a estar en boca y en la conversación de todos que en adelante aquél debía ser nombrado y llamado Israel, en lugar de Jacob, por orden y mandato de Dios, quien tras el ejemplo de aquel admirable combate sostenido valientemente durante toda la noche, le concedió, como un derecho de la victoria, la gloria y el ornato no ya del sobrenombre, sino del nombre mismo, para que en lo sucesivo se le llamara *POSSIDIVS*, y no *LVCTATIVS*, como antes. Pues ésta sería la forma de recoger en traducción latina los nombres *JACOB* e *ISRAEL*. Pero la dignidad y el reconocimiento de este nombre no lo mereció una sola vez, es decir, no sólo en aquel fervor de la lucha y de la victoria; sino que ya acabada y restablecida la situación, de nuevo fue declarado y confirmado por su esfuerzo como merecedor, con la aprobación y el vaticinio de la divinidad. Y después habiéndosele ordenado marcharse de los territorios de los siquemitas en dirección a Bétel, procuró que el sentido de la religión y de las cosas sagradas fuera tratado y observado con pureza y santidad por parte de sus hijos, sus esclavos y sus familiares, una vez que habían sido apartados y eliminados los

restos y recuerdos de la vana superstición propia de su pueblo y cultivada antes entre los arameos. Y en este mismo lugar próximo a Bétel, donde había recibido de Dios la confirmación de su nombre, escuchó repetida la promesa de aquel arcano designio de Dios concerniente a la salvación humana, que había de ser preparado entre su pueblo; y permaneciendo en estos lugares unas veces poco tiempo, como un invitado de paso, y otras veces por más tiempo, acrecentado por sus hijos, y habiendo enviudado de las dos esposas, fue errante de un lado para otro hasta el lugar en el que, con la colaboración de su hermano Esaú, cumplió con lo que era justo para el funeral de su padre Isaac, quien puso fin a sus años, a sus buenas acciones de piedad y a su vida.

Gen 35, 1-29.

Entretanto dijo Dios a Jacob: "Anda, sube a Bétel, y habita allí y alza allí un altar al Dios que se te apareció cuando huías de Esaú, tu hermano". Jacob dijo a su familia y a cuantos estaban con él: "Arrojad todos los dioses extraños que haya entre vosotros; purificaos y mudaos de ropas, pues vamos a subir a Bétel y a alzar allí un altar al Dios que me oyó el día de mi angustia y me acompañó en el viaje que hice". Entregaron, pues, todos los dioses extraños que pudieron haber a mano, y a los pendientes de sus orejas, a Jacob, que los enterró bajo el terebinto que hay en Siquem. Partieron, y se extendió el terror de Dios por las ciudades del contorno, y no los persiguieron. Llegó Jacob, y cuantos con él iban, a Luz, que es Bétel, en la tierra de Canán. Alzó allí un altar y [190] llamó a éste lugar Casa de Dios, porque allí se le apareció Dios cuando huía de su hermano. Murió Dévora, la nodriza de Rebeca, y fue enterrada por debajo de Bétel, bajo una encina que se llamó encina del llanto. Apareciósele de nuevo Dios a Jacob, de vuelta de la Mesopotamia de Siria, y le bendijo, diciendo: "Tu nombre es Jacob, pero no serás llamado ya Jacob; tu nombre será Israel"; y le llamó Israel. Y le dijo: "Yo soy Dios Todopoderoso, crece y multiplícate. De ti saldrá un pueblo, un conjunto de pueblos, y de tus lomos saldrán reyes. La tierra que di a Abraham y a Isaac te la daré a ti y a tu descendencia después de ti". Y ascendió Dios del lugar donde le había hablado, en el que levantó Jacob un monumento de piedras, y en él hizo una libación y derramó óleo sobre él, dando el nombre de Bétel al lugar donde Dios le había hablado. Partiéronse de Bétel, y llegaron en primavera a la tierra que lleva a Efrata, donde parió Raquel, teniendo un parto muy difícil. Entre las angustias del parto, le dijo la partera: "Ánimo, que también éste es hijo". Y al dar el alma, pues estaba ya moribunda, le llamó Benoni, pero su padre le llamó Benjamín. Murió Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, que es Belén, y alzó Jacob sobre la tumba de Raquel un monumento, que todavía subsiste. Partiése Israel y plantó sus tiendas más allá de la Torre del rebaño. Durante su estancia en esta región vino Rubén, y se acostó con Bala, la concubina de su padre, y lo supo Jacob. Los hijos de Jacob eran doce. Hijos de Lía: Rubén, el primogénito de Jacob; Simeón, Leví, Judá, Isacar, y Zabulón. Hijos de Raquel: José y Benjamín. Hijos de Bala, la sierva de Raquel: Dan y Neftalí. Hijos de Zelfa, la sierva de Lía: Gad y Aser. Éstos son los hijos que le nacieron a Jacob en la Mesopotamia de Siria. Fue Jacob adonde estaba Isaac, su padre, a Mambré, a la ciudad de Arbé, que es Hebrón, donde habitaron Abraham e Isaac. Vivió Isaac ciento ochenta años y murió y se reunió con su pueblo, anciano y lleno de días. Esaú y Jacob, sus hijos, le sepultaron.

CAPÍTULO XV. HISTORIA DE ISRAEL

Hasta la muerte de Isaac, las casas y las familias de ambos hermanos todavía crecían bajo la ley y la autoridad del padre; pero una vez que éste faltó, los cometidos de uno y de otro estuvieron completamente separados y diferenciados por el lugar, el tipo de vida y el interés público y privado; y las costumbres de uno se apartaban tanto del ejemplo del otro, que la familia de Edom parecía no que fuese consanguínea y próxima, es decir, hermana, sino completamente enemiga para la prole y la descendencia de Israel. [191] Éstos eran amantes de la paz y de la tranquilidad, se dedicaban al ganado, y seguían la doctrina de la verdadera piedad. Aquéllos, en cambio, eran apasionados de las armas y de la guerra, se dedicaban al asalto y ocupación de las tierras vecinas, deseosos de poder, se regocijaban con el esplendor de las inscripciones y de las imágenes; pero en lo referente a la religión sólo cuidaban de lo que consideraban grandioso y fausto para interés de su poder y de su ambición. Y sobre este tema versa todo el relato que se recoge en el volumen sagrado de Moisés acerca de la descendencia de Esaú.

Cf. Gen 36.

En cambio Israel, acrecentado con doce hijos varones, habitó todavía como invitado esta región que, prometida a sus padres y a él mismo, estaba convencido de que finalmente sería la patria de sus descendientes; en la cual, aparte de la pérdida de sus esposas, estuvo postrado largo tiempo en un gran dolor, duelo y tristeza a causa de la pérdida de su queridísimo hijo José, a quien, vendido en Egipto por sus hermanos debido a la prestancia de su virtud y de su talento, así como por los admirables presagios de sus sueños, su anciano padre persuadido por la prueba de su vestimenta ensangrentada, había dado por arrebatado y destrozado por las fieras. Sin embargo, aquella singular providencia de Dios que lo había probado y examinado en los peligros de las costumbres y de la virtud, del valor, de la continencia y de la fe, y que por sus dotes de sabiduría y prudencia lo había ofrecido a reyes y a príncipes como superior a todo ejemplo humano, una vez que cambió su suerte, siendo esclavo lo puso al frente de todo el reino de Egipto, y su autoridad sólo era sobrepasada por la del propio rey. Sorprendiendo el resultado de tan gran probidad y paciencia, y además con este tipo de acontecimientos que ninguna causa podría cumplir salvo Dios, *El único que hace grandes maravillas*; a saber, con su arcano designio, y de un modo singular y que los hombres no pueden descubrir. Pues lo que en opinión de los hombres, y en el sentimiento también del propio Jacob, se consideraba como una desgracia y una calamidad, sin embargo, Dios lo transformó y lo encaminó a la salvación del padre y de los hermanos, así como a la rápida procreación, alimentación y acrecentamiento de la numerosa y afortunada prole de la descendencia de todos ellos; en una palabra, a su deseo de establecer el número, la dignidad, la nobleza y el ornato de este pueblo por encima del ejemplo de las demás naciones. De todo lo cual hemos intercalado aquí un breve relato, completo y de gran calidad, tomado de los versos del poeta divino, para no dar la impresión de que lo dejamos de hacer por falta y defecto de nuestro talento y del discurso mismo.

Ps 71, 18.

Ps 104, 16-24.

*Llamó al hambre sobre aquella tierra, hizo que faltara todo mantenimiento y mandó delante de ellos a un varón, a José, vendido como esclavo. Fueron puestos en el cepo sus pies, y fue encadenado con hierros; basta que se realizó su presagio y le acreditó la palabra del Señor. Mandó el rey que lo soltasen; el dominador de pueblos le dejó en libertad; y le hizo señor de su casa y soberano de todas sus posesiones, para instruir a su agrado a los príncipes y enseñar sabiduría a los ancianos. Y vino Israel a Egipto, habitó Jacob en la tierra de Cam; y multiplicó grandemente su pueblo e hizo que fuese más fuerte que sus opresores. [192] En todo esto se revela a quienes lo contemplan que el poder y autoridad del propósito divino deben ser observados y conocidos; los cuales promueven la sentencia anunciada y avisada a la serpiente ancestral, de tal manera que en todas partes y en todo momento perturban la pequeña gloria afectada de sabiduría, y la extinguen una y otra vez. Pues en este lugar había desarrollado aquélla la principal escuela de falso culto, de disciplinas curiosas y de toda doctrina falsa, muy concurrida por gente de todo el planeta, y contaba con numerosos y distinguidos maestros y alumnos; y allí mismo Dios, con sólo setenta hombres movidos por el deseo de escapar al hambre (según se creía) formó un seminario de auténtica piedad y sabiduría, y lo engrandeció con tantos millares de personas dispuestas a aprender y a enseñar, que le provocó un gran miedo al enemigo y a todas las catervas de enemigos de que fueran destruidos y aniquilados sus intereses; y en consecuencia al sabio necio que se distraía en distintos comentarios y razonamientos hallados y meditados acerca de la aniquilación de aquéllos, lo dejó que se atormentara en vano mientras estaba distraído con ello. Y le reveló al propio Israel, cuando se hallaba pensando en la marcha a Egipto, que todo esto y lo que ello representaba, él lo había de cumplir felizmente. *Partióse Israel con todo cuanto tenía, y al llegar al Pozo del juramento ofreció sacrificios al Dios de su padre, Isaac. Dios habló a Israel en visión nocturna, diciéndole: "Jacob, Jacob"; el contestó: "Heme aquí" y le dijo: "Yo soy Él, el Dios de tu padre; no temas bajar a Egipto, pues yo te haré allí un gran pueblo. Yo bajaré contigo a Egipto y te haré volver a subir".**

Gen 46, 1-4.

Así pues, en mitad de la escasez y el hambre de toda la tierra, y en la mayor carestía de grano, habiendo salido Israel de la tierra prometida por orden de Dios, emigró a Egipto, no sólo para ser alimentado, favorecido y honrado de momento (debido a la autoridad de su hijo, y de gozar éste del mayor favor ante el rey, los príncipes y el pueblo), sino también para ser acrecentado en un futuro con hijos y nietos, y para ser engrandecido tanto con la descendencia de su prole, que, aproximadamente en el espacio de doscientos años, a partir de los doce hijos que había tenido en Mesopotamia y en la región de Canán, a los cuales había dejado en Egipto como huéspedes cuando murió, se multiplicó en más de seiscientos millares de varones. Esta multitud le causó tal admiración y pánico al antiguo enemigo de Dios y de los hombres, que la hizo sospechosa y odiosa a los ojos del nuevo rey y del nuevo pueblo de los egipcios, muy diferentes de los anteriores; y procuró destruirla bien por miedo o bien por la ventaja de usarla como esclava, así como por la exigencia de diferentes trabajos, y otros muchos tipos de destrucción hallados; y la oprimió con tan gran esclavitud que no conocemos en la historia y ejem-

plos de ninguna época ni de ningún país otro caso de personas, ni siquiera las capturadas y raptadas según la victoria y el derecho de la guerra, que hayan sido sometidas con tanta dureza, atormentadas con tanta inclemencia y tratadas con tanta falta de humanidad. Y aquel pueblo nacido de los mejores padres e instruido para la piedad en una singular y auténtica disciplina, aunque en este sentido todavía no estaba corrompido ni contaminado por la miseria de los tiempos y por el trato de estos a quienes servía como esclavo; este pueblo, digo, se hallaba en la más baja y dura de las condiciones establecidas por el tirano, [193] la cual era una cierta imagen, o más bien la sombra del desdichado e infeliz estado de la naturaleza de los hombres retenida desde aquel estamento y grado de la primera elección, debido a la falta y la culpa de nuestros primeros padres y a las tiránicas leyes del pecado y de la muerte, bajo el dominio y la potestad de Lucifer, la cual no podía ser liberada y puesta a salvo más que con la determinación y la ayuda de Dios, como lo enseñaba esta imagen misma al negarle por completo a las fuerzas y al ingenio humanos que pudieran liberarse o cambiar de situación, y al reclamar únicamente la virtud, la sabiduría y la ayuda de Dios. Pues era tan grande y tan intrincado el nudo de acero de la esclavitud y del yugo impuesto, que no admitía como liberador a ningún otro inferior a la virtud y a la eficacia de Dios. Y esto era lo que le había sido revelado a su padre Abraham en aquel oráculo divino: *Has de saber que tu descendencia será extranjera en una tierra no suya, y estará en servidumbre, y la oprimirán por cuatrocientos años.* Y esto mismo es lo que se conmemora en el Salterio en unos pocos versos: *Cambió su corazón para que odieran a su pueblo y para vejar dolosamente a sus siervos.*

Gen 15, 13.

Ps 104, 25.

CAPÍTULO XVI

DEL ESTADO DE LOS HOMBRES HASTA LOS TIEMPOS DE MOISÉS

Y sin embargo, desde que se había producido la confusión de las lenguas y la división de los pueblos, la diversidad y el número de las facciones y de las opiniones creció al mismo ritmo que los hombres, hasta el punto que había casi tantos millares de estudios como de personas vivas. Y en verdad, no sólo en el conocimiento y el uso de las cosas de la naturaleza se apartaron mucho y variadamente de la verdad, sino que también en el conocimiento y el culto de las cosas divinas se llegó a desmesurados y vergonzosos monstruos de pensamiento; pero se había enfermado tanto, por todas partes, en las costumbres públicas y privadas, que ya casi no quedaba ninguna parte íntegra y sana de una disciplina humana y sencilla. Pues esto lo habían provocado aquella singular avidez de discernimiento y de opinión, y el desenfrenado deseo, contraído desde aquella primera adulteración de la opinión y del juicio a raíz del antiguo pecado de distanciamiento, a causa del cual los espíritus inanes de los seres celestiales se hicieron completamente tortuosos en la tierra y proclives al mal; y sirviendo a la gloria, a la ambición, y al propio deseo, en lugar de servir a la razón de la ventaja o del bien que habían emprendido y

deseado, establecieron una doctrina, unas leyes y unos ejemplos que discrepaban los unos de los otros, y a menudo incluso de los propios descubrimientos. Y de esta fuente brotaron las numerosas sectas, familias y disciplinas de estos que primero quisieron llamarse sabios o sofistas, y después filósofos; los cuales, aunque dieron la impresión de haber alcanzado su mayor actividad, ya por último, entre los griegos; sin embargo, habían surgido mucho antes, y habían aparecido y habían tenido importancia en unos y otros lugares en función de la concurrencia de pueblos y hombres, y según la relevancia del poder y del imperio de los diferentes lugares. Pues incluso antes de Abraham, toda la región de los caldeos estaba contaminada con diversos tipos de errores y de supersticiones, así como con diferentes adulteraciones de las costumbres. Y tampoco Egipto actuaba mejor o con mayor humanidad, [194] ni la tierra de Canán con más sosiego o modestia, puesto que los que debían servir de ejemplo entre los cananeos habían tratado mal a Abraham, y habían obligado a Isaac a desear para su hijo una esposa del suelo patrio, y a Rebeca le habían causado gran pesar las hijas de Jet. Y respecto a los egipcios, quienes en aquel tiempo parecían aventajar a los demás en conocimientos, cuál era su juicio sobre las cosas lo evidenciaba el ganado mayor y el menor, así como otros prodigios que eran tenidos y honrados como dioses, según lo atestiguan José y Moisés, de los cuales uno afirma que *todos los pastores de ovejas eran aborrecidos por los egipcios*; y el otro que ningún tipo de ganado consideraban aquéllos lícito que fuera sacrificado como víctima. *“No puede ser así”, dijo, “pues para los egipcios es abominación el sacrificio que nosotros ofrecemos, y si a su vista lo ofreciéramos, nos apedrearían”*. Y de hecho, de aquellos siete preceptos que habían sido dados a los hijos de Noé, ya no quedaba prácticamente ninguna huella entre los gentiles, donde lo lícito y lo ilícito se había intercambiado, donde la desvergüenza, el deshonor y el derrumbamiento de las costumbres se abrían camino de diferentes maneras y sin castigo, y, lo que es todavía más impío, o bien tomaban para muchos un nombre encomiable, porque se consideraba un honor, o bien se asignaban a las divinidades por iniciativa de éstas y contando con su aprobación; pues fue tan grande el mal que pudo causar y aportar el deseo de la opinión y la voluntad propias de cada uno. De cuya aberración y desvergüenza se encuentran detestables imágenes recogidas entre los profetas, y con mayor frecuencia en otros lugares de las Sagradas Escrituras, y de las cuales el apóstol hace una breve mención mientras les pasa revista. *Por cuanto, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a obscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron necios, y trocaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles. Por esto los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la impureza, con que deshonran sus propios cuerpos, pues trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, que es bendito por los siglos, amén. Por lo cual los entregó Dios a las pasiones vergonzosas, pues las mujeres mudaron el uso natural en uso contra naturaleza; e igualmente los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrazaron en la concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones, cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago debido a su*

Gen 46, 34.

Ex 8, 26.

Rom 1, 21-31.

extravió. Y como no procuraron conocer a Dios, Dios los entregó a su réprobo sentir, que los lleva a cometer torpezas, y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad; llenos de envidia, dados al homicidio, a contiendas, a engaños, a malignidad; chismosos o calumniadores, abominadores de Dios, ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a los padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados. Ésta fue la esencia de la disciplina, de la vida y de las costumbres de los gentiles. De las cuales, aunque a veces se escuchaban discursos honestos y aparentemente acordes con una naturaleza sencilla, según la impresión que daban; sin embargo, se sabe que fueron palabras más que hechos. Y sin duda la cumbre de sus aspiraciones no se alzaba más de unos centímetros de la gloria mundana y del placer de esta vida, definidos éstos según el deseo de cada uno. [195] *Se inclina Dios desde los cielos hacia los hijos de los hombres para ver si hay algún cuerdo que busque a Dios. Todos se han descarriado y a una se han corrompido; no hay quien haga el bien; no hay ni uno solo.* Y de hecho las leyes de los gentiles, por más que algunas pudieran parecer muy honestas o que algunas fueran designadas como muy santas, sólo fueron promulgadas para garantizar la vida y la sociedad común de los hombres entre sí, y no para felicidad de los espíritus o con la esperanza de otra vida mejor que ésta, la cual ignoraban incluso los propios legisladores, pues es tan imposible que creyesen, salvo las excepciones diseminadas acá y allá, en cuyas mentes no se había extinguido por completo aquella luz ofrecida en otro tiempo a los hijos de Noé. E incluso en estas costumbres y leyes más dignas de alabanzas, aparte de la falta de fe, sin la cual es imposible agradar a Dios, se ofendía en muchos aspectos sin sentido, en otros muchos neciamente, muchísimas cosas se establecían injustamente, y ello sin mencionar entretanto las leyes tiránicas y compuestas para favorecer el poder y la avaricia de unos pocos, ni tampoco las costumbres y hábitos de algunas que, aunque en otros lugares se apartan del sentido común, entre quienes las mantenían y las hacían cumplir tomaban un nombre elogiabile, y tenían patronos y protectores tanto en ámbito público como privado, más por el abuso que por su utilidad; hasta el extremo de que aunque la mayoría tenían en la boca palabras grandiosas sobre la naturaleza y el derecho, sin embargo, cada uno tenía, según la inclinación de su espíritu, una idea diferente tanto en la forma como en el sentido de la naturaleza verdadera e irreprochable, de la equidad y del derecho. Y todos los defectos se encontraban ya al límite, sin poder dejarles a las generaciones venideras ninguna irregularidad que aportar a las costumbres y a las leyes; algo que hubiera sido fácil de aprender sólo con el ejemplo de los cananeos, quienes a pesar de vivir en la más céntrica y la mejor región de toda la tierra, y de conservar la más antigua y la más rica de todas las lenguas, sólo gracias a la cual podían ser los más sabios en las cosas de la naturaleza y de la virtud, y eran de hecho considerados los primeros en las disciplinas humanas, y eran vecinos de astrólogos y matemáticos, es decir, de los caldeos; sin embargo, por sus supersticiones, su falso y vano culto de las injurias, del fraude y del engaño, por la variedad de su libertinaje y estupro, por las monstruosidades de su promiscuidad, y por otras aberraciones de su vida viciosa e infame resultaban de lo más repugnante y desenfrenado, y no mucho más soportables que aquellos gigantes por cuyos

Ps 13, 2-3.

Lev 18, 24-25.

delirios y culpa había sido enviado el castigo del diluvio a todas las tierras. Y así está escrito: *No os manchéis con ninguna de estas cosas, pues con ellas se han manchado los pueblos que yo voy a arrojar de delante de vosotros. Han manchado la tierra; yo castigaré sus maldades, y la tierra vomitará a sus habitantes.*

Así pues, Dios, habiendo sentido compasión (como siempre) de la calamidad del género humano, y permaneciendo en su propósito y en la decisión propia de gracia y misericordia, en mitad de una densísima oscuridad de errores y vicios, en mitad de una niebla de tiempos muy turbios, dispuesto lo que entonces era oportuno preparar, decidió esparcir sobre la tierra cierta sombra e imagen de su luz eterna; la cual, comparada con la verdad y la claridad misma de Dios, no era más que una sombra; pero comparada con la oscuridad de la naturaleza de los hombres, cual era entonces, con razón pudo llamarse luz; aunque no una luz como la que el Sol le trae al mundo cuando surge de las profundidades, sino como la que el fuego encendido en mitad de una noche oscura suele ofrecerle a estos que se han acercado, [196] para que dotados los hombres con su uso y comodidad, preparándose en su ánimo y su mente, se acostumbraran a buscar y a esperar una claridad mayor y auténtica. Y de hecho, para preparar y conceder este beneficio tan grande a los hombres, decidió desplegar una escuela en el centro mismo de la tierra, de cuya oportunidad y acceso pudieran servirse todas las naciones al estar demostrada su utilidad, y que participando de la comunión y fruto de un bien tan grande se encendieran con la fe y la esperanza de una salvación eterna y divina, y, cuando llegase el momento, fueran acrecentados con este don y regalo de la generosidad divina. Y esta escuela decidió abrirla entre el pueblo de los israelitas, para cumplir también bajo este pretexto lo que les había prometido antaño a los padres de aquéllos, en cuya descendencia había garantizado que llevaría a cabo aquel arcano proyecto suyo concerniente al castigo del eterno enemigo, a su gloria y a la felicidad de los hombres. Y quiso que en ese mismo momento se mostrara esta primera sombra e imagen de la verdad, y que más tarde brillara y resplandeciera aquella luz divina que lo ilumina todo. Y así está escrito: *Y ahora dice el Señor, el que desde el seno materno me formó para siervo suyo, para devolverle a Jacob, para congregarle a Israel, pues soy honrado a los ojos del Señor, y mi Dios es mi fuerza. Dijo: "Ligera cosa es para mí que seas tú mi siervo, para restablecer las tribus de Jacob y reducir a los salvados de Israel. Yo te he puesto para luz de las gentes, para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra". Así dice el Señor, el Redentor de Israel, su Santo.*

Is 49, 5-7.

Dijimos que la situación miserable, dura y completamente servil de los israelitas en Egipto había ofrecido una sombra e imagen de aquella esclavitud universal y colectiva del género humano oprimido por la tiranía del rival eterno y por la ley del pecado. Y sólo la liberación de estos que quedaron libres del miedo a los castigos, de los continuos trabajos y del sacrificio constante pudo, gracias a la sabiduría y a la bondad de Dios, consolidar su fe y su esperanza en una libertad pública que había de llegar, y revelarles la forma y el procedimiento para lograrlo. Pues del mismo modo que la doctrina que aprendió aquel pueblo ya liberado fue una breve muestra de la sabiduría divina, tam-

bién la forma y el procedimiento de esa defensa imitaron aquella muestra suprema de la liberación de los espíritus, y fueron una garantía cierta de la voluntad de Dios; para quien la comparación misma y la naturaleza de las cosas muestran que el espíritu humano es un motivo de cuidado y preocupación más importante y poderoso que el cuerpo. Y en efecto, el sufrimiento de los israelitas bajo aquel tirano no excedía los límites de esta vida mortal, y sin embargo fue apartado por la providencia y el poder de Dios. Por lo que había sido una ocupación y una ayuda muy digna de la misericordia divina apartar y echar a éste por cuya culpa se atormentan los espíritus de los hombres; pues el cuerpo del hombre se había mostrado encerrado en el espíritu, y no al contrario, el espíritu encerrado en el cuerpo.

Ahora bien, al frente de esta escuela y de esta doctrina que por primera vez en la tierra iba a ser explicada y declarada públicamente, decidió poner a un hombre singular a quien, previamente enseñado y muy especialmente instruido, pudiera poner como maestro para enseñar después a los demás, y como modelo de comportamiento y de vida; el cual quiso que no se ocupara sólo de estos cometidos y tareas para los que había sido preparado, sino que asumiera las funciones de sirviente y caudillo de aquel pueblo de Israel que sería liberado por él y que reclamaría su libertad. [197] Y este asunto dispuesto con admirable providencia y con una cuidadosa sucesión de los tiempos, de las virtudes, de las señales y de las acciones, lo guió desde el inicio hasta su fin. Y efectivamente, en medio de aquellos sufrimientos de una esclavitud durísima, en mitad de unos tiempos muy agitados, entre el temor de todos, le hizo donación a la familia de los levitas de un niño que desde el principio mismo de su nacimiento pudo suscitar la esperanza de quienes observaban con cuidado los grandes acontecimientos que habría que esperar un día; puesto que siendo aún un bebé se distinguió con tan gran dignidad de porte y de semblante, que, aunque su madre lo había abandonado por temor, sin embargo, una vez que fue hallado, rápidamente fue considerado digno de ser alimentado en el palacio real, y adoptado con el nombre ilustre de la hija del rey, es decir, con los derechos de un hijo propio, y formado en todas las disciplinas egipcias, tanto bélicas como civiles, llegando a ser influyente, querido y célebre incluso entre los enemigos de su pueblo. Y en verdad que fue conveniente que este admirable asunto fuera emprendido y llevado a cabo, para que quien iba a convertirse en maestro universal de las verdaderas artes liberales y en célebre preceptor del vivir con rectitud, no sólo no ignorase, sino que conociese a fondo y fuese un experto en qué y cuánto aventajan aquellas enseñanzas a las restantes elucubraciones del ingenio y del juicio humanos. Éste, cuando ya alcanzó la madurez, y supo quién era y de dónde procedía, encendido finalmente por el deseo de ayudar a los suyos, los visitaba reiteradamente cada vez que encontraba un pretexto y un modo seguro; y en la medida de sus posibilidades y de su autoridad ayudaba a éstos a quienes particularmente veía que se les hacía ultraje; y ello hasta que, (como le sucede a todo benefactor) habiendo comprobado que éstos a quienes había ayudado, y podía seguir ayudando en el futuro, no tenían una opinión justa ni un corazón agradecido, tomó la determinación de dejar aquel lugar por temor a las acechanzas y a la traición, y de marcharse voluntariamente al exilio. Y cuando bajo la aten-

ta mirada de Dios se retiró a una región extraña como invitado, exiliado, desconocido y pobre, sin embargo, debido a la dignidad de su rostro y de su porte, así como a las muestras de su inocencia, virtud y fortaleza, no sólo fue recibido con humanidad y generosidad por la gente de Madián, sino que fue acrecentado y honrado por un representante y sacerdote de aquel estado, entregándole a su propia hija por esposa y recibéndolo en su familia. Y él, convertido en pastor y vigilante del ganado de su suegro (pues éste era el patrimonio más importante y valioso de aquel pueblo), pasó muchos años en esta profesión y ocupación soportando los trabajos y el esfuerzo; pero su espíritu, siempre apoyado con la seguridad de la fe y la esperanza en Dios, lo ocupaba con estas cuitas y meditaciones que habían sido dignas de un pensamiento piadoso y muy instruido en el conocimiento de todas las disciplinas. Y nosotros, tomando como referencia el gravísimo discurso de acusación de san Esteban, hemos imitado el relato, brevemente recogido, de este hombre insigne, el cual, descrito larga y profusamente por éste mismo, quiso el Espíritu Santo que fuera confiado a la escritura para recuerdo de la posteridad. *Cuando se iba acercando el tiempo de la promesa hecha por Dios a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto, hasta que surgió sobre Egipto otro rey que no había conocido a José. Usando de malas artes contra nuestro linaje, afligió a nuestros padres hasta hacerlos exponer a sus hijos para que no viviesen. En aquel tiempo nació Moisés, hermoso a los ojos de Dios, que fue criado por tres meses en casa de su padre; y que, expuesto, fue recogido por la hija del faraón, que le hizo criar como hijo suyo. [198] Y fue Moisés instruido en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en palabras y obras. Así que cumplió los cuarenta años, sintió deseos de visitar a sus hermanos, los hijos de Israel; y viéndolo a uno maltratado, le defendió y le vengó, matando al egipcio que le maltrataba. Creía él que entenderían sus hermanos que Dios les daba por su mano la salud, pero ellos no lo entendieron. Al día siguiente vio a otros dos que estaban riñendo, y procuró reconciliarlos, diciendo: "¿Por qué, siendo hermanos, os maltratáis uno a otro?" Pero el que maltrataba a su prójimo le rechazó diciendo: "¿Y quién te ha constituido príncipe y juez sobre nosotros? ¿Acaso pretendes matarme, como mataste ayer al egipcio?" Al oír esto buyó Moisés, y moró extranjero en la tierra de Marián, en la que engendró dos hijos. Así pues, a Moisés que se hallaba lejos de la rutina de palacio y apartado de los negocios y de las inquietudes de la vida política, y que por ello mismo tenía mayor libertad para atender en la soledad a la contemplación de los asuntos divinos y de las disciplinas honestas del espíritu, le mostró Dios una representación e imagen de la oportuna realización de su designio con una admirable y antes inaudita transformación y concordia de los elementos contradictorios de la naturaleza, y le declaró que ya se acercaba el momento de concederle al pueblo de Israel (el cual representaba los intereses de todo el género humano) la salvación y la libertad con una breve intervención y ayuda suya; y le dictó con claridad y orden el modo, la forma y el procedimiento de llevarlo a cabo; y todo ello fue realizado y cumplido por obra de uno solo, con la ayuda de los espíritus colaboradores que llamamos ángeles. Pues tanto los discursos y coloquios antiguos como también las acciones y hechos que leemos, todos fueron cumplidos por mediación de los ángeles, cuya tarea gozaba completamente*

Act 7, 17-29.

del poder y de la autoridad de Dios. Y de hecho la naturaleza misma de las cosas, o bien la majestad y grandeza del beneficio no consideraban todavía digno al género humano, animal aún y cobarde en su aspecto femenino, de la capacidad de conversación actual, familiar y cotidiana por así llamarla; sino que el Espíritu Santo les declara a sus intérpretes, los apóstoles, que en otro tiempo toda conversación, o toda reunión y asamblea se hacía por mediación de los ángeles. Sin embargo, esta conversación, aunque no mostraba el mismo resultado en el espíritu del hombre que la de origen divino, es decir, la que más tarde Dios puso en práctica a través de su Hijo; con todo demostró la dignidad y autoridad sacrosantas y completamente divinas con todos sus elementos, partes y signos legítimos. Y así está escrito: *La palabra proferida por los ángeles fue firme.*

Hebr 2, 2.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO I.

DE LOS BENEFICIOS Y CAUSA DE LA LEY

[199] El género humano, dispuesto y creado por obra de Dios para el conocimiento y el ejercicio de lo verdadero y honesto, a causa del deseado y logrado conocimiento del bien y del mal, fue separado y dividido no sólo en varias creencias, sino incluso en caminos y grupos de vida contradictorios, y hasta se precipitó en un abominable atrevimiento y perversidad, como lo ha demostrado la práctica de muchos ejemplos, y lo han revelado también los documentos, los estudios y las extravagancias de los propios maestros, y lo apuntaron los ministros e intérpretes de los oráculos divinos. El hecho es que en todos los estudios y tratados de los hombres sobre el universo lo leemos declarado y repetido hasta la saciedad: *Sálvame, Señor, porque no hay piadosos, ya no hay fieles entre los hijos de Adán. Engaña cada uno a su prójimo, hablan con labios fraudulentos y con doblado corazón. Y, Como un soplo son los hijos del vulgo, una mentira los de abolengo. Puestos en balanza suben, juntos pesan menos que un soplo. Y, Se han corrompido, hicieron cosas abominables, no hay quien haga el bien. Se inclina el Señor desde los cielos hacia los hijos de Adán para ver si hay algún cuerdo que busque a Dios. Todos se han descarriado y a una se han corrompido; no hay quien haga el bien; no hay ni uno solo. Sepulcro abierto es su garganta, con sus lenguas urden engaños, veneno de áspides hay bajo sus labios, su boca rebosa maldición y amargura, veloces son sus pies para derramar sangre, calamidad y miseria abundan en sus caminos, y la senda de la paz no la conocieron, no hay temor de Dios ante sus ojos. Y en sus guías y preceptores leemos censuras apuntadas por el verbo divino como éstas: ¿Hacéis justicia en verdad, oh jueces? ¿Juzgáis rectamente a los hijos de Adán? Más bien a sabiendas obráis la iniquidad; vuestras manos hacen que en la tierra domine la violencia. Los impíos se han desviado desde el seno materno; los mentirosos se han extraviado desde el vientre. Tienen veneno como de serpientes, cual áspid sordo, que cierra su oído. Para no oír la voz de los encantadores, del encantador hábil en encantaciones. Y éstos, movidos por la ostentación del ingenio propio y por el deseo de atribuirse la gloria, no sólo se han apartado del descubrimiento de la verdad, y de la observación de lo honesto y decoroso, sino que sabemos por la acusación de un*

Ps 11, 2-3.

Ps 61, 10.

Ps 13, 1-3.

Ps 57, 2-6.

Cf. Rom 1.

Sap 12, 23-25.

veraz conocedor de los gentiles que han caído en un lugar peor que bestias salvajes, y en una abominable corrupción de las costumbres y del hábito, ya que, quienes se han empeñado en apartarse de Dios y en establecer voluntariamente para ellos y para sus seguidores una forma de vida, y ellos mismos en nombre de su propia autoridad han fijado el límite de lo que es indecente y de lo que es honesto, de lo que es verdadero y de lo que es falso, [200] de acuerdo con la ambición personal de cada uno, y han creído que esto basta para llevar una vida con rectitud, así como para determinar los límites del bien y del mal, y de la felicidad humana, es bien fácil demostrar con documentos y testimonios qué clase de adulteración de la sabiduría han cometido. *Pues a los injustos, que pasan la vida en la insensatez, los atormentaste por sus propias abominaciones. Cuando muchos más se extraviaron por los caminos del error, teniendo por dioses los más viles animales, engañados a manera de niños insensatos. Y por esto, como a niños sin juicio, les enviaste un castigo de burla.*

Así pues, Dios habiéndose compadecido de esta suerte del hombre, él mismo promulgó una ley muy justa en todos los aspectos de la vida, muy equitativa y de gran utilidad, no sólo pronunciada de palabra, sino grabada en tablas y escrita en papiro; y decidió que debía darse a conocer con el soporte de la escritura, para beneficio de todo el género humano, ya que no era fruto del ingenio, del juicio, del pensamiento, ni de la opinión de los hombres, sino que había salido de aquel eterno saber mandar y prohibir que rige todo el universo, como lo probaron las circunstancias, su sentido y los testimonios evidentes. Pues como el hombre mismo había llegado a un punto en que o bien ignoraba por completo qué era, de dónde procedía y por qué motivo había surgido, o bien atendía a la duda e incertidumbre de las fábulas, aprendía antes a jactarse con palabras y discusiones en controversias y debates de qué modo debía o podía cumplir con absoluta plenitud e integridad su deber que a mantenerlo con la lucidez de una equidad verdadera y alejada de la incertidumbre. Y a consecuencia de ello había resultado que cosas diferentes y completamente contrarias las elogiaban o las reprobaban bajo diferentes etiquetas, bien de piedad o de impiedad, bien de virtud o de pecado, o bien de justicia o de injusticia, y pregonaban que se debían procurar o que se debían rechazar de acuerdo con la utilidad o con el abuso del interés personal. Así pues, aquella ley, que había sido la más lúcida de la naturaleza cuando ésta todavía conservaba su integridad, y cuando después cayó en la deformación se conservaba, sin embargo, en la mente de los hombres gracias a la enseñanza de los padres, así como por la fuerza de la razón y el trabajo de la meditación, había prácticamente desaparecido del ámbito común y público al ser obstaculizada con diferentes errores y negligencias, debido a los engaños y argucias del enemigo público, la serpiente ancestral, así como a la indiferencia o a la maldad e insolencia del hombre exterior que buscaba el mal; y pese a todo se conservaba lo antiguo, por separado y a nivel individual, en algunos a los que bien el temor de Dios conservaba imbuidos, o bien la disciplina paterna les ayudaba en su conocimiento, como se puede observar y señalar en algunos descendientes de Sem, en el armenio Job, y en otros, quienes, muy escasos en todo el orbe terrestre, pudieron ser recomendados por su extraordinario

conocimiento de los asuntos divinos y humanos. Y así está escrito: *Contaré a Rahab y a Babilonia entre los que me conocen; he aquí a los extranjeros y a Tiro juntamente con Etiopía. ¡Éstos allí nacieron!* Pues los demás, o bien ociosos por su apatía, o bien soberbios por la opinión de su propia sabiduría, o habían cambiado el pecado por la virtud, o habían contaminado el candor de la auténtica virtud con numerosos pecados, y la verdad con la mentira. Y así está escrito: *Los soberbios me contaron charlatanerías, pero no como tu ley. Todos tus mandamientos son verdad.*

Ps 86, 4.

Y de que nadie pudiera nunca dudar de la autoridad de su ley, Dios se encargó personalmente con gran sabiduría y eficacia, representándose a sí mismo, con la ayuda del ángel, primero como doctor, [201] portavoz y narrador, y después también como escritor de sus enseñanzas. Y así está escrito: *Llegará Dios desde el Sur, y el Santo del monte Farán. Su majestad cubre los cielos, y la tierra se llena con su gloria. Su resplandor es como la luz; de sus manos salen cuernos.* Y de este modo el cielo y la tierra fueron testigos del discurso de Dios que se hallaba presente, y de su anuncio declarando sus propias leyes, aprobado por los hombres abierta y públicamente, y ofrecido a plena luz del día; cuyo contenido nos parece que explicamos con suficientes detalles en la disertación inicial de esta obra.

Ps 118, 85-86.

Hab 3, 3-4.

Ahora bien, se nos enseñó que los hombres habían recibido una doble ventaja, ambas muy importantes y convenientes, con la promulgación por parte de la divinidad de aquella ley. Una, el conocimiento por parte de los hombres de las carencias e incapacidades propias; y la otra, la doctrina para buscar y encontrar la auténtica y la única medicina y remedio.

Pues aunque no había ningún hombre que, al empezar a servirse del sentido común, no se sintiera ligado a un pecado múltiple; y a pesar de ello, algunos abominando esta debilidad o maldad se empeñaban en combatirla y en superarla, y además intentaban vencerla bien por miedo, bien por pudor, o bien movidos por un pensamiento mejor, evitando ahora de vez en cuando aquel otro tipo de infamia y de pecado, y absteniéndose de ofrecer ejemplos de unos y otros deseos, lucha ésta en la que se ponía un gran esfuerzo y mucha fatiga; sin embargo, no había nadie capaz de cortar la cabeza de estas desgracias, y tanto era así que no parecía ya quedar nadie que lo identificara con certeza. Pues el origen de todo el mal estaba en aquel instinto irreprimible de desear, que desde el primer crimen de la humanidad se había metido hasta lo más hondo en los tuétanos de los hombres, y ya se había instalado de tal manera que se pensaba que no había llegado de otra parte, sino que había surgido con la naturaleza misma. Algo de lo que el apóstol san Pablo se queja, sosteniendo la postura de un hombre ya advertido e instruido por la ley, cuando declara: *¿Qué diremos entonces? ¿Que la Ley es pecado? De ningún modo. Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley. Pues yo no conocería la codicia si la Ley no dijera: "No codiciarás".*

HYDRA DE LERNA.

Platón.

Rom 7, 7.

Así pues, esto es lo que enseñó expresamente aquella ley divina, pronunciada primero con el sonido de la voz, y escrita luego en tablas; a saber, que eran muchos los miembros de los pecados con los que se atormentaba y se corrompía la vida humana, los cuales, aunque uno por uno fuesen amarrados, o con gran esfuerzo y empeño fuesen reprimidos de vez en cuando, o incluso

fuesen cortados, sin embargo, no podían ser extinguidos o aniquilados por completo mientras permaneciera la cabeza misma del pecado, de donde esos miembros recibían aliento y comida; e incluso, aunque fuesen arrancados con mucha frecuencia, pululaban de nuevo como renacidos a partir de una raíz viva. Y se había comprobado que era la cabeza, la raíz, el tronco, e incluso el cuerpo mismo lo que actuaba contra el derecho humano y el divino, contra la razón propia y sincera de la mente humana, el espíritu y los sentimientos del espíritu, y a menudo atormentaba a los miembros del cuerpo. Y que esto era designado con nombres muy variados, porque llevaba, ordenaba, movía, arrastraba, guiaba, empujaba e incitaba al hombre de modos muy diferentes. *Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Si, pues, hago lo que no quiero, reconozco que la Ley es buena. Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí. [202] Pues yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado, que habita en mí. Por consiguiente, tengo en mí esta ley: Que, queriendo hacer el bien, es el mal el que se me pega; porque me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior, pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros.* Así pues, la raíz de este pecado, su cabeza, su tronco, su cuerpo, y su impetuoso ataque, esta enfermedad pecaminosa que se adhiere a la naturaleza humana, la cual debido a su duración había insensibilizado al espíritu contra el dolor, gracias al calor y a la eficiencia de la ley divina comenzó a dejarse sentir y a afligir al hombre que la padecía; y con el conocimiento de sí mismo, también provocó el tedio de la condición y de la desgracia propias, y le dio pruebas al que la padecía de una virulencia mayor de la enfermedad. Y así está escrito: *Mas tomando ocasión el pecado por medio del precepto, activó en mí toda concupiscencia, porque sin la Ley el pecado está muerto. Y yo viví algún tiempo sin Ley, pero sobreviniendo el precepto, revivió el pecado y yo quedé muerto, y hallé que el precepto, que era para vida, fue para muerte. Pues el pecado, con ocasión del precepto me sedujo y por él me mató. En suma, que la Ley es santa, y el precepto santo, y justo, y bueno. ¿Luego lo bueno me ha sido muerte? Nada de eso; pero el pecado, para mostrar toda su malicia, por lo bueno me dio la muerte, haciéndose por el precepto sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido por esclavo al pecado.* Así pues, éste fue uno de los cometidos de la ley ofrecida por Dios, señalar la raíz, las causas y el aumento de toda la desvergüenza y maldad de los hombres, y poner de manifiesto la materia, el poder y todos los resultados de la inclinación al vicio presente en toda vida, y que se apartaba de ella misma, así como el fraude que estaba latente desde tiempo atrás y el mal que se ocultaba, sacando a relucir hasta sus últimas consecuencias aquella corrupción que el género humano, envenenado por la mordedura de la Serpiente, soportaba más que reconocía; es decir, representándole con exactitud la imagen de la muerte misma y poniéndosela, por así decir, ante los ojos; la cual, como muerte real que era, a los hombres que había arrebatado (y había arrebatado a toda la descendencia de Adán)

Rom 7, 15-23.

Rom 7, 8-14.

los volvió completamente carentes de vida, y en consecuencia los dejó privados de toda posibilidad de resucitarse o de corregirse y renovarse a sí mismos. Pues, ¿qué alianza cabe entre la luz y las tinieblas, o entre la vida y la muerte? Pues todo lo que yace muerto no puede aportarse a sí mismo ningún tipo de ayuda; es más, no recibe ningún otro nombre más que el de muerte o nada. Ya que todo origen y capacidad de actuación surge de la vida, y fuera del Verbo de Dios no hay vida alguna, cualquier cosa que se haya apartado de él se marcha a la oscuridad absoluta y a la muerte. Y así está escrito: *Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En Él estaba la vida.*

Io 1, 3-4.

Y ésta fue sin duda la razón por la que Moisés, intérprete, ministro y escritor de la ley divina, comenzó el trabajo del volumen copiado por él [203] remontando su principio más atrás y relatando desde el comienzo mismo del mundo, para que el hombre, por cuya causa se escribía aquello, una vez que supiera en qué estado y condición había surgido en el momento de su creación, y de qué clase había llegado a ser después por obra y culpa suyas, y en qué lugar había sido abandonado, tomara conciencia de su enfermedad, o de su muerte más bien, y de la maldad e incapacidad de su espíritu, que se apartaba en exceso de la medida y moderación; y una vez conocido el principio de este mal, es decir, el cuerpo del pecado, del cual no podía librarse por su propio poder y capacidad, se sintiera y se confesara especialmente enemigo y tremendamente hostil a sí mismo, y nada en todo el orbe terrestre y entre la totalidad de las cosas existentes le diera más miedo o le inspirara más respeto que él mismo, y desconfiado de sus posibilidades de recuperar por su propio empeño, decisión, o ingenio la condición originaria y la vida perdida, se esforzara en conocer con detenimiento y cuidado si podría buscar, solicitar y encontrar la solución en otra parte; y si sucediera que llegase a comprender esto, se tomaría en serio el empezar a actuar. Y así sabemos que la primera causa de la promulgación de la ley divina fue la toma de conciencia del pecado; es decir, del cuerpo del pecado, así como de la variada y desenfrenada maldad y deseo que los escritores sagrados llaman unas veces concupiscencias, y otras, pasiones de la carne o de los pecadores. Y como ningún mortal es capaz de librarse de ellos y de curarse completamente por sus propios medios mientras conserve su condición de mortal o de hombre animal, lánguido, enfermo, o más bien muerto, y además detestable, víctima de su maldición, sometido al yugo que le sigue al pecado, y esclavo del enemigo común, es condenado conforme al decreto y a la sentencia que se derivan de esta ley. Y así leemos: *MALDITO QUIEN NO MANTENGA LAS PALABRAS DE ESTA LEY, CUMPLIÉNDOLAS.*

Deut 27, 26.

Y lo esencial de todo el propósito que persiguió la ley divina al dar instrucciones fue precisamente esto, lo cual había sido depositado y confiado desde un primer momento a la naturaleza de los hombres por Dios, su creador; y el primer hombre lo había estropeado violándolo, y después, los hombres de los siglos venideros lo habían oscurecido con su soberbia y arrogancia tanto de palabra como de hecho, y mezclándolo con diversas creencias y errores lo habían confundido. Y por supuesto, que la ley del género humano fuese transformada o cambiada no lo toleraban la sabiduría y la autoridad de Dios, o no

lo permitía el reparto mismo de tareas y oficios que le había tocado en suerte a la naturaleza de cada cosa. Pues del mismo modo que para el sol y la luna se había establecido y se había decidido que brillaran en el universo y presidieran el día y la noche, y ello les había sido algo propio, y siempre les fue, y en lo sucesivo les seguiría siendo por cuanto tiempo les toque permanecer; así tampoco la manera de vida dada al hombre desde el primer momento fue otra después, ni diferente, cuando se estableció el conocimiento de la auténtica ley por dictado y revelación de Dios. Algo que han probado ser cierto todos estos que se considera que vivieron con piedad y justicia antes de los tiempos de la ley, o quienes, desconocedores de la ley escrita, ellos, sin embargo, con atención constante, oportuno esfuerzo, y con mejor disposición de la mente y destreza de espíritu se esforzaron por actuar de acuerdo con la naturaleza. Pues éstos pensaban lo mismo que por lo general mostraban en su vida y en sus costumbres, lo cual se exponía de forma resumida en los preceptos y principios de la ley ofrecida y pronunciada por la divinidad y recogida en la crónica de los escritores, cuyos dos capítulos principales y más destacados eran la Piedad hacia Dios, y la Caridad hacia los congéneres. Y ésta fue también aquella utilidad que mencionábamos en segundo lugar [204] de la ley divina redactada en tablas, enseñar y confirmar que la virtud y la facultad no habían desaparecido por completo del espíritu humano y del hombre interior, hasta el punto de que no pudiera oír las voces internas de la propia naturaleza que le aconsejaba lo correcto y lo llamaba y exhortaba hacia cosas mejores, ni pudiera cumplirlas desarrollándolas y llevándolas a cabo; máxime cuando aquel poder divino que llamamos Gracia estaba al alcance de todos los hombres que quisieran vivir con rectitud, para todos en común, y también individualmente para quienes hubiesen especialmente merecido que se les ayudara, debido a la sencillez de sus aspiraciones, al candor de corazón y a su propósito firme. Pues era sabido que a ningún hombre podía perjudicar por naturaleza el odio singular de Dios de modo que estuviera menos cerca de querer con rectitud, ni se le podía negar o sustraer con malquerencia el impulso del corazón, ni la ayuda ni la luz, del mismo modo que no le falta espontáneamente la luz y el poder del sol al cuerpo de ningún hombre por más que éste lo quiera y lo procure. Y así está escrito: *En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y era la luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre.* Así pues, para que nadie pudiera pretextar que le había sido completamente arrebatada la facultad de obrar bien, la ley divina tomó medidas y enseñó abiertamente que el hombre, aunque animal y similar a Adán, con la ayuda de Dios, que es bueno para todos, podía, si no cumplir y llevar a término estrictamente todos los santos preceptos, por lo menos ponerlos en práctica en lo referente al trabajo externo, y de esta forma probar qué grado conocía y exigía el propio legislador, Dios. Pues si el hombre después de aquel antiguo resbalón no podía dejar por completo de desear, y ya se tenía por imposible que pudiera controlar los primeros movimientos y ataques de la concupiscencia; sin embargo, por naturaleza no se había quedado en absoluto manco o inútil e incapacitado para que una vez que estuviesen despiertos y en acción reprimirlos, atenuarlos, y finalmente quebrantarlos con su actitud y vencerlos con el deber; a menos

Io 1, 4.

Io 1, 9.

que voluntariamente quisiera mostrarse así, con su propia indolencia, maldad y depravación.

Por consiguiente, al espíritu humano le quedaban fuerzas para la lucha, para el trabajo, para el esfuerzo, y por último para poner freno al deseo del mal y no dejarlo avanzar en su labor, para cumplir tareas singulares y que contaran con la aprobación de Dios, cuya luz a nadie que la conozca, que la quiera y que la pida le sería negada por envidia u odio; ni es injusto Dios por descargar su ira con los hijos a causa del pecado o la culpa de los padres, y no hacerlo con los padres a causa de las fechorías de los hijos, precisamente cuando se ha declarado no una sola vez que *El alma que haya pecado ella misma dejará la vida*. Y, *Al que ha pecado contra mí es al que borraré de mi libro*. Libro en el que había sido registrado con bondad y generosidad el género humano, y ningún hombre debía ser borrado salvo por falta propia. Así pues, Dios había confirmado que aquella fuerza que quedaba en el espíritu de los hombres, a pesar de la pérdida colectiva, era más que suficiente para arrancar la maleza y los matorrales del campo de los hombres, con la ayuda y colaboración de quien les daba instrucciones y les hacía promesas; y muchos, incluso antes de la ley, se hicieron merecedores del elogio por obrar con empeño y valor, como Set, Enoc y Noé, de quienes se dice que fueron justos y perfectos en sus respectivas épocas, y que alcanzaron la gracia ante Dios. Y muy poco antes del tiempo en que fue dada la ley, *había en tierra de Hus un varón llamado Job, hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal*. Y este mismo elogio alcanzó a muchos, [205] estando ya en vigor la ley, no sólo a éstos a los que aquella preparaba en cierto modo con su declaración y su doctrina, sino también a otros que todavía estaban con la etiqueta y entre el número de los gentiles. Pues como son muchos los que se pueden contabilizar en aquel otro grupo, por ejemplo Ezequías, quien dejaba este testimonio solemne de súplica a Dios: *Acuérdate, Señor, de que he andado delante de ti con fidelidad e íntegro corazón y que he hecho lo que era bueno a tus ojos*. Y Zacarías, y su esposa Elizabet, eran ambos justos a los ojos del Señor, y emprendían todas las órdenes y mandamientos del Señor sin queja. Y poco antes de los últimos tiempos de la antigua ley *había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la cohorte denominada Itálica; piadoso, temeroso de Dios con toda su casa, que hacía muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios continuamente*. Y *cierta mujer llamada Lidia, temerosa de Dios, purpuraria, de la ciudad de Tiatira*, es recordada con alabanza. Todos estos que consta que no fueron instruidos en la ley expuesta por Moisés, entendemos que entretanto fueron, sin embargo, educados con la doctrina del espíritu y de la mente; y, ayudados por la divinidad, cumplieron con sus deberes legítimos, en la medida en que esto puede ser ofrecido por el hombre, siendo Dios conocedor de las fuerzas de su naturaleza, y examinándolas y dándoles el visto bueno en sus medidas, como lo afirma san Pablo: *En verdad, cuando los gentiles, guiados por la razón natural, sin Ley, cumplen los preceptos de la Ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos Ley. Y con esto muestran que los preceptos de la Ley están escritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia y las sentencias con que entre sí unos y otros se acusan o se excusan*. Así pues, lo que la naturaleza por sí misma, cuando todavía estaba intacta, conocía y

[Ez 18, 4].
[Ex 32, 33].

Cf. Gen 2.
Cf. Gen 6.

Job 1, 1.

Is 38, 2.

Act 10, 1-2.

Act 16, 14.

Rom 2, 14-15.

podía hacer sin ayuda, eso mismo, más tarde, ya quebrantada y débil, lo pudo, sin embargo, vislumbrar, intentar e incluso cumplir; no con la misma plenitud y pureza que antes cuando permanecía inviolada, pero sí con la suficiente satisfacción como para complacer a Dios, que prestaba su ayuda, prometía mejores tiempos y hacía avanzar hacia ellos. Y así está escrito: *Anduvo Enoc en presencia de Dios.*

Gen 5, 22.

Pero fue la ley divina la que enseñó esta facultad de establecer y guiar la vida con rectitud, mostrando los asuntos y acciones en los que era conveniente que se ejercitara el hombre piadoso y fiel, con los diez mandamientos, que eran como los pilares básicos de actuación y obra, pronunciados primero por la palabra y el anuncio del ángel, y después recogidos y grabados por obra divina en tablas de piedra; a partir de los cuales muchos otros fueron dictados por Moisés, ministro e intérprete, como anexos que, abarcando las costumbres y ritos, tanto los públicos de todo el pueblo, como los particulares de cada persona, tarea y oficio, no habían pasado por alto nada de lo que se buscaba que fuese conveniente, oportuno, y, de acuerdo con el uso de aquella época, correcto, justo, santo, útil y honesto para la religión, para la integridad de cada persona, o para fomentar la comunidad y sociedad de los hombres entre sí, y además no contenían nada que fuese superfluo para las circunstancias de aquellos tiempos y aquellos hombres. Y así está escrito: *Todos tus mandamientos son verdad.* Y así, a la sabiduría humana y a aquella desvergonzada, ambiciosa, insolente y atrevida licencia de los ingenios, consistente en definir y decidir acerca de las costumbres y los principios de la vida de acuerdo con el parecer de cada uno en particular, se les hacía frente de este modo, a saber, impidiendo que alguien bajo el nombre de la piedad, de la religión y de la virtud se atreviera a enseñar o a hacer algo fuera de lo establecido por la divinidad, o, por el contrario, [206] a hacerlo olvidar, evitarlo y prohibirlo. *Todo lo que yo te mando, guárdalo diligentemente, sin añadir ni quitar nada.*

Ps 118, 86.

Deut 12, 32.

Y dado que todo este argumento y desarrollo, que en latín solemos llamar *LEX* y en griego *NOMOS*, no sólo transmitía las reglas y los preceptos para llevar una vida con rectitud, sino que explicaba toda la historia del género humano y de su condición desde el comienzo del mundo, recibió el nombre de *THORAH*, es decir, doctrina, que le puso Dios en su lengua, o sea, en aquella originaria en la que fueron revelados sobre todo los misterios sagrados. Y así está escrito: *El Señor vino del Sinaí, y salió de Seir en favor nuestro. Resplandeció desde la montaña de Farán, y con Él millares de santos. Con la Ley de fuego en su diestra. Ha hecho gracia a su pueblo, todos sus santos están en su mano. Y quienes se acercan a sus pasos, recibirán su doctrina. Dionos Moisés la THORAH, heredad de la casa de Jacob.*

Deut 33, 2-4.

CAPÍTULO II.

DEL OTRO COMETIDO Y BENEFICIO FUNDAMENTAL DE LA LEY

Los principios, las causas e incluso todos los resultados de la degeneración depositada en el espíritu de los hombres entendimos que fueron señalados en la doctrina y en la exposición de la ley ofrecida por Dios; y comprendimos que fue puesto al descubierto aquel humor venenoso por cuya causa se había propagado la epidemia universal y muerte colectiva a todo el género humano a partir de un solo hombre, cuyo poder o apasionamiento había conseguido que nadie fuera inmune por su virtud y su esfuerzo al mandamiento de NO DESEARÁS; y parecería haberlo conseguido holgadamente, si siguiera el impulso del deseo, y no el ejemplo del trabajo o el deber impuesto por una voluntad deliberada. Pues hasta aquí había llegado la limitación de la sabiduría humana ejercitando el ingenio y poniendo en común las opiniones, a dar la impresión de haber hecho más que suficiente por sí misma, si conseguía quitarle al hombre el control del primer impulso de la concupiscencia. Pues así, al menos entre los latinos, lo definen la razón, la mente y el juicio humanos, y lo proclaman con un discurso de este tipo. Y en verdad, por lo que se refiere a aquella vida que se desenvuelve en el trato y en la alianza común de los hombres, y que los filósofos llaman política o civil, sería justo juzgar que ha sido ordenada con suficiente buen criterio si, por ejemplo, todos los deberes y ayudas que se aconseja y ordena que se hagan en favor de los hombres, los cumpliera alguien de manera que no admitiera o buscara voluntariamente ningún castigo o pecado contra ningún otro, ni contra sí mismo, aunque en otras circunstancias deseara especialmente admitirlos o buscarlos. Y hasta llegar a esta conclusión y objetivo, los hombres han disputado con sobrado empeño y sutileza acerca de la moderación, la abstinencia, la continencia, la justicia, y el azar, y la que es como la guía de todas éstas, la prudencia, y en definitiva acerca de la virtud; y en lo referente a las costumbres son muchos los que han cumplido con satisfacción, [207] y sobre todo, y al margen de toda discusión, estos que son recomendados y elogiados en las historias sagradas, en los oráculos y en los escritos.

Y en verdad, la razón y la medida de esta clase de vida, por su propio modo de ser, bien merece el elogio entre los hombres, así como cuida también del nombre de humanidad. Pues del mismo modo que el hombre está dotado y participa de la razón y de la mente, debe vivir y actuar de acuerdo con lo que es apropiado para su naturaleza; y esto es en justicia lo que persigue, que un hombre tal y como lo dibujamos, similar a Adán, se piense y se considere digno de haberlo manifestado y haberlo cumplido, para que la ley civil en su conjunto lo conserve incólume, salvo y seguro. Y así está escrito: *Pues Moisés escribe que el hombre que cumpliera la justicia de la Ley vivirá en ella.* Y así había sucedido que el hombre examinado con las pruebas de ese deber y hábito, que eran debidas a los otros hombres, con razón podría ser llamado justo, moderado, bondadoso, servicial y, en definitiva, bueno; es decir, cuando se guardase de hacer esto que prohíben los mandamientos de la ley, y a su vez cumpliera lo que esta misma ley aprueba; por supuesto, abste-

Rom 10, 5.
Lev 18, 5.

nerse de causar daño y de hacer el mal, velar con empeño por el bien ajeno, y contribuir a él. Pues de este modo suele la sabiduría popular describir a un hombre bueno.

Hor. Ep. I 16,
40-43.

¿Quién es el hombre bueno?

"Quien observa los decretos del senado, las leyes y el derecho, el juez por quien se dirimen muchas y muy importantes causas, el garante gracias al cual se zanján negocios, el testigo gracias al cual se ganan los pleitos."

Pero, a decir verdad, aunque la naturaleza del hombre no sólo es muy superior a la de los demás seres vivos, a los que aventaja por cierta excelencia de su razón y por la forma y la facultad de sus miembros, sino que siendo inferior por muy poco a la de los ángeles también participa de una pequeña cantidad del aura divina, que llamamos mente, hecha a imagen y semejanza de Dios, sucede que no le ha sido posible con suficiente frecuencia, apartándose del ultraje y cumpliendo con su deber, mostrarse superior a los demás; a menos que en la medida que representa la imagen de Dios, también se muestre puro, cándido, lúcido y completamente santo e incontaminado; a saber, cuando cumple con esta parte de la ley y de los mandamientos que contiene las acciones espirituales; es decir, cuando el hombre interior está completamente de acuerdo y en armonía con las órdenes y con lo que establece la divinidad, y su parte inferior no se halla en lucha ni hace nada en contra. Y así está escrito: *Éste es el mensaje que de Él hemos oído, y os anunciamos que Dios es luz y que en Él no hay tiniebla alguna. Si decimos que tenemos comunión con Él, mientras que andamos en tinieblas, mentimos y no obramos según la verdad. Pero si andamos en la luz, como Él está en la luz, entonces estamos en comunión con Él.* Pero consideramos que esta luz es precisamente lo que encuentra la mente pura, íntegra, cándida y completamente sencilla, que no desmerezca del amor, del anhelo y del mandato de Dios mismo, que es la mente más pura, más íntegra y más cándida, y apartada o separada de su amor ni un ápice, y sin desear nada por voluntad propia, ni para ella ni para otros, esa luz, decimos, es lo que encuentra la luz de la divinidad, que es lo que conviene imitar, y es lo que impregna la imagen de Él que reside en ella. Y eran dos, sobre todo, los mandamientos de la ley divina que exigían esa parte espiritual de la ley tantas veces repetida, ambos muy piadosos, [208] muy claros, y muy recomendables por sí mismos, pero extremadamente difíciles de alcanzar para la descendencia de Adán desde aquella desgracia colectiva. Uno era:

Deut 6, 5.

AMARÁS AL SEÑOR, TU DIOS, CON TODO TU CORAZÓN, CON TODA TU ALMA, CON TODO TU PODER.

Y el otro, que por su naturaleza es uno solo, pero que por la diferenciación de las cosas que prohíbe se presenta como si fueran muchos:

[Deut 5, 21].

NO DESEARÁS LA MUJER DE TU PRÓJIMO, NI DESEARÁS SU CASA, NI SU CAMPO, NI SU SIERVO, NI SU SIERVA, NI SU BUEY, NI SU ASNO, NI NADA DE CUANTO A TU PRÓJIMO PERTENECE.

Y los demás mandamientos, como sacados legítimamente de estos dos, exigía la ley que fueran aprobados no sólo por los hombres, quienes se guían

por la experiencia a la hora de conocer, sino por Dios personalmente, cuya actividad interna de espíritu y mente consta y es manifiesta, para que fuesen considerados producto no sólo del ejemplo externo, sino del afán interno del alma, y del espíritu mismo. Algo que como aquella ley, pronunciada y recogida en tablas, lo había ordenado y exigido tanto, y no le había ofrecido a los espíritus de los hombres ni las fuerzas ni la posibilidad (puesto que no avanzaría nada hacia la perfección), se pensaba de ella que, enseñando y dando instrucciones a los espíritus, hacía crecer el pecado más de lo que lo eliminaba o suprimía, y se decía también de ella que acarreaba la condena y el juicio más que la vida o que la virtud; pues el hombre, que es animal y mortal, al estar encauzado de acuerdo con este código, se percibía cuán extraordinariamente degenerado es y en qué medida se aparta del camino recto. Y así está escrito: *¿Cómo, pues, justificarse el hombre ante Él? ¿Cómo ser puro el nacido de mujer? La luna misma no brilla, ni son bastante puras las estrellas a sus ojos. ¡Cuánto menos el hombre, un gusano; el hijo del hombre, un gusanillo! Y así mismo: ¿Podrá el hombre presentarse como justo ante Dios? ¿Será puro el varón ante su Hacedor? Mira, aun a sus ministros no se confía, aun a sus ángeles halla tacha. ¡Cuánto más los que habitan moradas de barro y del polvo traen su origen son aplastados como polilla!* Y por ello el más destacado intérprete de la Sabiduría divina, y él mismo Sabiduría, el propio Jesús, hijo de Dios, enseñaba expresamente, llegando hasta la participación de su virtud, en qué medida y con qué autoridad le correspondía a los hombres cumplir los mandamientos, y, a su vez, con cuál no les había correspondido: *Cuando hicieréis estas cosas que os están mandadas, decid: "Somos siervos inútiles; lo que teníamos que hacer, eso hicimos"*. Por supuesto habiendo alcanzado esto; porque quien no lo haya cumplido, ni siquiera podría con justicia llamarse hombre, y mucho menos siervo de Dios. Pero, sin embargo, para que el hombre animal haga progresos más allá de su condición de siervo en la observación de la ley, y en la medida que haya cumplido también en su espíritu con aquellos mandamientos espirituales, lo van transformando no sólo la ley sino también la razón y la doctrina del Evangelio; la cual señala que este tipo de hombre llamado carnal ha sido vendido como esclavo al pecado.

Peró esa misma ley que le reveló al hombre su propia debilidad, su inseguridad, y la muerte que siguió a éstas, y que le dio la facilidad de conocerla con su propia experiencia, le mostró acto seguido el camino por el cual pudiera no sólo remediar ese mal público, común y completamente endémico; [209] sino precisamente trocarlo en vida y en la mayor felicidad; y debía ser trocado por quienes se dispusiesen a alcanzar ese bien supremo con los argumentos y los medios oportunos. Ahora bien, esto no lo tenían que conseguir las fuerzas o las facultades humanas, sino la virtud de Dios, quien había decidido respecto a su imagen y su semejanza depositadas en el hombre, y contaminadas por el pecado de éste y por el engaño de la serpiente, no sólo renovarlas, sino también confirmarlas, y engrandecerlas, y adornarlas con muchos y admirables nombres; y este propósito suyo había querido que fuese declarado desde el momento mismo del desastre público, y que fuera pregonado y transmitido con promesas que se habrían de repetir en cada período. Y ello ahora, en el volumen mismo de la ley promulgada, se hace valer no sólo con

Iob 25, 4-6.

Iob 4, 17-19.

Lc 17, 10.

Cf. Rom 7, 14.

diferentes conversaciones y alocuciones, sino también con imágenes, ritos y acciones, así como con otros misterios que hay que tener confianza y esperanza en ello y que hay que esperarlo; y es confiado al testimonio de la escritura hasta el momento oportuno de prepararlo y llevarlo a cabo.

Así pues, este fue aquel otro beneficio de la ley divina, de cuya alabanza se ocupa gran parte de los escritores sagrados, y, por supuesto, los que reconocieron al mismo tiempo el conocimiento del pecado otorgado en la ley sagrada, y la virtud del espíritu revelada para conseguir progresos del esfuerzo y del empeño juntamente con la ayuda de Dios, así como la promesa y la esperanza hecha de la salvación verdadera y absoluta que se debe alcanzar con el cumplimiento de la palabra de Dios. Y éste es el parecer del que se hace eco todo aquel poema que dice: *Instrúyeme, Señor, en el camino de tus mandatos, para que los guarde hasta el fin. Dame entendimiento para que guarde tu ley, y la guarde de todo corazón. Haz que vaya por la senda de tus mandamientos, pues en ella me complazco. Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia. Aparta de mí el oprobio que temo, pues tus juicios son para bien. Ven-ga, pues, sobre mí tu piedad, Señor, tu SALVACIÓN según tu palabra, para que pueda responder a los que me increpan que he esperado en tu palabra.* Éste fue por lo tanto el más importante de los deberes de la ley, enseñarle al hombre, ante todo, su origen a partir de Dios, y el estado de su naturaleza cuando estaba todavía intacta, y ya después, la caída desde el grado de dignidad concedida; y mostrarle lo que hubiera sido conveniente que él hiciera. Y así mismo, censurarle cuánto se apartaba de la integridad de su obligación; y cuánto le correspondía en adelante tratar y hacer con la ayuda y el favor de Dios; y convencerlo de que esto hay que hacerlo con empeño, como es digno de la condición del hombre, y de que resulta grato y susceptible de aprobación para Dios, que lo ordena, con tal de que la totalidad de sus deseos de salvación, de felicidad eterna y de vida dichosa y divina no se base en aquella observación externa de los mandamientos, sino en el poder y en la eficiencia del Verbo divino, el cual, esto que había creado antes íntegro, y que por defecto propio había caído en la nada, había decidido, sin embargo, ayudarlo con benevolencia, y restablecerlo y promoverlo a un lugar muchísimo más feliz. Y la ley recomendaba confiar en ese poder con la mayor fe, desearlo con la mayor esperanza, y procurararlo con preocupación constante. Y aunque la ley por sí misma no podía aportar la salvación; sin embargo, sí pudo hacerle revelaciones y ofrecerle enseñanzas; y lo advirtió y le dio instrucciones declarándole lo que entretanto convenía hacer para esperar su verdadero provecho, y lo que convenía cumplir y ofrecer, hasta que llegara aquello que le prometía que vendría y que llegaría; [210] y naturalmente la ley misma le enseñó que el Verbo divino lo restablecería todo, y lo promovería a una condición mejor, por cuya virtud todas las familias de la tierra serían bendecidas, como le había sido prometido a Abraham. Aquella conocida enseñanza apostólica se refiere al contenido de este beneficio revelado por la ley: *¿Luego la Ley está contra las promesas de Dios? Nada de eso. Si hubiera sido dada una ley capaz de vivificar realmente, la justicia vendría de la Ley; pero la Escritura lo encerró todo bajo el pecado para que la promesa fuese dada a los creyentes por la fe en Jesucristo. Y así, antes de venir la fe, estábamos bajo la custodia de la Ley, encerrados*

Ps 118, 33-36.

Ps 118, 39.

Ps 118, 41-42.

Gal 3, 21-25.

con vistas a la fe que había de revelarse. De suerte que la Ley fue nuestro ayo para llevarnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe, pero llegada la fe [que iba a ser revelada], ya no estamos bajo el ayo.

Y así se conoce por la primera obligación de aquella ley divina grabada en tablas, y desarrollada posteriormente en libros, qué incompleto es el utillaje del hombre; y qué miserable, débil e incluso calamitosa es su condición si se compara, por ejemplo, con aquel primer estado de su naturaleza y de sus bienes, o si se examina de acuerdo con el baremo del juicio divino. Pero en la siguiente causa y motivo se distingue la diferencia de hombres; los que cuidan de la fe unida a la piedad, y quienes abandonan o descuidan ambas o una de las dos; pues a éstos ninguna les sirve sin la otra para alcanzar la felicidad, aunque una de las dos parezca estar presente; en cambio, para aquellos otros, ambas contribuyen al mismo tiempo y en gran medida a conseguir la promesa divina, es decir, el beneficio de la vida eterna. *He inclinado mi corazón a cumplir tus estatutos por siempre jamás, a cambio de la recompensa.* Y esta recompensa, la cual espera el espíritu fiel y piadoso, este mismo poeta la interpretó como aquel gran regalo de la salvación y de la vida; y quien lo posea por obra de Dios, experimenta gracias a la virtud del Espíritu Santo, con la que se consolida y vivifica, el cumplimiento de la ley no sólo externamente, sino también internamente, con Dios. Y así está escrito: *Concede a tu siervo vivir y que guarde tus preceptos.* Y lo mismo, *Correré por el camino de tus mandamientos, pues tú ensancharás mi corazón.* Y todo el tiempo que el corazón humano se atormenta expulsado de los estrechos espacios de Adán, cuando ha satisfecho sin engaño el pago del cuidado externo de los mandamientos, el cual debe cumplir en esta situación, complace a su Señor como un esclavo fiel; y cumple bien con esto de acuerdo con la benévola promesa de Dios para ser promovido a lugares más altos. Y llamamos pago externo a aquella pugna y lucha por atenuar y dominar las costumbres y apetitos del hombre exterior, y por no dejarlos señorearse, y por cumplir correctamente los deberes de humanidad y de piedad; castigo que ya vimos antes que fue cumplido por todo el género en un único antepasado de todos, en Adán: *Con el sudor de tu rostro comerás el pan.* Y en efecto, cualquiera que cumpla con esto, que es lo de menos, de acuerdo con la fe de su condición, recibirá esto otro por regalo de la bondad divina, que es lo más importante. Y así está escrito: *Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco; te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor.* Y en cambio, en ninguna parte podemos leer que Dios haya exigido de los hombres, sometidos al poder de la ley y a su tiempo, nada por encima de lo que se declaró que podía cumplirse con la elección del intelecto y con la virtud del espíritu socorrido por la ayuda y el favor de la divinidad; y aunque esto fuera cumplido con confesión de la deuda y de la debilidad, comprendimos que la ofrenda agrada y que es aprobada. *Tened ceñidos vuestros lomos y encendidas las lámparas, [211] y sed como hombres que esperan a su amo de vuelta de las bodas, para que, al llegar él y llamar, al instante le abran. Dichosos los siervos aquellos a quienes el amo hallare en vela; en verdad os digo que se ceñirá, y los sentará a la mesa, y se prestará a servirlos.* En esta promesa se oculta un gran misterio del favor divino, y se revela aquella condición por la cual Dios había sacado a los hombres pia-

Ps 118, 112.

Ps 118, 17.

Ps 118, 32.

Gen 3, 19.

Mt 25, 23.

Lc 12, 35-37.

dosos y creyentes de la servidumbre para convertirlos y declararlos libres como hijos, y les había prometido que los pasaría de la maldición a la prosperidad y a la bendición. Y así pues, mientras se preparaba y se adornaba la oportunidad de aquel beneficio supremo, a estos que aspiraban a alcanzarlo, la ley les ordenó no sólo que se movieran por la fe y por la esperanza, sino que también estuvieran atentos y volcados en las acciones de la vida honesta (en la medida en que resultaba oportuno y era íntegro hacerlo), y que les dedicaran atención y esfuerzo a las razones de la piedad, no sin comprender en buena medida los bienes venideros; y de hecho aquéllos estuvieron ocupados con múltiples obligaciones y ritos, los cuales al mismo tiempo que les revelaban en cierto modo la majestad de lo que había que esperar, no permitían que estropearan sus vidas con el ocio y la indolencia; e incluso les demostraban la debilidad misma de la naturaleza humana; pues, aunque por lo demás formarían parte de esta naturaleza, sin embargo, a penas podrían mostrarse con rectitud y pureza en el cumplimiento de todo aquello con el espíritu y la verdad, de modo real, debido a su enfermedad interior, como tampoco podrían en el culto y en el misterio externo sin un gasto constante, sin un gran esfuerzo, y sin dar muestras de servilismo. Y así está escrito: *¿Quién conoce los delitos? de los míos, ocultos límpiame; y de los ajenos perdona a tu siervo. Si ellos no se hicieron señores de mí, entonces seré sin manchilla; y seré limpio de un delito grandísimo.*

Ps 18, 13-14.

CAPÍTULO III.

DEL PUEBLO ELEGIDO PARA SU REINO Y DE LA OPORTUNIDAD DE LA LEY

Hemos sabido que el trabajo de la Ley se grabó en los corazones y en las mentes de todos los hombres, y así lo hemos comprobado por los ejemplos vivientes de muchos; pero también averiguamos, leyendo las historias de las distintas épocas y naciones, y hojeando los volúmenes sagrados, que aquella ley que llamamos natural ha estado trastornada y oscurecida de muy diferentes maneras a causa de la duración temporal, y sobre todo por culpa del hombre exterior, estorbada por muchas opiniones de los gentiles y por diferentes pareceres de los ingenios, menos cultivada de lo que el asunto mismo exigía, y en algunos lugares incluso olvidada. Y ello hasta el extremo de que todo este asunto se hallaba a punto de sumirse finalmente en la mayor oscuridad, si la singular providencia de Dios, que favorece y protege al género humano, no lo hubiese solucionado promulgando leyes y estableciendo una doctrina que recogía un compendio de su voluntad, y de la Verdad y el Bien, separado de la Mentira y del Mal, y divulgándolo a todos los pueblos a partir del ejemplo de una sola nación, a la cual había creado, [212] había preparado y había instruido para apremiar y poner en marcha su propósito; a saber, la de los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, a quienes desde unos comienzos reducidos, o sea, de una única casa, y de un matrimonio estéril en

principio, los había convertido por medio de un único hijo en la mayor multitud de almas. Y así está escrito: *Oídme vosotros los que seguís la justicia, los que buscáis al Señor. Considerad la roca de que habéis sido tallados y la cantera de que habéis sido sacados. Mirad a Abraham, vuestro padre, y a Sara, que os dio a luz; porque sólo a él le llamé yo, le bendije y le multipliqué.*

Is 51, 2.

Sin embargo, había resultado que esta enorme descendencia de Abraham, que había crecido en la región de Egipto, vivía y pasaba sus días de peor manera que todos los demás pueblos, oprimida por la petulancia y soberbia de los naturales o indígenas de allí, por el poder de los señores, y por la excesiva tiranía del Rey, condenada y confiada a constantes trabajos propios de la esclavitud más dura; sin acordarse ya ni el pueblo, ni tampoco los señores, ni el Rey de Egipto de los antiguos beneficios que recibieron en otro tiempo pública y privadamente de José, un miembro del pueblo de Israel; pues así son las costumbres de los hombres, amantes de su propio interés y envidiosos del ajeno, cuanto más las de quienes llevaban más lejos, con enemistad ininterrumpida, aquellos antiguos odios y desavenencias surgidos entre los hijos de Noé. Pues los egipcios, descendientes de Cam, tuvieron por odiosos y sospechosos a los israelitas, hijos de Sem, al margen de las diferencias entre ambos pueblos de religión, culto, costumbres y lengua.

Así pues, vio Dios en esta ocasión a los israelitas tan especialmente presos del yugo de la esclavitud, que de momento quiso liberarlos y declararlos libres, y elegirlos de entre todas las naciones como el pueblo más importante y especial para él, y honrarlo con la distinción y el derecho de un reino singular, para que cuanto más conscientes fueran de que habían pasado del estamento más bajo y de una condición muy dura al dulce uso de la libertad, el derecho divino, el humano, la justicia, y su propia humanidad dotada de sentido común los forzaran a confesarse obligados con espíritu tanto más agradecido, y a entregarse con un alma tanto más deseosa de cumplir el eterno deber de la piedad, y los persuadieran para prestar atención no sólo al cumplimiento de las leyes divinas, sino también a propagarlas y extenderlas con su ejemplo por todo el mundo. Y así está escrito: *Ligera cosa es para mí que seas tú mi siervo, para restablecer las tribus de Jacob y reducir a los salvados de Israel. Yo te he puesto para luz de las gentes, para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra. Así dice el Señor, el Redentor de Israel, Su Santo.*

Is 49, 6-7.

Y la decisión y oportunidad de este propósito y beneficio suyo de liberar al pueblo de Israel, de protegerlo, honrarlo y engrandecerlo, habiéndose dignado Dios a comunicársela y a confiársela a Moisés, elegido ministro e intérprete suyo para este negocio, se la expuso del siguiente modo: *He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he oído los clamores a causa de sus capataces, pues conozco sus angustias. Y he bajado para librarle de las manos de los egipcios y subirle de esa tierra a una tierra fértil y espaciosa, una tierra que mana leche y miel, la tierra que habitan cananeos, jeteos, amorreos, fereceos, jeveos y jebuseos. El clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí, y he visto la opresión que sobre ellos hacen pesar los egipcios. Ve, pues; [213] yo te envié al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto.*

Ex 3, 7-10.

Y de hecho, Dios no se ocupaba sólo de corregir los hábitos, las aficiones y las costumbres de los hombres promulgando y ratificando públicamente

una ley, y de proporcionarle un camino recto a la vida humana; es decir, que no se ocupaba sólo de enseñarles a los hombres lo que conviene hacer para vivir con rectitud; sino también de indicarles lo que él mismo se ha encargado, desde el inicio del mundo, de hacer y cumplir para la eterna salvación de aquéllos. Y así en la redención de este pueblo, en su liberación, en guiarlo y protegerlo, y, sobre todo, en entregarle la posesión de la tierra prometida, representó Dios, y reveló entre los hombres, la imagen arcana y la representación, que se captaría con los ojos y con los sentidos, de aquel importantísimo designio de atacar y disipar la tiranía del antiguo enemigo, y de establecer y consolidar el reino de los cielos. Y ello de tal manera, que aunque fuera de hecho una representación, por su realismo y por su naturaleza era una obra importantísima, y un auténtico beneficio divino, y como una cierta garantía de la futura libertad de espíritus, siendo Dios el responsable y el redentor, quien se había ofrecido como eficaz defensor y libertador para aquel pueblo que sufría la más penosa de las esclavitudes, y que tan sólo con revelar esa única imagen había mostrado su poder, su eficacia, su sabiduría y su generosidad con el mayor anuncio y renombre, digno de adoración y de temor para todos los pueblos, tanto para los de abajo y surgidos de la tierra como para los de arriba, con muestra y cumplimiento de su juicio para con los enemigos del pueblo elegido por él, e incluso para con los que éstos tenían y honraban por dioses. Y así está escrito: *Así habla el Señor, el Dios de los hebreos: "Deja ir a mi pueblo a que me sacrifique, porque esta vez voy a desencadenar todas mis plagas contra ti, contra tus servidores y contra tu pueblo, para que sepas que no hay como yo en toda la tierra. Si yo hubiera tendido mi mano y te hubiera herido con la peste, tú y tu pueblo habríais desaparecido de la tierra; pero te he dejado con vida para que por ti brille mi poder y mi nombre sea celebrado en toda la tierra"*. Y de hecho Dios le expuso a su ministro Moisés, revelado paso por paso, cómo había decidido abordar todo el asunto, y disponerlo de acuerdo con el objetivo de la salvación universal, y por último cómo llevarlo a término: *"Yo soy el Señor que me mostré a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Todopoderoso, pero no les manifesté mi nombre de YAHVEH. No sólo hice con ellos mi alianza de darles la tierra de Canán, la tierra de sus peregrinaciones, donde habitaron como extranjeros, sino que ahora he escuchado los gemidos de los hijos de Israel, que tienen los egipcios en servidumbre, y me he acordado de mi alianza. Di, por tanto, a los hijos de Israel: Yo soy el Señor, yo os libtaré de los trabajos forzados de los egipcios, os libraré de su servidumbre y os salvaré a brazo tendido y por grandes juicios Yo os haré mi pueblo, y seré vuestro Dios, y sabréis que yo soy el Señor, vuestro Dios, que os libraré de la servidumbre egipcia, y os introducirá en la tierra que juré dar a Abraham, a Isaac y a Jacob, y os la daré en posesión. Yo, el Señor"*. Y dijo el Señor a Moisés: *"Mira, te he puesto como Dios para el faraón, y Arón, tu hermano, será tu profeta. Tú dirás todo lo que te ordene, y Arón, tu hermano, se lo dirá al faraón, para que deje salir de su tierra a los hijos de Israel. Yo endureceré el corazón del faraón, y multiplicaré mis señales y mis prodigios en la tierra de Egipto. El faraón no os escuchará, [214] y yo pondré mi mano sobre Egipto y sacaré de la tierra de Egipto a mis ejércitos, a mi pueblo, a los hijos de Israel, por grandes juicios. Y los egipcios sabrán que yo soy el Señor cuando tienda yo mi mano sobre Egipto*

Ex 9, 13-16.

Ex 6, 2-8.

Ex 7, 1-5.

y saque de en medio de ellos a los hijos de Israel". Y así mismo: "Esa noche pasaré yo por la tierra de Egipto y mataré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los animales, y castigaré a todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor".

Ex 12, 12.

Sin embargo, de todo este asunto, que habría que tratar como el más importante, y que finalmente se cumplió por obra de Dios, no sólo el resumen y su desenlace, sino su admirable sucesión y la encadenación misma de los acontecimientos les conviene observar y retener a todos los lectores de nuestro libro, para que comprendan que la prueba verdadera de aquella salvación externa aportada y entregada en otro tiempo por Dios al pueblo de Israel, e incluso un beneficio mayor, se hacen extensivos a ellos. Pues el Espíritu Santo nos enseñó que se hacen extensivos a esta última generación del mundo de modo propio y especial. *Todas estas cosas les sucedieron a ellos en figura y fueron escritas para amonestarnos a nosotros, para quienes ha llegado el fin de los tiempos.* Y hasta tal punto descubrimos que esto es cierto, que todos los escritos sagrados creemos que atienden a un único género de hombres, es decir, a cada hombre en particular, pues cada hombre es lo mismo que Adán, por cuya culpa se estableció el propósito divino de la salvación universal.

1 Cor 10, 11.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta toda una concatenación de acontecimientos de esta índole; a saber, que aquel pueblo, elegido de Dios, recibido en otro tiempo como invitado por parte de los egipcios, y habiendo merecido favores de ellos a causa de José, había llegado, sin embargo, a estar oprimido por una terrible esclavitud, y empujado por el sentimiento de sus desgracias había apelado a Dios, y habiéndolo probado benigno, misericorde, liberador y defensor, había llegado por fin a ser libre y se había convertido en modelo y ejemplo de pueblo, y había conseguido a este mismo Dios como Rey, como legislador y como juez, y además lo había conseguido como gobernador y defensor con un importante y singular beneficio, y con esta gloria y honra habían aventajado a todos los mortales que hubiera en cualquier parte de la tierra; y estaba obligado y debía por tan importante don no sólo agradecimiento y alabanza eterna, sino también el ser responsable de que otros pueblos deseen y procuren participar de este tipo de felicidad, y de que además, a partir de estos bienes terrenos y menores consideren, confíen, deseen, y con todo su empeño y esfuerzo se procuren y reclamen aquellos otros bienes celestiales y más importantes.

Así pues, una vez quebrantada aquella extraordinaria insolencia, soberbia y contumacia de los egipcios con numerosos juicios y castigos, y por último con una inundación, sumersión y destrucción junto al golfo arábigo, llamado Mar Rojo, quedando todos los israelitas a salvo y libres, reconociendo y declarando a Dios responsable de aquella importantísima salvación, la cual no se la hubieran podido prestar ninguna fuerza ni poder humanos, lo expusieron con el agradecimiento debido de un canto veraz. Y así está escrito: *Y aquel día libró el Señor a Israel de los egipcios, cuyos cadáveres vio Israel en las playas del mar. Israel vio la mano potente que mostró el Señor para con Egipto, y el pueblo temió al Señor, y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo.* [215] Puesto que la condición misma de la libertad es ajena a aquel miedo y sufrimiento de esclavos, con la cual eran atormentados mientras vivían y los apremiaban los

Ex 14, 30-31.

egipcios, después que éstos fueron cubiertos por el mar y fueron completamente aniquilados, en lo sucesivo exigía ya un nuevo modo y hábito de vida, nuevas costumbres, que deberían transformarse bajo la tutela de Dios, su bondadoso benefactor, libertador y defensor, y que deberían instaurarse de acuerdo con sus dictados, siendo Moisés su intérprete.

Ex 15, 1-2. *Entonces cantaron Moisés y los hijos de Israel al Señor este canto, diciendo:*

“Cantemos al Señor, que se ha mostrado sobre modo glorioso; Él arrojó al mar al caballo y al caballero. El Señor es mi fortaleza y el objeto de mi canto. Él fue mi salvador. Él es mi Dios, yo le alabaré; es el Dios de mi padre, yo le exaltaré”. Y todo lo demás que se celebra en aquel canto de gracias por la libertad terrena, y que está lleno de misterios relativos a la salvación prometida de las almas.

CAPÍTULO IV.

DE LA LEY MANIFIESTAMENTE PROMULGADA Y DE LA FE LIBRE DE AMBIGÜEDAD EN DIOS LEGISLADOR

Habiendo declarado Dios libre, dejando atrás la miseria de su esclavitud, a aquel pueblo descendiente de Sem, nacido de padres insignes, Abraham, Isaac y Jacob, ya constituido en este mismo lugar en el que le había mandado reunirse y establecerse un año antes, decidió organizarlo en forma de estado y de ciudad o reino, e instruirlo e informarlo de las leyes con las que convenía que fuera gobernado. Y que Él cumpliría esto se lo había hecho saber a Moisés, un año antes, como señalábamos: *Yo estaré contigo, y ésta será la señal de que soy yo quien te envía. Cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, daréis culto a Dios sobre este monte.*

Ex 3, 12.

Así pues, al entregarle las leyes y las condiciones del poder y de la vida a este pueblo redimido, liberado y ya fiel a Él, decidió Dios establecer una alianza lo antes posible, y delimitar de qué modo deberían cumplir en adelante tanto Él como el pueblo sus respectivos cometidos. Pero, para que esto, realizado siempre a través de intérprete, no pudiera suscitar a nadie la sospecha de una autoría y obra humana, demostró que su presencia, su veracidad y su voluntad no debían ser motivos de duda para nadie, que debían ser conocidas en aquel tiempo no sólo por conjeturas, sino que debían ser probadas públicamente de viva voz y con una alocución procedente de las alturas, añadiendo además indicios y prodigios de este tipo, de manera que declarasen a Dios como su responsable, y que lo representaran de forma que fuera lícito conocerlo de acuerdo con aquel estado de cosas y de hombres; es decir, no a quien los ojos humanos pudieran ver, pero sí a quien los oídos pudieran escuchar, firme y temible para los espíritus, y que inspirase miedo y respeto a las mentes; pero en cambio, para la condición de hombres que entonces había, no debía ser considerado como un padre, sino como un amo y como un rey; a saber, propicio, plácido e incluso extremadamente benefactor para los esclavos.

vos honestos y de bien; en cambio, para los malvados e ignorantes, duro y hostil; [216] quien tenga preparada, sin embargo, una suerte mejor y más importante para quienes cumplan con su deber en razón del tiempo, y quien se comunique con ellos con mayor generosidad. Pues bien, sirva esto de argumento y de compendio de aquella narración que expondremos detalladamente.

En el tercer mes después de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, en aquel día llegaron al desierto de Sinaí. Partieron de Rafidím, y llegados al desierto de Sinaí acamparon en el desierto. Israel acampó frente a la montaña. Subió Moisés a Dios, y el Señor le llamó desde lo alto de la montaña, diciendo: "Habla así a la casa de Jacob, di esto a los hijos de Israel: 'Vosotros habéis visto lo que yo he hecho a Egipto y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa'. Tales son las palabras que has de decir a los hijos de Israel". Moisés vino, y llamó a los ancianos de Israel, y les expuso todas estas palabras, como el Señor se lo había mandado. El pueblo todo entero respondió: "Nosotros haremos todo cuanto ha dicho el Señor". Moisés fue a transmitir al Señor las palabras del pueblo, y el Señor dijo a Moisés: "Yo vendré a ti en densa nube, para que vea el pueblo que yo hablo contigo y tengan siempre fe en ti". Una vez que Moisés hubo transmitido al Señor las palabras del pueblo, el Señor le dijo: "Ve al pueblo y santificalos hoy y mañana. Que laven sus vestidos y estén prestos para el día tercero, porque el tercer día bajará el Señor a la vista de todo el pueblo, sobre la montaña de Sinaí. Tú marcarás al pueblo un límite en torno, diciendo: 'Guardaos de subir vosotros a la montaña y de tocar el límite, porque quien tocare la montaña, morirá. Nadie pondrá la mano sobre él, sino que será lapidado o asaeado. Hombre o bestia, no ha de quedar con vida'. Cuando las voces, la trompeta y la nube hayan desaparecido de la montaña, podrán subir a ella". Bajó de la montaña Moisés a donde estaba el pueblo, y le santificó, y ellos lavaron sus vestidos. Después dijo al pueblo: "Aprestaos durante tres días y nadie toque mujer". Al tercer día por la mañana hubo truenos y relámpagos, y una densa nube sobre la montaña, y un muy fuerte sonido de trompetas, y el pueblo temblaba en el campamento. Moisés hizo salir de él al pueblo para ir al encuentro de Dios, y se quedaron al pie de la montaña. Todo el Sinaí humeaba, pues había descendido el Señor en medio de fuego, y subía el humo, como el humo de un horno, y todo el pueblo temblaba. El sonido de la trompeta se hacía cada vez más fuerte. Moisés hablaba, y el Señor le respondía mediante el trueno. Descendió el Señor sobre la montaña del Sinaí, sobre la cumbre de la montaña, y llamó a Moisés a la cumbre y Moisés subió a ella. El Señor dijo a Moisés: "Baja y prohíbe terminantemente al pueblo que traspase el término marcado para acercarse al Señor y ver, no vayan a perecer muchos de ellos. Que aun los sacerdotes, que son los que se acercan al Señor, se santifiquen, no los hiera el Señor". Moisés dijo al Señor: "El pueblo no podrá subir a la montaña del Sinaí, [217] pues lo has prohibido terminantemente, diciendo que señalara un límite en torno a la montaña y la santificara". El Señor le respondió: "Ve, baja y sube luego con Arón; pero que los sacerdotes y el pueblo no traspasen los términos para acercarse al Señor, no los hiera". Moisés bajó y se lo dijo al pueblo.

Ex 19, 1-25.

Sin embargo, fue conveniente que se tratara sobre aquella alianza en una reunión de lo más concurrida, tanto de hombres como de mujeres, ya que no afectaba sólo a aquel pueblo, sino también a todos los hombres del mundo entero; es decir, que contenía el compendio de los deberes de la verdadera humanidad, libre de toda opinión y juicio particular, que iba a ser propuesto y declarado a aquel pueblo, al cual Dios había elegido como maestro de todos los demás debido a la veracidad de su doctrina y a los ejemplos de sus costumbres. Y no convino que nadie fuera apartado de la reunión en medio de una concentración tan grande, para que esto que importaba a todos resultara probado o, mejor incluso, completamente examinado y confirmado para todos, y no pudiera ser refutado por ninguno de los numerosos testigos. Así pues, el ángel oído desde las alturas representaba a Dios gobernador y Rey, y el pueblo, por su parte, se representaba a sí mismo tanto a nivel público como privado. Y hasta este momento el asunto había sido tratado por medio de intermediario; esto es, a través de Moisés, quien llamado por el ángel, que representaba la persona de Dios, y enviado con propuestas ante su pueblo, regresaba de nuevo con las respuestas del pueblo, y comunicaba los acuerdos y los deseos de una y otra parte. Pues aquella propuesta de Dios le había sido confiada a su ministro Moisés: *Si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. Tales son las palabras que has de decir a los hijos de Israel.* Encargo que podemos leer que fue llevado y expuesto con la mayor fidelidad por el intermediario. *Moisés vino y llamó a los ancianos de Israel, y les expuso todas estas palabras, como el Señor se lo había mandado.* Y lo que se le había comunicado al pueblo y se había deliberado acerca de aquel mandamiento con la colaboración de los ancianos, se convirtió en una respuesta colectiva de voluntad y de obediencia.

Ex 19, 5-6.

[Ex 19, 7].

[Ex 19, 8].

Y el pueblo todo entero respondió: "Nosotros haremos todo cuanto ha dicho el Señor". Y de este modo, recibido y correspondido el buen entendimiento acerca de la alianza, el pacto y las condiciones, prometió Dios una alocución directa y manifiesta en el plazo de tres días, la cual debía ser esperada de acuerdo con el rito, con pureza y con anhelo, y con los espíritus atentos, porque esta era una costumbre antigua y legítima, observada en el nombramiento de los príncipes supremos, y, sobre todo, cuando el pueblo designó un rey, no impuesto por la fuerza y el poder, sino en virtud de una decisión tomada unánimemente por voluntad propia y sin coacción. Pues aunque Dios pudo con todo derecho mantener en la condición de esclavo a aquel pueblo, ya que lo había arrebatado de la tiranía de sus enemigos gracias a su poder; sin embargo, quiso con toda clemencia y generosidad obsequiarlo con una condición bastante más distinguida, de obediencia por supuesto, pero no la obediencia que los adjudicaría como esclavos forzados y como siervos a la cárcel y a las tareas de un amo, sino la obediencia que los hiciera actuar como a libertos que tratan de complacer a su patrón, y que además los mantuviera en las leyes y en la potestad legítima de su Rey. Lo cual ellos repitieron después en numerosas celebraciones. Y así está escrito: *El Señor, tu Dios, te ha elegido para ser el pueblo de su porción entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra. Si el Señor se ha ligado con vosotros y os ha elegido, no es por ser voso-*

Deut 7, 6-8.

tros los más en número entre todos los pueblos, [218] pues sois el más pequeño de todos. Porque el Señor os amó, y porque ha querido cumplir el juramento que hizo a vuestros padres, os ha sacado de Egipto con mano poderosa, redimiendoos de la casa de la servidumbre, de la mano del faraón, rey de Egipto.

Y Dios anunció de este modo aquella alocución pública y muy celebrada para el tercer día: *“Ve al pueblo y santifícalos hoy y mañana. Que laven sus vestidos y estén prestos para el día tercero, porque al tercer día bajará el Señor a la vista de todo el pueblo, sobre la montaña del Sinaí”. Y bajó de la montaña Moisés a donde estaba el pueblo, y le santificó; y cuando ellos habían lavado sus vestidos, les dijo: “Estad preparados para el tercer día, etc.”*

Ex 19, 10-11.

Ex 19, 14-15.

CAPÍTULO V.

FORMA DE LA ALOCUCIÓN

Dado que ninguna parte, no sólo de la vida piadosa, sino ni siquiera de la humana, debe estar libre de obligaciones, tanto si se va a desenvolver en el ámbito público como en el privado, si va a tratar con cada uno en particular como si lo va a hacer con todos los demás, y que esta razón exige una disciplina firme de todas las acciones, tanto de las relativas a la religión y al culto divino como de las relativas a las costumbres privadas y a los intereses particulares, e incluso de las concernientes a establecer con rectitud el trato social de los hombres entre sí, Dios entregó los puntos fundamentales y más importantes en diez mandamientos generales y muy evidentes aquel mismo día en que habló a todo el pueblo abiertamente, siendo el cielo y la tierra jueces y cómplices de aquella acción, y en lo sucesivo testigos para siempre. *Y habló Dios todo esto, diciendo:*

Ex 20, 1-17.

“Yo soy EL SEÑOR, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre.

I.

No tendrás otro Dios que a mí. No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay en lo alto de los cielos, ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas, y no las servirás, porque yo soy el Señor, tu Dios, un Dios celoso, que castiga en los hijos las iniquidades de los padres hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y hago misericordia hasta mil generaciones de los que me aman y guardan mis mandamientos.

II.

No tomarás en falso el nombre del Señor, tu Dios, porque no dejará el Señor sin castigo al que tome en falso su nombre.

III.

Acuérdate del día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso, consagrado al Señor, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el extranjero que esté dentro de tus puertas, pues en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y cuanto en ello se contiene, y el séptimo descansó; por eso bendijo el Señor el día del sábado y lo santificó.

IV.

- V. *Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años en la tierra que el Señor, tu Dios, te da.* [219]
- VI. VII. VIII. *No matarás. No adulterarás. No robarás.*
- IX. *No testificarás contra tu prójimo falso testimonio.*
- X. *No desearás la casa de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de cuanto le pertenece”.*

En estos diez mandamientos, y en sus razones y ventajas, fueron revelados los principios que cada hombre debe retener en su espíritu y en su memoria del derecho divino y humano, así como de todas las leyes concernientes tanto a la vida eterna como a esta otra mortal; y fueron revelados por el creador y sapientísimo gobernador de todas las cosas, incluido el género humano, por Dios verdadero y eterno; y ningún hombre fue capaz de ni siquiera imaginar nada que añadiéndolo o quitándolo a este compendio de principios pudiera cambiarlo en algo; puesto que aquella breve alocución de Dios resumió todo el derecho divino, la virtud y el derecho humano que hay que guardar, tanto a nivel privado como público, en las acciones, en los empeños y en todos los hábitos de la vida humana, y le impuso la modestia al ingenio y al juicio de los hombres, y reprendió la arrogancia de basar la vida en el capricho, en la opinión o en el juicio particular. Pues, ¿quién podría ser tan soberbio, tan audaz como para pensar que hay que añadir o quitar algo a la sabiduría y a la doctrina de Dios? Y que efectivamente aquella doctrina y enseñanza es de Dios, y no de un hombre, ni de ninguna otra naturaleza más que la celestial, lo probó y lo confirmó aquella voz misma, que era más sublime, más terrible, y más eficaz que la humana; la cual no sólo llenaba de miedo y pavor los corazones de los hombres, sino que hacía vibrar, golpeándola, la naturaleza misma de los seres inanimados, y conmoviéndolos al sonido, como de trompetas, que acompañaba a las palabras del legislador y pregonero de estas leyes, ordenaba prestar atención a aquel ruido e imagen horribles. Y así está escrito: *Pregunta a los días que te han precedido, desde aquel en que Dios creó al hombre sobre la tierra, y desde el uno al otro cabo de los cielos, si se ha visto jamás cosa tan grande ni se ha oído nada semejante. ¿Qué pueblo ha oído la voz de su Dios hablándole en medio del fuego, como la has oído tú, quedando con vida? Jamás probó Dios a venir a tomar para sí un pueblo de en medio de pueblos, a fuerza de pruebas, de señales y prodigios, de lucha, mano fuerte y brazo extendido, de tremendas hazañas, como las que hizo por vosotros en Egipto el Señor, vuestro Dios, viéndolas tú con tus mismos ojos. A ti se te hicieron ver para que conocieras que el Señor es, en verdad, Dios, y que no hay otro Dios más que él. DESDE EL CIELO te habló, para enseñarte, y sobre la tierra te ha hecho ver su gran fuego, y de en medio del fuego has oído sus palabras. Porque amó a tus padres, eligió después de ellos a su descendencia.*

Deut 4, 32-37.

Y para que nadie, en lo que respecta a los mandamientos pronunciados y oídos por todos, en los que se encerraba la esencia de lo que se debía pretender o evitar, alegara olvido de la memoria, ni trastornara el sentido y el orden de alguna parte por atrevimiento o ignorancia, o los modificara de algún modo, estos mismos capítulos de leyes que habían sido dados a conocer públicamente, grabados en dos pares de tablas de piedra – el primero, hecho y grabado antes por la mano divina; el otro, preparado por Moisés, pero grabado por el

dedo de Dios—, fueron entregados para monumento y ejemplo eterno de la verdadera y sólida doctrina, y fueron conservados primero en el arca mística, dentro de la tienda sagrada, [220] y después en un templo espléndidamente levantado en Jerusalén, para que las nociones y principios básicos de la verdadera piedad, tomados de aquel lugar, permanecieran íntegros y puros, por muchos que fueran los códices en que se copiaran. Y Moisés recordándole al pueblo que le escucha que esto fue realmente decidido, hecho y cumplido de este modo, dice: *Éstas son las palabras que el Señor dirigió a toda vuestra comunidad desde la montaña, en medio de fuego, de nube y de tinieblas, con fuerte voz, y no añadió más. Las escribió sobre dos tablas de piedra que él me dio.* Y por ello, con razón, aquel compendio de leyes siempre fue tenido por divino y celestial para los hombres de aquel tiempo, y así ha sido creído por sus descendientes hasta nuestro tiempo.

Deut 5, 22.

CAPÍTULO VI.

DE LA PARTICIÓN Y DIVISIÓN DE LAS LEYES, Y DEL EJERCICIO Y USO DE ÉSTAS

Hemos podido comprender que el hombre interior, a partir de aquel primer naufragio de su naturaleza y de aquel antiguo desastre y pérdida de numerosas virtudes y ventajas de la vida, se consagró hasta tal extremo a su parte femenina; es decir, al hombre exterior, que Dios asumió personalmente la tarea de que mediante este pacto fuese instruido de nuevo, y hasta de que se le aplazara la oportunidad de preparar la salvación universal. Y a pesar de que se pueda contemplar particularmente dentro de su espíritu un culto íntegro de Dios; y así está escrito: *Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad;* sin embargo, fue propio de la clemencia, de la bondad y de la providencia divinas tratar de ver, consultar y hacer cumplir el modo por el que pudieran ser prestados los deberes de piedad y de humanidad por parte de este hombre mortal y similar a Adán, y no exigirle nada más (aunque en un principio se debiera por derecho) de lo que fuera íntegro que diese de acuerdo con su situación presente. Y en relación con esta razón se debe explicar la siguiente instancia: *Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, que tomo lo que no puse, y que siego lo que no sembré; ¿por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al volver yo, lo hubiera recibido con los intereses?* Así pues, al hombre animal, para quien el conocimiento de las cosas espirituales es extremadamente difícil de comprender, se le recomienda ocuparse, tratar y cumplir sólo esto que compagina con el carácter, el hábito y la facultad de ambas partes; es decir, de su porción superior e inferior; de donde se desprende que muchas cosas, que si fueran cumplidas por el deber interno resultarían completamente gratas y probadas, mostradas a través de la imagen y el ejercicio de un rito externo y dotado de sentidos satisfacen de acuerdo con el uso de la condición presente, siempre que no se muestren o se considere que son áridas, desnudas y hambrientas,

Io 4, 24.

Lc 19, 22-23.

- así como carentes de misterio y de significado espiritual. Pues cualquier cosa que sea de este porte y de este costal, no sólo se entiende que resulta ociosa y superflua, sino incluso inane, y además defectuosa, odiosa y molesta. Y así
- Mal 1, 6-8. *está escrito: "A vosotros, sacerdotes, que despreciáis mi nombre. Decís: '¿En qué menospreciamos tu nombre?' Ofrecéis en mi altar pan inmundo y decís: [221] '¿en qué le hemos hecho inmundo?' En decir: 'La mesa del Señor es despreciable'. Y ofrecer en sacrificio lo ciego, ¿no es malo?; y ofrecer lo cojo o lo enfermo, ¿no es malo? Anda, haz presente de ello a tu gobernador, a ver si se complace en él y le será grato, dice el Señor de los ejércitos". Y un poco más adelante:*
- Mal 1, 12-14. *"Vosotros profanastéis mi nombre, diciendo: 'La mesa del Señor es inmunda, y despreciables sus alimentos'. Y aun decís: '¡Oh qué fastidio!'; y lo despreciastéis, dice el Señor de los ejércitos, y ofrecistéis lo robado, lo cojo, lo enfermo; lo presentastéis como ofrenda. ¿Voy a complacerme yo aceptándolo de vuestras manos? ¡Maldito el fraudulento, que teniendo en el rebaño machos y habiendo hecho un voto, sacrifica a Dios lo estropeado! Porque yo soy Rey grande, dice el Señor de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las gentes". Y puesto que el hombre, bastante débil a causa de la carne, no es capaz de ofrecer durante mucho tiempo con pureza, con exactitud y con perfección el culto interno, que es el que le corresponde propiamente a Dios, se le exige y se le pide como puede ofrecerlo en realidad, de tal forma que muestre el externo con integridad y candidez, y, mientras lo muestra, comprenda que se debe sobre todo al interno, y que esto lo haga de todo corazón, para que piense en el otro, según la inclinación de su espíritu, y desee vivamente cumplirlo, y cuando se dé cuenta de que no es capaz, implore la ayuda y la bondad divinas, y confíe y tenga esperanzas en que va a ser sostenido, ayudado y sacado adelante por éstas. Y así está escrito:*
- Ps 50, 18-21. *Porque no es sacrificio lo que tú quieres; si te ofreciera un holocausto, no lo aceptarías. Mi sacrificio, ¡oh Dios!, es un espíritu contrito. Un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no lo desprecies. Sé benévolo en tu complacencia hacia Sión y edifica los muros de Jerusalén. Entonces te agradarás de los sacrificios legales, de los holocaustos y oblacones; entonces ofrecerán becerros sobre tu altar. Y así mismo:*
- Ps 18, 13-14. *De los míos ocultos límpiame; y de los ajenos perdona a tu siervo. Si ellos no se hicieron señores de mí, entonces seré sin mancha; y seré limpio de un delito grandísimo. Entonces te serán agradables las palabras de mi boca, y la meditación de mi corazón será siempre en tu presencia, ¡lo que espero que haga! el Señor, mi ayudador, mi redentor.*

Así pues, el hombre mortal, este, ciertamente, cuya acción y conversación todavía no está en los cielos, y cuya mente todavía no ha sido cambiada por la divinidad, sino que mientras es llevado del conocimiento de lo que percibe por los sentidos al conocimiento de lo que está más allá, y que afecta al espíritu, se instruye y se forma con estas cosas y estas imágenes, y con estas acciones se entretiene y se ocupa, las cuales pueden formarse gracias a la facultad y al esfuerzo de su parte externa; y éstas, transmitidas para aviso y estímulo de la parte interna, no estorban el deseo de auténtica piedad, sino que lo estimulan aún más, y avivan aquel anhelo de cambio y de engrandecimiento prometido por Dios, y que ha de llegar a su debido tiempo.

Y de hecho, mientras el hombre vive su vida animal, es decir, su propia vida, no puede estar completamente ocioso (pues la vida, cualquiera que sea,

siempre está ocupada por uno u otro movimiento y acción), por lo cual es necesario que tenga algo entre manos, que haga algo, que medite algo, ya sea bueno o malo. Y así, este a cuya vida da sentido la fe en la salvación propia, que debe buscar y esperar de Dios, [222] conviene que la mantenga, la muestre, y hasta la pruebe ocupada por determinadas acciones, ejercicios y empeños. Y así está escrito: *“¿Qué le aprovecha, hermanos míos, a uno decir: ‘Yo tengo fe’, si no tiene obras? ¿Podrá salvarle la fe? Si el hermano o la hermana están desnudos y carecen de alimento cotidiano, y alguno de vosotros les dijere: ‘Id en paz, que podáis calentaros y hartaros’, pero no les diereis con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué provecho les vendría? Así también la fe, si no tiene obras, es de suyo muerta. Mas dirá alguno: ‘Tú tienes fe y yo tengo obras’. Muéstrame sin las obras tu fe, que yo por mis obras te mostraré la fe”*.

Iac 2, 14-18.

De esta condición más débil, es decir, de la condición humana, su razón, facultad, eficacia y toda su capacidad se reparte en dos sentidos. Pues el hombre o bien hace estas cosas que recaen en él, y en él también se acaban, y le ayudan o le dañan, y son al mismo tiempo ventajosas y perjudiciales en parte para el cuerpo y en parte para el espíritu, como pueden ser moverse, descansar, alimentarse, pasar hambre, despojarse, vestirse, pensar, velar, dormir, estar libre de preocupaciones, así como cualquier acción de este tipo de las que afectan a ambas partes; o por el contrario, estas cosas que el hombre tiene entre manos, hace y aporta, recaen en otro ajeno a él. Y éstas, a su vez, suelen dividirse en tres grandes grupos, de los cuales el que otorga la mayor dignidad, es decir, la más importante, es el de las cosas que establecen y exigen el deber hacia Dios; y después les siguen las que atienden a mantener las relaciones y el trato con los demás hombres. Y en último lugar están todas las demás que hay en el cielo y bajo el cielo diferenciadas por los distintos tipos de naturaleza, cuyo uso alcanza al hombre mismo, por cuya causa fueron creadas todas. Y aunque todo este concepto pueda designarse en latín con el término genérico de *pietas*; sin embargo, nos parece más apropiado diferenciar a cada una con su nombre a la hora de referirnos a ellas y conocerlas; y así solemos llamar a la primera parte, que es la más importante, Piedad, a la segunda, Deber, y a la tercera, Uso o Empleo. De manera que entendamos por Piedad esto que conviene y es apropiado que el hombre haga hacia Dios y hacia las cosas espirituales, por Deber lo que haga hacia los hombres, y por Uso el que tome de las demás cosas.

PIEDAD.

DEBER. USO.

CAPÍTULO VII.

DE LAS CLASES DE OBLIGACIONES O ACCIONES

RECOGIDAS EN LA LEY DIVINA

Todas las acciones y hechos del hombre fiel y piadoso, preocupado de su salvación, la ley divina los ha incluido en estas tres clases que mencionábamos, la Piedad, el Deber y el Uso. Pues lo que se refiere propiamente al temor y al culto hacia la divinidad, lo transmitió en aquellos mandamientos: *Oye,*

Deut 6, 4-5.

[Deut 5, 7-9]. *Israel: "El Señor es tu Dios, tu único Dios. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder. No tendrás más Dios que a mí. No te harás imagen de escultura, ni figura alguna de cuanto hay arriba, en los cielos, ni abajo, sobre la tierra, [223] ni de cuanto hay en las aguas abajo de la tierra. No las adorarás ni les darás culto. No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso. Guarda el sábado, para santificarlo, como te lo ha mandado el Señor, tu Dios. Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo es sábado, es decir, el descanso del Señor, tu Dios. No harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguna de tus bestias".*

[Deut 5, 11].
[Deut 5, 12-14]. Y las acciones y empeños que se refieren al Deber, están encerradas en los siguientes principios: *Honra a tu padre y a tu madre. No matarás. No adulterarás. No robarás. No dirás falso testimonio contra tu prójimo.*

[Deut 5, 16-20]. Y por último, lo relativo al Uso, de entre todas estas cosas que fueron establecidas por causa del hombre, se recoge en la celebración del sábado y en estos últimos mandamientos: *No desearás la mujer de tu prójimo, ni desearás su casa, ni su campo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de cuanto a tu prójimo pertenece.*

[Deut 5, 21]. Todo lo relativo a la pureza y a las costumbres particulares del espíritu humano, así como a las acciones privadas de cada cual, los traductores latinos lo llamaron *praecepta*; lo referente al respeto y al culto de Dios, podemos ver escrito que lo llamaron *caerimoniae*; y en cambio, lo que se desarrolla en la vida diaria, en la relación con los demás y en el trato mutuo, que en latín puede decirse *officia*, los traductores lo llamaron *iudicia*. Todos estos tipos, surgidos de aquellos diez principios y fuentes básicos, se ramifican en numerosas acciones, y se diferencian bien por la materia y por la naturaleza de los asuntos, o bien por las razones de las personas, de los tiempos y de los modos. Y dado que aquella ley divina, tanto la que se escuchó desde el cielo como la que fue recogida en tablas, había proclamado resumidamente todos estos tipos, y que interesaba desarrollarlos pormenorizadamente, para evitar que la audacia y la sabiduría humanas, así como la habilidad particular pudieran cambiar algo añadiendo o quitando en contra del derecho divino y humano, y en contra de la decisión de Dios, le fue dictado por la divinidad a su profeta e intérprete, Moisés, a instancias del pueblo, lo que debía desarrollar, con sus formas particulares, para que cada una fuera adscrita a su clase. Lo cual, éste lo declaró y lo confirmó en una asamblea y declaración públicas: *"Cuando oísteis su voz de en medio de las tinieblas estando la montaña toda en fuego, os acercasteis luego a mí todos los jefes de tribu y todos los ancianos, y me dijisteis: 'El Señor, nuestro Dios, nos ha hecho ver su gloria y su grandeza y oír su voz en medio del fuego; hoy hemos visto a Dios hablar al hombre y quedar éste con vida. ¿Por qué, pues, morir devorados por ese gran fuego si seguimos oyendo la voz del Señor, nuestro Dios? Porque, de toda carne, ¿quién como nosotros ha oído la voz del Dios vivo, hablando de en medio del fuego, y ha quedado con vida? Acércate tú y oye lo que te diga el Señor, nuestro Dios, y transmítenos a nosotros cuanto el Señor, nuestro Dios, te diga, y nosotros lo escucharemos y lo haremos'. El Señor escuchó vuestras palabras, cuando me hablabais, y me dijo: 'He oído las palabras que el pueblo te ha dirigido; está*

Deut 5, 23-33.

bien lo que dicen. ¡Oh, si tuvieran siempre ese mismo corazón y siempre me temieran y guardaran mis mandamientos, para ser por siempre felices, ellos y sus hijos! Ve y diles: Volveos a vuestras tiendas. Pero tú quédate aquí conmigo, y yo te diré todas las leyes, [224] mandamientos y preceptos que tú les has de enseñar, para que los pongan por obra en la tierra que yo les voy a dar en posesión'. Poned, pues, mucho cuidado en hacer cuanto el Señor, vuestro Dios, os manda; no declinéis ni a la derecha ni a la izquierda; seguid en todos los caminos que el Señor, vuestro Dios, os prescribe, para que viváis y seáis dichosos y duréis largos años en la tierra que vais a poseer".

Y efectivamente el corpus de toda aquella doctrina que fue revelada resumidamente por Dios, y que fue dictada pormenorizadamente a Moisés para que la explicara y la desarrollara, formado por tres partes fundamentales (como dijimos), se puede observar arreglado y compuesto por numerosos mandamientos y preceptos; es decir, por seiscientos trece, que fueron distribuidos uno a uno en diferentes lugares a lo largo del volumen de testimonios descritos por Moisés. Y aunque se pueden consultar allí, sin embargo, nos parece que si les pasamos revista, enumerándolos en una lista breve, les prestaremos a nuestros lectores un favor en nada despreciable, en tanto que por su sentido y utilidad son considerados muy dignos de ser conocidos, ya que proceden de la fuente de la sabiduría divina y muestran las imágenes de lo que hay que buscar y de lo que hay que huir, de modo que sólo con su contemplación instruyen al espíritu, y cuando se emprende su acción y ejercicio (en la medida que es lícito) lo corrigen y lo adornan, y le infunden el deseo de una condición mejor, y mueven a las mentes y las comunican entre sí para exigirla. Así pues, cuantos estudiaron esto con rectitud y pureza comprendían que es grande la utilidad de esta disciplina. *Todos tus mandamientos son verdad. No me olvidaré jamás de tus preceptos, pues con ellos me has dado la vida. ¿Cómo mantendrá el joven la limpieza de su camino? Guardando tu palabra. Tus mandamientos me hacen más sabio que a mis enemigos, porque siempre están conmigo. Me hacen más prudente que cuantos me enseñan, pues tus testimonios constituyen mi meditación. Soy más entendido que los ancianos, porque guardo tus preceptos. Retraje mis pies de todo mal camino para guardar tu palabra. Son mi heredad para siempre tus testimonios, pues constituyen el gozo de mi corazón. Inclino mi corazón a cumplir tus estatutos por siempre jamás.*

También aquella otra razón para enumerar los mandamientos se considera digna; a saber, que pueda conocerse y comprenderse de un modo más claro qué duro es el yugo impuesto y qué grave peso tienen que soportar estos que a causa de la religión y del orden establecido son retenidos para ocuparse del estudio y del cuidado de la enseñanza de la ley, con tantos preceptos, mandamientos y órdenes que cumplir, tantos ritos que observar escrupulosamente, tantos deberes que satisfacer; de manera que, pendientes de un esfuerzo constante, son oprimidos también por el temor perpetuo de la ofensa y de la maldición pronunciada sin excepción, no sólo contra todos los que hayan abandonado, sino incluso contra alguien que se haya descuidado lo más mínimo. Pues, aunque todo aquello que había sido prescrito, ordenado y dictado atendía al trabajo externo, y cada detalle en particular se consideraba que

Ps 118, 86.

Ps 118, 93.

Ps 118, 9.

Ps 118, 98-101.

Ps 118, 111-112.

podía ser cuidado y cumplido; sin embargo, a fin de que no fuera censurado absolutamente nada de mentira, nada de maldad, nada de vicio en los corazones de sus cultivadores, a ninguno de ellos leemos que le haya correspondido comprometerse completamente con el estado de cosas y de situaciones, a ninguno declarar y defender mientras el reino del pecado esté vigente en el mundo. Y en este sentido apunta aquello que enseñó san Pablo, el autor de la Epístola a los hebreos: [225] *Y todo sacerdote asiste cada día para ejercer su ministerio y ofrecer muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados. Y de nuevo: Pues como la Ley sólo es la sombra de los bienes futuros, no la verdadera realidad de las cosas, en ninguna manera puede con los sacrificios que cada año sin cesar le ofrecen, siempre los mismos, perfeccionar a quienes los ofrecen. De otro modo cesarían de ofrecerlos, por no tener conciencia ninguna de pecado los adoradores una vez ya purificados. Pero en esos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados, por ser imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos borre los pecados.* Y el apóstol san Pedro dice que *el yugo de la ley no fuimos capaces de soportarlo ni nuestros padres, ni nosotros tampoco.*

Hebr 10, 11.

Hebr 10, 1-4.

Act 15, 10.

Sin embargo, como toda la enseñanza de la vida se puede resumir en dos capítulos, uno el de las cosas que conviene hacer, y otro el de las que conviene evitar, y esto es tenido en cuenta en todo tipo de acciones, sucede que la ley, a la que llamamos sabiduría del mandato y de la prohibición, ordenando unas cosas y vetando otras, se reparte en Mandatos y Prohibiciones; términos cuya razón de ser se debe a un uso más apropiado del estilo y del discurso. Y así toda esta doctrina es transmitida con estas dos formas contrapuestas. Y así está escrito: *Apártate del mal y haz el bien, y habitarás por siempre.* Y sólo añadiremos, acompañando a la lista de mandamientos, la introducción que consideramos que sería suficiente para este propósito, sin más comentario ni debate. Pues esto daría tema para una obra más extensa y para un trabajo de mayores dimensiones. Sin embargo, nos alegraríamos en compañía del lector con ir señalando los pasajes de los que están sacados los mandamientos.

Ps 36, 27.

CAPÍTULO VIII.

ENUMERACIÓN Y CATÁLOGO DE LAS ÓRDENES O MANDAMIENTOS

I. CREERÁS EN DIOS TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA.

Deut 5, 6.

Procede de *Yo soy el Señor, tu Dios, que te he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre.*

II. CREERÁS EN UN SOLO DIOS.

Deut 6, 4.

Oye, Israel: *"El Señor es nuestro Dios, nuestro único Dios"*.

III. AMARÁS A DIOS.

Deut 6, 5. Lev 19 y 25.

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder.

IV. TEMERÁS A DIOS.

Temerás al Señor, tu Dios.

Deut 6, 13.

V. HONRARÁS A DIOS.

Servirás al Señor, vuestro Dios. Y ahora, pues, Israel, ¿qué es lo que de ti exige el Señor, tu Dios, sino que temas al Señor, tu Dios, siguiendo por todos sus caminos, amando y sirviendo al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma?

Ex 23, 25.
Deut 10, 12.

VI. SEGUIRÁS A DIOS.

Temerás al Señor, y le servirás y te adherirás a Él. [226]

Deut 10, 20.

VII. JURARÁS POR EL NOMBRE DE DIOS.

Te adherirás a Él y jurarás por su nombre.

Deut 10, 20.

VIII. IMITARÁS A DIOS.

Tras el Señor, vuestro Dios, habéis de ir. Y, Si guardas los mandamientos del Señor, y andas por sus caminos.

Deut 13, 4.
Deut 28, 9.

IX. SANTIFICARÁS EL NOMBRE DE DIOS.

Sea yo santificado en medio de los hijos de Israel. Yo seré santificado en aquellos que se me acercan y glorificado ante el pueblo todo.

Lev 22, 32.
Lev 10, 3.

X. APRENDERÁS LOS MANDATOS DE DIOS Y LOS PRONUNCIARÁS.

Poned, pues, en vuestro corazón y en vuestra alma las palabras que yo os digo; atadlas por recuerdo a vuestras manos y ponedlas como frontal entre vuestros ojos; enseñádselas a vuestros hijos para que las mediten.

Deut 11, 18-19.

XI. ENSEÑARÁS LOS MANDAMIENTOS DE DIOS.

Y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo te doy. Incúlcase los a tus hijos.

Deut 6, 6-7.

XII. LOS MANDAMIENTOS DE DIOS ESTARÁN EN UN LUGAR DE RECUERDO.

Póntelos en la frente, entre los ojos. Y, Poned, pues, en vuestro corazón y en vuestra alma las palabras que yo os digo; atadlas por recuerdo a vuestras manos y ponedlas como frontal entre vuestros ojos.

Deut 6, 8.
Deut 11, 18.

XIII. TENDRÁS A MANO LOS MANDAMIENTOS DE DIOS.

Y te los atarás a tus manos, para que te sirvan de señal.

Deut 6, 8.

XIV. LLEVARÁS LOS MANDAMIENTOS DE DIOS COMO ADORNO.

Habla a los hijos de Israel y diles que de generación en generación se hagan flecos en los bordes de sus mantos y aten los flecos de cada borde con un cordón de color de jacinto, a fin de que les sirva, cuando lo vean, para acordarse de todos los mandamientos del Señor; para que los pongan por obra sin irse detrás de los deseos de su corazón y de sus ojos, a los que se prostituyen; porque así acordándoos de mis preceptos y poniéndolos por obra, seréis santos a vuestro Dios. Yo, el Señor, vuestro Dios, que os ha sacado de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios.

Num 15, 38-41.

XV. MEDITARÁS LOS MANDAMIENTOS DE DIOS EN CASA.

Escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas.

Deut 6, 9.

XVI. LOS MANDAMIENTOS DE DIOS SERÁN EXPUESTOS DE FORMA SOLEMNE Y PÚBLICA A TODO EL PUEBLO.

Cuando venga todo Israel a presentarse ante el Señor, tu Dios, en el lugar que Él elija, leerás esta Ley ante todo Israel, a sus oídos. Reunirás al pueblo, hombres, mujeres y niños, y a todos los peregrinos que se ballen en tus ciudades, para que la oigan y aprendan a temer al Señor, vuestro Dios, y estén siem-

Deut 31, 11-13.

pre atentos a cumplir todas las palabras de esta Ley. Especialmente vuestros hijos, que nada saben de ella, habrán de oírlos para aprender a temer al Señor, vuestro Dios, todo el tiempo que viváis sobre la tierra a la cual os dirigís, en pasando el Jordán, para apoderaros de ella.

XVII. EL REY COPIARÁ LA LEY DIVINA EN UN LIBRO PARA SU USO, LO GUARDARÁ CONSIGO Y LO RELEERÁ A MENUDO.

Deut 17, 18-19. *En cuanto [el rey] se sienta en el trono de su realeza, escribirá para sí en un libro una copia de esta Ley, que se halla en poder de los sacerdotes levíticos. [227] La tendrá consigo y la leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor, su Dios, y a guardar todas las palabras de esta Ley y todos estos mandatos.*

XVIII. QUE CADA CUAL COPIE LA LEY PARA SÍ MISMO.

Deut 31, 19. *Escribid, pues, este cántico; enseñádselo a los hijos de Israel, para que lo retengan en la memoria y lo canten.*

XIX. CUANDO ESTÉS INACTIVO, ALABARÁS A DIOS.

Deut 6, 11. *Cuando hayas comido y te hayas hartado, bendecirás al Señor, tu Dios.*

XX. LE DEDICARÁS UN TEMPLO A DIOS.

Ex 25, 8. *Me construirán un santuario, y habitaré entre ellos.*

XXI. EL TEMPLO DE DIOS SERÁ SACROSANTO.

Lev 19, 30, *Reverenciad mi santuario. Respetad mi santuario.*

Lev 26, 2.

XXII. OBSERVARÁS Y HONRARÁS SIEMPRE EL TEMPLO DE DIOS.

Num 3, 6-8.

Llama a la tribu de Leví, que se acerque a Arón, el sacerdote, y se ponga a su servicio. Ellos se encargarán de todo cuanto sea necesario para él y para toda la asamblea ante el tabernáculo de reunión, haciendo así el servicio del tabernáculo. Tendrán a su cargo todos los utensilios del tabernáculo de reunión y cuanto necesiten los hijos de Israel en el servicio del tabernáculo. Y dijo el Señor a Arón: "Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, llevaréis sobre vosotros la iniquidad del santuario; tú y tus hijos serviréis en el tabernáculo de la reunión. Tendréis el cuidado del santuario y del altar, para que no se desfogue ya más la ira contra los hijos de Israel".

Num 18, 1-2.

Num 18, 5.

XXIII. LOS LEVITAS SERÁN LOS ENCARGADOS DEL SERVICIO DEL TEMPLO.

Num 18, 23. *Serán los levitas los que harán el servicio del tabernáculo de la reunión, y ellos los que sobre sí llevarán su iniquidad por ley perpetua entre vuestros descendientes. Y ministrarán en nombre del Señor, su Dios, como todos sus hermanos los levitas que allí estén delante del Señor.*

Deut 18, 7.

XXIV. EL SACERDOTE SERVIRÁ CON PUREZA.

Ex 30, 18-21.

Con este agua se lavarán Arón y sus hijos las manos y los pies, para que no mueran, cuando entren en el tabernáculo de la reunión, cuando se acerquen al altar para el ministerio, para quemar un sacrificio al Señor. Ésta será ley perpetua para ellos, para Arón y su descendencia de generación en generación.

XXV. LOS SACERDOTES CUIDARÁN ETERNAMENTE DEL FUEGO SAGRADO.

Ex 27, 21.

Lev 24, 3-4.

Arón y sus hijos lo prepararán para que arda de la noche a la mañana en presencia del Señor. Es ley perpetua para los hijos de Israel de generación en generación. Y así mismo, Arón las preparará para que ardan continuamente, de la tarde a la mañana, en presencia del Señor. Es ley perpetua para vuestros descendientes. Dispondrá siempre de lámparas en el candelabro de oro puro, para que ardan continuamente delante del Señor.

XXVI. LOS SACERDOTES ROGARÁN POR EL PUEBLO.

Habla a Arón y a sus hijos, diciendo: "De este modo habréis de bendecir a los hijos de Israel". Num 6, 23.

XXVII. LA MESA DE DIOS ESTARÁ SIEMPRE PROVISTA DE PAN.

Tendrás sobre esa mesa perpetuamente ante mí los panes de la proposición. Ex 25, 30.

XXVIII. EL ARA DE DIOS SERÁ PERFUMADA DOS VECES TODOS LOS DÍAS.

Arón quemará en él el incienso; lo quemará todas las mañanas, al preparar las lámparas, y entre dos luces, cuando las ponga en el candelabro. Así se quemará el incienso ante el Señor perpetuamente entre vuestros descendientes. Ex 30, 7-8.
[228]

XXIX. ALIMENTARÁS A DIARIO EL FUEGO EN EL ALTAR.

El fuego arderá siempre en el altar, sin apagarse; el sacerdote le alimentará con leña todas las mañanas. Lev 6, 12.

XXX. SE LIMPIARÁ LA CENIZA DEL ALTAR TODOS LOS DÍAS.

El sacerdote, revestido de la túnica de lino y puestos sobre su carne los calzados de lino, quitará la ceniza que deje el fuego que consumió el holocausto, y poniéndola al lado del altar, se quitará esas vestiduras. Lev 6, 10-11.

XXXI. APARTARÁS DE LA COMUNIÓN A LOS IMPUROS.

Manda a los hijos de Israel que hagan salir del campamento a todo leproso, a todo el que padece flujo y a todo inmundo por un cadáver. Hombres o mujeres, todos los haréis salir del campamento para que no contaminen el campamento en que habitan. Num 5, 2-3.

XXXII. CONSIDERARÁS SANTO AL SACERDOTE.

Porque el sacerdote está consagrado a su Dios por santo le tendrás, pues él ofrece el pan de tu Dios, y será santo para ti, porque santo soy yo que os santifico. Lev 21, 7-8.

XXXIII. EL SACERDOTE OFICIARÁ CON EL SANTO ORNATO.

Con el jacinto, la púrpura y el carmesí se hicieron también las vestiduras sagradas para el ministerio del santuario; las vestiduras sagradas de Arón, como lo había mandado el Señor a Moisés. Ex 39, 1.

XXXIV. LOS SACERDOTES TRANSPORTARÁN LA CESTA MÍSTICA A HOMBROS.

Pero no dio a los hijos de Caat carros ni bueyes, porque el servicio suyo de las cosas santas habían de hacerlo llevándolas sobre sus hombros. Y, Los hijos de los levitas llevaban el arca de Dios en hombros, con sus barras, como lo había ordenado Moisés, según el mandato del Señor. Num 7, 9.
1 Par. 15, 15.

XXXV. EL SUMO SACERDOTE SE UNGIRÁ CON EL ACEITE SAGRADO.

El sumo sacerdote, superior entre sus hermanos sobre cuya cabeza se derramó el óleo de unción, a quien se le llenó la mano para vestirse las vestiduras sagradas. Lev 21, 10.

XXXVI. HABRÁ ALTERNANCIA DE SACERDOTES.

Si un levita sale de alguna de tus ciudades de todo Israel, donde peregrinó, para venir con todo el deseo de su alma al lugar que el Señor elija, ministrará en nombre del Señor, su Dios, como todos sus hermanos los levitas que allí estén delante del Señor, y comerá una porción igual a la de los otros, además de sus patrimonios. Deut 18, 6-8.

XXXVII. EL SACERDOTE GUARDARÁ LUTO POR LOS PARIENTES PERDIDOS.

Que no se contamine ningún sacerdote por un muerto de los de su pueblo, Lev 21, 3.

a no ser por un próximo consanguíneo, por su madre, por su padre, por su hijo, por su hija, por su hermano, por su hermana virgen.

XXXVIII. EL SUMO SACERDOTE TOMARÁ POR ESPOSA UNA VIRGEN.

Lev 21, 13. *Tomará virgen por mujer.*

IXL. SACRIFICARÁS TODOS LOS DÍAS DOS CORDEROS.

Ex 29, 38-39. *He aquí lo que sobre el altar ofrecerás: dos corderos primales cada día perpetuamente, uno por la mañana, el otro entre dos luces.*

Num 28, 3.

XL. EL SUMO SACERDOTE OFRECERÁ UNA OFRENDA DOS VECES TODOS LOS DÍAS.

Lev 6, 14-15. *Esta es la ley de la ofrenda: La ofrecerán los hijos de Arón delante del Señor ante el altar. Y tomará de ella un puñado de la flor de harina de la ofrenda, y de su aceite, y todo el incienso que está sobre la ofrenda, y lo hará arder sobre el altar por memorial en olor grato al Señor. [229]*

XLI. EL SÁBADO SE SACRIFICARÁN OTROS DOS CORDEROS MÁS.

Num 28, 9-10. *El día del sábado, dos corderos primales sin defecto, y como oblación, dos décimas de flor de harina amasada con aceite, y su libación. Éste es el holocausto del sábado, para cada sábado, a más del holocausto perpetuo y su libación.*

XLII. A COMIENZO DE CADA MES SE OFRECERÁ UN SACRIFICIO FESTIVO.

Num 28, 11-13. *Al comienzo de vuestros meses ofreceréis como holocausto al Señor dos novillos, un carnero y siete corderos primales, sin defecto; y como oblación por cada novillo, tres décimas de flor de harina amasada con aceite; y una décima de flor de harina amasada con aceite, en ofrenda que se ofrecerá con cada cordero; holocausto de olor grato encendido al Señor.*

XLIII. CELEBRARÁS LOS SIETE DÍAS DE LA FESTIVIDAD DE LA PASCUA CON UN SACRIFICIO SOLEMNE EXTRAORDINARIO.

Num 28, 19-24. *Ofreeceréis en sacrificio de combustión un holocausto al Señor, de dos novillos, un carnero y siete corderos primales, sin defecto; y como oblación, flor de harina amasada con aceite, tres décimas por novillo, dos por carnero y una por cada uno de los siete corderos. Ofreeceréis también un macho cabrío en sacrificio por el pecado, para expiaros; y lo ofreceréis a más del holocausto de la mañana, el holocausto perpetuo. Ofreeceréis estos sacrificios cada día durante siete días; es el alimento consumido por el fuego, de olor agradable al Señor.*

XLIV. EL PRIMER MES OFRECERÁS LAS ESPIGAS DE CEBADA.

Lev 23, 10-11. *Llevaréis al sacerdote una gavilla de espigas, primicias de vuestra recolección; y él agitará la gavilla ante el Señor, para que os sea propicio, el día siguiente al sábado, y la santificará.*

XLV. SACRIFICARÁS UN CORDERO PURO ESE MISMO DÍA SOLEMNE.

Lev 23, 12-13. *Y el día en que ofrezcáis la gavilla, sacrificaréis en holocausto al Señor un cordero primal sin defecto; acompañaréis la oblación de dos décimas de flor de harina, como ofrenda de combustión de olor suave al Señor, la libación será de vino, un cuarto de him.*

XLVI. EN LA FESTIVIDAD DE PENTECOSTÉS LLEVARÁS DOS PANES NUEVOS.

Lev 23, 15-17. *A partir del día siguiente al sábado, del día en que traigáis la gavilla de espigas, contaréis siete semanas completas. Contados así cincuenta días hasta el día siguiente del séptimo sábado, ofreceréis al Señor una nueva oblación. Llevaréis de vuestra casa, para agitarlos, dos panes hechos con dos décimas de flor de harina y cocidos con levadura. Son las primicias del Señor.*

XLVII. CELEBRARÁS EL COMIENZO DEL SÉPTIMO MES CON UN SACRIFICIO SOLEMNE.

El séptimo mes, el día primero del mes tendréis fiesta solemne, anunciada a son de trompetas, asamblea santa. No haréis en él ningún trabajo servil y ofreceréis al Señor sacrificios de combustión.

Lev 23, 24-25.

XLVIII. EL DÍA DÉCIMO DEL SÉPTIMO MES CELEBRARÁS UN SACRIFICIO SOLEMNE.

El día décimo del séptimo mes es el día de la expiación; tendréis asamblea santa, os mortificaréis y ofreceréis al Señor sacrificios de combustión. [230]

Lev 23, 27.

XLIX. CELEBRARÁS LA FIESTA DE LA EXPIACIÓN DE ACUERDO CON EL RITO.

Tomará un novillo para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto. Se revestirá de la túnica santa de lino y se pondrá sobre sus carnes el calzón de lino; y todo lo demás que está dispuesto en aquel capítulo.

Lev 16, 3-4.

L. SEGUIRÁS LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS CON UN SACRIFICIO SOLEMNE.

El día quince de este séptimo mes es la fiesta de los tabernáculos, durante siete días, en honor del Señor. El día primero, asamblea santa; no haréis en él ningún trabajo servil, y durante siete días ofreceréis al Señor sacrificios de combustión.

Lev 23, 34-36.

LI. EL OCTAVO DÍA DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS LO SEGUIRÁS CON UN SACRIFICIO ESPECIAL.

El día octavo, asamblea santa, y ofreceréis al Señor sacrificios de combustión.

Lev 23, 36.

LII. TODO VARÓN SE DIRIGIRÁ TRES VECES AL AÑO AL TEMPLO DE DIOS.

Tres veces al año, todo varón de entre vosotros se presentará delante del Señor, tu Dios, en el lugar que Él baya elegido; en la festividad de los ácidos, en la de las semanas y en la de los tabernáculos.

Deut 16, 16.

LIII. TRES VECES POR AÑO SE MOSTRARÁ TODO VARÓN EN EL TEMPLO.

Tres veces por año se presentará.

Deut 16, 16.

LIV. CELEBRARÁS ALEGRE EL DÍA DE FIESTA.

Te regocijarás en esta fiesta tú, tu hijo, tu hija, tu siervo y tu sierva, así como el levita, el extranjero, el huérfano y la viuda que habitan en tu ciudad.

Deut 16, 14.

LV. EL HOMBRE Y LA MUJER CELEBRARÁN LA PASCUA CONFORME AL RITO, Y SI SE OLVIDARE SERÁ CASTIGADO.

Que celebren los hijos de Israel la Pascua a su tiempo. El día catorce de este mes, entre dos luces, la celebraréis conforme a todas las leyes y a todos los ritos que a ella se refieren. Si alguno, estando limpio y no estando de viaje, dejare de celebrarla, éste será borrado de su pueblo.

Num 9, 2-3.

Num 9, 13.

LVI. LA CARNE DE PASCUA SE COMERÁ CON PAN ÁCIMO Y CON LECHUGAS AMARGAS.

En el segundo mes, el día catorce, entre dos luces, la celebrarán. La comerán con pan ácimo y lechugas amargas.

Num 9, 11.

LVII. EL HOMBRE QUE ESTÉ IMPURO EL PRIMER MES, O EL QUE SE HALLE FUERA, QUE CELEBRE LA PASCUA EN EL SEGUNDO MES.

Si alguno de vosotros o de vuestros descendientes está impuro por un cadáver, o está en viaje lejos, celebrará la Pascua del Señor en el segundo mes.

Num 9, 10.

LVIII. COMERÁ LA PASCUA EL SEGUNDO MES CON PANES ÁCIMOS Y CON LECHUGAS AMARGAS.

Num 9, 11. *La comerán con pan ácimo y lechugas amargas.*

LIX. LOS DÍAS DE FIESTA SONARÁN LAS TROMPETAS.

Num 10, 10. *En vuestros días de alegría, en vuestras solemnidades y en las fiestas del comienzo de mes tocaréis las trompetas; y vuestros holocaustos y vuestros sacrificios pacíficos serán para vosotros un recuerdo cerca de vuestro Dios. Yo, el Señor, vuestro Dios.*

LX. TODA VÍCTIMA TENDRÁ UN MÍNIMO DE OCHO DÍAS.

Lev 22, 27.
Cf. Ex 22, 29. *Al nacer un becerro, un cordero o un cabrito, quedarán siete días a la ubre de la madre; a partir del octavo serán ya en adelante agradables para ser ofrecidos al Señor. [231]*

LXI. TODA VÍCTIMA SERÁ PURA.

Lev 22, 18-19. *Quienquiera de la casa de Israel o de los extranjeros que presente su ofrenda, sea en cumplimiento de un voto, sea como ofrenda voluntaria, si lo que ofrece al Señor es holocausto, para que sea aceptable, la víctima ha de ser sin defecto de entre los bueyes, las ovejas o las cabras.*

LXII. TODO SACRIFICIO SERÁ CONDIMENTADO CON SAL.

Lev 2, 13. *A toda oblación que presentes le pondrás sal; en todas tus ofrendas ofrecerás sal.*

LXIII. CUMPLIRÁS EL SACRIFICIO DE ACUERDO CON CIERTA COSTUMBRE Y RITO.

Lev 1, 2-4. *Quien de vosotros ofreciere al Señor una ofrenda de reses, puede ofrecer ganado mayor o ganado menor. Si su ofrenda es de holocausto de ganado mayor, será de un macho inmaculado; lo traerá a la puerta del tabernáculo del testimonio, para que sea grato al Señor; pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima, y será aceptada, etc. Y, Ésta es la ley del holocausto: arderá, etc.*

Lev 6, 9.

LXIV. LA EXPIACIÓN SE CUMPLIRÁ CONFORME AL RITO.

Lev 6, 23. *Ésta es la ley de la víctima por el pecado: Se inmolará donde se inmola ante el Señor el holocausto. Es cosa santísima. El sacerdote que la ofrece la comerá en lugar santo, en el atrio del tabernáculo de la reunión.*

LXV. EXPIARÁS EL DELITO CON UN RITO PROPIO.

Lev 7, 1. *Ésta es la ley del sacrificio por el delito. Es cosa santísima. La víctima del sacrificio por el delito será degollada en el lugar donde se degüella el holocausto. La sangre se derramará en torno del altar, etc.*

LXVI. EL SACRIFICIO PACÍFICO OBSERVARÁ SU PROPIO RITO.

Lev 7, 11. *He aquí la ley del sacrificio pacífico que se ofrece al Señor.*

LXVII. LA OFRENDA SERÁ HECHA CUIDADOSAMENTE SEGÚN SU RITO.

Lev 2, 1-2. *Quien ofrezca al Señor una oblación de ofrenda incruenta, su oblación será de flor de harina, sobre la cual habrá derramado aceite y pondrá incienso. La llevará a los sacerdotes, los hijos de Arón, etc.*

LXVIII. LOS MAGISTRADOS EXPIARÁN EL PECADO PÚBLICO.

Lev 4, 13-15. *Si fuere la asamblea toda del pueblo la que por ignorancia pecare sin darse cuenta, haciendo algo que los mandatos del Señor prohíben, incurriendo así en culpa; al darse cuenta la asamblea del pecado cometido, ofrecerá en sacrificio expiatorio un novillo, que se llevará a la entrada del tabernáculo de la*

reunión. Los ancianos de la asamblea pondrán sus manos sobre la cabeza del novillo y lo degollarán ante el Señor.

LXIX. EL PARTICULAR EXPIARÁ SU PECADO.

Si el que por ignorancia pecó es uno del pueblo, haciendo algo que el Señor ha prohibido hacer, e incurriendo así en culpa, al caer en la cuenta de su pecado, llevará en ofrenda una cabra sin defecto, etc.

Lev 4, 27-28.

LXX. PROCURARÁS EXPIAR TODA ACCIÓN DUDOSA.

Si uno pecare por ignorancia, haciendo sin darse cuenta algo de lo que prohíbe el Señor, contrayendo reato y llevando sobre sí la iniquidad, traerá al sacerdote un carnero sin defecto del rebaño, según la cuantía del pecado. El sacerdote le expiará por el pecado cometido por ignorancia, y le será perdonado, ya que delinquiró contra el Señor por error. [232]

Lev 5, 17-19.

LXXI. SE EXPIARÁ EL PECADO CONOCIDO.

Si uno vanamente jurare de ligero hacer algo, de mal o de bien, de lo que uno suele jurar vanamente, sin darse cuenta, y cae después en ella, que haga penitencia por su pecado y ofrezca al Señor por su pecado una hembra de ganado menor, oveja o cabra, y todo lo demás que se dice en aquel capítulo.

Lev 5, 4-6.

LXXII. CONJURARÁS LOS PECADOS CONOCIDOS CON UN SACRIFICIO DE REPARACIÓN.

Si uno pecare, oyendo a otro imprecicar, y siendo testigo de la imprecación, porque lo vio, o de otro modo lo conoció, y sin embargo no lo denunció, contrayendo así reato, o si tocare sin darse cuenta algo impuro, y todo lo demás que se dice en aquel capítulo.

Lev 5, 1-2.

LXXIII. LA CONFESIÓN PRECEDERÁ A LA EXPIACIÓN DE LOS PECADOS.

Si uno, hombre o mujer, comete uno de esos pecados que perjudican al prójimo, prevaricando contra el Señor y haciéndose culpable, confesará su pecado y restituirá, etc.

Num 5, 6-7.

LXXIV. TODO EL QUE SE CURE DE SU FLUJO OFRECERÁ UN SACRIFICIO.

Cuando esté curado de su flujo contará siete días para su purificación, lavará sus vestidos, bañará su cuerpo en agua viva y será puro. Al octavo día, tomando dos tórtolas o dos pichones, se presentará ante el Señor a la entrada del tabernáculo de la reunión, y se los dará al sacerdote, que los ofrecerá, uno en sacrificio expiatorio, el otro en holocausto, etc.

Lev 15, 13-15.

LXXV. LA MUJER CURADA DE SU FLUJO DEBERÁ UN SACRIFICIO, Y LO CUMPLIRÁ.

Cuando curare de su flujo contará siete días, después de los cuales será pura. Al octavo día tomará dos tórtolas o dos pichones y los llevará al sacerdote a la entrada del tabernáculo de la reunión. El sacerdote los ofrecerá, uno en sacrificio expiatorio y el otro en holocausto, etc.

Lev 15, 28-30.

LXXVI. LA MUJER QUE HAYA PARIDO SE PURIFICARÁ, TANTO SI ES RICA COMO SI ES POBRE, DE ACUERDO CON SU HACIENDA.

Cuando se cumplan dos días de su purificación, según que haya tenido hijo o hija, presentará ante el sacerdote, a la entrada del tabernáculo de la reunión, un cordero primal en holocausto y un pichón o una tórtola en sacrificio por el pecado. El sacerdote los ofrecerá ante el Señor y hará por ella la expiación, y será pura del flujo de su sangre.

Lev 12, 6-7.

- LXXVII. QUIEN HA SIDO CURADO DE LA LEPROSA ENTREGARÁ LAS VÍCTIMAS DE LA CONSUMACIÓN, DE LA EXPIACIÓN Y DE LA REPARACIÓN.
- Lev 14, 10. *El día octavo tomará dos corderos sin defecto y una oveja primal sin defecto y tres décimas de flor de harina, que haya sido mezclada con aceite para el sacrificio, y separadamente un sextario de aceite, etc.*
- LXXVIII. ENTREGARÁS LA DÉCIMA PARTE DE TODO EL GANADO SEGÚN LA COSTUMBRE ESTABLECIDA.
- Lev 27, 32. *Las décimas del ganado mayor o menor, de todo cuanto pasa bajo el cayado, son del Señor.*
- LXXIX. CONSAGRARÁS EL PRIMER PARTO DE VACAS, OVEJAS Y CABRAS.
- Ex 13, 2.
Deut 15, 19. *Conságrame todo primogénito que abre matriz. Consagrarás al Señor, tu Dios, todos los primogénitos, todo primogénito macho de tus vacas y ovejas. [233]*
- LXXX. TODO PRIMOGÉNITO SERÁ CONSAGRADO Y ENTREGADO.
- Ex 22, 29.
Num 18, 15. *Me darás el primogénito de tus hijos; harás rescatar los primogénitos de los hombres.*
- LXXXI. EL PRIMOGÉNITO DE UN ASNO LO REDIMIRÁS POR UN CORDERO.
- Ex 13, 13. *El primogénito de un asno lo redimirás por un cordero.*
- LXXXII. DESNUCARÁS EL PRIMOGÉNITO DE ASNO QUE NO HAYAS REDIMIDO.
- Ex 13, 13. *Y si no lo redimes, VEGHARAPHTHO²².*
- LXXXIII. CELEBRARÁS CADA DÍA FESTIVO CON SUS OFRENDAS PROPIAS.
- Deut 12, 5. *Iréis al lugar que Él elija entre todas las tribus para poner en él su santo nombre y hacer en él su morada.*
- LXXXIV. LLEVARÁS AL SANTUARIO TODAS LAS OFRENDAS SAGRADAS.
- Deut 12, 6-14. *Y allí le presentaréis vuestros holocaustos y sacrificios pacíficos, vuestras décimas, vuestras primicias y la ofrenda alzada de vuestras manos, vuestros votos y vuestras oblações voluntarias, y los primogénitos de vuestras vacas y ovejas. Allí comeréis delante del Señor, vuestro Dios, ofreceréis sacrificios y harás todo lo que te mando.*
- LXXXV. CUMPLIRÁS EN EL SANTUARIO TODOS LOS SACRIFICIOS DEBIDOS, LOS DE EXPIACIÓN, LOS DE CONSUMACIÓN Y LOS DE REPARACIÓN.
- Deut 12, 26-27. *Pero las ofrendas sagradas que se te imponen y las que tú hagas en cumplimiento de un voto, ésas tómalas y ve al lugar que el Señor elija; y allí ofrecerás tus holocaustos, carne y sangre, en el altar del Señor, tu Dios.*
- LXXXVI. ES LÍCITO COMER LO QUE SE HA ENTREGADO IMPURO Y HA SIDO REDIMIDO.
- Deut 12, 15-16. *Pero cuando quieras, podrás matar y comer la carne en todas tus ciudades, conforme a la bendición que el Señor, tu Dios, te haya otorgado. Podrán comerla lo mismo el impuro que el puro.*
- LXXXVII. SI CAMBIARES EL ANIMAL DEL SACRIFICIO POR OTRO, AMBOS SERÁN COSA SANTA.
- Lev 27, 9-10. *Si el voto es de animales de los que se ofrecen al Señor, cuanto así se ofrece en don al Señor, será cosa santa. No será mudado, no se pondrá uno malo*

22. Transcripción del término hebreo cuyo significado sería "lo desnuclarás". San Jerónimo lo recoge con el término latino *interficiet*, que Montano considera poco exacto.

en vez de uno bueno, ni uno bueno en vez de uno malo; si se permutare un animal por otro, ambos serán cosa santa.

LXXXVIII. LOS SACERDOTES COMERÁN LO QUE QUEDE DE LAS OFRENDAS.

Lo que resta de la oblación será para Arón y sus hijos. Y un poco más abajo: El resto será de Arón y sus hijos, cosa santísima de las oblaciones del Señor.

Lev 2, 3.
Lev 2, 10.

LXXXIX. LOS SACERDOTES COMERÁN LOS SACRIFICIOS PROPICIATORIOS.

Tomarás la carne del carnero de inauguración y la harás cocer en lugar santo. Arón y sus hijos comerán a la entrada del tabernáculo de la reunión la carne del carnero y los ácimos del cestillo, para que sea agradable el sacrificio.

Ex 29, 31-33.

XC. LA CARNE DEL SACRIFICIO QUE SE CONTAMINE, SERÁ QUEMADA.

La carne que haya tocado una cosa impura no se comerá, se quemará.

Lev 7, 19.

XCI. LOS RESTOS DE LOS SACRIFICIOS SERÁN QUEMADOS.

Si algo queda para el tercer día, se quemará. Si alguno comiere carne del sacrificio pacífico el día tercero, el sacrificio no será aceptado, no se le computará al que lo ofreciere, etc. [234]

Lev 7, 17-18.

XCII. EL NAZAREO²³ CUIDARÁ SU CABELLERA.

Dejará libremente crecer su cabellera.

Num 6, 5.

XCIII. EL NAZAREO, TRANSCURRIDO EL PLAZO, SE AFEITARÁ LA CABEZA Y LA CONSAGRARÁ.

El día que se cumpla el tiempo de su nazareo se presentará a la entrada del tabernáculo de la reunión para hacer su ofrenda al Señor: un cordero primial, sin defecto, para el holocausto; una oveja, sin defecto, para el sacrificio por el pecado; un carnero, sin defecto, para el sacrificio pacífico, y un cestillo, etc. Y un poco más abajo: El nazareo traerá a la entrada del tabernáculo de la reunión su cabeza consagrada.

Num 6, 13-15.

Num 6, 18.

XCIV. CUMPLIRÁS LO ANUNCIADO.

Pero la palabra salida de tus labios la mantendrás y la cumplirás conforme al voto libremente hecho al Señor, tu Dios, que tu boca pronunció.

Deut 23, 23.

XCV. PONDRÁS CUIDADO DE CUMPLIR LOS VOTOS.

Si uno hace un voto al Señor, o un juramento por el cual se obliga a sí mismo, no faltará a su palabra, [no podrá obrar de otro modo más que como el pontífice o el sabio a partir de ׀ ׁ ׂ ׃ y de la costumbre.]

Num 30, 3.

XCVI. SE CONSIDERARÁ IMPURO QUIEN TENGA UN CONTACTO IMPURO.

Quien tocar uno de sus cadáveres se contaminará. Y así en otros muchos pasajes.

Lev 11, 24.

XCVII. SE CONSIDERARÁ IMPURO TODO EL QUE TRATE O TOQUE ALGUNO DE ESTOS OCHO ANIMALES INMUNDOS.

También estos animales serán para vosotros inmundos de entre los que andan por la tierra: la comadreja, el ratón y el cocodrilo, en todas sus especies; el musgano, el camaleón, la salamandra, el lagarto y el topo. Éstos son para vosotros inmundos; quien tocara su cadáver será inmundo hasta la tarde.

Lev 11, 29-31.

23. Este término hebreo, que significa 'segregado', 'separado', y también 'consagrado' se emplea para designar un género de israelitas, hombres y mujeres, que se consagraban a Dios por un voto especial. Las obligaciones de los nazareos, que están consignadas en el libro de los Números, capítulo VI, 1-8, pueden consultarse en el capítulo IX de la presente obra de Montano (prohibiciones CCI-CCVIII).

XCVIII. PONDRÁS CUIDADO DEL ALIMENTO Y LA BEBIDA PURA E IMPURA.

Lev 11, 34. *Todo alimento preparado con agua quedará manchado, y lo mismo toda bebida, cualquiera que sea el vaso que la contenga.*

XCIX. LA MUJER SE APARTARÁ DURANTE EL TIEMPO DE LA MENSTRUACIÓN.

Lev 15, 19. *La mujer que tiene su flujo, flujo de sangre en su carne, estará siete días apartada.*

C. LA MUJER OBSERVARÁ EL TIEMPO FIJADO A PARTIR DEL PARTO.

Lev 12, 2-5. *Cuando dé a luz una mujer y tenga un hijo, será impura durante siete días; será impura como en el tiempo de su menstruación, etc. Y a continuación:*

Lev 12, 2-5. *Si da a luz una hija, será impura durante dos semanas, como al tiempo de su menstruación.*

CI. EL LEPROSO SERÁ APARTADO DEL TRATO.

Lev 13, 2. *Cuando tenga uno en su carne alguna mancha escamosa, o un conjunto de ellas, o una mancha blanca, brillante, y se presente así en la piel de su carne la plaga de la lepra, será llevado a Arón, sacerdote, o a uno de sus hijos, etc.*

CII. TENDRÁS CUENTA TAMBIÉN DEL VESTIDO INFECTADO DE LEPPA.

Lev 13, 47-48. *Si apareciere mancha de lepra en un vestido, sea de lana, sea de lino, o en hilo de trama o de urdimbre; o en una piel o un objeto cualquiera de cuero, etc.*

CIII. SE TENDRÁ CUENTA DE LAS CASAS AFECTADAS DE LEPPA.

Lev 14, 34-35. *Si hubiera plaga de lepra en una casa, el dueño de ésta irá a ponerlo en conocimiento del sacerdote diciéndole, etc. [235]*

CIV. EL HOMBRE QUE PADEZCA FLUJO SERÁ TENIDO POR IMPURO.

Lev 15, 2. *Cualquier hombre que padezca flujo seminal en su carne será inmundo.*

CV. EL HOMBRE QUE DERRAME ESPONTÁNEAMENTE SU SEMEN, SERÁ CONSIDERADO IMPURO.

Lev 15, 16-17. *El hombre que efundiere su semen, lavará con agua todo su cuerpo, y será inmundo hasta la tarde.*

CVI. LA MUJER CON FLUJO DE SANGRE DEMASIADO TIEMPO, SERÁ CONSIDERADA IMPURA.

Lev 15, 25. *La mujer que tuviere flujo de sangre por más tiempo del acostumbrado.*

CVII. EL HOMBRE SE CONSIDERARÁ IMPURO CON OCASIÓN DE UN CADÁVER HUMANO.

Num 19, 11. *El que tocare un muerto, cualquier cadáver humano, se hace impuro por siete días.*

CVIII. OBSERVARÁS EL RITO DE LAS AGUAS PURIFICADORAS.

Lev 19, 17-18. *Tomarán de la ceniza de la vaca quemada en sacrificio expiatorio, y echarán sobre ella un vaso de agua viva; uno que esté limpio tomará hisopo, y mojàndolo en el agua aspergerá la tienda y todos los muebles, etc.*

CIX. TODO IMPURO SE LAVARÁ CON AGUA PURA.

Lev 14; 15; 16; 17; 22. Num 19. Deut 23. *Se lavará con agua, y así podrá entrar en el campamento.*

CX. LA PURIFICACIÓN DEL LEPROSO SE PREPARARÁ CON CEDRO, HISOPO, PÚRPURA, DOS AVECILLAS Y AGUA.

Lev 14, 49-50. *Entonces tomará para expiar la casa dos avecillas, madera de cedro, lana escarlata e hisopo; degollará una de las aves sobre una vasija de barro con agua viva, etc.*

CXI. EL LEPROSO SERÁ RASURADO MIENTRAS ES PURIFICADO.

El día séptimo raerá todo su pelo, sus cabellos, su barba, sus cejas, todo su pelo, etc. Lev 14, 9.

CXII. EL LEPROSO SE MARCARÁ E INDICARÁ A SÍ MISMO COMO TAL.

Cualquiera que estuviere manchado de lepra y haya sido separado por decisión del sacerdote, llevará rasgadas sus vestiduras, desnuda la cabeza, cubrirá su barba, y se declarará contaminado e inmundo. Lev 13, 44-45.

CXIII. SACRIFICARÁS UNA VACA ROJA CON MOTIVO DE LA PURIFICACIÓN.

Di a los hijos de Israel que te traigan una vaca roja perfecta, sin defecto, y que no haya llevado todavía el yugo, etc. Y un poco más abajo: *Será ésta para los hijos de Israel, y para el extranjero que habita entre ellos, ley perpetua.* Num 19, 2.
Num 19, 10.

CXIV. EL ALMA DE UN HOMBRE OBLIGADA POR UN VOTO TENDRÁ PRECIO.

Si uno hace voto al Señor, se estimará para el Señor las personas como las estimas tú. Lev 27, 2.

CXV. EL ANIMAL QUE HAYAS OFRECIDO EN VOTO ESTARÁ SUJETO A ESTIMACIÓN.

Si el voto es de animal impuro, de los que no pueden ofrecerse al Señor en sacrificio, se le presentará al sacerdote, etc. Lev 27, 11.

CXVI. HABRÁ ESTIMACIÓN DE LA CASA OFRECIDA EN VOTO.

Si uno sacrifica su casa, consagrándola al Señor, el sacerdote hará la estimación de ella, según que sea buena o mala, y se estará a la estimación del sacerdote. Lev 27, 14.

CXVII. SI SANTIFICAS TU CAMPO, LO SOMETERÁS A ESTIMACIÓN.

Si uno santifica parte de la tierra de su propiedad, tu estimación será conforme a su sembradura. [236] Lev 27, 16.

CXVIII. HABRÁ EXPIACIÓN, REPARACIÓN Y SANCIÓN DE UN QUINTO POR EL USO INDEBIDO DE LAS COSAS SAGRADAS.

Si uno por ignorancia prevaricase, pecando contra las cosas santas que son del Señor, ofrecerá por el delito un carnero sin defecto, tomado del rebaño, estimado en dos siclos, según el peso del siclo del santuario, y restituirá el daño causado, con el recargo de un quinto, entregándolo al sacerdote, quien hará por él la expiación del reato, y le será perdonado. Lev 5, 15-16.

CXIX. EL FRUTO DEL CUARTO AÑO DE UNA PLANTA NUEVA SERÁ CONSAGRADO EN PRUEBA DE GRATITUD.

Al cuarto año todos los frutos están consagrados al Señor. Lev 19, 24.

CXX. LAS ESQUINAS DE TU SEMBRADO Y DE TU COSECHA SE LAS DEJARÁS A LOS NECESITADOS.

Cuando hagáis la recolección de vuestra tierra, no segarás hasta el límite extremo de tu campo; sino que lo dejarás para el pobre y el extranjero. Yo, el Señor, etc. Lev 19, 9-10.

CXXI. LOS RESTOS DE LOS RACIMOS DE UVA Y DE LOS DEMÁS FRUTOS LOS DEJARÁS PARA EL POBRE Y PARA EL EXTRANJERO.

Ni recogerás las espigas caídas. Las dejarás para los pobres y extranjeros. Lev 19, 9-10.

CXXII. LA GAVILLA PERDIDA DÉJALA PARA EL POBRE Y EL EXTRANJERO.

Cuando en tu campo siegues tu mies, si olvidas alguna gavilla, no vuelvas a buscarla; déjala para el extranjero, el huérfano y la viuda. Deut 24, 19.

CXXIII. LOS RACIMOS DE VID QUE QUEDEN, LOS DEJARÁS PARA EL POBRE Y EL EXTRANJERO.

Deut 24, 21-22. *Cuando vendimies tu viña, no hagas en ella rebusco; déjalo para el extranjero, el huérfano y la viuda. Acuérdate de que esclavo fuiste en Egipto, y por eso te mando hacer así.*

CXXIV. LAS UVAS CAÍDAS LAS DEJARÁS PARA LOS POBRES.

Lev 19, 10. *No harás el rebusco de tu viña; lo dejarás para el pobre y el extranjero.*

CXXV. CONSAGRARÁS A DIOS LAS PRIMICIAS DE TU TIERRA.

Ex 23, 19. *Llevarás a la casa del Señor, tu Dios, las primicias de los frutos de tu suelo.*

CXXVI. LAS PRIMICIAS DE TU COSECHA SERÁN DE LOS SACERDOTES.

Deut 18, 4. *Las primicias de tu trigo, de tu mosto y de tu aceite, y las primicias del esquila de tus ovejas.*

CXXVII. ENTREGARÁS LA DÉCIMA PARTE A DIOS.

Lev 27, 30. *Toda décima de la tierra, tanto de las semillas de la tierra como de los frutos de los árboles, es del Señor.*

CXXVIII. OTRA DÉCIMA PARTE LA COMERÁS EN EL SANTUARIO.

Deut 14, 22-23. *Diezmarás todo producto de tus sementeras, de lo que dé tu campo cada año; y comerás delante del Señor, tu Dios, en el lugar que Él elija para hacer habitar en él su nombre.*

CXXIX. LOS LEVITAS ENTREGARÁN A LOS SACERDOTES LA DÉCIMA PARTE DE SU DIEZMO.

Num 18, 25-27. *Habló el Señor a Moisés, diciendo: "Habla a los levitas y diles: Cuando recibáis de los hijos de Israel las décimas de sus bienes, que yo os doy por heredad vuestra, presentaréis al Señor en ofrenda una décima de la décima, y esta ofrenda os será contada como si fuese el trigo de la era o el mosto del lagar".*

CXXX. CADA TRES AÑOS REPONDRÁS LA DÉCIMA PARTE PARA EL LEVITA, EL POBRE Y EL EXTRANJERO.

Deut 14, 28-29. *Al fin de cada tercer año separarás todas las décimas de los productos de aquel año [237] y las depositarás en tu ciudad; allá vendrá el levita, que no tiene parte ni heredad contigo, y el extranjero, el huérfano y la viuda que haya en tus ciudades, y comerán y se saciarán.*

CXXXI. CONFESARÁS LAS SANTAS OBLIGACIONES CUMPLIDAS.

Deut 26, 13. *Y dirás ante el Señor, tu Dios: "He tomado de mi casa lo santo, y se lo he dado al levita, al peregrino, al huérfano y a la viuda, conforme a lo que me has mandado, etc."*

CXXXII. RECONOCERÁS ALEGRÁNDOTE LOS BENEFICIOS DIVINOS.

Deut 26, 3. *Te presentarás al sacerdote entonces en funciones y le dirás: "Yo reconozco hoy ante el Señor, tu Dios, que he entrado en la tierra que el Señor juró a nuestros padres darnos, etc."*

CXXXIII. CONSAGRARÁS A DIOS UNA TORTA DE TU MASA.

Num 15, 18-21. *Cuando hubiereis entrado en la tierra a la cual os llevo, cuando comáis el pan de esa tierra, ofreceréis de él ofrenda al Señor. Como primicia de vuestra masa ofreceréis un pan al Señor, del mismo modo que ofrecéis las primicias de vuestra era.*

CXXXIV. CADA SIETE AÑOS DESCANSARÁN LOS CAMPOS.

Ex 23, 10-11. *Sembrarás tu tierra seis años y recogerás sus cosechas; al séptimo la dejarás descansar, para que coman los pobres de tu pueblo.*

CXXXV. AL SÉPTIMO AÑO DESCANSARÁS DEL TRABAJO DEL CAMPO.

El séptimo año será un sábado de descanso para la tierra en honor del Señor. Y, El séptimo dejarás de arar y de recolectar. Lev 25, 4.
Ex 34, 21.

CXXXVI. CONSIDERARÁS SAGRADO EL AÑO QUINCUAGÉSIMO.

Santificaréis el año cincuenta. Lev 25, 10.

CXXXVII. EL DÍA DÉCIMO DEL SÉPTIMO MES DEL AÑO CUADRAGÉSIMO NONO DECLARARÁS TU LIBERTAD CON LA CORNETA.

Contarás siete semanas de años, siete veces siete años, viniendo a ser el tiempo de las siete semanas de cuarenta y nueve años. El día décimo del séptimo mes harás que resuene el sonido de la corneta. Lev 25, 8-9.

CXXXVIII. LOS PREDIOS Y LOS CAMPOS SERÁN RESTITUIDOS GRATUITAMENTE ESE MISMO AÑO.

En todo el territorio de vuestra posesión daréis derecho a redimir la tierra. En el año jubilar volverá cada uno a su posesión. Lev 25, 24.
Lev 25, 13.

CIXL. UNA CASA VENDIDA DENTRO DE LA MURALLA PODRÁ SER REDIMIDA EN EL PLAZO DE UN AÑO; DESPUÉS DEL AÑO SE CONFIRMARÁ LA PROPIEDAD DEL COMPRADOR.

Si vendiere uno una casa en ciudad amurallada, tendrá derecho al rescate durante un año a partir de la venta; si no es rescatada dentro del año completo, será por siempre del que la compró y de sus descendientes. Lev 25, 29-30.

CXL. HABRÁ UN CÓMPUTO EXACTO DE LOS AÑOS HASTA EL JUBILEO.

Contarás siete semanas de años, siete veces siete años. Lev 25, 8.

CXLI. AL SÉPTIMO AÑO PERDONARÁS LA DEUDA A TU HERMANO.

Cada séptimo año harás la remisión, que ha de celebrarse con el siguiente orden: Todo acreedor que haya prestado algo no podrá exigirselo más al amigo, al prójimo o a su hermano. Deut 15, 1-2.

CXLII. PEDIRÁS LA DEUDA A LOS EXTRANJEROS.

Podrás exigirlo del extranjero. Deut 15, 3.

CXLIII. DE TODA VÍCTIMA SACRIFICADA DARÁS AL SACERDOTE UNA PIERNA, LOS RIÑONES Y EL ESTÓMAGO.

Éstos serán los derechos de los sacerdotes sobre el pueblo, sobre aquellos que ofrezcan en sacrificio [238] un buey o una oveja; se dará al sacerdote la pierna y el estómago. Deut 18, 3.

CXLIV. ENTREGARÁS AL SACERDOTE LAS PRIMICIAS DE LOS VELLONES.

Las primicias del esquila de tus ovejas [las darás al sacerdote]. Deut 18, 4.

CXLV. LOS BIENES CONSAGRADOS POR UN VOTO TENDRÁN DUEÑO.

Todo aquello que se consagra al Señor con anatema, sea hombre o animal o campo, como propiedad consagrada pasa a ser propiedad de los sacerdotes. Lev 27, 28.
Lev 27, 21.

CXLVI. COMERÁS DEL ANIMAL DEGOLLADO.

Cuando el Señor, tu Dios, haya extendido tus fronteras, como te lo ha prometido, y digas: "Quiero comer carne", porque sienta deseo de ella tu alma, si el lugar que el Señor, tu Dios, elija para poner en él su nombre está lejano, podrás matar tu ganado mayor y menor, según te ha prescrito. Deut 12, 20-21.

CXLVII. OCULTARÁS EN EL SUELO LA SANGRE DEL ANIMAL DEGOLLADO.

Verterá su sangre y la cubrirá con tierra. Lev 17, 13.

CXLVIII. DEJARÁS LIBRE A LA MADRE DE UN NIDO CAPTURADO.

Deut 22, 7. *Deja libre a la madre y no cojas más que los pollos.*

CXLIX. DE ENTRE LOS CUADRÚPEDOS SERÁ LÍCITO COMER A LOS QUE TIENEN EL CASCO PARTIDO Y RUMIAN.

Lev 11, 2-3. *He aquí los animales que comeréis de entre las bestias de la tierra. Todo animal de casco partido y pezuña hendida y que rumie lo comeréis.*

CL. COMERÁS LAS AVES PURAS.

Deut 14, 11. *Comerás toda ave pura.*

CLI. UNA SELECCIÓN DE LANGOSTAS TE SERVIRÁ DE ALIMENTO.

Lev 11, 21. *Entre los insectos alados que marchan sobre cuatro patas, comeréis aquellos que tienen más largas las de atrás para saltar sobre la tierra.*

CLII. COMERÁS LOS PECES CON ALETAS Y ESCAMAS.

Lev 11, 9. *He aquí los animales que entre los acuáticos comeréis: Todo cuanto tiene aletas y escamas, tanto en el mar como en los ríos, lo comeréis.*

CLIII. SE LLEVARÁ LA CUENTA DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS MESES.

Ex 12, 2. *Este me será para vosotros el comienzo del año, el mes primero del año.*

CLIV. DESCANSARÁS CADA SIETE DÍAS.

Ex 20, 9-10. *Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso, consagrado al Señor, tu Dios.*

CLV. CELEBRARÁS EL SÁBADO CON UNA CONMEMORACIÓN SAGRADA.

Ex 20, 8. *Acuérdate del día del sábado para santificarlo.*

CLVI. DESDE EL DÍA CATORCE DEL PRIMER MES ELIMINARÁS LA LEVADURA DE TU CASA.

Ex 12, 15. *Desde el primer día no habrá ya levadura en vuestras casas.*

CLVII. CONTARÁS AL COMIENZO DEL DÍA DECIMOQUINTO EL BENEFICIO DIVINO DE LA LIBERTAD DE EGIPTO.

Ex 13, 8. *Este día lo explicarás a tus hijos diciendo: "Es por lo que el Señor hizo por mí al salir de Egipto, de la casa de servidumbre", pues ha sido la poderosa mano del Señor la que os ha sacado. [239]*

Ex 13, 3.

CLVIII. ESE MISMO DÍA COMERÁS PAN SIN LEVADURA.

Ex 12, 18. *El primer mes, desde el día catorce del mes, comeréis pan sin levadura hasta el día veintiuno.*

CLIX. ESE DÍA DEJARÁS DE TRABAJAR.

Ex 12, 16. *El día primero tendréis asamblea santa.*

CLX. EL DÍA SÉPTIMO GUARDARÁS DESCANSO POR LA MISMA FIESTA.

Ex 12, 16. *También el día séptimo será venerable por lo mismo.*

CLXI. CONTARÁS CUARENTA Y NUEVE DÍAS A PARTIR DE LA FIESTA DE GHOMER²⁴.

Lev 23, 15. *A partir del día siguiente al sábado, del día en que traigáis la gavilla de espigas, contaréis siete semanas completas, cincuenta días hasta el día siguiente del séptimo sábado.*

Deut 16, 9.

CLXII. EL DÍA QUINCUAGÉSIMO SERÁ DÍA DE FIESTA.

Lev 23, 21. *Ese mismo día convocaréis asamblea santa y no haréis en él ningún trabajo servil. Es ley perpetua para vuestros descendientes, dondequiera que habitéis.*

24. El término hebreo GHOMER o HOMER (גֹּמֶר) aparece recogido en la *Vulgata* como *manipulum* ('gavilla').

- CLXIII. EL PRIMER DÍA DEL SÉPTIMO MES SERÁ SACROSANTO.
El séptimo mes, el día primero del mes, tendréis asamblea santa y no haréis en él trabajo servil alguno. Num 29, 1.
- CLXIV. EL DÍA DÉCIMO DEL SÉPTIMO MES TE ABSTENDRÁS DE COMER.
El séptimo mes, el día diez del mes, mortificaréis vuestras personas. Lev 16, 29.
- CLXV. ESE DÍA SERÁ DÍA DE DESCANSO.
En ese día se hará la expiación por vosotros para que os purifiquéis y seáis purificados ante el Señor de todos vuestros pecados. Será para vosotros día de descanso. Lev 16, 30-31.
- CLXVI. EL PRIMER DÍA DE LOS TABERNÁCULOS SERÁ SACROSANTO.
El día primero asamblea santa. Lev 23, 35.
- CLXVII. EL OCTAVO DÍA DE LOS TABERNÁCULOS SERÁ DÍA DE FIESTA Y SAGRADO.
También el día octavo será asamblea santa. Lev 23, 36.
- CLXVIII. DURANTE LOS SIETE DÍAS COMPLETOS VIVIRÉIS EN CABAÑAS.
Moraréis los siete días en cabañas; todo indígena de Israel morará en cabañas, para que sepan sus descendientes que yo hice habitar en cabañas a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo, el Señor, vuestro Dios. Lev 23, 42-43.
- CLXIX. DURANTE LOS SIETE DÍAS DE LAS CABAÑAS IRÉIS DE UN LADO PARA OTRO CON RAMAS Y DARÉIS MUESTRAS DE ALEGRÍA.
El primer día tomaréis gajos de frutales hermosos, ramos de palmera, ramas de árboles frondosos, de sauces de ribera, y os regocijaréis ante el Señor, vuestro Dios, durante siete días. Lev 23, 40.
- CLXX. EL PRIMER DÍA DEL SÉPTIMO MES HARÉIS SONAR LAS TROMPETAS.
Será para vosotros el día de sonar las trompetas. [240] Num 29, 1.
- CLXXI. CADA UNO PAGARÁ MEDIO SICLO TODOS LOS AÑOS COMO RESCATE.
Cuando enumeres a los hijos de Israel para hacer el censo, cada uno ofrecerá al Señor un rescate por su vida, para que no sean beridos de plaga alguna al ser empadronados. Lo que dará cada uno de los que han de componer el censo será medio siclo del peso del siclo del santuario. Ex 30, 12-13.
- CLXXII. ESCUCHARÁS AL PROFETA QUE PROCLAME LA AUTORIDAD DE DIOS.
El Señor, tu Dios, te suscitará de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo; a él le oirás. Deut 18, 15.
- CLXXIII. NOMBRARÁS UN REY.
Cuando hayas entrado en la tierra que el Señor, tu Dios, te da y te hayas posesionado de ella y establecido en ella tu morada, si te dices: "Voy a poner sobre mí un rey, como lo tienen todas las naciones que me rodean", pondrás sobre ti el rey que el Señor, tu Dios, elija de entre tus hermanos. Deut 17, 14-15.
- CLXXIV. OBEDECERÁS AL MAGISTRADO.
Obrarás según la sentencia que te hayan dado en el lugar que el Señor ha elegido y pondrás cuidado en ajustarte a lo que ellos te hayan enseñado. Deut 17, 10-11.
- CLXXV. EN LAS CAUSAS SEGUIRÁS LA OPINIÓN DE LA MAYORÍA²⁵.
 Ex 23, 2.

25. Montano parece incurrir en una contradicción, pues aunque no ejemplifica este mandato con ningún texto, remite a Ex 23, 2, que es precisamente el texto que aparece en la prohibición n.º CCLXXXII, donde sostiene justamente lo contrario a este mandato.

CLXXVI. SERÁN INSTITUIDOS EN LAS CIUDADES FUNCIONARIOS PÚBLICOS Y COLEGIOS DE JUECES.

Deut 16, 18. *Te constituirás jueces y escribirás en todas las ciudades que el Señor, tu Dios, te dará según tus tribus, que juzguen al pueblo justamente.*

CLXXVII. ACTUARÁS CON JUSTICIA EN EL EJERCICIO DEL DERECHO.

Lev 19, 15. *Juzga a tu prójimo con justicia.*

CLXXVIII. EL TESTIGO RESPONDERÁ LO QUE SEPA.

Lev 5, 1. *Si uno pecare, oyendo a otro imprecicar, y siendo testigo de la imprecación, porque lo vio, o de otro modo lo conoció, y sin embargo no lo denunció, contraerá así reato.*

CLXXIX. TOMARÁS TESTIMONIO CUIDADOSAMENTE.

Deut 13, 14. *Inquirirás, examinarás y preguntarás cuidadosamente, etc.*

CLXXX. EL FALSO TESTIGO SUFRIRÁ CASTIGO DE ACUERDO CON SU INVENCIÓN.

Deut 19, 18-19. *Quienes sí, después de una escrupulosa investigación, averiguasen que el testigo, mintiendo, había dado falso testimonio contra su hermano, le castigarán haciéndole a él lo que él pretendía se hiciese con su hermano.*

CLXXXI. EXPIARÁS DE ACUERDO CON EL RITO EL HOMICIDIO COMETIDO POR MANO DESCONOCIDA.

Deut 21, 1-9. *Si en la tierra que el Señor, tu Dios, te da en posesión fuere encontrado un hombre muerto en el campo, sin que se sepa quién lo mató, tus ancianos y los jueces irán a medir las distancias del lugar donde esté el cadáver hasta las ciudades del contorno. Los ancianos de la ciudad más cercana al lugar del cadáver tomarán una becerra que no haya trabajado, que no haya llevado sobre sí el yugo, y la llevarán a un valle oculto, que nunca haya sido arado ni sembrado; y allí, en el valle, la desnucarán. Entonces vendrán los sacerdotes, hijos de Leví, porque a ellos los eligió el Señor, tu Dios, para que le sirvan y para bendecir el nombre del Señor, y por su palabra ha de decidirse toda contestación y [241] toda percusión. Y se llegarán todos los ancianos de la ciudad que esté más cerca del muerto, y lavarán sus manos sobre la becerra degollada en el valle, y responderán diciendo: "No han derramado nuestras manos esta sangre ni lo han visto nuestros ojos; expía a tu pueblo Israel, a quien redimiste, ¡oh Señor!, y no imputes la sangre inocente a tu pueblo Israel". Y la sangre le será perdonada. Así quitarás de en medio de ti la sangre inocente y harás lo que es recto a los ojos del Señor.*

CLXXXII. PREPARARÁS SEIS CIUDADES PARA REFUGIO DE LOS HOMICIDAS INVOLUNTARIOS Y ARREGLARÁS LOS CAMINOS.

Deut 19, 7-13. *Separa tres ciudades; y si el Señor, tu Dios, ensancha tus fronteras, como a tus padres se lo ha jurado, y te da toda la tierra que a tus padres juró darte, siempre que guardes y pongas por obra todos los mandamientos que yo te prescribo hoy, amando al Señor, tu Dios, y siguiendo todos sus caminos, añadirás a esas tres otras tres ciudades, para que no sea derramada sangre inocente en medio de la tierra que el Señor, tu Dios, te da por heredad y no caiga sangre sobre tí. Pero si uno que odiaba a su prójimo le acechare, se echare sobre él y le hiriere mortalmente y buyere a una de esas ciudades, los ancianos de la ciudad le mandarán prender y le entregarán en manos del vengador de la sangre para que muera. No tendrás piedad de él; quitarás de Israel sangre inocente y prosperarás.*

CLXXXIII. SE LE ASIGNARÁN CIUDADES A LOS LEVITAS PARA QUE HABITEN EN ELLAS.

Manda a los hijos de Israel que de la heredad de su posesión cedan a los levitas ciudades en las que puedan habitar. Dadles también lugares de pastos en los contornos de esas ciudades. Que tengan ciudades en que habitar y pastos para sus animales, para sus ganados y para todas sus bestias. Los lugares de pasto en torno de las ciudades que daréis a los levitas serán: a partir de los muros de la ciudad, para afuera, de mil codos en torno; y la extensión de fuera de la ciudad, dos mil codos a la parte de oriente, dos mil codos a la parte del mediodía, dos mil codos a la parte de occidente y dos mil codos a la parte del norte, quedando en medio de la ciudad. Estos serán los lugares de pastos de sus ciudades. [242] De las ciudades mismas que daréis a los levitas, seis serán las ciudades de refugio, donde pueda refugiarse el homicida; y las otras, cuarenta y dos en número; en total, cuarenta y ocho ciudades con sus lugares de pasto. En cuanto a las ciudades que de los hijos de Israel habéis de dar a los levitas, tomaréis más de los que tengan más y menos de los que tengan menos. Cada uno cederá para los levitas sus ciudades en proporción de la heredad que haya recibido.

Num 35, 2-8.

CLXXXIV. EVITARÁS LOS PELIGROS AL CONSTRUIR.

Cuando construyas una casa nueva pondrás un pretil en derredor de tu terrado; no echés el delito de la sangre sobre tu casa si alguien se cayera de él.

Deut 22, 8.

CLXXXV. ELIMINARÁS COMPLETAMENTE EL CULTO DE LOS FALSOS DIOSES.

Destruiréis enteramente todos los lugares donde las gentes que vais a desposeer han dado culto a sus dioses, sobre los altos montes, sobre los collados y bajo todo árbol frondoso; abatiréis sus bosques, quemaréis sus imágenes talladas y sus dioses, y haréis desaparecer de la memoria sus nombres.

Deut 12, 2-3.

CLXXXVI. CONSUMIRÁS CON EL FUEGO A TODA CIUDAD IMPÍA.

Si de una de las ciudades que el Señor, tu Dios, te ha dado por morada oyeres decir: Gentes malvadas, salidas de en medio de ti, andan seduciendo a los habitantes de la ciudad, diciendo: "Vamos a servir a otros dioses", dioses que no has conocido, inquirirás, examinarás y preguntarás cuidadosamente; si el rumor es verdadero y cierto el hecho, si se ha cometido en medio de ti tal abominación; entonces, dando al anatema esa ciudad con todo cuanto hay en ella y sus ganados, no dejes de pasarla a filo de espada; y reuniendo todo su botín en medio de la plaza, quemarás completamente la ciudad con su botín para el Señor, tu Dios; será para siempre un montón de ruinas.

Deut 13, 12-16.

CLXXXVII. DESTRUIRÁS POR COMPLETO LAS CIUDADES QUE DIOS TE ENTREGUE.

Pero en las ciudades de las gentes que el Señor, tu Dios, te da por heredad, no dejarás con vida a nada de cuanto respira; darás al anatema esos pueblos, a los jateos, amorreos, cananeos, fereceos, jeeos y jebuseos, como el Señor, tu Dios, te lo ha mandado.

Deut 20, 16-17.

CLXXXVIII. DESTRUIRÁS POR COMPLETO A AMALEC.

CLXXXIX. TE ACORDARÁS DE LA HOSTILIDAD DE AMALEC.

Acuérdate de lo que te hizo Amalec en el camino, a la salida de Egipto; cómo sin temor de Dios te asaltó en el camino y cayó sobre los rezagados que venían detrás de ti cuando ibas tú cansado y fatigado. Cuando el Señor, tu Dios, te dé el reposo, librándote de todos tus enemigos en derredor, en la tierra que Él te da en heredad, para que la poseas, extinguirás la memoria de Amalec de debajo del cielo.

Deut 25, 17-19.

CXC. CON EL ENEMIGO DEMASIADO ALEJADO TRATARÁS LA PAZ; SI ESTÁ DE ACUERDO, TE SERVIRÁ BAJO UNAS CONDICIONES JUSTAS; SI NO ESTÁ DE ACUERDO, LO ASALTARÁS, MATARÁS A LOS VARONES, TE LLEVARÁS A LAS MUJERES Y A LOS NIÑOS, LO SAQUEARÁS, TOMARÁS BOTÍN.

Deut 20, 10-15.

Quando te acercares a una ciudad para atacarla, le brindarás la paz. Si la acepta y te abre, la gente de ella será hecha tributaria y te servirá. Si en vez de hacer paces contigo quiere la guerra, [243] la sitiarás; y cuando el Señor, tu Dios, la pusiere en tus manos, pasarás a todos los varones al filo de la espada, pero las mujeres, los niños y los ganados y cuanto haya en la ciudad, todo un botín, lo tomarás para ti y podrás comer los despojos de tus enemigos, que el Señor, tu Dios, te da. Así harás con todas las ciudades situadas lejos de ti, que no sean de las ciudades de estas gentes.

CXCI. EL SACERDOTE DISPUESTO PARA LA GUERRA DECLARADA CUMPLIRÁ SU COMETIDO.

Deut 20, 2-8.

Quando se vaya a dar la batalla, avanzará el sacerdote y hablará al pueblo, y le dirá: "¡Oye, Israel! Hoy vais a dar la batalla a vuestros enemigos; que no desfallezca vuestro corazón; no temáis, no os asustéis ni os aterréis ante ellos; porque el Señor, vuestro Dios, marcha con vosotros para combatir con vosotros contra vuestros enemigos, y Él os salvará". Luego hablarán al pueblo los escribas, diciendo: "¿Quién ha construido una casa nueva y no la ha estrenado? Que se vaya y vuelva a su casa, no muera en la batalla y sea otro el que la estrene. ¿Quién ha plantado una viña y no la ha vendimiado todavía? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla y la vendimie otro. ¿Quién se ha desposado con una mujer y todavía no la ha tomado? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla y la tome otro". Los escribas seguirán hablando al pueblo y le dirán: "¿Quién tiene miedo y siente desfallecer su corazón? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no desfallezca como el suyo el corazón de sus hermanos."

CXCII. ELEGIRÁS UN LUGAR FUERA DEL CAMPAMENTO PARA HACER LAS NECESIDADES.

Deut 23, 12.

Tendrás fuera del campamento un lugar donde agacharte para hacer tus necesidades.

CXCIII. EN TIEMPO DE GUERRA ADEMÁS DE LAS ARMAS LLEVARÁS UN PALO PARA HACER HOYOS.

Deut 23, 13-14.

Llevando además de las armas un palo; con él harás un hoyo para agacharte; y después de haberte agachado taparás tus excrementos; porque el Señor, tu Dios, anda en medio de tu campamento para protegerte y entregar en tu poder a tus enemigos, y tu campamento debe ser santo, para que el Señor no vea en ti nada de indecente y no aparte de ti sus ojos.

CXCIV. AQUELLO QUITADO A OTRO POR LA FUERZA, EL ROBO, UN FRAUDE O POR ENGAÑO, SE LO DEVOLVERÁS ÍNTEGRO A SU DUEÑO. DE LO CONTRARIO, SE LO REINTEGRARÁS CON EL RECARGO DE UN QUINTO.

Lev 6, 2-5.

El que con desprecio del Señor pecare, negando a uno de su pueblo un depósito, una prenda puesta en sus manos, que injustamente se apropió, o con violencia le quitase algo, o se apropiase algo perdido que encontró, y más si

perjurase en cualquiera de estas cosas en que los hombres suelen perjurar pecando, y contrayendo reato, restituirá íntegramente a su dueño lo robado, defraudado, confiádole en depósito, o entregado y negado, o aquello sobre que falsamente juró, con el recargo de un quinto del valor. [244]

CXCV. PRESTARÁS AYUDA AL POBRE.

Le abrirás tu mano y le prestarás con que poder satisfacer sus necesidades, según lo que necesite. Y, Si empobreciere tu hermano y te tendiere su mano, acógele y viva contigo como peregrino y colono; no le darás tu dinero a usura ni de tus bienes a ganancia. Teme a tu Dios y viva contigo tu hermano.

Deut 15, 8.

Lev 25, 35-36.

CXCVI. COLMARÁS CON REGALOS AL ESCLAVO PUESTO EN LIBERTAD.

Le darás como viático algo de tu ganado, de tu era y de tu lagar, haciéndole partícipe de los bienes con que el Señor, tu Dios, te bendice a ti.

Deut 15, 14.

CXCVII. PRESTARÁS DINERO AL POBRE.

Si prestas dinero a uno de mi pueblo, a un pobre que habita en medio de nosotros.

Ex 22, 24.

CXCVIII. COBRARÁS INTERÉS A LOS EXTRANJEROS.

Exigirás interés al extranjero.

Deut 23, 19-20.

CXCIX. CONCEDERÁS LA PRENDA AL POBRE EN EL MOMENTO OPORTUNO PARA SU USO.

Se la devolverás al ponerse el sol, para que él se acueste sobre su vestido y te bendiga, y esto será para ti justicia ante el Señor, tu Dios.

Deut 24, 13.

CC. PAGARÁS AL MERCENARIO SU SALARIO.

Dale cada día su salario, sin dejar pasar sobre esta deuda la puesta del sol, porque es pobre y lo necesita. De otro modo, clamaría al Señor contra ti o tú cargarías con un pecado.

Deut 24, 15.

CCI. SERÁ LÍCITO PARA EL NECESITADO COMER DEL FRUTO DE LA VID O DE LA MIES.

Si entras en la viña de tu prójimo podrás comer uvas hasta saciar tu apetito, pero no guardarlas en tu zurrón. Si entras en la mies de tu prójimo, podrás coger unas espigas con la mano, pero no meter la hoz en la mies de tu prójimo.

Deut 23, 24-25.

CCII. LEVANTARÁS EL ASNO DE TU ENEMIGO CAÍDO BAJO LA CARGA.

Si encuentras el asno de tu enemigo caído bajo la carga, no pases de largo; ayúdale a levantarlo.

Ex 23, 5.

CCIII. AYUDARÁS AL QUE TRATA DE CARGAR SU ASNO.

Si ves el asno de tu hermano o su buey caídos en el camino, no te desentendas; ayúdale a levantarlos.

Ex 22, 4.

CCIV. CUANDO ENCUENTRES LO QUE OTRO HAYA PERDIDO, SE LO LLEVARÁS.

Se lo llevarás a tu hermano; pero si tu hermano habita lejos de ti y no lo conoces, recogerás el animal en tu casa y lo tendrás contigo hasta que tu hermano venga a buscarlo y se lo devuelvas. Lo mismo barás con su asno, con su manto y con todo con cuanto perdido encontrases.

Deut 22, 1-3.

CCV. DELATARÁS AL HERMANO QUE SE HA DESVIADO.

Repréndele públicamente.

Lev 19, 17.

CCVI. AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO.

Amarás a tu amigo como a ti mismo. Yo, el Señor.

Lev 19, 18.

CCVII. AMARÁS AL EXTRANJERO.

Deut 10, 18. *Amad también vosotros al extranjero, porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.*

CCVIII. SE OBSERVARÁ UN PESO JUSTO DE LA BALANZA.

Lev 19, 36. *La balanza sea justa, y las pesas justas, justo el modio, y el sextario igual.* [245]

CCIX. RENDIRÁS HONORES A LA MAGISTRATURA Y A LA VEJEZ.

Lev 19, 32. *Álzate ante una cabeza blanca y honra la persona del anciano. Teme a tu Dios, el Señor.*

CCX. HONRARÁS A TU PADRE Y A TU MADRE.

Ex 20, 12. *Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años en la tierra que el Señor, tu Dios, te da.*

CCXI. RESPETARÁS CON REVERENCIA A TUS PADRES.

Lev 19, 3. *Tema cada uno a su padre y a su madre.*

CCXII. FRUCTIFICARÁS Y ACRECENTARÁS TU NÚMERO.

Gen 9, 7. *Vosotros, pues, procread y multiplicaos y benchid la tierra.*

CCXIII. LA ESPOSA TOMADA POR UN HOMBRE SE ENTREGARÁ CON VERDADERO EMPEÑO.

Deut 24, 1. *Si un hombre toma una mujer y llega a ser su marido.*

CCXIV. SE DARÁ DISPENSA AL MARIDO PARA QUE PERMANEZCA AL LADO DE SU MUJER.

Deut 24, 5. *Quede libre en su casa durante un año para contentar a la mujer que tomó.*

CCXV. CIRCUNCIDARÁS TODO VARÓN.

Gen 17, 10-11. *Circuncidad todo varón, circuncidad la carne de vuestro prepucio.*

CCXVI. UN PARIENTE TOMARÁ LA ESPOSA DEL QUE HAYA MUERTO SIN HIJOS.

Deut 25, 5-10. *Cuando dos hermanos habitan uno junto al otro y uno de los dos muere sin dejar hijos, la mujer del muerto no se casará fuera con un extraño; su cuñado irá a ella y la tomará por mujer, y el primogénito que de ella tenga llevará el nombre del hermano muerto, para que su nombre no desaparezca de Israel. Si el hermano se negase a tomar por mujer a su cuñada, subirá ésta a la puerta, a los ancianos, y les dirá: "Mí cuñado se niega a suscitar en Israel el nombre de su hermano; no quiere cumplir su obligación de cuñado, tomándome por mujer". Los ancianos de la ciudad le harán venir y le hablarán. Si persiste en la negativa y dice: "No me agrada tomarla por mujer", su cuñada se acercará a él en presencia de los ancianos, le quitará del pie un zapato y le escupirá en la cara, diciendo: "Esto se hace con el hombre que no sostiene la casa de su hermano". Y su casa será llamada en Israel la casa del descalzado.*

CCXVIII. QUIEN DESHONRE A UNA VIRGEN, SERÁ SANCIONADO Y LA TOMARÁ POR ESPOSA PARA SIEMPRE.

Deut 22, 28-29. *Si un hombre encuentra a una joven virgen no desposada, la coge y yace con ella y fueren sorprendidos, el hombre que yació con ella dará al padre de la joven cincuenta siclos de plata y ella será su mujer, por haberla él deshonrado, y no podrá repudiarla en su vida.*

CCXIX. QUIEN LE IMPUTE FALSAMENTE DELITOS A SU ESPOSA, SERÁ AZOTADO Y NO LA PODRÁ REPUDIAR.

Si un hombre, después de haber tomado mujer y haber entrado a ella, la aborreciere y le imputare falsamente delitos y la difamase, diciendo: "He tomado a ésta por mujer, y cuando a ella entré no la hallé virgen", el padre y la madre de ella tomarán las pruebas de su virginidad y las presentarán a los ancianos de la ciudad en las puertas. El padre de la joven dirá: "Yo he dado por mujer mi hija a este hombre, y él, habiéndola aborrecido, le imputa cosas deshonrosas, diciendo: 'No la he hallado virgen'. Abí están las pruebas de la virginidad de mi hija", y desplegará la sábana ante los ancianos de la ciudad. [246] Éstos cogerán al hombre y le castigarán, le impondrán una multa de cien siclos de plata, que entregarán al padre de la joven, por haber esparcido la difamación de una virgen de Israel; tendrá que tomarla por mujer, y nunca en la vida podrá repudiarla.

Deut 22, 13-19.

CCXX. QUIEN HAYA DESHONRADO A UNA VIRGEN TRAS SEDUCIRLA, PAGARÁ SU DOTE Y LA TOMARÁ POR ESPOSA, SI EL PADRE DE ELLA NO SE OPONE.

Si uno seduce a una virgen no desposada y tiene con ella comercio carnal, pagará su dote y la tomará por mujer. Si el padre rehúsa dársela, el seductor pagará la dote que se acostumbra dar por las vírgenes.

Ex 22, 16-17.

CCXXI. QUIEN QUIERA TOMAR POR ESPOSA A UNA CAUTIVA, LA TOMARÁ LEGÍTIMAMENTE UNA VEZ QUE HAYA SIDO INICIADA EN LAS COSTUMBRES.

Cuando bagas la guerra a los pueblos enemigos, y el Señor, tu Dios, te los dé en tus manos y bagas cautivos, si entre ellos vieres a una mujer hermosa y la deseas, la tomarás por mujer; la entrarás en tu casa, y ella se raerá la cabeza y se cortará las uñas, y quitándose los vestidos de su cautividad, quedará en tu casa; llorará a su padre y a su madre por tiempo de un mes; después entrarás a ella y serás su marido y ella será tu mujer.

Deut 21, 10-13.

CCXXII. QUIEN HAYA REPUDIADO A SU ESPOSA POR ALGÚN DEFECTO, LE ENTREGARÁ EL LIBELO DE REPUDIO.

Si un hombre toma una mujer y llega a ser su marido, y ésta luego no le agrada, porque ha notado en ella algo de torpe, le escribirá el libelo de repudio, y poniéndoselo en la mano, la mandará a su casa.

Deut 24, 1.

CCXXIII. LA ESPOSA SOSPECHOSA DE ADULTERIO PARA EL MARIDO Y EXAMINADA CON UNA CONSAGRACIÓN RITUAL SERÁ DECLARADA CULPABLE O INOCENTE.

Si la mujer de uno fornicare y le fuese infiel, durmiendo con otro en concúbito de semen, sin que haya podido verlo el marido ni que haya testigos, por no haber sido hallada en el lecho, y se apoderase del marido el espíritu de los celos y tuviese celos de ella, háyase ella manchado en realidad o no se haya manchado, la llevará al sacerdote, y ofrecerá por ella en ofrenda la décima parte de un sato de barina de cebada, sin derramar aceite sobre ella ni poner encima incienso, porque es ofrenda de celos, ofrenda de memoria para traer el pecado a la memoria. El sacerdote hará que se acerque y se esté ante el Señor; tomará del agua santa en una vasija de barro, y cogiendo un poco de la tierra del suelo del tabernáculo, la echará en el agua. Luego, el sacerdote, haciendo estar a la mujer ante el Señor, le descubrirá la cabeza y le pondrá en las ma-

Num 5, 12-31.

nos la ofrenda de memoria, la ofrenda de los celos, teniendo él en la mano el agua amarga de la maldición, y la conjurará, diciendo: "Si no ha dormido contigo ninguno y no te has descarriado, [247] contaminándote y siendo infiel a tu marido, indemne seas del agua amarga de la maldición; pero si te descarriaste y fornicaste infiel a tu marido, contaminándote y durmiendo con otro, quedarás sujeta a las siguientes maldiciones: Hágate el Señor maldición y execración en medio de tu pueblo y séquense tus muslos e hinchese tu vientre, entre esta agua de maldición en tus entrañas para hacer que tu vientre se hinche y se pudran tus muslos". La mujer contestará: "Amén, amén". El sacerdote escribirá estas maldiciones en una hoja y la diluirá en el agua amarga, y hará beber a la mujer el agua amarga de la maldición. Luego tomará de la mano de la mujer la ofrenda de los celos y la agitará ante el Señor, y la llevará al altar; y tomando un puñado de la ofrenda de memoria lo quemará en el altar, haciendo después beber el agua a la mujer. Dará a beber el agua; y si se hubiese contaminado, siendo infiel a su marido, el agua de maldición entrará en ella con su amargura, se le hinchará el vientre, se le secarán los muslos, y será maldición en medio de su pueblo. Si, por el contrario, no se contaminó y es pura, quedará ilesa y será fecunda. Ésta es la ley de los celos, para cuando una mujer haya sido infiel a su marido y se haya contaminado, o que el espíritu de los celos se haya apoderado de su marido y tenga celos de ella; presentará a su mujer ante el Señor y el sacerdote hará con ella cuanto en esta ley se prescribe. Así el marido quedará libre de culpa y la mujer llevará sobre sí su pecado.

CCXXIV. QUIEN SEA MERECEDOR DE AZOTES, SERÁ GOLPEADO BOCA ABAJO.

Deut 25, 2. *Si el delincuente fuere condenado a la pena de azotes, el juez le hará echarse en tierra y le hará azotar conforme a su delito, llevando cuenta de los azotes.*

CCXXV. QUIEN HAYA COMETIDO UN HOMICIDIO INVOLUNTARIO, PERMANECERÁ A SALVO EN UNA CIUDAD REFUGIO.

Num 35, 22-25. *Mas si, al contrario, por azar, sin odio, le derriba o le arroja encima alguna cosa sin querer, o sin verle le tira encima una piedra que puede causar la muerte, y la muerte se sigue, sin que fuera su enemigo ni buscarse su mal, juzgará la asamblea entre el que hirió y entre el vengador de la sangre, según las leyes. La asamblea librará al homicida del vengador de la sangre, le volverá a la ciudad de asilo donde se refugió, y allí morará hasta la muerte del sumo sacerdote ungido con el oleo sagrado.*

CCXXVI. VENGARÁS LA MALDAD.

Ex 21, 20. *Si uno diere de palos a su siervo o a su sierva, de modo que muriese entre sus manos, el amo será reo.*

CCXXVII. LA PARTICIPACIÓN EN LAS MALDADES ESTARÁ EXPUESTA AL ESTRANGULAMIENTO.

Lev 20, 9. *Quien maldiga a su padre o a su madre, sea castigado con la muerte.*

CCXXVIII. CASTIGARÁS LOS CRÍMENES ABOMINABLES CON EL FUEGO.

Lev 20, 14. *Si uno toma por mujeres la hija y la madre, es un crimen abominable; serán quemados él y ellas.*

CCXXIX. CASTIGARÁS LA IMPIEDAD CON LA LAPIDACIÓN.

Deut 17, 2-5. *Si en medio de ti, en alguna de las ciudades que el Señor, tu Dios, te da, hubiere hombre o mujer que hiciere lo que es malo a los ojos del Señor, [248] tu*

Dios, traspasando su alianza, yéndose tras otros dioses para servirles y postrarse ante ellos, ante el sol o la luna o cualquier astro del ejército de los cielos, cosa que yo no he mandado; cuando la cosa llegue a ti, harás una escrupulosa investigación; si el rumor es verdadero y el hecho cierto, si se cometió tal abominación en Israel, llevarás a tus puertas al hombre o mujer que tal maldad ha cometido y los lapidarás hasta que mueran.

CCXXX. LA HORCA TAMBIÉN SERÁ UN TIPO DE CASTIGO.

CCXXXI. EL AJUSTICIADO POR DECISIÓN JUDICIAL SERÁ ENTERRADO.

Cuando uno cometió un crimen digno de muerte sea muerto colgado de un madero. No dejarás de enterrarle el mismo día.

Deut 21, 22.

Deut 21, 23.

CCXXXII. OBSERVARÁS LA LEY ESTABLECIDA ACERCA DE LA VIDA, EL INTERÉS Y LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS HEBREOS COMPRADOS CON DINERO.

Si adquieres un siervo hebreo, te servirá por seis años; al séptimo saldrá libre, sin pagar nada. Si entró solo, solo saldrá; si teniendo mujer, saldrá con él su mujer. Pero si el amo le dio mujer, y ella le dio a él hijos o hijas, la mujer y los hijos serán del amo, y él saldrá solo.

Ex 21, 2-4.

CCXXXIII. QUIEN TOME UNA ESCLAVA ISRAELITA, QUE LA TENGA COMO MUJER LIBRE O QUE LA REDIMA.

CCXXXIV. EL AMO AL QUE NO LE AGRADE UNA ESCLAVA ISRAELITA PERMITIRÁ QUE ÉSTA SEA REDIMIDA.

Si descontentare a su amo y no la tomase por esposa, permitirá éste que sea redimida.

Ex 21, 8.

CCXXXV. SERÁ ETERNA LA SERVIDUMBRE DE LOS ESCLAVOS CANANEOS.

Los esclavos o esclavas que tengas, tomadlos de las gentes que están en derredor vuestro; de ellos compraréis siervos y siervas. También podréis comprar de entre los hijos de los extranjeros que viven con vosotros y de entre los que de su linaje han nacido en medio de vosotros, y serán propiedad vuestra. Se los dejaréis en herencia a vuestros hijos después de vosotros, como posesión hereditaria, sirviéndoos de ellos siempre.

Lev 25, 44-46.

CCXXXVI. SE DARÁ UNA SENTENCIA DE VENGANZA CONTRA EL CULPABLE.

Si en riña de hombres golpear uno a una mujer en cinta haciéndola parir y el niño naciere sin más daño, será multado en la cantidad que el marido de la mujer pida y decidan los jueces; pero si resultare algún daño, entonces dará vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, cardenal por cardenal.

Ex 21, 22-25.

CCXXXVII. SI UN BUEY MATA A UN HOMBRE DE UNA CORNADA SERÁ LAPIDADO, Y EL DUEÑO DEL BUEY SERÁ DECLARADO INOCENTE, A MENOS QUE HABIENDO SIDO ADVERTIDO HAYA DEJADO DE TOMAR PRECAUCIONES.

Si un buey acornea a un hombre o a una mujer, y se sigue la muerte, el buey será lapidado, no se comerá su carne, y el dueño será quitto. Pero si ya de antes el buey acorneaba y requerido el dueño no lo tuvo encerrado, el buey será lapidado, si mata a un hombre o a una mujer, pero el dueño será también reo de muerte. Si en vez de la muerte le pidieran al dueño un precio como rescate de la vida, pagará lo que se le imponga. Si el buey hiere a un niño o a una niña, se aplicará esta misma ley. [249]

Ex 21, 28-31.

CCXXXVIII. SI UNA BESTIA AL CAER EN UN POZO O EN UNA FOSA DESCUBIERTA SE DAÑA, EL QUE EXCAVÓ PAGARÁ EL VALOR DE LA BESTIA Y SE QUEDARÁ CON ELLA.

Ex 21, 33-34.

Si uno abre una cisterna o cava una y no la cubre y cayere en ella un buey o un asno, pagará el dueño de la cisterna en dinero el precio al dueño de la bestia, pero lo muerto será para él.

CCXXXIX. EL LADRÓN PAGARÁ POR EL BUEY QUE ROBE CINCO VECES SU VALOR, POR CADA OVEJA CUATRO VECES EL VALOR, SI ES ENCONTRADA INTACTA PAGARÁ EL DOBLE DEL VALOR. SI ES SORPRENDIDO DE NOCHE PERFORANDO UN MURO Y MUERE, EL ASESINO NO SERÁ CONDENADO. QUIEN NO PUEDA PAGAR LA MULTA DEL ROBO, SERÁ VENDIDO SEGÚN EDICTO.

Ex 22, 1-4.

Si uno roba un buey o una oveja, y la mata o la vende, restituirá cinco bueyes por buey y cuatro ovejas por oveja. Si el ladrón fuere sorprendido perforando un muro y fuese herido y muriese, no será delito de sangre; pero si hubiera salido ya el sol, responderá de la sangre; deberá restituir; y si no tiene con qué, será vendido por lo que robó. Si lo que robó, buey, asno u oveja, se encuentra todavía vivo en sus manos, restituirá el doble.

CCXL. QUIEN DAÑARE LA FINCA DE OTRO, SERÁ MULTADO CON LA MEJOR PARTE DE LA SUYA.

Ex 22, 5.

Si uno daña un campo o una viña dejando pastar su ganado en el campo o en la viña de otro; restituirá por lo mejor de su campo o lo mejor de su viña.

CCXLI. QUIEN PROVOCARE UN FUEGO ININTENCIONADAMENTE, PAGARÁ EL DAÑO.

Ex 22, 6.

Si propagándose un fuego por los espinos quema mieses recogidas o en pie, o un campo, el que incendió el fuego pagará el daño.

CCXLII. QUIEN TENIENDO EN DEPÓSITO UNA BESTIA SIN RECIBIR NADA A CAMBIO, PROBARE CON TESTIGOS O CONFIRMARE CON JURAMENTO QUE HA MUERTO O SE HA ESTROPEADO O HA SIDO ROBADA CON VIOLENCIA, RESULTARÁ SIN CULPA. SI FUE ROBADA CON ENGAÑO, LA PAGARÁ. SI FUE ARREBATADA POR LAS FIERAS, LO HARÁ SABER.

Ex 22, 10-13.

Si uno entrega en depósito a su prójimo asno, buey, oveja o cualquier otra bestia, y lo depositado muere o se estropea, o es robado sin que nadie lo haya visto, se interpondrá entre ambas partes el juramento del Señor de no haber puesto el depositario mano sobre la propiedad de su prójimo; el dueño aceptará el juramento y el depositario no será obligado a restituir; pero si fue robado de junto a sí, restituirá al dueño. Si la bestia fuere despedazada, preséntese lo destrozado, y no tendrá que restituir.

CCXLIII. LOS BIENES O EL GANADO DEPOSITADOS QUE SEAN ROBADOS, SE SOMETERÁN A JUICIO BAJO JURAMENTO DE ABSOLUCIÓN O DE RESTITUCIÓN. SI EL LADRÓN FUERE HALLADO PAGARÁ EL DOBLE.

Ex 22, 7-9.

Si uno da a otro en depósito dinero o utensilios, y fueron éstos robados de la casa del otro, el ladrón, si es hallado, restituirá el doble. Si no aparece el ladrón, el dueño de la casa se presentará ante Dios, jurando no haber puesto su mano sobre lo ajeno. Toda acusación de fraude, sea de buey, [250] de asno, de oveja, de vestido o de cualquier cosa desaparecida, de que se diga: "Esto es", será llevado por ambas partes ante Dios; aquel a quien Dios condenare, restituirá el doble a su prójimo.

CCXLIV. LA BESTIA PRESTADA QUE, ESTANDO AUSENTE EL DUEÑO, PEREZCA O RESULTE DAÑADA, SERÁ RESTITUIDA POR EL PRESTATARIO, A MENOS QUE EL PRÉSTAMO FUERE POR PRECIO.

Si uno pide a otro prestada una bestia, y ésta se estropea o muere no estando presente el dueño, el prestatario será obligado a restituir; pero si estaba presente el dueño, no tendrá que restituir el prestatario. Si el préstamo fue por precio, reciba el dueño lo estipulado.

Ex 22, 14-15.

CCXLV. LAS COMPRAS Y LAS VENTAS SE REALIZARÁN CON JUSTICIA, EQUITAD Y CON UNAS CONDICIONES HONESTAS.

Si vendéis a vuestro prójimo o le compráis alguna cosa, que nadie perjudique a su hermano.

Lev 25, 14.

CCXLVI. HABRÁ JUICIO DEL FRAUDE Y DEL ENGAÑO.

Toda acusación de fraude, sea de buey, de asno, de oveja, de vestido o de cualquier cosa desaparecida, de que se diga: "Esto es", será llevado por ambas partes ante Dios; aquel a quien Dios condenare, restituirá el doble a su prójimo.

Ex 22, 9.

CCXLVII. AUNQUE EVITES CON VIOLENCIA LA VIOLENCIA SUFRIDA, SIEMPRE ATENDERÁS AL PUDOR.

Si mientras riñen dos hombres, uno con otro, la mujer del uno, interviniendo para librar a su marido de las manos del que le golpea, agarrase a éste por las partes vergonzosas, le cortarás las manos sin piedad.

Deut 25, 11-12.

CCXLVIII. TODA HEREDAD PASARÁ A LOS FAMILIARES POR GRADO DE CONSANGUINEIDAD.

Si uno muere sin dejar hijos, haréis pasar su heredad a su hija; y si no hay tampoco hija, pasará a sus hermanos la heredad. Si no hay hermanos, daréis la heredad a los hermanos de su padre; y si no hay hermanos de su padre, pasaréis la heredad al más próximo pariente de la familia; de ésta será. Ésta será para los hijos de Israel regla de derecho, como se lo ha ordenado el Señor a Moisés.

Num 27, 8-11.

HASTA AQUÍ LA SERIE DE LOS MANDAMIENTOS.

CAPÍTULO IX.

LISTA DE LAS PROHIBICIONES

I. NO TENDRÁS OTRO DIOS MÁS QUE A MÍ.

No tendrás otro Dios que a mí.

Ex 20, 3.

II. NO HARÁS IMÁGENES DE CULTO.

No te harás esculturas ni imagen alguna de lo que hay en lo alto de los cielos, ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas, y no las servirás.

Ex 20, 4-5.

III. NO FUNDIRÁS EN METAL LA IMAGEN DIVINA DE NINGÚN MODO.

No te harás dioses de metal fundido. [251]

Ex 34, 17.

IV. NO HARÁS IMÁGENES RELIGIOSAS DE NINGÚN METAL.

No os hagáis dioses de plata ni os hagáis dioses de oro.

Ex 20, 23.

V. NO PRESTARÁS CULTO A LOS DIOS DE FUERA.

No te postrarás ante ellas.

Ex 20, 5.

VI. DE NINGÚN MODO SERVIRÁS A NADIE MÁS.

Ex 20, 5. *Y no las servirás.*

VII. NO ENTREGARÁS A MOLOC²⁶ NADA DE TU SEMILLA.

Lev 18, 21. *No darás hijo tuyo para ser ofrendado a Moloc.*

VIII. NO ENTRARÁS EN PREGUNTAS SUPERSTICIOSAS.

Lev 19, 31. *No acudáis a los encantadores.*

IX. NO CONSULTARÁS A LOS ADIVINOS.

Lev 19, 31. *Ni consultéis a los adivinos.*

X. NO PRESTARÁS CUIDADO A LAS COSAS FALSAS.

Lev 19, 4. *No vayáis tras los ídolos.*

XI. NO LEVANTARÁS CIPOS.

Deut 16, 22. *No alzarás cipos, que eso lo detesta el Señor, tu Dios.*

XII. NO COLOCARÁS NINGUNA PIEDRA DE DEVOCIÓN.

Lev 26, 1. *No pongáis en vuestra tierra piedras esculpidas para prosternaros ante ellas.*

XIII. NO PLANTARÁS UN BOSQUE SAGRADO NI SIQUIERA PARA TU DIOS.

Deut 16, 21. *No plantarás árbol alguno junto al altar del Señor, tu Dios.*

XIV. NO PRESTARÁS ATENCIÓN AL FALSO NOMBRE DE LOS DIOSSES.

Ex 23, 13. *No te acuerdes del nombre de dioses extraños, ni se oiga de tus labios.*

XV. NO TENDRÁS TRATO CON EL CULTO O EL RITO FALSO, NI OBEDECE-
RÁS AL QUE LO PRACTIQUE, NI TE ACORDARÁS PARA NADA DE ELLO.

Deut 13, 6-16. *Si tu hermano, hijo de tu madre, o tu hijo o tu hija, o la mujer que descansa en tu regazo o tu amigo, aunque le quieras como a tu propia alma, te incitare secreto, diciendo: "Vamos a servir a otros dioses" –dioses que no conocisteis ni tú ni tus padres, de entre los dioses de los pueblos que os rodean, cercanos o lejanos, del uno al otro cabo de la tierra–, no asientas ni le escuches, ni tenga tu ojo piedad de él, ni le tengas compasión ni le encubras; denúnciale irremisiblemente, y sea tu mano la primera que contra él se alce para matarle, siguiendo después las de todo el pueblo; le lapidaréis hasta que muera, por haber buscado apartarte del Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la casa de servidumbre. Así, todo Israel lo sabrá y temerá de hacer más una semejante maldad en medio de ti. Si de una de las ciudades que el Señor, tu Dios, te ha dado por morada oyes decir: "Gentes malvadas, salidas de en medio de ti, andan seduciendo a los habitantes de la ciudad, diciendo: Vamos a servir a otros dioses", dioses que no has conocido, inquirirás, examinarás y preguntarás cuidadosamente; si el rumor es verdadero y cierto el hecho, si se ha cometido en medio de ti tal abominación; entonces, dando al anatema esa ciudad con todo cuanto hay en ella y sus ganados, no dejes de pasarla a filo de espada; y reuniendo todo su botín en medio de la plaza, quemarás completamente la ciudad con su botín para el Señor, tu Dios; será para siempre un montón de ruinas. Y de nuevo: Ni se oiga de tus labios.*
[252]

26. Divinidad semítica (seguramente infernal) que con la penetración de los asirios tuvo gran influencia en Israel. El culto de esta divinidad, que se complacía con sacrificios humanos, estaba muy extendido por Canán y en las colonias fenicias.

- XVI. NO EMPRENDERÁS UN CULTO FALSO, NI LO IMITARÁS NI LO EMULARÁS CON EL EJEMPLO AJENO.
Que todo Israel oyéndolo tema y no se atreva nunca más a hacer algo semejante. Deut 13, 11.
- XVII. NO OBEDECERÁS AL QUE TE INCITE A UN CULTO FALSO, QUIENquiera QUE SEA EL QUE TE INCITE.
No asientas. Deut 13, 8.
- XVIII. NO LE PRESTARÁS OÍDO BAJO NINGÚN CONCEPTO.
Ni le escuches. Deut 13, 8.
- XIX. NO PERDONARÁS AL RESPONSABLE DE TU SUPERSTICIÓN.
Ni tenga tu ojo piedad de él. Deut 13, 8.
- XX. NO LE PROTEGERÁS.
Ni le tengas compasión. Deut 13, 8.
- XXI. NO DUDARÁS EN SEÑALAR Y DENUNCIAR AL RESPONSABLE DE LA SUPERSTICIÓN.
Ni le encubras. Deut 13, 8.
- XXII. NO FAVORECERÁS NI USARÁS DE LOS OBJETOS CONSAGRADOS A UN CULTO FALSO.
No codicies la plata ni el oro de que estén hechas, apropiándotelo, y cayendo en una trampa, porque es abominación del Señor, tu Dios, y no has de introducir en tu casa abominación, para no hacerte como ello es, anatema. Deut 7, 25-26.
- XXIII. NO RECONSTRUIRÁS UNA CIUDAD CONDENADA POR SUPERSTICIÓN.
Y no vuelva a ser edificada. Deut 13, 16.
- XXIV. NO TOMARÁS NADA DE UNA CIUDAD CONDENADA.
Que no se te pegue a las manos nada de cuanto fue dado al anatema. Deut 13, 17.
- XXV. NO TOMARÁS PARA TI NADA QUE HAYA PERTENECIDO A UN CULTO FALSO.
Y no has de introducir en tu casa abominación para no hacerte como ello es. Deut 7, 26.
- XXVI. NO VATICINARÁS EN NOMBRE DE DIOSSES FALSOS.
Pero el profeta que ose decir en nombre mío lo que yo no le haya mandado decir, o hable en nombre de otros dioses, debe morir. Y aquello de No te acuerdes del nombre de dioses extraños, ni se oiga de tus labios. Deut 18, 20.
 Ex 23, 13.
- XXVII. NO INVOCARÁS EN FALSO EL NOMBRE DE DIOS AL VATICINAR NI DECLARARÁS LO QUE NO TE HAYA SIDO MANDADO.
Pero el profeta que ose decir en nombre mío lo que yo no le haya mandado decir. Deut 18, 20.
- XXVIII. NO ESCUCHARÁS AL PROFETA SUPERSTICIOSO O FALSO.
No escuches las palabras de ese profeta o ese visionario en sueños. Deut 13, 3.
- XXIX. NO RESPETARÁS NI OBEDECERÁS AL PROFETA FALSO.
No lo temas. Deut 18, 22.
- XXX. NO TE CONTAGIARÁS DE LA SUPERSTICIÓN DE OTROS PUEBLOS.
No imitéis las costumbres de las gentes que yo voy a arrojar de delante de vosotros; ellos hacían estas maldades, y yo los aborrecí. Y aquello de Guárdate de imitarlos, cayendo en una trampa, después de haberlos exterminado delante de ti y de indagar acerca de sus dioses, [253] diciendo: ¿Cómo acostumbraban esas gentes servir a sus dioses? Voy a hacer también yo como ellas hacían. No obres así con el Señor, tu Dios. Lev 20, 23.
 Deut 12, 30-31.

- XXXI. NO TE OCUPARÁS DE LA ADIVINACIÓN.
Deut 18, 10. *Que no haya en medio de ti quien se dé a la adivinación.*
- XXXII. NO BUSCARÁS ADIVINOS.
Deut 18, 10. *Que no haya en medio de ti quien se dé a la magia.* Y en otro lugar,
Lev 19, 26. *No practicaréis la adivinación.*
- XXXIII. NO PERMITIRÁS ENCANTADORES.
Deut 18, 10. *Que no haya en medio de ti encantadores.*
- XXXIV. NO SOPORTARÁS HECHICEROS.
Deut 18, 10. *Que no haya en medio de ti hechiceros.*
- XXXV. NO ADMITIRÁS PRESTIDIGITADORES.
Deut 18, 10. *Que no haya en medio de ti HHOBER, HHEBER²⁷.*
- XXXVI. NO TE ACERCARÁS A LOS ESPÍRITUS PROFÉTICOS.
Deut 18, 10. *Ni quien consulte los espíritus.*
- XXXVII. NADIE CONSULTARÁ A LOS MUERTOS.
Deut 18, 10. *Ni quien consulte a los muertos.*
- XXXVIII. LAS MUJERES NO SE PONDRÁN ROPA DE HOMBRES.
Deut 22, 5. *No llevará la mujer vestidos de hombre.*
- XXXIX. LOS HOMBRES NO SE PONDRÁN VESTIDOS DE MUJERES.
Deut 22, 5. *Ni el hombre vestidos de mujer.*
- XL. NO TE MARCARÁS EL CUERPO CON SEÑALES.
Lev 19, 28. *No os haréis incisiones en vuestra carne ni imprimiréis en ella figura alguna.*
- XLI. NO TE PONDRÁS SAGHATNAZUM²⁸.
Deut 22, 11. *No lleves vestido tejido de lana y de lino juntamente.*
- XLII. NO REDONDEARÁS EL BORDE DE LA CABEZA.
Lev 19, 27. *No os raparéis en redondo la cabeza.*
- XLIII. NO ELIMINARÁS LOS BORDES DE LA BARBA.
Lev 19, 27. *Ni raeréis la barba.*
- XLIV. NO TE HARÁS INCISIONES EN EL CUERPO.
Deut 14, 1. *No os hagáis incisiones.*
- XLV. NO VOLVERÁS A EGIPTO.
Deut 17, 16.
Deut 28, 68.
Ex 14, 13. *No volváis nunca jamás por ese camino. Por el camino de que te había dicho que no lo vieras más. Los egipcios que hoy veis no volveréis a verlos jamás.*
- XLVI. NO SEGUIRÁS LOS CAMINOS DEL CORAZÓN HUMANO.
Num 15, 39. *Que no se vayan detrás de los deseos de su corazón y de sus ojos, a los que se prostituyen.*
- XLVII. NO HARÁS PACTOS CON LOS IMPÍOS.
Deut 7, 2. *No harás pactos con ellos.*
- XLVIII. NO PERDONARÁS A NADIE DE LAS SIETE NACIONES.
Deut 20, 16. *Pero en las ciudades de las gentes que se te darán por heredad, no dejarás con vida a nada de cuanto respira.*

27. "Prestidigitador" o "encantador" son términos que nos permiten recoger sólo de forma aproximada el sentido de este sintagma hebreo cuya traducción literal al latín sería *iungens iunctionem*.

28. Término hebreo para designar el paño tejido de lana y lino conjuntamente.

XLIX. NO ACOGERÁS EN GRACIA A LAS SIETE NACIONES.

Ni les harás gracia.

Deut 7, 2.

L. LOS SEGUIDORES DE DIOSES FALSOS NO VIVIRÁN EN TU REGIÓN.

No habitarán en tu tierra, no sea que te hagan pecar contra mí, sirviendo a sus dioses. [254]

Ex 23, 33.

LI. NO CONTRAERÁS MATRIMONIO NI PARENTESCO CON ELLOS.

No contraigas matrimonio con ellos, no des tus hijas a sus hijos ni tomes sus hijas para tus hijos.

Deut 7, 3.

LII. NO PERMITIRÁS QUE EL AMONITA Y EL MOABITA ESTÉN NUNCA CERCA DE TI.

Amonitas y moabitas no serán admitidos, ni aun a la décima generación entrarán jamás en la asamblea del Señor.

Deut 23, 3.

LIII. NO APARTARÁS AL EDMITA DE TU PROXIMIDAD.

No detestes al edomita, porque es hermano tuyo.

Deut 23, 7.

LIV. NO TE APARTARÁS CON HORROR DE LA PROXIMIDAD DEL EGIPCIO.

Ni al egipcio, porque extranjero fuiste en su tierra.

Deut 23, 7.

LV. NO PROPONDRÁS NI CONCEDERÁS LA PAZ A LOS AMONTIAS Y MOABITAS.

No buscarás su amistad, ni cuidarás de su bienestar jamás en los días de tu vida.

Deut 23, 6.

LVI. NO HARÁS INFRUCTÍFERO EL ÁRBOL DE LOS ENEMIGOS NI SIQUIERA EN TIEMPO DE GUERRA.

Si para apoderarte de una ciudad enemiga tienes que hacer un largo asedio, no destruyas la arboleda metiendo en ella el hacha; come sus frutos y no los tales, que no es un hombre el árbol del campo para que pueda reforzar la defensa contra ti.

Deut 20, 19.

LVII. NO TEMERÁS NI SENTIRÁS MIEDO ANTE EL ENEMIGO EN EL COMBATE.

No los temas, porque en medio de ti está el Señor, tu Dios. Y, No los temas; acuérdate de lo que el Señor, tu Dios, hizo con el faraón y con todo el Egipto, las grandes pruebas que vieron tus ojos, los portentos y prodigios, la mano fuerte y el brazo tendido con que el Señor, tu Dios, te sacó; así hará también el Señor, tu Dios, con todos los pueblos que tú temes. Aun tábanos mandará el Señor, tu Dios, contra ellos, hasta hacer perecer a los supervivientes o a los que se escondiesen.

Deut 7, 21.
Deut 7, 18-20.

LVIII. NO OLVIDARÁS EL ULTRAJE DE AMALEC.

No lo olvides, etc.

Deut 25, 19.

LIX. NO PROFANARÁS EL SACROSANTO NOMBRE DE DIOS.

No blasfemarás contra Dios. Y así mismo: No profanarás mi nombre.

Ex 22, 28.

LX. NO JURARÁS EN FALSO POR EL NOMBRE DE DIOS.

No jures en falso por mi nombre.

Lev 19, 12.

LXI. NO INVOCARÁS EN VANO EL NOMBRE DE DIOS.

No tomarás en falso el nombre del Señor, tu Dios, porque no dejará el Señor sin castigo al que tome en falso su nombre.

Ex 20, 7.

LXII. NO PROFANARÁS LA SANTIDAD DEL NOMBRE DIVINO.

No profanéis mi santo nombre; sea yo santificado en medio de los hijos de Israel.

Lev 22, 31.

- LXIII. NO TENTARÁS A DIOS, TU GUÍA.
 Deut 6, 16. *No tentarás al Señor, tu Dios.*
- LXIV. NO MALGASTARÁS DE LO SAGRADO NI DE LO CONSAGRADO.
 Deut 12, 4-7. *No haréis así cuanto al Señor, vuestro Dios, sino que le buscaréis en el lugar que Él elija entre todas las tribus para poner en él su santo nombre y hacer en él su morada; allí iréis, allí le presentaréis vuestros holocaustos y sacrificios, [255] vuestras décimas, vuestras primicias y la ofrenda alzada de vuestras manos, vuestros votos y vuestras oblacones voluntarias y los primogénitos de vuestras vacas y ovejas. Allí comeréis delante del Señor, vuestro Dios, y os regocijaréis vosotros y vuestras familias, gozando de los bienes que vuestras manos adquieran y con que el Señor, tu Dios, te bendiga.*
- LXV. NO DEJARÁS EL CADÁVER DE UN AHORCADO EN EL MADERO DESPUÉS DE OSCURECER.
 Deut 21, 23. *Su cadáver no quedará en el madero.*
- LXVI. NO DESATENDERÁS EL CUIDADO DEL TEMPLO SAGRADO.
 Num 18, 5. *Tendréis el cuidado del santuario y del altar, para que no se desfogue ya más la ira contra los hijos de Israel.*
- LXVII. EL SACERDOTE NO ENTRARÁ EN EL TEMPLO A SU ARBITRIO.
 Lev 16, 2. *Di a tu hermano Arón que no entre nunca en el santuario.*
- LXVIII. EL SACERDOTE CONSCIENTE DE SU DEFECTO NO ENTRARÁ EN EL SANTUARIO.
 Lev 21, 23. *Mas no entrar detrás del velo ni acercarse al altar, porque tiene defecto y no debe contaminar mi santuario.*
- LXIX. EL SACERDOTE AFECTADO POR UN DEFECTO NO OFRECERÁ EL SACRIFICIO.
 Lev 21, 17. *Ninguno de tu estirpe según sus generaciones que tenga una deformidad corporal se acercará a ofrecer el pan de tu Dios.*
- LXX. NINGÚN SACERDOTE HARÁ UN SACRIFICIO MIENTRAS ESTÉ AFECTADO POR ALGÚN DEFECTO.
 Lev 21, 21. *Ninguno de la estirpe de Arón que tenga una deformidad corporal se acercará para ofrecer la combustión del Señor.*
- LXXI. LOS LEVITAS Y EL SACERDOTE NO USURPARÁN NI MEZCLARÁN SUS RESPECTIVAS FUNCIONES.
 Num 18, 3. *Estarán a tu servicio y al de todo el tabernáculo; pero no han de acercarse ni a los utensilios del santuario ni al altar, para no morir ellos y vosotros.*
- LXXII. NO BEBERÁS VINO NI BEBIDA EMBRIAGADORA CUANDO VAYAS A OCUPARTE DE LAS COSAS SANTAS.
 Lev 10, 9-11. *No beberás vino ni bebida alguna inebriante tú ni tus hijos, cuando hayáis de entrar en el tabernáculo de la reunión, no sea que muráis. Es ley perpetua entre tus descendientes, para que sepáis discernir entre lo santo y lo profano, lo puro y lo impuro, y enseñar a los hijos de Israel todas las leyes que por medio de Moisés les ha dado el Señor.*
- LXXIII. QUIEN NO PERTENEZCA A LA FAMILIA DE LEVÍ NO SE ACERCARÁ A LAS COSAS SAGRADAS.
 Num 18, 4. *Ningún extraño se acercará a vosotros. Y, El extraño que pretenda acercarse, morirá.*
- LXXIV. EL SACERDOTE IMPURO NO OFICIARÁ.
 Lev 22, 2-3. *Habla a Arón y a sus hijos para que respeten las cosas santas que me con-*

sagran los hijos de Israel y no profanen mi santo nombre. Yo, el Señor. Diles: "Cualquiera de vuestra estirpe de vuestras generaciones que tenga sobre sí alguna impureza, guárdese de acercarse a las cosas santas que los hijos de Israel ofrecen al Señor; si lo hiciere, será borrado de ante mí. Yo, el Señor". [256]

LXXXV. EL SACERDOTE LAVADO DE SU IMPUREZA NO SERVIRÁ ANTES DE LA PUESTA DEL SOL.

Y no profanarán el nombre de su Dios.

Lev 21, 6.

LXXXVI. EL IMPURO NO ENTRARÁ EN EL SANTUARIO.

Hombres o mujeres, todos los haréis salir del campamento para que no lo contaminen. Y, No irá al santuario hasta que cumplan los días de su purificación.

Num 5, 3.

Lev 12, 4.

LXXXVII. EL IMPURO NO SE ACERCARÁ AL LUGAR SAGRADO.

Si hubiere alguno impuro por accidente nocturno, sálgase fuera del campamento y no entre hasta que, al caer de la tarde, se bañe en agua. A la puesta del sol podrá entrar en el campamento.

Deut 23, 10.

LXXXVIII. NO LEVANTARÁS ALTAR DE PIEDRAS LABRADAS.

Si me alzas altar de piedras, no lo harás de piedras labradas, porque al levantar tu cincel sobre la piedra la profanas.

Ex 20, 25.

LXXXIX. NO SUBIRÁS POR GRADAS AL ALTAR.

No subirás por gradas a mi altar, para que no se descubra tu desnudez.

Ex 20, 26.

LXXX. EL FUEGO DEL ALTAR NO SE APAGARÁ.

El fuego arderá siempre en el altar, sin apagarse; el sacerdote le alimentará con leña todas las mañanas, pondrá sobre ella el holocausto y quemará allí el sebo de los sacrificios pacíficos. Es fuego perenne que ha de arder en el altar sin apagarse.

Lev 6, 12-13.

LXXXI. SOBRE EL ALTAR DE ORO NO QUEMARÁS NI COLOCARÁS NADA MÁS QUE EL SAHUMERIO CORRESPONDIENTE.

No ofreceréis sobre el altar ningún perfume profano, ni holocausto, ni ofrendas, ni derramaréis sobre él ninguna libación.

Ex 30, 9.

LXXXII. NADIE IMITARÁ UN PERFUME PARECIDO AL SAGRADO.

No haréis otro parecido a él de la misma composición.

Ex 30, 32.

LXXXIII. NADIE SE UNGIRÁ CON EL PERFUME SANTO MÁS QUE EL SUMO SACERDOTE Y EL REY.

No se derramará sobre cuerpo de hombre alguno.

Ex 30, 32.

LXXXIV. NADIE IMITARÁ EL SAHUMERIO SAGRADO.

Y nadie hará para sí otro de la misma composición.

Ex 30, 37.

LXXXV. LAS BARRAS NO SE SACARÁN DE LAS ANILLAS DEL ARCA.

Harás unas barras de madera de acacia, y las cubrirás de oro, y las pasarás por los anillos de los lados del arca para que pueda llevarse. Las barras quedarán siempre en los anillos y no se sacarán.

Ex 25, 13-15.

LXXXVI. EL PECTORAL NO SE SEPARARÁ DEL EFOD²⁹.

Se unirá el pectoral por sus anillos a los anillos del efod con una cinta de jacinto, para que quede el pectoral por encima del cinturón del efod, sin poder separarse de él.

Ex 28, 28.

29. El efod o ephod es una de las vestiduras sacerdotales que aparecen en el Antiguo Testamento. En la *Vulgata* se le denomina *superhumeralé*, porque caía sobre la espalda, ciñendo las otras vestiduras. Su descripción aparece recogida en Ex 28, 6-8.

LXXXVII. LA ABERTURA PARA LA CABEZA DE LA TÚNICA PONTIFICAL NO SE ROMPERÁ.

Ex 28, 32. *Tendrá en medio una abertura para la cabeza, y esta abertura tendrá todo en torno un refuerzo tejido como el que llevan las orlas de los vestidos para que no se rompan.*

LXXXVIII. NO HARÁS SACRIFICIOS MÁS QUE EN EL LUGAR ELEGIDO.

Deut 12, 13. *Guárdate de ofrecer holocaustos en cualquier lugar a que llegues.*

Lev 17, 4. LXXXIX. NO SACRIFICARÁS NINGUNA VÍCTIMA FUERA DEL LUGAR SANTO.

Lev 17, 9. *A todo hombre de la casa de Israel que en el campamento o fuera del campamento degüelle un buey, una oveja o una cabra [257] sin haberla llevado a la entrada del tabernáculo de la reunión para presentarlo en ofrenda al Señor ante el santuario, le será imputada la sangre; ha derramado sangre, y será borrado de en medio de su pueblo.*

XC. NO LLEVARÁS NADA DEFECTUOSO AL SANTUARIO.

Lev 22, 20. *No ofreceréis nada defectuoso.*

XCI. NO LLEVARÁS NADA DEFECTUOSO A YAHVEH.

Lev 22, 22. *No se lo ofreceréis al Señor.*

XCII. NO OFRECERÁS EN EL ALTAR DE YAHVEH LA SANGRE DE UN ANIMAL DEFECTUOSO.

Lev 22, 24. *No ofreceréis al Señor.*

XCIII. NO QUEMARÁS EN EL ALTAR DE YAHVEH NADA DEFECTUOSO.

Lev 22, 22. *Ni quemaréis nada de él en el altar del Señor.*

XCIV. NO SACRIFICARÁS BUEY NI OVEJA CON DEFECTO EVIDENTE.

Deut 17, 1. *No sacrificarás al Señor, tu Dios, buey ni oveja que tengan defecto.*

XCV. NO ACEPTARÁS DE UN EXTRANJERO UNA VÍCTIMA DEFECTUOSA.

Lev 22, 24-25. *No ofreceréis al Señor un animal que tenga los testículos aplastados, hundidos, cortados o arrancados; no lo ofreceréis al Señor; eso no lo haréis nunca en vuestra tierra. Ni de la mano de un extranjero recibiréis tales víctimas para ofrecerlas como alimento de vuestro Dios, pues están corrompidas y manchadas y no os serían aceptadas.*

XCVI. NO LLEVARÁS AL SANTUARIO NADA DEFECTUOSO,

Lev 22, 21. *Para ser aceptable, ha de ser perfecta, sin defecto.*

XCVII. NO AÑADIRÁS AL SACRIFICIO LEVADURA NI MIEL.

Lev 2, 11. *Toda oblación que ofrezcáis al Señor ha de ser sin levadura, pues nada fermentado, ni que contenga miel, ha de quemarse en el sacrificio al Señor.*

XCVIII. NO HARÁS UNA OFRENDA SIN SAL.

Lev 2, 13. *No dejarás que a tu ofrenda le falte la sal de la alianza de tu Dios.*

XCIC. NO LLEVARÁS AL SANTUARIO LOS DONES DE UNA RAMERA NI EL PRECIO DE UN PERRO.

Deut 23, 18. *No llesves a la casa del Señor ni la merced de una ramera ni el precio de un perro para cumplir un voto, que lo uno y lo otro es abominación para el Señor; tu Dios.*

C. NO SACRIFICARÁS EN EL MISMO DÍA A UN ANIMAL Y A SU CRÍA.

Lev 22, 28. *No inmoléis en el mismo día el animal y su cría.*

CI. NO AÑADIRÁS ACEITE A UN SACRIFICIO EXPIATORIO.

Lev 5, 11. *No pondrá en ella aceite.*

- CII. NO AÑADIRÁS INCIENSO A UN SACRIFICIO EXPIATORIO.
Ni pondrá en ella incienso, porque es ofrenda por el pecado. Lev 5, 11.
- CIII. NO PONDRÁS ACEITE A UNA OFRENDA DE CELOS.
No derramará aceite sobre ella. Num 5, 15.
- CIV. NO PONDRÁS INCIENSO A UNA OFRENDA DE CELOS.
Ni pondrá encima incienso, porque es ofrenda de celos. Num 5, 15.
- CV. NO CAMBIARÁS EL VOTO.
Si el voto es de animales de los que se ofrecen al Señor, cuanto así se ofrece en don, será cosa santa. No será mudado, no se pondrá uno malo en vez de uno bueno, ni uno bueno en vez de uno malo. [258] Lev 27, 9-10.
- CVI. NO CAMBIARÁS LO QUE PERTENECE A DIOS.
Nadie, sin embargo, podrá consagrar el primogénito de su ganado, que como primogénito pertenece al Señor; buey u oveja, del Señor son. Lev 27, 26.
- CVII. NO REDIMIRÁS LO QUE ESTÁ CONSAGRADO A DIOS.
Pero no aceptarás rescate por el primogénito de una vaca, de una oveja ni de una cabra. Num 18, 17.
- CVIII. NO VENDERÁS NI RESCATARÁS LAS DÉCIMAS.
Cuanto se consagra al Señor con anatema es cosa santísima; y nada consagrado con anatema podrá ser rescatado, habrá de ser muerto. Lev 27, 28-29.
- CIX. NO VENDERÁS NADA CONSAGRADO U OFRECIDO EN VOTO.
Nada de aquello que se consagra al Señor con anatema, sea hombre o animal o campo de su propiedad, podrá ser vendido ni rescatado. Lev 27, 28.
- CX. EL CAMPO SAGRADO NO PODRÁ SER RESCATADO.
O campo, no podrá ser vendido ni rescatado. Lev 27, 28.
- CXI. NO SEPARARÁS LA CABEZA DEL AVE QUE SE VA A SACRIFICAR.
Quien ofrecerá primero el que es por pecado, quitándole la cabeza sin separarla del todo. Lev 5, 8.
- CXII. NO ABUSARÁS DE LO QUE ESTÁ CONSAGRADO.
No harás trabajar al primogénito de tu vaca. Deut 15, 19.
- CXIII. NO ESQUILARÁS LAS OVEJAS CONSAGRADAS.
Y no esquilará al primogénito de tus ovejas. Deut 15, 19.
- CXIV. NO OFRECERÁS SACRIFICIO CON PAN FERMENTADO DURANTE LA PASCUA.
No ofrecerás con pan fermentado la sangre de mi sacrificio. Ex 23, 18.
- CXV. NO QUEDARÁ NADA DE LA PASCUA SAGRADA PARA EL DÍA SIGUIENTE.
Y la grasa de mi fiesta no quedará hasta el día siguiente. Ex 23, 18.
- CXVI. NO DEJARÁS LA CARNE DE LA VÍCTIMA PARA EL DÍA SIGUIENTE.
Cuando ofrezcáis al Señor un sacrificio de acción de gracias, lo ofreceréis de manera que sea aceptable; la víctima será comida el día mismo, sin dejar nada para el día siguiente. Lev 22, 29-30.
- CXVII. DURANTE LA PASCUA NO QUEDARÁ NADA DE LA VÍCTIMA SACRIFICADA POR LA TARDE PARA EL DÍA SIGUIENTE.
Nada de la víctima que a la tarde inmolares quedará para la noche hasta la mañana siguiente. Deut 16, 4.
- CXVIII. DURANTE LA PASCUA DEL SEGUNDO MES NO DEJARÁS NADA PARA EL DÍA SIGUIENTE.
No dejarás de ella nada para el día siguiente. Num 9, 12.

CXIX. DE LA VÍCTIMA OFRECIDA EN ACCIÓN DE GRACIAS NO QUEDARÁ NADA PARA EL DÍA SIGUIENTE.

Lev 22, 29-30.

Cuando ofrezcáis al Señor un sacrificio de acción de gracias, lo ofreceréis de manera que sea aceptable; la víctima será comida el día mismo, sin dejar nada para el día siguiente.

CXX. NO QUEBRANTARÁS NINGÚN HUESO DEL CORDERO OFRECIDO EN LA PASCUA.

Ex 12, 46.

Ni quebrantaréis ninguno de sus huesos.

CXXI. NO QUEBRANTARÁS LOS HUESOS DE LA SEGUNDA PASCUA.

Num 9, 12.

Ni quebrantarán ninguno de sus huesos. [259]

CXXII. NO SACARÁS FUERA NADA DE LA CARNE DE PASCUA.

Ex 12, 46.

Y no sacaréis fuera de ella nada de sus carnes.

CXXIII. NO COCERÁS CON LEVADURA LOS RESTOS DE LA OFRENDA.

Lev 6, 17.

No se cocerá con levadura.

CXXIV. LA CARNE DE PASCUA NO SE COMERÁ NI CRUDA NI HERVIDA.

Ex 12, 9.

No comerán nada de él crudo, ni cocido al agua.

CXXV. EL EXTRAÑO NO COMERÁ DE LA PASCUA.

Ex 12, 45.

Pero el adventicio y el mercenario no la comerán.

CXXVI. NINGÚN INCIRCUNCISO COMERÁ DE LA PASCUA.

Ex 12, 48.

Ningún incircunciso podrá comerla.

CXXVII. NINGÚN IDÓLATRA COMERÁ DE LA PASCUA.

Ex 12, 43.

No la comerá ningún extranjero.

CXXVIII. NADIE IMPURO COMERÁ DE LA PASCUA.

Lev 12, 4.

No tocará nada santo ni irá al santuario hasta que cumpla los días de su purificación.

CXXIX. LA CARNE SANTA, SI SE CONTAMINA, NO SE COMERÁ.

Lev 7, 19.

La carne que haya tocado una cosa impura no se comerá.

CXXX. LA CARNE SANTA NO SE COMERÁ DESPUÉS DE LA FECHA SEÑALADA.

Lev 19, 6-8.

Lo que quedare para el día tercero será quemado por el fuego. Si alguno comiere de ello al tercer día, será una abominación; el sacrificio no será acepto. El que lo haga contraerá reato, porque profana lo consagrado al Señor; y será borrado de en medio de su pueblo.

CXXXI. LOS RESTOS DE LAS COSAS SANTAS NO SE COMERÁN FUERA DE PLAZO.

Ex 29, 34.

Y no se comerá, porque es cosa santa.

CXXXII. NADIE AJENO AL CULTO COMERÁ DE LAS COSAS SANTAS.

Lev 22, 10.

Ningún extraño comerá las cosas santas.

CXXXIII. EL MERCENARIO Y EL HUÉSPED DEL SACERDOTE NO COMERÁN NI DE LO PRIMERO NI DE LO QUE SE APARTE.

Lev 22, 10.

Ni el que habite en la casa del sacerdote ni el mercenario las comerán.

CXXXIV. EL INCIRCUNCISO NO COMERÁ DE LO QUE SE APARTE.

Ex 12, 48.

Ningún incircunciso podrá comerla.

CXXXV. EL SACERDOTE IMPURO NO COMERÁ DE LO QUE SE APARTE.

Lev 22, 4.

El que de la estirpe de Arón tuviese lepra o flujo, no comerá de las cosas santas hasta no quedar puro.

- CXXXVI. LA HIJA DE UN SACERDOTE CASADA CON UN EXTRAÑO NO COMERÁ DE LAS COSAS SAGRADAS.
La hija de un sacerdote casada con un extraño no podrá comer de las cosas santas. Lev 22, 12.
- CXXXVII. NADIE COMERÁ DEL SACRIFICIO PARTICULAR DEL SACERDOTE.
Toda oblación de sacerdote se quemará entera, no se comerá. Lev 6, 23.
- CXXXVIII. EL SACERDOTE NO COMERÁ DE LA VÍCTIMA EXPIATORIA LLEVADA DENTRO DEL SANTUARIO.
No se comerá ninguna víctima expiatoria cuya sangre se haya de llevar al tabernáculo de la reunión para hacer la expiación del santuario; será quemada al fuego. [260] Lev 6, 30.
- CXXXIX. NO COMERÁS NADA IMPURO.
No comáis abominación alguna. Deut 14, 3.
- CXL. NO COMERÁS EN PRIVADO DEL SEGUNDO DIEZMO DE TU TRIGO.
No podrás comer en cualquiera de tus ciudades las décimas de tu trigo, de tu mosto y de tu aceite, ni los primogénitos de tus vacas y tus ovejas, ni nada de cuanto ofrezcas en cumplimiento de un voto, ni tus ofrendas voluntarias, ni las oblaciones de elevación. Deut 12, 17-18.
- CXLI. NO DISFRUTARÁS EN PRIVADO DEL SEGUNDO DIEZMO DE TU MOSTO.
No podrás comer las décimas de tu vino, etc. Deut 12, 17.
- CXLII. NO TE SERVIRÁS EN PRIVADO DEL SEGUNDO DIEZMO DE TU ACEITE.
No podrás comer las décimas de tu aceite. Deut 12, 17.
- CXLIII. NO COMERÁS EN PRIVADO LAS PRIMICIAS DE TU GANADO.
Los primogénitos de tus vacas y tus ovejas. Deut 12, 17.
- CXLIV. NO COMERÁS FUERA DEL SANTUARIO UN SACRIFICIO EXPIATORIO NI UN SACRIFICIO PACÍFICO.
De tus vacas y tus ovejas. Deut 12, 17.
- CXLV. NO COMERÁS EN PRIVADO UN HOLOCAUSTO.
Y todo cuanto ofrezcas en cumplimiento de un voto. Deut 12, 17.
- CXLVI. NO COMERÁS EN PRIVADO UNA OFRENDA VOLUNTARIA.
Y las ofrendas voluntarias. Deut 12, 17.
- CXLVII. NINGÚN EXTRAÑO COMERÁ DE LAS COSAS SANTAS.
No comerá de ello ningún extraño porque son cosas santas. Ex 29, 33.
- CXLVIII. EL SACERDOTE NO COMERÁ EN CASA PARTICULAR LAS OBLACIONES DE ELEVACIÓN.
Ni las oblaciones de elevación. Deut 12, 17.
- CXLIX. NO SE COMERÁ DEL SEGUNDO DIEZMO EN ESTADO DE IMPUREZA.
No he consumido nada de esto en estado de impureza. Deut 26, 14.
- CL. QUIENQUIERA QUE ESTÉ DE LUTO NO COMERÁ DEL SEGUNDO DIEZMO.
No he comido nada de ello en mi luto. Deut 26, 14.
- CLI. NO PONDRÁS EL VALOR DEL SEGUNDO DIEZMO SI NO ES EN COMIDA Y BEBIDA.
No lo he dado a los muertos. Deut 26, 14.

- Lev 22, 15. CLII. NO TE SERVIRÁS DE LOS FRUTOS ANTES DE HACER LA SEPARACIÓN.
No profanarán las cosas santas de los hijos de Israel, lo reservado al Señor.
- Ex 22, 29. CLIII. NO CAMBIARÁS EL ORDEN DE LO QUE HAY QUE APARTAR.
No diferirás la ofrenda de tu cosecha y de tu vino nuevo.
- Deut 23, 21. CLIV. NO CAMBIARÁS LA OFRENDA TANTO SI ES DE UN VOTO COMO VOLUNTARIA.
Cuando hicieres un voto al Señor, tu Dios, no retardes el cumplirlo; pues el Señor, tu Dios, de cierto te pedirá cuenta de ello y cargarías con un pecado.
- Ex 23, 15. CLV. NO VISITARÁS A DIOS SIN UNA OFRENDA.
No te presentarás ante mí con las manos vacías.
- Num 30, 3. CLVI. LO QUE ALGUIEN SE HAYA IMPUESTO O SE HAYA PROHIBIDO NO LO RESCINDIRÁ NI LO INCUMPLIRÁ.
Si uno hace un voto al Señor, o un juramento por el cual se obliga a sí mismo, no faltará a su palabra. [261]
- Lev 21, 7. CLVII. EL SACERDOTE NO TOMARÁ POR ESPOSA A UNA PROSTITUTA.
No tomará por esposa a una prostituta.
- Lev 21, 7. CLVIII. EL SACERDOTE NO ACEPTARÁ A UNA MUJER PROFANADA.
No tomará por esposa a una mujer deshonrada.
- Lev 21, 7. CLIX. EL SACERDOTE NO ACEPTARÁ A UNA MUJER REPUDIADA POR OTRO.
Ni a la que ha sido repudiada por su marido.
- Lev 21, 14. CLX. EL SACERDOTE NO TOMARÁ POR ESPOSA A UNA MUJER VIUDA.
Peró no tomará una viuda.
- Lev 21, 15. CLXI. EL SACERDOTE NO SE MEZCLARÁ CON UNA VIUDA.
No deshonrará su descendencia en medio de su pueblo.
- Lev 10, 6. CLXII. EL SACERDOTE NO DEJARÁ CRECER UNA ABUNDANTE CABELLERA.
No desnudéis vuestras cabezas.
- Lev 10, 6. CLXIII. EL SACERDOTE NO ROMPERÁ SU VESTIMENTA.
No rasguéis vuestras vestiduras.
- Lev 10, 7. CLXIV. EL SACERDOTE NO SALDRÁ DEL TEMPLO.
Vosotros no salgáis del tabernáculo de la reunión.
- Lev 21, 1-3. CLXV. UN SACERDOTE MENOR NO SE CONTAMINARÁ CON UN MUERTO QUE NO SEA ALLEGADO.
Habla a los sacerdotes hijos de Arón y diles: "Que ninguno se contamine por un muerto de los de su pueblo, a no ser por un próximo consanguíneo, por su madre, por su padre, por su hijo, por su hija, por su hermano, por su hermana virgen, que viva con él y no se hubiera casado". [262]
- Lev 21, 11. CLXVI. EL PONTÍFICE NO SE ACERCARÁ A NINGÚN MUERTO.
Y no se acercará a ningún muerto.
- Lev 21, 11. CLXVII. EL PONTÍFICE NO SE CONTAMINARÁ BAJO NINGÚN CONCEPTO.
No se contaminará ni por su padre ni por su madre.
- Deut 18, 2. CLXVIII. LOS LEVITAS NO TENDRÁN PARTE EN LA TIERRA.
No tendrán heredad en medio de sus hermanos.
- Deut 10, 9; 12, 12; 14, 27. CLXIX. LOS LEVITAS NO RECIBIRÁN PARTE DEL BOTÍN ENEMIGO.
No tendréis parte entre ellos. No tuvo Leví parte ni heredad entre sus hermanos.
- Deut 14, 1. CLXX. NO TE DECALVARÁS.
No os decalvéis entre los ojos por un muerto. Ni se raerán la cabeza.
- Lev 21, 5.

CLXXI. NO COMERÁS ANIMAL IMPURO.

Pero no comeréis los que sólo rumian o sólo tienen partida la pezuña.

Lev 11, 4.

CLXXII. NO COMERÁS UN ANIMAL DE AGUA IMPURO.

Pero abominaréis de cuanto no tiene aletas y escamas de entre los animales que se mueven en el agua y de entre todos los vivientes que en ella hay. Serán para vosotros abominación, no comeréis sus carnes.

Lev 11, 10-11.

CLXXIII. NO COMERÁS AVE NI RATÓN.

He aquí entre las aves las que no debéis comer.

Lev 11, 13.

CLXXIV. NO COMERÁS REPTIL ALADO.

Todo lo que reptá y tiene plumas será inmundo y no se comerá.

Deut 14, 9.

CLXXV. NO COMERÁS REPTIL TERRESTRE.

Todo lo que reptá sobre la tierra será abominación, y no lo tomarás como alimento.

Lev 11, 41.

CLXXVI. NO COMERÁS NINGÚN INSECTO.

No os bagáis abominables ni os bagáis impuros por ellos.

Lev 11, 43.

CLXXVII. NO COMERÁS NINGÚN GUSANO.

No comeréis ningún animal de los que se arrastran sobre su vientre, sea de los que se marchan sobre cuatro o sobre muchas patas; los tendréis por abominación.

Lev 11, 42.

CLXXVIII. NO COMERÁS NADA HORRIBLE.

No os mancharéis con ninguno de los reptiles que reptan sobre la tierra.

Lev 11, 44.

CLXXIX. NO COMERÁS NINGÚN CADÁVER.

No comeréis mortecino de ningún animal.

Cf. Lev 20, 25.

Deut 14, 21.

CLXXX. NO COMERÁS CARNE ARREBATADA.

No comeréis carne destrozada por las fieras.

Ex 22, 31.

CLXXXI. NO COMERÁS PARTE DE UN ANIMAL VIVO.

No debes comer la vida de la carne.

Deut 12, 23.

CLXXXII. NINGÚN ISRAELITA COMERÁ EL TENDÓN FEMORAL.

Por eso los hijos de Israel no comen, todavía hoy, el tendón femoral de la articulación del muslo; por haber sido herido en él Jacob.

Gen 32, 32.

CLXXXIII. NO COMERÁS SANGRE.

No comeréis sangre ni de ave ni de bestia.

Lev 7, 26.

CLXXXIV. NO COMERÁS LA GRASA DE UN ANIMAL PURO.

No comeréis sebo de buey, de oveja ni de cabra.

Lev 7, 23.

CLXXXV. NO COCERÁS EL CABRITO EN LA LECHE DE SU MADRE.

No cocerás el cabrito en la leche de su madre.

Deut 14, 21.

CLXXXVI. NO COMERÁS EL CABRITO COCIDO EN LA LECHE DE SU MADRE.

No cocerás el cabrito en la leche de su madre.

Cf. Lev 23, 19;
34, 26.

Deut 14, 21.

CLXXXVII. NO SE COMERÁN LAS CARNES DE UN BUEY ABATIDO EN LEGÍTIMA LAPIDACIÓN.

No comerán sus carnes.

Ex 21, 28.

CLXXXVIII. NO COMERÁS PAN DE LA NUEVA COSECHA ANTES DE LA OFRENDA.

No comeréis ni pan, ni trigo tostado, ni granos triturados de lo nuevo hasta el día en que llevéis la ofrenda de vuestro Dios. Es ley perpetua para vuestros descendientes, dondequiera que habitéis.

Lev 23, 14.

CLXXXIX. NO COMERÉIS TRIGO TOSTADO ANTES DE LA OFRENDA.

Y no comeréis trigo tostado.

Lev 23, 14.

- CXC. NO COMERÉIS CARMEL³⁰ ANTES DE LA OFRENDA.
 Lev 23, 14. *Y no comáis granos triturados.*
- CXCI. NO COMERÁS UNA FRUTA INCIRCUNCISA.
 Lev 19, 23. *Cuando hubiereis entrado en la tierra y plantareis árboles frutales de cualquier especie, sus frutos los miraréis como incircuncisos; durante tres años serán para vosotros incircuncisos y no los comeréis.*
- CXCII. NO COMERÁS EL FRUTO LIGADO CON LA VIÑA.
 Deut 22, 9. *Porque todo sería declarado cosa santa, lo sembrado y el producto de la viña. [263]*
- CXCIII. NO SE BEBERÁ EL VINO CONSAGRADO A LA SUPERSTICIÓN.
 Deut 32, 38. *Los que comían las grasas de sus víctimas y bebían el vino de sus libaciones.*
- CXCIV. NO COMERÁS HASTA EL PELIGRO DE LA SANGRE.
 Lev 19, 26. *No comerás carne con su sangre.*
- CXCV. EL DÍA DE LAS EXPIACIONES NO PROBARÁS BOCADO.
 Lev 23, 29. *Todo el que en ese día no se afligiere, será borrado de en medio de su pueblo.*
- CXCVI. EN LA FESTIVIDAD DE LA PASCUA NO SE COMERÁ PAN FERMENTADO.
 Ex 13, 3. *No se comerá pan fermentado.*
- CXCVII. NO COMERÁS NADA CON LEVADURA DURANTE ESTA FIESTA.
 Ex 12, 20. *No comeréis pan fermentado en todas vuestras moradas.*
- CXCVIII. DURANTE ESTA FESTIVIDAD NO COMERÁS PAN FERMENTADO DESDE EL MEDIODÍA.
 Deut 16, 3. *No comerás con ella pan fermentado.*
- CXCIX. NO HABRÁ NADA FERMENTADO EN AQUELLOS DÍAS DE FIESTA.
 Ex 13, 7. *No se verá pan fermentado ni levadura en todo tu territorio.*
- CC. DURANTE LOS SIETE DÍAS DE PASCUA NO SE ENCONTRARÁ LEVADURA EN LAS CASAS.
 Ex 12, 19. *Por siete días no habrá levadura en vuestras casas.*
- CCI. EL NAZAREO³¹ NO BEBERÁ NADA PROCEDENTE DE LAS UVAS.
 Num 6, 3. *No beberá nada procedente de la uva.*
- CCII. EL NAZAREO NO COMERÁ UVAS FRESCAS.
 Num 6, 3. *No comerá uvas frescas.*
- CCIII. EL NAZAREO NO COMERÁ UVAS PASAS O SECAS.
 Num 6, 3. *Ni las comerá secas.*
- CCIV. EL NAZAREO NO COMERÁ FRUTO DE LA VID.
 Num 6, 4. *No comerá desde la piel hasta los granos de uva.*
- CCV. EL NAZAREO NO COMERÁ LA PIEL DE LA UVA.
 Num 6, 4. *No comerá desde la piel hasta los granos de uva.*
- CCVI. EL NAZAREO NO SE CONTAMINARÁ A CAUSA DE UN MUERTO.
 Num 6, 7. *No se contaminará por el funeral ni de su padre, ni de su madre, ni de su hermano, ni de su hermana.*

30. Término hebreo para designar a la espiga tierna, y por extensión también al grano triturado.

31. Acerca del 'nazareo', véase la nota al mandamiento XCII en el capítulo VIII de la presente obra montañiana.

- CCVII. EL NAZAREO NO SE ACERCARÁ A UN MUERTO.
Durante todo el tiempo de su consagración no se acercará a cadáver alguno. Num 6, 6.
- CCVIII. EL NAZAREO NO SE AFEITARÁ DURANTE TODO EL TIEMPO QUE PERMANEZCA SEPARADO.
Durante todo el tiempo de su voto de nazareo no pasará la navaja por su cabeza, hasta que se cumpla el tiempo por el que se consagró al Señor. Num 6, 5.
- CCIX. NO APURARÁS EL BORDE DE TU CAMPO AL SEGAR.
Cuando bagáis la recolección de vuestra tierra, no segarás hasta el límite extremo de tu campo. Lev 19, 9.
- CCX. NO REBUSCARÁS LOS RESTOS DE LAS ESPIGAS.
Ni recogerás las espigas caídas. Lev 19, 9.
- CCXI. NO TE LLEVARÁS LOS RACIMOS DE TU VIÑA.
Ni los racimos de tu viña. Lev 19, 10.
- CCXII. NO RECOGERÁS LOS GRANOS DE UVA CAÍDOS.
Ni recogerás los granos caídos. Lev 19, 10.
- CCXIII. NO VOLVERÁS A BUSCAR LA GAVILLA OLVIDADA.
Cuando en tu campo siegues tu mies, si olvidas alguna gavilla, no vuelvas a buscarla. [264] Deut 24, 19.
- CCXIV. NO SEMBRARÁS MEZCLAS EN TU CAMPO.
No sembrarás en tu campo simiente de dos especies. Lev 19, 19.
- CCXV. NO PLANTARÁS EN TU VIÑA UNA SEGUNDA SIMIENTE.
No plantes en tu viña una segunda simiente, porque todo sería declarado cosa santa, lo sembrado y el producto de la viña. Deut 22, 19.
- CCXVI. NO LIGARÁS TUS BESTIAS.
No aparearás tu bestia con bestias de otra especie. Lev 19, 19.
- CCXVII. NO USARÁS BESTIAS DE DIFERENTES ESPECIES JUNTAS.
No ares con buey y asno uncidos juntos. Deut 22, 10.
- CCXVIII. NO RETIRARÁS EL ALIMENTO AL BUEY QUE TRILLA.
No pongas bozal al buey que trilla. Deut 25, 4.
- CCXIX. NO SEMBRARÁS TU CAMPO AL SÉPTIMO AÑO.
Pero el séptimo año será un sábado de descanso para la tierra; no sembrarás el campo. Lev 25, 4.
- CCXX. NO CULTIVARÁS TU VIÑA AL SÉPTIMO AÑO.
Ni podarás tu viña. Lev 25, 4.
- CCXXI. NO EXIGIRÁS LOS FRUTOS DE TUS ÁRBOLES AL SÉPTIMO AÑO.
No recogerás lo que de sí dieren. Lev 25, 5.
- CCXXII. NO DISPONDRÁS DE LOS FRUTOS DEL SÉPTIMO AÑO COMO DUEÑO.
Ni las uvas que dé tu viña las vendimiarás. Lev 25, 5.
- CCXXIII. EN EL QUINCUAGÉSIMO AÑO NO SE CULTIVARÁ EL CAMPO.
El año cincuenta será para vosotros jubileo; no sembraréis. Lev 25, 11.
- CCXXIV. EN EL QUINCUAGÉSIMO AÑO NO RECOGERÁS LO QUE DE SÍ DIERE LA TIERRA.
Ni recogeréis lo que de sí diere la tierra. Lev 25, 11.
- CCXXV. EN EL QUINCUAGÉSIMO AÑO NO BUSCARÁS LOS FRUTOS DE LOS ÁRBOLES.
Ni vendimiaréis la viña no podada. Lev 25, 11.

- CCXXXVI. EL CAMPO NO SE VENDERÁ EN POSESIÓN PERPETUA.
 Lev 25, 16-17. *Porque es el número de las cosechas lo que se vende; que nadie de vosotros defraude a su hermano.*
- CCXXXVII. LOS SUBURBANOS DE LOS LEVITAS NO PODRÁN CAMBIARSE DE LUGAR.
 Lev 25, 34. *Los campos situados en derredor de las ciudades de los levitas no podrán venderse.*
- CCXXXVIII. NO ABANDONARÁS AL LEVITA.
 Deut 12, 19. *Guárdate de desamparar al levita en todo el tiempo que vivas sobre tu tierra.*
- CCXXXIX. A PARTIR DEL AÑO DE LA REMISIÓN NO SE EXIGIRÁ LA DEUDA.
 Deut 15, 2. *Todo acreedor que haya prestado condonará al deudor lo prestado; no lo exigirá ya más a su prójimo, una vez publicada la remisión del Señor.*
- CCXXX. NO REHUSARÁS PRESTAR AL PRÓJIMO EN VÍSPERAS DE LA REMISIÓN.
 Deut 15, 9. *Guárdate de que se alce en tu corazón este bajo pensamiento: "Está ya cercano el año séptimo, el año de la remisión"; y de mirar con malos ojos a tu hermano pobre y no darle nada, no sea que él clame al Señor contra ti y te cargues con un pecado.*
- CCXXXI. NO SERÁS INTRATABLE PARA EL POBRE.
 Deut 15, 7-8. *Si hubiere en medio de ti un necesitado de entre tus hermanos, en tus ciudades, en la tierra que el Señor, tu Dios, te da, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás con qué poder satisfacer sus necesidades, según lo necesite. [265]*
- CCXXXII. AL ESCLAVO HEBREO REDIMIDO POR LEY NO LO ENVIARÁS SIN NADA.
 Deut 15, 13. *Y al despedirle libre de tu casa no le mandarás vacío.*
- CCXXXIII. NO APREMIARÁS AL POBRE A QUIEN HAYAS PRESTADO.
 Ex 22, 25. *Si prestas dinero a uno de mi pueblo, a un pobre que habita en medio de vosotros, no te portarás con él como acreedor y no le exigirás usura.*
- CCXXXIV. NO HARÁS GANANCIA CON EL INTERÉS.
 Lev 25, 37. *No le prestes tu dinero a usura ni tus bienes a ganancia.*
- CCXXXV. NO PRESTES A USURA DINERO, NI TRIGO, NI NINGUNA OTRA COSA.
 Deut 23, 19. *No exijas de tus hermanos interés alguno, ni por dinero, ni por víveres, ni por nada de lo que con usura suele prestarse.*
- CCXXXVI. NO HARÁS NEGOCIOS DE USURA.
 Ex 22, 25. *Y no le exigirás usura.*
- CCXXXVII. NO DIFIERAS PARA MAÑANA EL PAGO DEL TRABAJO.
 Lev 19, 13. *No quede en tu mano hasta el día siguiente el salario del jornalero.*
- CCXXXVIII. UN PARTICULAR NO TOMARÁ PRENDA DE SU DEUDOR.
 Deut 24, 15. *Si prestas algo a tu prójimo, no entrarás en su casa para tomar prenda; esperarás fuera de ella a que el prestatario te saque fuera la prenda.*
- CCXXXIX. NO ENGAÑARÁS A UN POBRE EN EL TIEMPO DE USO DE UNA PRENDA NECESARIA.
 Deut 24, 12-13. *Si éste es pobre, no te acostarás sobre la prenda; se la devolverás al ponerse el sol, para que él se acueste sobre su vestido y te bendiga, y esto será para ti justicia ante el Señor, tu Dios.*

- CCXL. NO OBLIGARÁS A LA VIUDA CON UNA PRENDA.
No tomes en prenda las ropas de la viuda. Deut 24, 17.
- CCXLI. NO TOMARÁS EN PRENDA EL UTILLAJE QUE SIRVE DE SUSTENTO.
No tomarás en prenda las dos piedras de una muela, ni la piedra de encima, porque es tomar la vida en prenda. Deut 24, 6.
- CCXLII. NO TE LLEVARÁS CON HURTO UN HOMBRE ALLEGADO.
No robarás. El que robe un hombre, háyalo vendido o téngalo en su poder, será muerto. Deut 5, 19.
 Ex 21, 16.
- CCXLIII. NO TOMARÁS NADA CON HURTO.
No hurtaréis. Lev 19, 11.
- CCXLIV. NO RECUPERARÁS UNA DEUDA POR LA FUERZA.
No oprimas a tu prójimo con violencia. Lev 19, 13.
- CCXLV. NO TURBARÁS EL LÍMITE DE TUS POSESIONES.
No moverás los términos de tu prójimo de donde los pusieron los antepasados en la heredad de tu propiedad, en la tierra que el Señor, tu Dios, va a darte en posesión. Deut 19, 14.
- CCXLVI. NO OPRIMIRÁS A NADIE.
No calumniarás a tu prójimo. Lev 19, 13.
- CCXLVII. NO NEGARÁS.
No mentiréis. Lev 19, 15.
- CCXLVIII. NO MENTIRÁS.
No haréis engaño y mentira unos a otros. Lev 19, 11.
- CCXLIX. NO AFLIGIRÁS A NADIE EN LOS TRATOS.
Si vendéis a vuestro prójimo o le compráis alguna cosa, que nadie perjudique a su hermano. [266] Lev 25, 14.
- CCL. NO REPRENDERÁS A LOS DE TU PUEBLO.
No afligiréis a vuestros hermanos; que cada uno tema a su Dios. Lev 25, 17.
- CCLI. NO REPRENDERÁS AL EXTRANJERO.
No maltratarás al extranjero. Ex 22, 21.
- CCLII. NO OPRIMIRÁS AL EXTRANJERO.
No le oprimirás. Ex 22, 21.
- CCLIII. AL ESCLAVO PROCEDENTE DE OTRO LUGAR QUE SE HAYA FUGADO HACIA TU CIUDAD, NO LO ENTREGARÁS A SU AMO.
No entregarás a su amo un esclavo huído que se haya refugiado en tu casa; tenlo contigo en el lugar que él elija. Deut 23, 15-16.
- CCLIV. NO MOLESTARÁS AL ESCLAVO RECIBIDO EN VUESTRA CIUDAD.
En una de tus ciudades, donde bien le viniere, sin causarle molestias. Deut 23, 16.
- CCLV. NO OPRIMIRÁS A LA VIUDA NI AL HUÉRFANO.
No dañarás a la viuda ni al huérfano. Ex 22, 22.
- CCLVI. AL ESCLAVO HEBREO NO LE IMPONDRÁS UNA SERVIDUMBRE DE ESCLAVOS.
Si empobreciere tu hermano cerca de ti y se vende, no le trates como siervo. Lev 25, 39.
- CCLVII. NO VENDERÁS LOS ESCLAVOS HEBREOS SEGÚN EL USO DE LA ESCLAVITUD.
No han de ser vendidos como esclavos. Lev 25, 42.

- CCLVIII. NO ORDENARÁS CON SEVERIDAD AL ESCLAVO HEBREO.
 Lev 25, 43. *No le dominarás con dureza.*
- CCLIX. NO PERMITIRÁS QUE UN ESCLAVO HEBREO SIRVA A UN EXTRANJERO CON RIGOR.
 Lev, 25.53 *No consentirás que a tus ojos le traten con dureza.*
- CCLX. NO VENDERÁS UNA ESCLAVA HEBREA A UN FORASTERO.
 Ex 21, 8. *Pero no podrá venderla a extraños.*
- CCLXI. NO LE NEGARÁS SUS DERECHOS A UNA ESCLAVA HEBREA A LA QUE HAYAS DESPOSADO.
 Ex 21, 9-10. *Si la destinaba a su hijo, la tratará como se trata a las hijas; y si tomare otra para sí, no disminuirá a la primera su vestido y sus derechos conyugales.*
- CCLXII. LA MUJER EXTRANJERA TOMADA COMO ESPOSA POR SU HERMOSURA NO SERÁ VENDIDA.
 Deut 21, 14. *Si después te desagradare, le darás la libertad y no la venderás por dinero.*
- CCLXIII. NO EMPLEARÁS DE MODO SERVIL A LA EXTRANJERA QUE HAYAS DESPOSADO.
 Deut 21, 14. *Ni la maltratarás, pues tú la humillaste.*
- CCLXIV. NO DESEARÁS LO DE TU PRÓJIMO.
 Deut 5, 21. *No desearás la mujer de tu prójimo, ni desearás su casa, ni su campo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de cuanto a tu prójimo pertenece.*
- CCLXV. NO DESEARÁS LO AJENO.
 Deut 5, 21. *Y no desearás, etc.*
- CCLXVI. EL JORNALERO NO SEGARÁ PARA SÍ LA MIES DE SU PRÓJIMO.
 Deut 23, 25. *Si entras en la mies de tu prójimo, podrás coger unas espigas con la mano, pero no meter la hoz. [267]*
- CCLXVII. EL JORNALERO NO SE LLEVARÁ NADA DE UNA FINCA AJENA.
 Deut 23, 24. *Si entras en la viña de tu prójimo, podrás comer uvas hasta saciar tu apetito, pero no guardarlas en tu zurrón.*
- CCLXVIII. NO DESATENDERÁS LO QUE ENCUENTRES DE OTRO.
 Deut 22, 1-3. *Si encuentras perdidos el buey o la oveja de tu hermano, no te retires de ellos; llévaselos a tu hermano. Si tu hermano habita lejos de ti y no le conoces, recoge el animal en tu casa y tenlo contigo hasta que tu hermano venga a buscarlo y devuélveselo. Lo mismo harás con su asno, con su manto y con todo cuanto perdido encontrases. No te desentiendas porque no es tuyo.*
- CCLXIX. NO NEGARÁS TU AYUDA AL QUE SUCUMBE A SU CARGA.
 Ex 23, 5. *Si encuentras el asno de tu enemigo caído bajo la carga, no pases de largo; ayúdale a levantarlo.*
- CCLXX. NO CAMBIARÁS LA MEDIDA JUSTA.
 Lev 19, 35. *No bagas injusticia en los juicios, ni en las medidas de longitud, ni en los pesos, ni en las medidas de capacidad.*
- CCLXXI. NO HABRÁ JUNTO A TI NINGUNA MEDIDA INJUSTA.
 Deut 25, 13-16. *No tendrás en tu bolso pesa grande y pesa chica. No tendrás en tu casa dos modios, uno grande y otro chico. Tendrás pesas cabales y justas, y modios cabales y justos, para que se alarguen tus días sobre la tierra que el Señor, tu Dios, te ha dado. Pues es abominación para tu Señor quien eso hace cometiendo una iniquidad.*

- CCLXXII. NO MUDARÁS TU JUICIO.
No hagas injusticias en tus juicios. Lev 19, 15.
- CCLXXIII. EL JUEZ NO ACEPTARÁ REGALOS.
No recibas regalos, que ciegan a los prudentes. Ex 23, 8.
- CCLXXIV. EL JUEZ NO TENDRÁ DEFERENCIA CON EL PODEROSO.
Ni complazcas al poderoso. Lev 19, 15.
- CCLXXV. EL JUEZ NO TEMERÁ A NADIE.
No atenderéis a la apariencia de las personas porque de Dios es el juicio. Deut 1, 17.
- CCLXXVI. EL JUEZ NO TENDRÁ DEFERENCIA CON EL POBRE.
No tuerzas el derecho del pobre en sus causas. Ex 23, 6.
- CCLXXVII. NO FALSEARÁS LA CAUSA DEL POBRE.
No tuerzas el derecho del pobre en sus causas. Ex 23, 6.
- CCLXXVIII. NO PERDONARÁS A LA MUJER CULPABLE.
Le cortarás las manos sin piedad. Deut 25, 12.
- CCLXXIX. NO FALSEARÁS EL DERECHO DEL EXTRANJERO O DEL HUÉRFANO.
No hagas injusticia al extranjero ni al huérfano. Deut 24, 17.
- CCLXXX. NO ESCUCHARÁS LAS MENTIRAS DE NINGUNO DE LOS LITIGANTES.
No esparzas rumores falsos. Ex 23, 1.
- CCLXXXI. NO SECUNDARÁS A LA MAYORÍA PARA HACER EL MAL.
No te dejes arrastrar al mal por la muchedumbre. Ex 23, 2.
- CCLXXXII. NO DARÁS TU OPINIÓN DEJÁNDOLE LLEVAR POR LA MAYORÍA.
En las causas no respondas porque así responden otros. Ex 23, 2.
- CCLXXXIII. NO FAVORECERÉIS A NADIE EN UNA CAUSA PARTICULAR.
No habrá diferencia de personas. Deut 1, 17.
- CCLXXXIV. NO DIRÁS FALSO TESTIMONIO.
No dirás falso testimonio contra tu prójimo. [268] Deut 5, 20.
- CCLXXXV. NO SUSCRIBIRÁS EL TESTIMONIO DEL MALVADO.
No te unas con los impíos para testificar en falso. Ex 23, 1.
- CCLXXXVI. NO RATIFICARÁS EL TESTIMONIO DE TUS FAMILIARES.
No morirán los padres por la culpa de los hijos, ni los hijos por la culpa de los padres. Deut 24, 16.
- CCLXXXVII. UN SOLO TESTIGO NO VALDRÁ CONTRA EL CULPABLE.
Un solo testigo no vale contra uno en cualquier delito o en cualquier pecado. Deut 19, 15.
- CCLXXXVIII. NO CONDENARÁS A MUERTE A UN INOCENTE.
No matarás. Ex 20, 13.
- CCLXXXIX. NO DARÁS MUERTE A NADIE SIN UN TESTIMONIO LEGÍTIMO.
No hagas morir al inocente y al justo. Deut 5, 17.
Ex 23, 7.
- CCXC. UN TESTIGO ÚNICO NO RESPONDERÁ EN UNA CAUSA GRAVE MÁS QUE SU TESTIMONIO.
Un testigo solo no basta para deponer contra uno y condenarle a muerte. Num 35, 30.
No será condenado a muerte sobre la palabra de un solo testigo. Deut 17, 6.
- CCXCI. NINGÚN CULPABLE RECIBIRÁ MUERTE ANTES DE CELEBRARSE EL JUICIO.
El vengador de la sangre no podrá matar al homicida antes de comparecer en juicio ante la asamblea. Num 35, 12.

- CCXCII. AL QUE INCITE AL HOMICIDIO LO APARTARÁS POR LA FUERZA, SI ES NECESARIO.
 Deut 25, 12. *Le cortarás las manos sin piedad.*
- CCXCIII. QUIEN HAYA PECADO SUFRIENDO VIOLENCIA NO SERÁ CASTIGADO.
 Deut 22, 26-27. *A ella nada le harás; no hay en ella reato de muerte, porque es como si un ladrón se arroja sobre un hermano suyo y le mata; el caso es igual. Cogida en el campo la joven gritó, pero no había nadie que la socorriese.*
- CCXCIV. A NADIE SE LE REDIMIRÁ LA SANCIÓN POR UN HOMICIDIO INVOLUNTARIO.
 Num 35, 31. *No aceptaréis rescate por la vida del homicida que deba ser condenado a muerte.*
- CCXCV. A NADIE SE LE REDIMIRÁ EL CASTIGO POR UN HOMICIDIO DELIBERADO.
 Num 35, 31. *El homicida que deba ser condenado a muerte, ha de ser muerto.*
- CCXCVI. CUANDO PUEDAS SALVAR AL QUE ESTÉ EN PELIGRO, NO LO ABANDONARÁS.
 Lev 19, 16. *No depongas contra la sangre de tu hermano.*
- CCXCVII. EVITARÁS SER EL CULPABLE DE UN PELIGRO O DE UNA OFENSA.
 Deut 22, 8. *Cuando construyas una casa nueva pondrás un pretil en derredor de tu terrado; no echés el delito de la sangre sobre tu casa si alguien se cayera de él.*
- CCXCVIII. NO SERÁS MOTIVO DE CULPA PARA OTRO.
 Lev 19, 14. *Ni pongas ante el ciego tropiezos.*
- CCXCIX. QUIEN MEREZCA AZOTES NO SERÁ AZOTADO MÁS ALLÁ DE SU DELITO NI DE SUS FUERZAS.
 Deut 25, 2. *Pero si fuere el delincuente condenado a la pena de azotes, el juez le hará echarse en tierra y le hará azotar conforme a su delito, llevando cuenta de los azotes.*
- CCC. NO SERÁS DELATOR, DIFAMADOR NI CALUMNIADOR.
 Lev 19, 16. *No vayas sembrando entre el pueblo la difamación.*
- CCCI. NO ODIÉS A NADIE DE CORAZÓN.
 Lev 19, 17. *No odies en tu corazón a tu hermano.*
- CCCII. NO REPRENDERÁS DESHONESTAMENTE A NADIE,
 Lev 19, 17. *Repréndele para no cargar tú por él con un pecado.*
- CCCIII. NO TE VENGARÁS.
 Lev 19, 18. *No busques venganza. [269]*
- CCCIV. NO ACECHARÁS.
 Lev 19, 18. *Y no guardes rencor contra los hijos de tu pueblo.*
- CCCV. NO COGERÁS UN PÁJARO JUNTO CON SUS CRÍAS.
 Deut 22, 6. *Sí en tu camino encuentras un nido de pájaros, en un árbol o en tierra, con pollos o con huevos y la madre sobre ellos, no cojas la madre con los pollos.*
- CCCVI. NO AFEITARÁS LA ZONA QUE PAREZCA AFECTADA DE LEPRA.
 Lev 13, 32-33. *Sí la mancha no se ha extendido y el pelo no ha mudado de color ni está la llaga más hundida que la piel, le hará que se afeite fuera de la parte afectada.*
- CCCVII. NO DESCUIDARÁS LA ENFERMEDAD DE LA LEPRA.
 Deut 24, 8. *Ten cuidado con la plaga de la lepra, guardando escrupulosamente y cum-*

pliendo cuanto te digan los sacerdotes levitas; todo cuanto yo les he prescrito lo pondréis escrupulosamente por obra.

CCCVIII. NO CULTIVARÁS NI SEMBRARÁS EL LUGAR DE LA BECERRA SACRIFICADA POR UN HOMICIDIO OCULTO.

Los ancianos de la ciudad más cercana al lugar del cadáver tomarán una becerra que no haya trabajado, que no haya llevado sobre sí el yugo, y la llevarán a un valle oculto, que nunca haya sido arado ni sembrado.

Deut 21, 3-4.

CCCIX. NO PERDONARÁS AL HECHICERO.

No dejarás con vida al hechicero.

Ex 22, 17.

CCCX. EL RECIÉN CASADO NO SERÁ OCUPADO EN NADA DURANTE EL PRIMER AÑO.

Cuando un hombre sea recién casado, no irá a la guerra ni se le ocupará en cosa alguna; quede libre en su casa durante un año para contentar a la mujer que tomó.

Deut 24, 5.

CCCXI. NO DESATENDERÁS LAS ENSEÑANZAS DE LOS MAESTROS DE LA LEY.

Y te irás a los sacerdotes hijos de Leví y al juez entonces en funciones, y le consultarás; él te dirá la sentencia que haya de darse conforme a derecho. Obrarás según la sentencia que te hayan dado en el lugar que el Señor ha elegido y pondrás cuidado en ajustarte a lo que ellos te hayan enseñado. Obrarás conforme a la ley que ellos te enseñen y a la sentencia que te hayan dado, sin apartarte ni a la derecha ni a la izquierda de lo que te hayan dado a conocer.

Deut 17, 9-11.

CCCXII. NO AÑADIRÁS NADA AL MANDAMIENTO DIVINO.

Todo lo que yo te mando, guárdalo diligentemente, sin añadir nada.

Deut 12, 32.

CCCXIII. NO QUITARÁS NADA AL MANDAMIENTO DE DIOS.

Ni quitar nada.

Deut 12, 32.

CCCXIV. NO DESACREDITARÁS A LOS JUECES.

No blasfemarás contra Dios.

Ex 22, 28.

CCCXV. NO IMPRECARÁS A LA AUTORIDAD.

Ni maldecirás al príncipe de tu pueblo.

Ex 22, 28.

CCCXVI. NO MALDECIRÁS A NADIE.

No profieras maldición contra el sordo.

Lev 19, 14.

CCCXVII. NO MALDECIRÁS A TUS PADRES.

El que maldijere a su padre o a su madre será muerto.

Ex 21, 17.

CCCXVIII. NO GOLPEARÁS A TUS PADRES.

El que hiera a su padre o a su madre será muerto.

Ex 21, 15.

CCCXIX. EL SÁBADO NO TRABAJARÁS.

Pero al séptimo día es día de descanso, consagrado al Señor, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, etc. [270]

Ex 20, 10.

CCCXX. LOS SÁBADOS NO SALDRÁS DEL LUGAR ASIGNADO.

Que no salga nadie de su puesto el sábado.

Ex 16, 29.

CCCXXI. EL SÁBADO NADIE SERÁ MORTIFICADO CON UN CASTIGO.

No encenderéis la lumbre en ninguna de vuestras moradas.

Ex 35, 3.

CCCXXII. DURANTE LA FESTIVIDAD DE LA PASCUA NO TRABAJARÁS.

No haréis en ellos obra alguna.

Ex 12, 15.
Cf. Num 28, 18.

CCCXXIII. EL DÍA SÉPTIMO DE LA PASCUA NO TRABAJARÁS.

Ex 12, 16. *El día primero tendréis asamblea santa, y lo mismo el día séptimo. No haréis en ellos obra alguna, fuera de lo tocante a aderezar lo que cada cual haya de comer.*

CCCXXIV. EL DÍA DE LA ASAMBLEA SANTA NO TRABAJARÁS.

Num 28, 25. *El séptimo día tendréis asamblea santa y no haréis en él trabajo servil alguno.*

CCCXXV. EL DÍA PRIMERO DEL SÉPTIMO MES NO TRABAJARÁS.

Lev 23, 24-25. *El séptimo mes, el día primero del mes tendréis fiesta solemne, anunciada a son de trompetas, asamblea santa. No haréis en él ningún trabajo servil.*
Cf. Num 29, 1.

CCCXXVI. EL DÍA DE LA FIESTA DE LA RECOLECCIÓN NO TRABAJARÁS.

Lev 23, 27-28. *El día décimo del séptimo mes es el día de la expiación; tendréis asamblea santa, os mortificaréis y ofreceréis al Señor sacrificios de combustión. No haréis en ese día ningún trabajo servil, porque es día de expiación y se ha de hacer la expiación por vosotros ante el Señor, vuestro Dios.*
Cf. Num 29, 12.

CCCXXVII. EL DÍA PRIMERO DEL SÉPTIMO MES NO TRABAJARÁS.

Lev 23, 35. *El día primer asamblea santa; no haréis en él ningún trabajo servil.*

CCCXXVIII. EL DÍA DE LAS EXPIACIONES NO TRABAJARÁS.

Num 29, 35. *El día octavo tendréis asamblea solemne y no haréis en él trabajo servil alguno.*

CCCXXIX. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU MADRE.

Lev 18, 7-8. *No descubrirás la desnudez de tu padre ni la de tu madre; es tu madre; no descubrirás su desnudez. No descubrirás la desnudez de la mujer de tu padre; es la desnudez de tu padre.*

CCCXXX. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE LA MUJER DE TU PADRE.

Lev 18, 8. *No descubrirás la desnudez de la mujer de tu padre; es la desnudez de tu padre.*

CCCXXXI. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU HERMANA.

Lev 18, 9. *No descubrirás la desnudez de tu hermana, hija de tu padre o hija de tu madre; nacida en la casa o nacida fuera de ella, no descubrirás su desnudez.*

CCCXXXII. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE LA HIJA DE LA MUJER DE TU PADRE.

Lev 18, 11. *No descubrirás la desnudez de la hija de la mujer de tu padre, nacida de tu padre; es tu hermana.*

CCCXXXIII. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE LA HIJA DE TU HIJO.

Lev 18, 10. *No descubrirás la desnudez de la hija de tu hijo o de la hija de tu hija, porque es tu propia desnudez.*

CCCXXXIV. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU NIETA, HIJA DE TU HIJA.

Lev 18, 10. *No descubrirás la desnudez de tu nieta, la hija de tu hija, porque es tu propia desnudez.*

CCCXXXV. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU HIJA.

Lev 18, 17. *No descubrirás la desnudez de tu mujer y de su hija. No descubrirás la desnudez de la hija de tu hijo, o de la hija de tu hija. [271]*

CCCXXXVI. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU MUJER NI DE SU HIJA.

Lev 18, 10. *No descubrirás la desnudez de tu mujer y la de su hija.*

- CCCXXXVII. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU MUJER NI DE SU NIETA.
No tomarás a la hija de su hijo. Lev 18, 17.
- CCCXXXVIII. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU MUJER NI DE SU NIETA, HIJA DE UNA HIJA.
No tomarás a la hija de su hija. Lev 18, 17.
- CCCXXXIX. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU TÍA PATERNA.
No descubrirás la desnudez de la hermana de tu padre; es la carne de tu padre. Lev 18, 12.
- CCCXL. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU TÍA MATERNA.
No descubrirás la desnudez de la hermana de tu madre; es la carne de tu madre. Lev 18, 13.
- CCCXLI. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE LA MUJER DE TU TÍO PATERNO.
No te acerques a su mujer; es tu tía. Lev 18, 14.
- CCCXLII. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU NUERA.
No descubrirás la desnudez de tu nuera; es la mujer de tu hijo; no descubrirás su desnudez. Lev 18, 15.
- CCCXLIII. NO DESTAPARÁS LAS VERGÜENZAS DE LA MUJER DE TU HERMANO.
No descubrirás la desnudez de la mujer de tu hermano; es la desnudez de tu hermano. Lev 18, 16.
- CCCXLIV. NO TOMARÁS A LA HERMANA DE TU MUJER EN VIDA DE ÉSTA.
No tomarás a la hermana de tu mujer para hacer de ella una rival suya descubriendo su desnudez con la de tu mujer en vida de ésta. Lev 18, 18.
- CCCXLV. NO TOCARÁS A UNA MUJER QUE NO SE HAYA LAVADO DESPUÉS DE LA MENSTRUACIÓN COMO INDICA LA LEY.
No te acercarás a una mujer durante el tiempo de su impureza para descubrir su desnudez. Lev 18, 19.
- CCCXLVI. NO TENDRÁS COMERCIO CON LA MUJER DE TU PRÓJIMO.
No tendrás comercio con la mujer de tu prójimo, manchándote con ella. Lev 18, 20.
- CCCXLVII. NO TE AYUNTARÁS CON UNA BESTIA.
No te ayuntarás con bestia, manchándote con ella. Lev 18, 23.
- CCCXLVIII. UNA MUJER NO SE UNIRÁ CON UNA BESTIA.
La mujer no se pondrá ante una bestia, prostituyéndose ante ella; es una perversidad. Lev 18, 23.
- CCCXLIX. EL VARÓN NO SE ACOSTARÁ CON OTRO VARÓN.
No te ayuntarás con hombre como con mujer; es una abominación. Lev 18, 22.
- CCCL. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU PADRE.
No descubrirás la desnudez de tu padre. Lev 18, 7.
- CCCLI. NO DESCUBRIRÁS LAS VERGÜENZAS DE TU TÍO PATERNO.
No descubrirás la desnudez del hermano de tu padre. Lev 18, 14.
- CCCLII. NO TENTARÁS LA SANTIDAD DE LA CONSANGUINEIDAD O DEL PARENTESCO CON NINGUNA UNIÓN.
Ninguno de vosotros se acercará a una consanguínea suya para descubrir su desnudez. Lev 18, 6.

CCCLIII. NO SERÁS COMPLACIENTE CON LOS HIJOS ESPURIOS.

Deut 23, 2. *MAMZER*, [es decir, el que ha nacido de una mujer prostituida³²], *no será admitido en la asamblea del Señor hasta la décima generación.*

CCCLIV. NO TE ACERCARÁS A UNA MUJER SI NO ES LEGÍTIMAMENTE.

Deut 23, 17. *Que no haya prostituta de entre las hijas de Israel.*

CCCLV. UNA MUJER REPUDIADA, Y A LA QUE OTRO HAYA TOMADO, AUNQUE QUEDE LIBRE, EL PRIMER MARIDO NO LA VOLVERÁ A TOMAR COMO ESPOSA.

Deut 24, 1-4. *Si un hombre toma una mujer y llega a ser su marido, y ésta luego no le agrada, porque ha notado en ella algo de torpe, le escribirá el libelo de repudio, [272] y poniéndoselo en la mano la mandará a su casa. Una vez que de la casa de él salió, podrá ella ser mujer de otro hombre. Si también el segundo marido la aborrece y le escribe el libelo de repudio y, poniéndoselo en la mano, la manda a su casa, o si el segundo marido que la tomó por mujer muere, no podrá el primer marido volver a tomarla por mujer después de haberse ella marchado, porque esto es una abominación para el Señor, y no has de llevar el pecado a la tierra que el Señor, tu Dios, te da en heredad.*

CCCLVI. LA VIUDA DESTINADA A LOS FAMILIARES DEL MARIDO MUERTO NO SE DESPOSARÁ ANTES CON OTRO.

Deut 25, 5. *Cuando dos hermanos habitan uno junto al otro y uno de los dos muere sin dejar hijos, la mujer del muerto no se casará fuera con un extraño.*

CCCLVII. QUIEN FUERE CONDENADO A CONTRAER MATRIMONIO CON LA MUJER A LA QUE FORZÓ, NO PODRÁ REPUDIARLA.

Deut 22, 28-29. *Si un hombre encuentra a una joven virgen no desposada, la coge y yace con ella y fueren sorprendidos, el hombre que yació con ella dará al padre de la joven cincuenta siclos de plata y ella será su mujer, por haberla él deshonrado, y no podrá repudiarla en su vida.*

CCCLVIII. QUIEN HUBIERE CALUMNIADO A SU MUJER, NO PODRÁ REPUDIARLA DESPUÉS DEL JUICIO POR CALUMNIA.

Deut 22, 13-19. *Si un hombre, después de haber tomado mujer y haber entrado a ella, la aborreciere y le imputare falsamente delitos y la difamase, diciendo: "He tomado a ésta por mujer, y cuando a ella entré no la hallé virgen"; el padre y la madre de ella tomarán las pruebas de su virginidad y las presentarán a los ancianos de la ciudad en la puertas. El padre de la joven dirá: "Yo he dado por mujer mi hija a este hombre, y él, habiéndola aborrecido, le imputa cosas deshonorosas, diciendo: 'No la he hallado virgen'. Ahí están las pruebas de la virginidad de mi hija", y desplegará la sábana ante los ancianos de la ciudad. Éstos cogerán al hombre y le castigarán, le impondrán una multa de cien siclos de plata, que entregarán al padre de la joven, por haber esparcido la difamación de una virgen de Israel; tendrá que tomarla por mujer, y nunca en la vida podrá repudiarla.*

CCCLIX. EL EUNUCO NO SE ACERCARÁ A UNA MUJER ISRAELITA.

Deut 23, 1. *No será admitido en la asamblea del Señor aquel cuyos órganos genitales hayan sido aplastados o amputados.*

32. La aclaración pertenece al texto de la *Vulgata*, pese a que Arias Montano no la recoge.

CCCLX. NO CASTRARÁS A NINGÚN ANIMAL.

No ofreceréis al Señor un animal que tenga los testículos aplastados, hundidos, cortados o arrancados; eso no lo haréis nunca en vuestra tierra.

Lev 22, 24.

CCCLXI. NO TE PONDRÁS COMO REY A UN EXTRANJERO.

No podrás darte por rey un extranjero que no sea tu hermano.

Deut 17, 15.

CCCLXII. EL REY NO TENDRÁ DEMASIADOS CABALLOS.

Que no tenga gran número de caballos.

Deut 17, 16.

CCCLXIII. EL REY NO AUMENTARÁ EL NÚMERO DE SUS MUJERES.

No tendrá mujeres en gran número.

Deut 17, 17.

CCCLXIV. EL REY NO ACUMULARÁ ORO NI PLATA.

Ni grandes cantidades de plata y oro.

Deut 17, 17.

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO I.

DE LA PROMULGACIÓN, RESTRICCIÓN Y ALIANZA DE LA LEY; DEL DOBLE FUNDAMENTO DE LAS PROMESAS; DE LAS AMENAZAS Y LA INJURIA

[273] Toda la doctrina de la piedad, la honestidad y el deber fue recopilada en seiscientos trece partes, es decir, miembros y artículos; la totalidad de la Ley que debe observar el hombre fue reunida, y a las antiguas obligaciones se les dio un nuevo nombre. El instaurador de la doctrina fue Dios, y Moisés el verdadero profeta y escriba que la llevó al código, siendo él mismo quien la publicó y expuso. Pues todas estas cosas eran las mismas para el género humano, mientras aquella imagen de similitud divina permaneciera desde el comienzo íntegra, conocida y entregada para la definición, estudio y ejercicio de sus partes; las mismas formas de las órdenes y de las prohibiciones pueden por sí enseñar claramente la distinción de lo correcto y lo equivocado, distinción que es percibida por los que no carecen de sentido común. Eso es lo que señala el más importante preceptor y maestro de los hombres, Jesús, Hijo de Dios, cuando dice: *¿Quién de vosotros, teniendo un siervo arando o apacentando el ganado, al volver él del campo le dice: "Pasa en seguida y siéntate en la mesa", y no le dice más bien: "Prepárame la cena, cñete para servirme hasta que yo coma y beba, y luego comerás y beberás tú?" ¿Deberá gratitud al siervo, porque hizo lo que se le había ordenado? Así también vosotros, cuando hiciéreis estas cosas que os están mandadas, decid: "somos siervos inútiles; lo que teníamos que hacer, eso hicimos".*

Lc 17, 7-10.

Sin embargo, mientras el hombre mantenía aquella imagen y similitud del padre Adán, mientras la humanidad era joven y gozaba de buena salud, debió tener, mantener por siempre y contemplar, adoctrinado por la bondad divina, el ejercicio y la preocupación por el respeto y cultivo de esta Ley. Y no sólo debió hacerlo, sino que también, en lo que se refiere a la obra, pudo hacerlo. De este modo, logró que su Creador aprobara su vida animal y obtuvo para ella, una vez aprobada, una recompensa que se había configurado como doble y no simple. Por un lado estaba la que contribuía a la misma vida

animal y le proporcionaba las mayores comodidades. Esta recompensa que fue prometida y garantizada por observar esta Ley y cumplirla con diligencia consistió en que hiciera feliz en este mundo a esa misma parte de la humanidad de menor importancia, es decir, la femenina, en la medida que lo permitieran el lugar y la naturaleza, con abundancia y profusión de las cosas sin las que la vida mortal no puede multiplicarse fácilmente; y estas cosas son la comida, el vestido y la salubridad del aire, del cielo y del sol, y lo que las conserva es la seguridad pública y privada y el desprecio de los peligros externos. [274] Así pues, ésta es la suma de los beneficios que fueron prometidos de forma apropiada a los que cumplían religiosamente con esta ley externa y común a la naturaleza de los hombres. A esta ley nos dedicaremos en su lugar oportuno más adelante, cuando hayamos deducido y enumerado sus fundamentos y cometidos.

Pero el otro género de recompensa, el que contribuye a la verdadera felicidad del hombre, constituye el capítulo principal, mientras que el que contribuye a la observancia de la ley externa se ha de llamar secundario. Por eso, aquella bendición divina que había sido destinada a los descendientes de Abraham fue puesta de manifiesto y anunciada por antiguas promesas, no para todos los que conservaran sólo el culto externo de la Ley, sino para los que, imitando la fe de Abraham, cultivaran la Ley a la vez que eligieran ardientemente aquel mismo misterio. En este misterio se contenían la facultad y la posibilidad de ejecutar la Ley, no sólo por el trabajo externo, sino también por la dedicación y el cultivo internos; y se contenía también la herencia del reino celeste que a partir de ello surgiría. Y conocer y retener esta distinción de ambas recompensas les hubiera convenido a aquellos que no tuvieran preocupación o empeño en perderse en las Sagradas Escrituras o extraviarse en el camino que conduce a la felicidad. Su ignorancia, olvido, negligencia y desprecio excluyó y dejó fuera de la promesa y herencia del reino eterno al pueblo israelita. Por el contrario, el conocimiento y observancia de esa distinción admitió al reino por la divina misericordia a pueblos llamados y obedientes.

Rom 9, 30-33.

Así está escrito: *Pues ¿qué diremos? Que los gentiles, que no perseguían la justicia, alcanzaron la justicia, es decir, la justicia por la fe, mientras que Israel, siguiendo la ley de la justicia, no alcanzó la Ley. ¿Y por qué? Porque no fue por el camino de la fe, sino por el de las obras. Tropezaron con la piedra del escándalo, según está escrito: He aquí que pongo en Sión una piedra de tropiezo, una piedra de escándalo, y el que creyere en Él no será confundido.*

Is 28, 16.

Entendemos que esta piedra de tropiezo es aquella simiente sagrada por cuya virtud y bendición estaba prometido que todas las familias de la tierra serían bendecidas; pues la Ley no pudo conducir a lo perfecto a nadie a causa de la debilidad de la carne de aquellos a los que la Ley fue dada o reclamada. Ello era sin duda imposible para la Ley, en tanto la carne fuera débil: Dios había asumido la tarea de llevarlo a cabo él mismo enviando al Verbo. Pero mientras se esperaba que Aquél viniera, le pareció bien promulgar esta Ley, con Moisés como intérprete, y que fuera observada del modo que conviniera hacerlo y que fuera practicada, y que lo que, a causa de la pusilanimidad del ser humano, se echara de menos de lo esencial de ella, es decir, la observancia interna y espiritual y la excelencia de los preceptos, se remitiera con fe y muy

Rom 8.

firme esperanza a la promesa de la divina liberalidad que se debía resolver y cumplir en su momento. Desde la primera desgracia de los hombres, éstos se quedaron con el conocimiento de su propio defecto, no del defecto de la Ley en sí, pues ésta era, en lo que atañe al aspecto externo, íntegra, verdadera, perfecta y santa en la actividad judicial y pública; y en lo que se refiere a la perfección interior, ella misma contenía todas las cosas que debían mostrar en su espíritu los que pugnarán por aquella máxima recompensa de la suprema felicidad. [275] Y ella también acusaba a cada uno de los hijos de Adán indicando que se encontraban lejos de la perfección y santidad que ella exigía. *En suma, que la Ley es santa, y el precepto santo, y justo, y bueno. ¿Luego lo bueno me ha sido muerte? Nada de eso; pero el pecado, para mostrar toda su malicia, por lo bueno me dio la muerte, haciéndose por el precepto sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal.*

Rom 7, 12-14.

En efecto, ninguna parte de la Ley, por mínima que sea, carece del misterio ni es ociosa o vacía de contenidos, y ello es coherente con la autoridad del que la propuso y con la utilidad de los que motivaron la redacción de las órdenes y las prohibiciones. Aunque en la Ley se encuentran algunas cosas cuya figura y forma parecen maravillosas por no estar su significado patente, pareció bien, sin embargo, que todo tuviera una gran gravedad y una máxima autoridad y, en consecuencia, un respeto cierto y comprobable. Así está escrito: *Todos tus mandamientos son verdad y ¡Cuánto amo tu ley! En ella medito todo el día. Tus mandamientos me hacen más sabio que a mis enemigos, porque siempre están conmigo. Me hacen más prudente que cuantos me enseñan, pues tus testimonios constituyen mi meditación. Soy más entendido que los ancianos, porque guardo tus preceptos.* Y el mismo profeta, cuando hubo conocido los mismos decretos y todos los preceptos y tras meditarlo con aplicación, los alababa de este modo: *La ley del Señor es perfecta: restaura el alma; el testimonio del Señor es fiel: hace sabio al simple. Los preceptos del Señor son rectos: alegran el corazón; los mandatos del Señor son limpios: esclarecen los ojos. El temor del Señor es puro: permanece por siempre; los juicios del Señor son verdad: del todo justos. Son más estimables que el oro acrisolado, más dulces que la miel, que el jugo de los panales. También tu siervo es iluminado por ellos, y en guardarlos halla gran provecho.* No sólo dice el profeta que es grande el provecho que les depara a los que cumplieron las órdenes divinas, sino que es abundante o múltiple, pues éste es el significado de la palabra *RAB* utilizada por él. Con ella se hace referencia a los dos tipos de recompensa: uno, el de los beneficios externos y favorables a esta vida mortal, por la Ley practicada y ejercida con obligaciones y sacrificios externos del modo que Dios sabía que podía cumplirla el hombre y exigía que cumpliera; otro, el de la virtud y bondad divina, que hará que las órdenes y prohibiciones que no se podían disponer del todo ni cumplir claramente (las llamaré 'espirituales', pues este término será conveniente usarlo a continuación en su lugar) y que el hombre animal no puede captar ni con sus sentidos ni con su pensamiento, se ejecuten por fin y se cumplan, una vez perdonados los pecados anteriores, y que baste y sobre y con los títulos de la ley externa a partir de la facultad y uso de la vida del espíritu de la Ley. El Profeta en un poema muy hermoso

Ps 118, 86.
Ps 118, 97-100.

Ps 18, 8-12.

Ps 18, 13-15.

decía que una abundancia como la que él deseaba de ambos géneros de beneficios, tanto externos como internos, debían hacer los que desde una firme fe prestaban servicio a la ley del que prometía y ordenaba: *¿Quién será capaz de conocer los pecados? Límpiame de los que se me ocultan, Señor. [276] Retrae también a tu siervo de los extraños, no se adueñen de mí; entonces seré irreprochable y purificado del gran pecado. Séante gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón.* En el último verso del mismo poema declaraba que esta eficiencia divina se le concedería y donaría: *¡Señor, mi colaborador y mi redentor!*

Ps 18, 15.

ba que esta eficiencia divina se le concedería y donaría: *¡Señor, mi colaborador y mi redentor!*

CAPÍTULO II.

DE LA SERIEDAD, ARMONÍA Y SANTIDAD DE LA LEY EXTERNA

Reservamos para su lugar apropiado, Dios mediante, la admirable majestad de la ley espiritual (puesto que revelarla no es propio de esta actividad que ahora realizamos, ni de nuestro proyecto actual, ni siquiera de nuestro talento) y retomamos de nuevo las características de la que sabemos que es llamada externa en las tablas y códices.

El aspecto externo de la Ley ordenado al hombre poseedor de racioncino y palabra lo conocemos por el ejemplo de la naturaleza y principalmente por la admonición divina. De hecho, no hay ninguna nación tan bárbara, tan ajena a la humanidad, que no se instituya algún camino y doctrina de lo que hay que hacer en la vida pública y en la privada. Y cuanto más docto e instruído en las mejores disciplinas sea su pueblo, tanto mejores y mas cuidadosos son los preceptos y disposiciones de los que se afana por dotarse. Pero el fundamento principal de las leyes se suele dividir en general en dos capítulos; uno, el de lo que cada mortal debe reflexionar, meditar y llevar a cabo que contribuya a perfeccionar sus dos partes, a saber, el cuerpo y el alma, aunque algo lo haya impulsado o alguna fuerza lo haya obligado a vivir solo y separado de la comunicación y sociedad de los demás hombres. El otro capítulo se refiere a los pensamientos y las acciones que el hombre debe conocer, tener y llevar a cabo para con aquellos con los que o bajo los que vive. Pues sabemos, ya desde el origen mismo de su naturaleza, y porque Dios lo enseña y afirma, que no conviene que el hombre nazca para sí solo, ni que esté solo y apartado: *No es bueno que el hombre esté solo.* Por ello consideramos que vale la pena que conozca sus cometidos, por los que es lógico y coherente con su naturaleza y persona que pase la vida consigo mismo y con otros.

Gen 2, 18.

Pero, para empezar a tratar de la vida y las acciones con cierto orden y en una sucesión conveniente, el capítulo aquel que trata de las obligaciones de las que hay que ocuparse con respecto a los demás lo dividimos en dos títulos, a saber, el del que supera la naturaleza del hombre, y el del que ocupa el mismo lugar en la dignidad de su naturaleza. No hay ninguna naturaleza superior a la animal y mortal del hombre, si no pensamos en la inmortal y poseedora de una vida mejor que la animal. Investigar y conocer ésta en pri-

mer lugar es lo razonable, así como preocuparse con diligencia por el modo, obligaciones y acciones con que se debe tratar. [277] Pues a partir de su conocimiento y correcto tratamiento sería fácil saber cómo conviene recibir y ocuparse no sólo de ella misma, sino de las demás similares a ella o menores o inferiores. Por ello se observa que los buenos y sabios legisladores que fueron más célebres comenzaron por los aspectos de la religión. Entre ellos trataron en primer lugar de la naturaleza que consideraban inmortal y superior al hombre y que creían que disfrutaba de la garantía de una divinidad y un espíritu, así como de la piedad y la justicia, la santidad y la religión que se debían atribuir a esa naturaleza suprema. Después hicieron decretos y leyes sobre las costumbres privadas de los hombres particulares y en tercer lugar sobre la sociedad común de los hombres entre sí. Este lugar lo trataron a lo largo y a lo ancho de acuerdo con la diversidad y situación de las personas privadas y públicas. Y nadie que sepa que Dios y los hombres pueden hablar y de hecho han hablado puede negar que, de todas las instrucciones y sanciones con las que la vida humana se pueda instruir y la sociedad y reunión de hombres se pueda guardar, se consideran las más importantes las que fueron expresadas mejor por el propio Dios sin profesores de sabiduría humana y sin fundadores de leyes. De ello en el prefacio de esta obra y en su prólogo nosotros, según nuestro leal saber y entender, hemos tratado en abundancia y con bastante claridad.

Así pues, Dios quiso que la primera y más importante parte de esta obra comprendiera las instrucciones y decretos que se han hecho sobre la naturaleza divina y sobre el modo, rito y pompa en que se debe tratar, pero quiso que se mostraran con cosas corpóreas y con otras pertinentes al sentido y al tacto; pero no las explicó en seguida abiertamente con sus causas y significados, sino que en una sola indicación señaló que todas estaban llenas de misterios que no había que divulgar, sino explicar en su lugar y momento. Sólo se les insinuaría en magisterio único a los que prestaran asidua y especial atención a la piedad, hasta que llegase aquel siglo prefijado por decisión divina en el que se ofrecieran explicadas las riquezas de los secretos celestes para afortunadísimo disfrute de los verdaderamente píos. Por tanto, antes de ese momento, aunque la raza de los hombres, una vez recibida la Ley, podía llamarse comúnmente Israel, sin embargo todavía no poseía aquella virtud admirable bosquejada con el nombre de Israel, sino que tan sólo mantenía aquél nombre inferior y más humilde de *IAGHACOB*, si bien con una gran fe y esperanza en su ascenso y aumento, y con una promesa perpetua de un tan grande don y beneficio. Eso es lo que significaba secretamente aquella oración y súplica llevada a cabo afanosamente por Jacob: *E hizo Jacob voto diciendo: "Si el Señor está conmigo, y me protege en mi viaje, y me da pan que comer y vestidos que vestir, y retorno en paz a la casa de mi padre, el Señor será mi Dios; esta piedra que he alzado como memoria será para mí casa de Dios, y de todo cuanto a mí me dieres te daré el diezmo"*.

Gen 28, 20-22.

De este modo la raza de los hombres desempeñaba un papel que durante mucho tiempo representaba con aquellas imágenes, sombras, figuras, espectros y sueños: [278] de eso trata el sueño aquel que tuvo Jacob cuando huía de su hermano. Sin embargo, cuando las cosas tenían que cambiar y Ja-

Is 45, 3-6.

cob hubo de volver de su exilio y huída, entonces se estaba preparando un nuevo nombre para aquél y se prometía el conocimiento público de los más importantes misterios y la comunicación de la doctrina: *Yo te entregaré los tesoros escondidos y las riquezas de los escondrijos, para que sepas que yo soy el Señor; el Dios de Israel, que te llamó por su nombre. Por amor de mi siervo Jacob, por amor de Israel, mi elegido, te he llamado por tu nombre, te he dado un nombre glorioso, aunque tú no me conocías. Soy yo, el Señor, no es ningún otro; fuera de mí no hay Dios. Yo te he ceñido, aunque no me conocías, para que sepan desde el levante del sol y desde el poniente que no hay ninguno fuera de mí.* La parte de la Ley y de la doctrina que se dedica a la administración de los asuntos religiosos y sagrados mostraba con imágenes muy ilustrativas y ordenaba meditar y pensar constantemente en lo que con prudentísimo consejo se había decretado sobre el concepto de Dios, sobre su culto, sobre el deseo de los hombres de los máximos dones y recompensas del cielo, y sobre la explicación y elaboración del propósito divino. Y en toda esta categoría nada se estableció ni se ordenó que fuera superfluo, que estuviera de más, ni que estuviese dirigido a una ocupación vacía o vulgar o a la pompa o aparato de un pretencioso ornato. Es más, ocultaban el enorme y sólido valor de su significado bajo aquella apariencia tosca y abierta a los sentidos. Pero mientras duró aquella época de conocimientos y acciones, no se cernían en vano o sin fruto sobre los estudios y actividades la preocupación y el trabajo. Así pues, el poder de las expiaciones, al menos el de las externas, se les atribuía a aquellas cosas no desde la fuerza o energía de la naturaleza de ellas, sino desde la fe en aquella virtud divina, a la que pertenece la autoridad de expiar verdadera y propiamente, de renovar y de amplificar, es decir, la autoridad del Verbo de Dios que todo lo culmina en su momento, que entre tanto exige obediencia y solicita el cultivo de la piedad en el modo en que entonces aclaraba que se ofreciera. *Dispuestas así las cosas, en la primera estancia del tabernáculo entraban cada día los sacerdotes que desempeñaban sus ministerios; pero en la segunda, una sola vez en el año entraba el pontífice solo, no sin haber ofrecido la sangre en expiación de sus ignorancias y las del pueblo. Quería mostrar con esto el Espíritu Santo que aún no estaba expedito el camino del santuario mientras el primer tabernáculo subsistiese. Era esto figura que miraba a los tiempos presentes, pues en aquél se ofrecían oblacones y sacrificios, que no eran eficaces para hacer perfecto en la conciencia al que ministraba, pues era sólo sobre alimento, bebidas, diferentes lavatorios y preceptos de una justicia carnal establecidos hasta el tiempo de la rectificación.*

Hebr 9, 6-10.

Después de la definición de las cosas divinas viene a continuación la que guía la vida privada de cualquier hombre, de qué modo se debe organizar y tratar, en cuanto a hombre que es y difiere de los animales. Y es que ésa no se pudo exponer de manera apropiada, como conviene, antes de que se supiera qué era Dios y qué destino le reservaba Dios a la naturaleza humana. Todas las acciones de este tipo se definen con los nombres de integridad y continencia. Y este cometido lo ilustran las órdenes, normas, decretos y prohibiciones que tratan del amor y afecto a Dios, de la elección con un significado antiguo que hay que hacer de los alimentos [279] y bebidas, del modo de vestir y atavío, y de las cosas y preocupaciones de este tipo que parecen afectar a cada uno en privado.

La tercera parte del círculo en las acciones humanas la reclaman todas las cosas que son dignas y merecedoras de observar y cumplir contra todas las demás personas y cosas de acuerdo con su lugar y honor; o bien los demás necesarios, con los que se debe actuar, unidos por afinidad con la misma familia; o bien los conciudadanos de la misma república, o bien ciudadanos distintos. Toda esta parte la ocupan la abstinencia, la modestia, la inocencia y la justicia, la suma de cuyas virtudes la abarca el único nombre del oficio. Varios y diversos miembros de esta parte, divididos por artículos y dispuestos muy extensamente, se recogen en los monumentos de aquel sagrado volumen en el que se ofrecen preceptos adecuados a todas las personas, desde el respeto a los padres y la deferencia ante los príncipes hasta la clemencia con los siervos. Y también se promulgan, ratificadas y consolidadas, las leyes de los cargos públicos que tienen en cuenta la prudencia y la justicia. Éstas, como quiera que han sido así decretadas, establecidas y transmitidas, además de la gran dignidad y autoridad que tienen, en cuanto que les procede de la majestad de Dios, pueden aportar también una gran utilidad y un decoro no comparable a la hermosura de ninguna ley humana a aquellos pueblos y asuntos públicos que se hayan afanado por encaminar su vida y sus cosas a la norma de esta disciplina. Así está escrito: *Pues sabemos que la Ley es buena para quien use de ella legítimamente.* Y el propio Dios confirmaba que la extraordinaria excelencia de esta Ley, más allá de todas las demás que fuesen dignas de particular recuerdo en el mundo, se defendería y probaría con el reconocimiento y testimonio de todas las naciones: *Ahora, pues, Israel, guarda las leyes y mandamientos que yo te inculco, y ponlas por obra, para que vivas, y entréis y os posesionéis de la tierra que os da el Señor, Dios de vuestros padres. No añadiréis nada a lo que os prescribo, ni nada quitéis, sino guardad los mandamientos del Señor, vuestro Dios, que yo os prescribo. Con vuestros ojos habéis visto lo que hizo el Señor por lo de Baal Fogor. A cuantos se fueron tras Baal Fogor los exterminó el Señor, vuestro Dios, de en medio de vosotros. Por lo contrario, vosotros, los que fuisteis fieles al Señor, vuestro Dios, estáis todavía todos. Mirad: Yo os he enseñado leyes y mandamientos, como el Señor, mi Dios, me los ha enseñado a mí, para que los pongáis por obra en la tierra en que vais a entrar para poseerla. Guardadlos y ponedlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos, que, al conocer todas esas leyes, se dirán: Sabia e inteligente es, en verdad, esta gran nación. Porque, ¿cuál es en verdad la gran nación que tenga dioses tan cercanos a ella, como el Señor, nuestro Dios, siempre que le invocamos? Y ¿cuál la gran nación que tenga leyes y mandamientos justos, como toda esta Ley que yo os propongo hoy? Cuida, pues, con gran cuidado de ti mismo y de tu alma.*

1 Tim 1, 8.

Deut 4, 1-9.

Pero, aunque Dios habría podido hacer uso de los hombres del modo que hubiera querido una vez liberados de una durísima servidumbre, sin embargo no quiso utilizarlos como esclavos forzados, sino como manumitidos y regalados con la libertad, enriquecidos con un cúmulo de los más grandes regalos, [280] a saber, una ciudadanía establecida en el mundo a partir de cosas y personas, privadas y públicas, reducidos de forma muy conveniente a unos estamentos determinados, y a partir de leyes y decretos que se debían hacer, de todos los cuales Él mismo se ofrecía como autor, censor, dictador y garan-

te, y con ese estado del pueblo, de la ciudadanía y del que vive la vida mortal no pudo sucederle nada más feliz en la tierra a los que viven una vida mortal ni a ninguna promesa más excelente pudieron llegar. Sin embargo, para que nadie nunca pudiese justificar o excusar la coacción o la violencia, quiso que fuese divulgada y promulgada tras hacerse unas votaciones mediante un ministro justo y legítimo y tras hacer una consulta tanto de la plebe como de los próceres con voluntad, fe y deferencia; una vez hecha y recibida principalmente una promesa no sólo del mejor, más justo y más clemente imperio, sino también del lugar oportuno para la morada de la gente y provisto de todas las comodidades que se requieren para llevar una vida tranquila y suave. Y aquella consulta fue así: *Subió Moisés a Dios, y el Señor le llamó desde lo alto de la montaña diciendo: "Habla así a la casa de Jacob, di esto a los hijos de Israel: 'Vosotros habéis visto lo que yo he hecho a Egipto y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa'".* Así pues, se hicieron las votaciones, y el consejo de los mayores y los senadores (mediante los cuales pareció bien llevar al pueblo la consulta) fue reunido

Ex 19, 3-6.

Ex 19, 7-8.

Ex 19, 8-9.

Ex 20, 18-22.

al tercer mes de libertad pública. *Moisés vino, y llamó a los ancianos de Israel, y les expuso todas estas palabras, como el Señor se lo había mandado. El pueblo todo entero respondió: "NOSOTROS HAREMOS TODO CUANTO HA DICHO EL SEÑOR".* Y para que nunca pudiese existir privada o públicamente la posibilidad de que un ministro fingiera o simulara una alocución o sermón de Dios, Dios quiso que su verdad y constancia fuera probada delante del pueblo, es decir, en el primer sermón que contuviera lo más importante de las leyes y el derecho, enviando desde arriba una voz y haciendo un discurso que probara la fuerza de su espíritu y declarara su consejo, su voluntad y su autoridad. *Moisés fue a transmitir al Señor las palabras del pueblo, y el Señor dijo a Moisés: "Yo vendré a ti en densa nube, para que vea el pueblo que yo hablo contigo y tengan siempre fe en ti".* Esto que así se llevó a cabo ya lo tratamos antes, cuando disertábamos sobre la doctrina y la promulgación de los diez primeros elementos de la Ley divina. En efecto, como aquella majestad del espíritu que se dirigía a los hombres era mayor y más terrible de lo que los sentidos o el espíritu de los hombres podían presenciar u oír intrépidamente, y como ya en adelante nada más se requería en lo que se refería a la fe en que había un espíritu presente, se pidió primero y luego se pactó, se convino y se garantizó que en lo sucesivo el adivino primero recibiría la respuesta divina y después él la comunicaría. Así está escrito: *Todo el pueblo oía los truenos y el sonido de la trompeta y veía la montaña humeante; y atemorizados, llenos de pavor, se estaban lejos. Dijeron a Moisés: "Háblanos tú, y te escucharemos; pero que no nos hable Dios, no sea que muramos".* [281] *Respondió Moisés: "No temáis, que para probaros ha venido Dios, para que tengáis siempre ante vuestros ojos su temor y no pequéis".* El pueblo se estuvo a distancia, pero Moisés se acercó a la nube donde estaba Dios. *El Señor dijo a Moisés: "Habla así a los hijos de Israel: Vosotros mismos habéis visto cómo os he hablado desde el cielo".* Y no mucho antes de que esto sucediera el pueblo ya había conocido claramente la autoridad del ministro afirmada y amplificadas con conversaciones y respuestas en

una y otra dirección. *Todo el Sinaí humeaba, pues había descendido el Señor en medio de fuego, y subía el humo, como el humo de un borno, y todo el pueblo temblaba. El sonido de la trompeta se hacía cada vez más fuerte. Moisés hablaba y el Señor le respondía mediante el trueno.* La consecuencia de ello fue que el pueblo, temeroso de tanta majestad, acabó por crear el oficio y labor de intérprete, adoptado por Moisés. Y Dios, haciendo uso de esa misma creación, señaló el lugar, momento y modo en que se mostraría a Moisés para dictarle todos los capítulos de las leyes, instituciones y preceptos. Prescribió que se le debía construir con partes legítimas y convenientes un cierto lugar como un palacio real en medio del pueblo para esa Ley, para las reuniones públicas, y para que se llevaran a cabo los ministerios para con el rey y se solicitaran los favores regios y divinos. También prescribió el momento en que se debía consultar y someterse al oráculo en el instante mismo de los manjares divinos, es decir, de los sacrificios, y el modo y atavío en que Dios se demostraría presente, con una nube esparcida sobre aquel palacio, que en latín se llama *tabernaculum* y que también podemos llamar *regio*, pues esa traducción correcta admite el nombre *MISCHAN*. De esto que decimos leemos así en uno y otro capítulo: *Harás dos querubines de oro, de oro batido, a los dos extremos del propiciatorio, uno al uno, otro al otro lado de él. Los dos querubines estarán a los dos extremos. Estarán cubriendo cada uno con sus dos alas desde arriba el propiciatorio, de cara el uno al otro, mirando al propiciatorio. Pondrás el propiciatorio sobre el arca, encerrando en ella el testimonio que yo te daré. Allí me revelaré a ti, y de sobre el propiciatorio, de en medio de los dos querubines, te comunicaré yo todo cuanto para los hijos de Israel te mandaré.* Asimismo: *El segundo cordero lo ofrecerás entre dos luces, con una ofrenda y una libación iguales a las de la mañana, en olor de suavidad; es sacrificio por el fuego al Señor, holocausto perpetuo en vuestras generaciones, a la entrada del tabernáculo de la reunión, ante el Señor, allí donde yo me haré presente para hablarte. Allí me haré yo presente a los hijos del Señor.* Esto es lo que sabemos que se comenzó a hacer y después se repitió desde aquel día en que por primera vez se inauguró y dedicó aquel palacio real sagrado. *Entonces la nube cubrió el tabernáculo de la reunión y la gloria del Señor llenó el habitáculo. Moisés no pudo ya entrar en el tabernáculo de la reunión, porque estaba encima la nube, y la gloria del Señor llenaba el habitáculo. Todo el tiempo que los hijos de Israel hicieron sus marchas, se ponían en movimiento cuando se alzaba la nube sobre el tabernáculo, y si la nube no se alzaba, no marchaban hasta el día en que se alzaba. Pues la nube del Señor se posaba durante el día sobre el tabernáculo [282] y durante la noche la nube se hacía ígnea a la vista de todos los hijos de Israel, todo el tiempo que duraron sus marchas. Llamó el Señor a Moisés y le habló desde el tabernáculo de la reunión, diciendo: "Habla a los hijos de Israel y díles: Quien de vosotros ofreciere al Señor una ofrenda de reses..."*; y todo lo demás que en aquel lugar divino se cuenta que se le dictó al ministro y lo que él mismo añade no por su propio consejo y mandato, sino por uno totalmente divino. *Cuida, pues, con gran cuidado no olvidarte de cuanto con tus ojos has visto y no dejarlo escapar de tu corazón por todos los días de tu vida; antes bien, ensénaselo a tus hijos y a los hijos de tus hijos. Acuérdate del día en que estuviste ante el Señor, tu Dios, en Horeb, cuando el*

Ex 19, 18-19.

Ex 25, 18-22.

Ex 29, 41-43.

Ex 40, 34-38.

Lev 1, 1-2.

Deut 4, 9-15.

Señor me dijo: Convoca al pueblo a asamblea, para que yo le haga oír mis palabras y sepan temerme todos los días de su vida sobre la tierra y se lo enseñen a sus hijos. Vosotros os acercásteis, quedándoos en la falda del monte, mientras éste ardía en fuego, cuyas llamas se elevaban hasta el corazón del cielo: tiniebla, nube y obscuridad. Entonces os habló el Señor de en medio del fuego y oísteis bien sus palabras, pero no visteis figura alguna, sino sólo una voz. Os promulgó su alianza y os mandó guardarla: los diez mandamientos, que escribió sobre las tablas de piedra. Y a mí me mandó entonces el Señor que os enseñase las leyes y mandatos que habíais de guardar en la tierra que vais a pasar para poseerla. Guardas vuestras almas con esmero.

CAPÍTULO III.

DE LOS TÉRMINOS Y CONDICIONES DE LA ALIANZA

Así pues, una vez decretadas las leyes y las instrucciones para la vida, y una vez entregada la enseñanza, se pasó a las justas condiciones en que debía ser sellado el pacto con el pueblo; y se hizo teniendo por intérprete a Moisés, convertido en fiel escriba de la Ley, en mensajero y Pontífice, pues representaba a ambas partes, a saber, la de Dios y la de los hombres. Pareció bien que el propio Pontífice fuera familiar a ambas partes, para que asumiera con ánimo y entusiasmo los asuntos de ambas partes de los que se había de ocupar. La propia semejanza de naturaleza lo había hecho familiar a los hombres, ya que él mismo, como hombre sacado de los hombres, no consideraba que nada humano le fuera ajeno. Ciertos ritos prescritos por la sabiduría divina e iniciados y cumplidos de forma adecuada garantizaron que él fuera más próximo y familiar a Dios y que también cumpliera un papel superior al de un hombre, y ello no por la naturaleza y virtud de las propias cosas con las que esos ritos se llevaran a cabo, sino por la eficacia del mando y verbo divinos y sobre todo por el arcano significado de aquellos ritos, significado que predecía algo mayor y mucho más importante para los siglos posteriores y que señalaba a otro sacerdote mucho más importante por cuya autoridad suprema y suya propia se culminaría lo que en aquellos tiempos todavía no se podía llevar a cabo. Pero de acuerdo con lo que en aquella época era normal, cuando había una ley de fuego y el terror estaba instalado en las almas de los hombres, el legislador todavía se mostraba entre rayos, truenos, humo, niebla y nubes más estremecedor que apetecible de ver. De este modo Dios demostró que el mensajero y Pontífice, iniciado y consagrado en las cosas que se pudieran ver, oír y sentir, era bastante apto para esos ministerios externos. [283] Hemos considerado que la forma de esa consagración, como no tiene relación con nuestro actual propósito, se debe conocer mejor a partir de los propios libros sagrados más que tratarlos en este lugar.

Así pues, una vez declarado y adornado como intérprete Moisés, y una vez elegido y creado sacerdote máximo y llamado mensajero de Dios, se dictaron en primer lugar las condiciones que exigían del pueblo preocupación,

empeño y obediencia a las leyes con fidelidad y prometían de Dios tutela, beneficencia y singular y perpetua providencia de modo que, mientras los hombres obedecieran a las leyes que este mensajero familiar y humano debía repetir y explicar, Dios, por medio de otro mensajero enviado de los cielos, favorecería los asuntos humanos con perpetua precaución y felicidad; y, aunque todas estas cosas fueran vistas en este teatro de vida mortal, sin embargo también harían referencia a la imagen o sombra de bienes eternos y alimentarían la esperanza en éstos y promoverían el deseo de ellos. Éstos son los capítulos más importantes de las condiciones con que se trató por ambas partes: *Yo mandaré a un ángel ante ti, para que te defienda en el camino y te haga llegar al lugar que te he dispuesto. Acátale y escucha su voz, no le resistas, porque no perdonará vuestras rebeliones y porque lleva mi nombre; pero si escuchas su voz y haces cuanto yo diga, seré enemigo de tus enemigos, y oprimiré a tus opresores, pues mi ángel marchará delante de ti y te conducirá a la tierra de los amorreos, de los jeteos, de los fereceos, de los cananeos, de los jeveos y de los jebuseos, que yo exterminaré. No adores a sus dioses ni les sirvas; no imites sus costumbres, derriba y destruye sus cijos. Servirás al Señor, tu Dios, y Él bendecirá tu pan y tu agua, y alejará de en medio de vosotros las enfermedades, y no habrá en vuestra tierra mujer que aborte ni estéril, y colmaré el número de tus días. Mi terror te precederá y perturbaré a todos los pueblos a que llegues, y todos tus enemigos volverán ante ti las espaldas y mandaré ante ti tábanos, que pondrán en fuga a jeveos, cananeos y jeteos delante de ti. No los arrojaré en un solo año, no quede la tierra desierta y se multipliquen contra ti las fieras. Poco a poco los haré desaparecer ante ti hasta que crezcas y poseas la tierra. Te doy por confines desde el mar Rojo hasta el mar de Palestina y desde el desierto hasta el río. Pondré en tus manos a los habitantes de esa tierra y los arrojarás de ante ti. No pactarás con ellos ni con sus dioses. No habitarán en tu tierra, no sea que te hagan pecar contra mí, sirviendo a sus dioses, ya que sería para tí una ocasión de tropiezo.*

Ex 23, 20-33.

Más arriba hemos referido que el pueblo fue preguntado antes de que se confeccionaran las leyes y que, consultado sobre si se debía venerar a Dios como príncipe, estuvo de acuerdo con una opinión común. Pero, una vez que las leyes ya habían sido reunidas y editadas y se habían constituido el sacerdote y la autoridad del sacerdocio, de nuevo se consultó al pueblo sobre las propias leyes y sobre las condiciones de ambas partes, y Dios quiso que si decía que sí a la consulta fuera recibido en la comunión de la alianza. [284] La misma alianza se celebró según un rito antiguo, sacrificando víctimas y aspergiendo ambas partes con la sangre de la res herida, de modo que este rito daba fe del pacto. En efecto, de los pactos y las alianzas de las sociedades se daba fe tras poner cada parte una prenda con las partes declaradas y auguradas de forma pura y legítima. De hecho, las alianzas de este tipo representaban el testamento de un hombre, cuya autoridad, o la del que lo había hecho, se confirmaba con su muerte, o bien se sellaba con determinados ritos y señales, de las que se consideraban las más importantes las que se hacían derramando sangre. Esto se consideraba en todos sitios feliz y de buen augurio y por su firmeza y carácter sagrado todos reconocían que preferían entregarse a la muerte antes que prolongar la vida tras romper la alianza. Y esto es lo que

Consulta de las condiciones y difusión de la alianza.

Hebr 9, 17. dijo el apóstol como ejemplo para explicar su doctrina a partir de la antigua verdad de las cosas y de las costumbres recibidas públicamente: *El testamento es valedero por la muerte, pues nunca el testamento es firme mientras vive el testador.* Moisés, el propio intérprete y ministro público de ambas partes, ordenó que se escribiera para el recuerdo de la posteridad de qué modo y manera y con qué rito se celebró la consulta que se hizo a continuación y el pacto que la siguió: *Y dijo a Moisés: "Sube con el Señor, tú, Arón, Nadab y Abiú, con setenta de los ancianos de Israel, y adoraréis desde lejos. Sólo Moisés se acercará al Señor, pero ellos no se acercarán, ni subirá con ellos el pueblo".*

Ex 24, 1-18. *Vino, pues, Moisés y transmitió al pueblo todas las palabras del Señor y sus leyes, y el pueblo a una voz respondió: "TODO CUANTO HA DICHO EL SEÑOR LO CUMPLIREMOS".* Escribió Moisés todas las palabras del Señor. *Levantóse de mañana, y alzó al pie de la montaña un altar y doce piedras, por las doce tribus de Israel; y encargó a algunos jóvenes, hijos de Israel, que ofrecieran al Señor holocaustos e inmolaran toros, víctimas pacíficas al Señor. Tomó Moisés la mitad de la sangre, poniéndola en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Tomando después el libro de la alianza, se lo leyó al pueblo, que respondió: "TODO CUANTO DICE EL SEÑOR LO CUMPLIREMOS Y OBEDECEREMOS".* Tomó él la sangre y aspergió al pueblo, diciendo: *"ÉSTA ES LA SANGRE DE LA ALIANZA QUE HACE CON VOSOTROS EL SEÑOR SOBRE TODOS ESTOS PRECEPTOS".* Subió Moisés con Arón, Nadab y Abiú y setenta ancianos de Israel, y vieron al Dios de Israel. *Bajo sus pies había como un pavimento de baldosas de zafiro, brillantes como el mismo cielo. No extendió su mano contra los elegidos de Israel; vieron a Dios, y comieron y bebieron. Dijo entonces el Señor a Moisés: "Sube a mí hacia el monte y estáte allí. TE DARÉ UNAS TABLAS DE PIEDRA, LA LEY Y LOS MANDAMIENTOS QUE HE ESCRITO, PARA QUE LOS INSTRUYAS".* Y se levantó Moisés con Josué, su ministro, y subieron a la montaña de Dios. *Y dijo a los ancianos: "Esperadnos aquí hasta que volvamos. Quedan con vosotros Arón y Jur; si alguna cosa grave hay, llevadla a ellos".* Subió Moisés a la montaña y la nube la cubrió. *La gloria del Señor estaba sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió durante seis días. [285] Al séptimo llamó el Señor a Moisés de en medio de la nube. La gloria del Señor parecía a los hijos de Israel como un fuego devorador sobre la cumbre de la montaña. Moisés penetró dentro de la nube, y subió a la montaña, quedando allí cuarenta días y cuarenta noches.* Todo esto demostró abierta y públicamente, a la vista de los hombres, el designio y propósito de la Ley de Dios y la fe y santidad de los decretos y la autoridad del ministro. En aquellos cuarenta días aquel profeta aleccionado conoció el verdadero establecimiento del reino celeste en las almas de los hombres, y cómo debía ser la publicación, contemplación, observancia y restauración con continua meditación de su imagen en la tierra. Al volver de allí se ocupó religiosamente de que esa imagen fuera ejecutada, encargándose durante largo tiempo de construirla y consagrarla en una tienda regia y sagrada (que en otro lugar se llama tabernáculo). Al colocar en medio la residencia real y situar por orden alrededor las doce tribus, se ofreció un ejemplo bosquejado de que hay que gobernar el mundo con la presencia y providencia de Dios. Y ese ejemplo admirable de ver induciría a desear, esperar y pensar cuáles y cuán grandes cosas serían las que Dios había preparado

para que se llevaran a cabo dentro del alma humana. Así está escrito: *Mira y hazlo conforme al modelo que te he mostrado en la montaña.*

Ex 25, 40 y 26, 30.

CAPÍTULO IV.

DE LAS PROMESAS Y VERDAD DE LA LEY

Aunque el género humano, por la excelencia de su naturaleza, debía observar y cumplir todos los preceptos y decretos recogidos en el libro por Dios por mediación de Moisés, si quería conservar su amor propio, como ya en otro sitio mostrábamos (*Cuando hicieréis estas cosas que os están mandadas, decid: "Somos siervos inútiles; lo que teníamos que hacer, eso hicimos"*), sin embargo, el mismo doctor e instaurador de la Ley, Dios, quiso y aceptó concedérsela felizmente no sin un gran disfrute de felicidad terrena a los que la cumplieran con empeño, pureza y piedad, y les prometió muchas comodidades para esta vida mortal, comodidades que significaban cosas más importantes que su propio uso y disfrute y, más aún, significaban las cosas más grandes con las que debían ser afectados y engrandecidos los verdaderos cumplidores de la ley interna, los conciudadanos de los santos y los pertenecientes a la casa de Dios. Y este es un ejemplo de esos bienes prometidos: *Si de verdad escuchas la voz del Señor, tu Dios, guardando diligentemente todos sus mandamientos, que hoy te prescribo, poniéndolos por obra, el Señor, tu Dios, te pondrá en alto sobre todos los pueblos de la tierra, y vendrán sobre tí y te alcanzarán todas estas bendiciones por haber escuchado sus preceptos. Serás bendito en la ciudad y bendito en el campo. Será bendito el fruto de tu vientre y el de tu suelo, el de tus bestias, las crías de tus vacas y las de tus rebaños. Bendita será tu canasta y bendita tu artesa. Bendito serás en tu entrar y bendito en tu salir. [286] Pondrá el Señor a tus enemigos, los que contra tí se alcen, en derrota delante de tí; vendrán contra tí por un camino y por siete caminos huirán de tí. Mandará el Señor la bendición sobre tus graneros y sobre todo trabajo de tus manos y te bendecirá en la tierra que recibas.*

Lev 17, 10.

Deut 28, 1-8.

Éste fue el punto culminante de la promesa de bienes terrenales hecha a los que cumplieran la Ley con diligencia y celo, entre los cuales, como hemos dicho, se escondía la arcana razón de los bienes y beneficios celestiales que se habrían de manifestar a quienes observaban fe y obediencia, con un cambio a mejor de sus personas y con acrecentamiento de todo lo que atañe a la vida y a la felicidad, por eficiencia de la bondad divina, por cuya causa todas aquellas cosas externas sucedían. Así está escrito: *Todas estas cosas les sucedieron a ellos en figura.* Y este misterio lo añadió Dios en ese mismo lugar, si no abiertamente, sí sugerido: *EL SEÑOR TE CONFIRMARÁ POR PUEBLO SANTO SUYO, COMO TE LO HA JURADO, SI GUARDAS LOS MANDAMIENTOS DEL SEÑOR, TU DIOS, Y ANDAS POR SUS CAMINOS; Y VERÁN TODOS LOS PUEBLOS DE LA TIERRA QUE ESTÁ SOBRE TÍ EL NOMBRE DEL SEÑOR, Y TE TEMERÁN. El Señor te colmará de dones y bendecirá el fruto de tus entrañas, el fruto de tus ganados, el fruto de tu suelo, en la tierra que a tus padres juró darte. El*

1 Cor 10, 11.

Deut 28, 9-14.

Señor te abrirá su mejor tesoro, el cielo, para dar a tu tierra la lluvia a su tiempo, bendiciendo todo el trabajo de tus manos. Prestarás a muchas gentes y de ninguna tomarás prestado. Te pondrá el Señor a la cabeza y no a la cola; estarás siempre en alto y nunca debajo, si obedeces los mandamientos del Señor, tu Dios, que yo te prescribo hoy, y los guardas y los pones por obra, sin apartarte ni a la derecha ni a la izquierda de todos los mandamientos que yo te prescribo hoy, no yéndote tras otros dioses para servirles.

Pero de lo que hemos citado valdría la pena observar y anotar que aquella observancia externa de la Ley ni es por su propia naturaleza una felicidad verdadera y suprema ni obtiene nunca el nombre de felicidad. Sin embargo, ejercitada ritualmente por los fieles y los píos, contribuye sobremanera a la esperanza de la suprema felicidad, aunque el único autor de aquella felicidad es Dios. Así está escrito: *No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia. Y Todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, descende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración.* Por eso introducíamos la cita del legislador: *El Señor te confirmará por pueblo santo suyo, como te lo ha jurado.* Esto es lo que provocó un gran engaño y dio pie a una derrota al haber sido interpretado en una ocasión de otro modo por los israelitas, como se refuta en las discusiones de los apóstoles: *Y que por la Ley nadie se justifica ante Dios es manifiesto, porque "el justo vive de la fe". Y la Ley no se funda en la fe, sino que "el que la cumple, en ella vivirá".* Los apóstoles interpretan como la vida constante del cumplidor de la Ley la que tiene garantizada la seguridad libre de enemigos y venganzas de juicios externos [287] y la que pueden proporcionar las cosas que se consideran cómodas y apropiadas del goce de este aire respirable; pues quienes no cometen adulterio, quien se abstiene del homicidio y de provocar un mal o un daño tienen la seguridad como premio de su inocencia. Quien es moderado en los vicios, cuida de su salud; y, por último, quien se aplica correctamente con empeño en la obediencia divina a cultivar la piedad y a preocuparse de los asuntos religiosos, merecerá esas promesas externas provenientes de la bondad del que promete. Así está escrito: *Yo, el Señor, vuestro Dios. Guardad mis leyes y mandamientos; el que los cumpliere vivirá por ellos. Yo, el Señor.* Eso es lo que se recomienda una y otra vez, pues su ignorancia o negligencia mantiene apartados a los judíos de la salvación y crea, antes y hoy, turbación en muchos de los que se dicen cristianos, en unos que se lo atribuyen en gran medida a la observancia de la Ley, y en otros que no se lo atribuyen en absoluto, estando ambos carentes de doctor e intérprete, aunque se dedican a la doctrina e interpretación de las Sagradas Escrituras. Al igual que se les propusieron abundantes y favorables ejemplos de buen augurio y de felices predicciones a los legítimos observadores de la Ley, del mismo modo, por contra, se les lanzaron a los hombres despreciadores y violadores de la Ley amenazas repletísimas de desgracias y miserias y se opusieron severos peligros y temores. *Y si no obedeces la voz del Señor, tu Dios, guardando todos sus mandamientos y todas sus leyes que yo te prescribo hoy, he aquí las maldiciones que vendrán sobre ti y te alcanzarán. Maldito serás en la ciudad y maldito en el campo. Maldita tu canasta y maldita tu artesa. Maldito será el fruto de tus entrañas, el fruto de tu suelo y las crías de tus vacas y de tus ovejas.*

Rom 9, 16.

Iac 1, 17.

Deut 28, 9.

Gal 3, 11-12.

Lev 18, 4-5.

Deut 28, 15-68.

Maldito serás en tu entrar y en tu salir. Y el Señor enviará contra ti la maldición, la turbación y la amenaza, en todo cuanto emprendas, hasta que seas destruido y perezcas bien pronto, por la perversidad de tus obras, con que te apartaste de mí. El Señor hará que se te pegue la mortandad, basta consumirte sobre la tierra en que vas a entrar para poseerla. El Señor te herirá de tisis, de fiebre, de inflamación, de ardor, de sequía, de quemadura y de podredumbre, que te perseguirán hasta destruirte. Tu cielo, sobre tu cabeza, será de bronce, y el suelo, bajo tus pies, de hierro. El Señor mandará sobre tu tierra, en vez de lluvia, polvo y arena, que bajarán del cielo sobre ti, hasta que perezcas. El Señor hará que seas derrotado por tus enemigos; marcharás contra ellos por un camino y huirás por siete delante de ellos, y serás vejado en todos los reinos de la tierra. Tu cuerpo será pasto de todas las aves del cielo y de todas las bestias de la tierra, sin que haya nadie que las espante. El Señor te herirá con las úlceras de Egipto, con almorranas, con sarna, con tiña, de que no curarás. El Señor te herirá de locura, de ceguera y de delirio; en pleno día andarás palpan-do, como anda el ciego en tinieblas. No tendrá éxito ninguno de tus proyectos, y te verás siempre calumniado y oprimido, sin que nadie te libere. Tomarás una mujer y otro dormirá con ella; construirás una casa y no la habitarás tú; plantarás una viña y no la vendimiarás tú. Tu buey será degollado delante de tí y no comerás de él; tu asno te lo robarán ante tu mirada y no te lo devolverán; tus ovejas las tomarán tus enemigos y nadie te socorrerá; [288] tus hijos y tus hijas serán presa de otro pueblo; tus ojos lo verán y los buscarás todo el día, pero tu mano no tendrá fuerza para traértelos. El fruto de tu suelo y el producto de tu trabajo se lo comerá un pueblo que no conoces; serás siempre objeto de calumnia y oprimido. Te volverás loco a la vista de lo que con tus ojos verás. El Señor te herirá en tus rodillas y en tus muslos de úlcera maligna, que no curará, y te cubrirá de ella desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. El Señor te hará ir a ti y a tu rey, que sobre tí pongas, a un pueblo que no has conocido ni tú ni tus padres, y allí servirás a otros dioses, a leños y a piedras, y, perdido, serás objeto de fábula y de burla en todos los pueblos a que el Señor te llevará. Echarás en tu campo mucha simiente y cosecharás poco, porque se lo comerá la langosta. Plantarás viñas y las labrarás, pero no beberás su vino ni vendimiarás nada, porque se lo comerá el gusano. Tendrás en todo tu término olivos, pero no te ungirás con su aceite, porque la aceituna se caerá y se estropeará. Engendrarás hijos e hijas, pero no serán para tí, porque serán llevados cautivos. Todos tus árboles y todos los frutos de tu suelo los roerá la langosta. El extranjero que habita en medio de ti subirá por encima de ti cada vez más alto, y tú bajarás cada vez más bajo; te prestará él, pero tú no le prestarás; él vendrá a ser cabeza y tú cola. Vendrán sobre ti todas estas maldiciones y te perseguirán y te alcanzarán, hasta que del todo perezcas, por no haber obedecido la voz del Señor, tu Dios, guardando las leyes y los mandamientos que El te prescribía, y serán prodigio y portentoso en ti y en tu descendencia para siempre. Por no haber servido al Señor alegre y de buen corazón, en abundancia de bienes, habrás de servir en hambre, en sed, en desnudez y en la indigencia de todo a los enemigos que el Señor mandará sobre ti. Él pondrá sobre tu cuello un yugo de hierro, hasta que te destruya. El Señor hará venir contra tí, desde lejos, desde el cabo de la tierra, una nación que vuela como el águila,

cuya lengua no conoces, gente de feroz aspecto, que no tiene miramientos con el anciano ni perdona al niño, que devorará las crías de tus ganados y el fruto de tu suelo, hasta que seas exterminado; no te dejará ni trigo, ni mosto, ni aceite, ni las crías de tus vacas y de tus ovejas, hasta hacerte perecer. Pondrá sitio a todas tus ciudades, hasta que caigan en tierra las altas y fuertes murallas en que habrás puesto tu confianza; te asediará en todas tus ciudades, en toda la tierra que el Señor, tu Dios, te habrá dado. Comerás el fruto de tus entrañas, la carne de tus hijos y tus hijas, que el Señor, tu Dios, te habrá dado; tanta será la angustia y el hambre a que te reducirá tu enemigo. El hombre de entre vosotros más delicado y más hecho al lujo mirará con malos ojos a su hermano, a la mujer que en su seno reposa y a los hijos que todavía le queden, para no tener que dar a ninguno de ellos de la carne de sus hijos, que él se comerá, por no quedarle otra cosa que comer en el cerco y en la angustia a que te reducirá tu enemigo en todas tus ciudades. La mujer de en medio de ti más delicada, la más hecha al lujo, demasiado blanda y delicada para probar a poner sobre el suelo la planta de su pie, mirará con malos ojos al marido que en su seno reposa, a su hijo y a su hija, [289] a las secundinas que salen de entre sus pies y al hijo que acabará de dar a luz; porque, faltos de todo, llegaréis hasta comer todo eso en secreto; tanta será la angustia y el hambre a que te reducirá el enemigo dentro de tus ciudades. Si no cuidas de poner por obra todas las palabras de esta Ley, escritas en este libro, temiendo este glorioso y terrible nombre, el del Señor, tu Dios, hará el Señor portentosos tus azotes y los azotes de tu descendencia; azotes grandes y continuos, enfermedades graves y obstinadas; arrojará sobre ti todas las plagas de Egipto, ante las cuales te aterrorizaste, y se pegarán a ti. Vendrán sobre ti toda otra clase de enfermedades y azotes, no escritos en el libro de esta Ley. El Señor te los echará encima, hasta que seas exterminado; quedaréis pocos, cuando érais como las estrellas del cielo en muchedumbre, por no haber escuchado la voz del Señor, tu Dios. Así como se gozaba el Señor en vosotros haciéndoos beneficios y multiplicándoos, así se gozará sobre vosotros arruinándoos y destruyéndoos. Así seréis exterminados de la tierra en que vais a entrar para posesionaros de ella, y te dispersará el Señor por entre todos los pueblos del uno al otro cabo de la tierra; y allí servirás a otros dioses, que ni tú ni tus padres conocísteis, leño y piedra. Tampoco en medio de estos pueblos tendrás tranquilidad ni hallarás punto donde posar tranquilamente la planta de tus pies; por el contrario, te dará el Señor un corazón pálido, unos ojos decaídos y un alma angustiada, y tendrás día y noche la vida pendiente como de un hilo ante ti; día y noche estarás temeroso y no tendrás seguridad; a la mañana dirás: ¡Oh, si fuese de noche! Y a la noche dirás: ¡Oh, si fuese de día!, por el miedo que se apoderará de tu corazón y por lo que tus ojos verán. Acabará el Señor por haceros volver en naves a Egipto, por el camino de que te había dicho: No volverás más por él; allí seréis ofrecidos a vuestros enemigos en venta, como esclavos y esclavas, y no habrá quien os compre. Hasta aquí hemos tratado las condiciones de la alianza pactada, las promesas de comodidades para los que se sometían a ella y asimismo las amenazas de incomodidades, calamidades y desgracias a los que la descuiden o desprecien, para que los hombres, más obligados por los pactos de los premios, o asustados por el miedo a los castigos, cumplieran la Ley religiosamente, esto es, cumplieran

con su obligación y se hicieran responsables de sí mismos. Y también para que supieran que hay considerar que el amor propio, la gracia divina y las promesas son más antiguos que cualquier terror o miedo. Pues se rige por una disciplina equivocada quien carece de pecados y sólo se afana en evitar la culpa no por amor a la virtud, sino por temor a un castigo. Por ello con- vendría en las acciones humanas anteponer a cualquier otro pensamiento el amor a la bondad y a la luz, y la esperanza en el premio que ello conlleva. Así está escrito: *Mira, hoy pongo ante ti la vida con el bien, la muerte con el mal. Yo invoco hoy por testigos a los cielos y a la tierra de que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge la vida para que vi- vas, tú y tu descendencia, amando al Señor, tu Dios, obedeciendo su voz y ad- hiriéndote a Él, porque en eso está tu vida y tu perduración: en habitar la tie- rra que el Señor juró a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les daría.*

Deut 30, 15;
19-20.

CAPÍTULO V.

DEL ESTABLECIMIENTO DE LA ALIANZA

[290] La importancia de las leyes y las sanciones humanas no son exami- nadas por ninguna otra autoridad ni medida como por el propio uso. Y el padre y educador del uso es el tiempo, que, substrayendo cada cosa en su momento, discierne lo estable de lo inútil y diferencia de las flores y las hojas el fruto verdadero y útil, y distingue y separa qué es defectuoso y qué es co- rrecto. Así pues, el indicio del tiempo se tiene por muy sabio, y de ahí que a los mayores se les atribuya sabiduría y presunción de prudencia. Así está es- crito: *Corona de dignidad es la vejez, que se halla en el camino de la justicia.* Por su parte, el examen de las leyes y de las instituciones que se establecen para dar forma y compostura al camino de la vida es el mismo que el de las demás acciones. En efecto, muchos decretos en asuntos privados y públicos, casi todos los que provinieron del ingenio o decisión de los hombres, cuando han sido examinados en la balanza del tiempo, se ha descubierto que eran vacíos y leves, o bien demasiado graves, o bien se granjearon partidarios o detractores. Y de ahí el cambio cotidiano de la ley humana, e incluso la variedad en la propia República o la muy frecuente corrección y moderación, por mínima que sea. Pero la doctrina y disciplina divina de las leyes, además de por los demás aspectos en que supera a la sabiduría humana, destaca también con ese nombre porque se concedió para no ser corregida ni cambiada en ningún momento, época o avatar de asuntos o negocios, ya que, al haber na- cido del designio de la suprema sabiduría, tiene una perspectiva óptima y muy completa y transmite lo que continuamente le conviene al hombre. Así está escrito: *Tu justicia es justicia para la eternidad, y tu Ley es verdad.* Ahora esta- mos tratando de la ley de la justicia tanto privada como pública. Pues otro tema, el del cuidado y constitución de los ritos y sacrificios, sería también ad- mirable y constante, con tal de que se considerara arcanamente como el pro- pio tema requiere. Así pues, Dios concedió un plazo de cuarenta años para el

Prov 16, 31.

Ps 118, 142.

examen y aprobación de las leyes hechas y promulgadas por Él y para la investigación del uso que se podía obtener de su cumplimiento. Ese espacio de tiempo fue lo bastante apropiado y amplio como para que todos sopesaran los designios de su observancia o negligencia, sobre todo en un lugar muy carente de todas las comodidades que se requieren para la vida, y por el contrario repletísimo de muchas incomodidades, en efecto, en el vastísimo desierto de Arabia, en el que, además de la falta de todo lo que sirve para alimentarse y vestirse y de la innata escasez de agua, tampoco las condiciones climatológicas son hospitalarias, y no escasean nunca abundantes animales salvajes y dañinas serpientes. Y tampoco se vieron ellos privados en aquella época de guerras, revueltas y enemistades, circunstancias en las que aquellas leyes también habían sido dadas para experimentar. Esas leyes, como ya hemos leído, prometían de la liberalidad del promulgador a los que de verdad las cumplieran paz, seguridad, tranquilidad y abundancia de cosas apropiadas para la vida; [291] por el contrario, a los que las negligieran o despreciaran les amenazaban con justo juicio todas las adversidades e inoportunidades, calamidades y penalidades. Y si los primeros peligros de todas estas cosas sucedían en regiones muy cultivadas y frecuentadas, quizá no parecieran que demostraban a ambas partes argumentos y ejemplos tan claros de su singular providencia (ejemplos que conoce la perversidad de la sabiduría humana, siempre apartándose de Dios). Sin embargo, en aquel periodo tan extenso de tiempo y en aquel lugar tan desfavorable e incómodo, no se dio motivo ni pie a la limitación o a la interpretación, ya que nunca, mientras se cumplía con esa Ley, ni siquiera en aquel desierto y soledad les faltó a los cumplidores píos nada de aquello con cuya ausencia sufre la naturaleza, y tampoco ningún peligro ni dificultad pudo dañarles o ponerles algún impedimento. Por el contrario, a los que fueron más impíos y violaron la santidad de las leyes se les cumplieron castigos dignos de sus crímenes hasta la muerte, hasta tal punto que ninguno de los que habían aceptado lo ilícito, incluso los jóvenes y menores de veinte años, sobrevivió en aquel breve espacio de cuarenta años (breve si se compara con todos los ejemplos de la vida humana), y así, en ambas partes de las leyes que habían sido dictadas por Dios, se supo el uso y el abuso con la experimentación cierta y constante y con el resultado. Y sin que quedara después ningún lugar para la excepción, hubo una reunión, se trató y se concluyó bilateralmente acerca del establecimiento y confirmación total de la alianza con las mismas condiciones de las cosas favorables y los premios, así como de las maldiciones y castigos. Éstas son las palabras del pacto que le prescribió el Señor a Moisés cuando iba con los hijos de Israel a la tierra de Moab, aparte de aquel pacto que firmó con ellos en Horeb. *Convocó Moisés a los hijos de Israel y les dijo: "Habéis visto todo cuanto a vuestros ojos hizo el Señor en la tierra de Egipto al faraón, a todos sus servidores y a toda su tierra; los grandes portentos que tus ojos vieron, los milagros y los prodigios grandes. Pero el Señor no os ha dado todavía hasta hoy un corazón que entienda, ojos que vean y oídos que escuchen. Por cuarenta años os ha conducido a través del desierto; vuestros vestidos no se han envejecido sobre vosotros: tu zapato no se ha envejecido en tu pie; no habéis comido pan ni habéis bebido vino ni licor, para que sepáis que soy, el Señor, vuestro Dios; y al llegar a esta región, Seón, rey de He-*

sebón, y Og, rey de Basán, salieron contra ti en guerra, pero los derrotamos y nos apoderamos de su tierra, dándosela en posesión a los rubenitas y gaditas y a media tribu de la de Manasés. Por eso debéis guardar todas las palabras de esta alianza, para asegurar el feliz éxito de cuanto emprendáis". Hoy estáis todos ante el Señor, vuestro Dios, los jefes de vuestras tribus, los ancianos, los oficiales, todos los varones de Israel, y vuestros hijos y vuestras mujeres y todos los peregrinos que se hallan dentro de tu campamento, desde tu leñador hasta tu aguador, para que hagas con el Señor, tu Dios, tu alianza y tu juramento, de hacerte Él su pueblo y de tenerle tú a Él por tu Dios, como se lo prometió y juró por ti a Abraham, Isaac y Jacob. [292] Pero no sólo con vosotros hago yo esta alianza y este juramento, sino con todos los que estáis hoy con nosotros ante el Señor, nuestro Dios, y los que no están hoy aquí con nosotros. Sabéis cómo hemos morado en la tierra de Egipto y cómo hemos pasado por entre los pueblos por que habéis pasado; habéis visto sus abominaciones y sus ídolos, leño y piedra, plata y oro, que hay entre ellos. No haya, pues, entre vosotros hombre ni mujer, familia ni tribu, que se aparte hoy del Señor, nuestro Dios, para ir a servir a los dioses de esos pueblos; no haya entre vosotros raíz que produzca veneno ni ajenjo; nadie al oír las palabras de este juramento se bendiga en su corazón, diciéndose: Paz tendré, aunque persista en el propósito de mi corazón; de modo que se una la sed a las ganas de beber. El Señor no perdonará a ese, sino que se encenderá contra él la cólera y el celo del Señor, se echarán sobre él todas las maldiciones escritas en este libro, y el Señor borraré su nombre de debajo de los cielos. El Señor le elegirá para entregarle a la desventura, de entre todas las tribus de Israel, conforme a las maldiciones de esta alianza, escritas en el libro de esta Ley. Las generaciones venideras, los hijos que después de vosotros nacerán y los extranjeros que de lejanas tierras vengan, a la vista de las plagas y de las calamidades con que habrá castigado el Señor a esta tierra -azufre y sal, quemada toda la tierra, sin sembrarse ni germinar, sin que nazca en ella la hierba, como la catástrofe de Sodoma y Gomorra, de Adama y Seboym, que destruyó el Señor en su furor-, dirán todos: '¿Cómo es que así ha dejado el Señor a esta tierra? ¿Qué ira y qué furor tan grande ha sido éste? Y les contestarán: Es por haber roto el pacto del Señor, el Dios de sus padres, que con ellos hizo cuando los sacó de Egipto. Se fueron a servir a dioses extraños y los sirvieron, dioses que no conocían, y que no eran sus dioses, y se encendió el furor del Señor contra esta tierra, y echó sobre ella todas las maldiciones, que están escritas en este libro, y los arrancó el Señor de esta tierra, con cólera, con furor, con gran indignación, y los arrojó a otras tierras, como están hoy'. Las cosas ocultas sólo son para el Señor, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos por siempre, para que se cumplan todas las palabras de esta Ley. Por último, el propio Dios, dispuesto a asegurar las promesas terrenales, se anticipaba prediciéndole al guía por él nombrado y sucesor de Moisés que el cumplimiento de la Ley sería utilísimo en cualquier momento, tanto en casa como fuera, en todo aspecto de la vida, en todo lo que se hace en la paz y en la guerra, en el ocio, en el negocio, en la prudencia de los consejos y en la felicidad de los resultados. *Que ese libro de la Ley no se aparte nunca de tu boca, tenlo presente día y noche, para procurar hacer cuanto en él está escrito, y así prosperarás en todos tus caminos y tendrás éxito. Yo te*

mando que te esfuerces y tengas valor; nada te asuste, nada temas, porque el Señor, tu Dios, irá contigo adondequiera que tú vayas.

CAPÍTULO VI.

DE LA FIDELIDAD DE LAS PROMESAS DE DIOS

Así pues, una vez promulgadas las leyes y examinadas en el peligro de múltiples experiencias, y una vez que se hizo el pacto y se estableció por parte del pueblo en su sede y casa, mientras se instalaba en la república, después se procedió al cumplimiento de las promesas del Señor que se habían de esperar en la tierra y en esta vida mortal, para que, de este modo y con el ejemplo, aumentara la fe y creciera la esperanza en los mayores y divinos dones y en el felicísimo y eterno reino (que se les indicaba a aquéllos con pruebas e imágenes). Para esta expedición se eligió un jefe y emperador, y fue elegido personalmente, de modo que, por la confianza y destreza en su profesión y oficio, incluso por el significado de su propio nombre, asegurara el feliz suceso del asunto entre manos y confirmara la esperanza en la futura salvación eterna. Se llamaba Iesouagh (Josué), hijo de Nun, constante compañero de Moisés y experto en leyes y derecho divino, así como ministro muy obediente. Aunque Josué ya antes había sido designado por Dios, elegido, investido y propuesto al pueblo para la esperanza, de nuevo poco antes del óbito de Moisés fue proclamado jefe y emperador de la guerra y de la paz y, por último, una vez que su maestro murió y cesó en los cargos, recibió la orden, robustecido por el Espíritu divino, de emprender, continuar y concluir la obra. Los primeros nombramientos y proclamaciones se hicieron en unos comicios de todos los estamentos sociales, de una manera pública y abierta. Pero el día del comienzo de la empresa fue elegido con una alocución firme y singular, y, no mucho después, en los propios inicios de la ocupación, o, más bien, de la conquista de la región, el cargo de ese hombre, su autoridad y máximo poder fue públicamente declarado y confirmado por milagros, prodigios y muy ciertas señales. La forma y la sucesión del cargo, distinciones y autoridad de aquel hombre convendría citarlas tal y como la hemos observado acabadas y completas en sus momentos y en sus acciones. Aportaría mucho no sólo al conocimiento de sus asuntos y gestas, sino también al de los secretos de las promesas espirituales. *Dijo también el Señor a Moisés: "Sube a ese monte de Abarim, para ver la tierra que voy a dar a los hijos de Israel; la verás, pero tú también te reunirás con tu pueblo, como Arón, tu hermano, se ha reunido, por haber sido rebeldes a mi mandato en el desierto de Sin, al rebelarse la muchedumbre, en vez de santificar ante ellos mi nombre, con ocasión de las aguas de Meriba, en Cades, en el desierto de Sin". Le respondió Moisés: "Que el Señor, el Dios de los espíritus de toda carne, constituya sobre la asamblea un hombre, que los conduzca y acaudille, para que la muchedumbre del Señor no sea como un rebaño de ovejas sin pastor". El Señor dijo a Moisés: "Toma a Josué, hijo de Nun, hombre sobre quien reside el espíritu, y pon tu mano sobre él. Él se pre-*

sentará ante el sacerdote Eleazar y ante toda la asamblea, y le darás preceptos a la vista de todos y parte de tu autoridad, para que le obedezca toda la asamblea de los hijos de Israel. [294] El sacerdote Eleazar consultará al Señor por él lo que hay que hacer. Y según este juicio, saldrán y entrarán los hijos de Israel y toda la asamblea con él". Hizo Moisés lo que le ordenó el Señor; y tomando a Josué, le llevó ante el sacerdote Eleazar y ante toda la asamblea; y poniendo sobre él sus manos, le repitió todo lo que había ordenado el Señor.

Eso mismo le recordaba Moisés al pueblo no mucho tiempo después: *El Señor se irritó conmigo por causa vuestra y no me escuchó; antes bien, me dijo: "Basta, no vuelvas a hablarme de eso; sube a la cima del monte Pasga y dirige tus ojos hacia el occidente, el septentrión, el mediodía y el oriente; pues no has de pasar este Jordán. Manda a Josué, infúndele valor y fortaleza, pues es él quien lo pasará a la cabeza de este pueblo y le pondrá en posesión de la tierra que tú no puedes más que ver".* Hasta aquí la elección y nombramiento de Josué. La confirmación viene con la acción: *Así que Moisés acabó de dirigir estas palabras a todo Israel, dijo de nuevo: "Yo ya tengo ciento veinte años, no puedo ya salir ni entrar; además, me ha dicho el Señor: "Tú no pasarás el Jordán. El Señor, tu Dios, pasará delante de ti y destruirá delante de ti a todas esas gentes y las heredarás. Josué pasará delante de ti, como te lo ha dicho el Señor"... Y llamó Moisés a Josué, y le dijo delante de todo Israel: "Esfuérzate y ten ánimo, porque tú has de entrar con este pueblo en la tierra que a sus padres juró el Señor darles, y tú se las repartirás por sorteo; y el Señor, que es vuestro guía, estará contigo y no te dejará ni te abandonará; por esto no has de temer ni acobardarte"... Y le dijo el Señor a Moisés: "Mira que ya se acerca para ti el día de tu muerte; llama, pues, a Josué, y esperad a la entrada del tabernáculo de la reunión que le dé yo mis órdenes". Fueron, pues, Moisés y Josué, y esperaron a la entrada del tabernáculo de la reunión. Se apareció el Señor en una columna de nube a la entrada del tabernáculo.*

Cuando ya había llegado el momento en que se llegaba a la tierra prometida, Josué fue elegido jefe y emperador para desempeñar esa función por advertencia y oráculo divinos: *Después de la muerte de Moisés, siervo del Señor, sucedió que habló el Señor a Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés, diciendo: "Moisés, mi siervo, ha muerto. Alzate, ya, pues, y pasa ese Jordán, tú y tu pueblo, a la tierra que yo doy a los hijos de Israel. Cuantos lugares pise la planta de vuestros pies, os los doy, como prometí a Moisés. Desde el desierto hasta el Líbano y el río grande, el Éufrates, y hasta el mar grande, a occidente, será vuestro territorio. Nadie podrá resistir ante ti, por todos los días de tu vida; yo seré contigo como fui con Moisés; no te dejaré ni te abandonaré. Esfuérzate y ten ánimo, porque tú has de introducir a este pueblo a repartirse la tierra que a sus padres juré darles. Esfuérzate, pues, y ten gran valor para cumplir cuidadosamente cuanto Moisés, mi siervo, te ha prescrito. No te apartes ni a la derecha ni a la izquierda para que triunfes en todas tus empresas. Que ese libro de la Ley no se aparte nunca de tu boca, tenlo presente día y [295] noche, para procurar hacer cuanto en él está escrito, y así prosperarás en todos tus caminos y tendrás buen suceso. Así te ordeno. Esfuérzate, pues, y ten valor; nada te asuste, nada temas, porque el Señor, tu Dios, está contigo adondequiera que tú vayas".*

Deut 3, 26-28.

Deut 31, 1-3;
7-8; 14-15.

Designación.

Jos 1-9.

Y aquella elección o Ley más bien sobre el mandato de Josué promulgada, repetida y establecida, fue también admitida y observada por una aceptación de su autoridad y posteridad. Primero Josué impone su mandato de emperador sobre los mayores, quienes se lo transmiten al pueblo según cada tribu. Cada tribu lo acepta con fidelidad según la Ley y se ocupa de obedecerlo en privado y en público.

Ios 1, 10-15.

Dio, pues, Josué a los principales del pueblo esta orden: "Recorred el campamento y dad esta orden al pueblo: Preparaos y proveeos, porque dentro de tres días pasaréis ese Jordán para ir a ocupar la tierra que el Señor, vuestro Dios, os da en posesión". A los rubenitas y gaditas y a la media tribu de Manasés les dijo: "Acordaos de lo que os mandó Moisés, siervo del Señor, diciéndoos: 'El Señor, vuestro Dios, os ha concedido el reposo, dándoos esta tierra. Vuestras mujeres, vuestros niños y vuestros ganados quedarán en la tierra que Moisés os dio de este lado del Jordán; pero vosotros, armados, iréis delante de vuestros hermanos, todos vuestros hombres fuertes y valientes, y los auxiliaréis, hasta que el Señor haya dado a vuestros hermanos el reposo, como a vosotros, tomando también ellos posesión de la tierra que el Señor, vuestro Dios, les da. Después volveréis a la tierra que Moisés, siervo del Señor, os dio al lado de acá del Jordán, a oriente". Este fue el primer edicto que ordenó como emperador a los demás israelitas y a los que ya conseguían sus tierras y fue aceptado y aprobado como proveniente de la autoridad imperial por el consenso y la aceptación pública. Ellos respondieron a Josué, diciendo: "Cuanto nos mandas lo haremos y adondequiera que nos envíes iremos. Como en todo obedecimos a Moisés, así te obedeceremos a ti. Esté el Señor, tu Dios, contigo, como estuvo con Moisés. QUIEN, REBELÁNDOSE CONTRA TUS ÓRDENES, TE DESOBEDEZCA, MORIRÁ".

Ios 1, 16-18.

Como todo poder se considera procedente de Dios, y el que no prueba ese origen se denomina tiranía, y como quiera que todo lo demás que ya antes se había llevado a cabo lo había esperado y aprobado el pueblo, tuvo éste cuidado con una sola excepción que consideró necesaria por la magnitud del espacio de tiempo y de los asuntos, a saber, la de la singular providencia, voluntad y engrandecimiento de Dios para con el propio emperador con vistas a su destreza y buen suceso en tantas hazañas que había de emprender.

Ios 1, 17.

Por ello ése fue el único requisito que se le exigió como limitación: *Esté el Señor, tu Dios, contigo, como estuvo con Moisés.* O sea, que te favorezca y se demuestre velando y aconsejándote de manera especial y pública, como ya se lo demostró a Moisés con señales muy importantes, como cuando el mar obedeció a una orden suya con una señal de su vara consiguiendo así [296] una victoria sobre un enemigo muy poderoso. De este modo, el pueblo pedía que se diera públicamente en los primeros momentos un prodigio y una señal de su voluntad y preocupación por el mandato y acciones de Josué con el que hiciera patente de manera más concreta y plena su obediencia y la ejecutara con mayor afán. Y como esa solicitud en aquel tiempo y esa excepción eran favorables para el desprecio de todos los peligros nacido de la fe, fue concedida por la divinidad plena y abundantemente. A la vez se declaró que el mismo Dios quería cumplir su promesa de conquistar, ocupar y tomar posesión de las regiones de los cananeos con él solo como jefe y ministro y que por ello lo investía de la autoridad de un milagro muy importante después de que

en otra ocasión hubiera sido elegido, iniciado, nombrado e instruído. Un ejemplo de esa autoridad es éste: *Dijo el Señor a Josué: "HOY VOY A COMENZAR A ENGRANDECERTE A LOS OJOS DE TODO ISRAEL, PARA QUE SEPAN QUE YO ESTOY CONTIGO, COMO ESTUVE CON MOISÉS. Tú da esta orden a los sacerdotes que llevan el arca de la alianza: Cuando lleguéis al borde de las aguas del Jordán, os paráis en el Jordán". Josué dijo a los hijos de Israel: "Acercáos y oíd las palabras del Señor, vuestro Dios". Y dijo Josué: "En esto vais a conocer que el Dios vivo está en medio de vosotros y que no dejará de arrojar delante de vosotros a los cananeos, los jeteos, los jeveos, los fereceos, los guergueseos, los amorreos y los jebuseos. El arca de la alianza del dueño de toda la tierra va a entrar delante de vosotros en el Jordán. Tomad doce hombres de entre las tribus de Israel, uno por cada tribu: y cuando los sacerdotes que llevan el arca de la alianza del dueño de toda la tierra ponga la planta de sus pies en las aguas del Jordán, las aguas del Jordán se partirán, y las que bajan de arriba se pararán en montón". Cuando hubo salido el pueblo de sus tiendas para pasar el Jordán, precedido por los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, en el momento en que los que llevaban el arca llegaron al Jordán, y los pies de los sacerdotes que llevaban el arca se mojaron en la orilla de las aguas—pues el Jordán se desborda por sus orillas al tiempo de la siega—, las aguas que bajaban de arriba se pararon y se amontonaron a mucha distancia, junto a Adam, ciudad situada hacia el lado de Sartán, mientras las que bajaban hacia el mar del Arabá, el mar de la Sal, acabaron por desaparecer, y así la gente pudo pasar frente a Jericó. Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza del Señor se estuvieron en seco a pie firme en medio del Jordán, mientras todo Israel pasaba en seco, hasta que todo el pueblo hubo acabado de pasar el Jordán. Después de atravesar el río se menciona que hay que observar dos cosas en primer lugar. Una fue el pavor, horror y miedo que les entró a todos los que habitaban las regiones que iban a ser conquistadas y pasar a manos de los israelitas, tanto a reyes y príncipes como a todo el resto del pueblo. Porque ese hecho anunciaba que la situación de todos aquellos pueblos iba a cambiar. Otra fue una circuncisión pública, llevada a cabo en un solemne rito por todos aquellos que todavía no se habían circuncidado por el incierto peregrinaje en el desierto. Hubiera sido totalmente impío que un hombre no señalado ni confirmado por la prueba de aquella santa alianza fuera recibido o admitido en el derecho y el uso de aquel reino nuevo. Esto hay que entender que contiene significados secretos y muy importantes para la comunicación de la salvación humana. [297] Cuando todos los reyes de los amorreos, a occidente del Jordán, y todos los reyes de los cananeos de cerca del mar supieron que el Señor había secado las aguas del Jordán hasta que ellos pasaron, desmayó su corazón y perdieron todo su valor ante los hijos de Israel. Entonces dijo el Señor a Josué: "Hazte cuchillos de piedra y circuncida a los hijos de Israel". Hízose Josué cuchillos de piedra y circuncidó a los hijos de Israel en el collado de los Prepucios. He aquí por qué los circuncidó Josué: Todos los salidos de Egipto, los varones, todos los hombres de guerra, habían muerto en el desierto, durante el camino, después de la salida de Egipto. El pueblo que salió estaba circuncidado; pero los nacidos en el desierto durante el camino después de la salida de Egipto no habían sido circuncidados; pues los hijos de Israel*

Ios 3, 7-17.

Ios 5, 1-9.

Segunda
circuncisión
por medio de
Josué.

Deut 8, 3.

Ios 5, 10-16.

anduvieron durante cuarenta años por el desierto, hasta que perecieron todos los hombres de guerra salidos de Egipto, por no haber escuchado la voz del Señor. El Señor les había jurado que no les dejaría ver la tierra que con juramento había prometido a sus padres darles, la tierra que mana leche y miel. Los hijos de aquéllos les sucedieron en su lugar; y éstos son los que circuncidó Josué, porque estaban sin circuncidar, pues no habían sido circuncidados durante el camino. Cuando todos se circuncidaron, quedáronse en el campamento hasta curarse; y el Señor dijo a Josué: "Hoy he quitado de sobre vosotros el oprobio de Egipto". Y aquel lugar fue llamado Gálgala hasta hoy. Consideramos que hay que fijar la atención en que esta circuncisión llamada segunda no fue hecha sólo por la autoridad de Josué, sino también por orden de Dios. Se cuenta que el día en que tuvo lugar esa circuncisión que anunciaba el secreto de la salvación de los hombres se conmemora como un día festivo que por el paso se llama *PEZZAHH* y que se celebra con rito y ceremonia solemne. Y, hecho esto, se inició cuanto antes la ocupación de la región de acuerdo con el mandato divino. Y es que antes, cuando durante largo tiempo Israel fue traído y llevado por lugares desiertos y no cultivados, era alimentado por un singular alimento enviado por la providencia divina, y lo que la fertilidad de la tierra negaba lo daba en abundancia la fe en el verbo divino. Así está escrito: *Para que aprendiérais que no sólo de pan vive el hombre, sino de cuanto procede de la boca del Señor.* Pero cuando se llegó a la tierra prometida no hubo necesidad de esa preocupación en una tierra riquísima en todo tipo de frutos que se pueden procurar para vivir, lo que dio pie a que se dijera que manaba leche y miel. Así pues, en seguida los hombres consiguieron abundancia de los alimentos por los que la región era elogiada y se dieron cuenta de que por su usufructo quedaba liberada la fe de la promesa divina, así que se felicitaron. *Los hijos de Israel acamparon en Gálgala; y allí, el día catorce del mes, celebraron la Pascua, a la tarde, en los llanos de Jericó. Comieron de los frutos de la tierra, desde el día después de la Pascua, panes ácimos y trigo tostado aquel mismo día; y el día siguiente de comer de los frutos de la tierra, no tuvieron ya el maná, y comieron ya aquel año de los frutos de la tierra de Canán. Estando Josué cerca de Jericó, alzó los ojos y vio que estaba un hombre delante de él, en pie, con la espada desnuda en la mano; y Josué se fue hacia él y le dijo: "¿Eres de los nuestros o de los enemigos?" Y él le respondió: "No, soy [298] un príncipe del ejército del Señor, que vengo ahora". Entonces Josué se prosternó rostro a tierra, y, adorando, dijo: "¿Qué es lo que manda mi señor a su siervo?". "Descalza", dijo, "tus pies, pues el lugar que pisas es santo". Josué hizo como se le había ordenado.*

CAPÍTULO VII.

DE LA CONQUISTA Y TOMA DE POSESIÓN DE LOS REINOS TERRENALES
Y DE LA LEY, PACTO Y PREDICCIÓN DE SU CONSOLIDACIÓN

Aunque aquel reino terrenal estaba protegido por muy abundantes y poderosos defensores, por la naturaleza y tipo de los emplazamientos y por fortificaciones, y por ello parecía inconquistable, sin embargo, gracias a la ayuda y recursos de la voluntad y providencia divina, con poco esfuerzo humano y casi ninguna preocupación y en un tiempo más breve de lo que se podría pensar fue tomado, conquistado, repartido y entregado para habitarlo. En efecto, se llevó a cabo en un periodo de siete años, que apenas podía parecer suficiente para que un ejército reconociera las regiones y las examinara, cuanto más para capturar y vencer en guerra a treinta y un reyes, para dispersar, mermar y poner en fuga a tantos soldados, para destruir tantos pueblos, para ocupar, expoliar y saquear tantas ciudades, para reunir y apoderarse de muchos miles de cabezas de ganado, y para constituir y establecer los límites y fronteras de las regiones. Éste es un ejemplo único, con una prueba manifiesta e ilustre, de la distancia que separa la facultad humana de la voluntad y tutela divinas. *Se apoderó Josué de todo el territorio, como le dijo el Señor a Moisés y se lo dio en posesión a los hijos de Israel por partes y por tribus, y la tierra descansó de la guerra.*

Jos 11, 23.

He aquí los reyes de la tierra que batió Israel, apoderándose de sus territorios, al otro lado del Jordán, a oriente, desde el torrente del Arnón hasta el monte Hermón, y todo el Arabá, a oriente. Seón, rey de los amorreos, residente en Hesebón; etc. sobre el Arabá hasta el mar de Queneret, a oriente, etc. El territorio de Og, rey de Basán, de los restos de los refaím, etc. Moisés, siervo de Dios, y los hijos de Israel los batieron; y Moisés, siervo del Señor, dio sus territorios en posesión a los rubenitas y gaditas y a media tribu de Manasés. Leemos que estos reinos fueron regalados a los israelitas más allá de lo prometido por su maldad e inadecuada envidia; ésta es la serie de reinos de aquella región prometida: *Reyes de la tierra que batió Josué y los hijos de Israel, de este lado del Jordán, a occidente, desde Baal Gad, en el valle del Líbano, hasta la montaña desnuda que se alza hacia Seir, cuyos territorios dio Josué en posesión a las tribus de Israel, según sus familias, en la montaña, en la llanura, en el Arabá, en las vertientes, en el desierto, en el Negueb; de los jeteos, de los amorreos, de los cananeos, de los fereceos, de los jeevos [299] y de los jebuseos; el rey de Jericó, el rey de Hai, cerca de Bétel; el rey de Jerusalén; el rey de Hebrón; el rey de Jerimot; el rey de Laquis; el rey de Eglón; el rey de Gueder; el rey de Jorma; el rey de Arad; el rey de Libna; el rey de Odulam; el rey de maceda; el rey de Bétel; el rey de Tafuaj; el rey de Ofer; el rey de Afeg; el rey de Lasaron; el rey de Madón; el rey de Jasar; el rey de Simerón; el rey de Acsaf; el rey de Tanac; el rey de Maggedo; el rey de Cades; el rey de Jacneam, en el Carmelo; el rey de Dor, en las alturas de Dor; el rey de Goyim, junto a Galil; el rey de Tírsa. En total, treinta y un reyes.* Aunque las decisiones y tropas de estos reyes, así como las interpretaciones secretas de sus nombres trataron de oponerse al propósito de Dios, sin embargo todo lo que intentaron fue en vano e incluso para

Jos 12, 1-6.

Jos 12, 7-24.

Ios 14, 6-15.

su propio daño. Para que nadie pueda pensar que una hazaña tan grande se realizó tan brevemente por una multitud de asaltantes, sino por la certera verdad de la constancia de la promesa divina y de la fe de los hombres, sirve como singular y particular ejemplo el caso de un solo hombre, Caleb, de una edad impropia, ochenta y cinco años, pero íntegro en fuerzas y sentidos por la virtud de la divina providencia. Caleb, con poco esfuerzo y ningún peligro, con no muchos varones de su familia venció y destruyó la más fuerte y robusta nación de aquellos lugares, poderosa en recursos e influencia. La expolió del reino y de todas sus pertenencias y casi solo obtuvo una famosa victoria entre todas aquellas guerras. Es lo que el Espíritu Santo dictó para que fuera redactado en el mismo libro, cuya narración y exposición es la siguiente: *Algunos de los hijos de Judá se acercaron a Josué, en Gálgala, y Caleb, hijo de Jefoné, el quineceo, le dijo: "Ya sabes lo que a Moisés, siervo de Dios, dijo el Señor respecto de mí y de ti en Cadesbarne. Cuarenta años tenía yo cuando Moisés, siervo del Señor, me mandó de Cadesbarne para explorar la tierra, y yo le hice relación según la sinceridad de mi corazón. Mientras que mis hermanos, los que conmigo habían subido, descorazonaron al pueblo, yo seguí enteramente al Señor, mi Dios. Aquel día hizo Moisés este juramento: 'La tierra que pisaren tus pies será tu posesión y la de tus hijos perpetuamente, porque tú has seguido enteramente al Señor'. Ahora, pues, el Señor me ha conservado la vida, como lo prometió durante los cuarenta y cinco años transcurridos desde que el Señor dirigió a Moisés esta palabra, mientras caminaba Israel por el desierto, y tengo ahora ochenta y cinco años; pero ya ves que estoy robusto hoy, como lo estaba al tiempo en que Moisés me mandó; mi fuerza es ahora la misma de entonces para luchar, para salir y para entrar. Dame, pues, este monte, de que habló el Señor aquel día, oyéndolo tú también, pues allí están los enaquim, y tienen ciudades grandes y fuertes; quizá quiera el Señor estar conmigo y logre exterminarlos, según la palabra del Señor". Josué bendijo a Caleb y le entregó Hebrón en posesión. Y desde entonces fue Hebrón para Caleb, hijo de Jefoné, el quineceo, hasta el día de hoy, porque siguió enteramente al Señor, Dios de Israel. Hebrón se llamó antes [300] Quiriat-Arbé. Adam fue el hombre más grande entre los enaquim, y la tierra descansó de la guerra. Y estos mismos ejemplos, transmitidos y esperados públicamente y en común, así como individual y privadamente en aquellos siglos y entre aquellos hombres sirvieron de ejemplo certísimo de la virtud y eficiencia de la fe que se tenía en las promesas divinas y que se adornaba y demostraba con un obsequio favorable. Así está escrito: *Por la fe cayeron los muros de Jericó después de haber sido rodeados siete días. Por la fe, Rahab, la meretriz, no pereció con los incrédulos, por haber acogido benévola a los espías. ¿Y qué más diré? Porque me faltaría el tiempo para hablar de Gedeón, de Barc, de Sansón, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas [que le precedieron], los cuales, por la fe, subyugaron reinos [terrenales, se entienda], ejercieron la justicia [de los preceptos legítimos], alcanzaron las promesas [de esta vida mortal y heredad terrestre hechas a los padres].**

Hebr 11,
30-33.

Pero, en verdad, se había predicho y denunciado a menudo en la Ley que aquel reino terrenal tan abundante en riquezas y lujos debía mantenerse y observarse con las mismas artes que había logrado conseguir el género humano. Y después de que se alcanzara la paz y se arreglaran las cosas se vol-

vió a tratar de la fundación, o sea, de las artes ordenadas por la fe y el obsequio divino. Entre las demás cosas se advertía severísimamente que bajo ningún concepto, ni por deseo o fe en algún provecho o gloria, ni por ninguna otra causa, aunque fuera aparentemente honesta, hicieran jamás pactos de amistad, familia o comercio con esos pueblos a los que habían vencido y que tampoco admitieran ninguna semilla de sus costumbres, ritos o culto ni en una expresión mínima en ningún asunto privado o público del pueblo de Dios. Ello se debía a que a ellos mismos ya se les había dado por consejo y juicio divino abundantes leyes, preceptos y decretos para el estudio interno de la religión y la piedad, para el culto externo y para todos los tipos de acciones y ejercitaciones en la vida y las costumbres que se debían cumplir tanto en casa como fuera: *Había pasado largo tiempo desde que el Señor diera a los hijos de Israel el descanso, liberándolos en derredor de todos sus enemigos; y Josué era ya viejo, de edad avanzada. Convocó entonces Josué a todo Israel, a sus ancianos, sus jefes, sus jueces y sus oficiales y les dijo: "Yo soy ya viejo, de edad avanzada. Vosotros habéis visto todo cuanto el Señor, vuestro Dios, ha hecho con todas las naciones que teníais ante vosotros; porque es el Señor, nuestro Dios, el que por vosotros ha combatido. Ved: yo os he distribuido por suerte en heredad para vuestras tribus esas gentes que han quedado y aquellas que yo exterminé, desde el Jordán hasta el mar Grande, a occidente. El Señor, vuestro Dios, las rechazará y las expulsará ante vosotros y os dará en posesión su territorio, como el Señor, vuestro Dios, os lo ha dicho. Esforzaos, pues, en guardar y poner por obra todo lo que está escrito en el libro de la Ley de Moisés, sin apartaros ni a la dercha ni a la izquierda. No os mezcléis con esas gentes que han quedado en medio de vosotros, ni invoquéis el nombre de sus dioses, ni juréis por ellos, ni les sirváis, ni os prosternéis ante ellos, sino adheríos al Señor, vuestro Dios, como hasta ahora lo habéis hecho. El Señor arrojará de delante de vosotros naciones grandes y poderosas, y ninguna podrá resistiros hasta hoy. Uno solo de vosotros perseguirá a mil porque el Señor, vuestro Dios, combatirá por vosotros, [301] como os lo había dicho. Tened gran cuidado de vosotros mismos, amando al Señor, vuestro Dios; porque si os apartáis de Él y os ligáis con los restos de esas gentes que han quedado entre vosotros, si contraéis matrimonios con ellas, mezclándoos con ellas y mezclándose ellas con vosotros, sabed bien que el Señor, vuestro Dios, no seguirá arrojándolas delante de vosotros, sino que serán para vosotros un lazo y una trampa, aguijón en vuestros costados y espinas en vuestro ojos, hasta que desaparezcáis de sobre esta excelente tierra que os ha dado el Señor, vuestro Dios. Yo ya estoy para irme por el camino de todos. Reconoced con todo vuestro corazón y toda vuestra alma que todas las buenas promesas que el Señor, vuestro Dios, os ha hecho se han cumplido; ninguna ha quedado sin efecto, ni ninguna ha caído. Lo mismo, pues, que todas las buenas palabras que el Señor, vuestro Dios, os ha dado se han cumplido, lo mismo también cumplirá el Señor contra vosotros sus palabras de amenaza, hasta que os haga desaparecer de sobre esta excelente tierra que el Señor, vuestro Dios, os ha dado; si traspasáis la alianza del Señor, vuestro Dios, la que Él os ha prescrito, y os vais a servir a otros dioses y os prosternáis ante ellos, la cólera del Señor se encenderá contra vosotros y desapareceréis bien pronto de sobre la tierra buena que Él os ha dado."*

Jos 23, 1-6.

El recuerdo de los beneficios divinos y la advertencia hecha en público y en privado de la piedad y los oficios en unos comicios públicos y ante el muy frecuentado senado del pueblo y todos los ministros de la república estaba dirigido más que a nadie a los propios magistrados, cuya preocupación o negligencia en aquella época y estado de cosas, es decir, mientras había que funcionar con la ley externa y escrita, podía ser de gran importancia para la salvación o perdición de los asuntos públicos y privados. Pero para que de la providencia de Dios nunca se pudiera reclamar nada que fuera relativo a la advertencia de las partes, a la declaración y exigencia de las obligaciones y deberes de cada uno, o para que ninguna clase o condición social pudiera tener una excepción, excusa o defensa, no sólo se celebró aquel acto con los magistrados, los jefes del pueblo y los hombres principales, sino que se reunió el concilio de todas las clases sociales y del pueblo, se recitaron las condiciones y se repitieron en voz muy alta los beneficios divinos. Se hizo predicción tanto de la tutela divina que siempre obsequiará a los hombres como de la ira y el castigo que se acarrearán los impíos, desertores y violadores de la religión y las leyes. Hubo una deliberación y se ofrecieron todas las opciones. Se hicieron los juramentos sagrados y por último se trató del mantenimiento de la alianza ya establecida y de su conservación pública ante cualquier acuerdo. Y aquí, al hilo de todo esto, convendría haber explicado que en el sermón sagrado se denomina culto de otros dioses cualquier cosa que se puede señalar aparte de los dictados y decretos de la divina sabiduría para el ejercicio de la piedad y las costumbres, bien sea pensada por el ingenio humano y por decisión privada, bien sea por inspiración ajena, y llevada a la costumbre. Y se podría definir con la siguiente limitación: custodiad todo lo que está escrito en el volumen de la Ley de Moisés y no os apartéis de ello ni a la derecha ni a la izquierda, sino adheríos al Señor, vuestro Dios, como habéis hecho hasta este día. Y, en todas las predicciones, que se indique el aspecto principal de la culpa: en lo que habéis infringido el pacto que el Señor, vuestro Dios, hizo con vosotros. [302] Esto es, así pues, lo que se hizo primero en los comicios y se celebró después en el consejo pleno, público y común, lo que se deliberó y lo que por fin se estableció y decidió: *Josué reunió en Siquem a todas las tribus de Israel y convocó a los ancianos, a los jefes, a los jueces y a los oficiales. Todos se presentaron ante Dios, y Josué dijo a todo el pueblo: "He aquí lo que dice el Señor, Dios de Israel: Vuestros padres –Taré, padre de Abraham y de Najor– habitaron al principio al otro lado del río y servían a otros dioses. Yo traje a vuestro padre Abraham de las fronteras de Mesopotamia y le conduje en la tierra de Canán, y multipliqué su semilla dándole Isaac. A Isaac le di Jacob y Esaú, y yo di a Esaú en posesión la montaña de Seir, y Jacob y sus hijos bajaron a Egipto. Después envié a Moisés y Arón y herí a Egipto con muchas señales y portentos. Saqué de Egipto a vuestros padres, y llegasteis al mar. Los egipcios persiguieron a vuestros padres con carros y caballos hasta el mar Rojo. Clamaron al Señor los hijos de Israel y el Señor puso tinieblas entre vosotros y los egipcios y puso sobre éstos las aguas del mar, que los cubrió. Vuestros ojos han visto lo que yo hice en Egipto y habéis estado largo tiempo en el desierto. Yo os traje a la tierra de los amorreos, que habitaban del otro lado del Jordán, y ellos combatieron contra vosotros. Yo os los entregué en vuestras manos y os*

Ios 24, 1-28.

posesionasteis de su tierra, y los aniquilasteis. Balac, hijo de Sefor, rey de Moab, se alzó para luchar contra Israel, e hizo llamar a Balam, hijo de Beor, para que os maldijera. Pero yo no quise dar oídos a Balam y por el contrario os bendije repetidamente y yo os libré de las manos de Balac. Pasasteis el Jordán y llegasteis a Jericó. Las gentes de Jericó combatieron contra vosotros, y también los amorreos, los fereceos, los cananeos, los jeteos, los guergueseos, los jeveos y los jebuseos, y yo os los puse en vuestras manos. Mandé delante de vosotros tábanos, y eché de su sitio a dos reyes amorreos. No ha sido vuestro arco ni vuestra espada. Yo os he dado una tierra que no habéis cultivado, ciudades que no habéis edificado y en ellas habitáis, y coméis el fruto de viñas y olivares que no habéis plantado. Temed al Señor y servidle con integridad y en verdad, quitad los dioses a quienes sirvieron vuestros padres en Mesopotamia y en Egipto, y servid al Señor. Y si os parece mal servir al Señor, tenéis una opción: elegid hoy a quien queréis servir, si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres en Mesopotamia, si a los dioses de los amorreos, cuya tierra habéis ocupado. En cuanto a mí y a mi casa toca, nosotros serviremos al Señor". El pueblo respondió diciendo: "Lejos de nosotros querer apartarnos del Señor para servir a otros dioses, porque el Señor es nuestro Dios, el que nos sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre; el que ha hecho a nuestros ojos tan grandes prodigios; el que nos ha guardado durante todo el largo camino que hemos recorrido y entre todos los pueblos por en medio de los cuales hemos pasado. El Señor ha arrojado delante de nosotros a todos los pueblos, a los amorreos, que habitaban en esta tierra. **POR TANTO NOSOTROS SERVIREMOS AL SEÑOR, PORQUE ÉL ES NUESTRO DIOS**". Y Josué dijo al pueblo: [303] "Vosotros no seréis capaces de servir al Señor: **ES UN DIOS SANTO Y FUERTE, UN DIOS CELOSO**; Él no perdonará vuestras transgresiones y vuestros pecados; si os apartáis del Señor y servís a dioses extraños, Él se volverá, y después de haberos hecho el bien, os dará el mal y os consumirá". El pueblo respondió a Josué: "No, no serás como dices, sino que **SERVIREMOS AL SEÑOR**". Y Josué dijo al pueblo: "Testigos sois hoy contra vosotros mismos de que habéis elegido al Señor **PARA SERVIRLE**". Y respondieron: "**TESTIGOS**". Y él dijo: "Abora, pues, quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y **VOLVED VUESTROS CORAZONES AL SEÑOR, DIOS DE ISRAEL**". Y el pueblo dijo a Josué: "**SERVIREMOS AL SEÑOR, NUESTRO DIOS, Y OBEDECEREMOS SUS PRECEPTOS**". Josué concluyó aquel día una alianza con el pueblo y le dio en Siquem leyes y mandatos; y escribió estas palabras en el libro de la Ley de Dios, y tomando una gran piedra, la alzó allí debajo de la encina que hay en el lugar consagrado al Señor. Y dijo a todo el pueblo: "Esta piedra servirá de testimonio contra vosotros, de que habéis oído todas las palabras que el Señor os ha dicho para que no neguéis después a vuestro Dios". Y Josué mandó al pueblo que se fuese cada uno a su posesión. Y esta república, instituida con estas leyes, y adornada de estas costumbres, conservó ese estado de cosas mientras permaneció en esa alianza, oficio y piedad que había prometido. De ello se preocupaban Josué y los príncipes que no sólo habían sido espectadores, sino también partícipes de los beneficios y de la providencia cierta y activa de Dios para con los píos y de la venganza con los impíos. Con el empeño, desvelo, autoridad, consejos, acciones y continua labor de éstos, el pueblo fue contenido en los límites de una severa disciplina, se dedi-

los 24, 31. có a los oficios de la piedad y experimentó la verdadera y constante verdad de un Dios benigno. *Israel sirvió al Señor durante toda la vida de los ancianos que le sobrevivieron y conocían cuanto había hecho el Señor en favor de Israel.*

LIBRO SEXTO

CAPÍTULO I.

DE LA MUDANZA, INCONSTANCIA Y CONTINUO DETERIORO DE LOS ASUNTOS HUMANOS POR CULPA O VICIO DE LOS HOMBRES

La benignísima intención y voluntad de Dios respecto a la salvación, dignidad, distinción y mejora de los hombres la encontramos expuesta ya desde el principio en abundantes e ilustres ejemplos y confirmada en un solo pueblo, el elegido y beneficiario de los mayores dones, admirablemente docto, avanzado, constituido e instruido como en un designio y propósito secreto. De modo que lo que en esta vida mortal pueda pedirse para la felicidad, nada faltaría de lo que se deseara, excepto el beneficio de la felicidad eterna de las almas y los cuerpos, a cuya dulcísima meditación, fe, y esperanza se antepo- nía la condición bien establecida de las cosas externas. Quien viviera constan- temente en esa condición cambiaría esta vida con el último y buen fin. Así está escrito: *Inclino mi corazón a cumplir tus estatutos por siempre jamás*. Eso hicieron con gran constancia y seriedad durante toda su vida algunos hom- bres buenos, fuertes, óptimos consejeros de sí mismos y receptivos con la fe de su alma, una vez que desdeñaron todos los impedimentos, superaron to- dos los trabajos, despreciaron todas las desgracias, y también asumieron y ex- perimentaron con fortaleza el peligro de muerte cuando fue preciso. *No per- dáis, pues, vuestra confianza, que tiene una gran recompensa. Porque tenéis necesidad de paciencia, para que, cumpliendo la voluntad de Dios, alcancéis la promesa. "Porque aún un poco de tiempo, y el que ha de venir, llegará sin tardar. Mi justo vivirá de la fe, pero no se complacerá ya mi alma en el que, cabarde, se oculta". Es la fe la garantía de lo que se espera, la prueba de las cosas que no se ven, pues por ella adquirieron gran nombre los antiguos.*

Ps 118, 112.

Hebr 10, 35-38.

Hebr. 11, 1-2.

Pero, en verdad, la parte femenina del alma humana, desde el primer mo- mento de la pérdida de la condición persistió siempre principalmente en el amor a sí misma y se esforzó por imponerle la ley a la mejor parte, es decir, a su varón, más que a obedecer a los consejos del varón o a las leyes de Dios y se esforzó tanto, que después de la promulgación de la Ley divina se compor- tó con el varón aún más duramente. Pues antes se había impuesto en muchos asuntos a la parte masculina o a su alma, dando a entender que no era vicio

lo que la disciplina de la Ley decía que era no sólo vicio, sino el principal de los vicios. Eso ella lo sobrellevaba mal y [305] empezó a darle prisa y a adelantar disputando de muchos modos. Entre tanto usaba frases y argumentos contra la intención del varón, a veces incluso interpretaciones de la Ley divina, y si las leyes no eran lo bastante apropiadas, entonces echaba mano de las excepciones y de las invenciones de los consejos propios y, por último, si con ello no tenía éxito, molestaba al varón, se peleaba con él y le ponía impedimentos, con tal de servirse plenamente de él para su propio deseo tras convencerlo u obligarlo a aceptar sus ideas. Eso es de lo que antes había prevenido algunas veces el mismo ministro de la Ley con predicciones legítimas por inspiración del legislador Dios. *No haya, pues, entre vosotros hombre ni mujer, familia ni tribu, que se aparte hoy del Señor, nuestro Dios, para ir a servir a los dioses de esos pueblos; no haya entre vosotros raíz que produzca veneno ni ajenjo; nadie al oír las palabras de este juramento se bendiga en su corzzón, diciéndose: "Paz tendré, y persistiré en la maldad de mi corazón"; Y SE UNA LA SED A LAS GANAS DE BEBER. El Señor no perdonará a ése, sino que se encenderá contra él la cólera y el celo del Señor, se echarán sobre él todas las maldiciones escritas en este libro, y el Señor borraré su nombre de debajo de los cielos. El Señor le elegirá para entregarle a la desventura, de entre todas las tribus de Israel, conforme a las maldiciones de esta alianza, escritas en el libro de esta Ley.* Asimismo, previendo esto mismo, intercalaba el profeta lo siguiente en su advertencia: *"Tomad este libro de la Ley y ponedlo en el arca de la alianza del Señor, vuestro Dios, que esté allí como testimonio contra tí; porque yo conozco tu rebeldía y tu dura cerviz; aun viviendo yo hoy con vosotros, sois rebeldes al Señor, ¡cuánto más después que yo muera! Congregad a todos los ancianos de vuestra tribu y a vuestros doctores, que quiero profetizar, oyéndolo ellos, estas palabras, invocando como testigos contra ellos a los cielos y a la tierra; pues sé bien que después de mi muerte os pervertiréis del todo y os apartaréis del camino que os he mandado, y que en tiempos venideros os alcanzará la desventura, por haber hecho lo que es malo a los ojos del Señor, irritándole con las obras de vuestras manos". Moisés pronunció a oídos de la asamblea de Israel las palabras de este cántico, hasta el fin. "Escuchad, cielo, y hablaré. Y oiga la tierra las palabras de mi boca, etc."* En este cántico se recogen sólidamente el secreto del designio divino sobre la salvación humana y el delito de la perversidad humana, y también la prueba de la bondad de Dios, y se muestran todas esas cosas ocultas y veladas bajo las sombras de aquella imagen terrena.

Deut 29,
17-21.

Deut 31,
26-32, 1.

CAPÍTULO II.

DE LA DESENFRENADA DEPRAVACIÓN DE CARACTERES Y COSTUMBRES

Para conservar, o bien dejar perderse o escapar, o bien recobrar y recuperar, el primitivo y óptimo estado de cosas públicas y privadas, la propia naturaleza aconseja que sea muy importante buscar y desear los talentos, cos-

tumbres y autoridad de los que están delante, según covenga. [306] Eso mismo demuestra la observación de los vigilantes de rebaños y campos, así como los ejemplos de todos los siglos y edades. Pues el talento de todos los hombres, después que se apartó de la primera verdad en que fue al comienzo formado, aunque en su parte varonil no perdió en seguida el amor a la verdad y al bien, sin embargo, en lo que se refiere a su parte femenina, que es depravada, soberbia e insolente, está inclinado a la falsedad y los vicios y con facilidad se desliza hacia ellos. Así está escrito: *Los deseos y pensamientos del hombre, desde la adolescencia, tienden al mal.* Desde el inicio Dios proporcionó alivios y remedios convenientes para el mal del hombre animal, como los que hemos observado en el contexto de esta obra y como los que demostró con creces, mientras llegaba el Autor tantas veces prometido de la salvación y de la vida íntegra, del que está escrito: *“Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, se alzará un sol de justicia que traerá en sus alas la salvación, y saldréis y brincaréis como terneros que salen del establo, y pisotearéis a los malvados, que serán como polvo bajo la planta de vuestros pies, el día en que yo me pondré a hacer”, dice el Señor de los ejércitos.* Y en la medicina que entre tanto Dios proporciona se recomienda encarecidamente el estudio y ejercicio de la verdadera y sana doctrina. No sólo se encomienda su dedicación a los hombres particulares, sino también a los maestros públicos y a los prefectos su cuidado, es decir, a los padres de las casas en las propias familias, y a los magistrados en la abundante población de las urbes, ciudades, vecindades y demás sociedades que se dan entre los hombres. Es competencia de la autoridad y labor de los magistrados velar diligentemente por que lo que se ha decretado de manera óptima en los asuntos privados y públicos se lleve a cabo en verdad y que sean castigados severamente los que se vea que lo violan. De este modo, los que se hayan dispuesto a llevar una vida recta con su afán, la pueden llevar con seguridad, y los que se atrevan a estorbarles con su ejemplo o con incomodidades son coaccionados por el miedo, o, castigados con una pena merecida, son corregidos o se quitan de en medio y, en lo que el hombre puede arreglar, el aspecto de las cosas que se ven y se contemplan se conserva arreglado y decente. Su ejemplo lo imitan los demás hombres y es grato a Dios, el supremo presidente y príncipe, y resulta útil y honesto como lo que más para la República. En efecto, como en el cuerpo de un animal la integridad y cordura de la cabeza atañe a los restantes miembros y, si está bien asentada, los mantiene dispuestos para la función de cada uno, del mismo modo la disciplina de la verdad y el bien, observada por el supremo orden de los poderes, mantiene al pueblo en su función e inclina a Dios a aconsejar y favorecer a la República. Así está escrito: *Ved cuán bueno y deleitoso es convivir juntos los hermanos. Es cual exquisito unguento sobre la cabeza que descende hasta la barba, la barba de Aarón, y baja hasta la orla de sus vestidos. Como el rocío del Hermón, que descende sobre los montes de Sión, pues allí envía el Señor la bendición, la vida eterna.* Así pues, de la doctrina de las funciones de la religión, la piedad y la humanidad, contemplada continuamente en importantes ejemplos y costumbres, resultó gran distinción y ventaja para la entera república de los israelitas mientras duró, y para los hombres particulares una prueba de virtud [307] y una ayuda para la felicidad. Pero, siendo

Gen 8, 21.

Mal 4, 2-3.

Ps 132, 1-3.

eso lo deseado, la memoria y el recuerdo de los beneficios divinos, que debió ser perpetua y permanecer siempre vigente, se obscureció con el olvido y se borró primero, y, en seguida, hubo una degeneración de aquella seriedad de los padres, y el esplendor de aquella república entera se debilitó con costumbres impuras. De ahí se pasó a vanas invenciones de opiniones y doctrinas, a insanas fábulas sobre la naturaleza divina, a frases mezcladas y perturbadas sobre la religión, y, por fin, toda apariencia de las cosas tanto particulares y privadas como públicas se convirtió en ignominiosa vileza, detestable deshonra e impurísimo pecado. *Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, murió a la edad de ciento diez años y fue sepultado entre las fronteras de su posesión, en Timnat Heres, en los montes de Efraím, al norte del monte Gas. TODA AQUELLA GENERACIÓN FUE A REUNIRSE CON SUS PADRES, y surgió una nueva generación, que NO CONOCÍA AL SEÑOR NI LA OBRA QUE ÉSTE HABÍA HECHO EN FAVOR DE ISRAEL. Los hijos de Israel hicieron el mal a los ojos del Señor y sirvieron a los baales. Se apartaron del Señor, el Dios de sus padres, que los había sacado de Egipto, y se fueron tras otros dioses, de entre los dioses de los pueblos que los rodeaban, y se postraron ante ellos, irritando al Señor. Apartándose del Señor, sirvieron a Baal y Astarté.*

Y en la lectura de esta historia se observa que es más antigua y poderosa en Dios la recomendación de la doctrina, unida a la concesión de favores, pero que si la perversidad de los hombres la olvida, o rechaza, en segundo lugar está el juicio de la corrección y el castigo, así como la venganza. Sin embargo, eso está en manos del designio e instituto de la cordura humana. Así está escrito: *“Pues yo conozco mis designios para con vosotros”, dice el Señor, “designios de paz y no de desventura, de daros un porvenir y una esperanza. Me llamaréis y vendréis; me suplicaréis, y yo os escucharé”.*

Pero aunque este último fundamento se ponga entre los remedios y la medicina de los vicios humanos, sin embargo no cura totalmente ni proporciona salud plena al malo, mientras la parte inferior y femenina del hombre, a la que llamamos alma, obtiene partes mejores, es decir, mientras está viva y se propaga la descendencia del viejo Adán. Pues, al igual que la fuerza de una ley dada y promulgada en una nube, niebla, trueno y rayo, además de la erudición unida al terror y al miedo, no añade ninguna virtud más a la mente del que escucha, del mismo modo suscitan sentimientos de amenazas y maldiciones, así como la experiencia del terror, provocan lágrimas, y hacen surgir gemidos y llantos. A lo máximo obtienen una súplica, pero no pueden conseguir y consolidar la constancia y perseverancia del propósito. De ahí sucede que, cuando el hombre enfermo se siente atormentado por la inconveniencia de los males y la escasa efectividad de los medicamentos, tras confesar su propio vicio, promete de palabra corregirse más que asumir el serio propósito de hacerlo. [308] Ofrece una imagen de súplica adornada de promesas con orgullo y artificio más que mostrarla con devoción interna. Así está escrito: *Cuando los mataba le buscaban, se convertían y se apresuraban hacia Dios, acordándose que era Dios su roca, y el Altísimo su redentor. Y le halagaban con su boca, pero con su lengua le mentían, y su corazón no era constante hacia Él, ni eran fieles a su Alianza. Pero es misericordioso y perdonaba la iniquidad, y no los exterminó, refrenando muchas veces su ira para que no se desfagara su*

cólera. Se acordó DE QUE SON CARNE, un soplo que pasa y no vuelve. Pero el recuerdo, la memoria, la observación de los favores divinos, que debe ser perpetua, nunca se torna en el ingrato vicio del olvido sin la alienación y locura de la mente que entre los hijos de Adán suele seguir a menudo a la prosperidad: Pero el hombre, cuando está en su esplendor, no se da cuenta: es comparable a las bestias, que perecen, y se hace similar a ellas. Los males que se apoyan en la prosperidad y que entran y oprimen la mente se nos enseña que se curan con dos remedios, a saber, a sangre y fuego, que Dios, el máximo médico, conocía a la perfección. Así está escrito: *Las señales del azote son medicina contra el mal, y los golpes llegan a lo más hondo del corazón.* Por ello el profeta y doctor Moisés, prediciendo, advirtió a los hombres, que iban a caer en su vicio, que habría una curación apropiada y oportuna, a saber, conformada por trabajo, calamidad y plagas, hasta que el enfermo, vuelto por fin en sí y expulsando tanta locura, pudiera implorar la clemencia, bondad, fe y fuerza divinas que había abandonado.

Ps 48, 13.

Prov 20, 30.

Y engordó el predilecto, y tiró coces: engordado, grasiento, dilatado abandonó a Dios, su benefactor y se apartó del Dios de su salvación. Provocaron con dioses ajenos y lo irritaron con abominaciones. Inmolaron a demonios, al no-dios, a dioses que no habían conocido. Llegaron dioses nuevos y recientes, a los que no sirvieron sus padres. Abandonaste al Dios que te engendró y te olvidaste del Señor, tu creador. Y lo vio el Señor y se irritó, porque lo provocaron sus hijos y sus hijas. Y dijo: "Esconderé de ellos mi rostro, veré cuál será su fin, porque es una generación perversa, hijos sin fidelidad alguna. Ellos me han provocado con el que no era dios, me han irritado con vanidades. Yo los provocaré a ellos con el que no es pueblo y los irritaré con gente insensata. Ya se ha encendido el fuego de mi ira, y arderá hasta lo profundo del infierno, y devorará la tierra con sus frutos y abrasará los fundamentos de los montes. Amontonaré sobre ellos males y lanzaré contra ellos mis saetas. Les consumirá el hambre y les devorarán aves con un bocado muy amargo: Mandaré contra ellos los dientes de las fieras y el veneno de los reptiles que se arrastran por el polvo. A los que fuera estén los matará la espada, y a los que dentro, el espanto, lo mismo a mancebos que a doncellas, lo mismo al que mama que al encanecido". Yo dije: "¿Dónde están?, voy a borrar de entre los hombres su memoria". Pero lo aplacé por la arrogancia de los enemigos, [309] porque se envanecerían sus perseguidores, y dirían: 'Ha vencido nuestra mano, no es el Señor quien ha hecho todo esto'. Es gente sin consejo y sin prudencia. Ojalá supieran y fueran inteligentes y comprendieran lo que les espera".

Deut 32, 15-29.

Y Dios instituyó un designio conforme a este tipo de predicciones para puigar la locura de la perversidad y maldad humanas de la época: *El Señor se encendió en cólera contra Israel, y los entregó en manos de salteadores, que los asaltaban y los vendían a los enemigos del contorno, y llegaron a no poder ya resistir a sus enemigos. En cualquier salida que hacían pesaba sobre ellos para mal la mano del Señor, como Él se lo había dicho, como se lo había jurado, y se vieron en muy gran aprieto. El Señor suscitó jueces, que los libraron de los salteadores; pero desobedeciendo también a los jueces, se prostituyeron, yéndose detrás de dioses extraños, y los adoraron, apartándose bien pronto del camino que habían seguido sus padres, obedeciendo a los preceptos del Señor; no*

Jud 2, 14-19.

hicieron ellos así. Cuando el Señor les suscitaba un juez, estaba con él y los libraba de la opresión de sus enemigos durante la vida del juez, porque se compadecía el Señor de sus gemidos, a causa de los que los oprimían y los vejaban. Al morir el juez volvían a corromperse más todavía que sus padres, yéndose tras de los dioses extraños para servirlos y adorarlos, sin dejar de cometer sus crímenes, y persistían en sus caminos. Esta descripción del talante de los hombres y de su sentimiento hacia la Ley divina que ofrece promesas de felicidad externa a los obedientes y amenazas y predicciones de castigos a los malvados no suele conseguir nada notable ni importante en las almas y mentes humanas aparte de miedo, terror y pavor. Pues fue escrita y editada primeramente en tablas de piedra y no en las de carne del corazón y, como antes recordábamos, sirvió para descubrir, señalar, hacer ver y como mucho desaconsejar los pecados, pero no para erradicarlos. Así está escrito: "No hay justo, ni siquiera uno; no hay uno sabio, no hay quien busque a Dios. Todos se han extraviado, todos están corrompidos; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno". "Sepulcro abierto es tu garganta, con sus lenguas urden engaños, veneno de áspides hay bajo sus labios, su boca rebosa maldición y amargura, veloces son sus pies para derramar sangre, calamidad y miseria abundan en sus caminos, y la senda de la paz no la conocieron, no hay temor de Dios ante sus ojos". Ahora bien, sabemos que cuanto dice la Ley lo dice a los que viven bajo la Ley, para tapar toda boca y que todo el mundo se confiese reo ante Dios. De aquí que por las obras de la Ley nadie será reconocido justo ante Él, pues de la Ley sólo nos viene el conocimiento del pecado. Quiso Dios con esto que se le mostrara a la raza de los hombres cuánto mal tienen inherentes por sus vicios, que ni siquiera la majestad y poder de una doctrina tan importante puede limpiar y erradicar, y menos podrían eliminarlos las invenciones de su conocimiento de los mismos, la inconstancia y las imaginaciones siempre luchando consigo mismo de las cosas y las palabras. Así pues, ni los desvelos humanos les concedieron el disfrute de la verdadera y eterna salvación a los que no tenían la Ley divina redactada en tablas ni la abundancia de ésta se lo concedió a los que les tocó en suerte, [310] a no ser en la medida en que la Ley les proporcionó a los hombres un mayor, más ilustre y libre conocimiento de su suerte y condición y trocó la seguridad de los que vivían sin Ley en preocupación, desconfianza e inquietud. A los que la olvidaban y despreciaban en este otro orden les infligió más numerosos y graves castigos y calamidades, mientras que a los que cumplían su obligación les hizo promesa más evidente y firme de una recompensa. Dichoso ese siervo a quien el amo, al llegar, le hallare haciendo así. En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes. Pero si ese siervo dijere en su corazón: "Mi amo tarda en venir", y comenzase a golpear a siervos y siervas, a comer y beber, y embriagarse, llegará el amo de ese siervo el día que menos lo espere y a la hora que no sabe, y le mandará azotar y le pondrá entre los infieles. Ese siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no se preparó ni hizo conforme a ella, recibirá muchos azotes. El que no la conocía, recibirá pocos. A quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, más se le pedirá.

Rom 3, 10-20.

Lc 12, 43-48.

Sin duda, lo que contempla la verdad de la Ley y de la doctrina expuesta y transmitida en tablas y cartas era bueno, santo, decente por su propia natu-

raleza y en todo aspecto recomendable y no contenía nada de vano, superfluo o contrario a lo que se necesitaba. Sólo se apreciaba una limitación a su eficiencia, que, aunque inspiraba terror y miedo en las almas, sin embargo no las transformaba en otro estado distinto de aquel en el que se encontraban, a saber, el de los hijos de Adán y muy similares a Adán. Lo que la Ley les prescribía que internamente debían hacer se juzgaba muy duro, difícil y cercano a lo imposible por su innata maldad que, oponiéndose a la Ley, se descubriría que pecaba más grave, impotente y obstinadamente. Eso es lo que claramente indicaba el Apóstol asumiendo primero el papel del hombre carente de ley y después el del hombre consagrado a la ley: *¿O ignoráis, hermanos –hablo a los que saben de leyes–, que la Ley domina al hombre todo el tiempo que éste vive? ... Pues cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, vigorizadas por la Ley, obraban en nuestros miembros y daban frutos de muerte; ... ¿Qué diremos entonces? ¿Que la Ley es pecado? De ningún modo. Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley. Pues yo conocí el pecado si no por la Ley. Pues yo no conocería la codicia si la Ley no dijera “No codiciarás”. Mas, tomando ocasión el pecado por medio del precepto, activó en mí toda concupiscencia, porque sin la Ley el pecado está muerto. Y yo viví algún tiempo sin Ley, pero sobreviviendo el precepto revivió el pecado y yo quedé muerto, y hallé que el precepto, que era para vida, fue para muerte. Pues el pecado, con ocasión del precepto, me sedujo y por él me mató. En suma, que la Ley es santa, y el precepto santo, y justo y bueno. ¿Luego lo bueno me ha sido muerte? Nada de eso; pero el pecado, para mostrar toda su malicia, por lo bueno me dio la muerte, haciéndose por el precepto sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido por esclavo al pecado. Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero bueno, [311] sino que, lo que aborrezco, eso hago. Si, pues, hago lo que no quiero, reconozco que la Ley es buena. Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí... Por consiguiente, tengo en mí esta Ley: que, queriendo hacer el bien, es el mal el que se me apega; porque me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior, pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros. Así pues, se entiende que esto es un capítulo de la inconstancia e impotencia de los hombres que trabajan con una cuerda a veces tensa, a veces laxa, un ejemplo de lo cual describe aquella historia que se sitúa en la narración de la época de los jueces, que termina con este remate: *En aquellos días no había rey en Israel, sino que cada uno hacía lo que le parecía correcto*. El autor de la historia quería decir que en el juicio final sucede, por insensatez de los hombres, que la inconstancia, perversidad y depravación de las costumbres particular y comúnmente corrompidas se suelen atribuir a defecto del gobernante, aunque, sin embargo, todo este desorden se origina por la propia maldad de la mente y de las almas que se oponen la Ley divina. Esto lo advirtieron más de una vez las prohibiciones de las leyes y de los preceptos. *No te apartarás a la derecha ni a la izquierda*.*

Rom 7, 1; 5;
7-17; 21-23.

Jud 21, 24.

Deut 17, 11.

CAPÍTULO III.

UN EJEMPLO FAMOSO DE LA CLEMENCIA Y BONDAD DE DIOS

Hemos visto que el hombre de todas aquellas épocas de los jueces era a veces corregido por una falta o impiedad; que a menudo se reconciliaba con Dios por el empeño, preocupación y labor de los óptimos magistrados, pero que con mayor frecuencia volvía a su locura y a sus crímenes. Hemos visto que eso se achacaba a una causa no verdadera en todo momento, sino verosímil, a saber, la falta de un gobernante muy poderoso por cuya autoridad, reverencia y miedo se pudiera reprimir el vicio y conceder a la virtud su honor, aunque en la propia Ley divina que se había ordenado a cada uno en privado y a todos en común se había advertido y prohibido que nadie hiciera o supiera en privado o en común nada más allá ni más acá de la Ley. *El Señor nos ha mandado poner por obra todas sus leyes, y temer al Señor, nuestro Dios, para que seamos dichosos siempre, y Él nos conserve la vida, como hasta ahora ha hecho; y es para nosotros la justicia guardar sus mandamientos y ponerlos por obra ante el Señor, nuestro Dios, como Él nos lo ha mandado.* Y de nuevo: *Obrarás según lo que te hayan dado en el lugar que el Señor ha elegido y lo que ellos te hayan enseñado SEGÚN SU LEY. Seguirás la sentencia que te hayan dado, y no te apartarás ni a la derecha ni a la izquierda.*

Deut 6, 24-25.

Deut 17,
10-11.

Para que la obtusa agudeza del ingenio humano y su ignorante destreza no pretextara en la pérdida de la piedad y oficio el deseo de un gran autor y príncipe, Dios quiso asumir y ejercer el cargo de Rey y supremo Gobernador en el modo en el que aquella época lo pudiera sobrellevar, dispensándosele así un gran beneficio a los hombres, [312] aunque no fuera recibido con la observancia y el entusiasmo del agradecimiento y el recuerdo, como convenía. Para llevarlo a cabo creó a un varón, adornado, incluso desde el vientre de su madre, de muchas y admirables pruebas de autoridad, y no sólo contemplado, sino también celebrado por muy frecuentes ejemplos de la gracia y voluntad divinas desde la infancia. Su nombre era Samuel, efraíta, nacido no en una ilustre patria, pero de padres honestos y píos y de una madre santa, y se le daban a conocer manifiesta y públicamente los designios divinos de aquella época, creídos y confirmados por sus cumplimientos. Y así las cualidades naturales del niño y la pubertad del adolescente fueron observadas por el pueblo con muy grande esperanza y la mayor expectación. *El niño Samuel servía al Señor en presencia de Helí. Era por entonces escasa la palabra del Señor y no era frecuente la visión.* En este tiempo y con este gran deseo de oráculos se cuenta que empezaron a dársele por primera vez vaticinios a Samuel. Y esa narración se cierra con una afirmación así: *Samuel llegó a ser grande, y el Señor estaba con él y no dejó que cayera por tierra nada de cuanto él decía. Todo Israel, desde Dan hasta Berseba, reconoció que era Samuel un verdadero profeta del Señor. El Señor siguió apareciéndosele en Silo, pues ya se le había manifestado allí a Samuel mediante su palabra.*

1 Sam 3, 1.

1 Sám 3,
19-21.

Y Dios hizo a ese hombre no sólo instruido en dictar derecho y perito en explicar la doctrina, sobresaliente en su prudencia y destreza en regir al pueblo, e integrísimo gobernador en todos los aspectos, sino que también lo pre-

sentó como admirable en el arte y suerte de conducir los asuntos externos y de hacer y conducir la guerra, y lo hizo superior a cualquier ejemplo humano en ambos tipos de acciones. Pues en todos los aspectos se veía engrandecido por la sabiduría del arte adivinatorio, y lo que hacía y llevaba a cabo no se lo atribuía a sí mismo, sino al autor y rey, Dios, del cual él era ministro. Sus éxitos continuaron y llevó la seguridad a su pueblo y el terror y el miedo a sus enemigos, alimentando la opinión del espíritu que lo inspiraba. *Dijo, pues, Samuel, a toda la casa de Israel: "Si de todo corazón os convertís al Señor, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y las astartés; enderezad vuestro corazón al Señor y servidle sólo a Él, y Él os librará de las manos de los filisteos". Los hijos de Israel quitaron todos los baales y astartés y sirvieron sólo al Señor. Samuel les dijo: "Congregad a todo Israel en Masfa, y yo rogaré al Señor por vosotros". Reuniéronse en Masfa, y sacando agua, la derramaron en tierra ante el Señor; y ayunaron aquel día y clamaban: "Hemos pecado contra el Señor". Samuel juzgaba a los hijos de Israel en Masfa. Habiendo sabido los filisteos que los hijos de Israel se habían congregado en Masfa, subieron sus príncipes contra Israel. Tuvieron miedo de los filisteos los hijos de Israel, y dijeron a Samuel: "No ceses de clamar por nosotros al Señor, nuestro Dios, para que nos libre de la mano de los filisteos". Samuel tomó un cordero de leche y lo ofreció entero en holocausto al Señor, [313] y clamó al Señor por Israel, y el Señor le escuchó. Mientras Samuel ofrecía el holocausto, se acercaron los filisteos para atacar a Israel; pero el Señor hizo tronar muy fuertemente aquel día sobre los filisteos y los puso en derrota, siendo batidos por los hijos de Israel. Los hombres de Israel, saliendo de Masfa, persiguieron a los filisteos en derrota hasta más abajo de Bet-Horon. Tomó Samuel una piedra y la puso entre Masfa y Jesana; y llamó al lugar Piedra Colaboradora, diciendo: "Hasta aquí nos socorrió el Señor". Así humillados, no volvieron los filisteos más contra la tierra de Israel; y pesó la mano del Señor sobre ellos durante toda la vida de Samuel. Las ciudades que los filisteos habían tomado a Israel volvieron a poder de éste, desde Acarón hasta Gat. Israel arrancó de las manos de los filisteos su territorio, y hubo también paz entre Israel y los amorreos. Samuel juzgó a Israel todo el tiempo de su vida. Cada año hacía un recorrido por Bétel, Gálgala y Masfa, y allí, en todos estos lugares, juzgaba a Israel. Volvía luego a Rama, donde estaba su casa, y allí juzgaba a Israel. Alzó allí un altar al Señor.*

1 Sam 7, 3-17.

CAPÍTULO IV.

DE LA NUEVA, INDIGNA Y TARDÍA DECISIÓN DE LOS HOMBRES

Nadie hay que puede preguntarse con admiración de dónde le procede al hombre el hastío de las cosas buenas y de las esperanzas, si es que no ha conocido también la maldad de que se colmó la mente humana desde el tiempo en que prefirió obedecer y estar de acuerdo con una serpiente antes que con las órdenes de Dios y se afaná por servirse del conocimiento del bien y del mal. ¿Y qué más se le podía pedir en esta vida mortal al ámbito público y

privado de los hombres que le pudiera tocar en suerte mejor que regirse por el consejo del único Dios, defenderse y conservarse con su virtud y adornarse de su esplendor y majestad, y experimentar eso en todo lugar y ocasión, tanto en casa como fuera? Así contaba con la mayor admiración y miedo de los demás pueblos, que no se atreverían a hacer nada contra un pueblo que se sabía claramente que estaba bajo la tutela y cuidado de una deidad singular. Además estaban inmunes y eran libres de todas las cosas, sin tener que darle nada al rey, su Dios, pues éste nada necesitaba. Y eso lo llevaba a cabo la labor de un ministro muy inocente, despierto y diligente, y nada costoso ni gravoso para el pueblo en común ni para nadie en particular. Eso es lo que se dijo en la declaración de todo el pueblo en la petición pública. Un ejemplo de eso, muy poco frecuente y muy feliz en la tierra, así siempre se había de pedir con los mayores votos. Sin embargo, aquella república esperada casi cuarenta años comenzó a ensuciarse y desagradar en el alma del hombre, ávida del propio consejo más que del divino y también en eso cambiante e inconstante. [314] En efecto, el hombre, cuando desprecia lo que busca, vuelve a buscar lo que recientemente rechazó. Se acalora y está en desacuerdo con todo el orden de la vida. Y la culpa de esta solemne locura se la echa a otra persona que no sea él, a la que achaca la falta de la propia equidad. La decisión más estúpida que pudieron nunca tomar los hombres fue despreciar y desdenar el muy cómodo, fácil y espléndido reino de Dios viviente y pensar que se le debía ceder mejor el poder y el principado a un hombre mortal. Y, además, que lo pidieran insistentemente de común acuerdo, con todas las promesas y con la mayor insolencia y denuedo, y que admitieran pedirlo incluso bajo unas condiciones duras y gravosas, muy difíciles e incluso serviles que se les precedía y anunciaba.

1 Sam 8, 1-22.

Cuando envejeció Samuel puso para juzgar a Israel a sus dos hijos; el primogénito, de nombre Joel, y el segundo, de nombre Abia, y juzgaban en Beseba. Pero los hijos de Samuel no siguieron los caminos de éste, sino que se apartaban de ellos por avaricia, recibiendo presentes y violando la justicia. Reuniéronse todos los ancianos de Israel, y vinieron a Samuel, en Rama, y le dijeron: "Tú ya eres viejo y tus hijos no siguen tus caminos; danos un rey para que nos juzgue, como todos los pueblos". Desagradó a Samuel que le dijeran: "Danos un rey para que nos juzgue", y oró ante el Señor; pero el Señor dijo a Samuel: "Oye la voz del pueblo en cuanto te pide, pues no es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que no reine sobre ellos. Como han hecho conmigo desde que los saqué de Egipto hasta ahora, dejándome para irse a servir a otros dioses, así hacen ahora contigo. Escúchalos, pues; pero da testimonio contra ellos y dales a conocer cómo los tratará el rey que reinará sobre ellos". Samuel transmitió al pueblo que le pedía rey todo lo que le había dicho el Señor, y les dijo: "Ved cómo os tratará el rey que reinará sobre vosotros: Tomará a vuestros hijos y los pondrá sobre sus carros y entre sus aurigas y los hará correr delante de su carro. De ellos hará jefes de mil, de ciento y de cincuenta; les hará labrar sus campos, recolectar sus mieses, fabricar sus armas de guerra y el atalaje de sus carros. Tomará a vuestras hijas para perfumeras, cocineras y panaderas. Tomará vuestros mejores campos, viñas y olivares, y se los dará a sus servidores. Diezmará vuestras cosechas y vuestros vinos para sus eunucos y servido-

res. Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores bueyes y asnos para emplearlos en sus obras. Diezmará vuestros rebaños y vosotros mismos seréis esclavos suyos. Y aquel día clamaréis a causa del rey que vosotros elegisteis, pero entonces el Señor no os responderá". El pueblo desoyó a Samuel, y dijeron: "No, no; que haya sobre nosotros un rey, y así seremos como todos los pueblos; nos juzgará nuestro rey, y saldrá al frente de nosotros para combatir nuestros combates". Samuel, después de oír las palabras del pueblo, se las repitió al Señor; y el Señor le dijo: "Escúchalos y pon sobre ellos un rey".

CAPÍTULO V.

DEL HOMBRE REY Y DE LA VARIADA UTILIDAD DEL REINO

[315] Así pues, desdeñado y despreciado el reino divino, que era simple, plácido, y nada suntuoso ni ambicioso, como si estuviera privado de la gloria de la soberbia humana, se eligió como rey a un hombre que sobresalía por sus fuerzas, su inteligencia y su aspecto, en el que ningún juicio humano pudo indicar con elegancia lo que recibía o pedía, pues todas sus cualidades las mostró el propio Dios, las demostró en primer lugar el adivino y las alabó después todo el pueblo. Entre lo más importante, el mismo aspecto externo, por el que se suele ganar a las personas, fue juzgado digno del imperio. La virtud de su alma resultó grande de por sí y, lo que es principal, aumentada y más eficaz por la ayuda del Espíritu. Sus preocupaciones y pensamientos (como sucede en las transformaciones repentinas de los personajes) pasaron de todo ejemplo común, humilde y vulgar a una meditación sublime y regia, hasta el punto de que poco después de que fuera nombrado rey por el profeta cambió totalmente sus costumbres. Siendo públicamente llamado y saludado como rey, demostró su autoridad real con sabio temperamento, lejos de la mínima sospecha de tiranía, ante algunos malvados por los que parece ser que fue despreciado. La narración de este nuevo rey, elegido, llamado, adoptado, saludado y temido como tal, se encuentra en el libro de Samuel y nosotros la ofreceremos aquí en sus partes más importantes: *Un día antes de la llegada de Saúl había advertido el Señor a Samuel, diciéndole: "Mañana, a esta hora, yo te mandaré a un hombre de Benjamín, y tú le ungirás por jefe de mi pueblo Israel, y él librará a mi pueblo del poder de los filisteos, pues he visto la aflicción de mi pueblo, llegando su clamor hasta mí". Luego que Samuel vio a Saúl, le dijo el Señor: "Éste es el hombre de quien te hablé ayer. Éste reinará sobre mi pueblo". Saúl se acercó a Samuel dentro de la puerta y le dijo: "¿Harías el favor de indicarme dónde está la casa del vidente?" Samuel le contestó: "Soy yo el vidente; sube delante de mí a la altura y comeréis hoy conmigo. Mañana te despediré y te diré cuanto tienes en tu corazón. ¿De quién va a ser cuanto de precioso hay en Israel? ¿No va a ser tuyo y de toda la casa de tu padre?". Saúl respondió: "¿Pues no soy yo benjaminita? ¿No soy yo de la mínima tribu de Israel, de Benjamín, y no es mi familia la menor de las familias de Benjamín? ¿Por qué me dices eso?". Al día siguiente, a la aurora, llamó Samuel a Saúl,*

1 Sam 9,
15-22; 26-27.

que estaba sobre la terraza, y le dijo: "Levántate y te despediré". Levantóse Saúl y salieron ambos juntos. Cuando hubieron bajado al extremo de la ciudad, dijo Samuel a Saúl: "Dile al mozo que pase delante de nosotros". Tomó el mozo la delantera, y dijo Samuel: "Detente ahora, que te dé a conocer lo que dice el Señor".

1 Sam 10,
1-12; 17-26.

Tomó Samuel una redoma de óleo, la vertió sobre la cabeza de Saúl y le besó, diciendo: "El Señor te unge por príncipe de su heredad. [316] Tú reinarás sobre el pueblo del Señor y le salvarás de la mano de los enemigos que le rodean. Esto te será señal de que el Señor te ha ungido como jefe de su heredad: Cuando hoy me dejes, encontrarás al mediodía dos hombres cerca del sepulcro de Raquel, en tierra de Benjamín, que te dirán: Las asnas que has ido a buscar han aparecido, y tu padre no piensa y a en ellas, sino en vosotros, y dice: '¿Cómo haré yo para saber de mi hijo?' Siguiendo tu camino, llegarás a la encina de la lamentación de Débora, y te encontrarás con tres hombres subiendo a adorar a Dios, a Bétel, y llevando uno tres cabritos, el otro tres panes y el otro una bota de vino; después de preguntarte por tu salud, te darán dos de los panes, que tú tomarás de sus manos; luego llegarás a la colina de Dios, donde hay una guarnición de filisteos; y al entrar en la ciudad te encontrarás con un grupo de profetas bajando del excelsa, precedidos de salterios, tímpanos, flautas y arpas, y profetizando. El espíritu del Señor se apoderará de ti, y profetizarás con ellos y te transformarás en otro hombre. Cuando todas estas señales se hayan cumplido en ti, haz lo que te venga a mano, pues Dios estará contigo...

En cuanto volvió Saúl las espaldas para apartarse de Samuel, se sintió otro, y todas las señales aquellas le sucedieron el mismo día. Cuando llegaron a la colina predicha se encontraron con un tropel de profetas, y le arrebató el espíritu de Dios y se puso a profetizar en medio de ellos. Cuantos de antes le conocían se preguntaban: ¿Qué le ha pasado al hijo de Quis? ¡Saúl entre los profetas!" Uno de los presentes contestó: "¿Y quién es el padre de esos otros?" Por eso ha quedado en proverbio: "¿También Saúl entre los profetas?"...

Samuel convocó al pueblo ante el Señor en Masfa y dijo a los hijos de Israel: "Así habla el Señor, Dios de Israel: 'Yo hice subir a Israel de Egipto, yo os he liberado de la mano de los egipcios y de la de cuantos reyes os oprimieron; y vosotros hoy rechazáis a vuestro Dios, que os ha librado de vuestros males y de vuestras aflicciones, y le decís: ¡No, pon sobre nosotros un rey!' Presentaos ahora ante el Señor por tribus y por familias". Samuel hizo que se acercasen todas las tribus de Israel, y fue sacada la tribu de Benjamín. Hizo acercarse a la tribu de Benjamín por familias, y salió la familia de Hammatri; e hizo acercarse a la familia de Hammatri, por varones, y fue elegido Saúl, hijo de Quis. Buscáronle, pero no le hallaron. Preguntaron entonces de nuevo al Señor: "¿Ha venido?" Y el Señor respondió: "Está escondido en casa". Corrieron a sacarle de allí, y cuando estuvo en medio del pueblo sobresalía de entre todos, de los hombres arriba. Samuel dijo al pueblo: "Aquí tenéis al elegido del Señor. No hay entre todos otro como él". Y el pueblo se puso a gritar: "¡Viva el rey!" Entonces expuso Samuel al pueblo el derecho real y lo escribió en un libro, que depositó ante el Señor; y despidió Samuel al pueblo todo, cada uno a su casa.

Pero apenas sucedió esto, cuando el nuevo rey deseado e incluso solicitado, y saludado como tal públicamente, comenzó a suscitar odio, [317] envi-

dia o desprecio en algunos hombres sin ninguna causa, culpa y sin que hubiera ofendido a nadie. Tan constante es en sí misma esa inconstancia del juicio y empeño humanos, cuando no es contenida por la autoridad y el peso del temor divino ni se asienta con la religión. *También Saúl se fue a su casa, a Gueba, acompañado de una tropa de hombres robustos, cuyos corazones había tocado Dios. Sin embargo, algunos hijos de Belialgal decían: "¿Este va a salvarnos?" Y, despreciándole, no le hicieron presentes.*

1 Sam 10,
26-27.

Estos inicios de disidencia que podrían provocar un gran daño a los asuntos públicos y privados de los hombres si se alentaban más adelante se encargó Dios (cuya preocupación por el bienestar de los hombres es continuo) de corregirlos de manera rápida y oportuna.

Pasó cosa de un mes, y subió Najas, amonita, y sitió a Jabes Galad. Los habitantes de Jabes dijeron a Najas: "Pacta con nosotros y te serviremos". Pero Najas, amonita, les respondió: "Pactaré a cambio de sacaros a cada uno de vosotros el ojo derecho y hacer de esto oprobio para todo Israel". Dijéronle los ancianos de Jabes: "Danos tregua de siete días para mandar mensajeros por todo Israel; si no viene nadie a socorrernos, nos rendiremos a ti". Vinieron mensajeros a Gueba, de Saúl, y contaron al pueblo esto, y el pueblo todo lloró a voz en grito. Venía entonces Saúl del campo tras de sus bueyes y preguntó: "¿Qué tiene el pueblo para llorar así?" Contáronle lo que decían los de Jabes. En cuanto lo oyó, le arrebató el espíritu del Señor y se encendió en cólera. Tomó un par de bueyes, los cortó en pedazos y mandó éstos por todo el territorio de Israel, por medio de mensajeros que dijeran: "Así serán tratados los bueyes de cuantos no se pongan en marcha tras Saúl y Samuel". El terror del Señor cayó sobre el pueblo, que se puso en marcha como un solo hombre. Saúl los contó en Bezeq; y los hijos de Israel eran trescientos mil; los de Judá, treinta mil. Dijo a los mensajeros que habían venido de Jabes: "Decid a los hombres de Jabes Galad: Mañana, a mediodía, seréis socorridos". Los mensajeros llevaron la noticia a los hombres de Jabes, que se llenaron de alegría y dijeron a los amonitas: "Mañana nos rendiremos a vosotros para que hagáis con nosotros lo que bien os parezca". Al día siguiente dividió Saúl el pueblo en tres cuerpos; y a la vigilia matutina penetraron en el campamento de los amonitas y los estuvieron batiendo hasta la hora de más calor. Los que escaparon se dispersaron de tal modo, que no quedaron dos hombres juntos.

1 Sam 11,
1-11.

Y de este modo, desde el resultado tan exitoso de la primera expedición, la autoridad del rey, que ya había empezado a ser alabada por muchos, se vio confirmada por aficiones corregidas, ganándose la opinión de la felicidad atribuida a Saúl por Dios y corroborada y declarada por el consejo y veracidad del profeta y por su santidad, ya de tiempo atrás reconocida. *El pueblo decía a Samuel: "¿Quiénes son los que decían: 'Saúl no va a reinar sobre nosotros?' Entrénganos esas gentes para que les demos muerte". Pero Saúl dijo: "Nadie será muerto hoy, pues hoy ha salvado el Señor a Israel". [318] Y dijo Samuel al pueblo: "Venid y vayamos a Gálgala para renovar allí el reino". Todo el pueblo fue a Gálgala, y restablecieron a Saúl rey ante el Señor en Gálgala y ofrecieron sacrificios eucarísticos, dando Saúl y todo el pueblo muestras de gran regocijo.*

1 Sam 12,
18-25.

Pero aunque el pueblo había buscado y obtenido, más por deseo de novedades que por una causa verdadera, el cambio de la república al esplendor

I Sam 12,
18-25.

del reino no sin haber ofendido a Dios, y el propio Dios lo había declarado con pruebas y prodigios manifiestos en nombre de su repulsa, sin embargo, aceptó no sólo que toleraría una monarquía modesta y fiel y gobernada por la prescripción de sus leyes, sino que incluso la defendería y promocionaría con su divinidad, consejo, ayuda y protección, así como en ningún sitio se vivía más feliz, más seguro y más protegido, ya sea bajo reyes y tribunales, ya sea bajo el poder de muchos nobles, o en una ciudad o región libre. *Y todo el pueblo tuvo gran temor del Señor y de Samuel; y dijeron a éste: "Ruega por tus siervos al Señor, tu Dios, para que no muramos, pues a todos nuestros pecados hemos añadido el de pedirnos un rey". Samuel les dijo: "No temáis; habéis hecho todo ese mal, pero no ceséis de seguir al Señor y servirle con todo vuestro corazón. No os apartéis de él, porque será ir tras vanidades, que no os ayudarían ni os salvarían, porque nada son. El Señor, por la gloria de su nombre, no abandonará a su pueblo, ya que ha querido haceros el pueblo suyo. Lejos también de mí pecar contra el Señor, dejando de rogar por vosotros; yo os mostraré el camino bueno y derecho. Temed sólo al Señor, servidle fielmente y con todo vuestro corazón, pues ya habéis visto los prodigios que ha hecho en medio de vosotros. Pero si perseveráis en el mal, pereceréis vosotros y vuestro rey".*

CAPÍTULO VI.

DE LA INSOLENCIA DEL PUEBLO Y DE LOS PRÍNCIPES

Una vez que fueron censurados por Dios los errores y corregidos para la utilidad pública por la bondad de su clemencia, otros nuevos surgieron de aquella impetuósísima cantera de la iniciativa propia y la decisión privada. Aunque hubieran debido ser reprimidos y pulidos por la mente humana, por el contrario se observa que la indulgencia que comenzó en la maldad desde los primeros tiempos no sólo persiste, sino que crece, se enquistada y se consolida.

Ps 118; 91; 4;
118; 92.

Desde los propios inicios del mundo en todos los fundamentos de la naturaleza y de los hombres está señalado y declarado que la suma felicidad y salvación de todos los asuntos y acciones reposa en la única y sola observación y culto de la voluntad y de las órdenes de Dios. *Por tu ordenación aún subsisten hasta hoy, pues todas las cosas están a tu servicio. [319] Tú has promulgado tus preceptos para que sean guardados con diligencia. Tú desprecias a cuantos se apartan de tus preceptos, porque sus designios son engañosos. Si tu ley no fuera mi delicia, ya habría perecido en mi aflicción.* En fin, todo se hace mediante el Verbo: y el discípulo e intérprete de la divina sabiduría aseguró que lo que se apartó del Verbo se convirtió en la nada.

1 Sam 12, 20.

Ya los hombres habían obtenido y conseguido el deseado rey, y en las primeras dificultades habían salido bien parados, e incluso habían recibido el oráculo divino de que tal experiencia se volvería a repetir en el futuro, sólo con la Ley y a condición de que ni él ni ellos se apartaran de las órdenes divinas ni, como dicen, el tamaño de una uña, y que no se alejaran del propósito y de la patente frontera de Dios. *Pero no ceséis de seguir al Señor.* Has-

ta el mismo príncipe nuevo había tenido al comienzo la precaución de ocuparse de eso y cumplirlo, y había decidido que nada se hiciera sin la autoridad real, la cual, no obstante, debía ser moderada con la advertencia, consejo y oráculo del profeta. *Así serán tratados los bueyes de cuantos no se pongan en marcha tras Saúl y Samuel.* Sin embargo, el rey y el pueblo, sin esperar el oráculo de la voluntad divina, más aún, desoyéndolo y negligiéndolo, toman en privado la decisión de hacer sacrificios y cumplir unos asuntos y la ejecutan, y se empeñan en defender su temeridad e insolencia con la excusa y la autoridad de la necesidad.

1 Sam 11, 7.

Cuando a Saúl se le comunicó la voluntad de Dios para con él, se le advirtió y ordenó que no iniciara nada sin que el profeta estuviera presente y proclamara el designio divino. Y él mismo había oído que el cumplimiento de esa orden se traduciría en felicidad para los asuntos públicos y en la perpetuidad del esplendor y la honra de sí mismo y de su familia. *Baja antes que yo a Gálgala, adonde iré a reunirme contigo para ofrecer holocaustos y sacrificios eucarísticos. Espera siete días, hasta que yo vaya y te diga lo que has de hacer.* Este precepto hubiera debido ser atentamente guardado y religiosamente observado. Sin embargo, por la maldad del vulgo, que no es capaz de esperar un pequeño retraso, el propio príncipe, no más sabio, lo violó. El ejemplo de su temeridad lo recuerda esta historia: *Reuniéronse los filisteos para combatir contra Israel; tres mil carros y seis mil caballeros y del pueblo un número comparable a las arenas del mar. Vinieron a acampar en Mijmas, al oriente de Bet-Awen. Los hombres de Israel se vieron en gran aprieto, pues estaban casi cercados, y se ocultaron en las cavernas, en la maleza y en las peñas, en las torres y en las cisternas; y de los de más lejos pasaron el Jordán y se internaron en tierra de Gad y de Galad. Saúl estaba todavía en Gálgala, y la gente que estaba con él se dispersaba. Esperó siete días, según el término que había fijado Samuel; pero Samuel no venía, y la gente se dispersaba cada vez más. Entonces dijo Saúl: "Traedme el holocausto y las hostias pacíficas"; y ofreció el holocausto. Apenas ofrecido el holocausto, vino Samuel, y Saúl saltó a su encuentro para saludarle. Samuel le dijo: "¿Qué has hecho?" Saúl respondió: "Viendo que la gente se dispersaba, que tú no venías en el término fijado y que los filisteos acampaban en Mijmas, me dije: [320] 'Los filisteos van a venir a atacarme a Gálgala y yo no he implorado al Señor'; entonces me reanimé y ofrecí el holocausto".* Con esta respuesta ponía como excusa la necesidad y como pretexto su afán de piedad. Pero el profeta le demuestra con su respuesta qué necias y poco hábiles eran ambas alegaciones: *Samuel dijo a Saúl: "Has obrado neciamente y has desobedecido el mandato del Señor, tu Dios. Estaba el Señor para afirmar tu reino sobre Israel para siempre; pero ahora ya tu reino no persistirá".*

1 Sam 10, 8.

1 Sam 13,
5-12.1 Sam 13,
13-14.

Así pues, esta fue la primera experiencia de un reino instaurado para todas las misiones regias por la sentencia del juicio humano: se apartó del precepto y mandato de Dios para irse a la iniciativa propia y a la decisión privada, esgrimiendo los nombres del sentimiento religioso, la piedad y la utilidad pública. Con cuánto error, impío crimen y audacia se llevó a cabo, lo demuestra el desenlace, a saber, el desagrado del numen divino, el rechazo del propio príncipe no hacía mucho elegido, coronado y realzado, y el traspaso de la

1 Sam 13, 14. corona regia a un hombre que, según el pueblo, era más humilde, pero que según el juicio de Dios era más digno y excelente. *Ha buscado el Señor un hombre según su corazón para que sea jefe de su pueblo, porque tú no has cumplido lo que el Señor te había mandado.*

CAPÍTULO VII.

DE LA APRESURADA ABDICACIÓN DEL REY POR UN NUEVO PECADO

Pero he aquí que de nuevo el rey cometió un nuevo y nefando crimen contra la Ley divina y humana. Pero lo adornó con la inventiva de la sabiduría humana y con su ingenio, de tal modo, que, aunque lo había hecho voluntariamente, no negó la autoría, sino que no dudó en porfiar que lo había hecho prudente, recta, pura y píamente y que era algo digno de estar orgulloso, y no sólo no pidió el perdón, sino que incluso parecía que merecía alabanza de los hombres y premios de Dios. Y es cierto que no faltaron los que apoyaron sin restricciones esa decisión y ese hecho: todo el pueblo, que, inclinado a la superstición y a seguir los consejos privados, obedecieron las palabras del príncipe y se ofrecieron como ministros del acto. Contaremos cómo dio Dios la orden y fue arruinada por el juicio, audacia y afán de los hombres de corregir.

1 Sam 15, 1-9. *Samuel dijo a Saúl: "A mí me envió el Señor para que te ungiere rey de su pueblo, de Israel. ESCÚCHA, PUES, AHORA LO QUE TE DICE EL SEÑOR. Así habla el Señor de los ejércitos: "Tengo presente lo que hizo Amalec contra Israel cuando le cerró el camino a su salida de Egipto. Ve, pues, ahora, y castiga a Amalec, y destruye cuanto es suyo. No perdones y no desees nada de sus cosas; mata a hombres, mujeres y niños, aun los de pecho; bueyes y ovejas, camellos y asnos". Dio, pues, Saúl la orden al pueblo y los contó como corderos: doscientos mil infantes y diez mil hombres de Judá. Avanzó Saúl hasta las ciudades de Amalec [321] y puso una emboscada en el torrente; y dijo a los quineos: "Id, retiraos, salid de en medio de Amalec, no sea que os veáis envueltos con él; pues vosotros tratasteis con benevolencia a los hijos de Israel cuando subían de Egipto". Retiráronse, pues, de Amalec los quineos. Saúl batió a Amalec desde Evila hasta Sut, frente a Egipto. Apresó vivo a Agag, rey de Amalec, y mató a todo el pueblo, pasándolo a filo de espada. Pero Saúl y el pueblo dejaron con vida a Agag y las mejores ovejas y los mejores bueyes, los más gordos y cebados, y los corderos, no quisieron desaprovecharlos, y destruyeron solamente lo malo y sin valor.*

La historia ha narrado muy bien lo que Dios le ordenó a Saúl y, por medio de Samuel, al pueblo, siendo Samuel el intérprete. Ya se ha expuesto claramente lo que se exceptuó de aquella orden: bajo el pretexto de la vida o la clemencia del rey o por gloria y triunfo se tomó la decisión, se perdonó a los mejores de las vacadas y los rebaños y se indultaron las cosas más hermosas y preciosas por naturaleza o por artificio. Y no es lógico pensar que eso se hizo sin una razón plausible, aunque sea por la honesta oración y la defensa de la religión; pues, por un lado, por su elegancia se consideraban dignas de

conservar y custodiar, ya que gustaban por su propio aspecto y su conservación no dañaba a nadie, mientras que si se destruían morirían sin ninguna utilidad; y, por otro lado, no sólo al pueblo serían útiles, sino que también se podían utilizar muy apropiadamente para el culto de la piedad y de Dios, y, más aún, era a lo que aspiraban, y hasta tal punto se debían a las súplicas divinas y al agradecimiento. Y todavía mejor sí, lo que había sido quitado a impíos dueños con ayuda y auxilio de Dios, se cosagraba al propio Dios después de cogerlo, traerlo y dedicarlo. Así, el entendimiento humano supo ponerle el santo nombre de piedad a las invenciones y a las supersticiosas ocurrencias de maldad e impiedad de un consejo privado y propio y poner como pretexto la afición a la gloria, alabanza y culto de Dios. Y el propio profeta mostró cuán ajeno era este comportamiento a la verdadera piedad, a su rito y utilidad y cuán pecaminoso, ingrato y malquisto resultaba a ojos de Dios.

El Señor dirigió a Samuel su palabra, diciendo: "Estoy arrepentido de haber hecho rey a Saúl, pues se aparta de mí y no hace lo que le digo". Samuel se entristeció y estuvo clamando al Señor toda la noche; y levantándose de mañana para ir al encuentro de Saúl, supo que había ido al Carmelo, donde se había alzado un monumento, y, de vuelta, pasando más allá, había bajado a Gál-gala. Dirigióse, pues, Samuel a donde estaba Saúl, y le dijo Saúl: "Bendito seas del Señor. He cumplido la orden del Señor". Samuel le contestó: "¿Qué es entonces ese balar de ovejas que llega a mis oídos y ese mugir de bueyes que oigo?". Saúl respondió: "Los han traído de Amalec, pues el pueblo ha reservado las mejores ovejas y los mejores bueyes para sacrificarlos al Señor, tu Dios; el resto lo matamos". Samuel dijo entonces a Saúl: "Basta; voy a darte a conocer lo que el Señor me ha dicho esta noche". Saúl le dijo: "Habla". Samuel dijo: "¿No es verdad que, hallándote tú pequeño a tus propios ojos, has venido a ser el jefe de las tribus de Israel y te ha ungido el Señor rey sobre Israel? [322] El Señor te dio una misión, diciéndote: 'Ve y destruye a esos pecadores de Amalec y combátelos hasta exterminarlos'. ¿Por qué no has obedecido el mandato del Señor y te has echado sobre el motín, haciendo mal a los ojos del Señor?". Saúl contestó a Samuel: "Yo he obedecido el mandato del Señor y he seguido el camino que me ordenó el Señor: he destruido a los amalecitas y he traído a Agag, rey de Amalec. El pueblo ha tomado del botín esas ovejas y esos bueyes, como primicias de lo exterminado, para sacrificarlos al Señor, su Dios, en Gál-gala".

1 Sam 15,
10-21.

Así supo el ingenio humano confundir todas las cosas y mezclar las divinas con las humanas, e interpretar como la voluntad o el culto de Dios la decisión propia y las cosas privadas inventadas para el propio acomodo o pensadas bajo el deseo, la ambición o la vanagloria. Y se acostumbró a consagrarlas con magníficas palabras: *Primicia*, dice, *de lo exterminado, para sacrificarlos al Señor*. Pero todas estas cosas que estaban más allá de su intención y voluntad, aunque sean verdaderas y pías en otras circunstancias, sin embargo Dios las suele condenar con una señal de impiedad. *Pero Samuel repuso: "¿No quiere mejor el Señor la obediencia a sus mandatos que no los holocaustos y las víctimas? MEJOR ES LA OBEDIENCIA QUE LAS VÍCTIMAS. Y mejor escuchar que ofrecer el sebo de los carneros. Tan pecado es la rebelión como la superstición, y la resistencia como la idolatría. Pues que tú has rechazado el*

1 Sam 15, 21.

1 Sam 15,
22-23.

mandato del Señor, él te rechaza también a ti como rey". Por tanto, éste es el fin de la gloria humana que hay que esperar, a saber, que quien se afane en hacerse y demostrarse popular a los hombres, aunque se preocupe de enarbolar en sus elecciones y consejos el nombre de la piedad, resultará condenado por impiedad y crimen en el juicio divino, y no sólo no conseguirá lo que pretendía, sino que también se verá despojado de los ornamentos de los que se hubiera beneficiado por la gracia del beneficio divino y sufrirá un castigo por haber violado el obsequio. Eso es lo que este rey, ya abdicado, reconoce que se decretó justamente contra él: *Dijo entonces Saúl a Samuel: "He pecado traspassando el mandato del Señor y tus palabras; temí al pueblo y le escuché. Perdona, pues, te ruego, mi pecado, y vuélvete conmigo para adorar al Señor". Samuel le contestó: "No me volveré contigo, porque tú rechazaste el mandato del Señor, y el Señor te rechaza a ti para que no reines en Israel". Volvióse Samuel para irse, pero Saúl le tomó por la orla del manto, que se rompió; y le dijo Samuel: "Hoy ha roto el Señor de sobre ti el reino para entregárselo a otro mejor que tú; y, además, el Esplendor de Israel no miente ni se arrepiente, pues no es un hombre para que se arrepienta". Saúl dijo: "He pecado; pero hónrame ahora, te lo ruego, en presencia de los ancianos de mi pueblo y en presencia de Israel, y ven conmigo a adorar al Señor, tu Dios". Volvióse Samuel y siguió a Saúl, y éste adoró al Señor*. Este ejemplo, entre muchos otros, podría ser bastante y suficiente para conocer cuánto mal engendra el alma humana cuando de la conocida y declarada voluntad de Dios se pasa a su propia elección. Las siguientes palabras muestran que, a quien acude al mal adrede y por propia iniciativa, [323] le será muy difícil encontrar un remedio, o que se le niega por juicio de Dios: *Partió Samuel para Rama, y Saúl bajó a su casa de Gueba. No volvió Samuel a ver a Saúl hasta el día de su muerte, pero se lamentaba por Saúl de que se hubiera el Señor arrepentido de haberle hecho rey de Israel*.

1 Sam 15,
24-31.

1 Sam 15,
34-35.

CAPÍTULO VIII.

QUE CON LA GRACIA DE LA SALVACIÓN UNIVERSAL DIOS VELA
RECTA Y OPORTUNAMENTE POR LOS ASUNTOS DE LOS HOMBRES,
CUANTO SEA CAPAZ DE SOBRELLEVAR SU ACTUAL CONDICIÓN

Una vez que fue concedido y establecido para los hombres el primer rey con la autoridad manifiestamente divina y notable, y fue por ella también repudiado, a ese rey que, a juicio del vulgo, se consideraba muy excelente, Dios buscó un nuevo rey para sustituirlo. Y buscó un rey que hiciera cuanto se pudiera esperar de un hombre bueno, aunque todavía sin superar la condición de Adán, que desempeñara el papel más próximo posible al del irreprochable y que representara del mismo modo la imagen del rey verdadero al que Dios adornaba para la común felicidad del género con consejo admirable desde el comienzo de la decisión de la salvación. Pues comenzó a señalar

que aquel eterno autor y príncipe del reino secreto surgiría de la misma tribu y familia de la que elegía a éste, con Samuel como intérprete y ministro, para ponerlo al frente de su pueblo Israel.

Dijo el Señor a Samuel: "¿Hasta cuándo vas a estar tú llorando sobre Saúl, a quien he rechazado para que no reine más sobre Israel? Llena tu cuerno de óleo y ve; te envío a casa de Isaí de Belén, pues he visto un rey para mí entre sus hijos". "¿Cómo voy a ir?—contestó Samuel—; lo sabrá Saúl y me matará". El Señor le dijo: "Lleva contigo una ternera y dirás: 'He venido para ofrecer al Señor un sacrificio'. Invitarás al sacrificio a Isaí, y ya te indicaré yo luego lo que has de hacer, ungiendo al que yo te señale". Hizo Samuel lo que le mandaba el Señor, y llegó a Belén. Los ancianos acudieron inquietos a él y dijeron: "¿Tu llegada es para bien?". Él contestó: "Sí, he venido para ofrecer un sacrificio al Señor. Santificaos y venid conmigo al sacrificio". Santificó a Isaí y a sus hijos y los invitó al sacrificio. Cuando se presentaron ante él, al ver a Eliab, se dijo Samuel: "¿Acaso se halla ante el Señor su ungido?". Pero el Señor dijo a Samuel: "No tengas en cuenta su figura y su gran talla, que yo le he descartado. No ve Dios como el hombre; el hombre ve la figura, pero el Señor mira al corazón". Isaí llamó a Abinadab y le hizo pasar ante Samuel. Samuel dijo: "Tampoco es éste el que ha elegido el Señor". Hizo pasar entonces Isaí también a Samma, del que dijo: "Tampoco es éste el que ha elegido el Señor". Isaí hizo pasar ante Samuel a sus siete hijos, y Samuel le dijo: [324] "A ninguno de éstos ha elegido el Señor". Preguntó entonces Samuel a Isaí: "¿Son éstos todos tus hijos?" Y él le respondió: "Queda el más pequeño, que está apacentando las ovejas". Samuel le dijo: "Manda a buscarle, pues no nos sentaremos a comer mientras no venga él". Isaí mandó a buscarle. Era rubio, de hermosos ojos y muy bella presencia. El Señor dijo a Samuel: "Levántate y ungele, pues ése es". Samuel, tomando el cuerno de óleo, le ungió a la vista de sus hermanos; y, desde aquel momento, en lo sucesivo, vino sobre David el espíritu del Señor. Samuel se levantó y se volvió a Rama. El espíritu del Señor se retiró de Saúl y le turbaba un mal espíritu mandado del Señor. Y dijeron a Saúl sus servidores: "Te ves turbado por un mal espíritu de Dios; permite, señor, que tus siervos te digan que se busque a un diestro tañedor de arpa, que, cuando se apodere de ti el mal espíritu de Dios, la toque y halles alivio". Saúl les dijo: "Buscadme, pues, un buen músico y traédmelo". Tomando uno de los servidores la palabra, dijo: "Yo conozco a un hijo de Isaí de Belén, que sabe tañer el arpa. Es valiente y hombre de guerra, discreto en el hablar, de buen parecer, y el Señor está con él". Saúl envió mensajeros a Isaí para decirle: "Mándame a David, tu hijo, el que está con las ovejas". Isaí tomó un asno, lo cargó con diez panes, un odre de vino y un cabrito, y se lo mandó a Saúl con David, su hijo. Llegado a casa de Saúl, David se presentó a él. Tomóle cariño Saúl, haciéndole su escudero. Saúl dijo a Isaí: "Que se quede, te ruego, conmigo David, a mi servicio, pues ha hallado gracia a mis ojos". Cuando el espíritu de Dios se apoderaba de Saúl, David tomaba el arpa, la tañía con su mano, y Saúl sentía alivio y bienestar, pues se retiraba de él el espíritu malo.

1 Sam 16,
1-23.

Asimismo, los salmos lo elogian como dotado de tantas partes de naturaleza, ingenio y destreza, instruido en las mejores artes hasta el milagro y, lo que era lo más importante, robustecido por el espíritu divino y muy grato a

Dios y a los hombres, incluso a los severos, y elegido para encargarle las cosas más importantes. De este modo exponen con frecuentes alabanzas la preocupación divina por la raza de los hombres y su continua previsión:

Ps 88, 2-5;
20-25.

Cantaré siempre las piedades del Señor. Daré a conocer por mi boca de generación en generación tu fidelidad. Porque dijiste: "La piedad es eterna". Cimentaste en los cielos tu fidelidad. "He hecho alianza con mi elegido, he jurado a David, mi siervo: Afirmaré por siempre tu prole y estableceré tu trono por generaciones"... Tú en otro tiempo hablaste en visión a tus piadosos, y dijiste: "He dado mi ayuda a un valiente, he exaltado a un elegido del pueblo; he hallado a David, mi siervo; le he ungido con mi óleo consagrado. Al que mi mano sostendrá constantemente y mi brazo fortalecerá. No le sorprenderá enemigo ni le abatirá el inicuo. Exterminará ante él a sus enemigos y quebrantará a los que le aborrecen. [325] Serán con él mi fidelidad y mi piedad, y en mi nombre se alzará su poder.

Y leemos que la abundancia del reino y del rey feliz y dichoso conseguida para tantos hombres durante tantos años fue tentada muy a menudo y casi totalmente rechazada de manera malvada, ingrata e impía por la soberbia de algunos, el incomodo de otros, la arrogancia de no pocos, los ataques de los vicios y la saciedad. Y fue puesta en un gran momento crítico y en peligro no sólo por imperios émulos, sino por familiares y cercanos e incluso por los propios hijos. Pero ello sólo sirvió para mostrar la maldad, inconstancia e insolencia de la mente humana y su perpetuo afán por fabricarse su propio mal y a la vez para demostrar la muy distinta mente, razón, eficiencia y constancia de Dios, que pretende y fomenta conservar y hacer feliz al género humano.

Ez 18, 25.

Escucha, casa de Israel. ¿Que no es derecho mi camino? ¿No son más bien los vuestros los torcidos? El propio Dios reconoce esta intención y propósito cuando dice por boca de otro profeta:

Mal 3, 6-7.

Porque yo, el Señor, no me he mudado, y vosotros, hijos de Jacob, no habéis fenecido. Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis preceptos y no los habéis guardado. De este modo, aunque fue devastado por muchas dificultades e incomodidades, molestado por el peligro de los enemigos, ejercitado en muchas guerras, atacado por sediciones internas y hasta por conjuras, sin embargo, mantuvo su reino hasta el último día de su vida y gobernó el estado con diligencia, fidelidad e inocencia, con la excepción de un solo pecado, que demuestra que era un hombre, y que expió de manera muy severa. En lo demás, por otra parte, fue grato a Dios y se fue del mundo confiado a la memoria de todos los hombres con perpetua admiración y alabanza. Confirmó la fe y la constancia del reino externo en su pueblo y su descendencia (mientras duraba el estatus de aquella república), pero se le dijo en más de una ocasión en repetidos oráculos que un príncipe y gobernante perpetuo del imperio secreto y eterno vendría de sus descendientes. *Pondré su mano en el mar, y su diestra en los ríos. Él me invocó, diciendo: "Tú eres mi padre, soporte de mi salvación". Y yo le baré mi primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra. Yo guardaré con él eternamente mi piedad, y mi alianza con él será fiel. Haré subsistir por siempre su descendencia, y su trono como los días del cielo.*

Ps 88, 26-30.

3 Reg 2, 10-11.

Durmióse David con sus padres y fue sepultado en la ciudad de David. El tiempo que reinó David sobre Israel fue de cuarenta años: siete años reinó en

Hebrón y treinta y tres en Jerusalén. Obró rectamente a ojos del Señor y no se apartó de todo lo que le prescribió en todos los días de su vida, excepto en el asunto de Urías el jeteo.

CAPÍTULO IX.

DEL VARIADO Y MUDABLE ASPECTO DE LAS COSAS POR LA INCONSTANCIA DE LOS PRÍNCIPES Y DEL PUEBLO Y LA MUTABILIDAD DE LA MENTE Y LAS COSTUMBRES

[326] El género humano no consigue durante mucho tiempo la propia cosa para la que está destinado por Dios, sino que sólo obtiene una figura e imagen de la cosa. Esto es, mantiene la naturaleza de aquel primer padre Adán. No permanece en ningún lugar, en ningún estado recomendable, por su lucha y tensión constante del hombre interior y exterior, del varón y la hembra. Aquél ve cosas mejores, las prueba e intenta llevarlas a cabo, mientras que ésta busca cosas peores que el hombre según le sean gratas a ella en cada ocasión y las apremia y a menudo las obtiene por la fuerza por la antigua indulgencia del varón hacia ella y por la consiguiente insolencia. La causa de esto radica en que nadie se pone de acuerdo consigo mismo durante largo tiempo sobre el concepto, elección y fronteras de las cosas buenas y malas y por tanto tampoco tiene una cierta y perpetua concordia común con cualquier otro de forma verdadera y honesta de tal modo que siempre la quiera conservar. Por eso sucede que los remedios de origen divino que se ofrecen para sanar ese mal, esto es, los documentos de las leyes santas, o bien se repudian o corrompen primero para después ser requeridos, o bien se rechazan mezclados o ajenos a los que se descubre que no sirven de nada o incluso son un estorbo, y se cambian por otros buscados en el mismo campo productor de espinas y abrojos. Luego vienen otros hombres en lugar de éstos y todos son tentados en vano, mientras la enfermedad de la demencia y la insolencia avanza hacia la corrupción y obliga a acelerar y madurar la misma muerte de los hombres. De esa muerte procede por fuerza la ruina, perdición y destrucción de los asuntos humanos, tanto de los privados como de los públicos.

Una vez que murieron juntamente David y su reino, le sucedió su hijo, no un hombre vulgar, sino el más sabio desde temprana edad, por divino y singular don, de todos los hombres que nunca produjo la tierra. Éste pudo administrar su reino felizmente con autoridad y prudencia, y ser, por su sabiduría y la opinión de su consejo, grato o temido para los reyes y pueblos extranjeros. Por la magnitud de sus recursos y riquezas no se podía comparar con ninguno de sus predecesores ni con ninguno de sus descendientes y adornó su estado de modo que estableció un recuerdo eterno de su vida de paz y tranquilidad, que es lo que su nombre significa. Sin embargo, en este príncipe, al que el juicio humano había proclamado como muy feliz, fueron descubiertos muchos pecados y errores a juicio divino. Esos pecados merecieron

que la integridad entonces máxima del reino se redujera y se dividiera y arruinara en peleas y discordias y por último se destruyera. Del primer aspecto, es decir, de la prueba y elogio de su felicidad, así leemos que está escrito:

3 Reg 10, 4-9.

[327] *La reina de Saba, al ver la sabiduría de Salomón, la casa que había edificado, los manjares de su mesa y las habitaciones de sus servidores, sus comeditos y los vestidos que vestían, los de los coperos y los holocaustos que se ofrecían en la casa del Señor, fuera de sí, dijo al rey: "Verdad es cuanto en mi tierra me dijeron de tus cosas y de tu sabiduría. Yo no lo creía antes de venir y haberlo visto con mis propios ojos. Pero cuanto me dijeron no es ni la mitad. Tienes más sabiduría y prosperidad que la fama que a mí me había llegado. Dichosas tus gentes, dichosos tus servidores, que están siempre ante ti y oyen tu sabiduría. Bendito el Señor, tu Dios, que te ha hecho la gracia de ponerte sobre el trono de Israel. Por el amor que el Señor tiene siempre a Israel, te ha hecho su rey para que hagas derecho y justicia".*

Por el ejemplo de este hombre está claro que la parte esencial de la sabiduría humana, separada del espíritu divino, no puede poner y consolidar el eterno cimiento para la felicidad de los hombres, por la discrepancia del hombre interior con el exterior. Esa discrepancia, si no se compone de la singular eficiencia de Dios, tiene variadas y múltiples crueldades y amenaza con cambios de los tiempos y de las cosas. Y demuestra que la sabiduría secreta de Dios dista mucho de toda comparación con la sabiduría y ciencia humanas. Si es cierto que el regalo de sabiduría dado a Salomón por Dios lo leemos definido en los límites que se pueden establecer dentro de la capacidad humana y que no le fueron concedidos a ningún otro hombre anterior ni posterior, sin embargo no goza de las admirables características que leemos que tienen los hombres más perfectos, a saber, la de aquellos que actúan por el espíritu de Dios.

Iac, 1.

3 Reg 3, 7-15.

En efecto, este hombre le había pedido a Dios sabiduría, pero no la divina a la que el apóstol Santiago llama regalo perfecto y óptimo, sino la que servía para conocer las partes del mundo y de las cosas y para reinar sobre grupos humanos. *"Ahora, pues, ¡oh Señor, mi Dios!, me has hecho reinar, a tu siervo, en el lugar de David, mi padre, no siendo yo más que un jovencito, que no sabe por dónde ha de entrar y por dónde ha de salir, y que está tu siervo en medio del pueblo que tú te elegiste; un pueblo grande, que por su muchedumbre no puede contarse ni numerarse; da a tu siervo un corazón prudente para juzgar a tu pueblo y poder discernir entre lo bueno y lo malo; porque, ¿quién, si no, podrá gobernar a un pueblo tan grande?". Agradó al Señor que Salomón le hiciera esta petición; y Dios le dijo: "Por haberme pedido esto y no haber pedido para ti ni larga vida, ni riquezas, ni la vida de tus enemigos, sino haberme pedido entendimiento para hacer justicia, yo te concedo lo que me has pedido, y te doy un corazón sabio e inteligente, tal como antes de ti no ha habido otro ni lo habrá en adelante después de ti. Y aún te añado lo que no has pedido: riquezas y gloria tales, que no habrá en tus días rey alguno como tú...". Despertóse Salomón de su sueño, [328] y, de vuelta a Jerusalén, se presentó ante el arca de la alianza del Señor y ofreció holocaustos y sacrificios eucarísticos y dio un banquete a todos sus servidores".* Las numerosas disertaciones y los variados escritos que dejó mostraron que este hombre, por favor divino, contaba

no sólo con lo que sirve para gobernar los pueblos, sino también lo que atañía al ornato del mundo y a la naturaleza de las cosas, es decir, todo el conocimiento que los sabios definen con el nombre de filosofía. *Dio el Señor a Salomón sabiduría y un gran entendimiento y anchura de corazón, como la arena que está a orillas del mar. La sabiduría de Salomón sobrepasaba la de todos los hijos de Oriente y la sabiduría toda de Egipto. Fue más sabio que hombre alguno; más que Etán, el ezraíta; más que Emán, Calcol y Dorda, hijos de Majol, y su fama se extendió por todos los pueblos en derredor. Profirió tres mil parábolas y sus cantos fueron mil cinco; disertó acerca de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el bisopo que nace en el muro, y acerca de los animales, de las aves, los reptiles y los peces. De todos los pueblos venían para oír la sabiduría de Salomón, de parte de todos los reyes de la tierra, a los que había llegado la fama de su sabiduría.* Sin embargo, la facultad de la verdadera y a la vez máxima sabiduría no le acompaña a aquél que tiene abundancia de ciencia y conocimiento de cosas naturales y humanas (aunque haya que atribuírsela al ejemplo de un solo hombre, como Salomón). *Tiene la plata sus veneros, y el oro lugar en que se acrisola. Se extrae el hierro del suelo, y de la roca fundida sale el cobre. Se pone fin a las tinieblas, se escudriña hasta el límite extremo la piedra oscura y sombría. Se perforan galerías, olvidadas del pie; se suspenden y balancean lejos de los hombres. La tierra que produce el pan está debajo trastornada como fuego; sus rocas son la morada del zafiro, y sus terrores contienen oro. Por caminos desconocidos por las aves de presa, impenetrables al ojo del buitre, no pisados por las fieras, inaccesibles a la leona. Mete su mano en el pedernal y subvierte los montes de raíz. Abre ríos en las rocas y descubren sus ojos todo cuanto hay de precioso. Explora las filtraciones de los ríos, y saca a luz los tesoros. Pero la sabiduría, ¿dónde hallarla?, ¿dónde está el lugar del entendimiento? No conoce el hombre su senda, ni se halla en la tierra de los vivientes. El abismo dice: "No está en mí", y el mar: "Dentro de mí no se halla". No se cambia por oro macizo, ni se pesa plata para comprarla. No se pone en balanza con los tintes de la India, ni con la cornalina preciosa o el zafiro. No se compara al oro ni al cristal, ni se cambia por vasos de oro fino. Las cosas extraordinarias y eminentes no se recordarán al compararlas con ella: la sabiduría se extrae de lo oculto. No puede comparársele al topacio de Etiopía, no entra en balanza ni con las telas teñidas más elegantes. ¿De dónde, pues, viene la sabiduría y dónde hallar la inteligencia? Se oculta a los ojos de todos los vivientes, y aun a las aves del cielo está vedada. La perdición y la muerte dicen: "Sólo de oídas nos ha llegado su fama". Dios es el que conoce sus caminos, [329] Él sabe su morada. Porque con su mirada abarca los confines de la tierra y ve cuanto hay bajo la bóveda del cielo. Los que Dios atrajo hacia sí con su admirable eficiencia, y los adoptó e hizo sus hijos, felicitan llenos de alegría el muy notable don de esta sabiduría en su mutua comunicación. Mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Hablamos, sin embargo, entre los prefectos, una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, abocados a la destrucción; sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos*

3 Reg 4,
29-34.

Iob 28, 1-24.

1 Cor 2, 4-10.

para nuestra gloria; que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; pues si la hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Pero, según escrito está, "ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman". Pues Dios nos lo ha revelado por su Espíritu, que el Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios. Puesto que aquel sabio Salomón todavía no había sido robustecido por este espíritu, no destacó más allá del hombre, sino que representó al hombre

Ecc1 1, 16-18.

que más de una vez lamentó su condición. Y dije para mí: "Heme aquí engrandecido y crecido en sabiduría, más que cuantos antes de mí fueron en Jerusalén, y hay en mi mente mucha ciencia y sabiduría". Di, pues, mi mente a conocer la prudencia y la sabiduría, los desvaríos y la estupidez, y vi que también en ello hay penalidad y dolor del espíritu, porque donde hay mucha ciencia hay mucha molestia, y creciendo el saber crece la penalidad. Con todo, con los ejemplos manifiestos, miserables e incluso vergonzosos de ese hombre se demuestra que con este tipo de sabiduría los hombres no se vuelven felices, íntegros, buenos, ni hombres en los que no se pueda echar de menos ni exceptuar nada de los nombres con los que se define puramente la piedad.

3 Reg 11, 1-8.

El rey Salomón, además de la hija del faraón, amó a muchas mujeres extranjeras, moabitas, ammonitas, edomitas, sidonias y jeteas, de las naciones de que había dicho el Señor a los hijos de Israel: "No entréis a ellas, ni entren ellas a vosotros, porque de seguro arrastrarán vuestros corazones tras sus dioses". A éstas, pues, se unió Salomón con amor. Tuvo setecientas mujeres de sangre real y trescientas concubinas, y las mujeres torcieron su corazón. Cuando envejeció Salomón, sus mujeres arrastraron su corazón hacia los dioses ajenos; y no era su corazón enteramente del Señor, su Dios, como lo había sido el de David, su padre; y se fue Salomón tras de Astarté, diosa de los sidonios, y tras de Milcom, dios de los moabitas; e hizo Salomón el mal a los ojos del Señor, y no siguió enteramente al Señor, como David, su padre. Entonces edificó Salomón, en la montaña que está frente a Jerusalén, un altar a Camos, ídolo de Moab, y a Moloch, ídolo de los hijos de Ammón; y de modo semejante hizo para todas sus mujeres extranjeras, que allí quemaban perfumes y sacrificaban a sus dioses.

En el caso único de este hombre se observa claramente cuántos males pueden provocar las riquezas, los recursos y la sobresaliente sabiduría humana; [330] es más, cuántos suelen provocar cuando se apartan de la religiosa observancia de la orden divina y acuden al empeño en el bienestar u honor y en el consejo e invención propios. Salomón, al conducir al abuso privado de su consejo dos cosas que están libres de crítica si nos fijamos en su naturaleza, a saber, sabiduría y poder, volvió hostil contra sí mismo a aquél de quien había recibido todo, y conmocionó el estado de la grandeza y majestad prometida a él y a sus descendientes de tal modo que casi lo echó todo a perder, quedando exceptuada solamente una de las doce tribus, cuya excepción debió atribuir no a mérito suyo, sino a la bondad y clemencia de Dios, de Dios, he de decir, que de este modo protegía su designio sobre la salvación universal de los hombres y confirmaba y hacía avanzar la promesa que le hiciera a su padre David. *Juró el Señor a David una verdad que no retractará: "Del fruto de tus entrañas pondré sobre tu trono". Si guardan tus hijos mi alianza y*

Ps 131, 11-12.

mis preceptos que yo les enseñaré, también sus hijos por siempre se sentarán sobre tu trono. Y asimismo: Él me invocó, diciendo: "Tú eres mi padre, soporte de mi salvación". Y yo le baré mi primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra. Yo guardaré con él eternamente mi piedad, y mi alianza con él será fiel. Haré subsistir por siempre su descendencia, y su trono como los días del cielo. Si traspasan sus hijos mi ley y no caminan según mis juicios, si violan mis preceptos y no guardan mis mandamientos, castigaré con la vara sus transgresiones y con azotes su iniquidades. Pero no apartaré de él mi piedad ni faltaré a mi fidelidad. No quebrantaré mi alianza y no retractaré cuanto ha salido de mis labios. Una vez juré POR MI SANTIDAD, no engañaré a David: su descendencia durará eternamente, y su trono permanecerá ante mí cuanto el sol, y como la luna subsistirá eternamente, y será testigo fiel en el cielo".

Ps 88, 27-38.

Irritóse el Señor contra Salomón porque había apartado su corazón del Señor, Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces, y le había mandado, cuanto a esto, que no se fuese tras los dioses ajenos; pero él no siguió lo que el Señor le había mandado. El Señor dijo a Salomón: "Pues que así has obrado y has roto mi alianza y las leyes que yo te había prescrito, yo romperé de sobre ti tu reino y se lo entregaré a un siervo tuyo. No lo haré, sin embargo, en tus días, por amor de David, tu padre; lo arrancaré de las manos de tu hijo. Ni le arrancaré tampoco todo el reino, sino que dejaré a tu hijo una tribu, por amor de David, mi siervo, y por amor de Jerusalén, que yo he elegido". Y hubo un ejemplo de este tipo de sabiduría humana, que, aunque máxima, era complaciente sin embargo consigo mismo, y le sucederá igual a quien tenga una facultad tan grande, o menor, no moderada por el don de la prescripción divina, de modo que de ningún modo nadie podrá prometerse sobre sí mismo lo que hay que hacer y llevar a cabo para conseguir la felicidad verdadera con el trabajo y habilidad propios. Pues quien no sepa que el único autor de esa felicidad es Dios, o lo pretenda o lo busque, sentirá que se ha esforzado con gran trabajo e inmensas preocupaciones en lograr una mera vanidad y densísimas tinieblas, [331] como sinceramente confesó aquél de cuyas partes ha poco discutíamos: *Vanidad de vanidades, dijo el predicador, vanidad de vanidades; todo es vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre de todo por cuanto se afana debajo del sol? Eso es lo que transmitió sabiamente David, el padre de éste, y se ha repetido en la doctrina de los hombres: Vano os será madrugar: levantáos después de que os sentéis, vosotros, que coméis el pan del dolor.*

3 Reg 11, 9-13.

Eccl 1, 2-3.

Ps 126, 2.

Y no es ajeno a nuestro propósito e intención recordar aquel templo celeberrimo en todo el mundo, que con gran gasto y mucha y muy significativa arte fue construido, adornado y consagrado por la preocupación e industria de este rey sapientísimo. Tenía la forma del templo portátil o tienda de antaño en el desierto, según el modelo mostrado de parte de Dios y erigido siendo Moisés ministro, que representaba bajo su aspecto e imagen otro verdadero, muy sobresaliente y propio templo y domicilio para Dios. Y mientras llegaba la plena y absoluta salvación de los hombres, se ordenó que este templo fuera frecuentado y se venerara según el momento y la facultad humana. Asimismo garantizaba la reunión común y pública para Israel y todos los pueblos de los oráculos y las súplicas. Así está escrito: *Pero, en verdad, ¿morará Dios sobre la tierra? Los cielos y los cielos de los cielos no son capaces de contenerte.*

3 Reg 8, 27-53.

¡Cuánto menos esta casa que yo he edificado! Mas, con todo, atiende a la plegaria de tu siervo, ¡oh Señor, Dios mío!, y oye la oración que ante ti hace hoy tu siervo. Que estén abiertos tus ojos noche y día sobre este lugar, del que has dicho: "En él estará mi nombre", y oye toda oración que tu siervo haga en este lugar. Oye, pues, la oración de tu siervo y la de tu pueblo, Israel; cuando oren en este lugar, óyela tú también desde el lugar de tu morada de los cielos, y oyendo, perdona. Cuando pecare alguno contra su prójimo y, haciéndolo jurar, le tomen juramento delante de tu altar en esta casa, oye tú desde los cielos, y obra juzgando a tus siervos, condenando al impío, haciendo recaer su maldad sobre su cabeza, y justificando al justo, para retribuirle según su justicia. Cuando tu pueblo, Israel, cayere ante sus enemigos por haber pecado contra ti y, vueltos a ti, confiesen tu nombre y oren, y te rueguen, y te supliquen en esta casa, óyelos tú en los cielos, y perdona el pecado de tu pueblo, Israel, y restitúyelos a la tierra que diste a sus padres. Cuando se cierre el cielo y no llueva por haber ellos pecado contra ti, y te rueguen en este lugar, invocando tu nombre, convertidos del pecado por haberlos tú afligido, oye tú en los cielos, y perdona el pecado de tus siervos y de tu pueblo, Israel, enseñándoles el recto camino por donde han de ir, y dando las lluvias a su tierra, la que por heredad diste a tu pueblo. Cuando haya en la tierra hambre o pestilencia, o tizón, añublo, langosta o pulgón invadan la tierra; y cuando el enemigo asedie a tu pueblo en su tierra, en sus ciudades; cuando haya enfermedades y plagas de cualquier clase; [332] si cada uno, si todo tu pueblo, Israel, reconociendo la llaga de su corazón y alzando las manos hacia este lugar, te biciere oraciones y súplicas, óyelas desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y perdona. Obra con cada uno según sus caminos, y según ellos retribúyelos tú que escudriñas el corazón de todos los hijos de los hombres, y ellos te temerán durante todo el tiempo que habiten en la tierra que diste a nuestros padres. Cuando el extranjero, el que no es de tu pueblo, Israel, venga de tierra lejana por la fama de tu nombre, porque se sabrá que tu nombre es grande, fuerte tu mano y tendido tu brazo; cuando venga a orar a ti en esta casa, óyele desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y otorga a ese extranjero lo que pida, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre, para temerte como tu pueblo, Israel, y sepan que tu nombre es invocado en esta casa que yo he edificado. Cuando salga el pueblo para combatir a sus enemigos por el camino que tú les señalares, si dirigen al Señor sus plegarias, vueltos sus ojos a la ciudad que tú has elegido y a la casa que yo he edificado a tu nombre, oye desde los cielos sus oraciones y súplicas y hazles justicia. Si hubieran pecado contra ti, pues no hay hombre que no peque, y estuvieres tú airado contra ellos, y los entregares al enemigo para que los cautive y los lleve a la tierra enemiga, lejana o cercana; si ellos vuelven en sí en la tierra de su cautividad y, convertidos a ti, te suplican en la tierra adonde los llevarén y dicen: "Hemos pecado, hemos hecho el mal, hemos cometido impiedad", y se convierten a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de los enemigos que los cautivaron, y oran a ti, hacia su tierra, la que diste a sus padres, y hacia la ciudad que elegiste y la casa que yo he edificado a tu nombre, oye en los cielos, en la habitación de tu morada, su oración y su súplica y hazles justicia. Perdona, pues, a tu pueblo, que ha pecado contra ti, todas las infracciones con que contra ti se rebelaron y haz que hagan con ellos

misericordia los que los hubieran llevado cautivos; porque son tu pueblo y tu heredad, que tú sacaste de Egipto, de en medio del horno de hierro. Que estén abiertos tus ojos a las oraciones de tu siervo y a la plegaria de tu pueblo, Israel, para oírlos en todo aquello en que te invoquen, pues TÚ LOS SEPARASTE PARA TI, por heredad tuya, de entre todos los pueblos de la tierra, como lo dijiste por medio de Moisés, tu siervo, cuando sacaste de Egipto a nuestros padres, ¡oh, Dios, Señor! Con una súplica así de grave y prudente, a la que acompañaron los sacrificios añadidos, aquel magnífico templo fue dedicado y consagrado, con un arte y labor admirables, pero también con materia terrestre y elemental. Hermosos fueron los augurios y buenas las palabras del que lo dedicó y muy numeroso el pueblo allí presente que guardaba silencio.

Sucedió sin embargo que, cuando hubo acabado Salomón de hacer esta oración y súplica, levantóse de delante del altar del Señor, donde estaba arrodillado, y con las manos tendidas al cielo, puesto en pie, bendijo a toda la asamblea de Israel, diciendo en voz alta: "Bendito Señor, que ha dado el reposo a su pueblo, conforme a lo que él había dicho; [333] ninguna de las promesas hechas por medio de Moisés, su siervo, ha fallado. Que el Señor, nuestro Dios, sea con nosotros, como lo fue con nuestros padres; que no nos deje ni nos abandone, sino que incline nuestros corazones hacia Él, para que marchemos por todos sus caminos y guardemos sus mandamientos, los preceptos e instituciones jurídicas que prescribió a nuestros padres. Que éstas mis palabras y el objeto de mis súplicas estén delante de ti, día y noche presentes al Señor, nuestro Dios, para que defienda la causa de su siervo y la de su pueblo, Israel, según las necesidades de cada día, para que todos los pueblos de la tierra sepan que el Señor es Dios y no hay otro. Que vuestro corazón sea todo para el Señor, nuestro Dios, como lo es hoy, para seguir sus leyes y guardar sus mandamientos". El rey y todo Israel ofrecieron sacrificios al Señor. Salomón inmolo veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas en sacrificios propiciatorios que ofreció al Señor. Así hizo el rey, y con él todos los hijos de Israel, la dedicación del templo.

3 Reg 8,
54-63.

Y sucedió que cuando hubo acabado Salomón la casa del Señor, la casa real y todo cuanto se había propuesto hacer, se le apareció el Señor por segunda vez, como se le había aparecido en Gabaón, y le dijo: "He oído tu oración, el ruego que has hecho ante mí. He santificado esa casa que has edificado para poner en ella mi nombre para siempre, y en ella estarán siempre mis ojos y mi corazón. Si andas en mi presencia, como anduvo David, tu padre, en integridad de corazón y en equidad, haciendo cuanto yo te he mandado y guardando mis leyes y mandamientos, yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, como se lo prometí a David, tu padre, diciendo: 'No faltará de ti varón en el trono de Israel'. Pero si os apartáis de mí vosotros y vuestros hijos, si no guardáis mis mandamientos, mis leyes, las que yo os he prescrito, y os vais tras dioses ajenos para servirlos y proternaros ante ellos, yo exterminaré a Israel de la tierra que le he dado y echaré de delante de mí esta casa, que he consagrado a mi nombre, e Israel será el sarcasmo y la burla de todos los pueblos, y esta casa será una ruina, y cuantos pasen cerca de ella se quedarán pasmados y silbarán. Se dirá: '¿Por qué ha tratado así el Señor a esta tierra y esta casa?' Y responderán: 'Porque abandonaron al Señor, su Dios, que sacó de la tierra de Egipto a sus padres, y se ligaron a otros dioses, prosternándose

3 Reg 9, 1-9.

Ps 118, 105;
118.

*ante ellos y sirviéndolos. Por eso ha hecho venir el Señor sobre ellos todo este mal*¹⁰⁵. De nuevo se demuestra claramente la impotencia del alma humana y de su pensamiento nunca consecuente consigo mismo. Mientras se debate entre pensamientos externos y nacidos de mala manera tardíamente, aunque se pretendan realzar y hacer brillar con los nombres de sabiduría y destreza, ni ve siempre rectamente ni lleva a cabo sus visiones pura y sinceramente; de modo que se descubre que actúa y vive en medio de tinieblas, sobre todo cuando no se preocupa de seguir con la mayor precaución y determinada atención [334] y deja de lado la linterna tendida por delante de la institución divina. Así está escrito: *Tu palabra es para mis pies una linterna, la luz de mi sendero. Y, Tú has despreciado a todos los que se han apartado de tus preceptos, porque sus pensamientos eran injustos.*

CAPÍTULO X.

DE LA GUERRA DE LOS HOMBRES CON LA LEY DIVINA

Los tiempos que siguieron a estos dos reyes tan conocidos por su diversa ejemplaridad demostraron la diferencia existente entre la insolencia del ingenio y alma humanas y la bondad de Dios. Pues, exceptuados pocos príncipes buenos, que se aplicaron al cultivo y establecimiento de la piedad por orden de Dios, los demás se dejaron llevar por sus propias pasiones o las del pueblo y se apartaron de esos empeños, y, tras descuidar el imperio de la Ley o desfigurarla y profanarla bajo una interpretación ingeniosa y más bien insólita, se entregaron con los suyos a todo tipo de pecado para acabar precipitándose en el abismo. En efecto, un rey, en cuestión de horas, dio un cambio de timón y se abandonó a todo el viento de su pasión, y el pueblo, que iba en la misma nave, tomando el rumbo de la vida, variable y a menudo desdichado, arrojó por la borda tanto las cosas que tenía como de más valor como la honra, el honor y la dignidad pública y privada, y, por último, se arrojó contra los escollos de la impiedad y se hundió en extensas tinieblas, quedándole tan sólo una tabla en la que se reunieron algunos supervivientes que, poco después, por la pobreza de la mente y la falta de recursos, arrojaron dificultades similares a las demás.

El heredero de Salomón, Roboam, sufrió un castigo por su soberbia e insolencia, pagando con la mayor parte del reino, es decir, con las diez tribus que, por miedo a su severa dominación, se pasaron a Jeroboam, quien en otro tiempo había sido enemigo de Salomón. Y así él solo se mereció para sí por su propio vicio que se llevaran a efecto las desgracias con las que Dios había amenazado a su padre. Pero ni al uno la justa disminución de su felicidad ni al otro la repentina, aunque inmerecida, ampliación de la suya les corrigió su alma o sus costumbres ni las mejoró como para que el primero reconociera la dignidad de su menoscabo y se esforzara en atraer a su lado a Dios, juez y castigador de su maldad, en aplacarlo y hacerlo propicio con verdadero arrepentimiento e imprecación suplicante, ni como para que el segundo reflexio-

nara con agradecimiento y escrúpulo en el castigo ajeno y honrara a Dios, el autor de su prosperidad, con la debida deferencia de su veneración. Como recuerdo para la posteridad de este rey Roboam leamos la maldición y miedo que provoca su ejemplo: *Roboam, hijo de Salomón, reinó sobre Judá. Tenía cuarenta y un años cuando comenzó a reinar, y reinó diecisiete años en Jerusalén, la ciudad que el Señor se había elegido de entre todas las tribus de Israel para poner allí su nombre. Su madre se llamaba Noama, amonita. Roboam hizo el mal a los ojos del Señor, irritando su celo con los pecados que cometía, más que cuanto lo habían hecho antes sus padres. [335] Edificáronse altares, con cipos y sagrarios sobre todas las alturas y bajo todo árbol frondoso. Hasta consagrados a la prostitución idolátrica hubo en la tierra. Imitaron todas las abominaciones de las gentes que el Señor había echado de delante de los hijos de Israel. El año quinto del reinado de Roboam, Sesac, rey de Egipto, subió contra Jerusalén. Saqueó los tesoros de la casa del Señor y los tesoros de la casa del rey; todo lo saqueó, con todos los escudos de oro que había hecho Salomón. El rey Roboam hizo en su lugar escudos de bronce y se los entregó a los jefes de la guardia de la entrada de la casa del rey. Cuantas veces iba el rey a la casa del Señor, los llevaban los de la guardia y luego los volvían al cuartel de la guardia... Siempre hubo guerra entre Roboam y Jeroboam. Éste era el panorama de los asuntos públicos en la familia y clan de David, pero no se vieron formas más honestas en las diez tribus israelitas ni en su rey, hombre ingratisimo a la vez que impío. Jeroboam edificó Siquem, en la montaña de Efraím, y residió allí; salió después y edificó Penuel. Jeroboam se dijo en su corazón: "El reino podría muy bien volver otra vez a la casa de David. Si este pueblo sube a Jerusalén a hacer sus sacrificios en la casa del Señor, el corazón del pueblo se volverá a su señor, Roboam, rey de Judá, y me matarán a mí". Después de pensarlo, hizo el rey dos becerros de oro y dijo al pueblo: "Bastante tiempo habéis subido a Jerusalén; ahí tienes a tu Dios, Israel, que te sacó de la tierra de Egipto". Hizo poner uno de los becerros en Bétel y el toro en Dan; y esto indujo al pecado, pues iba el pueblo hasta Dan para adorar. Edificó también Jeroboam lugares excelsos e hizo sacerdotes a gentes del pueblo que no eran de los hijos de Leví. Instituyó Jeroboam una solemnidad en el mes octavo, el quince del mes, conforme a las de Judá, y sacrificó sobre el altar. Así puso también en Bétel sacerdotes en los altos que había construido, para que sacrificasen a los becerros que había hecho; y subió al altar que se había hecho en Bétel el día quinto del octavo mes, que él a su voluntad eligió. Instituyó una fiesta para los hijos de Israel y subió al altar para sacrificar.*

3 Reg 14,
21-30.

3 Reg 12,
25-33.

Sin duda, muchos son los males que se suele procurar para sí y para los suyos el alma humana cuando indulgentemente cambia la obediencia, veneración y designio de Dios, a quien únicamente debe la vida, por el amor y dedicación a sí misma e inventa y piensa lo que tiene como fin sus propios beneficios, aunque lo invoca y consagra con nombres divinos bajo el aspecto popular de sabiduría. Sin embargo, el resultado que se observa de estas invenciones por juicio y sentencia de Dios deja claro cuál ha de ser su fruto. *Llegó de Judá a Bétel un hombre de Dios, por mandato del Señor, mientras estaba Jeroboam en el altar para sacrificar; y alzando su voz contra el altar, según la*

3 Reg 13,
1-10.

palabra del Señor, gritó: "¡Altar, altar! Así habla el Señor: Nacerá de la casa de David un hijo que se llamará Josías, que inmolará sobre ti a los sacerdotes de los altos que en ti sacrifican, y sobre ti quemarán buecos humanos". Y dio entonces mismo una señal, diciendo: "Ésta es la señal que da el Señor: El altar se quebrará y se derramará la ceniza que hay en él". Al oír el rey Jeroboam las palabras del varón de Dios, lo que había gritado contra el altar de Bétel, [336] extendió su brazo desde el altar, diciendo: "Prendedle"; pero la mano que contra él extendió se quedó rígida y no pudo volverla a sí. El altar se quebró y las cenizas que sobre él había se derramaron, según la señal que el hombre de Dios había dado, conforme a la palabra del Señor. Entonces el rey, dirigiéndose al hombre de Dios, dijo: "Implora al Señor, tu Dios, y ruégale por mí para que pueda volver a mí la mano". El hombre de Dios imploró al Señor, y el rey pudo volver a sí la mano, que quedó como estaba antes. Entonces dijo el rey al hombre de Dios: "Vente conmigo a mi casa para tomar algo y te haré un presente". Pero el hombre de Dios dijo al rey: "No iré contigo a tu casa aunque me dieras la mitad de ella, y no comeré pan ni beberé agua en este lugar, porque esa orden me ha sido dada por la palabra del Señor: 'No comas pan, ni bebas agua, ni tomes para tu vuelta el camino por donde vayas'". Fuese, pues, por otro camino, no tomando para volver el camino por donde había venido a Bétel.

3 Reg 14,
1-18.

Con tales imágenes de cosas, palabras y acciones procuró Dios ante todo que con castigos se corrigiera, refrenara y mejorara, junto con el pueblo que siguió las locuras de los príncipes israelitas, toda aquella casa y familia del nuevo príncipe autoproclamado, que estaba contaminada y corrupta no tanto por vicio del reino como del rey y su clan. Por fin, Dios repudió su obstinación a causa de un crimen. *Enfermó por entonces Abiya, hijo de Jeroboam; Jeroboam dijo a su mujer: "Anda, levántate y disfrazate de modo que nadie sepa que eres la mujer de Jeroboam, y vete a Silo. Allí está Ajías, profeta, el que me anunció que sería rey de este pueblo. Toma contigo diez panes, tortas y una vasija de miel, y entra en su casa, y él te dirá lo que va a ser del niño". Hízolo así la mujer de Jeroboam. Se levantó, fue a Silo y entró en la casa de Ajías. Ajías no veía ya, pues por la vejez se le habían quedado ya fijos los ojos; pero el Señor había dicho a Ajías: "La mujer de Jeroboam va a venir a consultarte acerca de su hijo, que está enfermo; y esto le dirás". Cuando llegó quiso hacerse pasar por otra. Así que oyó Ajías el ruido de sus pasos en el momento en que trasponía la puerta, dijo: "Entra, mujer de Jeroboam. ¿Por qué te finges otra? Estoy encargado de anunciarte cosas muy duras. Ve y dile a Jeroboam: Así habla el Señor, Dios de Israel: 'Yo te alcé de en medio del pueblo y te hice jefe de mi pueblo, Israel, rompiendo el reino de la casa de David y dándotelo a ti. Pero tú no has sido como mi siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió de todo su corazón, no haciendo más que lo recto a mis ojos; antes hiciste el mal, más que cuantos han sido antes de ti, haciéndote otros dioses y fundiendo imágenes para irritarme, echándome tras de tus espaldas. Por eso voy a hacer venir el mal sobre la casa de Jeroboam y exterminaré a todos cuantos a Jeroboam pertenecían, al esclavo y al libre en Israel, y barreré a la casa de Jeroboam, como se barren las basuras, hasta que del todo desaparezca. El que de la casa de Jeroboam muera en la ciudad será devorado por los perros, y el que muera en el campo será comido por las aves del cielo. Porque ha hablado*

el Señor". Y tú, [337] álzate y vete a tu casa. En cuanto tus pies entren en la ciudad, morirá el niño; todo Israel le llorará y será sepultado, pues será el único de la casa de Jeroboam que será sepultado, por ser el único de la casa de Jeroboam en quien se ha hallado algo bueno a los ojos del Señor, Dios de Israel. El Señor alzará sobre Israel un rey, que exterminará en su día la casa de Jeroboam. El Señor sacudirá a Israel como en el agua se agita una caña, y arrancará a Israel de esta buena tierra que dio a sus padres, y le dispersará al otro lado del río, por haberse hecho ídolos, irritando al Señor. Entregará a Israel por los pecados que ha cometido Jeroboam y los que ha hecho cometer a Israel". Levantóse la mujer de Jeroboam y se fue. Llegó a Tirsa, y cuando tocaba con sus pies el umbral de la puerta murió el niño. Se le enterró, y todo Israel le lloró, según la palabra que el Señor había dicho por su siervo Aías, profeta.

Después de éstos y durante muchos siglos, cualesquiera que se recuerda de ambos pueblos, a saber, Judá e Israel, que alcanzaran el reino siguieron las huellas que debían haber evitado de esos dos, Roboam y Jeroboam. Unos completaron un historial más extenso, otros otro más breve, pero en todo caso ejemplar por lo pésimo y pernicioso para los descendientes y los pueblos. Sólo se exceptúan algunos, pocos, reyes de Jerusalén, por cuya virtud, piedad y legítima expiación y súplica se difería durante algún tiempo el castigo que de otro modo se habría debido acelerar. Si quisiéramos recoger los nombres y acciones de todos ellos se haría inmensa esta obra, que pretende tener unas justas dimensiones. Bastaría con hacer notar y constar en una sola palabra que tanto Judá como Israel (ninguna de las dos se mostró digna de su nombre y título) no encaminaron sus fuerzas seriamente desde la naturaleza corrupta del hombre Adán a la ilustre razón y dignidad de la alabanza y la fortaleza. Unos sirvieron para otros, por su rivalidad, emulación e imitación si no de autores, sí al menos de promotores, y cada pueblo o bien se inventó para sí sus propios dioses o bien instituyó rendir culto de modo equívocado al verdadero Dios. Eso el propio Dios lo anunciaba con oráculos: *Si tú, Israel, te prostituyes, que al menos no se haga culpable Judá. No vayáis a Gálgala, no subáis a Bet-Awen, y no juréis diciendo: ¡Viva el Señor! Porque, como novilla cerril, es cerril Israel; por eso en adelante los apacentará el Señor como a oveja en lugar amplio. Efraím se ha adherido a los ídolos; déjale. Su vino se les ha subido a la cabeza, se han dado a la fornicación; a la gloria del Señor han preferido la ignominia. Arrebataráles el viento en sus alas y se avergonzará de sus sacrificios. Asimismo: ¡Tocad la bocina en Guibá! ¡Tocad la trompeta en Ramá! ¡Sonad la alarma en Bet-Awen! ¡Benjamín está aterrado! Efraím será campo de devastación el día del castigo; en las tribus de Israel anunció cosas ciertas. Los príncipes de Judá se han hecho como los que mudan los linderos; sobre ellos derramaré mi ira como agua. Efraím está oprimido, conculcado el derecho, porque se esfuerza en seguir la regla. Yo seré, pues, como polilla para Efraím y como carcoma para la casa de Judá. Efraím ve su debilidad, y ve Judá su llaga. Y Efraím se vuelve a Asiria, y mandó embajadores al rey grande, [338] pero no podrá curaros ni sanar la llaga. Porque yo seré como león para Efraím y como cachorro de león para la casa de Judá. Yo, yo mismo tomaré la presa y me iré; yo la arrebataré, y nadie la salvará.*

Os 4, 15-19.

Os 5, 8-14.

Se señalan principalmente dos caminos por los que el alma humana se suele apartar del consejo y mandato de Dios, es decir, de su propia obliga-

ción: o simplemente se deja llevar como si estuviera loca a manifiestas acciones criminales y vergonzosas, incitada por las tentaciones del placer y comodidad presentes, y acepta abiertamente la persuasión de su parte femenina corrompida, o, por otra parte, no ajena a esos sentimientos, en cierto modo se contiene para no hacer claramente lo que de mala manera apetece; disimula la vileza de sus pensamientos en tanto tiene miedo de las leyes o de la infamia entre los hombres; pero si cree que las puede esquivar, no dudará en mezclar lo sagrado con lo profano. Mientras no se atreve a hacer nada a las claras, no menos graves e impuros pecados piensa para sus adentros, y aunque se abstiene del robo, homicidio y adulterio manifiestos, sin embargo arde por dentro de envidia, ambición, engaños, deseo e ira. Pero trata de encubrir estos extraordinarios crímenes arrastrando e induciendo a personas de gravedad y seriedad e intenta no sólo ganarse a otros hombres sino también hacerse aprobar como santo por el propio Dios. Y mantiene esa postura obstinadamente porque fue persuadido en un principio por la engañosa serpiente: *No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.* Aunque de vez en cuando se mira a sí mismo y se reconoce desnudo y expoliado de verdadera virtud y distinción, sin embargo se esfuerza en vano por tapar y ocultar su vileza poniendo por delante hojas y guirnaldas buscadas por su ingenio, de color verde en apariencia. Se busca estas guirnaldas, que por su propia naturaleza suelen languidecer rápidamente, para engañar en su momento tal vez a los hombres insignes, pero para los agudísimos ojos de Dios no son sólo inapropiadas y detestables, sino además, según su juicio oportuno, claramente denunciab-
 Gen 3, 4-5. *bles y condenables. Pero al impío dícele Dios: "¿Quién eres tú para enumerar mis mandamientos y tomar en tu boca mi alianza, tú, que aborreces la disciplina y echas a la espalda mis palabras? Si ves a un ladrón, corres con él, y tienes tu parte con el adúltero. Sentado hablas contra tu hermano, y contra el hijo de tu madre esparces la calumnia. Abandonas tu boca al mal, y tu lengua urde el engaño. Esto haces, ¿y voy a callarme? ¿Creíste que era yo como tú? Yo quisiera corregirte, poniendo esto ante tus ojos".*

De este modo, se inventaron además muchas formas de ceremonias y ritos; o bien, las cosas que verdaderamente habían sido instituidas por oráculos de Dios, fueron, no obstante, alteradas y modificadas por ambición y ostentación o por alguna otra razón, y finalmente se realizaron y llevaron a cabo de forma errónea y equivocada, y fueron tomadas no como manifestación del arcano sino como prueba y garantía de la gracia divina y de la verdadera felicidad. Pero, al hacer esto, el alma se despojaba del sólido honor de la piedad, huía hacia una selva y sombra de opiniones y comentarios dirigidos a ella, se esforzaba en mostrarse como si estuviera cubierta y vestida en lugar de desnuda, remedando aquella invención de los padres, [339] acerca de la cual está escrito: *Oyeron al Señor Dios, que se paseaba por el jardín al fresco del día, y se escondieron del Señor Dios el hombre y su mujer, en medio de la arboleda del jardín.* Con esto se relaciona aquella vana queja de los hombres y la severísima refutación de Dios mediante el profeta: *Clama sin cesar, alza tu voz como trompeta y echa en cara a mi pueblo sus iniquidades, y a la casa de Jacob sus pecados. Día tras día me buscan y quieren saber mis caminos, como si*
 Ps 49, 16-21.
 Gen 3, 8.
 Is 58, 1-14.

fueran un pueblo que ama la justicia, sin apartarse del derecho de su Dios. Me piden leyes justas, y se complacen en acercarse a Dios. ¿A qué ayunar, si tú no lo ves? ¿A qué humillar nuestras almas, si no te das por entendido? Sí, pero en el día de ayuno os vais tras vuestros negocios y oprimís a todos vuestros servidores. Ayunáis para mejor reñir y disputar y para herir inicualemente con el puño. No ayunéis como lo hacéis ahora, si queréis que en lo alto se oiga vuestra voz. ¿Es acaso así el ayuno que yo escogí, el día en que el hombre se mortifica? ¿Encorvar la cabeza como un junco y acostarse con saco y ceniza? ¿A eso llamáis ayuno y día agradable al Señor? ¿Sabéis qué ayuno quiero yo?, dice el Señor: Romper las ataduras de iniquidad, deshacer los haces opresores, dejar libres a los oprimidos y quebrantar todo yugo; partir tu pan con el hambriento, albergar al pobre sin abrigo, vestir al desnudo y no volver tu rostro ante tu hermano. Entonces brotará tu luz como la aurora, y pronto germinará tu curación, e irá delante de ti tu justicia, y detrás la gloria del Señor. Entonces llamarás, y el Señor te oírás; le invocarás, y Él dirá: Heme aquí. Cuando quites de ti el yugo, el gesto amenazador y el hablar altanero; cuando des de tu pan al hambriento y sacies el alma indigente, brillará tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán cual mediodía. El Señor será siempre tu pastor, y en el desierto bartará tu alma y dará vigor a tus huesos. Serás como huerto regado, como fuente de aguas, que no se agotan; y serán edificadas por ti las antiguas ruinas, y alzarás los cimientos de generaciones y generaciones, y te llamarán reparador de brechas y restaurador de sendas para habitar. Cuando te abstengas de pisotear el sábadó y de ocuparte en tus negocios en mi día santo, y lla- mes al sábadó delicioso, y venerable al día santo del Señor, y le honres no haciendo tus viajes, ni arreglando tu negocio ni hablando de él, entonces te gozarás en el Señor, y te haré remontar sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la herencia de Jacob, tu padre, pues la boca del Señor ha hablado. Relacionado con esa misma perversidad de la actividad humana y con la reprobación divina está también esto: Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma; aprestad el oído a la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿A mí qué, dice el Señor, toda la muchedumbre de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros, del sebo de vuestros bueyes cebados. No quiero sangre de toros, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién os pide eso a vosotros, cuando venís a presentaros ante mí, bollandó mis atrios? No me traigáis más esas vanas ofrendas. El incienso [340] me es abominable; neomenias, sábadó, convocaciones festivas, las fiestas con crimen me son insoportables. Detesto vuestros novilunios, y vuestras convocatorias me son pesadas; estoy cansado de soportarlas. Cuando alzáis vuestras manos, yo aparto mis ojos de vosotros; cuando multiplicáis las plegarias, no escucho. Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid y entendámonos, dice el Señor. Aunque vuestros pecados fueran como la grana, quedarán blancos como la nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana. Si vosotros queréis, si sois dóciles, comeréis los bienes de la tierra. Si no queréis y os rebeláis, seréis devorados por la espada. Lo dice la boca del Señor. ¿Cómo te has prostituido, Sión, ciudad fiel, llena de justicia? Antes moraba en ella la equidad, y ahora los asesinos. Tu plata se ha tornado escoria, tu vino generoso

Is 1, 10-25.

se ha aguado, tus príncipes son prevaricadores y compañeros de bandidos. Todos aman el soborno y van tras los presentes. No hacen justicia al huérfano, y la causa de la viuda no tiene acceso a ellos. Por eso proclama el Señor, Dios de los ejércitos, el Fuerte de Israel: ¡Ay!, voy a vengarme de mis adversarios y a tomar revancha de mis enemigos. Y volveré mi mano contra ti, y purificaré en la hornaza tus escorias, y separaré todas las partículas de plomo.

Haciendo uso de numerosos y frecuentes mensajeros de estas características, Dios no deja de advertir y recordar a los hombres su obligación y de hacerlos volver del error, del crimen, al camino de la virtud y la piedad hasta odiar el desprecio y la muy solicitada insolencia, hasta que la inmensidad de su misericordia deja paso a la severidad de su juicio y censura. *En aquellos días comenzó el Señor a cercenar el territorio de Israel, y los hirió Jazael en toda la frontera de Israel.* Y leemos que en este acto ofensivo se le quitaron diez tribus, y que ya se quedó solo con la de Judá y Benjamín. *Veintiún años tenía Sedecías cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. Hizo el mal a los ojos del Señor, su Dios, y no se humilló ante Jeremías, profeta, que le habló de parte del Señor. Rebelóse asimismo contra Nabucodonosor, al cual había por Dios jurado fidelidad y endurecido su cerviz, y obstinóse su corazón y no se volvió al Señor, el Dios de Israel. También todos los príncipes de los sacerdotes y el pueblo aumentaron sus prevaricaciones, siguiendo las abominaciones de las gentes y contaminando la casa del Señor, que él había santificado en Jerusalén. El Señor, Dios de sus padres, les mandó sus mensajeros constantemente para amonestarlos, pues quería perdonar a su pueblo y a su casa. Pero ellos hicieron escarnio de los mensajeros de Dios y menospreciaron sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Dios contra su pueblo y ya no hubo remedio.* Tantos son los males que puede procurarse la perversidad de la mente humana, cuando contiende con pertinaz aversión con la bondad de Dios. [341] Es lo que se puede oír y temer en un oráculo divino que prueba la maldad del hombre: *¿Qué voy a hacerte a ti, Efraím? ¿Qué voy a hacerte a tí, Judá? Vuestra piedad es como lluvia mañanera, como rocío matinal, pasajero. Por eso yo los he tajado por medio de los profetas, los he matado por las palabras de mi boca, y mis juicios han brotado como la luz. Pues prefiero la misericordia al sacrificio, y el conocimiento de Dios al holocausto. Pero ellos, como hombres, violaron la alianza, obraron pérfidamente contra mí. ¡Galaad, ciudad de malhechores, de sangrientas huellas! tú, cuya fuerza son los bandidos, si asesinaras a esa banda de sacerdotes a lo largo del camino de Siquem, porque obran criminalmente! Espantoso es lo que he visto en la casa de Israel. Allí se prostituye Efraím, allí se contamina Israel. Pero en ti, ¡oh Judá!, injertaré yo una rama, cuando baga volver la cautividad de mi pueblo.*

CAPÍTULO XI.

DE LOS COMETIDOS, PROFESIÓN Y OFICIO DE LOS PROFETAS

Todas las órdenes de Dios que los hombres han recibido de los profetas y se han llevado a cabo de manera fiel y diligente observamos que se dividen

en cuatro capítulos fundamentales. El primero de ellos era el recuerdo de los beneficios divinos entregados al género humano desde el inicio del mundo, tanto individual como colectivamente, con alusión de la voluntad de Dios hacia los hombres. Como singular fue el modo en que formó a los hombres, así también tuvo una principal preocupación por engrandecerlos y mejorarlos. Un segundo argumento añadido a éste era el reproche de la ingratitud del alma de los hombres, de la dejación de su deber, y del abandono de la piedad, reproche al que el asunto, la razón y la santidad de las leyes hacían merecedor de un castigo para dar un muy severo ejemplo. De estos dos capítulos se describen muchas intervenciones de los profetas que sería muy extenso recoger en su totalidad. Pero si pensamos que vale la pena ofrecer dos de ellas.

¡Oíd, cielos! ¡Apresta el oído, tierra! Que habla el Señor: Yo he criado hijos y los he engrandecido, pero ellos se han rebelado contra mí. Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo. Pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento. ¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, raza malvada, hijos desnaturalizados! Se han apartado del Señor, han renegado del Santo de Israel, le han vuelto la espalda. Este otro ejemplo es similar a éste: Oíd la palabra del Señor, casa de Jacob, y todas las familias de la casa de Israel. Así dice el Señor: ¿Qué injusticia hallaron en mí vuestros padres para alejarse de mí e irse en pos de la vanidad de los ídolos, para hacerse vanos? Y no dijeron: ¿Dónde está el Señor, el que nos subió de la tierra de Egipto, el que nos condujo a través del desierto, tierra de estepas y de barrancos, tierra árida y tenebrosa, tierra por donde no transita nadie, y donde nadie habita? Yo os introduje en tierra fértil para que comiérais sus frutos y sus bienes, y en cuanto en ella entrasteis, [342] contaminasteis mi tierra e hicisteis abominable mi heredad. Tampoco los sacerdotes preguntaron: ¿Dónde está el Señor?; los depositarios de la Ley me desconocieron y los pastores se insurreccionaron contra mí. También los profetas se hicieron profetas de Baal y se fueron tras de los que nada valen. Por eso todavía he de entrar en juicio con vosotros, oráculo del Señor, y con los hijos de vuestros hijos contendereé. Pasad, pues, hasta las islas de Kittim y ved, mandad a Cedar e informaos bien, a ver si jamás sucedió cosa como ésta. ¿Hubo jamás pueblo alguno que cambiase de Dios, con no ser dioses éstos? Pues mi pueblo ha cambiado su gloria por lo que nada vale. Pasmaos, cielos, de esto y horrorizaos, estupefactos, sobremanera, oráculo del Señor. Pues un doble mal ha cometido mi pueblo: dejarme a mí, la fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua.

Is 1, 2-4.

Ier 2, 4-13.

El tercer capítulo de las intervenciones proféticas contenía el empeño por atraer a los hombres de la impiedad a la fe y la moral y al cambio de vida (lo que llaman arrepentimiento), añadiendo incluso la predicción de severísimos castigos procedentes del juicio divino para los obstinados, el alarde de la misericordia de la bondad de Dios para los que se dejen atraer y obedezcan, y la explicación de la enorme paciencia del juez que aplaza el castigo por su clemencia e indulgencia. Se aprecia que los libros están muy repletos de esta idea y advertencia de los profetas. *Por eso os está esperando el Señor para haceros gracia, y se levanta para tener misericordia de vosotros, porque es el Señor Dios justo, y bienaventurados cuantos en Él esperan. Porque, pueblo de Sión, habitantes de Jerusalén, ya no llorarás más. Te hará gracia a la voz de tu cla-*

Is 30, 18-20.

mor; al oírte te responderá. Y el Señor os dará a comer el pan de la angustia y el agua de la congoja. Ya no se ocultarán tus maestros, sino que con tus ojos los verás. ¡Limpia de maldades tu corazón, Jerusalén, para que puedas ser salva. ¿Hasta cuándo se albergarán en tu interior tus perversos pensamientos? ¡Se anuncia una voz desde Dan y se hace oír la desventura desde el monte de Efraím! Recórdadlo a las naciones, proclamadlo en Jerusalén: Vienen los asaltantes de lejanas tierras, lanzan sus gritos contra las ciudades de Judá, la rodean como guardias rurales por haberse rebelado ella contra mí, oráculo del Señor. Esto es lo que te han traído tu conducta y tus acciones. He aquí que tu maldad es amarga, pues hiere tu corazón. Deje el impío sus caminos, y el malvado sus pensamientos, y vuélvase al Señor, que tendrá de él misericordia; a nuestro Dios, que es rico en perdones. Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos, dice el Señor. Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros, y por encima de los vuestros mis pensamientos. Como baja la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá sin haber empapado y fecundado la tierra y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar y el pan para comer, así la palabra que sale de mi boca no vuelve a mí vacía, sino que hace lo que yo quiero, y cumple su misión [en los que la hayan respetado tras acogerla con fe y obediencia]. El alma que pecare, [343] ésa morirá; el hijo no llevará sobre sí la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo; la justicia del justo será sobre él, y sobre él será la iniquidad del malvado. Y si el malvado se retrae de su maldad, y guarda todos mis mandamientos, y hace lo que es recto y justo, vivirá y no morirá. Todos los pecados que cometió no le serán recordados, y en la justicia que obró vivirá. ¿Quiero yo acaso la muerte del impío, dice el Señor, y no más bien que se convierta de su mal camino y viva? Pero si el justo se apartare de su justicia e hiciere maldad conforme a todas las abominaciones que hace el impío, ¿va a vivir? Todas las justicias que hizo no le serán recordadas; por sus rebeliones con que se rebeló, por sus pecados que cometió, por ellos morirá. Y si dijereis: No es recto el camino del Señor, escucha, casa de Israel. ¿Que no es derecho mi camino? ¿No son más bien los vuestros los torcidos? Si el justo se aparta de su justicia para obrar la maldad y por eso muere, muere por la iniquidad que cometió. Y si el malvado se aparta de la iniquidad que cometió y hace lo que es recto y justo, hará vivir su propia alma. Abrió los ojos y se apartó de los pecados cometidos, y vivirá y no morirá. Y dice la casa de Israel: ¿No son derechos los caminos del Señor? ¿Que no son derechos mis caminos, casa de Israel? ¿No son más bien los vuestros los torcidos? Yo, pues, os juzgaré a cada uno según sus caminos, ¡oh casa de Israel!, dice el Señor. Volveos y convertíos de vuestros pecados, y así no serán la causa de vuestra ruina. Arrojad de sobre vosotros todas las iniquidades que cometéis y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué habéis de querer morir, casa de Israel? Que no quiero yo la muerte del que muere. Convertíos y vivid.

Con muchas advertencias, consejos y recomendaciones de este cariz, confiados muy frecuentemente a los profetas, Dios en distintas ocasiones les mostró la magnitud de su misericordia a los que se convertían a una mejor disposición y a una seria corrección de la vida y las costumbres asentada en una fe firme. Eso lo demostró a menudo respetando y velando por los que sabía que se corregían y tomaban más prudentes decisiones, ya estuvieran atraídos al

deseo de piedad por las advertencias y acusaciones, ya abandonarían la impiedad asustados por las amenazas y castigos. Eso es lo que el propio Dios, con la imagen de un famoso ejemplo, reconoció que le era propio y antiguo, y que ninguno de los hombres, por odio o envidia, constituía una excepción, *Palabra que el Señor llegó a Jeremías, diciendo: Levántate y baja a casa del alfarero y allí te haré oír mis palabras. Bajé, pues, a la casa del alfarero, y he aquí que éste estaba trabajando a la rueda. Cuando se estropeaba entre las manos la vasija que estaba haciendo, tornaba a hacer otra vasija, según cumpliera hacerlo a los ojos del alfarero. Y me vino la palabra del Señor diciendo: ¿Acaso no puedo yo hacer de vosotros, casa de Israel, como hace el alfarero? – oráculo del Señor. Como está el barro en mano de alfarero, así estáis vosotros en mi mano, casa de Israel. De pronto decido yo arrancar, destruir y hacer perecer a un pueblo y a un reino; pero si este pueblo se convierte de las maldades [344] por las que yo me había pronunciado contra él, también yo me arrepiento del mal que había determinado hacerle. Igualmente resuelvo yo de pronto edificar y plantar a un pueblo o un reino; pero si obra el mal a mis ojos y no escucha mi voz, me arrepiento del bien que había determinado hacerle. Di, pues, ahora a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén: Así habla el Señor: He aquí que estoy trazando males y formando planes contra vosotros. Conviértase, pues, cada uno de sus malos caminos, y mejoradlos y mejorad vuestras obras.*

Ier 18, 1-11.

Pero al igual que Dios se mostró muy ajeno y lejano de la iracundia y del odio en constantes muestras e intervenciones, del mismo modo no sólo se proclamó justísimo juez y severísimo castigador amenazando, sino que también lo demostró infligiendo castigos a los que en injusticia e impiedad mantenían alejadas su misericordia y bondad, se apartaban del pensamiento y deseo de arrepentimiento, cedían con contumacia a los placeres y a los vicios, despreciaban las disputas ordenadas por Dios, y menospreciaban los muy saludables consejos. *Pero ellos dicen: ¡Es en vano!, pues seguiremos nuestros designios, y cada cual obraremos según la dureza de nuestro perverso corazón. Por eso así dice el Señor: Preguntad a las naciones. ¿Quién oyó cosas semejantes? Un horrible crimen ha cometido la virgen de Israel. ¿Por ventura desaparece de la roca del campo la nieve del Líbano o se agotan las aguas frescas que corren de los montes? Pues mi pueblo se ha olvidado de mí, ha ofrecido incienso a la vanidad. Van de tropiezo en tropiezo por sus caminos, los senderos antiguos, siguiendo sendas extraviadas, camino no trillado, para hacer de su tierra una desolación, objeto de eterna burla. Todos los que pasen por ella se asombrarán y moverán la cabeza. Como viento solano los dispersaré ante los enemigos. La espalda les mostraré, no el rostro, el día de su infortunio.*

Ier 18, 12-17.

Y mientras se dilata el juicio divino, la misericordia de Dios, en los mismos momentos de los fracasos y siempre acordándose de sí, no deja piedra sin remover para cumplir su propósito de llevar al género humano la salvación universal, propósito ya previsto y prometido desde la creación del mundo en los orígenes. Como Dios le prometió la salvación a todos los hijos de Adán, quien no la consiga será por falta propia, pues, aunque se muestre similar a Caín, no puede negar que esté llamado, no menos que aquél, bien sea por impulso eterno muy a menudo, bien sea por el ministerio externo de la

Is 5, 4. Ley y los vaticinios, a un espíritu mejor, a la fe y esperanza en la verdadera felicidad, y, por fin, a la comunión de la vida. Así está escrito: *¿Qué más podía yo hacer por mi viña que no lo hiciera?* El Verbo divino, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, garantiza esa función y ministerio que Él asume y asegura celosa y diligentemente. *¡Jerusalén, Jerusalén [con ello se refiere al conjunto de hombres llamado al superior conocimiento], que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos a la manera que la gallina reúne a sus pollos bajo las alas y no quisiste! Vuestra casa quedará , etc.*

Mt 23, 37-38.

[345] Y no pensamos que no se deba señalar lo que con su sola mención ya inunda del mayor horror las almas de quienes lo examinan. En efecto, la maldad humana y la inadecuada terquedad de los males pueden seguir avanzando, y hacer mal uso de la paciencia de la divina misericordia, así como de la lentitud y dilación de los castigos, hasta que se considere muy justo y muy digno que sufran la experiencia de verse abandonadas y entregadas por propio mérito a las miserias y desgracias de los peligros que ellas mismas se han fabricado. Quienes han caído en ese lugar no pueden ponerse en pie aunque lo quieran, pues se han pasado del disfrute de la luz a las tinieblas, y deben afrontar un premio a su locura y un final no mejor que el de Caín: no se sabe en qué lugar o situación se puede pensar algo peor. Los hombres fueron advertidos en otro tiempo por los oráculos de la divina clemencia de que los que le tuvieran mucho miedo podían evitarlo, y fueron advertidos durante todos los siglos, y hoy siguen siendo advertidos. *Escuchad, dadme oídos, no os envanezcáis, que es el Señor el que ha hablado. Dad gloria al Señor, vuestro Dios, antes que se haga oscuro y antes que tropiecen vuestros pies por los montes en tinieblas y, en vez de la luz que esperáis, os dé sombras de muerte y densas tinieblas.* Aunque no haya nada más horrible y tremendo que ese juicio, en algunas súplicas de los santos ministros, sin embargo, se indica que no se han de exceptuar los que descuiden la misericordia y la bondad de Dios. *He desamparado mi casa, he abandonado mi heredad, he entregado lo que amaba mi alma en manos de sus enemigos. Fue mi heredad para mí como león en la selva; lanzó contra mí sus rugidos; por eso la aborrecí. Así dice el Señor: ¿Dónde está el libelo de repudio de vuestra madre, por el cual la he repudiado yo? ¿O cuál es aquél de mis acreedores a quien os haya vendido yo? He aquí que por vuestros crímenes fuisteis vendidos, y por vuestros pecados fue repudiada vuestra madre. ¿Por qué, cuando yo venía, no hallaba a nadie, y, cuando llamaba, nadie me respondía?*

Ier 13, 15-16.

Ier 12, 7-8.

Is 50, 1-2.

CAPÍTULO XII.

DE LA CUARTA FUNCIÓN DE LA PROFESIÓN PROFÉTICA

Nos resta el tipo de intervenciones que requiere una explicación algo más extensa y que es el único que todos los profetas trataron con grandísimo gozo a la vez que fe aunque no lo exploraran y conocieran ellos mismos, por más

que confiaran en él. Pensaban que ésa era la única causa por la que todos los demás tipos se les habían encargado y debían ser realizados con celo. El argumento de este tipo, indicado de distintas maneras, mostrado con distintas formas y figuras, y anunciado con una fraseología y estilo variado y sublime, apuntaba al sacrosanto y secreto don de la salvación universal, [346] que Dios mantenía y alentaba tras prepararlo para todo el género humano para presentarlo en el momento oportuno. Y hasta que se realizara había que reconocerlo de algún modo bajo una imagen, desearlo con ardiente afán, reclamarlo con tenas súplicas y aguardarlo con las almas atentas. Le fue prometido en varias ocasiones al género humano a través de todos los profetas, con Dios como autor, y le fue anunciado con repetidas promesas. Vale la pena exponer el fundamento de aquellas promesas, algo brevemente por estas limitaciones de espacio y tiempo, pero tocando lo esencial un poco más profundamente.

En el primer libro de esta obra señalamos más que desarrollamos qué y cuánto perdió la naturaleza del hombre cuando se perdió al separarse de la palabra y precepto de Dios. Y eso no pudo explicarlo suficientemente ni nuestro ingenio ni nuestra redacción de acuerdo con la magnitud y amplitud del asunto. Ningún mortal es capaz de enumerar o hacer una estimación de tantas riquezas si no ha sido admitido por mediación del Hijo de Dios en los tesoros escondidos y los misterios de los secretos. Pues ni la luz, ni las contrarias y enemigas de ella, las tinieblas, se pueden conocer sin el disfrute de la luz. Así está escrito: *Todas estas torpezas, una vez denunciadas por la luz, quedan al descubierto, y todo lo descubierto, luz es.*

Eph 5, 13.

Es verosímil y probable que a los que existieron poco después de los primeros padres les quedara algún conocimiento de los hechos humanos de aquella primera integridad, y alguna idea de su gran pérdida que vino a continuación. Y no la tendrían por haberla experimentado ellos mismos, ya que se vieron privados de ella, sino por la narración, exposición y enseñanza de sus mayores, en la medida en que aquellos pudieran contarle y testificarlo y éstos entenderlo y retenerlo, al menos para llevar una vida pía e inocente y para arrepentirse en el abandono de los vicios y el ejercicio de las virtudes, como decíamos que aquella orden de Dios imponía y mandaba al hombre: *Con el sudor de tu frente comerás el pan.* No pensamos que el justo Abel careciera del conocimiento de ambos tipos de condición humana, es decir, de la ilustre previa y de la oscura y mísera posterior, ni Caín, por más injusto que fuera con su falta, ni Set, Enós, Cainán, ni sus hijos y descendientes hasta la época de Noé y del diluvio universal. Puesto que el derecho les afectó en recta sucesión de la familia paterna, hemos señalado que ellos mismos no estuvieron privados de la antigua disciplina.

Gen 3, 19.

Algunos vestigios, aunque oscuros, de la enseñanza y conocimiento de los asuntos antiguos existieron después del diluvio hasta el recuerdo de la separación babilónica, sobre todo mientras sobrevivían los tres hijos de Noé, desde cuya época, sin embargo, surgieron muchas opiniones, sentencias y enseñanzas distintas, y todos los rincones de la tierra se llenaron de errores e ignorancia, con la única excepción de la descendencia de Sem, a quien siempre le alumbró alguna chispa del nombre divino, aunque escasa y comprimida entre densas y turbulentas tinieblas. *Vuestros padres –Tavé, padre de Abraham y de Najor– habitaron al principio al otro lado del río y servían a otros dioses.*

Ios 24, 2.

Desde entonces se puede decir que la verdadera definición y el conocimiento de la distinción de las cosas buenas y las malas, que había emanado de los primeros padres, [347] se hundió en las mentes de los hombres llenas de equivocaciones, de modo que apenas nadie en todo el mundo sabía con certeza qué, cómo o de qué dimensiones era la firme obligación de los hombres desnuda y libre de los impedimentos de las opiniones, deseos y distintos intereses. Y la propia consideración de la conciencia y del alma humanas, turbada entonces por muchas y variadas opiniones privadas y públicas y por numerosas y diversas costumbres de pueblos y naciones, se angustiaba con vehemencia. La niebla de esos tiempos y de esas almas Dios decidió que había que disiparla con alguna lámpara, con una lámpara, diré, que no es aquella primera y principal de su divinidad con la que había distinguido la noche del día cuando dividió las antiquísimas tinieblas de la luz, sino una que se le podía ofrecer a las mentes humanas con un fuego encendido clarísimo y purísimo, que, aunque no se podía comparar con el resplandor del sol, sin embargo, cuando se enciende y se pone a funcionar, ya no se le pueden ocultar al que investiga lo que antes estaba oculto y envuelto por densas tinieblas. Interpretamos que esta lámpara es el beneficio de la Ley divina, cuya llama proporcionó también el uso de la lámpara que aquellos tiempos portaban. Y conmocionó la antigua fuerza de aquel frío por la que la verdadera doctrina estaba retrahida, confinada y rígida de tal modo que mostró su calor para que se quemaran las conciencias de los malvados e impuros. Esta fuerza de su naturaleza ígnea suelen atribuírsela los autores sagrados a la Ley promulgada en el monte Sinaí. *Encendida y vebemente es tu expresión. Tu palabra es para mis pies una lámpara, la luz de mi sendero. Llegará Dios del Austro y el Santo del monte Farán. Su majestad cubre los cielos, y la tierra se llena de su gloria. Su resplandor será como la luz; de sus manos salen CUERNOS, con que vela su poder. Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará. El fuego en su presencia arde y en su rodeo toma fuerza la tempestad.*

Gen 1, 4.

Ps 118, 140;
105.
Hab 3, 3-4.

Pero aunque la Ley pudo brillar por su propia naturaleza, como divina que era y salida del resplandor del sol, de cuyo calor nada se puede ocultar, aunque pudo liberar las almas de aquella rigidez de la ignorancia y de la desidia trastocándolas y convirtiéndolas con su ardor y quemando a los que la descuidaran y desdeñaran, sin embargo no sirvió para ablandarlas ni apartarlas de aquella dureza enquistada en el primer y universal pecado, ni para atraerlas a la benignidad, benevolencia y amor, de modo que las órdenes y mandatos se tuvieran por muy dulces, suaves y fáciles de cumplir, y se llevaran a cabo de manera muy amorosa y con mucho interés. Lo que sí pudo hacer fue, metiendo siempre el miedo y el temor en los espíritus, instruir a la conciencia humana en el mal y en el bien y advertir del cumplimiento del deber. Por lo demás, en lo que se refería a la obediencia, culto y eficiencia, se la juzgó más acusadora y agitadora que tranquilizadora. Pues esa Ley no les aportaba a sus cumplidores el espíritu de la adopción de hijos, sino el del temor y la servidumbre. Y no los libró del pecado original procedente de Adán para su posteridad, sino que les indicaba qué estaba permitido y qué no, sin que cambiaran su condición, y, a los que les ordenaba que evitaran una cosa y que hicieran otra les mostraba premios si obedecían, pero les anunciaba maldiciones,

penas y castigos si la descuidaban o la cumplían menos. Así está escrito: *La Ley trae consigo la ira*. De ahí sucedió [348] que la Ley fuera considerada no sólo difícil y penosa para el sentido humano, sino también terrible y vehementemente agobiante, debido a la acusada y denunciada pero no suprimida inclinación al vicio que el hombre normalmente ha padecido. Parecía también que la Ley se había puesto no para disminuir, sino para aumentar y amplificar el pecado, no para acabar con él, sino para incitarlo y provocarlo. Pues la Ley no sólo exigía los deberes de las obras y acciones, sino también la integridad, pureza y santidad de los pensamientos, y, sin embargo, no reparaba con alguna extraordinaria virtud o facultad la impotencia humana para cumplir eso que se pedía, sino que dejaba sin tocar lo referente a la virtud y eficacia en el lugar y estado que se decía que tenía desde la época del primer pecado.

Rom 4, 15.

Hemos observado que ese lugar y estado se denomina "carne" en la prosa de los autores sagrados. Es el apóstol quien trata todo este tema, asumiendo el papel de aquél al que, impregnado del conocimiento de sí mismo, la Ley atormentaba con el yugo de su imperio. *Pues cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, vigorizadas por la Ley, obraban en nuestros miembros y daban frutos de muerte; mas ahora, desligados de la Ley, estamos muertos a lo que nos sujetaba, de manera que sirvamos en espíritu nuevo, no en letra vieja. ¿Qué diremos entonces? ¿Que la Ley es pecado? De ningún modo. Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley. Pues yo no conocería la codicia si la Ley no dijera: "NO CODICIARÁS". Mas, tomando ocasión el pecado por medio del precepto, activó en mí toda concupiscencia, porque sin la Ley el pecado está muerto. Y yo viví algún tiempo sin ley, pero sobreviniendo el precepto, revivió el pecado, y yo quedé muerto, y hallé que el precepto, que era para vida, fue para muerte. Pues el pecado, con ocasión del precepto, me sedujo y por él me mató. En suma, que la Ley es santa, y el precepto santo, y justo, y bueno. ¿Luego lo bueno me ha sido muerte? Nada de eso; pero el pecado, para mostrar toda su malicia, por lo bueno me dio la muerte, haciéndose por el precepto sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido por esclavo al pecado. Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Si, pues, hago lo que no quiero, reconozco que la Ley es buena. Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí. Pues yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado, que habita en mí. Por consiguiente, tengo en mí esta ley: que, queriendo hacer el bien, es el mal el que se me apega; porque me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior, pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*

Carne.

Rom 7, 5-24.

El argumento principal de esta disertación apostólica es el siguiente: el alma humana puede ser instruida por el ministerio de la Ley en los fundamentos y distinción del bien y el mal, e incluso ser advertida para abandonar el mal y tomar el bien, y por fin ser conducida al reconocimiento de la impotente inclinación al vicio adherida a la carne humana. [349] Pero con el beneficio

de la Ley no se ha concedido también el remedio de esta infelicidad, cómo se puede encontrar u obtener. Pues lo que está muerto no puede volverse a la vida por la fuerza o facultad de la naturaleza. Por tanto, debe permanecer muerto o esperar y reclamar una vida procedente de otra virtud y eficacia. Esto es lo que indica aquella exclamación: *¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*

Rom 7, 24.

Cometidos de la Ley.

Ya antes en su momento atribuíamos a la Ley, cuando señalábamos sus cometidos, tal función y servicio, a saber, señalar el pecado y poner de manifiesto la maldad y la impotencia humanas. Se enseñaba con el beneficio y la disposición de la Ley y con su oráculo de qué modo y de dónde quien hubiera reconocido y confesado su maldad e impotencia podía buscar, esperar, aguardar y obtener medicina para su mal, o, más bien, vida para su propia muerte. Esa función de la Ley, aparte de las otras que entonces tratábamos, la hemos reservado para este momento, que es el oportuno. Pues al principio desaprovechamos el beneficio. El hombre fue llevado a las estrecheces del conocimiento de sí mismo, de modo que la preocupación y el pensamiento en la búsqueda de la salvación le alcanzó afectado por el castigo de su propia suerte. Pero, como eso no lo podía descubrir el ingenio humano, se le indicaba con la doctrina de la misma Ley. Y no sólo se mostraba con muchas reglas, imágenes y sermones destinados al mismo asunto qué se podía hacer, sino de qué modo y con qué autor había que llevarlo a cabo, de qué modo había que esperarlo y percibirlo.

Así pues, después del conocimiento, no sólo por los géneros, sino por las numerosas especies y formas, o más bien deformidades, de la malvada naturaleza del pecado entre los hombres y de la rebelde e impotente insolencia, y después de que se abriera aquella fuente (cuyo cauce principal no había visto la sabiduría humana y se preocupaba en vano por contenerlo desmenuzándolo en riachuelos), el segundo cometido había sido enseñar si se se podía corregir tanto mal; el tercero, tratar sobre la facultad y virtud de aquél por quien podía ser corregido, y sobre su voluntad y propósito; y, cuando todo esto ya estuviera claro, mostrar de qué modo se debía llevar a cabo. La Ley divina, cumpliendo con creces su misión en todos estos apartados, señaló que podía suceder no sólo que se expiaran los pecados, sino que incluso se eliminaran y extinguieran. Aseguraba que esto se conseguiría mediante la virtud del sacrificio y mediante la autoridad, expiación y labor del sacrificante. Por ello la Ley instituyó el mismo variado fundamento y los ritos de los sacrificios que en cada ocasión eran oportunos, creando para dicha función un sacerdote sacado de los mismos hombres, mortal pero elegido con determinadas y establecidas condiciones, iniciado según la Ley en ciertos ritos, con la obligación de que se conservara la línea de sucesión dentro de una misma familia y tribu, ocupando uno el lugar dejado por el fallecimiento de otro. Y este es el máximo fundamento no sólo de la constitución de todos los ritos y ceremonias que se decretaron en la Ley, sino también de la distinción de los sacerdotes por sus órdenes, sobre todo el sacerdote principal, que se llamaba con los nombres y títulos de sumo o máximo sacerdote y Pontífice, a menudo incluso ungido y consagrado. El amplísimo ministerio de este sacerdote, aunque [350] se ejercía en varios ámbitos de ocupación y actuación, sin embargo vino a ser

limitado a una triple función, a saber, instruir en los preceptos y mandatos de la doctrina sagrada a aquellos a quienes tenía encomendados a su diligencia, reconciliarlos con Dios mediante frecuentes súplicas y ceremonias, y expiar con determinados ritos y buenas palabras cuando se hubiera descubierto un error, y a la vez preocuparse de hacerlo de una manera feliz y gozosa. Es el tipo de labor que en la terminología sagrada se denomina bendiciones. Y todos estos ministerios se recogen en los libros de la propia Ley divina tanto con muchas naturalezas y fundamentos de cosas y sacrificios, como con condiciones y circunstancias, llenas de significados secretos, de momentos, lugares y personas. Quien se afane diligentemente en buscar y conocer ahí todo eso no tendrá una experiencia ingrata mientras llegue adonde se puede llegar y no persiga sólo una sombra de las cosas, sino que se preocupe más bien por tener las cosas en sí.

Pero con la comparación, examen y conocimiento de la naturaleza de las cosas y las personas, e incluso con el peligro y la continua experiencia se descubrió que con aquellas ceremonias, ritos y servicios, por frecuentes que fueran, no se le quitaba al alma humana la pesadísima carga y yugo del pecado y no se suprimía el miedo y la maldición que la Ley infundía, y que además no se aportaba nada de serenidad. Eso se descubrió que sucedía, al parecer, por una doble limitación. La primera era que, como la deuda del pecado era infinita y debía saldarse con un precio infinito (esto es, con la muerte de aquél por quien había sido cometido, dotado de alma, por así decirlo, humana, que, por la imagen que representa de Dios, participa de su infinitud), no se podía encontrar en todo el género de los seres vivos ninguna víctima que en lugar del deudor diera lo bastante como para que no se reclamara nada más por ese mismo concepto por parte de la justicia divina. La otra limitación indicaba la Ley que había que contemplarla en el propio ministro. Pues el Pontífice debía ser santísimo, muy grato y querido a Dios, y libre de cualquier mácula, ya que por su autoridad, trabajo y gracia remitiría la ley del castigo universal y de la máxima venganza y se haría el pacto y sancionaría la alianza de la perpetua benevolencia para con los hombres. Eso es lo que la propia Ley indicaba abiertamente en aquellas imágenes suyas cuando describía minuciosa y particularmente los rebuscadísimos apartados de la elección, consagración y dedicación de los pontífices. Cuando exigía tantas pormenorizaciones en el hábito, vestimenta y aspecto externo del cuerpo y de los miembros daba fácilmente a entender que no eran menos y menores las que se exigían y las que requería el juicio divino que hubiera en la mente y el alma de un ministro tan importante. Y la propia Ley enseñaba que ninguno de los sacerdotes nacido de la estirpe de Adán, de la familia que fuese, a condición de que fuese un hombre puro, tenía esas características. Pues la Ley promulgaba también preceptos y órdenes para la expiación de los errores y pecados del mismísimo sacerdote. Si no hubiera sabido que él también estaba sometido a la maldición no habría habido motivo para que consagrara también por sí mismo con matanza de víctimas y ritos particulares y privados, así como públicos. Así pues, la Ley podía indicar, enseñar y disponer todo esto, pero no lo podía corregir ni garantizar por la debilidad de la carne, es decir, por la impotencia e indolencia de la mujer exterior del hombre, [351] que no admite la acusación, au-

toridad e imperio de la doctrina de la Ley, y que más obedece algunas veces por miedo que por entusiasmo, que no rara vez simula obediencia sólo por apariencia externa y engaño más que por culto verdadero y serio y con el deseo y propósito de hacerse valer y adornarse con la sombra y apariencia de santidad, siempre inventando cosas para su propio interés. De esta disquisición se deduce la lección, observada por los cumplidores de la Ley, tanto por los simulados o impelidos por el miedo al castigo como por los íntegros, de que no era esa fuerza y eficiencia de la Ley la que la inmensidad de la infelicidad humana exigía para el disfrute de la plena salvación. Pues ni confería fuerzas apropiadas para la vida y la salud de las almas, ni el remedio de aquellos sacrificios que ofrecía era apto ni efectivo para la expiación de los males ya cometidos. Por lo demás, la Ley se esforzó por que los hombres adquirieran conciencia de su propia debilidad, y centró toda su fuerza y empeño en que el hombre conociera su muerte y deseara la vida, pero que al desearla no perdiera la esperanza en conseguirla, sino que, aprendiendo que le podía ser restituída, supiera también el modo en que podía creer y esperar que le sería restituída. El hombre debía meditar continuamente que ese procedimiento era realizar y celebrar determinadas y sagradas ceremonias, pero no debía considerarlas más que imágenes y figuras de las cosas verdaderas, aunque las llevara a cabo píamente y se preocupara de ellas convenientemente. También pretendía la Ley que el hombre pensara en esas mismas cosas atentamente y las buscara ardientemente, y se las pidiera con intensas preces y súplicas al verdadero y único autor de la vida, y que, por fin, con la constancia del deber, las consiguiera. Al prescribir sobre los ritos sagrados, estas cosas y otras muchas parecidas eran las que les enseñaba la Ley a los atentos profesores y alumnos que encontraba. Y eso significaba esta fórmula de promesa: *El sacerdote hará por él la expiación ante el Señor, con el carnero del sacrificio por el pecado cometido y le será perdonado.*

Lev 19, 22.

A aquellos que estaban impregnados de la doctrina y conocimiento de su propia debilidad, así como de la de su época, y de aquellos sacrificios, la misma Ley los consolaba y exhortaba a la fe y esperanza en un máximo Pontífice que había de establecer Dios entre los hombres, cuyo ministerio sería santísimo y eficacísimo para sacrificar ante el pueblo, debiéndose sacrificar y matar una sola víctima que le bastaría con creces a la justicia divina para compensar todas las deudas de todos. Todos los demás sacrificios contemplados por la Ley representaban con imágenes y ritos variados la fuerza de esa víctima y tenían el valor de una sombra, más que mostrar el meollo en sí, a no ser en la medida en que (para que no vivieran ociosamente) expiaban la impureza y suciedad externas de la carne con sus lociones y lustraciones. Esto mismo es lo que también se refería a la virtud y significado de aquella eficacísima víctima. Así está escrito: *Dispuestas así las cosas, en la primera estancia del tabernáculo entraban cada día los sacerdotes que desempeñaban sus ministerios; pero en la segunda, una sola vez en el año entraba el pontífice solo, no sin haber ofrecido la sangre en expiación de sus ignorancias y las del pueblo. Quería mostrar con esto el Espíritu Santo que aún no estaba expedito el camino del santuario mientras el primer tabernáculo subsistiese. Era esto figura que miraba a los tiempos presentes, [352] pues en aquél se ofrecían oblacones y sacrifi-*

Hebr 9, 6-10.

cios, que no eran eficaces para hacer perfecto en la conciencia al que ministraba, pues era sólo sobre alimentos, bebidas, diferentes lavatorios y preceptos de una justicia carnal establecidos hasta el tiempo de la rectificación. Y el mismo un poco después dice: La sangre de los machos cabrios y de los toros y la aspersion de la ceniza de la vaca santifica a los inmundos y les da la limpieza de la carne.

Hebr 9, 13.

CAPÍTULO XIII.

DOCTRINA DE LA LEY DIVINA SOBRE LA ESPERANZA EN LA SALVACIÓN DE LOS HOMBRES POR BENEFICIO Y LIBERAL DON DE DIOS

Entre tantos y tan variados preceptos y normas, en cuya difusión se consume gran parte de aquella doctrina antigua (que llamamos Ley), y entre las múltiples formas de ritos y sacrificios que hay que repetir asiduamente, con los cuales se hacía referencia y se daba a entender el fundamento secreto de la verdadera salvación, se encuentran en lugares apropiados y no de modo oscuro promesas de la confianza, esperanza y deseo entre los hombres de aquel máximo beneficio. En ellas se indica que Dios es el autor de la felicidad humana y garantiza mediante el profeta, ministro de la Ley, que traerá el momento favorable de aquel máximo beneficio, cuando ya los asuntos humanos hayan llegado a su punto ínfimo de miserias y piensen que no serán corregidos por las fuerzas de la naturaleza ni por ninguna inteligencia ni por ninguna industria o recursos humanos, y cuando reconozcan y sientan que sus asuntos están oprimidos bajo el ultraje de la Ley por su impotencia, maldad e impiedad, y consideren que no les queda otro recurso que el ruego y la súplica dirigidas al cielo solicitando a los oídos divinos con numerosos llantos, lamentos y preces procedentes del arrepentimiento de la propia condición. Entonces Dios se hará presente, y por su autoridad y eficiencia los hombres, que llevaban una vida misérrima y calamitosa corriendo peligro entre los avatares de las cosas, serán llevados a un lugar plenísimo de maravillosas, suavísimas, y brillantísimas paz y tranquilidad. *Cuando te sobrevengan todas estas cosas y traigas a la memoria la bendición y la maldición que hoy te propongo, y en medio de las gentes a las que te arrojará el Señor, tu Dios, te conviertas al Señor, tu Dios, y obedezcas su voz, conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y toda tu alma, también el Señor, tu Dios, reducirá a tus cautivos, tendrá misericordia de ti y re reunirá de nuevo de en medio de todos los pueblos entre los cuales te dispersó. Aunque se hallasen tus hijos dispersos en el último cabo de los cielos, de allí los reunirá el Señor, tu Dios, y de allí irá a tomarlos. El Señor, tu Dios, volverá a traerte a la tierra que poseyeron tus padres, y volverás a poseerla, y Él te bendecirá y te multiplicará más que a ellos.*

Deut 30, 1-5.

Mediante este oráculo divino se le ordenó a los hombres confiar y tener esperanza en la otra salvación, mucho más ilustre y mucho más feliz que [353] aquella anterior que experimentaron los israelitas cuando abandonaron los ca-

labozos egipcios. Puesto que aquella sólo había sido civil, pareció que sólo traía la libertad de los cuerpos y que prescribía la forma de la institución del estado en la tierra; sin embargo, no se veía que estableciera una mejor condición que la previa de las almas que sufrían bajo el yugo y la servidumbre del pecado. En efecto, como dice Pablo, la Ley no aportó nada de perfección, pero, como antes empezamos a decir, prometía la querida y deseada perfección de los asuntos humanos que había que esperar para el futuro, y declaraba que se conseguiría por el singular don y virtud de Dios, quien con su sacrosanta y secreta eficiencia arrancararía el prepucio condenado y desaprobado del viejo Adán, al que estaba adherido el contacto del antiguo engaño, y lo cambiaría por un nuevo tipo de salvación y vida, y con ello convertiría la imagen aquella de la circuncisión antigua, celebrada y practicada en el estado y ubicación exteriores del cuerpo, en un ejemplo de verdadera, exacta y absoluta virtud, mejorando el corazón humano y restablaciendo aquel hombre masculino interno, que ya llevaba mucho tiempo lánguido y casi muerto, no sólo a su virtud innata y propia, sino promoviéndolo incluso a la condición divina. Este beneficio, que se había antes depositado en sombra e imagen únicamente en la familia de Israel, como si fuera una escuela singular, de la que, sin embargo, todo el mundo pudiera aprender los fundamentos de la doctrina verdadera, no sólo se le debía comunicar y hacer efectivo después solamente a este pueblo, sino a todas las naciones de todos los pueblos, pues todos estaban llamados a la misma esperanza, fundamento y disfrute de la misericordia y la liberalidad. Eso es lo que significaba la última fórmula en la parte del oráculo que acabamos de citar, a saber: *Y él te bendecirá y te multiplicará más que a tus padres*. Eso se dice de los padres que escaparon de la tiranía del Faraón, con Moisés como jefe, en número superior a seiscientos mil de los que podían ser según la ley y ser llamados padres porque su edad fuera apropiada para llevar armas. En la misma doctrina de la ley antigua, en la continuación del oráculo que estamos analizando, se promete que se establecerá con la admirable eficiencia de Dios aquel beneficio divino y secreto para corregir y mejorar la naturaleza, con el que se debía aportar al género humano el verdadero honor y el serio interés de las cosas divinas. *Circuncidará el Señor, tu Dios, tu corazón y el corazón de tus descendientes, para que ames al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, y puedas vivir*. Conviene constatar y explicar con la descripción que le sigue qué gran mejora del género humano y de sus asuntos y estados se podría esperar de tal circuncisión, y qué abundancia de felicidad y beatitud se podría experimentar. *Por lo contrario, el Señor, tu Dios, arrojará todas estas maldiciones sobre tus enemigos, sobre los que te odiaron y te persiguieron* (quiénes y cuáles son estos enemigos que se mencionan, que lo deduzca el lector, o que lo busque en otro lugar de nuestros escritos). *Y tú obedecerás la voz del Señor, tu Dios, cumpliendo todos sus mandamientos que hoy te propongo. Te hará abundar el Señor en toda obra de tus manos, en el fruto de tu vientre, [354] en el fruto de tus ganados, en el fruto de tu tierra, y te bendecirá, porque volverá a complacerse el Señor en hacerte bien, como se complacía en hacérselo a tus padres*. Y esta imagen de egregia felicidad con la circuncisión del corazón, que pondría el primer cimiento para la mejora de las cosas, habría de transferirla del sentido

De las
alusiones al
Apocalipsis.

externo a la secreta verdad asequible mediante el Espíritu quien, presto a observar la explicación por edades del consejo divino, haya tomado la determinación de consagrarse a leernos. Eso es lo que, proveniente del mismo oráculo divino, se anuncia mediante los intérpretes y ministros del Nuevo Testamento. *Porque no es judío el que lo es en lo exterior, ni es circuncisión la circuncisión exterior de la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y es circuncisión la del corazón, según el espíritu, no según la letra. La alabanza de éste no es de los hombres, sino de Dios.* Lo mismo decía en otro sitio felicitando y explicando a los que estaban afectados por tan grande beneficio divino. *En Cristo fuisteis circuncidados con una circuncisión no de manos de hombre, no por la amputación corporal de la carne, sino con la circuncisión de Cristo. Con Él fuisteis sepultados en el bautismo y en Él asimismo fuisteis resucitados por la fe en el poder de Dios, que le resucitó de entre los muertos. Y a vosotros, que estabais muertos por vuestros delitos y por el prepucio de vuestra carne, os vivificó con Él, perdonándoos todos los delitos [pasados], borrando el acta de los decretos [el pecado] que nos era contraria, que era contra nosotros, quitándola de en medio y clavándola en la cruz; y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando de ellos en la cruz.* El resultado esperable de esa secreta circuncisión era uno, más feliz y deseado que el cual no podía acontecerle nada a los deseos de los hombres, a saber, la virtud de fijar la Ley divina en el alma y la admirable facultad de observarla puramente libre de todo miedo y exenta de maldición y execración, aumentada, por el contrario, por los oficios de una plenísima alegría y de una perpetua paz y felicidad. El mismo Dios era el que llevaba eso a cabo y sólo a él había que atribuir la autoridad de una circuncisión tan importante, y no a ninguna iniciativa humana ni a ninguna sabiduría terrestre ni diligencia propia. Sólo se debía buscar y reclamar ansiosamente en aquellas misiones y cometidos que ya hemos comentado que desde el propio inicio del mundo se llevaron a término de parte de los hombres por mediación de Dios. Es decir, con la fe en las predicciones y promesas de Dios y con la observancia de sus mandatos de la Ley que la fuerza humana, incluso después de la pérdida de la primera dignidad, pudiera honestamente efectuar de modo más fácil o probablemente emprender de manera más difícil. Pues la propia Ley antigua describía y testimoniaba ese doble fundamento no sólo del deber y misión del hombre, sino también del beneficio y eficiencia de Dios, y lo confirmó para crear la esperanza entre los hombres cuando añadió lo siguiente, inmediatamente después de las promesas que poco antes hemos recordado: *Si obedeciendo a la voz del Señor, tu Dios, guardas todos sus preceptos y mandatos, como está escrito en esta Ley, y te conviertes al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma. En verdad ESTA LEY que hoy te impongo no es muy difícil para ti ni es cosa que esté lejos de ti. No está en los cielos para que puedas decir: ¿Quién ascenderá de nosotros al cielo [355] para tomarla y dárnosla a conocer, y que así la cumplamos? La tienes enteramente cerca de ti, la tienes en tu boca, en tu mente, para poder cumplirla.* Así pues, este es el máximo fundamento de los beneficios y dones divinos por cuya causa recibimos la promulgación de la Ley divina y todos los escritos divinos, dictados y transmitidos.

Rom 2, 28-29.

Col 2, 11-15.

Deut 30,
10-14.

Ya quedaba que la propia Ley que había anunciado los máximos bienes señalara también al mismo autor y ministro de tanta felicidad y enseñara y mostrara cuánto tiempo sería lícito y legítimo esperarlo, con qué signos observarlo, de qué modo ponerlo a prueba y con qué actitud y pensamiento recibirlo. Y hemos encontrado que la Ley se cuida de este asunto en abundancia. *El Señor, tu Dios, te suscitará de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo; a él le oirás, precisamente como al Señor, tu Dios, pediste en el Horeb, el día de la congregación, diciendo: "Que no oiga yo la voz del Señor, mi Dios, y no vea este gran fuego para no morir". Entonces me dijo el Señor: "Dices bien hablando así. Yo les suscitaré de en medio de sus hermanos un profeta similar a ti"*. Esta similitud, cuya demostración prefijó Moisés y cuya observación determinó Dios [*como yo, similar a ti*], no se había de referir a la definición de la naturaleza, de modo que la descripción y observación descubrieran al hombre que sería aquel profeta. Pues eso se había anunciado con las palabras anteriores [*de en medio de ti, de entre tus hermanos; y de en medio de sus hermanos*], que eran todos hombres e israelitas. Así pues, la promesa había señalado que aquel profeta sería un hombre, y del pueblo de los israelitas. Pero la misma promesa también daba a entender, no sin misterio en sus palabras, que el mismo hombre se vería engrandecido en mayor grado que lo que corresponde a la condición de la suerte humana: SUSCITARÁ EL SEÑOR; LES SUSCITARÉ. Esas palabras, *CHAMONI, CHEMOCHAH*, señalaban a ese profeta que era un hombre en su aspecto exterior, pero que era de una virtud superior a la humana, y que, en lo que al desempeño de su labor se refiere, asumiría todas las misiones de Moisés y mantendría la importancia de toda esa embajada respetando la sucesión; es decir, señalaban al intérprete y heraldo de la divina voluntad y misericordia y de la preocupación por la salvación universal, al mismo ministro de la libertad y la salvación, adornado y recomendado por muchas y variadas pruebas y señales, Pontífice máximo de la divulgación de la Ley divina, de la sanción de la alianza y la unción de los sacerdotes, eficaz por otro pacto y ejemplo más sublime, es decir, al poseedor de la divina virtud que se ajustaba con aquella circuncisión del corazón que Dios había aceptado efectuar y atribuirse. Ya que todo esto había sido desarrollado por la fe y la labor de Moisés, fue percibido por la propia realidad y por la certera experiencia y manifiesto sentido de los hombres. Sin embargo, si se reunieran para el aspecto, verdad y excelencia de las cosas cuya posterior publicación se preparaba, se consideraría que obtenían más una sombra del porvenir que una definición de las propias cosas y que se transmitirían a los descendientes en la medida en que las cosas humanas, que son débiles, caducas y mutables, [356] deben por ley ceder a las sólidas, perpetuas, constantes, eternas y, en suma, divinas. En efecto, nada debía decir, hacer o realizar aquel Profeta prometido que no alabara a Dios como verdadero, único y presente autor. *Pondré en su boca mis palabras y él les comunicará todo cuanto yo le mande. A quien no escuchare las palabras que él dirá en mi nombre, yo le pediré cuentas.*

Deut 18,
15-18.

Col 2;
Hebr 10.

Deut 18,
18-19.

Baste hasta aquí lo dicho sobre lo que el designio y la esperanza de la Ley antigua anunciaron sobre el fundamento, autoridad, utilidad y experiencia, y, por último, todo el misterio de la salvación universal, a la vez que proclamaba la debilidad de la naturaleza humana y negaba que el remedio estuviera entre

sus atribuciones, pues eso se lo remitía y atribuía al otro Profeta sublime y efecacísimo instruido en la verdad y virtud. *Y así, antes de venir la fe, estábamos bajo la custodia de la Ley, encerrados con vistas a la fe que había de revelarse. De suerte que la Ley fue nuestro ayo para llevarnos a Cristo.*

Gal 3, 23-24.

CAPÍTULO XIV.

QUE IDÉNTICA PROMESA ACERCA DE LA SALVACIÓN UNIVERSAL REITERARON Y CONFIRMARON ORÁCULOS DIVINOS POR MEDIACIÓN DE LOS PROFETAS

Hemos observado que todos los escritos más antiguos fueron divididos en tres partes e intitulados con otros tantos títulos por el Espíritu Santo en libros más recientes, a saber, *Ley, Profetas* y *Salterio*. En todos quiso Dios testimoniar y consignar su voluntad acerca de la salvación de los hombres, y estableció y dio a entender el fundamento de su designio para el género humano y propuso la esperanza en ella. Esto es lo que el propio Embajador de Dios recomendaba que no había que tomar a la ligera, sino que había que reflexionarlo y observarlo con la mayor diligencia, a la vez que, al declarar que Él venía como mensajero de la predicación de la salvación, quería decir también Pontífice de su ejecución. *Las obras que mi padre me dio hacer, esas obras que yo hago, dan en favor mío testimonio de que el Padre me ha enviado, y el Padre, que me ha enviado, ése da testimonio de mí. Vosotros no habéis oído jamás su voz, ni habéis visto su semblante, ni tenéis su palabra en vosotros, porque no habéis creído en aquél que Él ha enviado. Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de mí, y no queréis venir a mí para tener la vida. Yo no recibo gloria de los hombres, pero os conozco y sé que no tenéis en vosotros el amor de Dios. Yo he venido en nombre de mi padre y vosotros no me recibís; si otro viniera usurpando mi nombre, le recibiríais. ¿Cómo vais a creer vosotros, que recibís la gloria unos de otros y no buscáis la gloria que procede del único Dios? No penséis que vaya yo a acusaros ante mi Padre; hay otro que os acusará, Moisés, en quien vosotros tenéis puesta la esperanza; [357] porque si creyeráis en Moisés, creeríais en mí, pues de mí escribió él; pero si no creéis en sus Escrituras, ¿cómo vais a creer en mis palabras? Eso mismo decía también el Profeta Ungido, autor de la vida, cuando instruía a sus discípulos: *Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos de mí*". Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras y les dijo: *Que así estaba escrito, que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos, y que se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Vosotros daréis testimonio de esto.* También los discípulos reconocían haber observado la lectura de la Ley sagrada y de los profetas y relacionarla con*

Io 5, 36-47.

Lc 24, 44-48.

- Io 1, 45. la verdad: *Encontró Felipe a Natanael y le dijo: "Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas, a Jesús, hijo de José de Nazaret".* Y Pablo dice: *Abora bien, sabemos que cuanto dice la Ley lo dice a los que viven bajo la Ley, para tapar toda boca y que todo el mundo se confiese reo ante Dios. De aquí que por las obras de la Ley nadie será reconocido justo ante Él, pues de la Ley sólo nos viene el conocimiento del pecado. Mas, ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen, sin distinción; pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios.*
- Rom 3, 19-23. El mismo apóstol, apiadándose del error de su pueblo, dice: *Hermanos, a ellos va el afecto de mi corazón y por ellos se dirigen a Dios mis súplicas, para que sean salvos. Yo declaro en favor suyo que tienen celo por Dios, pero no según la ciencia; porque ignorando la justicia de Dios y buscando afirmar la propia, no se sometieron a la justicia de Dios, porque el fin de la Ley es Cristo, para la justificación de todo el que cree. Pues Moisés escribe que el hombre que cumpliera la justicia de la Ley vivirá en ella. Pero la justicia que viene de la fe dice así: No digas en tu corazón: "¿Quién subirá al cielo?" Esto es, para bajar a Cristo; o "¿Quién bajará al abismo? Esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos. Pero ¿qué dice?: "Cerca de ti está la palabra, en tu boca, en tu corazón", esto es, la palabra de la fe, que predicamos.*
- Rom 10, 1-8. Pablo, detenido en Roma, explicaba a los que se consideraban judíos: *Les expuso la doctrina del reino de Dios, y desde la mañana hasta la noche los persuadía de la verdad de Jesús por la Ley de Moisés y por los Profetas.*
- Act 28, 23.

Lo que fue escrito por Moisés sobre la presencia, virtud, excelencia y eficacia de aquel prometido Ungido desde el mismo momento del anuncio del designio divino hasta el establecimiento de la Ley, lo hemos señalado, no en su totalidad, pero sí en parte, según considerábamos que era suficiente para la exposición del argumento de acuerdo con la finalidad de esta obra. Pues tocarlo todo hubiera sido una labor y trabajo infinitos y hubiera requerido el título de *Comentarios a la propia Ley* mejor que éste que hemos decidido ponerle de *Alma de la Obra Magna*. Hemos considerado, no obstante, que había que añadir a esta obra en último lugar, y para encomendarlo al recuerdo, lo que mereciera el título de precepto o promesa que estuviera igualmente escrito en la Ley, pero que no se hizo total y plenamente realidad antes de los tiempos felicísimos de aquel Ungido Máximo. [358] *Yo soy el Señor, vuestro Dios, quien os sacó de la tierra de Egipto para que permanecierais en Dios. Seréis santos, porque yo soy santo.*

- Lev 19, 36. Después de estos oráculos que hemos citado procedentes de la Ley, lo inmediato es examinar los oráculos más oportunos que los demás profetas después de Moisés encomendaron a la memoria de sus escritos para la instrucción de la posteridad y que dan fe de esta promesa divina. Así se echan principalmente los cimientos de una argumentación pública sobre los que se sustenta todo el fundamento de la admiración de este misterio enunciado con varias imágenes y figuras de palabras y sentencias. *Acerca de esa salvación, dice Pedro, inquirieron e investigaron los profetas que vaticinaron la gracia a vosotros destinada, escudriñando qué y cuál tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que en ellos moraba y de antemano testificaba los padecimientos de Cristo y las glorias que habían de seguirlos. A ellos fue revelado que no a sí mismo, sino*
- 1 Petr 1, 10-12.

a vosotros, servían con esto, que os ha sido anunciado ahora por los que os evangelizaron movidos del Espíritu Santo, enviado del cielo y que los mismos ángeles desean contemplar. El mismo Pedro, dirigiéndose a un grupo de paisanos suyos, les decía en otro sitio: *Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, a fin de que lleguen los tiempos del refrigerio de parte del Señor y envíe a Jesús, el Mesías, que os ha sido predestinado, a quien el cielo debía recibir hasta llegar los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas. Dice, en efecto, Moisés: "Un profeta hará surgir el Señor Dios de entre vuestros hermanos, como yo; vosotros le escucharéis todo lo que os hablare; toda persona que no escuchare a este profeta será exterminada por el pueblo". Y todos los profetas, desde Samuel y los siguientes, cuantos hablaron, anunciaron también estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas y de la alianza que Dios estableció con vuestros padres cuando dijo a Abraham: "En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra".*

Act 3, 19-25.

CAPITULO XV.

POSTRERA Y BREVE DESCRIPCIÓN DE LA SALVACIÓN HUMANA ANUNCIADA POR LOS PROFETAS

Los profetas, meditando especialmente en la condición del género humano que fue recibida de los primeros padres y heredada por todos los descendientes y permaneció para siempre, se dieron cuenta de que era muy desgraciada y se percataron de que ni era digna del propio género ni se podía alterar con los recursos de ninguna técnica o virtud humana. El fundamento y magnitud del propio asunto aconsejaba sobrellevarla con gravedad y acompañarla de frecuentes lamentos y llantos. Sobre todo cuando lo que en otras circunstancias se pensaba que podía servir de ayuda y remedio, esto es, el beneficio de la Ley escrita, se descubrió que servía más bien para aumentar la carga y el peso. Todo esto tuvo como efecto que los hombres más sabios lamentaran totalmente su suerte y que en su alma y pensamiento, y en su propio sentimiento, se cansaran de tanta miseria. Esto, repetido o, más bien, lamentado de distintos modos, [359] hizo que surgieran diversas quejas de quien acusaba el pecado de los padres, de quien se lamentaba de haber nacido en el mundo o de quien deseaba haber sido aniquilado cuanto antes. Partiendo de esta argumentación se mencionaban frecuentemente quejas como: *Los padres comieron las agraces, y los dientes de los hijos sufren la dentera. Pecaron nuestros padres, y ya no existen; mas nosotros cargamos con sus iniquidades.*

Ez 18, 2.

Lam 5, 7.

Pero a los píos y santos varones, a los que llamamos profetas o vates, afectados por este dolor y tristeza, los consolaba la bondad divina y los reconfortaba con la promesa de la entrega a los hombres de un don máximo y excelentísimo gracias únicamente a la eficiencia de Dios. Y aunque creían que era verdad por la autoridad del que lo prometía, sin embargo no pudieron

Col 1, 26.

conocer claramente, ni ellos ni los ángeles, que eran mucho más sabios que ellos, el modo y manera en que se cumpliría y realizaría. *El misterio* (dice Pablo) *escondido desde los siglos* [antiguos] *y desde las generaciones* [de hombres y ángeles]. Pero a ellos, aunque se les habían ocultado por la debilidad del estado de aquella época los demás secretos de la sabiduría divina respecto a este asunto, sin embargo, Dios quiso que se les enseñara que iba a suceder que el género humano, por la verdad, facultad y constancia de aquel servicio máximo, no sólo abandonara la antigua e innata desgracia de la servidumbre, sino que fuera ascendido a un lugar y orden superiores y experimentara la obtención de la condición divina, que se admirara al verse situado en la dignidad y grandeza del Hijo de Dios, que lo reconociera con incesantes súplicas y que lo celebrara con un continuo agradecimiento e ininterrumpidas alabanzas de la misericordia y gracia de Dios.

Los profetas se preocupaban de convencer de que esta felicidad única y máxima debía ser concedida a todos los hombres por su fe constante, que debía pedirse con diligente interés en la penitencia y las virtudes, y que se le debía reclamar a Dios, su único autor, con intensas súplicas. Aconsejaron que sólo por ella se debían despreciar y desdeñar todas las demás cosas que apetecen los mortales. Y estos hombres santos, como se daban cuenta de que una felicísima condición de tal tipo no la podía indicar ni expresar un hombre con palabras propias, porque era divina, la daban a entender con imágenes de las cosas y con los tropos y figuras de las oraciones, sentencias y palabras con los que la expresión humana suele significar y recomendar lo que se considera más favorable, feliz, suave y agradable.

A nosotros, como si estuviéramos pronunciando esto como proemio de los vaticinios, nos es muy agradable a la vez que muy útil escucharles recitar ese asunto tan admirablemente.

Is 4, 2-6.

En aquel día será el renuevo del Señor gloria y ornato, y el fruto de la tierra, grandeza y honra de los que de Israel quedaren. Y los restos de Sión, los supervivientes de Jerusalén, serán llamados santos, y todos los hombres inscritos entre los vivos de Jerusalén, cuando lave el Señor la inmundicia de las hijas de Sión, limpie en Jerusalén las manchas de sangre al viento, al viento de la devastación. Y el Señor creará sobre todo el lugar del monte de Sión y sobre sus asambleas una nube humeante de día y un resplandor de fuego y llama durante la noche, pues sobre toda gloria habrá un dosel. [360] Y una tienda como sombra de día contra el calor y como refugio y abrigo contra el turbión y el aguacero.

Is 9, 3-7.

¿Multiplicaste el pueblo y no magnificaste la alegría? Se alegrarán ante ti, como se alegran los que recogen la mies, como se alegran los que reparten la presa. Rompiste el yugo que pesaba sobre ellos [el pecado], el dogal que oprimía su cuello [el castigo], la vara del exactor [la injuria de la Ley] como en el día de Madián, y han sido echados al fuego y devorados por las llamas las bocas jactanciosas del guerrero y el manto manchado de sangre. Porque nos ha nacido UN NIÑO, nos ha sido dado un hijo que tiene sobre los hombros la soberanía, y que se llamará Maravilloso Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno [de la nueva alianza], Príncipe de la paz, para dilatar el imperio y para una paz ilimitada sobre el trono de David y de su reino, para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y en la justicia desde ahora para siempre jamás. El celo del Señor de los ejércitos hará eso.

DE LA PAZ Y TRANQUILIDAD UNIVERSAL DE LOS SANTOS

Y brotará un retoño del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre el que reposará el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor del Señor. Y su respirar será en el temor del Señor. No juzgará por vista de ojos ni argüirá por oídas de oídos, sino que juzgará en justicia al pobre y en equidad a los humildes de la tierra. Y herirá al tirano con la vara de su boca y con soplo de sus labios matará al impío. La justicia será el cinturón de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de su cintura. Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los pastoreará. La vaca pacerá con la osa, y las crías de ambas se echarán juntas, y el león, como el buey, comerá paja. El niño de teta jugará junto a la hura del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. No habrá ya más daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del conocimiento del Señor, como llenan las aguas el mar. En aquel día, el renuevo de la raíz de Jesé se alzaré como estandarte para los pueblos, y le buscarán las gentes, y será gloriosa su morada. En aquel día de nuevo la mano del Señor redimirá al resto del pueblo, a lo que reste de Asur y de Egipto, de Patros, de Cus, de Elam, de Senaar, de Jamat y de las islas del mar. Alzaré su estandarte en las naciones, y reunirá a los dispersos de Israel, y juntará a los dispersos de Judá de los cuatro confines de la tierra. Y cesará la envidia de Efraím, y serán destruidos los enemigos de Judá, y Judá no será más enemigo de Efraím. Y se alzarán contra la costa de los filisteos a occidente, y juntos saquearán a los hijos de oriente; Edom y Moab les servirán, y los hijos de Ammón les estarán sujetos. Y secará el Señor la lengua del mar de Egipto, y levantará su mano sobre el río, con el terror de su soplo, y herirá [361] sus siete brazos que podrán pasarse a seco. Y abrirá camino a los restos de su pueblo, a los que quedarán de Asur, como los abrió para Israel el día de su salida de Egipto.

Is 11, 1-6.

CONFESIÓN DEL HOMBRE LLEVADO A LA CONDICIÓN DIVINA

Y aquel día dirás: "Yo te alabo, Señor, porque te irritaste contra mí, pero se aplacó tu cólera, y me has consolado". Éste es el Dios de mi salvación, en Él confío y nada temo, porque mi fuerza y mi canto es el Señor. Él ha sido para mí la salud, y diréis aquel día: "Alabad al Señor, cantad a su nombre, pregonad sus obras en medio de los pueblos, proclamad que su nombre es sublime. Cantad al Señor, que hace cosas grandes; que lo sepa la tierra toda. Exulta, jubila, moradora de Sión, porque grande es en medio de vosotros el Santo de Israel".

Is 12, 1-6.

MISERICORDIA CON JACOB Y LOS EXTRANJEROS ALLÍ REUNIDOS

Su hora está para llegar y sus días no tendrán prórroga. Cuando se complace el Señor de Jacob y prefiera todavía a Israel, los afinará en el solar de ellos, y se les juntarán forasteros, que serán incorporados a la casa de Jacob. Tomarán a otros pueblos y, llevándoselos a su lugar, se los apropiará la

Is 14, 1-27.

casa de Israel sobre el solar del Señor como esclavos y esclavas. Harán cautivos a sus cautivadores, y dominarán sobre sus tiranos. Entonces, cuando te haya calmado el Señor de tu disgusto y tu desazón y de la dura servidumbre a que fuiste sometido, dirigirás esta sátira al rey de Babilonia. Dirás: ¡Cómo ha acabado el tirano, cómo ha cesado su arrogancia! Ha quebrado el Señor la vara de los malvados, el bastón de los déspotas, que golpeaba a los pueblos con saña golpes sin parar, que dominaba con ira a las naciones acosándolas sin tregua. Está tranquila y quieta la tierra toda, prorrumpe en aclamaciones. Hasta los cipreses se alegran por ti, los cedros del Líbano: "Desde que tú has caído en paz, no sube el talador a nosotros". El infierno, allá abajo, se estremeció por ti saliéndote al encuentro; por ti despierta a las sombras, a todos los jerifaltes de la tierra; hace levantarse de sus tronos a los reyes de todas las naciones. Todos ellos responden y te dicen: "También tú te has vuelto débil como nosotros, y a nosotros eres semejante! Ha sido precipitada al infierno tu arrogancia al son de tus cítaras. Tienes bajo ti una cama de gusanos, tus mantas son gusanera. ¡Cómo has caído de los cielos, Lucifer, hijo de la Aurora! ¡Has sido abatido a tierra, dominador de las naciones! Tú que habías dicho en tu corazón: "Al cielo voy a subir, por encima de las estrellas de Dios alzaré mi trono, y me sentaré en el Monte de la Reunión, en el extremo norte. Subiré a las alturas del nublado, me asemejaré al Altísimo. ¡Ya! al infierno has sido precipitado, a lo más hondo del pozo". Los que te ven, en ti se fijan; te miran con atención: "¿Ese es aquél, el que hacía estremecer la tierra, el que hacía temblar los reinos, el que puso el orbe como un desierto, y asoló sus ciudades, el que a sus prisioneros no abría la cárcel?". Todos los reyes de las naciones, [362] todos ellos yacen con honor, cada uno en su morada. Pero tú has sido arrojado fuera de tu sepulcro, como un brote abominable, recubierto de muertos acuchillados, arrojados sobre las piedras de la fosa, como cadáver pisoteado. No tendrás con ellos sepultura, porque tu tierra has destruido, a tu pueblo has asesinado. No se nombrará jamás la descendencia de los malhechores. Preparad a sus hijos degollina por la culpa de sus padres: no sea que se levanten y se apoderen de la tierra, y llenen de ciudades la haz del orbe. Yo me alzaré contra ellos –oráculo del Señor de los ejércitos– y suprimiré en Babilonia el nombre y resto, hijos y nietos –oráculo del Señor. La convertiré en patrimonio de erizos y tierra pantanosa, la barreré con escoba exterminadora– oráculo del Señor de los ejércitos. Ha jurado el Señor de los ejércitos diciendo: "Tal como lo había ideado, así fue. Y como lo planeé, así se cumplirá: Quebrantaré a Asur en mi tierra, sobre mis montes le pisotearé. Se apartará su yugo de sobre ellos, su fardo de sobre sus hombros se apartará". Este es el plan tocante a toda la tierra, y ésta la mano extendida sobre las naciones. Si el Señor de los ejércitos toma una decisión, ¿quién la frustrará? Si él extiende su mano, ¿quién se la hará retirar?

DESTRUCCIÓN DE LA TIERRA ANTAÑO INFELIZ, ESTO ES, MUERTE DEL HOMBRE ANTIGUO

Is 24, 19-23.

La tierra se rompe con estrépito, la tierra retiembla, se conmueve. La tierra vacila como un ebrio, es sacudida como una choza. Pesan sobre ella sus pecados, y caerá para no volver a levantarse. Y será en aquel día que visitará el

Señor la milicia de los cielos en la altura, y abajo los reyes de la tierra. Y serán encerrados presos en la mazmorra, encarcelados en la prisión, y después de muchos días serán visitados. Y la luna se sonrojará, y se avergonzará el sol, porque el Señor de los ejércitos reinará en el monte de Sión y en Jerusalén y resplandecerá su gloria ante sus ancianos.

Señor, tú eres mi Dios; y yo te ensaltaré y alabaré tu nombre, porque has cumplido maravillas, antiguos designios de fidelidad y verdad. Porque hiciste de la ciudad un montón de piedras, de la ciudad fuerte una ruina. Ya la ciudadela de los extranjeros no es ciudad, y no será jamás reedificada. Por eso te glorificará un pueblo fuerte y te temerá la ciudad de las naciones poderosas. Porque fuiste tú un refugio para el humilde, refugio para el pobre en su angustia, cobijo contra la tempestad, sombra contra el calor, pues el aliento de los tiranos es como una borrasca de invierno. Como calor sobre tierra seca, apaciguarás el tumulto de los extranjeros; como el calor a la sombra de una nube, el cántico de los tiranos se extingue. Y preparará el Señor de los ejércitos a todos los pueblos sobre este monte un festín de succulentos manjares; un festín de vinos generosos, de manjares grasos y tiernos, de vinos generosos clarificados, y sobre este monte hará desaparecer el velo que oculta a todos los pueblos, la cortina que cubre a todas las naciones. Y destruirá la muerte para siempre, y enjugará [363] el Señor las lágrimas de todos los rostros, y alejará el oprobio de su pueblo, lejos de toda la tierra, porque el Señor ha hablado. Y se dirá en aquel día: He aquí a nuestro Dios; hemos esperado en Él, que nos salvará. Ahí está el Señor; a quien esperábamos; gocémonos y alegrémonos en su salvación. Porque la mano del Señor descansará sobre este monte, por Moab será pisoteado debajo de Él, como se pisotea la paja en el muladar. Y tenderá sus manos en el interior, como las tiende el nadador para nadar; pero el Señor abatirá su soberbia y los esfuerzos de sus manos. Y la fortaleza elevada de tus murallas ha abatido, ha hecho caer y derribado hasta el polvo.

Is 25, 1-12.

CONFESIÓN Y AGRADECIMIENTO DE LOS SANTOS, CON ROGATIVA

En aquel día cantarán este cántico en la tierra de Judá:

Tenemos una ciudad fuerte; por muro y antemuro nos da Él la salvación.

Abrid las puertas, que entre un pueblo justo, que se mantiene fiel.

Su firme ánimo conservará la paz, porque en ti pone su confianza.

Confíad siempre en el Señor, pues es la roca eterna.

Él destruyó a los que habitan en las alturas, derribó la ciudad soberbia. La derribó hasta la tierra, la arrojó al polvo, y es hollada por pies, por los pies de los pobres y los pasos de los humildes.

La senda de los justos es recta, derecho el camino que tú abres al justo. Nosotros ciertamente te esperamos en la senda de tus juicios, ¡oh Señor! Tu nombre, tu memoria, es el anhelo del alma.

Deséate mi alma por la noche, y mi espíritu te busca dentro de mí, pues cuando aparezcan sobre la tierra tus juicios, aprenderán justicia los habitantes del orbe.

Si al impío se le hace gracia no aprende justicia, y en la tierra de lo recto hace el mal y no ve la majestad de Dios.

Is 26, 1-21.

Alzada está tu mano, ¡oh Señor!; no la ven; verán, confundidos, tu celo por el pueblo, y el fuego de tus enemigos los devorará.

Depáranos la paz, ¡oh Señor!, pues cuanto hacemos eres tú quien para nosotros lo hace.

Señor, Dios nuestro, otros señores, que no tú, se enseñorearon de nosotros; sólo por ti celebramos tu nombre.

Los muertos no revivirán, no se levantará las sombras, porque los visitaste y destruiste y borraste todo recuerdo de ellos.

Multiplicaste al pueblo, ¡oh Señor!, multiplicaste a la nación, te has glorificado, ensanchaste todos los confines de la tierra.

En la angustia, ¡oh Señor!, te han visitado, han derramado plegarias cuando tú los castigabas. Como la mujer en cinta, cuando llega el parto, se retuerce y grita en sus dolores, así estábamos nosotros ante ti, Señor.

Concebimos, nos retorcimos como si pariésemos viento, no dimos salvación a la tierra, ni nacieron habitantes del orbe.

Revivirán tus muertos, mis cadáveres se levantarán; despertad y cantad, [364] los que yacéis en el polvo, porque rocío de luces es tu rocío, y la tierra parirá sombras. Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos y cierra tus puertas tras de ti, ocúltate por un poco, mientras pasa la cólera.

Porque he aquí que el Señor va a salir de su lugar para castigar la iniquidad de los moradores de la tierra [del pecado del viejo Adán], y la tierra descubrirá su sangre, no encubrirá más sus asesinados.

JUICIO CONTRA LA TIRANÍA DEL MÁXIMO ENEMIGO DE LOS HOMBRES

Is 27, 1-13.

Aquel día castigará el Señor con su espada pesada, grande [por la fuerza de su infinita eficacia] y poderosa, al leviatán serpiente huidiza [manifieta y desenfrenada desvergüenza y potencia de los hombres]; al leviatán serpiente tortuosa [engañosa simulación de sabiduría], y matará al monstruo que está en el mar. En aquel día se dirá: Cantad a la viña deliciosa; yo, el Señor, la guardo, yo la riego a cada momento para que no falte su follaje, yo la guardo día y noche, sin enojo. ¡Quién me diera espinas y abrojos en batalla! Marcharía contra ellos y los quemaría juntamente, a no ser que se pongan bajo mi protección y hagan la paz conmigo, hagan conmigo la paz. Días vendrán en que Jacob echará raíces, e Israel echará flores y retoños y llenará la faz del mundo con su fruto. ¿Le hirió el Señor como hirió a los que le herían? ¿Le mató como mató a los que le mataban? Expulsándole le ha combatido, echándole con su soplo impetuoso en día de viento solano. Por eso, con esto se expió el crimen de Jacob, y éste es todo el fruto del alejamiento de su pecado: que ponga todas las piedras del altar como piedras calizas dispersadas, de modo que no se levanten bosques sagrados y estelas solares. Pues la ciudad fuerte quedó solitaria, morada desamparada y abandonada como el desierto. Allí se apacienta el becerro, allí se echa y allí ramonea. Cuando sus ramas están secas, se rompen, vienen las mujeres y les prenden fuego, pues es un pueblo sin conocimiento; por eso el que lo hizo no tuvo piedad de él, el que lo formó no se compadeció de él. Y sucederá aquel día: sacudirá el Señor espigas desde el río hasta el torrente de Egipto, y vosotros seréis recogidos uno a uno, hijos de Israel. Y acontecerá aquel día: se tocará la gran trompeta, y vendrán los

perdidos en la tierra de Asur y los dispersos en la tierra de Egipto, y se prosternarán ante el Señor en el monte santo de Jerusalén.

JUICIO DE DIOS MEDIANTE SU UNGIDO CONTRA EL PECADO, LA MUERTE Y EL INFIERNO

Oíd, pues, burlones la palabra del Señor; dominadores de este pueblo que está en Jerusalén. Porque dijisteis: Hemos hecho pacto con la muerte, nos hemos concertado con el infierno; el azote desencadenado pasará sin llegar a nosotros, porque nos hemos hecho de la mentira abrigo, de la perfidia refugio. Por eso dice el Señor: He aquí que he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, piedra angular, de precio, sólidamente asentada; el que en ella se apoye no titubeará. [365] Y del derecho haré regla, y de la justicia haré nivel. Y la granizada echará abajo el abrigo de la mentira, y las aguas torrenciales inundarán el refugio. Vuestro pacto con la muerte será roto, y vuestra convención con el infierno no subsistirá; cuando el azote desencadenado pase, os aplastará; siempre que pase, os sorprenderá, y pasará todas las mañanas, de día y de noche, y su espantoso terror os servirá de lección. Porque la cama será corta para estirarse, y la manta demasiado estrecha para envolverse. Porque se alzaré el Señor como en el monte de las divisiones, y rugirá la cólera como en el valle de Gabaón, para realizar su obra, obra extraordinaria; para hacer su obra, obra inaudita.

Is 28, 14-21.

Nueva obra de la Redención.

REPRESENTACIÓN DE LA BUENA NUEVA

Consuélate, consuélate, pueblo mío, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén y gritadle que se cumplió su servidumbre, que está pagada su culpa, que ha recibido de manos del Señor el doble por todos los pecados. Una voz grita: Abrid camino al Señor en el desierto, enderezad en la estepa una calzada a vuestro Dios. Que se alcen todos los valles y se rebajen todos los montes y collados; que se allanen las cuestas y se nivelen los declives. Porque va a mostrarse la gloria del Señor, y a una la verá toda carne, porque ha hablado la boca del Señor. Una voz dice: Grita. Y yo respondo: ¿Qué he de gritar? Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. Sécase la hierba, marchitase la flor cuando pasa sobre ellas el soplo del Señor. Ciertamente hierba es el pueblo. Sécase la hierba, marchitase la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre. Sube a un alto monte, mensajera de buenas nuevas de Sión; alza con fuerza tu voz, mensajera de buenas nuevas de Jerusalén. Alzala, no temas; di a las ciudades de Judá: He aquí a vuestro Dios. He aquí al Señor de los ejércitos, que viene con fortaleza, y su brazo dominará a favor suyo; he aquí que Él viene con su salario y va delante de Él su paga. Él apacentará su rebaño como pastor, Él le reunirá con su brazo, Él llevará en su seno a los corderos y cuidará a las paridas. ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano, y palpó los cielos, y determinó en un tercio todo el polvo de la tierra, pesó en la romana las montañas o en la balanza los collados? ¿Quién ha determinado el espíritu del Señor, quién fue su consejero y le instruyó? ¿Con quién deliberó para recibir instrucciones, que le enseñase el camino de la jus-

Is 40, 1-31.

ticia, le adoctrinara en la ciencia y le diera a conocer el camino del entendimiento? He aquí que las naciones son como gotas de agua en el caldero y son reputadas como polvillo en la balanza, y levantan las islas como polvillo el viento. El Líbano no basta para combustible, ni sus animales para el holocausto. Todos los pueblos son delante de Él como nada, son reputados por Él como nada y vanidad. ¿A quién, pues, compararéis a Dios y a qué imagen haréis que se le asemeje? El ídolo es fundido por el artífice, el orfebre le reviste de oro y le adorna con cadenillas de plata. El que es pobre para la ofrenda, escoge madera incorruptible y busca un buen artífice para erigir un ídolo que no se tambalee. ¿No lo sabéis? ¿No lo habéis oído? [366] ¿No os lo han revelado desde el principio? ¿No lo habéis entendido desde la fundación de la tierra? Está Él sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos habitantes son como langostas. Él tiende los cielos como un toldo y los despliega como una tienda de morada. Él torna en nada a los príncipes, y en vanidad a los jueces de la tierra. Apenas plantados, apenas sembrados, apenas ha echado su tronco raíces en la tierra, sopla sobre ellos y se secan, y como pajuela los arrastra el huracán. ¿A quién me asemejaréis, de forma que se me iguale, dice el Santo? Alzad en lo alto vuestros ojos y mirad: ¿Quién los creó? El que saca numerado su ejército, y todos los llama por su nombre, y por la gran fuerza y enorme potencia ninguno falta. ¿Por qué dices tú, Jacob; hablas tú, Israel: Mi camino está oculto al Señor, y mi derecho se escapa a mi Dios? ¿No sabes tú, no has oído, que el Señor es Dios eterno, creador de los confines de la tierra? No se fatiga ni se cansa, insondable es su inteligencia. Él da vigor al fatigado y multiplica las fuerzas del débil. Y se cansan los jóvenes y se fatigan, y los jóvenes llegan a flaquear; pero los que confían en el Señor renuevan las fuerzas, echan alas como de águila, corren sin cansarse y caminan sin fatigarse.

VERDADERA Y SINGULAR PROVIDENCIA DE DIOS CON LOS HIJOS POR ÉL REDIMIDOS Y LIBERADOS

Is 43, 1-28.

Abora, así dice el Señor, tu creador, Jacob, tu plasmador, Israel. "No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío. Si pasas por las aguas, yo estoy contigo, si por los ríos, no te anegarán. Si andas por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti. Porque yo soy el Señor, tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador. He puesto por expiación tuya a Egipto, a Etiopía y Seba en tu lugar. Porque eres a mis ojos de muy gran estima, de gran precio y te amo, y entrego por ti hombre y pueblos a cambio de tu vida. No temas, porque yo soy contigo; yo traeré tu descendencia desde oriente y te reuniré desde occidente. Diré al septentrión: Entrega, y al mediodía: No retengas. Trae a mis hijos desde lejos, y a mis hijas desde los confines de la tierra, a todos cuantos llevan mi nombre, que yo los creé, formé e hice para mi gloria. Que salga el pueblo ciego, aunque tiene ojos; los sordos, aunque tienen oídos. Los pueblos se han reunido a una y se congregaron las naciones. ¿Quién de entre ellos anuncia esto y nos hace oír cosas antiguas? Que presenten sus pruebas para justificarse, y oyéndolas, se diga: Verdad. Vosotros sois mis pruebas, dice el Señor; mi siervo, a quien yo elegí, para que aprendáis y me creáis y comprendáis que soy yo. Antes de mí no fue formado dios alguno, ninguno habrá después de mí. Yo, yo soy el Señor, y

fuera de mí no hay salvador. Soy yo el que ha anunciado, he salvado y he hecho oír, y no hay otro entre vosotros; vosotros sois mis testigos, dice el Señor. Yo soy Dios desde la eternidad, y también desde ahora lo soy. Nadie puede librar de mis manos lo que hago, ¿quién lo volverá? Así habla el Señor, [367] vuestro redentor, el Santo de Israel: Por vosotros envié yo a Babilonia, y rompí los cerrojos de vuestra cárcel, y los caldeos sobre las naves de su jolgorio. Yo soy el Señor, vuestro Santo; el creador de Israel, vuestro rey. Así habla el Señor, el que abre caminos en el mar y senderos en la muchedumbre de las aguas; el que hace salir carros y caballos, a los ejércitos y los fuertes guerreros; se echan a tierra juntamente, sin que se levanten, extinguidos como mecha que se apaga. No os acordéis de las cosas anteriores ni prestéis atención a las cosas antiguas, pues he aquí que voy a hacer una obra nueva, que ya está germinando; ¿no la conocéis? ciertamente voy a poner un camino en el desierto, y los ríos en la estepa, y me glorificarán las bestias del campo, los chacales y los avestruces, porque di agua en el desierto, y torrentes en la estepa, para abreviar a mi pueblo, a mi elegido, al pueblo que hice para mí, que cantará mis loores. Pero tú, Jacob, no me invocaste, ni te has fatigado por mí, Israel. No me ofreciste ovejas en holocausto, no me honraste con tus sacrificios; yo no te he abrumado con ofrendas ni te importuné con el incienso. No me compraste caña aromática con plata ni me saciaste con la grosura de tus sacrificios, sino que me atormentaste con tus pecados y me apenaste con tus iniquidades. Soy yo, soy yo quien por amor de mí borro tus pecados y no me acuerdo más de tus rebeldías. Hazme recordar, entremos juntos en juicio, habla tú para justificarte. Pecó tu primer padre' y tus intérpretes se rebelaron contra mí. Destituí a los príncipes de mi santuario; por eso entregué a Jacob al anatema y a Israel a los ultrajes.

Misera condición del hombre recibida por los primeros padres, y empeorada y deteriorada por propia obra. Estado, pues, del género humano antes del beneficio del Evangelio.

DESCRIPCIÓN, A PARTIR DE UNA IMAGEN, DE LA FUTURA CONDICIÓN DE LOS HOMBRES QUE SEGUIRÁ AL BENEFICIO DEL EVANGELIO

Pero ahora escucha, Jacob, mi siervo; Israel, a quien elegí yo. Así habla el Señor, que te ha hecho, y en el seno materno te formó, y te socorre: No temas, siervo mío, Jacob, a quien yo elegí muy acertadamente, porque yo derramaré aguas sobre el suelo sediento, y arroyos sobre la tierra seca, y efundiré mi espíritu sobre tu simiente, y mi bendición sobre tus retoños, y germinarán como la hierba entre agua, como álamos junto a las corrientes de aguas. Éste dirá: Yo soy del Señor; aquél tomará el nombre de Jacob, y el otro escribirá en su mano: DEL SEÑOR, y será apellidado con el nombre de Israel. Así habla el Señor, el rey de Israel, su redentor, el Señor de los ejércitos: Yo soy el primero y el último y no hay otro Dios fuera de mí. ¿Quién como yo? Que venga y grite, que anuncie y se compare conmigo. ¿Quién desde antiguo hizo venir lo porvenir? Que nos anuncien lo que ha de suceder. No os atemoriceis, no temáis. ¿No lo anuncié yo antes ya, y lo predije tomándoos por testigos? ¿Acaso hay Dios fuera de mí? No hay Roca, yo no la conozco.

Is 44, 1-8.

RECUERDO DEL BENEFICIO DIVINO Y EXHORTACIÓN AL AGRADECIMIENTO

Ten en la memoria estas cosas, Jacob, e Israel, porque tú eres mi siervo; yo te he formado, tú eres mi siervo, Israel; no te olvidaré. Yo he borrado como nube

Is 44, 21-28.

[368] *tus culpas, como niebla tus pecados. Vuelve a mí, que yo te he rescatado. Cantad, cielos, porque el Señor lo ha hecho; resonad, profundidades de la tierra; saltad de júbilo las montañas, cantad todos, árboles de la selva, porque el Señor ha rescatado a Jacob y en Israel se glorifica. Así dice el Señor, tu redentor, el que en el seno te formó: Yo soy el Señor, el que lo ha hecho todo, el que solo despliega los cielos y afirma la tierra. ¿Quién conmigo? El que deshace las señales de los embusteros y a los adivinos enloquece; el que obliga a los sabios a retroceder, y torna en locura su sabiduría, pero mantiene la palabra de sus siervos y cumple los designios de sus mensajeros; el que dice a Jerusalén: Serás habitada, y a las ciudades de Judá: Seréis reedificadas; yo levantaré sus ruinas; aquél que dice al abismo: ¡Sécate!, y deseca sus corrientes; el que dice a Ciro: Tú eres mi pastor, y él hará lo que yo quiera; y dice a Jerusalén: ¡Serás reedificada!, y al templo: ¡Serás fundado de nuevo!*

ENVÍO DEL CIELO A LA TIERRA DEL BENEFICIO DE LA JUSTICIA HUMANA

Is 45, 6-8.

Yo soy el Señor, no hay ningún otro; el que formó la luz y creó las tinieblas, el que da la paz y crea la desdicha. Yo soy, el Señor, quien hace todo esto. Gotead, cielos, desde arriba, y que las nubes destilen la justicia. Ábrase la tierra y produzca el fruto de la salvación, y germine a la vez la justicia. Yo, el Señor, lo he creado.

DEL PACTO SAGRADO QUE SE HA DE SELLAR CON LOS HOMBRES

Is 49, 7-26.

Salvación futura en la plenitud de los tiempos.

Así dice el Señor, el Redentor de Israel, su Santo, al menospreciado de alma, abominado de las gentes, al esclavizado por los soberanos: Reyes verán y se levantarán, príncipes se prosternarán, a causa del Señor, que es fiel; el Santo de Israel, que te ha elegido. Así dice el Señor: Al tiempo de la gracia te escucharé, el día de la salvación vendré en tu ayuda y te formaré y te pondré por alianza de mi pueblo, para restablecer el país, para repartir las heredades devastadas. Para decir a los presos: Salid, y a los que moran en tinieblas: Venid a la luz. En todos los caminos serán apacentados y en todas las alturas peladas tendrán sus pastos. No padecerán hambre ni sed, ni les afligirá el viento solano ni el sol, porque los guiará el que de ellos se ha compadecido, y los llevará a manantiales de agua. Yo tornaré todos los montes en camino, y se levantarán mis calzadas. He aquí que vienen ellos de lejos, éstos del septentrión y del mar, aquéllos de la tierra de Sinim. Exultad, cielos, y salta de gozo, tierra; que los montes prorrumpen en júbilo, porque ha consolado el Señor a su pueblo, ha tenido compasión de sus afligidos. Sión decía: el Señor me ha abandonado, y mi Señor se ha olvidado de mí. ¿Puede acaso una mujer olvidarse de su niño de teta, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaría. He aquí que te tengo grabada sobre las palmas de las manos, y tus muros están siempre delante de mí. Vienen aprisa tus reconstructores, y tus asoladores y destructores se van de ti. Levanta en torno tus ojos y mira, todos se reunieron para venir a ti. Por mi vida, dice el Señor, que te revestirás de ellos como de ornamento, y te ceñirás de ellos como novia. Porque tus ruinas y devastaciones y tu país asolado serán estrechos para los moradores, y se alejarán los que te devoraban. [369] Aún dirán

a tus oídos los hijos de tu orfandad. El lugar es demasiado estrecho para mí, hazme sitio para que habite en ella. Y tú dirás en tu corazón: ¿Quién me ha parido éstos? Yo no tenía hijos y era estéril. A éstos, ¿quién los ha criado? Yo había quedado sola; ¿de dónde vienen éstos? Así habla el Señor: He aquí que tenderé mi mano a las gentes y alzaré mi bandera a las naciones, y traerán en el seno a tus hijos, y en hombros a tus hijas. Reyes serán tus ayos, y sus princesas tus nodrizas; prostrados ante tí, rostro a tierra, lamerán el polvo de tus pies. Y sabrás que yo soy el Señor y que los que en mí confían no serán confundidos. ¿Se le quita al guerrero el botín? ¿Se le escapan al poderoso los cautivos? Porque así habla el Señor: Si aun al guerrero se le quitaran los cautivos, si el botín del poderoso le fuera arrebatado, con tus adversarios lucharé y salvaré a tus hijos. Y a tus opresores haré comer su propia carne, y se embriagarán de su sangre como de mosto, y reconocerá toda carne que yo soy el Señor, tu salvador y tu redentor, fuerte Jacob.

BENDICIÓN PROMETIDA A ABRAHAM Y A SARA, Y COMUNIÓN DE TODOS LOS HIJOS EN UN SOLO CUERPO

Oídme vosotros los que seguís la justicia, los que buscáis al Señor. Considerad la roca de que habéis sido tallados y la cantera de que habéis sido sacados. Mirad a Abraham, vuestro padre, y a Sara, que os dio a luz. Porque sólo a él le llamé yo, le bendije y le multipliqué. Porque el Señor se apiadará de Sión, se compadecerá de todas sus ruinas, y tornará su desierto en vergel, y su estepa en paraíso del Señor, donde habrá gozo y alegría, alabanza y rumor de cánticos. Atended, pueblos, a mi voz; prestadme oído, naciones. Que de mí vendrá la doctrina, y mi derecho para luz de los pueblos. Mi justicia se acerca, ya sale mi salvación, y mi brazo hará justicia a los pueblos. A mí me esperarán las islas y en mi brazo confiarán. Alzad vuestros ojos al cielo y mirad abajo hacia la tierra. Porque se disiparán los cielos como humo, y se consumirá como un vestido la tierra, y morirán como las moscas sus habitantes, pero mi salvación durará por la eternidad, y mi justicia no tendrá fin. Oídme vosotros los que conocéis justicia; tú, pueblo en cuyo corazón está mi Ley. No temáis las afrentas de los hombre, no os asusten sus ultrajes. Porque como a una vestidura los comerá el gusano, como a lana los roerá la polilla. Pero mi justicia durará por la eternidad, y mi salvación de generación en generación. Despierta, despierta, revístete de fortaleza, brazo del Señor. Despierta, como los tiempos anteriores, en las generaciones antiguas. ¿No eres tú quien destrozaste a Rahab y atravesaste el dragón? ¿No eres tú quien secaste el mar, las aguas del gran abismo, y tornaste las profundidades del mar en camino para que pasasen los redimidos? Volverán los rescatados del Señor y vendrán a Sión con júbilo, y una alegría eterna sobre sus cabezas; se apoderará de ellos el gozo y la alegría, huirán penas y gemidos. [370] Yo, yo soy vuestro consuelo. ¿Quién eres tú para temer a un hombre mortal, a un hijo de hombre, que perece como el heno, olvidándote del Señor, tu Hacedor, que desplegó los cielos y fundó la tierra, para estar temiendo continuamente todo el día ante el furor del opresor cuando se dispone a destruirte? Y ¿dónde está la cólera del opresor? Bien pronto será liberado el cautivo, y no morirá en la fosa,

Is 51, 1-23.

no le faltará el pan. Yo soy el Señor, tu Dios, que levanto el mar, haciendo embravecer sus olas, y cuyo nombre es el de Señor de los ejércitos. Yo pondré en tu boca mi palabra y te esconderé a la sombra de mi mano, al desplegar los cielos y fundar la tierra y al decir a Sión: Tú eres mi pueblo. Despierta, despierta, levántate, Jerusalén, tú que has bebido de la mano del Señor el cáliz de su ira, tú que has bebido hasta las becas el cáliz que aturde. No hubo nadie que la guiara de todos los hijos que ella parió. Ninguno la sostuvo con su mano de cuantos hijos crió. Vinieron a tu encuentro dos males, ¿quién se duele de ti? Ruina y azote, hambre y espada, ¿quién se compadece de ti? Tus hijos yacen desfallecidos en las encrucijadas de los caminos, como antílopes cazados a lazo, ebrios de la ira del Señor, de los furores de tu Dios. Por eso oye, pues, malaventurada, ebria, pero no de vino. Así habla tu Señor, tu Dios, que aboga por su pueblo: He aquí que tomaré de tu mano la copa embriagadora, el cáliz de mi ira, y no lo beberás ya más. Y lo pondré en la mano de los opresores, que te decían: Encórvate para que pasemos por encima, poniendo como suelo tu dorso, como camino para los que pasan.

CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA DE DIOS A LOS QUE CREEN Y CONFÍAN EN ÉL Y CULTIVAN LA PIEDAD

Is 52, 1-12.

Levántate, levántate, revístete de tu fortaleza, ¡oh Sión!; viste tus bellas vestiduras, Jerusalén, ciudad santa, que ya no volverá a entrar en ti incircunciso ni inmundo. Sacúdete el polvo, levántate, Jerusalén cautiva; desata las ligaduras de tu cuello, ¡cautiva hija de Sión! Porque así dice el Señor: De balde fuisteis vendidos y sin precio seréis rescatados. Pues así habla el Señor, Dios: A Egipto bajó mi pueblo en otro tiempo para habitar allí como peregrino, y Asur lo oprimió sin razón. Y ahora, ¿qué hago yo aquí, dice el Señor, puesto que ha sido tomado gratis mi pueblo? Sus dominadores aúllan, y continuamente, dice el Señor, es blasfemado mi nombre. Por eso mi pueblo conocerá mi nombre el día que yo diga: Heme aquí. ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la salvación, diciendo a Sión: Reina tu Dios. ¡Escucha! Tus vigías alzan la voz, y todos a una cantan jubilosos, porque ven con sus ojos el retorno del Señor a Sión. Exultad jubilosamente a una, ruinas de Jerusalén, porque se ha apiadado el Señor de su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. El Señor ha desnudado su santo brazo a los ojos de todos los pueblos, y verán [371] todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios. Retiraos, retiraos, salid de allí, no toquéis nada inmundo. Salid de en medio de ella, purificaos los que lleváis los utensilios del Señor. Pero no salgáis a la desbandada, no partáis como fugitivos, porque va el Señor a vuestro frente, y vuestra retaguardia es el Dios de Israel.

DE LA PLENITUD Y MUCHEDUMBRE DEL PUEBLO SANTO

Is 54, 1-17.

Regocíjate, estéril, que no has parido; entona un grito de alegría y exulta, tú que no has estado de parto. Porque los hijos de la abandonada son más numerosos que los hijos de la casada, dice el Señor. Ensancha el espacio de tu tienda, extiende las lonas de tu morada, no te cobibas, alarga tus cuerdas y

refuerza tus estacas, porque te extenderás a derecha e izquierda, y tu descendencia poseerá las naciones y poblará las ciudades desiertas. Nada temas, que no serás confundida; no te avergüences, que no serás afrentada. Porque te olvidarás de la vergüenza de tu juventud y no volverás a recordar el oprobio de tu viudez. Porque tu marido es tu Hacedor; Señor de los ejércitos es su nombre, y tu Redentor es el Santo de Israel, que es el Dios del mundo todo. Como mujer abandonada y desolada de espíritu, te ha llamado el Señor. ¿Y la esposa de la juventud podrá ser repudiada?, dice tu Dios. Por un breve momento te abandoné, pero con gran misericordia te recojo. En un raptó de cólera oculté de ti un instante mi rostro, pero con amor eterno me apiadé de ti, dice el Señor, tu Redentor. Me sucede como en los días de Noé, cuando juré que las aguas de Noé no inundarían más la tierra. Así juro yo no enojarme contra ti ni amenazarte. Que se retiren los montes, que tiemblen los collados, no se apartará de ti mi amor, ni mi alianza de paz vacilará, dice el que se apiada de ti, el Señor. ¡Pobrecita, azotada por la tempestad, sin consuelo! He aquí que voy a poner tus piedras de jaspe, y tus cimientos de zafiro. Te haré almenas de rubí y puertas de carbunco, y toda tu cerca de piedras preciosas. Y todos tus hijos serán adoctrinados por el Señor, y grande será la paz de tus hijos. Serás fundada sobre la justicia, estarás lejos de opresión, pues no habrás de temer, y del terror, pues no se te acercará. Si te atacare alguno, no será de parte mía, y quien te ataque caerá ante ti. He aquí que yo he hecho al herrero, que sopla el fuego de las brasas y forja armas según su oficio; también he hecho yo al destructor para aniquilar. Toda arma forjada contra ti no prosperará, y a toda lengua que contra ti se alce en juicio, condenarás. Tal es la heredad de los servidores del Señor y la justicia que de mí les vendrá, dice el Señor.

INVITACIÓN Y EXHORTACIÓN A OBTENER DE DIOS EL DON DE LA SALVACIÓN MEDIANTE LA FE Y EL ARREPENTIMIENTO

¡Ob vosotros los sedientos, venid a las aguas, aun los que no tenéis dinero! Venid, comprad y comed; venid, comprad sin dinero, sin pagar, vino y leche. ¿A qué gastar vuestro dinero no en pan y vuestro trabajo no en hartura? Escuchadme y comeréis [372] lo bueno y os deleitaréis con manjares succulentos. Dadme oídos y venid a mí, escuchadme y vivirá vuestra alma, y haré con vosotros un pacto sempiterno, el de las firmes misericordias de David. De él he hecho un testimonio para las gentes, un jefe y maestro de los pueblos. He aquí que llamarás a pueblos que te son desconocidos, y pueblos que no te conocen correrán a ti, por el Señor, tu Dios; por el Santo de Israel, que te glorifica. Buscad al Señor mientras pueda ser hallado; llamadlo en tanto que está cerca. Deje el impío sus caminos, y el malvado sus pensamientos, y vuélvase al Señor, que tendrá de él misericordia; a nuestro Dios, que es rico en perdones. Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos, dice el Señor. Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros, y por encima de los vuestros mis pensamientos. Como baja la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá sin haber empapado y fecundado la tierra y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar y el pan para comer, así la palabra que sale de mi boca

Is 55, 1-13.

no vuelve a mí vacía, sino que hace lo que yo quiero y cumple su misión. Sí, partiréis con regocijo y seréis conducidos en paz. Montes y collados prorrumpirán en gritos de júbilo ante vosotros, y todos los árboles del campo batirán palmas. En vez de los espinos crecerá el ciprés; en vez de las ortigas, el mirto. Y servirá esto de renombre al Señor, de señal eterna, imperecedera.

DOCTRINA DE LA PENITENCIA Y RECOMENDACIÓN PARA CONSEGUIR DE DIOS LA SALVACIÓN. CONCESIÓN A LOS PUEBLOS DE LA PROMESA DE LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Is 56, 1-12.

Así dice el Señor: Guardad el derecho, practicad la justicia, que pronto va a venir mi salvación y a revelarse mi justicia. Bienaventurado el varón que esto hiciere, y el hijo del hombre que a ello se asiere, y que guarde el sábadó sin profanarlo y guarde sus manos de toda obra mala. Que no diga el extranjero allegado al Señor: "Ciertamente me va a excluir el Señor de su pueblo". Que no diga el eunuco: "Yo soy un árbol seco". Porque así dice el Señor a los eunucos que guardan mis sábados, y eligen lo que me es grato, y se adhieren firmemente a mi pacto: Yo les daré en mi casa, dentro de mis muros, poder y nombre mejor que hijos e hijas. Yo les daré un nombre eterno, que no se borrará. Y a los extranjeros allegados al Señor, para servirle y amar su nombre, para ser sus servidores, a todo el que guarda el sábadó sin profanarlo y se adhiere afirmemente a mi pacto, yo les llevaré a mi monte santo, y los recrearé en mi casa de oración. Sus holocaustos y sus sacrificios serán gratos en mi altar, porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos. Oráculo del Señor, Dios, que reúne los dispersos de Israel: A los reunidos yo allegaré otros. Todas las bestias del campo, venid a comer, todas las fieras de la selva. Mis guardianes son ciegos todos, no entienden nada. Todos son perros mudos, que no pueden ladrar; soñadores, duermen, [373] son amigos de dormir. Son perros voraces, insaciables; son pastores que no entienden, siguen cada uno su camino, cada cual busca su interés. Venid, voy en busca de vino, y nos embriagaremos de licores, y mañana será como hoy, día grande, muy grande.

CAUSA POR LA CUAL DIOS APLAZÓ SU MÁXIMO DON DURANTE TODO EL TIEMPO DE LA LEY

Is 57, 14-21.

Abrid, abrid camino, allanadlo, quitad los tropiezos del camino de mi pueblo; porque así dice el Altísimo, cuya morada es eterna y cuyo nombre es santo: Yo habito en un lugar elevado y santo, pero también con el contrito y humillado, para hacer revivir el espíritu de los humillados y reanimar los corazones contritos. Pues yo no quiero estar siempre contendiendo, ni quiero estar siempre enojado, porque sucumbiría ante mí todo espíritu y las almas que yo he creado. Por la iniquidad de su avaricia yo me irrité, y ocultándome, le castigué sañudo, y, rebelde, marchó por los caminos de su corazón. Sus caminos los he visto yo, pero yo le sanaré, le conduciré y le consolaré a él y a sus afligidos, haciendo que sus labios prorrumpían en acción de gracias: Paz, paz al que está lejos y al que está cerca, dice el Señor; yo le curaré. Pero los impíos son como un mar proceloso, que no puede quietarse y cuyas olas remueven cieno y lodo. No hay paz, dice el Señor mío, para los impíos.

DESEO DIVINO DEL SEÑOR QUE HA DE SER ADOPTADO POR QUIENES SE ARREPIENTEN Y RENIEGAN DE SÍ MISMOS

Parte tu pan con el hambriento, alberga al pobre sin abrigo, viste al desnudo y no vuelvas tu rostro ante tu hermano. Entonces brotará tu luz como la aurora, y pronto germinará tu curación e irá delante de ti tu justicia, y detrás la gloria del Señor. Entonces llamarás, y el Señor te oirá; le invocarás, y Él dirá: Heme aquí. Cuando quites de ti el yugo, el gesto amenazador y el hablar altanero; cuando des de tu pan al hambriento y sacies el alma indigente, brillará tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán cual mediodía. El Señor será siempre tu pastor, y en el desierto hartará tu alma y dará vigor a tus huesos. Serás como huerto regado, como fuente de aguas, que no se agotan; y serán edificadas por ti las antiguas ruinas, y alzarás los cimientos de generaciones y generaciones, y te llamarán reparador de brechas y restaurador de sendas para habitar. Cuando te abstengas de pisotear el sábadó y de ocuparte en tus negocios en mi día santo, y llames al sábadó delicioso, y venerable al día santo del Señor, y le honres no haciendo tus viajes, ni arreglando tu negocio ni hablando de él, entonces te gozarás en el Señor, y te haré remontar sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la herencia de Jacob, tu padre, pues la boca del Señor ha hablado. [374]

Is 58, 7-14.

QUE EL QUE NO SE OBTENGA EL EXCELENTÍSIMO DON DE DIOS SE DEBE A LA MALDAD Y VICIO DE LOS HOMBRES Y QUE CUANDO LOS HOMBRES VERDADERAMENTE SE ARREPIENTAN DE SU MAGNITUD E INFAMIA, CONVENCIDOS POR SU PROPIA CONFESIÓN Y ENDEREZADOS POR EL ARREPENTIMIENTO, RECIBIRÁN GRACIOSAMENTE LA DIVINA MEDICINA Y SALVACIÓN

He aquí que no se ha acortado la mano del Señor para salvar ni se ha hecho duro su oído para oír, sino que vuestras iniquidades han hecho una separación entre vosotros y vuestro Dios; vuestros pecados hacen que Él oculte su rostro para no oíros; porque nuestras manos están manchadas de sangre, y vuestros labios hablan mentira y vuestra lengua susurra impiedad. No hay quien clame por la justicia, nadie que juzgue con la verdad. Confían en vanidades y hablan falsedades, conciben fatigas y paren desventuras. Incubaban huevos de áspides y tejen telas de araña, y el que come de sus huevos muere; si se los rompe, sale un basilisco. Sus telas no sirven para vestir, ni con sus obras puede uno arrojarse; sus obras son obras de iniquidad, y en sus manos hay obra de violencia. Corren tras el mal sus pies y se dan prisa a derramar sangre inocente. Sus pensamientos son pensamientos de iniquidad, y a su paso dejan el estrago y la ruina. No conocen el camino de la paz, no hay en sus sendas justicia; sus veredas son tortuosas; quien por ellas va no conoce la paz. Por eso se alejó de nosotros el juicio, por eso no nos alcanza la justicia. Esperamos luz, y he aquí tinieblas; resplandor, y caminamos en la oscuridad. Vamos palpando, como ciegos, la pared, y andamos a tientas, como quien no tiene ojos. Tropezamos a pleno día como en el crepúsculo; habitamos en tinieblas, como muertos. Gruñimos todos como osos y gemimos como palomas. Esperamos el juicio, pero nada; la salvación, pero está lejos de nosotros. Porque son ante ti numerosas nuestras iniquidades, y nuestros

Is 59, 1-21.

pecados dan testimonio contra nosotros. Con nosotros están nuestros crímenes, y conocemos nuestras iniquidades: rebelarse y renegar del Señor, alejarse de nuestro Dios, hablar perfidia e insurrección, concebir y meditar en el corazón palabras de mentira; y se ha alejado el derecho, y se ausentó la justicia, y tropezó la buena fe en las plazas, y no halla lugar la rectitud. La fidelidad ha sido desterrada, y el que evita el mal es expoliado. Violo el Señor, y no plugo a sus ojos que no existiese justicia. Y vio que no había ningún hombre, y le asombró que no hubiera intercesor. Entonces salvó su brazo y vino en su ayuda su justicia. Y se revistió de la justicia como de coraza, y puso en su cabeza el casco de la salvación, y se vistió de vestiduras de venganza, y se cubrió de celo como de manto. Como son las obras, así es su retribución; ira contra sus enemigos, represalia contra sus adversarios. A las islas dará la paga. Y temerán desde el poniente el nombre del Señor, y desde el nacimiento del Sol su gloria, porque vendrá [375] como torrente impetuoso, empujado por el soplo del Señor. Mas para Sión vendrá como redentor, y para los convertidos del pecado en Jacob, dice el Señor: En cuanto a mí, he aquí mi alianza con ellos, dice el Señor: El espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras, que yo pongo en tu boca, no faltarán de tu boca ni de la de tu descendencia, ni de la boca de los hijos de tus hijos, dice el Señor desde ahora para siempre.

DISTINCIÓN ENTRE LAS TINIEBLAS EXTERNAS Y LA LUZ Y DISCIPLINA QUE SE HAN DE CONOCER ENTRE LOS SANTOS

Is 60, 1-22.

Levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria del Señor alboorea sobre tí, pues he aquí que está cubierta de tinieblas la tierra y de oscuridad los pueblos. Sobre tí viene la aurora del Señor y en tí se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz, y los reyes a la claridad de tu aurora. Alza en torno tus ojos y mira: Todos se reúnen y vienen a tí, llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas a ancas. Entonces mirarás y resplandecerás, palpitará y se ensanchará tu corazón, pues vendrán a tí los tesoros del mar, llegarán a tí las riquezas de los pueblos. Te cubrirán muchedumbres de camellos, de dromedarios de Madián y de Efa. Todos vienen de Saba, trayendo oro e incienso, pregonando las glorias del Señor. En tí se reunirán los ganados de Cedar; los carneros de Nabayot estarán a tu servicio. Subirán como víctimas gratas sobre mi altar, y yo glorificaré la casa de mi gloria. ¿Quiénes son aquellos que vuelan como nube, como palomas a su palomar? Sí, se reúnen las naves para mí, con los navíos de Tarsis a la cabeza, para traer de lejos a tus hijos con su oro y su plata, para el nombre del Señor, tu Dios; para el Santo de Israel, que te glorifica. Extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a tu servicio, pues sí en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de tí. Tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán ni de día ni de noche, para traerte los bienes de las gentes, con sus jefes por guías al frente, porque las naciones y reinos que no te sirvan a tí perecerán y las gentes serán totalmente exterminadas. Vendrá a tí la gloria del Líbano, los cipreses, los olmos y los alerces juntamente para embellecer mi santuario, y voy a honrar el lugar de mis pies. A tí vendrán humillados los hijos de tus tiranos, y se postrarán a tus pies cuantos te infamaron. Y te llamarán la ciudad del Señor, la Sión del Santo de Israel. De abando-

nada que eras, odiada y sin viandantes, te haré eterno prodigio, delicia de los siglos. Mamarás la leche de las gentes, los pechos de los reyes, y sabrás que yo, el Señor, soy tu Salvador, tu Redentor, el Fuerte de Jacob. En vez de cobre traeré en ti oro; en vez de hierro, plata; bronce en vez de madera, y hierro en vez de piedras. Te daré por magistrado la paz, y por soberano la justicia. No se hablará ya más de violencia en tu tierra, de saqueo y de ruina en tu territorio. Tus muros los llamarás "salvación", y a tus puertas "alabanza". Ya no será el sol tu lumbrera de día, ni te alumbrará el resplendor de la luna, sino que el Señor será tu eterna lumbrera, y tu Dios será tu esplendor. Tu sol no se pondrá jamás, ni menguará tu luna, porque será el Señor tu eterna luz; [376] acabáronse tus días de luto. Tu pueblo será un pueblo de justos, poseerá la tierra para siempre, renuevos del plantío del Señor, obra de mis manos para resplandecer. Del más pequeño saldrá un millar, y del menor, una nación poderosa. Yo, el Señor, a su tiempo lo aceleraré.

QUE LA SALVACIÓN UNIVERSAL HA SIDO ASUMIDA POR EL VERBO DE DIOS Y ACELERADA CON EL MÁXIMO EMPEÑO

El espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, pues el Señor me ha ungido, me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón, para anunciar la libertad de los cautivos y la liberación a los encarcelados. Para publicar el año de gracia del Señor y un día de venganza de nuestro Dios, para consolar a todos los tristes y dar a los afligidos de Sión, en vez de ceniza, una corona; el óleo del gozo en vez del luto, alabanza en vez de espíritu abatido. Se les llamará terebintos de justicia, plantación del Señor para su gloria. Ellos reedificarán las ruinas antiguas y levantarán los asolamientos del pasado. Restaurarán las ciudades asoladas, los escombros de muchas generaciones. Habrá extranjeros para apacentar tus ganados, y extraños serán tus labradores y viñadores. Y vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor y nombrados ministros de nuestro Dios. Comeréis lo exquisito de las naciones y os adornaréis de su magnificencia. Porque tuvieron el doble en cuanto a vergüenza y fue su parte el oprobio y la confusión, recibirán el doble también sobre la tierra y gozarán de eterna alegría. Porque yo, el Señor, soy amante del derecho y aborrezco el rapaz latrocinio. Por eso les daré fielmente su recompensa y haré con ellos una alianza eterna. Su descendencia será conocida en los pueblos, y su posteridad en medio de las gentes. Y quien los viere reconocerá que son la progenie bendita del Señor. Altamente me gozaré en el Señor, y mi alma saltará de júbilo en mi Dios, porque me vistió de vestiduras de salvación y me envolvió en manto de justicia, como esposo que se ciñe la frente con diadema, y como esposa que se adorna con sus joyas. Porque, como produce la tierra sus gérmenes y como hace brotar el huerto sus semillas, así el Señor, Dios, hará brotar la justicia y la alabanza ante todas las gentes.

Is 61, 1-11.

QUE LA FELICIDAD Y LA COMUNIÓN DE LA CIUDAD DE LOS SANTOS SERÁN PERPETUAS Y ESTABLES

Por amor de Sión yo no callaré, y por Jerusalén yo no pararé hasta que resplancezca su justicia como luz esplendente, y su salvación como antorcha

Is 62, 1-12.

encendida; y verán las naciones tu justicia, y todos los reyes tu gloria, y se te dará un nombre nuevo, que la boca del Señor determinará; serás en la mano del Señor corona de gloria, real diadema en la palma de tu Dios. No te llamarán más ya la "Desamparada", ni te llamará más tu tierra "Desolada", sino que te llamarán a ti "Mi complacencia en ella", y a tu tierra "Desposada", porque en ti se complacerá el Señor, y tu tierra tendrá esposo. Como mancebo que se desposa con una doncella, así el que te edificará se desposará contigo. Y como la esposa hace las delicias del esposo, así harás tú las delicias de tu Dios. Sobre tus murallas, ¡oh Jerusalén!, he puesto centinelas, que no callarán [377] ni de día ni de noche. Vosotros, los que hacéis que se acuerde el Señor, no os calléis, y no le deis tregua hasta que restablezca y ponga a Jerusalén por alabanza en la tierra. Juró el Señor por su diestra y por su brazo poderoso: No daré más tu trigo para comida de tus enemigos, ni los extraños beberán tu mosto, por el que te afanaste. Porque los que hagan la recolección la comerán y alabarán el Señor, y los que hagan la vendimia beberán en los atrios de mi santuario. Franquead, franquead las puertas, allanad el camino del pueblo, terraplenad, terraplenad la calzada, alzad bandera sobre los pueblos. He aquí que el Señor proclama a todos los confines de la tierra: Decid a la hija de Sión: He aquí que llega tu salvación, viene con su recompensa y le precede su retribución. Les llamarán pueblo santo, los rescatados del Señor, y a ti te llamarán la "Deseada", la "ciudad" no desamparada.

QUE SE DEBE ATRIBUIR LA VICTORIA DE LA SALVACIÓN Y LA RECEPCIÓN DE TODO EL BENEFICIO ÚNICAMENTE A LA VIRTUD Y EFICIENCIA DEL VERBO DE DIOS

Is 63, 1-19.

¿Quién es aquél que avanza de Edom, rojos los vestidos, de Bosra; aquél tan magnífico en su vestido, avanzando en la plenitud de su fuerza? Yo soy el que habla en justicia, el poderoso para salvar. ¿Cómo está, pues, rojo tu vestido, y tus ropas como las del que pisa en el lagar? He pisado en el lagar yo solo, y no había conmigo nadie de las gentes. Los he pisado en mi furor y los he hollado en mi ira, y su jugo ha salpicado mis vestiduras y he manchado todas mis ropas. Porque estaba en mi corazón el día de la venganza, y llegaba el año de mis redimidos. Miré, y no había quien ayudara; me maravillé de que no hubiera quien me apoyase, y salvóme mi brazo, y me sostuvo mi furor, y aplasté a los pueblos en mi ira, y los embriagué en mi furor, derramando en la tierra su jugo. Cantaré las misericordias del Señor, las alabanzas del Señor, todo lo que ha hecho con nosotros, lleno de bondad para la casa de Israel; lo que ha hecho por nosotros en su misericordia y conforme a la muchedumbre de sus gracias. Dijo: Ciertamente son mi pueblo, son hijos que no engañarán. Y fue su Salvador en todas sus angustias. No fue un mensajero, un ángel; su faz misma los salvó; en su amor y clemencia, Él mismo los rescató, y los soportó y sostuvo todos los días de la antigüedad. Pero ellos se rebelaron y contristaron su santo espíritu, y se les trocó en enemigo y combatió contra ellos. Entonces su pueblo se acordó de los días antiguos de Moisés. ¿Dónde está el que los sacó del mar, el pastor de su rebaño? ¿Dónde el que puso en medio de él su santo espíritu? ¿El que hizo marchar a la diestra

de Moisés su brazo glorioso; el que delante de ellos bendió las guas, haciéndose así un renombre eterno; el que los condujo por los abismos como a caballo por el desierto, sin que tropezaran? Como a la bestia que desciende al valle, el espíritu del Señor los hizo reposar. Así condujiste tú a tu pueblo para forjarte un renombre glorioso. Mira desde los cielos y ve desde tu morada santa y gloriosa. ¿Dónde está tu celo y tu fortaleza, la emoción de tus entrañas?; y tus misericordias [378] hacia mí, ¿se han contenido? Porque tú eres nuestro padre, pues Abraham no nos conoce ni Israel nos reconoce, pero tú eres, ¡oh Señor!, nuestro padre, y "Redentor nuestro" es tu nombre desde la eternidad. ¿Por qué, ¡oh Señor!, nos dejas errar fuera de tus caminos y endureces nuestro corazón contra tu temor? Vuélvete por amor de tus siervos, de las tribus de tu heredad. ¿Por qué han ultrajado los impíos tu Sagrado, nuestros enemigos han hollado tu santuario? Somos desde mucho ha como aquellos sobre los que no dominas, sobre los que no es invocado tu nombre.

DESCRIPCIÓN DE LA SALVACIÓN UNIVERSAL MEDIANTE IMÁGENES CUYO SIGNIFICADO, SIN EMBARGO, NO SE PUEDE COMPARAR DE NINGÚN MODO CON LA MAGNITUD DE AQUÉLLA. COMPARACIÓN DE LA CONDICIÓN ANTERIOR Y POSTERIOR DE LOS HOMBRES

¡Ojalá rasgaras los cielos y bajaras, de suerte que los montes se estremecieran ante ti, como fuego abrasador que quema la leña seca, como fuego que hace hervir el agua! Para dar a conocer a tus enemigos tu nombre y hacer temblar a los pueblos gentiles ante ti. Al hacer tus inesperados prodigios no soportaremos. Descendiste y ante ti se tambalearon las montañas. Ni oyeron oídos, ni ojos vieron Dios, fuera de ti, que así obrara con los que en él confían. Tú te adelantas a los que obran justicia y se acuerdan de tus caminos. He aquí que te irritaste, pues hemos pecado, por nuestra infidelidad y nuestra defección. Todos nosotros fuimos impuros, y toda nuestra justicia es como vestido inmundo, y nos marchitamos como hojas todos nosotros, y nuestras iniquidades como vientos nos arrastran. Y nadie invoca tu nombre ni despierta para unirse a ti. Porque has ocultado tu rostro de nosotros y nos has entregado a nuestras iniquidades. Mas ahora, ¡oh Señor!, tú eres nuestro Padre; nosotros somos la arcilla, y tú nuestro alfarero, todos somos obra de tus manos. ¡Oh Señor!, no te irrites demasiado, no estés siempre acordándote de la iniquidad. Ve, mira que todos nosotros somos tu pueblo. Tus ciudades santas están hechas un desierto, Sión es una estepa, Jerusalén un lugar asolado. Nuestro santo y magnífico templo, donde te alababan nuestros padres, ha sido presa del fuego. Todas nuestras cosas queridas están en ruinas. Y ante todo esto, ¿vas a contenerte?, ¡oh, Señor!, ¿vas a callarte para humillarnos a todos?

Is 64, 1-12.

QUE LA SALVACIÓN UNIVERSAL, PROMETIDA A TODO EL GÉNERO HUMANO, SE CONCEDERÁ, NO OBSTANTE, A LOS QUE RESULTEN PROBADOS EN LA FE Y EN LA OBEEDIENCIA, Y QUE LOS DEMÁS SERÁN EXCLUIDOS DE ESTE BENEFICIO

Así dice el Señor: Como cuando hay jugo en un racimo se dice: No lo echas a perder, que hay en él bendición, así baré yo por amor de mis siervos: no los

Is 65, 8-25.

destruiré del todo, sino que sacaré de Jacob una progente, y de Judá un heredero de mis montes, y los habitarán mis elegidos y morarán allí mis siervos. Y será Sarón prado para los carneros, y el valle de Acor dehesa para los bueyes del pueblo que me ha buscado. Pero vosotros, los que dejáis al Señor y olvidáis mi santo monte, los que aderezáis la mesa de la fortuna [379] y llenáis su copa, os destinaré a la espada, y todos sucumbiréis a la matanza, porque cuando os llamaba no me respondisteis y cuando os hablaba no me escuchasteis; hacíais lo que es malo a mis ojos y elegíais lo que me desagradaba. Por eso dice el Señor, Dios: He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre. Mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed. Mis siervos cantarán, gozarán, y vosotros seréis confundidos. Mis siervos cantarán, lleno de júbilo el corazón; pero vosotros gemiréis con el corazón dolorido y aullaréis con el espíritu quebrantado. Dejaréis vuestro nombre como maldición para mis elegidos: "El Señor, Dios, te mate", y a sus siervos les dará otro nombre. Todo el que en la tierra quiera bendecirse, se bendecirá en el Dios fiel. Todo el que en la tierra jurare, jurará por el nombre del Dios fiel, pues las angustias pasadas se darán al olvido y estarán ocultas a mis ojos. Porque he aquí que voy a crear unos cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo pasado ni vendrá más a la mente. Sino que se gozarán en gozo y alegría eterna de lo que voy a crear yo, porque he aquí que voy a crear para Jerusalén alegría, y para su pueblo gozo. Y será Jerusalén mi alegría, y mi pueblo mi gozo, y no se oirán más en ella llantos ni clamores. No habrá allí niño de pocos días, ni viejo que no cumpla los suyos, pues el más joven morirá a los cien años, y no llegar a los cien años será tenido por maldición. Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que habite otro, no plantarán para que coma otro. Porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis elegidos consumirán la obra de sus manos. No se afanarán en vano ni parirán para una muerte prematura, pues serán la progenie bendita del Señor, ellos y sus descendientes. Y sucederá que antes que ellos llamen, responderé yo; todavía no habrán acabado de hablar, y ya les habré escuchado. El lobo y el cordeiro pacerán juntos; el león, como el buey, comerá paja, y la serpiente comerá polvo. No se hará mal ni corrupción en todo mi monte santo, dice el Señor.

Ya los profetas indicaron en varias predicciones cuál sería la vida de los hombres santos, cuál su costumbre, cuáles sus hábitos y de qué tipo sus relaciones y trato con Dios, entre ellos mismos y con los demás hombres. Y aseguraron que las pruebas de ello no serían oscuras, sino manifiestas.

Ier 3, 14-19.

Volved, hijos rebeldes, oráculo del Señor, porque yo soy vuestro dueño, y os tomaré uno de una ciudad y dos de una familia, y os introduciré de nuevo en Sión. Yo os daré pastores según mi corazón, que os apacientarán sabiamente. Y sucederá que, cuando os multipliquéis y fructifiquéis sobre la tierra, en aquellos días—oráculo del Señor— no dirán ya: "¡Ah, el arca de la alianza del Señor!" No se acordarán ya de ella, se les irá de la memoria, ni la echarán de menos ni harán otra. En aquel tiempo será llamada Jerusalén trono del Señor, y se congregarán en torno a ella todas las gentes en el nombre del Señor, a Jerusalén, y no seguirá más la obstinación de su corazón malo. En aquellos días vendrán juntamente la casa de Judá y la casa de Israel, juntos vendrán de la tierra del septentrión a la tierra que di en heredad a vuestros padres. Y

yo me pregunté: ¿Cómo voy a contarte entre los hijos y darte una tierra deliciosa, [380] la heredad más preciosa entre las naciones? Y me contestaba: Me llamarás "Mi padre" y no te separarás de mí.

He aquí que vienen días—oráculo del Señor— en que no se dirá ya: "Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto", sino: "Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra del aquilón y de todos los países a donde los había expulsado". Y los haré volver a su tierra, que había dado a sus padres [la integridad de la primigenia naturaleza humana, lo que a ella pertenece].

Yo mismo reuniré los restos de mi rebaño de todas las tierras en que los he dispersado, y los volveré a sus prados, y fructificarán y se multiplicarán. Y suscitaré sobre ellos pastores que los apacienten, y ya no habrán de temer más ni angustiarse ni afligirse—oráculo del Señor—. He aquí que vienen días—oráculo del Señor— en que yo suscitaré a David un vástago justo, y reinará como rey prudentemente, y hará derecho y justicia en la tierra. En sus días será salvado Judá, e Israel habitará confiadamente, y el nombre con que le llamarán será éste: "EL SEÑOR NUESTRO ES JUSTO". Por eso he aquí que vendrán días—oráculo del Señor— en que no se dirá ya: "Vive el Señor, que subió de la tierra de Egipto a los hijos de Israel", sino más bien: "Vive el Señor, que sacó y trajo al linaje de la casa de Israel de la tierra del aquilón y de todos los países a que los arrojó, y los hizo habitar en su propia tierra".

Les daré un corazón para que reconozcan que yo soy el Señor, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues se convertirán a mí de todo corazón.

Ciertamente te restituiré a la salud, pues voy a sanar tus heridas—oráculo del Señor—, porque te llamaron "la desterrada", Sión, de quien nadie se cuida. Así dice el Señor: He aquí que voy a restablecer los tabernáculos de Jacob, y me compadeceré de sus tiendas, y se reedificará la ciudad sobre su teso de ruinas, y el palacio se asentará en su debido lugar. Y saldrán de ellos cantos de alabanza y voces de los que se alegran, y los multiplicaré, y no serán disminuidos; los engrandeceré, y no serán empequeñecidos. Y serán sus hijos como en el pasado, y su congregación estará firme ante mí, y castigaré a todos sus opresores. Y su jefe saldrá de ella misma, de en medio de ella saldrá su soberano, y yo le haré acercarse y se allegará a mí, pues ¿quién, si no, intentaría acercarse a mí? Oráculo del Señor. Y vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. He aquí que el huracán de la ira divina se desencadena y una tempestad se desata y descargará sobre la cabeza de los malvados. No volverá atrás la cólera del Señor hasta ejecutar y cumplir los designios de su corazón. Vosotros los conoceréis al fin de los tiempos.

En aquel tiempo—oráculo del Señor— seré el Dios de todas las tribus de Israel, y ellos serán mi pueblo. Así dice el Señor: Halló gracia en el desierto el pueblo escapado de la espada; se fue a su reposo Israel. Desde lejos se lo hizo ver el Señor. Con amor eterno te amé, por eso te he mantenido favor. De nuevo te edificaré y serán edificada, virgen de Israel. Todavía volverás a adornarte con tus tímpanos y saldrás en alegres danzas. Todavía plantarás viñas en las alturas de Samaria, [381] y los que las planten las gozarán. Porque vienen días en que los atalayas clamarán en el monte de Efraím: ¡Levantaos y subamos a Sión, al Señor, nuestro Dios! Pues así dice el Señor: Exultad por Jacob con ale-

gría, gritad loores a la primera de las naciones, publicad, alabad y exclamad: El Señor ha salvado a su pueblo, a los restos de Israel. He aquí que los voy a hacer venir de la tierra del aquilón, y los reuniré de los extremos de la tierra, entre ellos al ciego y al cojo, a la embarazada y a la recién parida juntamente. ¡Qué gran comunidad la que vuelve! Salieron entre llantos, y los guiaré con consolaciones; yo los guiaré a las corrientes de las aguas, por caminos llanos para que no tropiecen, pues yo soy el padre de Israel, y Efraím es mi primogénito. Oíd, naciones, la palabra del Señor, dadla a conocer a las lejanas islas, y decid: El que dispersó a Israel lo congrega y lo protege como el pastor a su rebaño. Pues el Señor ha redimido a Jacob, le rescató de mano más fuerte que él. Vienen dando gritos de júbilo por las alturas de Sión, afluyendo para gozar de los bienes del Señor: el trigo, el vino, el aceite, los corderos y los terneros; y será su alma como jardín regado, y no volverán a languidecer. Entonces la virgen danzará alegre en el corro, jóvenes y viejos, todos juntos; trocaré en júbilo su tristeza, los consolaré y convertiré su pena en alegría. Satisfaré a los sacerdotes de la grosura de sus víctimas, y se hartará mi pueblo de mis bienes, oráculo del Señor. Así dice el Señor: Una voz se oye en Ramá, un lamento, amargo llanto. Es Raquel, que llora a sus hijos y rehúsa consolarse por sus hijos, pues ya no existen. Así dice el Señor: Cese tu voz de gemir, tus ojos de llorar, porque hay compensación a tus penas. Hay aún esperanza para tu porvenir, oráculo del Señor. Volverán tus hijos a su territorio. Oigo a Efraím lamentarse: "Tú me has castigado y yo recibí la reprensión como novillo indómito. Conviérteme y yo me convertiré, pues tú eres el Señor, mi Dios". Porque después de mi defección me he arrepentido; luego que entré en mí, heríme el muslo. Estoy confuso y avergonzado, pues llevo sobre mí el oprobio de mi mocedad. ¿No es Efraím mi hijo predilecto, mi niño mimado? Pues cuantas veces trato de amenazarle, me acuerdo de él; por eso se conmueven mis entrañas por él, y tengo que tener piedad de él, oráculo del Señor. Ponte hitos, alza jalones, pon toda atención en la calzada, el camino que antes recorriste. Vuelve, virgen de Israel, retorna a estas tus ciudades. ¿Hasta cuándo has de andar titubeando, hija descarriada? Pues hará Dios una cosa nueva en la tierra: la hembra rodeará al varón. Así dice el Señor de los Ejércitos, Dios de Israel: Todavía se dirán estas palabras en la tierra de Judá y sus ciudades cuando yo haga volver a sus cautivos: "Bendígate el Señor, sede de justicia, monte de santidad". Pues habitarán en ella Judá y todas sus ciudades juntamente, los agricultores y los pastores de rebaños. Porque yo satisfaré a toda alma desfallecida y hartaré a toda alma languideciente. Por esto, al despertar y ver, me fue dulce mi sueño. He aquí que vienen días—oráculo del Señor— en que yo sembraré la casa de Israel y la casa de Judá de simientes de hombres y de simiente de animales, y sucederá que lo mismo que velé sobre ellos para arrancar y destruir, [382] para arruinar y devastar, así velaré sobre ellos para edificar y plantar—oráculo del Señor. En esos días no se dirá más: "Los padres comieron agraces y los hijos sufrieron la dentera", sino que cada uno morirá por su propia iniquidad. Quien coma el agraz, ése sufrirá la dentera. He aquí que vienen días—oráculo del Señor— en que yo haré alianza con la casa de Israel y la casa de Judá, no como la alianza que hice con sus padres cuando, tomándolos de la mano, los saqué de la tierra de Egipto, pues ellos quebrantaron mi alianza y yo los rechacé—oráculo del Señor—. Por-

que ésta será la alianza que yo haré con la casa de Israel después de aquellos días, oráculo del Señor: Yo pondré mi Ley en su interior y la escribiré en su corazón, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. No tendrán que enseñarse unos a otros ni los hermanos entre sí diciendo: "Conoced al Señor", sino que todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes, oráculo del Señor, porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados. Así dice el Señor: Yo he puesto al sol para que luzca de día, las leyes a la luna y a las estrellas para que luzcan de noche; el que conturba el mar y hace bramar sus olas tiene por nombre Señor de los ejércitos. Si dejaran de regir estas leyes ante mí— oráculo del Señor—, también cesará la descendencia de Israel de ser ante mí una nación por siempre. Así dice el Señor: Si pueden medirse arriba los cielos y descubrirse por abajo los fundamentos de la tierra, entonces repudiaré yo a toda la descendencia de Israel por lo que han hecho— oráculo del Señor. He aquí que vienen días— oráculo del Señor— en que será edificada para el Señor la ciudad desde la torre de Janameel hasta la puerta del Angulo, y saldrá derecho el cordel de medir hasta la colina de Gareb, y dando vuelta después hacia Goa, todo el valle de los cadáveres y de la ceniza y todos los campos hasta el torrente de Cedrón, hasta la esquina de la puerta de los Caballos, hacia oriente, serán consagrados al Señor, y no serán ya jamás destruidos y devastados.

Por eso dice ahora el Señor, Dios de Israel, de esta ciudad de la que vosotros decís: Ha sido entregada en manos del rey de Babilonia por la espada, por el hambre y por la peste. He aquí que los reuniré de todos los países en que los dispersé en mi cólera, en mi indignación y en mi furor, y los haré volver a este lugar para que en él habiten seguros. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Yo les daré un solo corazón, un solo camino, para que siempre me teman y siempre les vaya bien, a ellos y a sus hijos después de ellos. Y haré con ellos una alianza eterna de no dejar de hacerles bien, y pondré mi temor en su corazón para que no se aparten de mí, y me gozaré en ellos al hacerles bien, y los plantaré firmemente en esta tierra con todo mi corazón y toda mi alma.

He aquí que yo les restituiré la salud, los sanaré y les descubriré abundancia de paz y verdad; yo haré volver a los cautivos de Judá y a los de Israel y los reconstruiré como al principio, y los limpiaré de todas las iniquidades que contra mí cometieron, y les personaré todas las culpas y todas sus rebeliones contra mí, y será para mí renombre, alegría, alabanza y magnificencia [383] entre todos los pueblos de la tierra, que oirán todo el bien que yo les haré y temblarán y se turbarán de tanto bien y tanta paz como yo les daré. Así dice el Señor: Todavía en estos lugares de que vosotros decís: Son un desierto sin hombres y sin bestias, en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, sin habitantes, sin bestias, se oirán voces de júbilo y voces de alegría, los cantos del esposo y los cantos de la esposa, voces que cantarán: "Alabad al Señor de los ejércitos, porque es bueno, porque es eterna su misericordia", y de los que llevan al templo sus oblaciones, porque yo haré volver a los desterrados de esta tierra como estaban antes. Oráculo del Señor. Así dice el Señor de los ejércitos: Todavía habrá en estos lugares desiertos, sin hombres ni bestias, y en todas sus ciudades, majadas, donde los pastores apriscarán a sus rebaños; en las ciudades de la montaña, en las del llano y en las del mediodía, en la tierra de Benjamín y en torno a Jerusalén, y en las ciudades de Jerusalén, todavía pasará el ganado bajo

Ier 32, 36-41.

Ier 33, 6-26.

la mano del que lo cuenta, oráculo del Señor. He aquí que vienen días—oráculo del Señor— en que yo cumpliré la buena palabra que yo he pronunciado sobre la casa de Israel y sobre la casa de Judá. En esos días y en ese tiempo yo suscitaré a David un renuevo de justicia que hará derecho y justicia sobre la tierra. En esos días será salvado Judá, y Jerusalén habitará confiadamente, y se llamará “Señor, justicia nuestra”. Porque así dice el Señor: No faltará a David un varón que se sienta sobre el trono de la casa de Israel. Y a los sacerdotes levitas no les faltará tampoco un varón a mi servicio que ofrezca holocausto y quemé la ofrenda y sacrifique todos los días. Y recibió Jeremías palabra del Señor, diciendo: Así dice el Señor: Si rompéis mi pacto con el día y mi pacto con la noche, para que no sea día y noche a su debido tiempo, entonces se romperá mi pacto con David, mi siervo, para que no tenga hijo que reine sobre su trono, y mi pacto con los levitas sacerdotes, mis ministros. Como no pueden contarse las milicias celestes ni las arenas del mar, así multiplicaré yo la descendencia de David, mi siervo, y a los levitas, mis ministros. Y recibió Jeremías palabra del Señor, diciendo: ¿No ves lo que dicen estas gentes?: “Las dos familias que eligió el Señor, las dos las ha repudiado”, y desprecia a mi pueblo por no ser ya a sus ojos una nación. Así dice el Señor: Si no he hecho yo pacto con el día y con la noche, ni he dado leyes a los cielos y a la tierra, entonces repudiaré yo a la descendencia de Jacob y de David, mi siervo, prohibiendo tomar de su progenie jefes para la raza de Abraham, de Isaac, de Jacob, pues yo haré volver a mis cautivos, tendré piedad de ellos.

Ier 50, 20.

Entonces, en aquellos días—oráculo del Señor—, se buscará la iniquidad de Israel, y no se hallará; los pecados de Judá, y no se encontrarán, porque yo seré propicio a los que queden.

Ez 11, 17-20.

Así habla el Señor, Dios: Yo os recogeré de entre las gentes, y os reuniré de entre las tierras a que habéis sido dispersados, y os daré la tierra de Israel. Y entrarán en ella y quitarán de ella todos sus ídolos y todas sus abominaciones. Y les daré otro corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo, [384] quitaré de su cuerpo su corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que sigan mis mandamientos, y observen y practiquen mis leyes, y sean mi pueblo y sea yo su Dios.

Ez 13, 9. Que los peritos en respuestas vanas han de ser apartados del trato de los Santos.

Y será mi mano contra los profetas que ven vanidad y adivinan mentira. No formarán en la asamblea de mi pueblo, ni serán inscritos en el libro de la casa de Israel, ni volverán a la tierra de Israel, y sabréis que yo soy el Señor, Dios.

Ez 20, 25-26.

Por eso les di yo también a ellos ordenaciones no buenas y decretos que no son de vida, y los contaminé en sus ofrendas cuando pasaban a sus hijos por el fuego, a todo primogénito, para desolarlos y hacerles saber que yo soy el Señor.

Ez 34, 11-31.

Porque así dice el Señor, Dios: Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y las reuniré. Como recuenta el pastor a sus ovejas el día en que la tormenta dispersa la grey, así recontaré yo mis ovejas, y las pondré en salvo en todos los lugares en que fueron dispersadas el día del nublado y de la tiniebla, y las retraeré de en medio de las gentes, y las reuniré en todas las tierras, y las llevaré a su tierra, y las apacentaré sobre los montes de Israel, en los valles y en todas las regiones del país. Las apacentaré en pastos pingües y tendrán su ovil en las al-

tas cimas de Israel. Allí tendrán cómoda majada y pingües pastos en los montes de Israel. Yo mismo apacentaré a mis ovejas, y yo mismo las llevaré a la majada, dice el Señor, Dios. Buscaré la oveja perdida, traeré la extraviada, vendaré la perniquebrada y curaré la enferma, y guardaré las gordas y robustas, apacentaré con justicia. Y tú, rebaño mío, así dice el Señor, Dios: Yo mismo jugaré entre oveja y oveja y entre carneros y machos cabríos. ¿No os bastaba a vosotros apacentaros en lo mejor de los pastos, que pisoteabais además con vuestras pezuñas el resto del pasto? ¿Beber el agua clara y no enturbiar con vuestras pisada la que queda? ¿Mis ovejas van a tener que comer lo que vosotros hollasteis con los pies, y beber lo que con ellos enturbiasteis? Por eso así dice el Señor, Dios: Yo juzgaré entre la oveja gorda y la flaca. Y como empujáis con el flanco y las espaldas y acorneáis con los cuernos a las débiles hasta que las echáis y las hacéis descarriar, yo protegeré a mis ovejas para que no se descarrién, y yo juzgaré entre oveja y oveja. SUSCITARÉ PARA ELLAS UN PASTOR ÚNICO, que las apacentará. Mi siervo David, él las apacentará, él será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellas. Yo, el Señor, lo he dicho. Haré con ellas alianza de paz, haré desaparecer de la tierra las fieras, y andarán tranquilas por el desierto y se reposarán en la selva. Haré de ellas y de los alrededores de mi collado una bendición. Mandaré a su tiempo las lluvias, lluvias de bendición. Darán sus frutos los árboles del campo, y la tierra los suyos. Habitarán en su tierra en seguridad, y sabrán que yo soy el Señor cuando rompa las coyundas de su yugo y las arranque de las manos de los que los esclavizaron. No serán ya más presa de las gentes, no las devorarán las fieras del campo, sino que habitarán en seguridad, sin que nadie las espante. Les suscitaré [385] una prole de renombre; no los consumirá ya más el hambre ni serán más el escarnio de las gentes. Conocerán entonces que yo, el Señor, soy su Dios, y que ellos, la casa de Israel, son mi pueblo, dice el Señor, Dios. Rebaño mío, vosotros sois las ovejas de mi grey, y yo soy vuestro Dios, dice el Señor, Dios.

Así habla el Señor, Dios: No lo hago por vosotros, casa de Isrel, sino más bien por el honor de mi nombre, profanado por causa vuestra entre las gentes a que habéis ido. Yo santificaré mi nombre grande, profanado entre las gentes a causa de vosotros en medio de ellas, y sabrán las gentes que yo soy el Señor, dice el Señor, Dios, cuando yo me santificare en vosotros a sus ojos. Yo os tomaré de entre las gentes y os reuniré de todas las tierras, y os conduciré a vuestra tierra. Y os ASPERGARÉ con aguas puras y os purificaré de todas vuestras impurezas, de todas vuestras idolatrías. Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu y os haré ir por mis mandamientos y observar mis preceptos y ponerlos por obra. Entonces habitareis la tierra que yo di a vuestros padres, y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. Os libraré de todas vuestras impurezas, y llamaré al trigo y lo multiplicaré, y no tendréis hambre. Multiplicaré los frutos de los árboles y el de los campos, para que nunca más os escarnezan las gentes porque padezcáis hambre. Vosotros, por vuestra parte, os acordaréis de vuestros malos caminos, de vuestras obras, que no fueron buenas, y sentiréis vergüenza de vosotros mismos por vuestras iniquidades y vuestras abominaciones. No lo hago por vosotros, dice el

Ez 36, 22-38.

Señor, Dios; sabedlo, confundíos y avergonzaos de vuestras obras, ¡oh casa de Israel! Así habla el Señor, Dios: El día en que os habré purificado de todas vuestras iniquidades, repoblaré las ciudades y reconstruiré las ruinas. La tierra desolada en que el caminante no ve más que desolación, volverá a ser labrada, y se dirá: Aquella tierra inculta se ha convertido en jardín de Edén; las ciudades arruinadas, asoladas y desiertas están fortificadas y pobladas, y los pueblos que en torno vuestro han sido dejados, sabrán que yo, el Señor, he edificado vuestras derribadas ruinas y he repoblado de árboles la tierra devastada. Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré. Así dice el Señor, Dios: Aun a esto más me dejaré inducir por la casa de Israel: Multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños; a modo de ovejas consagradas, de ovejas de Jerusalén, en sus solemnidades, así serán las ciudades arruinadas, llenas de rebaños humanos, y sabrán que yo soy el Señor.

RESURRECCIÓN DEL HOMBRE INTERIOR POR EL ESPÍRITU DE DIOS QUE HABITA EN SU INTERIOR

Ez 37, 13-28.

Y sabréis que yo soy el Señor cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío, y ponga en vosotros mi espíritu y viváis, y os dé reposo en vuestra tierra, y sabréis [386] que yo soy el Señor, lo dije y lo hice, oráculo del Señor. Fueme dirigida la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, toma un palo y escribe en él: "Judá y los hijos de Israel que le están unidos". Toma luego otro y escribe en él: "José, el báculo de Efraím y de toda la casa de Israel que le está unida". Júntalos luego el uno con el otro, para que sean uno solo, y uno solo hagan en tu mano. Y cuando te pregunten los hijos de Israel: ¿No nos enseñarás qué es eso? Diles: Así habla el Señor, Dios: He aquí que yo tomaré el báculo de José, que está en manos de Efraím y de las tribus de Israel que le están unidas, y lo pondré sobre el báculo de Judá, haciendo un solo báculo y será uno solo en mi mano. Que estén a sus ojos los palos en que escribas, y diles: Así dice el Señor, Dios: He aquí que yo tomaré a los hijos de Israel de entre las gentes a que han ido, juntándolos de todas las partes, y los traeré a su tierra. Y haré de ellos en la tierra, en los montes de Israel, un solo pueblo, y todos tendrán un solo rey; nunca más serán dos naciones, nunca más estarán divididos en dos reinos, nunca más se contaminarán con sus ídolos; los libraré de todas las rebeliones con que pecaron y los purificaré, y serán mi pueblo y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey, y tendrán todos un solo pastor, y caminarán por las sendas de mis mandamientos, y guardarán mis preceptos, poniéndolos por obra. Y habitarán la tierra que yo di a mi siervo Jacob, en que habitaron vuestros padres. Ellos la habitarán y los hijos de sus hijos por los siglos de los siglos, y por los siglos será príncipe David, mi siervo. Estableceré con ellos un pacto de paz que será pacto eterno; los asentaré, los acrecentaré y pondré mi santuario en medio de ellos por los siglos. Pondré en medio de ellos mi morada, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo, el Señor, santifico a Israel, cuando esté mi santuario en medio de ellos por los siglos.

Ez 39, 25-29.

Ahora voy a hacer volver la cautividad de Jacob, y tendré misericordia de la casa de Israel, velando por mi santo nombre. Y ellos olvidarán los oprobios sufridos y sus rebeldías contra mí cuando habiten seguros en su suelo, sin que nadie

los perturbe; cuando los saque de entre las gentes y los reúna de las tierras de sus enemigos y me santifique a los ojos de las gentes: Sabrán que yo soy el Señor, su Dios, lo mismo cuando los llevé al cautiverio entre las gentes que cuando los reuní en su tierra. No dejaré allí ni uno solo, ni les esconderé mi rostro, porque habré derramado mi espíritu sobre la casa de Israel, dice el Señor, Dios. [387]

QUE EL REINO PERPETUO Y ETERNO LE ES INDICADO AL PROFETA, DE MODO QUE DIOS, QUE ANTES CONSIDERABA INDIGNO QUE EL PALACIO REAL FUERA UNIDO A SU CASA, AHORA YA, POR FIN, POR PROPIA INICIATIVA, QUIERE VIVIR EN MEDIO

Y me decía: Hijo de Hombre, éste es el lugar de mi trono, el escabel de las plantas de mis pies, donde habitaré para siempre en medio de los hijos de Israel. La casa de Israel no profanará ya más mi santo nombre, ni ella ni sus reyes, con sus fornicaciones ni con los cadáveres de sus reyes, con sus lugares altos; pusieron su umbral junto a mi umbral, y sus postes junto a mis postes, y, pared sólo por medio, contaminaron mi santo nombre con las abominaciones que cometieron. Por eso, en mi furor los consumí. Pero ahora arrojarán lejos de mí sus fornicaciones y los cadáveres de sus reyes, y habitaré en medio de ellos para siempre.

Ez 43, 7-9.

Además, al mismo profeta se le ordena describir diligentemente con imágenes externas su visión de que el templo debía ser construido por los hombres con la eficiencia del divino Verbo y en él Dios siempre habitaría y se le rendiría culto, cumplimentando en el espíritu y la verdad, sin cesar nunca, las ceremonias y las víctimas, perfectísimas, aceptadas y muy gratas por la gracia y autoridad del Sumo Sacerdote Ungido. El profeta, entre las demás cosas, refiere la puerta cerrada que le ha sido mostrada, por la que sólo el príncipe habría de entrar, queriendo significar con ello que la ceremonia de la salvación universal la ha de oficiar sólo aquel único Ungido en el final de los siglos y que a nadie más se le abriría esa entrada para la expiación universal.

Hijo de hombre, así habla el Señor, Dios: Estas son las leyes del altar para cuando sea construido para ofrecer en él holocaustos y derramar la sangre de ellos. A los sacerdotes, levitas de la posteridad de Sadoc, que serán los que a mí se han de acercar para servirme, dice el Señor, Dios, les darás un novillo para el sacrificio por el pecado. Tomarás de su sangre y untarás con ella los cuatro cuernos, y los cuatro ángulos del cuadro, y el borde todo en torno. Así harás la expiación y la propiciación del altar. Tomarás luego el novillo del sacrificio por el pecado, que quemarás en el lugar de la casa designado fuera del santuario. Al día siguiente ofrecerás por el pecado un macho cabrío sin defecto y expiarás el altar, como lo hiciste con el novillo. Cumplido que hayas el rito expiatorio, ofrecerás un novillo sin defecto y un carnero de la grey sin defecto. Los ofrecerás al Señor; los sacerdotes ofrecerán sobre ellos la sal, y los ofrecerán al Señor como holocausto. por siete días sacrificarás por el pecado un macho cabrío por día; ofrecerás además un novillo y un carnero de la grey sin defecto. Por siete días se hará la propiciación del altar, se purificará y se consagrará. Pasados estos días, del día octavo en adelante, los sacerdotes ofrecerán en el altar vues-

Ez 43, 18-27.

tros holocaustos y vuestros sacrificios pacíficos, y yo os seré propicio, dice el Señor, Dios.

Ez 44, 1-3.

Llévome luego de nuevo a la puerta de fuera del santuario que daba [388] al oriente, pero la puerta estaba cerrada, y me dijo el Señor: Esta puerta ha de estar cerrada; no se abrirá ni entrará por ella hombre alguno, porque ha entrado por ella el Señor, Dios de Israel; por tanto, ha de quedar cerrada. Por lo que hace al príncipe, se sentará en ella, etc.

Ez 46, 8-10.

Cuando el príncipe entre, entrará por el vestíbulo de la puerta, y por el mismo camino saldrá. Pero, cuando el pueblo de la tierra se presente ante el Señor en las solemnidades, el que entre por la puerta del norte para prosternarse, saldrá por la puerta del mediodía, y el que entre por la puerta del mediodía saldrá por la puerta del norte; no se saldrá por la puerta por donde se entró, sino que se saldrá por la opuesta. El príncipe entrará con ellos cuando entren, y saldrán con ellos cuando salgan.

QUE LA EXPIACIÓN Y PURIFICACIÓN UNIVERSAL PARA EL GÉNERO HUMANO SE FUNDARÁ EN LOS PURÍSIMOS FLUÍDOS DE CRISTO

Ez 47, 1-23.

Llévome luego otra vez a la entrada del templo, y vi que debajo del templo, al oriente, brotaban aguas, pues la fachada del templo estaba al oriente, y las aguas descendían debajo del lado derecho del templo, del mediodía del altar. Me llevó por el camino de la puerta septentrional y me hizo dar la vuelta por fuera hasta el exterior de la puerta oriental, y vi que las aguas salían del lado derecho. Al salir hacia oriente llevaba aquel varón en la mano un corderillo, y midió mil codos, y me hizo atravesar las aguas; llegaban hasta los tobillos. Midió otros mil, y me hizo atravesar las aguas; llegaban hasta las rodillas. Midió otros mil, y me hizo atravesar las aguas; llegaban hasta la cintura. Midió otros mil, y era ya un río, que me era imposible atravesar, porque las aguas habían crecido y tenían que pasarse a nado; era un torrente que no podía atravesarse. Díjome: ¿Has visto, hijo de hombre? Luego me hizo volver siguiendo la orilla del río. Y entonces vi que en una y otra parte había en la ribera muchos árboles, y me dijo: Hijo de hombre, estas aguas van a la región oriental, bajan al Arabá y desembocan en el mar, en aquellas aguas pútridas, y éstas se sanearán. Y todos los vivientes que nadan en las aguas, por dondequiera que entre este río, vivirán, y el pescado será allí abundantísimo, porque, al llegar estas aguas, las del mar se sanearán y los peces tendrán vida hasta donde llegue el río. Junto a sus orillas estarán los pescadores y desde En-gadi hasta En-glayim será un tendedero de redes, y por sus variadas especies será el pescado tan numeroso como los del mar Grande. Sus charcas y sus lagunas no se sanearán, serán dejadas para salinas. En las riberas, del río, al uno y al otro lado, se alzarán árboles frutales de toda especie, cuyas hojas no caerán y cuyo fruto no faltará. Todos los meses madurarán sus frutos, por salir sus aguas del santuario, y serán comestibles, y sus hojas, medicinales. Así dice el Señor, Dios: Éstas son las fronteras de la tierra que distribuiréis a las doce tribus de Israel; a José una parte doble. Cada uno de vosotros tendrá su parte igual que la de los otros, de lo que yo, alzando mi mano, juré dar a vuestros padres, y ésta será la tierra de vuestra heredad. Éstas, pues, serán las fronteras: [389] del lado norte, desde

el mar Grande, camino de Jellón, hasta llegar a Sdad, Jamat Berota, Sibraim, entre la frontera de Damasco y la frontera de Jamat; Jaser-Enón, en la frontera de Haurán. Así la frontera correrá desde el mar hasta Jaser-Enón, dejando al norte el territorio de Damasco al lado de la frontera de Jamat. Ésta es la frontera septentrional. Del lado de oriente, la frontera entre Haurán, Damasco, Galaad y la tierra de Israel, será el Jordán; mediréis desde el confín hasta el mar Oriental, hasta Tamar. Ésta es la frontera oriental. Del lado del sur, al mediodía, desde Tamar hasta las aguas de Meribat-Qades, en la dirección del torrente hasta el mar Grande. Esta es la frontera meridional, la del mediodía. Del lado de occidente, la frontera será el mar Grande hasta frente a Jamat. Ésta es la frontera occidental. Partiréis esta tierra entre vosotros, según las tribus de Israel, y echaréis suertes sobre ella para heredad vuestra y de los extranjeros que entre vosotros peregrinan y entre vosotros han engendrado hijos, pues los tendréis como naturales entre los hijos de Israel, y entrarán en suerte con vosotros para heredarse entre las tribus de Israel. En la tribu en que peregrinare el extranjero, en ella le daréis su heredad, dice el Señor, Dios.

PREDICCIÓN POR EL PROFETA CON MUCHAS IMÁGENES DE PALABRAS Y DE COSAS DE LA CIUDAD SANTA QUE PROCURARÁ LA VIRTUD DIVINA Y CUYO IMPERIO DIOS EN PERSONA SIEMPRE GOBIERNA

Éstos son los nombres de las tribus, partiendo de la frontera septentrional, a lo largo del camino de Jellón, que lleva a Jamat, hasta Jaser-Enón, dejando al norte la frontera de Damasco a lo largo de Jamat: Dan, una parte. Junto a Dan, desde el lado de oriente hasta la orilla del mar, Aser, una parte. Junto a Aser, desde el lado de oriente hasta la orilla del mar, Neftalí, una parte. Junto a Neftalí, desde el lado de oriente hasta el mar, Manasés, una parte. Junto a Manasés, desde el lado de oriente hasta el mar, Efraím, una parte. Junto a Efraím, desde el lado de oriente hasta la orilla del mar, Rubén, una parte. Junto a Rubén, desde el lado de oriente hasta la ribera del mar, Judá, una parte. Junto a Judá, desde el lado de oriente hasta la orilla del mar, estará la porción que reservaréis de veinticinco mil codos de ancho, y larga cuanto cada una de las partes de oriente a occidente, y en medio de ella estará el santuario. La porción que reservaréis para el Señor tendrá veinticinco mil codos de largo y diez mil de ancho. Esta porción pertenecerá a los sacerdotes y será santa, veinticinco mil codos por el norte, diez mil codos de anchura al occidente, diez mil de anchura al oriente y veinticinco mil de longitud por el mediodía, y en medio de ella estará el santuario del Señor. Pertenecerá a los sacerdotes consagrados, a los hijos de Sadoc, que hicieron el servicio en mi santuario y no se descarriaron, como se descarriaron los levitas cuando se descarriaron los hijos de Israel. Les pertenecerá como porción santísima reservada de la porción de tierra que se reserva, al lado de los levitas. Los levitas tendrán, paralelamente al límite de los sacerdotes, [390] veinticinco mil codos de largo y diez mil de ancho, veinticinco mil en toda la longitud y diez mil en la anchura. No podrán vender ni permutar nada ni exportar las primicias de la tierra, porque están consagradas al Señor. Los cinco mil codos restantes, en la anchura de los veinticinco mil, serán profanos, para la ciudad, para las casas y los alrededores; la ciu-

Ez 48, 1-35.

dad estará en medio. Éstas serán sus medidas: a la parte del norte, cuatro mil quinientos codos, y cuatro mil quinientos codos a la parte del mediodía; a la parte de oriente, cuatro mil quinientos codos, y cuatro mil quinientos codos a la parte de occidente. El contorno de la ciudad será: al norte, de doscientos cincuenta codos, y de doscientos cincuenta al mediodía; al oriente, de doscientos cincuenta codos, y de doscientos cincuenta al occidente. Lo que queda de longitud delante de la porción santa, diez mil codos al oriente y diez mil al occidente, los que quedan, serán para que de su producto se mantengan los que trabajan para la ciudad. La labrarán los operarios de la ciudad, tomados de entre todo Israel. La parte reservada tendrá en conjunto veinticinco mil codos por veinticinco mil, y para propiedad de la ciudad tomaréis la cuarta parte de la porción consagrada. De lo que queda a ambos lados de la porción santa y de la propiedad de la ciudad, a lo largo de los veinticinco mil codos de la porción santa hasta el oriente, y a occidente a lo largo de los veinticuatro mil codos hacia la frontera occidental, paralelamente a las partes, será para el príncipe. Eso será lo del príncipe; así, la porción santa y el santuario estarán en el medio. De este modo, la parte del príncipe será la comprendida desde la porción de los levitas y la porción de la ciudad, entre el límite de Judá y el límite de Benjamín. He aquí las otras tribus: Desde el oriente hasta la orilla del mar, Benjamín, una parte. Al lado de Benjamín, desde oriente a la orilla del mar, Simeón, una parte. Al lado de Simeón, desde oriente hasta el mar, Isacar, una parte. Al lado de Isacar, desde oriente hasta el mar, Zabulón, una parte. Al lado de Zabulón, desde oriente hasta el mar, Gad, una parte. Al lado de Gad, al lado meridional, hacia el mediodía, correrá la frontera desde Tamar hasta las aguas de Meribat-Qades, a lo largo del torrente hasta el mar Grande. Tal es la tierra que partiréis en heredad a las tribus de Israel, y tales sus partes, dice el Señor, Dios. Ésas serán las salidas de la ciudad: al lado del norte medirá cuatro mil quinientos codos. Las puertas de la ciudad tendrán los nombres de las tribus de Israel. Tendrá al norte tres puertas: una la puerta de Rubén, otra la puerta de Judá y la otra la puerta de Leví. Al lado oriental, cuatro mil quinientos codos y tres puertas: una la puerta de José, otra la puerta de Benjamín y otra la puerta de Dan. Del lado del mediodía medirá cuatro mil quinientos codos y tendrá tres puertas: la puerta de Simeón, una; la puerta de Isacar, una; la puerta de Zabulón, una. Del lado de occidente, cuatro mil quinientos codos y tres puertas: la puerta de Gad, una; [391] la puerta de Aser, una; la puerta de Neftalí, una. El perímetro, dieciocho mil codos, y el nombre de la ciudad será desde aquel día EL SEÑOR ALLÍ.

LOS PROFETAS RECOMENDARON QUE SE HABÍA DE ESPERAR AL MINISTRO Y PONTÍFICE DE LA SALVACIÓN UNIVERSAL, PROMETIDO CON MUY CERTEROS ORÁCULOS, CON FE Y SERIO INTERÉS EN LA PENITENCIA

Os 2, 1.

Decid a vuestros hermanos: Pueblo mío, y a vuestra hermana: La que busca misericordia.

Os 2, 16-24.

Entonces, dice el Señor, me llamará mi Esposo, no me llamará Baalí. Quitaré de su boca los nombres de los baales, para que no vuelva nunca a mencionarlos por su nombre. En aquel día haré en favor de ellos concierto con las

bestias del campo, con las aves del cielo y con los reptiles de la tierra, y quebraré en la tierra arco, espada y guerra, y haré que reposen seguros. Seré tu Esposo para siempre y te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en misericordia y piedades, y yo seré tu Esposo, en fidelidad, y tú reconocerás al Señor. En aquel día yo seré propicio, dice el Señor, a los cielos, y los cielos serán propicios a la tierra; la tierra, propicia al trigo, al mosto y al aceite, y éstos, propicios a Jezrael. Yo sembraré en la tierra para mí, y me compadeceré de la que no tenía misericordia. Y no le diré a mi pueblo: Mi pueblo eres tú, y él dirá: Mi Dios eres tú.

En su angustia me buscarán diciendo: Venid y volvamos al Señor; Él nos curará; Él hirió; Él nos vendará. Él nos dará la vida en dos días y al tercero nos levantará y viviremos ante Él. Reconozcamos y apresurémonos a conocer al Señor. Como aurora está aparejada su aparición; vendrá como lluvia impetuosa, como lluvia primaveral que riega la tierra.

Os 6, 1-3.

Sembrad en justicia, cosechad en misericordia, roturad vuestro barbecho, pues es tiempo de buscar al Señor hasta que venga y os enseñe la justicia.

Os 10, 12.

Irán en pos del Señor, que rugirá como un león, porque rugirá Él y se precipitarán sus hijos desde el occidente, y acudirán presurosos desde Egipto como pájaros, y de Asiria como palomas, y los haré habitar en sus casas—oráculo del Señor.

Os 11, 10-11.

No temas, suelo; alégrate y gózate, porque son muy grandes cosas las que el Señor va a cumplir. No temáis, animales del campo, que reverdecen los pastizales del desierto, y darán fruto los árboles, y la higuera y la vid riqueza. Alegraos y gozaos, hijos de Sión, en el Señor, vuestro Dios, que os dará la lluvia a su tiempo y hará descender sobre vosotros la lluvia otoñal y primaveral como al principio. Y rebosarán de trigo las eras, y de mosto y de aceite los lagares. Y os compensaré de los años en que lo comieron todo la langosta, el bruco, el añublo y la oruga, mi gran ejército que envié contra vosotros. Y comeréis hasta la saciedad y alabaréis el nombre del Señor, vuestro Dios, que hizo con vosotros maravillas, y jamás será confundido mi pueblo. [392] Sabréis que en medio de Israel estoy yo y que yo soy el Señor, vuestro Dios, y no hay otro; y jamás será mi pueblo confundido. Después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos tendrán sueños, y vuestros mozos verán visiones. Aun sobre los siervos y las siervas derramaré mi espíritu en aquellos días, y haré prodigios en el cielo, y en la tierra sangre y fuego y columnas de humo. Y el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y terrible del Señor. Y todo el que invocare el nombre del Señor será salvo, porque en el monte de Sión y en Jerusalén estará el resto de los salvados, como lo ha dicho el Señor, y lo mismo será de los escapados, llamados por el Señor.

Ioel 2, 21-32.

Pues he aquí que en aquellos días, cuando haga yo volver la cautividad de Judá y de Jerusalén, reuniré a todas las gentes y las haré bajar al valle de Josafat, y litigaré en juicio con ellos a propósito de mi pueblo y de mi heredad, que ellos dispersaron entre las naciones, repartiéndose mi porción, echando suertes sobre mi pueblo, dando un mozo por una prostituta, y una doncella por el vino que se bebían. Y vosotros también, ¿qué sois para mí, Tiro y Sidón, y todos los términos de la Filistea? ¿Es que queréis vengaros de mí? Si vosotros queréis vengaros de mí, al punto haré retornar sobre vuestras cabezas vuestra vengana-

Ioel 3, 1-21.

za. Vosotros, que os apropiasteis mi plata y mi oro y metisteis mis preciosidades en vuestros palacios; que vendisteis los hijos de Judá y los de Jerusalén a los hijos de los griegos para que los llevasen lejos de sus territorios, he aquí que yo los alzaré del lugar para donde los vendisteis, y haré recaer vuestra acción sobre vuestras cabezas, y venderé vuestros hijos y vuestras hijas a los hijos de Judá, para que ellos los vendan a los sabeos, nación apartada, oráculo del Señor. ¡Pregonad esto entre las gentes, proclamad la guerra santa, despertad a los valientes, acérquense y suban todos los hombres de guerra! ¡Forjad espadas de vuestros azadones, lanzas de vuestras bocas! Diga el flaco: ¡Yo soy valiente! Precipitaos y venid todas las gentes de en derredor y congregaos. Haz bajar allá, ¡oh Señor!, a tus valientes. Que se alcen y suban las gentes al valle de Josafat, porque allí me sentaré yo a juzgar a todas las gentes de en derredor. Meted la hoz, que está ya madura la mies. Venid, pisad, que está lleno el lagar y se desbordan las cubas, porque es mucha su maldad. Muchedumbres, muchedumbres en el valle del juicio, porque se acerca el día del Señor en el valle del juicio. El sol y la luna se oscurecen y las estrellas pierden brillo. Ruge el Señor desde Sión y hace oír su voz desde Jerusalén; los cielos y la tierra se conmueven, pero el Señor será un refugio para su pueblo y una fortaleza para los hijos de Israel. Y sabréis que yo soy el Señor, vuestro Dios, moradores de mi monte santo, y santa será Jerusalén, y no pasarán por ella los extraños. Y sucederá en aquel día que los montes destilarán mosto, y leche los collados; correrán las aguas por todas las torrenteras de Judá y brotará de la casa del Señor una fuente que regará el valle de Sitim. Egipto se trocará en desolación, [393] y Edom se convertirá en asolado desierto, por el cruel trato a los hijos de Judá, derramando en su tierra sangre inocente. Pero Judá será por siempre habitado, y Jerusalén por generaciones y generaciones. Yo vengaré su sangre, no la dejaré impune, y el Señor morará en Sión.

Am 9, 11-15.

Aquel día levantaré el tugurio caído de David, repararé sus brechas y alzaré sus ruinas y le reedificaré como en los días antiguos, para que conquisten los restos de Edom y los de todas las naciones sobre las cuales sea invocado mi nombre, dice el Señor, que cumplirá todo esto. He aquí que vienen días –oráculo del Señor– en que sin interrupción seguirá al que ara el que siega, el que vendimia al que siembra. Los montes destilarán mosto, y se derretirán todos los collados. Yo haré retornar a los cautivos de mi pueblo, Israel; reedificarán las ciudades devastadas y las habitarán, plantarán viñas y beberán su vino, harán huertos y comerán sus frutos. Los plantaré en su tierra y no serán ya más arrancados de la tierra que yo les he dado, dice el Señor, tu Dios.

Abd 1, 17-21.

Pero en el monte de Sión habrá una porción salvada, y será SANTA, y la casa de Jacob despojará a los que la despojaron. La casa de Jacob será el fuego, la casa de José será la llama y la casa de Esaú será la paja. La encenderán aquéllos y los devorarán, y no quedará superviviente de la casa de Esaú, porque el Señor ha hablado. Ocuparán los del Negueb la montaña de Esaú, y los de la Sefela el país de los filisteos, y ocuparán la campiña de Efraím y el campo de Samaria; y los de Benjamín, a Galaad; y los cautivos de este ejército de los hijos de Israel ocuparán el país de los cananeos hasta Sarepta, y los cautivos de Jerusalén que están en el Bósforo ocuparán las ciudades del mediodía. Subi-

rán salvadores al monte de Sión para juzgar la montaña de Esaú, y ¡AL SEÑOR PERTENECERÁ EL IMPERIO!

Y sucederá al final de los días que el monte de la casa del Señor se asentará a la cabeza de los montes, se elevará sobre los collados, y los pueblos correrán a él; y vendrán numerosas naciones, diciendo: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, que nos enseñe sus caminos para que marchemos por sus sendas, pues de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra del Señor. Y juzgará muchos pueblos y ejercerá la justicia hasta muy lejos con poderosas naciones, que de sus espadas harán azadas, y de sus lanzas hoces; no alzará espada gente contra gente, ni se adiestrarán ya para la guerra. Sentaráse cada uno bajo su parra y bajo su higuera, y nadie los aterrorizará, porque lo dice la boca del Señor de los ejércitos. Porque todos los pueblos marchan cada uno en el nombre de sus dioses, pero nosotros marcharemos siempre en el nombre del Señor, nuestro Dios por siempre jamás. En aquel día, dice el Señor, yo recogeré a la coja y traeré a la descarriada, a la que yo castigué; y de la coja yo haré un resto y de la descarriada haré un pueblo poderoso, y el Señor reinará sobre ellos en el monte de Sión, desde ahora para siempre.

Mich 4, 1-7.

Álzate y trilla, hija de Sión, que haré yo tu cuerno de hierro, y tus pezuñas, pezuñas de bronce, y aplastarás a muchos pueblos, y consagrarás [394] al Señor sus despojos, y sus riquezas al Señor de toda la tierra.

Mich 4, 13.

Pero tú, Belén de Efratá, pequeño entre los clanes de Judá, de ti me saldrá quien señoreará en Israel, cuyos orígenes serán de antiguo, de días de muy remota antigüedad. Por eso los entregará hasta el tiempo en que la que ha de parir parirá, y el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel. Y se afirmará y apacentará con la fortaleza del Señor y con la majestad del nombre del Señor, su Dios, y morarán tranquilamente, porque entonces será grande hasta los confines de la tierra. Y habrá paz...

Mich 5, 2-5; 7.

Y el resto de Jacob será en medio de numerosos pueblos como rocío del Señor, como lluvia sobre la hierba, que no tiene que esperar de nadie ni necesita nada de los hijos de los hombres.

¡No te regocijes de mí, enemiga mía!, pues si caí, me levantaré, y si moro en tinieblas, el Señor será mi luz. Habré de soportar la ira del Señor, porque pequé contra Él, hasta que juzgue mi causa y me haga justicia. Lo verá mi enemiga, se cubrirá de vergüenza, ella que me decía: ¿Dónde está el Señor, tu Dios? Mis ojos lo habrán de ver. Ahora será pisoteada como el fango de las calles. ¡Es el día de la reconstrucción de tus muros! ¡Es el día de la reconstrucción de tus muros! ¡Es el día en que se alejarán tus fronteras! En ese día se llegará a ti desde Asiria a Egipto, y desde Egipto hasta el río, del uno al otro mar, del uno al otro monte, y la tierra será devastada a causa de sus habitantes, por sus obras. Apacienta con tu cayado a tu pueblo, el rebaño de tu heredad, que habita aislado en la selva, en medio del Carmelo; que se apacientan en Basán y Galaad como en tiempos pasados. Como en los días de tu éxodo de Egipto, le haré ver prodigios. Lo verán las gentes y se avergonzarán de toda su prepotencia; pondrán la mano sobre su boca y ensordecarán sus oídos. Lamerán el polvo como la serpiente; como los reptiles de la tierra, saldrán espantados de sus escondrijos, y despavoridos, se volverán al Señor, nuestro Dios, y se sobrecogerán de te-

Mich 7, 8-20.

mor ante ti. ¿Qué Dios hay como tú, que perdonas la maldad y pasas por alto el pecado del resto de tu heredad? No persiste por siempre en su enojo porque gusta de la piedad. Volverá a compadecerse de nosotros, conculcará nuestras iniquidades y arrojará a lo hondo del mar nuestros pecados. Serás fiel a Jacob y propicio a Abraham, como a nuestros padres juraste desde tiempos antiguos.

Hab 3, 17-19.

Que no dé sus yemas la higuera ni sus frutos la vid, falte la cosecha del olivo y no den mantenimiento los campos. Desaparezcan las ovejas del redil y no haya bueyes en los establos; yo me alegraré en el Señor, y me gozaré en el Dios de mi salvación. El Señor, mi Dios, es mi fortaleza, que me da pies como de ciervo y me hace correr por las alturas vencedor en los salmos.

Soph 3, 8-20.

Por eso, dice el Señor, esperadme para el día en que me levantaré como testigo. Porque es mi propósito reunir a las gentes y juntar a los reinos para derramar sobre ellos mi ira, porque la tierra toda será consumida por el ardor de mi cólera. Entonces devolveré yo a los pueblos labios limpios para invocar todos el nombre del Señor y servirle con un solo hombro. [395] Desde más allá de los ríos de Etiopía, mis adoradores, mis dispersos me traerán mis ofrendas. En aquel día no te avergonzarás por las acciones con que prevaricaste contra mí porque quitaré de en medio de ti a tus fanfarrones jactanciosos, y no volverás a engrerírte por mi monte santo. Dejaré en medio de ti como resto un pueblo humilde y modesto, que esperará en el nombre del Señor. El resto de Israel no hará iniquidad, no dirá mentira ni tendrá en su boca lengua mendaz, y se apacentarán y reposarán sin que haya nadie que los espante. ¡Exulta, hijo de Sión! ¡Da voces jubilosas, Israel! ¡Regocíjate con todo el corazón, hija de Jerusalén! Que el Señor ha revocado los decretos dados contra ti y ha rechazado a tu enemigo. El rey de Israel, Dios, está en medio de ti. No verás ya más el infortunio. Aquel día se dirá a Jerusalén: No temas, Sión. No desmayen tus manos, que está en medio de ti el Señor como poderoso Salvador; se goza en ti con alegría, te renovará en su amor, exultará sobre ti con júbilo como en los días de fiesta. Yo haré perecer a los que te han abatido, se han convertido en afrentosa caraga. He aquí que en aquel tiempo arruinaré a todos tus opresores, y salvaré a la coja, y recogeré a la descarriada, y las haré objeto de alabanzas, y su confusión la haré gloria de la tierra toda. En aquel tiempo os traeré, y entonces os congregaré y os haré objeto de gloria y alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando yo haga volver ante vuestros ojos a vuestros cautivos, dice el Señor.

Agg 2, 21-24.

Fue por segunda vez la palabra del Señor a Ageo, a los veinticuatro del mismo mes, diciendo: Habla a Zorobabel, gobernador de Judá, y dile: Yo conmoveré los cielos y la tierra, y trastornaré los tronos de los reinos, y destruiré la fuerza del reino de las gentes, y volcaré el carro y a los que en él suben, y se vendrán abajo los caballos y los que en ellos cabalgan, los unos por la espada de los otros. Aquel día, dice el Señor de los ejércitos, te tomaré a ti, Zorobabel, hijo de Sealtiel, mi siervo, dice el Señor, y te haré como anillo de sello, porque yo te he elegido, dice el Señor de los ejércitos.

Zach 6, 12-15.

Así habla el Señor de los ejércitos, diciendo: HE AQUÍ QUE EL VARÓN CUYO NOMBRE ES "GERMEN", y del cual se producirá germinación, edificará el templo [verdadero] del Señor, se revestirá de majestad [de su eficiencia y de su reino], se sentará y dominará en su trono, y el sacerdote se sentará en su solio, y

habrá entre los dos [que vinieron] consejo de paz. La corona servirá a Jarim, Tobías y Jedaya de memoria en el templo del Señor. Hombres de muy lejos vendrán a trabajar en la construcción del templo del Señor y sabréis que el Señor de los ejércitos me ha enviado a vosotros. Sucederá esto si escuchas la voz del Señor, vuestro Dios [que pide fe y penitencial].

Así dice el Señor de los ejércitos: Si esto es difícil a los ojos del resto de su pueblo en estos días, ¿lo será también a mis ojos?, dice el Señor de los ejércitos. Así habla el Señor de los ejércitos: Yo salvaré a mi pueblo de la tierra del levante y de la tierra del poniente, y los traeré [396] y habitarán en Jerusalén, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios en verdad y en justicia. Así habla el Señor de los ejércitos: Esfuércense vuestras manos, vosotros los que en estos días oís las palabras de los profetas del tiempo en que fue cimentada la casa del Señor de los ejércitos para que el templo fuera reconstruido, porque antes de ese tiempo no había ni para pagar a los hombres ni para pagar por las bestias, ni paz alguna para el que entraba y salía a causa del opresor, pues yo había lanzado los hombres unos contra otros. Pero ahora yo no soy ya lo que era en los días antiguos para el resto de este pueblo, porque yo sembraré la paz. La vid dará su fruto, y dará la tierra su rendimiento, y los cielos su rocío, y pondré al resto de este pueblo en posesión de todo esto. Y así como fuisteis la maldición de las gentes, ¡oh casa de Judá y casa de Israel!, así yo os salvaré y seré bendición. No temáis y que se esfuercen vuestros brazos, porque así dice el Señor de los ejércitos: Como pensé en hacerlos mal cuando vuestros padres me provocaron a ira, dice el Señor de los ejércitos, y no me arrepentí, así, volviéndome, he pensado en hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá en estos días; no temáis. He aquí lo que vosotros habéis de hacer: hablar cada cual verdad a su prójimo, juzgar en vuestras puertas conforme a verdad y justicia, sembrando la paz; no maquinar nadie en su corazón el mal de su prójimo ni jurar en falso, porque todas estas cosas me son abominables, dice el Señor. Fueme dirigida la palabra del Señor de los ejércitos, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: El ayuno del cuarto mes, y el ayuno del quinto, y el ayuno del séptimo, y el ayuno del décimo se tornarán para la casa de Judá en gozo y regocijo y en festivas solemnidades. Amad, pues, la verdad y la paz. Así dice el Señor de los ejércitos: Aún vendrán pueblos y moradores de muchas ciudades, y los moradores de la una irán a los moradores de la otra y les dirán: Vamos a implorar el favor del Señor y a buscar al Señor de los ejércitos. Yo también voy. Y vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a Jerusalén a buscar al Señor de los ejércitos y a implorar el favor del Señor. Así dice el Señor de los ejércitos: En aquellos días, diez hombres de todas las lenguas de las gentes agarrarán de la orla del manto a un judío, diciéndole: Nos vamos con vosotros, porque hemos oído que con vosotros está Dios.

Zach 8, 6-23.

Alégrate sobremanera, hija de Sión. Grita exultante, hija de Jerusalén. HE AQUÍ QUE TU REY viene a ti, justo y victorioso, humilde, montado en un asno, en un pollino hijo de asna. Extirpará los carros de Efraím y los caballos en Jerusalén, y será roto el arco de guerra, y promulgará a las gentes la paz, y será de mar a mar su señorío y desde el río hasta los confines de la tierra. Y en cuanto a ti, por la sangre de tu alianza, yo solté a tus cautivos de la fosa sin agua. Volved, cautivos, a la fortaleza, llenos de esperanza, y yo te restituiré la

Zach 9, 9-17.

gloria al duplo. Porque he tensado para mí a Judá y he puesto en el arco a Efraím; y blandiré tus hijos, ¡oh Sión!, contra tus hijos, ¡oh Grecia!, y te convertiré en espada de héroe. Y aparecerá sobre ellos el Señor y lanzará sus dardos como rayos, [397] y el Señor, Dios, hará sonar la trompeta, y marchará entre los torbellinos del austro. El Señor de los ejércitos los protegerá, y las piedras de la honda devorarán la carne, y beberán la sangre como se bebe el vino; quedarán llenas como vaso de libación y como los cuernos del altar. Y los salvará el Señor aquel día como a rebaño de su pueblo, como piedras de diadema de brillantes sobre su país. ¡Qué ricos son! ¡Qué hermosos son el trigo que nutre a los mancebos y el vino que nutre a las doncellas!

Zach 10, 6-12.

Yo haré fuerte la casa de Judá y salvaré la casa de José; los recobraré porque me apiado de ellos, y serán como si yo no los hubiera desechado, pues yo soy el Señor su Dios, y los atenderé. Como bravos serán los de Efraím, estará alegre su corazón como por el vino; sus hijos lo verán y se alegrarán, exultará su corazón en el Señor. Yo les silbaré para reunirlos, pues los he rescatado, y serán tan numerosos como eran. Yo los sembré entre los pueblos, mas en lejanas tierras se acordarán de mí, criarán a sus hijos y retornarán. Los haré volver del país de Egipto, de Asur los recogeré, y los conduciré al país de Galaad y al Líbano, donde no habrá lugar para ellos. Atravesará el mar y golpeará las olas del mar, y todas las honduras del río se quedarán secas. Será abatido el orgullo de Asur, y el cetro de Egipto llegará a su fin. Yo los haré fuertes en el Señor, y en su nombre marcharán, dice el Señor”.

Zach 12, 7-11.

“Y salvará el Señor en primer lugar las tiendas de Judá, para que el prestigio de la casa de David y el prestigio de los habitantes de Jerusalén no se crezca sobre Judá. Aquel día protegerá el Señor a los habitantes de Jerusalén: el más flaco entre ellos será aquel día como David, y la casa de David será como Dios, como un ángel del Señor, al frente de ellos. Aquel día me pondré a destruir todas las naciones que vengan contra Jerusalén; derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y oración; y mirarán hacia mí. Y lo llorarán con un llanto como si fuera un hijo único y lamentarán por su causa como suele lamentarse por un primogénito”.

Zach 13, 1-2.

Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza”.

Zach 13, 8-9.

“Y sucederá en toda esta tierra – dice el Señor – que dos tercios en ella serán exterminados y el otro tercio quedará en ella. Yo meteré este tercio en el fuego (de la separación y la expiación): lo purgaré como se purga la plata y lo probaré como se prueba el oro. Él me llamará y yo le oiré. Diré: ‘Él es mi pueblo’. Y él dirá: ‘El Señor es mi Dios’”.

Zach 14, 7-11.

“Un día único será – conocido sólo de Dios–: no habrá día y luego noche, sino que a la hora de la tarde habrá luz. Sucederá aquel día que saldrán de Jerusalén aguas vivas, mitad hacia el mar oriental, mitad hacia el mar occidental: las habrá tanto en verano como en invierno. Y será el Señor rey sobre toda la tierra: ¡el día aquel será único el Señor, Su nombre será único! Toda esta tierra se tornará llanura, desde Gueba hasta Rimmón, al sur de Jerusalén. Y ésta, encumbrada, será habitada [398] en su lugar, desde la puerta de Benjamín hasta el emplazamiento de la antigua Puerta, es decir, hasta la Puerta de los Ángulos, y desde la torre de Jananel hasta los Lagares del rey. Se habitará en ella y no habrá más anatema: ¡Jerusalén será habitada en seguridad!”.

"He aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos, ¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién se tendrá en pie cuando aparezca? Porque es él como fuego de fundidor y como lejía de lavadero. Se sentará para fundir y purgar. Purificará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata; y serán para el Señor la oblación de Judá y de Jerusalén, como en los días de antaño, como en los años antiguos".

Mal 3, 1-4.

"Serán ellos para mí, dice el Señor de los ejércitos, en el día que yo preparo, propiedad personal; y yo seré indulgente con ellos como es indulgente un padre con el hijo que le sirve. Entonces vosotros volveréis a distinguir entre el justo y el impío, entre quien sirve a Dios y quien no le sirve".

Mal 3, 17-18.

"Pero para vosotros, los que teméis mi nombre, brillará el Sol de Justicia con la salud en sus rayos, y saldréis brincando como becerros bien cebados fuera del establo. Y pisotearéis a los impíos, porque serán ellos ceniza bajo la planta de vuestros pies, el día que yo preparo, dice el Señor de los ejércitos".

Mal 4, 2-3.

Y estos pasajes extractados y señalados de las respuestas de los vates serán suficientes con respecto a los demás, que en gran número restan, acerca de este fundamento, inmutabilidad y grandeza de la promesa divina, como una prueba clara y patente; un breve comentario añadido a éstos, comentario que preparamos, aclarará las palabras a veces bastante oscuras.

CAPÍTULO XVI.

DE LOS TESTIMONIOS Y ORÁCULOS MÁS HABITUALES EN EL SALTERIO

Nos habríamos visto obligados a comenzar a tejer una tela sin duda muy larga si hubiésemos decidido citar todos los oráculos que han sido repetidos hasta la saciedad por el rey y profeta David, y por otros creadores de Salmos, debido al don divino y a la secreta promesa de la salvación humana; porque no se puede entresacar ninguno de aquellos poemas cuyo contenido, o en su totalidad o en su parte principal, no se observe que tienda hacia este asunto, el más importante de todos, como otros antes que nosotros y también muchos de nuestra época indicaron y como a nosotros nos parece que hemos mostrado no ociosa ni negligentemente. Pero puesto que sabemos que también este género de las Sagradas Escrituras fue asimismo invocado por el Hijo de Dios para su cometido, será oportuno encaminar alguna parte de los riachuelos que proceden de la misma fuente hacia este jardín, repasando nosotros con el alma y la mente principalmente aquello que, cuando antes anunciábamos los oráculos pronunciados por otros profetas y que debían de ser invocados previamente, describíamos como el argumento común de este razonamiento.

En los argumentos de los versos en poesía latina de los Salmos.

Los cielos cuentan la gloria de Dios, la obra de sus manos anuncia el firmamento. El día al día comunica su mensaje, y la noche a la noche transmite la noticia. [399] No es un mensaje, no hay palabras, ni su voz se puede oír; mas por toda la tierra se esparcen sus sonidos y sus palabras hasta los confines del mundo. Bajo el sol puso su tienda, y él, como un esposo que sale de su tálamo, se recrea, cual atleta, corriendo su carrera. A un extremo del cielo es su salida, y su órbita llega al otro extremo, sin que haya nada que a su ardor escape. La Ley del Señor es perfecta, consolación del alma, el dictamen del Se-

Ps 18, 2-15.

ñor, veraz, sabiduría del sencillo. La justicia del Señor es recta, gozo del corazón; claro es el mandamiento del Señor, luz de los ojos. El temor del Señor es puro, por siempre estable; los juicios del Señor son verdaderos, justos todos ellos, apetecibles más que el oro, más que el oro más fino, y más dulces que la miel y que el jugo de los panales. Por eso tu servidor los guarda, y gran ganancia obtiene al guardarlos. Pero, ¿quién se da cuenta de tus yerros? De las faltas ocultas límpiame. Aparta también a tu siervo de los movimientos de soberbia, no se adueñen de mí; entonces seré irreprochable y purificado del gran pecado. Séante gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón. ¡Señor, mi protector, mi redentor!

Ps 31, 1-2. *¡Dichosos los que son perdonados de sus culpas y les quedan cubiertos sus pecados! Dichoso el hombre a quien el Señor no le cuenta el delito, y en cuyo espíritu no hay engaño.*

Ps 32, 1-5. *¡Gritad de júbilo justos en el Señor! De los rectos es propia la alabanza. ¡Dad gracias al Señor con la cítara, salmodiad para él al arpa de diez cuerdas; cantadle un cantar nuevo, tocad la mejor música en la aclamación! Pues recta es la palabra del Señor, todas sus obras fundadas en la verdad; él ama la misericordia y el derecho, del amor del Señor está llena la tierra.*

Ps 32, 18-22. *He aquí que los ojos del Señor están sobre quienes le temen, sobre los que esperan en su amor, para librar su alma de la muerte, y sostener su vida en la penuria. Nuestra alma espera en el Señor, proque él es nuestro socorro y nuestro escudo; en él se alegra nuestro corazón, y en su santo nombre confiamos. Sea tu amor, Señor, sobre nosotros, como está en ti nuestra esperanza.*

Ps 41, 2-12. *Como anhela la cierva las corrientes de agua, así te anhela mi alma, ¡oh Dios! Tiene mi alma sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo podré ir a ver la faz de Dios? ¡Son mis lágrimas mi pan, de día y de noche, mientras me dicen todo el día: ¿Dónde está tu Dios? Yo lo recuerdo, y derramo dentro de mí mi alma, porque atravesaba yo por medio de los nobles hacia la casa de Dios entre los gritos de alegría y alabanza, en festiva algaraza. ¿Por qué, alma mía, desfalleces? ¿Por qué te turbas contra mí? Espera en Dios, que aún le alabaré; es la salvación de mi rostro y mi Dios. Desfallece mi alma. Por eso me acuerdo de ti desde la tierra del Jordán, desde las cumbres del Hermón y del monte Misar. Un abismo llama a otro abismo, en el fragor de sus cascadas, todas tus olas y tus crestas han pasado sobre mí. De día dispensa el Señor su misericordia, [400] y el canto que me inspira por la noche es una oración al Dios de mi vida. Diré a Dios, mi sostenedor: ¿Por qué me olvidas?, ¿por qué he de andar sombrío por la opresión del enemigo? Mientras quebrantan mis huesos, mis opresores se burlan de mí, diciéndome continuamente: ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué, alma mía, desfalleces y te agitas contra mía? Espera en Dios, que aún le alabaré. Él es la salvación de mi rostro y mi Dios.*

Ps 51, 9-21. *¡Rociame, Señor, con hisopo, y seré puro; lávame y seré más blanco que la nieve! ¡Hazme escuchar el gozo y la alegría y saltarán de gozo los huesos que machacaste! ¡Aparta tu faz de mis pecados y borra todas mis iniquidades! Crea en mí, oh Dios, un corazón puro y renueva dentro de mí un espíritu recto. No me arrojes de tu presencia y no quites de mí tu santo espíritu (...) Yo enseñaré a los rebeldes tus caminos, y los pecadores volverán a ti. Líbrame de la sangre, Dios, Dios de mi salvación, y aclamará mi lengua tu justicia; abre, Señor, mis labios, y publicará mi boca tu alabanza. Pues no te agrada el sacrificio, si ofrez-*

co un holocausto no lo aceptas. El sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias. Sé benévolo en tu complacencia hacia Sión y edifica los muros de Jerusalén. Entonces te agradarán los sacrificios justos, holocausto y oblaciones, se ofrecerán entonces sobre tu altar novillos.

¡Dios se apiade de nosotros, nos bendiga y haga resplandecer su faz sobre nosotros! Para que se conozcan en la tierra tus caminos, tu salvación entre todas las naciones. ¡Te den, oh Dios, gracias los pueblos, todos los pueblos te den gracias! Alégrese y exulten las gentes, pues tú juzgas al mundo con justicia, con equidad juzgas a los pueblos, y a las gentes en la tierra gobiernas. ¡Te den, oh Dios, gracias los pueblos, todos los pueblos te den gracias! La tierra ha dado su cosecha: Dios, nuestro Dios, nos bendice. ¡Dios nos bendiga, y teman ante él todos los confines de la tierra!

Ps 66, 2-8.

¡Dios de las virtudes, vuélvete ya; mira desde los cielos y ve, visita esta viña, cuidala, a ella, la que plantó tu diestra! ¡Los que fuego le prendieron, cual basura, a la amenaza de tu faz perezcan! Esté tu mano sobre el hombre de tu diestra, sobre el hijo de Adán que para ti fortaleciste. Ya no volveremos a apartarnos de ti; nos darás la vida y tu nombre invocaremos. ¡Oh Señor, Dios de las virtudes, haznos volver, y que brille tu rostro, para que seamos salvos!

Ps 79, 15-20.

Has sido complaciente con tu tierra, oh Señor, has hecho volver a los cautivos de Jacob; has quitado la culpa de tu pueblo, has cubierto todos sus pecados, has retirado todo tu furor, has desistido del ardor de tu cólera. ¡Haznos volver, Dios de nuestra salvación, cesa en tu irritación contra nosotros! ¿Vas a estar siempre airado con nosotros? ¿Prolongarás tu cólera de edad en edad? ¿No volverás a darnos vida, para que tu pueblo pueda gozarse en ti? ¡Muéstranos tu amor, Señor, y danos tu salvación! Voy a escuchar de qué habla Dios. Sí, el Señor habla de paz para su pueblo, [401] para sus piadosos y para cuantos se vuelven a Él de corazón. Sí, su salvación está cercana de los que le temen, para habitar la gloria en nuestra tierra. Se han encontrado la paz y la fidelidad, se han dado el abrazo la justicia y la paz. La verdad brota de la tierra y la justicia mira desde el cielo. El Señor mismo otorgará el bien, y nuestra tierra dará sus frutos. La justicia irá delante de él y con sus pasos trazará un camino.

Ps 84, 2-14.

El amor del Señor por siempre cantaré, de generación en generación anunciaré mi boca tu lealtad. Pues tú dijiste: "Cimentado está el amor por siempre, asentada en los cielos mi lealtad. Una alianza pacté con mi elegido, un juramento hice a mi siervo David: para siempre jamás he fundado tu estirpe y erigiré tu trono de generación en generación".

Ps 88, 2-5.

Vuélvete, oh Señor, ¿hasta cuándo? Ten piedad de tus siervos. Sáctanos de tu amor a la mañana, que exultemos y cantemos toda nuestra vida. Devuélvenos en gozo los días que nos humillaste, los años en que desdicha conocimos. ¡Que se vea tu obra con tus siervos, y tu esplendor sobre sus hijos! ¡La dulzura del Señor sea con nosotros! ¡Confirma tú la acción de nuestras manos!

Ps 88, 13-17.

ENTUSIASMO DE LOS PROFETAS EN LA ESPERA DEL MOMENTO DE LA SALVACIÓN

Cantad al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas; han venido su diestra y su santo brazo. El Señor ha dado a conocer su salvación, a

Ps 97, 1-8.

los ojos de las naciones ha revelado su justicia; se ha acordado de su amor y su lealtad para con la casa de Israel. Todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios. ¡Aclamad al Señor, toda la tierra, estallad, gritad de gozo y salmodiad! Salmodiad para el Señor con la cítara, con la cítara y al son de la salmodia; con las trompetas y al son del cuerno aclamad ante la faz del Señor. Brama el mar y cuanto encierra, el orbe y los que le habiran; los ríos baten palmas, a una los montes gritan de alegría, ante el rostro del Señor, pues viene a juzgar la tierra; él juzgará el orbe con justicia, y a los pueblos con equidad.

SÚPLICA POR LA FUNDACIÓN DE JERUSALÉN

Ps 101, 13-29.

tú, en cambio, Señor, permaneces para siempre y tu memoria de generación en generación. Tú te alzarás y tendrás misericordia de Sión, pues es ya tiempo de apiadarte de ella, ha llegado la hora, que están tus siervos encariñados de sus piedras y se compadecen de su tierra. Y temerán las naciones tu nombre, Señor, y todos los reyes de la tierra tu gloria; porque el Señor ha edificado Sión y se verá en su gloria. Ha vuelto los ojos a la oración de los humildes y no ha despreciado su oración. Se escribirá esto para la edad futura, y un pueblo renovado alabará al Señor. Porque se ha inclinado el Señor desde su altura santa, desde los cielos ha mirado a la tierra, para oír el suspiro del cautivo, para librar [402] a los hijos de la muerte. Para pregonar en Sión el nombre del Señor y su alabanza en Jerusalén, cuando a una se congreguen los pueblos, y los reinos para servir al Señor. En el camino quebrantó mis fuerzas, abrevió mis días. Yo digo: "Dios mío, no me lles en la mitad de mis días, tú, cuyos años son generaciones y generaciones. En tiempos antiguos fundaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos; pero éstos perecerán y tú permanecerás, mientras todos se gasta como un vestido. Los mudas como un vestido, y se cambian. Pero tú eres siempre el mismo, y tus años no tienen fin. Habitarán los hijos de tus siervos allí y permanecerá ante ti su posteridad".

Ps 105, 43-48.

Ellos, sin embargo, le exasperaban con sus propósitos y eran humillados por sus iniquidades. Mas él vio sus tribulaciones y oyó sus lamentos. Y se acordó de su alianza con ellos y por su mucha bondad se apiadó de ellos. Y les hizo objeto de sus misericordias en presencia de cuantos los tenían en cautiverio. ¡Sálvanos, Señor, Dios nuestro, y reúnenos de entre las gentes, para celebrar tu santo nombre y gloriarnos en tus alabanzas! ¡Bendito sea el Señor Dios de Israel, por los siglos de los siglos! Y diga todo el pueblo: ¡Amén! ¡Aleluya!

SÚPLICA Y AGRADECIMIENTO DE LOS QUE CUMPLEN LA LEY

Ps 110, 1-10.

Te alabaré, Señor, con todo mi corazón, en compañía de los rectores y en la asamblea. Grandes son las obras del Señor, meditadas por los que en ella se complacen. Su obra es esplendor y magnificencia, y su justicia permanece para siempre. Hizo memorables sus maravillas, el Señor es clemente y compasivo. Dio de comer a los que le temen, acordándose siempre de su alianza. Mostró a su pueblo el poderío de sus obras, dándoles la heredad de sus gentes. Verdad y justicia son las obras de sus manos, son verídicos todos sus preceptos; estableci-

dos para siempre, eternamente, instituidos en verdad y rectitud. Envío la rendición a su pueblo, ratificó eternamente su alianza. Su nombre es santo y terrible. El principio de la sabiduría es el temor del Señor. Son de buen juicio los que la practican. Su alabanza permanece por siempre.

ACCIÓN DE GRACIAS

Alabad al Señor todos los pueblos [para la comunión de la denominada bendición], alabadlo todos los pueblos. Porque poderosamente se ha manifestado sobre nosotros su piedad y la verdad del Señor permanece para siempre. ¡Aleluya! Ps 116, 1-2.

Fui fuertemente empujado para que cayera, pero el Señor vino en mi ayuda. El Señor es mi fortaleza y a él le canto salmos; fue para mí la salvación. Voces de júbilo y victoria resuenan en las tiendas de los justos; la diestra del Señor ha hecho proezas; la diestra del Señor ha sido ensalzada; la diestra del Señor ha hecho proezas. No moriré, sino que viviré para poder narrar la gesta del Señor. Me castigó rigurosamente el Señor, pero no me entregó a la muerte. ¡Abridme las puertas de la justicia, entraré por ellas, daré gracias al Señor! Aquí está la puerta del Señor, [403] por ella entrarán los justos. Gracias te doy, porque me has respondido y has sido para mí la salvación. La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido; ésta ha sido la obra del Señor, una maravilla a nuestros ojos. ¡Éste es el día que el Señor ha hecho, exultemos y gocemos en él! ¡Oh, Señor, dame la salvación! ¡Oh, Señor, dame el éxito! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! Desde la casa del Señor os bendecimos. El Señor es Dios, Él nos ilumina. ¡Cerrad la procesión, ramos en manos, hasta los cuernos del altar! Tú eres mi Dios, yo te doy gracias, Dios mío, yo te exalto. ¡Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia! Ps 117, 13-29.

Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión, estábamos como quien sueña; entonces se llenó de risa nuestra boca y nuestros labios de gritos de alegría. Entonces se decía entre las naciones: ¡Grandes cosas ha hecho el Señor con éstos! ¡Sí, grandes cosas hizo el Señor con nosotros, el gozo nos colmaba! ¡Haz volver, Señor, a nuestros cautivos, como torrentes en el austro! Los que siembran entre lágrimas, cosechan en júbilo. Al ir, iban llorando, llevando la semilla; al volver, vuelven cantando, trayendo sus gavillas. Ps 125, 1-6.

PAZ Y DICHA DE LA NUEVA ERA

¡Qué bueno y qué dulce es habitar todos los hermanos juntos! Como un unguento fino en la cabeza, que baja por la barba, que baja por la barba de Aarón, hasta la orla de sus vestiduras. Como rocío del Hermón que baja por las alturas de Sión; allí el Señor dispensa bendición, la vida para siempre. Ps 132, 1-3.

¡Alabad al Señor porque es bueno, cantad salmos a nuestro Dios porque es complaciente, es digno de alabanza! Edifica el Señor a Jerusalén, congrega a los deportados de Israel; Él sana a los de roto corazón, y venda sus heridas. Él cuenta el número de estrellas, y llama a cada una por su nombre; grande es nuestro Señor, y de gran fuerza, no tiene medida su saber. El Señor sostiene a Ps 146, 1-11.

los humildes, hasta la tierra abate a los impíos. Cantad al Señor en acción de gracias, salmodiad a la cítara para nuestro Dios. El que cubre de nubes los cielos, el que lluvia a la tierra prepara, el que hace germinar en los montes la hierba, y las plantas para uso del hombre, el que dispensa al ganado su sustento, a las crías del cuervo cuando chillan. No le agrada la fortaleza del caballo, no se complace en las piernas de los hombres. Se complace el Señor en los que le temen, en los que a su piedad se confían.

1 Par 17-18.

Y se observa que aquel buen rey fue el primero que invocó a Dios para que confirmara e hiciera madurar en beneficio de su pueblo esta feliz época que él había conocido de antemano y que debía establecerse sólo por la virtud y el poder de Dios. *Bien sé, Dios mío, que tú pruebas los corazones [404] y amas la rectitud; por eso te he ofrecido voluntariamente todo esto con rectitud de corazón, y ahora veo con regocijo que tu pueblo, que está aquí, te ofrece espontáneamente tus dones. Oh, Señor, Dios de nuestros padres, Abraham, Isaac e Israel, conserva esto perpetuamente para formar los pensamientos en el corazón de tu pueblo, y dirige tú su corazón hacia ti.*

LIBRO SÉPTIMO
*De la planificación, preparación y anuncio
de la salvación universal*

CAPÍTULO I.

DE LA PLANIFICACIÓN Y OPORTUNIDAD DE LA SALVACIÓN UNIVERSAL

[404] A pesar de que en los hombres la fuerza de las promesas de Dios es grande, sin embargo se requiere finalmente un juicio puro, justo y simple, como había convenido que fuera, realizándolo la parte femenina del alma humana que, al deberse transmitir y conferir todas las palabras divinas, que son dignas de consideración, a una parte mejor, esto es, al interior del hombre, ella misma se arrogó la labor de examinarlas y definir las a su modo, medida y talento propio —y utilizarlas—, y determinó de qué modo había que dirigir las para su uso particular; y no había usurpado a su marido de una manera distinta a como lo había hecho consigo misma: admitió o bien lo que se debía discutir, o bien lo que se debía dejar fuera. A propósito de esta falta obtuvo la suya propia, antigua en efecto, sobre la que se escribió desde las primeras experiencias del mundo: *Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, bello a la vista y apetecible de aspecto, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que comió.*

Gen 3, 6.

Y en efecto toda la doctrina y disciplina de la Ley y de las profecías tenía dos puntos importantes: en uno se establecería el fin de los bienes y en el otro se darían las indicaciones del camino y la razón para encontrar ese fin. Toda la parte fundamental del primer punto contenía lo referente a la creación, el adorno y el engrandecimiento del interior del hombre que, como ninguno era capaz de realizarlo para sí, fue conveniente creer y esperar que se iba a realizar por el poderío de un único Dios. Pero la razón del punto siguiente se veía conformada en una cierta probidad de la vida prescrita en los preceptos y disposiciones de la Ley, a la que denominamos penitencia. Ahora bien, convino que uno y otro punto fueran comunicados y reunidos principalmente en el interior del hombre y, a partir de su propio parecer, comenzados y asegurados, como había sido determinado y escrito: *Estarás bajo el poder del hombre, y él te dominará.* Pero sin duda el significado y las razones de uno y otro punto, todos, la parte femenina del hombre los determinó erróneamente,

Gen 3, 16.

no desde el juicio del varón, sino limitada por su propio plan y provecho. Es más, recibió en confianza el fin de los bienes precisamente con el nombre de felicidad [405]; y aunque no sabía qué era la felicidad, se jactaba de poder conocerla y describirla, y aunque decía que era posible gozar de Dios, ignorando completamente qué Dios es o qué es, de qué modo ha de ser alcanzado y poseído, lo imaginaba con muchas características, nombres e imágenes completamente ajenos a Dios y a su naturaleza y virtud divinas, soñando para sí una especie de reino terrenal del placer y preñado de ambiciosa gloria; tan pronto los hombres hubieran hecho uso de él durante un largo tiempo, trasladados a continuación al paraíso de las delicias o al cielo o a otro lugar feliz, alcanzarían descanso eterno y dejarían memoria y fama dignas de alabanza y testimonio para sus descendientes. Y, finalmente, esperaban conseguir todo esto no tanto por la autoridad de un favor divino, como por su propia labor y diligencia, establecidas, con todo, a partir de lo fijado en la Ley: lo que con graves y continuas disputas los defensores de la verdad divina, los apóstoles, rechazan:

Rom 9, 30.

¿Qué diremos, pues? Que los gentiles, que no buscaban la justicia, han hallado la justicia —la justicia de la fe— mientras Israel, buscando una ley de justicia, no llegó a cumplir la ley. ¿Por qué? Porque la buscaba no en la fe sino en las obras, 'tropezaron contra la piedra de tropiezo', como dice la Escritura: 'He aquí que pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de escándalo; mas el que crea en él, no será confundido. Y, Testifico en favor de ellos que tienen celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento. Pues desconociendo la justicia de Dios y empeñándose en establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios. Y

Rom 10, 2-3.

en este lugar brevemente decimos que la justicia es esa dignidad del alma que cuando el hombre la consigue luego de perseguirla, no sólo sale reconciliado con Dios, sino también amado y engrandecido con el nombre y la gracia de hijo, y heredero del reino divino. Así está escrito: El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios, y, si hijos, también herederos; herederos de Dios... Y así en relación a las sombras de esta clase de bienes la sabiduría humana, —me refiero a la femenina— el celo de los hombres que las intentaría tomar, las cogería y sin embargo nunca las poseería en lugar del verdadero fin de los bienes, se las había imaginado para sí, se había dejado convencer y hecho promesas engañosas.

DE LA

PENITENCIA O LA
SANTIFICACIÓN DE

LA CARNE.

Rom 8, 16-17.

Pero ni había tomado una decisión mejor o más reflexiva sobre la razón y el modo de buscar y encontrar el verdadero bien, ni había establecido ese camino que, mostrado como único, simple y recto, había tomado la divina Sabiduría, puesto que, en efecto, lo había conocido más estrecho y tendido en lugar elevado pero seguro, a saber, ese camino que necesariamente elegido y observado con diligencia había escogido el profeta. *Enséñame, Señor, el camino de tus justificaciones, yo lo desearé siempre. Hazme entender, y examinaré tu ley y la observaré de todo corazón. Llévame por la senda de tus mandamientos porque tengo amor en ella. Inclina mi corazón hacia tus testimonios y no a ganancia injusta. Aparta mis ojos de mirar vanidades, por tu palabra vivifícame. No quites de mi boca la palabra de verdad, porque he esperado en tus juicios.*

Ps 118, 33-37.

Ps 118, 43.

Pero al apartarse la labor de los hombres de un serio conocimiento de esta Ley y de su meditación y utilización, ella misma dispuso para sí una cier-

ta forma de santidad, más vistosa para los ojos humanos por su imagen, su adorno externo, su púrpura, aspecto y ademán [406], que por la verdadera y sólida virtud de la piedad, digna de la aprobación de Dios; abandonados, en efecto, esos preceptos de la Ley que tenderían a retener, relajar y corregir los movimientos internos del alma y los ímpetus contrarios a lo honesto, y, por el contrario, preferidos y buscados los que adornaban el culto y el rito externos, y eran una especie de señales de las virtudes interiores y burdas representaciones para el fasto, la complacencia y la ostentación: hasta tal punto no sólo han sido infundidos al ser humano en lugar de la virtud de la elevada religiosidad, sino también ofrecidos al mismísimo Dios todo tipo de ayunos, sacrificios, ropajes, manjares, magníficos y suntuosos edificios y todo el resto de cosas utilizado por aquellos que los siguen, los cuales, como quiera que son los únicos que se practican incluso por encima de la manifestación de la virtud, acabaron siendo más fastidiosos que gratos para Dios, cuyo principal culto descansa en el alma. Así está escrito: *Oíd una palabra del Señor, príncipes de Sodomá. Escuchad la Ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. "¿A mí qué, tanta cantidad de víctimas vuestras? —dice el Señor—. Harto estoy de holocaustos de carneros y de sebo de cebones; y sangre de novillos y machos cabríos no me agrada, cuando venís a presentaros ante mí. ¿Quién ha solicitado de vosotros hollar mis atrios? No sigáis trayendo oblación vana: el humo del incienso me resulta detestable. Novilunio, sábado y otras festividades no toleraré, faltas de justicia son vuestras convocatorias, vuestros novilunios y solemnidades aborrece mi alma: me han resultado un gravamen que me cuesta llevar. Y al extender vosotros vuestras palmas, aparto los ojos de vosotros. Aunque menudeéis la plegaria, yo no oiré. Pues vuestras manos están de sangre llenas: lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de delante de mí vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda. Venid y disputemos —dice el Señor—. Así fueren vuestros pecados como la grana, cual la lana blanquearán. Si aceptáis obedecer, lo bueno de la tierra comeréis. Pero si rebusando os oponéis y mi ira provocáis, por la espada seréis devorados, que ha hablado la boca del Señor. ¿Cómo se ha hecho de adultera la villa leal llena de equidad? Justicia se albergaba en ella, pero ahora, asesinos. Tu plata se ha convertido en escoria. Tu vino se ha aguado. Tus príncipes, revoltosos y aliados con bandidos. Cada cual ama el soborno y va tras los regalos. Al huérfano no hacen justicia, y el pleito de la viuda no llega a ellos.*

Is 1, 10-23.

Clama a voz en grito, no te moderes; levanta tu voz como cuerno y denuncia a mi pueblo sus crímenes y a la casa de Jacob sus pecados. A mí me buscan día a día y les agrada conocer mis caminos, como si fueran gente que la justicia practica y el rito de su Dios no hubieran abandonado. Me preguntan por las leyes justas, la vecindad de Dios les agrada. —¿Por qué ayunamos, si tú no lo ves? ¿Para qué nos humillamos, si tú no lo sabes? —Es que el día en que ayunabais, se descubre vuestro negocio y buscáis a todos vuestros deudores. Es que ayunáis para litigio y pleito y para dar de puñetazos a los malvados. No ayunéis como hasta hoy, para hacer oír en las alturas vuestra voz. ¿Acaso es este el ayuno que yo quiero el día en que humilla el hombre su alma? [407]

Is 58, 1-14.

¿Había que doblegar como junco la cabeza, en sayal y ceniza estarse echando? ¿A eso llamaréis ayuno y día grato al Señor? ¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero? Desata los lazos de maldad, deshaz las coyundas del yugo, da la libertad a los quebrantados, y arranca todo yugo. Parte tu pan al hambriento, y a los pobres sin hogar recibe en casa, que cuando veas a un desnudo le cubras, y de tu semejante no te apartes. Entonces brotará tu luz como la aurora, y tu herida se curará rápidamente. Te precederá tu justicia, la gloria del Señor te seguirá. Entonces invocarás, y el Señor te escuchará, clamarás y dirá: 'Aquí estoy', si apartas de ti todo yugo, no apuntas con el dedo y no hablas maldad. Como repartas al hambriento tu alma, y al alma afligida dejes saciada, resplandecerá en las tinieblas tu luz, y lo oscuro de ti será mediodía. Te dará siempre descanso el Señor, llenará de esplendores tu alma, liberará tus huesos, y serás como huerto regado, como manantial cuyas aguas nunca faltan. Reedificarán, de ti, tu ruinas antiguas, levantarás los cimientos de pasadas generaciones, se te llamará Reparador de brechas, y Resataurador de senderos frecuentados. Si apartas del sábado tu pie, de hacer tu negocio en el día santo, y llamas al sábado 'Delicia', al día santo del Señor 'Honorable', y lo honras evitando tus viajes, no buscando tu interés ni tratando asuntos, entonces te delitarás en el Señor; y yo te haré cabalgar sobre los altozanos de la tierra. Te alimentaré con la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Señor ha hablado.

Y así, aunque se mostró la verdad de Dios al género humano por el testimonio de la Ley y de los profetas, aunque incluso su voluntad quedó declarada y anunciada, con todo, el aprovechamiento de ambas cosas quedó difuminado y disperso, o captado de manera errónea, y se vio arrastrado al mayor abuso de acuerdo con su vacía imagen.

Y es que de las dos partes a las que el género humano era conducido después de la extensión y promulgación de la Ley, la una no renunció a vivir oculta en una espesa ignorancia y rodeada de tinieblas, alejada del conocimiento de Dios verdadero y del escrúpulo religioso, o bien, siguiendo como si fueran dioses a mentiras y meras necedades, se creaba para sí una forma diferente, perversa, bárbara e inconstante de vida; por su parte la otra, jactándose de que tenía sin duda el conocimiento de la luz, esto es, de la Ley y de la doctrina divinas, sin embargo establecía o un camino hacia la vida y la verdadera virtud no más recto que la otra, a buen seguro corrompida por los mismos vicios, y actuando a las claras de manera impura y profana, o, dejados a un lado los más sólidos e importantes preceptos de la Ley, teñida con una cierta imagen de piedad, gustaba de filosofar para la ostentación y la ganancia, y ello lo cuidaba y protegía no sólo con razones inventadas por ella, sino manifiestamente en nombre de la doctrina y la institución divinas, o incluso de la tradición humana derivada de Dios —como pretextaba—, con un enorme daño para los que lo censuran o rechazan. Y la censura a ambas partes y facciones de esta clase o bien se encuentra a menudo, o bien se observa de manera breve y clara en los apóstoles: *Y como no tuvieron a bien guardar el verdadero conocimiento de Dios, [408] entrególos Dios a su mente insensata, para que hicieran lo que no les conviene: llenos de toda injusticia, perversi-*

dad, codicia, maldad, henchidos de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malicia, chismosos, detractores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, inventores de desgracias, rebeldes a sus padres, insensatos, desleales, desamorados, traidores e inmisericordes. Y es ésta por cierto la descripción y definición de una parte de los hombres: Los cuales, aunque conocedores del veredicto de Dios que declara dignos de muerte a los que tales cosas practican, no solamente las practican, sino que aprueban a los que las cometen. Y la siguiente, de la otra: Por eso, no tienes excusa quienquiera que seas, tú que juzgas, pues juzgando a otros, a ti mismo te condenas, ya que obras esas mismas cosas tú que juzgas, y sabemos que el juicio de Dios es según verdad contra los que obran semejantes cosas. Y ¿te imaginas, hombre que juzgas a los que cometen tales cosas y las cometes tú mismo, que escaparás al juicio de Dios? O ¿desprecias, tal vez, sus riquezas de bondad, de paciencia y de longanimidad, sin reconocer que esa bondad de Dios te impulsa a la conversión? Por la dureza y la impenitencia de tu corazón vas atesorando contra ti cólera para el día de la cólera y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual dará a cada uno según sus obras: a los que, por la perseverancia en el bien busquen gloria, honor e inmortalidad: vida eterna; mas a los rebeldes, indóciles a la verdad y dóciles a la injusticia: cólera e indignación. Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obre el mal: del judío primeramente y también del griego; en cambio, gloria, honor y paz a todo el que obre el bien; al judío primeramente y también al griego; que no hay acepción de personas en Dios. Pues cuantos sin ley pecaron, sin ley perecerán; y cuantos pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados; que no son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen: éstos serán justificados.

Rom 1, 32.

Rom 2, 1-13.

En fin, así permanece la muy verdadera y probada opinión del profeta: *Se asoma Dios desde los cielos hacia los hijos de los hombres, por ver si hay un sensato, alguien que busque a Dios. Todos ellos abandonaron, en masa se volvieron inútiles. No hay quien haga el bien, ni uno siquiera. Hasta tal punto que aquellos que se jactaban de que habían recibido de Dios la Ley divina —lo que alcanza a la verdadera y sólida piedad—, aunque mostraran un mejor conocimiento, no probarían ante Dios su modo de vida habitual más santo e impecable, sino sólo se verían más censurados y refutados con la luz de la Ley. Luego, ¿la Ley se opone a las promesas de Dios? ¡De ningún modo! Si de hecho se nos hubiera otorgado una ley capaz de vivificar, en ese caso la justicia vendría realmente de la ley. Pero, de hecho, la Escritura encerró todo bajo el pecado, a fin de que la Promesa fuera otorgada a los creyentes mediante la fe en Jesucristo. Como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron; hasta la Ley, había pecado en el mundo, pero el pecado no se imputa no habiendo ley; con todo, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir. Entonces, ¿para qué la ley? [409] Fue añadida en razón de las transgresiones hasta que llegase la descendencia, a quien iba destinada la promesa, ley que fue promulgada por los ángeles y con la mano de un mediador. Ahora bien, cuando hay uno solo no hay mediador, y Dios es uno solo.*

Ps 52, 3-4.

Gal 3, 21-22.

Rom 5, 12-14.

Gal 3, 19-20.

CAPÍTULO II.

DE LA FORMACIÓN, UNCIÓN Y VERDAD DEL SERVIDOR Y EXPIADOR
UNIVERSAL Y SUMO PONTÍFICE DE LA SALVACIÓN DEL HOMBRE

A ése al que el escritor, servidor e intérprete de las leyes divinas, Moisés, había descrito ante los hombres como el prometido por Dios para la salvación de las gentes y que había de ser esperado, los demás Profetas lo describieron y lo ensalzaron, caracterizándolo con numerosas pruebas y señales, como digno de ser esperado con atención y diligencia en la Tierra, y una vez esperado, como digno de ser finalmente conocido, y una vez conocido, aceptado con pasión. Y la más importante razón de estas señales se completaba con tres características: con la primera, no sólo la cantidad, sino también la grandiosidad de los prodigios y milagros que deberían ser realizados para aprovechar a la vida humana, los cuales demostrarían totalmente la fuerza y la eficacia divinas, dejarían también probadas la bondad y la benignidad supremas; por su parte, con la segunda, se debería hacer referencia a la más alta verdad a la hora de enseñar y explicar la voluntad y doctrina de Dios, y también la libertad y constancia en relación con el verdadero sentido de las sagradas Escrituras; y, finalmente, con la tercera se debería admirar la integridad —no comparable con ningún otro ejemplo—, la modestia, la fe y la inocencia de su propio legado divino y su fortaleza tan admirable por pagar con bendiciones el ultraje, y responder con bondad y gracia a los engaños y calumnias del alma ingrata, y, por último, por sacrificar la propia vida por la salvación y el beneficio incluso de sus propios enemigos.

Is 35, 3-9.

Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes. Decid a los de corazón intranquilo: ¡Ánimo, no temáis! Mirad que vuestro Dios viene vengador; es la recompensa de Dios, el propio Dios vendrá y nos salvará. Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como ciervo y la lengua de los mudos se quedará al aire. Pues serán alumbradas en el desierto aguas, y torrentes en la estepa. Se trocará la tierra abrasada en estanque, y el país árido en manantial de aguas. En las guaridas donde moraban las serpientes verdeará la caña y el papiro. Habrá allí una senda y un camino, vía sacra se la llamará; no pasará el impuro por ella, camino recto ésta será para vosotros; así como tampoco los necios por ella vagarán. No habrá león en ella, ni por ella subirá bestia salvaje: no se encontrará en ella; los rescatados la recorrerán.

Is 42, 1-4.

He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones. No vociferará ni alzará el tono y no bará oír en la calle su voz. Caña quebrada no partirá y mecha mortecina no apagará. Con la verdad bará justicia; no desmayará ni se quebrará hasta implantar en la tierra el derecho y su ley atenderán las islas.

Is 11, 1-5.

[410] *Saldrá un vástago del tronco de Jesé y un retoño de sus raíces brotará. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu de temor al Señor. No juzgará por las apariencias, ni sentenciará de*

oídas, sino que juzgará con justicia a los pobres y sentenciará con rectitud a los débiles de la tierra. Herirá la tierra con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado. Justicia será el ceñidor de su cintura, y fe el cinturón de sus flancos.

El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto que me ha ungido el Señor. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos, a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia del Señor, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para darles diadema en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, alabanza en vez de espíritu abatido. Se les llamará robles de justicia, plantación del Señor para manifestar su gloria.

Is 61, 1-3.

Con éstas y otras profecías, que son muchas en lo referente a este asunto en concreto y que se mantienen firmes, a ese que había de ser enviado por Dios como salvador de los hombres, los profetas lo ensalzaron, una vez examinado, por así decirlo, con muy severas medidas.

Así pues, en este preciso instante del tiempo y de los asuntos humanos la divina providencia había determinado que tan gran acontecimiento había de salir a la luz, y lo llevó a cabo de la manera más oportuna. Y es que, como quiera que todo el orbe gozara de la enorme tranquilidad de la paz y el sosiego, confiado el imperio del mundo a los romanos —o más bien a uno de ellos, a César Augusto—, en estas circunstancias, cualquier inusual acontecimiento para las gentes de todo el orbe que se produjera, podía ser conocido hasta por los propios príncipes romanos, e incluso por el resto de las naciones, al no verse perturbada una noticia así por desorden bélico alguno. Por este motivo, dos insignes servidores del plan divino fueron distinguidos, iluminados por sus dos nombres: el uno, que vino antes al mundo, fue hombre de gran presencia, de nombre Juan, según el oráculo divino; el otro, que surgió entre los hombres poco después, con todo, aventajó de largo al primero en naturaleza y virtud, su nombre era Jesús, y se le añadía el sobrenombre de Cristo. Ambos nombres se ajustaban de tal modo, que el de Juan significaba gracia y el de Jesús, salvación. Y por esa determinación de dar el perdón divino a todo el género humano, debido no a alguna deuda ni a la dignidad de los hombres, sino a la simple bondad divina, ya se presentaba la oportunidad, fijada con antelación por una oculta decisión, y el mismísimo don de la salvación verdadera que inmediatamente iba a conseguir una prueba de la gracia. Y como la verdad, virtud y eficiencia de ese que había sido prometido como autor de la salvación, habían sido vaticinadas con muchos nombres a través de numerosos profetas, así también del otro que iba a anunciar con antelación esta salvación como un heraldo, o más bien iba a indicarlo como testigo, sus cometidos y acciones no sólo fueron predecidos por un profeta, sino también anotados, para dejar constancia a través de los tipos, en los testimonios escritos: *He aquí que yo envío a mi mensajero a allanar el camino delante de mí, y en seguida vendrá a su Templo el Señor a quien vosotros buscáis; y el Ángel de la alianza, que vosotros deseáis.*

Mal 3, 1.

[411] La divina Sabiduría quiso que fuese llamado Ángel de la alianza aquel que iba a establecer un nuevo pacto con el género humano: tantas veces incluso había sido predicho, que a Moisés se le llamó mensajero y servidor del

primer pacto. Cuán grandes son las diferencias entre ambos pactos ya lo significábamos en los libros precedentes, e incluso pretendemos explicarlo posteriormente en lugar adecuado de un modo más claro y extenso con la ayuda de Dios, gracias al cual nos acontecieron todas estas cosas.

Ahora bien, a aquel ángel o mensajero, con cuya anunciación y vaticinio quiso Dios que en un principio gozara del crédito y la valoración de los hombres como salvador de las gentes del orbe entero, lo mostró digno de observación y contemplación, adornado por una autoridad y una fe sagradas y muy profundas desde el mismo momento de su nacimiento, hijo de un anciano padre y una madre algo madura y estéril; y esto fue anunciado al padre por un mensaje del espíritu celestial e insinuado antes a la madre, incluso luego confirmado por un hecho admirable, en medio de la mayor sorpresa y expectación de los presentes en relación con el nacimiento del niño, al que precedieron tan extraños, grandes y numerosos milagros, y siguieron precisamente unos compañeros cuyas narraciones, tomadas del propio servidor del Espíritu divino desde el conocimiento y la comunión con la verdad, merece la pena escuchar.

Lc 1, 5-79.

Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del grupo de Abías, casado con una mujer descendiente de Aarón, que se llamaba Isabel; los dos eran justos ante Dios, y caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor. No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos de avanzada edad. Sucedió que, mientras oficiaba delante de Dios, en el turno de su grupo, le tocó en suerte, según el uso del servicio sacerdotal, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso. Toda la multitud del pueblo estaba fuera en oración, a la hora del incienso. Se le apareció el Ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Al verle Zacarías, se turbó, y el temor se apoderó de él. El ángel le dijo: "No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás el nombre de Juan; será para ti gozo y alegría, y muchos se gozarán en su nacimiento, porque será grande ante el Señor; no beberá ni vino ni licor; estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre; y a muchos de los hijos de Israel les convertirá al Señor su Dios, e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y a los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto." Zacarías dijo al ángel: "¿En qué lo conoceré? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en edad." El ángel le respondió: "Yo soy Gabriel, el que está delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena nueva. Mira, te vas a quedar mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no diste crédito a mis palabras, las cuales se cumplieran a su tiempo." El pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaban de su demora en el Santuario. Cuando salió no podía hablarles, y comprendieron que había tenido una visión en el Santuario; les hablaba por señas, [412] y permaneció mudo. Y sucedió que cuando se cumplieron los días de su servicio, se fue a su casa. Días después, concibió su mujer Isabel; y se mantuvo oculta durante cinco meses diciendo: "Esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre los hombres." Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, lla-

mada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: "Alegrate, llena eres de gracia, el Señor está contigo." Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin." María respondió al ángel: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios." Dijo María: "He aquí la esclava del Señor; bágase en mí según tu palabra." Y el ángel, dejándola, se fue. En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: "Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegaron a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" Y dijo María: "Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada. Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia —como había anunciado a nuestros padres— en favor de Abraham y de su linaje por los siglos." María permaneció con ella unos tres meses y se volvió a su casa. Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz, y tuvo un hijo. Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia, y se congratulaban con ella. Y sucedió que al octavo día fueron a circuncidar al niño, y querían ponerle el nombre de su padre, [413] Zacarías, pero su madre, tomando la palabra, dijo: "No; se ha de llamar Juan." Le decían: "No hay nadie en tu parentela que tenga ese nombre." Y preguntaban por señas a su padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: "Juan es su nombre." Y todos quedaron admirados. Y al punto se abrió su boca y su lengua hablaba bendiciendo a Dios. Invadió el temor a todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judea se comentaban todas esas cosas; todos los que oían las oían las grababan en su corazón diciendo: "Pues ¿qué será este niño?" Porque, en efecto, la mano del Señor estaba con él. Zacarías, su padre, quedó lleno del Espíritu Santo, y profetizó diciendo: "Bendito el Señor de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo, y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su sier-

vo, como había prometido desde tiempos antiguos, por boca de sus santos profetas, que nos salvaría de nuestros enemigos y de las manos de todos los que nos odiaban haciendo misericordia a nuestros padres y recordando su santa alianza y el juramento que juró a Abraham nuestro padre, de concedernos que, libres de manos enemigas, podamos servirle sin temor en santidad y justicia delante de él todos nuestros días. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos y dar a su pueblo conocimiento de salvación por el perdón de sus pecados, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de la altura, a fin de iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte y guiar nuestros pasos por el camino de la paz."

CAPÍTULO III.

DE LA PRESENCIA PROBADA DEL SALVADOR UNIVERSAL

A la admiración del futuro mensajero el propio autor de la salvación, seis meses después de su nacimiento, se adelantó con muchos y admirabilísimos ejemplos: principalmente porque fue concebido de una madre virgen, no actuando hombre varón, sino por la virtud del Espíritu divino; nació en el pudor no mancillado de su madre, verdadero Dios por ser su Padre Dios, verdadero hombre por su madre, doncella e íntegra; con dos nombres inalterable, el de Dios y el de hombre, fue llamado con razón El mismo y Uno, nombrado Hijo de Dios, dotado éste como ser único de una inalterable y doble naturaleza completamente nueva que soportara la debilidad humana, o mejor, la mortalidad, y todo lo que puede atribuirse al hombre —a excepción del pecado—, y que poseyera Él mismo la fuerza divina en su totalidad, el poder y la inmortalidad, puesto que es propia y eterna. Caracterizado así, pues, y tan grande, tan sublime e inmenso, tan humilde y débil convino que se mostrase Aquel que, aun siendo el único autor, conciliador y responsable, iba a unir lo más grande a lo más pequeño, lo más alto a lo más bajo, lo más elevado a lo más ínfimo, e iba a transformar la distancia y separación entre lo celeste y terrenal en concordia y comunidad. [414] Así está escrito: *Cuando éramos menores de edad, vivíamos como esclavos bajo los elementos del mundo. Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. Convenía, en verdad, que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación. Pues tanto el santificador como los santificados tienen el mismo origen.*

Gal 4, 3-5.

Hebr 2, 10-11.

Y quiso Dios que este nuevo, único y, sobre todo, admirable acontecimiento para el mundo entero y para las dos clases de hombres, tanto de aquellos que declaraban llevar a cabo sus empresas privadas y públicas desde la doctrina divina, como de aquellos que declaraban hacerlo desde la sabiduría humana, quedase desde el principio inmediatamente indicado, señalado, acre-

ditado y consignado; para que de este modo ninguna condición humana pudiese excusarse de desconocer la doctrina de éste, al pasar a examinar la verdad: ni el escriba, ni el experto en los secretos de la ley, ni el sabio, ni el que investiga este mundo —al que se da otro nombre, el de mago—, ni los ancianos, ni los jóvenes, ni siquiera las mujeres de edad madura, ni, en fin, el pastor que trabaja en el campo o en los bosques. De qué modo todo esto ha sido dispuesto y explicado lo comprenderemos totalmente a partir de la historia sagrada: *Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días de alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento. Había en la misma región algunos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor. El ángel les dijo: "No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy un salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre." Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace." Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: "Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor ha manifestado." Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas esas cosas y las meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, [415] conforme a lo que se les había dicho. Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor —como está escrito en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor— y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor. Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón: este hombre era justo y piadoso y esperaba la consolación de Israel; y estaba en Él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu vino al Templo y, cuando los padres introdujeron al niño Jesús para cumplir lo que la Ley prescribía sobre Él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: "Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel." Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de Él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: "Éste está*

Lc 2, 1-40.

puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para ser señal de contradicción, y tu alma la atravesará una espada, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones." Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser; de edad avanzada; después de casarse había vivido siete años con su marido, y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.

CAPÍTULO IV.

LAS DISTINTAS OPINIONES DE LOS HOMBRES AL RECIBIR AL AUTOR DE LA SALVACIÓN

Al servidor de Dios, prometido con antelación y esperado durante tiempo, que iba a traer y conseguir la libertad y la salvación al mundo, que ya había salido a la luz, o mejor, ya había hecho acto de presencia, aquellos, por cuya causa había venido al mundo, lo recibieron de distinto modo, no con un mismo espíritu y de una misma manera, como hubiera sido menester, sino según el cambiante parecer del carácter humano y su afecto.

Ahora bien, como se nos enseñaba desde el principio de esta obra, perdura dividido principalmente en tres grupos. El primero y más pequeño es el de aquellos que, aunque son hijos de Adán —como, en efecto, no sólo lo son ellos, sino también todos los demás, tanto quienes están bajo la Ley, como aquellos para los que es desconocida—, sin embargo, conscientes de su propia debilidad, viven de un modo sencillo y modesto desde la fe y la esperanza en la clemencia y misericordia divinas, [416] y cultivan el amor, en la medida que pueden responder, y piden a Dios el beneficio de su propia salvación e intentan observar con cuidado y afán la sinceridad de sus costumbres y espíritus, y la inocencia e integridad de su comportamiento. Y —para resumirlo con un ejemplo— proclaman como referente a Abel, que, siendo el tercer hombre que surgió en el mundo, fue un ejemplo probado para Dios de sencillez y honradez.

Al segundo grupo pertenecen aquellos a los que el afán y el deseo de su única y propia comodidad los arroja de cabeza a actuar de manera violenta y claramente injusta con los demás. En este grupo se disponen los engaños y las trampas: pues muy frecuentemente el poder suele hacer uso de servidores de esta clase. Éstos se muestran manifiestamente distinguidos y temibles. A este grupo sabemos que pertenecen aquellos antiguos gigantes de antes del diluvio y las madres de estos hombres a las que llamaban 'hijas'.

Finalmente, el tercer grupo lo conforman aquellos que, alejándose de la verdadera sencillez y modestia, disponen sus asuntos, su comodidad y toda su

[cf. Gen 6, 4].

gloria, e incluso la búsqueda razonable de su salvación no desde el plan y prescripción divinos, sino desde la inventiva e inteligencia de su propio talento, y ponen como espectadores a los hombres en los primeros bancos del teatro, de quienes reciben el aplauso y los reconocimientos, pero procuran poner a Dios en los últimos, para cuya gracia sin embargo declaran que ofrecen sus juegos, espectáculos y todo su aparato de escenificación.

Y estos dos géneros a los que hemos llamado segundo y tercero, ya hemos advertido que toman el origen de su familia, secta y formación del segundo poblador del mundo y parricida, Caín. Pues aquel fue el primero que con sus propios ejemplos enseñó a engañar y a utilizar a las claras la violencia, a simular su inteligencia en su maldad e imitar vanamente la virtud, según conviniera a su comodidad y provecho.

Pero los partidarios del segundo grupo poseen una terrible y muy horrible faz puesto que muestran en su rostro la grosería, la ferocidad y la crueldad, y desean cegar con el brillo de su majestad y poder los ojos de los mortales; pero se consideran menos dañinos porque actúan más abiertamente, sobre todo mientras se jactan y hacen uso de sus fuerzas a las claras. Pero los otros son peores y más hostiles, y muchísimo más intratables, por el hecho de que ocultan un ánimo no menos ensoberbecido y arrogante que el de los anteriores en la severidad de su rostro y vestimenta, y en la gravedad de su ademán y conversación, y en su capacidad para simular y disimular son capaces de ofrecer y vender estaño por plata, latón por oro, tierra por cielo, y hacia el mismo objetivo dirigen la mayor parte de su determinación, preocupación y afán juntando todos sus esfuerzos, e incluso hacen uso de tanta doctrina y argumentación, como estiman que es suficiente para proteger la autoridad común; y esto lo exponen no a partir de un razonamiento y una ciencia verdaderos y legítimos, sino de una interpretación propia, apoyada más en el número de las opiniones que en su peso; aunque, por lo demás, cada uno de ellos, divididos en distintas sectas y facciones, esté en desacuerdo a su vez por odios ocultos en favor de su propia causa y gloria, y se enfrenten a menudo claramente de palabra o de hecho. Y todos éstos tienen tanta capacidad por sus malas artes para conseguir y llevar a cabo sus planes, [417] que no sólo empujan a la esclavitud a los más humildes, a los que desprecian, sino que obligan a los más poderosos y orgullosos a complacerlos y a asistirles con obediencia por su habilidad en las malas artes, por su astuto talento y su diligente destreza. Y es que persuaden a todos los demás de que ellos son expertos en toda clase de asuntos públicos o privados, guías e instructores de la vida en todas sus facetas, y declaran poseer la razón para que lo bueno se convierta en malo, lo malo en bueno, lo vergonzoso en honesto, lo curvo en recto sin poner la verdad en peligro: pero eso no servía para ningún otro a excepción de para ellos mismos y sus rebaños, de modo que de éstos los demás pueden y deben reclamarlo y comprarlo.

Pero del examen de la causa de una y otra clase en la balanza del juicio de Dios se desprende que no tienen nada de solidez, de verdad, de divinidad y humanidad, o mejor, que cualquiera de las dos, conveniente para lo que se aprecia en esta vida mortal y considerada en el esfuerzo por alcanzar el fruto incluso de una pequeña gloria entre los hombres, se ve empujada por el soplo de la avaricia y la ambición, o más bien por el viento, y, a merced de

diferentes tormentas y mareas, es arrastrada continuamente hacia arriba, hacia abajo, hacia delante y hacia atrás, y, como sin cesar es revuelta y desviada por las tempestades, nunca encuentra un puerto tranquilo y seguro para su salvación y descanso. Tal era éste el estado de la cuestión de ambas facciones, sin duda resplandeciente la primera por los nombres de majestad y poderío, la segunda por los de sabiduría y santidad; ahora bien, el rostro de cada una parecía diferente: el de la primera, propio, impúdico y simplemente grosero y terrible, y por ello más sincero, ya que era menos engañoso; el de la segunda no era propio, sino revestido con la máscara de la honestidad y la severidad y adornado muy cuidadosamente, ejercitándose muy hábilmente en representar su propio papel, por lo que muy a menudo recibía de la sabiduría de Dios el nombre de facción de los hipócritas.

Así pues, tan pronto como el Verbo divino surgió en la Tierra hecho carne para la salvación de la carne humana, fue recibido por los hombres, por cuya causa había venido, de distintas maneras; pues las gentes más sencillas, tanto las más incultas como las que dedicaban su tiempo al afán de saber, no para saciar su ambición sino para el común y propio aprovechamiento, saludaron de un modo sencillo, sincero y piadoso al que ya estaba entre ellos, en medio de una gran expectación ante la eficacia de la salvación debida a la misericordia y generosidad divinas, que había de ser demostrada prácticamente en el mismo momento de su entrega y aprovechamiento y que había de ser probada a todos los piadosos. Fueron primero los pastores, gente rústica, pero de mente sencilla y abierta, los que dieron ejemplo de esta pleitesía, luego los hombres de vida más cultivada, destacados por el candor de la verdadera piedad, a quienes el Espíritu de Dios informó de la verdad que estaba entre ellos, en tercer y último lugar los Magos, es decir, quienes habían dirigido su afán de saber hacia la búsqueda divina. De los hombres de esta clase leemos los testimonios escritos del Espíritu Santo: *Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El Ángel les dijo: "No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: pues os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor. Y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre."* [418] *Y de pronto se juntó con el Ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad."* *Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: "Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado". Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer los que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a los que se les había dicho. Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el Ángel antes de ser concebido en el seno. Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según*

Lc 2, 8-38.

la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la ley del Señor: 'Todo varón, descubriendo su glande, será consagrado al Señor, y para ofrecer en sacrificio 'un par de tórtolas o dos pichones', conforme a lo que se dice en la Ley del Señor. Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón: este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel, y estaba en Él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Y movido por el Espíritu vino al Templo y, cuando los padres introdujeron al niño Jesús para cumplir lo que la ley prescribía sobre Él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: "Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel". Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de Él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: "Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para ser señal de contradicción; y a ti misma una espada te atravesará el alma, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones." Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada; después de casarse había vivido siete años con su marido, y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Como se presentase en aquella misma hora, alababa al Señor y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían de Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: "¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y venimos a adorarle."

Mt 2, 1-2.

[419] Y así mostraron para con la voluntad y bondad divinas un sentir y un alma propios de los hombres más sencillos, más abiertos y más parecidos a Abel. Pero en verdad aquellas otras dos facciones del sentir humano a las que hemos nombrado, tendían hacia el mismo punto por diferentes caminos, aunque una y otra según su costumbre actuaban de modo muy distinto. Puesto que, al saber de la presencia de aquel a quien esperaba el mundo, ya muy a menudo prometido por Dios, los otros, que tenían el poder con su fuerza y su mando, temiendo que la fuerza de un poder mayor los expulsara de su posición, decidieron simplemente que habían de anticiparse al peligro con la espada. Y para que sucediera con los menores inconvenientes posibles, pensaron en realizarlo primero en silencio y con disimulo, luego incluso en llevar a cabo abiertamente el castigo.

Pero éstos, que con astucia, laboriosidad, sabiduría y santidad simuladas disponían sus planes, pensaron primero en actuar con atención y cuidado hasta que supieran qué era pues lo que les convenía y trataran de alcanzar lo planeado: y es que el nombre de 'Rey' conmovió a ambas partes. Pero los unos, pensando que eso equivalía a poder, majestad y tiranía, consideraron que había que rechazarlo lo antes posible; los otros, estimando que ellos mismos tal vez iban a poseer el esplendor del reino, la autoridad y su provecho, y que su facción iba a verse favorecida, pensaron que había que percatarse de hacia

qué parte finalmente se decantaría, y mientras tanto se afanaron en demostrar por mor de su propia habilidad y destreza que ellos no pertenecían a ninguna facción, o que ellos por mantener entonces la apariencia de las cosas no se mostraban como desleales y enajenados, pues, entre tanto, esperaban que se les iba a dar no sólo la ocasión, sino también el momento adecuado de deliberar y consultar.

Mt 2, 3-18.

En oyéndolo, el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén. Convocó a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos se estuvo informando del lugar donde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: "En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel". Entonces Herodes llamó aparte a los magos y por sus datos precisó el tiempo de aparición de la estrella. Después, enviándolos a Belén, les dijo: "Id e indagad cuidadosamente sobre ese niño; y cuando lo encontréis, comunicádmelo, para ir también a adorarlo." Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa; vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego los cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. Y, avisados en sueños que no volvieran donde Herodes, se retiraron a su país por otro camino. Después que ellos se retiraron, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, toma contigo al niño a su madre y buye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te lo diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle." Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: [420] De Egipto llamé a mi hijo. Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había precisado por los magos. Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: Un clamor se ha oído en Ramá, mucho llanto y lamento: es Raquel que llora a sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen.

Ahora bien, en verdad es posible que el poder de la carne humana enloquezca y muestre, sacándolas a relucir, su crueldad y fiera de vez en cuando, mostrándose cruel para con los últimos miembros de la inocencia y benevolencia divinas; por su parte no es posible que ella misma acabe con la inocencia y la benevolencia, pero es posible que no deje de producir fatigas, expulsiones y exilios, en tanto en cuanto la divina providencia permita soportarlas y sufrirlas —y se hace de este modo para que ella misma crezca y se engrandezca, y sea llevada a una edad sólida—, y que mientras la fiera con sus decisiones y deseos irracionales maquine algo en contra de la inocencia, sienta que finalmente ha escapado a su mismísima aniquilación. Así está escrito: *Él te pisará la cabeza, mientras acechas tú su calcañar.* Y es que Herodes había meditado y maquinado todo para acabar con el niño, todo lo agotó sólo en maquinar insidias para el calcañar del talón del arcano cuerpo, y de este modo se entregó a la muerte y a la condena. *Muerto Herodes, el Ángel del*

Gen 3, 15.

Mt 2, 19-23.

Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: "Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino de la tierra de Israel; pues ya han muerto los que buscaban la vida del niño." Él se levantó, tomó consigo al niño y a su madre, y entró en la tierra de Israel. Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea y fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera el oráculo de los profetas: Será llamado el de Nazaret.

Pero ni siquiera en ese momento el Verbo hecho carne deja de probar la índole de su enorme e incomparable virtud a aquellos que lo requisieron, sino que exhibe de vez en cuando un ejemplo práctico de prudencia y probidad por encima de su edad y una admirable prueba de piedad junto a la sabiduría y santidad de la carne; y muestra que fue engendrado para las misiones más grandes, más elevadas y completamente divinas. Entre tanto no fue gravoso o molesto para ninguno, ni incomodo para nadie, sino que a aquellos entre los que se educaba —me refiero a su madre y familiares—, los complacía con agrado con todo tipo de piadosas y honestas deferencias y consideraciones. Como quiera que había venido no para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre que lo había enviado, delegado e instruido, voluntad que exige la mayor piedad para con Dios y la mayor benevolencia, integridad y conveniente condescendencia para con los hombres. Así está escrito: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tu fuerzas; y a tu prójimo como a ti mismo.* Pues Él mismo se arrogó la tarea de conducirse según la norma de éste y de ofrecer su vida hasta las últimas consecuencias, y la transmitió completamente con sus palabras y ejemplo a aquellos a los que se cuidaba de instruir. [421] *El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él. Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca. Y sucedió que al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando." Él les dijo: "Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?" Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas estas palabras en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.*

cf. Io 6, 38.

Lc 10, 27.

Lc 2, 40-52.

CAPÍTULO V.

DE LOS INDICIOS Y LA TAREA Y OFICIO DEL *NOMENCLATOR*

Aquellos grandísimos dones prometidos por Dios a los hombres se predijo muy a menudo que serían entregados sólo a aquellos que creyeran piadosa, pura y sumisamente, esto es, a los que celosamente atentos a la verdadera virtud, ya determinada, buscaran y esperaran recibirlos; y tanto si hubieran actuado de este modo durante toda su vida, como si, aun deambulando con anterioridad en los vicios del error humano, hechos volver por consejo divino, se arrepintieran y, abominando de sus vicios, probaran a Dios que han emendado su talante y costumbres según la norma prescrita. Pues esta ley divina ya desde el principio quedó establecida y confirmada con las respuestas de todos los profetas a lo largo de todas las generaciones de los hombres; pues cualquiera que rechazara esta condición, o sea, la de creer en las palabras divinas y la de obedecer los preceptos dados según las circunstancias, ése había sido anunciado repetidas veces que iba a quedar excluido de participar en la salvación universal.

Y la providencia y misericordia divinas, que siempre desearon y quisieron la salvación de todos los hombres, para que no se pudiera creer con razón que en alguna parte no se había hecho lo suficiente y más, estuvieron constantemente en vela y vigilantes, enviando perseverantes profetas y doctores, a veces en gran número, otras en menor, según requería la necesidad del momento. Pero en la ocasión misma de la salvación ya enviada y presente destinaron a un servidor celebérrimo –como los profetas habían predicho que iba a suceder–, aquel –digo– hijo de unos padres ancianos, Zacarías e Isabel, destacado desde el mismo momento de su nacimiento, esperado por las gentes, [422] que prepararía el camino para un rey aguardado con esperanza y expectación desde hacía muchos siglos, y para un reino casi dispuesto; y proclamaría que se apartase todo lo que pudiera provocar demora o impedimento a la hora de recibir tan gran bien, es decir, mostraría y aconsejaría fe y penitencia a los hombres deseosos de su propia salvación; incluso él mismo sería testigo de la verdad ya anunciada por Dios, y de la mayor promesa de todas.

Éste es el mensajero que se procuró Dios: conformado por todos los elementos que pudieran adornar a un legado legítimo y verdadero y que lo mostrarán como un testigo íntegro de la verdad admisible sin ningún tipo de reserva, a saber, fe, aplicación y diligencia a la hora de cumplir su cometido y realizar su función, incluso tan despreocupado de sí mismo y de sus cosas ante este cometido, que ni siquiera él mismo pidiera o admitiera de los hombres, por cuya causa había sido mandado y enviado, alimento ni vestimenta ni cualquier comodidad añadida; por el contrario, que no se horrorizara ante ningún tipo de fatiga o incomodidad, ni siquiera ante las cadenas o la muerte, o se negara a cumplir el papel que se le pedía con una enorme constancia e integridad, como que comprendiera y declarase que él no había nacido para sí, sino para servir y obedecer al rey que iba a venir, consagrado en el empeño de salvar a los hombres, como sencillo, veraz e íntegro servidor del plan

divino, y, en fin, representara esa función que el muy serio y severo profeta Elías había mantenido entre los príncipes y pueblos. Así está escrito: *He aquí que yo os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el Día del Señor, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; no sea que venga yo a herir la tierra de anatema.* Lo que así se había de cumplir lo había anunciado el mensajero divino a su padre sacerdote —como hemos dicho más arriba—: *E irá él delante de aquél con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y a los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.* Y de éste sabemos cómo nació y fue educado; que, como fue elegido por Dios para una determinada misión en un determinado momento, no cultivó el trato o las relaciones con los hombres, sino que, alejado de éstos, llevaba una vida anónima y solitaria, dando confianza a Dios, hacia quien se mostraba consagrado, de la oportunidad de asumir por sí mismo la tarea. *El niño crecía y su espíritu se fortalecía: vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación en Israel. Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Éste vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz. No era él luz, sino quien debía dar testimonio de la luz [convertido en hombre el Verbo de Dios], que era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.*

Mal 3, 23-24.

Lc 1, 17.

Lc 1, 80.

Io 1, 6-9.

Y este mensajero divino, además de la fe de su testimonio, que mostró ser muy sincera, también llevó a cabo con libertad y diligencia en las tierras la tarea de su embajada, sin pasar por alto ningún grupo humano al que no recordara su misión: ni el de los príncipes, ni el de los pueblos, ni el de los publicanos, ni el de los soldados; y sobre todo a esos que declaraban y se jactaban de su sabiduría y santidad los dejaba en evidencia refutándoles de vez en cuando con singulares y muy severas acciones, [423] y les exhortaba a conocerse a sí mismos en comunidad con los demás y a corregirse, puesto que éstos, por culpa de su opinión sobre la santidad, quedaba probado que eran más reacios ante la palabra 'sabiduría' y se mostraban más aferrados a su propio parecer.

En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisánias tetrarca de Abilene; en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios. Decía, pues, a la gente que acudía para ser bautizada por él: "Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, frutos dignos de conversión, y no andéis diciendo en vuestro interior: "Tenemos por padre a Abraham; porque os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham. Y ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego." La gente le preguntaba: "Pues, ¿qué debemos hacer?" Y él les respondía:

Lc 3, 1-18.

"El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer, que haga lo mismo." Vinieron también publicanos a bautizarse, y le dijeron: "Maestro, ¿qué debemos hacer?" Él les dijo: "No exijáis más de lo que está fijado." Preguntáronle también unos soldados: "Y nosotros, ¿qué debemos hacer?" Él les dijo: "No hagáis extorsión a nadie, no hagáis denuncias falsas, y contentaos con vuestra soldada." Como el pueblo estaba a la espera, andaban todos pensando en sus coorazones acerca de Juan, si no sería él el Cristo; respondió Juan a todos diciendo: "Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, y no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. En su mano tiene el bieldo para limpiar su era y recoger el trigo en su granero; pero la paja la quemará con fuego que no se apaga." Y, con otras muchas exhortaciones, anunciaba al pueblo la Buena Nueva.

Io 1, 15-37.

Juan da testimonio de Él y clama: "Éste era del que yo dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo." Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia. Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado. Y éste fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron donde él desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: "¿Quién eres tú?" Él confesó y no negó; confesó: "Yo no soy el Cristo." Y le preguntaron: "¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías?" Él dijo: "No lo soy."—"¿Eres tú el profeta?" Respondió: "No." Entonces le dijeron: "¿Quién eres, pues, para que demos respuesta a los que nos han enviado? [424] ¿Qué dices de ti mismo?" Dijo él: "Yo soy 'voz del que clama en el desierto: Rectifica el camino del Señor', como dijo el profeta Isaías." Los enviados eran fariseos. Y le preguntaron: "¿Por qué, pues, bautizas, si no eres tú el Cristo ni Elías ni el profeta?" Juan les respondió: "Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia." Esto ocurrió en Betania, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando. Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él y dice: "He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Esto es por quien yo dije: 'Detrás de mí viene un hombre, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo.' Y yo no le conocía, pero he venido a bautizar en agua para que Él sea manifestado a Israel." Y Juan dio testimonio diciendo: "He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre él. Y yo no le conocía pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: 'Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo.' Y yo le he visto y doy testimonio de que Éste es el Elegido de Dios. Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: "He ahí el Cordero de Dios." Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús.

CAPÍTULO VI.

DE LA REVELACIÓN DE JESUCRISTO Y LA LABOR DEL BUEN MENSAJERO

Y aunque aquel grandísimo varón, con mucho el más destacado de los hombres, de quien supimos que fue llamado Jesús en primer lugar por el Ángel de Dios y luego por su madre, asumiera por su propia naturaleza y virtud, por la que era hombre, la primacía entre los mortales y aunque por su otra naturaleza, por la que Él mismo era Verbo y Dios, no se viera sometido a cualquier tipo de leyes, obligaciones y condicionamientos, o constreñido al capricho de los demás mortales, puesto que, como Dios, era inmortal, libre y Príncipe y Señor de todas las cosas y absoluto dueño de todas las virtudes, sin embargo, con la misma determinación y afán con que ya desde un inicio se había constituido en renovador y engrandecedor de los asuntos humanos, se mostró completamente modesto y condescendiente, o mejor dicho, humilde durante toda su vida, con la aprobación del Padre y del Espíritu Santo. Y es que Éste sabía que ese bien, a saber, la verdadera dignidad del honor y la gloria, que se había perdido tanto por la soberbia, astucia y arrogancia de Lucifer, como por la insolencia de nuestro primer padre Adán, iba a ser restituida de este modo y manera, con la mayor magnificencia, por Él y por los suyos. Por lo cual no se preguntó una y otra vez sobre quién era Él, sino sobre cuál era el papel que iba a jugar, y lo llevó a cabo plena, satisfactoria y voluntariamente hasta el final sin poner condiciones, [425] de tal modo que él mismo en toda circunstancia y momento no ofrecía de sí mismo más que humildad, obediencia, modestia, tolerancia, benevolencia e integridad, en fin, mera servidumbre; y mientras prestaba su atención y esfuerzo en honrar a Dios Padre y en servir a los hombres, no tuvo en cuenta su propia comodidad, dignidad o consideración y se abstuvo tanto de vengar y reprochar las injurias vertidas contra Él, para más bien pagar con enormes, constantes y repetidos favores y bendiciones las injurias y ataques de los hombres contra Él. Lo que nos es mostrado en este punto había quedado observado con toda clase de ejemplos sobre lo que se cuenta que él había realizado, hecho y llevado a término: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre. Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.*

Phil 2, 5-8.

Pero fue conformado con este ánimo, determinación y carácter, para que no se jactara de sí mismo como alguien magnífico, ni se apoderara de otro nombre que no fuese el de hijo del hombre, y cumpliera la Ley, en la que había nacido como hombre, no sólo cultivándola interior, verdadera y perfectamente, sino también en los ritos y costumbres externos: *Envío —dice Pablo— Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley.* Por lo cual, antes de que, reconocido por Juan el Bautista, fuese mostrado como el Cordero de Dios, con la imagen y el aspecto del hombre más modesto y humilde, al igual que los demás hombres, quiso lavarse y bautizarse en las aguas, para no arrogarse por su cuenta el testimonio de su propia autoridad y dignidad, ni reclamarlo a las claras, sino dejar en manos de Dios, por quien había sido enviado, su pro-

Gal 4, 4.

Io 8, 50.
Io 5, 31-36.

clamación y así no poder tener nada de la insolencia propia de la sabiduría y soberbia humanas, con la que se le pudiera atacar. Pues siempre solía dar a sus adversarios esta respuesta completamente verdadera: *Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga. Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Otro es el que da testimonio de mí, y sé que su testimonio es verdadero, porque lo da de mí. Vosotros enviasteis una delegación a Juan, y dio testimonio a favor de la verdad. Pero yo no recibo testimonio del hombre, sino que digo esto para que seáis salvos. Él era la antorcha que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis regocijaros por un instante en su luz. Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan.*

Mt 3, 13-17.

Pero Juan, a partir de la respuesta dada a él por Dios, declaró que el Hijo de Dios había sido reconocido; y digo reconocido como que él comprendía su labor: ser público testigo y señalarlo. De qué modo esta razón y conocimiento le tocó en suerte lo cuenta el sagrado historiador: *Entonces Jesús, llegado desde Galilea al Jordán, se presenta a Juan para ser bautizado por él. Pero Juan le atajaba diciendo: "Yo debo ser bautizado por tí, ¿y tú vienes a mí?" Respondiendo Jesús, le dijo: "Déjame hacer ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia." Entonces le dejó. Bautizado fue Jesús, al momento salió del agua. Y he aquí que se abrieron los cielos y vio al Espíritu Santo que bajaba en forma de paloma y venía sobre Él. [426] Y una voz desde los cielos decía: "Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco."*

Mc 1, 12-13.

Pero ni adornado de tan enorme dignidad y grandeza dejó nunca de hacer uso ejemplar de su asumida modestia y humildad, ni del tipo y las formas de un siervo —de siervo de Dios, quiero decir—, de quien había sido llamado Hijo y también siervo de los hombres, cuya salvación venía a procurar, conseguir y anunciar, según el designio y voluntad de Dios; hasta tal punto que, tan pronto como se anunció quién era —Él mismo oyó lo que siempre había sabido, y Juan y los demás lo escucharon—, no se dirigió a las asambleas de los hombres a ostentar su propia majestad; por el contrario, mientras llegaba el momento oportuno de asumir su labor, obedeciendo con agrado el imperativo divino buscó su retiro en un lugar solitario y desierto en el que tuvo a las alimañas como observadoras de su esfuerzo, modestia, paciencia y continua súplica; y, finalmente, al diablo, que con habilidad y astucia empezó a intentar persuadirle de muchas maneras no sólo en cuanto a su desconfianza, sino también en su vana seguridad y en su deseo de gloria, ambición y dominación, le venció y expulsó rebatido con una gran constancia de espíritu y una enorme sabiduría. *Y a continuación el Espíritu le empuja al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días y cuarenta noches, y era tentado por Satanás, y estaba entre las bestias y los ángeles le servían.*

Mc 9, 10-12.

Pero mientras tanto, Juan, su anunciador, habiendo concluido su misión, fue asesinado por el poder tiránico —para quien sorprendentemente la libertad inocente y abierta suele ser hostil y odiosa— y, quitado de enmedio, volvió por el mismo camino que los otros profetas más antiguos, a presencia de aquel por quien había sido enviado: *"¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?" Él les contestó: "Elías vendrá primero y restablecerá todo; mas, ¿cómo está escrito del Hijo del hombre que sufrirá mucho y que será despreciado? Pues bien, yo os digo: Elías ha venido ya —y han hecho con él cuanto han querido—, según estaba escrito de él."*

CAPÍTULO VII.

DEL DOBLE MINISTERIO DE CRISTO HECHO CARNE

A partir de los testimonios de la Ley redactados por mediación de Moisés y a partir de las respuestas y predicciones de los Profetas quedaba manifiesto que la misión del Cristo prometido sería doble: por un lado, la de Mensajero, Pregonero y Profeta que declaraba que ya había llegado el momento de la salvación de las gentes; por otro, el de común Salvador de los hombres, a quien la sabiduría, providencia, justicia y misericordia divinas habían concedido la labor de expiar la culpa de los hombres, apartar el pecado, y restituir la gracia, la vida y la verdadera felicidad, además de conciliar y acercar a las partes.

Y antes había aceptado que había de asumir y ejecutar entre los israelitas sólo la labor de vaticinar y anunciar el bien común por un don y concesión singular para con aquella nación y por promesa divina, y de esa parte de su misión iba a informar y dar pruebas con más señales y milagros incluso que cualquier otro de los profetas. [427] Primero le dirá a Sión: *Aquí estoy, y daré a Jerusalén un evangelista.* Y después de Elías, Malaquías había avisado que se había de esperar lo mismo, o sea, el anuncio de Juan el Bautista: *Al punto llegará a su santo templo el Soberano a quien vosotros buscáis; y el Ángel de la Alianza, que vosotros deseáis, ahí viene, dice el Señor de los ejércitos.*

Is 41, 27.

Mal 3, 1.

Y para acometer tal labor Jesucristo consagró más de uno, dos e, incluso, tres años; lo que sin duda la divina providencia había fijado como suficiente y más que suficiente para mostrar y hacer pública su verdad. Esto lo cumplió Él con la mayor destreza, diligencia, autoridad y constancia, sin ahorrar esfuerzo alguno ni buscar su propia comodidad, sin omitir recursos y ayudas no sólo a los humildes y a los que le recibían, sino también a sus adversarios, en donde hubiera necesidad; y soportando con muchísima paciencia no pocos insultos e injurias lanzados hacia su persona por los ingratos, los enemigos y los envidiosos a quienes, como ya antes exponíamos, con su modestia, clemencia y benevolencia, y también con una gran bondad, se afanó por ablandar, cambiar y seducir para su propio beneficio y salvación. Pero sobre lo aquí expuesto, al igual que merecería la pena adelantar un breve argumento de la historia completa de aquél, también lo vale lo afirmado plena y unánimemente por los sagrados escritores: *Sobre Jesús de Nazaret, que fue Profeta, poderoso por sus obras y sus palabras ante Dios y todo el pueblo. Dios ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la paz por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos. Vosotros sabéis que la palabra se extendió por toda Judea, comenzando por Galilea, después de que Juan predicó el bautismo: cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con virtud, quien pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, puesto que Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén. Pues digo que Jesucristo se puso al servicio de la circuncisión a favor de la veracidad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los patriarcas.*

Lc 24, 19.

Act 10, 36-39.

Rom 15, 8.

Ahora bien, su labor posterior, para cuyo anuncio fueron enviados todos los antiguos profetas hasta Juan, cuya señalización, enseñanza y disposición,

como hemos dicho, las había Él mismo asumido antes entre los israelitas, una vez que la resolvió, la concluyó también, y se extendió a todos los pueblos de la tierra, puesto que fue prometido desde los tiempos del primer padre a todas las gentes y confirmado repetidamente por los profetas: *Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza.* Y, Gen 3, 15. *En tu linaje serán bendecidas todas las familias de la tierra.* Este vaticinio Gen 22, 18. lanzó el último y más fidedigno testigo desde los antiguos profetas —sí, de los profetas he dicho—: *Al día siguiente ve Juan a Jesús venir hacia él y dice: "He abí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es por quien yo dije: 'Detrás de mí viene un hombre, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo.' Y de su plenitud todos recibimos, y la gracia por su gracia, porque la ley fue entregada a través de Moisés, la gracia y la verdad a través de Jesús..."* Io 1, 29-30.

CAPÍTULO VIII.

COMPLETA NARRACIÓN DEL PRIMER MINISTERIO DE JESUCRISTO

Mt 4, 12-25. [428] *Pero cuando Jesús hubo oído que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea, y dejando la ciudad de Nazaret, se fue a habitar a Cafarnaúm, la marítima, en los confines de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliese lo que fue dicho por Isaías: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, allende el Jordán, Galilea de las gentiles: el pueblo que estaba aposentado en las tinieblas, vio una gran luz y a los sentados en región y sombra de muerte amanecióles una luz. Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: "Arrepentíos, porque está cerca el reino de los cielos." Y caminando Jesús por la ribera del mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, que echaban la red en el mar, pues eran pescadores. Y les dice: Venid detrás de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos, por su parte, dejadas al momento las redes, le siguieron. Y siguiendo de allí en adelante, vio otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, que estaban en la nave con Zebedeo, su padre, reparando sus redes, y los llamó. Y ellos luego, dejando la barca y a su propio padre, le siguieron. Y recorría Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el Evangelio del reino, y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y su renombre se extendió por toda Siria, y le presentaron todos los que se hallaban mal, aquejados por varias enfermedades y dolores, y quienes estaban endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curó. Y le siguieron numerosas muchedumbres desde Galilea, desde la Decápolis, desde Jerusalén, desde Judea y de más allá del Jordán.*

CONTENIDO DE LA DOCTRINA DE CRISTO

La totalidad de la enseñanza transmitida por Cristo se ve que tiene dos partes principales, la primera de las cuales contiene esos misterios y tipo de

hechos dignos de admiración, en los que se muestra la imagen del reino de Dios y de su más grande y divino favor, trazada y esbozada tanto como le es posible captarlo a los hombres. La segunda menciona lo que puede convenir cuidar, saber y cumplir al hombre deseoso y afanoso de su propia salvación a partir de las condiciones de la Ley del plan divino.

Pero la motivación del don divino nunca la hemos visto expresada y expuesta en discurso o escrito algunos claramente y con palabras precisas y adecuadas, inteligibles para el pensamiento humano. Y ello tiene su origen en dos causas: la primera, que, es evidente, sea el hecho mismo enteramente divino y esté muy alejado de cualquier modelo de pensamiento humano y que por causa de una infinita e inmensa distancia supere al que utiliza las comparaciones propias del lenguaje humano. Así está escrito: *Nunca escucharon, ni percibieron con los oídos, ni ojo vio a un Dios, sino a ti, lo que preparaste para los que esperan en ti.* La segunda causa es que en relación a lo que se expone como digno de enseñanza, [429] ante la mente y el ánimo de los que se reúnen para escuchar, sea siempre un deber de prudente magisterio mostrar moderación. Ahora bien, suelen acercarse y afrontar este tipo de enseñanza con variado y distinto afán y ánimo, al menos, algunos de los más ignorantes, que para su propio beneficio, de un modo ingenuo e inocente, confían en sí mismos como futuros educadores e instruidores; y otros, traidores y envidiosos, que atribuyen tantísimo a su propia inteligencia y a la sabiduría y laboriosidad humanas, que lo que piensan que se enfrenta hasta cierto punto a sus propias convenciones definidas y buscadas por ellos mismos, preparados completamente a combatirlo, lo rechazan, lo desaprueban y, una vez puestas en común sus opiniones, preparadas sus añagazas y reunidos sus recursos y fuerzas, se afanan y esfuerzan en derrumbarlo desde los cimientos, destruirlo y aniquilarlo. Suelen agruparse en esta facción aquellas dos partes que antes anotábamos, a saber, el poder, que recibe el nombre de vida soberbia, y por otro lado, la prudencia, la sabiduría y la santidad de la carne, cuyo conjunto recibe el nombre de laboriosidad.

Is 64, 3.

Y la fuerza de aquella sabiduría celestial y arcana, con la que los hombres son descendientes de Adán, huyendo del talento y el parecer de ambos tipos de hombres, los deja lejos detrás de sí, aunque a diferente distancia y medida; como quiera que favorece a los más humildes, muestra una cierta sombra y huella de sí, con la que se puedan amar, aguardar, buscar y seguir, y promete buena esperanza a los que perseveran en acceder a ella.

Pero a los otros que obran con prepotencia, astucia y laboriosidad, siendo completamente enemiga y adversaria suya, les oculta con densas tinieblas el camino para encontrarla y lo llena de rodeos; y a los que con insistencia intentan, se preocupan y se esfuerzan en alcanzarla, deja que la estupidez, la demencia y la locura caigan encima suya hasta su propia perdición. Así está escrito: *Sus pies corren hacia el mal y se apresuran a verter sangre inocente: sus planes son planes inútiles, destrucción y quebranto en sus caminos. No conocieron camino de paz, y derecho no hay en sus pasos. Sus senderos son torcidos para sí, todo el que pasa por ellos desconoce la paz. Por eso está alejado de nosotros el derecho y no nos alcanza la justicia; hemos esperado la luz, y he aquí las tinieblas, la claridad, y anduvimos entre tinieblas. Palpamos la pared*

Is 59, 7-16.

como los ciegos y como los que no tienen ojos vacilamos; tropezamos al mediodía como si estuviésemos entre tinieblas, entre las sombras como los muertos. Todos rugimos como osos y zureamos mientras meditamos como las palomas. Esperamos el derecho y no hubo, la salvación, y se alejó de nosotros. Pues multiplicadas están nuestras iniquidades ante ti, y nuestros pecados testifican contra nosotros, pues nuestros crímenes van con nosotros, y conocemos nuestras iniquidades: pecar y mentir en contra del Señor; y nos apartamos de seguir detrás de nuestro Dios, para decir calumnia y rebelión, concebimos y hablamos en el carazón palabras de embustero. Y fue rechazado el juicio y la justicia quedó lejos, porque la verdad corrió en la plaza y la equidad no pudo entrea. Y la verdad quedó en el olvido, y el que se apartó del mal, quedó expuesto al despojo, y lo vio el Señor y pareció mal a sus ojos, porque no hay derecho, y vio que no había hombre y quedó sorprendido, porque no hay quien saliera fuera, [430] y se salvó su brazo y su propia justicia lo sostuvo. Y así esa parte de sus acciones que ponía en consideración la eficiencia y el don de Dios entre los hombres, sin duda Cristo la presentó a todas las clases y grupos tanto de los hombres más activos como de los más simples, del modo que pensaba que podía ser captada. En verdad, al desear unos vivamente conocerla en un empeño completamente sincero, lo expuso en su lugar de manera más completa y manifiesta; a los otros se la dejó cubierta y oculta por sombras e imágenes; sin embargo, al no estar adornados ninguno de los dos grupos con la facultad del conocimiento, como todavía le ocurre a la parte femenina del ser humano, o bien les mostró la naturaleza de sus propias acciones, o bien las explicó con palabras convenientes y adecuadas. Y sería razonable mostrar con ejemplos añadidos el punto indicado en esta parte.

Mt 13, 1-53.

Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó a orillas del mar. Y se reunió tanta gente junto a Él, que hubo de subir a sentarse a una barca, y toda la gente quedaba en la ribera. Y les habló muchas cosas en parábolas. Decía: "Una vez salió un sembrador a sembrar. Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron. Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra, y brotaron en seguida por no tener hondura de tierra; pero en cuanto salió el sol se agostaron y, por no tener raíz se secaron. Otras cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron. Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. El que tenga oídos que oiga." Y acercándose los discípulos le dijeron: "¿Por qué les hablas en parábolas?" Él les respondió: "Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque a quien tiene se le dará y le sobraré; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple la profecía de Isaías: Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos y sus ojos se han cerrado: no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane. ¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veís, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron. Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador. Sucede a todo el que oye la

Palabra del Reino y no la comprende, que viene el Maligno y arrebató lo sembrado en su corazón: éste es el que fue sembrado a lo largo del camino. El que fue sembrado en pedregal, es el que oye la Palabra y al punto la recibe con alegría; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es incostante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumbe enseguida. El que fue sembrado entre los abrojos, es el que oye la Palabra, pero las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas abogan la Palabra, y queda sin fruto. Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la comprende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, [431] otro treinta.” Otra parábola les propuso, diciendo: “El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima cizaña entre el trigo y se fue. Cuando brotó la hierba y produjo fruto, apareció entonces también la cizaña. Los siervos del amo se acercaron a decirle: ‘Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?’ Él les contestó: ‘Algún enemigo ha hecho esto.’ Dícenle los siervos: ‘¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?’ Dícele: ‘No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis también el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero.’” Otra parábola les propuso: “El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas.” Les dijo otra parábola: “El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo.” Todo esto dijo Jesús en parábolas a la gente y nada les hablaba sin parábolas, para que se cumpliera el oráculo del profeta: Abriré en parábolas mi boca, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo. Entonces despidió a la multitud y se fue a casa. Y se le acercaron sus discípulos diciendo: “Explicanos la parábola de la cizaña del campo.” Él respondió: “El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del Maligno; el enemigo que la sembró es el Diablo; la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. De la misma manera, pues, que se recoge la cizaña y se la quema en el fuego, así será al fin del mundo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán de su Reino todos los escándalos y a los obradores de iniquidad, y los arrojarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga. El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel. También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra. También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge toda suerte de peces y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos. Así sucederá al fin del mundo: sadrán

los ángeles, separarán a los malos de entre los justos y los echarán en el horno de fuego; allí será llanto y rechinar de dientes. ¿Habéis entendido todo esto? Dícenle: "Sí." Y Él les dijo: "Así todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa de sus arcas lo nuevo y lo viejo." [432] Y sucedió que, cuando acabó Jesús estas parábolas, partió de allí.

Las preguntas y la atenta observación de los discípulos indican qué clase de afán y cuán grande solía ser el deseo de aprender del oyente más sencillo e inocente, que buscaba su salvación no a partir de lo que le parecía a él, sino de la virtud divina. Por contra, cuál es el odio de la mente malvada y del hombre egoísta, que rivaliza con la verdad, lo manifiestan las palabras de aquellos que establecen la razón de su doctrina y de su vida a partir de la ambición, la gloria y la reputación y opinión entre el resto del populacho y el gentío; y sólo alaban, aprueban y se afanan en mostrar en sus usos y costumbres aquello que tomaron para sí mismos de la pecaminosa enseñanza de la carne como lo más grande y divino, luego de rechazar y despreciar lo que conjuga la verdadera sabiduría con la modestia, la humanidad y la moderación del ánimo humilde. Y la siguiente narración ejemplifica las opiniones de este tipo de oyentes que ni querían, ni admitían, y ni siquiera podían probar el trato con Jesucristo: *Viniendo a su patria, les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que decían maravillados: "¿De dónde le vienen a éste esta sabiduría y milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde le vienen todas esas cosas?" Y se escandalizaban a causa de Él. Pero Jesús les dijo: "Un profeta sólo está faltó de honor en su propia patria y en su casa." Y no hizo allí muchos milagros a causa de su falta de fe.*

Mt 13, 53-58.

CAPÍTULO IX.

DE LA GRANDEZA DE LA ARCANA DOCTRINA

Que la perspicacia de la mente humana no es tan grande como para poder penetrar en la arcana luz del don divino queda testimoniado de dos modos, hecha una doble prueba a través de Jesucristo: la primera, la dirigida a una mente más inculta y sencilla, no sometida a ninguna opinión o doctrina particular: de esta manera las mentes se imbuyen con más facilidad; la segunda, por su parte, dirigida a una mente más cultivada y rica de sabiduría humana, e instruida incluso en los misterios divinos, en los que los hombres son iniciados por otros hombres, y totalmente ajena al engaño, la simulación y la envidia; puesto que quedó manifiesto que ambas, aunque deseosas y atentas cuando finalmente Cristo comenzó a enseñar, con todo eran torpes —a causa de la debilidad del hombre interior y a pesar de que hubiera intentado instruir también a éste por obra de la parte femenina— para aquellos arcanos de las cosas que son captadas por los sentidos, ofreciendo comparaciones e imágenes para su enseñanza e, incluso, indicando pasajes y oráculos de la ley y los profetas para la formación del que profesaba las letras. Y no vendrá de más

añadir el relato de la continua experimentación de ambas, ora en la mente más instruida, ora en la más inculta.

[433] *Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste donde Jesús de noche y le dijo: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él." Jesús les respondió: "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios." Dícele Nicodemo: "¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede uno nacer otra vez en el seno de su madre y nacer?" Respondió Jesús: "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de lo alto. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu." Respondió Nicodemo: "¿Cómo puede ser eso?" Jesús le respondió: "Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas? En verdad, en verdad te digo, nosotros hablamos de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Si al deciros cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto así tiene que ser levantado del Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo al mundo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios. Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios." Después de esto, se fue Jesús con sus discípulos al país de Judea; y allí se estaba con ellos y bautizaba. Juan también estaba bautizando en Ainón, cerca de Salim, porque había allí mucha agua, y la gente acudía y se bautizaba. Pues todavía Juan no había sido metido en la cárcel. Se suscitó una discusión entre los discípulos de Juan y un judío acerca de la purificación. Fueron, pues, donde Juan y le dijeron: "Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, aquel de quien diste testimonio, mira, está bautizando y todos se van a Él." Juan respondió: "Nadie puede recibir nada si no se le ha dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: 'Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de Él.' El que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio. Ésta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que Él crezca y que yo disminuya. El que viene de arriba está por encima de todos: el que es de la tierra, es de la tierra y habla de la tierra. El que viene del cielo, da testimonio de lo que ha visto y oído, y su testimonio nadie lo acepta. El que acepta su testimonio certifica que Dios es veraz. Porque aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, porque da el Espíritu sin medida. El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el*

Io 3, 1-36.

que rebúsa creer en el Hijo, no verá la vida, sino que la cólera de Dios permanece sobre él."

Io 4, 1-26.

Cuando Jesús se enteró de que había llegado a oídos de los fariseos que Él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan —con todo, no era Jesús mismo el que bautizaba, sino sus discípulos—, abandonó Judea y volvió a Galilea. Tenía que pasar por Samaria. Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: "Dame de beber." Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice la mujer samaritana: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana?" —Porque los judíos no se tratan con los samaritanos— Jesús le respondió: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: 'Dame de beber', tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva." Le dice la mujer: "Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes agua viva? ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, [434] que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?" Jesús le respondió: "Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna." Le dice la mujer: "Señor, dame de ese agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir a sacarla." Él le dice: "Vete, llama a tu marido y vuelve acá." Respondió la mujer: "No tengo marido." Jesús le dice: "Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad." Le dice la mujer: "Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar." Jesús le dice: "Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que no conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora —ya estamos en ella— en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran deben adorar en espíritu y verdad." Le dice la mujer: "Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo." Jesús le dice: "Yo soy, el que te está hablando."

CAPÍTULO X.

DE LA OTRA PARTE DE LA DOCTRINA DE JESUCRISTO

Indicábamos que lo esencial de la misión de Jesucristo lo constituían sólo dos puntos: el primero, la veracidad del buen mensajero y la firmeza de las promesas de Dios y de la doctrina sobre la salvación del género humano, en la medida en que, por supuesto, puede captarlo la mente humana; el segundo, el cometido exigido por el plan de la sabiduría divina de procurar y garantizar la salvación propia a los hombres que la deseaban. Pues bien, sobre el

primer punto hemos tratado lo que por ahora parece suficiente; sobre el segundo, por su parte, se ha de tratar de aquí en adelante.

Pero el Verbo divino, con cuya sabiduría y autoridad toda la antigua doctrina se había mantenido firme, del mismo modo que es completamente simple en su propia naturaleza, eterno y ajeno a cualquier cambio y variación, así, cuando se mostró sin más en las tierras para ser visto, observado y escuchado, no cambió nada en absoluto de la verdad de la antigua enseñanza, a no ser en la medida que exigió que los mismos preceptos, establecidos con más claridad y repetidos con más sencillez, y llevados de un vocabulario arcano a un lenguaje más familiar, habían de observarse más completa y exhaustivamente, y cumplirse con afán y deseo; y ordenó que, acomodados también a la mente y las facultades de los más incultos, habían de poseerse en común y realizarse personalmente.

Y de este punto dos son las partes principales: una anterior que recibe el nombre de Fe, y una posterior que se llama Obediencia o Arrepentimiento: de ambos ya hemos hecho nosotros mención en numerosos pasajes. Y en cuanto a la Fe, pedida en las palabras y promesas divinas de antes, [435] exigía que se había de acomodar al inminente momento de la buena noticia traída por Él mismo y los suyos, sus amigos y ayudantes, puesto que precedía, afirmándolo solemnemente, que ya estaba al caer el final de todas las promesas con el goce mismo continuo de la verdad y la justicia de Dios. En cuanto al Arrepentimiento afirmaba que no sólo siempre y en cualquier ocasión, sino también especialmente en este momento, era útil y necesario, ya que preparaba evidentemente los espíritus de los hombres para afrontar las más grandes tareas de Dios, ánimos que pasaban del deseo pernicioso de los bienes caducos al amor, afán y disfrute de lo eterno, espiritual y claramente divino. Luego éste fue el principio de esta doctrina que había tenido su comienzo en Juan, el mensajero y servidor de la sabiduría misma. *Después que Juan fue entregado, fue Jesús a Galilea, predicando la Buena Nueva del reino de Dios, y decía: "Puesto que el tiempo se ha cumplido y ha llegado el reino de Dios; arrepentíos y creed en el Evangelio."* Y recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, predicando el Evangelio y sanando toda enfermedad en el pueblo. Y su fama llegó a toda Siria, y le presentaron a todos los que tenían mal, afligidos por enfermedades y sufrimientos diversos, y endemoniados, lunáticos y paráliticos, y los curó. Y le siguió numerosa multitud desde Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán.

Mc 1, 14-15.

Mt 4, 23-25.

Y añadiéndose tanto a la autoridad de su magisterio y doctrina, como a su modo de comunicarlos, la facultad de realizar favores y milagros —y su abundancia— hacía muchísimo en aquellos momentos; entre otros muchos motivos principalmente porque la fuerza de aquella doctrina, que se apoyaba en favores externos acompañada de ciertas señales, hiciera pensar que tenía una enorme fuerza y eficacia para sanar las almas, y de este modo sobre todo se predicara como digna de ser deseada y alcanzada. Y de este modo, pues, aumentaba la opinión de los que se apercibían y la observaban correctamente. Y todos quedaron admirados de tal modo que se preguntaban unos a otros, diciendo: *"¿Qué es esto? ¿Qué doctrina nueva es ésta? Que en su autoridad manda incluso a los espíritus impuros y le obedecen."*

Mc 1, 27.

Y toda la doctrina, la que Jesucristo transmitía acerca del arrepentimiento, está conformada por tres partes; de las que la primera invita al hombre a conocerse a sí mismo, la segunda enseña que hay que mantener la diferencia entre lo bueno y lo malo, la tercera exhorta a un verdadero y sincero rechazo y aversión de lo malo y a un diligente afán por el bien. Pero en el conocimiento de sí mismo se establece aquella condición que la naturaleza del hombre había recibido primero de su Creador, recta ante todo y que está en posesión de sí misma: que le agradara actuar con justicia consigo mismo y con sus aliados, vivir con salud y, por lo menos, conservar y guardar su orden y su lugar. *Mt 19, 4-6.* *"¿No habéis leído —dice— que quien fue el Creador, los hizo varón y hembra? Y que dijo: 'Por esto el hombre dejará al padre y a la madre y se unirá a una esposa, y serán una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne.' Por lo tanto lo que Dios unió, no lo separe el hombre."* Aunque esta opinión fue dicha por Cristo circunstancialmente en la causa de un hombre y su esposa, [436] ella misma, sin embargo, empuja las mentes de los que contemplan y observan a conocer el primer estado del género humano: pacífico, tranquilo y recto. Luego, la doctrina de Cristo hacía notar que el hombre, que degeneró desde aquel primer estado, había pasado a la más dura y abyecta servidumbre, y por consiguiente denunciaba que había abandonado la casa, el favor y el trato con Dios; y enseñaba que no podía reclamarse su liberación de otra manera que con la intervención, cuidado y acción del Hijo de Dios, y esto con la muestra de la imagen y el ejemplo de los dos hijos en la casa de Abraham, de los que uno, como no había sido concedido desde la promesa y la fe, no alcanzó el derecho a ser considerado su hijo; y el otro, que había tocado en suerte a sus padres desde la fe en Dios, recibiendo el nombre de hijo y heredero, propagó el nombre de su familia a la posteridad. *Io 8, 31-35.* *Jesús decía a los judíos que habían creído en Él: "Si permanecéis vosotros en mi palabra, en verdad seréis mis discípulos y conoceréis la verdad y la verdad os liberará". Respondieronle: "Semilla de Abraham somos y no hemos servido a nadie nunca; ¿cómo dices tú: 'Seréis libres?'". Jesús les respondió: "En verdad, en verdad os digo que todo el que comete pecado, es esclavo del pecado. Y el esclavo no puede permanecer para siempre en su casa; el hijo se queda para siempre. Luego si el Hijo os va a liberar, en verdad seréis libres."*

De esta fuente ha derivado la segunda parte de la doctrina cristiana, que distingue por igual las naturalezas de las cosas buenas y de las malas, y que llama buenas a las que esperan la verdadera piedad y virtud de las almas; y malas, por contra, o bien a todas las que son pecaminosas en sí mismas —diferenciándose de las virtuosas—, o bien a las que se intentan para favorecer el pecado, a pesar de que se ven arrastradas no por su naturaleza, sino por el abuso y la culpa de los hombres hasta recibir el nombre y la acusación de malas. Todas las pertenecientes al primer tipo o bien producen a cada uno de los hombres en particular costumbres corrompidas, o bien dañan la sociedad y la comunión de los propios hombres unos con otros. Pero todas éstas se referían a una sola forma de amor egoísta o de deseo por los bienes privados: esto sólo es la cabeza de la muy ponzoñosa y, sobre todo, muy pestífera cabeza de aquella antigua Serpiente. Pues aquella, como quiera que había sido falaz desde un principio, sigue siendo para los hombres instigadora de la men-

tira, la falacia, el engaño y de cualquier cosa producto de una mente malvada, y su inductora. Éstas –digo– son propiamente y en principio las cosas malas, con cuyo veneno toda la vida humana se corromperá. Hay algunas del segundo tipo, que se consideran ayudas para la vida, cuando sin embargo se demuestra que por causa de los pecados humanos son en su mayor parte más obstáculo que ayuda, como por ejemplo las riquezas, el poder, los honores del vulgo y del pueblo, para todas las cuales se mueve no tanto la mera piedad y la virtud, como la avaricia, la ambición y la intemperancia, que son muy horribles y letales enfermedades del alma humana, a las que, incluso, se imputa un cuidado excesivo e inmoderado de los hijos y parientes para con una causa individual y privada, correspondiéndose también con el desprecio y daño a los otros, donde toman su enlace las rivalidades, los enfrentamientos y las demás manifestaciones del mal. Y las que no surgen propiamente del alma o se ocultan bajo el alma, ni en el caso de que lo estén, hay que contarlas en el número de las cosas buenas, ni, si faltan, se han de añadir a la parte de los pecados o de la culpa, aunque se considere que la alabanza o el insulto se sacan de los ejemplos de la laboriosidad humana. [437] Mostraban éstas en verdad una cierta forma engañosa de piedad e impiedad, no impuesta, sin embargo, por la Sabiduría divina, sino por un remedo humano de sabiduría y por ello merecedora de censura y rechazo. *Entonces se acercaron a Él escribas y fariseos procedentes de Jerusalén, diciendo: “¿Por qué tus discípulos transgreden las tradiciones de los ancianos? Pues no se lavan sus manos cuando comen pan”. Y Él respondiendo dijo: “¿Por qué transgredís el mandato de Dios por vuestra tradición? Pues Dios dijo: “Honra a tu padre y a tu madre, y quien hubiera maldecido a su padre o a su madre, que muera”. Pero vosotros decís: “Si alguno hubiera dicho a su padre o a su madre: ‘Cualquier favor procedente de mí que te sea útil’, y no honrará a su propio padre o a su propia madre y habéis anulado el mandato de Dios por culpa de vuestra tradición. ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías diciendo: ‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Sin motivo me rinden culto, enseñando doctrinas y los mandatos de los hombres’”. Y llamando a sí a la muchedumbre, les dijo: “Escuchad y entended. No es lo que entra en la boca lo que hace impuro al hombre, pero lo que sale de la boca, eso es lo que al hombre le hace impuro”. Entonces acercándosele sus discípulos le dijeron: “¿Sabes que los fariseos, al escuchar estas palabras, se han escandalizado?” Pero Él les respondió diciéndoles: “Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada. Dejadlos: son ciegos, guías de ciegos; y si un ciego se pone al frente de un ciego, ambos caerán en la hoya”. Y respondiendo Pedro, le dijo: “Explicanos esa parábola”. Y Él dijo: “¿No entendéis vosotros también? ¿No comprendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre y se expele en la letrina? Pero lo que sale de la boca, sale del corazón, y eso hace impuro al hombre; pues del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias. Esto es lo que contamina al hombre. Pero comer sin las manos limpias no contamina al hombre.”*

Mt 15, 1-20.

En cuanto a la estima y afán de riquezas, poder y honores, discurriendo con razonamientos y pruebas de muchas clases, Cristo exponía en diversos pasajes en qué clase de personas convierten a aquellos que los poseen: *La*

Mt 13, 22.

- semilla sembrada entre espinas es la que oye la palabra; pero la preocupación por la vida terrena y el engaño de las riquezas abogan la palabra y queda sin fruto. Un hombre celebró una gran cena e invitó a muchos. Y envió a su esclavo a la hora de la cena a decir a sus invitados que vinieran, por que ya todo estaba preparado. Pero comenzaron todos a la vez a excusarse. El primero le dijo: "He comprado una casa y tengo que salir a verla; te ruego que me excuses". Otro le dijo: "He comprado una yugada de cinco bueyes y marcho a probarlas; te ruego que me excuses". Y otro le dijo: "Me he casado y por ello no puedo venir". Y regresando su esclavo, le notificó esto a su señor. Entonces el amo de la casa, enfurecido, dijo a su esclavo: "Sal rápido a las plazas y a las calles de la ciudad, y a los pobres y débiles, ciegos y cojos tráelos aquí". Y dijo el esclavo: "Señor, hice lo que me ordenste, y aún queda sitio". Y dijo el amo al esclavo: "Sal a las calles y a los cercados, y obliga a entrar, para que mi casa se llene. Y yo os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron mis invitados probará mi cena."* [438] *"Mirad y guardaos de toda avaricia, porque no en la riqueza de las cosas que posee se basa la vida de cualquiera."* Y les dijo una parábola: *"El campo de cierto hombre rico le dio una rica cosecha de frutos, y en su interior pensaba y se decía: '¿Qué voy a hacer, pues no tengo donde guardar mi cosecha?' Y dijo: 'Esto es lo que haré: demoleré mis graneros y los haré más grandes, y allí guardaré todo la cosecha que me surgió y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea'. Pero Dios le dijo: 'Insensato, esta misma noche te piden el alma, y ¿de quién será todo lo que has reunido?' Así es el que acumula tesoros para sí, y no es rico ante Dios."* *"¡Ay de vosotros los ricos, que tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros que estáis abitos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros que reís ahora, porque gemiréis y lloraréis! ¡Ay cuando todos los hombres os bayan bendecido, pues de esta manera hacían sus padres a los falsos profetas."* *"Sabéis que los príncipes de las naciones las dominan y que los que son mayores ejercen su poder sobre ellas. No será así entre vosotros, sino que el que quiera entre vosotros ser mayor, que sea vuestro servidor; y quien entre vosotros quiera ser el primero será vuestro siervo. Del mismo modo que el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y entregar su alma para la redención de muchos."*

En adelante las cosas que se disponen para la santidad externa y visible o bien para un cultivo del amor y su manifestación, las repartía en dos clases: algunas de ellas, prescritas en las antiguas leyes de un modo llano y sencillo, enseñando que están dispuestas de acuerdo con la imagen o la sombra, más bien, de las verdaderas, poco después predijo que iban a ceder a la verdad y que iban a tener su fin cuando la luz se hiciera presente, deshaciendo todas las antiguas sombras y, aún más, oscureciendo luces más pequeñas. Pero las otras se añadían para su orgullo a los hombres destacados por su inteligencia y laboriosidad, o, mejor, se imabinaban, inventaban, transmitían y observaban. Y advirtiendo que ni unas ni otras iban a ser útiles después de la aparición de la verdad, sino, más bien, algunas de ellas por el afán de una pequeña gloria que se pensaba alcanzar, serían completamente vanas, incómodas, rechazables y condenables para el juicio divino. Y del primer tipo muchas palabras y preceptos fueron dichos. *Le dice la mujer: "Señor, veo que eres profeta. Nuestros pa-*

dres adoraron en este monte, y vosotros decís que es Jerusalén el lugar donde conviene que se adore." Jesús le dice: "Mujer, créeme que llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación procede de los judíos. Pero llega la hora y es ahora cuando lo adoradores de la verdad adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Pues tales que lo adoren son los que buscan el Padre. Dios es espíritu, y los que lo adoran conviene que lo hagan en espíritu y verdad." Y, "El Sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el Sábado. Y así el Señor es el Hijo del hombre incluso en Sábado."

Mc 2, 27-28.

Posteriormente el tipo de cosas propio de una santidad externa, que se consume en una imagen desnuda y hambrienta, suele Cristo destacarlo así: *"Guardaos del fermento de los fariseos, que es la hipocresía. Pues nada hay oculto que no se desvele, [439] y nada escondido que no se sepa." "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen racimos de las espinas o higos de los abrojos? Así todo árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da malos frutos. El árbol bueno no puede dar malos frutos, ni el árbol malo frutos buenos. Todo árbol que no da buenos frutos es cortado y echado al fuego. Así pues, por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, pero quien hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre, y en tu nombre arrojamos a los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí que practicáis la iniquidad." "Habéis hecho inútil el mandato de Dios por vuestra tradición. ¡Hipócritas! Bien profetizó sobre vosotros Isaías cuando decía: 'Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está alejado de mí; en vano me honran enseñando doctrinas y preceptos humanos'." Entonces, acercándose sus discípulos, le dijeron: "¿Sabes que los fariseos al oírte se han escandalizado?" Y él les respondió diciendo: "Toda planta que no se ha plantado mi Padre celestial será arrancada. Dejadlos: están ciegos y son guías de ciegos. Y si un ciego se pone al frente de un ciego, ambos caerán en la fosa."*

Lc 12, 1-2.

Mt 7, 15-23.

Mt 15, 6-9.

Mt 15, 12-14.

"Guardaos de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para que os vean; de otro modo no tendréis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos. Así que, cuando des limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrado por los hombres. En verdad os digo que recibieron su recompensa. Cuando des limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu diestra: que tu limosna esté oculta, y tu Padre, que ve en lo oculto, te compensará. Y cuando oréis, no seréis como los hipócritas, que gustan en las sinagogas y en las esquinas de las plazas de orar en pie, para que les vea los hombres. En verdad os digo que recibieron su recompensa. Cuando tú ores, entra en tu habitación y, luego de cerrar la puerta, ora a tu Padre en lo oculto, y tu Padre que ve en lo oculto te compensará. Y al orar, no habléis demasiado, como los gentiles, pues piensan que se les escucha por su exceso de verborrea. Así que no os asemejéis a ellos, pues sabe vuestro Padre..."

Mt 6, 1-8.

Entonces Jesús habló a la muchedumbre y a sus discípulos, diciendo: "En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Así que todo lo que

Mt 23, 1-28.

os hayan dicho, guardadlo y bacedlo. Pero no hacedlo según sus obras, pues dicen y no hacen. Atan onerosas e insoportables cargas, y las echan a las espaldas de los hombres, pero ellos no quieren moverlas con su propio dedo. Todas sus obras las hacen para que las contemplen los hombres. Agrandan, pues, sus filacterias y alargan los flecos; gustan de los primeros asientos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas y los saludos en el foro y de ser llamados por los hombres Rabí. Pero vosotros no os dejéis llamar Rabí, pues uno es vuestro Maestro, [440] y todos vosotros sois hermanos. No os dejéis llamar padre sobre la tierra, pues uno es vuestro Padre que está en los cielos. Y no os llaméis maestros, pues uno es vuestro maestro, Cristo. Quien es el más grande de vosotros, ése será vuestro servidor. Y quien se ensalzare será humillado, y quien se humillare será ensalzado. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos ante los hombres! Pues vosotros no entráis y, no entrando, no permitís entrar. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que consumís las haciendas de las viudas y lanzáis largas oraciones! Por esto sufriréis un juicio más riguroso. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis el mar y la tierra, para hacer un solo prosélito, y cuando está hecho, lo hacéis hijo de la gehena el doble que vosotros. ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Todo el que ha jurado por el templo nada es, pero quien haya jurado por el oro del templo, queda obligado! ¡Insensatos y ciegos! Pues ¿qué es más importante, el oro o el templo que santifica el oro? Y todo el que jura por el altar, nada es, pero todo el que haya jurado por la ofrenda que hay sobre él, queda obligado. ¡Ciegos! Pues ¿qué es más importante, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Así que el que jura por el altar, jura por él y por todo lo que hay sobre él; y quien jura por el templo, jura por él y por quien lo habita; y quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que se asienta sobre él. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmaís la menta, el anís y el comino, y dejáis lo más grave de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! Convino hacer esto y no pasar por alto aquello. Guías ciegos, que dejáis pasar un mosquito y os tragáis un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del cáliz y el plato, pero dentro estáis llenos de rapiña y suciedad! ¡Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro del cáliz y del plato, para que también lo de fuera esté limpio! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os asemejáis a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen preciosos para los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo tipo de inmundicia! Del mismo modo parecéis exteriormente justos a los hombres, pero en vuestro interior estáis llenos de hipocresía e iniquidad.”

Y la tercera parte de la doctrina de Jesucristo, que procuraba el arrepentimiento o la línea de vida y costumbres a seguir, anticipa la distinción por un lado de su persona, que pueda asumir un discípulo, y por otro la de éstos entre los que hayan de ser representadas las partes de la persona, que sólo son dos, es decir, Dios y hombre. Pero es a Dios a quien se debe especialmente la piedad, como responsable supremo, protector y Señor de todas las cosas y fin último de los honores; pero la piedad se mostraba con un cultivo interior, principalmente, y con un empeño completamente sencillo, pleno y absoluto del alma, y con una continua dedicación de la mente y con todo tipo de votos y meditaciones, incluso, con una dedicación de sí mismo hacia estas

cosas y un completo reconocimiento de los más grandes favores procedentes de la benevolencia hacia los amados por parte de la divina providencia y de su misericordia, sin la idea preconcebida de estar en posesión uno mismo de algún tipo de virtud egregia. Y eso, como quiera que ningún hijo de Adán, en la parte que imita y hace referencia a su propio padre, puede hacerlo y realizarlo con exactitud, inculcaba que había que recurrir a la grandeza de la misericordia y la clemencia divinas [441] y había que apelar con continuos ruegos a la gracia de la prometida virtud. Y de este modo enseñaba la verdadera razón de la ley que se había de entregar y aconsejaba conocer lo que en esta parte faltara a cada uno y, una vez conocido, pedirlo con los más elevados votos. *Y los fariseos, cuando escucharon que había impuesto silencio a los saduceos, se reunieron en torno a Él y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para probarle: "Maestro, ¿cuál es el mayor mandato en la ley?" Le dijo Jesús: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y todas tus fuerzas. Éste es el primer mandato." Y les decía también una parábola sobre que es necesario orar siempre, y no desmayar, diciendo: "Había un juez en cierta ciudad, que ni temía a Dios, ni respetaba al hombre. Y había una viuda en aquella ciudad, y le venía a él, diciendo: 'Defiéndeme de mi adversario.' Y él, por mucho tiempo, no quería. Mas después de esto, dijo para sí: 'Aunque no temo a Dios, ni respeto al hombre, con todo, porque esta viuda me es molesta, la defenderé, para que no me venga de nuevo y me escarnezca.'" Y dijo el Señor: "Oíd lo que dice el juez de la injusticia. ¿Y Dios no hará defensa de sus elegidos que le claman día y noche, y tendrá paciencia con ellos? Os digo que con premura los defenderá."*

Mt 22, 34-38.

Mc 12, 30.
Lc 18, 1-8.

"¿Quién de vosotros tendrá un amigo e irá a él a media noche, y le dirá: 'Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío vino de camino a mi casa, y no tengo qué ponerle delante.' Y él desde dentro respondiéndole dijera: 'No me seas molesto; la puerta está cerrada y mis hijos están conmigo en la cama: no puedo levantarme y darte?' Y si aquél insistiera golpeando la puerta, os digo que, aunque no se dará levantándose por ser su amigo, con todo se levantará por su importunidad, y le dará cuanto le sea menester. Y yo os digo: Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Pues todo el que pide, recibe; y quien busca, recibe; y al que llama, se le abre. ¿Y quién de entre vosotros le pide pan al padre, y él le dará una piedra? ¿O pescado, y le dará en vez de pescado una serpiente? ¿O si le pidiera un buevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, aunque seáis malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo os dará el Espíritu bueno a los que se lo pidieran?" Y le llegaban los gentiles y pecadores para escucharle. Y murmuraban los fariseos y los escribas, diciendo: "Éste recibe a los pecadores y come con ellos." Y Él les contó esta parábola: "¿Qué hombre de vosotros tiene cien ovejas, y si perdiera una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a la que se había perdido, hasta que la encuentra. Y cuando la encontrara, la pone sobre sus hombros gozoso y, llegando a casa, llama a sí a amigos y vecinos, diciéndoles: 'Felicítadme, porque encontré a mi oveja que se había perdido?' Os digo que así habrá gozo en el cielo por un pecador que se arrepintiera, que por noventa y nueve justos, que no necesiten arrepentimiento. ¿O qué mujer, teniendo diez dracmas, si perdiera un solo dracma, no enciende una lucerna [442] y barre la casa y busca con cuidado hasta que la halla. Y cuando la ha-

Lc 11, 5-13.

Lc 15, 1-32.

llara, llama a sí a sus amigas y vecinas, diciendo: 'Felicítadme, porque he encontrado el dracma que había perdido.' Así os digo que habrá gozo ante los Ángeles de Dios por un pecador que se arrepintiera." Y dijo: "Un hombre tuvo dos hijos. Y el menor de ellos le dijo: 'Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.' Y les repartió la hacienda. Y no muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, partió lejos a una región apartada, y allí desperdició su hacienda, viviendo con desenfreno. Y una vez hubo gastado todo, se produjo una gran hambruna en aquella región, y él mismo comenzó a padecer. Y fue y se acercó a uno de los ciudadanos de aquella región, que lo envió a su casa para que apacentara a los puercos. Y deseaba saciar su vientre de las algarrobas que comían los puercos, y nadie le daba. Y volviendo en sí, dijo: '¡Cuántos asalariados de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a casa de mi padre, y le diré: Padre he pecado contra el cielo y contra ti. No soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como a uno de tus asalariados.' Y levantándose, vino a casa de su padre. Y como aún estuviere lejos, lo vio su padre y se conmovió en su misericordia, y corriendo, se echó sobre su cuello y le besó. Y le dijo el hijo: 'Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.' Pero el padre dijo a sus siervos: 'Sacad rápido el principal vestido y vestidle; y ponédle un anillo en su mano y calzado en sus pies; y traed el becerro engordado, sacrificadlo, comamos y celebremos fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; habíase perdido y se ha encontrado.' Y comenzaron la fiesta. Y estaba el hijo mayor en el campo, y como viniera y se acercara a la casa, oyó la música y las danzas, y llamó a uno de los siervos, le preguntó qué era aquello. Él le contestó: 'Tu hermano ha venido, y tu padre ha sacrificado un borrego engordado, porque lo recibió salvo.' Y quedó indignado y no quería entrar. Así que salió su padre y comenzó a rogarle. Mas él, respondiendo, dijo a su padre: 'He aquí que te sirvo tantos años, y nunca desprecié tu mandato y nunca me diste un cabrito para banquetear con mis amigos, sino que después que este tu hijo, que devoró su hacienda con ramera, vino, mataste para él un borrego engordado.' Mas él le contestó: 'Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo. Pero era menester festejar y gozar, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida; habíase perdido y se ha encontrado.'"

Y acerca del cultivo de la piedad que para con Dios es menester que los discípulos de Jesucristo muestren, es suficiente haber expuesto esto con brevedad: a los restantes escritos que sobre este asunto se hallan en el Nuevo Testamento es fácil acudir.

CAPÍTULO XI.

DE LA LABOR DE LOS DISCÍPULOS DE CRISTO PARA CON EL HOMBRE

[443] Del mismo modo que la sagrada historia declaró abiertamente que la naturaleza de los hombres, desde el origen de su género, era común y semejante, así Cristo suele exhortar a sus propios discípulos hacia la misma co-

muni6n y sociedad de la vida. Y es que esta sociedad afirmaba que no podfa verse atada o contenida con ning6n otro v6nculo que el de la caridad y el amor mutuos; de tal manera, sin embargo, que cada cual no estuviese preocupado del amor para con 6l mismo, sino del suyo para con los dem6s, y no pensara nunca que 6l en ese asunto habfa hecho suficiente, hasta el punto de no amar a ning6n otro hombre menos que a s6 mismo. Y esta 6nica raz6n servfa para constituir y conservar una sociedad verdadera y pura: si nadie cuida y mira por su propio beneficio m6s que por el de los otros, sino que se afane cuanto est6 en su mano igualmente por los otros y por 6l mismo. Y eso s6lo en el caso de que lleve una vida privada, porque en el caso de que ostente un cargo p6blico, que considere que ha de tener una m6nima preocupaci6n por sus propios asuntos y m6xima por los de los dem6s; y no preste atenci6n y piense de qu6 modo act6a otro consigo mismo, o bien 6ste o bien aqu6l primero, es decir, como ciudadano particular, sino qu6 es menester o conveniente hacer, procurar y llevar a cabo. Y es que de esta forma no s6lo dar6 respuesta a su labor, sino que empujar6 a otros a secundar el ejemplo, que aunque supiera por experiencia que a veces son ingratos, o se diera cuenta de que son envidiosos y da6inos, nunca los reciba o tenga como enemigos, sino que los gu6e por siempre como muy amigos, y con la obstinaci6n de dispensarles benevolencia los transforme completamente, los una o reconcilie, o bien que sobrepase en su totalidad sus usos con un tipo completamente noble de venganza, es decir, con paciencia, tolerancia y bondad; y nunca piense que 6l ha obtenido suficientes beneficios con esta disposici6n, sino que incluso espere y se esfuerce en poder obtener posteriores y m6s amplios beneficios. Y hasta tal punto, de toda la doctrina cristiana en este apartado, reunida totalmente y mostrada con continuos ejemplos del mism6simo doctor, puede muy brevemente hacerse un resumen con dos preceptos: que no se tenga a nadie en menor consideraci6n que a uno mismo o se le ame menos; y ser 6til a cualquiera en la medida de sus fuerzas y soportar con igual 6nimo la injusticia soportada por otros. *El segundo mandato es semejante a 6ste: Amar6s a tu pr6jimo como a ti mismo.*

Mt 22, 39.

"O6steis lo que fue dicho a los antiguos: No perjurar6s; sino que pagar6s al Se6or tus juramentos. Mas yo os digo: No jur6is de ning6n modo, ni por el cielo, que es el trono de Dios, ni por la tierra, como que es el escabel de sus pies, ni por Jerusal6n, como que es la ciudad del gran Rey, ni por tu cabeza jurar6s, como que no puedes hacer un cabello blanco o negro. Y sean vuestras palabras: S6, s6; no, no; por que lo que es m6s de esto, procede del mal. O6steis lo que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Mas yo os digo: No resist6is al mal, sino que a cualquiera que te haya herido en tu mejilla derecha, mu6strale la otra; y al que quiere contender contigo en juicio y quitarte la t6nica, d6jale tambi6n la capa; y cualquiera que te haya obligado mil pasos, [444] ve con 6l otros dos mil. A quien te pide, dale; y al que quiera tomar prestado de ti, no lo reb6ses. O6steis lo que fue dicho: Amar6s a tu pr6jimo y guardar6s odio a tu enemigo. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os odiaron, y orad por los que os persiguen y os injurian, para que se6is hijos de vuestro Padre, que est6 en los cielos, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos y hace llover sobre los justos e injustos. Pues si am6is a los que os aman, 6qu6 re-

Mt 5, 33-48.

compensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? ¿Y si saludarais sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen lo mismo los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, como es perfecto vuestro Padre, que está en el cielo."

Lc 10, 29-37.

[Y un experto en la ley] queriéndose justificar, dijo a Jesús: "¿Y quién es mi prójimo?" Y respondiendo Jesús, dijo: "Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le despojaron y, luego de herirle, se marcharon, dejándole medio muerto. Y aconteció que un sacerdote descendía por el mismo camino y, al verlo, pasó a su lado. Del mismo modo un levita, como estuviera cerca del lugar y lo viera, pasó de largo. Pero un samaritano que hacía el camino, vino a su lado y, viéndole, fue movido a misericordia. Y acercándose, vendó sus heridas, echándole aceite y vino, y poniéndole sobre su jumento, lo condujo al establo y cuidó de él. Y al otro día sacó dos denarios y se los dio al dueño del establo y dijo: 'Cuidale, y todo lo que gaste de más, yo te lo pagaré cuando vuelva.' ¿Quién de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?" Y él dijo: "Quién le mostró misericordia." Y le dijo Jesús: "Ve y haz tú lo mismo." Entonces, marchándose los fariseos, consultaron cómo le tomarían en alguna palabra. Y le enviaron los discípulos de ellos con los herodianos, diciendo: "Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios con verdad, y que no tienes preocupación de nadie; pues no miras la persona de los hombres. Dinos, pues, qué te parece: ¿es lícito dar tributo a César, o no?" Pero Jesús, apercibido de su maldad, dice: "¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo."

Mt 22, 15-21.

Mas ellos le mostraron un denario. Y les dijo Jesús: "¿De quién es esta imagen y lo que está escrito encima?" Le dicen: "De César." Entonces les dice: "Dadle, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios." Y como llegaran a Cafarnaúm, vinieron a Pedro los que cobraban los dos dracmas y le dijeron: "¿Vuestro Maestro no paga los dos dracmas?" Él dice: "Sí." Y como entrara en la casa, Jesús le llegó antes, diciendo: "¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quién reciben el tributo o el censo? ¿de sus hijos o de los extraños?" Y él dijo: "De los extraños." Le dijo Jesús: "Luego los hijos están liberados. Y como no los escandalicemos, ve a la mar y echa el anzuelo, y el primer pez que subiera, cógelo, y abierta su boca, encontrarás una balanza: tomándolo, se los das por mí y por ti."

Lc 17, 23-26.

Y en verdad para este desinterés tan grande por el bien propio y el afán por ser útil a los demás, a aquellos que juzgan las cosas según la costumbre de los hombres, les parecería que la pobreza iba a ser su compañera, al igual que la total escasez de bienes, la soledad sin más y una vida sin amigos, [445] llena de insidias, miedo y peligros. Pero eso de ningún modo ha de ser temido por sus discípulos, ni siquiera pensado, como quiera que su pensamiento y sus obras dependían de la búsqueda, principalmente, del reino de Dios; de los asuntos terrenales daban pruebas de su desprecio, como si fueran menos adecuados para esa labor, desprecio que, en verdad, mostró principalmente la grandeza de su alma; y por la preocupación y afán por la mejora de las condiciones afirmaba que la divina providencia se iba a poner de manifiesto incluso en la procura de pequeñas cosas —ésas, me refiero, de las que está necesitada la vida— y se iba a apreciar con continuos ejemplos. Y eso lo confirmaba sin sustraer ningún género de hombres malos ni buenos tanto a la inmensidad

de la bondad de Dios, como a la legítima ley de esos que determinaron no vivir ociosos y desocupados; pues era lógico predicar que Dios no iba a renunciar ni descuidar las justas leyes establecidas por él en lo relativo al pago de su recompensa.

"No acumuléis tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los corroen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad tesoros en el cielo, donde ni el orín ni la polilla los corroen, y donde los ladrones no los desentierran ni los roban. Pues donde está tu tesoro, ahí está tu corazón. La lámpara de tu corazón es tu ojo. Si tu ojo fuera puro, todo tu cuerpo será luminoso. Mas si tu ojo estuviera viciado, todo tu cuerpo será en tinieblas. Luego si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas? Nadie puede servir a dos amos: pues o bien guardará odio a uno y amará al otro, o bien apoyará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por eso os digo que no preocupéis a vuestra alma sobre qué coméis, ni a vuestro cuerpo sobre qué vestís. ¿No es el alma más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran ni cosechan, ni guardan en los graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Y quién de vosotros, preocupándose, puede añadir a su estatura un solo codo? Y del vestido, ¿por qué os preocupáis? Tomad en consideración cómo crecen los lirios del campo, no se fatigan ni tejen. Y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si a la hierba del campo, que hay hoy y mañana se arroja al horno, Dios así la viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos o qué beberemos o qué vestiremos? Y es que los gentiles se afanan por todas estas cosas. Pues sabe vuestro Padre que estáis necesitados de todas estas cosas. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán. No os preocupéis, pues, del mañana. Pues el día de mañana dará preocupación a sí mismo. El día tiene suficiente con su propia malicia."

Mt 6, 19-34.

Pero lo que hace en relación al desprecio por los peligros, las incomodidades e, incluso, la muerte, desprecio que la vida despreocupada de sí misma, generosa, amante y afanosa para con los demás parece reclamar especialmente, todo eso afirmaba Jesús que se encontraba en la fortaleza de la divina tutela, para que con su eficacia y fuerza quedara claro que se iba a conocer, incluso en ese preciso momento, por un pequeño sufrimiento el más grande beneficio: por el abandono de los padres y los amigos, una constante relación con los mejores compañeros; por el dolor, el consuelo y la alegría; [446] por la huida y el exilio, el reino; por el desprecio, la gloria verdadera y eterna, e iba a quedar demostrado con pruebas.

Además de esto se difundía que el propio primer preceptor había transmitido y mostrado un razonamiento insólito y admirable para responder a las injurias, y un nuevo y eximio método de vencer a los enemigos y de obtener la victoria, método que, no iniciado aún por los antiguos, el propio caudillo y príncipe enseñó a sus soldados, y, luego de ponerse a sí mismo a prueba primero, los devolvió seguros e intrépidos, les dio ánimos una vez instruidos para la obtención de la misma disciplina miliciana. Sobre este tipo de argumento quedan preceptos escritos:

Lc 14, 26-33.

"Si alguien viene a mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas e, incluso, su propia alma, no puede ser mi discípulo. Y quien no carga su propia cruz y viene tras de mí, no puede ser mi discípulo. ¿Pues quién de vosotros, si tiene intención de levantar una torre, no se sienta antes a calcular los gastos que son necesarios, a ver si tiene para terminarla; no sea que después de poner los cimientos y no poder acabarla, todos los que lo vean se echen a reír de él, diciendo: Este hombre comenzó a construir y no pudo acabar? ¿O qué rey con intención de guerrear contra otro rey no se sienta antes a calcular si puede enfrentarse él con diez mil a ése que viene con veinte mil? De no ser posible, estando aún lejos aquél, envía una embajada rogando la paz. Así, pues, todo aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo."

Mc 10, 29-30.

"En verdad os digo que no hay nadie que, habiendo dejado su casa o a sus hermanos o a su padre o su madre o a sus hijos o sus campos por mí y por el Evangelio, que no reciba al menos el céntuplo ahora en este momento: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos con las persecuciones, y la vida eterna en el siglo que viene."

Mt 10, 28-39.

"No temáis a los que matan el cuerpo: no pueden matar al alma; temed más bien a quien puede perder en la gehenna el alma y el cuerpo. ¿No se venden dos pájaros por un as, y ninguno de ellos cae a tierra sin que lo consienta vuestro Padre? Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues: sois mejores que muchos pájaros. Todo aquel que vaya a confesar ante mí en presencia de los hombres, yo también lo confesaré en presencia de mi Padre, que está en los cielos; pero aquel que se niegue ante mí en presencia de los hombres, yo lo negaré en presencia de mi Padre, que está en los cielos. No penséis que vine a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Pues vine al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí, y quien ama a su hijo o hija por encima de mí, no es digno de mí, y quien no acepta su propia cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien encuentra su propia vida, la perderá, y quien haya perdido su vida por mí, la encontrará."

Y, en verdad, sabemos que los antiguos hicieron uso de la guerra, la manzanza o cualquier otro tipo de calamidades contra los que los miraban mal, los dañinos y los contrarios, [447] como Moisés, David, Elías –incluso no de un modo diferente hemos visto que lo intentó el Apóstol Pedro–, ya que aún no habían seguido aquella divina ternura y bondad para desear y buscar la salvación ajena. Ahora bien, este Verbo eterno, cuya mente fue no pocas veces plácida y suave, expuso en sus preceptos y reafirmó con su propio uso una forma de luchar propia y verdadera, y que no pasaba desapercibida desde ninguna parte. Esto leemos que le fue indicado a Moisés una vez con una imagen significativa, cuando deseaba vivamente contemplar el sencillo y verdadero rostro de Dios, y le preguntaba cuál era su voluntad. *"No podrás contemplar mi rostro, pues no podrás verme hombre y vivir."* Y de nuevo dijo: *"He aquí un lugar cerca de mí; tú te pondrás sobre una roca, y cuando pase mi gloria, te pondré en la hendidura de la piedra y te protegeré con mi diestra, hasta que pase, y levantaré mi mano, y me verás la espalda, pero mi rostro no podrás contemplar."* Y cuando el Señor descendió de la nube, se puso Moisés al lado de

Ex 33, 20-23.

"No podrás contemplar mi rostro, pues no podrás verme hombre y vivir." Y de nuevo dijo: *"He aquí un lugar cerca de mí; tú te pondrás sobre una roca, y cuando pase mi gloria, te pondré en la hendidura de la piedra y te protegeré con mi diestra, hasta que pase, y levantaré mi mano, y me verás la espalda, pero mi rostro no podrás contemplar."* Y cuando el Señor descendió de la nube, se puso Moisés al lado de

Ex 34, 5-7.

Dios, invocando el nombre de Dios. Pasando Él a su lado, dice: "Dominador, Señor, Dios misericordioso y clemente, paciente rico en misericordia y veraz, que guardas la misericordia por mil generaciones, que perdonas la injusticia, los crímenes y los pecados, y ninguno ante ti es inocente por sí." También tienen el mismo significado aquella visión y respuesta del profeta Elías junto al monte Horeb, adonde llegó, permaneciendo en una cueva: *Y he aquí las palabras que el Señor le dirigió: "¿Qué haces aquí Elías?" Y él respondió: "He sentido celo por el Señor, Dios de los ejércitos, porque abandonaron el pacto del Señor los hijos de Israel, destruyeron tus altares y mataron a tus profetas con la espada, y yo quedé solo y pretenden mi vida para quitármela". Y dice: "Sal y quédate en el monte en presencia del Señor". Y he aquí que pasó el Señor, y un sopro grande y fuerte, derribando los montes, rompiendo las piedras ante Dios: no estaba Dios en el sopro; y un terremoto hubo después del sopro: no estaba el Señor en el terremoto; y un fuego, después del terremoto: no estaba el Señor en el fuego; y después del fuego, un susurro suave de brisa. Cuando lo hubo oído Elías, se cubrió el rostro con un manto y, saliendo, se quedó de pie en la entrada de la cueva.* Y este placidísimo susurro de clemencia y bondad no lo expresó Jesucristo sólo con sus palabras, sino con sus hábitos y costumbres, y prometió que los ejemplos de su bondad iban a servir muchísimo para la victoria y la paz a los que lo imitaran. *"Yo me confieso ante ti, Padre, Señor del cielo y la tierra, porque ocultaste esto a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque así te fue grato. Todo me fue entregado por mi Padre, y nadie conoció al Hijo sino el Padre, ni al Padre, sino el Hijo, y a quien quiera el Hijo revelarlo. Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, yo os revitalizaré. Echad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy blando y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Pues mi yugo es suave y mi carga ligera."* Y así sucedió, hasta que pasaran los días de su elevación, y él mismo dio firmeza a su rostro para ir a Jerusalén. Y envió mensajeros antes de ser visto, y en el camino entraron en la ciudad de los samaritanos para prepararlo. [448] *Y no lo recibieron, porque su rostro era el de quien va a Jerusalén. Mas como lo vieran los discípulos Santiago y Juan, dijeron: "Señor, ¿decimos que el fuego descienda del cielo y los consuma?" Y dándose la vuelta los increpó, diciendo: "¿No sabéis de quién sois espíritus? El Hijo del hombre no vino a perder vidas, sino a salvarlas."*

1 Sam 19, 9-14.

Mt 11, 25-30.

Lc 9, 51-56.

Se dirigió Jesús al monte de los Olivos y a la alborada vino de nuevo al templo, y todo el pueblo vino a su presencia, y sentándose les enseñaba. Trajeron los escribas y los fariseos a una mujer sorprendida en adulterio, la pusieron en medio de pie y le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. Y en la Ley Moisés nos ordenó apedrearla de este modo. ¿Qué dice tú, pues?" Mas esto se lo decían para probarle, a fin de acusarle. Pero Jesús, inclinándose hacia abajo, escribía con el dedo en la tierra. Como ellos, pues, insistieran en preguntarles, se levantó y les dijo: "Quien de vosotros esté libre de pecado, que arroje el primero la piedra." E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Ellos al oírle salieron uno detrás de otro, comenzando por los más ancianos, y quedó solo Jesús y la mujer en medio, de pie. Y levantándose le dijo Jesús: "Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te condenó?" Ésta contestó: "Nadie, Señor." Y le dijo Jesús: "Ni yo te condenaré. Vete, y ya no pe-

Io 8, 1-11.

ques más." Y así, la benignidad, la paciencia, la modestia, el desprecio por sí mismo, y el desvelo y la bondad incluso para con los contrarios y los enemigos —armas ejemplares para la lucha y la victoria, propias y expuestas por Él—, las mostró el mismísimo Pastor.

Lc 6, 27-38.

Pero yo os digo a vosotros que escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian. Bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian. Y a quien te golpea en una mejilla, ofrécele la otra. Y a quien te quita el vestido, no le impidas incluso tomar la túnica; da a todo el que te pida, y quien te quite lo que es tuyo, no lo reclames. Y en la medida que queréis que os traten los hombres, tratadlos también a ellos del mismo modo. Y si amáis a quienes os aman, ¿qué gracia tenéis? Si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué gracia tenéis? Sí, en verdad, también los pecadores hacen esto. Y si prestáis a estos de los que esperáis recibir, ¿qué gracia tenéis? También los pecadores peشان a los pecadores, para recibir de ellos lo mismo. Mas amad a vuestros enemigos, haced bien y prestad, sin esperar nada, y vuestra gracia será mucha, y seréis hijo del Altísimo, porque Él es benigno con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordes, como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados. Absolved y seréis absueltos. Dad y se os dará; una medida buena, llena, colmada y rebosante darán a vuestro regazo. La misma medida con la que hayáis medido, con esa se os medirá. Como en cierta ocasión el propio Jesús a un sacerdote que le preguntaba la razón y la causa de su doctrina y de sus discípulos le diera una

Io 18, 22-23.

respuesta verdadera, justa e, incluso, conforme a la ley, *uno de los servidores presentes le dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así respondes al sacerdote?" [449] Respondióle Jesús: "Si hablé mal, dame pruebas de lo malo, pero si bien, ¿por qué me pegas?"*

Io 18, 10-11.

Y como fuera apresado Jesús, Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó y, golpeando a un servidor del sacerdote, *le cortó la oreja derecha. El esclavo se llamaba Malco. Así que Jesús dijo a Pedro: "Envaina tu espada. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no quieres que yo lo beba?" Pues todo el que tome espada, a espada morirá. ¿Crees que no puedo pedir a mi Padre, y pondrá a mi disposición no menos de doce legiones de ángeles? ¿De qué modo, pues, van a cumplirse las escrituras como que así conviene que suceda? Y dice Jesús: "Dejadlo ya." Y como tocara la oreja de aquél, le curó.*

Mt 26, 53-54.

Y a esta parte de su enseñanza hacen referencia los siguientes testimonios y ejemplos:

Lc 22, 51.

Mt 18, 11-35.

"El Hijo del hombre ha venido a salvar lo que había perdido. ¿Qué os parece? Si uno tuviera cien ovejas y se le extraviara una de ellas, ¿no dejará a las noventa y nueve en el monte e irá a buscar a la que se perdió? Y si sucediera que la encontrara, en verdad os digo que se alegrará por ella más que por las noventa y nueve que no se perdieron. Así no es voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que se pierda uno de esos pequeños. Pero si pecara contra ti un hermano tuyo, ve y repréndele en un aparte: si te escuchara, habrás ganado a tu hermano, pero si no te escucha, toma contigo a uno o dos, para ante la presencia de dos o tres testigos quede toda palabra. Y si no los escuchara, díselo a la Iglesia, pero si no escucha a la Iglesia, sea para ti como gentil o publicano. En verdad os digo que cuanto hayáis atado en la tierra, será atado

en el cielo, y cuanto hayáis desatado en la tierra, será desatado también en el cielo. De nuevo os digo que si dos de vosotros consintierais en pedir cualquier cosa en la tierra, será hecho para ellos por parte de mi Padre, que está en los cielos. Pues cuando dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy en medio." Acercándosele entonces Pedro a Él, dijo: "Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano, y yo le perdonaré? ¿Hasta siete?" Díjole Jesús: "No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete. Por eso es semejante el reino de los cielos a un rey que quiso aclarar cuentas con sus siervos. Y como empezara a aclararlas, se le presentó uno que le debía diez mil talentos. Y como no tuviera de donde devolverlos, ordenó el señor que fuese vendido él, su esposa y sus hijos, y todo lo que tenía, y se le restituyera la deuda. Y arrodillándose aquel siervo, le rogaba, diciendo: 'Muestra paciencia conmigo y te lo devolveré todo.' Y compadecido el señor de aquel siervo, lo despidió y le condonó la deuda. Y saliendo de allí aquel siervo, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo intentaba estrangular, diciendo: 'Devuelve lo que debes.' Y arrodillándose su compañero, le rogaba, diciendo: 'Muestra paciencia conmigo y te lo devolveré todo.' Pero aquél no consintió, sino que se marchó y lo envió a la cárcel, hasta que le pagara la deuda. Viendo lo que sucedía sus compañeros, quedaron muy afligidos, y fueron a contarle a su señor todo lo que había ocurrido. Entonces lo llamó su señor y le dijo: 'Mal siervo, yo te condoné toda la deuda [450] puesto que me lo pediste. ¿Es que no te convino compadecerte de tu propio compañero, como yo me compadecí de ti?' Y, enojado, el señor lo entregó a los torturadores hasta que pagase en su totalidad la deuda. Así hará mi Padre celestial con vosotros si no perdonara cada uno de vosotros a su hermano con todo vuestro corazón."

CAPÍTULO XII.

CÓMO RECIBE EL HOMBRE LA DOCTRINA DE JESUCRISTO

La doctrina de Jesucristo no goza de un único y semejante juicio entre los hombres, sino que, según el talento de cada uno o, mejor, según su predisposición, es múltiple y variado. Y es que los deseos humanos se saben divididos en dos partes: la primera, la de esos que, no arrogándose o atribuyéndose nada, toda la razón de su salvación y felicidad que persiguen y buscan como única, creen, esperan, piden y aguardan con atención que les ha de ser procurada por Dios, y entoces se cuidan de conseguirla en esos modos y condiciones en los que hayan comprendido que fueron instruidos por voluntad divina; mas comprenden que es oportuno seguir y mantener con sufrimiento, esfuerzo y sudor aquel camino que conduce a la vida y se muestra más difícil según el estado actual del hombre. Queda por indicar y definir la otra parte, la de esos que, en efecto, siendo amantes, sobre todo, de sí mismos y de su propia comodidad, llevaron todo el empeño de su vida a este único objetivo: que les vaya bien y agradable en primer lugar; en segundo, a esos que se ayudan y empujan a sí mismos hacia ese mismo objetivo, que les paguen con

una parte de sus bienes, como a mercenarios más que como a compañeros, y que aparte de éstos no se cuiden en adelante de los demás, a no ser que se subordinen, en la medida que pueda ser.

Y estos que se cuidan de sus propios bienes se dividen en tres grupos, a los que una misma mente esclava de la ambición y la avaricia inculca diversas costumbres, los alimenta y separa: al primero con el libre albedrío y la soberbia; al otro no con menor arrogancia e insolencia, pero con el alabado cartel de sabiduría, piedad y santidad, el adorno brillante de la palabra y el disfraz del decoro; el último, poniendo por delante la sencillez, la honradez y la fidelidad, sin embargo sabe disimular sus engaños a la manera de la zorra. Y entre todos esos grupos, el de los discípulos sencillos e íntegros, a quien mencionamos en primer lugar, no suele ser demasiado numeroso. Pero los otros tres, sea éste ahora más abundante o lo sea ahora aquél según convenga al momento y al lugar, algunas veces incluso queda claro que son muy difíciles de enumerar y revisar.

Peró esos cuatro grupos, al afanarse por conocer los dichos, hechos y milagros de Jesucristo, al igual que lo hacen con diverso propósito e intención, de ese modo también lo persiguen con diferente juicio: pues los primeros, puesto que como hombres sencillos, íntegros que son y que no asumen nada para sí, a no ser la preocupación por la salvación propia, alaban la verdad descubierta de la doctrina y la honradez conocida y admiten con muestras de veneración la autoridad que se ve confirmada por muchas señales y la aceptan con completa sinceridad, hasta tal punto que, preguntados por la rigurosa dificultad de aquello e invitados alguna vez, si les place, a optar por su separación, [451] una y otra vez niegan que ellos lo vayan a hacer, puesto que a juicio de éstos nada puede ser más adecuado y oportuno para buscar la felicidad. Así está escrito: *"Yo soy el pan de la vida. Los vuestros comieron el maná en el desierto y murieron. Éste es el pan que baja del cielo, para que, si alguien come de él, no muera. Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. Si alguno comiera de este pan, vivirá por siempre, y el pan que yo daré es mi carne, por la vida del mundo."* Disputaban, pues, los judíos entre sí, diciendo: *"¿Cómo puede éste darnos su carne para comer?"* Díjoles, pues, Jesús: *"En verdad, en verdad os digo que si no comierais las carne del Hijo del hombre y bebierais de su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe de mi sangre tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdaderamente alimento y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe de mi sangre permanece en mí, y yo en él. Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí. Éste es el pan que baja del cielo, no como el maná que comieron vuestros padres y murieron. Quien coma este pan, vivirá por siempre."* Esto lo dijo mientras enseñaba en una sinagoga de Cafarnaum. Muchos de sus discípulos, pues, al escucharle, dijeron: *"¿Duras son estas palabras! ¿Y quién puede escucharlas?"* Pero percatándose Jesús de que murmuraban sobre esto sus discípulos, les dijo: *"¿Esto os escandaliza? Pues ¿qué si vierais al Hijo del hombre subiendo a donde estaba antes? El espíritu es quien me vivifica, la carne no aprovecha nada. Las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen."* Pues sabía Jesús desde el principio quiénes era los que no creían y

quién le iba a entregar. Y decía: "Por esto os dije que nadie puede venir a mí, si no le fuera dado de mi Padre." Después de esto muchos de los discípulos se marcharon y ya no lo acompañaban. Dijo, pues, Jesús a los doce: "¿Acaso queréis también vosotros marcharos?" Respondióle, pues, Simón Pedro: "Señor, ¿a quién acudiremos? Tú tienes la palabra de la vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres Cristo, el Hijo de Dios."

Y además, por otro lado, a los otros tres grupos el amor exclusivo unas veces los separa y los conduce dispersos, cuando evidentemente, conviene a cada uno gozar de sus propios bienes sin tener contacto alguno; pero otras, los reúne y congrega en un solo grupo, cada vez que el miedo de cada uno al peligro los atormenta, en la idea de que, puestas en común sus determinaciones y reunidos sus recursos y fuerzas, pueden rechazarlo y evitarlo. Y todos éstos se presentan como oyentes de la doctrina de Jesucristo, espectadores y testigos de sus hechos, no pensando de ningún modo hacer de discípulos, sobre todo si se dan cuenta de que en aquélla hay algo que se enfrente a su propósito, es decir, que no propugne el poderío, la majestad e, incluso, la violencia, o no admire la imagen de santidad, o no recomiende la astucia, la avaricia y la simulación. Por lo cual, cada una de estas facciones no escucha la doctrina de Cristo con completo ánimo de aprobarla, sino, primero, de observarla, y cuando descubre que discrepa de ella y de sus razones, la desprecia y rechaza junto con su propio maestro y se burla tomándola por una locura, [452] o bien, recibida con enorme y cruel odio, abomina de ella, o, incluso, no se tiene inconveniente en entregarla para el castigo y la muerte a sus propios enemigos.

Pero, sin duda alguna, de entre todos estos enemigos y adversarios de la doctrina de Cristo el más desfavorable, dañino y obstinado grupo es el de esos que se apropian de la sabiduría y la santidad, confiados en su propio talento, determinación y empeño, y reforzados en su modo de explicar los libros sagrados al poner por delante su autoridad y su sentido religioso. Pues éstos nunca cesan, hacen no poco, no pocas piedras mueven, ni se abstienen de la violencia, ni ahorran en asechanzas, ni se moderan en las calumnias, los embustes y las falsas interpretaciones de los dichos y los hechos, y no piensan en ninguna otra cosa más, a no ser para abrir una vía, por la que con un mínimo de peligro para ellos —eso sí—, con su propia opinión y autoridad, menoscaban el nombre de Jesús, lo infamen y quiten de enmedio al mismísimo preceptor, y, sin embargo, convezan al populacho de que actúan piadosa y legítimamente. Y ni siquiera habiendo alcanzado sus deseos descansan, sino que arrastrados continuamente por la rabia de su odio y maldad quedan fuera de sí hasta el final de sus vidas, y convierten en discípulos a los imitadores y herederos de su locura, afanándose en propagarlos hasta la eternidad con sus testimonios y recuerdos. Y esta división de los oyentes de la doctrina de Jesús, que hemos adelantado por géneros, pensamos que ha de ser percibida separadamente según las razones y nombres de los propios grupos, habiendo de indicarse por el momento de un modo expreso.

Así pues, en esta época la enseñanza de Jesucristo sobre la fe para con Dios y sobre el sincero arrepentimiento comenzó a crecer: encontró a cuatro órdenes de hombres u oyentes creados sobre la tierra. En primer lugar a cier-

tos discípulos –familiares y allegados–, a los que Jesús elige para unirlos a su misión, y les da el nombre de apóstoles, primero doce, luego, según la conveniencia del momento y el lugar, muchos. A éstos, instruidos en la ley de su propia tarea y labor, Él mismo, explicando claramente sus enseñanzas, les da a conocer el Evangelio, esto es, el anuncio de la salvación universal, y se cuida de que se dé a conocer. Cuando el alma sencilla y sin pulir, consciente de su propia pobreza y debilidad lo oye, lo recibe gozosa y agradecida, y prosigue en sus labores, en la medida que pueda cumplirlas según las circunstancias. Entonces le llega el turno a los doctores de la Ley y a los escribas, a los órdenes de los levitas y sacerdotes, y a los colegios de esos que observan las costumbres más cuidadas y severas de la vida, los fariseos, o sea, los que oyen las enseñanzas aislados y separados del vulgo. Los últimos de todos en venir son los magnates, los reyes, los gobernadores y los miembros de la corte real, cuya costumbre e intención es la siguiente: en lo relativo a los asuntos de la religión y la piedad, o bien admitir o bien rechazar lo que parezca chocar o enfrentarse al provechoso uso del poder y la majestad; aparte de esto, o despreciar y desentenderse de todas las demás cosas, o admitir lo referente a la curiosidad, el placer y la gracia del alma. Y entre éstos se esfuerzan y ocupan poco de la doctrina de Cristo. Puesto que ésta, como trata del reino espiritual y celestial, afecta en poco a la autoridad y la majestad de los príncipes de la tierra: eso sí, para mantener la sociedad común de los pueblos confía en Dios y persuade a sus discípulos de que hay que observarla con pureza y sinceridad, y cultivarla según la Ley.

[453] Pero el tercer grupo de hombres es sobre todo envidioso y muy insistentemente hostil, a los que no agrada la sabiduría de Jesucristo, puesto que es distinto a su sabiduría y talento, y la verdadera santidad del alma no queda probada con la dulzura en las costumbres, la indiferencia hacia uno mismo, el desprecio hacia las cosas que gustan al vulgo, las costumbres moderadas e incluso una disposición completamente amable para con los enemigos, caridad para con todos y un discurso tranquilo y benigno; pues todo esto lleva por delante una luz con la que quedan al descubierto todas sus acciones y dispersadas las tinieblas y las nubes, cubiertos por las cuales, los hombres habían creído que las máscaras elaboradas y sostenidas por éstas eran el verdadero y genuino rostro.

Y además, por otra parte, para este argumento previamente mencionado del cuádruple juicio sería lógico indicar los pasajes de la historia sagrada de los que pudo conocerse cada cosa, y observar y distinguir, como lectores atentos, de qué modo desempeñan su labor y su papel cada una de esos personajes.

Mc 1, 16-45.

Bordeando el mar de Galilea, vio a Simón y Andrés, su hermano, que echaban las redes en el mar, pues eran pescadores, y les dijo Jesús: "Venid tras de mí y os haré pescadores de hombres." Y al instante, dejando las redes, le siguieron. Y avanzando un poco más, vio a Santiago, el de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban también cosiendo las redes en la barca, y al punto los llamó. Y ellos, dejando a su padre Zebedeo con los jornaleros, lo siguieron. Y se dirijieron a Cafarnaum, y el sábado, habiendo entrado en la sinagoga, les enseñaba. Y quedaban maravillados de su doctrina, pues les enseñaba como si tuviera potestad, y no como los escribas. Y había en la sinagoga un hombre

de espíritu impuro y gritó diciendo: "¿Qué hay entre nosotros y tú, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Sé quién eres: el Santo de Dios." Jesús le mandó, diciendo: "Cállate y sal del hombre." Y removiéndose el espíritu impuro y dando un grito salió de él. Y todos quedaron admirados, diciéndose así entre ellos: "¿Qué es esto? ¿Es ésta una nueva autoridad, que en su poder manda incluso a los espíritus impuros y le obedecen." Extendióse el rumor al punto por toda la región de Galilea. Y a continuación, saliendo de la sinagoga, se acercaron a casa de Simón y Andrés, con Santiago y Juan. La suegra de Simón estaba acostada con fiebre, y al momento se lo cuentan. Y acercándose la levantó, le tomó la mano y, a continuación, la fiebre la dejó, y ella se puso a servirles. Al llegar el atardecer, como se pusiera el sol, le presentaban a todos los enfermos y endemoniados, y toda la ciudadanía se congregó junto a la puerta. Y curó a muchos que sufrían diversas enfermedades y echaba a muchos demonios y no les dejaba hablar, porque lo conocían. Y levantándose muy de mañana, salió y marchó a un lugar desierto, y allí oraba. Y le siguió Simón y quienes estaban con Él. Y como lo encontraran, le dijeron: "Todos te buscan." Y Él les contestó: "Vamos a las aldeas y ciudades cercanas, para predicar allí: pues para esto he venido." Y se ponía a predicar en las sinagogas y en toda Galilea, y echaba a los demonios. Y vino a Él un leproso, suplicándole, y de rodillas le dice: "Si quieres, [454] puedes limpiarme." Y Jesús, compadecido de él, extendió su mano y tocándole le dijo: "Quiero, sé limpio." Y como lo dijera, al punto se fue de él la lepra y quedó limpio. Y amonestándole, le despidió y le dice: "Mira, no digas nada a nadie, sino vete y muéstrate al sacerdote principal y ofrece por tu purificación lo que ordenó Moisés en testimonio para ellos." Pero él, marchando, comenzó a pregonar a voces y a divulgarlo, de manera que ya no podía él entrar públicamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en lugares desiertos, y le llegaban de todas partes. Y entró de nuevo en Cafarnaum después de algunos días y se supo que estaba en casa, y llegaron muchos, tantos que no cabían ni junto a la puerta y les decía la PALABRA. Vinieron trayéndole un paralítico, que llevaban entre cuatro. Y como no pudieran presentárselo a causa de la muchedumbre, descubrieron el techo donde él estaba, abriendo un agujero, descolgaron la camilla en la que yacía el paralítico. Y como viera Jesús la fe de ellos, le dice al paralítico: "Hijo, tus pecados te son perdonados." Estaba allí sentados algunos escribas, que pensaban en su interior: "¿Cómo habla así éste? Blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios?" Y al punto, conociendo esto Jesús en su espíritu que así estos pensaban entre sí, les dice: "¿Por qué pensáis eso en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir a un paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate, toma tu camilla y anda? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, -al paralítico- te digo: Levántate, toma tu camilla y ve a tu casa." Y al punto él se levantó y, tomando la camilla, se fue a la vista de todos, de manera que todos se maravillaron y honraron a Dios, diciendo: "Nunca vimos una cosa así." Salió de nuevo a la orilla del mar, y toda la muchedumbre venía a Él, y le enseñaba. Y como pasara, vio a Leví el de Alfeo sentado en el telonio y le dijo: "Sígueme." Y, levantándose, le siguió. Estando sentado a la mesa en la casa de aquél, muchos publicanos y pecadores estaban sentados junto a Jesús y con sus discípulos, pues eran muchos los

Mc 2, 1-28.

que le seguían. Y los escribas y los fariseos, al ver que comía con publicanos y pecadores, decían a sus discípulos: "¿Por qué come y bebe vuestro maestro con publicanos y pecadores?" Al escuchar esto Jesús, les dijo: "No tienen los sanos necesidad del médico, sino los que están enfermos; pues no vine a llamar a los justos, sino a los pecadores." Y ayunaban los discípulos de Juan y los fariseos, vienen y le dicen: "¿Por qué los discípulos de Juan y los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?" Y les dijo Jesús: "¿Acaso pueden los amigos del esposo ayunar mientras el esposo está con ellos? Mientras tienen ellos al esposo consigo, no pueden ayunar. Pero vendrán días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunará en esos días. Nadie cose un pedazo de paño sin tundir en un vestido viejo, pues el remiendo nuevo se llevaría al viejo y la rotura sería mayor. Y nadie echa vino nuevo en cueros viejos, pues el vino rompería los cueros, el vino se derramaría y los cueros se perderían, sino que el vino nuevo debe echarse en cueros nuevos." Y como caminara en sábadó por las mieses, sus discípulos comenzaron a avanzar y arrancar las espigas. [455] Los fariseos le decían: "Mira, ¿por qué hacen en sábadó lo que no está permitido?" Y les dijo: "¿Nunca habéis leído lo que hizo Jesús cunado tuvo necesidad y sintió él hambre y quienes con él estaban? ¿Cómo entró en la casa de Dios, bajo el pontífice Abiatar, y comió los panes de la proposición, que no es lícito comer, sino a los sacerdotes, y dióles quienes con él estaban?" Y les decía: "El sábadó fue hecho por el hombre, y no el hombre por el sábadó. Y así el Dueño del sábadó es el Hijo del hombre."

Mc 3, 1-30.

Y entró de nuevo en la sinagoga, y había allí un hombre con una mano seca. Y le observaban a ver si curaba en sábadó, para acusarle. Y dijo al hombre de la mano seca: "Levántate y sal al medio." Y les dice: "¿Es lícito en sábadó hacer bien o mal? ¿Salvar una vida o matarla?" Pero ellos callaban. Y mirándoles con ira, entristecido por la ceguera de su corazón, dice al hombre: "Extiende tu mano." Y la extendió y le restituyó su mano. Saliendo los fariseos, al punto deliberaban con los herodianos contra Él a ver cómo lo perdían. Se retiró Jesús con sus discípulos hacia el mar y le siguió gran muchedumbre de Galilea y Judea, y de Jerusalén y de Idumea, de Transjordania, y de las cercanías de Tiro y Sidón, una muchedumbre enorme, oyendo lo que hacía, vinieron a Él. Y dijo a sus discípulos que le preparasen una barca, a causa de la muchedumbre, para que no le oprimieran, pues sanaba a muchos, de modo que se echaban sobre Él para tocarlo cuantos padecían algún mal. Los espíritus inmundos, cuando lo veían, se arrojaban ante Él y gritaban, diciendo: "Tú eres el Hijo de Dios." Él con insistencia les conminaba para que no le dieran a conocer. Y, subiendo a un monte, llamó junto a Él a los que quiso, y vinieron a Él. Y designó a doce para que estuviesen con Él y para enviarlos a predicar. Y les dio el poder de curar las enfermedades y de arrojar a los demonios. Y designó a Simón, con el nombre de Pedro, y a Santiago el de Zebedeo y Juan, hermano de Santiago, con los nombres de Bonaerges, esto es, hijos del trueno; a Andrés y Felipe, a Bartolomé y Mateo, a Tomás y Santiago el de Alfeo, y a Tadeo y Simón Cananeo, y a Judas Iscariote, que lo entregó. Y llegaron a casa, y se reunió de nuevo la muchedumbre, tanto que no podían ni comer pan. Y como lo oyeran los suyos, salieron para apoderarse de Él, pues decían: "Se ha vuelto fuera de sí." Y los escribas, que habían bajado de Jerusalén, decían: "Belcebú lo posee y en virtud del príncipe de

los demonios arroja a los demonios." Y reuniéndolos, les decía en parábolas: "¿Cómo puede Satanás arrojar a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, no puede ese reino perdurar. Y si una casa está dividida contra sí misma, no puede esa casa perdurar. Y si Satanás se levantara contra sí mismo y se divide, no puede pedurar, sino que le llega el fin. Nadie puede entrar en una casa de un fuerte y saquear su ajuar, si no ata antes al fuerte, y entonces saqueará la casa. En verdad os digo que todo les será perdonado a los hombres, los pecados y las blasfemias a los que blasfemen: [456] pero quien blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón jamás, sino que será reo de eterno pecado." Y es que ellos decían: "Tiene espíritu impuro."

Y llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles el poder sobre los espíritus impuros. Y les encargó que para el camino no tomaran más que un bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinturón, sino que se calzaran con sandalias y no llevaran dos túnicas. Y les decía: "Dondequiera que entréis en una casa, permaneced allí hasta que salgáis de aquel lugar, y quienes no os recibieren y no os escucharen, saliendo de allí, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos." Y saliendo, iban predicando que se arrepintieran, y echaban muchos demonios y ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban. Y oyó el rey Herodes—pues su nombre fue divulgado— y decía: "Juan el Bautista resucitó de los muertos y por esto sus virtudes operan en él." Pero otros decían: "Es Elías." Y otros decían: "Es un profeta, como uno de tantos profetas." Oído esto, Herodes dijo: "Es Juan, al que yo degollé: éste resucitó de entre los muertos."

Mc 6, 7-16.

Se reunieron en torno a Él los fariseos y algunos escribas venidos de Jerusalén. Y como vieran a algunos de sus discípulos comer pan con las manos impuras, es decir, sin lavar, los reprendieron. Pues los fariseos y todos los judíos, si no se lavaran cuidadosamente las manos, no comen, manteniendo la tradición de sus ancianos, y de la plaza, si no se aspergen, no comen y otras muchas cosas conservan que les fueron transmitidas: el lavado de las copas, de los cántaros, de las vasijas y de los lechos. Y le preguntaban los fariseos y los escribas: "¿Por qué tus discípulos no se conducen según la tradición de los ancianos, sino que comen pan con las manos impuras?" Mas Él respondiendo, dijoles: "Bien profetizó Isaías sobre vosotros, hipócritas, según está escrito: 'Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí, y me dan culto en vano, enseñando doctrinas que son preceptos humanos.' Pues abandonando el mandato de Dios, mantenéis las tradiciones de los hombres, el lavado de los cántaros y de las copas, y hacéis otras cosas semejantes a éstas."

Mc 7, 1-8.

CAPÍTULO XIII.

LOS MANDATOS DE LA MISIÓN DIVINA TRANSMITIDOS POR
JESUCRISTO, OPORTUNAMENTE REPARTIDOS, ADMINISTRADOS
Y LLEVADOS A CABO

Hecha ya pública la muy alegre noticia de la llegada del reino de Dios, declarada la ley del arrepentimiento, ora hecho el anuncio por parte de Él, ora transmitido a través de los apóstoles, y adornados y confirmados todos estos cometidos con gran y múltiple abundancia de milagros y señales, concluyó Jesucristo de un modo fiel, a la vez que riguroso y eficaz, los mandatos de su propia y singular misión impuesta a sí mismo con acciones plenas según la oportunidad del momento y el lugar. La razón de ser de su misión fue la siguiente:

[457] El propio y grandioso designio divino sobre la salvación universal de los hombres mostrado desde la propia creación del mundo, y luego inculcado muy a menudo a través de los profetas, hasta este momento sólo había sido indicado con figuras retóricas y metáforas de ciertos hechos. Y aunque aquellos hechos y palabras también habían sido de alguna utilidad para los hombres, estaban relacionados más con el aprovechamiento del cuerpo y lo conveniente a esta vida mortal, que con las almas y el don de la vida inmortal, como que aquella serie de hechos y circunstancias la había determinado la prudente sabiduría divina. Ahora ya, finalmente, el propio plan de un momento a otro iba a verse concluido con un cierto don admirable y superando con creces cualquier expectativa e, incluso, deseos humanos, a saber, los de cambiar por parte de los hombres desde un género terrenal, oscuro, caduco y mortal, y adoptar la libertad, brillantéz y amplitud de los hijos celestiales e inmortales de Dios, tan completamente alejados de la condición del antiguo Adán. Y este cambio no iba a proporcionar la verdadera santidad con la virtud o la eficacia humanas, sino que iba ser procurada a través del Verbo eterno y del mismísimo Hijo de Dios por el Padre de todas las cosas, Dios único, y obtenida enviando incluso al Espíritu Santo, que es Dios mismo. Y es esto lo principal de esta misión y feliz noticia. Lo siguiente es indicar y mostrar quién era ese ministro, intercesor, administrador, garante, intermediario, instituidor y finalmente fiador para conciliar esta paz y gracia divina, y procurar y obtener la filiación y la adopción. Pues ni podía presentar tan importante hecho ni, habiéndolo presentado, ser merecedor de crédito entre los hombres algún otro distinto del que los oráculos de los profetas habían determinado y Dios adornara con una autoridad manifiesta. Y Él era ese mismo enviado y nombrado por el Padre, provisto de sus mandatos y su facultad, con el pleno poder de la virtud divina, como quiera que éste llevaba consigo la faz y la autoridad del Padre, y quedaba constancia de que era respaldado, mostrado y hasta probado no con un único testimonio —y éste no meramente humano—, ni con débiles pruebas y señales, sino muy rigurosas y firmes. En primer lugar con la palabra, la revelación y la exposición de Juan, puesto que de él todo hombre podía decir con completa razón que había sido destinado, adornado

y delegado desde el cielo. Posteriormente con tantas y tantas pruebas dignas de admiración, nuevas y no oídas antes; pruebas de beneficios destinados a los hombres y de milagros, portentos y toda clase de señales, sin que discreparan en nada de lo observado y anotado en los oráculos, e incluso con la verdad y la pureza de la doctrina, los preceptos y advertencias, junto con su integridad en los usos y costumbres a lo largo de toda su vida, su moderación, su inocencia, su bondad y su completa sencillez, puesta a prueba en muchos y grandes peligras y situaciones.

Mas todas estas cosas, que Jesucristo de un modo veraz, recto y constante, y como era digno de Dios, las expuso en sus predicaciones y anunciaciones, no las recibieron de una sola manera tanto el pueblo como los próceres del pueblo; sino que aquél con ánimo cambiante e inconstante en parte alaba y aprueba, en parte lo pone en duda, incluso más de uno declara que ni es verdad ni admisible, al no tener en cuenta la veracidad de lo que se dijera, ni la virtud del que lo dijera, sino una vez buscados los argumentos para su enjuiciamiento a partir del aspecto externo [458] y de la categoría, clase y posición que poseyera Jesús entre los hombres –pensamiento que suele afectar mucho a las mentes vulgares, impresionables con los títulos y las apariencias, o una vez esperada la opinión de los nobles y de los poderosos a los que invocan, opinión que la muchedumbre temerosa se acostumbra generalmente a seguir, y o bien a odiar a los condenados, o bien a sentir admiración de los probadamente estúpidos.

Y, en efecto, por parte de esos en los que se pensaba que descansaba el culmen de la doctrina, la autoridad y la santidad, Jesús, al asumir el nombre, el título y el don de la unción, sufrió no sólo el rechazo, sino que recibió la ofensa junto a la ignominia, la infamia y la maldición también de eso para lo que recibiría incluso la aprobación con palabras de asentimiento, al rebuscar y encontrar para ese fin una calumnia diferente y múltiple, ya sea la de violar el escrúpulo religioso, ya sea la de la sedición y la de atentar contra la paz general; y al buscar y suscitar el odio de los príncipes y también de los reyes y todo tipo de maquinación, a la que el alma poderosa en laboriosidad, decisión y recursos, cuando sufre la malevolencia y las rivalidades, suele recurrir para defender su propio partido y acabar con el de esos a los que odia, y no dejando, en absoluto, de intentar nada que actúe en su favor. Valdría la pena para nuestra enseñanza, erudición, formación e instrucción oír y observar cómo todas estas cosas se llevan por uno y otro lado.

Después de esto se celebraba una fiesta de los judíos y subió Jesús a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta Probática, una piscina, llamada en hebreo Betzata, que tiene cinco pórticos. En estos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, mancos, que esperaban el movimiento del agua. El ángel del Señor descendía de vez en cuando a la piscina y agitaba el agua, y quien primero bajaba después de la agitación del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que padeciese. Había allí un hombre con treinta y ocho años de enfermo. Como viera Jesús a éste tendido y supiera que llevaba ya mucho tiempo, le dice: “¿Quieres ser curado?” Respondióle el enfermo: “Señor, no tengo a nadie que al moverse él me meta en la piscina, y mientras yo voy, baja otro antes de mí”. Dijole Jesús: “Levántate, coge tu camilla y anda”. Al instante quedó el hombre sano, y cogió su camilla y se puso a andar. Era aquel día sábado, así

Io 5, 1-47.

que los judíos decían al curado: "Es sábadó. No te es lícito llevar camilla". Respondiôles: "El que me ha curado me ha dicho: 'Coge tu camilla y anda'". Le preguntaron, pues: "¿Quién es ese hombre que te ha dicho: 'Coge tu camilla y anda?'". El curado no sabía quién era, porque Jesús se apartó de la muchedumbre allí congregada. Después lo encontró Jesús en el templo y le dijo: "He aquí que estás curado, ya no peques más, no vaya a sucederte algo peor". Se marchó el hombre y dijo a los judíos que era Jesús el que lo hubo curado. Por esto los judíos perseguían a Jesús, porque había hecho esto en sábadó; pero Él les respondió: "Mi Padre obra todavía, y yo obro también". Por esto, pues, los judíos buscaban más matarlo, pues no sólo quebraba el sábadó, [459] sino que decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios. Y así respondió Jesús y les dijo: "En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; pues lo que Él hace, lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que Él hace, y le mostrará mayores obras que éstas, para que os maravilléis. Pues como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo resucita a los que quiere. Aunque el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar, para que todos honren al Hijo, como honran al Padre. Quien no honra al Hijo, no honra al Padre, que le envió. En verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado, sino que pasará de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y quienes la escucharen vivirán. Pues así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo, y le dio poder de juzgar, ya que es el Hijo del hombre. No os admiréis de esto, porque llega la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y avanzarán quienes hayan hecho bien, para la resurrección de la vida, y los que actuaron mal, para la resurrección del juicio. Yo no puedo hacer por mí mismo nada: según oigo, juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería verídico. Otro es quien da testimonio de mí, y yo sé que es verídico el testimonio que de mí da. Vosotros enviasteis a por Juan y dio testimonio de la verdad, pero yo no recibo testimonio de hombre, sino que os digo esto para que seáis salvos. Aquél era lámpara ardiente y reluciente, y vosotros quisisteis disfrutar un instante de su luz. Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, pues las obras que mi Padre me dio a concluir, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que mi Padre me envió, y el Padre, que me envió, Él mismo da testimonio de mí. Vosotros ni habéis escuchado su voz, ni habéis visto su semblante, ni mantenéis su palabra en vosotros, porque no creéis en aquel al que envió. Escudriñad las Escrituras, ya que pensáis tener en ellas la vida eterna, y ellas dan testimonio de mí, y no queréis venir a mí para tener la vida. Yo no recibo gloria de los hombres, pero os conozco, porque no tenéis en vosotros el amor de Dios. Yo he venido en el nombre de mi Padre y vosotros no me recibís; si otro viniera en su nombre, lo recibiríais. ¿Cómo podéis vosotros creer que recibís la gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que es sólo de Dios. No penséis que vaya yo a acusaros ante mi Padre; hay quien os acusará, Moisés, en quien vosotros tenéis la esperanza. Pues si creyeráis en Moisés, creeríais

en mí, ya que de mí escribió él. Pero si no creéis en sus Escrituras, ¿cómo vais a creer en mis palabras?"

CAPÍTULO XIII.

EL ANUNCIO DE LA PRUEBA MISMA, CUMPLIDO POR JESÚS, ES ATACADO POR LAS MURMURACIONES DEL PUEBLO Y POR LA MALICIA Y ENVIDIA DE LOS PRÓCERES

[460] El ser humano, acostumbrado a dirigir su pensamiento, su afán y sus obras a las cosas externas de esta vida y a las comodidades del cuerpo más que a la instrucción interior de las almas, sobre todo aprueba, toma y elige para sí como el mayor y más elevado bien todo lo que sea provechoso para este fin, y a todo aquel que piense que puede proporcionárselo, no sólo lo elige, anuncia, nombra y venera como a un príncipe, sino también como a Dios. De aquí hacíamos mención en alguna parte de esta obra que la mies de los distintos dioses había surgido en otro tiempo entre los gentiles. Y de esta manera la experiencia con Jesucristo suele también servir como provechoso ejemplo por quien lo que se piensa que es bueno, y o bien no lo es, o bien es lo menos bueno de todo, se reclama especialmente, luego de rechazar lo que verdaderamente se dice que es bueno, y lo es en gran medida con este género y nombre, o de pedirlo en último lugar y como con un notario.

Después de esto marchó Jesús al otro lado del mar de Galilea, de Tiberiades, y le seguía una gran muchedumbre, porque veían los milagros que hacía con los enfermos. Subió, pues, Jesús a un monte y se sentó allí con sus discípulos. Estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos. Como levantara, pues, Jesús los ojos y viera la gran muchedumbre que venía en pos de Él, dijo a Felipe: "¿Dónde compraremos pan para que coman éstos?". Esto lo decía para probarle, pues Él sabía lo que había que hacer. Respondióle Felipe: "Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos reciba un pedacito". Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: "Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto, ¿qué es entre tantos?". Le dijo, pues, Jesús: "Haced que los hombres se acomoden". Había en el lugar mucha hierba. Se acomodaron, pues, los hombres, en número casi de cinco mil. Tomó entonces los panes Jesús, y dando gracias, dio a los que estaban echados, e igualmente de los peces cuanto querían. Y cuando se saciaron, dijo Él a sus discípulos: "Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierdan. Los recogieron, pues, y llenaron doce cestos de los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a éstos que comieron. Aquellos hombres, pues, como vieran el milagro que había hecho, decían: "Verdaderamente éste es el profeta que ha de venir al mundo". Jesús, como conociera que iban a venir a cogerlo y hacerlo rey, se retiró de nuevo al monte Él solo. Y cuando llegó la tarde, bajaron sus discípulos al mar. Y subiendo a la barca, se dirigieron al otro lado del mar, hacia Cafarnaum. Ya se había hecho de noche y Jesús no

Io 6, 1-72.

había llegado junto a ellos. Y el mar, al soplar un fuerte viento, [461] se encrespaba. Cuando habían remado unos veinte o treinta estadios, ven a Jesús que caminaba sobre el mar y se acercaba a la barca, y sintieron miedo. Pero Él les dice: "Soy yo, no temáis." Quisieron, pues, recogerle en la barca, y al punto atracó en la tierra a la que se dirigían. Al día siguiente, la muchedumbre que estaba al otro lado del mar, vio que no había allí más que una sola barca y que Jesús no había montado con sus discípulos en la barca, sino que los discípulos se habían marchado solos. Pero llegaron otras barcas de Tiberíades cerca del lugar donde habían comido pan, dando gracias al Señor. Como viera, pues, la muchedumbre que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaum en busca de Jesús. Y como lo encontraran al otro lado del mar, le dijeron: "Rabí, ¿cuándo has llegado aquí?" Les respondió Jesús y dijo: "En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y estáis saciados. Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el que permanece para la vida eterna, que el Hijo del hombre os dará. Porque a éste el Padre Dios ha señalado." Le dijeron, pues, a Él: "¿Qué hemos de hacer para realizar las obras de Dios?" Jesús les respondió y dijo: "La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado." Ellos, pues, le dijeron: "¿Qué señal haces tú para que viéndola creamos en ti? ¿Qué vas a realizar? Nuestros padres comieron pan en el desierto, como está escrito: 'Pan del cielo les dio de comer.'" Les dijo, pues, Jesús: "En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo." Entonces le dijeron: "Señor, danos siempre de ese pan." Y Jesús les dijo: "Yo soy el pan de la vida; quien viene a mí, no tendrá hambre, y quien cree en mí, nunca tendrá sed. Pero os lo dije: Me visteis y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré fuera: porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Ésta es la voluntad del que me ha enviado, mi Padre: que no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite el último día. Y ésta es la voluntad de mi Padre, que me envió: que todo el que vea al Hijo y crea en Él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día." Murmuraban, pues, los judíos de Él, porque había dicho: "Yo soy el pan que ha bajado del cielo." Y decían: "¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir éste: He bajado del cielo?" Respondió, pues, Jesús y les dijo: "No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no le atrae; y yo le resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: 'Y serán todos enseñados por Dios.' Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, sino que el que está por Dios, éste ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Éste es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, que bajé del cielo. Si uno comiera de este pan, [462] vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi pan por la vida del mundo." Discutían, pues, los judíos entre ellos, diciendo: "¿Cómo puede éste darnos su carne a comer?" Les dijo, pues, Jesús: "En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su

sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida; quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Al igual que me ha enviado mi Padre, que vive, y yo vivo por mi Padre, también quien me coma vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo. No como el maná que comieron vuestros padres y murieron. Quien coma de este pan vivirá eternamente." Esto lo dijo enseñando en la sinagoga en Cafarnaum. Muchos de sus discípulos, pues, al oírle, dijeron: "Es duro este lenguaje. ¿Y quién puede escucharle?" Pero sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban de Él, le dijo: "¿Esto os escandaliza? ¿Pues si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes...? El espíritu es el que da la vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que yo os he dicho, son espíritu y vida. Pero hay entre vosotros algunos que no creen." Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién lo iba a entregar. Y decía: "Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí, sino se lo concediera mi Padre." A partir de entonces, muchos de los discípulos se volvieron atrás y ya no caminaban con Él. Dijo entonces Jesús a los doce: "¿Queréis irs también vosotros?" Le respondió entonces Simón Pedro: "Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres Cristo, el Hijo de Dios." Les respondió Jesús: "¿Acaso no os elegí a vosotros doce y uno de vosotros es el diablo?" Y se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote, pues éste le iba a entregar, aunque era uno de los Doce.

CAPÍTULO XV.

LAS RENOVADAS ACCIONES DE JESÚS SOBRE SU UNCIÓN,

Y LA INCONSTANCIA DE UNA PARTE DE LOS HOMBRES

Y LA FIRMEZA DE LA OTRA

Después de esto, caminaba Jesús por Galilea, pues no quería caminar por Judea, porque buscaban los judíos matarlo. Y se acercaba la festividad judía de las Tiendas. Y le dijeron sus hermanos: "Marcha de aquí y ve a Judea, para que tus discípulos vean las obras que tú realizas. Puesto que nadie actúa oculta-mente cuando busca ser conocido. Si haces esto, muéstrate al mundo." Y es que ni sus hermanos creían en Él. Les dijo entonces Jesús: "Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está preparado. El mundo no puede odia-ros, en cambio a mí sí, puesto que yo doy testimonio de que sus obras son perversas. [463] Subís vosotros a la fiesta; yo no subo a esta fiesta, porque mi tiempo aún no está cumplido. Al decir esto, se quedó en Galilea. Pero cuando sus hermanos subieron, entonces Él también subió a la fiesta, no a las claras, sino como de incognito. Los judíos entonces le buscaban en la fiesta y decían: "¿Dónde está ése?" Y grandemente murmuraba la muchedumbre sobre Él. Unos decían: "Es bueno." Otros decían: "No, sino que engaña al pueblo". Pero nadie hablaba de Él abiertamente por miedo a los judíos. Mediada ya la fiesta, subió

Io 7, 1-53.

Jesús al templo y se puso a enseñar. Los judíos, asombrados, decían: “¿Cómo entiende las letras sin haber estudiado?” Jesús les respondió: “Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Si alguno quiere cumplir mi voluntad, verá si mi doctrina es de Dios o hablo yo por mi cuenta. El que habla por su cuenta, busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado, ése es veraz; y no hay imposturas en él. ¿No es Moisés el que os dio la Ley? Y ninguno de vosotros cumple la Ley. ¿Por qué queréis matarme?” Respondió la gente: “Tienes un demonio. ¿Quién quiere matarte?” Jesús les respondió: “Una sola obra he hecho y todos os maravilláis. Moisés os dio la circucisión –no que provenga de Moisés, sino de los patriarcas– y vosotros circundáis a uno en sábadó. Si se circunda a un hombre en sábadó, para no quebrantar la Ley de Moisés, ¿os irritáis contra mí porque he curado a un hombre entero en sábadó? No juzguéis según la apariencia. Juzgad con juicio justo.” Decían algunos de los de Jerusalén: “¿No es éste a quien quieren matar? Mirad cómo habla con toda libertad y no le dicen nada. ¿Habrán reconocido de veras las autoridades que éste es el Cristo? Pero éste sabemos de dónde es, mientras que, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es.” Gritó, pues, Jesús, enseñando en el templo y diciendo: “Me conocéis a mí y sabéis de dónde soy. Pero yo no he venido por mi cuenta; sino que verdaderamente me envía el que me envía; pero vosotros no lo conocéis. Yo le conozco, porque vengo de él y él es el que me ha enviado.” Querían, pues, detenerle, pero nadie le echó mano, porque todavía no había llegado su hora. Y muchos entre la gente creyeron en Él y decían: “Cuando venga el Cristo, ¿bará más señales que las que ha hecho éste?” Se enteraron los fariseos que la gente hacía estos comentarios acerca de Él y enviaron guardias para detenerle. Entonces Él dijo: “Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, y me voy al que me ha enviado. Me buscaréis y no me encontraréis; y donde yo esté, vosotros no podéis venir.” Se decían entre sí los judíos: “¿A dónde se irá éste que nosotros no le podamos encontrar? ¿Se irá a los que viven dispersos entre los griegos para enseñar a los griegos? ¿Qué es eso que ha dicho: ‘Me buscaréis y no me encontraréis’, y ‘adonde yo esté, vosotros no podéis venir’?” El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: “Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí”, como dice la Escritura: ‘De su seno correrán ríos de agua viva’. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado. Muchos entre la gente, que le habían oído estas palabras, [464] decían: “Éste verdaderamente es el profeta.” Otros decían: “Éste es el Cristo.” Pero otros replicaban: “¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo? ¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de la descendencia de David y de Belén, el pueblo de donde era David?” Se originó, pues, una disensión entre la gente por causa de Él. Algunos de ellos querían detenerle, pero nadie le echó mano. Los guardias volvieron donde los sumos sacerdotes y los fariseos. Éstos le dijeron: “¿Por qué no le habéis traído?” Respondieron los guardias: “Jamás un hombre ha hablado como ese hombre.” Los fariseos les respondieron: “¿Vosotros también os habéis dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en él algún magistrado o algún fariseo? Pero esa gente que no conoce la Ley son unos malditos.” Les dice Nicodemo, que era uno de ellos, el que había ido anteriormente donde Jesús: “¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle antes oído y sin saber lo

que hace?" Ellos le respondieron: "¿También tú eres de Galilea? Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta." Y se volvieron cada uno a su casa.

Mas Jesús se fue al monte de los Olivos. Pero de madrugada se presentó otra vez en el templo, y todo el pueblo acudía a Él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles. Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú que dices?" Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "Aquél de vosotros que esté libre de pecado, que le arroje la primera piedra." E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose Jesús le dijo: "Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?" Ella respondió: "Nadie, Señor." Jesús le dijo: "Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más." Jesús les habló otra vez diciendo: "Yo soy la luz del mundo; el que siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida." Los fariseos le dijeron: "Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no vale." Jesús les respondió: "Aunque yo dé testimonio de mi mismo, mi testimonio vale, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie; y si juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy yo solo, sino yo y el que me ha enviado. Y en vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos personas es válido. Yo soy el que doy testimonio de mi mismo y también el que me ha enviado, mi Padre, da testimonio de mí." Entonces le decían: "¿Dónde está tu Padre?" Respondió Jesús: "No me conocéis ni a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre." Estas palabras las pronunció en el Tesoro, mientras enseñaba en el templo. Y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora. Jesús les dijo otra vez: [465] "Yo me voy y vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy, vosotros no podéis ir." Él les decía: "Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Ya os he dicho que moriréis en vuestros pecados, porque si no creéis que Yo Soy, moriréis en vuestros pecados." Entonces le decían: "¿Quién eres tú?" Jesús les respondió: "Desde el principio, lo que os estoy diciendo. Mucho podría hablar de vosotros y juzgar, pero el que me ha enviado es veraz, y lo que le he oído a él es lo que hablo al mundo." No comprendieron que les hablaba del Padre. Les dijo, pues, Jesús: "Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo. Y el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él." Al hablar así, muchos creyeron en Él. Decía, pues, Jesús a los judíos que habían creído en Él: "Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres." Ellos le respondieron: "Nosotros somos descendencia de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Os hará libres?" Jesús les respondió: "En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo. Y el esclavo no se queda en casa para siempre; mientras el hijo

Io 8, 1-58.

se queda para siempre. Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres. Ya sé que sois descendencia de Abraham; pero tratáis de matarme, porque mi Palabra no prende en vosotros. Yo hablo lo que he visto donde mi Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído donde vuestro padre." Ellos le respondieron: "Nuestro padre es Abraham." Jesús les dice: "Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Pero tratáis de matarme, a mí que os he dicho la verdad que oí de Dios. Eso no lo hizo Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre." Ellos le dijeron: "Nosotros no hemos nacido de la prostitución; no tenemos más padre que a Dios." Jesús les respondió: "Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais a mí, porque yo he salido y vengo de Dios no he venido por mi cuenta, sino que él me ha enviado. ¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi Palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio y se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador? Si digo la verdad ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios." Los judíos le respondieron: "¿No decimos, con razón, que eres samaritano y que tienes un demonio?" Respondió Jesús: "Yo no tengo un demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis a mí. Pero yo no busco mi gloria; ya hay quien la busca y juzga. En verdad, en verdad os digo: si alguno guarda mi Palabra, no verá la muerte jamás." Le dijeron los judíos: "Ahora estamos seguros de que tienes un demonio. Abraham murió y también los profetas; y tú dices: 'Si alguno guarda mi Palabra, [466] no probará la muerte jamás.' ¿Eres tú acaso más grande que nuestro padre Abraham, que murió? También los profetas murieron. ¿Por quién te tienes a ti mismo?" Jesús respondió: "Si yo me glorificara a mi mismo, mi gloria no valdría nada; es mi Padre quien me glorifica, de quien vosotros decís: 'Él es nuestro Dios', y sin embargo no le conocéis; yo sí que lo conozco, y si dijera que no le conozco, sería un mentiroso como vosotros. Pero yo le conozco y guardo su Palabra. Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver mi Día; le vio y se alegró." Entonces los judíos le dijeron: "¿Aún no tienes cincuenta años y ya has visto a Abraham?" Jesús les respondió: "En verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, Yo Soy." Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo.

Io 9, 1-41.

Vio, al pasar, a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: "Rabí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?" Respondió Jesús: "Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él la obras de Dios. Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo." Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: "Vete, lávate en la piscina de Siloé" —que quiere decir Enviado—. Él fue, se lavó y volvió ya viendo. Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo, decían: "¿No es éste el que se sentaba para mendigar?" Unos decían: "Es él." "No —decían otros— sino que es uno que se le parece." Pero él decía: "Soy yo." Le dijeron entonces: "¿Cómo, pues, se te

han abierto los ojos?" Él respondió: "Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó los ojos y me dijo: 'Vete a Siloé y lávate.' Yo fui, me lavé y vi." Ellos le dijeron: "¿Dónde está ése?" Él respondió: "No lo sé." Lo llevan donde los fariseos al que antes era ciego. Pero era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos a su vez le preguntaron cómo había recobrado la vista. Él les dijo: "Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo." Algunos fariseos decían: "Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado." Otros decían: "Pero, ¿cómo puede un pecador realizar semejantes señales?" Y había disensión entre ellos. Entonces le dicen otra vez al ciego: "¿Y tú qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos?" Él respondió: "Que es un profeta." No creyeron los judíos que aquel hombre hubiera sido ciego, hasta que llamaron a los padres del que había recobrado la vista y les preguntaron: ¿Es éste vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?" Sus padres respondieron: "Nosotros sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. Pero, cómo ve ahora, no lo sabemos; ni quién le ha abierto los ojos, eso nosotros no lo sabemos. Preguntadle; edad tiene; puede hablar de sí mismo." Sus padres decían esto por miedo a los judíos, pues los judíos se habían puesto ya de acuerdo en que si alguno lo reconocía como Cristo, quedara excluido de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: "Edad tiene; preguntádselo a él." Le llamaron por segunda vez al hombre [467] que había sido ciego y le dijeron: "Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador." Les respondió: "Si es un pecador, no lo sé. Sólo sé una cosa: que era ciego y ahora veo." Le dijeron entonces: "¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?" Él replicó: "Os lo he dicho ya, y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis vosotros haceros discípulos suyos?" Ellos le llenaron de injurias y le dijeron: "Tú eres discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero ése no sabemos de dónde es." El hombre les respondió: "Eso es lo extraño: que vosotros no sepáis de dónde es y que me haya abierto a mí los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ése le escucha. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada." Ellos le respondieron: "Has nacido todo entero en pecado ¿y nos das lecciones a nosotros?" Y le echaron fuera. Jesús se enteró de que le habían echado fuera y, encontrándose con él, le dijo: "¿Tú crees en el Hijo del hombre?" Él respondió: "¿Y quién es, Señor, para que crea en él?" Jesús le dijo: "Le has visto; el que está hablando contigo, ése es." Él entonces dijo: "Creo, Señor." Y se postró ante él. Y dijo Jesús: "Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelven ciegos." Algunos fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron: "¿Es que también nosotros somos ciegos?" Jesús les respondió: "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís: 'Vemos', vuestro pecado permanece."

"En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que escala por otro lado, ése es un ladrón y un saltador; pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. A éste le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una a una y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero no seguirán a un extraño, sino que huirán

1o 10, 1-42.

de él, porque no conocen la voz de los extraños." Jesús les dijo esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les hablaba. Entonces Jesús les dijo de nuevo: "En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido delante de mí son ladrones y salteadores; pero las ovejas no les escucharon. Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor. El buen pastor de su vida por las ovejas. Pero el asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo hace presa en ellas y las dispersa, porque es asalariado y no le importan nada las ovejas. Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy la vida por las ovejas. También tengo otras ovejas, que no son de este redil, también a éstas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño y un solo pastor. Por eso me ama mi Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; [468] yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; ésa es la orden que he recibido de mi Padre." Se produjo otra vez una disensión entre los judíos por estas palabras. Muchos de ellos decían: "Tiene un demonio y está loco. ¿Por qué le escucháis?" Pero otros decían: "Esas palabras no son de un endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?" Se celebró por entonces en Jerusalén la fiesta de la Dedicación. Era invierno. Jesús se paseaba por el templo, en el pórtico de Salomón. Le rodearon los judíos y le decían: "¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente." Jesús les respondió: "Ya os lo he dicho, pero no me creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre son las que dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo le doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie les arrebatará de mi mano. El Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, y nadie puede arrabatar nada de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno." Los judíos trajeron otra vez piedras para apedrearle. Jesús les dijo: "Muchas obras buenas que vienen del Padre os he mostrado. ¿Por cuál de esas obras queréis apedrearme?" Le respondieron los judíos: "No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios." Jesús les respondió: "¿No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho: dioses sois? Si llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la Palabra de Dios—y no puede fallar la Escritura— a aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, ¿cómo le decís que blasfema por haber dicho: 'Yo soy Hijo de Dios'? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque a mí no me creáis, creed por las obras, y así sabréis y conoceréis que el Padre está en mí y yo en el Padre." Querían de nuevo prenderle, pero se les escapó de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan había estado antes bautizando, y se quedó allí. Muchos fueron donde Él y decían: "Juan no realizó ninguna señal, pero todo lo que dijo Juan de éste, era verdad." Y muchos allí creyeron en Él.

CAPÍTULO XVI.

LAS PALABRAS DE JESÚS ACERCA DE LA PACIENCIA
Y LA JUSTICIA DE DIOS PARA CON EL HOMBRE

Entre tantas y tan importantes acciones en las que el Verbo divino hecho carne anunciaba al género humano la misericordia y la fidelidad de Dios, y hoy las sigue anunciando y afirmando con solemnidad, destaca un sermón admirable, y que hay que recoger con el mayor escrúpulo religioso y atención, pronunciado en el momento y lugar adecuados acerca de la clemencia y paciencia inacabable de Dios y acerca de los castigos que de un juicio justo se siguen finalmente contra el hombre que abusa de la grandeza de Aquél, castigos que, indudablemente, así como son debidamente merecidos, así también no han de ser apelados o evitados por el hombre condenado con razonamiento y sofisma algunos.

[469] *Y sucedió que un día enseñaba en el templo al pueblo y anunciaba el Evangelio; se acercaron los sumos sacerdotes y los escribas junto con los ancianos, y le preguntaron: "Dinos: ¿Con qué autoridad haces esto, o quién es el que te ha dado tal autoridad?" Él les respondió: "También yo os voy a preguntar una cosa. Decidme: El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?" Ellos discurrían entre sí: "Si decimos: 'Del cielo', dirá: '¿Por qué no le creísteis?' Pero si decimos: 'De los hombres', todo el pueblo nos apedreará, pues están convencidos de que Juan era un profeta." Respondieron, pues, que no sabían de dónde era. Jesús entonces les dijo: "Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto." Se puso a decir al pueblo esta parábola: "Un hombre plantó una viña y la arrendó a unos labradores, y se ausentó por mucho tiempo. A su debido tiempo, envió a un siervo a los labradores, para que le diesen parte del fruto de la viña. Pero los labradores, después de golpearle, le despacharon con las manos vacías. Volvió a enviar otro siervo, pero ellos, después de golpearle e insultarle, le despacharon con las manos vacías. Tornó a enviar un tercero, pero ellos, después de berirle, le echaron. Dijo, pues, el dueño de la viña: '¿Qué haré? Voy a enviar a mi hijo querido; tal vez le respeten.' Pero los labradores, al verle, se dijeron entre sí: 'Éste es el heredero; matémosle, para que la herencia sea nuestra.' Y, echándole fuera de la viña, le mataron. ¿Qué hará, pues, con ellos el dueño de la viña? Vendrá y dará muerte a estos labradores y entregará la viña a otros." Al oír esto, dijeron: "De ninguna manera." Pero Él, clavando en ellos la mirada, dijo: "Pues, ¿qué es lo que está escrito: 'La piedra que los constructores echaron, en piedra angular se ha convertido?' Todo el que caiga sobre esta piedra, se destrozará, y a aquel sobre quien caiga, le aplastará." Los escribas y los sumos sacerdotes trataron de echarle mano en aquel mismo momento, pero tuvieron miedo al pueblo porque habían comprendido que aquella parábola la había dicho por ellos. Quedándose ellos al acecho, le enviaron unos espías, que fingieran ser justos para sorprenderle en alguna palabra y poderle entregar al poder y autoridad del procurador. Y le preguntaron: "Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud y que no tienes en cuenta la condición de las personas, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios: ¿Nos es lícito pagar tributo al César o no?" Pero Él, habiendo conocido la astucia, les dijo: "Mos-*

Lc 20, 1-26.

tradme un denario. ¿De quién lleva la imagen y la inscripción?" Ellos dijeron: "Del César." Él les dijo: "Pues bien, lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios." No pudieron sorprenderle en ninguna palabra ante el pueblo y, maravillados por su respuesta, se callaron.

CAPÍTULO XVII.

LAS ÚLTIMAS ACCIONES DE JESÚS COMO EVANGELISTA

[470] Una vez cumplida ya la parte correspondiente a su misión y mandatos y atravesada la región que tenía que recorrer con motivo del Evangelio, dio breve testimonio, entre sus últimas acciones, de su don, su virtud, su autoridad y eficacia, muy útil para los que creían y lo aceptaban, lleno de grandes misterios, con una señal admirable y pública, y sin posibilidad de ser negada por la astucia propia de los hombres. Tal era el cometido de su testimonio: en primer lugar, recordar la naturaleza mortal del género humano, cuya misión, la de vencerla y superarla, le fue concedida sólo a Él por parte de su Padre, con lo que, como convenía, creerían y por fin sabrían por experiencia que era completamente cierto; pero mientras tanto, para prueba y señal de esta afirmación, a un hombre que había abandonado esta vida mortal, incluso ya convertido en cadáver corrompido, había de devolverlo por el momento vivo, intacto y sano con una invocación a Dios, creador de todas las cosas, quien confirmaba aquella suplica con la prueba de un milagro manifiesto y ajustado al objeto del testimonio.

Io 11, 1-46.

Había un cierto enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: "Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo." Al oírlo Jesús, dijo: "Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella." Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba. Al cabo de ellos, dice a sus discípulos: "Volvamos a Judea de nuevo." Le dicen los discípulos: "Rabí, con que hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?" Jesús respondió: "¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día, no tropieza, porque se ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque no está la luz en él." Dijo esto y añadió: "Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarle." Le dijeron sus discípulos: "Señor, si duerme, se curará." Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: "Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vayamos donde él." Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: "Vayamos nosotros también a morir con Él." Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén como a unos quince estadios y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María para consolarlas por su

hermano. Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa. Dijo Marta a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. [471] Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá." Le dice Jesús: "Tu hermano resucitará." Le respondió Marta: "Ya sé, que resucitará en la resurrección, el último día." Jesús le respondió: "Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?" Le dice ella: "Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios que iba a venir al mundo." Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: "El Maestro está ahí y te llama." Ella, en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente y se fue donde Él. Jesús todavía no había llegado al pueblo; sino que seguía en el lugar donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban en casa de María consolándola, al ver que se levantaba rápidamente y salía, la siguieron pensando que iba al sepulcro para llorar allí. Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto." Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: "¿Dónde lo habéis puesto?" Le responden: "Señor, ven y lo verás." Jesús se echó a llorar. Los judíos entonces decían: "Mirad cómo le quería." Pero algunos de ellos dijeron: "Éste, que abrió los ojos a un ciego, ¿no podía haber hecho que éste no muriera?" Entonces Jesús se conmovió nuevamente en su interior y fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía puesta encima una piedra. Dice Jesús: "Quitad la piedra." Le responde Marta, la hermana del muerto: "Señor, ya huele; es el cuarto día." Le dice Jesús: "¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?" Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: "Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado." Dicho esto, gritó con fuerte voz: ¡Lázaro, sal fuera! Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: "Desatadlo y dejadle andar." Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en Él. Pero algunos de ellos fueron donde los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús.

CAPÍTULO XVIII.

ACUERDO ESTABLECIDO POR LA SABIDURÍA Y LA SANTIDAD DE LA CARNE Y CONVERTIDO EN DECRETO

La perversidad es propia del hombre egoísta y que dirige todos sus planes y afanes hacia él mismo, de manera que ataca con denuedos a ese de quien disiente sobre la verdad y, al no tener esperanza ya de refutarle y vencerle con inteligencia, astucia, simulación, disimulación y otro tipo de artimañas, se lanza a una violencia manifiesta y se preocupa por quitarlo de enmedio con razón o sin ella, y lo hace con el menor riesgo posible para sí mismo [472] y, más bien, bajo el pretexto del interés general, y luego de recurrir a los

últimos ardides en su forma de actuar, a saber, buscar la ayuda del poder para ese objetivo y, aún más, convencerlo acerca del interés y la causa común, o bien atemorizarlo hasta el extremo.

Hasta tal punto el Verbo divino realizó de tal manera su cometido, que el celo humano no podía hallar en el mismo –ni con razón ni con pretextos ni con otro tipo de excusas– nada que reprochar, nada que echar en falta, sino admitir y convencerse, esto es, desmentirse a sí mismo y apartarse de su propio propósito, aunque no quisiera; es lógico, pues, que se precipite en el delirio y la locura y, si se cree juicioso y sano, que se enfurezca contra el sanador y médico de su vicio y enfermedad, y piense que eso le va a ser de gran provecho, en el caso de que quite de enmedio al que prohíba todo lo que conlleve una ruina completamente funesta –gozosa, sin embargo, según el parecer de la mente humana– y, eliminado éste, crea que se va a conducir de un modo tranquilo y agradable. Entretanto, mientras se reflexiona sobre la necesidad de reforzar esta vía, si se interpusiese un propósito mejor y más prudente, que ése o bien no muestre atrevimiento alguno al verse presionado por el número, cantidad y miedo de los que son peores, inferiores y más inútiles, o bien calle lo que va a ser muy poco provechoso, según su parecer.

Io 11, 47-56.

Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: "¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en Él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar y nuestra nación." Pero uno de ellos, Caifás, que era el Sumo Sacerdote de aquel año, les dijo: "Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca la nación." Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era Sumo Sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación –y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos–. Desde este día, decidieron darle muerte. Por eso Jesús no andaba ya en público entre los judíos, sino que se retiró de allí a la región cercana al desierto, a una ciudad llamada Efraím, y allí residía con sus discípulos. Estaba cerca la Pascua de los judíos, y muchos del país habían subido a Jerusalén, antes de la Pascua para purificarse. Buscaban a Jesús y se decían unos a otros estando en el templo: "¿Qué os parece? ¿Que no vendrá a la fiesta?" Los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que, si alguno sabía dónde estaba, lo notificara para detenerle.

CAPÍTULO XIX.

JESÚS, EL VERBO DE DIOS HECHO CARNE, DADO Y PROCLAMADO PÚBLICAMENTE COMO EL REY PROMETIDO, ES SALUDADO POR LA SENCILLEZ, REPUDIADO POR EL INGENIO

Para que la inoportuna astucia y el estúpido rechazo de los hombres no pudiese nunca oponer o pretextar alguna circunstancia, acción o afirmación, ni alguna señal que no se pruebe a sí misma acerca de las promesas de la

salvación humana, quiso Dios que la presencia del Rey nombrado por él, instruido y enviado para la salvación universal, quedase probada y proclamada no sólo con pruebas particulares y manifiestos testimonios hablados [473], no sólo con señales y portentos, sino también con un aparato público, aparato —me refiero— no de oro, plata y gemas, como suele ser el de los reyes humanos, es decir, soberbio; sino con la visión conspicua y notable para todos de una personalidad totalmente modesta, humilde, tranquila y humana, más allá de cualquier ejemplo entre los hombres, de manera que cada uno, incluso el más sencillo, supiera que había sido engendrada y mostrada no para su propia causa, sino la de los suyos, como lo supo el alma más inocente; pero la mente excesivamente artera y obstinada, cuanto más convencida está de la verdad, se endurece, enloquece y enfurece más, y conspira en apresurar la muerte de su propio Rey, y sobre todo realiza ese único objetivo de manera muy diligente, para calcular de qué modo llevarlo a cabo sin correr peligro.

Cuando se aproximaban a Jerusalén, cerca ya de Betania, al pie del monte de los Olivos, envía a dos discípulos, diciéndoles: "Id al pueblo que está enfrente de vosotros, y no bien entréis en él, encontraréis un pollino atado, sobre el que no ha montado todavía ningún hombre. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os dice: '¿Por qué hacéis eso?', decid: 'El Señor lo necesita, y lo devolverá pronto.' Fueron y encontraron al pollino atado junto a una puerta, fuera en la calle, y lo desataron. Algunos de los que estaban allí les dijeron: "¿Qué hacéis desatando el pollino?" Ellos les contestaron según les había dicho Jesús, y les dejaron. Traen el pollino donde Jesús, echaron encima sus mantos y se sentó sobre él. Muchos extendieron sus mantos por el camino; otros, follaje cortado de los campos. Los que iban delante y los que le seguían, gritaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el reino que viene, de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!"

Mc 11, 1-10.

Esto no lo comprendieron sus discípulos en principio; pero cuando Jesús fue glorificado, cayeron en la cuenta de que esto estaba escrito sobre Él, y que era lo que había hecho. La gente que estaba con Él cuando llamó a Lázaro de la tumba y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio. Por eso también salió gente a su encuentro, porque habían oído que Él había realizado aquella señal. Entonces los fariseos se dijeron entre sí: "¿Veis cómo no adelantáis nada?, todo el mundo se ha ido tras Él." Había algunos griegos de los que subían a adorar en la fiesta. Éstos se dirigieron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron: "Señor, queremos ver a Jesús." Felipe fue a decírselo a Andrés; Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les respondió: "Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. Si alguno me sirve, el Padre le honrará. Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu Nombre." Vino entonces una voz del cielo: "Le he glorificado y de nuevo lo glorificaré." La gente que estaba allí [474] y lo oyó decía que había sido un trueno. Otros decían: "Le ha hablado un ángel." Jesús respondió: "No ha venido esta voz por mí, sino por vosotros." Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos ha-

Io 12, 16-50.

cia mí." Decía esto para significar de qué muerte iba a morir. La gente respondió: "Nosotros sabemos por la Ley que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo dices tú que es preciso que el Hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es ese Hijo del hombre?" Jesús les dijo: "Todavía, por un poco de tiempo, está la luz entre vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas; el que camina en tinieblas, no sabe dónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz." Dicho esto, se marchó Jesús y se ocultó de ellos. Aunque había realizado tan grandes señales delante de ellos, no creían en Él; para que se cumpliera el oráculo pronunciado por el profeta Isaías: 'Señor, ¿quién dio crédito a nuestras palabras? Y el brazo del Señor, ¿a quién se le reveló?' No podían creer, porque también había dicho Isaías: 'Ha cegado sus ojos, ha endurecido su corazón; para que no vean con los ojos, ni comprendan con su corazón, ni se conviertan, ni yo los sane.' Isaías dijo esto porque vio su gloria y habló de él. Sin embargo, aun entre los magistrados, muchos creyeron en Él; pero, por los fariseos, no lo confesaban para no ser excluidos de la sinagoga, porque prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios. Jesús gritó y dijo: "El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado; y el que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado. Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas. Si alguno oye mis palabras y no las guarda, yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no recibe mis palabras, ya no tiene quien lo juzgue: la Palabra que yo he hablado, ése le juzgará el último día; porque yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su mandato es vida eterna. Por eso, lo que yo hablo lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí."

CAPÍTULO XX.

LA OCASIÓN BUSCADA, LA TRAMPA DE SATÁN URDIDA POR MEDIO DE SUS SERVIDORES Y SICARIOS PARA MATAR AL REY DE LOS CIELOS

La maldad y la perversidad humanas, aunque muestren sus locos planes y afanes, y un ánimo contrario y hostil a la sencillez y la verdad del Verbo divino, aunque por el afán de conseguir una oportunidad estén atentas a las circunstancias y el momento de causarle daño y perderlo, sin embargo no pueden encontrar una tan segura y propicia, que no tengan miedo o se cuiden de la idea de algún peligro, [475] y teman, pues, actuar con violencia manifiesta y la mano armada, por la razón de que esta clase de actos produce sospechas entre los más poderosos y bastante rechazo entre los débiles, y eleva la fe en la sabiduría y el escrúpulo religioso, que ella misma manifiesta, y denota una excesiva preocupación por la causa propia y muestra la envidia hacia el bien o el renombre ajenos. Por lo cual se piensa mejor en la necesidad de actuar con engaño y astucia, y creen que lo van a conseguir, con tal de no reparar en gastos, si se puede, pequeños, y, si no, grandes, en vista de esa acción que

afanosamente maquinan: para que así el derroche de dinero y dádivas a doquier les produzca ahorro en su propio deseo.

Mas una acción criminal de este tipo no se piensa que pueda realizarse de modo más cómodo que corrompiendo e induciendo a engaño a alguno de los que profesan y frecuentan la compañía y la relación con Jesús, no por el amor y amistad hacia Él, sino por el deseo y la esperanza del bien propio. Pues está claro que no puede buscarse y obtenerse una oportunidad de causarle daño más excelente y manifiesta que la que provenga del talento, la mente, la astucia, la atención y el celo de algún amigo. Y es que cualquiera que sea el que, aun actuando como discípulo o servidor de Jesús, mantenga un alma entregada al deseo, ése, a la manera de un lobo o más bien una zorra, no desaprovechará la ocasión de alcanzar su presa, ora pueda pasar inadvertido u ocultarse, ora capturarla con seguridad.

Ahora bien, en el grupo de los apóstoles de Jesús, aunque en escaso número, no faltó alguno provisto de una mente, un afán y un deseo de esta clase, que, en posesión de un nombre en otro momento honesto y un sobrenombre de ambiguo significado, queriendo desviarse a una parte peor, reunía una aparente consagración a su misión y un carácter no diferente al de los sencillos y honrados discípulos en un alma completamente distinta; y por ese motivo pensaba que él iba a realizar con seguridad esa acción, porque tratara con los puros y buenos caracteres de sus compañeros. Pues aunque él, junto con los otros, hubiese sido elegido y preferido por Jesús para la misión apostólica y hubiese asumido sus condiciones, sin embargo no las cumplía con el mismo espíritu o semejante diligencia, sino con un afán completamente distinto, no de acrecentar la piedad, sino su propia y completamente vergonzosa ganancia, debido al modo engañoso, fraudulento, oculto y calculado de hacerlo. Y así, como un apóstol, solía anunciar el Evangelio al igual que los demás y hacer milagros gracias a la virtud compartida a través de su preceptor, pero debido a su propio deseo y avaricia solía apropiarse de lo concerniente a cubrir las necesidades, el sustento y el gasto común, reservarse proporcionalmente la cantidad ofrecida y, una vez manipuladas las cuentas comunes, consolidar y aumentar en privado la suya. Y hasta tal punto había tomado este vicio por uso y costumbre, que lo que se viera disminuido de acuerdo con lo que tenía planeado y decidido defraudar, soportándolo a duras penas como un daño propio, se cuidaba de recuperarlo de cualquier sitio y manera. Por este motivo sucedió que, dolido por habersele escapado treinta denarios que pudo esperar en cierta ocasión, al pensar que no podía recobrarlos de un modo más cómodo y rápido, y no dudar de ningún modo en recuperarlos, luego de provocar por su cuenta y ofrecer a sus enemigos la venta y la traición de su Señor, Preceptor y Maestro excelente, completamente inocente y benefactor, no quiso reparar en la enormidad de su crimen ni, [476] antes de alcanzar su objetivo, rectificar, a pesar de que había sido llamado de nuevo ora por los muy benévolos y amorosos consejos de su Maestro, ora por las amenazas, predicciones y juramentos, y de que incluso había recibido el favor de que se le lavaran los pies. Hasta tal punto la avaricia puede pervertir las almas de los hombres y llevarlos descaminados, que puede persuadir a abandonar la justicia y la piedad con el objeto de colmar un provecho deseado y previsto, a

despojarse de todo sentimiento humano y a admitir todo tipo de crimen abominable, es más, y a cometerlo voluntariamente.

- Mt 10, 2-8. *Los nombres de los doce apóstoles son éstos: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón el Cananeo y Judas el Iscariote, el mismo que le entregó. A estos doce envió Jesús, después de darles estas instrucciones: "No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id y predicad diciendo que el Reino de los Cielos está cerca. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, purificad a los leprosos, expulsad a los demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis." "¿No os he elegido yo a vosotros, los Doce? Y uno de vosotros es un diablo." Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote, porque éste le iba a entregar, uno de los Doce.*
- Io 6, 71-72. *Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dieron allí una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume. Dice Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo había de entregar: "¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?" Pero no decía esto por preocuparse de los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella. Jesús dijo: "Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre tendréis con vosotros; pero a mí no siempre me tendréis." Se acercaba el día de Ázimos que recibe el nombre de Pascua, y buscaban los sumos sacerdotes y los escribas cómo matarlo, pero temían al pueblo. Entró Satanás en Judas, que se llamaba Iscariote, uno de los Doce, se fue a hablar con los sumos sacerdotes y los magistrados sobre la manera de entregarlo; se alegraron y decidieron darle dinero; él lo aceptó y buscaba la oportunidad de entregarlo lejos de la muchedumbre.*
- Lc 22, 1-6. *En este momento, el odio, la avaricia, la perfidia y el engaño, y el resto de los vicios completamente enemigos de la veracidad y la bondad de Dios, junto con la sabiduría, la santidad y el celo de la carne, se unen en una conjura contra el Señor y contra su Ungido: en ese mismo momento, el Verbo de Dios, que obedece a la voluntad del Padre, consagrado para la salvación universal y destinado a morir, permite que una única víctima honesta y muy grande sea herida por estos ministros y seguidores de Lucifer, y la ofrece en sacrificio a Dios, creador de todas las cosas, y lo que éstos perpetraban para su destrucción con avidez, [477] crueldad, locura, incluso rabia, lo fuera también para la vida y la inmortalidad de todo el género humano, y ellos mismos llegaran al eterno don, la mayor gloria y el incomparable triunfo de la víctima sacrificada por todos. Pues la justicia divina había declarado que no se iba a proporcionar ningún otro sacrificio a cambio de la deuda de los hombres, a excepción del de ese con cuya virtud y eficacia se había realizado todo, y con cuya obediencia produciría una gracia intacta para los hombres a cambio de la suya infinita y, al lavar Él mismo el crimen de desobediencia, en el que el género humano se había precipitado, lo borraría sepultándolo en el olvido. Así está*

Ps 2, 2.

escrito: *Quien a pesar de tener la forma de Dios, no creyó que era un botín ser igual a Dios, sino que él se anonadó, tomando la forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y, en su aspecto, reconocido como hombre, se humilló haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Pues si por la transgresión de uno solo, por uno solo, reinó la muerte, con más razón los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia reinarían en la vida por uno solo, Jesucristo. Así pues, como por la transgresión de uno solo llegó la condenación a todos, así también por la justicia de uno solo llega a todos la justificación de la vida. Pues como por la desobediencia de un solo hombre, muchos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán hechos justos.*

Phil 2, 6-8.

Rom 5, 17-19.

En la primera parte de esta obra, al disertar sobre el cambio en la situación del hombre, indicábamos que esa muerte que liberó al alma del cuerpo, había sido añadida en el plan de la divina sabiduría a una anterior muerte del alma, y que esa misma había de ser atribuida a una gran misericordia. Pues en causa tan importante convino dar satisfacción a las leyes y a la autoridad de la justicia divina y fue menester castigar la violación de los mandatos con la pena de una muerte ya fijada. Y precisamente para llevarlo a cabo, se adornaba con la muerte creada, decretada y permitida del cuerpo, y eso mismo quedó claro en aquella arcana amenaza y predicción a la serpiente, antigua y sabia enemiga: *Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo, y él aplastará tu cabeza.* Pero, en verdad, de qué modo podía llevarse a cabo esto alguna vez nunca se lo imaginó aquel enemigo, por muy astuto que fuese, y eso que para éste la sentencia divina era tenida por segura e inmutable: *En el día en que comieres de él, morirás sin remedio.* Y en verdad no pareció que pudiese suceder de alguna manera que el reino y la justicia que él mismo se había procurado, una vez introducida la muerte entre los hombres, se vieran arrastrados a un juicio sin que se manifestara violencia, violencia que sabía completamente ajena a la justicia divina. Por lo cual pensaba que se iba a levantar su propio reino perpetuo; y, con todo, aquella muerte del cuerpo recibida y agregada con posterioridad no había hecho temer por la solidez, la firmeza y la estabilidad de su justicia y su imperio, o esperar poco; por el contrario, pensando que estaba de su parte, no sólo la admitió con agrado, sino que aceptó que se había de promover con gran celo y constante trabajo. Puesto que comprendía que la muerte agregada, que iba a aportar más bien fuerza y continuidad a la muerte anterior, era distinta a cualquier tipo de infortunio; y hasta tal punto se alegraba de que el hombre, al que, echado a perder, él con su celo y esfuerzo había sometido a una única muerte, ya había alcanzado en su destino otra muerte con la justicia divina, [478] desde el decreto aquel de *CENIZA ERES Y EN CENIZA TE CONVERTIRÁS*, que decidió mostrarse como servidor, seguidor e impulsor incluso también de esta muerte y, no de otro modo, de la anterior, sobre todo para dañar a todos esos que por su piedad, honradez y virtud se separaban del ejemplo común y se distinguían del resto de los mortales, lo cual, comenzando por los mismísimos primeros vástagos del género humano, o mejor, desde el asesinato de Abel, —como es muy pertinaz en sus propósitos— nunca cesó de hacerlo continuamente y de mostrar su enemistad con todo tipo de ejemplos. Pero no siguió y persiguió a

Gen 3, 15.

Gen 2, 17

[Gen 3, 19].

hombre alguno con odio comparable, con desprecio semejante, con medios y recursos tan abundantes y dotados, como al mencionado Jesús, del linaje del rey David, de quien, al igual que entendía que era el Hijo de Dios, del mismo modo sabía que era el más inocente, el más santo y el más excelente de todos los hombres, el Ungidor mismo, y había comprendido que era el único Maestro y Procurador del género humano; sin embargo, en lo que se refiere a la carne, había comprobado que era débil y mortal. Y en ese aspecto en el que sabía que era inferior, pensando que estaba a merced de las insidias y la muerte, se preocupaba por perderlo con todo tipo de trucos y artimañas, o bien con la violencia, con el engaño o con la superchería. Así está escrito: *Y tú le acecharás el talón*. Pues el oráculo se refería al talón de aquel hombre divino que había sido prometido, a su parte inferior y posterior, es decir, al cuerpo, a los miembros externos de su cuerpo. Y así, él buscaba esto con insistencia y terquedad, de manera que vigilaba al mejor miembro nacido de la simiente de mujer, es decir, a cualquier hombre excelente y santo, y no cesaba de perseguirlo con el odio de su pecho taimado y astuto y de dañarlo con sus colmillos maléficos y mortíferos. Y no veía claramente ese objetivo a pesar de que lo realizaba a menudo con injusto afán e ímprobo esfuerzo, como temiera que alguna vez se iba a escapar a su destrucción, y por eso persistía cada día más e intentaba impulsarlo con todo tipo de malvadas invenciones y maquinaciones; pues, hasta tal punto confiaba en su sabiduría, hasta tal punto se apoyaba en su celo, que quien se veía como el más experimentado artífice en traer la muerte al mundo, no tenía dentro de su labor nada por más prioritario, superior e importante que proporcionar a todos los hombres piadosos una muerte lo más repetida y frecuente posible, añadida a la muerte, y es que había calculado que esta muerte posterior nada le iba a quitar, sino todo lo contrario: iba a ser de provecho, como que les interrumpía a todos los hombres piadosos su camino en el ejercicio, la enseñanza y la ejemplificación de la piedad, y cerraba a los impíos la posibilidad del arrepentimiento. A partir de este plan, queda claro que el discurso de los servidores de Satán ha progresado: *"Rodeemos al justo que nos es perjudicial, es contrario a nuestro modo de obrar, nos echa en cara faltas contra la Ley y nos culpa de faltas contra nuestra educación. Se gloria de tener el conocimiento de Dios y se llama a sí mismo Hijo de Dios. Fue hecho para reproche de nuestros criterios. Su sola presencia nos es insufrible, lleva una vida distinta de todas y sus caminos son inquebrantables. Nos tiene por bastardos, se aparta de nuestros caminos como de impurezas; proclama dichosa la suerte final de los justos y se ufana de tener a Dios como Padre. Veamos, pues, si sus palabras son verdaderas, examinemos lo que pasará en su tránsito. Pues si es el verdadero Hijo de Dios, [479] él le asistirá y le librará de las manos de sus enemigos. Sometámosle al ultraje y al tormento para conocer su temple y probar su entereza. Condenémosle a una muerte afrentosa, pues, según él, Dios le visitará."* Así discurrieron, pero se equivocaron; los ciega su maldad; no conocieron los secretos de Dios, no esperaron recompensa por la santidad ni creyeron en el premio de las almas intachables. Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen. Pero en realidad esta sentencia sobre la

[Gen 3, 15].

Sap 2, 12-25.

muerte posterior y su tan larga y duradera experiencia, que se consideraba dispuesta para el diablo como una especie de seguro completamente firme para sus objetivos, finalmente quedó claro que había originado la destrucción de su propia y ruinoso tiranía, luego de arrostrar y avivar para sí mismo un peligro particular, como que éste, aunque muy experto en muchos tipos de artimañas y principalmente en la muerte, sin embargo ignoraba del todo cuál era la fuerza y cuán grande era la eficacia de la vida. Así está escrito: *En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.*

Io 1, 4-5.

CAPÍTULO XXI.

EL MISMÍSIMO REY DE LOS CIELOS, VOLUNTARIAMENTE OFRECIDO, Y OFRENDADO, Y CONSTITUIDO EN VÍCTIMA PROPICIATORIA POR LA SALVACIÓN UNIVERSAL

Una vez recorrido y cubierto el tiempo del largo y duradero enfrentamiento entre el Verbo de Dios y la sabiduría de Satanás, llegó el momento de apresurar un juicio en el que tanto una como otra parte en litigio iban a dar y confirmar la prueba final de su propia sabiduría concerniente a su causa. Pero la más importante razón de todo el asunto fue la siguiente: que el uno asegurara la muerte con la muerte, cosa que la sabiduría y la astucia de Satanás habían previsto como favorable, fácil y conveniente; y que el otro, afrontando, soportando y devorando la muerte, perdiera y acabara con la muerte misma, y, restablecida nuevamente la vida para el hombre, la erigiera y consolidara como vencedora: cosa que precisamente mucho tiempo antes el Verbo divino había previsto realizar. *Dolores de parturienta le asaltarán. Él es un hijo necio, pues ahora no se pondrá a tiempo por donde rompen los hijos. De la garra de la muerte los liberaré, de la muerte los rescataré. Seré yo tu muerte, ¡oh muerte!, tu mordisco seré, infierno.*

OS 13, 13-14.

Hará el Señor desaparecer en esa colina el velo que cubre a todos los pueblos y la cortina que cubre a todas las naciones. Hará desaparecer a la muerte para siempre y enjugará el Señor Dios la lágrima de todo rostro, y quitará el oprobio de su pueblo de toda la tierra, porque el Señor ha hablado. Y se dirá en aquel día: "He ahí a nuestro Dios: lo hemos esperado y nos salvará; ese es el Señor: lo hemos esperado, nos regocijaremos y alegraremos por su salvación." Porque la mano del Señor reposará en ese monte, Moab será aplastado debajo de Él [480] como se pisotea la paja en el muladar. Y extenderá sus manos bajo él como las extiende el nadador al nadar, y rebajará su altivez y el esfuerzo de sus manos. Y la fortificación de tus elevadas murallas derrocará, derribará y hará caer al suelo, hasta pulverizarla.

Is 25, 7-12.

Para el género humano ya quedó claro y probado que aquella muerte completamente terrible había resultado del conocimiento afanosamente alcanzado del mal y el bien, y arrogado para su propio interés por encima de la ley

y la autoridad, de tal manera que toda la culpa había de definirse en la falta de obediencia y el rechazo a la ley. Desde ese momento ocurrió también que se suprimía el perpetuo disfrute de esa vida de la que gozaba el cuerpo animado, una vez cortado, bloqueado y enteramente vedado por el ángel y su espada llameante el camino por el que se pudiese alcanzar y hallar el árbol de la vida, erigido en un huerto completamente delicioso, que había sido concedido desde el principio para dar una oportunidad a la vida. De este gravísimo mal, común y universal, sólo quedó fijado un único remedio debido a la mera misericordia, a saber, que la verdadera y sólida Vida, que se había perdido por la falta de obediencia del hombre, se presentara ella misma asistiendo y ofreciéndose al género humano, y revelara y descubriera el camino que se cerraba ante ella, y finalmente permitiera ser alcanzada para su disfrute con la ley misma que ella acatará al venir al mundo, es decir, las prescripciones de obediencia y fidelidad para con Dios. Pero la razón y argumento de esta clase de prescripciones fueron que la propia Vida se ofrecía para disfrute y alimento de los hombres, que ella misma, por el contrario, sucumbía al degustar y apurar la muerte humana, y que, con el cambio de ambos destinos, ambas partes afrontaban la muerte y se convertían en compañeras de la vida: la una, es cierto, reteniendo su propia vida y haciéndola común al hombre; la otra, arrojando su propia muerte al Verbo y recibiendo la vida del Verbo para compartirla, y custodiándola con una vigilancia continua, despojándose y abandonando la condición del hombre de antaño, y cambiando según el ejemplo de la nueva creación y adscribiéndose a la legítima adopción del Hijo de Dios. La riqueza de este favor tan grande es expuesto por el Verbo de Dios en esta alocución: *YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA. Nadie va al Padre sino por mí.* Pero esta participación suya, verdadera, sólida, establecida y realmente constante, y completamente divina, es decir, que ha de ser establecida por la presencia singular del Espíritu Santo y su virtud, Él mismo la pone en claro: *"En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo."* *Discutían entre sí los judíos y decían: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?" Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. [481] El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que coma vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma de este pan vivirá para siempre."* *Esto lo dijo enseñando en la sinagoga, en Cafarnaúm. Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: "Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?" Pero sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo: "¿Esto os escandaliza? ¿Y cuando veáis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?... El espíritu es el que da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que yo os he dicho son espíritu*

Io 14, 6.

Io 6, 47-64.

y son vida." Pero, en verdad, de qué manera podía cumplirse esta divina promesa predicha y repetida frecuentemente por Jesucristo se mantuvo en los recónditos secretos de la sabiduría divina y en Dios, trino y uno, pero fue desconocida para todas las otras naturalezas que prevalecen por su intelecto y raciocinio, a lo largo de las épocas anteriores, y no señalada tanto a los espíritus sublimes y celestiales, como a los hombres más sabios; y así también fue desconocida para el mismísimo diablo, a pesar de su enorme astucia, puesto que su sabiduría, su querella y toda su causa, e, incluso, su poder fraudulento contenían la ruina y el fin para su facción. Eso mismo, después de que quedó finalmente resuelto y garantizado, fue revelado con la propia práctica y con un ejemplo manifiesto, constante y continuo. Cosa que los que en diferentes lugares lo comprendieron, lo testimoniaron con diferentes palabras. *Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia, de la cual he llegado a ser ministro, conforme a la misión que Dios me concedió en orden a vosotros para cumplir la Palabra de Dios, el MISTERIO que fue escondido desde siglos [antiguos] y generaciones [de ángeles y hombres] y ahora manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria, al que nosotros anunciamos.*

Col 1, 24-28.

Así pues, esta arcana promesa, envuelta en un especie de oscuridad con múltiples metáforas, quedó resuelta y terminada de una vez en la última cena ritual y solemne de Jesucristo para la salvación de todos los hombres, y establecida de un modo sacrosanto digno de admiración y con un insigne, continuo misterio. A fin de que su conocimiento se ponga de manifiesto para nosotros, ha de ser buscada una cierta imagen de entre los antiguos testimonios y expuesta en una breve alocución que, para descubrir el significado de otras imágenes incluso, ofrecerá la utilidad y la comodidad de una luz oportuna.

De todas las plagas que en gran número hemos leído que sufrió la tiranía de los egipcios, la última y más grave fue la calamidad común y general de los primogénitos, que con el fruto de su violencia procuró finalmente para los cautivos y oprimidos israelitas la libertad y la salvación con la total integridad y seguridad del pueblo entero; de tal manera que, en medio del mismísimo dolor común y gravísimo de sus enemigos por la pérdida de sus primogénitos, no se reclamaba entre los israelitas el primer fruto de ninguno, ni siquiera del ganado. Y esta excepción a la desgracia común a toda la tierra [482] quiso Dios que sólo tocara a los israelitas, acompañada, con todo, de dos leyes: la primera, la de creer y confiar en la virtud y voluntad divinas; la segunda, la de sacrificar en cada casa un cordero primal, de hacerlo siguiendo un cierto rito y comerlo entre todos los miembros del hogar: quienquiera que participase de un modo puro y ritual de este banquete arcano y sagrado, quedaba proclamado que sería también partícipe de la liberación y salvación divinas. Y para respetar aquella excepción, se ordenó al pueblo señalar con la sangre del cordero las jambas y los alerones de las puertas de la casa de cada uno de los que allí mismo habían realizado el sacrificio, para que, al ver esta señal, el ángel, que por doquiera batiría su mano, se abstuviera de llevar la plaga a aquellas casas. Y del mismo modo que eso fue realizado correcta y diligentemente por

Ex 11, 4-7.

ellos, así también con exactitud el propio desenlace dejó claro que ello fue observado por el ángel. *Esto dice el Señor: Hacia media noche pasaré yo a través de Egipto; y morirá en el país de Egipto todo primogénito, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono hasta el primogénito de la esclava encargada de moler, así como todo primer nacido del ganado. Y se elevará en todo el país de Egipto un alarido tan grande como nunca lo hubo, ni lo habrá. Pero entre todos los hijos de Israel ni siquiera un perro ladrará ni contra hombre ni contra bestia, para que sepáis con qué gran milagro distingue el Señor entre los egipcios e Israel. Y con este milagro prometió Dios que iba a conseguir la libertad de todos y cada uno de los israelitas. Todos esos siervos tuyos bajarán a mí y se postrarán ante mí, diciendo: Sal, tú y todo el pueblo que te sigue. Y entonces saldremos. Y sucedió que, a media noche, el Señor hirió en el país de Egipto a todos los primogénitos, desde el primogénito de Faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel, y a todo el primer ganado. Se levantó Faraón esa noche, con todos su servidores y todo Egipto, y un gran alarido se produjo en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto. Llamó Faraón a Moisés y Aarón durante la noche, y les dijo: "Levantaos y salid de en medio de mi pueblo, vosotros y los israelitas, e id a dar culto al Señor, como habéis dicho. Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacadas, como dijisteis. Marchaos y bendecidme también a mí." Los egipcios urgían al pueblo a marchar rápidamente de su tierra, diciendo: Todos moriremos."*

Ex 11, 8.

Ex 12, 29-33.

Dios había decretado el deber de hacer un recordatorio tanto de este juicio divino entre los egipcios, como del favor entre los israelitas con la celebración cada año del sacrificio de un cordero semejante siguiendo el mismo rito, para recordar con agradecimiento aquella libertad proveniente de fuera y mantener la fe y la esperanza, recibidas en el arcano símbolo de la salvación interior de las almas. Salvación esta que, al llegar el momento adecuado, destapando el velo de aquel misterio, el Verbo de Dios había asumido que había de ser garantizada y realizada en su persona con la razón y la verdad. *Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y el Señor descargó sobre Él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y el se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, y no abrió su boca. Y este mismo es el cordero que Juan el Bautista atestiguaba iba a quitar el pecado del mundo.*

Is 53, 6-7.

Y la razón de aquella antigua libertad procedente de fuera había sido explicada del mismo modo que hemos recordado, [483] pero la labor de una más importante, universal e interna salvación, de la que aquella fue una imagen asumida por el mismísimo Verbo divino, realizada, tratada y concluida con una observancia sin duda semejante, pero con un sacrificio de cosas con mucho más excelentes. La forma y el proceso hasta su conclusión, una vez ya examinada la metáfora, las indicaremos más brevemente; pero el pleno e íntegro conocimiento procedente del Espíritu divino, mediador en tan gran beneficio, aconsejaremos que sea buscado obligatoriamente por aquellos que quieren hacer uso franco y sincero de nuestra obra, y reclamado con afán.

Así pues, todo el género humano, entretanto, conserva todavía la naturaleza y la suerte de sus primeros padres, tal como supimos que se había sopor-

tado tras el pecado original. Mencionar qué condición y qué vicios poseía, al resultar fácil buscarlos y conocerlos desde el primer libro de esta obra, sería en este punto una labor demasiado larga; pero sería bastante oportuno y conveniente describir de nuevo la suerte, el rostro de la tiranía egipcia y su castigo ejemplar para que, con todo, reconozcamos lo siguiente: que las calamidades, tribulaciones y todas las miserias de los israelitas, comparadas con las que el alma humana sometida al pecado soporta, parecen más bien una sombra, una imagen y un espectáculo representado públicamente en el teatro, que realidad y verdad. En fin, han de ser tomadas aquéllas por más insignificantes que éstas tanto como las cosas externas son inferiores a las internas, y las efímeras y breves a las perpetuas, funestas éstas para los cuerpos, que dañan y pierden a las almas, menores según la naturaleza y la evaluación de esas mismas cosas; en suma: cuanto el alma y el espíritu aventajan al cuerpo. Así está escrito: *"Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna."* Con esta advertencia divina aprendemos que no hay nada más dañino y más temible que el pecado y el deseo que depende del pecado. Que de esa mísera, oscura y calamitosa condición ningún hombre, descendiente directo de la sangre de Adán, había escapado al verse privado de su propia voluntad y fortaleza, excepto que la propia realidad lo contradijo y los más expertos en los asuntos humanos se confesaron afligidos, el mismísimo Espíritu Santo lo deja claro repetidas veces en las Sagradas Escrituras: *He aquí que en maldad fui concebido y en pecado me concibió mi madre. Pues los deseos del corazón humano tienden al mal desde la adolescencia. Y todos se han descarriado y a una se han corrompido.*

Mt 10, 28.

Ps 50, 7.

Gen 8, 21.

Ps 13, 3; 52, 4.

A esa impureza general y común de los hombres, y conocida, sólo uno, Jesús de Nazaret, se mostró por su propia naturaleza completamente inmune y ajeno, como que por ésta era Dios, totalmente puro y desconocedor de todas las tinieblas y la muerte, eterno, perfecto, y en su infinita virtud y vida se sostuvo al contener en sí mismo su propia singularidad; y por ésta era hombre, semejante en lo demás a los descendientes de Adán, excepto en el pecado, que no pudo estar unido a un hombre completamente santo, concebido de una virgen purísima sin la participación de un padre humano, y a la misma sangre solidificada en carne no de un modo vulgarmente humano, sino con la eficacia digna de admiración, divina y singular del Espíritu divino, y la virtud del Altísimo, de tal manera que por esta parte de sí mismo era llamado verdaderamente Hijo de Dios y era llamado Santo del Señor más allá de cualquier ejemplo de los hombres, es decir, puesto aparte de cualquier ejemplo y comparación con los mortales por su suprema y divina santidad. [484] Y Él mismo en verdad podía ser llamado hombre e hijo de Adán, es decir, del hombre; y, por cierto, Él en persona se daba a menudo este apelativo. Sin embargo, éste no poseía esa naturaleza posterior de Adán, pecaminosa y costosamente debilitada, sino que representaba más bien la anterior, la íntegra, la que a Adán, nada más ser creado, le tocó en suerte gracias a la autoridad y la eficiencia divinas. Pues con ella el verdadero hombre hubiera existido adornado y perfeccionado de un modo completamente correcto y apropiado por ambas partes del ser humano, la masculina y la femenina, si hubiera preferido mirar por

Lc 3, 23-28.

la dignidad de su parte superior a entregarse al deseo y la persuasión de la inferior. Así que tal ejemplo de integridad, virtud y dignidad de aquel primero y viejo Adán, nuevo e inusitado antes de él, asumido por Jesucristo e incluso adornado con la máxima grandeza de la naturaleza divina unida a la humana en una sola persona, lo recuerdan los escritores del sacrosanto Evangelio: *Según se creía, era hijo de José, hijo de Helí, hijo de Matat, ..., hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.*

Y tan grande, tan singular y excelente fue la conjunción de las naturalezas humana y divina en un único unguido, Jesús, que, por encima de todo el uso y las posibilidades de nuestra sabiduría y raciocinio, de nuestra capacidad de discusión e incluso de nuestro pensamiento, las cosas que se pensaba antes que no podían hablarse y decirse, una vez que se han hablado y se han hecho consideraciones sobre ellas, ya a continuación nada las obstaculiza; como por ejemplo: Dios es hombre, el Hombre es Dios, el Hombre es inmortal, Dios soporta la muerte, Dios es el Padre del hombre, el hombre es Hijo de Dios, y él mismo, hijo del hombre, no creado, nacido; él mismo eterno, nacido en el tiempo, que va a morir, que va a conservar la vida y la va a mantener; al mismo tiempo va abandonar su alma, no la va a abandonar, y así mismo, cuando quiera, la va a recuperar; y muchas otras cosas en esta línea, que más bien puedan producir admiración y estupor entre los más agudos y hábiles talentos, que determinar algún tipo de medida y límite.

Is 64, 1-6.

Que acorde con esta naturaleza, que sólo apuntábamos más que describíamos, y con esta virtud, un hombre nuevo —aquel Cordero que en favor de los demás hijos del viejo Adán iba a ser suficiente para la justicia divina— había de ser entregado al mundo por Dios, lo señalaban los antiguos oráculos en sus arcanas respuestas y lo pedían en sus votos manifiestos. *¡Ojalá rompieses los cielos y descendieses! Ante tu rostro los montes se derretirían, como prende el fuego a la hojarasca, como el fuego hace hervir el agua, para dar a conocer tu nombre a tus adversarios, y ante tu rostro hacer temblar a las naciones, al hacer tú cosas admirables, no lo soportaremos. —Tú descendiste y ante tu rostro los montes se derritieron—. Nunca se oyó, ni llegó a oído alguno, ni ojo vio a un Dios, sino a ti, que tal hiciese con los que en ti confían. Sales al paso de los que se alegran y hacen justicia: recordarán tus caminos. He aquí que estuviste enojado y fuimos pecadores: estuvimos siempre en tu camino y nos salvaremos. Somos todos nosotros como impuros, como paño inmundos todas nuestras obras justas. Caímos como la boja todos, y nuestras culpas como el viento nos llevaron...*

Is 45, 8.

Destilad rocío, cielos, de lo alto, y que las nubes derramen la victoria, se abra la tierra, y produzca al Salvador y germine a la vez la justicia. Yo, el Señor, lo he creado.

CAPÍTULO XXII.

EL SACROSANTO ARCANO DE LA COMUNIÓN ENTRE EL NUEVO
Y EL VIEJO HOMBRE

[485] Del mismo modo que, por don divino, obtuvieron la libertad en otro tiempo prometida a los israelitas todos aquellos que compartieron ritualmente la carne y el jugo del cordero consagrado, y procuraron señalar asimismo las jambas con su sangre, así también había quedado establecido en el designio de la sabiduría divina hacer pasar a aquellos que se alimentaran de la carne y la sangre de aquel Cordero celestial, de la servidumbre y condición de la muerte eterna a la comunión de la vida divina e inmortal. Y el propio Cordero de Dios, el Verbo divino, desde que en un primer momento había asumido y tomado sobre sí la responsabilidad de tan gran labor, es decir, desde el principio mismo de las promesas, había elegido realizar, cumplir y garantizar esta comunión. Garantizada finalmente ésta, todas las demás cosas que tendían a la salvación universal, las iba a cumplir con un orden y un modo establecidos.

Así pues, concluido y llevado ya a término el culto externo y el espectáculo de las antiguas imágenes y significados, Jesús, dispuesto a divulgar y garantizar la nueva faz de los hechos y la mismísima verdad, imponiendo la representación de todo el género humano a aquellos que había elegido como discípulos y apóstoles, y acomodándolos con total exactitud con virtud divina, les otorgó e hizo partícipe del provecho, fuerza y verdad de su carne y de su sangre, de las que, en un estado muy puro y santo, su propio cuerpo estaba compuesto, para que, de la misma manera que la carne y la sangre de los hombres futuros se tomaba de aquel primer hombre, compartidas así en espíritu su propia carne y sangre, y la verdad, esos a los que Él adaptaba y ajustaba a sus propios miembros, existieran de un modo admirable, divino y arcano, y, convertidos en partícipes de la vida eterna, pudieran junto con Él vivir y reinar perpetuamente. Ciertamente, para concluir el hecho, fue conveniente cumplir, como autor de la salvación, con dos responsabilidades a un mismo tiempo: la primera, la participación en su vida y su santidad; la segunda, la asunción de la muerte y el pecado de esos de los que había asumido la obligación de expiar y salvar; y representar a todo el género humano en el cumplimiento de una y otra cosa. Pues había sido decretado por la justicia divina que no podía entregarse satisfactoriamente a la ley de la muerte de otro modo distinto al de la muerte, o resultar de un modo igualmente satisfactorio: al morir esta cabeza, que no tenía ninguna obligación, por los que sí la tenían, luego de unirse y fundirse ya a sus miembros, fue a expiar con creces por causa de la infinitud de su naturaleza virtuosa y a sucumbir sufriendo la misma muerte. Del mismo modo que hemos leído que todo el crimen del género humano había sido exterminado y destruido junto con todos los hombres que existían bajo el cielo, así también la vida de todos los viejos hombres junto con sus pecados había de ser destruida con la inundación desbordante de sangre y agua procedente del Cordero. Pero ni siquiera había sido suficiente que el género humano se extinguiera aniquilado con su propia muerte, sino que él mismo

emergiera, regenerado, a la vida y, finalmente, sobreviviera una vez superado el momento del diluvio; pues de otro modo dejaría al mundo, que iba a permanecer muerto para siempre, condenado a la soledad eterna. Pero a pesar de no tener el género humano ninguna clase de vida propia, [486] puesto que ya desde el principio la había perdido en la muerte, la conservó de la misma vida en generoso regalo, con cuyo favor y virtud no sólo pudo morir en la fe y la esperanza de resucitar, sino también de sobrevivir finalmente. Así pues fue conveniente que ambas cosas quedasen realizadas y arregladas, de manera que la vida misma fuese condescendiente al ofrecerse a los muertos, y asumiese que todo el pueblo de los muertos había de ser liberado así como su propia muerte y, de este modo, asumiendo su propio papel y el de los suyos, soportar el castigo de la muerte, a la que ellos estaban obligados y, con su propia virtud para vivir y permanecer, hiciese volver a los miembros de entre los hombres unidos a Él a una vida nueva, es decir, a la suya por Él. Así está escrito: *Y a aquel que fue hecho inferior a los ángeles por un poco, a Jesús, le vemos coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte, pues por la gracia de Dios gustó la muerte para bien de todos. Convenía, pues, que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación. Pues tanto el que santifica como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se confunde al llamarles hermanos cuando dice: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la asamblea te alabaré." Y también: "Pondré en él mi confianza." Y nuevamente: "Henos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio." Puesto que así como los hijos participaron de la sangre y de la carne [del Cordero de Dios], así también participó él de las mismas [de la carne y la sangre de sus hijos], para aniquilar a través de la muerte [la suya, que se insinúa en el nombre de aquéllos] al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud. Pues nunca se ocupa de los Ángeles, sino de la descendencia de Abraham. Por lo que tuvo que asemejarse a todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados.*

Hebr 2, 9-18.

Pero este bien universal y común para con todo el género humano de participar de su propia vida, de tomar sobre sí la suya y de acabar con la muerte, motivo por el cual el Verbo de Dios se reveló en la carne, fue expresado en la última cena —como poco antes señalábamos— del viejo rito y en la primera del nuevo pacto, admirando y contemplando con una continua observancia el Sacramento del pan y el vino, en el que con una verdad arcana, espiritual y divina ofreció su propia carne y sangre, y, a su vez, Él mismo recibió la carne y la sangre de esos a los que así ya había dispuesto. De qué modo esto, decretado y adornado desde el principio, había quedado en efecto finalmente mostrado, es descrito por los demás evangelistas con un relato más breve y por Lucas con uno más extendido.

Lc 22, 7-20.

Y llegó el día de los Azimos, en el que se había de sacrificar el cordero de Pascua; y envió a Pedro y a Juan, diciendo: "Id y preparadnos la Pascua para que la comamos." Ellos le dijeron: "¿Dónde quieres que la preparemos?" Les dijo:

"He aquí que cuando entréis en la ciudad, os saldrá al paso un hombre llevando un ánfora de agua; seguidle hasta la casa en que entre, y diréis al dueño de la casa: 'El Maestro te dice: ¿Dónde está la sala donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?' Él os enseñará una sala grande, ya dispuesta; haced allí los preparativos." Fueron y lo encontraron tal como les había dicho, [487] y prepararon la Pascua. Y cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los Apóstoles, y les dijo: "Con ansia he deseado [desde la creación del mundo] comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que yo no la comeré más hasta que halle su cumplimiento [con la razón y la verdad] en el Reino de Dios." Y recibiendo una copa, dadas las gracias, dijo: "Tomad esto y repartiéndolo entre vosotros, porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de dios." Y recibiendo el pan, dadas las gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: "Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío." De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: "Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros."

Y así en aquel Sacramento de la arcana cena ofreció a los hombres de modo verdadero y divino no sólo su cuerpo, sino también su sangre viva y verdadera, y Él tomó sobre sí en un gran misterio la carne envenenada de todos los hombres y la sangre corrompida y dañina por los pecados, y de este modo dispuso para sí un cuerpo que estuviera compuesto no sólo de una naturaleza inocente, viva y propia, sino también de la condición propia de los hombres mortales y pecaminosos, agregada e impuesta a Él, así como su representación y su lugar. Y de este modo, siendo Él un ser vivo e inmortal, puro e inocente, completamente inume, la vida misma incluso, por el contrario fue convertido en injuria, reo y pecado, mortal y, finalmente, muerte para acabar con la muerte. Así está escrito: *Yo seré tu muerte, muerte. Tu mordisco será, infierno. Sobre él el castigo para nuestra paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y el Señor descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Él se humilló porque quiso y no abrió la boca, como una oveja al degüello era llevado, y como un cordero que ante los que lo trasquilan está mudo, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién lo narrará? Porque fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido. Se le dará sepultura entre los impíos y se le igualará en su muerte al rico, y eso que no cometió injusticia ni hubo engaño en su boca. Mas quiso el Señor quebrantarle con padecimiento. Si expusiera su alma en expiación, verá descendencia longeva y la voluntad del Señor se cumplirá en su mano. Por lo que su alma padeció, verá y será saciado; en su conocimiento mi Siervo justificará a muchos y las injusticias de ellos él las soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes y repartirá los despojos de los poderosos por que entregó su alma a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes*

Pero de entre todas esas cosas que la tierra produce para aprovechamiento de los hombres, esas dos, el pan y el vino, quede probado que para constituir este Sacramento de la redención general son convenientes, oportunas y, sobre todo, apropiadas y adecuadas. Ya que el pan se hace con muchos gra-

Os 13, 14.
Is 53, 5-12.

nos de trigo, molidos, amasados y sobados en un solo cuerpo de tal manera que grano alguno reclama para sí ninguna parte como separada o aislada, sino que reconoce que está unido con los demás granos, que participa también de la sustancia y las propiedades de los demás granos y que está mezclada:[488] de esta mezcla y participación surge un único pan que consta de un único cuerpo, un mismo sabor, color, peso y una comunión de propiedades y valores. Realmente, de entre todos los alimentos que se tienen por habituales para su aprovechamiento por los hombres para alimentar, nutrir y cuidar la carne humana, por encima de todos los demás alimentos conocidos éste destaca por una especie de fuerza principal. Así está escrito: *El pan sustenta el corazón del hombre*. Por su parte, de entre las bebidas que son usadas por los hombres, ninguna es más eficaz que el vino para dar vigor, cuidar y estimular con su hálito la sangre. Me refiero al vino que procede del jugo de las uvas, y que él mismo recibe el nombre de sangre de la uva, una vez se ha fermentado y elaborado, cuya naturaleza también –como ya hemos dicho del pan– contiene y muestra un único licor, un mismo color, olor y sabor, elaborado no de un único racimo de uva, sino de muchas bayas de uva exprimidas; y él hace sobre todo participar de su propia fuerza al corazón humano, y aumenta el calor llevado desde el hálito acrecentado y estimulado del corazón a todas las venas, y mezclado con la sangre, con lo cual también se admite que se digiera y modifique su naturaleza por la de la sangre. Así está escrito: *Y que el vino alegre el corazón del hombre*.

Ps 103, 15.

Ps 103, 15.

Pero la vida de los seres vivos se sostiene con el alimento, la bebida y la respiración, además de la naturaleza y la facultad de cada una de las especies; y de entre toda aquella infinidad de alimentos el pan se relaciona con el hombre íntima y principalmente, al que una copa de vino añadida garantiza lo que se ha mencionado. Por lo cual, se busca y se recomienda sobre todo abundancia de trigo y vino de entre todas las demás cosas que se procuran para alimentar la vida. Así está escrito: *Por el fruto del trigo, del vino y del aceite los suyos se multiplicaron*. Así pues, al igual que quienes se alimentan y comen al mismo tiempo de un único y mismo pan, se dice que hacen uso y disfrutan con razón de un sustento y vida comunes, y de una camaradería y unión íntimas y muy cercanas, del mismo modo que quienes apuran el mismo vino bebiendo de la misma copa, se cree que manifiestan y ofrecen no sólo amistad, sino también un vínculo; de igual manera, a quienes se entregó y se hizo participar del cuerpo de Jesucristo en la verdad y el espíritu, también se les otorga en la verdad y el espíritu la virtud, la fuerza y la vida, y a su vez a los mismos que se les permite beber de la sangre de Cristo, se les añade la verdad de su pureza, inocencia y virtud. Pero lo que procuraba Jesús con una señal y un Sacramento verdaderamente extraño y grave, lo ofrecía a sus propios compañeros con su virtud y con su eficiencia divina y arcana, haciendo participar de su propio cuerpo y sangre al cuerpo y sangre de aquéllos, al revelar a su vez el mismo Sacramento y el mismo alimento y bebida, pan y vino, a los que ya se había ofrecido para alimento y bebida, luego de repartir entre ellos mismos la carne y la sangre, al comer y beber también Él, y luego de conciliarlos y reunirlos para sí de este modo, para que con la participación de una y otra parte un único y mismo cordero, mortal e inmortal, reo y libre,

Ps 4, 8.

puro e impío, víctima instituida por todos, sacrificado en la carne, iluminado con el Espíritu Santo, diera satisfacción a la justicia de Dios; y, extinguida y borrada la muerte de esos a los que había recibido muertos, a continuación, luego de retomar su propia vida, elevara a todos sus miembros, a los que hacer participar de su propia virtud, llevados vivos con Él a un mismo juicio; y, liberados ya después de toda la ley de la muerte eterna, los declarara graciosamente consigo como miembros libres entre los hijos de Dios. [489] Pero contra éstos el príncipe de este mundo no iba después a hallar ningún tipo de condena, al descubrir que habían escapado no ya como miembros terrenales de aquel primer Adán de la tierra, sino como miembros celestiales de este nuevo Adán del cielo; y así, porque él, habiendo maquinado la muerte de este príncipe inocente y de vida, se hubiera cuidado de inferirla con afán tan grande, al reclamar luego con el mismo esfuerzo a los suyos, es decir, a los hombres destinados a la muerte y adscritos a su reino, extinguidos y borrados en aquel diluvio de la muerte y la sangre de Cristo, y no encontrarlos, se lamentaría al sentir continuamente que se había arrastrado sobre su propio pecho, había comido tierra y llevado aplastada su propia cabeza, que acechaba el talón del linaje de mujer, y, finalmente, al no tener con la resurrección de Cristo nada más a lo que perseguir, de mala gana se reconocería y declararía arrojado por la divina justicia del poder sobre la muerte y desheredado de la dominación sobre el hombre y este mundo, expulsado, totalmente vencido y convicto de insensatísima insensatez.

Y sólo con este sacrosanto misterio, al que se dio el nombre de Eucaristía, Jesús se ligó a sí mismo con pleno derecho al género humano, aceptado para el sacrificio de la muerte y la resurrección de la vida, por medio de las leyes y los vínculos de eterno amor y agradecimiento, y lo adscribió a una continua servidumbre en el espíritu y la verdad; así también aseguró la unión y la participación de ellos, así de concertadas y trabadas las quiso, de manera que nada pudiese sujetarse con una mayor suerte de amor y necesidad que los propios hombres entre sí, porque éstos, ya diferenciados de los distantes, diversos y múltiples descendientes de aquel viejo Adán, recibidos en la casa de su único Padre, Dios, por obra de su hermano Cristo, habían todos unido los miembros de su excelente y santísima cabeza ajustados a un único cuerpo. Y esto es lo que significa la palabra 'Eucaristía', a saber, gracia y caridad de Dios para con los hombres, de los hombres hacia Dios con el amor de un alma grata y ardorosa, y una completa y mutua benevolencia de los hombres mismos entre sí.

La prueba de esta explicación e incluso de todo este razonamiento es posible observarla en numerosos pasajes de las divinas Escrituras ora brevemente resumida, ora extensamente desarrollada. *Yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: "Tomad y comed, éste es mi cuerpo que se dará por vosotros; haced esto en conmemoración mía." Asimismo también la copa después de cenar diciendo: "Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, haced esto en conmemoración mía cuando, cuantas veces la bebiereis. Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga." Pues, así como en nuestro cuerpo, en su unidad, posee-*

1 Cor 11,
23-26.

Rom 12, 4-5.

ralmente la de aquel diluvio universal, con el que todo el género de los hombres corrompidos quedó completamente destruido y aniquilado, a excepción de aquellos que, al confiar en su palabra y obedecer a su mandato, Dios salvó en el arca construida para restaurar el género humano, quienes, aunque eran pocos, sin embargo reemplazaron con creces a todos aquellos que no habían querido evitar, respetando la ley, la muerte de la que eran acreedores, y formaron la legítima Iglesia, o sea, el pueblo consagrado a Dios, e incluso mantuvieron la representación de todos los seres humanos y de todas las épocas; puesto que ellos mismos habían existido antes del diluvio y, atrapados en el momento del diluvio y, por así decirlo, sepultados en el arca de la salvación, habían conservado la fe y la esperanza, y, finalmente, [491] concluido y acabado el juicio, llevados los malvados al castigo y quitados de enmedio, vivieron sanos y salvos, y desatados y liberados por Aquel a quien creían y obedecían de la cárcel oscura en la que estaban encerrados, se congratularon de estar a salvo y dirigieron sus súplicas al único Dios, como responsable de su salvación. Así está escrito: *Así hizo Noé y ejecutó todo lo que le había mandado Dios. Y le dijo el Señor: "Entra en el arca tú y toda tu casa, pues tú eres el único justo que he visto en toda esta generación... Porque dentro de siete días haré llover sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches, y borraré a todos los seres que creé de sobre la faz de la tierra."* Así que Noé hizo lo que le había mandado el Señor. Y poco después dice: *Y el Señor cerró la puerta detrás de él.* Y así, por voluntad y mandato de Dios, aquella familia acogida y encerrada en un lugar de la arcana arca, después fue hecha volver desde la misma a la luz con la palabra y la eficacia de Dios, en cuya virtud y tutela también se habían mantenido al abrigo desde un principio. *Habló Dios a Noé, diciendo: "Salid del arca tú y tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos. Saca contigo todos los animales de toda especie que están contigo, aves, ganados y todos los reptiles que reptan sobre la tierra, y pululad por la tierra, creced, multiplicaos sobre ella. Salió, pues, Noé, y con él sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos, y todos los animales, ganados y reptiles que reptan sobre la tierra, según su género, salieron del arca. Noé construyó un altar para el Señor, y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras ofreció holocaustos en el altar. Y el Señor aspiró el calmante aroma.* Y ésta fue la historia de aquellos tiempos, en la que la imagen de una salvación mayor y más importante se ofrecía para los siglos venideros. Y es que el Espíritu divino enseña que Jesucristo había restablecido el arca dispuesta por decisión y mandato divinos, en el que los hombres de todas las edades, que, al ser llamados y obedecer, quisieron encerrarse a la vez, cultivando la fe y la piedad, en la parte en que se habían entregado y confiado para esta nueva obra de Dios –lo que recuerda al hombre antiguo y sometido al pecado–, aquellos hombres, digo, se vieron sumergidos, murieron y fueron hechos desaparecer; pero una vez concluidos los tres días de aquel juicio y castigo, durante los cuales se habían encerrado dentro del pecho de Cristo y participaban de una vida en común, salieron libres, sanos y salvos, e incluso dueños de una generación y edad nuevas. Así está escrito: *Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, muertos en la carne, vivificados en el espíritu. En el espíritu fue también a predicar a los espíritus encarcelados, en*

Gen 6, 22.

Gen 7, 1.

Gen 7, 4-5.

Gen 7, 16.

Gen 8, 15-21.

1 Petr 3, 18-22.

otro tiempo incrédulos, cuando les esperaba la paciencia de Dios, en los días en que Noé construía el arca, en la que unos pocos, es decir, ocho personas, fueron salvados a través del agua; a ésta corresponde ahora el bautismo que os salva y que no consiste en quitar la suciedad del cuerpo, sino en pedir a Dios una buena conciencia por medio de la resurrección de Jesucristo, que, habiendo devorado a la muerte, está a la derecha de Dios, y le están sometidos los ángeles, las dominaciones y las potestades. Y esta sería una de las imágenes que se nos señala de este enorme y arcano bien.

La otra imagen, con una descripción y características casi similares, tiene una razón y significado muy parecidos, [492] iguales en una palabra, a saber, la de aquel bautismo en relación al cual la nación israelita, tan pronto como se alzó y escapó, dio muestras de agradecimiento por quitarse de encima y abandonar la dominación y el miedo a los señores que les perseguían por la espalda; pues en ese momento las aguas divididas del mar Eritreo o Rojo y contenidas como en una especie de murallas de cristal dejaron un camino abierto y adecuado para que los hombres hollasen el fondo con sus pasos, también apareció una nube por un don y favor de la divina providencia, a manera de columna, en lo que se refiere a su forma, favorable y desfavorable, con todo, según mostrase oportunamente o bien la luz o bien las tinieblas. Favorable, en efecto, para los israelitas, a los que favorecía conduciéndolos con su luz a la otra orilla; desfavorable, sin embargo, para los egipcios, a los que confundía en la parte en que era densa y muy oscura, cubiertos de densísimas tinieblas, a la espalda, cierto, de los israelitas. Así que con esta separación de luz y tinieblas los unos avanzaban completamente separados de los otros. Por lo tanto, una única y misma nube, que había rodeado a ambas partes, a la de los justos y a la de los injustos, aprovechó distintamente a una y a otra: naturalmente con la aniquilación eterna a los encarnizados enemigos egipcios, una vez volvieron a su sitio las olas y las aguas del mar; pero a los israelitas, consagrados a la fe y salvaguarda de Dios, con la vida, la salvación, la seguridad, la libertad y la victoria, liberados completamente del yugo, la ley y el miedo de su anterior servidumbre. *Y dijo Moisés al pueblo: "No temáis; estad firmes y veréis la salvación que el Señor os otorgará en este día, pues los egipcios que ahora veis, no los volveréis a ver nunca jamás. El Señor peleará por vosotros y vosotros callaréis."* Poniéndose en marcha el Ángel del Señor, que iba al frente del ejército de Israel, pasó a la retaguardia. También la columna de nube de delante se desplazó de allí y se colocó detrás, poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de los israelitas. La nube era tenebrosa y transcurrió la noche sin que pudieran trabar contacto unos con otros en toda la noche. Al extender Moisés su mano sobre el mar, el Señor hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento que secó el mar y se dividieron las aguas. Los hijos de Israel entraron en medio del seco mar, pues la aguas formaban muralla a derecha e izquierda. En su persecución los egipcios entraron tras ellos, en medio del mar, todos los caballos de Faraón, y los carros con sus guerreros. Y ya había llegado la vigilia matutina, y miró el Señor desde la columna de fuego y humo sobre el campamento de los egipcios y sembró la confusión en el ejército de éstos, y transtornó las ruedas de sus carros que iban por el fondo. Dijeron, pues, los egipcios: *"Huyamos ante Israel, porque el Señor pelea por ellos*

Ex 14, 13-14.

Ex 14, 19-31.

contra nosotros." Y dijo el Señor a Moisés: "Extiende tu mano sobre el mar, y las aguas volverán sobre los egipcios, sobre sus carros y sobre sus guerreros." Y al extender el Señor su mano sobre el mar, y al rayar el alba volvió el mar a su lecho; de modo que los egipcios, en su huida, se vieron frente a las aguas y el Señor los cubrió en medio del mar. Las aguas retrocedieron, cubrieron los carros y a todos los guerreros del ejército de Faraón, que había entrado en el mar para perseguirlos: no escapó ni uno siquiera. Mas los hijos de Israel entraron en el seco mar, mientras las aguas hacían muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó el Señor a Israel del poder de los egipcios. [493] Y vieron a los egipcios muertos a orillas del mar y la fuerte mano que el Señor había desplegado contra ellos, y temió el pueblo del Señor, y creyeron en el Señor y en Moisés, su siervo.

Pero la verdad de esta arcana y protectora nube procurada por Cristo Jesús la señalan en varios pasajes los escritores de los asuntos divinos y la describen con diferentes palabras sacadas principalmente de la imagen del bautismo o citadas en otra parte para recordar esta historia; pues el Ungido, el Ángel del Nuevo Testamento, aguardado por todos los siglos, que antes de ese tiempo le abría la marcha al género humano con su labor como guía y conductor del camino, mientras se vuelve hacia los hombres que precedía, también dispuso en Él su propia luz y las tinieblas de aquéllos de tal manera que, en la parte en que progresaban la fe y la piedad, todo subsistía completamente brillante, abierto, libre y salvador; pero en la otra en que, aun siendo inocente, se había arrogado libremente el odio, la insolencia, la oscuridad y la tenebrosa naturaleza del hombre antiguo, representaba la posición del pecado y su deuda, y la postura del enemigo; sin embargo, no menos se veían separados la virtud del vicio, lo nuevo de lo viejo, de modo que no se confundieran en ninguna parte y, atravesado el espacio de aquel vado transitible, quedara sepultado lo que era sucio, viejo, hostil, mortal y letal; mas lo que había sido admirado y aceptado en la salvaguarda y participación de la vida y la luz saliera sano, salvo y libre, y pretendiendo alcanzar el anuncio y el agradecimiento de esta salvación, lo celebrara con cantos y alabanzas divinos, al modo de aquel cántico compuesto por Moisés, que su hermana María —se recuerda— había entonado junto con todo el pueblo salvado: *"Cantemos al Señor, pues se cubrió de gloria y arrojó en el mar a caballo y carro. Mi fortaleza y mi canción es el Señor, Él es mi salvación. Él, mi Dios, y yo lo glorificaré, el Dios de mi padre, a quien yo exaltaré. El Señor es como un guerrero, Todopoderoso es su nombre. Los carros de Faraón y su ejército precipitó en el mar. Sus mejores oficiales tragó el Mar Rojo. Los abismos los cubrieron, hasta el fondo cayeron como piedra. Tu diestra, Señor, es magnífica en su fortaleza; tu diestra, Señor, aplastó al enemigo. En la enormidad de tu gloria derribaste a tus enemigos, desataste tu furor que los devoró como paja. Al soplo de tu ira se apiñaron las aguas, quedó en suspenso la ola, los abismos cuajaron en el corazón del mar. Dijo el enemigo: "Los perseguiré y daré alcance, repartiré despojos, se saciará mi alma, desenvainaré mi espada y los aniquilará mi mano." Tu aliento sopló y los cubrió el mar; se hundieron como plomo en las temibles aguas. ¿Quién es semejante a ti, Señor, entre los fuertes? ¿Quién como tú, glorioso en santidad, terrible en prodigios, autor de maravillas? Extendiste tu mano y se los tragó la*

Ex 15, 1-13.

tierra. Guiaste en tu bondad al pueblo que redimiste, y en tu fortaleza los condujiste a tu santa morada." Y Juan relacionó toda esta metáfora a la doctrina de la verdad con una breve, pero misteriosa alocución: *En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.*

Io 1, 4-5.

Lc 1, 71-75.

Y de la prueba de aquel canto triunfal se ocupó el sacerdote Zacarías desde aquel tiempo cumpliendo con su espíritu y labor de profeta: [494] *Salvación de nuestros enemigos y de la mano de los que nos odiaron, para hacer misericordia a nuestros padres y recordar su santa alianza y el juramento que juró a Abraham, nuestro padre, de concedernos que, libres de manos enemigas, podamos servirle en santidad y justicia, delante de él todos nuestros días.* Y, por su parte, Pablo decía: *No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube y todos atravesaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar.* Y haciendo alusión abiertamente a este misterio se añadió lo siguiente para ajustar el discurso al objeto: *Sepultados en el bautismo, en el que habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que lo resucitó de entre los muertos. Y vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y en vuestra carne incircuncisa, os vivificó juntamente con Él y os perdonó todos vuestros delitos, cancelando lo que era contra nosotros, la nota de cargo, que era contraria a nosotros, y la suprimió clavándola en la cruz. Y, una vez despojados los principados y las potestades, los exhibió públicamente, incorporándolos a su cortejo triunfal.*

I Cor 10, 1-2.

Col 2, 12-15.

Y no estaría fuera de lugar citar aquella señal indicada a nosotros, según la cual Jesús, el Ungido, predijo que iba a mostrarse y entregarse a los próceres y maestros judíos y a todo su pueblo: señal muy precisa —digo—, y, sobre todo, digna de observación, de examen y de conocimiento, y, si se admitiese, muy conveniente para la salvación; pero que, si se rechazase, iba a ser motivo de un juicio muy riguroso. Fue del siguiente modo: decidió Dios mostrar censura y condena a través del profeta Jonás con el anuncio de amenazas, juicio y un inminente castigo con la intención de corregir la impiedad, la maldad y los crímenes tanto públicos como privados de los príncipes y ciudadanos de Nínive, a ver si se purificaban según el rito, pero si no, con la intención de castigarlos. Mas ese profeta, al perseguir los intereses de la ciudad enemiga con su humano parecer, mientras rechaza displicentemente cumplir con el mandato divino que se le había ordenado, se vio arrojado al mar por culpa de una violentísima tempestad que se levantó, y, siguiendo la voluntad de Dios, cogido y tragado por una descomunal ballena, y, después de tres días, vomitado y devuelto sano y salvo. Y así, sano y dispuesto, no sólo asumió y realizó con fidelidad la misión que le fue encomendada, sino que fue persuasivo a la hora de que se corrigieran y arrepintieran, y, de esta manera, gracias al favor divino, se miró por la salvación de aquella ciudad y de su estado. Pues a los habitantes de Nínive el profeta, que a los tres días había sido devuelto vivo y sano del vientre del cetáceo después de ser devorado, les sirvió de enorme prueba de la providencia y la voluntad divinas para con ellos, y eso por causa precisamente de aquellos a los que se le había ordenado acercarse, acudir y advertir de nuevo, y a los que dio esperanza en la misericordia de Dios que, al haber salvado al profeta del peligro que le acechaba por medio de sus sú-

plicas, pudiera liberarlos también de una manera semejante de la cercana y ya casi inminente perdición, e incluso se creería que lo intentaría. Para interpretar lo ocurrido se produjo una deliberación, y de la deliberación se tuvo a bien realizar y promulgar un decreto por parte de los príncipes: *Que hombres y bestias, bueyes y ovejas, no prueben bocado ni pasten ni beban agua. Que se cubran con sayos los hombres, y las bestias clamen al Señor con fuerza; [495] que cada hombre se convierta de su mala conducta y de la violencia que hay en sus manos. ¡Quién sabe! Quizá vuelva Dios y se arrepienta, se vuelva del ardor de su cólera y no perezamos.* A la manera de este profeta y de su ejemplo, Jesucristo predicaba a los habitantes de Jerusalén que había de ser aguardado por su parte aquel a quien, según designio divino, se había decidido que iba a quedar sujeto en el corazón de la tierra de los hombres, es decir, en el interior de los miembros del viejo Adán ajustados a sí, en el interior —me refiero— del recinto de la muerte y las tinieblas, hasta el tercer día de su salvación, resurrección y vida; abrazándose a su doctrina, quienes desearan disfrutar de su participación, deberían imitar también la sabiduría y el arrepentimiento de los habitantes de Nínive; dispuestos, de lo contrario, a experimentar en ellos el severo juicio de Dios, cosa que Cristo mismo enseñaba que había que definir, explicar y observar de la siguiente manera: *La generación depravada y adúltera pide una señal, y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás. Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches. Los ninivitas se levantarán en el Juicio con esta generación y la condenarán; porque ellos se convirtieron por la predicación de Jonás, y aquí hay algo más que Jonás.* Desde este momento en el que primeramente Cristo se ofreció a los hombres con la verdad establecida de aquel arcano Sacramento y Él tomó los nombres y las deudas de los hombres, su vez y su papel, o sea, desde el momento de la última cena hasta el amanecer del sábado siguiente, pasaron tres días con sus noches completas. Pues Él decía que no iba a estar en el sepulcro, sino en el corazón de la tierra en esos tres días completos.

Ion 3, 7-9.

Mt 12, 39-41.

CAPÍTULO XXIII.

CRISTO SE OFRENDA COMO VÍCTIMA PARA EL SACRIFICIO:

LO HACE POR LA SALVACIÓN DE SU PUEBLO

Todos los animales que sabemos han nacido de la tierra, se dividen en principio en dos grandes géneros, a saber, el de los puros y el de los impuros. El primero cuenta con muchos; con pocos el segundo. Y sólo de entre este género se escogían los cuerpos que se utilizaban como víctimas en los sacrificios, pues la expiación de los pecados cometidos por el hombre como animal no suele procurarse y llevarse a cabo sin derramamiento de sangre y cremación de entrañas. Pero, en verdad, muchedumbre alguna de bestias, abundancia alguna de víctimas pudo ser suficiente para expiar el castigo del pecado

- humano y sacrificar con buenos augurios: pues a las demás formas animales que la tierra animada había producido en común y semejante parto por orden de Dios, las contenía sin ser dignas de comparación con la naturaleza animal del hombre. Así está escrito: *Y el Señor Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante Adán para ver cómo los llamaba. Pues a todo animal viviente que Adán nombró, ese mismo nombre mantuvo. Adán puso nombre a todos los animales, a todas las aves del cielo y a todas las bestias de la tierra.* [496] *Mas para Adán no encontró una ayuda adecuada.* Pero esa parte del hombre, que se mantenía en la falta del pecado y el error, convino que padeciese castigo –me refiero a la parte femenina y animal–, por la que, al no ser suficiente para la justicia de Dios ninguno de los demás animales, tan sólo Cristo fue suficiente y más que suficiente, sacrificado en esa parte que en la naturaleza del hombre es menor y más débil, y que aventajaba incomparablemente en perfección, pureza e integridad a la parte inferior no sólo de todas las bestias, sino también de los hombres, y con la que verdadera, propia, firme y excelentemente fue llamado Hijo del hombre.
- Gen 2, 19-20. Así está escrito: Cristo *fue crucificado en razón de su flaqueza.* Pero la realidad y la razón demuestran abiertamente que la parte inferior y más débil del Hijo del hombre se había mantenido y permanecido completamente pura en su naturaleza, puesto que había sido concebida en la purísima y santísima sangre de su madre, la Virgen, con el amparo del divino Espíritu, y conservada siempre en la divina virtud, al ser Él mismo hombre y al mismo tiempo Dios. A esta parte convino preservar ora en sí misma, ora en aquellas cosas en las que tocó ser compartida, perpetuamente santa, pura, ajena e inmune completamente a toda infección y corrupción del pecado. Pues no fue conveniente que estuviese expuesta a espinas y tribulos aquella tierra que, en verdad, conservaba la comunión de una naturaleza perfecta con el primer Adán, y no tenía ningún tipo de vicio, o culpa, o contacto, u otro tipo de restricción observado en él; ni que estuviese expuesta a aquella sentencia: *MALDITA SEA LA TIERRA POR TU CAUSA*, al no participar en absoluto de esa obra, por la que tuviese fundamento la maldición. Pero esta inmunidad ante la corrupción dada y atribuida a la carne de Cristo por mandato divino, como propia y perpetua, mucho antes lo había predicado: *Pongo al Señor ante mi mirada siempre; porque él está a mi diestra, no vacilo. Por eso se me alegró el corazón, y saltó mi lengua, y hasta mi carne descansará en la esperanza; pues no has de abandonar mi alma al infierno, ni dejarás a tu amigo ver la corrupción.* Así pues, convino sacrificar y entregar, siguiendo con pureza el rito, la naturaleza purísima de este cuerpo en favor de la carne impura del resto de los hombres, y que aquélla, una vez suprimido y borrado el cuerpo del pecado, que Cristo se había arrogado de los demás mortales, escapase de nuevo viva, vigorosa y santa, *disipados los dolores del infierno, pues* –como nos enseña Pedro– *no era posible que quedase bajo su dominio.* Y así, éstas fueron la razón y la causa por las que, lo que no había podido ser realizado por todos los hijos del viejo Adán o por su propia autoridad y su mismísima virtud, o consagrando y ofreciendo como víctimas a ganado menor, mayor y otro tipo de animales, Cristo, único y singular, una vez se adaptó y ajustó al cuerpo de los demás hombres, pudo cumplirlo con total perfección, proporcionarlo de modo
- 2 Cor 13, 4.
- [Gen 3, 17].
- Ps 15, 8-10.
- Act 2, 24.

totalmente conveniente y llevarlo a cabo de manera completamente exacta. Así está escrito: *No conteniendo, pues, la Ley más que una sombra de los bienes futuros, no la realidad de las cosas, no puede nunca, mediante unos mismos sacrificios que se ofrecen sin cesar año tras año, dar la perfección a los que se acercan. De otro modo, ¿no habrían cesado de ofrecerlos, al no tener ya conciencia de pecado los que ofrecen ese culto, una vez purificados? Al contrario, con ellos se renueva cada año el recuerdo de los pecados, [497] pues es imposible que sangre de toros y de machos cabríos borre pecados. Por eso, al entrar en este mundo, dice: Sacrificio y oblación [por el rito de la antigua ley] no quisiste, pero me has formado un cuerpo. Holocaustos por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo –pues de mí está escrito en el rollo del libro– a hacer, oh Dios, tu voluntad! Dice primero: Sacrificios y oblacones y holocaustos, por el pecado no los quisiste ni te agradaron, cosas que se ofrecen según la ley. Entonces dije: He aquí que vengo a hacer tu voluntad. Abroga lo primero para establecer lo segundo. Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo, es decir, del Cordero que quitará el pecado del mundo que Juan el Bautista había predicho como testigo anunciador.*

Hebr 10, 1-10.

Así pues, con la intención primero de encomendar el cuerpo tomado y dispuesto para sí de todo el género humano a Dios Padre, y de ofrecerlo luego junto con Él en sacrificio, se levantó de aquella arcana cena y se dirigió hacia un huerto conocido por Él y al que ya antes había acudido a menudo para sus ruegos y súplicas con tres compañeros, a los que de entre el grupo de los apóstoles ya antes había escogido como testigos de todas sus acciones, y tan pronto probó la culpa que no era suya, sino ajena e impuesta sobre Él, se dio cuenta de cuán difícil, cuán grave, cuán inoportuno, cuán, en fin, desgraciado y letal era el peso del pecado, cuán duro el yugo que sostenía por el mundo y por cada uno de los hombres; cuán horrenda ira, cuán terribles castigos había cometido el mundo, los que ya casi estaba a punto de pagar y expiar, aunque Éste no sólo conocía los ultrajes, los oprobios, los azotes y los ignominiosos suplicios que iba a soportar hasta la muerte, sino también que iba a apagar el fuego de la enemistad y la ira de Dios contra los hombres con paciencia, entrega y sufrimiento en el durísimo castigo; y, al final, Él mismo conoció cuán grande era la debilidad humana, puesto que como se mostrara vivo, sensible e incluso eternamente inalterable en la vida misma por su propia voluntad, admitiendo la muerte de los hombres, enemiga y adversaria de Dios, la soportaba libremente; una muerte –me refiero– que aunque muy cruel con los demás hombres, sin embargo no parece tan grave, tan dura y horrible, ya que, como muertos, están ya desde el principio desterrados y alejados de la verdadera vida. Pues ningún tipo de dolor o pesadumbre, ni siquiera el cruel y duro, puede sentir o distinguir todo aquel que sea ajeno a la vida. Pero, en verdad, este nuevo hombre, el Hijo de Dios, ungido y santificado para Dios, al mantener su propia vida, su luz y su virtud, recibiendo el ataque y el peso abrumador de la muerte recibida y de las densísimas tinieblas en su carne humana, es decir, en su parte más débil, hasta tal punto se dio cuenta de que era horrenda, penosa y dolorosa, que sólo con valorarla y reflexionar sobre ella la había sobrellevado y soportado hasta sudar sangre; y en esta parte en

- la que era débil, había hecho uso del consuelo y el aliento demandados del Padre a través de un ángel. Y los profetas habían anunciado esta razón así antes decretada, la narran los sagrados autores como concluida en esta época, y, finalmente, los apóstoles se congratularon por quedar resuelta, apurada y superada. *Y en verdad él asumió nuestras dolencias, y nuestros dolores los que él soportó. Y nosotros lo rechazamos como a un leproso, herido de Dios y humillado. [498] Él fue herido por nuestras rebeldías, golpeado por nuestros crímenes. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino. Y puso el Señor sobre Él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, porque quiso, y no abrió la boca. Como una oveja al degüello era conducida, como un cordero que ante los que lo trasquilan está mudo, también no abrió la boca.*
- Is 53, 4-7.
- Y salió Jesús y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos, y los discípulos le siguieron. Llegado al lugar les dijo: "Pedid que no caigáis en la tentación." Y se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba diciendo: "Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya." Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y sumido en agonía [del pecado de su vida y su muerte], insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían a tierra. Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderosos clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente. Y aun siendo Hijo, sin embargo aprendió la obediencia por lo que padeció; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote a semejanza de Melquisedec. Sobre esto tenemos muchas cosas que decir, aunque difíciles de explicar, porque os habéis hecho tardos en entendimiento.*
- Lc 22, 39-44.
- Hebr 4, 15.
- Hebr 5, 7-11.

CAPÍTULO XXIII.

JESUCRISTO COMO VÍCTIMA

Concluida ya la súplica y recibido del Padre el consuelo, y confirmadas hacía poco las promesas sobre la firmeza y la verdad de la salvación del hombre, el muy inocente y eficaz Cordero del mundo consiente su necesaria captura a traición, condena y muerte. En efecto, se realizó por la virtud y sabiduría divinas, para que el maligno, odioso y sacrílego crimen de los hombres se convirtiera en el más grande provecho y bien del mundo con la ejecución de su Hijo, la cual inexorablemente se acercaba, y por la que la muerte en público del que había tomado sobre sí misteriosamente la representación del género humano había de ser necesariamente violenta y definitiva. Pero ni por el hecho de que esto se ajustara al designio divino, la maldad humana está libre de culpa de la más grande injuria y de su inefable crimen, si en verdad ésta

dispuso todo su empeño y laboriosidad para colmar el odio y la enemistad; mas Dios desde la inmensa eficacia de su sabiduría y bondad llevó el asunto a una salida completamente dichosa para todo el orbe. *El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él graciosamente todas las cosas? Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea, no muera, sino que tenga por Él vida eterna.* [499] *Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea, no muera, sino que tenga vida eterna.* Así, hasta tal punto ejerció Dios su misericordia, que ni siquiera a los propios autores y ministros de tan enorme crimen quiso excluirlos de la llegada, uso y disfrute de la salvación, ora se produjera el arrepentimiento por el hecho, ora la preocupación y el desvelo por ellos mismos lo corrigiera. *Pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. El que cree en Él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Hijo de Dios. A Jesús de Nazaret —dice Pedro—, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre vosotros, como vosotros sabéis, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos.* Que la dicha de tal suceso había sido anunciada por un antiguo ejemplo, José, quien por su parte imitaba al tal Jesús, lo revelaba a sus hermanos, por quienes había sido traicionado y vendido: *No os pese mal, ni os dé enojo el haberme vendido en este país, pues para vuestra salvación me envió Dios delante de vosotros a Egipto. Porque con éste van dos años de hambre por la tierra, y aún quedan cinco años en que no habrá arada y siega. Dios me ha enviado delante de vosotros para que podáis sobrevivir en la tierra y tengáis alimento para vivir. No fui enviado por decisión vuestra, sino por voluntad de Dios, que me hizo como un padre para Faraón, dueño de toda su casa y príncipe de todo Egipto.* Todo lo que, no obstante, se cuenta en verdad sobre aquel José, llevaba en sí con total seguridad la virtud, la autoridad y la eficacia de Jesucristo, que *nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose Él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: Maldito todo el que está colgado de un madero, para que llegara a los gentiles la bendición en Cristo Jesús.*

Y así Cristo fue sorprendido por los servidores de Satanás, es decir, por los que cultivan el celo humano y por sus adláteres, capturado y encadenado, y conducido por obra de un traidor, perteneciente al grupo de los mismísimos apóstoles, corrompido por su codicioso deseo de dinero. Pues de este tipo de personalidades y caracteres la diligencia y la astucia humanas se sirven fácilmente para preparar convenientemente sus planes; y ningún agente, delator, ayudante y aliado más adecuado y eficaz para cometer un gran crimen con el mínimo riesgo que el perteneciente al círculo de los íntimos y que es un traidor dentro del hogar, el cual, al conocer los momentos, las circunstancias, los lugares y todas la oportunidades, puede dar por terminado el asunto con ninguno o poco esfuerzo. *Levantándose de la oración, vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza; y les dijo: "¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en la tentación." Todavía estaba hablando*

Rom 8, 32.

Io 3, 14-15.

Io 3, 17-18.

Act 2, 22-23.

Gen 45, 5-8.

Gal 3, 13-14.

Lc 22, 45-54.

Lc 2, 63-71.

cuando se presentó un grupo; el llamado Judas, uno de los Doce, iba el primero, y se acercó a Jesús para darle un beso. Y Jesús le dijo: "¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!" Viendo los que estaban con él lo que iba a suceder, le dijeron: "Señor, ¿herimos a espada?". Y uno de ellos birió al siervo del Sumo Sacerdote y le arrancó la oreja derecha. Pero Jesús dijo: [500] "¡Dejad! ¡Basta ya!" Y tocando la oreja le curó. Dijo Jesús a los sumos sacerdotes, jefes de la guardia del Templo y ancianos que habían venido contra él: "¿Como contra un salteador habéis salido con espadas y palos? Estando yo todos los días en el Templo con vosotros no me pusisteis las manos encima; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Prendiéndole, lo condujeron a la casa del Sumo Sacerdote. Y los hombres que lo tenían preso se burlaban de Él y le golpeaban; y cubriéndole con un velo, le abofeteaban y le preguntaban: "¡Adivina! ¿Quién es el que te ha pegado?" Y le insultaban diciéndole otras muchas cosas. En cuanto se hizo de día, se reunió el Consejo de Ancianos del pueblo, sumos sacerdotes y escribas, le hicieron venir a su Sanedrín y le dijeron: "Si tú eres el Cristo, dínoslo." Y Él les dijo: "Si os lo digo, no me creeréis; si os lo pregunto, no me responderéis. De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios." Dijeron todos: "Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?" Él les dijo: "Vosotros lo decís: Yo soy." Mas dijeron ellos: "¿Qué necesidad tenemos ya de testigos, pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?"

Lc 23, 1-2.

Y cuando el celo humano no puede hallar o inventar ningún verdadero delito, ningún crimen con certeza realizado con el que acusar falsamente a la inocencia e integridad, se rebaja, según su costumbre, a levantar –astuta determinación– las sospechas de los ancianos, los próceres y los poderosos, y hace uso de falsos testimonios con la intención de imputar a hechos y acciones, que habían sido asumidas y realizadas por mor de una sencilla e intachable doctrina y del bien común, la acusación de demagogia y ambición, por lo que suele fácilmente imponerse sobre los espíritus más simples de los próceres, sólo preocupados por conservar el poder, hasta producir odio y convencimiento de su ferocidad y crueldad, sobre todo cuando la propia astucia y celo se apoyan en una numerosa multitud y sienten confianza bajo el pretexto de preocuparse de los próceres y de la paz del pueblo, e, incluso, aireando su autorizado y santo escrúpulo religioso. Y levantándose toda la multitud, lo llevaron ante Pilato. Comenzaron a acusarle diciendo: "Hemos encontrado a éste subvertiendo a nuestra gente y prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que Él es Cristo Rey." Pues esta doble clase de acusación o calumnia, cuando puede unirse y relacionarse con la realidad misma o con la laboriosidad de los hombres, se considera que tiene una gran importancia, y es motivo para remover el espíritu de venganza de los poderosos y de aterrar a la muchedumbre, una vez aireado su escrúpulo religioso e impuesto el criminoso y sospechoso nombre –como suele decirse– de crimen de lesa majestad contra unos y otros. Puesto que el poder suele preocuparse del papel de lo religioso en la medida que piensa que puede favorecer su autoridad e intereses, en verdad el pueblo odia el poder y lo teme más de lo que puede amarlo; pero tan pronto crea que éste favorece y mira por su escrúpulo religioso, a ese mismo lo sigue con miedo, terror y la obediencia propia de un espíritu roto.

Y en este juicio, Pilato, cumpliendo con su deber de juez diligente y solícito, no, sin embargo, con el de hombre valeroso y bueno, examinó e instruyó la causa capital contra Cristo montada de manera vehemente y obstinada por sus enemigos hasta el final, [501] de manera que no pronunció abiertamente ninguna acusación enteramente inventada o para él o para Herodes, cuya posición una y otra vez se decía que también se juzgaba, y no sólo en su discurso ante el pueblo, sino también con sus manos lavadas a la vista de todos, afirmó la inocencia, santidad y justicia de ese hombre. Pero, con todo, por el rastrero miedo a concitar contra sí mismo el odio de sus superiores, y quebrantado por el griterío y los juramentos del populacho y de sus próceres, entregó a la rabia de los lobos al más inocente Cordero, sólo con esa acusación que fue aceptada evidentemente por encima de lo justo y lo lícito como medida de prudencia de los poderosos: comprar necesariamente el temor a un descalabro mayor y general con lo ganado en una injusticia singular. Pues como prueba de la perversidad del momento hemos tomado un único ejemplo de este tipo, ya antiguo y viejo, obra de hombres ajenos a la piedad y al temor a Dios. *Y Pilato le preguntó diciendo: "¿Tú eres el Rey de los judíos?" Él le respondió: "Tú lo dices." Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: "Ningún delito encuentro en este hombre." Pero ellos insistían diciendo: "Solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí." Al oír la palabra 'Galilea', Pilato le preguntó si era galileo, y como supo que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que por aquellos días estaba también en Jerusalén. Pero Herodes, cuando vio a Jesús se alegró mucho, pues hacía tiempo que quería verle, por las muchas cosas que había oído de Él, y esperaba presenciar alguna señal que Él hiciera. Le preguntó con mucha palabrería, pero Él no respondió nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándole con insistencia. Pero Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de Él, le puso un espléndido vestido y le remitió a Pilato. Aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados. Pilato, luego de convocar a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: "Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, pero yo le he interrogado delante de vosotros y no hallo en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis. Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha remitido. Nada ha hecho, pues, que merezca la muerte. Así que le castigaré y le soltaré." Por la festividad tenía necesariamente que soltar a uno. Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: "¡Fuera ése, suéltanos a Barrabás!" Éste había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato. De nuevo les habló Pilato, con la intención de liberar a Jesús, pero ellos seguían gritando diciendo: "¡Crucifícale, crucifícale!" Por tercera vez les dijo: "Pero ¿qué mal ha hecho éste? No encuentro en Él ningún delito que merezca la muerte; así que le castigaré y le soltaré." Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado y sus gritos eran cada vez más fuertes. Y Pilato sentenció que se cumpliera su demanda. Soltó, pues, al que habían pedido, el que estaba en la cárcel por motín y asesinato, y a Jesús se lo entregó a su voluntad.*

Lc 23, 3-25.

CAPÍTULO XXV.

EL MISTERIO DE LA SALVACIÓN UNIVERSAL DESVELADO FINALMENTE
POR LUCIFER, QUE INTENTÓ EN VANO CORROMPERLO

[502] En crueles y abominables planes y proyectos, a los hombres imbuidos en el celo de la carne y en la creencia sobre su santidad, aquel común enemigo, y antigua y muy astuta serpiente, puede y suele persuadirlos; pero a los ya persuadidos y a los que actúan deliberadamente no suele, por el contrario, disuadirlos, y ni siquiera puede solamente a pesar de su experiencia. Tan grande es la libertad y la fuerza de la mente humana para actuar, que una determinación, una vez tomada, no permite que sea rota por el empeño o la orden de un enemigo. Así está escrito: *Bajo ti estará el pecado, y a quien tienes que dominar.*

Gen 4, 7.

Desde la creación misma del mundo, aquellas palabras divinas, a saber, que alguna vez sentiría su cabeza aplastada por la virtud del linaje de mujer, al escucharlas una vez Lucifer, aunque les diera vueltas en la cabeza, aunque supiera que iban a ser verdaderas e inalterables, puesto que habían sido pronunciadas por Dios, sin embargo, de qué modo podían cumplirse y resolverse con la justicia intacta lo había tenido constantemente en los más oscuros y profundamente recónditos misterios, y esperaba siempre tenerlo; lo que no sólo no era capaz de alcanzar con los razonamientos y argumentos de su saber y su astucia, sino siquiera comprender.

Pero, sin duda, cuando supo que Jesucristo, el Cordero e Hijo de Dios, responsable completamente sabio y eficaz de todas las cosas, había aceptado pagar todas las deudas del género humano y borrar las cuentas, comprendió el admirable misterio, el plan y la razón de lo ocurrido, ocultos antes para él y para todas las épocas, habiéndolo querido así ya Dios; y no sólo adivinó que él y su reino, desde sus cimientos, habían de ser derribados y destruidos, sino que ya tardíamente lo entendió de manera abierta y total, y dolido y perturbado en extremo sintió temor; y aunque en su fuero interno supiera que no podía oponerse a la justicia y providencia divinas, sin embargo, ya que veía que la campaña era realizada por hombres, se esforzó en probar con qué miedo, con qué engaño, o con qué superstición u otro tipo de artimañas podía producir perturbaciones, retrasos, demoras o impedimentos. Y en primer lugar al traidor Judas, al que había atraído no tanto por su odio hacia el Maestro, como por su deseo de dinero, luego de hacerlo consciente de su crimen, lo llevó, en su propio beneficio, a anular la venta, a rechazar y detestar el crimen, y cuidar de que no fuese realizado lo que había sido realizado; lo que, al no poder conseguirlo, le empujó al rabioso y desesperado ejemplo de someterse a sí mismo a castigo, con lo que, sin duda, infundir terror a los acusadores y enemigos de Jesús. Y al no obtener éxito con esto, intentó en vano obstaculizar el juicio con el miedo y el escrúpulo religioso y, con esta artimaña, salvar de la muerte al Salvador común del mundo. Pero ni eso lo llevó con razón u oportunidad, puesto que todo lo ya realizado por él había sido admitido como causa de litigio, cuya anulación y retractación la justicia y la razón no admitían, al haberse preocupado él de ello y haberlo conducido con ahínco. [503]

Y es que para realizar el juicio entre él y el Verbo divino y para resolver el litigio era ya la última oportunidad en la que ambas partes habían presentado todo lo que pensaban que les favorecería, y no podía aquél retractarse de nuevo si descubría haber alegado algo irreflexiva e inoportunamente, ni podía rechazar o detener la justicia de Dios por causa de una sentencia que se había de obedecer y confirmar. Así está escrito: *"Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu nombre."* Entonces vino una voz del cielo diciendo: *"Le he glorificado y de nuevo lo glorificaré."* La muchedumbre que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno. Otros decían: *"Le ha hablado un ángel."* Respondió Jesús y dijo: *"No ha venido esta voz por mí, sino por vosotros. AHORA ES EL JUICIO DE ESTE MUNDO. Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí."* Decía esto para significar de qué muerte iba a morir. Así que, al darse cuenta Satanás con su estúpida y tarda prudencia y su ya condenable saber de cómo había determinado Dios que había de realizarse esta exaltación, se esforzaba, preocupado, en darle la vuelta por obra de Judas, falsamente arrepentido, e incluso de la esposa de Pilato. *Entonces Judas, el que lo entregó, viendo que había sido condenado, fue acosado por el remordimiento, y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y a los ancianos, diciendo: "He pecado entregando sangre inocente." Pero ellos dijeron: "A nosotros, ¿qué? Tú verás."* Y arrojando las monedas en el templo, se marchó y fue y se ahorcó. Los sumos sacerdotes recogieron las monedas y dijeron: *"No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque son precio de sangre. Y después de deliberar, compraron con ellas el Campo del Alfarero, como lugar de sepultura de los forasteros. Por esta razón ese campo se llamó "Campo de Aceldemah", es decir, "Campo de Sangre", hasta hoy.*

Io 12, 27-33.

Mt 27, 3-8.

Mientras él [Pilato] estaba sentado en el tribunal, le envió recado su mujer, diciendo: "No te metas con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa." Pero los sumos sacerdotes y los ancianos lograron persuadir a la gente que pidiese a Barrabás, y perdieran a Jesús.

Mt 27, 19-20.

CAPÍTULO XXVI.

EL SACRIFICIO DE JESUCRISTO

Así pues, el pueblo, persuadido por el celo y la santificación de la carne, reclamó de la manera más escandalosa posible que se condujese y se clavase en la cruz al más inocente y santo Cordero de Dios, también con la vergonzosísima elección de cambiarlo por un ladrón y asesino, a quien el populacho quiso que se indultase con una deliberación y votación torticeras gracias a la célebre remisión antes establecida según las costumbres y el escrúpulo religioso, en lugar de al mayor benefactor y benemérito de entre todas las gentes, e incluso adornado con los honestísimos títulos de Rey y de Ungido del Juicio. Solamente la envidiosa sabiduría mundana y la creencia en su propia

santidad [504] pueden persuadirse a sí mismas y a otros para que se elija la injusticia por la justicia, la afrenta y la fechoría por la inocencia y el deber, la corrupción por la integridad, la muerte por la salvación, las tinieblas por la luz, el mayor deshonor por el más alto de los honores, y que eso se realice de la manera más insistente, de manera que todos los males fruto de promover un fallo torticero, incluso predeciblemente infaustos, aunque muy graves, sin embargo no se toman en cuenta por mor del propósito que les ocupa. Lo cual fue realizado de manera que pacto, ley citada o autoridad alegada alguna pudiese impedirlo, desviarlo, o, al menos, aplazarlo y llevarlo a una deliberación mejor y más sopesada, debido a la presión popular a la que el poder del juez se pensaba no podía oponerse. Pero, como ya demostrábamos, la divina misericordia se preocupaba por que la labor del insano y loco saber de los hombres se transformase en el mayor bien del género humano no por el deseo de los hombres, sino por su provecho. Y así, aquella víctima viva y que iba a producir vida a los hombres muertos, es arrastrada al castigo al que estaba destinado no ella, sino todo el mundo; la víctima —me refiero a Jesucristo—, atacada antes por muchas ignominias e insultos, vejada, burlada y torturada de innumerables formas, golpeada con haces y varas, y casi despellejada por los latigazos, obligada a llevar en sus propios hombros un haz de madera, en el que había de ser sacrificada, es decir, la pesadísima cruz, a la manera veraz y eficaz de Isaac y el carnero puesto en lugar de Isaac en otro tiempo, soportó la muerte más cruel de todas las que la ley humana puede buscar y encontrar, con la mayor de las ignominias e infamias, cual es, sin duda, propia del hombre cuyo crimen había aceptado expiar, a saber: todos los delitos cometidos por el género humano. Y con esta vilísima humillación y rechazo deliberada y voluntariamente soportado, con su singular y único ejemplo de admirable obediencia, el duradero odio concitado desde el principio contra los hombres, avivado más y más cada día con continuos crímenes a lo largo de generaciones y con abominables infamias, pudo mitigarlo y apaciguarlo, y proporcionar gracia y benevolencia, siendo Él mismo, a la vez, víctima y sacerdote de favorable sacrificio. *Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron... Pues, hasta la ley, había pecado en el mundo, pero el pecado no se imputa no habiendo ley. Mas reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir... Pero con el delito no sucede como con el don. Si por el delito de uno solo murieron todos ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos! Y no por un solo pecado sucede como con el don; pues la sentencia, partiendo de uno solo, lleva a la condenación, mas la obra de la gracia, partiendo de muchos delitos, se resuelve en justificación. En efecto, si por el delito de uno solo reinó la muerte por un solo hombre ¡con cuánta razón más razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia, reinarán en la vida por uno solo, por Jesucristo! Así pues, como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de la justicia de uno solo procura toda la justificación que da la vida. En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos*

fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos. La ley, en verdad, intervino para que abundara el delito; [505] pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia; así, lo mismo que el pecado reinó en la muerte, así también reinaría la gracia en virtud de la justicia para vida eterna por Jesucristo nuestro Señor. Cristo nos rescató de la maldad de la ley, haciéndose Él mismo maldición por nosotros, pues está escrito: Maldito todo el que está colgado de un madero, a fin de que llegara a los gentiles, en Cristo Jesús, la bendición. Cristo sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus huellas. El que no cometió pecado, y en cuya boca no se halló engaño; el que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos del que juzga con injusticia. El mismo que, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados. Si uno murió por todos, todos por tanto murieron, y Cristo murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él.

Gal 3, 13-14.

1 Petr 2, 21-24.

2 Cor 5, 14-15.

2 Cor 5, 18-21.

Y que esta verdad, es decir, el mantenimiento de la divina promesa, había de garantizarse y mostrarse con su obediencia y su obra el propio Jesús lo declaraba cuando era interrogado por el defensor y el juez de su causa. Entonces Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el Rey de los judíos?" Respondió Jesús: "¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?" Pilato respondió: "¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?" Respondió Jesús: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí." Y así le dijo Pilato: "Luego ¿tú eres Rey?". Respondió Jesús: "Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz." Le dijo Pilato: "¿Qué es la verdad?" Y, dicho esto, volvió a salir donde los judíos. Y, convocados los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: "Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, pero yo lo he interrogado delante de vosotros y no he hallado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis. Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha remitido. Nada ha hecho, pues, que merezca la muerte. Así que le castigaré y le soltaré." Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: ¡Fuera ése, suéltanos a Barrabás! Éste había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato. Pilato les habló de nuevo, intentando librar a Jesús, pero ellos seguían gritando: "¡Crucifícale, crucifícale!" Por tercera vez les dijo: "¿Pues qué mal ha hecho? [506] No encuentro en Él ningún delito que merezca la muerte, así que le castigaré y le soltaré." Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera

Io 18, 33-38.

Lc 23, 13-26.

crucificado y sus gritos eran cada vez más fuertes. Pilato sentenció que se cumpliera su demanda. Soltó, pues, al que habían pedido, el que estaba en la cárcel por motín y asesinato, y a Jesús se lo entregó a su voluntad. Cuando le llevaban echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús.

Finalmente fue sacrificada en favor del orbe entero aquella víctima que habían presagiado y mencionado los sacrificios continuamente realizados desde el comienzo del mundo hasta ese momento no sólo cada año, sino con más asiduidad, víctima singular e incomparablemente eminente por la virtud y la eficacia de su verdad y de su sacrificio, y que iba a dar cumplimiento absoluto a todos los presagios y vaticinios sobre la expiación universal, y que era probada no sólo en su paciencia para soportar la más cruel de las muertes, sino en su grandísima tolerancia para la ignominia, los oprobios, los reproches y otro tipo de injurias que le infirió el muy ingrato mundo; y en su pensamiento, ánimo y rogativa atenta a la labor de salvar a las gentes, no sólo por sus amigos, sino también por los que aquella víctima comprendía que era vejada y dañada con la tortura, la muerte y el ultraje: ¡tan lejos estaba de tratar sus propios asuntos en aquel momento y circunstancias quien había venido del cielo no para hacer su voluntad, sino más bien la voluntad del que lo había enviado! *Ésta es la voluntad de Dios, a saber, la santificación de los hombres.*

Entre los sacrificios repetidos cada año, cada día, públicos y singulares, leemos que uno solo fue celebrado con un ritual solemne y anual entre los antepasados desde la institución de la Ley, el de un macho cabrío escogido y consagrado a los juramentos públicos, el cual para soportar, aguantar y expiar con segura señal los crímenes del pueblo, era condenado en favor de todos en presencia de la ciudad y en la comunión vital de los hombres, para que los castigos y los graves peligros, y, por qué no, los oprobios y los malos augurios que amenazaban al pueblo, pasaran a la cabeza del macho cabrío escogido y consagrado, y expiar de una vez el año completo. La historia de esta ceremonia es posible leerla en los sagrados y legítimos rituales. El mismo ejemplo, vivo y completamente eficaz, hubo de establecerse y resolverse en el cuerpo de Jesucristo, al soportar la muerte a la que estaban destinados todos los hombres por sus pecados con un dolor y suplicio extremos, y ser atacado con ignominias de todo tipo, el cual se profetiza que fue maldito por nosotros. *Pues los cuerpos de los animales, cuya sangre lleva el Sumo Sacerdote al santuario para la expiación del pecado, son quemados fuera del campamento. Por eso, también Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, donde Él fuera del campamento, cargando con su oprobio.* Lo mismo predecía también un antiguo profeta de esta víctima, una vez llevada su misión al verso: *En pago de mi amor me acusaban, y yo no hacía más que orar. Me vuelven mal por bien, y odio por mi amor.*

Y yo soy gusano y no hombre, vergüenza de los hombres y asco del pueblo. Todos los que me ven de mí se ríen, hablaron sus labios y menearon su cabeza: "Tuvo esperanza en el Señor, que él lo libere; que lo salve ya que él lo quiere". [507] Y es que tú del vientre me sacaste, tú fuiste mi esperanza desde los pechos de mi madre. A ti fui entregado cuando salí del seno. Desde el vien-

cf. Io 6, 38.

1 Thess 4, 3.

cf. Lev 16.

cf. Gal 3, 13.

Hebr 13,
11-13.

Ps 108, 4-5.

Ps 21, 7-19.

tre de mi madre tú eres mi Dios. Y es que la angustia está cerca, como que no hay quien me ayude. Novillos innumerables me rodearon, toros lustrosos acosáronme. Abrieron sus fauces sobre mí, como el león que desgarrar y rugir. Como el agua me derramo, todos mis huesos se dislocan. Mi corazón, como la cera, se derrite en mis entrañas. Está seca mi fuerza como una teja, y mi lengua está pegada a mi garganta; al polvo de la muerte me sumiste. Y es que perros innumerables me rodearon, un consejo de malvados me acorralla. Prendieron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos. Y ellos me observaron y me inspeccionaron, se repartieron mis vestiduras, y se echaron a suertes mi túnica.

Y cargándole con la cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota, y allí le crucificaron y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. Pilato redactó también una inscripción y la puso sobre la cruz. Lo escrito era: "JESÚS EL NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS." Esta inscripción la leyeron muchos judíos, porque el lugar donde había sido crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad; y estaba escrita en hebreo, latín y griego. Los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: "No escribas: 'Rey de los judíos', sino: 'Éste ha dicho: Yo soy Rey de los judíos'." Pilato respondió: "Lo que he escrito, lo he escrito." Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, con los que hicieron cuatro lotes, un lote para cada soldado y la túnica. La túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba a abajo. Por eso se dijeron: "No la rompamos; sino echemos a suertes a ver a quién toca." Para que se cumpliera la Escritura: 'Se repartieron mis vestiduras, se echaron a suertes mi túnica.' Y esto hicieron los soldados. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: "Tengo sed." Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de bisopo una esponja empapada de vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: "Todo está cumplido." E inclinando la cabeza entregó el espíritu. Los Judíos, como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado —porque aquel sábado era muy solemne— le rogaron a Pilato que les quebrara las piernas del primero y del otro crucificado con Él. Pero al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la escritura: 'No se le quebrará hueso alguno.' Y otra Escritura también dice: 'Mirarán al que traspasaron.'

Y así, el verdadero y propio cuerpo de Jesucristo, es decir, del segundo Adán celestial, y el otro cuerpo, el del primer Adán terrenal, tomado a voluntad, fue muerto al mismo tiempo, pero no de igual manera: pues éste fue consumido y destruido más tarde al morir [508], completamente aniquilado rodeándolo el pecado, y vuelto de nuevo a sus cenizas de modo misterioso. Pero Aquél retuvo antes, aunque muerto, la fuerza de la vida, la facultad, la virtud y el poder de hacer volver su alma, lo que tan imposible era de mantener bajo las leyes del infierno y de la muerte. Y muerto así, y haciendo sacrificio favorable a aquellos cuyo nombre había aceptado representar, dio completísima satisfacción a su causa y deber. Lo que Él mismo declaró en aquellas palabras: *Todo está cumplido.*

Io 19, 17-24.

Io 19, 28-37.

cf. Act 2, 24.

Io 19, 30.

Y que no haya nadie que niegue y dude que el cuerpo de Jesús había derramado mucha sangre después de aquel sudor como de sangre en el huerto, después de los innumerables golpes y muchísimos azotes recibidos, después de la corona hecha de espinas, suspendido vivo durante seis horas completas, y con las manos y los pies abiertos y atravesados por el hierro, lo que fue tiempo suficiente para consumir la sangre incluso del hombre más robusto; pero además se hizo lo siguiente: que la sangre que restaba en el diafragma, una vez abierto el costado por la lanza de un soldado ya nada más morir, fluyera junto con agua, garantizando ambos líquidos esa fuerza y eficiencia que exigía la expiación y la salvación de los hombres; pues la sangre de Cristo purificó la impura sangre de todo el género humano, y al derramarse representó que también ésta se derramaba al mismo tiempo. Así está escrito: *La que por vosotros y por muchos es derramada para el perdón de los pecados*. El agua devolvió nuevos, puros y limpios de inmundicias a los hombres, con la divina virtud y la eficacia del Espíritu que, al nacer el mundo, *se conducía sobre las aguas*. Y del mismo modo, el Espíritu de Cristo, el agua y la sangre no sólo levantaron y renovaron al género humano, sino que lo devolvieron más eminente y grato, y lo hicieron apto para habitar en el cielo. Pues, *el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Éste es el que vino por el agua y por la sangre: Jesucristo; no solamente en el agua, sino en el agua y en la sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Cristo es la Verdad. Pues tres son los que dan testimonio en el cielo: Padre, Verbo y Espíritu Santo, y estos tres son uno solo; y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre, y estos tres son uno solo. Y la sangre de Cristo nos purifica de todo pecado. Que es el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, y el Príncipe de los reyes de la tierra, que nos amó y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un reino de Sacerdotes para su Dios y Padre. Pero la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros, ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvos de la cólera! Cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, Él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos de esperanza de vida eterna. Es cierta esta afirmación*. Este episodio, como era muy adecuado para la salvación universal, y muy digno de conocer, Juan, que trataba sobre los misterios muy ampliamente, cuidó de su necesaria explicación [509] —como hemos indicado más arriba—. *Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: "Tengo sed." Había allí una vasija llena de vinagre...*

Mt 25, 28;
cf. Mc 14, 24;
Lc 22, 20.

[Gen 1, 2].

1o 3, 5.
1o 5, 6-7.

1o 1, 7.
Apoc 1, 6-7.

Rom 5, 8-9.

Tit 3, 4-8.

1o 19, 28-29.

CAPÍTULO XXVII.

LA PROPAGACIÓN DE LA NOTICIA SOBRE LA MUERTE DE JESÚS:
EL DISPAR SENTIMIENTO DE LOS HOMBRES

La muerte de Jesucristo convino que igual que era completamente necesaria para la salvación universal de todo el género humano, del mismo modo fuera muy conocida y atestiguada no sólo para los propios hombres, por los que la justicia divina había aprobado que fuese ofrecida bajo el apelativo del más grande sacrificio, sino también para el cielo y la tierra, y para sus principales facciones y habitantes, e incluso para las profundas sedes del infierno. Primero, en verdad, fue todo el orden y el estamento de los hombres el que dio testimonio común y manifiesto, no sólo los vivos, sino los muertos, que dejaron patente la eficacia de la muerte de aquél con su propia resurrección. Y entre los vivos, ora los amigos, ora los enemigos, e incluso quienes se mostraban neutrales, como el gobernador de la provincia, su guarnición y el confundido populacho influenciado más por el parecer ajeno que por el propio, comprendieron manifiesta y públicamente que aquél, Jesús, estaba muerto en la cruz.

Y, en verdad, al recibir la noticia de la muerte de Jesús, la actitud y, por decirlo así, el sentimiento del resto de las partes del mundo, esto es, el cielo y la tierra, fueron iguales y semejantes. En efecto, un sentimiento triste y lúgubre, y adecuado para señalar y mostrar el anhelo por tan gran Príncipe y responsable de todas las cosas y Sumo Pontífice de la vida de la que fue arrancado injusta y cruelmente, y, a los hombres, la enormidad de su propio crimen y la grandeza del bien divino, una vez dadas las señales que puedan y suelen en su propia naturaleza agitar con más ahínco sus pensamientos y los empujen a la reflexión, la preocupación, el miedo y la discusión. *Era ya cerca de la hora sexta cuando hubo oscuridad sobre la tierra toda hasta la hora nona y se eclipsó el sol, y el velo del templo se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: "Padre, en tus manos pongo mi espíritu", y dicho esto, expiró y tembló la tierra y las rocas se hendieron, y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Él, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos.* En verdad todas estas señales y prodigios, además del dolor común a todo el orbe, también traían enormes cambios y renovaciones en los asuntos humanos; lo que incluso con una única prueba podía reconocerse: con el ejemplo así múltiple y nunca antes contemplado y oído de la resurrección de hombres santos, que señalaba lo admirable de aquella muerte o, mejor, indicaba su fuerza. Y ésta, como decíamos, fue la única disposición del mundo entero, la única voz de todos; sin embargo, la reacción de cada una de las partes fue distinta, naturalmente la del cielo y la tierra, los astros, las rocas y los sepulcros y la del velo rasgado en dos partes en el templo, y de cada uno de estos elementos de la naturaleza que refieren su testimonio de manera propia y singular.

[510] Pero la reacción de los hombres ante la muerte de Jesús, por cuya única causa sucedían todas estas cosas y cuyo juicio convino que fuese co-

Lc 23, 44-46.

Mt 27, 51-53.

recto y concorde, fue completamente variada y diferente, y, según la semejanza de la reacción y de las opiniones, se produjo una actuación diversa y diferente, tal cual subsiste, aunque diversa, hoy entre los hombres, en nada distintos en su carácter a los antiguos, es decir, a los hijos de Adán, sino formados de una misma harina más fina o gruesamente batida: pues quienes declararon su amistad y obediencia a Jesús interpretaban la muerte de aquél como la de un profeta inocente muerto por la libertad de acción y enseñanza a causa del intenso odio de la envidia por parte de los próceres del pueblo, sin diferenciar en demasía su ejemplo del de otros profetas, muchos de ellos dignos de alabanza por parte del género humano y cumplidores rectos y valerosos de su deber, los cuales, sin embargo, habían comprobado que aquellos para quienes habían debido ser muy queridos y admirables, eran unos completos desagradecidos y unos detractores que los llevaban a la muerte. Así está escrito: *No cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén. "¡Jerusalén, Jerusalén!, la que mata a los profetas y apedrea a los que son enviados."* Y éstos, según este modo de razonar, soportaban con entristecido ánimo la muerte de su profeta y maestro, y lo escoltaban en el funeral con los deberes que de su creencia y amistad se seguían, es decir, con la cuidadosa labor de ungir y enterrar al cadáver, tal como era lícito que se realizara atendiendo a la época, las costumbres y las leyes. Por su parte, a aquellos que no habían tenido un trato tan familiar con Jesucristo en vida y que sin embargo no disentían en absoluto, sino que, como sucede entre el pueblo, se veían arrastrados por la contemplación ejemplificadora de los milagros, por el recuerdo laudable de sus buenas acciones y por un cierto sentido de escrúpulo religioso, aunque algo desorientados temporalmente por causa de la autoridad de sus antepasados y su miedo, a aquellos, digo, sin embargo, las señales que siguieron no sólo al suplicio tan indigna y cruelmente realizado, sino también a la muerte del inocente, les inspiraron un cierto miedo y espanto no exentos de dolor y ansiedad ante una venganza; puesto que si a éstos les había producido algún tipo de odio, debido a la persuasiva autoridad de los poderosos, éste lo había borrado ya la muerte del clavado en la cruz. Por lo cual, éstos en parte con lágrimas y lamentos, en parte con alabanzas y testimonios de su inocencia y santidad, recibieron el final de un hombre santo muerto y tenido por querido para Dios. Entre ellos se contaban el centurión, los compañeros del centurión, algunos de los soldados y muchos del pueblo. *Al ver el centurión lo sucedido, glorificó a Dios, diciendo: "En verdad este hombre era justo." Y todas las gentes que habían acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho. Estaban a distancia, viendo estas cosas, todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea. Y he aquí que había un hombre llamado José, que era un decurión, hombre bueno y justo, que no había asentido al consejo y proceder de los demás. Era de Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el Reino de Dios. Éste se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús y, después de descolgarlo, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía. Y era el día de la Preparación y apuntaba el sábado. Las mujeres que habían venido con él desde Galilea fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo. Y regresando, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según el precepto.*

Lc 13, 33-34.

Lc 23, 47-56.

[511] Y el tercer grupo de hombres, de cuyo ánimo odioso, infame y malevolente estaban empapados y ennegrecidos, por causa de su egoísmo y desvelo por sí mismos y sus cosas, es decir, por la actividad mundana, por el saber y la santificación de la carne enemiga de Dios, pensó que acerca de Jesús, aunque hecho desaparecer de entre los vivos, tal como había procurado y buscado, no había que mostrar ningún tipo de relajación, sino también actuar con la mirada puesta en oscurecer completamente su gloria, hacer desaparecer su fama de virtud y extender los rumores sobre su impostura de manera eficaz y prudente, como le parecía; y así, luego de recurrir a todo tipo de artimañas, todo tipo de medios y todas las maquinaciones juntas, proteger su dignidad, su autoridad y todos sus bienes, y dañar completamente la doctrina y el nombre de Jesucristo, u oscurecerlo con los más perversos rumores extendidos sobre su falsedad y vanidad; reforzar, en suma, su facción de tal manera que este grupo fuera el único que reinara en el mundo, en las almas de los hombres, el único que se amara a sí mismo sin rival –como dicen–, y pusiera límites al nombre y la estimación del escrúpulo religioso según su resolución, su parecer y su provecho. *Al otro día, el siguiente a la Preparación, los sumos sacerdotes y los fariseos se reunieron ante Pilato, diciendo: "Señor, recordamos que ese impostor dijo cuando aún vivía: 'A los tres días resucitaré.' Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: 'Resucitó de entre los muertos', y la última impostura sea peor que la primera." Les dijo Pilato: "Tenéis una guardia. Id y aseguradlo como sabéis." Y ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra, con los guardias.*

Mt 27, 62-66.

Y con estas diversas opiniones y juicios, en los tres días en que permaneció en el sepulcro el cuerpo muerto de Jesús, los hombres se veían inquietados en su pensamiento por causa de sus afanes particulares, preocupándose éstos de custodiar el sepulcro, aquéllos pensando en honrarlo como a un profeta de Dios y llenarlo de unguentos, extendiendo los otros, esto es, el pueblo y el vulgo, diversas e inconsistentes opiniones sobre la vida y muerte de Aquél en charlas ora públicas, ora privadas, y en secretos murmullos, como suele suceder en ejemplos recientes; no esperando sabía y abiertamente, sin embargo, ninguno de éstos la resurrección de Aquél de entre los muertos, si quitamos a los que el Espíritu divino había hecho singularmente más prudentes y atentos a aquella esperanza, que eran muy pocos y escasos, tales como algunos profetas y la madre de Jesús, que, instruida con anterioridad en los oráculos divinos, guardaba todas las palabras y las meditaba en su corazón desde el principio.

cf. Lc 2, 19.

Pero, en verdad, la sabiduría y virtud divinas de Jesucristo, aunque con su cuerpo muerto y sepultado, pero con su espíritu vivo y activo, no abandonaban su deber, misión y obra; y es que hasta tanto se satisficiera la justicia de Dios por las deudas acreditadas de los hombres, y hasta tanto el contenido, ofrecido a Él y consumido, de aquel cáliz letal agotara su efectividad temporal por los hombres, mientras, preparaba lo que hacer para devolverse a sí mismo y a los suyos la vida; y penetrando en el reino de la muerte, es decir, en las regiones inferiores de la tierra, arrancaba los cerrojos del infierno y de los lugares en los que los hombres piadosos y santos se veían detenidos, y

rompía las puertas, reuniendo la mayor cantidad de cautivos digna de ser liberada con Él, [512] y despojando los reinos de la muerte y de su antiguo enemigo, abría todos los sepulcros del poder y la autoridad, y unía a los propios príncipes del infierno que habían de ser conducidos al triunfo. Todo lo que era propio del Adán terrenal y que había tomado para el bautismo de la muerte y el diluvio de la cruz, aniquilado y destruido, estaba completamente alejado de aquel santísimo cuerpo, y, del mismo modo que el oro, una vez limpiadas y arrojadas las escorias de tierra y los residuos por medio del fuego, surge puro y limpio brillando y resplandeciendo con su esplendor propio, así el cuerpo de Cristo se mantenía completamente inmune a la corrupción con su sola virtud, pureza y toda su santidad, y comunicaba la misma gloria a todos sus miembros, que el cuerpo había unido a sí de modo misterioso. Así está escrito: *Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que sois llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos nosotros. A cada uno de nosotros le ha sido concedido el favor divino a la medida de los dones de Cristo. Por eso dice: 'Subiendo a la altura, llevó cautivos y dio dones a los hombres'. ¿Qué quiere decir 'subió' sino que antes bajó a las regiones inferiores de la tierra?*

Eph 4, 4-9.

Y el cuerpo de Jesucristo no sólo no pudo corromperse, sino siquiera yacer muerto largo tiempo, ora por la promesa de Dios dicha a la naturaleza humana de su Hijo, siempre constante y verdadera, ora también por la singular y única excelencia y virtud de su carne, completamente ajena e inmune a aquella ley: *CENIZA ERES Y EN CENIZA TE CONVERTIRÁS*, que fue dada y pronunciada a aquel único viejo hombre condenado por su pecado, y que hemos citado al comienzo de esta obra. Pues su cuerpo, por las causas que hemos recordado, fue conveniente que se destruyera, muriera, se corrompiera y volviera a las cenizas, y esto se convirtió en herencia común para todos sus descendientes, para todos esos, evidentemente, que con una forma y modo comunes de propagación derivaron de su cuerpo. Y este nuevo hombre, cuya carne, por la sangre purísima de la purísima Virgen y por la eficiencia y la obra del divino Espíritu, había exhibido una condición tal que se la podría llamar completamente santa, no participó de ninguna de aquellas lacras, ni siquiera un poco; puesto que esta carne celestial merecía que se la llamara por derecho propio más bien santa y espiritual que terrenal y vulgar. Así está escrito: *Por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Y, Pues si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual, como está escrito: 'Fue hecho el primer hombre, Adán alma viviente'; el último Adán, espíritu que da vida. Mas no es lo espiritual lo primero que aparece, sino lo natural; luego, lo espiritual. El primer hombre surgido de la tierra es terreno; el segundo hombre, del cielo, celestial.*

[Gen 3, 19].

Lc 1, 35.

1 Cor 15,
44-47.

[Gen 3, 19].

Ps 15, 8-11;
Act 2, 25-28.

Este hombre celeste, pues, a quien aquella sentencia de *CENIZA ERES* no afectaba propiamente, el derecho, la realidad y la razón negaban completamente que fuese dañado por las leyes de la muerte. *Porque dice de él David: 'Veía constantemente al Señor delante de mí, puesto que está a mi derecha, para que no vacile. Por eso se ha alegrado mi corazón y se ha alborozado mi lengua, y mi carne reposará en la esperanza de que no abandonarás mi alma en el infierno ni permitirás que tu santo experimente la corrupción. Me has hecho conocer caminos de vida, me llenarás de alegría con tu rostro'*

CAPÍTULO XXVIII.

DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

[513] El grano de trigo candeal, que, al ser la más célebre y excelente de todas las simientes, lo tomamos como ejemplo de nuestro cometido, tan pronto como ha sido echado por el campesino, y recibido, rastrillado y cubierto en la tierra adecuada, muere en su parte corporal, sin embargo no se corrompe o destruye completamente, es más, comunica su propia fuerza y naturaleza calentada por el vapor de su hálito innato a la tierra, en cuyos brazos yace; y mezclándose en su misma savia, muestra una admirable transformación una vez dispuesta y conformada en jugo fértil y lechoso semejante a sí misma; en esta mescolanza, la fuerza del grano, que nunca se había perdido, sino que se mantenía llena de vida, se consolida más robusta y dilatada, adquiriendo vigor luego de nuevo, al brotar del surco de la tierra; y una vez alcanzado el brillo de la luz, madura y perfecciona esa fuerza que se había unido a sí misma, se había transformado y condensado por la savia de la tierra, conformada en un fruto semejante a ella, esto es, a la verdadera naturaleza del trigo, para su utilización en la vida humana; lo que difícilmente había podido suceder, en tanto el cuerpo de aquel primer grano o bien no fuese sembrado, o bien mezclado en la tierra, se mantuviera no obstante íntegro y vivo. Tan gran efectividad proporcionó la muerte de un solo grano y de tan gran utilidad salió, en suma, dueño.

Pero pasemos ya la razón y semejanza de nuestro argumento del vulgar conocimiento, observación y oficio de los campesinos al garante, cultivador y creador de los hombres. Hemos aprendido en la sagrada doctrina que el linaje humano poseía la naturaleza y el cometido de la tierra, cosa que incluso el propio nombre de Adán indica: *Y entonces el Señor Dios formó al hombre del barro de la tierra, e insufló en su rostro aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente. Y los llamó 'Adán' en el día de su creación.* Pero sabemos que esta tierra perteneciente al género humano se convirtió, por causa del vicio de un pecado voluntario, en estéril en buenos frutos y fértil en inadecuadas e inútiles plantas. Así está escrito: *Maldita sea la tierra por tu causa: con fatiga sacarás de ella el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás las yerbas del campo.* Y, como ya hemos hablado, tal situación en el linaje de los hombres originó esa condición; para corregirla y transformarla, fueron necesarios el esfuerzo y el oficio de algún campesino que, luego de remover y voltear los terrones de tierra, y de ablandarlos, y de sacar y arrancar las raíces de las plantas dañinas, plantara una excelente simiente, con cuya energía vital y vigorosa la savia de la tierra correctamente preparada y cultivada, que producía antes hierbas malas y venenosas, se corrigiera y se transformara en buen fruto. Así está escrito: *Con el sudor de tu rostro comerás tu pan.* Y que esta simiente es Jesucristo, prometido por Dios en otro tiempo para enderezar a los hombres, cambiar su situación y dar pie a su salvación, todos los hombres santos junto a Adán y Abraham, instruidos por Dios, lo comprendieron. [514] *Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza.* Y asimismo: *Se adueñará tu descendencia de las*

Gen 2, 7.

Gen 5, 2.

Gen 3, 17-18.

Gen 3, 19.

Gen 3, 15.

Gen 22, 17-18.

puertas de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra.

Os 6, 1-3. Así pues, esta simiente entregada del cielo, vastísima en su divina y propia unción, cuán inmensa e infinita fuerza poseía lo comunicó a la tierra de los hombres, en cuyo seno estuvo tres días enteros, lo que la divina providencia había calculado como tiempo adecuado para perfeccionar la naturaleza de la nueva generación. Así está escrito: *Venid, volvamos al Señor, pues él ha recibido y nos sanará, él ha herido y nos curará. Dentro de dos días nos dará la vida, al tercer día nos hará resurgir y en su presencia viviremos. Sepamos, sigamos para conocer al Señor. Como la alborada está preparada su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia tardía que riega la tierra.*

Me 4, 28. Y, en verdad, el grano de trigo candeal, al verse contenidas en unos determinados límites su naturaleza y eficacia, sólo afecta a esa porción de tierra que alcanza según la medida de su propia energía, o sea: cuando muere, mata consigo a la fuerza de la tierra capaz de producir hierbas y plantas malas, y la cambia por la naturaleza de su propia savia, hasta acabar por levantar el tallo y el trigo también, en un número y medida no infinitos, sino numerables. *Hierba—dice— primero, luego espiga, después trigo abundante en la espiga.*

Ps 102, 11-14. Pero, en verdad, al ser infinita la energía y eficacia de este nuevo y divino grano de trigo candeal, y del pan vivo enviado del cielo, y al vencer a la fuerza de la tierra con una diferencia mucho mayor al tamaño en que supera el cielo a la tierra, pudo con total eficacia quitar, limpiar y alejar completamente toda la maldad de la tierra y, gracias al favor y el don de su propia virtud, bondad y santidad, cambiarla a una mejor condición, es decir, divina y muy semejante a la suya. Y sobre el primer punto de su eficiencia está escrito: *Como se alzan los cielos por encima de la tierra, así vigorizó su amor sobre quienes le temen; tan lejos como está el orto de occidente alejó él de nosotros nuestras culpas. Cual la ternura de un padre para con sus hijos, así de tierno fue el Señor para quienes le temen; que él supo de qué es nuestra figura.* Sobre la puesta en común y la donación de su virtud y grandeza *Da Juan testimonio de Él y clama, diciendo: "Éste era el que yo dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo." Pues, de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia. Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo."*

Io 1, 15-17. Por lo cual, en verdad, para la universal, común, plena y absoluta salvación del género humano y su regeneración y transformación de hijos del antiguo Adán en hijos de Dios, ambas cosas habían sido previstas y planeadas por la sabiduría divina; y a través del Ungido y muy eficaz Jesús, Hijo de Dios, finalmente ambas cosas fueron garantizadas: lo que ya en la predicción de un admirable Salmo fue en otro tiempo recitado por el profeta al dictado del Espíritu Santo: *Has dado la bendición, Señor, a tu tierra, has hecho volver a los cautivos de Jacob; has quitado la injusticia de tu pueblo, has cubierto todos sus pecados, [515] has abandonado toda tu ira, has desistido de la ira de tu cólera. ¡Haznos volver, Dios de nuestra salvación, cesa en tu ira contra nosotros! ¿Vas a estar siempre airado con nosotros? ¿Prolongarás tu cólera de generación en generación? Dios, volverás a darnos vida y tu pueblo en ti se regocijará. ¡Muéstranos tu amor, Señor, y danos tu salvación! Voy a escuchar de qué habla sobre mí el Señor mi Dios: habla de paz para su pueblo y sobre sus santos, y para*

Ps 84, 2-13.

los que se convierten a su corazón. Pero está cerca su salvación para quienes le temen, y la Gloria habitará en nuestra tierra. Amor y Verdad se han dado cita, Justicia y Paz se besaron, la verdad brotó de la tierra, y de los cielos se asomó la Justicia. PUES EL SEÑOR DARÁ LA DICHA Y NUESTRA TIERRA SU FRUTO DARÁ.

A partir de esto, que hasta aquí previamente hemos mencionado, luego de observarlo y examinarlo con cuidado, se deduce que había sido conveniente que Cristo padeciese, y que resucitara al tercer día, y así alcanzar su propia gloria, es decir, consolidarse como Señor y Rey del infierno y del cielo, tomando a todos los hombres del infierno y de la tierra, atrayéndolos hacia sí, como el grano muerto, y haciéndolos morir en la virtud de su muerte, y de nuevo renovándolos en la eficacia de su propia vida, que estaba en Él, y regenerándolos para la vida y la verdad y, finalmente, resucitándolos con Él en su resurrección. Todo esto, oportunamente señalado en las arcanas palabras de Él y de los sagrados ministros de los Evangelios, ahora afortunadamente queda abiertamente declarado. El mismo Jesús había dicho una vez: *“Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levantado de las tierra, atraeré a todos hacia mí”*. Decía esto para significar de qué muerte iba a morir —señala el Evangelista—. *“Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas.”* Pues, *En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y en el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; los que nacieron no de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, y contemplamos su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.* Por fin el misterio de este favor divino y digno de adoración es anunciado en aquel sacrosanto exvoto de Jesucristo: *“Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado. Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, [516] llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar, y ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyo eran y tú me lo has dado; y han guardado tu palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de tí; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de tí, y han creído que tú me has enviado. Por ellos yo te ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a tí. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno de nosotros. Cuando estaba*

Io 12, 23-25.

Io 12, 31-33.

Io 12, 46.

Io 1, 4-5.

Io 1, 9-14.

Io 17, 1-26.

yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén conmigo también, para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y éstos han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos.”

Y, en verdad, no habría bastado con que hombres convictos muriesen clavados a la cruz junto con Cristo, mientras Él moría, y que fuese destruido por la muerte el hombre viejo, es decir, el cuerpo del pecado; a no ser que estuviera determinado en el plan divino y garantizado por don divino que también aquellos, renovados para la vida junto con Él resucitado, resucitasen, en verdad, de entre los muertos. Puesto que si el género humano permanecía muerto, hubiera satisfecho la sentencia del juicio divino, pero no habría mostrado las garantías de la misericordia de Dios. Y convino que se velara por ambas virtudes, y así se determinó bendecir y ampliar la tierra de los hombres suficientemente. Así está escrito: *Amor y Verdad se han dado cita, Justicia y Paz se besaron, la verdad brotó de la tierra, y de los cielos se asomó la Justicia. Pues el Señor dará la dicha y nuestra tierra su fruto dará. La justicia ante él caminará...* Cristo —dice Pablo— *fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación.*

[517] Mas al igual que la muerte de Cristo fue muy conocida por el cielo y la tierra, y por los hombres de toda condición, así a su vez su resurrección tuvo la mayor cantidad de testimonios posible no sólo en los elementos, sino también en los habitantes del cielo, y en las personas de todo sexo, nación y condición, e incluso Dios quiso que aquella fuese cierta y segura para los propios enemigos no sólo por obra de los testigos, sino también por su propio daño y coste.

Pasado el sábado, al alborear el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran terremoto, pues el Ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra y se sentó encima de ella. Su aspecto era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a tem-

Ps 84, 11-13.

Ps 84, 14.

Rom 4, 25.

Mt 28, 1-15.

blar y se quedaron como muertos. El Ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: "Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, que fue crucificado. No está aquí, ha resucitado, como dijo. Venid y ved el lugar donde estaba depositado el Señor. Id ahora en seguida a decir a sus discípulos: 'Ha resucitado e irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis.' Ya os lo he dicho." Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos. En esto, Jesús les salió al encuentro diciendo: "¡Dios os guarde!" Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y le adoraron. Entonces les dice Jesús: "No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán." Mientras ellas iban, algunos de la guardia fueron a la ciudad a contar a los sumos sacerdotes todo lo que había pasado. Y, reunidos con los ancianos, celebraron consejo y dieron buena suma de dinero a los soldados, advirtiéndoles: "Decid: 'Sus discípulos vinieron de noche y le robaron mientras nosotros dormíamos.' Y esto llega a oídos del gobernador, nosotros le convenceremos y os evitaremos complicaciones." Ellos tomaron el dinero e hicieron como les habían instruido...

CAPÍTULO XXIX.

DE LA SANTA FE EN LOS LEGÍTIMOS TESTIMONIOS ACERCA DE LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

La divina providencia quiso y ordenó que no sólo los rumores sobre Jesús redivivo y surgiendo de entre los muertos, extendidos a través de la ciudad y del pueblo por obra de una asamblea o de unos guardianes, y propagados por la palabra de unas mujeres, sino también la firme noticia, repetida por las diferentes, múltiples y numerosas afirmaciones de muchísimos testigos, manaran a todos las regiones del mundo, a todos los siglos venideros. Por lo cual se recuerdan los diferentes ejemplos de esta verdad divulgados y contemplados durante cuarenta días enteros, no sometidos absolutamente a ninguna limitación; puesto que éstos gozaron de la prueba no sólo de numerosos testigos, sino también de todo tipo de exámenes sobre su dudosa ambigüedad, y de la comprobación y alabanza por un acontecimiento verdadero, sólido y manifiesto. Nuestra labor sería solamente revisar y citar lo fundamental de estos ejemplos más allá de preocuparnos por su explicación —puesto que éstos de por sí son abiertos y claros—. *Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, [518] con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos. En esto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: "¡Dios os guarde!" Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y le adoraron. Entonces les dice Jesús: "No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán." Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron; algunos sin embargo dudaron.*

Mt 28, 8-10.

Mt 28, 16-17.

Mc 16, 12-13.

Igualmente, se apareció, bajo otra figura, a dos de ellos cuando iban de camino a la aldea. Ellos volvieron a comunicárselo a los demás; pero tampoco creyeron a éstos.

Lc 24, 36-47.

Mientras hablan de estas cosas, Jesús se presenta en medio de ellos y les dice: "La paz con vosotros. Soy yo. No temáis." Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Pero Él les dijo: "¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo." Y, diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Pero al no acabar aún de creerse y admirarlo a causa de la alegría, les dijo: "¿Tenéis aquí algo de comer?" Ellos le ofrecieron parte de un pez asado y pastel de miel. Y como comiera en su presencia, tomando los restos se los dio. Y les dijo: "Éstas son aquellas palabras mías que os dije cuando todavía estaba con vosotros: 'Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos acerca de mí.'" Entonces abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, y dijo: "Así está escrito y así convenía que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones..."

Io 20, 24-29.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: "Hemos visto al Señor." Pero él les contestó: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré." Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: "La paz con vosotros." Luego dice a Tomás: "Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métele en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente." Tomás le contestó: "Señor mío y Dios mío." Dícele Jesús: "Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído."

1 Cor 15, 1-9.

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual también sois salvados, si lo guardáis tal como os lo prediqué. Si no, ¡habrías creído en vano! Pues os transmití, en primer lugar, lo que a mí vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales la mayor parte vive todavía, y algunos murieron. Luego se apareció a Santiago; más tarde a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció a mí, como a un abortivo. Pues yo soy el último de los apóstoles: indigno del nombre de apóstol...

CAPÍTULO XXX.

PRIMERA LABOR Y ENSEÑANZA DE JESÚS RESUCITADO DE ENTRE LOS MUERTOS

[519] Todo lo que había sido conveniente que Cristo hiciera y padeciera, desde el día en que se mostró primero que había de ser contemplado y escuchado hasta el momento de su resurrección, ha sido ya hasta aquí concluido, terminado y tratado; ahora, a continuación, mostraremos lo que restaba por

hacer, lo que quedaba por cumplir. Proseguiremos con intención de alabar y admirar más que explicar, ya que el mismo hecho lo sugiere.

Así pues, Jesucristo, tan pronto como surgió victorioso de entre los muertos, habiendo alcanzado su propósito, trata muy diligentemente durante cuarenta días con los que había librado de la antigua servidumbre para que conformaran y adornaran la condición y la dignidad de su propio y divino pueblo; y en ese intervalo de tiempo entre la época con forma carnal y la manifestación de su reinado espiritual hasta alcanzar la grandeza deseable, buscada y esperable de su futuro estado, prepara y exhorta con regularidad a sus discípulos que tenía en la tierra, con palabras a veces arcanas, a veces claras; y dentro de la misma labor, preparando al pueblo para una misión conveniente y adecuada, adorna a los que había escogido, engrandecidos y embellecidos, con favores, dones y virtudes, y los instruye sobre cómo dar vigor, hacer eficaz y útil, propagar y afianzar este ministerio; ya una y otra vez les confía por causa de los hombres que se comparta la incomparable felicidad de su reino, y alaba la grandeza y altura de la sabiduría divina, con la que se habría de gobernar y mantener aquel reino, no alcanzable por ningún hijo del antiguo Adán, señalando más que explicando que hay que desearla y aspirar a ella.

De nuevo enseña que su antiguo enemigo Satanás, aunque derrotado ya en un juicio y una causa veraz, y a partir de ese momento apartado completamente del mando y posesión de su reino y principado, sin embargo conservaba y mantenía su mente maligna y su odio de antaño, y le quedaba su astucia, sus insidiosas maquinaciones, sus pretextos, su terrible furor y su deseo vehemente de matar a los hombres y, además, su talento para o bien imaginar de nuevo artimañas con las que derrotar al género humano, o bien renovarlas, cambiando y variando sólo las formas. Y que estas cosas, sobre aquellos que ya estuvieran admitidos para disfrutar del honor del reino celestial y, entre los súbditos, los escogidos y ratificados, afirma que no iban a tener ningún tipo de fuerza o posibilidad; mas para aquellos que aunque aún no les alcanzara la felicidad, sin embargo se les iba a desear lo prometido y, una vez deseado, se les iba a buscar y procurar con celo el modo de poder rehuir, evitar, eludir y burlar aquellas artimañas, establece para el futuro unas pruebas idóneas y convenientes a fin de reconocerlas y superarlas; y afirma que su cabeza y su cuerpo estaban completamente libres y seguros del mordisco de aquella antigua Serpiente, y que sólo quedaban por reconocer y vencer, una vez transmitiera Él la forma de hacerlo, las asechanzas que se dirigían ocultamente a la parte posterior de su cuerpo, a saber, su talón. Así está escrito: *Y él te pisará la cabeza mientras acechas tú su talón.*

Gen 3, 15.

[520] Y la primera parte de esta labor suya la describe con muchas palabras, sentencias, definiciones e imágenes, y con muchas pruebas dignas de observación de su fuerza, eficiencia y utilidad, incluso las ilustra añadiendo comparaciones. En primer lugar dice que Él hasta ese momento había actuado como maestro y preceptor para los ignorantes y los que aún no habían rebasado las capacidades del conocimiento humano y, al mismo tiempo, como patrono y tutor, en fin, dueño de sus siervos, siervos –me refiero– aún esclavos de la condición de carnal de Adán; y que por eso había transmitido sus preceptos y había mostrado también sus ejemplos, para que pudiesen ser capta-

dos y comprendidos por sus mentes, y que Él se había mostrado en carne y hueso como guía visible, como exhortador, defensor y consuelo, y que, entretanto, lo había manifestado con imágenes convincentes para que fueran promesas para ellos y Él se cuidara y trabajara en procurarlas necesariamente para ellos mismos; pero ahora gracias a su muerte y resurrección todos estos enormes y excelentes dones habían sido procurados por Él y puestos junto a su Padre en el cielo, los cuales pudiesen ellos solos hacer felices a los hombres, faltos más que nadie de la verdadera felicidad, más valiosos y excelentes que aquellos que hasta ese momento habían producido y recibido, tanto como pueden aventajar lo espiritual a lo carnal, lo celestial a lo terrenal, lo divino a lo humano; hasta tal punto que también consagra aquella primera manifestación en carne y hueso, antes de llegar el momento de su muerte, y ésta, necesariamente posterior, ya resucitado de entre los muertos, a ese consuelo: el que promete que se ha de esperar de Él, y además Él lo dispone. Y es que se va a determinar de antemano que Él no ha de ser observado con los ojos del cuerpo, sino comprendido con la renovación interior de su alma y espíritu, siendo el responsable su Padre y el ejecutor el Espíritu Santo; que se les va a dar forma según otro modelo humano, el de los hijos de Dios y sus hermanos; y que se les va a convertir en adelante en los más avezados en la más grande e incomparable doctrina y sabiduría, y en los más excelentes de todos los mortales, incluso de los más sabios de este mundo con una grandísima diferencia, y enteramente celestiales, divinos, y en los súbditos de los santos y servidores de Dios, o mejor, verdaderas piedras vivas de la sacrosanta morada que Dios mismo posea, habite y adorne eternamente. En fin, predice que se va a señalar y confirmar, con la verdad y la constancia del bien divino, su propia gloria, autoridad y grandeza a todo el mundo, a los seres del cielo, la tierra y los infiernos, y a todos los órdenes juntos. A qué palabras acudió Él para hablar a sus discípulos, con qué palabras indicó que lo más importante había de ser dispuesto entre los hombres por Dios con su propia obra y con la eficacia del Espíritu divino ya oportunamente vamos a referirlo.

Lc 24, 13-49.

He aquí que en aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no lo reconocieran. Él les dijo: "¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando y por qué estáis tristes?" Y le respondió uno de ellos de nombre Cleofás: "¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?" Él les dijo: "¿Qué cosas?" Y le dijeron: "Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. [521] Nosotros esperábamos que sería Él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. Pero algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que Él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron." Él les dijo: "¡Oh insensatos y

tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara en su gloria?" Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre Él en todas las Escrituras. Al acercarse al pueblo a donde iban, Él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: "Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado." Y entró con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero Él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: "¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?" Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: "¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan. Mientras hablaban de estas cosas, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz con vosotros. Soy yo. No temáis" Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Y Él les dijo: "¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y hueso como veis que yo tengo." Y, diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: "¿Tenéis algo que comer?" Ellos le ofrecieron parte de un pez asado y pastel de miel. Lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: "Éstas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: 'Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos acerca de mí'", y les dijo: "Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Y he aquí que yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto."

Éstas son las palabras que dice que les dirigió al estar aún con ellos: Cuando salió [Judas], pues, dijo Jesús: "Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en Él. Si Dios ha sido glorificado en Él, Dios también le glorificará en sí mismo y le glorificará pronto. Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y, lo mismo que les dije a los judíos, que adonde yo voy, vosotros no podéis venir, os digo también ahora a vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: [522] que os améis los unos a los otros, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto os conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros." Simón Pedro le dice: "Señor, ¿a dónde vas?" Jesús le respondió: "Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde." Pedro le dice: "¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti." Le responde Jesús: "¿Qué darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes que tú me hayas negado tres veces." Y dice a sus discípulos: "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar;

Io 13, 31-38.

Io 14, 1-31.

volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy lo sabéis y sabéis el camino." Le dice Tomás: "Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?" Le dice Jesús: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto." Le dice Felipe: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta." Le dice Jesús: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces? Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: 'Muéstranos al Padre'? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, creedlo por las obras. En verdad, en verdad os digo: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir; porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros. No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros sí me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis. Aquel día me comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él." Le dice Judas —no el Iscariote—: "Señor, ¿qué pasa para que te vayas a manifestar a nosotros y no al mundo?" Jesús le respondió: "Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado. Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho. Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. [523] No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis oído que os he dicho: 'Me voy y volveré a vosotros.' Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más grande que yo. Y os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. Ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque llega el Príncipe de este mundo. En mí no tiene ningún poder; pero ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado. Levantaos. Vámonos de aquí."

Io 15, 1-27.

"Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo lo que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros sois los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí, y

mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis. La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos. Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho esto, para que mi gozo esté con vosotros, y vuestro gozo sea colmado. Éste es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor, que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros. Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo pero, como no sois del mundo, porque yo al elegirlos os he sacado del mundo por eso os odia el mundo. Acordaos de la palabra que os he dicho: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán. Pero todo esto os lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de pecado. El que me odia, odia también a mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras que no ha hecho ningún otro, no tendrían pecado; pero ahora las han visto, y nos odian a mí y a mi Padre. Pero es para que se cumpla lo que está escrito en su Ley: Me han odiado sin motivo. Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio, porque estáis conmigo desde el principio."

[524] *"Os he dicho esto para que no os escandalicéis. Os expulsarán de las sinagogas. E incluso llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios. Y esto lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí. Os he dicho esto para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho. No os dije esto desde el principio porque estaba yo con vosotros. Pero ahora me voy a Aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: "¿Dónde vas?" Sino que por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré; y cuando él venga convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no creen en mí; en lo referente a la justicia, porque me voy al Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo está juzgado. Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. Él me dará la gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo*

Io 16, 1-33.

mío y os lo anunciará a vosotros. Dentro de poco ya no me veréis, y dentro de poco me volveréis a ver." Entonces algunos de sus discípulos comentaron entre sí: "¿Qué es eso que nos dice: 'Dentro de poco ya no me veréis y dentro de poco me volveréis a ver' y 'Me voy al Padre'?" Y decían: "¿Qué es ese 'poco'? No sabemos lo que quiere decir." Se dio cuenta Jesús de que querían preguntarle y les dijo: "¿Andáis preguntándoos acerca de lo que he dicho: 'Dentro de poco no me veréis y dentro de poco me volveréis a ver'? En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar. Aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: lo que pidáis al Padre os lo dará en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea colmado. Os he dicho todo esto en parábolas. Se acerca la hora en que ya no os hablaré acerca del Padre. Aquel día pediréis en mi nombre y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí y creéis que salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre." Le dicen sus discípulos: "Ahora sí hablas claro, y no dices ninguna parábola. Sabemos ahora que lo sabes todo y no necesitas que nadie te pregunte. Por esto creemos que has salido de Dios." Jesús les respondió: "¿Ahora creéis? Mirad que llega la hora —y ha llegado ya— [525] en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero tened ánimo: yo he vencido al mundo."

Io 17, 1-26.

Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: "Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado. Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyo eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra. Ahora ya saben que todo lo que tú me has dado viene de ti; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado. Por ellos te ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada. Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mun-

do. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté, estén también conmigo, para que contemplan mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y éstos han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté con ellos y yo en ellos."

El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue llevado al cielo. A estos mismos, después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días [526] y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios. Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, "que oísteis de mí: Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días."

Act 1, 1-5.

La otra parte de su misión y sus acciones, que tenía por objeto instruir y formar a los apóstoles y enviarlos por todo el mundo para anunciar, ofrecer y administrar la salvación universal, la resolvió en este momento en dos partes: llevar y asumir el legado de su autoridad y poder, con la potestad de atar y desatar, o sea, de ejercitar la verdad y la eficacia del Evangelio para dar vida a los creyentes y, a su vez, muerte a los que los atacaban y rechazaban; mantener y observar también en sus actos la instrucción y doctrina más allá de la razón que habían escuchado desde un principio, que incluso había de ser mantenida ahora a continuación con no poca solicitud, a excepción de ese único momento en el que leímos que ellos habían de mostrar cautela: *No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos, sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel.* Pues esta excepción, oportuna en aquel momento, anuncia ahora inmediatamente que iba a ser completamente nula e inútil: hasta entonces había actuado como evangelista de los israelitas, pero en adelante iba a actuar como Sumo Sacerdote de la salvación universal surgida para todos los hombres del mundo entero, como garante y, con la virtud de su Evangelio y la labor de los suyos, como conciliador y responsable.

Mt 10, 5-6.

Pero, en verdad, aunque en este momento les había dicho, encomendado y garantizado todas estas cosas que correspondían a la autoridad de sus milagros y la oportunidad de sus señales, sin embargo, el don de su más grande, divina y recóndita sabiduría, continuamente ya prometida por los profetas, y evocada en sus recomendaciones, no se les entregó plenamente hasta que regresó al Padre; aunque les hubiera con largueza proporcionado noticia e interpretaciones de los sagrados escritos, a saber, conocimiento de todas las cosas que

contienen la verdadera señalización o significación de la salvación en los sagrados y arcanos libros, que después también ellos mismos llenos de admiración sabrían que estaba de acuerdo con la verdadera sabiduría y la utilizarían para impartir doctrina a los hombres según las circunstancias y el lugar.

Mt 28, 16-20. Y una y otra de estas partes que hemos distinguido, la de las acciones y la de los viajes, observamos que se mencionan por parte de los escritores de los Evangelios. La primera de este modo: *Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron; algunos sin embargo dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo."*

Lc 24, 36-48. *Estaban hablando de estas cosas, cuando Él se presentó en medio de ellos y les dijo: "La paz con vosotros. Soy yo. No temáis." Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Pero Él les dijo: "¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? [527] Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo." Y, diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: "¿Tenéis algo que comer?" Ellos le ofrecieron parte de un pez asado. Lo tomó y comió delante de ellos. Después les dijo: "Éstas son aquellas palabras mías que os hablé cuando estaba con vosotros: 'Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí'" Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: "Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas."*

Io 21, 14-19. *Ésta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: "Simón de Juan, ¿me amas más que a éstos?" Le dice él: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero." Le dice Jesús: "Apacienta mis corderos." Vuelve a decirle por segunda vez: "Simón de Juan, ¿me amas?" Le dice él: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero." Le dice Jesús: "Apacienta mis corderos." Le dice por tercera vez: "Simón, ¿me quieres?" Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: "¿Me quieres?" y le dijo: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero." Le dice Jesús: "Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú quieras." Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto añadió: "Sígueme."*

Mc 16, 14-18. *Por último, estando a la mesa los once discípulos, se les apareció y les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón, por no haber creído a quienes les habían visto resucitado. Y les dijo: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará. Éstas son las señales que acompañarán a los que*

crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien."

CAPÍTULO XXXI.

JESUCRISTO, DESAPARECIDO A LA VISTA DE LOS MORTALES, REGRESÓ AL PADRE

[528] Así pues, una vez concluidas y resueltas totalmente, después de superar muchas fatigas, todas las cosas que Jesús, el Ungido, se había encargado de llevar a cabo y realizar cuando era de carne y hueso, y una vez instruidos sus discípulos después de esto, y establecida la imagen del pueblo dispuesto para Él y que había de ser aumentado con posterioridad, dejó listo lo único que le quedaba por hacer, a saber: regresar de la tierra al cielo con un triunfo completamente justo producto de su victoria y decretado por el Padre, luego de conducir la columna de cautivos a los que, liberados de las cadenas del pecado en los calabozos de la muerte y del infierno, había declarado libres, y de esos a los que había derrotado, representando las efigies en una procesión triunfal y transportando tesoros de enorme riqueza, no de plata, no de oro, no de vestidos, tales como los que se acostumbra a contemplar en los triunfos de los hombres, sino de regalos y ornamentos celestiales y divinos que, adquiridos para Él, sólo Él con excelente juicio había reunido para repartir y distribuir entre aquellos de los suyos que hubiera conducido al cielo, y aquellos que tuviera en la tierra como discípulos y cultivadores, habiendo demostrado al Padre y a la corte celestial su amplia utilidad. Verdaderamente, este triunfo había sido determinado en el plan divino y dictado a los profetas para su recitación: *Los carros de Dios, por millares de miríadas; el Señor ha venido en ellos del Sinaí al santuario. Tú has subido a la altura, has tomado cautivos, has recibido tributo de hombres ¡Pasad, pasad por las puertas! ¡Abrid camino al pueblo! ¡Allanad el camino y limpiadlo de piedras! ¡Izad pendón hacia los pueblos! Mirad que el Señor hace oír hasta los confines de la tierra: "Decid a la hija de Sión: Mira que viene tu Salvador; mira, su salario le acompaña, y su paga le precede. Se les llamará 'Pueblo Santo', 'Rescatados del Señor'; y a ti te llamará 'Ciudad buscada', 'No abandonada'."* —¿Quién es ese que viene de Edom, de Bosrá, con ropaje teñido de rojo? ¿Ése del vestido esplendoroso, y de andar tan esforzado?—Soy yo que hablo con justicia, un gran libertador. —Y ¿por qué está de rojo tu vestido, y tu ropaje como el de un lagarero?—El lagar he pisado yo solo; de mi pueblo no hubo nadie conmigo. Los pisé con furia, los pateé con ira. Y salpicó su sangre mis vestidos, y toda mi vestimenta se ha manchado. ¡Pues era el día de la venganza que tenía pensada, el año de mi desquite ha llegado! Miré bien y no había auxiliador; busqué y no hubo quien me apoyase. Así que me salvó mi propio brazo, y fue mi iracundia la que me sostuvo. Pisoteé a pueblos con furia, los embriagué en mi enojo y arrastré por tierra su fuerza. Recordaré las misericordias del Señor, las alabanzas del Señor por todo lo

Ps 67, 18-19;
cf. Eph 4, 8.

Is 62, 10-12.

Is 63, 1-7.

que nos ha proporcionado el Señor, por los múltiples bienes a la casa de Israel que entregó en su misericordia y en la abundancia de sus bondades.

Mc 16, 19.

Lc 24, 50-51.

Act 1, 9-11.

[529] Y aquel triunfo, a los cuarenta días de haber surgido de entre los muertos, protagonizado por Cristo según había determinado la divina providencia, fue solemne por la gran concurrencia de ángeles y espíritus sublimes, y digno de ser anunciado con el testimonio más que legítimo de los once apóstoles que lo presenciaron, a quienes por medio de espíritus celestiales fue expuesta la razón de la gloriosa victoria del que triunfaba, y, al mismo tiempo, confirmada la promesa de los más grandes dones, que había reunido e iba a repartir con él poco después entre ellos: tan segura y manifiesta iba a ser para ellos, como seguros y evidentes eran el regreso y ascensión de Aquél al cielo, donde sentarse luego a la derecha del Padre y actuar como Príncipe y Sumo Sacerdote para crear un reino entre los suyos, propagarlo, adornarlo y engrandecerlo con regalos divinos, y consolidarlo para la eternidad. *Y el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo, y una nube le ocultó a sus ojos. Como miraran al cielo fijamente mientras se iba, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: "Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como lo habéis visto subir al cielo."*

LIBRO OCTAVO

CAPÍTULO I.

DEL DÍA DE LA PREPARACIÓN

Aquel enorme y excelente don entregado, perfecto y arcano, en otro tiempo constantemente prometido por Dios a través de los profetas, y recientemente señalado y repetido una y otra vez a través de su propio Hijo, y ya procurado hacía muy poco, no se habría de entregar precisamente a todos en general y sin distinción, sino sólo a los que, arrepintiéndose de su acostumbrada y primitiva condición de origen paterno, encendidos en el ardiente deseo de transformarse y renovarse verdaderamente, hicieran votos y ruegos constantes y fieles a Dios, único garante, no arrogándose nada como propio, sino como siervos inútiles según lo prescrito por la autoridad divina, mostrándose, con todo, fieles para obedecerle, y aguardaran con suma paciencia, en el lugar en que cada uno estuviese, la generosidad admirable y excelente de la justicia celestial; pues en cuanto a éstos, que se mostraban así de deseosos, así de ansiosos de su propia salvación y así de adiestrados en la obediencia, fidelidad y cuidado de sus mandatos, a quienes engrandecería con sus regalos, el Espíritu había determinado que iban a ser dignos; pero en cuanto a los demás, que preferían mantener más que abandonar la condición natural del antiguo Adán, en parte aceptando los vicios del padre, en parte aumentándolos con su malvado razonamiento y su propia culpa, o bien habiéndola rechazado con palabras y discursos honestos [530] que sin embargo la favorecían y perseguían de hecho, Dios había predicho que habrían de ser completamente apartados, como vasos impuros, de la posibilidad de comunicar y proteger la unción divina. La diferente razón de una y otra parte queda aclarada en los oráculos del siguiente modo: *No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque es carne y, Esto dice el Señor: El cielo es mi trono y la tierra el estrado de mis pies, pues ¿qué casa vais a edificarme, o qué lugar para mi reposo? Todo lo hizo mi mano, y lo hecho es todo eso —dice el Señor—. Y ¿en quién voy a fijarme sino en el humilde y contrito de espíritu, y que tiembla a mi palabra?* Este mismo asunto el propio Hijo de Dios lo confirmaba al repetir y declarar antiguas promesas: *"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consola-*

Gen 6, 3.

Is 66, 1-2.

Mt 5, 3-10.

dos. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos." Y todas estas cosas —el reino de los cielos, la posesión de la tierra, el consuelo, la misericordia, la contemplación de Dios, el nombre y título de hijos— poseen la apariencia y la significación de aquella divina y enorme promesa para los hombres que desean su propia salvación, que se ha de esperar en la misma Ley en la que sabemos que los discípulos de Cristo esperaban según se les ordenó.

CAPÍTULO II.

PRECEPTOS DADOS A LOS DISCÍPULOS PARA ESPERAR

LA PROMESA DIVINA

Ante todo se les ordenó cultivar el amor y la paz, ora individualmente cada uno consigo mismo, ora mutuamente entre sí, lo que recibieron con el nombre de la ciudad en la que se les ordenaba permanecer, y con el significado arcano de su nombre. Puesto que ya éstos, instruidos en los significados de las Sagradas Escrituras, comprendían perfectamente qué significaban también los nombres y las palabras. El nombre de 'Jerusalén' da a entender una alta, sublime y notable paz, y una notable absolución, y hasta la contemplación de una profunda perfección. Y así, Jesús ordena que aguarden la más grande promesa de Dios atentos y entregados a este afán por una paz verdadera y digna de elogio, a esta condición de sublimidad; promesa que dentro de poco iba a ser cierta e inminente, como que ya estaba dispuesta por Él y preparada para ellos mismos, y que había de admitirse sin que se opusiera por ello ninguna otra ley. Así está escrito: *¡Qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos! Como un unguento en la cabeza, que baja por la barba, la barba de Aarón, que baja hasta la orla de sus vestiduras. Como el rocío del Hermón que baja por el monte Sión; puesto que allí la bendición el Señor dispuso, la vida para siempre.*

Ps 132, 1-3.

A ellos mismos además les enseñó a mantener un espíritu apartado y libre del afán por el saber y el conocimiento curioso y superfluo, sobre todo acerca de las cosas que o bien impiden la verdad de los dones divinos, [531] o bien la ocultán, y dejárselas a otros que se dedican a la sabiduría mundana, o bien prefirieran e hicieran ostentación de la santidad de la carne, envanecida por su talento y la gloria de su propio celo, con los que, señalaba, no les convenía que existiese ningún tipo de relación en ese aspecto, puesto que aguardaban su propia santidad, que se los había de garantizar no por parte de Él, sino por parte de la virtud de Dios. Y porque no se dedicaran a esta clase de ocupaciones extrañas al alma, no por eso debían debilitarse con la ociosidad, la indolencia o la negligencia, sino más bien ocuparse y ejercitarse en las

acciones que fueran útiles a la mente de cada uno, y que obraran para provecho común y general del futuro pueblo, para su ayuda y felicidad –lo que no se había de procurar desordenadamente y de manera vulgar, sino una vez conservado el orden de las cosas y de las personas, y distinguidas las circunstancias–; sin embargo, hasta qué grado podía conocerse y comprenderse eso abiertamente no era labor de la opinión particular de alguno, sino más bien de la norma de las divinas Escrituras; y si además se hubiera presentado algún tipo de dificultad y ambigüedad, se acudiría a la providencia y autoridad de Dios, que nunca iba a faltar a los que hicieran uso de esta clase de sencillez, a los que fueran guiados en la fe y reafirmados en la esperanza: a los que así les había sido prometido. *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.* Así pues, ésta fue la razón, el ánimo y la actuación de los discípulos que deseaban, aspiraban y aguardaban el don divino de Jesucristo, ésta fue su posición desde el día en que su preceptor subió al cielo, privándoles a éstos de su presencia humana de carne y hueso; les prometió otra distinta interior y espiritual más eficaz y santa, y les convenció de que se había de aspirar a ella con un ánimo y afán atentos, y desearla y contemplarla con votos. *“Y yo envió sobre vosotros la promesa de mi Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto.”* Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, después de postrarse ante Él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

Mt 28, 20.

Lc 24, 49-53.

De este modo fue conveniente que estuvieran atentos a este continuado afán los que habían sido llevados de la contemplación exterior de su preceptor, Jesús, a la interior, que había de ser objeto de reflexión y espera con toda su alma, por lo que se movían en aquellos lugares que sabían eran propiedad del Padre eterno, es decir, en el templo, durante los momentos y horas en los que acostumbraban a realizar habitualmente sus ruegos y sacrificios, y en su mismo y propio colegio, que se adornaba según el verdadero y vivo templo de Dios. *Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre, “que oísteis” –dijo– “por boca mía: que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días”.* Así pues, los que estaban reunidos le preguntaron: *“Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el reino de Israel?”* Él contestó: *“A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.”* Y dicho esto, fue levantado en presencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos. *Estando ellos mirando fijamente al cielo mientras se iba, [532] se les aparecieron dos hombres que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Éste que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo.”* Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santia-

Act 1, 4-26.

go. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos. Uno de aquellos días Pedro se puso en pie en medio de sus hermanos –el número de los reunidos era de unos ciento veinte– y les dijo: “Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu Santo, por boca de David, había hablado ya acerca de Judas –quien fue guía de los que prendieron a Jesús, que era uno de los nuestros y obtuvo un puesto en este ministerio. Éste, pues, compró un campo con el precio de su iniquidad, y cayendo de cabeza, se reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas. Y esto fue conocido por todos los habitantes de Jerusalén de forma que el campo se llamó en su lengua Haqueldamá, es decir, ‘Campo de Sangre’–. Pues en el libro de los Salmos está escrito: ‘Quede su majada desierta, y no haya quien habite en ella.’ Y también: ‘Que otro reciba su cargo.’ “Conviene, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección.” Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Entonces oraron así: “Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse adonde le correspondía.” Echaron suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles.

CAPÍTULO III.

EL SÁBADO EVANGÉLICO

Quienes pretendemos reivindicar que las antiguas historias de los israelitas habían dado a entender una metáfora y una imagen de la renovación del género humano pensamos que en absoluto necesitamos evocar testimonios; puesto que, al haber mostrado ya lo que considerábamos era suficiente y más que suficiente, recordamos que quedaban al descubierto por todas partes otras muchas cosas más en las sagradas lecturas. Por esto pensamos más reflexivamente en pasar de la inútil demora de una nueva argumentación sobre la misma cuestión a los misterios dignos de mención y descubrimiento.

Una vez rescatado el pueblo de la servidumbre egipcia, anduvo en soledad durante tres meses antes de que se le entregara la Ley en el monte Sinaí: con el beneficio de esta Ley, con su luz, doctrina y ejercicio, aquella nación había de constituirse y gobernarse como la más sabia y feliz por encima de las demás del mundo entero, [533] no sólo en el tiempo en que se marchara por desiertos, solitarios y estériles parajes, sino también en todos los siglos posteriores en los que obtuviera y cultivara la tierra prometida, concedida por don divino; sin embargo, en este intervalo, mientras se le ordenaba vagar y aguardar en la soledad, se alimentaría de alimentos no de la tierra, como que no producía cereal o fruto alguno, sino del elevado éter con el continuo y

abundante regalo de la providencia, hasta tanto que, una vez aceptada por primera vez la herencia, gozaron de esos frutos que, al producirlos la tierra misma en abundante cantidad y variedad, y ser además muy alabados y excelentes, por esto se decía una y otra vez que manaba leche y miel.

Y que aquella Ley antigua fue anunciada, llevada, encomendada y explicada a los israelitas por medio de Moisés su servidor, nadie hay que no lo sepa; y también que ese ministro no fue visto por su pueblo durante un total de cincuenta días, puesto que estuvo en la parte más elevada del monte tratando con Dios sobre la utilización y cultivo de la Ley, sobre el estado de Israel; pero que, regresando de nuevo a continuación, había traído dos tablas de piedra, que contenían labradas la más elevada relación de preceptos y la doctrina de toda la vida humana. Y el propio Moisés desde ese momento en que conversó con Dios y disfrutó más de su trato familiar, se dice que luego había sido acogido con la mayor, con mucho, gloria y esplendor, con la mayor consideración y respeto, e incluso con alegría y regocijo por parte de los que contemplaban, y que había merecido el honor y la autoridad de siervo excelente y grato a Dios y aceptado, probando esta dignidad el esplendor con que brillaba la faz de este hombre de manera más resplandeciente a la de cualquier otro rostro humano. Así está escrito: *Y dijo el Señor a Moisés: "Consigna por escrito estas palabras, pues con ellas hago alianza contigo y con Israel." Moisés estuvo, pues, allí con el Señor cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua. Y escribió en las tablas las diez palabras de la alianza. Luego, bajó Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del Testimonio en su mano, e ignoraba que la piel de su rostro se había vuelto radiante, por haber hablado con el Señor. Al ver Aarón y todos los israelitas que la piel del rostro de Moisés irradiaba, temieron acercarse a él. Los llamó, Aarón y todos los jefes de la comunidad se volvieron a él. Después que habló con ellos, se acercaron a continuación todos los hijos de Israel y él les conminó cuanto del Señor había oído en el monte Sinaí. Cuando acabaron de hablar, se puso un velo sobre el rostro. Siempre que se presentaba delante del Señor para hablar con él, se quitaba el velo hasta que salía, y al salir decía a los hijos de Israel lo que el Señor había ordenado. Éstos veían entonces que el rostro de Moisés irradiaba, pero él cubría de nuevo su rostro siempre que hablaba con ellos.*

Ex 34, 27-35.

Fue Jesucristo al venir al mundo el que primeramente presentó ante el juez testimonio del verdadero cuerpo de esta sombra, y luego, una vez concluida y llevada a cabo toda su labor, lo dio, en efecto, completamente seguro y manifiesto, después que, recibido todo el poder de parte de su Padre, fue declarado Guía, Señor, Rey y Príncipe, Sumo Sacerdote y Legislador, y Juez de los cielos, de todo el mundo y de todos y cada uno de los hombres. *Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. [534] Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.* Y aunque leemos que Moisés, en aquel apartado lugar suyo, cumplió con todos aquellos deberes, y fiel a todos y cada uno de los nombres fue alabado en toda la casa de Dios, sin embargo se le llamó para siempre siervo, pero nunca hijo. Mas que Éste fue ministro divino de un nuevo pacto, garante de la libertad gene-

Mt 28, 18-20.

ral, ponente de las leyes sagradas, verdadero Hijo de Dios, lo sabemos, al estar probado y adornado con todo tipo de testimonios y todo tipo de ejemplos y pruebas. De éstos hubo uno que fue el mayor y más importante e incluso el más eficaz: una alocución divina que Él mismo, luego de recibirla de su Padre, consignó por medio del Espíritu Santo en las mentes de los que había liberado de la servidumbre, la infundió e imprimió con eterna virtud y eficiencia. Y es que la divina alocución de Moisés había proporcionado la mayor y más perpetua fe, en el momento en que primeramente la Ley, gracias a los

Ex 19, 1-11.

ángeles —como ya hemos indicado—, fue promulgada. Así está escrito: *Al tercer mes después de la salida de Egipto, ese mismo día, llegaron al desierto de Sinaí. Partieron de Refidim, y al llegar al desierto de Sinaí acamparon en ese mismo lugar. Allí acampó Israel frente al monte. Moisés subió al monte hacia Dios, y le llamó el Señor desde el monte, y le dijo: "Así dirás de la casa de Jacob y esto anunciarás a los hijos de Israel: 'Habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Si escucháis, pues, mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; y seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.' Éstas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel."* Fue, pues, Moisés y convocó a los ancianos del pueblo y les expuso todas estas palabras que el Señor le había mandado. Todo el pueblo a una respondió: "Haremos todo cuanto a dicho el Señor." Y Moisés llevó al Señor la respuesta del pueblo. Dijo el Señor a Moisés: "Voy a presentarme a ti en una densa nube para que el pueblo me oiga hablar contigo, Y ASÍ TE DÉ CRÉDITO PARA SIEMPRE." Y Moisés, pues, refirió al Señor las palabras del pueblo. Éste le dijo: "Ve donde el pueblo y haz que se santifiquen hoy y mañana, que laven sus vestidos y estén preparados para el tercer día; porque el día tercero descenderá el Señor a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí." Sabiendo que todo esto fue realizado y cumplido, y que fue confirmado consecuentemente en aquella época, sería muy útil observar y completamente negativo ignorar o, más bien, despreocuparse por la forma en que fue expresado esto de una manera mejor y más completa por parte del santísimo servidor del nuevo pacto. Así está escrito: *El Señor tu Dios suscitará, de en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien escucharéis, como tú pediste al Señor tu Dios en el Horeb, cuando se congregó la Asamblea y dijiste: "Para no morir, no volveré a escuchar la voz del Señor mi Dios, ni miraré más este gran fuego." Y el Señor me dijo a mí: "Bien está lo que me han dicho. Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mi palabra en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande. Si alguno no escucha mis palabras, las que ese profeta pronuncie en mi nombre, yo mismo le pediré cuentas de ello.*

Deut 18, 15-19.

[535] Que esta palabra y decreto se los había dado Dios lo anunciaba Jesús con antelación a los sabios y próceres del pueblo. *Jesús les habló otra vez diciendo: "Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida." Los fariseos le dijeron: "Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no vale." Jesús les respondió: "Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio vale, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros*

Io 8, 12-45.

juzgaís según la carne; yo no juzgo a nadie; y si juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy yo solo, sino yo y el que me ha enviado. Y en vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos personas es válido. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo y también el que me ha enviado, el Padre, da testimonio de mí." Entonces le decían: "¿Dónde está tu Padre?" Respondió Jesús: "No me conocéis ni a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre." Estas palabras las pronunció en el tesoro, mientras enseñaba en el templo. Y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora. Jesús les dijo otra vez: "Yo me voy y vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado, Adonde yo voy, vosotros no podéis ir." Los judíos se decían: "¿Es que se va a suicidar, pues dice: 'Adonde yo voy, vosotros no podéis ir'?" Él les decía: "Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Ya os he dicho que moriréis en vuestros pecados, porque si no creéis que Yo Soy, moriréis en vuestros pecados." Entonces le decían: "¿Quién eres tú?" Jesús les respondió: "Desde el principio, lo que estoy diciendo. Mucho podría hablar de vosotros y juzgar pero el que me ha enviado es veraz, y lo que le he oído a él es lo que hablo al mundo." No comprendieron que les hablaba del Padre. Les dijo, pues, Jesús: "Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy, y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo. Y el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él." Al hablar así, muchos creyeron en Él: "Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres." Ellos le respondieron: "Nosotros somos descendencia de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Os haréis libres?" Jesús les respondió: "En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo. Y el esclavo no se queda en casa para siempre; mientras el hijo se queda para siempre. Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres. Ya sé que sois descendencia de Abraham; pero tratáis de matarme, porque mi Palabra no prende en vosotros. Yo hablo lo que he visto donde mi Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído donde vuestro padre." Ellos le respondieron: "Nuestro padre es Abraham." Jesús les dice: "Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Pero tratáis de matarme, a mí que os he dicho la verdad que oí de Dios. Eso no lo hizo Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre." Ellos le dijeron: "Nosotros no hemos nacido de la prostitución; no tenemos más padre que a Dios." Jesús les respondió: "Si Dios fuera vuestro Padre, [536] me amaríais a mí, porque yo he salido y vengo de Dios; no he venido por mi cuenta, sino que él me ha enviado. ¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi Palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis." Finalmente, para comunicar el testimonio vivo de esta verdad a los que creyeran en Él, y propagarlo por medio de éstos a todo el mundo para su salvación, Jesucristo señaló el lugar y momento oportunos, y declaró de qué manera, con qué leyes, con qué actitud, con qué afán y espíritu convenía aguardarlo y pedirlo. Por fin, a la conclusión

de los cincuenta días de su resurrección, cuando se celebraba la festividad por la Ley recibida a través de Moisés en aquel lugar retirado en medio de la concurrencia de innumerable gentío de toda condición y origen, dio pruebas muy claras, dignas de admiración, completamente divinas y concluyentes de su dignidad, grandeza y de su majestad y autoridad, luego de llevar a sus discípulos, por medio del Espíritu Santo, de las sombras tenebrosas a la luz, del miedo y la servidumbre a la libertad, de la muerte a la vida, de la ignorancia a la sublime sabiduría, de la condición terrenal a la celestial, de la consideración de siervos a la de hijos, de la de hombres corrientes a la de príncipes, de los hábitos comunes a los regios propios de los Sacerdotes; y luego de transformarlos en una nueva y escogida clase, con la mayor admiración de parte de los que observaban y entendían, y con el rechazo de todos los que o bien por ignorancia, o bien por envidia, o bien por desprecio a aquel bien tan grande entre los hombres se afanaban en quitárselo a la divinidad.

Act 2, 1-47.

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu Santo les concedía expresarse. Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: "¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra lengua nativa? Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios." Todos estaban estupefactos y perplejos y se decían unos a otros: "¿Qué significa esto?" Otros en cambio decían riéndose: "¡Están llenos de mosto!" Entonces Pedro, presentándose con los Once, levantó su voz y les dijo: "Judíos y habitantes todos de Jerusalén, que os quede esto bien claro y prestad atención a mis palabras: No están éstos borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora tercia del día, [537] sino que es lo que dijo el profeta: Sucederá en los últimos días—dice el Señor—, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu. Haré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que llegue el Día grande del Señor. Y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. "Israelitas, escuchad estas palabras: A Jesús, el Nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios le resucitó librándole de los dolores del Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio; porque dice de él David: Veía constantemente al Señor delante de mí, puesto que

está a mi derecha, para que no vacile. Por eso se ha alegrado mi corazón y se ha alborozado mi lengua, y hasta mi carne reposará en la esperanza de que no abandonarás mi alma en el infierno ni permitirás que tu santo experimente la corrupción. Me has hecho conocer caminos de vida, me llenarás de gozo con tu rostro. "Hermanos, permitidme que os diga con toda libertad cómo el patriarca David murió y fue sepultado y su tumba permanece entre nosotros hasta el presente. Pero como él era profeta y sabía que Dios le había asegurado con juramento que se sentaría en su trono un descendiente de su sangre, vio a lo lejos y habló de la resurrección de Cristo, que ni fue abandonado en el infierno ni su carne experimentó la corrupción. A éste Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís. Pues David no subió a los cielos y sin embargo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies. "Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado." Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: "¿Qué hemos de hacer, hermanos?" Pedro les contestó: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo; pues la Promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro." Con otras muchas palabras les conjuraba y les exhortaba: "Salvaos de esta generación perversa." Los que acogieron su Palabra fueron bautizados. Aquel día se les unieron unas tres mil almas. Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos [538] y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar.

CAPÍTULO IV.

SATANÁS SE ENFRENTA A LA BUENA NUEVA DEL REINO

Aunque el ya condenado, vencido y despojado enemigo de Dios y del género humano no pudiera tomar o sustraer sobre lo demás nada de la eficacia y la virtud de Jesucristo —Así está escrito: *Él convencerá al mundo... en lo referente al juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado*—, sin embargo no por esto depuso aquella rabia y odio concebidos contra los hombres, y, como no puede renegar nunca de sí mismo, maquinó y maquina, intentándolo continuamente, apartar a los hombres mismos de la oportunidad,

1o 16, 8-10.

posibilidad y provecho de alcanzar y obtener la salvación, y rechazarlos con las mismas artimañas de costumbre, esto es, con la mentira y la violencia, que él procuró siempre hacer menos temibles, es decir, recomendables y notables, dándoles los magníficos nombres de sabiduría y poder.

Una vez se vieron liberados los israelitas de la tiranía egipcia y atravesaron a pie el seco lecho del mar, se afaná por arrebatarles el fruto de la tierra prometida y de su heredad; y ello lo realizó principalmente con una doble patraña: la primera, la de infundir terror y miedo a través de los que él mismo gracias a su persuasión había convertido en enemigos, adversarios y envidiosos; la segunda, la de infundir desconfianza en el poder de Dios, puesto a prueba no sólo en la fe de la principal promesa, sino también en los peligros menores. Sobre la primera leemos lo siguiente: *Vosotros os negasteis a subir; sino que, incrédulos, murmurasteis en vuestras tiendas contra la Palabra del Señor vuestro Dios: "Por el odio que nos tiene nos ha sacado el Señor de Egipto, para entregarnos en manos de los amorreos y destruirnos. ¿A dónde vamos a subir? Los mensajeros nos han descorazonado al decir: Es un pueblo más grande y corpulento que nosotros, las ciudades son grandes y sus murallas llegan hasta el cielo. Y hasta anaquitas hemos visto allí."* Y esto sobre la segunda: *Pero ellos volvieron a pecar contra él, a rebelarse contra el Altísimo en la estepa. Y a Dios tentaron en sus corazones reclamando manjares para sus almas. Hablaron contra Dios; dijeron: "¿Será Dios capaz de aderezar una mesa en el desierto? Como él hirió la roca, y fluyeron las aguas, y saltaron los torrentes: ¿podrá de igual modo darnos pan, y aderezar una mesa para su pueblo?"*

Deut 1, 26-28.

Ps 77, 17-20.

Dirigiendo el enemigo declarado de Jesucristo sus artimañas en nada completamente distintas, sino las mismas y propias, para ejemplificar el tema presente, habiendo maquinado alejar y apartar la verdad de la mente y la fe, e incluso de la esperanza y expectativa de los hombres a quienes se dirigía, [539] en primer lugar unió e instó a los mismos enemigos que había instruido antes en la tierra mientras estaba a salvo el Verbo, para volver a formar una nueva conjuración en contra de los ministros de la fama, la gloria y la grandeza de Aquél, contra sus defensores, y los dispensadores de su virtud y eficiencia; estos enemigos eran los vigilantes solícitos de la justicia y la santidad particular, que se observa en la acción de la carne, los que hacen profesión de ellas, ahítos de autoridad y opiniones doctrinales y ensoberbecidos bien por el aplauso, bien por el miedo del pueblo, y los temibles magistrados tanto por su fama como por su poder. A todos ellos los armó en contra de los humildes servidores de la enseñanza evangélica y otras veces contra hombres carentes de medios humanos, al ser sumados, a veces, los recursos de reyes, príncipes y poderosos, persuadiéndolos de su propio bienestar y beneficio. Posteriormente también instruyó a falsos y embusteros profetas, oradores, doctores y charlatanes, para que, luchando por arrancar la fe en la verdad y la excelencia de la libertad de Jesús, la anularan o la debilitaran, y, mezclando sin ton ni son lo viejo con lo nuevo, se llevaran en secreto el verdadero fruto de la verdad cristiana o no dejaran que madurase nunca y fuese recogido para disfrute y provecho de los hombres, y así cerraran el ingreso y entrada al reino de los cielos, o bien luego de negar o bien luego de oscurecer la verdadera virtud de Cristo Dios, y luego de recomendar y ofrecer en lugar de Cristo otras razones

y personajes, que ni serían propias de Cristo ni Cristo mismo. Pero esto que sucedió ni era nuevo ni inesperado para los legítimos discípulos y apóstoles de Cristo, y por ello no les produjo ni sorpresa ni terror, puesto que estaban advertidos y enseñados con antelación por la predicción y exhortación de su Maestro, y muchísimo más instruidos y animados después de recibir al Espíritu Santo de Cristo; engrandecidos con la divina sabiduría y protegidos con la robustez de una invencible fortaleza. *"Mirad que no os engañe nadie. Vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: 'Yo soy', y engañarán a muchos. Cuando oigáis hablar de guerras y de rumores de guerras, no os alarméis; porque eso es necesario que suceda, pero no es todavía el fin. Pues se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá terremotos en diversos lugares, habrá hambre: esto será el comienzo de los dolores de alumbramiento. Pero vosotros mirad por vosotros mismos; os entregarán a los tribunales, seréis azotados en las sinagogas y comparecéis ante gobernadores y reyes por mi causa, para que deis testimonio ante ellos. Y es preciso que antes sea proclamada la Buena Nueva a todas las naciones. Y cuando os lleven para entregarnos, no os preocupéis de qué vais a hablar; sino hablad lo que se os comunique en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu Santo. Y entregará a la muerte hermano a hermano y padre a hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán. Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará."* *"Surgirán muchos falsos profetas, que engañarán a muchos. Y al crecer cada vez más la iniquidad, la caridad de la mayoría se enfriará. Pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará. Se proclamará esta Buena Nueva del Reino en el mundo entero, para dar testimonio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin."* Y poco después dice: *"Entonces, si alguno os dice: 'Mirad, el Cristo está aquí o ahí', no lo creáis. Porque como el relámpago sale por oriente y brilla hasta occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Donde esté el cadáver, allí se juntarán los buitres."*

Mc 13, 5-13.

Mt 24, 11-14.

Mt 24, 23-28.

[540] *"No está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por encima de su amo. Ya le basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su amo. Si al dueño de la casa le han llamado Beelzebub, ¡cuánto más a sus domésticos! No le tengáis miedo. Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados. Y no temáis a los que me matan el cuerpo, pero no pueden matar mi alma; temed más bien a aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna. ¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos pajarillos. Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos. No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y enemigos de cada cual serán los que conviven con él. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue detrás no*

Mt 10, 24-42.

es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará. Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado. Quien reciba a un profeta por ser profeta, recompensa de profeta recibirá, y quien reciba a un justo por ser justo, recompensa de justo recibirá. Y todo aquel que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, por ser discípulo, os aseguro que no perderá su recompensa."

Todo esto Jesucristo lo predicaba a sus discípulos y apóstoles, a saber, lo que se debía asumir y soportar cuando llegara el momento de predicar y anunciar necesariamente la Buena Nueva del reino a todo el mundo, o sea, después de su muerte y resurrección, una vez aceptado ya el don divino, con cuya fuerza y auxilio, sí, con su autoridad, no podrían oponerse fatiga, dificultad, peligro algunos que no se soportaran con constancia y se superasen con valeroso ánimo, y, de este modo, surgieran vencedoras la virtud y la eficiencia del Evangelio. Y es que en la época que era de carne y hueso, antes de que Jesús se hiciera visible durante un tiempo a sus discípulos en su forma acostumbrada, nada había sucedido en absoluto que produjera miedo, cuando todo el esfuerzo y la insistencia de sus enemigos buscó atacar tan sólo a la cabeza misma. Así está escrito: *Y les dijo: "Cuando os envié sin bolsa, sin forja, sin sandalias, ¿os faltó algo?" Ellos dijeron: "Nada." Les dijo: "Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome y lo mismo la alforja, y el que no tenga que venda su manto y compre una espada; porque os digo que es necesario que se cumpla en mí esto que está escrito: 'Ha sido contado entre los malhechores.'* Porque lo mío toca a su fin." Y así, desde los comienzos de la enseñanza e instrucción de Jesús hasta la hora de su muerte, una enorme seguridad abrazó a los discípulos por la cercana, próxima y vigilante tutela del maestro; [541] pero mientras duraron las tinieblas, esto es, en las horas transcurridas desde la muerte, al oprobio y a la crucifixión y sepultura de Cristo, se dieron el miedo, el pavor y los intentos de huir, e incluso se buscaron refugios. Así está escrito: *Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche, porque está escrito: Herirá al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño.* Pero desde que se dio por segura la noticia de su resurrección hasta el día en que, ante la mirada y presencia de ellos, su Maestro y Guía subió al cielo, les alcanzó un sentimiento de consuelo y alegría, no, sin embargo, pleno y absoluto, o libre completamente del miedo a los enemigos, sino tal como la visión ofrecida del cuerpo y la charla habitual se lo había podido proporcionar a unas almas débiles, hasta ese momento, y pusilánimes. Sobre esto está escrito lo siguiente: *"Mas después de mi resurrección, iré delante de vosotros a Galilea."* María Magdalena se volvió, vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. *Le dice Jesús: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Ella, pensando que era el encargado del buerto, le dice: "Señor, si tú lo has llevado dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré."* Jesús le dice: *"María."* Ella se vuelve y le dice: *"Rabbuni."*—que quiere decir 'Maestro'—. *Dícele Jesús: "No me toques, que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios."* Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras. *Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar*

Lc 22, 34-37.

Mt 26, 31.

Mt 26, 32.

Lc 20, 14-23.

donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz con vosotros." Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: "La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío." Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos." En este estado, en esta condición se encontraban los discípulos de Jesús que aún no había ascendido al Padre, muy inferior a la traída, ofrecida y establecida a través del Espíritu Santo, enviado por el propio Jesucristo y su Padre, completamente ajena a todo tipo de miedo, pavor o ignorancia, y que Él mismo antes les prometió cuando predicaba a la vista de la inminente situación: "Mucho tengo aún que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Dentro de poco ya no me veréis, y dentro de poco me volveréis a ver." Entonces algunos de sus discípulos comentaron entre sí: "¿Qué es eso que nos dice: 'Dentro de poco ya no me veréis y dentro de otro poco me volveréis a ver' y 'Me voy al Padre'?" Y decían: "¿Qué es ese 'poco'? No sabemos lo que quiere decir." Se dio cuenta Jesús de que querían preguntarle y les dijo: "¿Andáis preguntándoos acerca de lo que he dicho: 'Dentro de poco no me veréis [542] y dentro de poco me volveréis a ver'? En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar. Aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: lo que pidáis al Padre os lo dará en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea colmado. Os he dicho todo esto en parábolas. Se acerca la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que con toda claridad os hablaré acerca del Padre. Aquel día pediréis en mi nombre y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí y creéis que salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre." Le dicen sus discípulos: "Ahora sí que hablas claro, y no dices ninguna parábola. Sabemos ahora que lo sabes todo y no necesitas que nadie te pregunte. Por esto creemos que has salido de Dios." Jesús les respondió: "¿Ahora creéis? Mirad que llega la hora —y ha llegado ya— en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero tened confianza: yo he vencido al mundo."

Io 16, 12-33.

CAPÍTULO V.

LAS MÚLTIPLES PRUEBAS Y TESTIMONIOS DE LA VIRTUD,
EFICACIA Y CONSTANCIA CONFERIDAS POR JESUCRISTO
A LOS HOMBRES POR MEDIACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

De entre los más grandes dones que, una vez enviado el Espíritu Santo a la tierra, Jesús había prometido que había de entregar a sus discípulos, son dos los más importantes; y con éstos se sustenta un incontable conjunto de miembros y articulaciones. Uno era el de la virtud y la santificación de las almas de aquellos a los que se les comunicaría bajo el testimonio de la verdad por causa de la cual Él, salido del Padre, había venido al mundo y, de nuevo, una vez abandonado el mundo, regresaba al Padre. El valor y la significación de este don fue el siguiente: *Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días.* Y asimismo: *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.* El otro, el de la acción y la eficacia para informar, adoctrinar y salvar al resto de los hombres privada y públicamente, y hasta para levantar la Iglesia de Dios, [543] don que llegó conferido antes de su ascensión, confirmado después con el don de su testimonio y engrandecido con muchos nombres. Del primer don que fue entregado después, estos es, después de la ascensión, y que no fue atestiguado manifiestamente en público al resto de los hombres sin los testimonios posteriores, también trataremos después; y sólo disertaremos del segundo, que se unió a las pruebas y señales del primero.

Act 1, 5.

Act 1, 8.

Lc 21, 12-15.

En la totalidad de este otro don superior el papel principal le corresponde a la sabiduría divina, incomparablemente superior a cualquier ejemplo humano de talento y celo, de la cual sobresalía aquella promesa: *Antes de todo esto, os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles y llevándoos ante reyes y gobernadores por mi nombre; esto os sucederá para que deis testimonio. Proponed, pues, en vuestro corazón no preparar la defensa, porque yo os daré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios.* Una posición cercana en importancia a aquélla les toca a la abundancia y autoridad de las señales y milagros según aprovecharan las circunstancias y el momento, acompañadas de las demás manifestaciones habladas y la capacidad oratoria, recibidas más por favor divino que nacidas de la destreza y labor del talento humano. Después también las curaciones y la bondad, la ayuda y la prestación oportuna de cualquier tipo de auxilio y, lo que adorna y sostiene todo esto, la fuerza del ánimo y la perseverancia afirmada en el amor y la caridad de Jesucristo, ajena al miedo a todo tipo de violencia y de poder humanos, terrenales e, incluso, infernales; indiferente a todo tipo de fatiga y tribulación, daño e incomodidad física; unida, sin embargo, a una enorme modestia, caridad e incluso bondad para con aquellos por quienes se viera tentada y atacada. Y este tipo de señales, dadas para probar la buena nueva, para ayudar al género humano, para proporcionar provecho y utilidad, así habían sido prometidas por Je-

sucristo: *En mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien. Y asimismo: Id, pues, y baced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.*

Mc 16, 17-18.

Mt 28, 19-20.

Así pues, la primera prueba del excelente don divino enviado y proporcionado por el Padre había sido el don de la sabiduría, unido a la elocuencia y el conocimiento de las lenguas, cosa que les había tocado a hombres tomados en otro tiempo por iletrados e ignorantes, e, incluso, bárbaros: lo que produjo una gran admiración a aquellos que los habían escuchado. Así lo leíamos anteriormente: *Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: "¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa?"*

Act 2, 5-8.

Pero su sabiduría la probó suficiente y más que suficientemente aquel famoso discurso de Pedro, [544] conocido antes por ser un pescador, realizado en la misma y muy concurrida asamblea de todos los estamentos acerca de la salvación universal de los hombres nacida a través de Cristo, acerca de la participación en los favores divinos y acerca de la enorme autoridad y gloria del propio Jesús, declarada y confirmada por Dios como defensor, con las muy adecuadas y sabias respuestas dadas en relación a ese tema por parte de los antiguos profetas y el convencimiento en buena parte de los propios oyentes en tener fe, esperanza y preocupación en la salvación misma. Así está escrito: *Los que acogieron, pues, su Palabra fueron bautizados. Aquel día se les unieron unas tres mil almas.* Y de esta clase de pruebas y ejemplos que daban muestra de su sabiduría, quedó abundante y frecuente constancia en aquellos momentos, de los cuales quedan aún muchos en las historias y escritos de los apóstoles.

Act 2, 41.

Pero de los milagros y favores conferidos a los hombres, con los que aquella divina virtud del Evangelio de Cristo era puesta de manifiesto como con unas señales producidas para sentirlas y tocarlas, los ejemplos fueron producidos oportuna y adecuadamente, puesto que se trataba con hombres que habían considerado que todo se debía reducir a los sentidos y a la experiencia, o bien a las razones y argumentos de la sabiduría humana; a uno y otro tipo de hombres, pues, les fue suficiente y abundantemente garantizada la enseñanza franca de la verdad de la propia salvación en la misma medida que a los que poseían un alma más inocente y una mente pura. Por tanto, a todos éstos, en la medida en que convenía hacerlo, se les dio pruebas de la divina sabiduría y eficacia de Jesucristo. Así está escrito: *Ya que los judíos reclaman señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo, en efecto, para los judíos, estupidez para los gentiles; pero para los llamados, los propios judíos y griegos, Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.*

1 Cor 1, 22-24.

Pero el primer ejemplo de virtud y eficiencia, muy celebrado y admirado por todos los que lo contemplaron, fue el protagonizado por al apóstol Pedro durante su ministerio, que debido a la admiración que produjo, llevó a la fe en el Evangelio a los hombres más sencillos y puros de mente; pero a los que odiaban y rechazaban el nombre cristiano los perturbó con la magnitud y la verdad del hecho, hasta tal punto que éstos pensaban que en breve iban a ser objeto de discusión ellos mismos y aquella santidad activa y ostentosa suya, y la necesidad de conservar la autoridad y la majestad entre los hombres, a no ser que se opusiesen a la doctrina cristiana con todas sus artimañas, fuerzas y recursos, y principalmente con aquellos medios a los que el vulgo tiene especial horror y se afana en evitar, a saber, decretando e infligiendo continuos castigos y torturas contra los que predicaran el nombre y la virtud de Jesús, o que los probaran y admitieran, o que los reconocieran con sinceridad.

Act 3, 1-26.

Pedro y Juan subían al templo para la oración de la hora nona. Había un hombre, tullido desde su nacimiento, al que llevaban y ponían todos los días junto a la puerta del templo llamada Hermosa par que pidiera limosna a los que entraban en el templo. Éste, al ver a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les pidió una limosna. Pedro fijó en él la mirada juntamente con Juan, y le dijo: "Míranos." Él les miraba con fijeza esperando recibir algo de ellos. Pedro le dijo: "No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te doy: en nombre de Jesucristo, el de Nazaret, ponte a andar." Y tomándole de la mano derecha le levantó. [545] Al instante cobraron fuerzas sus pies y tobillos, y de un salto se puso en pie y andaba. Entró con ellos en el templo andando, saltando y alabando a Dios. Todo el pueblo vio cómo andaba y alababa a Dios; le reconocían, pues él era el que pedía limosna sentando junto a la puerta Hermosa del templo. Y se quedaron llenos de estupor y asombro por lo que había sucedido. Como él no soltaba a Pedro y a Juan, todo el pueblo, presa de estupor, corrió donde ellos al pórtico llamado de Salomón. Pedro, al ver esto, se dirigió al pueblo: "Israelitas, ¿por qué os admiráis al ver esto, o por qué nos miráis fijamente, como si por nuestro poder o piedad hubiéramos hecho caminar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, a quien vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando éste estaba resuelto a ponerle en libertad. Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis que se os hiciera gracia de un asesino, y matasteis al que garantiza la Vida. Pero Dios le resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello. Y por la fe en su nombre, este mismo nombre ha restablecido a éste que vosotros veis y conocéis; es, pues, la fe dada por su medio la que le ha restablecido totalmente ante todos vosotros. Ya sé yo, hermanos, que obrasteis por ignorancia, lo mismo que vuestros príncipes. Pero Dios dio cumplimiento de este modo a lo que había anunciado por boca de todos los Profetas: que su Cristo padecería. Arrepentíos, pues, y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus Santos Profetas. Moisés efectivamente dijo: El Señor Dios os suscitará un Profeta como yo de entre vuestros hermanos; escuchadle todo cuanto os diga. Todo el que no escuche a ese profeta, sea exterminado del pueblo. Y

todos los profetas que desde Samuel y sus sucesores han hablado, anunciaron también estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas y de la alianza que Dios estableció con vuestros padres al decir a Abraham: En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra. Para vosotros en primer lugar ha resucitado Dios a su Siervo y le ha enviado para bendeciros, apartándoos a cada uno de vuestras iniquidades."

Y el don de la fortaleza y la constancia estuvo muy alejado de todo tipo de miedo, de todo tipo de odio o agradecimiento humanos, o de preocupación por sí mismo e injusto egoísmo, ni cedió ante las muchedumbres populares, ni ante el poder y la crueldad de los príncipes, ni pudo ser contenido con amenazas y terrores, ni quebrantado con castigos, torturas o tormentos, ni, en fin, desvirtuado por condiciones y regalos de cualquier tipo, aunque fueran los más grandes. Esta clase de don completamente invencible —como afirmo— para dar testimonio y señal de la verdad cristiana quedó probado, descubierto y mostrado en muchas y diferentes situaciones difíciles, de entre las que una muy célebre fue obra de los defensores e impulsores de la justicia externa y carnal, que en una gran deliberación unieron sus recursos, reflexionaron sobre sus pareceres y determinaron sus planes; en vano sin embargo, puesto que quedó constancia de que esto había acabado en una mayor y más brillante celebración del nombre y la gloria de Cristo [546] tanto entre sus discípulos como entre sus adversarios.

Estaban hablando al pueblo, cuando se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, molestos porque enseñaban al pueblo y anunciaban en la persona de Jesús la resurrección de los muertos. Les echaron mano y les pusieron bajo custodia hasta el día siguiente, pues había caído ya la tarde. Sin embargo, muchos de los que oyeron la Palabra creyeron; y el número de hombres llegó a unos cinco mil. Al día siguiente se reunieron en Jerusalén sus jefes, ancianos y escribas, el Sumo Sacerdote Anás, Caifás, Jonatán, Alejandro y cuantos eran de la estirpe de los sumos sacerdotes. Les pusieron en medio y les preguntaban: "¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho vosotros eso?" Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo: "Jefes del pueblo y ancianos, puesto que con motivo de la obra realizada en un enfermo somos nosotros hoy interrogados por quién ha sido éste curado, sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que ha sido por el nombre de Jesucristo, el de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por su nombre y no por ningún otro se presenta éste aquí sano delante de vosotros. Él es la piedra que vosotros, los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular. Por que no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos." Viendo la valentía de Pedro y Juan, y sabiendo que eran hombres sin instrucción y cultura, estaban maravillados. Reconocían, por una parte, que habían estado con Jesús; y al mismo tiempo veían de pie, junto a ellos, al hombre que había sido curado; de modo que no podían replicar. Les mandaron salir fuera del Sanedrín y deliberaban entre ellos. Decían: "¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente para todos los habitantes de Jerusalén, que ellos han realizado una señal manifiesta, y no podemos negarlo. Pero a fin de que esto no se divulgue más entre el pueblo, amenacémosles para que no hablen ya más a

Act 4, 1-37.

nadie en este nombre." Les llamaron y les mandaron que de ninguna manera hablasen o enseñasen en el nombre de Jesús. Mas Pedro y Juan les contestaron: "Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído." Ellos, después de haberles amenazado de nuevo, les soltaron, no hallando manera de castigarles, a causa del pueblo, porque todos glorificaban a Dios por lo que había ocurrido, pues el hombre en quien se había realizado esta señal de curación tenía más de cuarenta años. Una vez libres, vinieron a los suyos y les contaron todo lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y ancianos. Al oírlo, todos a una elevaron su voz a Dios y dijeron: "Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, tú que has dicho por el Espíritu Santo, por boca de nuestro padre David, tu siervo: '¿A qué esta agitación de las naciones, estos vanos proyectos de los pueblos? Se han presentado los reyes de la tierra y los magistrados se han aliado contra el Señor y contra su ungido.' Porque verdaderamente en esta ciudad se han aliado Herodes y Poncio Pilato con las naciones y los pueblos de Israel contra tu santo siervo Jesús, a quien has ungido, para realizar lo que en tu poder y en tu sabiduría habías predeterminado que sucediera. [547] Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía, extendiendo tu mano para realizar curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús." Acabada su oración, retrembló el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía. La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos. Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía. No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad. José, llamado por los apóstoles Bernabé —que significa "hijo de la exhortación"—, levita y originario de Chipre, tenía un campo, lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

Y así, con todos los medios que pudieran procurarse o adquirir el conocimiento o la experiencia humana, pudo el mundo entero inquirir y descubrir la virtud y la verdad de Jesucristo, confirmada a los hombres con el testimonio de vicisitudes de este tipo: cosa que había sido suficientemente prevista a la hora de buscar y pedir a partir de esto de manera particular e individual la propia salvación de los hombres, y de cuidarla y adornarla abundantemente con la procura, la realización y el provecho de determinadas pruebas, sobre todo como quiera que a aquellos que pudieran hacerlo con seriedad y diligencia, se les contemplaba una vez habían pasado posteriormente a esa condición que, a excepción de aquellos y sólo aquellos mismos que la habían recibido, ni siquiera se le pasaba por la mente a mortal alguno adquirirla; pero ellos, completamente transformados en hombres distintos, atestiguarían clara y públicamente la muy verdadera y eminente presencia y virtud de Jesucristo no ya como hombres, sino realmente como los verdaderos Hijos reconocidos de Dios. Así está escrito: *La multitud de los creyentes no tenía más que un solo corazón, y una sola alma, y ninguno de ellos decía que lo que poseía era suyo,*

sino que todo era común entre ellos, Y LOS APÓSTOLES DABAN TESTIMONIO CON GRAN VIRTUD DE LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR, Y UNA ENORME GRACIA HABÍA EN TODOS ELLOS.

Plan y justificación de la obra (vv. 1-17)

Los dones que, mostrándolos Dios, vio y tocó el rebaño
bienaventurado de Cristo, prometidos desde antiguo, y caídos
del alto trono de Jesús, por siempre reinante,
a cuyos discípulos Él mismo dio testimonio de su cumplimiento,
5 empezaré a cantar. Conviene contar lo oscuro,
lo pronto olvidado, incluso lo conocido por pocos en nuestro tiempo,
no por envidia de los Dioses, sino, a buen seguro, por la maligna falsedad
de los hombres y corrupción de costumbres, que trajo al mundo
y alentó la ambición con la soberbia con que todo lo corrompió,
10 en tanto que, mezclando lo de arriba con lo de abajo, llenó
el corazón de los mortales de caprichos, de egoísmo,
y de afán por alcanzar fama y gloria para su talento,
y, apegado a su hallazgo y sabio en pleitear,
lo empujó a ignorar la naturaleza de Dios y de los hombres,
15 o a medir con medidas humanas, o a juzgar las almas
celestiales semejantes a la sangre corrompida de Adán.
Tal cúmulo de maldades concibió para su infortunio la mente necia.

Invocación de la Santísima Trinidad (vv. 18-52)

Tú, Nazareno, el hijo único e inmortal del Padre
todopoderoso, y Dios mismo copartícipe paritario
20 del total de honores, cuya sabiduría ayudó a crear
por primera vez el mundo y ayuda a gobernarlo,
y creándolo de nuevo triunfa por cielo y tierra,
ven a mí, e inspira, propicio, a mi espíritu
versos nuevos y que traigan alabanzas de tu virtud.
25 Y, en verdad, nacido de la Virgen siempre pura (la tierra
no ha visto mujer igual, ni podría tener una segunda)
aunque eras inmortal y eterno,
no desdeñaste nacer como mortal al mundo.
Decidiste aniquilar así a la muerte, y reparar los daños
30 de la anterior vida perdida de los hombres con una vida mejor,
ordenando el Padre su parecer, y confirmando su decreto

- quién es amor para vosotros y vuestro único Espíritu.
 Y tú, a quien acabo de recordar, y la naturaleza entera del mundo
 invita siempre a recordar, y fuerza interior, a quien contiene
- 35 la extremidad del cielo, parte nacida para ser vista,
 parte negada a nuestros ojos y concedida a la mente,
 Espíritu Santo, igual y uno en dignidad al Padre y al Hijo,
 misma fuerza, voz, designio, y, en verdad, Dios mismo
- (549) sin principio ni fin, y en la creación del mundo
 40 junto con el Hijo y el Padre principio y fin supremo,
 ven, Paráclito, propicio, dignate a insinuarte
 en el corto ingenio del poeta que canta tus dones.
 Sin ti nada recto podríamos decir, sin ti nada
 en el mundo entero podría surgir ni subsistir.
- 45 Pero tú, aborreciendo la soberbia y los corazones desdeñosos
 de los hombres, aléjate de los terrígenas demasiado
 sabios, y niégales tus misterios, y a las almas modestas
 concédeles tú mismo, benévolo, conocerlos y contarlos.
 Santifica a quienes alzan sus mentes humildes al cielo.
- 50 Entonces, semejantes por fin a dioses y enteramente renacidas,
 felices en la tierra, aprenden a interesarse y comprender las cosas
 elevadas y alejadas de la tierra, y a morar en el cielo.

Invocación de los santos y piadosos (vv. 53-54)

Celestiales e hijos de Dios, y los caros y gratos
 al gran Padre, y los que aprueban la vida y doctrina.

Repudio de los impuros e impíos (55-67)

- 55 Que a esta ceremonia la raza infiel, el vulgo profano,
 las masas impuras por el pecado, y las bandas de criminales
 se agregen, es sacrilegio. Lejos de aquí, alejaos, todos aquellos
 a quienes la envidia infectó y empozoñó con maligno veneno,
 y a quienes continuamente tortura y atormenta la indigente codicia,
- 60 y a quienes subyuga el placer, emparentado con las pasiones
 variopintas, forzados a languidecer con enfermedades crónicas.
 Sobre todo, que no asista a nuestros misterios quienquiera que,
 confiado en su propio ingenio, se jacta de las causas
 y principios ambiciosos del engreído estudio humano,
- 65 e intolerante al consejo y no acostumbrado a ceder ante nadie,
 desdeña todo como inferior a él, y no admite
 ninguna luz, a no ser la que produce la antorcha del ingenio.

Invocación de los Apóstoles, testigos de Cristo (vv. 68-119)

Pero sí vosotros, testigos de Cristo y dilectos compañeros
 de sus fatigas, grupo de doce, antes ignorante,

- 70 pero luego, recibida la virtud, capaces de expulsar
de los cuerpos enfermos toda clase de enfermedades, y de romper
las tristes cadenas, cualesquiera que haya atado el enemigo infernal,
y fieles para persuadir de la venida de un tiempo grato
y transmitir las enseñanzas dictadas por el santo maestro,
- 75 las cuales nada más salir de la boca del gran profeta, y proclamándolas el
[testigo
de la salvación verdadera, las había escuchado admirado el Jordán.
Transmitir sus enseñanzas os fue encomendado, y enseñar
sus principales preceptos para cambiar a mejor vida y costumbres.
Pero luego que, colmados con los grandes dones de Cristo,
80 quien empuña su cetro, resplandecisteis, y bebisteis
de la fuente del paraíso las aguas de la santa doctrina, [550]
ya no supisteis nada terrenal, y penetrasteis con ánimo resuelto
en las regiones celestiales y comprendisteis los arcanos
celestiales, oscuros para los hombres, abstrusos para los profetas
85 y siglos remotos, y conocidos, tuvisteis el valor de proclamarlos
ante el asombro de toda la asamblea, y cediendo ante vuestras palabras
cualquier sabiduría humana que haya sido celebrada en el mundo.
Compañeros de los santos, descended acá conmigo desde la corte
etérea, y vosotros, multitud de jóvenes, y tiernas muchachas,
90 y ancianos, ayudadme con vuestras filas, cuando me dispongo
a narrar no cosas mías, sino cosas que, siendo vosotros testigos
y Dios garante, hace ya tiempo que aprendí a recordar,
nada humilde o pequeño o semejante a los vulgares espectáculos
que el Anticristo da a conocer, falaz, al mundo,
95 si a vosotros, ignorantes en lo demás, pero que decís cosas elevadas
y pronunciáis profecías verdaderas con resultados ciertos,
os intentó vencer, en vano, el astuto engaño del príncipe
abominable o la ciencia hecha salir de las puertas del Infierno,
si ante vuestro testimonio pasmáronse los crueles tiranos,
100 vencidos por una fuerza acostumbrada a soportar mil formas
de muerte a hierro y fuego con una fortaleza indómita e inquebrantable.

- ¿Qué testimonio o a quién intentaré presentar primero como testigo
de entre tan gran número, número que no vencen las estrellas
del cielo ni tampoco la arena del vasto litoral del Océano
105 ante la que Abraham, ordenado contarla, vaciló,
aunque el caldeo, experto en estrellas y el firmamento,
no hubiera cedido ante ningún maestro de números y medidas?
¡Tantos nombres santísimos se me vienen a la mente
que elogiar como testigos, multitud de hombres y de mujeres!
110 Ambos grupos, sinceros y partícipes del aroma de Cristo,
sin que deban ser excluidos por sexo o sentimiento delicado ni por los
[años,
ambos iguales en la virtud de Dios sin que importe
de que época, sexo, raza o país sea nadie.

La misma luz iluminó a todos y la misma fue recibida.

115 Y, aunque suene distinta, la misma palabra suena para todos:

que en la morada celestial Cristo, el Nazareno, empuña el cetro del divino Padre, gobernando todas las cosas con benigno imperio, tanto las que fueron creadas al principio, al surgir el mundo, como las que creadas por segunda vez finalmente resplandecen.

Testimonio de San Pablo (vv. 120-486)

- 120 Pero agrada que vaya a la cabeza de todos un ciudadano romano³³,
un varón insigne por su gravedad, y no marcado por sospecha alguna
de traición, y con quien de ninguna manera hay que estar en guardia.
[551] A éste, en especial, a quien ya hace tiempo como cruel enemigo del nombre
de Cristo y como urdidor de asechanzas, odios e inquinas contra la grey
125 pacífica y los compañeros del maestro de los nazarenos
lo elogiaron sus próceres y su pueblo en masa, a quien
la ciudad de Jerusalén derribó por odio injustificado hacia Jesús;
a éste, de nuevo, temieron aquellos para quienes es delito herir
a alguien y oponerse al mal, aquellos para quienes vencer soportando
130 las injusticias y reemplazar el mal con el bien es hermoso.
Éste, furioso en plena efervescencia de hostilidad
y añadiendo virulencia a sus amenazas, acrecido con leyes
y recursos del gran senado, del carácter de un fiero
y rabioso león y natural cruel cambió de repente
135 a mansa res, a sufrida oveja de Cristo, al carácter y forma
de un cordero, y a mostrar un corazón tiernísimo,
para asombro del tropel de los piadosos y pasmo de los suyos,
pueblo y gobernantes, quienes sobrellevaron mal que aquel
que ha poco era hostil a los cristianos, ahora los favoreciera
140 y estuviera dispuesto a soportar la muerte y los tormentos
y a llevar por mar, tierra, llanuras y montañas todas
el poder y nombre poderoso, y la buena nueva
de Jesús crucificado y resucitado,
y presto a defenderlo y resuelto a refutar las objeciones.
145 Antaño vosotros, judíos, y vosotros, los llamados gentiles,
y tú, poderosa Roma, y tú, docta Atenas, le escuchasteis
pronunciar estas palabras (las cuales se conservan confiadas a epístolas):

Discurso de San Pablo (vv. 148-481)

- “Por doquier Dios se muestra como buen creador y poderoso
soberano del mundo, bien mires las estrellas,
150 bien los bosques y selvas, y los prados exuberantes de flores
variopintas y adornados de hierbas según las estaciones del año,
bien observes cuán numerosos animales hay por todas las tierras

33. San Pablo, de familia judía, pero con título de ciudadano romano.

- y cómo están diseminados por el vasto orbe según su plan
y cumplen las leyes dadas por Dios, su creador;
- 155 ora las aves, que equilibrando sus cuerpos con ráudas alas
revolotean por el aire etéreo y el vacío del cielo
y forman bandadas por los bosques, y con sus cánticos
de dulce queja y con su piar juguetean y saludan la mañana;
o los peces que nadan en los ríos, o los muchos monstruos que nadan
- 160 en el mar, las descomunales ballenas, diferentes según lugares,
incluso pequeñas y que reproducen formas semejantes a las grandes,
prueban el designio y celo de Dios y las leyes precisas
del que todo lo gobierna y los frutos previsoires de su profunda mente,
que está atenta a las cosas más pequeñas y gobierna las más grandes.
- 165 La armonía del mundo quiere y enseña esta alabanza, [552]
y jamás desde el principio se han tambaleado de sus cimientos
las leyes que fueron estatuidas bajo la bóveda del cielo
para todas las formas de la naturaleza, elogiando Dios
las misiones y cometidos perpetuos y el servicio fiel.
- 170 Pero la raza infiel de los hombres, a la cual antaño las restantes
estaban sometidas, obligadas a soportar su voluntad e imperio,
todas las que adornan las tierras y las que surcan el piélagos
(pues un solo hombre aventajaba a todas estas especies más
que el cielo a la tierra o que la luz nutricia del día a la noche),
- 175 abandonando las leyes y justa obediencia de su creador, rey
y señor, y secundando en mala hora –¡ay!– los dictados
de la serpiente, mala consejera, se perdió, infeliz,
a sí mismo y a los suyos, y las justas iras del vengador,
las cuales había inflamado además comtiendo el primer crimen,
- 180 las acrecentó, malvado, acumulando nuevas y nuevas culpas,
ocasionando la muerte del alma, trocando así los dones
de la vida eterna por el suplicio eterno, y condenándose
por siempre a las llamas del Averno, mientras soportó
con su cuello y hombros el peso y el yugo del príncipe negro.
- 185 Se percató y aprendió por experiencia que a los muchos bienes
le sucedieron muchísimos males, demasiado acumulados de repente,
por causa del pecado de violar la ley única, y que la gigantesca
y sagrada estatua de la divinidad, que ha poco ocupaba
el sublime templo del alma, derrocada de su pedestal,
- 190 yacía a ras del suelo entre las tinieblas de la noche,
embarazada por sus sentidos de la parte terrenal, y,
abrumada por el inicuo peso, gemía y de su pecho
siempre lúgubre y temeroso exhalaba continuos suspiros.
Ya se arrepiente de sus deseos, ya se avergüenza de aspirar
- 195 a un grado de sabiduría similar a los dioses, de donde chupó
tanto veneno para osadías tan perversamente concebidas.
¿Qué hacer? Ninguna medicina del mal socorre al que calcula
su conveniencia; si algo intentó, esto luego le desagrade
y perjudica: entonces los bálsamos que se creía que

- 200 calmarían el dolor, rechazados de nuevo, son expulsados
 por el veneno maligno, encalleciendo más y más la herida.
 Luego, meditando la razón tan pronto unas cosas como otras, descubiertas,
 ningunas agradan, aunque se adquieran con estudio y a gran precio.
 ¿Pues qué podría aprovechar, cuando el poder de la muerte,
 205 mantiene, cual reina, un imperio mortal sobre el alma?
 (553) ¿Por qué la vida del moribundo se esfumó, abandonada a los pecados?
 ¿Y para qué invadieron las tinieblas malignas, expulsada la luz?
 Que el propio muerto pueda socorrerse a sí mismo, ningún saber
 lo permitió, y lo niegan la naturaleza y la ciencia de la medicina.
 210 No quedó, pues, ayuda alguna que la miseria mortal pudiera
 ya prestarse, ni verdadero auxilio que proporcionarse.
 Y a tal punto había desaparecido el ornato del mundo
 y su más hermosa especie, al perecer el hombre y erigirse
 Lucifer un trofeo eterno y los altos premios de sabio:
 215 como que astutamente había vencido a la voluntad bienhechora
 de Dios y se había llevado la cúspide del mundo.

- “Pero Dios, siempre bondadoso, clemente y de suyo benévolo,
 que gobierna conjuntamente el mar y las tierras
 y la inmensa bóveda celeste en paz perpetua y armoniosa,
 220 soberano de su voluntad, y que nunca se olvida
 de su sabio propósito, y Hacedor tenaz y poderoso,
 y burlador de la envidiosa serpiente, y resuelto a mofarse
 de sus astucias con su propio ingenio y a denunciar las locuras
 que el maligno, renovando siempre en su pecho que arrastra por el suelo
 225 sus malvados argumentos, imagina, e imaginadas, acomete raudo,
 y las calienta con el vapor de la tierra (pues aquél se alimenta
 con jugos ponzoñosos de la tierra, y de ahí alumbra
 espantosos huevos, que luego engendrarán negras serpientes),
 a éste, mercedamente, luego de ultrajar en cierta ocasión los misterios,
 230 Dios lo amenazó con padecer tormentos y soportar
 en la cárcel infernal perennes castigos a su malicia criminal,
 según tradición firme para nuestros ancestros, y las tradiciones son ad-
 [mitidas.

- “Un hecho probó su palabra como verdadera y digna del cielo;
 a saber, colocar una cabeza sabia a la mujer,
 235 y muy satisfecho por esto de sí mismo, y alzando la cresta
 a modo de corona y profiriendo silbidos de triunfo,
 la simiente nacida otrora de sangre femenina, poderosa
 por obra de Dios, la destruirá, y conduciéndola
 bajo sus pies, la oprimirá: y en vano tú les tenderás emboscadas.

- 240 “Cultivando de nuevo la simiente, el que aborrece los crímenes y la mal-
 [dad oculta,
 libertador del hombre cautivo y encadenado a la dura esclavitud,
 al cual podría hacer pagar, juez implacable, el castigo

por sus continuos crímenes, y añadiendo crueles azotes,
 torturarlo y quemarlo para espanto de sus antepasados,
 245 pero compadeciéndose del que soportaba hacía ya harto tiempo
 tamaños males (aunque los soporta con razón quien se había condenado
 [él solo],
 y con la virtud con que acostumbra más a mostrarse,
 demostrando su encendido amor por la raza humana
 y que Él siempre es semejante a sí mismo, y además bondadoso
 250 al prometer los máximos dones y fiel cumplidor de sus promesas,
 Dios mismo interpela a su VERBO, al que da los siguientes mandatos:

[554]

Sagrado Decreto (vv. 252-272)

‘Hijo mío, mi gozo y mi luz eterna, copárticipe
 de mi voluntad, y diestra certera de mi alta virtud,
 a cuya seña están conforme todas las cosas que son,
 255 que han sido y que disponemos que habrán de ser de nuevo creadas
 yo mismo, y conmigo tú, y con nosotros el Espíritu Santo,
 que es uno con nosotros e igual en sabiduría y poder,
 ha llegado el momento en que es menester cumplir nuestra palabra
 y cuantas promesas un día fueron hechas al padre de los hombres
 260 y creídas, aunque no enteramente conocidas para aquel siglo.
 Ve en buena hora, visita las tierras y ablanda los corazones
 de los mortales, y, Dios, imbuye de un sentimiento tierno y afable
 a las cosas que, encantadas hace tiempo por los sortilegios de Lucifer,
 se endurecieron en pedernal y en la rigidez del esmeril,
 265 tras lo cual, en especial al extenderse delante la luz de nuestra ley,
 más amargas e intentando oponerse a los sagrados preceptos,
 se resisten más, contraídas sobre sí mismas.
 Estas cosas tú mismo, pues lo puedes, y no menos bondadoso que yo,
 lo quieres, y, sabio, conoces la manera, hecho carne y vuelto
 270 en verdad hombre en la tierra, de nuevo las harás de carne,
 preparándolas mejores y merecedoras de nuestra divinidad:
 y así, edifica templos vivos de un Dios vivo’.

“Sucedió, en verdad sucedió, y el Hijo cumplió la palabra
 del Padre; y nosotros somos testigos de esto: que antes
 275 fuimos fragua de iras, y cueva y fosa
 de pecado sempiterno, y caverna que mana azufre,
 ahora, de nuevo caros y gratos a Dios, somos
 templo consagrado, tálamo puro y dilecta esposa;
 antes prometida, ahora ya unida en matrimonio eterno
 280 con Cristo, engalanada con oro y piedras preciosas;
 tras lo cual, Él, conforme a su arcano designio, nos vistió
 y nos acogió de nuevo, y a la vida anterior, que la muerte
 había traído al mundo, la despojó de su oscuro imperio,
 y la trocó por los mejores dones de una nueva vida.

- 285 Luego, expulsada la pasada creación,
 Él concedió que los nacidos de esclavos del pecado
 fueran coherederos suyos del Padre supremo; Él hace
 conocer y alabar la mano benévola; Él honra
 a los bienaventurados colmándolos de riquezas, cuales tienen
- 290 los reinos sublimes, y cuales tienen los palacios celestiales
 [555] que relucen más que las estrellas, la luna y el sol,
 y no temen al pecado, a la polilla o a los ladrones.
 Pero para procurar que estas riquezas quedaran felizmente
 adscritas a nosotros a perpetuidad, Él, que había sido siempre
- 295 riquísimo y siempre lo será, padeció, sin embargo,
 estrecha pobreza, mostrándose por nosotros necesitado,
 menesteroso y miserable, más humilde que el cual nadie
 fue visto en la tierra: así uno solo sacrificó con buen augurio,
 ganando para nosotros la benevolencia de su propio Padre y Dios.
- 300 En efecto, que éste conociera al Hijo del Padre eterno
 había sido decretado en la sublime sede del Tonante,
 para que, poderoso con la verdadera virtud, pudiera salir del sepulcro,
 y arrancando sus miembros de las cadenas de la muerte,
 y junto con ellos su cuerpo muerto, volver a ponerlos en pie,
- 305 redivivos, y mantenerlos en armonía con Él por siempre,
 no sujetos por segunda vez a la maldición de la antigua ley.
 Cosa de la que jamás pudo guardarse la virtud o la ciencia
 humana o alguna vez ser arrancada de las profundas raíces,
 una violenta peste habíase adherido tanto a las vísceras del Hombre,
- 310 que ni siquiera El que divisa las tierras desde el cielo
 habría hallado uno solo que hubiera concebido observar
 rectamente y como es debido todos los preceptos de la ley.
 No obstante, éstos de ningún modo excedieron la dignidad
 un día confiada a los deberes humanos, cuales a todos los seres vivos
- 315 había dado en otro tiempo, y a cada uno su cometido,
 aquel Hacedor, al conceder los honores de su bondad,
 distribuyendo cada deber según la clase y condición de cada cosa.
 Mucho menos podrían los mismos decir que son prole del Dios
 supremo, y probar que sus actos son dignos y gratos
- 320 al Padre sumamente benévolo, y cuales cuadran a caros hijos.
 Ni la ley había causado esto ni lo producía la enemiga carne.
 Heme aquí yo, que, instruido desde la tierna infancia,
 hace ya tiempo que aprendí todos los preceptos, y sé imitar
 el ejemplo del gran maestro y cumplir sus mandamientos,
- 325 de suerte que la envidia no sorprendiera nada, y nunca censurara nada,
 por causa de los ritos patrios o la ley, la nutridísima secta,
 tras lo cual, con la influencia de Jesús, ahora ya vivo en mí,
 cambiada mi mente y mi alma y renacido mi cuerpo,
 y emergiendo del agua pura convertido en un hombre nuevo,
- 330 conocí el nombre bondadosísimo de Cristo
 y sentí que sus jugos y su pingüe bálsamo

- penetraban profundamente por entre mis entrañas,
de suerte que mis actos, que antes juzgara hermosos
y provechosos para mí, los repudí como dañinos e inmundos.
- 335 Yo, desde luego, conocía la ley y la había llamado sagrada.
Con todo, sentía terror, y la seguía con miedo y dudas
perpetuas. Aunque jamás había sido consciente
de ningún delito, asesinato, robo o engaño,
sin embargo, ¡ay!, no por ello vivía tranquilo.
- 340 Día y noche sobrecogido, estaba siempre dudoso, hostil
conmigo mismo y con la ley buena; pues ésta había ordenado
NO CODICIAR NADA, pero la mente perversa y la loca pasión,
tanto al que no quiere como al que quiere, lo empuja,
para su infortunio, a correr cada vez más hacia lo prohibido.
- 345 ¿Pero de dónde estos prodigios? ¿O de qué fuente? Tras preguntarlo
muchas veces, 'De un pecho humano y tuyo', me dijo la ley sagrada,
escrita en las tablas, la que enseña la verdad y es maestra
del bien y del mal:

Discurso de la Ley Mosaica (vv. 348-358)

- 'Mi papel es el de quien enseña la justicia,
censurar todas las impiedades, aconsejar lo honesto.
- 350 No haré nada más allá; pero nuestro las restantes cosas
que deben ser pedidas al alto Dios y esperadas de otro ministro,
ante el cual cedería incluso mi Moisés y le entregaría la lámpara.
No digas *¿Conque provocas, ley, mi ira?* Al contrario,
a tí, que te consideras sano y libre de pecado,
- 355 te amonesto a sentir el negro veneno expandiéndose
por el interior de tus médulas; y a aguardar con fiel obediencia
y buenos oficios la esperanza y al médico de la salvación
y las promesas de Dios justo, te aconsejo y te exhorto'.
- "Y ya el día luminoso y la gracia de esta suerte,
- 360 no echada por la mano de un hombre, sino por el amor y voluntad
del Padre bondadoso, acaeció para mí. Desde entonces vivo,
no yo, sino Cristo, a quien todo lo que ya ciertamente hago
y soy, lo reconozco como deuda, lo cargo en su cuenta, y lo devuelvo
[para alabanza suya.
- Pues nosotros –la ley obliga a decir la verdad en este punto–
- 365 no somos siempre capaces de llevar a cabo tan grandes deberes o cosas,
pero ni siquiera tan grandes designios, los cuales da en abundancia
la voluntad divina, inspirándolos y ejecutándolos ella misma.
Desde entonces, en verdad, jamás con piedra y duras tablillas
podría la ley severa quitar nada o condenar a éstos,
- 370 a quienes, introducido Cristo a través de sus vigorosos miembros,
nada les queda del antiguo hombre, nada de la carne de Adán;
antes bien, el espíritu, derramándose en el alma, instruye
a los mudados miembros y les otorga conocer el cielo.

- 1557] 375 Vive pues, y vive en Dios, y conoce, gozoso, al Hijo
 y al Padre, de quien recibe los dones, y al hablarle
 no ve su espalda, sino su cara celestial, y la contempla de cerca,
 reconociéndose a sí mismo, y, amándose más y más amado,
 vive libre, y con el alma eleva a los suyos, libres de la ley
 de la carne, desde la tierra por encima del firmamento,
 380 y les permite entrar en el cielo y sentarse a la mesa celestial
 y celebrar el banquete y esponsales de Cristo bondadoso,
 y los festines siempre negados en las fiestas al disfrute
 humano, y participar en los eternos coros de alabanzas.
 Entretanto, el cuerpo, que antes gobernaba el reino
 385 y en vida lo había perturbado todo con su severo imperio,
 yacía muerto. Y de nuevo, renovado el mundo,
 soportamos el blando yugo de la justicia y de la ley sagrada,
 grabada en nuestras mentes siempre gozosas, sobrellevamos
 de buen grado un peso realmente dulce, pagamos con agrado
 390 a Dios impuestos dignos de un rey, y dando siempre antes
 del momento mismo lo que damos y lo que podemos dar,
 con todo, no por ello necesitados de nada, sino que,
 creciendo el montón tanto más cuanto más gustosamente
 pagamos, vemos, alegres y satisfechos, cómo surgen
 395 las riquezas eternas y los dones se multiplican dando.
 Así plugo a Él, que, convocándonos para los nuevos siglos,
 nos ordenó comparecer para admiración de todos los antiguos.
 Él ayer, Él hoy y Él mañana permanece idéntico,
 y permaneciendo inmutable cambia sabiamente los tiempos
 400 y los ofrece siempre mejores. Pero los siglos tuvieron
 su consumación, cuando, enviado del cielo, Cristo cumplió
 todo lo que el Padre había prometido y lo que oímos
 que nuestros antepasados creían y aguardaban convencidos
 y profetizaron a la generación tardía de sus nietos.
 405 Así es siempre Cristo, y será siempre Cristo. Y ninguna palabra
 puede negarle por más tiempo, con tal que el Espíritu,
 que en su bondad dicta la verdad, inspire mis confesiones.
 Él marca en el corazón a su rebaño, y en cuanto el rebaño
 tuvo su marca, nada temió, y desprecia las asechanzas
 410 del oso y del lobo y la fiereza del rabioso león
 y, sobre todo, las malvadas astucias del ladrón.
 ¿Qué pueden temer, cuando Él, buen pastor, vela por su rebaño,
 vigilante, y jamás se deja vencer por el sueño,
 resuelto a no desistir de su cuidado y amor por su rebaño?
 415 Pero ni el sudor ni el malestar que para el rebaño a veces
 fluye de la carne enferma o surge de la sangre corrompida,
 1558] puede jamás maltratar a la grey del divino maestro;
 pues Él tiene manos sanadoras, capaz de prevenir
 cualquier cosa que pudiera dañar a una raza inofensiva.
 420 Nadie, pues, puede incriminar a quienes tamaña custodia

- vigila atenta, como tampoco tentarles a hacer el mal,
 protegidos desde luego por Dios como garante, quien,
 siempre propicio, permite a su rebaño pacer
 noche y día fertilísimos pastos junto a fuentes sagradas
 425 de agua dulce y ríos perennes, y vivir seguros.
 ¿No ves con qué gran riesgo de sus vidas los santos,
 a quienes, elegidos, Cristo bondadoso guía y gobierna,
 cederían ante otros grupos y corporaciones de hombres?
 Por más que la virtud y sabiduría del mundo alabe a éstos,
 430 nadie podría compararlos más acertadamente con aquéllos, incluso si
 él mismo pretendiera decir que las estrellas son iguales
 en esplendor y parejas en potencia a la luna o el sol.
 Si alguna virtud en verdad agrada, y si algunos destellos
 brillaron en el alma humana y merecieron elogio,
 435 quien atribuyó éstos mismos a su propio ingenio, yerra
 y defrauda a su Hacedor con sus osadías poco gratas.
 Las cosas que bien dichas suenan y las que bien hechas se cuentan,
 está permitido que las recuerde, todas, el padre común
 de los buenos espíritus y maestro del docto ingenio.
 440 Pero aquélla es la virtud que proclama una gracia especial,
 aquélla es la máxima sabiduría y testigo de Dios Hacedor,
 la que el mundo admiró atónito un día en aquellos,
 a los que tú, buen Cristo, llamados desde la red y la barca,
 haces testigos tuyos y les ordenas proclamar a los pueblos
 445 las nuevas alegres y selladas de la verdadera salvación.

- “También nosotros testimoniamos estas nuevas, incluso las reconocemos
 [como verdaderas,
 no dichas y adornadas con magníficos ritmos y palabras,
 pero sí con la venida siempre propicia y salvadora de Dios
 y de la verdadera virtud de Jesús, a quien la muchedumbre de fieles
 450 proclamará en seguida como vivo, puesto que ella probará que,
 humilde en la tierra, finalmente ascenderá al cielo
 y participará de la luz eterna y el feliz reino.
 Por el contrario, el impío, cuyo corazón invade
 el duro hierro, cuyos oídos ensordece un sople mendaz,
 455 cuyos ojos deslumbra Dios, juez y vengador,
 por fin ¡ay!— recobrará el sentido y tarde, con el pesar
 estéril y amargo de la envidia, verá de continuo cómo otros,
 lejos de las tinieblas, disfrutan por siempre los gozos del cielo
 por él desdeñados, mientras él expiará por siempre sus culpas.
 460 Proclamando tales caídas con fortuna diversa fortuna para piadosos
 y depravados, nada nos preocupan las injurias y necedades
 de los hombres que el populacho injusto considera grandes
 y alaba; jamás nos arrepentimos de nuestro don
 ni nos avergonzamos de nuestro oficio. La propia fuerza
 465 omnipotente de la verdad nos impide sonrojarnos. Y ya fuimos

- tenidos por doctos y grandes, y nos aplicamos con fortuna a cartas y libros, cuando aún subsistía aquella sabiduría primitiva y sombría de la edad ruda, siempre floreciente de frondas honestas, pero carente de frutos y mieses.
- 470 A darle la espalda a ésta y volcarnos en una carta superior nos induce Cristo, verdadera fuerza y sabiduría de Dios. ¿Para qué voy a exponer los testimonios ocultos de Él, imposibles de ser captados por ojos o mentes humanas y que rebasan el entendimiento, por muy vivo que sea?
- 475 Éstos enriquecen nuestros espíritus y derraman de nuestras lenguas ríos de alabanzas y de elevado oratoria, cuales sólo atraviesan aquellos a quienes el espíritu mismo hizo crecer, alargándoles el cuerpo, y hombres ya por su edad, y maduros, los armó de una sólida fortaleza.
- 480 Y éstos mismos no se los ofrecemos al tierno infante, al que por ahora sólo cuadra mamar tetas rebosantes de leche pura, ni a aquel a quien es lícito dejar atrás”.

- Estos testimonios, y muchos más, recuerdo, me los dictó y trajo escritos en tablillas, para que yo los cantara, Pablo de Tarso,
- 485 los cuales todos no los podría yo encerrar en el angosto verso. Pues el tañido de mi cítara y los ritmos y medidas de mi voz inferior desfallecen y se declaran vencidos.

Testimonio de Santiago (vv. 488-563)

- Tras éste, también pudo responderle algo aquel escritor grave, a quien Jesús eligió por discípulo y compañero,
- 490 de estirpe familiar, hábil antes para arrojar las redes al mar y exponer en la playa los peces atrapados, luego para conducir hombres, incluso vivos, desde las aguas de la amarga muerte hasta las auras de la vida eterna, capturados por obra y gracia del Verbo divino.
- 495 Éste, instruido por el trato y sabiduría del gran maestro, la cual conocía, tanto para la fe como para la virtud, los móviles del favor, por los cuales Dios consintió las cosas que prometió en otro tiempo, y que exceden con mucho la facundia y la mente humana, hablando con elocuencia
- 500 dice así:

Discurso de Santiago (vv. 500b-557)

- [560] “Los dones divinos y supremos que, admirables, portamos en el entendimiento del alma, descienden de la morada del Padre bondadoso; pues sólo Él derrama miradas salutíferas y disipa las ciegas tinieblas y ordena que se retire la noche eterna.

- 505 Él, que habita una luz sin niebla, sin nubarrones
sin sombras, eterna y siempre resplandeciente,
ocupa el trono supremo e inmutable.
De allí, sin merecerlo, nos sacó Él, nos engendró,
y permitió que fuéramos hijos suyos (pues guardaba
510 un recuerdo fiel y tenaz de su promesa), y que renaciéramos,
sí, cual primicias de su raza y progenie de los dioses,
la cual, comprometido a renovarla a partir de la estirpe divina,
resolvió que fuéramos hijos del cielo, no engendrados de sangre
humana. Y, en efecto, acabó al punto aquella tarea, por la cual
515 Él, dejándose caer del firmamento, inculcó el pequeño
y gran Verbo en nuestras mentes, y quiso cambiar
y trocar la anterior muerte en vida verdadera.
Estos reinos tantas veces prometidos y anunciados resolvió
Dios dárselos a los pobres, y, en su bondad, quiso honrar
520 como herederos suyos a quienes aspiran a estos reinos,
no con oro; pues Él no se deja vencer por oro alguno,
sino por la fe, las obras y el amor de un corazón generoso.
Siempre que un pobre rebose de estas riquezas, que incordie
al soberano del cielo, que le requiera –le oirá gustoso–
525 y le suplique sin vacilar, antes bien, pidiendo con decisión
cosas hermosas; pues no cuadra requerir cosas hermosas
al espíritu o voluntad indolente, sino que los grandes negocios
responden a grandes mentes, los certeros al debido esfuerzo.
La fe viva fortalece el espíritu; un corazón ardiente
530 y unas manos afables procura la piedad, la cual, servicial,
se desvela por socorrer el infortunio del hermano falto de consejo
y de recursos. Pues a quien quiera ser de provecho, le bastaría y sobraría
con la buena voluntad, porque la divinidad le proporcionará,
propicia, las demás cosas que sabe que le resultarían útiles.
535 Que la piedad sincera apreste estas cosas, pero que la fe
subsista viva toda la noche, incluso del amanecer a la noche,
siempre gustosa, siempre solícita, siempre incluso esperanzada,
y que apremie, tenaz, las promesas divinas, y que jamás
relaje los brazos, firmes, aunque tenga contraídos los músculos,
540 hasta que supere y venza a Dios, quien dispone los mayores premios,
que en adelante habrán de ser adornados con la gloria
de un feliz galardón, capaz de vencer a Dios como a los hombres.
Esto es saber, esto es conocer, y esta sabiduría enviada
del alto cielo rebasa las nubes, desdeña los nubarrones
545 y deambula gustosa por los dilatados templos del cielo,
explorando todas las cosas divinas y humanas.
Pero no por ello inflada o henchida de vanos vientos,
sino indulgente, y tolerante con el mal, y olvidadiza
del daño recibido, y fuente de bondad, y amante complaciente
550 de la paz sosegada; no la paz vergonzosa que oculta
el delito y el engaño, cual la suele engendrar la tierra,

sino cual acompañan el respeto, la lealtad y el honor.
 Ésta, más blanca que la nieve, preñada de color cárdeno,
 llena de ingenuidad, y coronada de odoríferas flores,
 555 y alegrando los corazones, e inspirando sana felicidad,
 nutre a los pueblos de Cristo y colonos del cielo
 con buena cosecha y los colma de oportunas lluvias”.

Estas cosas dijo el hijo de Zebedeo, el galileo Jacobo³⁴,
 a quien tuvieron la dicha de conocer por muchos años como su primer
 [obispo

560 los hermanos escogidos de entre el rebaño de Jerusalén,
 e hizo célebre antaño por todas las tierras
 que divide y baña el vasto océano una epístola abierta,
 y es pública fama que dio testimonio por Cristo.

Testimonio de San Pedro (vv. 564-916)

Y ya sería preciso oír, por fin,
 565 qué pensaba aquel anciano que conoció a Jesús
 no sólo de vista u oído, a quien
 una voz del cielo llamó hijo y caro al padre.
 Pues hasta ahora nadie ha sido en estos términos mejor testigo
 que Simón. Es así que él, prevenido ya en lo más hondo de su corazón,
 570 respondió a Jesús que Él era el hijo de Dios vivo
 y el Unguido, y Cristo le rogó que propagase estas enseñanzas.
 Mas nosotros las dejamos a un lado, Pedro, para exponerlas
 en otra ocasión, aunque una fama verdadera pregona que tú
 tomas tu nombre de la sólida piedra que el Nazareno prometió
 575 poner como primer fundamento, por siempre inmutable,
 para su iglesia, la cual ya entonces meditaba erigir,
 y que en absoluto temería las puertas infernales.
 Aunque tú llevas y traes estos encargos en frases y caracteres
 extranjeros, también convienen, Simón, para otros juicios,
 580 y pueden consolidar la causa anterior,
 no la primera, que ahora tratamos, la cual prepara
 para conocer a fondo las pruebas supremas de Cristo verdadero.
 Cuales, admirables, cuentan que tú, un anciano, las expusiste
 lo mismo ante el pueblo que ante el senado con palabras
 [562] 585 elocuentes, y, con gran valor, las probaste, enérgico,
 secundándolas prodigios y señales buenas y diversas.
 Que éstas puedan ser acomodadas a mis ritmos y a la cítara latina,

34. Montano confunde aquí a Santiago el Menor, “el hermano del Señor” (v. 489), primer patriarca de la Iglesia de Jerusalén (vv. 558-559), que sufrió martirio de lapidación el año 62 a instigación del sumo sacerdote Anás II (v. 562) –y probable autor de la carta católica (vv. 560-561), identificable con el apóstol Santiago, el hijo de Alfeo– con el también apóstol Santiago el Mayor, el hijo de Zebedeo y hermano del apóstol San Juan (v. 557).

sea cual sea el canto en que pueda contenerlos,
 te lo pedimos, no lo esperes, tan solo concédeme a mí,
 590 vate fiel de espíritu, poder componer versos que reproduzcan
 tus palabras, escritos para alabanza eterna de Cristo.
 Si es que la iglesia piadosa de los cristianos te preocupa,
 Pedro, si te es grato aquel buen pastor de ovejas
 y maestro supremo del ganado tres veces encomendado, Jesús.
 595 Así hablé yo, y con oídos y ojos atentos contemplo
 a aquél, presto a responderme, y aquél empieza:

Discurso de San Pedro (vv. 597-861)

“Escucha ahora, vate, las cosas que yo escribí y aprobaron
 el pueblo de Capadocia, el indígena de Galacia y del Ponto,
 y las gentes innúmeras de Asia, y las gentes de Bitinia,
 600 todos a cuantos en estas regiones alimentó antaño aquella esperanza
 y fe de nuestros piadosos padres, cuán verdaderas las habían engendrado
 en el interior de mi alma las enseñanzas de Dios y los oráculos de los
 [profetas.

Pues bien, a éstos, dispersos por diversas regiones del orbe,
 cuando supe que vivían en los dones divinos de Cristo,
 605 que gozaban, acrecidos, de unos territorios nuevos
 y muy distintos de aquellas tierras, campos y casas
 que antaño el rey Josué distribuyera a sus ancestros,
 al punto vuela, mensajera veloz, una carta mía, para enviar
 alegres saludos a nuestros hermanos, testigos en Cristo,
 610 y solazarlos, más agradecidos y consagrados a la alabanza.

“Debemos dar, compañeros, eternas y merecidas gracias
 a Dios, y alabanzas al Padre de Jesús, el Hacedor,
 el Ungido, dueño y señor, quien nos regaló en abundancia
 tan grandes dones de entre las entrañas paternas,
 615 y quien nos concedió que fuéramos progenie suya, y nueva,
 e incluso Él hace que las esperanzas sean ciertas, vigentes
 y vivas, y, generoso, nos adopta además como herederos
 del reino celestial: su campo, sus riquísimos predios
 que no temen años estériles, ni las heladas ni el estío,
 620 ni las distintas plagas de las cosechas, ni las estaciones
 muchas veces inciertas, ni todas aquellas cosas que pueden
 malograr las mieses en sazón o dañar las plantas o tronchar
 los tallos, o empañar el brillo grato a los ojos y al alma;
 es más, la bondad del clima los abriga siempre fértiles,
 625 y el propio Padre los ampara con ojos siempre salutíferos
 y siempre serenos. Pues Jesús, el Salvador,
 una vez que, ungido, salió fuera del santuario de la muerte,
 y, redivivo, dejó tras de sí todas las cosas mortales
 muertas, y luego las que en absoluto conciernen a su vida,

- 630 benévolo, os cedió, al punto, estos reinos para que los visitarais
y habitarais, y los administrarais desde ahora con espíritu reflexivo,
por más que de momento –y no es mucho tiempo–, en tanto que,
invadidos por una percepción amarga de la realidad, recorréis
este camino a través de regiones inhóspitas y desoladas
- 635 del mundo, por desfiladeros, roquedales y caminos pedregosos,
se os muestren formas terribles y monstruos feroces,
y vuestros enemigos os hagan, amenazadores, guerras tan injustas
como demenciales: un poco de paciencia y una fe sólida
al cabo las vencerá, incluso las juzgadas por los dioses.
- 640 Tal como con las llamas deladoras de sus quilates el oro
brilla más puro y revela la honra de una naturaleza esclarecida,
así también Cristo, el Hacedor, enseña con vuestros ejemplos
cuánto ampara, incluso cuánto pertrecha los pechos
y el poder del alma y la mente, cuánto robustece el corazón
- 645 con una sólida fortaleza, y Él mismo se hace alabanza
de su propia gloria, y reclama el título de Poderoso,
y hasta lo reconocen, a su pesar, aquellos a quienes
la envidia y la ignorancia delata como contrarios.
Mientras así de claro resplandece Cristo como un rayo,
- 650 no visto con los ojos, pero creído con la mente fiel,
os iluminó y, brillando desde la salida del sol
hasta el ocaso, purificó vuestros corazones
con su bendita luz. Pero contaros o explicaros
los gozos que trastornan vuestro corazón
- 655 ni me está permitido ni es posible a oídos humanos
oír esta dicha o le está vedado a las lenguas propalarla.
Y, en verdad, existe la salvación del alma y los dones superiores
de la vida, que por añadidura os correspondió por creer
en las promesas de Dios. Que ésta será una realidad, os anunciaron
- 660 los profetas, atentos y ávidos antaño por conocer cuándo
llegarían aquellos siglos de oro que el Espíritu, deslizándose
desde las regiones celestiales, les inspiraba propalar profetizándolos,
para qué hombres o para cuál raza estarían destinadas las profecías.
Y realmente supieron que no les estaban reservados,
- 665 sino que vosotros debíais soportar primero la dura carga
de los sufrimientos al lado de Cristo, y, tras padecerlos,
os llevaríais el hermoso premio del renombre, fama y gloria eterna.
El Espíritu Santo, que antaño enseñó a los profetas antiguos
a anunciar estas mismas cosas, enviado ahora desde lo alto,
- [564] 670 acaba de transmitir os felicísimas nuevas, y Él mismo se manifiesta,
helo aquí, propicio para las cosas escrupulosamente preparadas,
las cuales el coro angelical contempla con ánimo favorable.
A hombres tales como vosotros, a todos os aconsejo y exhorto
a que, muy ágiles y prestos, aguardéis los dones de tamaño honor,
- 675 los cuales, desinteresadamente, llevado por un amor inmenso,
el propio Padre derramó, testimonios de su Cristo.

Quienes poseen estos dones pueden presentarse como semejantes a Dios santo y llamarse, tomando el calificativo, santos. Habéis sido apartados de aquella esclavitud de vida pública y oscura heredada de vuestros mayores, esclavos ellos, 680 y no la trocó en honesta carga de naturaleza agradable una libra de oro o plata (los metales corruptibles jamás igualan en valor a los celestiales), sino aquella sagrada sangre derramada, impagable con oro, 685 que un día fluyó del cuerpo de Cristo inerte, el Cordero, que, predestinado desde los orígenes del mundo, fue la única víctima, jamás corrompida por ninguna enfermedad ni repudiada por mácula alguna. Pero ahora, manifestándose en la plenitud de los tiempos, 690 ya en vuestro siglo, se sacrifica por vosotros, e inmolándose ante el altar, un solo condenable expía todos los pecados del mundo. En verdad, vosotros, testigos fieles de Dios, atribuíds estos misterios al Padre, quien quiso que Cristo resucitara y viviera honrado con la gloria eterna 695 de la virtud suprema y de un elevado renombre. Con la gloria que vuestra fe celebra, que canta juntamente la santa esperanza apoyada en el alto cielo, esperanza viva digna de Dios Padre, que trae una stirpe y progenie renacida y con un origen sin tacha y de noble linaje, obrando 700 la Palabra de Dios, la cual, tal como antaño ordenara que fueran todas las cosas del mundo antiguo que, ordenadas, fueron, así ahora concedió que renacieran y vivieran de nuevo, inmortales e indisolubles por siempre jamás, las cosas que al punto imitan al Padre eterno y vivo. 705 Las demás cosas que huelen a carne, aunque muy hermosas, por más que, embellecidas con esmero y solícito cuidado, las veas que adornan los campos y dilatas tierras, y te asombres de que florezcan por todo el prado, súbita y repentinamente, atacadas por el calor, perecen estériles, 710 como el heno cuando muere y se seca al tiempo que su flor, sin semilla alguna, aprovechables para ninguna utilidad. Dé una semilla muy distinta, la fuerza del Verbo eterno produce frutos eternos, fértil por horas eternas, y jamás estéril o degenerada. Ésta es la Palabra 715 que hace poco la Buena Nueva os permitía oír. En cuanto la escuchasteis con oído atento, sentisteis que las fuerzas divinas penetraban en lo hondo de vuestro pecho, y que os convertíais de nuevo en feto, y que erais calentados profundamente, y que, críos, erais dados a luz: 720 Vivid en adelante mamando de la ubre del espíritu, no adulterada y dulce, y creced ya con leche pura. Os lo pregunto como expertos, ¿cuán dulce, libado, penetra

- el Señor en los pensamientos profundos y restablece las entrañas?
 El Hijo de Dios es piedra viva, Él es el fundamento
- 725 de la casa, que Dios mismo, el primero, procura
 edificar, piedra escogida, preciosa, y firme
 y eternamente sólida, e insigne con grato honor
 por la gloria del Arquitecto. Aunque las opiniones de los mortales
 y la mente humana, nada sensata e ignorante de la verdad,
- 730 que lo mismo se construye una alta torre que una ciudad,
 destinada a derrumbarse en sus proyectos, con mucho esfuerzo
 rechazó esta piedra, y considerándola indigna de ser parte
 o cabeza de la obra que ella misma proyectaba, la desechó,
 y no obstante se esfuerza en levantar una inmensa mole
- 735 para poder alzarse hasta la cúspide suprema del cielo.
 Pero a vosotros, después de que aquel escogidísimo habitante del cielo,
 aquella piedra, os socorrió, sosegados, y os tocó, gustosos,
 el contacto con su virtud os convirtió en piedras preciosas
 y vivas. ¡Hasta tal punto es admirable tocar a Cristo!
- 740 Vosotros os erigís como piedras vivas para una misma obra
 y para una casa hermosa que el Espíritu Santo habita
 en su interior y anima, y Él os destina a ser
 casas espirituales del santo sacerdocio, donde ofrecer
 ante los frecuentados altares muchas víctimas espirituales,
- 745 gratas a Dios, a las cuales el Espíritu mismo da nombre,
 insufla vida, y, unguidas, les infunde las fuerzas de Cristo.
 Tal fue el arcano que ya antes Dios había encerrado
 en la Sagrada Biblia, el cual ahora los acontecimientos
 revelan abiertamente: "He aquí que yo pongo bien visible
- 750 en mi Sión una piedra suprema, escogida, y preciosa,
 para que una, cierre y sujete los muros gemelos.
 Todo el que la perciba con ojos sanos y mente fiel,
 15661 conocerá la Verdad. Ningún turbado rubor coloreará
 su rostro, ningún temor maligno podrá soliviantar
- 755 su corazón, ni ninguna cuita, mala consejera.
 Esta piedra, pues, a vosotros que creísteis de verdad en ella, os añadió
 honor y dignidad egregia; para los incrédulos, en cambio,
 despreciada por los constructores y desechada de toda obra,
 y colocada con maestría por Dios el Arquitecto, se convierte
- 760 en dovela entre muros gemelos y une ambos lados.
 Pero para los infieles y despreciadores del Verbo, quienes
 en mala hora se lamentan de esta piedra colocada debajo de ellos
 y a quienes incluso agrada echar unos cimientos distintos a éste,
 esta piedra será ocasión de vergonzoso tropiezo y de gran ruina
- 765 y perdición". Y, en verdad, todas estas cosas dijo Dios.
 A vosotros, en cambio, la buena fe os unió, vivos,
 a aquella piedra viva, y os ordenó ser parte
 de la casa santa y manifestaros espléndidamente brillantes,
 proclamándoos linaje escogido, al cual Dios mismo, el Emperador,

- 770 exige realizar sacrificios regios, y nación santa
y semejante a Él, y pueblo redimido
y escogido por Él, y prenda consagrada por derecho
de vencedor. Con estos testigos perpetuos, la alta virtud
de Él y su victoria resonará por todo el mundo,
- 775 y la fama del Emperador será celebrada con un brillante triunfo,
gracias al cual, rescatados ha poco de las cadenas y tinieblas
del Maligno, vinisteis a las maravillosas auras de la luz,
porque Él irradia, cual el Sol, con salutíferos rayos
y Él comunica el calor de su justicia,
- 780 y a pueblos antes helados (como fuisteis vosotros)
y antaño odiosos a Dios, Él puede conciliarlos
con su Padre, y tornarlos de nuevo caros y gratos.
Estas cosas prueba y confirma con vuestros ejemplos Jesús,
el cual, tomando sobre sí mis pecados, los vuestros y los esparcidos
- 785 por la tierra toda, Él solo contra todos, crucificado,
los ahuyentó, y, nivelado el fiel del leño, los venció,
y vencidos, los devolvió a los Infiernos y los dejó sepultados.
A éstos que Él, sano y vivo, restituyó con su sangre
y sus heridas, luego los sanó para que vivieran, a salvo,
- 790 para una justicia saludable y una paz segura.
Esto obró en vuestras almas el celo personal
del pastor bondadoso, del cual mientras carecisteis,
faltos y tristes como ovejas, y turbados por un temor
indeciso, descarriados, complace recordaros
- 795 que con mayor afán de ánimo celebréis a Jesucristo,
quien por injustos, aunque Él justísimo, padeció
voluntariamente heridas por nuestros pecados y experimentó
una vez la acerba muerte en su carne, y afrentas y ultrajes,
cosas todas estas que Él no mereció, nosotros sí,
- 800 para, en su bondad, extinguir en Él y en sus miembros,
al morir, los miembros mortales de nuestra carne, luego
para gloria de Dios supremo y vivo pudo erigirnos
como miembros vivos y nuevos de su cuerpo vivo, en los cuales,
redivivo, ya se mueve, ya vive el espíritu, aquella imagen
- 805 imagen de Dios, imagen que en otro tiempo yacía extinguida.
Esto, en verdad, aconsejaba antaño el Espíritu de Cristo,
cuando pronunciaba dulces y felicísimas palabras de vida
a aquellos, a quienes retenía en una angosta cárcel el espectro
de la muerte, pero muy semejantes a espíritus liberados
- 810 de la carne mortal y que conservan siempre viva la fe
y la esperanza, resueltos a esperar una salvación segura.
Y hubo entonces un mortal dispuesto a creer en maravillas,
cuando en largos días se iba alzando el arca ordenada
por el Verbo de Dios y construida por el arte del obediente Noé
- 815 y con mucho esfuerzo, cuanto exigía la paciencia divina,
la cual espera cambiar las mentes de los hombres,

- y advierte y previene y exhorta a huir del crimen
malvado e inmundo, que el pecado universal casi
había convertido en costumbres e instituciones solemnes,
820 desterrado bien lejos el temor y respeto a las leyes.
Hasta que la cólera vengadora de Dios y el arca fabricada,
aquella aleja de la tierra el malvado crimen, ésta salva
ocho almas tan solo de piadosos y las restituye vivas,
luego que, bajo un juez justo, diéronsele a los descarriados
825 tormentos dignos de sus maldades. Luego, pues, la Magnanimidad,
acordándose de su costumbre y nombre, convoca y ordena salir
de la oscura cueva de la cárcel y de la imagen tenebrosa
de la muerte a un número incólume, al que la esperanza
y la fe mantuvieron a salvo durante un año entero en medio
830 de los aguaceros descargados por las tormentas y en medio
de las trombas que derramó el escarpado abismo del piélagos.
Y así, acaeció que la Tierra y el firmamento que se ciernen
sobre la superficie de la Tierra, donde todos los animales respiran
las auras, fueron lavados por el doble poder de las aguas,
835 tras de lo cual el Espíritu, insinuándose mejor en las entrañas
de los animales, los reanima, y acariciando las almas
(568) con su soplo salutífero, las ejercita en mejor uso.
Tal como ahora, pero mucho más noble, nos restituyó
Dios, derramando del cielo aguas vitales en las entrañas
840 de nuestras almas: no con aquel bautismo, con el cual
la carne, necesitada siempre de agua, lavada, acostumbra
despojarse de unas inmundicias que deben ser limpiadas con frecuencia,
reclamando aguas de continuo, sino con aquella otra con la que la carne
lavando los miembros internos del alma, expulsa las manchas e inmundi-
[piadosa,
cias,
845 y reparándolas y revisándolas, una vez lavadas,
Él mismo purificó su propia obra y, purificada, la mirará,
y en adelante la unge toda con la fuerza del Ungido,
para que ninguna mácula o vicio pagano pueda perdurar
torcidamente, o enquistándose pueda invadirla y corroerla.
850 Esto se cumplió para nosotros gracias a Jesús, el Resucitado,
el Ungido, el Hijo de Dios, el que está sentado a su diestra.
(Él, apurada la muerte, que aceptó por nosotros,
nos hizo partícipes de la vida eterna y coherederos
suyos). Ahora ya, tras subir al excelso reino
855 del Cielo, todo está sometido a Él. Y a Él
le obedecen los tropes de ángeles y todas las potestades,
y todo lo que lleva nombre o título de virtud.
Esto me lo contó como cierto, recuerdo, el hijo de Jonás,
luego de preguntarle, y no desdeñó que encerrara en los estrechos víncu-
[los
860 de un poema ligero lo que él escribiera con el cálamo libre
de una pluma divina y que vuela hasta las estrellas”.

Mientras éste mismo suele apostrofar a los cotestigos
 y compañeros dispersos por todo el orbe para exhortarles
 al buen oficio común, y condena las asechanzas
 865 del enemigo infernal y su afán por dañar por la fuerza
 o con engaños y fraudes de oculto anzuelo,
 como padre, como decano, como hermano, y en fin como pastor
 y guardián público, a quien preocupa la custodia del rebaño
 que el Príncipe de los pastores le había confiado
 870 y encomendado, antes de que Él abandonara la tierra
 para volver al reino del Padre, poco antes de la agonía
 de su vida mortal, también estas últimas cosas las profetizaba él,
 albo cisne entre cisnes igualmente blancos, los cuales
 sabía de antemano que junto con él serían testigos
 875 de Dios y de Jesús el Hacedor, el Hijo de Dios,
 empezó a escribir así:

Epístola de San Pedro (vv. 876b-893)

“Os felicito por esta justicia
 y fe en Dios y por el destino propicio,
 el cual, común conmigo, os tocó, cierto,
 por don de Dios santo y de Jesús nuestro Salvador,
 880 quien hizo ver que debíamos conocerle como el Ungido,
 y las cosas antaño prometidas ya mismo las ha otorgado en abundancia,
 poderoso en la virtud divina, todos los dones de Dios
 que hacen la vida dichosa, todas las cosas que la piedad
 encomienda alabar, después de que Él, tras convocarnos,
 885 manifestándose Él mismo y a su Padre en su bondad
 y propia gloria, nos hizo saber con sus dones,
 iguales o parejos a los cuales no puede haber otros,
 que eramos elevados a participar de la naturaleza divina
 y en adelante viviríamos como connaturales del Padre y del Hijo del Pa-
 [dre,
 890 lejos del mundo corrompido y apartados de la condición
 de los hombres que apetecen cosas infames, las cuales
 no está permitido apetecer ni mucho menos, apetecidas, tener.
 Tanto nos eleva esta gracia, tanto nos cambia”..

Estas cosas, públicas y privadas, nos dijo Simón,
 895 el discípulo y compañero más anciano de Jesús, y también
 el testigo más fidedigno desde el primer momento de su manifestación
 hasta el instante brillantísimo de aquella hora,
 regalo prometido, la cual, tercera, brilló venturosa
 para quienes aguardaban la santa venida del Verbo Divino,
 900 y primera luz que hubo radiante para el nuevo mundo
 con los rayos y resplandor del salutífero sol,
 el cual, nada más salir, brilló para los mortales,

trajo del cielo a la tierra la justicia, antes apartada,
grata a los dioses, y que iguala a los primeros con los últimos
905 y gobierna a iguales e inferiores con justa balanza,
para que cada fuerza digna de elogio tenga su propio impulso.

Testimonio de San Juan Evangelista (vv. 907-1398)

Un compañero no inferior a éste en el ejemplo vivo
de la suprema virtud y del juicio, aunque de menor edad,
viene ahora, invitado a participar y dar testimonio.
910 Pues, entre los primeros testigos, conoce todos los instantes
de la vida del Nazareno, cuando Él afrontaba sus deberes
de maestro que trae los preceptos de la vida
y añade eficacia a sus enseñanzas, puesto que Él,
en su bondad, devolvió la luz a los ciegos, y sanó
915 los oídos sordos, y ordenó y enseñó ¡milagrosa visión!—
a hablar, de improviso, a los mudos, y concedió a los cojos
adelantar a los ágiles ciervos con pie veloz y a la carrera.
A otros, moribundos, los hizo volver, rescatándolos del umbral
siniestro de la muerte y ordenándoles sanar de repente;
920 a otros, incluso, ya muertos y cadáveres, los hizo volver
de entre las tinieblas de la muerte a la nutricia luz,
570] y los miembros debilitados por el calor del hirviente sepulcro,
los reanimó al punto con solo el poder de su voz vivificadora,
para que, revigorizados para sus usos de rigor,
925 asumieran una vez más las funciones de su anterior vida.
Éste asistía también al Maestro, cada vez que Él suplicaba
en medio de las difíciles pugnas y fatigas de su carne
y alma valerosa, entonces cuando Él asumió el peso universal
de nuestros pecados, y comprobó por experiencia que era
930 demasiado molesto. Pues había sido antes
siempre inmune a toda culpa, nuestra o suya,
Él, que se mantuvo por siempre inmune a la suya propia,
pero, en su bondad, ofreció sobrellevar Él solo
nuestros pecados, para expiarlos, sepultado en las entrañas
935 de la tierra, como mortal, durante tres días.
No de otro modo, cuentan, que antaño Jonás, en la cárcel
tenebrosa de la ballena, cercado por la imagen de una muerte
horrible, padeció las descomunales olas del piélago
profundo, y devuelto a las auras de la luz inmaculada,
940 se mostró al populoso pueblo y a los tiranos de Nínive
como señal de perdición cierta y de salvación cierta.
Pero aunque aquél gimió, rodeado por doquier de altas olas,
no obstante, allí donde estaba metido, no cargó con el océano
colocado encima, sino que, encerrado en el espacioso vientre
945 de un cetáceo durante tres días completos, pudo,
sin embargo, seguir vivo y respirar el aire cálido,

y expresar sus pensamientos, y componer un poema quejumbroso,
y aplacar con su canto a Dios y tornarlo benévolo a sus votos,
de suerte que, finalmente a salvo, se dice que celebró
950 a Dios con canoros versos que perduran hasta nuestro siglo.
En cambio, una carga distinta y mucho más pesada oprimió
al Nazareno sin merecerlo, luego que, tras el ritual sagrado
de la cena, el Padre quiso que uno solo soportara las culpas
de todo un pueblo, las cuales en el justo fiel de la balanza
955 exceden la carga, el peso y la medida del mar y la tierra.
Nada importaba el espacio a Aquél que arrostraba
todos los pecados mortales y del vetusto Adam,
ni en el corazón de la tierra hay lugar ni aire respirable.
Luego el temblor, el miedo, y un sudor siniestro y frío,
960 mezclado con sangre, manaba por todos sus miembros.
Y si el poder del santo óleo no hubiera sido innato
y tal que ordenaba al espíritu, imbuido de la suprema virtud,
mantenerse firme ante tantos males y sobrevivir a tamaña penalidad, [571]
al punto hubiera quedado ahogado y oculto por las aguas hostiles
965 de la invencible muerte, a la cual pudo vencer con valor,
y (luego que la tercera luz brilló en el cielo) dejar atrás
totalmente vencida y sepultada con su propia muerte.
Todas estas cosas este santo joven, al que hacemos comparecer
como testigo, las vio desde el comienzo mismo y, observadas de cerca,
970 las registró. Más aún, intrépido, estuvo junto a la cruz
de Jesús cuando Aquél expiraba, y a la madre, que se dolía
de los inmerecidos tormentos del Hijo, él mismo, fiel amigo
y compañero, celebrado desde entonces con el nombre de hijo,
tal como Él se la había confiado en sus últimas palabras,
975 cuidó de ella, piadosísimo, y, respetuoso con su Señor
y santo Maestro, la consideró como a su propia madre.
Y estas cosas, aun siendo importantes, él mismo las estima,
con todo, inferiores a estas que desea que, dispuestos
a escuchar, aprendamos, y asimismo deseemos tenerlas,
980 una obra de mejor naturaleza y causa y origen de la vida
anterior, la cual, enviado desde el alcázar del Cielo,
el Hijo del Padre Supremo, cumplió. Pues bien, escuchadle
con agrado y de buena gana contar y proclamar cosas sublimes.

Discurso de San Juan Evangelista (vv. 984-1325)

985 "Quien desde el principio había sido el Verbo vivo y Hacedor
de la vida eterna, Él mismo era siempre vida y desconocedor
de la negra muerte. Declaramos que esto lo hemos visto
con nuestros propios ojos, luego de oírlo de labios de Dios,
mas damos testimonio de que hace poco lo hemos experimentado
como cierto y exacto, sin ninguna duda de sentido ambiguo,
990 cuando esto se manifestó y nos hizo saber a los vivos

- que no sólo se muestra a la vista, sino que es sólido por la densa fortaleza y virtud de Él, lo cual debidamente comprobaron hace poco nuestras manos tocando y asiendo la Verdad. Esta vida era copartícipe con el Padre eterno, e igualmente
- 995 eterna, y ella misma se nos ofreció con benevolencia, insinuándose y deslizándose hasta lo más recóndito de nuestra mente. Y ella hace (cosa que yo mismo desearía que vosotros con nosotros) que estén en comunión con ella, y con el Hijo y el Padre, y sean Hijos de Dios y del Padre, aquellos a quienes Jesús, el Ungido,
- 1000 llamaría copartícipes y hermanos, y colmaría de una beatífica felicidad que jamás teme penalidades algunas. La propia luz nos inspira una y otra vez a los profetas a proclamar y ensalzar esto. En efecto, no resignándose a mantenerse oculta, se ofrece ésta a la raza de los hombres, y destestando las tinieblas,
- [572] 1005 al punto se consagra a nosotros para provecho de la vida. En verdad, Dios es fuente de luz, y Dios mismo es luz y no admite nada de oscuridad. Si alguien dice que él vive y ve luces entre tinieblas y se muestra como caro a Dios y en comunión con Él,
- 1010 miente y no obra la verdad, y desea que aparezca como mentiroso aquel a quien la naturaleza impide ser falso y embustero. Éste, infeliz, se daña a sí mismo con su embuste, éste se aparta lejos de la razón de la verdad, y acrecienta sus males con sus mentiras quien, pecando, cree que él está en comunión
- 1015 con la luz y con Dios eterno. Él nos cuenta entre quienes están en comunión habitual con Él, cuando ve —y lo aprueba— que vivimos en la luz de un día radiante, cual la luz que habitan el Padre y el Hijo del Padre, JESÚS EL UNGIDO. Él es el único que nos hace libres de todo pecado.
- 1020 Nadie sincero puede decir con razón que ha vivido libre de pecado; pero si alguien declara que necesita de la justicia y el perdón de Dios, que reclame la justicia y el perdón de Dios, pues Cristo es su abogado y consejero. Él nos purifica con el poder de su sangre vivificadora,
- 1025 y nos hace libres de todo pecado de la anterior vida, en tanto que a quienes confiesan, como es debido, espontáneamente sus errores, Él, siempre justo y fiel y tenaz en su palabra, capaz de perdonar y purificar totalmente los pecados, los hace de nuevo puros y brillantes.
- 1030 Solo Él, en verdad, sabe aplacar al Padre, y lo torna clemente para con las iniquidades de aquellos pecadores que se arrepienten de una vida anterior malamente vivida, y logra que pronto se olvide de los funestos castigos que planeaba con criterio vengador.
- 1035 ¡Tanto hizo por nosotros Jesucristo, o mejor, por todo el mundo! Pues Cristo, solo Él, fue la única víctima que se sacrificó una vez por el orbe entero,

- y siendo la única, bastó y satisfizo en demasía al Padre.
De esto somos testigos autorizados, esto es, nosotros
- 1040 sabemos por experiencia cuánto Él hizo, porque guardamos,
prestos y alegres, sus mandamientos y los cumplimos
de buena gana; pues quien arde en amor de Dios,
éste observa gustoso los mandamientos del Padre y del Hijo,
éste conoce a Dios y al mismo tiempo es conocido por Dios,
- 1045 y medita preocupaciones semejantes y da ejemplos dignos
de Dios noche y día y durante toda su vida.
Engaña y se engaña, mentiroso, el que afirma que conoce
al Ungido, pero se aparta de sus mandamientos. [573]
- La luz verdadera brilla ya, y, expulsadas las tinieblas,
1050 todo reluce resplandeciente, no queda lugar para odios
allí donde florece la luz y el amor. Más aún, el que ama
a sus hermanos es claro que vive en la luz sin resbalar.
Esto lo sabe el padre, esto los niños, lo atestiguan jóvenes
y mayores, cuantos conocen la benevolencia del Padre,
- 1055 y fueron instruidos por Dios para vencer a las fuerzas del Maligno.
Lejos de éstos se retiraron el mal, los lujos mundanos,
la funesta concupiscencia, lejos de éstos también el criminal afán de ri-
lquezas,
y la gloria ensoberbecida que empuja a los ciegos mortales.
Pasan estas cosas y pasa el mundo, y no permanece gloria
- 1060 alguna, tampoco lo que aconseja la carne y persigue la concupiscencia.
La voluntad de Dios, observada, permanece una y eterna,
la cual el Padre y el Hijo respaldan y secundan en afable armonía,
y, felices ambos con quienes les obedecen,
garantizan lo prometido y los dones de la vida eterna.
- 1065 ¿Acaso dentro de vuestras mentes no inspira estas cosas
la santa unción? Quien de verdad la bebió, él, ungido,
conoce y observa todas las enseñanzas de Dios y se mantiene
más firme, y cumple siempre servicios dignísimos a Dios
justo, como corresponde a un hijo que recuerda a su padre.
- 1070 Ved, pues, qué grande amor nos ha sido dado a nosotros,
a quienes el Padre aprobó que se nos llame y seamos hijos de Dios,
desconocidos para el mundo; pues desconocido para el mundo es tam-
bién Él.
- Más aún, quedó claro qué somos ahora y seremos
en el futuro; en verdad seremos semejantes a Él,
1075 cuando Él se nos manifieste e, íntegro, se haga visible
a los íntegros. Al que una esperanza firmísima alimenta estas cosas,
vive en santidad y en vida remeda costumbres de santo.
Distinto a esto quien peca; pues el injusto avanza
en pos del Mal y se aparta lejos del Bien: como que
- 1080 el Pecado y el Error distan de la Justicia y el Bien.
Él, con su venida, quitó el pecado, del cual desde luego carecía,
y con su poder hizo que también nosotros carecieramos. Quien en Él

- permanezca, como es debido, cumplirá, libre de pecado y puro,
los mandatos de Dios; quien peca, ni le ve ni le conoce.
- 1085 Que ningún autor os persuada de lo contrario a vosotros,
que tenéis la Verdad en el corazón. Debemos, pues, considerar
justo a quien, pudiendo, obra justicia y se consagra siempre
a ella con el entusiasmo propio del honesto, y se le estima
[574] semejante a Cristo, poderoso garante de la Justicia; éste,
1090 en cambio, quien sea pecador, con sus actos condenables
remeda desde el principio un diablo siniestro y malvado.
El Diablo había forjado e inventado estas malas obras
y había introducido en el mundo las artes de pecar; pero
el Hijo de Dios, manifestándose, en su benevolencia pudo
1095 y quiso destruirlas. Por eso, hecho carne, vino al mundo,
y a los hijos de Dios, a los que el Justo adopta,
los hace libres de pecado, totalmente aborrecedores
del pecado mortal, a los cuales volvió a crear nacidos
de la pingüe semilla de la raza divina, y consintió
1100 que fueran semejantes a Dios y lo demostraran con actos de hijos.
Pues sólo el ejemplo y prueba segura del pecado
distingue entre los hijos de Dios y los hijos del Diablo,
y hace manifiestas ambas clases de hombres.
- Quien no obra la justicia, en modo alguno puede ser tenido
1105 o considerado justo, ni podría decir que es hijo de Dios,
nacido de su alta semilla, aquel para quien uno de sus hermanos
es menos querido o más despreciable que él mismo.
Tal es la esencia de la verdad, tal la balanza certera, para que probemos
nuestros corazones a los ojos y la mente del Santo Padre.
- 1110 Ninguno de nosotros puede ocultar a Dios los secretos de su corazón,
aunque los crea ocultos (si él mismo es consciente).
Pues el mayor suele a veces ocultarse al menor
en gran parte suya, pero el menor, al cual rodea y supera
el círculo de la gran Virtud, no puede pasar inadvertido
1115 al mayor. Dios, sí, Dios, el corazón, las entrañas, el pecho,
los riñones, y todo lo que somos, y todas las cosas
que hayan sido o pueden ser bajo el firmamento, aunque
no nacidas, buen previsor, las circunda con la inmensa mole
de su órbita, y conoce las cosas antiguas, y las presentes,
1120 y las que están próximas a nacer o en el umbral, o aquellas
que tienen fijado un día para salir a la luz, aunque lejano.
- Y si nuestras consciencias ya no nos reprochan
ningún hecho o afán, subsistirá la confianza apoyada
en Dios solo, ¡ea!, y ya podemos pedir hasta dones
1125 que superen las mentes excelsas de los hombres.
Pues Él no sustraerá ninguno de éstos ni negará nada
a aquel que, fiel, cumpla sus mandamientos y en nada

desagrade a Dios, quien manda cosas justas. Pues bien,
 este es su mandamiento: QUE CREAMOS EN LA OBRA DE JESÚS HACEDOR,
 1130 y QUE LOS HERMANOS RIVALICEN EN AMARSE LOS UNOS A LOS OTROS.
 Esto solo aconseja Él a los suyos, esto solo les sugiere Él, [575]
 y sugerido, lo conserva asimismo y lo protege por siempre
 para aquellos a quienes se insinúa y a quienes Él,
 recibidos, mimas, siempre caros a Él. Pero a reconocer a Él
 1135 en nosotros, totalmente feliz y verdaderamente benévolo,
 nos enseña aquel Espíritu que llevamos por don
 del Santo Padre y del Hijo y que supera todas las demás cosas.

Pues la estirpe de los espíritus es variada y no comparten
 el mismo origen; de éstos, la parte mala profiere muchísimas mentiras,
 1140 deseando venderse a sí mismos como dioses y sus dones
 como divinos. No des crédito a las simplezas de éstos
 quienquiera que desees tener la verdad y la certeza.
 El espíritu aquel de Dios proporciona, fiel, fuerzas
 y dones a quien confiesa que Jesús ha venido hecho carne,
 1145 unguido con el don de una virtud eficaz y cierta,
 para reivindicar, fuerte para ungir, las promesas del gran Padre.
 Quien destruyó esta forma y apariencia
 de salvación verdadera y fe en el Salvador, Dios
 no le conoce, sino que lo juzga enemigo del Ungido,
 1150 adscribiéndole al bando del mundo, hábil en pronunciar
 palabras ventajosas para él, y al que aconseja tales cosas al mundo,
 el mundo lo ama, lo escucha, enloquecido por ellas, y aplaude gustoso.
 A éste vosotros, los que podéis conocer nuestro sermón,
 lo vencisteis, conocidos y caros al Dios supremo,
 1155 sabedores de cuál es el espíritu de la verdad, cuál el del error,
 que enseña falsedades a los mortales desdichados
 y que se matan entre sí por mala ambición, envidia y odios.
 Pero nosotros, prole nacida de Dios, a quien los sagrados versos
 enseñan a decir qué es Amor, al punto le amamos a Él
 1160 y a nosotros con un corazón totalmente libre de veneno
 y de mala envidia, y preferimos el bienestar del hermano
 al nuestro, por quien Dios manifiesta que Él debe ser conocido
 y en verdad tenido, y consigue que seamos conocidos
 para éste. Con tal distinción apreciamos uno y otro espíritu,
 1165 pues el uno es verdadero, el otro con sus mentiras
 engendra el error en los desdichados mortales.
 Pero que un amor mutuo nos ligue siempre; pues este amor
 ha sido impulsado por Dios como promotor, pero también como protector.
 Quien de verdad ama, es conocido por Dios que también le ama,
 1170 él conoce a Dios, y tras conocerlo, llama Amor a Aquel,
 a quien jamás conoce quien no ama; pues Dios mismo
 es amor, y manifestó su amor por nosotros cuando envió
 y expuso al mundo a su propio Hijo, al cual, unigénito, [576]
 ningún hermano le precedía. En esto da la vida,

1175 y desde entonces lo que vivimos es para Él y para nosotros.
 No fue que nuestro amor le empujara a Él, sino más bien fue primero
 su amor por nosotros; y como Él fue quien primero nos amó,
 Él nos envió a su Hijo, el cual, sacrificándose, lavó y limpió,
 Él solo, los pecados del mundo, los nuestros, quiero decir.

1180 Jamás nadie pudo ver a Dios con estos ojos mortales,
 pero el amor bien difundido dentro de nuestras entrañas
 permite conocer a Dios verdadero y que mora en nosotros
 y crea en nuestros corazones cosas no vistas ni oídas antes
 por el hombre, que nos invita a conocer con certera garantía,

1185 nada más certero que la cual jamás pudo existir.
 Estó obró aquel Espíritu Santo suyo que Él nos dio.
 Pues con esta garantía nosotros damos testimonio de que el Hijo,
 tal como prometió el Padre, fue enviado para firme auxilio
 del mundo y su salvación divina, y de que Él quiso ser enviado.

1190 Quien confiesa, como es debido, que Jesús es el Hijo de Dios,
 Dios le conoce y le compara con un templo suyo, en el cual
 subsiste el culto, y Dios mismo le sustenta.

Esto también sabemos nosotros y quienes creemos en Él,
 qué amor y de qué clase nos prodiga Dios.

1195 Entonces se reconoce, pues, la perfección del amor en nosotros,
 con la venida del día del Juicio, cuando, siendo desde luego
 Dios el juez supremo, tengamos una confianza inquebrantable,
 pues somos semejantes a Él en este mundo e incluso no sentimos te-
 [mor.

Pues el amor perfecto expulsa de aquí el temor

1200 y los miedos horribles y todo lo que, en fin, está próximo
 al castigo. Un único amor domina y gobierna, solo,
 nuestra mente y alma, ordenándonos amar siempre en demasía
 a nuestros hermanos y a Dios, maravillándose de que Él
 nos amó primero; pues Él se dignó a amarnos primero.

1205 Y a los hombres, a quienes el Padre eleva y mimaba y a quienes
 en su benevolencia el Padre adopta como prole e hijos suyos,
 es preciso, o, por mejor decir, conveniente que nosotros
 los acojamos incluso con ánimo fraternal y amor propicio.

Nadie –pues soy testigo– podrá afirmar “Yo amo a Dios”,

1210 sin mentir, y al mismo tiempo odiar al hermano.

Pues si odia al hermano a quien ve, aquí presente,
 o le aprecia menos de lo que se estima a sí mismo,
 ¿cómo puede amar a Dios a quien aún no ha visto?

Pues Dios es amor, y quien le ama, amará también

[577] 1215 a quienes Él ama, secundándole incluso con parejo amor.
 Dios ordena siempre aquello que Él mismo también hace.

Ahora voy a expresar de nuevo mis sentimientos. Pues, testigo,
 no me avergonzará proclamar la verdad ni repetirla incluso diez veces;

- y vosotros, que estimáis mi sabiduría, prestad atención.
- 1220 Digo cosas en verdad asombrosas, pero verdaderas, muy ciertas,
soy testigo, y muy dignas de ser escuchadas. Pues son tales
que pueden hacer a los hombres santos y salvarlos.
Quien de los presentes crea que Jesús es el Ungido,
con razón será llamado hijo de Dios, y para quien
- 1225 es manifiesto todo el amor del Creador, también conocerá
todo el amor vivo de Dios. Pues de la misma manera
que afirmamos que los hijos de Dios son para nosotros
pruebas certísimas de su amor, por la misma razón amamos
a Dios y al Padre, y con la misma obediencia cumplimos
- 1230 los preceptos del amado. Pues no palabras de un amor extraordinario,
sino más bien buenas obras demuestra aquel que de buena gana cumple
los mandamientos de Dios, realmente no pesados sino dulcísimos.
El amor divino guía y alienta a éste con el don supremo,
y lo aparta lejos de los ejemplos del vulgo,
- 1235 y hace incluso que venza a los poderes del mundo.
Pues lo que ha nacido de Dios, sobrevive a todas las cosas
mundanas. Nuestra fe es la verdadera victoria.
Ella es quien vence al mundo y a todas las cosas fortísimas del mundo.
¿Y quién puede vencer a los reinos del mundo, quién
- 1240 puede superar los elementos del universo y cualesquier cosas
que los mundanos consideran supremas, sino el que cree en Jesús,
quien purifica a los inmundos con agua? Y no sólo con agua,
sino con sangre pura expía el siniestro pecado del mundo.
De que Él es el verdadero y el Ungido también da testimonio
- 1245 el Espíritu Santo, y en el cielo aporta pruebas legítimas
de autenticidad el triple testigo, el cual, uno y el mismo,
da testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios y el Ungido.
El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo son uno.
Y para los terrígenas otros tantos testigos hay también en la tierra:
- 1250 el Espíritu, que se desliza en las mentes, la sangre y el agua,
Estos tres obran lo mismo y dan el mismo testimonio.
Ahora bien, presentados dos o tres mortales como testigos,
surge, conforme a la ley, un crédito absoluto. Pues bien,
de que hay que dar más crédito a Dios, el derecho, la leyes todas
- 1255 y la razón lo demuestran. Supera los testimonios de los mortales,
imposibles de contrastar entre sí, cualquier testimonio
que la palabra de Dios insinúe en nuestras mentes. Él da así
testimonio acerca de su Hijo. En verdad, quien cree en Él
y proclama, con Dios por testigo, que es el Hijo de Dios,
- 1260 guarda en el interior de su pecho el testimonio,
obrando Dios las cosas que antaño prometiera.
De esta manera, si alguno no creyó, ése está lejos
de la razón de la verdad, desea poner a Dios por vano
y mentiroso, el cual la santa piedad y la naturaleza
- 1265 de los buenos afirma que ni miente ni engaña.

Ahora bien, Dios no quiso, en verdad, proclamar su testimonio
 con palabras, sino, digno de crédito, garantizarlo con la virtud,
 y nos mostró el hecho mismo, esto es, nos dio
 vida eterna, libre de muerte, la cual el Hijo eterno
 1270 posee en sí; pues el Hijo es vida y salvación.
 Quien tiene al Hijo, tiene la vida,
 de la cual está lejos quien está lejos de Él.
 Convino que yo os escribiera estas cosas por separado
 en una carta mía; pues sois testigos idóneos para declarar
 1275 y defender que mis escritos dan testimonio del misterio
 verdadero, vosotros, a quienes el Padre bondadoso os dio
 vida eterna por creer en el nombre del Hijo. De aquí nace
 esta confianza constante y sólida para nuestras preces,
 cuando pedimos cosas que sabemos que son gratas a Él
 1280 y muy dignas de deseo, aconsejando Él y deseando dar
 todas aquellas cosas que conducen a los dones de la vida verdadera.

Esto, además, es cierto y fácil de decir para nosotros:
 que los hijos de Dios no pecan; pues la propia esencia
 y naturaleza del Padre nos protege, libres de pecado,
 1285 en tanto nos hace hijos de Él, a quienes la perversa envidia
 y el malvado engaño del Maligno intenta tocar en vano.
 No obstante, ¡ay!, el Maligno contamina totalmente el mundo entero.
 Pero somos un pueblo consagrado a Dios, un pueblo grato al Padre,
 al cual el Hijo, al venir, colmó de una profunda inteligencia,
 1290 e hizo que conociera a Dios, y quiso que se sostuviera
 y apoyara en su virtud y que confesara cosas bien conocidas.
 Nosotros, digo, podemos decir que Éste, y sólo Éste, es
 el Dios verdadero, y distinguir la vida eterna de las cosas
 y palabras falsas y embusteras. A vosotros, pueblo caro a mí
 1295 y enemigo de la falsedad, os aconsejo evitar estas cosas.
 Esto, pues, que, aconsejándolo y repitiéndolo el Maestro
 desde el principio, recordáis que muchas veces ha sido dicho,
 espontáneamente lo perseguimos con perseverancia, de suerte que no
 1300 por casualidad se podría formular un nuevo mandamiento; aunque
 nada impide decir que aquél es a un tiempo nuevo y viejo.
 Pues es lícito pensar que Dios mismo es tal
 que no tiene ni principio antiguo ni final último.
 Pero recordáis que Dios ha sido llamado por mí Amor.
 Y ya podrá incluso ser alabado y llamado nuevo
 1305 el mandamiento que ahora plenamente –antes desconocido
 para los mortales– se insinuó en las mentes, escrito
 en lo profundo del corazón, y mandó que debía ser cumplido.
 Este amor es cual Dios mismo nos mostró y demostró
 y cual ordena que nos manifestemos los unos a los otros.
 1310 Muchos, pertrechados justamente de sus propios embustes,

- niegan con malicia que Jesús, el Ungido, viniera hecho carne.
 Más aún, se arrepienten siempre de reconocer a Éste, al que no cono-
 [cen,
 en tanto que, codiciosos, persiguen con malvada ambición alabanzas
 y recompensas para ellos, no para Dios. Entonces, quienquiera que sea
 1315 y cuán poderoso que sea quien venga a ti, debe ser tenido
 por autor de embuste y engaño y urdidor de tu perdición.
 Aquél mismo es el enemigo de Cristo tantas veces profetizado, el cual
 presente en el mundo, sin embargo se le contempla como ausente,
 en realidad en este mundo, en realidad en aquel que pide tan pronto
 [esto o aquello
 1320 en nombre de la doctrina verdadera, pero jamás ofrece nada
 digno de un gran salario. Pero para quien la doctrina del Ungido
 es cierta, para quien consta escrita en el alma y en el corazón,
 el Padre Verdadero le conoce, el Hijo le adopta
 y le recomienda al Padre, y él mismo conoce bien a Ambos.
 1325 ¡Lejos de aquí todo el que piensa y enseña de otro modo!".

San Juan en Pathmos (vv. 1326-1401)

- Estas cosas, para que yo las cantara a los nuestros y los precaviera,
 las escuché de labios de aquel discípulo a quien la gracia
 había dado nombre. A éste Cristo, prodigándole gran amor,
 le concedió cantar los máximos misterios del Verbo
 1330 y de la sagrada Virtud, después de que, desterrado de Roma,
 se instaló en húmedos escollos, entre privaciones, en un angosto retiro,
 que la minúscula isla de Pathmos adentra en medio del piélago.
 No creería propio de mi empresa ni de mi esfuerzo contar
 aquellos arcanos. Es tarea que son capaces de narrar unos pocos.
 1335 y exige otra ocasión para ello, o por mejor decir,
 otra voz y otros oídos, y reclama corazones alejados
 de los usos del vulgo y totalmente consagrados a Dios.
- Tú, distinguidísimo hermano de Santiago, concede
 asimismo a mis poemas relatar parte de tus evangelios,
 1340 buen testigo, y tus profecías,
 con las que con frecuencia exhortabas a los piadosos
 a observar con ánimo constante la doctrina del Santo Cristo,
 y, en cambio, los ánimos inestables y los corazones ignorantes
 de la verdad de los hombres, y a los maestros que buscan el bienestar
 1345 de esta vida, que enmascaran bajo la apariencia y la sombra
 de una piedad fingida, reprendiéndolos con un sermón justo y grave,
 con celo los ahuyentas, con ahinco y con palabras severas
 los hostigas, aconsejando cosas mejores, y benévolo,
 señalas con el dedo índice el Bien, luego condenas las demás
 1350 desviaciones en las cuales no son visibles las huellas de Jesús,
 el amor por el cual y por la raza humana te desvela.

Heme aquí yo, que en tanto considero estas palabras y ejemplos
de hechos, con los que tú expones, bien los dones de Cristo,
bien las falsedades de los hombres y los embustes del malvado atrevi-
miento,

- 1355 en parte me congratulo en lo hondo de mi corazón, y en parte
me horrorizo y estremezco, temblando mi cuerpo. ¿Y quién
no sentiría temor, mientras oye los vergonzosísimos excesos
de la lujuria, y el Juicio, y la venida del gran día,
y las cadenas junto con la noche eterna para los malvados?
- 1360 ¿Quién puede contemplar Sodoma y Gomorra,
ciudades vecinas y que dan testimonio de las llamas
del castigo eterno, con ojos y ánimo impertérritos,
si tú lo pintas todo con imágenes de vivo ejemplo?
Entonces deduces que Satanás osa menos con éstos
- 1365 para quienes es liviano y fácil despreciar los poderes
divinos y supremos de Cristo, porque los ignoran, y en cambio,
por las cosas que deleitan sus oídos, a manera de bestias
o fieras, sumergidos en ellas con todo el cuerpo, les gusta
dejarse corromper; y con las almas siguen el ejemplo salvaje
- 1370 del homicida Caín, el avariento de Bilghami y el ambicioso
de Coré, chusma rendida a la tiranía de su vientre impuro,
negros nubarrones empujados por el viento, pero vacíos de lluvias:
cual la planta que reverdece sólo en otoño
y pierde con la llegada del hielo la flor estéril,
- 1375 la cual el labriego, arrancándola de raíz, destina al fuego.
Éstos, como si fueran olas fluctuantes y que se estrellan
contra los escollos, profieren y se arrojan unos a otros
embustes harto confusos y espumosos contra la doctrina
y creencia, e incluso opuestos y contradictorios entre sí.
- 1380 A éstos les aguardan por siempre densas tinieblas, y con las tinieblas
la tempestad eterna a la que seguirá el juicio severo de Dios.
Así lo vaticinaron los Profetas que trajo la edad que siguió
[581] a los principios del mundo. Jamás nada colmaría el deseo
de este rebaño, ni copiosísimos bienes satisfacen
- 1385 su mente codiciosa. Nada ajeno les agrada, acostumbrados
a menoscabar la fama y el trabajo honrado del prójimo,
con tal que aquel tabajo resulte menos provechoso.
Pues cuando resplandeció la esperanza de lucro, entonces
conoció el arte de adular el pueblo sagacísimo, pródigo
- 1390 en elogios, admirando a la persona no los hechos, henchido
con corazón soberbio y presto a enfrentarse con la justicia.

Precaución con los impíos (vv. 1392-1398)

Recordáis que los discípulos del Señor y de Jesús el Ungido
hace ya tiempo os anunciaron que debíais precaveros de este ganado,
aconsejando con franqueza tomar precauciones con aquellos

1395 a quienes no mueve piedad alguna, a quienes una cruda ambición
 empuja por mal camino. A éstos, voluntariamente separados,
 los modelan las almas y sentidos de los animales, no aquella razón
 y espíritu, aquella imagen celestial del Dios Supremo.

Exhortación final a la fe (1399-1417)

Pero vosotros, gente grata a mí, plebe escogidísima,
 1400 a quienes Dios el Arquitecto edifica para su templo sagrado
 y los reinos divinos, apresuraos y tornaos dóciles
 al Sumo Hacedor, vamos, y capaces de consagrar
 y embellecer su obra. Con votos y preces continuas pedid esto:
 que la causa de nuestra fe permanezca santísima y perpetua
 1405 para vosotros. El Espíritu Santo, en su benevolencia,
 os enseñará qué cosas debéis hacer y cuáles pedir,
 con tal que os encuentre con entusiasmo ferviente
 y discípulos enamorados de Dios, y os convencerá de que
 aguardéis la venida bondadosa de Jesucristo nuestro Señor,
 1410 quien se compadece de los infortunios de los hombres,
 el cual querrá concederos la vida eterna, y, despojados de las vestiduras
 enojosas del pecado de la carne, lavados por sus aguas
 y fuentes purificadoras, presentaros al Padre
 y a Él. Pues Él puede, y pudo, y con ningún límite
 1415 de tiempo o espacio (por muy lejos que esté)
 acota su propio poder, intacto para actuar
 el primero, y preparado para salvar el primero.

- Hasta aquí he expuesto en un poema ligero cómo y con qué agua
puede Jesús renovar y lavar los corazones de los hombres,
los cuales prometió volver puros y dignos del reino del cielo,
siendo testigos aquellos, a quienes Él eligiera
- 5 por ministros y compañeros de la dicha prometida, y a quienes
encomendó servir de testimonio fiel del suceso y don sagrado,
ejemplos vivos y muy ciertos para todo el orbe,
por donde se oculta y por donde refulge el dorado sol;
cuánto actúa sobre las mentes dichosas, cuánto las cambia
- 10 y transforma el Espíritu, dejándose caer del alto trono.

La llama ardiente de Cristo (vv. 11-86)

- Me resta ahora por cantar, Cristo, tu otra fuerza,
la cual la prole de la tierra y estirpe miserable de Adán
juzga inflexible y dura; y mientras se esfuerza en demasía
por precaverla, aterrorizada, no vacila, embustera,
- 15 en confundir su temor afeminado y vergonzoso con el nombre
de un varón honesto y perseverante; como que la sabiduría
del mundo confirma y persigue esto, nada amiga de dudosos riesgos
y demasiado autocomplaciente, mientras se le acusa de afirmar
que su verdadera razón de ser es el bienestar de la vida mortal,
- 20 no tanto con palabras, como por el oficio y práctica.
Por el contrario, está comprobado que los celestiales y los corazones
llenos de Cristo no experimentan nada semejante a este mundo.
Pues, encendidos y calentados en lo más íntimo por tu amor,
Cristo, vencen el vil miedo y las furias amenazadoras,
- 25 y desprecian las cruces, tormentos, cadenas y espadas;
entonces, todo lo que el mundo aprueba y cree placentero,
lo desdennan los espíritus dóciles y los fuertes corazones
renovados por Dios todopoderoso, y enseñan a sufrir por Cristo
todas las penalidades, y que existe la vida verdadera
- 30 y el reino eterno: tales placeres y deleites deslumbrantes
admiran siempre, a los cuales tiempo alguno pondrá fin.

- Tal logra el fuego que arde con llamas vivificantes,
 y al que nutre y alimenta como natural y propio suyo
 aquella piedra viva, que sustenta el eje del cielo
- 35 y apuntala la tierra, afirmándola, y la penetra de calor.
 Ella misma también se abrasa siempre, pero, no obstante,
 no parece abrasada, ni disipa parte de su propio poder
 convertido en aire o humo ligero, de forma que no arde
 del todo, y vive, y hacedora, comunica su propia vida.
- [583] 40 A los que delimita como ganado propio, engalanándolo,
 los separa, reconocidos por Él, y reconocible por ellos.
 No de otro modo suele reconocer el corderillo lechal,
 brincando de gozo, el balido familiar de su madre,
 a como aquel rebaño piadoso reconoce los dulces silbidos
- 45 de Jesús, su pastor, y la voz del maestro celestial.
 Una vez que han escuchado su voz con oído atento,
 liberados de toda mordaz preocupación y de cuitas,
 nada desean, o nada temen, que el vulgo profano
 desea o teme, espera y se alegra, cuando por ventura
- 50 sucede que se le presenta algo, o llora si se le niega.
 Guiándoles, pues, su pastor, no temen adentrarse
 en umbríos valles y cañadas pobladas
 de osos y lobos feroces, o en parajes cercanos
 a leones, aunque amenacen espantosa muerte,
- 55 y con valor sortean cadenas, bastones y mil peligros,
 y conforme se les van presentando, los vencen.
 O si es necesario, y la providencia del sumo Soberano así
 lo decidió, poniéndolos a prueba, y resolvió domeñar las cosas grandes
 con pequeñas, y quiere procurar una vida redimida
- 60 con breve muerte, intrépidos y animosos, y con el rostro sereno,
 se enfrentan a los enemigos, resueltos a vencer, y muertos,
 ¡oh prodigio!, vencen, y al vencedor, vivo, lo arrojan
 muchas veces, cautivo, a las cadenas, y los convierten en el Señor.
 Tanto ha sido transformado, y tanto Él puede,
- 65 lo sabe el bautizado, quienquiera que experimentó
 los fuegos amorosos de Jesús vivo en sus entrañas ardientes.
 Con éstos prueba a la gente escogida y apartada del vulgo,
 y hace aparecer resplandecientes, cual oro puro en forja
 encendida, a los piadosos, con los que la mansión celeste
- 70 se adorna, sin ofenderlos jamás con inmundicias algunas.
 Esto pensaron los padres primitivos y que siguieron al ancestro,
 el primero que antaño, oriundo de la región de Armenia,
 olvidándose de sus parientes, su labrantío y su hogar,
 se exilió y emigró a pueblos extranjeros e ignotos reinos,
- 75 y no sabiendo entonces nada de la comarca y región indígena,
 aceptó, no obstante, estas tierras un día prometidas,
 y creyó que habrían de ser dadas a sus remotos nietos.
 Él mismo, tentado, su hijo más querido que su propia vida,
 la única esperanza de su estirpe, atándolo de pies y manos,

- 80 sin vacilar y sin desconfiar, se disponía a sacrificarlo,
colocado sobre el ara sagrada y encima de la leña hacinada,
con la cual el Padre habría encendido voraces llamas,
si Dios no hubiera admitido como bastante grande el ejemplo
de obediencia y fe contemplado, y lo no hubiera aprobado,
85 clemente, mediante un heraldo celestial, que le ordenaba
no hacer daño al hijo y apartar el hierro del cuello del zagal.

[584]

Testimonio de San Pedro (vv. 87-189)

- Mientras medito sobre estas cosas, estupefacto por la imagen
de tamaña obediencia, y contemplo a Abraham, olvidado de sí mismo,
a quien, ya estéril por la vejez, y no muy distante, quizá,
90 del supremo final, no obstante, su única prole
(mejor que la cual no había nada en el orbe en hermosura, castidad,
y en una piedad que seguía el consejo y ejemplo del Padre)
no le frena, mandándolo Dios, de teñir el altar,
ni tampoco afecto alguno, salvo la obediencia.
95 Y mientras reflexiono muchas cosas con sentido común,
con las cuales intento sopesar el hecho con digna balanza,
siento que me tira de la oreja la diestra del clavífero
celestial, bien acostumbrada antes a arrastrar redes y peces
en el río, lago y pantano de Nazaret,
100 ducha luego en pescar hombres vivos y enviarlos
a los estanques y viveros salutíferos del alto cielo.
Y me dijo:

Discurso de San Pedro (vv. 102b-171)

- “¿Qué remueves en tu espíritu, qué piensas, o qué
te dispones a empequeñecer con tu lenguaje humano tratándose
de cosas celestiales, las cuales medita el amor divino
105 y apartado de la tierra, el único sabio y el único dichoso?
Estas cosas, sí, parecen arduas a los indoctos, y harto
peregrinas a los habitantes de la tierra y ciudadanos del mundo;
éstos, admirados, nos ven expuestos muchas veces a mil peligros;
pero a nosotros nos agrada haber recorrido las pisadas
110 de Jesús, nuestro pastor, que ascienden de la tierra
al cielo, y nos cuadra ser sus compañeros y profesar
una milicia sincera. Sudor, polvo, heridas y sangre
adornan al que lucha con gloria, y según nuestras leyes,
lo proclaman digno del triunfo, aguardándole vastos despojos,
115 y lo recompensan con el título y corona de valiente.
Este camino tomaron aquellos antiguos que la fama ilustre
ensalza que plugo a Dios tonante que sacrificaran, resueltos,
sus vidas por la piedad sagrada, y derramando su sangre,
dieran testimonio de su divinidad verdadera, y prestos, ratificaran

- 120 sus testimonios con sangre y dejándose sus vidas, cuando Dios
así lo decretó: ni le pasa inadvertido el cazador, presa
el ave por el cepto o por el lazo, ni un delgado pelo
podría caer de una espesa cabellera sin que Él lo supiera.
- 1585] Nada, pues, nuevo o asombroso, padecemos nosotros, soportando
125 cadenas, oprobios, muerte y demás cosas que el mundo juzga
insufribles, aunque sean injustas e indignas de nuestras costumbres
y aficiones. Al primer cuidado de no hacer mal a nadie,
se le añade aún un segundo: hacer bien a todos, incluso
a los malvados enemigos. En fin, devolviendo a Cristo,
130 con una vida propia de celestial, sus ejemplos y viva imagen, vivimos
animados y dispuestos. Comprobemos entonces, siempre libres
de cuidado, qué tal son los juicios del mundo y los premios
de los hombres, gratos o ingratos, a tan grandes servicios y cometidos.
Pues esto nos enseñaba antes el cielo, de dónde los malos,
135 de dónde los buenos reciben los rayos luminosos del sol,
las estaciones y lluvias fértiles para las mieses.
Y entonces el Verbo, que lo creó todo, vino
y nos enseñó más y mejor: Él reconforta
los miembros enfermos con mano sanadora y propicia;
140 Él dispuso que los ojos del ciego de nacimiento vieran más
que las águilas, y que aquél mismo hablara con más sabiduría
que aquellos a quienes celebraba la gloria primera del talento y del arte;
Él saciaba a la muchedumbre abrumada por el hambre, y Él
colmaba sus pechos sedientos de doctrina verdadera
145 con fuentes llenas de ella, y procuraba a todos, en fin,
el don de la vida, sedes eternas y reposo.
Entretanto, no obstante, padeciendo insidias y ultrajes,
y la funesta envidia, maledicencia y fechorías de los hombres,
por quienes vino Él, único nacido de sangre humana
150 libre de pecado y único que vivió sin culpa,
procuraba tornarlos semejantes a Él y legitimarlos
ante el Padre con el privilegio de hijos.
Y lo consiguió con muchos, quienes con espíritu y mente fiel
quisieron rendirse a la dócil obediencia de quien les llamaba.
- 155 Y lo haría con todos, sin excluir a ningún descendiente
de Adán, si la necia mente y sabiduría de la carne,
y la funesta fuerza de la maldad innata no los hubiera apartado,
con maligno engaño, del juicio verdadero, reteniéndolos
en huera esclavitud y sometidos al duro yugo e imperio
160 del príncipe de la muerte eterna y severo tirano;
pues la obsequiosa paciencia atribuye a Cristo tanto
de renombre, título e imperio, que por ello
es siempre venerado y venerable para las almas celestiales,
y temible para los espíritus y sombras infernales
165 y guardianes de las tinieblas, y gobierna las tierras
a sus pies y la raza de los mortales, en calidad de dios.
- 1586]

Pues bien, tras experimentar con Él las mismas cosas, en la medidas de
 [estas fuerzas
 que Él, poderoso, nos transmite y suministra, capaces para todas las pe- [586]
 [nalidades,
 nos hace copartícipes de la gloria eterna y de la condición
 170 de bienaventurados. De este modo, verificará los dones,
 con los que el Espíritu recompensa a quienes padecen por Él.”

Así habla el anciano, el primero al que Cristo ordenó
 apacentar a sus amadas ovejas, y le previno que le aguardaban
 crueles cadenas, que él, aunque duras, arrostró muchas veces,
 175 y padeciendo la cruz y amargo tormento boca abajo
 en el madero del revés, jamás experimentó nada más dulce
 que dejar la vida por la divinidad de su amado Jesús,
 y que sufrir, gustoso, que muera un solo miembro
 del cuerpo místico, para que, resucitado y vivo, se atraiga
 180 a todo el cuerpo de Cristo; pues Cristo es todo para todo,
 sean cuales sean los miembros que reclame para sí el Hacedor.
 Él mismo, al crear la cabeza del pueblo, que armoniza
 con Él, y un solo cuerpo, los adorna con grandes virtudes.
 Y consagra al Padre y a su cabeza un templo y una casa;
 185 y el Padre, acudiendo desde la sede celestial,
 aprueba la obra del Hijo y la mansión consagrada,
 y tras tomar posesión de la misma y dignarse a llenarla de su divinidad,
 decidió que fuera el trono inviolable del reino eterno,
 cuyo portero es este anciano que elogio y que me escucha.

Testimonio de Santiago (vv. 190-281)

190 Tras éste vino aquel que convino que velara por Jerusalén,
 como su primer patriarca, dispuestos todos los discípulos
 de Cristo a sucederse unos a otros ordenadamente,
 puesto que un mismo afán, un mismo celo de obediencia
 a Dios cautiva a todos, y los posee y anima, en gran número,
 195 a realizar una obra de interés común para la humanidad.
 Por ello, discurren a una lo que deben decir, y dicho,
 lo llevan a cabo, y libres de envidia, compartiendo o repartiéndose
 los cometidos según las circunstancias, escuchan o hablan.
 Cual el trabajo compartido de las abejas, a las cuales fue concedida
 200 la prudencia, de administrar el poder real, e igualmente
 uniendo ánimos y fuerzas; y con certeza tienen todas
 un mismo trabajo y lo cumplen, con alborotador zumbido,
 para bien común, de modo que ningún ansía de gloria personal,
 205 ningún afán insensato de fortuna privada las estimula.
 Pues bien, a este Patriarca, que da hermosos y brillantes consejos,
 y fortalece los fuertes corazones con la esperanza de un final feliz,
 vale la pena escucharlo, mientras dice lo siguiente:

Discurso de Santiago (vv. 209-277)

- “Hermanos, os pronostico goces no diré pequeños, pero sí 210 intactos
 para vosotros, que soportáis por piedad peligros
 diversos y que el vulgo ignorante juzga grandes y dignos
 de ser rehuidos. Dios suele tentar así, con frecuencia,
 las mentes de sus compañeros y los pechos valerosos
 para la guerra y que, ante el peligro, no saben volver la espalda,
 215 sino arrostrarlo y probar su fe al maestro con entereza
 de corazón y valor extremo. La paciencia constante
 hasta el límite hace perfecta la obra de arte amada.
 Falsamente afirmáis saber arte alguno,
 si os cuesta emprender una obra o trabajar lo iniciado
 220 hasta el último retoque, con ánimo firme y asiduamente;
 sobre todo cuando el propio maestro, general de los combatientes,
 proporciona auxilio eficaz y fuerzas al discípulo
 y compañero que lo pide; su extraordinaria sabiduría basta
 para colmar los votos, y no envidia a las horas.
 225 ¡Hasta tal punto es dulce para quien le ama sufrir
 por Cristo males, daños, exilio, oprobios e injurias!
 En cierta ocasión, concurrido el consejo y ocupados los asientos,
 soportan duros insultos, estupefactos los jueces de que sufran
 hasta con alegría los azotes del implacable látigo aquellos
 230 a quienes antes tanto aterrorizaran las palabras de una débil niña
 o el fragor de quienes corrían a tender cadenas a Cristo,
 pese a que éstos entonces en nada hacían mal a aquellos.
 Pues, luego que el amor ardiente de Cristo empezó a penetrar
 hondamente en las entrañas, hace concebir inusitados deseos
 235 de soportar las amarguras en nombre del amado, y enseña
 que dejar la vida por alabanza y fe de Jesús amado
 y que ama, es ganancia y galardón eterno, sin temor
 a envidia alguna o a las ignominias de la mala fama.
 En verdad, Dios coloca tales testimonios en el cielo, y los consagra
 240 por doquier, realizados con grandes títulos, y los engalana con estrellas,
 alzándolos, conspicuos en lo alto y visibles a lo lejos.
 Y como el enfermo, ardiendo las llamas por sus tiernas entrañas,
 vive las largas horas del día, y ansía las horas de la noche,
 como mejores, y de nuevo llama a los rayos del sol
 245 y a la aurora, esperando hallar el reposo,
 que ni el luminoso día le trae ni la húmeda noche
 le procura, avanzando con obscuro paso, llena de tinieblas;
 entretanto, la fiebre abrasadora, que prendió el incendio
 con oculto azufre, devora, triunfante, los miembros,
 [588] 250 y entonces una sed ardiente piensa y desea
 fuentes, lagos, ríos, y torrentes helados,
 y cualquier líquido que poco ha, estando sano, le repugnaba,
 ahora desea que fluya por sus abrasadas entrañas,
 y no medita, piensa y desea otra cosa que agua y ríos,

- 255 hasta el extremo de que, a sabiendas de que las copas
de agua le harán mal y le infundirán un sueño mortal
o prolongarán su enfermedad crónica largos años,
no obstante, sediento, pide más y más, muchas y llenas;
pues una sed ardiente abrasa su sediente garganta, mientras
260 el ardor rebasa a las venas y seca los calientes miembros.
Así también, quien tocado por el abrasador amor de Cristo,
experimenta fuegos internos y auténticos incendios,
no desea nada en la tierra antes que defender los nombres
de Jesús, del Padre y del Espíritu Santo, derramando
265 su sangre, o bien imitar alguno de los muchos aspectos
que el Hijo de Dios arrostró por su devoción ardiente
y desvelada por los hombres, incluso alguno menor,
aunque estas cosas, capaces de consumir la vida terrenal,
abrevien y acorten los días y los tornen amargos.
270 Pero, no obstante, el amor triunfa, y reclama con frecuencia
los dulces cálices de Cristo, los cuales el vulgo juzga
amargos, y burlándose, llama infelices a quienes los beben
tal cual, y no obstante, con agrado y sin lamentar la amargura,
y se asombra de que éstos, derramando su sangre, triunfen,
275 victoriosos, sobre la muerte y adquieran una nueva vida,
patria y reinos que jamás perecerán, y, ceñidas sus sienes
con guirnaldas sempiternas, celebren triunfos”.

Bastante es que el primer Patriarca de la justa Jerusalén
dijera tales cosas con palabras severas y las ratificara
280 con los hechos, feliz por recibir el rojo bautismo
de Cristo, y haber bebido el cáliz y vino del maestro.

Testimonio de San Pablo (vv. 282-767)

- Viene ahora ya aquel que conocimos primero como enemigo de Cristo,
y luego los gentiles vieron como su defensor, y Judea lo escuchó,
estupefacta, y no estimó que bastara con clavar a la cruz
285 aquellos miembros, manos salvadoras, piernas y pies,
acostumbrados ha poco a proclamar al mundo el Evangelio,
si no le repudiaba, ingrata, con expresiones mortificantes,
y profería palabras injuriosas contra el Nazareno
y contra la cruz, y aborreciendo al pueblo cristiano,
290 juzgaba que debía ser considerado entre las ovejas
detestables y consagradas al tormento y a la muerte.
Conviene, además, llamar de nuevo a éste para un papel secundario,
luego de desempeñar el principal debidamente y con largeza. [589]
Ea, pues, asísteme en mi poema, Saulo de Tarso,
295 o si tú, Pablo de Roma, me escuchas ahora con agrado,
(pues ambos nombres te cuadran bien según una u otra época),
enséñame, ¿cuáles son las cosas de Cristo que tú sueles

llamar endeables, y yo creo ásperas y duras?
 Pues el mundo las considera dignas de evitar y sin gloria,
 300 y el pueblo sabio cree que los próceres del mundo y los corazones
 de los gobernantes del orbe están dotados de juicio.
 Así me respondió Pablo, luego de reflexionar:

Discurso de San Pablo (vv. 302b-767)

“Yo ya

desprecié las cosas que antaño el mundo creía ilustres,
 abrazando las que aquel mismo mundo, errado, estima infames
 305 y viles, y las rehuye, horrorizado, con gran empeño.
 El mundo me desprecia y odia, como si clavado a la cruz;
 yo estimo que el mundo sí que está clavado a la cruz; pues la muerte
 atormenta a los hombres, la muerte maneja las riendas del mundo.
 No somos, pues, iguales, sopesada la balanza de las cosas.
 310 Las cosas que yo considero basura desechable y repugnante,
 el mundo las tiene por hermosas y las corteja con ávido deseo;
 pues juzga que hay que procurar el bienestar de la vida mortal,
 y pregonando, no con palabras, si bien con celo y afán,
 que más allá de la vida mortal no hay nada más elevado,
 315 lo hace, lo piensa y lo desea, esforzándose en vano.
 Pues la vida que esta muerte proclama es desgraciada,
 y muere día y noche y pasa desapercibida, más de lo debido,
 a quienes la cultivan, y los empuja a una muerte amarga.
 La muerte así cultivada produce, fértil, los frutos nocivos
 320 de la muerte, multiplicados según todos los aspectos del cultivo.
 La muerte es justamente esa gloria que el mundo dice
 alcanzada con perversa ambición por medios lícitos
 e ilícitos, procurada mediante insidias y leyes violadas.
 Las riquezas, el poder, los bienes adquiridos con gran esfuerzo
 325 y a veces arrebatadas con maldades y culpas merecedoras
 de castigo, el ganado, los vestidos, y las ingentes cantidades
 de plata y oro, y los mármoles, y las gemas de Eritrea,
 ¿qué son sino enfermedades de angustias? ¿Y éstas qué son sino muerte?
 330 Y, aunque hubieran sido bien adquiridos, (pinto ahora
 ejemplos rarísimos, ya que casi siempre se dice que fueron
 procurados con malas artes y engaños), por más que sean
 justísimos de origen, no obstante, totalmente vigilados
 [590] y guardados, o sirviendo a un sólo dueño para uso privado
 335 y a menudo indigno, se niega, desde luego, la posibilidad
 de que sean, sin crimen, dejados libres para los juicios sanos.
 ¿Sin duda entre tan grandes masas y gentíos de menesterosos
 —quizá hasta de hombres mejores, a los que no estigmatiza
 como inútiles ningún ocio depravado— que un solo rico se rebosa
 340 y desborda de mortífero pecado, y totalmente disoluto por el placer
 caduco? Éste acarrea la muerte incluso a los que están

- muriendo; pues el negro placer daña, engendrando muerte.
 Así pues, para el insensato mundo hay tres hermosísimos gozos:
 la soberbia Majestad, la fogosa Concupiscencia,
 345 y la funesta Hambruna de riquezas que jamás colmará
 el espíritu. Sólo quienes poseen estos gozos –repite
 el mundo– pueden ser felices, sólo a ellos –opina el mundo–
 les es dado ser dichosos y vivir siempre felices.
 Pero lo contrario piensa quien está de acuerdo conmigo.
- 350 Honroso, hermoso, grande, dichoso y totalmente glorioso es
 seguir las huellas de nuestro pobre y humilde Cristo Señor,
 y por donde se averiguó que Él agradó al Padre supremo,
 obteniendo el trono y la gloria del reino eterno,
 a la derecha del Padre, temible para los príncipes
 355 infernales del abismo, y venerable para cielo y tierra,
 por allí encaminarse hacia la patria eterna y el Paraíso,
 y no andar nunca más vagando a derecha e izquierda.
 Pues, a quien la cruz del humilde Cristo trajo la vida
 y el deseo y apetencia de este único bien,
- 360 ninguna gloria subsiste ya, salvo la cruz de Cristo,
 ningún placer loable, a no ser con el ejemplo de Cristo,
 soportando la muerte, el exilio, cadenas e injurias.
 Los injustos ultrajes de los hombres insensatos, quienes
 los compensan con piadosos servicios, propósitos y aficiones,
 365 y que parecen perniciosos y peligrosos para esta carne
 endeble, y onerosos para sus débiles fuerzas, los comprende
 y acepta la mente, ya mejor instruida, cuando se le presentan:
 difíciles de afrontar, no obstante, cuando la causa del maestro
 es verdadera, siempre es posible arrostrarlas y combatir las
 370 con espíritu fiel y sentimiento intrépido. Así, aunque pocos,
 al final triunfamos sobre los más poderosos; pues Cristo,
 juez y parte, proporciona fuertes corazones a los suyos,
 de modo que la gloria de vencer es suya, no nuestra.
 Vence, en efecto, y muestra a nuestras heridas su causa
 375 triunfante, y restablece la virtud, verdadera y firme,
 que la naturaleza humana negará que la posea hombre alguno,
 a no ser que Dios salga en su defensa, favorable y propicio,
 y le ordene despreciar, invicto, las dificultades.
- Así justamente, atado yo con grilletes y esposas, corre
 380 el Evangelio de Cristo, y vuela por el alto firmamento,
 y se eleva hasta el cielo, y recorre las tierras de boca
 en boca de todos los hombres, que hablan de Él y de mí,
 y se admiran de cuánta paciencia tienen los discípulos
 de Cristo, y de que ésta, con una divinidad no verdadera,
 385 pueda resistir y vencer tantos y tantos tormentos.
 Vista así por mi cuerpo endeble, sólo la virtud
 de Cristo, sólo su gloria, he de buscar, celebrar

y hasta desear siempre con espíritu alegre y gustoso,
 y no me aterrorizan tanto las dificultades
 390 o las cosas que la carne desea evitar, consciente
 de sus escasas fuerzas, y conocedora del bien y del mal,
 cuanto Cristo deleita al que afronta penalidades y dificultades,
 socorriéndole con la virtud y el favor oportuno.
 Pues entonces incluso Él mismo se da bien a conocer
 395 en su divinidad a quienes estiman los poderes divinos.
 Por eso, la masa de pecadores, animada y alegre, me hostiga
 a mí, inocente, o me acosa el gentío que detesta el amor,
 y juntan a una fuerzas, recursos, y armas hostiles;
 pues entonces –y digo la verdad– soy más fuerte de carácter
 400 y de espíritu, y entonces más robusto de fortaleza interna,
 cuando mis débiles miembros se ejercitan con el duro esfuerzo
 en nombre de Cristo. Pues Cristo me enseñó a mí, hostil
 a Él en otro tiempo, que las luchas y causas de los suyos
 eran las suyas, y que Él las padecía y Él vencía en ellos,
 405 con quienes Él compartió su amor místico y el de su Padre,
 viniendo Aquél que ambos exhalan perpetuamente
 con soplo sagrado. Pues bien, tal como los tres tenían,
 tuvieron y tendrán siempre una misma divinidad,
 así también los tres tienen una misma voluntad en las causas
 410 del mundo, una misma fuerza y sabiduría eterna,
 y una misma tarea para la vida y salvación de la prole de Adán.
 Pero a aquellos que Él se ganó con amor, y apartó
 como rebaño propio, y pintó Él, como pastor, con su color,
 y marcó con el fuego divino, nadie entre los hombres
 415 puede separarlos y apartarlos de aquel amor,
 del que una vez para siempre fueron imbuidos sus corazones.
 Pues, ¿qué poderes humanos conjurados hay tan grandes,
 [592] aunando voluntades y recursos, virtud o engaño, o las artes
 con las que la masa humana es capaz de confundir lo supremo
 420 con lo ínfimo, rivalizando por dañarse mutuamente,
 que, aun tropezando con humildes, pobres y débiles
 de cuerpo, no obstante, pueda alejarnos del noble Cristo
 o apartarnos y perturbarnos en la firmeza de nuestra fe?
 Aunque, de un lado, nos ataque y hostige a corta distancia
 425 el enemigo, acosándonos con gran gritería y amenazas;
 y de otro, el hambre, mala consejera, traiga la penuria, el miedo
 y el desánimo, y el frío punzante o la abrasadora canícula
 con su excesivo calor maltrate los desnudos miembros;
 añade además un sin fin de peligros e incomodidades
 430 y que nos acometan y hostigen muchas cohortes,
 y el hierro atormente a los cautivos, y la espada
 los degüelle como a vil res, o como oveja a despedazar
 en el matadero; no obstante, el amor ardiente de Cristo
 triunfa sobre todo esto, y así, invicto, se obstina en su proyecto,

- 435 enteramente consagrado al mismo, Él que ya nos amó el primero.
La santa fe consiste, en suma, en el siguiente precepto
invariable: no apartarse jamás del sagrado amor de Cristo,
aunque la negra muerte nos aceche o la vida nos seduzca
con su amable rostro y nos prometa largos años,
440 o se disponga a persuadirnos con palabras ingeniosas un ángel
visto bajo una apariencia celestial, con la que trata de engañarnos,
sea un principado del mayor rango, sea una potestad redoblada,
cualquiera que sea el sufrimiento no presente y suceso
del crudo porvenir que angustie y ensombrezca nuestros corazones
445 con funesto temor. Pasa revista a las cosas más fuertes,
añade las procedentes del alto cielo, o de las sedes
del Averno, del abismo profundo y de la sima del piélago.
En fin, no puede haber naturaleza alguna en todo el orbe,
que nos separe jamás del amor de Dios y de Cristo.
- 450 Todo lo vence el amor de Cristo; ceda a este amor todo lo que será
y alguna vez habrá sido. Cristo triunfa sobre todas las cosas.
Yo soy aquel que, cuando en otro tiempo me dejaba arrastar, soberbio,
por un insensato celo en defensa del rito patrio, que necio de mí,
creía, desde luego, que sería eterno, inmutable y defendido
455 gracias a mis desvelos y entusiasmos, muchas veces observaba
que soportaban con entereza tormentos propios de esclavo
y crueles castigos los discípulos del Nazareno, quienes,
adorando el nombre, lo llamaban Santo y Ungido;
que solo Éste, capaz de hacer y cumplir el bien,
460 hizo realidad las promesas que juró el gran Padre; [593]
y que Él poseía cualidades idénticas, y en sus justos detalles
y medidas, con que la ley y los oráculos de los profetas
advertían que debían esperarse algún día y observarse ahora.
Cuán gran entereza de espíritu, cuán gran belleza de rostro
465 sereno, y parecer en armonía con las palabras tuvieron
entonces Él y los demás, a quienes una misma causa mantuvo
en el juicio severo de los padres. Aunque antes me admiraba de que,
encerrados en cárceles remotas, pronunciaban palabras acordes
con la sagrada biblia de los profetas y con el santo libro
470 de Moisés los ancianos, los jóvenes y las tiernas muchachas,
a quienes nadie viera jamás caer ante los pies de los sabios,
tal como yo mismo fui bastante versado para cualquier gentil
o coetáneo mío, no obstante, yo mismo me quedaba maravillado
de que este pueblo terrenal dijera tanto y tan bien
475 acerca de los grandes arcanos. Con todo, con espíritu soberbio
y afán de gloria personal, no podía reconocer que debía desechar
aquellas cosas que, dictadas muchas veces por mis maestros,
aprendiéndolas yo durante largo tiempo, las recordaba distintas,
y en muchos aspectos éstas cosas no se ajustaban a Él.
- 480 Pues cada cual enseñaba a su rebaño su forma y preceptos
de vida personales, y los sentimientos y hábitos de rezar.

Pero, al menos, todos aquellos tuvieron una misma boca y corazón,
 en tanto que remiten lo nuevo y lo antiguo a un solo Cristo Nazareno,
 y no pudieron ser vencidos por las cátedras de los sabios
 485 y escribas; ni tampoco el pueblo fue aterrorizado
 con largos discursos o con un edicto plagado de amenazas,
 para que dijera que Jesucristo es el soberano de cielo y tierra.

Testimonio de San Esteban (vv. 488-767)³⁵

“Podría mencionar –pues frecuentemente los recuerdo–
 a muchos con entereza de espíritu, a quienes una sabiduría
 490 admirable, caída del alto cielo por don de Dios, aconsejaba
 decir la verdad, y no cosas oídas antes a nuestros sabios
 o leídas a los escribas, y tales que quien era bien sabio
 y de corazón prudente afirmara que no podían ser refutadas.
 Pero en especial –baste uno entre muchos– me acuerdo
 495 de un joven dichoso, a quien la santa corona había concedido
 celebrar el nombre de Roma entre los astros,
 y sus propios padres llamaron a este niño Esteban.
 Había ya decorado de bozo sus mejillas la primera juventud,
 cuando el pueblo y el senado prudente de Cristo le escogió
 500 de entre el santo rebaño y le encomendó dar de comer a los pobres.
 La turbamulta vió también a este ministro prestando
 [594] asiduos servicios a su causa, no sin gran celo,
 y con mucha fidelidad al deber, y a veces,
 cuando la realidad lo exigía, o bien la vida y salvación
 505 universal de Cristo o particular de un hombre miserable,
 sanando y deshaciendo con su palabra y autoridad heridas,
 enfermedades, pestes, y las apretadas cadenas de Satán.
 Y no sólo lo vieron la populosa ciudadanía de Jerusalén,
 sino también la foránea y abigarrada de costumbres y lenguas
 510 con sus forasteros que habitan la ciudad, que, acogiéndolos
 en diversos gremios, encierra así la apariencia de recorrer el mundo.

“Mientras éste dice cosas dignas acerca de Cristo Nazareno,
 unas veces con palabras, pero las más sanando a enfermos
 con buenos oficios y mucho auxilio, le rodeó un gentío
 515 espeso, los sabios cirenenses, los feroces cilicenses,
 los ciudadanos de Alejandría, a la cual el Nilo ama
 y adorna con ciencias igual nativas que griegas;
 estaban allí también los libertinos, a los que ninguna tiranía
 aparta de los estudios y de los ritos patrios, y aquellos
 520 a los que el Asia Mayor envía como embajadores a la ciudad santa de
 [Jerusalén;

35. Montano sigue de cerca el relato de la prisión y muerte de San Esteban contenido en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (Act 6, 8-7, 60).

no costándole a aquél ningún esfuerzo superar los argumentos de éstos, pronunciados al mismo tiempo y amontonados a veces con gran consenso y proferidos con gran gritería, argumentos que negaban sin razón a Jesucristo, sino que, con los oráculos

525 diáfanos de los profetas, la victoria respaldaba a Esteban cada vez más firme, y mostraba que, en verdad, Jesús Nazareno era el Hijo de Dios y el Unguido, aquel Unguido adornado con los diversos rasgos y grandes virtudes, con las que el Espíritu Santo había predicho que vendría un día,

530 nacido terrenal, a traer la vida verdadera y la salvación de Dios, y ordenado al hombre y a Dios aguardarlo; de suerte que nada podían pleitear contra un joven que transmitía las lecciones claras y verdaderas de Dios, y hábil en echar mano de las profecías de los primitivos antepasados,

535 distinguidas según sus maneras, épocas y causas. Mientras habla, si te plugiera contemplar el rostro, el porte y el aspecto de aquel hombre, creerías que una divinidad bajada del cielo sereno y un espíritu angelical revestido de cuerpo humano se aparece

540 ante nuestros ojos y los deslumbra con su luz brillante. ¡Tan gran belleza adornaba la cara y rostro del orador! ¡Tan gran majestad! Pero, en mala hora trastornados por nuestros afanes y ansias de gloria personal, prestos a profanar todas las cosas hermosas con funesta envidia,

545 alentamos, infelices, la enfermedad y el error de la ignorancia, y deseamos aniquilar o trastornar por completo las cosas que relucen con tinieblas nacidas de nuestro ingenio. De aquí surgen el delito, el engaño, las intrigas, la violencia nacida del engaño, y los pecados, la ira y mil formas de hacer el mal.

550 Al punto se promueven acusaciones falsamente pergeñadas contra el joven, ya aparecen testigos perjuros, a los que basta la fama, o el miedo infame o el sórdido soborno, sobre todo entonces, cuando nació entre los cabecillas el funesto placer de mezclar lo lícito y lo ilícito,

555 a quienes muchas veces espíritus pusilánimes y débiles secundan y ayudan a perpetrar cualquier fechoría, y luego ensalzan.

[595]

“Así pues, se observa que pronto ha de defenderse la causa contra Esteban, al inventar un delito muchos testigos falsos. En sesión plenaria del Senado es hecho comparecer

560 ante los poderosos próceres y el Pontífice supremo del templo, a quien no le añadía dignidad sacrosanta la virtud o la estirpe de la sangre invocada de Aarón, sino la funesta intriga y una gran suma de dinero desembolsado: ¡A tal ruina, ay, había sido llevado el Estado!

565 Es hecho, pues, comparecer el reo, más íntegro que el cual jamás vióse en la tierra otro hombre nacido de sangre mortal,

- y, hermoso, refleja en su voz y su rostro la divinidad
 celestial, para asombro de los senadores y del despiadado juez.
 Se le invitó a conocer la acusación y a admitirla como cierta
 570 o refutarla, aunque hubieran jurado testigos. Ahora bien,
 era un delito contra la ley de Moisés, contra la antigüedad
 sagrada de los profetas, contra el níveo templo y los ritos
 religiosos: cosas todas que pronto habrían de perecer,
 causando su ruina Jesús Nazareno, que ya reinaba en el cielo.
 575 Tal es el sumario de la acusación, inventada y atestiguada.
 Se le invitó a desbaratarlo o confirmarlo con riesgo suyo.
 Tras alzar los ojos al cielo, de donde creyó que le vendrían
 las ideas y las palabras, por inspiración divina,
 solicita oídos atentos y tiempo para contar la verdad
 580 en interés y provecho de la concurrencia allí presente
 y de los senadores, a quienes interpela con afabilidad.
 Luego, arrancando con palabras elevadas, abrió la boca
 sagrada, y enlazando misterios antiguos y nuevos, tomados
 de los árcanos celestiales, defendió la causa de Jesús;
 585 y el propio Padre y Creador de los hombres y Artífice del porvenir
 [596] aprobó su defensa, y la aplaudió el coro de los celestiales.

Discurso de San Esteban (vv. 587-741)

- “Pues contaba que Abraham, obedeciendo el mandato celestial,
 abandonó un día su patria y su hogar, y recorrió
 un largo camino hasta el país de Cam y reinos extranjeros
 590 muy poblados de indígenas, donde, forastero
 y reconociendo su impotencia, no obstante, creía
 que, al final, Dios, magnánimo, le daría todo a él
 y a los suyos, luego de apurar penalidades durante siglos.
 Y que entonces, mientras solemniza el pacto
 595 con sangre arcana, decidió ligarse él y a sus tribus
 con leyes y ritos divinos. Entonces añadió
 como dulces prendas al hijo Riente y esperanza cierta
 de una descendencia futura y santa, y al nieto Luchador,
 anciano al que las doce tribus de hijos ensalza,
 600 dichoso, si no turbara el amor fraterno
 la envidia, por cuya causa el sabio José fue vendido,
 convertido en esclavo y expulsado a Egipto, en donde,
 al fin, liberado de las cadenas y de la dura cárcel,
 con prudente determinación trajo al pueblo de Egipto
 605 y al suyo la salvación, y profeta de Dios y Salvador,
 le obedeció, hecho de esclavo príncipe y el primero después del Faraón.
 Su padre, sus hermanos y la prole numerosa de sus hermanos,
 maravillados de reverenciar tamaño poderío, creen
 que este hombre bondadoso ha sido conducido a través

- 610 de tantos infortunios y peligros bajo el patrocinio
y tutela de Dios, y alaban que se le reservase con la intención
de alentar al pueblo y a la nación en los momentos críticos.
Añade también aquel pueblo comparable con la arena esparcida
por la playa y semejante a las estrellas, que el Nilo ve
615 crecer, y hasta temió la despiadada corte del cruel tirano,
la cual trató de aniquilar –crimen espantoso– la simiente
sagrada, a la cual, no obstante, favorecían las promesas divinas.
Pues a Moisés, el Salvador, niño abandonado
en el río vecino, la princesa lo cría en los aposentos
620 reales, lo instruye en las nobles artes y lo adopta
con el nombre de su propio hijo, de modo que creerías
que ya de nacimiento era notable para los máximos deberes
y prudente para administrar los asuntos en tiempos de paz
y de guerra. Su propia raza debió aguardar que éste fuera
630 el ministro de la salvación y de la libertad anheladas,
sobre todo después de que le vio defender valientemente
a sus conciudadanos, a quienes maltrataba la injusta prole
de Cam, y enterrar en la arena al malvado egipcio
que había sido excesivamente despiadado con uno
635 de su pueblo. Y mientras se afana por apaciguar a su pueblo
con palabras de calma y por someter a sus hermanos con pacífico amor,
acusado y desdeñado por unas injustas palabras,
topa con la cólera furiosa del implacable faraón,
y a punto está de afrontar el duro peligro de muerte
640 con amargo tormento, si entonces no se exilia y huye lejos,
y aprende a vivir en el país de Madián, desconocido para él,
y desea, cual pastor, juntar y desperdigar las ovejas,
soportando diez lustros de destierro y grato a los príncipes
de Oriente: pues tanto podía recomendar a un hombre
645 entre gentes desconocidas la virtud vigorosa.
Hasta que, mientras estaba entre sus ovejas meditando
sobre las sagradas y siempre creídas promesas y oráculos
de Dios confiados en su día al padre caldeo, un heraldo
proveniente de la sede celestial le despierta por medio de una llama
650 insólita con una arcana alocución, y le hace saber
que, por deseo y mandato celestial, él ha sido nombrado
guía, libertador y legislador de su pueblo,
de modo que todo Egipto sienta pavor de él,
y el cruel tirano del Nilo le tema y no pueda vencerlo
655 con ningún plan, poder o artes mágicas; luego,
mientras lo ve, a su pesar, partir por fin libre, altivo
y en concurrido triunfo, adornado de muchos despojos,
y se apresta a retenerlo, se percata de que está maquinando
un sin fin de males contra su propio reino y contra él mismo;
670 luego aquél, resurgiendo libre y victorioso, celebra, con su pueblo,
sacrificios y alabanzas a Dios, y, debidamente realizados éstos,

- arrastra a su pueblo hacia un espejismo de reino
a través de páramos, regiones y desiertos de Arabia,
guiándolo hasta aquellas tierras que Dios prometiera un día a Abraham
675 en convenio y pacto, y que ahora garantiza que las tendrán.
¿Cuántas veces y cuántas y cuán grandes vilezas sufrió Moisés
por parte de aquellos antepasados, a los cuales, valiente y prudente,
había él liberado del duro grillo y de los penosos trabajos!
¿Acaso no fue éste muchas veces repudiado en los deseos como guía
680 y patriarca y requerido otro? Sí, y hasta otro Dios distinto de Aquel,
con cuyo único auxilio había acontecido la sagrada libertad,
que la chusma insensata, malinterpretándola, dedicaba
–¡infame pecado!– a la lujuria, la bebida, la comida y el solaz
con aquel becerro que, a su pesar, había fundido Aarón
[598] 685 a petición del pueblo y de los próceres. La funesta concupiscencia
solivianta los corazones de los mortales apartándolos
del Dios verdadero; ésta engañó, malvada, a nuestros ancestros,
ésta les indujo a adorar las estrellas del cielo y el ídolo
de Molok y el astro de Remfam, crímenes sumamente infames,
690 permitiéndolo Dios. Tal es el colmo de la cólera divina,
abandonar a los hombres multiplicando sus errores,
y reírse de los que perecen por propio antojo e ingenio,
luego de arrepentirse de obedecer los mandatos divinos
y de escuchar, sumisos, a los piadosos profetas. Por tanto,
695 las experiencias de quienes profetizan cosas ciertas enseñan
que la estima de la verdadera virtud es nula en la tierra,
y que todas las cosas celebradas con solemnidad son ritos
vanos, hueros de religión y piedad auténtica, conservándose
las costumbres con malvado sentimiento y devoción,
y acrecentándose más el error por medio de los pecados.
700 ¿Acaso no hubo también quienes, inspirándoles y dándoles el modelo Dios,
construyeron un día, a expensas públicas, un tabernáculo móvil
con técnica divina y consagrado a las labores,
y vistoso por sus gemas, oro y variados revestimientos?
La gloria de este tabernáculo, concedidas también estas tierras,
705 subsistió hasta los primeros años del príncipe sabio,
cuyo renombre de fama excelsa había celebrado por todo el orbe
la creencia de que había edificado un santuario firme y sólido;
pero la morada, aunque muy hermosa y de níveo mármol,
con muro y vigas doradas, y cuyo techo de madera de cedro
710 creíase que perduraría largo tiempo, condenada
por Dios excelso y abandonada a los fieros enemigos,
al hierro y a las llamas, enfurecida Babilonia,
se derrumbó y permitió que sus moradores, a quienes
no había podido convertir en valerosos y santos, obedecieran
715 a los soberbios reyes del Éufrates. Dios no morará
en un templo que edificó la mano mortal. Él mismo,
Él, dispuso para sí un templo y morada eterna,

- obra magna del Artesano celestial, al cual el Padre santo puso como modelo y maestro de la obra.
- 720 No es nueva ni nacida de nuestra inteligencia esta sentencia, sino que es la que se cree que aquel maestro y legislador antiguo y bienquisto al cielo, Moisés, escribió en el libro arcano, y se lee y se proclama en los días sagrados. Él vaticina que se ha de aguardar un profeta que traerá
- 725 la salvación al pueblo y ministro de la ley divina, y exhorta a que le escuchen todos aquellos, para quienes siempre sea grata la salvación y siempre tengan desvelos por ser ciudadanos de la ciudad dichosa y del reino eterno. Mas el fiero pueblo de vuestro ancestro no aprendió a dar crédito
- 730 a los oráculos de los profetas, y no acostumbrado a obedecer a ninguno de los auténticos profetas, mediante intrigas, falsas acusaciones, violencia, engaños, crímenes y revueltas populares, enviaron al exilio y a la muerte a quienes dictaban los mandamientos de Dios y profetizaban la anhelada venida del Justo.
- 735 Y vosotros, hijos semejantes a vuestros padres, ni os avergonzásteis ni os arrepentísteis de clavar al leño al Justo, el cual, sin duda, traía para dar al mundo tanto los mejores preceptos de la ley, como una mente que fuera capaz de obedecer a los mandamientos. Pero vuestra feroz insania traicionó a este Justo,
- 740 no menos que a las leyes antiguas que un día el ángel transmitiera a vuestros ancestros. Tales cosas había dicho él. Mientras los nuestros las escuchan con espíritu malvado y mente proterva, clavando su penetrante mirada en el firmamento, “Veo el cielo abierto –dice–, y en la morada suprema
- 745 y a la diestra de Dios contemplo a Jesús hombre reinando”. Esto afirmo, testigo prudente y veraz.

[599]

Lapidación de San Esteban (vv. 747-767)

- “Luego que la asamblea de senadores y el gentío restante escuchó estas palabras, con gran alboroto y gritería aprendieron a Esteban, y lo arrastraron y condujeron cabe las puertas
- 750 y murallas de la ciudad hasta el retiro de un valle abierto y lo sometieron a cruel tormento, y blanco de pedradas, dieron muerte a aquel varón que arrostraba con entereza y espíritu indómito la muerte, las pedradas, las duras penalidades, y los golpes mortales, que, recibidos en la cabeza,
- 755 espalda y pecho, pero sin olvidarse del ejemplo de Jesús, con desvelo y amor hirviente de corazón, entrega su persona, su espíritu y su vida a Jesús, y ya moribundo, se encomienda a Dios y perdona a sus enemigos, se afana, piadoso, y solicita el perdón
- 760 para los testigos, para el acusador y para quienes contemplaban aquellos duros tormentos que él soportaba injustamente.

Entonces yo, Saulo, estaba entre éstos, y a duras penas puedo
contener las lágrimas cada vez que lo recuerdo. El gentío me veía
vigilando los mantos que es costumbre que los testigos depositen,
765 mientras cogen y arrojan hirientes piedras contra el condenado.
Yo mismo vi el cuerpo yacente del asesinado
y su espíritu emigrar de la tierra a las estrellas."

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

LIBRO I.....	101
De la verdad de Dios.....	101
De la naturaleza de Dios.....	105
Que Dios es por naturaleza uno, pero por personas trino.....	110
De los nombres de Dios.....	113
De los profetas.....	118
De los ángeles.....	122
Del propósito de Dios.....	124
De la naturaleza del hombre.....	129
De la comunión y sociedad de hombre y mujer.....	133
De la ley natural.....	135
De la elección y ley de los ángeles.....	137
De la maldad, defección y abdicación de algunos ángeles.....	139
De la elección y ley del hombre.....	142
De los preceptos dados al hombre en un principio.....	145
De la defección y caída del hombre.....	148
De la conversión de la condición humana.....	153
De la antigua querrela y litigio de Lucifer.....	157
LIBRO II.....	163
De la restauración del hombre.....	163
De la índole, capacidad, trabajo, celo e inconstancia del hombre, desde la creación del mundo.....	171
De la experiencia varia del hombre.....	174
Del albedrío del hombre.....	190
De la propagación del género humano, y de la corrupción de las costumbres y de la doctrina.....	198
LIBRO III.....	215
De la renovación de los hombres y del cuidado por la salvación universal.....	215
De las instituciones divinas tras el diluvio y de la renovación de la mayor de las promesas.....	218
De la propagación de los pueblos y del motivo de la diversidad de costumbres.....	222
De la primera división de pueblos y familias y de la diversidad de pareceres.....	230

De las distintas aficiones y costumbres de los pueblos	237
De la descendencia de Sem	242
De la llamada de Abram	244
Del pacto de la circuncisión	253
De la tentación de Abraham	260
De la continuación del designio divino en Isaac	268
Del carácter de Jacob	270
De la promesa y los términos de la promesa repetidos y renovados con Isaac, y de la constante tutela y cuidado de la providencia divina hacia los piadosos	272
Del primer derecho de herencia, confirmado por obra de Jacob	274
De la feliz huida, exilio y dificultades de Jacob	279
Historia de Israel	291
Del estado de los hombres hasta los tiempos de Moisés	293
LIBRO IV	301
De los beneficios y causa de la Ley	301
Del otro cometido y beneficio fundamental de la Ley	309
Del pueblo elegido para su reino y de la oportunidad de la Ley	314
De la Ley manifiestamente promulgada y de la fe libre de ambigüedad en Dios legislador	318
Forma de la alocución	321
De la partición y división de las Leyes, y del ejercicio y uso de éstas	323
De las clases de obligaciones o acciones recogidas en la Ley divina	325
Enumeración y catálogo de las órdenes o mandamientos	328
Lista de las prohibiciones	353
LIBRO V	379
De la promulgación, restricción y alianza de la Ley; del doble fundamento de las promesas; de las amenazas y la injuria	379
De la seriedad, armonía y santidad de la Ley externa	382
De los términos y condiciones de la alianza	388
De las promesas y verdad de la Ley	391
Del establecimiento de la alianza	395
De la fidelidad de las promesas de Dios	398
De la conquista y toma de posesión de los reinos terrenales y de la ley, pacto y predicción de su consolidación	403
LIBRO VI	409
De la mudanza, inconstancia y continuo deterioro de los asuntos humanos por culpa o vicio de los hombres	409
De la desenfrenada depravación de caracteres y costumbres	410
Un ejemplo famoso de la clemencia y bondad de Dios	416
De la nueva, indigna y tardía decisión de los hombres	417
Del hombre rey y de la variada utilidad del reino	419
De la insolencia del pueblo y de los príncipes	422
De la apresurada abdicación del rey por un nuevo pecado	424
Que con la gracia de la salvación universal Dios vela recta y oportunamente por los asuntos de los hombres, cuanto sea capaz de sobrellevar su actual condición	426

Del variado y mudable aspecto de las cosas por la inconstancia de los príncipes y del pueblo y la mutabilidad de la mente y las costumbres .	429
De la guerra de los hombres con la ley divina	436
De los cometidos, profesión y oficio de los profetas	442
De la cuarta función de la profesión profética	446
Doctrina de la ley divina sobre la esperanza en la salvación de los hombres por beneficio y liberal don de Dios	453
Que idéntica promesa acerca de la salvación universal reiteraron y confirmaron oráculos divinos por mediación de los profetas	457
Postrera y breve descripción de la salvación humana anunciada por los profetas	459
De los testimonios y oráculos más habituales en el Salterio	495
LIBRO VII	501
De la planificación y oportunidad de la salvación universal	501
De la formación, unción y verdad del servidor y expiador universal, y Sumo Pontífice de la salvación del hombre	506
De la presencia probada del Salvador universal	510
Las distintas opiniones de los hombres al recibir al autor de la salvación ..	512
De los indicios y la tarea y oficio del Nomenclator	518
De la revelación de Jesucristo y la labor del buen mensajero	521
Del doble ministerio de Cristo hecho carne	523
Completa narración del primer ministerio de Jesucristo	524
De la grandeza de la arcana doctrina	528
De la otra parte de la doctrina de Jesucristo	530
De la labor de los discípulos de Cristo para con el hombre	538
Cómo recibe el hombre la doctrina de Jesucristo	545
Los mandatos de la misión divina transmitidos por Jesucristo, oportunamente repartidos, administrados y llevados a cabo	552
El anuncio de la prueba misma, cumplido por Jesús, es atacado por las murmuraciones del pueblo y por la malicia y envidia de los próceres .	555
Las renovadas acciones de Jesús sobre su unción, y la inconstancia de una parte de los hombres y la firmeza de la otra	557
Las palabras de Jesús acerca de la paciencia y la justicia de Dios para con el hombre	563
Las últimas acciones de Jesús como Evangelista	564
Acuerdo establecido por la sabiduría y la santidad de la carne y convertido en decreto	565
Jesús, el Verbo de Dios hecho carne, dado y proclamado públicamente como el Rey prometido, es saludado por la sencillez, repudiado por el ingenio	566
La ocasión buscada, la trampa de Satán urdida por medio de sus servidores y sicarios para matar al Rey de los Cielos	568
El mismísimo Rey de los Cielos voluntariamente ofrecido y ofrendado y constituido en víctima propiciatoria por la salvación universal	573
El sacrosanto arcano de la comunión entre el nuevo y el viejo hombre	579
Cristo se ofrenda como víctima para el sacrificio: lo hace por la salvación de su pueblo	589
Jesucristo como víctima	592
El misterio de la salvación universal desvelado al fin por Lucifer, que intentó en vano corromperlo	596

El sacrificio de Jesucristo	597
La propagación de la noticia sobre la muerte de Jesús: el dispar sentimiento de los hombres	603
De la Resurrección de Cristo	607
De la santa fe en los legítimos testimonios acerca de la Resurrección de Jesucristo	611
Primera labor y enseñanza de Jesús resucitado de entre los muertos	612
Jesucristo, desaparecido a la vista de los mortales, regresó al Padre	621
 Libro VIII	 623
 Del día de la Preparación	 623
Preceptos dados a los discípulos para esperar la promesa divina	624
El sábado evangélico	626
Satanás se enfrenta a la Buena Nueva del Reino	631
Las múltiples pruebas y testimonios de la virtud, eficacia y constancia con- feridas por Jesucristo a los hombres por mediación del Espíritu Santo .	636

APROBACIÓN

Dado el prestigio del autor de este libro, Don Benito Arias Montano, cuya piedad, doctrina, fe y elocuencia muy bien conocemos, no podemos dejar de recomendar encarecidamente al lector benévolo y católico, tanto sus otros trabajos y obras, como el presente escrito.

L. Torrentius, Obispo de Amberes.

En este muy docto y muy exquisito libro de *La generación y regeneración del Hombre* no hallo nada que sea contrario a la Santa Romana Iglesia Católica, o a las buenas costumbres, o a la Regia Majestad. Y dado lo utilísimo del conocimiento de estos temas, juzgo que esta insigne obra puede ser impresa y leída por todos. Dado en Amberes, año de 1592, en las calendas de Abril.

D. Henricus Sibertus Dunghaeus, doctor en Teología Sacra, canónigo de la Iglesia Catedral de la Santa Virgen María, Censor de libros.

SUMA DEL PRIVILEGIO

Queda vedado por privilegio real que nadie, contra la voluntad de Ioannes Moretus, tipógrafo de Amberes, imprima de algún modo el libro intitulado *Libro de la Generación y Regeneración del Hombre, etc. Escrito por Benito Arias Montano Hispalense*, o que impreso en alguna otra parte, lo importe a sus dominios, y lo ponga en venta. Quien así haga, además de la confiscación de todos los libros impresos contra la voluntad del dicho Moretus, será multado con la pena de una pieza de oro por cada ejemplar, tal como consta más extensamente en el propio diploma dado en Bruselas, el 18 de Junio, de 1592.

Firma.

A. Prats.

Se acabó de imprimir *Libro de la generación y regeneración del hombre, o historia del género humano*, el día 6 de diciembre de 1999, día de la Constitución, en los talleres de Tecnographic s.l., y estando al cuidado de la edición el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.

